CHARLES DICKENS

Cuentos de Navidad



Lectulandia

Se podría decir que Dickens inventó la Navidad, pues ningún otro escritor ha evocado con tanta maestría el espíritu, jubiloso y elegíaco a un tiempo, de ese periodo final del año.

En los relatos de ambientación navideña se entreverán los motivos principales del mundo dickensiano: la caridad, la infancia, los mitos populares, las desigualdades sociales, los sueños y la magia.

Lectulandia

Charles Dickens

Cuentos de Navidad

(1850 - 1867)

ePub r1.0
Titivillus 28.07.15

Charles Dickens, 1948
Traducción: José Méndez Herrera

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Nota preliminar

QUE el tema de la Navidad era casi consustancial a Dickens, lo sabrá ya el lector que haya buceado un poco en la vida del autor. La dulzura de la época, la alegría del fuego, que da luz y calor, y ríe al crepitar, y vela los ojos de humo —disfraz de llantos y recuerdos—, es casi un rito en el hogar victoriano. Un rito creador también para el autor, pues cada vez que se celebra en el altar del pueblo, a él le entra el calofrío de la inspiración y es un impulso de savia el que siente, hasta estallar a punto de pluma en el firmamento literario.

Desde que en 1842 escribió su *Canción de Navidad*, vaso sentimental en donde han bebido tantas generaciones de lectores, grandes y chicos, hasta sentir el mareo de su ternura, apenas pasará año sin que la vara de nardo de su pluma florezca de nuevo y lance su aroma a los aires como una música más unida al concierto de villancicos.

La revista *Palabras del Hogar*, que abastecía de materia dickensiana al público desde marzo de 1850, publicó en diciembre de ese año un número dedicado a la Navidad, y en él apareció un trabajo de Dickens titulado *Un árbol de Navidad*, detallada descripción de todos los objetos que pueden colmar los infinitos sueños infantiles y donde él los convierte en talismanes.

Éste señaló el comienzo de la serie de números navideños que, aun después de acabada la vid de aquella publicación, tendrá su resurrección en *Alrededor del Año*, y, a partir de 1851, el número correspondiente a las Navidades fue siempre extraordinario, distinto de la serie normal.

Luego, en 1852, Dickens trató de que aquel número se convirtiese en, un verdadero árbol de Navidad, donde otros autores colgasen también sus adornos luminosos, sus globos de luz o sus regalos más grises. El contacto con las que acudían a colgar su presea de la rama literaria se hizo tan perfecto, que casi fue fusión, injerto en el tronco común. Así, Dickens sólo fue autor de pequeñas partes de los trabajos esparcidos. Especialmente con Wilkie Collins, la colaboración fue estrechísima, acaso porque también en éste palpitaban el amor a los trasgos y los aparecidos y la simplicidad de su radicalismo subversivo. Ha podido, sin embargo, diseminarse perfectamente cuáles son los capítulos debidos a la pluma de Dickens, y por eso en esta recopilación se publican únicamente los auténticamente suyos, con la única excepción de *Sin salida*, correspondiente al año 1867, en el que colaboran de modo tan completo, que Dickens y Collins resultan inseparables.

En muchos de estos breves trabajos —aparte ese don descriptivo que lleva a la certeza de todos los detalles—, se revela esplendorosa la vena cómica de Dickens. Con razón dijo Gissing que cuando Dickens discurre con su pluma mojada en tintes agradables para hablar de temas agradables por sí solos, o singularmente sugestivos para la reflexión humorística, es cuando su estilo no tiene tacha ninguna. Entonces la

materia que él trabaja con su prosa es cera blanda en su habilidad formativa, y todo sale a medida de su deseo, que es su sentimiento, porque voluntad e impulsos van unidos, abrazados tan estrechamente, que no pueden dejar de llegar a la meta, que es el éxito. Así se pintarán de gozo sus caminos gráciles y chispeantes de risas de luz en su cielo navideño, como ojos que se cierran y se abren al soplo que levantan las alas que vuelan y revuelan.

Tuvieran que reír mucho, sin duda, los lectores de 1862, 1863 y 1864 con los tres trabajos que dio a la luz en esos sucesivos años, porque el Dickens jocundo, sencillo y alegre, está allí auténticamente lozano. *El equipaje de alguien, Las habitaciones de la señora Lirriper* y *La herencia de la señora Lirriper* son una espuma del humor de la época, y aunque alguien quisiera clasificarlos en los campos de lo ridículo, lo extravagante o lo exagerado, lo indudable es que son algo perfecto, magnífico en su desequilibrio, bello en, sus desigualdades, como lo es una flor, un árbol o una ilusión.

Si saltamos a la acera de enfrente, si pasamos a los antípodas de nuestros héroes grotescos, encontramos también a un Dickens perfectamente realista, aunque tanto se le ha tachado de lo contrario. En *Las recetas del doctor Marigold* penetramos en una senda que algunos de sus críticos creyeron inexistente en su paisaje: la sobriedad en el sentimiento. Excesivo en el llanto otras veces, nos enfrentamos aquí con una escena tan intensamente dramática como aquélla en que el buhonero advierte la muerte de su hijo entre sus brazos, mientras la muchedumbre a la que él divierte con sus bufonadas atruena el aire de carcajadas —un anticipo del campoamorino gaitero de Gijón—, y cuando pudiera haberse esperado un Dickens desbordante dé lágrimas literarias, desatado en trágicos extremos, lacerante de doloridos trozos, lo vemos sencillo, casi callado, sin, gestos desorbitados, sin aspavientos, comprendiendo que en el silencio puede caber una aguja más honda de dolor que en el alarido.

Desde luego, el éxito de público, como en casi todas sus obras, fue auténtico, y lord Lytton le felicitó por la obra, que alcanzó la respetable venta de doscientos cincuenta mil ejemplares inmediatamente. Después pasó a ser una de sus lecturas favoritas ante el público.

La novelita *Sin salida*, escrita, como ya hemos dicho, en total colaboración con Wilkie Collins, fue convertida por éste —mientras Carlos andaba de trotamundos por América— en drama para la escena, y creación de Fletcher, y aún llegará a tiempo Dickens de verla representada en París debidamente traducida.

En *El equipaje de alguien*, con el monólogo del soldado; en *La Posada del Acebo*, con, la perfecta descripción de posadas y mesones, en la que el tema parece agotado definitivamente para todos, y, en fin, en toda la serie de pequeños trabajos que forman parte de esta serie, palpita una vez más la vivacidad perenne de su espíritu, la frescura de su sentimiento y la noble aura de la risa, que es un viento suave que da lozanía al alma.

Dickens había intentado recoger sus *Cuentos de Navidad* en un solo volumen; pero le llegó la hora de la muerte sin haber podido realizar su propósito. Chapman y

Hall publicaron en 1871 —un año después de su muerte— una colección de aquéllos; pero en esta recopilación, no entraron algunos ya incluidos por el propio Dickens en *Trabajos reimpresos*, selección de sus propios trabajos en *Palabras del Hogar*, que había editado en volumen aparte en 1858. Estos trabajos se han trasladado a este lugar como parte integrante de los *Cuentos de Navidad*, de acuerdo con el criterio que ha prevalecido después entre los editores de las obras de Dickens.

http://www.victorianweb.org/espanol/index.html
http://www.victorianweb.org/espanol/autores/collins/dickens1.html

UN ÁRBOL DE NAVIDAD

***A Christmas Tree**, 1850*

Estuve contemplando esta noche a un grupo alegre de niños, reunidos en torno a un lindo juguete alemán: un árbol de Navidad. Estaba plantado en el centro de una mesa redonda muy grande, y se erguía muy por encima de las cabezas de aquéllos. Se hallaba iluminado con multitud de velitas, y centelleaba por todas partes, deslumbrante de objetos brillantes. Escondidas entre sus verdes hojas había muñecas de mejillas sonrosadas, y colgando de sus innumerables ramitas veíanse auténticos relojes (por lo menos, sus manecillas podían moverse, y se les daba toda la cuerda que uno quería); sujetas entre las ramas, como para amueblar una casa de hadas, había mesas, sillas, camas, roperos, todos ellos barnizados a la francesa, y relojes con cuerda para ocho días, y otros utensilios domésticos maravillosamente fabricados de metal en Wolverhampton; veíanse igualmente en el árbol hombrecitos alegres y de cara regordeta, mucho más atrayentes que bastantes hombres de carne y hueso (lo cual no debe maravillar, porque sus cabezas eran postizas y estaban atiborradas de confites); había violines y tambores, panderos, libros, cajas de herramientas, cajas de pinturas, cajas de dulces, cajas de estampas para mirar por un agujero; cajas, en fin, de todas clases; había, para las niñas grandecitas, diademas mucho más brillantes que las joyas y el oro de las personas mayores; había cestillos y alfileteros en gran variedad; había fusiles, espadas y banderas; y brujas, en pie dentro de un círculo mágico de cartón, dispuestas a decir la buenaventura; había perinolas, trompos zumbadores, estuches de agujas, seca-plumas, botellas de sales, pinturas de hombres ilustres, sujeta-ramilletes; frutas de verdad a las que se había dado un brillo deslumbrador bruñéndolas con oro en hojas; manzanas, peras y nueces artificiales, llenas de sorpresas; en una palabra, y para emplear la frase que una linda niña que estaba delante de mí pronunció, dirigiéndose a otra linda niña, su amiga del alma: «Hay de todo y más». Esta abigarrada colección de los objetos más diversos, que llenaba el árbol como con frutos de magia, y que reflejaba el brillo de las miradas que desde todas partes le dirigían (algunos de los ojos diamantinos que le admiraban, apenas si alcanzaban el nivel de la mesa, y otros languidecían poseídos de un asombro tímido en brazos de lindas mamás, tías y niñeras), plasmaba en realidad viva todas las fantasías de la niñez; y me hizo pensar a mí en que todos los árboles que crecen y cuantas cosas nacen sobre la tierra tienen para la época inolvidable de la niñez sus adornos naturales.

He vuelto a mi casa, estoy sin mi familia, y soy la única persona que hay despierta en aquélla; mi pensamiento, arrastrado por una fascinación de la que me

dejo llevar, vuelve a los tiempos de mi propia niñez. Empiezo por preguntarme qué cosa es, de todo cuanto había en el árbol de Navidad de nuestras Navidades infantiles, aquella de que mejor nos acordamos, y que nos sirvió para encaramarnos a la vida real.

En el acto surge un árbol frondoso en el centro de la habitación, pero sin que entorpezcan su crecimiento paredes, o un techo de poca altura; mirando hacia lo alto de la soñadora luminosidad de su copa (porque observo en este árbol la singular propiedad de que crece hacia abajo, con las raíces en el cielo), examino mis recuerdos navideños más lejanos.

Y lo primero que veo son todo juguetes. Allá, entre el verde acebo y las bayas rojas, está el tentemozo, con las manos metidas en los bolsillos, empeñado en no tumbarse jamás, y que en cuanto lo colocan en el suelo da vueltas y más vueltas a su cuerpo gordinflón, hasta que logra el equilibrio, y se me queda mirando con sus ojos saltones; yo fingía entonces reírme mucho; pero allá, en el fondo de mi corazón, me quedaba bastante receloso del tentemozo. Junto a éste, veo la infernal caja de sorpresa, de la que salía disparado un endemoniado abogado vestido de negra toga, con una repugnante cabeza de pelo; la boca, de tela colorada, abierta de par en par, una figura que me resultaba insoportable, pero de la que no podía desembarazarme, porque en mis pesadillas soñaba con cajas de sorpresa enormes, y el abogado salía agigantado de su interior cuando menos lo esperaba. Tampoco está lejos la rana con cera de zapatero en la cola; nunca se sabía de dónde iba a saltar, y cuando volaba por encima de la vela y se plantaba en la palma de la mano de uno con sus espaldas moteadas (rojo sobre fondo verde), resultaba horrible. Más bondadosa, y además bella, era la dama de cartón con falda de seda azul a la que colocaba tiesa sobre el fondo del candelero para que bailase, y a la que veo ahora en la misma rama; pero no puedo *decir lo mismo del hombre de cartón, figura más grande que la de la mujer, y al que solía colgarse de la pared y se hacía funcionar con un cordel; su nariz tenía una expresión siniestra, y cuando se abrazaba el cuello con las piernas (cosa que ocurría con mucha frecuencia) resultaba espantoso, y no era como para quedarse a solas con él.

¿Cuándo me miró por vez primera esa horrenda máscara? ¿Quién se la puso, y por qué me asusté yo tanto, que el día en que la vi cuenta como una fecha memorable en mi vida? En sí misma no resulta tan repugnante; ¿fue fabricada incluso con el propósito de que hiciese tan insoportables sus estúpidas facciones? Con seguridad que no fue por el hecho de que ocultase las facciones de quien la tenía puesta. Con tapárselas con un delantal, el efecto habría sido el mismo, y, aunque yo prefiriese verlo sin el delantal, no me habría producido, de todos modos, un efecto intolerable, como la máscara. ¿Sería quizá la inmovilidad de ésta? También la cara de la muñeca era rígida, y no me asustaba de ella. ¿Sería acaso que el cambio que producía en una cara auténtica, al ponerla rígida e impasible, infundió a mi acelerado corazón alguna sugerencia lejana y algún temor del cambio universal a que se ven un día sometidas

todas las caras, hasta quedar inmóviles? El hecho es que jamás pude reconciliarme con la máscara. Ni los tambores del regimiento, que al dar vuelta a una manivela dejaban oír un tamborileo melancólico; ni los soldados, con su banda muda de música, sacados de una caja y colocados uno a uno en un pequeño juego de pinzas extensibles; ni la anciana, hecha de alambres y de una pasta de papel moreno, que cortaba un pastel para dos niños pequeños; nada de eso consiguió en mucho tiempo tranquilizarme de una manera definitiva. Ni tampoco me satisfizo el que me mostrasen la máscara y me hiciesen ver que estaba hecha de papel, ni el que la guardasen bajo llave y me diesen la seguridad de que nadie se la pondría. El simple recuerdo de aquella cara rígida, el simple conocimiento de que existía en alguna parte, bastaba para que me despertase durante la noche, sudoroso y horrorizado, con un «¡Estoy seguro de que viene! ¡Oh esa máscara!».

Jamás, por el contrario, pregunté de qué estaba hecho el borriquito cargado con los serones. ¡Ahí está! Recuerdo que su piel parecía auténtica al tacto. Y tampoco me pregunté jamás qué era lo que había puesto de una manera tan rara al gran caballo negro de manchas rojas por toda la piel, un caballo en el que yo podía montarme; y jamás se me ocurrió dudar de que no fuesen corrientes los animales como aquél en Newmarket. Parece que los cuatro caballos de un color indeterminado que están junto al anterior, que se ponían de tiro al carro de quesos, y que podían desengancharse y estabular debajo del piano, tenían las colas de trocitos de piel de esclavinas y también las crines; no tienen ya patas, sino pequeñas estacas, aunque no se hallaban en tal estado cuando fueron traídos como regalo de Navidad a casa.

En aquel entonces estaban perfectamente; tampoco tenían, como ocurre ahora, los arneses clavados descuidadamente al pecho. Yo descubrí por mí mismo que el mecanismo tintineante del carro musical estaba hecho de alambre y de monda-dientes de pluma de ave, y siempre fui de opinión que el pequeño tentemozo que estaba en mangas de camisa, y que subía constantemente por un armazón de madera para caerse de cabeza por el lado opuesto, era un individuo que no estaba en sus cabales, aunque era buena persona; pero la gran maravilla y el enorme encanto lo constituía la escala de Jacob, que se encuentra al lado del anterior, y que está compuesta de pequeños trozos cuadrados de madera roja que subían entre sacudidas y traqueteos, uno por encima de otro, poniendo a la vista cada cual un cuadro distinto, y todo ello alegrado con un tintineo de campanillas.

¡Ah! ¡La casa de muñecas! Yo no era su propietario, pero sí visita en ella. Ni el edificio del Parlamento me inspiraba la mitad de admiración que aquella casa de fachada de piedra, ventanas con cristales auténticos, escalinata de puerta y un verdadero balcón… de un color mucho más verde que los que veo ahora, salvo en las ciudades veraniegas (y aun en éstas sólo se trata de pobres imitaciones). Confieso que fue un golpe para mí, porque mataba la ficción de una escalera principal el que todo el frente de la casa se abriese de una pieza; pero, como en seguida volvía a cerrarse, aún me era posible seguir con mi ilusión. Aun cuando estaba el frente abierto, la casa

tenía dentro tres cuartos diferentes: el de estar; el dormitorio, amueblado con lujo, y el mejor de todos, la cocina, con unos útiles para el fuego de una blandura extraordinaria, y un abundantísimo surtido de utensilios diminutos… ¡Oh aquella sartén que estaba puesta al fuego!… Y la silueta en hojalata de un cocinero que estaba siempre preparándose para freír dos peces. ¡Qué justicia ilusoria tengo hecha a los nobles festines en los que figuraba el juego de fuentes de madera, cada una con su golosina especial, tales como jamón o pavo, pegados fuertemente con cola a la fuente, y guarnecidos con una cosa verde, que a mí se me ha antojado siempre que era moho! Ni todas las actuales sociedades de templanza reunidas serían capaces de servirme un té como el que yo he bebido en aquel pequeño juego de porcelana azul que hay más allá, y que contenía líquido auténtico (recuerdo que se vertía del barrilito de madera, que sabía a cerillas y que hacía del té un verdadero néctar). Y ¿qué más daba que las dos manos de las innocuas y diminutas pinzas del azúcar se aplastasen una contra otra, y no hubiese en qué emplearlas, como le ocurría a Punch con sus manos? Y si en una ocasión empecé a chillar a la manera de un niño envenenado y sumí a la elegante concurrencia en plena consternación, por haberme bebido una cucharadita de aquel líquido, disuelto inadvertidamente en té demasiado caliente, nada malo me pasó, fuera de los polvos purgantes que tuve que tomar.

¡Qué apretadamente empiezan a colgar los libros en las ramas próximas a un nivel más bajo, junto al verde cilindro apisonador y las demás herramientas de jardín en miniatura! Los libros son al principio de poco grosor, pero muy abundantes, y tienen tapas deliciosamente suaves de un rojo o un verde brillantes. ¡Qué letras negras más gruesas en los comienzos! La letra A era un arquero, que disparaba contra una rama. Eso era; y también un abejorro. ¡Ahí está! Muchísimas cosas era esa A, y eso mismo les ocurría a casi todas sus amigas, con excepción de la X, que tenía tan poca versatilidad, que jamás la vi pasar de xilofón o xilomancia; y la Y, reducida siempre a yata o a yola; y la Z, condenada por siempre jamás a ser zafiro y zagal. ¡Mas he aquí que el árbol se transmuta en este instante, convirtiéndose en el tallo de habichuela por el que Juanito trepó a la casa del gigante! Y ¡surgen en seguida los terriblemente interesantes gigantones de dos cabezas, llevando al hombro sus mazas, y empieza una multitud de ellos a caminar a grandes zancadas por entre la maleza, arrastrando por los cabellos a señores y damas, a los que llevan a sus casas para comérselos! Y ¡qué noble se aparece Juanito, con su espada cortante y sus pies voladores! Ahora que lo miro, surgen de nuevo ante mí las meditaciones de entonces, y me pregunto si hubo acaso más de un Juanito (cosa que se me hace dura de creer), o si fue tan sólo uno, el auténtico y original Juanito, el que llevó a cabo todas las hazañas que se cuentan.

Muy a propósito resulta para Navidad el color encarnado de la capa en que la pequeña Caperucita Roja (el árbol es por sí solo un bosque por el que ella puede caminar con su cesta) viene a contarme en esta Nochebuena la crueldad y la traición del lobo disfrazado que se comió a su abuela, sin calmar con ello su apetito, y que luego se la comió a ella, después de hacer aquel chiste feroz acerca de sus dientes.

Caperucita Roja fue mi primer amor. Tenía la convicción de que, si hubiese podido casarme con ella, habría conocido la felicidad perfecta. Pero eso no había de ocurrir, lo único que se podía hacer era acechar al lobo en el Arca de Noé y ponerlo entre los últimos del cortejo encima de la mesa, como a un monstruo al que era preciso degradar. ¡Oh la maravillosa Arca de Noé! Cuando la colocaron en un barreño no pareció capaz de navegar; por consiguiente, los animales estaban amontonados encima del tejado, y, para poder meterlos en el Arca, hubo que achicarles las patas, y una vez encerrados, empezaron a caer fuera, porque la puerta se hallaba cerrada de un modo imperfecto con un simple pasador de alambre… Pero ¿qué inconveniente era ése? ¡Había que ver a la noble mosca, una o dos veces más pequeña que el elefante, y a la mariquita de San Juan, y a la mariposa, todas ellas verdaderas obras maestras! ¡Había que ver al ganso, que tenía los pies tan pequeños y guardaba tan mal el equilibrio, que a cada paso se caía hacia adelante, derribando a todos los animales de la creación! ¡Había que ver a Noé y a su familia, que parecían absurdos tarugos de tabaco, y al leopardo quedarse pegado a los deditos calientes, y las colas de los animales mayores que se iban convirtiendo gradualmente en raídas fibras de cordelillo!

¡Chis! Aquí tenemos otra vez un bosque, y alguien encima de un árbol… No es Caperucita Roja, ni Valentina, ni el Enano Amarillo (por cierto que no había hecho mención de él ni de todas las maravillas de la Tía Chichones); es un rey oriental con turbante y cimitarra que relampaguea. ¡Por Alá! Son dos los reyes orientales, pues estoy viendo otro que mira por encima de su hombro. Sobre la hierba, al pie del árbol, duerme tumbado en el suelo cuan largo es, un gigante negro como el carbón, y su cabeza descansa en el regazo de una dama; junto a ellos se ve una caja de cristal, cerrada con cuatro candados de acero brillante; dentro de ella encierra el gigante a la dama cuando está despierto. En este instante veo en el cinto del gigante las cuatro llaves. La dama llama por señas a los dos reyes que están en el árbol, y éstos bajan silenciosamente. Es una escena de las bellas Mil y una noches.

Pero he aquí que las cosas más corrientes se convierten para mí en extraordinarias y encantadas. Todas las lámparas son maravillosas; todos los anillos son talismanes. Los tiestos vulgares de flores están llenos de oro recubierto con una ligera capa de tierra; los árboles están hechos para que Alí Babá se esconda en ellos; los bisteques no tienen otra finalidad que la de tirarlos al Valle de los Diamantes para que las piedras preciosas se peguen a ellos y luego las águilas se los lleven a sus nidos, de los que los mercaderes las ahuyentarán a gritos. Las tartas están hechas de acuerdo con la receta del visir de Basora, que se hizo pastelero después que lo dejaron sin más que sus calzones a las puertas de Damasco; los zapateros son todos Mustafás, y saben volver a coser a las personas descuartizadas cuando se los lleva hasta ellas con los ojos vendados.

Un aro de hierro, remachado en una piedra, es la entrada a una caverna que sólo espera la llegada del mago, de la pequeña hoguera y de las ceremonias nigrománticas

que han de hacer que la tierra se estremezca. Todos los dátiles importados proceden del mismísimo árbol que aquel otro dátil mal-aventurado con cuyo carozo le sacó el mercader un ojo al hijo del genio invisible. Todas las aceitunas provienen de la cosecha aquella que dio ocasión a que el Comendador de los Creyentes escuchase sin ser visto la manera que tuvo el muchacho de hacer la simulación del juicio contra el fraudulento mercader de aceitunas; todas las manzanas están emparentadas con la que le compraron al hortelano del sultán por tres cequíes (junto con dos más), y que el grandullón esclavo negro robó luego al niño. Todos los perros guardan relación con aquel que era un hombre convertido en perro, y que saltó al mostrador del panadero y puso la pata encima de la moneda falsa. Todo el arroz me recuerda al que aquella horrible mujer-vampiro tenía que picotear grano a grano en castigo de los festines nocturnos que se daba en los cementerios. Mi mismo caballo-balancín (¡ahí está, con las ventanas de la nariz vueltas completamente hacia afuera, rasgo éste de pura raza!) debería tener una clavija en el cuello que le permitiese salir volando conmigo, igual que el caballo de madera que salió volando con el príncipe de Persia, a la vista de toda la corte de su padre.

Sí; todos los objetos que distingo en las ramas altas de mi árbol de Navidad están envueltos en esa luminosidad de lo maravilloso. Cuando, al rayar el alba, en las mañanas oscuras y frías de invierno, abro los ojos en mi cama y vislumbro confusamente en el exterior, a través de los cristales helados de mi ventana, la blanca nieve, oigo decir a Dinazarda:

—Hermana, hermana, si aún estás despierta, te ruego que des fin a la historia del joven rey de las Islas Negras.

Y a Scherezada, que contesta:

—Si mi señor el sultán me otorga otro día de vida, no solamente daré fin a esa historia, sino que os contaré otra.

Entonces el sultán, generoso, se retira sin dar la orden de que sea ejecutada, y los tres volvemos a respirar.

A estas alturas de mi árbol empiezo a ver una prodigiosa pesadilla acechando entre las hojas (quizá la produzcan el pavo, o el budín, a la empanada de carne, o todas estas fantasías, revueltas con Robinsón Crusoe en su isla desierta, y con Felipe Quarll entre los monos, y Sandford y Merton con el señor Barlow, y la Tía Chichones, y la máscara…, o quizá sea producto de una indigestión, ayudada por la fantasía y por el exceso de medicinas tomadas). Es una pesadilla tan extraordinariamente confusa, que no sé por qué me resulta aterradora…; pero me aterra. Lo único que consigo poner en claro es que se trata de un inmenso despliegue de cosas informes que parecen estar tiesas sobre una inmensa exageración de aquellas tenazas extensibles que servían para sostener a los soldaditos de juguete; se acercan lentamente hasta metérsele por los ojos, y después retroceden hasta situarse a una distancia inconmensurable. Cuando más sufro es cuando se acercan. Yo encuentro relación a esa pesadilla con el recuerdo de noches increíblemente largas; noches en

las que fui enviado a la cama en castigo de alguna falta pequeña y en las que me desperté a las dos horas, con la sensación de haber estado dormido dos noches enteras, permaneciendo luego con la abrumadora desesperanza de que no llegaría jamás el alba, y bajo la opresión del peso del remordimiento.

Veo ahora una hilera maravillosa de lucecitas que surgen suavemente del suelo, delante de una inmensa cortina verde. Suena una campanilla, una campanilla mágica, que aún tintinea en mis oídos con timbre que no tiene ninguna otra campana, y se oye música, acompañada del murmullo de voces y del aroma fragante de cáscara de naranja y de aceite. De pronto, la campanita mágica da la orden de que cese la música, y la inmensa cortina sube majestuosa; empieza la obra. El leal perro de Montargis venga la muerte de su amo, asesinado villanamente en el bosque de Bondy, y el gracioso campesino de roja nariz y sombrero minúsculo, al que yo estrecho de allí en adelante contra mi pecho como al mejor de mis amigos (creo que era camarero u hostelero de un mesón de aldea, pero han pasado ya muchos años desde que él y yo nos conocimos), me hace notar que la sagacidad del perro es de veras extraordinaria; este pensamiento festivo vivirá fresco y lozano en mi memoria hasta el fin de los tiempos, sobreponiéndose a todos los chistes posibles. Luego derramo lágrimas amargas al enterarme de que la pobre Juana Shore, toda vestida de blanco y con su oscura cabellera suelta, vaga hambrienta por las calles; de que Jorge Barnwell ha matado al más digno de los tíos que han existido, y que sintió después tan profundo arrepentimiento, que yo creo que debería habérsela absuelto. Acude rápida a consolarme la Pantomima, ¡fenómeno estupendo!, y en ella los payasos son disparados por morteros hasta la gran araña, que parece una brillante constelación de luces, y en ella Arlequín, luciendo por todas partes escamas de oro puro, se retuerce y centellea igual que un pez de maravilla; y Pantalón (al que yo comparo con mi abuelo, sin ver en ello irreverencia) se mete en los bolsillos hierros al rojo y grita: «¡Alguien llega!», o acusa al payaso de pequeñas raterías, diciéndole: «¡Que te he *vistado*!». La Pantomima, en la que es posible todo con la mayor facilidad y en la que todo puede transformarse en cualquier cosa, en la que «no existe nada, pero basta pensarlo para que exista».

Percibo también ahora la primera experiencia que tuve de la triste sensación (que tantas veces había de volver a experimentar más adelante) de que al día siguiente no podría volver al aburrido mundo de la realidad; de que necesitaba vivir para siempre en la luminosa atmósfera que acababa de dejar; de anhelar locamente al hada pequeña de la varita mágica, y de suspirar por una inmortalidad de fantasía junto a ella. ¡Cómo vuelve el hada tomando mil formas, cuando mis ojos recorren las ramas de mi árbol de Navidad, y cómo se aleja otras tantas veces, sin que jamás hasta ahora haya permanecido junto a mí!

Cuando estoy en medio de este encanto surge el teatro de juguete… ¡Ahí está, con su proscenio familiar y las damas ataviadas con plumas, en los palcos!… Con todas las tareas anejas a él, con el engrudo y la cola, la goma y las acuarelas para

caracterizar al molinero y a sus hombres, a Isabel o al desterrado de Siberia. A pesar de algunos accidentes y fracasos ocurridos (particularmente en la tendencia del respetable Kelmar, y de algunos otros, a sentir una irrazonable debilidad en las piernas y a doblarse en los momentos más emocionantes del drama), se ve allí un mundo completo de fantasías tan sugeridoras y tan universales que, muy por debajo de ese teatro de mi árbol de Navidad, veo como negros y sucios los auténticos teatros a la luz del día, y mis recuerdos los adornan como con las más frescas guirnaldas de las flores más raras, y logran encantarme todavía.

¡Cuidado! ¡Se oyen las murgas de Nochebuena, y rompen mi sueño infantil! ¿Qué imágenes relacionadas con la música de Navidad despierta en mí lo que veo en el árbol de Navidad? Precediendo a todas las demás, conservándose aisladas de todas las demás, se agrupan en torno de mi caminata: un ángel que habla en el campo a un grupo de pastores; algunos viajeros que miran a lo alto y siguen a una estrella; un niño en un pesebre; un muchachito en un templo espacioso conversando con graves varones; una figura solemne, de rostro dulce y hermoso, que levanta de la mano a una joven muerta; la misma en las cercanías de la puerta de una ciudad, volviendo a la vida al hijo de una viuda, al que llevaban en un ataúd; una multitud de gentes que mira por la abertura del techo de una habitación donde él está sentado, y que descuelga desde arriba, sirviéndose de cuerdas, a un enfermo dentro de una cama; la misma, paseando sobre las aguas en dirección a una barca en medio de una tempestad, y de nuevo, en una playa, enseñando a una gran muchedumbre; la misma, con un niño sobre sus rodillas y otros varios a su alrededor; la misma, devolviendo la vista a los ciegos, el habla a los mudos, el oído a los sordos, la salud a los enfermos, la inteligencia a los ignorantes; la misma, muriendo en una cruz, ante los ojos de soldados con armas, mientras avanzan espesas tinieblas, la tierra empieza a temblar y sólo se oye una voz: «Perdónalos, porque no saben lo que se hacen».

En las ramas más bajas y viejas del árbol se agrupan apretadamente los recuerdos navideños. Libros escolares cerrados; Ovidio y Virgilio, callados; la regla de tres, con sus frías e impertinentes averiguaciones, despedida para largo; Terencio y Plauto, abandonados en un anfiteatro de pupitres y de bancos, astillados, con cortes y con manchas de tinta; los mazos del criquet; los poetas y las bolas quedan más arriba, envueltos en el olor a hierba pisada y el ruido apagado de los gritos en el aire del atardecer; el árbol está todavía lozano, todavía alegre. Si no vuelvo ya a casa por Navidades, no faltan, gracias al cielo y mientras exista el mundo, muchachos y muchachas. ¡Cómo van a faltar! ¡Helos más allá que bailan y juegan sobre las ramas de mi árbol, benditos sean! ¡Juegan y bailan alegremente, y mi corazón juega y baila con ellos!

Pero yo voy a casa por Navidad. Vamos todos nosotros, o, por lo menos, deberíamos ir. Todos vamos a casa, o deberíamos ir a casa a pasar unas cortas vacaciones (cuanto más largas, mejor), abandonando el gran internado escolar, en el que nos pasamos la vida haciendo números en nuestras pizarras; con ello

descansamos y damos descanso. En cuanto a ir de visitas, ¿adónde no iremos, si queremos ir; adónde no habremos ido, si queríamos, dando alas a nuestra fantasía y partiendo de nuestro árbol de Navidad?

Salgamos al panorama de invierno ¡Cuántos de esta clase hay en el árbol! Avancemos por terrenos bajos y brumosos, por entre pantanos y nieblas, cuesta arriba, por altas colinas, zigzagueando, negros como cavernas, por entre la tupida vegetación que casi nos quita la vista de las estrellas centelleantes; sigamos hasta las anchas alturas, para detenernos, por fin, en medio de un súbito silencio, en una avenida. La campanada del portal suena con vibración profunda y casi temerosa en el aire helado; la puerta gira sobre sus goznes y se abre; mientras nosotros avanzamos hacia una gran casa, las luces que resplandecen en las ventanas se hacen mayores y las hileras de árboles que hay a ambos lados parecen hacerse hacia atrás solamente para dejarnos paso. Durante todo el día, y de tiempo en tiempo, una liebre asustada pasa como una flecha por el césped blanco; y cuando no, el lejano pataleo de una manada de ciervos que pisotean el hielo, aplasta al mismo tiempo el silencio durante unos momentos. Sus ojos vigilantes acechan por debajo de los helechos, y si pudiésemos distinguirlos veríamos que brillan ahora como gotas heladas de rocío encima de las hojas; pero permanecen inmóviles, y todo está inmóvil. Por fin, mientras las luces se agigantan, los árboles se retiran para dejarnos paso, y vuelven a cerrarse a espaldas nuestras como para cortarnos la retirada, llegamos a la casa.

Quizá haya en el aire olor de castañas asadas y de otras cosas buenas y apetitosas; estamos contando historias de invierno (historias de fantasmas, para mayor vergüenza nuestra) alrededor de la hoguera de Navidad, y jamás nos movemos, como no sea para acercarnos un poco más a ella. Pero esto no tiene importancia. Llegamos a la casa, una vieja casona llena de grandes chimeneas en las que arden la madera colocada encima de trébedes dentro del hogar; los retratos adustos (algunos de ellos con leyendas adustas también) nos miran recelosos desde el artesonado de roble de las paredes. Somos un noble de edad mediana, celebramos una espléndida cena con nuestro huésped, la señora de la casa y sus invitados… (porque como son Navidades, la vieja casona rebosa concurrencia), y después nos retiramos a dormir. Nuestra habitación es muy antigua, está recubierta de tapices. No nos agrada el retrato de aquel caballero vestido de verde que hay encima de la chimenea. El techo está cruzado por grandes vigas negras, la cama es un gran artefacto negro sostenido en la parte de los pies por dos grandes figuras negras que parecen salidas de un par de tumbas de la vieja iglesia de la baronía que se levanta en el parque, y que han venido aquí para servirnos. Pero, como no somos un noble supersticioso no nos preocupamos. Bien; despedimos al criado, cerramos la puerta, nos ponemos la bata y nos sentamos frente a la chimenea, meditando en muchísimas cosas. Por último, nos acostamos. Pero no podemos dormir. Nos revolvemos en la cama, sin poder conciliar el sueño. Las brasas del hogar arden caprichosas y dan a la habitación un aire fantasmal.

Sin poderlo evitar, miramos cautelosamente por encima del cobertor a las dos figuras negras y al caballero de verde…, al caballero de mirada maligna. A la luz ondulante, dan la impresión de avanzar y de retroceder; aunque no seamos en modo alguno un noble supersticioso, la cosa no resulta agradable. Estamos poniéndonos nerviosos…, cada vez más nerviosos. Nos decimos: «Es una cosa tonta; pero nos resulta insoportable; simulemos que nos sentimos mal, y llamamos a alguien». Ya estamos a punto de hacerlo; pero en ese instante se abre la puerta y entra en la habitación una mujer joven, con palidez de muerta y larga cabellera rubia; avanza sin ruido hasta el fuego y se sienta en el sillón que hemos dejado allí, retorciéndose las manos. Vemos entonces que sus ropas se hallan empapadas de agua. Se nos pega la lengua al cielo del paladar y no podemos articular palabra; pero la miramos con gran atención. Sus ropas están empapadas de agua; su larga cabellera está salpicada de barro húmedo; viste a la moda de hace doscientos años, y le cuelga del cinturón un manojo de llaves herrumbrosas. Ya está sentada, y nosotros ni siquiera podemos desmayarnos, de turbados que estamos haciéndonos cábalas. Más tarde, la mujer se levanta, intenta meter sus roñosas llaves en las cerraduras de la habitación; pero ninguna de ellas ajusta; después clava su mirada en el retrato del caballero vestido de verde y dice con voz baja y terrible: «Los venados lo saben».

Después de esto vuelve a retorcerse las manos, cruza por delante de la cama y sale por la puerta. Nos ponemos precipitadamente el batín, echamos mano a nuestras pistolas (porque siempre caminamos con ellas), y vamos a seguirla; pero nos encontramos con que la puerta está cerrada. Hacemos girar la llave y miramos por el oscuro pasillo; allí no hay nadie. Caminamos de un lado a otro y procuramos encontrar algún criado. No lo conseguimos. Paseamos de un lado al otro por el pasillo hasta que alborea; entonces regresamos a nuestra solitaria habitación, caemos dormidos, hasta que nos despiertan nuestro criado y el sol radiante.

Nos desayunamos apesadumbrados, y todos los concurrentes nos dicen que tenemos un aspecto extraño. Después del desayuno recorremos la casa con nuestro huésped, lo llevamos ante el retrato del caballero vestido de verde, y entonces se aclara todo. Este caballero faltó a la palabra que había dado a una joven ama de llaves que tuvo en remotas épocas la familia; era famosa por su belleza, se ahogó tirándose a un estanque, y su cuerpo fue descubierto mucho después, porque los venados se negaban a beber el agua aquella. Desde entonces se susurra que suele cruzar la casa a la medianoche (pero que de preferencia se dirige al cuarto en que dormía el caballero vestido de verde), probando las llaves roñosas en las viejas cerraduras. Le contamos a nuestro huésped lo que hemos visto, y entonces su rostro se oscurece con una sombra, y nos suplica que no digamos una palabra; así lo hacemos. Pero todo ello es verdad; y lo dijimos antes de morir (porque ahora estamos muertos) a muchas personas responsables. Hay un sinfín de viejas casonas con galerías en que resuenan los pasos, y dormitorios de gala de aire tristísimo, con alas de edificio que han permanecido cerradas durante muchos años porque las visitan fantasmas, y por las que nosotros

podemos deambular, sintiendo que nos corre por la espalda un agradable cosquilleo, porque podemos encontrar en ellas todos los fantasmas que queramos aunque (cosa quizá digna de observación) pueden reducirse a unos pocos tipos y clases; porque los fantasmas tienen poca originalidad y no se salen de los caminos trillados. Ocurre por eso que un determinado cuarto de un determinado viejo palacio, en el que un determinado y malvado lord, *baronet*, caballero o hidalgo se suicidó, disparándose un tiro, ostenta ciertas tablas del entarimado con manchas de sangre que no se borran jamás. Por mucho que raspéis, como lo ha hecho el actual propietario; o paséis el cepillo, como lo hizo su padre; o freguéis, como lo hizo su abuelo; o queméis la madera con ácidos fuertes, como lo hizo su bisabuelo, la sangre queda siempre, ni más roja ni más pálida, ni más abundante ni más escasa, siempre exactamente igual. En otra casa, en cambio, hay una puerta embrujada que no se cierra jamás, o que no se abre jamás; o se escucha un sonido fantasmal de un torno de hilar, o de un martillo, o de unos pasos, o un grito, o un suspiro, o el pataleo de un caballo, o el arrastrar de una cadena. Y cuando no, hay un reloj de torrecilla que da a las doce de la noche trece campanadas cuando el cabeza de familia está a punto de morir; o la negra sombra de un coche inmóvil que está esperando junto a la gran puerta de las cocheras, y que siempre es visto por alguna persona.

En ocasiones ocurren casos como el de *lady* María, que fue a hacer una visita a una gran casona situada en un lugar muy retirado de las montañas de Escocia; fatigada de su largo viaje, se retiró temprano a descansar, y a la mañana siguiente, estando desayunándose en la mesa, exclamó con inocencia:

—¡Qué cosa más extraña! No haberme dicho antes que me acostase que iba a celebrarse la noche pasada y en este lugar tan apartado una reunión hasta altas horas de la noche.

Al oír esto, preguntaron todos a *lady* María qué quería decir con aquello, y *lady* María contestó:

—¿Qué voy a querer decir, sino que durante toda la noche han estado pasando y pasando coches por la terraza debajo de mi ventana?

El propietario de la casona palideció al oírlo, y lo mismo le ocurrió a su señora. Carlos Macdoodle de Macdoodle hizo señas a *lady* María para que se callase y todo el mundo permaneció en silencio. Acabado el desayuno, Carlos Macdoodle explicó a *lady* María que, según una tradición de familia, aquel estrépito de carruajes en la terraza anunciaba muerte. Así fue, porque la señora de la mansión falleció dos meses después. *Lady* María, que era dama de honor en la Corte, contó muchas veces esta historia a la anciana reina Carlota. A propósito de este presagio, el anciano rey dijo:

—¿Cómo es eso, cómo es eso? ¿Fantasmas, fantasmas? ¡No hay tal cosa, no hay tal cosa!

Y no cesó de repetirlo hasta que se retiró a acostarse.

Otras veces ocurre esto: un amigo de alguien al que conocemos la mayor parte de nosotros tuvo, cuando era muy joven y estaba en el colegio, un amigo íntimo con el

que hizo el pacto de que, si era posible a un espíritu regresar a este mundo después de separarse del cuerpo, el primero de los dos que falleciese se aparecería al otro. Corrió el tiempo, y este pacto fue olvidado por nuestro amigo; los dos jóvenes se hicieron mayores y siguieron caminos divergentes que los apartaron al uno del otro. Pero muchos años después, encontrándose nuestro amigo en el norte de Inglaterra, y pasando la noche en un mesón de los páramos de Yorkshire, miró casualmente fuera de las cortinas de la cama, ¡y vio allí iluminado por la luna, apoyándose en un escritorio que había cerca de la ventana, mirándole con fijeza, a su viejo amigo del colegio! La aparición contestó a las solemnes preguntas que se le hicieron con una especie de susurro, pero perfectamente inteligible:

—No te acerques a mí. Estoy muerto. Me ves aquí porque he venido a cumplir mi promesa. Llego del otro mundo, pero no me está permitido revelar sus secretos.

Dicho esto, toda la figura fue palideciendo y se difuminó en la luz de la luna, desapareciendo.

Otras es la hija del primer habitante del pintoresco palacio de estilo isabelino, tan célebre en nuestra población. ¿No habéis oído hablar de él? ¡Que no! Pues bien: era una bellísima joven de sólo diecisiete años de edad, y una tarde de verano salió a recoger flores en el jardín; poco después volvía corriendo aterrorizada y entraba en el vestíbulo gritando:

—¡Oh padre! ¡Me he encontrado a mí misma!

El padre la tomó en sus brazos y le dijo que aquello eran imaginaciones; pero ella le contestó:

—¡Oh, no! Me vi a mí misma en el paseo ancho; estaba pálida y recogía flores mustias. Volví la cabeza y las enseñé, levantándolas en alto.

Aquella misma noche murió la joven.

Empezó a pintarse un cuadro en que se representaba aquel suceso, pero nunca se terminó, y dicen que aún hoy está en alguna parte de la casa, vuelto de cara a la pared.

Otras es lo que le ocurrió al tío de la mujer de mi hermano, al regresar a caballo hacia su casa un atardecer benigno, a la hora del ocaso; cuando pasaba por entre dos verdes setos, ya próximo a su propia casa, vio que se alzaba ante él un hombre en el centro mismo del estrecho camino, y pensó: «¿Qué hace aquí ese hombre de la capa? ¿Querrá que lo atropelle?». Pero la figura no se movió un punto. El jinete experimentó una sensación extraña al verlo tan inmóvil, pero acortó el trote y avanzó. Cuando ya estaba tan cerca que casi podía tocarlo con los estribos, el caballo se asustó, la aparición se deslizó por el ribazo, de una manera extraña e irreal (caminando hacia atrás sin parecer que movía los pies), y desapareció. El tío de la mujer de mi hermano exclamó: «¡Santo Dios! ¡Es mi primo Enrique, el que está en Bombay!». Picó espuelas a su caballo, éste rompió de pronto a sudar copiosamente, y, asombrado el jinete de tales cosas, se desvió como una flecha y fue a desmontar delante de su casa. Al llegar allí vio a la misma aparición en el momento en que se

metía por la gran ventana francesa del salón, que daba al nivel del suelo. Alargó las bridas a un criado y corrió tras ella. Se encontró a su hermana, que estaba allí sentada y sola.

—Alicia, ¿dónde se encuentra mi primo Enrique?

—¿Tu primo Enrique, Juanito?

—Sí, el de Bombay. Me lo encontré hace un momento en el sendero, y en este mismo instante lo he visto que entraba aquí.

Nadie había visto a nadie. Pues bien: según se supo después, el primo había fallecido en la India a aquella misma hora y en el mismo minuto.

Y, si no, he aquí el caso de una inteligente dama solterona, que falleció a los noventa y nueve años, conservando sus facultades hasta el último instante. Ella había visto con sus propios ojos al huerfanito. Ésta es una historia que ha sido contada en muchas ocasiones de una manera incorrecta; la verdad auténtica es esta que voy a contar, porque se trata en realidad de una historia que pertenece a nuestra familia, porque aquella señorita se hallaba emparentada con nosotros. Teniendo unos cuarenta años, y cuando era todavía una mujer de extraordinaria belleza (su novio murió joven, y ésta es la razón de que ella no se casase nunca, a pesar de haber tenido muchos ofrecimientos), marchó a residir en un lugar de Kent; su hermano, que comerciaba con la India, acababa de comprar la casa. Se contaba que ésta había sido en tiempos administrada por el tutor de un chico joven; el tutor era su próximo heredero; y mató al chico a fuerza de malos y crueles tratos. La señorita de que hablo ignoraba todo esto. Se ha contado que en el dormitorio suyo había una jaula en la que el tutor acostumbraba meter al muchacho. Eso es falso. Lo único que había era una alcoba. La señorita solterona se acostó; durante la noche no dio la alarma; pero por la mañana, cuando su doncella entró en el cuarto, le preguntó con mucha tranquilidad:

—¿Quién es ese muchacho tan lindo, pero triste, que ha estado mirando toda la noche desde esa alcoba?

La doncella contestó lanzando un grito y escapó de allí en seguida.

La solterona quedó sorprendida; pero era mujer de notable firmeza de carácter. Se vistió, bajó a la primera planta de la casa y se confió a su hermano, diciéndole:

—Escucha, Gualterio: toda la noche me ha estado molestando un muchachito lindo, pero de cara triste, que estuvo curioseando constantemente desde la alcoba que da a mi cuarto, y que no he podido abrir. Esto es alguna jugarreta tuya.

—Me temo que no, Carlota —le contestó el hermano—. Ésa es la leyenda de la casa. Se trata del huerfanito. Y ¿qué es lo que hizo?

—Abrió con suavidad la puerta y curioseó desde allí. A veces daba uno o dos pasos dentro de mi cuarto. Yo le llamé para darle ánimos; pero él se encogió, tembló, volvió a meterse en la alcoba y cerró la puerta.

—La alcoba no comunica con ningún otro cuarto, Carlota, ni con ninguna otra parte de la casa, y la puerta está clavada.

Ésta era una verdad indiscutible, y fueron necesarios dos carpinteros que

trabajaron toda la mañana para abrirla y realizar un examen. La solterona se quedó convencida de que había visto al huerfanito. Pero la parte terrible e insensata de la historia es que también lo vieron tres de los hijos del hermano de la solterona, y los tres murieron jóvenes, uno tras otro. Siempre que un niño caía enfermo, era que doce horas antes había vuelto a casa todo sudoroso, diciendo:

—¡Oh mamá! He estado jugando debajo de aquel roble, en un prado, con un muchacho extraño; era lindo, pero de cara triste, muy asustadizo, y me hacía señas.

Por una experiencia fatal supieron los padres que aquél era el huerfanito, y que cuando elegía a un niño, como compañero suyo de juego, la muerte de éste era segura.

Son infinidad los castillos alemanes en que nos sentamos solitarios a la espera del fantasma; en los que nos llevan a un cuarto, que han alegrado relativamente para nuestra recepción: miramos en torno nuestro las sombras que la hoguera crepitante proyecta sobre las paredes desnudas; nos sentimos muy solos cuando el mesonero de la aldea y su linda hija se retiran, después de haber dejado sobre el hogar un nuevo montón de leña y de colocar encima de la mesita una cena de capón asado frío, pan, uvas y una botella de añejo vino del Rin; las puertas que reverberan la luz se cierran cuando ellos se retiran, una tras otra, con otros tantos golpes lejanos de trueno, y cuando llegan las primeras horas de la mañana entramos en conocimiento de una variedad de misterios sobrenaturales. Son muchísimos los estudiantes alemanes convertidos en fantasmas, en cuya compañía nos arrimamos aún más al fuego, mientras el escolar que está en el rincón abre unos ojos anchísimos que parece que se le van a salir de las órbitas y escapa como alma que lleva el diablo del taburete en que estaba sentado, cuando la puerta se abre súbitamente sin intervención de nadie. La cosecha de esa clase de frutos que brilla sobre nuestro Árbol de Navidad es inmensa; se halla en pleno verdor allá en lo alto; en las ramas más bajas está ya madurando.

Entre los más recientes juguetes y fantasías que allí cuelgan (tan inútiles muchas veces y menos puras) se encuentran ciertas imágenes que estuvieron asociadas con las dulces murgas de Navidad de otros tiempos, con aquella música nocturna y suave y siempre la misma. ¡Que la bondadosa figura de mi juventud permanezca inmutable dentro del círculo de los pensamientos que surgen de las reuniones de Navidad! ¡Ojalá que en todas y cada una de las alegres imágenes y sugestiones que nos trae la estación, la estrella brillante que descansó encima del pobre tejado sea la estrella de todo el mundo cristiano! ¡Espera un momento, oh árbol fugaz, cuyas ramas más bajas permanecen todavía oscuras para mí, y deja que te contemple una vez más! Sé que hay en tus ramas espacios en blanco; en ellas han brillado y sonreído ojos que yo amaba, pero que ya se fueron. Pero muy arriba contemplo al que levantó con vida a la muchacha muerta y al hijo de la viuda.

¡Y Dios es bueno! Si acaso en la parte invisible de tus ramas más bajas se oculta para mí la vejez, ¡pueda yo, al menos, cuando mi cabeza empiece a blanquear, volverme a mirar este árbol con corazón de niño, impregnado de fe y de confianza

infantiles!

Pero hoy el árbol está adornado con luminosa alegría, cantos, bailes, y bullicio. ¡Bien venidos sean! ¡Que se conserven siempre inocentes y sean los bien venidos bajo las ramas del Árbol de Navidad, que nunca proyecta sombras tenebrosas! Pero, en el momento de hundirse dentro de la tierra, oigo un susurro que vibra por todas sus hojas: «Todo esto, en conmemoración del mandamiento de amor, cariño, bondad y compasión. ¡Todo esto, en memoria de Mí!».

LO QUE ES LA NAVIDAD A MEDIDA QUE AVANZAMOS EN AÑOS

***What Christmas is, as We Grow Older**, 1851*

Hubo un tiempo en que muchos de nosotros no echábamos de menos ni buscábamos nada fuera de la Navidad, porque ésta encerraba, como dentro de un círculo mágico, todo nuestro mundo limitado; porque ella reunía dentro de sí todos nuestros gozos, afectos y esperanzas hogareños; porque agrupaba a todo y a todos en torno del fuego navideño, y porque no dejaba nada fuera del pequeño cuadro luminoso que brillaba ante nuestros ojos juveniles.

Hubo un tiempo, que llegó quizá demasiado pronto, en que nuestros pensamientos saltaron por encima de tan estrechos límites; un tiempo en el que, para que nuestra felicidad fuese completa, faltaba alguien (alguien a quien entonces nos parecía tener muy cerca del corazón, alguien que era todo hermosura y perfección absoluta); un tiempo en que también nosotros creímos estar de menos cerca del hogar junto al cual ese alguien querido se hallaba sentado (nosotros al menos lo pensábamos así, y para el caso es lo mismo); un tiempo en el que nosotros, entrelazábamos el nombre de ese alguien con todas las guirnaldas y coronas de nuestra vida.

Ése fue el tiempo propicio para las brillantes Navidades visionarias que durante mucho tiempo han surgido de nosotros para mostrarse débilmente, después de un chaparrón veraniego, en los bordes más pálidos del arco iris. Ése fue el tiempo propicio para el beatífico goce de cosas destinadas a ser, pero que nunca fueron, aunque para nuestras decididas esperanzas fuesen tan reales, que resulta difícil decir ahora si entre las cosas que han llegado posteriormente a ser realidad ha habido alguna que haya tenido mayor fuerza.

¡Cómo! ¿Es que no llegó realmente nunca aquella Navidad en que nosotros y aquella perla inapreciable de nuestra juvenil elección fuimos recibidos, después de consumado el más feliz de los matrimonios imposibles, por las dos familias, ya reunidas, que antes habían estado a matarse por causa nuestra? ¿La Navidad en que nuestros cuñados y cuñadas, que antes que emparentásemos nos habían tratado siempre con gran frialdad, nos demostraron un cariño loco, y en la que los papás y las mamás nos abrumaron con ingresos ilimitados? ¿No tuvo lugar jamás aquella comida navideña, terminada la cual nos pusimos en pie, y tributamos un elocuente y generoso tributo al que fue nuestro rival, y que se hallaba allí presente, ofreciéndonos en el acto mutuamente amistad y olvido, y trabando una amistad que duró hasta la muerte,

como no se encuentra otra superior a ella en las historias de Roma y de Grecia? ¿Y es cierto que ese mismo rival hace ya tiempo que no se preocupa en absoluto de aquella perla inapreciable, y que ésta se casó por dinero y se ha convertido en usuraria? Y por encima de todo, ¿es cierto que ahora estamos muy seguros de que si hubiésemos ganado y gastado aquella perla habríamos sido probablemente muy desgraciados, y que nos encontramos mucho mejor sin ella?

La Navidad aquella en que acabábamos de conquistar tanta celebridad; en la que nos llevaron en triunfo no sé dónde por haber realizado alguna hazaña grande y noble; y nuestro apellido se vio rodeado de tales honores y de tan alta reputación, y al llegar a nuestro hogar fuimos recibidos entre una lluvia de lágrimas de gozo… ¿Es posible que esa Navidad no haya llegado todavía?

¿Se halla, quizá, nuestra vida en la Tierra constituida de tal manera que, en el mejor de los casos, si nos detenemos en nuestra marcha junto a una piedra miliaria tan destacada en el camino como este grandioso cumpleaños, podemos volver nuestra vista hacia atrás y contemplar las cosas que nunca fueron, con la misma naturalidad y con la misma seriedad que aquellas otras que fueron y pasaron, o que fueron y siguen siendo? Si eso es así, y parece en efecto que lo es, ¿habremos de llegar a la conclusión de que la vida es poco más que un sueño y que no es digna de los amores y de los anhelos con que la llenamos?

¡No! ¡Muy lejos de nosotros, querido lector, en un día de Navidad, esa mal llamada filosofía! ¡Pongamos más cerca y más dentro de nuestros corazones el espíritu navideño, que es el espíritu de la actividad útil, de la perseverancia, del cumplimiento alegre del deber, del cariño y de la tolerancia! En estas últimas virtudes sobre todo nos refuerza, o debería reforzarnos, la contemplación de visiones de nuestra juventud que no se han cumplido. ¿Quién se atreverá a decir que no son ellas nuestras maestras para que aprendamos a tratar con delicadeza hasta las naderías impalpables de la Tierra?

A medida, pues, que envejecemos, aumente también nuestro agradecimiento por el hecho de que el círculo de nuestros recuerdos navideños y de las lecciones que ellos nos traen se vaya ensanchando. Bien venidos sean todos ellos; llamémoslos para que ocupen sus lugares respectivos junto al hogar navideño.

¡Bien venidas vosotras, las que fuisteis viejas aspiraciones, creaciones deslumbrantes de una ardiente fantasía, al cobijo que tenéis bajo el acebo! Nosotros os conocemos, y todavía no os hemos sobrevivido. ¡Bien venidos, viejos proyectos y viejos amores, por volubles que fueseis, a los rincones que hay para vosotros entre las luces más firmes que arden a nuestro alrededor! ¿Acaso no construimos hoy en las nubes castillos navideños? ¡Sírvannos de testigos nuestros pensamientos, que revolotean como mariposas por entre estos niños que son otras tantas flores! Ante este niño se extiende la perspectiva de un porvenir más brillante que aquel que contemplamos nosotros en nuestros pasados y románticos tiempos, pero brillante de honradez y de lealtad. En torno de esta cabecita sobre la que se amontonan los rizos

de oro, juguetean las gracias, tan bellamente, tan airosamente, como cuando no había al alcance de la mano el Tiempo una guadaña para segar los rizos de nuestro primer amor. En la cara de otra niña que hay al lado de la anterior —más sosegada, pero de brillante sonrisa—, una carita serena y satisfecha, vemos escrita con claridad la palabra hogar. Y vemos, cuando ya nuestras tumbas son viejas, a la luz que se desprende de esa palabra, igual que se desprenden los rayos luminosos de una estrella, cómo ya otras esperanzas, que no son las nuestras, viven lozanas; cómo otros corazones, que no son los nuestros, se conmueven; cómo se allanan otros caminos; cómo otras felicidades florecen, maduran y se agostan…; no, no se agostan, porque a su vez surgen, florecen y maduran, hasta el fin de los tiempos, otros hogares, y otras bandadas de chiquillos que habrán de pasar todavía muchas edades para cuando existan.

—¡Bien venido todo! ¡Bien venido de la misma manera lo que ha sido y lo que nunca fue, y lo que esperamos que pueda aún ser, al cobijo que le espera debajo del acebo, a los lugares que les corresponden alrededor de la hoguera navideña, donde los espera con el corazón abierto lo que ya es! ¿Es acaso aquella sombra que vemos proyectarse sobre el fuego la cara de un enemigo? ¡Por Navidad, que le perdonamos! Si la ofensa que nos hizo no hace absolutamente imposible su compañía, que se acerque y ocupe su lugar. Si por desgracia eso es imposible, que se marche de aquí llevándose la seguridad de que jamás nosotros lo ofenderemos ni le acusaremos.

¡En un día como éste no cerramos las puertas a nada!

—Esperad —dice una voz por lo bajo—. ¿A nada? ¡Pensadlo!

—En el día de Navidad no cerramos el acceso a nuestro hogar a nada.

—¿Ni a la sombra de una inmensa ciudad en la que las hojas mustias forman espesa capa en el suelo? —replica la voz—. ¿Ni a la sombra que entenebrece todo el globo? ¿Ni a la sombra de la Ciudad de los Muertos?

Ni siquiera a ésa. Hoy precisamente, en el día de Navidad, volveremos nuestros rostros hacia esa ciudad, y sacaremos de entre sus huestes silenciosas a las personas que amamos, para que vengan entre nosotros. ¡Ciudad de los Muertos, por el bendito nombre que aquí nos tiene hoy reunidos, y por la imagen que se halla entre nosotros de acuerdo con su promesa, acogeremos a todos los que nos son queridos!

Sí. Somos capaces de mirar a esos niños-ángeles que se posan de una manera tan solemne y tan bella entre los niños vivos, junto al fuego, y de sobrellevar el pensamiento de cómo se fueron de nuestro lado. Los niños jueguetones, lo mismo que los patriarcas que hospedaron sin saberlo a los ángeles, no tienen conciencia de tales invitados; pero nosotros los vemos…, vemos un brazo radiante rodeando el cuello preferido, como si quisiera invitar a ese niño a que lo siguiera. Hay una entre las figuras celestiales, la del que fue en la Tierra un pobre muchacho deforme, que ahora tiene una belleza incomparable; de él dijo su madre moribunda que le dolía mucho dejarlo aquí, solo, durante los muchos años que habrían de pasar antes que fuese con ella…, siendo como era tan niño. Pero la siguió rápidamente, y fue colocado sobre el

pecho de la madre, y ella lo lleva de la mano.

Había un mozo gallardo, que murió lejos, muy lejos, sobre las arenas ardientes de un sol abrasador, y que dijo:

—Decidles en mi casa, al llevarles la expresión última de mi amor, cuánto me hubiera gustado darles un último beso, pero que muero contento y que cumplí con mi deber.

Otro había, sobre cuyo cadáver leyeron aquellas palabras: «Y por ello entregamos este cuerpo a las aguas profundas», confiándolo al Océano solitario, y siguiendo la navegación. Y otro, que se tumbó a descansar a la sombra lóbrega de los grandes bosques, sobre la tierra misma, y ya no despertó. ¿No han de ser traídos, pues, todos ellos al hogar, desde las arenas, el mar y los bosques, en un día como éste?

Una mocita querida hubo (casi ya una mujer…, pero que no llegaría a serlo) que transformó un hogar todo alegría en una Navidad dolorosa, siguiendo por su camino sin huellas hacia la Ciudad del Silencio. ¿No la recordamos acaso, ya desfalleciente, hablando entre susurros débiles e ininteligibles y cayendo de pura fatiga en el último sueño? ¡Miradla ahora! ¡Mirad su belleza, su serenidad, su juventud, su dicha! A la hija de Jairo la volvieron a la vida para que volviese a morir; pero esto otra, más feliz que aquélla, ha oído la misma voz que le decía:

—¡Levántate para siempre!

Teníamos un amigo, que lo era desde nuestros primeros días, y en compañía del cual nos representábamos los cambios que habrían de ocurrir en nuestras vidas, imaginándonos alegremente cómo hablaríamos, caminaríamos, pensaríamos y conversaríamos cuando llegásemos a ser mayores. La habitación que le estaba reservada en la Ciudad de los Muertos lo recibió en lo mejor de sus años. ¿Lo apartaremos a él de nuestros recuerdos navideños? ¿Acaso el amor que nos tenía nos habría excluido de esa manera? ¡Amigos que perdimos, hijos, padres, hermanas, hermanos, maridos, esposas no os apartaremos de ese modo! ¡Tendréis vuestros lugares queridos en nuestros corazones navideños junto a nuestras hogueras navideñas! ¡En la hora de la esperanza inmortal, en el cumpleaños de la misericordia inmortal, no apartaremos de nosotros a nada!

El sol invernal se hunde más allá de las ciudades y de las aldeas; allá en el mar traza un camino rosáceo, como si aún estuvieran frescas sobre las aguas las huellas sagradas. Unos instantes después se hunde, y llega la noche, y empiezan a centellear las luces sobre el panorama. En la colina que hay más allá de la ciudad que se extiende sin forma, y en la postura sosegada de los árboles que ciñen el campanario de la aldea, hay recuerdos tallados en piedra, plantados en flores corrientes, que crecen en el césped, que se enlazan con las zarzas bajas en torno a muchos montoncitos de tierra. En la ciudad y la aldea, hay puertas y ventanas bien cerradas contra la intemperie, hay grandes montones de troncos llameantes, hay rostros alegres, hay sana música de voces. ¡Queden excluidos de los templos de los dioses lares todos los daños y asperezas, pero sean admitidos en aquéllos con ternura

animadora todos esos recuerdos! Estos pertenecen a esta hora y a todas las seguridades de paz y consuelo que ella nos trae; pertenecen a la historia que reunió, incluso sobre la Tierra, a los vivos y a los muertos; y a la generosa caridad y bondad que muchos hombres, demasiados, se empeñaron en reducir a estrechas trizas.

HISTORIA DEL PARIENTE POBRE

***The Poor Relation's Story**, 1852*

Se mostró muy reacio a colocarse delante de tantos miembros respetables de la familia, dando comienzo él a la serie de historias que todos tenían que relatar en aquella afectuosa reunión que celebraban en torno a la hoguera navideña; y apuntó modestamente la idea de que lo más correcto sería que «Juanito, nuestro estimado anfitrión» (por cuya salud pidió que se brindase) tuviese la amabilidad del ser el primero. Dijo que él estaba tan poco habituado a ser quien abriese la marcha, que verdaderamente… Pero todos a una le interrumpieron, exclamando que debía ser él quien empezase, y concordaron unánimes en que podía, querría y estaba en la obligación de empezar; entonces él dejó de frotarse las manos y, sacando los pies de debajo del sillón, empezó el relato.

—No me cabe duda —dijo el pariente pobre— de que la confesión que voy a hacer sorprenderá a los miembros de nuestra familia aquí reunidos, y de modo muy particular a Juanito, nuestro estimado anfitrión, a quien tan agradecidos debemos estar por la hospitalidad magnífica con que nos ha acogido. Pero, si me hacéis el honor de sorprenderos de las cosas que cuenta una persona de tan poca importancia en la familia como soy yo, lo único que puedo aseguraros es que seré escrupulosamente exacto en mi relato.

Yo no soy lo que la gente cree de mí. Soy algo completamente distinto. Quizá convenga, antes de seguir adelante, que eche un vistazo a lo que la gente supone y cree que soy.

Si no me equivoco, y los miembros aquí reunidos de nuestra familia me rectificarán si me equivoco, cosa muy probable —y al decir esto el pariente pobre miró benignamente a su alrededor, esperando que le contradijesen—, se supone que no soy enemigo de nadie, sino de mí mismo; que no tengo jamás un éxito notable en nada; que he fracasado en los negocios porque soy hombre crédulo y poco hábil en ellos; es decir, que no estoy preparado para pensar en que mi socio tenga fines ocultos interesados, que no tuve éxito en el amor, porque, en mi confianza ridícula, pensé que era imposible que Cristiana fuese capaz de engañarme; que me vi chasqueado en las esperanzas que había puesto en mi tío Chill, porque no demostré ser tan astuto como él hubiera deseado en los asuntos materiales; que, a través de mi vida, y hablando en términos generales, me he visto casi siempre engañado y chasqueado; que en la actualidad soy un solterón de cincuenta y nueve a sesenta años de edad, que vive modestamente de un donativo trimestral, al que según veo, Juanito, nuestro querido anfitrión, desea que no aluda más. Lo que se supone con respecto a mis actividades y

costumbres actuales es lo que sigue:

Resido en una casa amueblada de Clapham Road, donde tengo un cuarto que da a la parte de atrás, en una casa muy respetable, y donde se espera que permanezca durante el día, a menos de encontrarme enfermo; y de donde salgo por regla general a las nueve de la mañana, fingiendo que voy a negocios. Me desayuno (con un panecillo, mantequilla y media pinta de café) en un establecimiento muy antiguo, cerca del puente de Westminster; a continuación me meto en la City (no sé por qué) y me siento en el café Garra Way, y en la Bolsa, y me paseo, entrando en algunas oficinas y despachos en que algunos amigos y parientes tienen la amabilidad de tolerarme, y en los que permanezco junto al fuego cuando hace tiempo frío. De este modo me paso el día hasta las cinco de la tarde, hora en que como, con un gasto medio de un chelín y tres peniques. Aún me queda un poco de dinero para gastarlo por la tarde, y entro camino de casa en la antigua cafetería, donde tomo una taza de té y a veces una tostada. De ese modo, cuando la manecilla grande del reloj empieza a caminar otra vez hacia las horas de la mañana, vuelvo a desandar el camino hacia Clapham Road, y me acuesto en cuanto llego a mi cuarto, porque el fuego cuesta dinero, y la familia con quien vivo se opone a ello por las molestias que ocasiona y lo que ensucia.

A veces, uno de mis parientes o amigos lleva su amabilidad hasta pedirme que lo acompañe a comer. Esto suele ser en día de fiesta, y yo, después de la comida, suelo ir por lo general a pasear al Parque. Soy hombre solitario, y raras veces paseo con nadie. No es que me esquiven porque voy mal vestido; la verdad es que jamás llego a ese extremo, porque siempre tengo un traje negro muy bueno (o más bien de una mezcla que parece negra, y es mucho más resistente); pero tengo la costumbre de hablar en voz baja, soy de pocas palabras, no demasiado alegre y me doy cuenta de que no soy atrayente como compañero.

La única excepción a esta regla general es el hijo de mi primo hermano, Francisquito. Siento especial cariño por ese muchacho, y él me trata también con mucho afecto. Es por naturaleza desconfiado; y me atrevería a decir que es de los que pronto son pisoteados en una multitud, y olvidados. Él y yo, sin embargo, nos llevamos admirablemente bien. No sé por qué me imagino que andando el tiempo ese pobre chico ha de ocupar en la familia la posición especial que ahora ocupo yo. Hablamos muy poco, pero nos entendemos mutuamente. Paseamos sin rumbo, cogidos de la mano; sin muchas palabras, sabe él lo que yo quiero decirle, y yo lo que él quiere decirme a mí. Cuando era pequeño todavía, acostumbraba yo llevarlo a los escaparates de las tiendas de juguetes, y le mostraba los que había dentro. Es una cosa sorprendente lo muy pronto que descubrió que yo le habría regalado muchísimas cosas si me hubiese encontrado con medios para hacerlo.

Francisquito y yo vamos y contemplamos por fuera el monumento, y contemplamos también los puentes, y todos los espectáculos que son gratis. Dos veces, en los días de mi cumpleaños, hemos comido bistec a la moda, y hemos ido al

teatro a mitad de precio, quedando interesadísimos con el espectáculo. En una ocasión paseaba yo con él por Lombard Street, que visitamos con frecuencia desde que yo le hice notar que allí se encerraban grandes riquezas (el muchacho es muy aficionado a Lombard Street), cuando un caballero me dijo al cruzarse con nosotros:

—Señor, vuestro hijito ha perdido el guante.

Os aseguro, si sabéis disculparme el que haga hincapié en detalle tan nimio, que aquella referencia accidental al chico como si fuera mío me emocionó profundamente y se me cuajaron los ojos de lágrimas.

Cuando envíen a Francisquito a una escuela de fuera de la ciudad, ya no sabré yo en qué pasar el tiempo; pero tengo el propósito de ir una vez por mes, hasta el lugar a donde lo envíen, para visitarlo en los días de media fiesta. Me dicen que entonces él estará jugando en el brezal; si pusiesen inconvenientes a mis visitas, porque podrían desasosegar al niño, me contentaré con verlo desde lejos sin ser yo visto, y después me volveré a casa. Su madre procede de una familia muy aristocrática, y estoy enterado de que no le hace gracia que el chico y yo nos reunamos demasiado. Sé también que mi temperamento no es como para corregir la tendencia hacia la soledad que tiene el niño; pero pienso que, si nos separásemos del todo, me echaría de menos de una manera permanente.

Cuando yo muera en Clapham Road, no dejaré en este mundo muchas cosas más de las que me lleve del mismo; pero tengo un retrato en miniatura de un niño de rostro alegre, cabellos ensortijados y una chorrera de camisa que forma ondas sobre su pecho (mi madre hizo que me retratasen, pero a mí no me parece posible que me sacasen tal cual yo era); ese retrato no vale nada puesto a la venta, y pediré que se lo entreguen a Francisquito. Tengo escrita ya una carta para que se la entreguen al querido niño junto con el retrato; en ella le digo que lamento mucho tener que separarme de él, aunque no tengo más remedio que reconocer que no hay razón alguna para que siga yo en este mundo. Le doy unos breves consejos, los mejores a mi alcance, para que se prevenga de las consecuencias que acarrea el no ser enemigo de nadie, fuera de sí propio; y me he esforzado por consolarlo de lo que temo que ha de parecerle al niño un abandono en este mundo, haciéndole observar que yo fui una cosa superflua para todos, menos para él; y que como no he sabido encontrar mi lugar en esta gran reunión, sea por lo que sea, lo mejor es que salga de ella.

Ésa es la impresión general que de mí se tiene —dijo el pariente pobre, carraspeando para aclararse la garganta y empezando a levantar la voz—. Pues bien: la finalidad y el propósito de mi relato son totalmente falsos, y esto constituye una circunstancia notable. Ésta no es mi vida, ni son éstos mis hábitos. Ni siquiera vivo en Clapham Road. Relativamente hablando, son poquísimas las veces que voy allí. La mayor parte del tiempo resido en… (casi me da vergüenza pronunciar la palabra, porque suena completamente a fantasía) en un castillo. No quiero decir que se trate de una antigua casona de baronía; pero, sin embargo, en un edificio al que todo el mundo da el nombre de castillo. En él es donde yo guardo los detalles particulares de

mi historia, que son como sigue:

Cuando me arriesgué a declararme a Cristiana fue al asociarme por vez primera con Juanito Spatter (que había sido escribiente mío); tenía yo entonces no más de veinticinco años, vivía en la casa de mi tío Chill, del que esperaba mucho. Yo amaba a Cristiana desde muy tiempo atrás. Era muy hermosa y encantadora desde todo punto de vista. Yo desconfiaba de su madre, viuda, sospechando que era mujer calculadora y de tendencias mercenarias; pero procuraba por Cristiana, pensar de ella lo mejor que podía. Mi único amor había sido en mi vida Cristiana; ella era para mí todo en el mundo, todo y mucho más era para mí desde nuestra niñez.

Cristiana me aceptó con el consentimiento de su madre, y su aceptación me hizo verdaderamente feliz. Mi vida en casa del tío Chill era frugal y monótona, y la habitación que tenía en la guardilla era triste, desnuda y fría, igual que una celda de la cárcel del piso alto de alguna severa fortaleza del Norte. Pero, poseedor del amor de Cristiana, ya no necesitaba nada más sobre la Tierra. No habría cambiado mi suerte por la de ningún ser humano.

Por desgracia, el defecto mayor de mi tío Chill era la avaricia. A pesar de ser rico, economizaba, arañaba, retenía y vivía miserablemente. Como Cristiana no tenía dote, estuve durante algún tiempo algo temeroso de confesar a mi tío nuestro compromiso matrimonial; por último, le escribí una carta informándole de toda la verdad. Se la puse una noche en la mano, al ir a acostarme.

A la mañana siguiente bajé a la planta baja, tiritando de frío en aquella temperatura del mes de diciembre, más fría aún en la casa desabrigada de mi tío que en la calle; en ésta el sol del invierno brillaba a veces, y por lo menos tenía la animación de las caras y voces alegres que cruzaban por ella; me acerqué con el corazón preocupado al comedor del desayuno, habitación larga y baja de techo en la que estaba sentado mi tío. Era un salón espacioso en el que ardía un fuego escaso; tenía un gran mirador, en el que durante la noche había dejado la lluvia señales que parecían lágrimas de personas sin hogar. Daba el mirador a un patio poco cuidado, con el pavimento de losas agrietadas y algunas barandillas de hierro mohoso medio al aire, que habían formado parte de un edificio subalterno que sirvió de cuarto de disección en tiempos en que vivía el gran cirujano que hipotecó la casa a mi tío.

Nos levantábamos siempre tan temprano, que en esa época del año teníamos que desayunarnos a la luz de las velas. Cuando entré en la habitación, hallé a mi tío tan encogido de frío y tan apelotonado en su sillón, detrás de una vela que alumbraba débilmente, que no lo vi hasta que estuve muy cerca de la mesa.

Al alargar mi mano para saludarlo, agarró él su bastón (porque, como estaba inválido, caminaba siempre por la casa apoyándose en un bastón), me amenazó con él y dijo:

—¡Estúpido!

—Tío —le contesté—, no esperaba que os enojaseis de esa manera conmigo.

No lo esperaba, aunque era un anciano rudo y muy enojadizo.

—¿Que no lo esperabas? —me dijo—. ¿Es que has previsto tú algo alguna vez? ¿Cuándo has calculado tú, cuándo has pensado en el porvenir, perro despreciable?

—¡Tío, esas palabras son muy duras!

—¿Que son palabras duras? Son más bien plumas cuando se trata de apedrear a un idiota como tú —me contestó—. ¡Ven acá, Isabelita Snapp! ¡Míralo!

Isabelita Snapp era nuestra única criada, una vieja ajada, fea, amarillenta, que a esas horas de la mañana solía ocuparse en dar fuertes friegas a mi tío en las piernas. Cuando éste la conminó a que me mirase, colocó su flaca mano en la coronilla de la cabeza de la vieja, que estaba arrodillada junto a él, y la obligó a que levantase la cara hacia mí. Cruzó por mi cerebro, en medio de mi ansiedad, una idea involuntaria que los relacionó a los dos con la sala de disección, tal como debió de ser en los tiempos del cirujano.

—¡Mira a este mocoso y mamarracho! —dijo mi tío—. ¡Mira a este bebé! Éste es el caballerito del que suele decir la gente que no es enemigo de nadie sino de sí mismo. Éste es el caballerito que jamás sabe decir que no. Éste es el caballerito que estaba ganando tanto dinero en su negocio, que no tuvo más remedio el otro día que tomar un socio. Éste es el caballerito que se va a casar con una mujer que no tiene un penique y que se entrega en las manos de Jezabeles que especulan con mi muerte.

Me di cuenta entonces de lo tremenda que era la furia de mi tío; porque sólo estando fuera de sí mismo habría podido pronunciar esta última palabra, hacia la que sentía una repugnancia tal que jamás pronunciaba nadie o hacía alusión a la misma por ningún motivo delante de él.

—¡Con mi muerte! —repetía, como si me desafiase con aquel reto al odio que sentía él por la palabra Jezabel—. ¡Con mi muerte!…, con mi muerte…, ¡muerte! Pero yo desbaraté esos cálculos. ¡Haz bajo este techo tu última comida, muñeco desgraciado, y ojalá se te atragante!

Ya supondréis que no sentiría muchas ganas de un desayuno al que me veía invitado con semejantes frases; sin embargo, me senté en el sitio de costumbre. Comprendí que desde aquel momento podía considerarme repudiado por mi tío; pero me sentía capaz de soportarlo, con tal de poseer el corazón de Cristiana.

Mi tío se desayunó como de costumbre su cuenco de pan en leche, con la única diferencia de que lo colocó sobre sus rodillas, después de apartar su silla de la mesa ante la que yo estaba sentado. Cuando terminó de desayunarse, apagó cuidadosamente la vela; el día, frío, de color de pizarra, desapacible, lució sobre nosotros.

—Ahora, don Miguel —dijo mi tío—, desearía hablar unas palabras con esas damas en presencia tuya antes que nos separemos.

—Como gustéis, señor —contestó—; pero os engañáis, y cometéis con nosotros una injusticia cruel, si suponéis que en este contrato matrimonial existe sentimiento alguno que no sea un amor puro, desinteresado y leal.

A esto se limitó a contestar únicamente:

—¡Mientes!

Marchamos, caminando sobre la nieve medio derretida y sobre la lluvia medio helada, hasta la casa en que vivían Cristiana y su madre. Mi tío las conocía perfectamente. Estaban sentadas a la mesa desayunándose, y quedaron sorprendidas al vernos llegar a una hora como aquélla.

—Soy vuestro servidor, señora —dijo mi tío a la madre—. Supongo que adivináis el objeto de mi visita. Me he informado de que aquí hay encerrado un mundo de amor puro, desinteresado y leal. Para que ese mundo esté completo del todo, tengo el gusto de traer lo que le faltaba. Os traigo a vuestro hijo político, señora…, y a vos, señorita, vuestro esposo. Este caballero nada tiene ya que ver conmigo, pero le deseo que disfrute de su admirable adquisición.

Al salir me miró con risa burlona, y no volví a verlo.

—Están asimismo en un error —siguió diciendo el pariente pobre— los que suponen que mi querida Cristiana, convencida por su madre a fuerza de razones y bajo su influencia, se casó con un hombre rico, y que muchas veces, cuando en estos tiempos tan distintos me cruzo con el coche en que va ella, sus ruedas me salpican de barro. No, no. Se casó conmigo.

Nos casamos mucho antes de lo calculado, y la cosa ocurrió de esta manera. Tomé pensión en una casa modesta, y hacía economías y planes para el porvenir pensando en Cristiana. Ésta me habló un día con gran emoción, y me dijo:

—Mi querido Miguel, yo te he dado mi corazón. He dicho que te amaba, y me he comprometido a ser tu esposa. Soy tan tuya, lo mismo en la prosperidad que en la desgracia, como si nos hubiéramos casado el día mismo en que nos comprometimos. Te conozco bien, y sé que si nos viésemos separados y se rompiese nuestra unión, ello proyectaría sobre toda tu vida una sombra, y también quedaría debilitado hasta convertirse en una sombra de lo que es en la actualidad todo cuanto hay en tu carácter de fortaleza para luchar con el mundo.

—¡Así me ayude Dios, Cristiana, como que lo que dices es la pura verdad! —le contesté.

Y ella, poniendo su mano en la mía con toda su devoción virginal me dijo:

—Miguel, no vivamos ya separados un solo momento más. Soy yo la que tiene que decir que viviré feliz con los pocos recursos de que dispones, y sé que tú lo serás también. Lo digo de corazón. No luches más solo, deja que luchemos juntos. Mi querido Miguel no es justo que yo te oculte lo que tú no sospechas, pero que está desgarrando mi vida toda. Mi madre, sin meditar en que lo que tú has perdido lo perdiste por mí, fiado en mi lealtad, no piensa sino en las riquezas, y me insta a que me case con otro, para desgracia mía. Yo no puedo tolerar esta situación, porque tolerarla sería serte infiel. Preferiría compartir tus luchas que estar mirándolas. No deseo un hogar mejor que el que tú puedas darme. Estoy segura de que tendrás aspiraciones y trabajarás con un valor mayor si yo te pertenezco por completo. ¡Sea, pues, esto cuando tú quieras!

¡Qué feliz fui aquel día, y qué mundo nuevo se abrió ante mis ojos! Nos casamos muy poco después, y me llevé a mi esposa a nuestro hogar feliz. Entonces fue cuando empecé a vivir en la residencia de la que os he hablado; desde entonces data el castillo en que hemos vivido siempre juntos. En él han nacido todos nuestros hijos. Nos nació primero una niña, que hoy está casada, y a la que llamamos Cristiana. Su hijo se parece tanto a Francisquito, que no sé distinguirlos.

La opinión generalizada acerca del tema de mis relaciones con mi socio es también completamente errónea. No es cierto que cuando supo que mi tío y yo habíamos reñido de aquella manera definitiva empezase él a tratarme con frialdad, igual que a un pobre diablo; tampoco lo es que se fuera de allí en adelante apoderando poco a poco de nuestro negocio, y que acabase por prescindir de mí. Todo lo contrario, se comportó conmigo con la máxima buena fe y honradez.

He aquí el giro que tomaron las cosas entre nosotros; el día en que me separé de mi tío, aun antes que llegasen a nuestra oficina mis maletas (que mi tío envió, a pagar el porte al llegar a su destino), me dirigí a nuestro despacho, en nuestro pequeño embarcadero, desde el que se dominaba el río; una vez allí le conté a Juanito Spatter lo que había ocurrido. Juanito no me contestó diciendo que un pariente rico y viejo es una realidad palpable, y que el amor y el sentimiento son fantasías a la luz de la luna. Me habló de esta manera:

—Miguel, nosotros fuimos juntos a la escuela y yo me daba maña por lo general para aventajarte y para que me tuviesen en un concepto mejor.

—Es cierto, Juanito —le contesté.

—Y eso —dijo Juanito—, a pesar de que te pedía prestados los libros y los perdía; de que te pedía prestado el dinero para mis gastos y no te lo pagaba nunca; de que te convencía para que me comprases mis cortaplumas estropeados a precio más alto que el que yo había pagado por ellos de nuevos; de que te hacía responder de las ventanas cuyos cristales había roto yo.

—Todo eso no vale la pena recordarlo, Juanito Spatter —le dije—, aunque sea verdad como lo es.

—Cuando te estableciste con este negocio incipiente, que tan bellas perspectivas presenta de prosperar —prosiguió Juanito—, yo me acerqué a ti, después de andar a la caza de toda clase de empleos, y tú me hiciste escribiente tuyo.

—Tampoco eso merece recordarse, mi querido Juanito Spatter —le dije—, aunque sea igualmente verdad.

—Viendo que yo tenía buena cabeza para el negocio, y que era verdaderamente útil en el mismo, no quisiste conservarme en la categoría de empleado y creíste hacer un acto de justicia convirtiéndome muy pronto en socio tuyo.

—Eso merece recordarse menos aún que las otras pequeñeces de que has hablado, Juanito Spatter —dije yo— porque fui y soy hombre capaz de comprender tus méritos y mis defectos.

—Y ahora, mi buen amigo, vamos a ver si en estas circunstancias amistosas

establecemos entre nosotros una justa inteligencia —dijo Juanito, pasando mi brazo por el suyo, según había tenido costumbre de hacerlo en la escuela. En ese momento pasaron por la parte de fuera de las ventanas de nuestra oficina (que tenían la misma forma que las ventanas de popa de una embarcación) dos barcos río abajo, llevados con rapidez por la marea, del mismo modo que Juanito y yo navegábamos en aquel momento en conserva, llenos de lealtad y confianza mutua, por el camino de nuestras vidas—. Tú, Miguel, eres hombre demasiado blando. No eres enemigo de nadie, sino de ti mismo. Si yo me aprovechase de ese lado flaco de tu carácter en nuestros tratos, unas veces con un encogimiento de hombros, otras con un movimiento de cabeza y un suspiro; si, además de esto, fuese a abusar de la con-fianza que has depositado en mí…

—Pero tú no abusarás jamás, Juanito —le dije.

—¡Jamás! —contestó—. Estoy hablando en hipótesis… Digo, pues, que si abusase, además, de esa confianza, ocultando una parte determinada de nuestros negocios en común, poniendo de relieve tal cosa, situando en la penumbra ésta o aquélla, y así sucesivamente, reforzaría mi fortaleza día a día y debilitaría tu debilidad, hasta acabar viéndome yo por el ancho camino de la fortuna y dejándote a ti en algún descampado desierto, a infinidad de millas fuera del camino.

—Así es exactamente —dije yo.

—Para evitar esto, Miguel —dijo Juanito Spatter—, y para evitar la más remota posibilidad de que tal ocurra, es preciso que exista entre nosotros una perfecta lealtad. Nada debemos escondernos y nuestro interés tiene que ser el mismo.

—Mi querido Juanito Spatter —le aseguré yo—, ésa es precisamente mi intención.

—Cuando te sientas demasiado blando —prosiguió Juanito, irradiando amistad por su cara—, deberás consentir que yo evite que se aproveche nadie de esa imperfección de tu naturaleza; no debes esperar que yo la fomente…

—Mi querido Juanito Spatter —le interrumpí—, no espero que la fomentes, porque quiero corregirla.

—Y yo también lo quiero —dijo Juanito.

—¡Exactamente! —exclamé yo—. Ambos nos proponemos el mismo fin; y buscándolo honorablemente, fiándonos por completo el uno del otro y no teniendo sino un interés común, nuestra sociedad será próspera y feliz.

—¡Estoy seguro de eso! —replicó Juanito Spatter, y nos dimos el más cordial apretón de manos.

Llevé a Juanito a mi castillo y pasamos un día muy feliz. Nuestra sociedad prosperó. Mi amigo y socio aportó a ella lo que a mí me faltaba, tal como yo había previsto, y mejorando el negocio tanto como a mí mismo, pagó ampliamente aquel pequeño ascenso en la vida para el que yo le había ayudado.

—No soy —dijo el pariente pobre, mirando a la hoguera al mismo tiempo que se

frotaba lentamente las manos— muy rico, porque no me preocupó nunca serlo; pero tengo lo bastante, y aún más, para mis modestas necesidades y preocupaciones. Mi castillo no es un espléndido palacio, pero sí está lleno de comodidades, produce una impresión de tibieza y de alegría y es el retrato perfecto del hogar.

Nuestra hija mayor, que se parece mucho a su madre, se casó con el hijo mayor de Juanito Spatter. Nuestras familias se hallan íntimamente unidas por otros lazos de afecto. Las veladas en que nos reunimos todos (cosa que ocurre con frecuencia) resultan agradabilísimas. Juanito y yo conversamos acerca de los viejos tiempos y del interés único que ha existido siempre entre nosotros.

La verdad es que yo, dentro de mi castillo, no sé en qué consiste la soledad. En todo momento andan por allí algunos de nuestros hijos o de nuestros nietos, y las voces juveniles de mis descendientes acarician mis oídos… ¡Oh, cómo los acarician! Mi esposa queridísima y abnegada, tan fiel, tan amante, apoyo, ayuda y consuelo mío, es la bendición inapreciable de mi casa; de ella se derivan todas las demás bendiciones. Somos una familia bastante aficionada a la música, y si alguna vez me ve Cristiana un poco fatigado o deprimido, se dirige calladamente al piano y entona una linda canción, la misma que solía cantar cuando éramos novios. Yo soy un hombre tan blando de corazón, que no me resigno a oírla cantada por otra persona. En cierta ocasión que fui al teatro con Francisquito la cantaron, y éste preguntó asombrado:

—Tío Miguel, ¿de quién con estas ardientes lágrimas que me han caído encima de la mano?

Así es mi castillo y ésas son das auténticas realidades de mi vida que dentro de él se guardan. Yo suelo llevar con frecuencia a Francisquito a mi casa. Mis nietos lo reciben cariñosamente y juegan juntos. En esta época del ario (la de Navidad y Año Nuevo) raras veces salgo de mi castillo. Los recuerdos que en esta época me trae parecen atarme a él y las características de la estación parecen decirme que da gusto encontrarse dentro.

—Y el castillo es… —se dejó decir una voz seria y cariñosa de entre la concurrencia.

—Sí. Mi castillo —terminó el pariente pobre, moviendo la cabeza y sin apartar la vista del fuego— es un castillo en el aire. Juanito, nuestro querido anfitrión, ha apuntado con exactitud la situación de mi castillo. ¡Es un castillo en el aire! He terminado… ¿Queréis tener la bondad de contar mis historia a los demás?

LA HISTORIA DEL NIÑO

***The Child’s Story**, 1852*

Hubo hace muchísimos años un viajero que salió de viaje. Era el suyo un viaje mágico; cuando lo empezó parecía que había de durar muchísimo tiempo, pero resultó cortísimo cuando llevaba hecho la mitad.

Viajó un ratito por un sendero bastante oscuro, sin encontrarse con nadie, hasta que, por último tropezó con un hermoso niño. Y le preguntó:

—¿Qué haces aquí?

Y el niño le dijo:

—Estoy siempre jugando. Ven y juega conmigo.

Jugó, pues, con el niño durante todo el día y ambos estuvieron contentísimos. Todo cuanto veían era hermoso: el cielo muy azul, el sol muy brillante, el agua centelleaba, las hojas eran de un verde subido, se oía cantar a muchísimos pájaros y revolotear a muchísimas mariposas. Esto, cuando el tiempo era hermoso. Cuando llovía, disfrutaban contemplando cómo caían las gotas de agua y percibiendo los aromas nuevos. Cuando soplaba el viento, resultaba una delicia escuchar el ruido que hacía e imaginarse lo que hablaba, siempre que venía volando desde su casa… («¿Dónde estará la casa del viento?», se preguntaban el viajero y el niño). Venía silbando y bramando, empujaba delante de él las nubes, hacía que se doblasen los árboles, retumbaba en las chimeneas, hacía estremecerse la casa y que el mar rugiese furioso. Cuando mejor lo pasaban era cuando nevaba; nada les gustaba tanto como contemplar cómo caían rápidos y espesos, los copos blancos, igual que plumón desprendido de los pechos de millones de pájaros blancos; y lo profunda y suave que era la capa de nieve, y el silencio que reinaba por todas las carreteras y los senderos.

Disponían de abundante provisión de los juguetes más bonitos del mundo y de los libros ilustrados más maravillosos, llenos de relatos de cimitarras, babuchas, turbantes, enanos, gigantes, genios, hadas, barbas azules, tallos de judías, tesoros, cavernas, bosques, Valentinos y Orsones; todos los relatos eran nuevos y todos verdaderos.

Pero cierto día el viajero perdió de improviso al niño. Lo llamó una y otra vez pero no obtuvo respuesta. En vista de lo cual siguió su camino y avanzó algún tiempo sin encontrar a nadie, hasta que por último tropezó con un hermoso muchacho. Entonces el viajero le dijo:

—¿Qué haces aquí?

Y el muchacho le dijo:

—Estoy siempre estudiando. Ven y estudia conmigo.

Y estudió en compañía del muchacho lo referente a Júpiter y Juno, las cosas de los griegos y de los romanos y yo no sé cuántas cosas más; aprendió mucho más de cuanto yo podría decir… y también de lo que él podría decir, porque muy pronto se olvidó de la mayor parte de lo estudiado. Pero no pasaban todo el tiempo estudiando, porque jugaban a los más alegres juegos conocidos. En verano remaban en el río y en invierno patinaban sobre el hielo; caminaban mucho a pie y mucho a caballo; jugaban mucho al criquet y a los diversos juegos de pelota; al rescatado, a la liebre y los perros, a seguir al jefe y a muchísimos más deportes que los que yo soy capaz de imaginar; nadie podía vencerlos. Tenían también vacaciones, y pasteles de Reyes, y reuniones en las que bailaban hasta la medianoche, y teatros auténticos en los que veían surgir del fondo de la tierra palacios de oro y de plata de verdad, y contemplaban de una vez todas las maravillas del mundo. En cuanto a tener amigos, los tenían tan queridos y tan numerosos, que no los cuento por falta de tiempo. Todos ellos eran jóvenes, como el hermoso muchacho, y se habían prometido una amistad que duraría toda la vida.

Sin embargo, cierto día, en medio de aquellos placeres, el viajero perdió de vista al muchacho, lo mismo que había perdido al niño, y, después de llamarle en vano, siguió su viaje. Caminó algún tiempo sin encontrar a nadie, hasta que por fin tropezó con un mozo. Y le preguntó:

—¿Qué haces aquí?

Y el mozo le contestó:

—Ando siempre haciendo el amor. Ven y enamórate como yo.

Y el viajero se marchó con aquel mozo, y poco después se encontraron con una de las mozas más lindas que se vieron jamás (parecidísima a Fanny, la de aquel rincón), porque tenía los mismos ojos de Fanny, y los cabellos de Fanny, y lunares como los de Fanny, y se reía, poniéndose colorada, lo mismo que se está poniendo Fanny ahora que hablo de ella. El mozo se enamoró en el acto…, lo mismísimo que una persona (cuyo nombre no quiero dar ahora) se enamoró de Fanny la primera vez que vino a esta casa. Pues bien: el viajero pasaba a veces rabietas (como las pasa quien yo me sé por culpa de Fanny) y hasta en ocasiones se peleaban…, igualito que se peleaban quien yo me sé y Fanny; pero hacían las paces y se sentaban en la oscuridad, y se escribían cartas todos los días, y no eran felices cuando estaban separados, y se buscaban el uno al otro constantemente, aunque fingían lo contrario, y se comprometieron durante las Pascuas de Navidad y se sentaron muy juntitos cerca del fuego, y pronto iban a casarse…, lo mismito que quien yo me sé y Fanny.

Pero cierto día, el viajero los perdió de vista, igual que había perdido a los demás amigos suyos; después de gritarles que volviesen, sin que volvieran, aquél siguió su camino. Y fue caminando, caminando, sin encontrarse con nadie, hasta que por último tropezó con un caballero de mediana edad. Y le preguntó al caballero:

—¿Qué hacéis aquí?

Y la respuesta fue:

—Ando siempre atareado. Ven y ataréate conmigo.

El viajero empezó a estar muy atareado, lo mismo que aquel caballero, y juntos se fueron por el bosque. Todo su camino lo hicieron por el bosque; éste era al principio luminoso y verde, como los bosques en la primavera; pero luego empezó a volverse tupido y oscuro, como los bosques en el verano; algunos arbolitos, que fueron los primeros en echar hojas, se estaban ya poniendo amarillos. El caballero no estaba solo, sino que tenía asimismo una señora casi de su misma edad, que era su esposa; y tenían hijos, que también vivían con ellos.

Fueron, pues, todos juntos por el bosque, cortando árboles y abriendo senderos por entre las ramas y las hojas caídas, cargados de leña y trabajando con ahínco.

A veces llegaban a una avenida larga y verde que desembocaba en bosques más profundos todavía. Entonces oían una vocecita que gritaba desde lejos: «¡Padre, padre, yo soy otro hijo! ¡Espérame!», y en seguida veían aparecer una figura pequeña, que se iba agrandando a medida que avanzaba para acercarse a ellos corriendo. Y cuando los alcanzaba, le rodeaban todos, le besaban y daban la bienvenida, y seguían todos juntos adelante.

A veces llegaban a un punto del que arrancaban varias avenidas al mismo tiempo, y entonces se quedaban silenciosos, y uno de los hijos decía:

—Padre, yo me voy al mar.

Y otro:

—Padre, yo me voy a la India.

Y otro:

—Padre, yo me voy a buscar fortuna donde pueda. Y otro:

—Padre, yo me voy al Cielo.

Y, después de despedirse con muchas lágrimas, marchaba cada cual, solitario, por una avenida distinta, menos el niño que iba al Cielo, porque éste se elevaba por el aire dorado y desaparecía.

En todas estas separaciones, el viajero miraba al caballero y lo veía levantar los ojos al cielo, por encima de los árboles; y el día empezaba a declinar y se anunciaba el ocaso. Advertía también que el cabello del caballero se iba volviendo blanco. Pero no les era posible detenerse mucho, porque tenían que cumplir su jornada y necesitaban estar siempre atareados. Y hubo tantas despedidas, que ya no quedó ningún hijo, y el viajero, el caballero y su esposa siguieron juntos su camino. Pero ya el bosque era amarillo, y hasta las hojas de los grandes árboles empezaron a caer.

Y llegaron a una avenida que era más oscura que las demás, y seguían adelante en su camino sin mirar hacia aquélla; pero en ese momento la señora se detuvo y dijo:

—Esposo mío, me llaman.

Se pusieron a escuchar y oyeron una voz que gritaba desde muy lejos en aquella avenida:

—¡Madreee, madreee!

Era la voz del primero de los hijos que había dicho: «Yo me voy al Cielo». Y el

padre dijo ahora:

—Todavía no, por favor. La noche está ya muy cerca. ¡Todavía no!

Pero la voz llamaba: «¡Madreee, madreee!», sin hacer caso de lo que él decía, aunque su cabello estaba ya completamente blanco y las lágrimas surcaban sus mejillas.

Entonces la madre, que se sentía arrastrada hacia la sombra de la oscura avenida y empezaba a ir por ella, sin soltar los brazos que tenía echados al cuello del caballero, besó a éste y le dijo:

—Amor mío, me llaman y no puedo menos de ir —y desapareció.

El viajero y el caballero quedaron solos.

Siguieron adelante juntos, hasta que llegaron muy cerca del límite del bosque; tan cerca, que podían distinguir cómo el sol se volvía rojo y brillaba por entre los árboles.

También ahora, mientras se abría camino por entre las ramas, el viajero perdió a su amigo. Lo llamó y volvió a llamar, pero no obtuvo contestación; y cuando salió del bosque y vio cómo el sol se ponía tranquilamente, en un ancho horizonte teñido de púrpura, tropezó con un anciano que estaba sentado sobre el tronco de un árbol caído. Y le dijo al anciano:

—¿Qué haces aquí?

Y el anciano le contestó con una serena sonrisa:

—Vivo con mis recuerdos. Ven y recuerda en mi compañía.

El viajero se sentó junto al anciano, de cara al sereno crepúsculo; y en ese momento todos sus amigos se le acercaron sin hacer ruido y lo rodearon. El precioso niño, el hermoso muchacho, el mozo enamorado, el padre, la madre y los hijos; todos estaban allí, y el viajero no había perdido a ninguno. Y los quiso a todos, y se mostró cariñoso y condescendiente con todos, gozó siempre con mirarlos a todos, y todos ellos le respetaron y le amaron.

—Yo creo, querido abuelito, que aquel viajero sois vos mismo, porque así os portáis vos con nosotros y así es como nosotros os correspondemos.

LA HISTORIA DEL ESCOLAR

***The Schoolboy's Story**, 1853*

Como todavía tengo pocos años (ya voy entrando en ellos, pero todavía tengo pocos), no puedo contar aventuras que me hayan ocurrido a mí mismo. Me imagino que no interesaría mucho a nadie el saber lo avaro que es el reverendo o lo ave de rapiña que es su mujer y cómo les cargan la mano a mis padres, especialmente en las cuentas de peluquero y de médico que les pasan. A uno de mis compañeros de colegio le cargaron en su cuenta del semestre doce chelines y seis peniques por dos píldoras, que, a la mitad de precio, les habrían dejado una buena ganancia, y que mi compañero no tomó, sino que las escondió en la manga de su chaquetilla.

En cuanto a la carne, es una vergüenza. Aquello no es carne. La carne auténtica no es todo nervios. La carne auténtica la podéis masticar. Además, la carne auténtica suelta jugo, pero la nuestra no suelta nunca ni una gota. Otro de mis compañeros volvió a su casa enfermo y oyó cómo el médico de cabecera le decía a su padre que no se explicaba aquella dolencia como no fuese por culpa de la cerveza. ¡Naturalmente que la cerveza tenía la culpa! ¡Y con muchísima razón!

Pero una cosa es la carne y otra el viejo Cheeseman. Lo mismo digo de la cerveza. Yo quería hablaros del viejo Cheeseman y no de cómo nuestros compañeros ven arruinada su salud por el afán de ganar dinero con ellos.

No hay más que fijarse en los pasteles; la masa no está hecha de hojuelas. Es una cosa sólida, que parece plomo humedecido. Mis compañeros se la comen, y tienen de noche pesadillas, y les hace incorporarse en la almohada, porque gritan y despiertan a los demás. ¿Quién puede extrañarse de que lo hagan?

El viejo Cheeseman se levantó una noche sonámbulo, se puso el sombrero encima del gorro de dormir, echó mano a una caña de pescar y a una maza de criquet y bajó a la sala de recibir, donde, como es natural, lo tomaron por un fantasma. Estoy seguro de que no hubiera hecho una cosa semejante si las comidas hubiesen sido sanas. Yo me imagino que les vamos a dar un disgusto cuando todos nosotros nos volvamos sonámbulos.

El viejo Cheeseman no era entonces profesor de segundo de latín; sólo era becado. Cuando lo llevaron al colegio era muy pequeño, y llegó en una silla de posta acompañado de una mujer, que no hacía otra cosa que tomar rapé y zarandear al niño; de esto era de lo que mayormente se acordaba. No fue nunca a pasar las vacaciones en casa. No hizo nunca estudios extra, y sus cuentas eran enviadas a un Banco y pagadas por éste; dos veces al año le compraban un traje marrón; a los doce calzó sus primeras botas, que siempre le venían grandes.

Durante las vacaciones de verano, algunos de nuestros compañeros que vivían a corta distancia solían ir de paseo hasta el colegio y trepaban a los árboles de la parte exterior del campo de juego nada más que para ver al viejo Cheeseman que estaba allí leyendo solitario. Fue siempre un hombre tan flojo como el té, el té que nos daban, ¡que ya es decir! Cuando los muchachos le silbaban, él levantaba la vista y saludaba con la cabeza; cuando le preguntaban: «¡Hola, viejo Cheeseman! ¿Qué te dieron de comer?», él contestaba: «Carnero hervido»; y si le decían: «¿No te sientes muy solo, viejo Cheeseman?», contestaba: «Un poco aburrido a veces». Entonces le gritaban: «¡Adiós, pues, viejo Cheeseman!», y se descolgaban al suelo. Naturalmente que era abusar del viejo Cheeseman el no darle durante todas las vacaciones otra cosa que carnero hervido; pero así andaban las cosas. Cuando no le daban carnero hervido, le servían budín de arroz, como si le diesen un festín. De ese modo se ahorraban la cuenta del carnicero.

Así fue creciendo el viejo Cheeseman. Además de la soledad, las vacaciones le traían otras molestias, porque cuando los compañeros regresaban de vacaciones, muy a disgusto, él se alegraba de verlos, y esto los irritaba, porque ellos no se alegraban de volver a verlo a él, y así es como le dieron más de una cabezada contra la pared, llegando incluso en una ocasión a sangrar por la nariz. Pero, en general, lo queríamos todos mucho. En cierta ocasión le abrimos una suscripción, y, para darle ánimos, antes de salir nosotros de vacaciones, le regalamos dos ratitas blancas, un conejo, una paloma y un espléndido cachorro. El viejo Cheeseman lloró al recibir el obsequio…; pero lloró mucho más cuando, poco después, los animales se comieron los unos a los otros.

Como es natural, le habíamos puesto al viejo Cheeseman toda clase de apodos, sacados de los distintos quesos, en honor a su nombre: *Dutchman, Double Gloucesterman, Family Cheshireman, North Wiltshireman* y otros así. Pero él nunca se molestaba. Yo no quiero decir, al llamarle viejo, que tuviese muchos años, porque no los tenía, sino que desde el principio lo llamamos así: viejo Cheeseman.

Llegó un momento en que al viejo Cheeseman le nombraron pasante de latín. Una mañana, al empezar el semestre, fue presentado a todo el colegio con ese título y con el tratamiento de «señor Cheeseman». Todos los escolares convinimos entonces en que el viejo Cheeseman era un soplón, un desertor, que se había pasado al enemigo y que se había vendido por dinero. No le valió el que se hubiese vendido por una cantidad muy pequeña, dos libras y diez chelines al trimestre, además de la ropa lavada, según nos dijeron. En una reunión de un Parlamento que se formó para discutir el caso, se votó que únicamente había que pensar en los motivos mercenarios que habían impulsado al viejo Cheeseman y que «había acuñado dracmas con nuestra sangre». Esta frase la sacó el Parlamento de la escena en que riñen Bruto y Casio.

Una vez votado de manera tan rotunda que el viejo Cheeseman era un terrible traidor, que nos había ganado la confianza con el propósito de conseguir el favor de la Dirección, revelando todos los secretos que había conseguido descubrir, se invitó a

los escolares valerosos a que se afiliasen a una sociedad para formar una pandilla en contra de él. El presidente de la sociedad fue un muchacho que se llamaba Robertito Tarter. Su padre estaba en las Indias Occidentales, y Robertito solía decirnos que tenía muchos millones. Gozaba de gran influencia entre nuestros compañeros, y escribió una parodia, que empezaba de este modo:

¿Quién el bueno de tal modo se hacía
que, al hablar, ni siquiera se le oía,
y salió, sin embargo, un ruin espía?
El viejo Cheeseman.

Por el estilo de ésta eran las doce o más estrofas, que su autor solía cantar todas las mañanas muy cerca de la mesa del nuevo pasante. Enseñó también a uno de los muchachos de primer año, al pequeño Brass, el de la cara rubicunda, que se prestaba a todo, a que se acercase al pasante una mañana con su gramática latina y le dijese: «*Nominativus Pronominum* (Viejo Cheeseman), *raro exprimitur* (nunca fue sospechoso) *nisi distinctionis* (de ser un espía) *aut emphasis gratia* (hasta que demostró serlo). *Ut* (por ejemplo), *vos damnastis* (cuando traicionó a los muchachos). *Quasi* (como si) *dicat* (hubiera dicho). *Praeterea nemo* (¡Soy un Judas!).»

Todo esto produjo profunda influencia en el viejo Cheeseman. Nunca había tenido mucho pelo; pero el que tenía empezó a quedársele más y más ralo cada día. Y cada día palideció más y se quedó más ajado; en ocasiones se le vio, después de oscurecido, sentado ante su mesa, con la vela ardiendo con largo pabilo, y él llorando con la cara oculta entre las manos. Pero ningún miembro de la sociedad podía mostrarle compasión, aunque la sintiese, porque su presidente declaró que aquello significaba que al viejo Cheeseman le remordía la conciencia.

Así fue viviendo el viejo Cheeseman. ¡Qué desgraciada vida la suya! El reverendo lo trataba con altanería, y también la mujer del reverendo, porque así lo hacían con todos los pasantes; pero quienes más lo hacían sufrir eran los escolares que no lo dejaban en paz un momento. Jamás fue con el cuento a los superiores; por lo menos, la sociedad no tuvo pruebas de ello. Sin embargo, de nada le valió, porque el presidente declaró que aquello no era sino fruto de la cobardía del viejo Cheeseman.

Una sola amistad tenía en el mundo; pero ésta era casi tan impotente como él, porque se trataba nada más que de una amiga: Juanita. Juanita era una especie de encargada del guardarropa de los escolares y se cuidaba de los baúles. Creo que entró en el colegio como una especie de aprendiza (algunos de nuestros compañeros decían que había sido recibida por caridad, pero yo no lo sé); terminado su aprendizaje, quedó en el colegio mediante un sueldo anual. En lugar de decir que se quedó a tanto por año, quizá debiera decir que se quedó a tan poco por año. Sin embargo; tenía ahorradas ya algunas libras en una Caja de Ahorros y era una moza muy simpática.

No se podía decir que fuese del todo bonita; pero tenía una cara de expresión franca, honrada y alegre, y todos los escolares le tenían gran simpatía. Era extraordinariamente limpia y alegre y extraordinariamente servicial y afectuosa. Siempre que algún escolar tenía algún disgusto con su madre, buscaba a Juanita y le enseñaba la carta.

Juanita era amiga del viejo Cheeseman. Cuanto mayor era la guerra que le hacía la sociedad, más decididamente adicta se le mostraba Juanita. A veces le dirigía desde la ventana de su despensa una mirada tan animadora, que parecía que con ella se confortase el viejo Cheeseman para todo el día. Acostumbraba salir por el huerto y el jardín de la cocina (que siempre estaba cerrado con llave, ¡vaya que sí!) y cruzar por el campo de juego, aunque hubiera podido seguir otro camino; pero lo hacía con el exclusivo objeto de hacer una seña con la cabeza al viejo Cheeseman, como diciéndole: «¡Anímate!». El cuartito del joven estaba siempre tal limpio y arreglado, que no hacía falta preguntar quién lo cuidaba mientras el viejo Cheeseman estudiaba en su mesa; y cuando los escolares veían un budín bien caliente echando humo en el lugar que ocupaba el viejo Cheeseman en la mesa, sabían perfectamente, aunque les indignase, quién se lo había enviado.

Así las cosas, y después de muchas reuniones y debates, la sociedad resolvió que se conminase a Juanita a cortar toda clase de relaciones con el viejo Cheeseman, y si se negaba, que también ella fuese condenada por todos al ostracismo. Se nombró, pues, una Comisión, encabezada por el presidente, para que se entrevistase con Juanita y le pusiese al corriente de la resolución que se había visto la sociedad en el caso doloroso de aprobar. Todos la respetábamos mucho por sus buenas cualidades, y se contaba que en cierta ocasión había hablado al reverendo en su propio despacho, consiguiendo librar a un escolar de un severo castigo, movida solamente de su buen corazón. Por esas razones, la Comisión aceptó a disgusto el encargo. Se avistaron con ella, sin embargo, y el presidente la informó de todo. Juanita se puso muy colorada al oírlo, rompió a llorar y contestó al presidente y a la Comisión en un lenguaje que no se parecía en nada al que usaba de ordinario; les dijo que eran un hatajo de muchachos salvajes y llenos de malicia, acabando por echar del cuarto a todo el respetable cuerpo. En su consecuencia, se levantó acta en el libro de la sociedad (que se llevaba en una clave astronómica por temor a que lo descubriesen) de que se prohibía toda clase de comunicación con Juanita, y el presidente explicó a los miembros que aquélla era una prueba convincente del trabajo subterráneo del viejo Cheeseman.

Pero Juanita se mantuvo tan leal al viejo Cheeseman, como éste siguió siendo traidor a nuestros compañeros (en opinión de éstos, por lo menos), y continuó imperturbable siendo su única amiga. Esto llevó a la exasperación los ánimos de la sociedad, porque Juanita suponía para los socios una pérdida tan grande como la ganancia que suponía para el viejo Cheeseman; se mostraron más enconados aún con éste y lo trataron peor que nunca. Una mañana apareció su mesa vacía; se miró en su

habitación, y también estaba vacía. Entonces corrió entre las caras pálidas de los escolares el rumor de que el viejo Cheeseman se había levantado muy temprano y se había ahogado.

Las miradas misteriosas que cambiaron entre sí, después del desayuno, los demás pasantes y el hecho elocuente de que no se esperaba al viejo Cheeseman, confirmó a la sociedad en esta opinión. Se empezó a discutir entre algunos si había que condenar al presidente a la horca o solamente al extrañamiento de por vida, y la cara de aquél demostró gran ansiedad por conocer cuál de los dos castigos iba a recibir. Dijo, sin embargo, que un Jurado de su patria siempre lo encontraría a él animoso, y que en su defensa les diría que se pusiesen la mano sobre el corazón y dijesen si ellos, como buenos británicos, encontraban bien que hubiese quien aportase pruebas contra un acusado, y qué pensarían si ellos se encontrasen en el mismo caso. Algunos miembros de la sociedad opinaban que lo mejor que el presidente podía hacer era huir hasta encontrar un bosque, en el que pudiese cambiar la ropa con un leñador y embadurnarse la cara con moras; pero la mayoría opinaba que, si él se defendía, su padre (que residía en las Indias Occidentales y disponía de millones) podría salvarlo por dinero.

Los corazones de todos los escolares palpitaron acelerados cuando se presentó el reverendo, en actitud de romano o de mariscal de campo, armado de la regla, como solía hacerlo siempre que nos dirigía una alocución. Pero sus temores no fueron nada comparados con su asombro cuando empezó su discurso con el relato de que el viejo Cheeseman, «que durante tan largo tiempo ha sido nuestro amigo respetado y nuestro compañero de peregrinación por los agradables prados del saber» (¡así fue como lo llamó, sí, señor!), era el hijo huérfano de una dama joven que fue desheredada por haberse casado contra la voluntad de su padre; que el joven padre del viejo Cheeseman había muerto, y que también había muerto de dolor la madre; que su infortunado niño había sido criado a costa de un abuelo que no quiso verlo jamás, ni de niño, ni de muchacho, ni de hombre; que el tal abuelo había muerto, y bien se lo había merecido (esto soy yo quien lo dice), y que las grandes propiedades del abuelo, que no había dejado testamento, pasaban de pronto y para siempre a manos del viejo Cheeseman. Y el reverendo cerró una serie de citas cargantes, anunciándonos que nuestro largamente respetado amigo y compañero de peregrinación en las llanuras del saber «volvería a estar una vez más entre nosotros» de allí a quince días, porque deseaba despedirse de todos personalmente y de un modo especial. Al decir estas palabras, dirigió una mirada severa a todos los escolares y salió con solemne continente.

Reinó la consternación entre los miembros de la sociedad. Muchos quisieron dimitir y muchos más intentaron demostrar que ellos no habían sido nunca socios. Pero el presidente se mantuvo terne, afirmando que todos debíamos resistir o caer juntos, y que si se abría una brecha, pasarían por encima de su cadáver. Con ello pretendía levantar los ánimos, pero no lo consiguió. Dijo, además, el presidente que

meditaría sobre la situación en que se encontraban, y que, pasados algunos días, les haría saber su mejor opinión y consejo. Uno y otro fueron esperados con gran interés, porque, teniendo el padre en las Indias Occidentales, el hijo tenía que saber mucho.

Después de muchos días de hondas meditaciones y de llenar su pizarra de dibujos de ejércitos, el presidente reunió a los escolares y les aclaró la cuestión. Dijo que no cabía duda de que, cuando el viejo Cheeseman se presentase el día indicado, su primer acto de venganza consistiría en acusar a la sociedad y hacer que los azotasen a todos. Después que hubiese presenciado gozosamente la tortura de sus enemigos y se hubiese deleitado con los gritos de dolor que les arrancaría el castigo, era lo más probable que invitase al reverendo, bajo el pretexto de conversar, a que pasase con él a un cuarto reservado (por ejemplo, al salón al que solían pasar a los padres y en el que había dos globos que jamás eran utilizados para la enseñanza), y que, una vez a solas, le echaría en cara los fraudes y la opresión de que le había hecho víctima. Al terminar estas censuras, haría el viejo Cheeseman una señal a un boxeador profesional que estaría oculto en el pasillo, y éste se presentaría y daría de puñetazos al reverendo hasta tumbarlo sin sentido. Acto continuo, el viejo Cheeseman haría a Juanita un donativo de cinco o de diez libras y se retiraría del colegio como un demonio triunfante.

Siguió diciendo el presidente que él nada tenía que decir en contra de la escena que tendría lugar en el salón ni contra lo referente a Juanita; pero que, en lo que tocaba a la sociedad, aconsejaba una resistencia a muerte. Y para esto recomendaba que se llenasen de piedras todos los pupitres de que se pudiese disponer, y que la primera palabra de queja del viejo Cheeseman sería la señal para que todos los escolares iniciasen la pedrea. Este atrevido consejo reanimó a la sociedad y fue adoptado por unanimidad. Se levantó en el terreno de juego un poste que tendría más o menos el tamaño del viejo Cheeseman, y todos los escolares se ensayaron en el tiro hasta que estuvo lleno de abolladuras.

Cuando llegó el día, se convocó a todo el colegio, y los escolares ocuparon temblorosos sus asientos. Se había hablado y discutido mucho sobre cómo haría su presentación el viejo Cheeseman. La opinión general fue que llegaría en una especie de carroza triunfal tirada por cuatro caballos, con dos lacayos de librea en la parte delantera, y el boxeador, disfrazado, detrás. Todos los escolares estaban, pues, al acecho del ruido de ruedas. Pero quedaron chasqueados, porque el viejo Cheeseman se presentó a pie y entró en la escuela sin previa preparación. Era, aproxi*madame*nte, con la única diferencia de que ahora vestía de negro.

—Caballeros —dijo el reverendo, presentándolo—, nuestro durante largos años respetado amigo y compañero de peregrinación por las llanuras del saber desea dirigiros unas palabras… ¡Atención, pues, caballeros todos!

Todos los escolares metieron disimuladamente la mano dentro del pupitre. El presidente estaba preparado y calculaba con la mirada la puntería.

¿Y qué creéis que hizo entonces el viejo Cheeseman? Se dirigió a su antigua

mesa, miró en torno suyo con una extraña sonrisa, que parecía indicar que asomaban lágrimas a sus ojos, y empezó a decir con voz suave y temblorosa:

—Queridos compañeros y viejos amigos…

Las manos de todos los escolares volvieron a salir de los pupitres y el presidente rompió de pronto a llorar.

—Queridos compañeros y viejos amigos —dijo el viejo Cheeseman—, ya conocéis mi buena fortuna. He pasado tantos años bajo este techo (podría decir que toda mi vida), que me imagino que os habréis alegrado por mí. No habría podido gozar de mi fortuna sin venir a cambiar con vosotros las oportunas congratulaciones. Si en alguna ocasión ha existido entre nosotros una mala inteligencia mutua, yo os ruego, mis queridos muchachos, que nos perdonemos y olvidemos. Abrigo en mi interior una gran ternura hacia vosotros, y tengo la seguridad de que me la devolvéis. Deseo, con el corazón rebosante de gratitud, dar un apretón de manos a todos, uno por uno. Tened entendido, mis queridos muchachos, que he vuelto expresamente para ello.

Desde que el presidente empezó a llorar, otros escolares, aquí y allá, habían roto en lágrimas; pero cuando el viejo Cheeseman inició por aquél, como cabeza de clase, los apretones de manos, dándole la mano derecha y apoyando cariñosamente la izquierda en su hombro; y cuando el presidente dijo: «La verdad, señor, que no me lo merezco; por mi honor que no me lo merezco», toda la escuela empezó a sollozar y llorar. Uno tras otro, los escolares dijeron que no se lo merecían, más o menos como lo había dicho el presidente; pero el viejo Cheeseman, sin hacer caso, siguió saludando alegremente uno tras otro a todos, y terminó haciendo lo mismo con todos los pasantes, poniendo, como colofón, el apretón de manos al reverendo.

Y en este momento, un muchachito que hacía pucheros en un rincón, y que siempre estaba castigado a una cosa u otra, dejó escapar un agudo grito:

—¡Buena suerte al viejo Cheeseman! ¡Hurra!

El reverendo lo fulminó con una mirada, y dijo:

—Queréis decir, caballero, al señor Cheeseman.

Pero el viejo Cheeseman protestó, asegurando que prefería su viejo calificativo mucho más que el nuevo, y entonces todos los escolares a una repitieron el grito; y yo no sé durante cuántos minutos hubo allí un tronar de pies y de manos y una tempestad de gritos de «¡viejo Cheeseman!», como jamás se había oído.

Después de esto, hubo en el comedor un festín magnífico. Aves, lechugas, confituras, frutas, dulces, jaleas, sangría, caramelos de cebada, cremas, galletas (para comer hasta no poder más y guardar en el bolsillo cuanto uno quería), y todo el gasto a cargo del viejo Cheeseman. Y, después de esto, arengas, fiesta completa, equipos dobles y triples de toda clase y para toda clase de juegos, burritos, carretillas con caballitos, comida para todos los pasantes en Las Siete Campanas (que los escolares calcularon a veinte libras por barba), señalamiento de fiesta y banquete anual a celebrarse todos los años en aquel mismo día, además de otra fiesta y banquete el día

del natalicio del viejo Cheeseman (comprometiéndose el reverendo delante de los escolares a permitirlo, de manera que ya no pudiese volverse atrás), y todo a pagar del bolsillo del viejo Cheeseman.

¿Y no fueron los escolares en corporación a dar vítores desde el exterior de Las Siete Campanas? ¡Vaya si fueron!

Pero aún hubo algo más. No miréis ya al que tiene que contar otra historia después de la mía, porque aún me queda algo que decir. Al día siguiente se tomó la resolución de que la sociedad se reconciliase con Juanita y que luego se disolviese; pero ¿y si yo os dijese que también Juanita se había marchado?

—¿Cómo? ¿Se ha marchado definitivamente? —dijeron los escolares con las caras muy largas.

—Sí, se ha marchado para siempre —fue la respuesta que obtuvieron.

Nadie supo dar otra explicación entre el personal de la casa. Finalmente, el primero de la clase se encargó de preguntar al reverendo si, en efecto, nuestra vieja amiga Juanita se había marchado. El reverendo (que tiene en casa una hija de nariz respingona y roja) contestó en tono severo:

—Sí, caballero; la señorita Pitt se ha marchado.

—¡Mira que llamar a Juanita la señorita Pitt!

Hubo quienes dijeron que había sido despedida en castigo de haber aceptado dinero del viejo Cheeseman; otros corrieron la voz de que había ido a servir al viejo Cheeseman, que le mejoraba el salario en diez libras al año. Lo único que los escolares sabían realmente era que Juanita se había marchado.

Pasaron dos o tres meses; una tarde se detuvo junto al campo de criquet, del lado exterior, un carruaje abierto en el que iban una dama y un caballero que estuvieron contemplando largo rato el juego, puestos en pie para verlo bien. Nadie se preocupó de ellos, hasta que el mismo muchachito llorón se metió en el campo faltando a todas las reglas y abandonando el puesto que se le había señalado, y dijo: ¡Es Juanita!

Los dos onces olvidaron en el acto el juego, y corrieron hacia el coche, rodeándolo. ¡Era Juanita! Y ¡qué sombrero llevaba! Pues bien; aquí viene lo bueno: ¡Juanita se había casado con el viejo Cheeseman!

Fue de aquella manera cuando y como yo los vi por primera vez. Para entonces habían ocurrido muchos cambios entre los escolares y se había descubierto que el padre de Robertito Tarter no tenía tales millones. No tenía absolutamente nada. Robertito había sentado plaza de soldado, y el viejo Cheeseman había pagado la cantidad obligada para que quedase libre. Pero esto nada tiene que ver con el coche. El coche se detuvo, y todos los escolares se detuvieron en el juego en cuanto lo vieron.

—De modo, muchachos, que no conseguisteis enviarme al ostracismo —dijo la dama riéndose, mientras los escolares se subían a la cerca en montón para estrecharle las manos—. ¿Verdad que ya no lo haréis?

—¡Nunca! ¡Nunca! ¡Nunca! —fue el grito que surgió de todas partes.

Entonces yo ignoraba lo que esas palabras querían decir, aunque ahora sí que lo sé. La cara de Juanita me gustó mucho, y también sus maneras simpáticas; no podía apartar mis ojos de ella, y de él tampoco, mientras todos los escolares se arracimaban tan gozosos a su alrededor.

No tardaron, ella y él, en fijarse en mí, que era nuevo, y, en su consecuencia, me pareció que yo también podía saltar la cerca y darles un apretón de manos como los demás. Estaba yo tan alegre de hablar con ellos como cualquiera de mis compañeros, y a los pocos momentos los trataba con la misma familiaridad que el resto de los escolares.

—Sólo falta una quincena para las vacaciones —dijo el viejo Cheeseman—. ¿Se queda algún muchacho en el colegio? Muchos dedos me señalaron a mí, y muchas voces gritaron:

—¡Ése!

Porque todo esto ocurrió el año en que estabais ausentes, y podéis creerme que yo me sentía bastante triste.

—¿Cómo? —dijo el viejo Cheeseman—. Esto se queda muy solitario durante las vacaciones. Lo mejor sería que se viniese a nuestra casa.

Y ahí tenéis cómo yo marché a su residencia encantadora y fui todo lo feliz que se puede ser. ¡Ellos sí que saben tratar como se debe a los muchachos!, ¡vaya si saben! Por ejemplo, cuando llevan a un muchacho al teatro, lo llevan de verdad. No se les ocurre llegar cuando ya empezó la función, ni salir del teatro antes que termine. Saben también cómo se educa a un muchacho. ¡Fijaos en el hijo que tienen! Aunque todavía es pequeño, ¡vaya muchacho espléndido! Os digo que, después de la señora Cheeseman y del viejo Cheeseman, la persona más simpática para mí es Cheeseman el joven.

Ahora sí que os he contado todo cuanto sabía del viejo Cheeseman. Me temo, después de todo, que sea poca cosa, ¿verdad?

LA HISTORIA DE DON NADIE

__Nobody's Story__, 1853

Vivía a orillas de un río caudaloso, ancho y profundo, que se deslizaba de una manera constante y silenciosa hacia el inmenso e inexplorado océano. Así es como se había deslizado desde que el mundo es mundo. Algunas veces había variado su curso, metiéndose por nuevos lechos, dejando los viejos, secos y desolados; pero nunca dejó de correr, y seguirá corriendo hasta el fin de los tiempos. No hay nada que pueda detener su corriente poderosa e insondable. Ninguna criatura viviente, flor, hoja, partícula de realidad animada o inanimada, consiguió jamás echarse hacia atrás para evitar el caer en el océano inexplorado. La corriente del río avanza irresistible hacia él; y no se detuvo nunca, como no se detiene la Tierra en su girar alrededor del Sol.

Vivía en una población muy activa y trabajaba duramente para vivir. No tenía esperanza de llegar a ser nunca lo suficientemente rico para poder vivir un mes sin hacer un trabajo rudo; pero estaba satisfecho; bien lo sabe Dios, de trabajar con ánimo gozoso. Era un miembro de una familia inmensa, y todos sus hijos e hijas se ganaban el pan cotidiano con el trabajo de cada día, un trabajo que empezaba desde que se levantaban hasta que se acostaban por la noche. No tenía otras perspectivas fuera de éstas, y tampoco las buscaba.

En la población donde vivía sonaban mucho los tambores y los clarines y las arengas; pero él no se metía en esas cosas. Todo ese estrépito y barullo procedía de la familia de los Señorones, de cuya increíble conducta él se asombraba mucho. Los Señorones levantaban las más sorprendentes estatuas de hierro, mármol, bronce y metal delante de su puerta; le quitaban, además, la luz con las patas y las colas de las más toscas reproducciones de caballos. Nuestro hombre se preguntaba qué podía significar todo aquello; se sonreía con su buen humor algo rudo, y no dejaba de la mano su duro trabajo.

La familia de los Señorones, que estaba compuesta de las personas más solemnes y más bullangueras de aquellas cercanías, había tomado a su cargo el ahorrarle el trabajo de pensar por sí mismo, además del de guiarlo y gobernar sus asuntos.

—La verdad es —decía nuestro hombre— que no me queda tiempo para nada; y si me hacéis el favor de cuidaros de mí, a cambio del dinero que yo pago, me quitaréis un peso de encima y os quedaré muy agradecido, teniendo en cuenta que estáis mejor enterados que yo.

La verdad es que la familia de los Señorones necesitaba de su dinero, y la consecuencia de aquel arreglo fue el sonar de tambores y de clarines, y las arengas, además de las feas reproducciones de caballos levantadas con intención de que

nuestro hombre se postrase de rodillas y las adorase.

—No entiendo todo esto —decía él, hecho un lío, rascándose la frente, llena de arrugas—. Pero quizá tenga un sentido que no consigo descubrir.

—Todo esto significa la más alta gloria y honor al más alto mérito —contestó la familia de los Señorones, sospechando algo de lo que nuestro hombre había dicho.

—¡Oh! —exclamó éste; y se alegró de aquello que había oído.

Pero, al pasar revista a las estatuas de hierro, mármol, bronce y metal, no descubrió entre ellas a un paisano suyo que era hombre de muchos méritos, hijo de un tratante de lanas del Warwicshire, ni a ningún otro compatriota de esta clase. No veía entre las estatuas a ninguno de los hombres cuya sabiduría lo salvó a él y salvó a sus hijos de una epidemia terrible que deja desfigurada la cara, ni a los que con su valor sacaron a sus antepasados de la condición de siervos, ni a los que con su sabia imaginación abrieron a los humildes los caminos de una vida nueva y más elevada, ni a los que con su maestría llenaron el mundo de la clase trabajadora con maravillas y más maravillas. Y, por el contrarío, vio a otros hombres de quienes él no sabía que hubiesen hecho nada bueno, sin que faltasen algunos de los que nuestro hombre conocía muchas maldades.

—La verdad que no lo entiendo del todo —dijo nuestro hombre.

Se fue a su casa y se sentó al amor de la lumbre para no pensar más en ello. Ahora bien: su hogar era muy pobre, y alrededor del mismo no había sino callejuelas oscuras, aunque para nuestro hombre era un tesoro. Las manos de su esposa estaban encallecidas por el trabajo, y había envejecido antes de tiempo; a pesar de todo, él la quería mucho. Los hijos de ambos, menguados en su desarrollo, mostraban las huellas de una mala alimentación; pero eran bellos a los ojos del padre. Por encima de todo, lo que éste anhelaba era que sus hijos recibiesen una adecuada educación.

—Puesto que yo, por falta de conocimientos, me equivoco a veces —decía—, que ellos, por lo menos, sean instruidos y eviten las equivocaciones. Si para mí resulta difícil recoger la cosecha de agrado y de instrucción que guardan los libros, que sea para ellos tarea más fácil.

Pero la familia de los Señorones se enzarzó en violentas disputas intestinas sobre lo que se debía o no se debía enseñar a los hijos de nuestro hombre. Algunas personas de la familia insistían en que, por encima de todo, era absolutamente indispensable y elemental enseñarles tal cosa; otros miembros de la familia porfiaban que lo indispensable y elemental, por encima de todo, era tal otra; la familia de los Señorones, dividida en banderías, escribió folletos, celebró reuniones y pronunció toda clase de discursos, acusaciones y arengas; se acorralaron unos a otros en tribunales laicos y tribunales eclesiásticos; se lanzaron pellas de barro, se aporrearon de lo lindo y se acogotaron unos a otros, animados de un furor incomprensible. Mientras tanto, nuestro hombre, en los cortos ratos que se dormía por la noche en su hogar, veía levantarse al demonio de la Ignorancia y llevarse a sus hijos. Veía a su hija convertida en una esclava deseada y oprimida; veía cómo su hijo se embrutecía

por los senderos de la más degradante sensualidad, bestialidad y crimen; veía cómo alboreaba en los ojos de sus bebés la luz de la inteligencia para luego trocarse en astucia y desconfianza, hasta el punto de que hubiera preferido verlos idiotizados.

—Tampoco esto lo comprendo —dijo nuestro hombre—; pero me parece que no puede ser justo. ¡No, señor! ¡Protesto, por el cielo cubierto de nubes que tengo encima de mi cabeza, contra semejante injusticia que se comete conmigo!

Pero volvió a calmarse, porque sus iras solían ser de corta duración, y era hombre de buen carácter; miró a su alrededor los días de domingo y demás festivos, y se dio cuenta de toda la monotonía y aburrimiento que reinaba en ellos, comprendiendo entonces por qué la gente se daba a la borrachera con todo su cortejo de desgracias. Entonces se dirigió a la familia de los Señorones y les dijo:

—Somos un pueblo trabajador, y yo tengo una vaga sospecha de que la gente trabajadora, como quiera que haya sido formada (y la formó una inteligencia muy superior a la vuestra, según mi pobre entender), precisa descanso mental y recreo. Mirad en lo que venimos a parar cuando en nuestros días de asueto carecemos de ambas cosas. ¡Ea! ¡Distraedme de una manera inofensiva, mostradme algo, proporcionadme un desahogo!

Al oír esto la familia de los Señorones estalló en una barahúnda ensordecedora. Se oyeron algunas voces débiles que proponían que se le mostrase las maravillas del mundo, la grandeza de la creación, los cambios inmensos del tiempo, las obras de la Naturaleza y las bellezas del arte; que se le mostrasen estas cosas en cualquier momento de su vida que pudiese contemplarlas; pero entonces se armó entre los Señorones tal escándalo y locura tan furiosa, tal cantidad de sermones y de instancias, tal suma de refunfuños y de enviar memoriales, tal cambio de epítetos y de pellas de barro, tal agudo ventarrón de preguntas parlamentarias y de contestaciones sin energía (en las que el «no me atrevo» servía al «yo quisiera»), que nuestro pobre hombre se quedó aterrado, mirando atónito en torno suyo.

—¡De modo que yo he provocado todo esto! —exclamó, tapándose asustado, los oídos con ambas manos—, que yo he provocado todo esto con una petición llena de inocencia, obra espontánea de mi experiencia de todos los días y que está además al alcance de todos los hombres que quieran abrir los ojos. No lo entiendo, y no me entienden. ¿Qué va a salir de semejante estado de cosas?

Nuestro hombre se hallaba aplicado a Su trabajo, haciéndose muchas veces estas preguntas, cuando empezó a correr la voz de que entre los trabajadores se había extendido una peste que los diezmaba. Salió a ver lo que ocurría a su alrededor, y descubrió que la noticia era cierta. Los moribundos y los muertos se amontonaban en las casas, sin luz ni ventilación, donde había transcurrido su vida. La atmósfera siempre lóbrega y siempre nauseabunda se iba impregnando de una nueva ponzoña. Todos eran arrebatados por la enfermedad de la misma manera: el robusto y el débil, el anciano y el niño, el padre y la madre.

¿Tenía él acaso medio de huir? Se quedó allí, donde vivía, y vio cómo se llevaba

la muerte a los seres que más quería. Se le acercó un bondadoso predicador y se ofreció a recitar algunas oraciones para que sirviesen de bálsamo a su corazón afligido; pero nuestro hombre le contestó:

—¿Y de qué sirve, misionero, que vengas a mí, que estoy condenado a residir en este lugar hediondo, en el que todos los sentidos que me fueron otorgados para mí placer se convierten en una tortura, y en el que cada minuto que se suma a los días contados que tengo que vivir es como nuevo cieno superpuesto al montón bajo el que vivo oprimido? Dame para empezar un anticipo del cielo, proporcionándome algo de su luz y de su aíre puro; dame agua que sea limpia; ayúdame a que lo sea yo; alígera esta pesada atmósfera y esta pesada vida en la que nuestro ánimo se abate, y nos convertimos en los seres indiferentes e insensibles que conocéis; retirad con cariño y bondad los cuerpos de aquellos que mueren entre nosotros, sacándolos de la reducida habitación en la que, a fuerza de familiarizarnos con la muerte, con ese cambio tan terrible, acaba ésta por perder ante nuestros ojos su misma santidad; entonces, maestro, escucharé (nadie mejor que vos sabe que escucharé con la mejor voluntad) lo que me habléis de Aquel que tanto pensó en los pobres y que tuvo compasión de todos los dolores humanos.

Nuestro hombre estaba otra vez enfrascado en su trabajo, solo y triste, cuando su patrono llegó vestido de luto y se colocó a su lado. También él había experimentado pérdidas dolorosas. Su joven esposa, su bella y buena joven esposa, había muerto, y también su único hijo.

—Amo, el golpe es duro, ya lo sé; pero consolaos. Si pudiese, os consolaría.

El amo le dio las gracias de todo corazón; pero le dijo:

—¡Ay obreros! Esta calamidad se ha originado entre vosotros. Si hubieseis vivido de una manera más conforme a las normas de la salud y de la decencia, no me encontraría yo en este momento viudo, solo y enlutado como me veis.

—Amo —contestó el otro, moviendo la cabeza—, empiezo a entrever que muchas calamidades saldrán de entre nosotros como ha salido esta última; ninguna de ellas se detendrá a nuestras pobres puertas hasta que nos coliguemos con aquella gran familia vocinglera de ahí cerca para llevar a cabo lo que es justo. Es imposible que vivamos sana y decentemente, a menos que quienes se comprometieron a gobernarnos nos proporcionen los medios. No podemos aprender, a menos que ellos nos enseñen; no podemos divertirnos de una manera racional, a menos que ellos nos diviertan; no podemos menos de crear algunos falsos dioses nuestros, mientras ellos levanten en las plazas públicas tantos dioses suyos. Las dañinas consecuencias de una instrucción imperfecta; las dañinas consecuencias del abandono pernicioso, las dañinas consecuencias de un rigor antinatural y de negarnos distracciones humanizadoras, surgirán de entre nosotros; pero ninguna de ellas limitará su acción a nosotros solos. Se extenderán muy lejos y en todas direcciones. Siempre ha ocurrido así; siempre se extendieron de ese modo, exactamente igual que la peste. Creo que por fin se me han abierto del todo los ojos.

Pero el amo insistió:

—¡Ay obreros! ¡Qué pocas veces se habla de vosotros, como no sea en relación con alguna dificultad!

—Amo —contestó nuestro hombre—, yo soy Don Nadie, y es poco probable que se hable de mí (y quizá tampoco se quiere que yo dé que hablar), fuera de los momentos en que se produce alguna dificultad. Pero las dificultades no nacen jamás de mí, y tampoco pueden acabar nunca en mí. Tan seguro como hemos de morir, que siempre vienen sobre mí y rebotan en mí.

Tan llenas de razón estaban sus palabras, que la familia de los Señorones barruntó lo que ocurría y, aterrada por la última hecatombe, resolvió unirse a Don Nadie para realizar las cosas justas y convenientes…, por lo menos en su relación con la manera de prevenir de un modo radical (humanamente hablando) otra peste. Pero, a medida que se les fue pasando el miedo, y esto ocurrió pronto, empezaron a pelearse entre ellos y no hicieron nada en la práctica. Y, como es natural, la plaga apareció de nuevo y se propagó vengadora de abajo arriba, arrebatando la vida a muchos de los que disputaban a gritos. Pero nadie en la familia de los Señorones confesó jamás, si es que llegó a vislumbrarlo siquiera, que él tuviese alguna culpa de la plaga.

De modo, pues, que Don Nadie vivió y murió como venía viviendo desde los tiempos más remotos; y esto es, en conjunto, lo más importante de toda la historia suya.

«Pero ¿no tenía nombre y apellido?», me preguntaréis. Quizá se llamase Multitud. Poco importa su nombre. Llamémosle, pues, Multitud.

Si habéis visitado alguna vez las aldeas belgas próximas al campo de batalla de Waterloo, habréis visto en alguna iglesita silenciosa un monumento erigido por leales compañeros de armas a la memoria del coronel A, del comandante B, de los capitanes C, D y E, de los tenientes F y G, de los alféreces H, I y J, de siete suboficiales y de ciento treinta soldados rasos, que murieron aquel día memorable en el cumplimiento de su deber. La historia de Don Nadie es la de los soldados rasos del mundo. Participan en la batalla; contribuyen a la victoria; sucumben; y sus nombres se confunden en la masa común. El camino de quienes más orgullo tenemos desemboca en la senda de polvo por la que ellos se fueron. ¡Pensemos en ellos este año frente a la hoguera de Navidad y no los olvidemos cuando ésta se haya consumido!

LOS SIETE CAMINANTES POBRES

***The Seven Poor Travellers**, 1854*

(Trabajo escrito en colaboración con Wilkie Collins, Adelaide Procter, George Sala y Eliza Linton).

CAPITULO PRIMERO

En una ciudad pequeña y antigua

Hablando estrictamente, los caminantes pobres eran sólo seis; pero como yo también era un caminante, aunque perezoso, y siendo además todo lo pobre que yo creo que se puede ser, hice el número siete. Era indispensable que diese esta explicación, porque ¿qué es lo que reza la inscripción que se lee sobre la vieja y extraña puerta?

DON RICARDO WATTS,
EN SU TESTAMENTO DE FECHA 22 AGOSTO 1579, FUNDÓ
ESTE REFUGIO PARA SEIS CAMINANTES POBRES QUE, NO
SIENDO LIBERTINOS NI PROCURADORES,
PUEDAN RECIBIR GRATIS, DURANTE UNA NOCHE, CAMA,
COMIDA Y CUATRO PENIQUES POR CABEZA

Fue en la antigua y pequeña ciudad de Rochester, en Kent, y precisamente la víspera de Navidad, cuando me detuve a leer esta inscripción frente a la puerta antigua y rara de que hablo. Había estado visitando la catedral cercana, y me había fijado en la tumba de Ricardo Watts, en la que la efigie del digno maestro Ricardo surgía igual que mascarón de proa de un buque; y tuve la sensación de que lo menos que podía hacer (y esto lo pensé al mismo tiempo que daba una propina al macero) era preguntar por dónde se iba al refugio de Watts.

El camino era muy corto y muy llano, de modo que llegué sin dificultad frente a la inscripción y a la puerta antigua y rara.

«Vamos a ver —me dije mirando la aldaba—: De que no soy un procurador estoy seguro. ¿Seré acaso un libertino?».

Bien mirado todo, y aunque mi conciencia me presentó dos o tres lindas caras que habrían ejercido menos atracción con un Goliat de la moral que conmigo, que en ese aspecto no paso de ser un Pulgarcito, llegué a la conclusión de que yo, libertino, no lo era. Empecé, pues, a considerar que el establecimiento era, en cierto sentido, propiedad mía, que nos había sido legado a mí y a algunos coherederos, por partes iguales, por el venerable maestro Richard Watts, y retrocedí unos pasos para echar un vistazo a mi herencia desde la carretera.

Me encontré con que era una casita limpia y blanca, de aspecto serio y venerable, con la puerta antigua y rara de que he hablado ya tres veces (una puerta en arco), ventanas pequeñas, anchas y bajas de celosía y tejado con tres tejados en triángulo. La silenciosa calle Mayor de Rochester está llena de tejados en triángulo que tienen

viejas vigas y maderos tallados con caras extrañas. También ostenta la calle el curioso adorno de un viejo reloj rarísimo que avanza sobre la acera saliendo de un edificio muy serio de ladrillo rojo; da la impresión de que el Tiempo hubiese puesto allí tienda, colgando su muestra anunciadora. A decir verdad, el tiempo trabajó activamente en Rochester allá en época de los romanos, los sajones y los normandos; y hasta cuando el rey Juan, cuyo rocoso castillo (no intentaré decir los centenares de años que ya entonces tenía) fue abandonado por siglos y siglos al maltrato de la intemperie, que de tal manera ha desfigurado los negros huecos de sus muros, que parece que sus ruinas hubiesen sido picoteadas por los grajos y las cornejas hasta saltarle los ojos.

Quedé muy complacido, tanto de mi propiedad como de su situación. Aún estaba yo examinándola con satisfacción creciente, cuando descubrí en una de las celosías, que estaban abiertas, a una persona de muy buen ver y de aspecto de sana dueña de casa; su mirada interrogadora se cruzó con la mía. Aquellos ojos me decían tan claramente: «¿Deseáis ver la casa?», que yo contesté en voz alta:

—Si lo tenéis a bien.

Un instante después se abrió la puerta, agaché la cabeza y descubrí dos escalones que conducían al vestíbulo.

—Aquí es —me dijo la figura de matrona, haciéndome entrar en un cuartito de techo bajo que había a la derecha— donde los caminantes se sientan junto al fuego y cocinan las cosas que compran para cenar con los cuatro peniques que se les dan.

—¿De modo que no se les da de cenar? —pregunté, porque la inscripción que se leía en la puerta de la calle se me había quedado grabada en la cabeza, y recitaba mentalmente de carretilla: «Cama, comida y cuatro peniques por cabeza».

—Lo que se les proporciona es fuego y estos utensilios de cocina —contestó la matrona, que era una señora extraordinariamente cortés y, según después supe, no estaba pagada con exceso—. Esto que se lee pintado en un tablero son las normas de conducta. Se les entregan los cuatro peniques una vez que reciben los boletos del administrador, que vive ahí enfrente (yo no soy la que recibe a los caminantes, sino que deben procurarse previamente los boletos de admisión); a veces compran una tajada de tocino el uno; otro, un arenque; otro una libra de patatas y yo no sé cuántas cosas. En ocasiones, dos o tres de ellos ponen juntos sus cuatro peniques y hacen de ese modo una cena, aunque hoy en día, que las provisiones son tan caras, poco es lo que se puede conseguir con cuatro peniques.

—Es cierto —dije yo; había estado examinando el cuarto, admirado de su acogedora chimenea al fondo, de la estrecha visión de la calle que proporcionaba la ventana pequeña, dividida con parteluz, y de las vigas del techo—. Se está aquí muy bien —dije.

—Se está bastante mal —comentó la figura majestuosa.

Me agradó oírla hablar así, porque demostraba un interés laudable de ejecutar sin cicaterías la voluntad de maese Ricardo Watts; pero la verdad es que el cuarto aquel

se adaptaba tan bien a estos propósitos, que yo protesté con entusiasmo contra aquel intento de rebajarlos.

—No, señora —dije—; estoy seguro de que esto es abrigado en invierno y fresco en verano. Da sensación de amable bienvenida y de reparador descanso. Tiene una chimenea tan extraordinariamente acogedora, que sus solos destellos, brillando en la calle durante las noches invernales, bastan para confortar el corazón de toda la ciudad de Rochester. Y en cuanto a la comodidad de los seis pobres caminantes…

—No me refiero a ellos —contestó la señora—. Hablo de que está muy mal para mí y para mi hija, que no disponemos por las noches de otro cuarto donde sentarnos.

Esto tenía sus visos de verdad, aunque en el lado contrario del vestíbulo había otro extraño cuartito de iguales dimensiones; me metí en él, cruzando las puertas abiertas de ambos, y pregunté a qué estaba destinada aquella habitación.

—Éste es el cuarto de la dirección, en el que se reúnen los administradores.

Veamos. Yo había contado desde la calle seis ventanas en el piso alto, además de estas de la planta baja; hice unos cálculos confusos mentalmente, y dije:

—Según eso, los seis pobres caminantes duermen arriba.

Mi nueva amiga movió negativamente la cabeza y contestó:

—Duermen en dos pequeñas galerías exteriores que hay en la parte de atrás, y en las que, después que se fundó este refugio, han estado las camas. Como toda esta disposición es tan molesta para mí actualmente, los administradores van a disponer de un trozo del patio posterior, construirán allí un cuartito, en el que los caminantes podrán estar reunidos un rato antes de acostarse.

—De esa manera —dije yo—, los seis pobres caminantes quedarán completamente fuera de la casa.

—Completamente fuera de la casa —asintió la imponente señora, frotándose con suavidad las manos—. Eso se ha pensado que resultará mucho mejor para todos y mucho más conveniente.

Cuando visité la catedral quedé un poco sobresaltado por la energía con que la efigie de maese Ricardo Watts saltaba fuera de su tumba; ahora empecé a pensar que cualquier noche tormentosa va a cruzar la calle Mayor para venir a dar guerra en este lugar.

De todos modos, me guardé para mí lo que pensaba y acompañé a la imponente señora a ver las pequeñas galerías de la parte de atrás. Eran minúsculas, por el estilo de las de los viejos patios de los mesones; pero estaban muy limpias. Mientras yo las examinaba, me dio a entender la señora que ninguna noche faltaba, desde el principio hasta el fin del año, el número prescrito de caminantes pobres, y que las camas estaban siempre ocupadas. Preguntando yo y contestando ella, volvimos al cuarto de los administradores, tan indispensable para la dignidad de éstos; allí me mostró, colgadas cerca de la ventana, las cuentas impresas del refugio. Me enteré por ellas de que la mayor parte de las propiedades legadas por el venerable maese Ricardo Watts para el sostenimiento de su fundación eran, cuando acaeció su muerte, simples

marjales; pero que, andando el tiempo, habían sido saneadas y se habían levantado construcciones en ellas, de manera que su valor había aumentado de una manera considerable. Comprobé también que en la actualidad se invertía aproxi*madame*nte una trigésima parte de la renta anual en las finalidades que indicaba la inscripción que había en la puerta, y que todo lo demás se gastaba alegremente en las cancillerías, gastos legales, de cobranza, de síndicos, de impuesto de utilidades y otras varias cargas de administración, cosas todas ellas que hablan muy alto de la importancia que tienen los seis caminantes pobres. En una palabra: hice el descubrimiento, que no es enteramente nuevo, de que podía decirse de una institución como aquélla en nuestra querida y vieja Inglaterra lo que se dice en un cuento norteamericano de la ostra gruesa: que son necesarios muchísimos hombres para tragársela toda.

—Por favor, señora —dije yo, dándome cuenta de que mi cara inexpresiva empezaba a alegrarse cuando se me ocurrió tal pensamiento—. ¿Se podría ver a esos caminantes?

—¿Verlos? —contestó de un modo enigmático—. ¡No!

—Querréis decir que esta noche no, ¿verdad? —dije.

—Digo que no —me contestó de un modo terminante—. Nadie pidió jamás verlos ni nadie los vio jamás.

Pero como cuando me propongo una cosa no me dejo apartar fácilmente de mis propósitos, insistí con la buena señora, diciéndole que aquella noche era la Nochebuena; que la Navidad sólo ocurre una vez al año…, cosa, por desgracia, demasiado verdadera, porque, cuando todo el año sea Navidad, habremos hecho de nuestro planeta un lugar muy distinto del que es ahora; que yo ansiaba invitar a los caminantes a una cena y a un vaso moderado de vino y cerveza calientes con especias; que hasta a aquel país había llegado la fama de mi habilidad en preparar esa bebida; que, si se me permitía celebrar aquel banquete, las cosas se harían del modo más conforme a la razón, a la sobriedad y dentro de las horas convenientes; en una palabra: que yo era capaz de mostrarme alegre y prudente al mismo tiempo, y que, si hacía falta, era también muy capaz de mantener a los demás dentro de esos términos, a pesar de que no lucía ninguna condecoración ni medalla, y de que tampoco era un hermano, orador, apóstol/ santo o profeta de ninguna secta. Finalmente, y con gran regocijo mío, conseguí lo que me proponía. Quedó convenido que aquella noche, a las nueve, humearían encima de la mesa un pavo y un trozo asado de buey, y que yo, humilde e indigno ministro por una sola vez de maese Ricardo Watts, presidiría aquella cena de Nochebuena de los seis caminantes pobres.

Volví al mesón en que me hospedaba para las instrucciones necesarias a fin de que estuviesen preparados el pavo y el rosbif, y durante el resto del día ya no pude hacer otra cosa que pensar en los caminantes pobres. Cuando soplaba el viento con fuerza contra las ventanas (porque era un día frío, en el que las ráfagas de nieve alternaban con períodos de tranquila luminosidad, como si el día estuviese en si se moría o no), me representaba a los caminantes acercándose por distintas heladas

carreteras al lugar de refugio y me deleitaba pensando en lo poco que esperaban la cena que los aguardaba. Dibujaba en mi imaginación sus retratos y me entretenía dándoles algunos pequeños retoques. Me los imaginaba con los pies llagados, muertos de fatiga, cargados de fardos y de líos; me los imaginaba haciendo alto junto a los postes indicadores y las piedras milenarias, apoyándose en sus garrotas torcidas y leyendo con ansiedad las indicaciones escritas; me los imaginaba extraviándose en su camino, con el vivo recelo de quedarse a la intemperie toda la noche y morirse de frío. Me puse el sombrero, me eché a la calle, trepé hasta lo alto del viejo castillo y miré por encima de las colinas azotadas por el viento, y cuyas laderas bajan hasta el Medway, convencido casi de que sería capaz de descubrir en la lejanía a alguno de mis caminantes. Cuando se hizo de noche y la campana de la catedral resonó en el campanario invisible (la última vez que lo vi parecía una glorieta de escarcha, helada), dando las cinco, las seis, las siete, me sentí tan poseído de mis caminantes, que no pude probar bocado y me limité a seguir acechándolos entre las brasas del fuego de mi chimenea. Pensé que para entonces habrían llegado ya todos, que tendrían sus boletos de admisión y habrían entrado en la casa. Al llegar a este punto, mi satisfacción sufrió un golpe al pensar que era probable que algunos caminantes hubiesen llegado demasiado tarde y se quedasen en la calle.

Cuando la campana de la catedral dio las ocho, me llegó por la ventana del cuarto contiguo, que me servía de dormitorio, un delicioso tufillo de pavo y rosbif, porque aquella ventana daba al patio del mesón, en el sitio mismo en que las luces de la cocina encendían de rojo un trozo macizo del muro del castillo. Había llegado el momento de preparar la mezcla de vino, cerveza y especias; hice que me subiesen los ingredientes (no digo cuáles eran éstos ni las proporciones en que se combinaron, porque se trata del único secreto mío que yo he sabido guardar) e hice con todo ello una bebida magnífica. No puse el líquido en un cuenco, porque un cuenco, cuando está fuera de un anaquel, es siempre un despreciable engaño, en el que se preparan bebidas chirles y poco agradables; llené con él una vasija de barro de un color oscuro, y cuando la tuve llena, tapé su boca cuidadosamente con un paño grueso. Como ya iban a dar las nueve, me puse en camino del refugio de Watts, llevando en mis brazos mi magnífico jarro. Yo habría sido capaz de encargar al camarero Ben que llevase cualquier cantidad de oro; pero hay en el corazón humano cuerdas que nunca debe hacer vibrar una mano extraña, y para mi corazón esas cuerdas son las bebidas que preparo yo mismo.

Los caminantes se hallaban todos reunidos, los manteles puestos, y Ben había traído un gran tronco, que colocó con mucha maña encima del fuego, de manera que con sólo darle dos meneos con el hurgón después de cenar tendríamos una espléndida hoguera. Después de colocar mi tesoro de barro oscuro en un rincón del hogar, dentro del guardafuegos, sitio en que empezó muy pronto a cantar como un grillo etéreo, desparramando al mismo tiempo aromas de viñas en sazón, de bosques de especias y de naranjales (es decir, después de haber colocado mi tesoro en lugar seguro y en el

que iría mejorando), me coloqué entre los huéspedes, repartiendo apretones de manos y dándoles una cordial bienvenida.

He aquí cuál era la composición del grupo. En primer lugar, yo mismo. En segundo lugar, un hombre muy respetable que llevaba la mano derecha en cabestrillo y que despedía todo él un agradable olorcillo a madera, de lo que deduje que debía de tener alguna relación con la construcción de barcos. En tercer lugar, un pequeño grumete, un verdadero niño, con una tupida cabellera muy oscura y brillante y ojos de mirada profunda y femenina. En cuarto lugar, un personaje desaseadamente distinguido, que lucía un terno negro raído; debía de hallarse en muy mala situación, y su mirar era frío y receloso; los botones que le faltaban en el chaleco los había suplido con balduque, y del bolsillo interior de la chaqueta le sobresalía un fajo de papeles hecho jirones. En quinto lugar, un extranjero de nacimiento, pero inglés por su manera de hablar, que llevaba su pipa en la cinta del sombrero, y que no perdió tiempo en informarme, de una manera fácil, sencilla y simpática de que él era relojero en Ginebra y que viajaba por todo el continente, casi siempre a pie, trabajando de jornalero y viendo países nuevos (yo pensé que quizá contrabandearía también de cuando en cuando algún reloj). En sexto lugar, una mujercita viuda, que había sido muy bella y que todavía era muy joven, pero cuya belleza había naufragado en alguna gran desgracia; sus maneras eran extraordinariamente tímidas, asustadizas y solitarias.

En séptimo y último lugar, un caminante de una clase que me fue familiar en mi niñez, pero que ahora está completamente anticuada: un buhonero de libros, que llevaba encima una gran cantidad de folletos y de fascículos por entregas; este caminante se jactó, poco después, de que era capaz de repetir en una velada más versos que los que podía vender en un año.

He mencionado a todos estos en el orden en que se hallaban sentados a la mesa. Yo la presidía y la dama imponente ocupaba el otro extremo. No tardamos mucho en ocupar nuestros sitios, porque la cena había llegado al mismo tiempo que yo, formando el siguiente cortejo:

Yo, con el jarro.
Ben, con la cerveza.
Un Muchacho distraído, con platos calientes
EL PAVO.
Una Mujer con las salsas para calentarlas allí mismo.
EL ROSBIF.
Un Hombre con una bandeja en la cabeza, conteniendo
verduras y varias cosas más.
Un Mozo de cuadras del hotel, todo sonrisas, y
que no ayudó a nada.

Cruzamos por la calle Mayor a manera de cometas, dejando una cola de fragancias que obligaba al público a detenerse y a olfatear maravillado. Habíamos colocado previamente en la esquina del patio del mesón a un mozo ojizarco, relacionado con el departamento de coches ligeros, muy acostumbrado a percibir el silbido de un silbato de ferrocarril, que el camarero Ben lleva siempre en el bolsillo; las instrucciones que le dieron fue que, en cuanto oyese tocar el silbato, se metiese como un rayo en la cocina, cargase con el budín de ciruelas calientes y con las tartas y saliese volando hacia el refugio de Watts, donde se haría cargo de todo ello la mujer encargada de las salsas, a la que se suministraría aguardiente, ardiendo ya con llama azulada.

Todo fue ejecutado con la máxima exactitud y puntualidad. Jamás vi pavo más delicado, ni rosbif más sabroso, ni una mayor prodigalidad de salsa y de jugo; mis caminantes hicieron admirable justicia a todo cuanto se les puso delante. Mi corazón se regocijó viendo cómo sus rostros endurecidos por el frío y el hielo se suavizaban con el traqueteo de platos, cuchillos y tenedores, y se enrojecían con el calor del fuego y de la cena. Para poner en este confortable interior un eslabón de oro que lo uniera a la desapacible temperatura exterior, estaban allí, colgados, sus sombreros, gorras y bufandas; tirados en un rincón algunos pequeños líos de ropa, y en otro, tres o cuatro viejos bastones, reducidos en la contera a un pequeño aro.

Terminada la cena, y al ser colocado sobre la mesa mi tesoro de barro oscuro, hubo una solicitud general para que yo «ocupase el rincón»; esto me dio a entender con bastante delicadeza lo mucho que aquellos amigos míos apreciaban el fuego (¿cuándo había concedido yo tal categoría al rincón de la chimenea, desde los tiempos en que me hacía pensar en Johnny Horner?). Sin embargo, al ver que yo rehusaba, Ben, cuyo tacto en asuntos de banquetes era perfecto, apartó la mesa, y diciendo a mis caminantes que se colocasen en dos filas a derecha e izquierda de la chimenea, cerró el centro conmigo y con mi silla, y de ese modo mantuvo el mismo orden que tuvimos en la mesa. Para entonces, y de un modo muy tranquilo, había dado varios tirones de orejas a los muchachos distraídos, hasta echarlos por grados imperceptibles fuera de la habitación; al llegar a este punto, se las arregló con rápidas escaramuzas para echar a la calle a la mujer de las salsas, y él desapareció luego, cerrando con tiento la puerta.

Había llegado el momento de hacer intervenir el hurgón en el tronco que ardía. Le di tres golpes, como si el hurgón fuese un talismán encantado, y brotó de aquél una hueste brillante de gentes alegres que se lanzaron fuera por la chimenea en una loca danza campesina, y ya no bajaron otra vez. Entre tanto, y a la luz de su chisporroteo, que dejó en la penumbra a nuestra lámpara, llené los vasos, levanté el mío, dirigiéndome a los caminantes con un brindis por ¡la Navidad, la Nochebuena, amigos míos, cuando los pastores, que también eran caminantes pobres a su manera, oyeron cantar a los ángeles: «Paz en la Tierra y buena voluntad hacia los hombres»!

No sé quién fue el primero de nosotros al que se le ocurrió que debíamos aplaudir,

en honor del brindis, o si alguien se anticipó a los demás, pero el caso es que todos lo hicimos.

Luego brindamos por la memoria del buen maese Ricardo Watts. ¡Ojalá que su espectro no haya sido objeto de peores tratos bajo aquel techo que los que recibió de nosotros!

Había llegado el momento en que viene de por sí el contar historias y relatos.

—Caminantes —dije yo—, toda nuestra vida es una historia más o menos inteligible…, generalmente menos; pero cuando se haya terminado, ya la leeremos con una luz más clara. Por mi parte, me encuentro esta noche tan confundido entre la realidad y la fantasía, que apenas acierto a distinguirlas. Entretendremos el tiempo contando historias por el orden en que nos hallamos aquí sentados.

Todos contestaron que sí, a condición de que empezase yo el primero. Poco era lo que tenía que contarles, pero mi proposición me obligaba. Por consiguiente, después de contemplar unos momentos la espiral de humo que se elevaba de mi tesoro de barro oscuro, entre cuyas volutas habría jurado que veía la imagen de maese Ricardo Watts, algo más tranquila que de ordinario, rompí el fuego.

CAPITULO II

La historia de Ricardo Doubledick

El año mil setecientos noventa y nueve, un pariente mío llegó a pie y renqueando a esta población de Chatham. Digo a esta población, porque si alguno de los aquí presentes sabe con exactitud dónde termina Rochester y dónde empieza Chatham, sabe más que yo. Era aquél un caminante pobre, que no llevaba en el bolsillo ni un maravedí. Estuvo sentado junto al fuego en esta mismísima habitación, y durmió una noche en una de las camas que ocuparéis luego alguno de los aquí presentes.

Mi pariente vino a Chatham para sentar plaza en un regimiento de Caballería, si lo admitían en alguno de los regimientos de a caballo; y si no, para cobrar el chelín del rey Jorge de manos de cualquier cabo o sargento que quisiese prenderle en el sombrero un manojo de cintas. Él se proponía que lo fusilasen; pero pensó que era preferible ir a la muerte a caballo… que tomarse el trabajo de buscarla a pie.

El nombre de pila de mi pariente era Ricardo, pero lo conocían más con el de Dick. Viniendo hacia Chatham, se dejó el apellido por el camino y tomó el de Doubledick. Lo inscribieron con el nombre de Ricardo Doubledick; edad, veintidós años; estatura, cinco pies diez pulgadas; lugar de nacimiento, Exmouth, aunque en su vida había estado ni aun en los alrededores de esta población. No había en Chatham tropas de Caballería cuando cruzó renqueando, con los dos pies polvorientos saliéndosele de los zapatos, el puente de esta población; se alistó, pues, en un regimiento de línea, feliz de emborracharse y olvidarlo todo.

Es preciso que sepáis que este pariente mío se había descarriado y hecho locuras. Tenía su alma en su armario, pero estaba cerrado. Estuvo comprometido para casarse con una muchacha buena y hermosa, a la que había amado más de lo que ella (y quizá él) se imaginaban; pero en una hora mala le dio motivos para que le dijese solemnemente:

—Ricardo, yo no me casaré jamás con otro hombre. Viviré soltera por ti; pero los labios de María Marshall —porque se llamaba así— no volverán a dirigirte la palabra en esta vida. ¡Vete, Ricardo! ¡Que Dios te perdone!

Esto fue para él un golpe de gracia. Esto fue lo que lo trajo a Chatham. Esto lo que lo convirtió en el soldado Ricardo Doubledick, resuelto a hacerse fusilar.

No hubo el año mil setecientos noventa y nueve en los cuarteles de Chatham soldado más juerguista y temerario que el recluta Ricardo Doubledick.

Se juntó con el desecho de todos los regimientos; no estaba sobrio sino cuando le era imposible estar borracho, y sufría constantes arrestos. Toda la población de los cuarteles comprendió con claridad que el recluta Ricardo Doubledick no tardaría en

ser castigado con azotes.

Ahora bien: era capitán de la compañía de Ricardo Doubledick un caballero joven que no le llevaría cinco años de edad; sus ojos tenían una expresión que conmovía al recluta Ricardo Doubledick de una manera extraña. Eran ojos brillantes, hermosos, negros (lo que generalmente se llama unos ojos sonrientes, y que, cuando están serios, son más bien de mirada firme que severa); pero eran los únicos cuya mirada no podía sostener en su reducido mundo Ricardo Doubledick.

No le arredraba que diesen cuenta de él ni que lo castigasen; desafiaba todo y a todos, pero se sentía avergonzado con sólo darse cuenta de que aquellos ojos le miraban un instante. Ni siquiera podía saludar en la calle como a los demás oficiales al capitán Taunton. Se quedaba confuso y avergonzado; la sola posibilidad de que el capitán le mirase, le turbaba. En sus peores momentos, prefería dar media vuelta y alejarse, por mucho que hubiera de apartarse de su camino, antes que tropezar con aquellos ojos hermosos, negros y brillantes.

Cierto día en que el recluta Ricardo Doubledick salía del calabozo en que había pasado las últimas cuarenta y ocho horas, y en el que solía pasar una buena parte del tiempo, recibió orden de presentarse en la oficina del capitán Taunton.

Mugriento y maloliente, como quien sale del calabozo, habría deseado ahora menos que nunca dejarse ver del capitán; pero no estaba tan loco como para desobedecer órdenes y, en su consecuencia, se dirigió a la terraza que daba al campo de maniobras, donde estaban los despachos de los oficiales; mientras caminaba, iba retorciendo y rompiendo un trozo de paja que formó parte del elegante moblaje del calabozo.

—¡Adelante! —exclamó el capitán, cuando aquél dio unos golpes con los nudillos en la puerta.

El recluta Ricardo Doubledick se descubrió, dio un paso al frente y experimentó la plena sensación de que se hallaba enfocado por aquellos ojos oscuros y brillantes.

Reinaron unos momentos de silencio. El recluta Ricardo Doubledick se había metido la paja en la boca, y a fuerza de paladearla fue tragándola hasta casi ahogarse.

—¿Sabes, Doubledick —dijo el capitán—, adónde vas a parar?

—¿Queréis decir que al infierno, señor? —balbuceó Doubledick.

—Allí mismo, y muy de prisa —replicó el capitán.

El recluta Ricardo Doubledick revolvió dentro de la boca la paja del calabozo e hizo un lamentable ademán de aquiescencia.

—Doubledick —dijo el capitán—, desde que entré al servicio de su majestad, siendo un muchacho de diecisiete años, he sufrido viendo que muchos hombres de porvenir seguían ese camino; pero jamás he sufrido tanto viendo a un hombre resuelto a realizar ese vergonzoso viaje como lo que he sufrido viéndote a ti desde que ingresaste en el regimiento.

El recluta Ricardo Doubledick empezó a ver cómo una nube iba avanzando por el suelo en el que él tenía fija la vista; también le pareció que las patas de la mesa del

capitán se retorcían, como si las estuviese viendo metidas en el agua.

—Señor, yo no soy sino un soldado del montón —contestó—. Poca importancia tiene en lo que vaya a parar un pobre bruto como yo.

—Tú eres un hombre educado y de dotes superiores —replicó el capitán con seria indignación—; y, si de veras sientes lo que acabas de decir, es que has caído mucho más bajo de lo que yo creía. Dejo que seas tú mismo quien mida esa profundidad, sabiendo que conozco tu desgracia y que estoy viendo ahora lo que veo.

—Espero, señor, ser fusilado pronto —dijo el recluta Ricardo Doubledick—; y entonces quedarán libres de mí el regimiento y el mundo al mismo tiempo.

Las patas de la mesa se retorcían cada vez más. Doubledick, alzando los ojos para aclarar la vista, tropezó con aquellos otros que tal influencia ejercían sobre él, se cubrió los suyos con la mano, y la chaquetilla de castigo que llevaba estuvo a punto de estallar en dos al dilatar su pecho.

—Me alegro de ver esa emoción tuya más de lo que me alegraría el que me pagasen ahora mismo cinco mil guineas, una encima de otra sobre esta mesa, para hacer con ellas un regalo a mi madre… ¿No tienes madre?

—Me satisface mucho poder decir que ya murió, señor.

—Y si tus elogios corriesen de boca en boca por todo el regimiento, y por todo el ejército, y por todo el país, ¿no desearías que ella viviese, para que pudiera decir con orgullo y alegría: «¡Es mi hijo!»?

—No os encarnicéis conmigo, señor —dijo Doubledick—. Jamás habría oído nada bueno de mí. Jamás habría experimentado ni orgullo ni gozo en pregonar que era madre mía. Quizá sintiese amor y compasión por mí; estoy seguro de que siempre los habría sentido; pero no…, ¡por favor, señor, no insistáis! ¡Soy un guiñapo y estoy a merced vuestra!

Se volvió de cara a la pared y extendió sus manos suplicante.

—Amigo mío —empezó a decir el capitán.

—¡Que Dios os bendiga, señor! —sollozó el recluta Ricardo Doubledick.

—Estás en la crisis de tu destino. Sigue un poco más por la ruta que llevas, y ya sabes lo que tiene que ocurrirte. Me doy cuenta, mucho mejor de lo que tú te imaginas, de que, después que ocurra eso a que me refiero, eres hombre perdido. Un hombre que es capaz de verter las lágrimas que tú acabas de verter, no aguantará las huellas del látigo.

—Estoy plenamente convencido de que no, señor —dijo con voz temblorosa y apenas inteligible el recluta Ricardo Doubledick.

—Pero, cualquiera que sea la posición que ocupe, el hombre puede cumplir con su deber —dijo el joven capitán—, y al cumplir con su deber, puede ganarse el respeto de sí mismo, aunque su caso sea tan desdichado y tan excepcional que no consiga ganarse el de nadie más. Un soldado raso, ese al que hace un momento has calificado de pobre bruto, tiene en los tormentosos tiempos que atravesamos la ventaja de que cumple con su deber en presencia de una multitud de testigos que

simpatizan con él. ¿Dudas de que si lo hace puede ser ensalzado por todo un regimiento, por todo un ejército, por toda una nación?

Vuelve sobre tus pasos, mientras estás a tiempo de redimir el pasado, y pruébalo.

—Lo haré, y sólo quiero un testigo, señor —exclamó Ricardo, y las palabras le brotaron del corazón.

—Te comprendo. Yo seré el testigo leal y vigilante.

De boca del mismo soldado Ricardo Doubledick he oído que dobló una rodilla, besó la mano del oficial, se levantó y salió fuera de la luz de aquellos ojos negros, brillantes, convertido en otro hombre.

Aquel año, era el de 1799, los franceses invadieron Egipto, Italia, Alemania y qué sé yo cuántos países. También empezó Napoleón Bonaparte a mover contra nosotros a la India, y eran muchísimos los hombres que advertían los síntomas de las grandes dificultades que se nos venían encima. Al siguiente año, cuando formamos una alianza con Austria en contra de Napoleón, el regimiento del capitán Taunton se encontraba de servicio en la India. Y no había en ese regimiento, ni en todas las fuerzas combatientes, un soldado mejor que el cabo Ricardo Doubledick.

El año 1801, el ejército de la India se hallaba en la costa de Egipto. Al siguiente año se celebró la llamada paz corta, y volvió el ejército de la India a su punto de origen. Para entonces sabían ya millares de hombres que allí donde iba el capitán Taunton, el de los ojos negros y brillantes, no faltaba, firme como una roca, fiel como el sol, valeroso como Marte mientras los corazones de ambos palpitasen, un célebre soldado, que era ahora el sargento Ricardo Doubledick.

Además de ser el año ilustre de Trafalgar, 1805, lo fue también de duros combates en la India. Aquel año vio hacer tales prodigios al sargento-mayor, que se abrió camino completamente solo, por entre una masa sólida de enemigos, rescató la bandera de su regimiento, que aquéllos habían arrebatado a un pobre muchacho que cayó muerto con el corazón atravesado por una bala, recuperó también a su capitán, que había caído herido, y en medio de un bosque de sables y cascos de caballos… vio hacer tales prodigios, digo, al sargento-mayor, que se le nombró abanderado de la bandera que le había quitado al enemigo. ¡El alférez Ricardo Doubledick salía así de las filas!

Aquel regimiento, sufriendo dolorosas bajas en todas las batallas, pero rehecho siempre con la incorporación de los mejores soldados (porque la fama de seguir la vieja bandera acribillada a balazos y que el alférez Ricardo Doubledick había rescatado encendía todos los corazones), aquel regimiento, digo, combatió a todo lo largo de la guerra de la Península hasta la toma de Badajoz el año 1812. Una y otra vez desfiló aquélla entre los vítores de las formaciones inglesas, y los ojos de los soldados se cuajaban de lágrimas con sólo escuchar la poderosa voz de Inglaterra, tan orgullosa de su valor; y no hubo un muchacho de la banda de tambores que no conociese la leyenda de allá donde iban los dos amigos, el comandante Taunton, el de los ojos negros y brillantes, y el alférez Ricardo Doubledick, que tan leal le era, y allá

anhelaban ir también los hombres más animosos del ejército inglés.

Ocurrió cierto día en Badajoz (no en el gran asalto, sino al rechazar una salida que hicieron los sitiados contra nuestros hombres que trabajaban en las trincheras, y que habían retrocedido) que nuestros dos oficiales que avanzaban precipitadamente, se hallaron frente a frente de una partida de Infantería francesa, que se hizo fuerte. Iba al frente de los franceses, animándolos, un oficial valiente, bello, bien plantado, de treinta y cinco años; Doubledick lo vio de una ojeada, pero se le quedó bien grabada su figura. Lo vio sobre todo cuando ordenaba, con un movimiento del sable, a sus hombres que disparasen; ellos lo hicieron, y el comandante Taunton cayó al suelo.

El combate se acabó en diez minutos, y Doubledick regresó al sitio en que había dejado al mejor amigo de su vida tendido sobre una capa extendida en la arcilla húmeda. El comandante Taunton tenía abierto el uniforme en el pecho, y su camisa estaba marcada con tres manchas de sangre.

—Querido Doubledick —le dijo—, me muero.

—Por amor de Dios, no os muráis —exclamó el otro, arrodillándose a su lado y pasándole el brazo alrededor del cuello para levantarlo—. ¡Taunton! ¡Mi defensor, mi ángel guardián, mi testigo! ¡Taunton! ¡Por amor de Dios!

Los ojos brillantes y negros (¡qué negrísimos parecían entonces junto a la palidez del rostro!) le sonrieron; y la mano que Ricardo había besado trece años antes, se posaba ahora amorosamente sobre su pecho.

—Escribe a mi madre. Tú volverás a Inglaterra. Cuéntale de qué manera nos hicimos amigos. Eso la consolará, lo mismo que me consuela a mí.

No habló más, pero hizo mención de señalarle los cabellos, que se movían agitados por el viento. El alférez le comprendió. El comandante volvió a sonreírse al ver que le había comprendido, dio media vuelta dulcemente a su cabeza sobre el brazo en que la tenía apoyada, como si fuese a dormir, y murió, sin apartar su mano del pecho dentro del que él había hecho revivir un alma.

De cuantos aquel día contemplaron al alférez Ricardo Doubledick, no hubo uno solo al que no se le humedeciesen los ojos. Dio tierra sobre el campo de batalla a su amigo, y quedó solitario y abandonado. Fuera del cumplimiento de su obligación, sólo dos preocupaciones le quedaban en la vida: la de guardar bien el paquetito de cabellos que tenía que entregar a la madre de Taunton y la de encontrar al oficial francés que mandaba los hombres bajo cuyas balas cayó Taunton. Empezó entonces a circular entre las tropas otra nueva leyenda, que aseguraba que cuando Ricardo y el oficial francés se viesen frente a frente, habría lágrimas en Francia.

La guerra siguió adelante, y mientras por un lado vivía el oficial francés corporalmente, por el otro vivía con toda exactitud su retrato en la imaginación del alférez…; hasta que se dio la batalla de Tolosa. En el parte enviado a Inglaterra figuraban las siguientes palabras: «Herido, aunque no de mucha gravedad, el teniente Ricardo Doubledick».

En el estío del año 1814, el teniente Ricardo Doubledick, guerrero curtido por el

sol, de treinta y siete años de edad, regresó inválido a Inglaterra. Junto a su corazón, trajo el mechón de cabellos. Muchos oficiales franceses había visto desde el día aquel; muchas noches terribles se pasó buscando con sus hombres y con linternas heridos ingleses, y en ellas recogió a no pocos oficiales franceses que yacían sin poder valerse; pero la imagen mental y la realidad coincidieron.

A pesar de encontrarse débil y con dolores, no perdió una hora en ponerse en camino de Frome, en Somersetshire, donde vivía la madre de Taunton. Hablando en los términos cariñosos y compasivos que esta noche se presentan espontáneamente a nuestro cerebro, el capitán era «hijo único y su madre era viuda».

Era domingo por la tarde, y la señora se hallaba sentada junto a la ventana que daba a su jardín, leyendo la Biblia; leyendo para sí el pasaje aquel en que figuran las anteriores palabras, según él mismo me lo contó. Ricardo Doubledick oyó que leía: «¡Joven, yo te lo mando, levántate!».

Tenía que cruzar por delante de la ventana; y los ojos brillantes y negros de sus tiempos de degradación parecían estarle mirando. El corazón de la madre le dijo quién era él; y corrió a la puerta y se echó a su cuello.

—Vuestro hijo me salvó de la ruina, me hizo hombre, me rescató de la infamia y de la vergüenza. ¡Dios lo bendiga por siempre jamás! ¡Y lo hará, lo hará!

—¡Sí! —contestó la señora—. Yo sé que está en los cielos —pero luego exclamó, dolorida—: ¡Hijo mío querido, hijo mío querido!

Jamás, desde que el recluta Ricardo Doubledick sentó plaza en Chatham, ni el soldado, ni el cabo, ni el sargento, ni el sargento-mayor, ni el alférez, ni el teniente habían pronunciado su verdadero nombre, ni el nombre de María Marshall; ni había contado una palabra de la historia de su vida a nadie sino a su salvador. Aquel acto de su vida anterior había acabado. Había tomado la firme resolución de que su expiación consistiese en vivir desconocido; en no turbar de nuevo la paz que durante tan largo tiempo había cubierto sus antiguos pecados; de que, sólo cuando estuviese muerto, se hiciese público todo lo que había luchado y sufrido, sin olvidar jamás su amor; y que si entonces eran capaces de perdonarle y de creer en él, ¡le bastaba, sí, le bastaba con ello!

Pero aquella noche, recordando las palabras que durante dos años había acariciado en el recuerdo: «Dile cómo nos hicimos amigos. Eso la consolará, como me consuela a mí», le contó todo. Poco a poco, se apoderó de él el sentimiento de que en su edad madura había recobrado una madre; poco a poco le pareció a ella que había encontrado un hijo en medio de su soledad. Durante la estancia de Ricardo en Inglaterra, aquel tranquilo jardín al que había entrado con paso lento y penosamente, se convirtió en el límite de su hogar; cuando, al llegar la primavera, pudo incorporarse a su regimiento, abandonó el jardín con el pensamiento de que era aquélla la vez primera que se dirigía hacia donde estaba su bandera, llevando la bendición de una mujer.

Siguió a su bandera (hecha jirones y agujereada por las balas hasta el punto de

que casi se deshacía) a Quatre Bras y a Ligny. Y en el campo de batalla de Waterloo permaneció erguido junto a ella, en medio de la tremenda inmovilidad de muchísimos hombres, envuelta en la niebla y la llovizna de una lluviosa tarde del mes de junio. Hasta aquel instante no había podido confrontar el retrato que llevaba en su mente con el original.

El célebre regimiento entró en acción desde primera hora, y cuando se vio caer a Ricardo Doubledick tuvo aquél el primer titubeo en tantos años preñados de acontecimientos. Pero se rehízo y avanzó para vengarlo, porque el teniente Ricardo Doubledick que dejó atrás no estaba ya en el mundo de los seres conscientes.

Cruzando cenagales y charcos; por zanjas y fosos que habían sido carreteras, y que la artillería, los grandes carros pesados, la multitud de caballos y de hombres que por allí habían pasado y el forcejeo de toda clase de vehículos rodados capaces de transportar soldados heridos, habían arado y levantado; traqueteando entre los heridos los muertos, y tan desfigurado por la sangre y el barro que era difícil reconocerlo; sin que lo conmoviesen los gemidos de los hombres y los relinchos de los caballos, que, arrancados hacía poco de las tareas de una vida pacífica, no podían soportar la vista de los animales que habían caído al borde del camino, para no reanudar ya nunca su penosa jornada; muerto por lo que se refiere a sus sentidos, pero, sin embargo, vivo…, el cuerpo del que había sido el teniente Ricardo Doubledick, cuyos elogios se oían por toda Inglaterra, fue conducido a Bruselas. Lo colocaron con gran cuidado en la cama de un hospital; y allí siguió, semana tras semana, durante los largos y brillantes días estivales, hasta que las mieses que se habían salvado de la guerra maduraron y fueron cosechadas.

El sol se alzó y se puso un día y otro sobre la populosa ciudad; una noche y otra brilló la luna silenciosa sobre las llanuras de Waterloo. Todo ese espacio de tiempo fue como una superficie en blanco para aquel cuerpo que había sido el teniente Ricardo Doubledick. Entraron y salieron de Bruselas los ejércitos alegres; hermanos y padres, hermanas, madres y esposas acudieron allí en enjambre, sacaron sus participaciones de alegría o de angustia y se marcharon; las campanas tocaron como siempre tantas veces al día; las sombras proyectadas por los grandes edificios variaron tantas veces; se encendieron al anochecer tantas luces; cruzaron en todos sentidos por la calle dejando oír sus pasos muchísimos pies; se sucedieron muchísimas horas nocturnas de sueño y de aire más frío; indiferente a todo, una cara de mármol yacía en el lecho, como si fuese la cara de la estatua yacente de la tumba del teniente Ricardo Doubledick.

Por último, con lentos esfuerzos, por entre un sueño pesado en el que se confundían el tiempo y el espacio, y en el que se le aparecían borrosas y fugaces imágenes de médicos militares que él conocía, y de caras que le fueron familiares en su juventud (y la más querida y dulce de todas ellas, la de María Marshall, cuya solicitud con él le impresionaba con mayor realismo que todo lo que creía percibir), el teniente Ricardo Doubledick volvió a la vida.

Volvió a la hermosa vida de un sereno ocaso de un día de otoño; a la tranquila vida de una habitación bien ventilada y silenciosa, que tenía abierta una ancha ventana; más allá había una terraza en la que ondulaban las hojas y las flores de suaves aromas; y en el cielo el sol bien visible, que derramaba sus rayos de oro sobre la cama de Ricardo Doubledick.

Estaba todo tan tranquilo y era todo tan encantador, que pensó que se había despertado en otro mundo. Y dijo con voz débil:

—Taunton, ¿estáis junto a mí?

Un rostro se inclinó hacia Ricardo. No era el de Taunton; era el de su madre.

—Vine a cuidarte. Te hemos cuidado durante muchas semanas. Te transportaron aquí hace mucho tiempo. ¿No te acuerdas de nada?

—De nada.

La señora le besó en las mejillas y retuvo la mano de Ricardo entre las suyas, acariciándole.

—¿Dónde está el regimiento? ¿Qué ha ocurrido? Permitidme que os llame madre. ¿Qué ha ocurrido, madre?

—Una gran victoria, querido. Terminó la guerra; tu regimiento fue el que más valerosamente se condujo en el frente de batalla.

Los ojos del enfermo se encendieron, sus labios temblaron, sollozó y las lágrimas rodaron por sus mejillas. Estaba muy débil; ni siquiera tenía fuerzas para mover la mano. Luego preguntó:

—¿Estaba todo oscuro hace un momento?

—No.

—¿Entonces sólo estaba oscuro para mí? He visto apartarse una cosa que parecía una sombra negra. Pero conforme se alejaba, el sol (¡bendito sol y qué hermoso es!) me dio en la cara y me pareció que salía por la puerta de la habitación una sombra blanca… ¿No salió alguien de la habitación?

La señora movió negativamente la cabeza, y poco después él se quedó dormido, siempre con su mano en la de ella, que la acariciaba.

Desde aquel momento entró en vías de curación. Ésta fue lenta, porque había sido herido gravemente en la cabeza y tenía balazos en el cuerpo; pero mejoró un poco todos los días. Cuando se sintió con fuerzas suficientes para conversar en la cama, no tardó en fijarse en que la señora Taunton llevaba siempre la conversación a la historia de la vida de Ricardo. Entonces se acordó de las palabras de su salvador moribundo y pensó: «Esto la consuela».

Cierto día se despertó confortado de su sueño, y le pidió que le leyese algo. Pero la cortina de la cama, que suavizaba la luz y que la señora Taunton descorría siempre, a fin de poder ver al enfermo desde la mesita en que trabajaba, no fue corrida; y oyó una voz de mujer que no era la de aquélla.

—¿Os sentís con fuerzas para ver a una persona extraña? —le preguntó aquella voz muy bajito—. ¿Os agradará ver a una persona extraña?

—¡Una persona extraña! —repitió él.

Aquella voz despertó en él viejos recuerdos, anteriores al tiempo en que era el recluta Ricardo Doubledick.

—Extraña hoy, pero no en otro tiempo —siguió diciendo en un tono que hizo estremecerse a Ricardo—. Ricardo, Ricardo querido, perdido para mí durante tantos años, yo soy…

—¡María! —gritó él; y ella lo tomó entre sus brazos, y el herido apoyó su cabeza en el pecho de ella.

—Yo no falto con esto a un voto temerario que hice. Los que te hablan no son los labios de María Marshall. Ahora tengo otro apellido.

—¡Se ha casado!

—Tengo otro apellido, Ricardo. ¿No lo sabías?

El herido miró aquella cara pensativa, y se preguntó qué quería significar aquella mirada sonriente que se advertía a través de sus lágrimas.

—Haz memoria, Ricardo. ¿Estás seguro de que jamás has oído el apellido que ahora llevo?

—¡Jamás!

—No muevas la cabeza para mirarme, Ricardo. Déjala que descanse donde está mientras te cuento mi historia. Amé a un hombre generoso y noble; le amé con todo mi corazón; le amé durante años y años; le amé con lealtad, devotamente; le amé sin la esperanza de verme correspondida; le amé sin saber sus grandes cualidades…, sin saber siquiera si vivía. Era un soldado valeroso. Era honrado y amado por miles y miles de personas; un día vino a verme la madre de su amigo del alma, y me hizo ver que en medio de sus triunfos, no me había olvidado jamás. Cayó herido en una gran batalla. Lo trajeron moribundo aquí, a Bruselas. Vine a velarlo y a cuidarlo, y habría sido capaz de ir con ese objeto a las regiones más terribles de la Tierra. No conoció a nadie; pero me conoció a mí. Cuando más sufría, soportaba sus dolores sin casi rechistar, satisfecho de apoyar su cabeza donde ahora apoyas la tuya. Casi al borde de la muerte, se casó conmigo, para que pudiese llamarme esposa suya antes de morir. Amor mío, el apellido que llevo desde aquella noche que ya no recuerdas…

—¡Ahora lo recuerdo! —sollozó él—. La imagen borrosa va tomando forma. Otra vez vuelve a mi memoria. ¡Gracias sean dadas al Cielo por haber recobrado la memoria! Bésame, María; mece mi fatigada cabeza para que me duerma, si no quieres que me muera de agradecimiento. Se han cumplido las palabras con que, se despidió de mí. ¡Veo otra vez el hogar!

Y fueron felices. La convalecencia fue larga, pero fueron dichosos mientras duró. La nieve se había derretido en el campo, los pájaros cantaban en los bosquecillos sin hojas de la primavera incipiente, cuando aquellas tres personas pudieron salir por vez primera juntas en coche, y las gentes se agolpaban cerca del coche abierto para vitorear y felicitar al capitán Ricardo Doubledick.

Así y todo, fue preciso que el capitán completase su convalecencia en el clima del

sur de Francia, antes de regresar a Inglaterra. Encontraron un lugar cerca del Ródano, a un paseo de coche de la vieja ciudad de Aviñón, y a la vista de su puente en ruinas; aquello llenaba plenamente sus deseos; vivieron allí juntos seis meses; después regresaron a Inglaterra. Al cabo de tres años, la señora Taunton se sintió vieja (aunque no tanto que hubiesen dejado sus ojos de ser brillantes y negros), y recordando que sus fuerzas habían ganado con aquel cambio de clima, decidió regresar y pasar un año en aquellos mismos lugares. Se dirigió, pues, al sur de Francia, acompañada de una fiel sirvienta que había llevado muchas veces en brazos a su hijo cuando éste era niño. Al cabo de aquel año, tenía que reunirse con ella el capitán Ricardo Doubledick para acompañarla en el viaje de vuelta.

La señora Taunton escribía con regularidad a sus hijos (porque era ése el nombre que les daba ahora), y ellos le escribían a ella. Llegó a las cercanías de Aix; y allí intimó con una familia de la región que vivía en su propio palacio, próximo a la casa de la granja que la señora Taunton había alquilado. La intimidad comenzó porque ella encontraba con frecuencia entre los viñedos a una linda niña de tierno corazón, que no se cansaba de escuchar los relatos que la solitaria señora inglesa le contaba de su pobre hijo y de las crueles guerras. La familia era tan simpática como la niña, y la señora Taunton acabó por entablar con ellos tal relación que finalmente aceptó la invitación que le hicieron para que pasase bajo su mismo techo el último mes de su residencia en el extranjero. Todas estas noticias las fue escribiendo a casa de tiempo en tiempo, a medida que ocurrían; y, por último, incluyó en una carta suya una esquela cortés del dueño del palacio en la que éste solicitaba el honor de que se hospedase en su casa durante su viaje inminente el tan célebre capitán Ricardo Doubledick.

El capitán Doubledick, que era ahora un caballero valeroso y bello, en la plenitud de su vigor vital, y de pecho y hombros más anchos que nunca, envió una contestación cortés, y acto continuo siguió en persona a su carta. Atravesando en su viaje todo aquel territorio después de tres años de paz, bendijo los días mejores que ahora vivía el mundo. El trigo era dorado, y no lo empapaba un color antinatural de sangre; estaba atado en haces, y no pisoteado por hombres trabados en lucha mortal. El humo se elevaba de los pacíficos hogares, y no de ruinas llameantes. Los carros iban cargados de los bellos frutos de la tierra, no de heridas y de muerte. Todas estas cosas le parecieron magníficas a él, que con tanta frecuencia había visto el reverso terrible de la medalla; y ellas lo condujeron en un estado de ánimo agradable al viejo castillo cerca de Aiz, al que llegó en una tarde de un intenso azul raso.

Era un amplio castillo, de los antiguos y auténticamente fantasmales, con torreones redondos, terminados en forma de cucurucho, un tejado de plomo muy alto y más ventanas que el palacio de Aladino. Las persianas estaban abiertas de par en par, porque el día había sido caluroso, y por ellas se entreveían largas paredes y pasillos del interior. Había también varios enormes edificios exteriores que se hallaban medio derruidos, tupidas masas de árboles, jardines en terrazas,

balaustradas, albercas de agua, demasiado frágiles para jugar y demasiado sucias para manipular; estatuas, hierbas silvestres, bosquecillos de verjas de hierro que parecían haberse alargado como la maleza, echando ramas de mil formas extrañas. Las puertas de entrada estaban abiertas, como suele ocurrir en aquella región cuando ha pasado ya el calor del día; el capitán no vio ni campanilla ni aldaba, y entró hasta el zaguán.

Pasó primero a un vestíbulo de piedra de techo muy alto, que resultaba fresco y oscuro saliendo del resplandor de un día de viaje por el Sur. A los cuatro lados de este vestíbulo había una galería, por la que se pasaba a diferentes departamentos; recibía el vestíbulo la luz de lo alto. Seguía sin descubrir ninguna, campanilla.

—La verdad que éste es un comienzo misterioso —dijo el capitán, deteniéndose, avergonzado del ruido que hacían sus botas al pisar.

De pronto se echó hacia atrás y tuvo la sensación de que palidecía. En la galería, mirándole desde lo alto, veíase a un oficial francés…, el mismo oficial cuyo retrato había llevado él en su memoria durante tan largo tiempo y por tan remotos lugares. ¡Qué igual resultaba en todas sus líneas, comparado, por fin, con el original!

El oficial francés se movió de allí y desapareció; el capitán Ricardo Doubledick oyó sus pasos cuando bajaba rápidamente al vestíbulo. Entró en éste cruzando un arco. Su mirada se iluminó de súbito, de una manera muy parecida a como había brillado en aquel instante fatal.

«¿El señor capitán Ricardo Doubledick? ¡Encantado de recibirlo!». ¡Mil disculpas! La servidumbre había salido a tomar el aire. Estaban celebrando un pequeño festejo en el jardín, porque era el cumpleaños de la hija, la niña tan querida y mimada de la señora Taunton.

Se mostraba tan afable y tan franco, que el señor capitán Ricardo Doubledick no tuvo ánimos para retirar la mano.

—Esta mano es la de un inglés valeroso —dijo el oficial francés, sin soltarla—. Yo soy capaz de respetar a un inglés valeroso, aunque haya sido mi enemigo, y mucho más siendo amigo mío. También yo soy soldado.

«No me recuerda, como yo lo recuerdo a él; no se fijó aquel día en mi cara, como yo me fijé en la suya —pensó el capitán Ricardo Doubledick—. ¿Cómo tendré que decírselo?».

El oficial francés condujo a su huésped a un jardín y lo presentó a su esposa, que era una mujer simpática y bella, que en aquel momento se hallaba sentada en compañía de la señora Taunton en un pabellón raro y de viejo estilo. Su hija corrió, radiante de júbilo, a besar al padre, y un niño pequeño, queriendo agarrarse a sus piernas, estuvo a punto de caer entre los naranjos que había en los anchos escalones de la escalinata. Una multitud de niños y de niñas que había ido de visita bailaban al son de una alegre música, y también bailaba toda la servidumbre de la casa, y los campesinos de los alrededores del castillo. Era aquélla una escena de inocente felicidad que parecía hecha como de molde para apoteosis de las escenas de paz que habían servido de lenitivo al capitán durante su viaje.

El capitán contempló el espectáculo con el corazón turbado, hasta que resonó una campana, y el oficial francés le invitó a pasar a la habitación que le tenía destinada. Subieron a la galería desde la que el oficial francés lo había visto llegar, y el señor capitán Ricardo Doubledick fue conducido cordialmente a una gran sala exterior, de la que se pasaba a otra más pequeña; por todas parles se veían relojes y cortinajes, chimeneas y tenazas de bronce, baldosines y dispositivos para dar frescor al cuarto; todo era elegante y grandioso.

—Vos estuvisteis en Waterloo —dijo el oficial francés.

—Sí —contestó el capitán Ricardo Doubledick—. Y también en Badajoz.

Una vez que Ricardo quedó a solas, con el eco de su voz severa resonando aún en sus oídos, se sentó a meditar: «¿Qué hacer y cómo decírselo?». Por desgracia, habían ocurrido por aquel entonces entre oficiales franceses e ingleses varios duelos ocasionados por la última guerra, y lo que más ocupaba el pensamiento del capitán Ricardo Doubledick eran aquellos duelos y la manera de evitar la hospitalidad del oficial francés.

Seguía en sus meditaciones, dejando pasar el tiempo que debiera haber dedicado a vestirse para la comida, cuando oyó la voz de la señora Taunton, que le hablaba desde fuera de la puerta, preguntándole si quería que le entregase una carta que había llegado de María.

El capitán se dijo para sí: «Hay que pensar antes que nada en su madre. ¿Cómo iré a decírselo?».

Hizo pasar inmediatamente a la señora Taunton, y ésta le dijo:

—Estoy segura de que te harás amigo del capitán para toda la vida. Es hombre tan leal y tan generoso, que por fuerza habréis de apreciaros mutuamente. Si él viviese —y besó, no sin lágrimas, el relicario en que llevaba su mechón de pelo—, su magnanimidad lo habría llevado a tomarle afecto y se sentiría completamente dichoso de que hubiesen quedado ya atrás los tiempos que hicieron de un hombre como éste un enemigo suyo.

La señora Taunton se retiró. El capitán se acercó primero a una ventana, desde la que contempló el baile que tenía lugar en el jardín, y luego a otra, desde la que distinguía el sonriente panorama y los pacíficos viñedos.

«Espíritu de mi difunto amigo —se dijo—, ¿eres tú quien hace surgir en mí estos pensamientos mejores? ¿Eres tú quien me ha mostrado las bendiciones de la paz, mientras venía al encuentro de este hombre? ¿Eres tú quien me ha enviado a tu madre dolorida para que detenga mi mano? ¿Es de ti de quien me llega el cuchicheo de que este hombre no hizo sino cumplir con su deber, como lo cumpliste tú (como lo cumplí también yo, gracias a que fuiste tú mi guía y me salvaste aquí en la tierra), y que no hizo otra cosa que su deber?».

Se sentó y hundió la cabeza entre las manos; cuando volvió a ponerse en pie hizo la segunda firme resolución de su vida, la que no dejaría vislumbrar nada de lo que él sabía, ni al oficial francés, ni a la madre de su amigo, ni a ningún alma viviente,

mientras aquellos dos viviesen. Y cuando aquel día, durante la comida, chocó su vaso con el del oficial francés, le perdonó en secreto y en el nombre del Divino Perdonador de todas las ofensas.

Así es como di fin a mi historia en mi calidad de primer caminante pobre. De haberla contado en la actualidad, podría haber agregado que, con posterioridad a los hechos aquellos, el hijo del comandante Ricardo Doubledick y el hijo del oficial francés, amigos entre sí, lo mismo que lo habían sido anteriormente sus padres, lucharon el uno al lado del otro defendiendo la misma causa en las filas de sus respectivas naciones, apretadamente unidas ahora, igual que dos hermanos que han estado mucho tiempo distanciados y a los que la llegada de tiempos mejores ha vuelto a juntar.

CAPITULO III

El camino

Cuando todos acabaron de contar sus historias y cuando se acabó también la bebida caliente preparada por mí, nos separamos. Pero no me despedí de mis caminantes aquella misma noche, porque tenía la idea de reaparecer acompañado de una cierta cantidad de café caliente a las siete de la mañana.

Cuando pasaba por la calle Mayor oí a poca distancia la murga navideña, y me dirigí a su encuentro. Estaban tocando junto a una de las viejas puertas de la ciudad, en la esquina de uno de los edificios construidos de ladrillo rojo (y que tienen un aspecto rarísimo), en que vivían los canónigos menores, según me informó amablemente el músico del clarinete. Ostentaban los edificios encima de las puertas unos pórticos pequeños y curiosos parecidos a los tornavoces con que estaban coronados los púlpitos antiguos; me habría gustado en aquel instante ver salir a un canónigo menor a la puerta y que nos hubiese hecho la merced de dirigirnos desde el escalón superior de la escalinata un discurso acerca de los escolares pobres de Rochester, tomando como texto del mismo las palabras de su Maestro que hablan de los que devoran las casas de las viudas.

Era tan comunicativo el clarinete, y yo me sentía (como me siento por lo general) tan propicio al vagabundeo, que acompañé a los murguistas hasta una cespedera abierta, a la que llamaban Las Viñas, y asistí a la ejecución de dos valses, dos polcas y tres melodías irlandesas, sin acordarme en ese tiempo de mi mesón. Pero regresé por último a éste, encontrándome en la cocina con un violinista, con Ben, el ojigarzo, y dos doncellas que bailaban con la mayor animación alrededor de la gran mesa extensible.

Pasé una noche muy mala. No sería ni por el pavo ni por el rosbif (de la bebida con especias no hay ni que hablar); pero lo cierto es que fracasé lamentablemente en mis intentos de dormir. Unas veces me veía en Badajoz con un violín; otras perseguido por la hermana de la viuda asesinada. Unas veces corría a caballo para salvar a mi ciudad natal del saqueo y de la ruina. Unas veces me veía negociando con diamantes en Sky Fair; otras me jugaba la vida por esconder pasteles de carne debajo de las alfombras del comedor. Y con todo eso, no conseguía dormirme; y cualquiera que fuese la región disparatada por donde vagaba mi imaginación, tropezaba siempre con la efigie de maese Ricardo Watts.

De modo, pues, que no hallé otro modo de apartarme del camino del venerable maese Ricardo Watts que saltar de la cama a las seis, cuando todavía era noche, y tirarme de cabeza a toda el agua fría que tenía a mano, según tengo por costumbre.

Cuando bajé a la calle no soplaba viento, pero hacía mucho frío; y la única luz de nuestro comedor del refugio Watts brillaba con tanta palidez como si hubiese pasado también una mala noche. Pero mis caminantes habían dormido profundamente, e hicieron todos los honores que yo podía desear al café caliente y a los montones de pan y manteca que

Ben había dispuesto lo mismo que tablones en un depósito de maderas.

Apenas si apuntaba la luz del día cuando salimos juntos a la calle y allí nos dimos un apretón de manos. La viuda se llevó al grumete hacia Chatham, donde tenía que tomar un vapor que zarpaba para Sheerness; el abogado, con una expresión en la mirada de quien está al cabo de la calle, siguió su camino sin soltar prenda sobre cuáles eran sus propósitos; dos más se largaron hacia Maidstone, pasando por cerca de la catedral y del viejo castillo, y el vendedor ambulante de libros me acompañó hasta pasar el puente. Yo, por mi parte, pensaba ir paseando por los bosques de Cobham, camino de Londres, hasta que se me antojase hacer alto.

Cuando llegué a los escalones de la cerca donde empezaba el sendero por el que yo tenía que seguir, apartándome de la carretera, dije adiós al último caminante pobre, y seguí solitario mi camino.

Empezaron a levantarse maravillosamente las brumas y a brillar el sol, y mientras yo avanzaba en aquel ambiente vivificador, viendo centellear por todas partes la escarcha, tuve la sensación de que la Naturaleza toda compartía el gozo general por el gran Nacimiento.

Bosque adelante, la suavidad de mis pasos sobre el musgo y entre las hojas color marrón realzaba el ambiente sagrado en que me sentía envuelto. Al verme rodeado de tallos blancos, pensé en que el Fundador del tiempo no levantó jamás su mano bondadosa sino para bendecir y sanar, fuera del caso del árbol estéril. Pasando por cerca del palacio de Cobham, llegué a la aldea y al cementerio en que los muertos habían sido tranquilamente sepultados, «con la esperanza cierta y segura» que la Navidad traía a las almas. ¿Cómo podía yo ver jugando a los niños sin sentir amor hacia ellos, acordándome de quien los amó? No pude cruzar por delante de un jardín sin ponerlo a tono con el día, porque me acordaba de que la tumba se hallaba en un jardín y de que «ella, imaginándose que él era el jardinero», le había dicho:

—Señor, si os lo habéis llevado de aquí, decidme dónde lo pusisteis, y yo me lo llevaré.

Camina que camina, surgieron ante mí los barcos y el río, y en el acto me imaginé a los pobres pescadores, que remendaban sus redes, y que se levantaron y lo siguieron, y de cómo enseñó al pueblo desde una barca, un poco apartada de la orilla, porque se había reunido una gran muchedumbre, y de una figura majestuosa caminando sobre la superficie de las aguas en la soledad de la noche. La sombra misma que yo proyectaba sobre el suelo me hablaba con elocuencia de la Navidad, porque ¿no ponía la gente en el suelo a sus enfermos para que cuando pasasen los hombres que lo habían visto y oído cayese sobre aquéllos aunque sólo fuese su

sombra?

Así caminé, rodeado de cerca y de lejos por la Navidad, hasta que llegué a Blackheath y crucé el ancho panorama de árboles viejos retorcidos del Parque de Greenwich y me vi transportado entre traqueteos de vapor por entre las brumas que otra vez lo envolvían todo, hacia las luces de Londres. Muy brillantes eran éstas; pero ardía con mayor brillo mi propio hogar, y las caras reunidas a su alrededor, cuando nos vimos juntos para celebrar el día. Y entonces les hablé de maese Ricardo Watts y de mi comida con los seis caminantes pobres, que ni eran libertinos ni procuradores, y a los que no he vuelto a ver nunca más.

LA POSADA DEL ACEBO

***The Holly-tree Inn**, 1855*

(Trabajo escrito en colaboración con Wilkie Collins, William Howitt, Harriet Parr y Adelaide Procter).

El huésped

He guardado un secreto durante toda mi vida. Yo soy un hombre vergonzoso. Nadie lo supondría, nadie lo supone nunca, nadie lo supuso jamás, y, sin embargo, soy un hombre vergonzoso. Éste es el secreto que hasta ahora no confié a nadie.

Quizá se conmovería el lector si yo le contase a qué cantidad innumerable de sitios no he ido, a qué cantidad innumerable de personas no he visitado ni recibido, qué cantidad innumerable de obligaciones sociales he eludido culpablemente, y todo ello porque soy, por temperamento y carácter innatos, un hombre vergonzoso. Pero voy a dejar, impasible, al lector, y seguiré adelante con el tema que tengo entre manos.

Me propongo hacer al lector un relato sencillo de mis viajes y descubrimientos en la Posada del Acebo, lugar en el que hombres y bestias se ven admirablemente atendidos y en el que me quedé una vez cercado por la nieve.

Esto ocurrió en aquel año memorable en que me despedí para siempre de Ángela Leath (con la que iba a casarme en breve), al descubrir que prefería al más íntimo de mis amigos. En mi fuero interno, yo estaba convencido, desde los tiempos en que íbamos a la escuela, de que Edwin era muy superior a mí; aunque la preferencia de Ángela me dolió en el alma, la encontré muy natural y me esforcé por perdonarlos a los dos. En esa situación fue cuando me decidí a marcharme a Norteamérica…, camino del infierno.

No comuniqué mi descubrimiento ni a Ángela ni a Edwin; pero tomé la resolución de escribirles sendas cartas conmovedoras, enviándoles mi perdón y mi bendición; enviaría las cartas por la falúa de vapor cuando ya estuviese embarcado para que las pusiesen en el correo cuando yo navegase rumbo al Nuevo Mundo, y no hubiese modo de que me rogasen que volviese. Pues bien: sepultando mi dolor dentro del pecho y consolándome como pude con la perspectiva de ser generoso, abandoné silenciosamente todo lo que más quería y salí de mi casa para emprender el viaje de desolación al que me he referido.

Cuando abandoné mis habitaciones a las cinco de la tarde, hacía un tiempo desapacible del más crudo invierno. Como es natural, me había afeitado a la luz de la vela, estaba helado de frío y experimentaba en todo mi ser la sensación de que me levantaba que tuve en cuantas ocasiones me levanté de la cama fuera de horas y en circunstancias parecidas.

¡Cómo recuerdo el aspecto de desolación que presentaba Flett Street cuando salí del Temple! Y las luces de los faroles de la calle que temblequeaban a impulsos de las ráfagas del viento Nordeste, como si el gas mismo estuviese contorsionado de frío; los tejados, cubiertos de blanco; el firmamento, raso y tachonado de estrellas; las gentes del mercado y otros madrugadores que corrían para poner en circulación su

sangre casi helada; la luz y la tibieza acogedoras de los escasos cafés y establecimientos de bebidas que tenían sus puertas abiertas para servir a tales clientes; la escarcha seca, dura, helada, de que la atmósfera estaba cargada, que me azotaba la cara igual que látigo de acero, y que el viento había metido ya por toda clase de grietas.

Nueve días faltaban para que terminase el mes y para que acabase el año. El vapor correo para los Estados Unidos tenía que zarpar de Liverpool, si el tiempo lo permitía, el día primero del mes siguiente, y yo podía disponer a mi albedrío del tiempo que mediaba hasta entonces. Teniendo esto en cuenta, decidí hacer una visita a cierto lugar, que no es preciso que nombre, situado en los límites más lejanos del Yorkshire. Yo le tenía cariño porque en una granja de aquella región era donde había visto por vez primera a Ángela, y mi melancolía se sintió halagada con la idea de darle un adiós invernal antes de mi expatriación. Debo decir que, con el fin de evitar que descubriesen mi paradero antes que mi decisión resultase irrevocable por haberla ya llevado a efecto, había escrito a Ángela en el tono de siempre, lamentándome de que negocios urgentes, de los que la iría enterando, me obligaban a ausentarme de ella durante una semana o diez días.

No existía en aquel entonces el ferrocarril del Norte, y se viajaba en coches de relevo; yo, con algunas otras personas, solemos fingir a veces que lamentamos el que hayan desaparecido esas diligencias; pero lo cierto es que entonces las temíamos como un castigo grave. Me había hecho reservar el asiento del pescante, y mi ida a Fleet Street tenía por objeto subir con mi maleta a un coche que me dejase lo más cerca posible de la posada de El Pavo Real, de Islington, lugar en que tenía que tomar la diligencia. Pero cuando nuestro sereno del Temple, que me llevó la maleta hasta Fleet Street, me dijo que desde hacía algunos días bajaban flotando en la corriente del río grandes bloques de hielo que se habían solidificado unos con otros durante la noche, formando a través del río una superficie sólida desde los jardines del Temple hasta la ribera de Surrey, empecé a preguntarme si el asiento del pescante no iría a poner a mi vida un final súbito y helado. Yo estaba desconsolado, es cierto; pero no hasta el punto de anhelar morirme de frío.

Cuando llegué a El Pavo Real me encontré a todo el mundo bebiendo cerveza aromatizada caliente para defenderse del frío, y pregunté si no había algún asiento libre dentro del coche. Entonces me enteré de que dentro y fuera no había más viajero que yo. Esto me dio una idea más elocuente aún de la gran inclemencia del tiempo, puesto que el coche aquel iba siempre con mucha carga de viajeros. A pesar de todo, me eché al cuerpo un poco de cerveza caliente aromatizada (muy buena, por cierto), y me metí en el coche. Una vez acomodado en mi asiento, me cubrieron de paja hasta la cintura, y empecé mi viaje con la sensación de que mi aspecto era bastante ridículo.

Aún estaba oscuro cuando salimos de El Pavo Real. Durante un rato sólo vimos fantasmas pálidos de casas y de árboles que desaparecían en seguida, y luego amaneció el día crudo, lóbrego, helado. Las gentes encendían sus hogares; el humo

subía en línea recta por la atmósfera enrarecida; y marchábamos traqueteando hacia Highgate Archway por el suelo más duro en que he oído nunca resonar herraduras. Cuando salimos a campo abierto, todo daba la impresión de haber envejecido y encanecido: las carreteras, los árboles, los techos de bálago de las casitas de campo y de las casonas, las fajinas de los patios de las granjas. Los trabajos al aire libre estaban interrumpidos; los pesebres de los caballos en los mesones a la vera del camino formaban un bloque helado; no se veía a nadie de vagabundeo; las puertas estaban completamente cerradas; dentro de las casitas de los portazgos lucían grandes hogueras, y los hijos del cobrador (porque hasta los portazgueros tienen hijos y parecen quererlos) frotaban el hielo de los pequeños paneles de cristal de la ventana con sus bracitos regordetes para echar una ojeada al coche que pasaba solitario. No sé cuándo empezó a nevar; lo único que sé es que mientras cambiábamos de caballos en algún relevo oí que el vigilante decía que «la vieja de allá arriba está hoy desplumando de lo lindo a sus gansos». Y entonces me fijé en que la nieve caía apretada y de firme.

El día solitario iba adelante, y yo lo pasaba dormitando, como hacen los viajeros solitarios. Después de comer y de beber me sentía siempre animoso y valiente, en especial después de la comida, y frío y abatido el resto del tiempo. En todo momento estuve lleno de confusiones acerca de la hora y de los lugares, y en todo momento también un poco fuera de la realidad. Me parecía que el coche y los caballos ejecutaban sin un momento de interrupción y a coro el *Auld Lang Syne*. Marcaban el tiempo y el ritmo con la mayor regularidad, y tomaban ímpetu al empezar el estribillo con una precisión que me aniquilaba de fastidio. Mientras se realizaba el cambio de caballos, el guarda y el cochero se pusieron a patear de un lado para otro por la carretera, estampando la huella de sus zapatos en la nieve, y se echaron al cuerpo tal cantidad de líquido confortante, sin que por ello se sintiesen peor, que yo empecé, cuando volvió a oscurecer, a confundirlos con dos grandes barricas blancas erguidas. Nuestros caballos sufrieron caídas en lugares solitarios, y nosotros les ayudamos a levantarse, lo que constituyó para mí la más agradable distracción, porque me hizo entrar en calor. Y entre tanto, nevaba, nevaba, nevaba y seguía nevando sin descansar un momento. Y así viajamos durante toda la noche. Y así recorrimos toda la esfera del reloj por la gran carretera del Norte, ejecutando siempre durante el día el coro del *Auld Lang Syne*. Y nevaba, nevaba, nevaba y seguía nevando sin descanso.

No recuerdo en este momento dónde nos encontrábamos al mediodía de la segunda jornada ni dónde deberíamos estar; lo que sé es que estábamos a veintenas de millas atrás y que nuestra situación empeoraba a cada hora que transcurría. La capa de nieve se hacía extraordinariamente profunda; los mojones de los campos iban desapareciendo en la nieve; la carretera y los campos formaban una superficie uniforme; en lugar de tener como guías las cercas y los setos, íbamos avanzando entre tirones de riendas por una superficie ininterrumpida de un blanco amenazador que en cualquier instante podía hundirse bajo nuestros pies, precipitándonos por la vertiente

entera de una colina. Pero, a pesar de todo, el cochero y el guarda, que marchaban muy juntos en el pescante consultándose a cada momento, fueron avanzando, sin salirse de la huella, con extraordinaria sagacidad.

Cuando se ofreció la población a nuestra vista se me representó en la imaginación lo mismo que un gran dibujo hecho sobre una pizarra y en el que se había gastado mucho pizarrín en las iglesias y en las casas sobre las que la nieve formaba una capa más gruesa. Cuando estuvimos ya dentro de la población y vimos que los relojes de las torres estaban parados, las esferas de los mismos cubiertas de nieve, las muestras de los mesones borradas, me dio la impresión de que una capa de musgo blanco lo había cubierto todo. En cuanto al coche, éste no era otra cosa que una bola de nieve, y los hombres y muchachos que corrieron a ambos lados de aquél hasta la salida de la población, empujando las ruedas atascadas y animando a los caballos, eran hombres y muchachos de nieve; y la soledad helada hacia la que por último nos enviaron era un Sahara de nieve. Cualquiera pensará que ya bastaba con esto; pero empeño mi palabra de honor de que seguía nevando, nevando, nevando siempre, sin un solo momento de interrupción.

Durante todo el día seguimos ejecutando el *Auld Lang Syne* sin que, fuera de los pueblos y aldeas, viésemos otra cosa que huellas de armiños, liebres, zorros y en ocasiones de pájaros. A las nueve de la noche, en una paramera de Yorkshire, un alegre sonido de nuestro cuerno, y el ruido acogedor de conversaciones, acompañado del brillar y mover de linternas, me sacaron de mi estado de modorra. Comprendí que íbamos a cambiar allí de caballos.

Me ayudaron a bajar del coche, y le pregunté a un camarero, cuya cabeza destapada se puso en un instante tan blanca como la del rey Lear:

—¿Qué mesón es éste?

—La Posada del Acebo, señor —me contestó.

—Por vida mía —dije, excusándome, al guarda y al cochero de la diligencia— que no tengo más remedio que detenerme en ella.

Ahora bien: el dueño y la dueña del mesón, el caballerizo, el muchacho de postas y todos los encargados de los establos le habían preguntado ya al cochero, ante la expectación del resto del personal allí reunido, si pretendía seguir adelante. El cochero les había contestado que sí, que él conduciría hasta su destino la diligencia con la ayuda de Jorge. Jorge era el guarda, y había jurado ya que no se apartaría del cochero. En vista de lo cual los ayudantes estaban sacando ya los caballos de los establos.

El que yo me diese por vencido después de todas aquellas conversaciones no era cosa improvisada. La verdad sea dicha, que como soy un hombre vergonzoso por naturaleza, dudo que me hubiese decidido a dar ese paso si la conversación que acabo de referir no me hubiese preparado el camino. De todos modos, el guarda y el cochero le dieron su conformidad. En su consecuencia, entre muchas aprobaciones de mi decisión, y diciéndose unos a otros que, en efecto, el viajero podría seguir viaje

por el correo del día siguiente, mientras que haciéndolo aquella misma noche corría peligro de helarse, y no se sacaba nada con que el viajero se helase o quedase enterrado vivo (observación esta última que hizo a manera de chiste y a costa mía un ayudante, y que fue muy bien recibida), vi descargar mi maleta, lo mismo que un cadáver helado; deseé al guarda y al cochero una buena noche y un feliz viaje, y, algo avergonzado de mí mismo porque los dejase para que luchasen solos con las dificultades del viaje, seguí al mesonero, a la mesonera y al camarero, que me condujeron al piso superior del Acebo.

Pensé al principio que la habitación a la que me condujeron era la mayor que yo había visto en mi vida. Tenía cinco ventanas con cortinas de un color rojo oscuro capaces de absorber la luz de una iluminación general; en lo alto de las cortinas había yo no sé qué complicaciones de colgaduras que avanzaban por la pared del modo más extraordinario. Pedí una habitación más pequeña, y me contestaron que no la había. Pero el posadero me dijo que podían dividirla con biombos. Trajeron un gran biombo antiguo japonés, en el que se veían indígenas (supongo que japoneses) entregados a una gran diversidad de absurdas tareas, y me dejaron tostándome delante de un fuego inmenso.

Mi dormitorio distaría algo así como un cuarto de milla de aquella habitación, y estaba en lo alto de una gran escalera, al final de una larga galería; nadie sabe toda la desdicha que aquello suponía para un hombre vergonzoso, que habría deseado no cruzarse con nadie en las escaleras. Era la habitación más severa que he visto yo ni aun en las pesadillas; todos los muebles, desde las cuatro columnas de la cama hasta los dos candeleros de plata, eran altos, de superficies elevadas, y había que trepar a ellos. Por lo que se refiere a mi cuarto de estar, si yo sacaba la cabeza para mirar fuera de mi biombo, el viento se precipitaba sobre mí igual que un toro furioso; si me hundía en mi sillón, el fuego me tostaba hasta darme el color de un ladrillo nuevo. La repisa de la chimenea era muy alta, y encima de ella había un espejo, lo que llamo un espejo ondulante; cuando me ponía en pie, el espejo me mostraba únicamente la parte anterior de mis protuberancias craneanas, siendo sabido que éstas no parecen bien en ningún sujeto cuando están cortadas a la altura de las cejas. Si yo me ponía de espaldas al fuego, una lóbrega bóveda de oscuridad me cerraba la vista por encima, y más allá del biombo, y en su confusa lejanía, los pliegues de las diez cortinas de las cinco ventanas se movían, retorciéndose, igual que un nido de gusanos gigantescos.

Supongo que todo esto que observo en mí mismo lo observarán también en sus propias personas otros hombres de carácter semejante al mío; esto me da ánimos para decir que durante mis viajes, no bien he llegado a un lugar, en seguida siento dentro de mí la necesidad de largarme del mismo. Aún no había acabado mi cena, consistente en pollo asado y vino de Oporto caliente con especias, cuando di al camarero con todo detalle las disposiciones para marcharme de allí a la mañana siguiente. Desayuno y cuenta a las ocho. Marcha, a las nueve, con dos caballos, y en caso necesario, cuatro.

Aunque estaba rendido de fatiga, la noche me pareció tan larga como una semana. En algunos oasis, entre dos pesadillas, pensé en Ángela y me sentí más abatido que nunca, al considerar que me encontraba en el camino más corto hacia Gretna Green. ¿Qué tenía yo que ver con Gretna Green? En mi amargura, me dije que no era aquél el camino que yo debía seguir para ir al infierno, sino que para esto debía tomar la ruta de Norteamérica.

Por la mañana me encontré con que seguía nevando, que no había dejado de nevar en toda la noche y que estaba bloqueado por las nieves. Hasta que los peones de la población en que estaba el mercado hubiesen despejado la carretera, ningún vehículo podía salir de la posada para cruzar la paramera ni tampoco podía llegar hasta ella. Cuándo desembarazarían de nieve la carretera hasta la Posada del Acebo, nadie era capaz de decirlo.

Era la víspera de Navidad. En cualquier parte en que me hubiese encontrado habría sido aquélla para mí una triste Navidad, de modo que por ese lado la cosa no tenía gran importancia; sin embargo, el estar bloqueado por las nieves era algo así como morirse de frío, cosa que yo no había buscado. Me sentí muy solo. Sin embargo, me era tan imposible solicitar del mesonero y de la mesonera que me admitiesen en su sociedad (cosa esta que me habría agradado muchísimo) como el pedirles que me obsequiasen con un objeto de plata. Obsérvese aquí mi gran secreto, es decir, lo auténtico de mi carácter vergonzoso.

Al igual que otros hombres vergonzosos, juzgo a las demás personas como si también lo fuesen. Además de que mi excesiva timidez me impedía hacerles aquella proposición, la verdad es que abrigaba el delicado recelo de que con ella los sumiría en el mayor desconcierto.

Procurando, pues, acomodarme a mi soledad, empecé por preguntar qué libros eran los que había en la casa. El camarero me trajo una guía de carreteras, dos o tres periódicos viejos, un pequeño libro de canciones que terminaba con una colección de brindis y pensamientos, un librillo de chistes, un raro volumen de *Peregrina Pickle y el Viaje sentimental*. Yo me conocía estos dos últimos al pie de la letra; pero los leí de nuevo; después intentó tararear todas las canciones (entre las que estaba el *Auld Lang Syne*); me leí de cabo a rabo los chistes, en los que encontré un fondo de melancolía que iba muy bien con mi actual estado de ánimo; pronuncié todos los brindis, enuncié todos los pensamientos y llegué a dominar el texto de los periódicos. Estos últimos se reducían a anuncios de ganado, una reunión para tratar de cierto impuesto del distrito y un robo en despoblado. Como soy un lector muy ansioso, no pude hacer durar todo aquello ni siquiera hasta la noche; para la hora del té ya había agotado la lectura. Al verme reducido a mis propios recursos, invertí una hora meditando en lo que tenía que hacer a continuación. Finalmente, se me ocurrió (porque quería evitar de todas maneras el pensar en Ángela y en Edwin) pasar revista a todo cuanto me había ocurrido en los mesones, procurando alargarlo cuanto me fuese posible. Aticé el fuego, acerqué mi sillón un poco a un lado del biombo (no atreviéndome a alejarme

demasiado, porque sabía que el viento estaba al acecho para precipitarse sobre mí, porque le oía gruñir) y empecé.

Mis primeras impresiones de una posada datan de los tiempos del cuarto de crianza; tomé, pues, como línea de partida ese cuarto, y me vi en las rodillas de una mujer de cara cetrina y ojos tristones, nariz aguileña y bata verde, cuya especialidad era el relato doloroso de un mesonero que tenía su mesón junto a la carretera, y cuyos visitantes desaparecían de modo inexplicable durante muchos años, hasta que acabó por descubrirse que la única ocupación de la vida de aquel hombre había consistido en convertirlos en pastel de carne. Para mejor consagrarse a aquella rama de su industria, había construido a la cabecera de las camas de sus huéspedes una puerta secreta; y cuando el viajero (con la pesadez de la digestión del pastel de carne) se quedaba dormido, el malvado mesonero entraba a la chita callando con una lámpara en una mano y un cuchillo en la otra, lo degollaba y lo convertía en pasteles de carne; con este objeto, y debajo de una trampa, tenía siempre calderas con agua hirviendo, y en lo más profundo de la noche amasaba su pasta. Sin embargo, ni aun aquel malvado era insensible al aguijón de la conciencia, porque jamás se acostó sin que se le oyese decir: «Demasiada pimienta», y esto fue lo que un día acabó llevándolo ante los jueces.

Apenas di cuenta de este criminal, cuando empecé con otro del mismo período, cuya primitiva profesión había sido la de salteador; en el desempeño de las tareas de ésta, cierta noche en que entraba en una casa por la ventana, con propósito de robar, una doncella valerosa y encantadora le cortó de raíz la oreja derecha (y yo no sé por qué, la mujer de nariz aguileña que me contaba el cuento se identificaba con la tal doncella, a pesar de que no coincidía con la descripción que hacía de ésta). Al cabo de varios años la valerosa y encantadora doncella contrajo matrimonio con el dueño de un mesón que había en una carretera; característica notable del mesonero era la de llevar siempre la cabeza cubierta con un gorro de dormir de seda, y que por nada del mundo se lo quitaba. Finalmente, una noche, cuando su marido estaba profundamente dormido, la valerosa y encantadora mujer levantó por el lado derecho el borde del gorro de dormir de seda y descubrió que le faltaba la oreja; de ello dedujo sagazmente que era el mismo al que ella se la había cercenado, y que el antiguo salteador se había casado con ella con el propósito de matarla. Inmediatamente calentó al rojo vivo el hurgón de la chimenea y acabó con la vida del salteador; en recompensa de lo cual fue presentada al rey Jorge, que estaba sentado en su trono, y el rey la felicitó por su gran discreción y valor.

Esa misma narradora de cuentos, que tenía tendencias de vampiro, relataba otro hecho auténtico que decía saber por experiencia propia, y que yo creo ahora que estaba basado en la novela *Raimundo e Inés, o la monja sangrante*. Decía haberle ocurrido a su cuñado, persona inmensamente rica (cosa que no era mi padre), e inmensamente alto (cosa que tampoco era mi padre). Aquella vampiresa ponía empeño en presentar siempre ante mi imaginación a mis parientes y amigos más

queridos con características que redundaban en menosprecio de los mismos. El cuñado cabalgaba en cierta ocasión por un bosque montado en un caballo espléndido (en mi casa no teníamos ningún caballo espléndido); le acompañaba su valioso y querido perro de Terranova (nosotros no teníamos perro), cuando se vio sorprendido por la noche y se detuvo en una posada. Le abrió la puerta una negra, y él le preguntó si podría disponer de una cama. Ella le contestó que sí; llevó el caballo al establo y condujo al jinete a una habitación en la que había dos negros. Mientras el viajero cenaba, un loro que había en el cuarto rompió a hablar, diciendo:

—¡Sangre, sangre! ¡Limpiad la sangre!

Al oír esto, uno de los negros le retorció el cuello al loro y dijo que a él le gustaban mucho los loros asados a la parrilla, y que se comería aquél en el desayuno de la mañana siguiente. El cuñado inmensamente rico subió a su cuarto de dormir, después de haber comido y bebido copiosamente, pero estaba bastante molesto, porque aquellos hombres habían encerrado a su perro en el establo, diciendo que no permitían nunca que los perros anduviesen por la casa. El viajero permaneció más de una hora sentado y sin moverse, pensando y pensando; en el momento en que la vela estaba a punto de apagarse, sintió que arañaban a la puerta. La abrió, y se encontró con que era su perro de Terranova. El perro entró sin hacer ruido, olfateó alrededor de su dueño, se dirigió en línea recta a un montón de paja que había en un rincón y que, según habían dicho los negros, ocultaba manzanas; apartó a un lado y a otro la paja, y puso al descubierto dos sábanas empapadas en sangre. En aquel instante se apagó la vela, y el cuñado, mirando por una rendija de la puerta, vio que los dos negros subían silenciosamente por las escaleras; uno de ellos iba armado de un machete así de largo (unos cinco pies); el otro llevaba una cuchilla de carnicero, un saco y una pala. Como no recuerdo el final de esta aventura, me imagino que al llegar a este punto el terror paralizaba de tal manera mis facultades, que durante un cuarto de hora más o menos quedaba en suspenso dentro de mí el sentido del oído.

Estos bárbaros relatos me conducían, sin moverme de junto a la chimenea del Acebo, a la posada de la orilla de la carretera, célebre en mis tiempos por un librito de seis peniques con una lámina plegable que representaba en un óvalo central la efigie de Jonatán Bradford, y en los cuatro ángulos, cuatro episodios de la tragedia a la que está asociado ese nombre; la mano que dio color a la lámina había sido tan libre y tan económica, que el color rojo del cutis de Jonatán pasaba sin transición alguna a los briches del caballerizo y, haciéndose un borrón en la división de al lado, se convertía en el ron de una botella. Recordaba en ese momento que se encontró al mesonero junto a la cama del viajero asesinado; que tenía a sus pies su propio cuchillo y las manos manchadas de sangre; que se le ahorcó por el delito de asesinato, a pesar de todas sus protestas de que, en efecto, había ido para matar al viajero y robarle sus alforjas, pero que se quedó paralizado de espanto al encontrárselo ya muerto, y recordé también que, años después, el caballerizo se confesó autor del crimen.

Para entonces estaba yo completamente intranquilo. Aticé el fuego y permanecí

de espaldas al mismo mientras pude aguantar el calor, con la vista perdida en las negruras del otro lado del biombo, mientras las cortinas se movían a un lado y a otro, igual que los gusanos en el romance de Alonso el Valeroso y la linda Imogene.

En la ciudad catedralicia donde asistí al colegio existía una posada rodeada de recuerdos mucho más agradables que estos que acabo de relatar. Me puse a recordarlos acto continuo. En aquel mesón solían hospedarse los amigos, y también acostumbrábamos ir a él a ver a nuestros padres, y a comer salmón y ave, y a que nos dieran propinillas. Tenía una muestra eclesiástica, La Mitra, y un mostrador tan cómodo, que se pensara no existiría nada mejor después de un obispado. Yo estuve locamente enamorado de la hija menor del posadero…; pero dejemos pasar esto. En esa posada fue donde mi hermanita sonrosada lloró porque me habían puesto un ojo morado en una riña. Aunque esa hermana, la noche de la Posada del Acebo, se hallaba ya hacía muchos años allí donde se secan todas las lágrimas, el recuerdo de La Mitra no dejó de enternecerme.

«Se continuará mañana», me dije al echar mano a mi vela para ir a la cama. Pero esta cama se encargó de que durante la noche siguiesen mis pensamientos la misma dirección. Me vi llevado lejos, igual que sobre el tapiz encantado, hasta un lugar muy lejano (aunque siempre dentro de Inglaterra), y allí, bajando de una diligencia frente a otro mesón, y estando el suelo cubierto de nieve, según yo lo había hecho real y verdaderamente algunos años antes, repetí en mis sueños un curioso incidente que me había ocurrido allí. Más de un año antes de hacerse el viaje, en el transcurso del cual tuve que detenerme en la posada de que hablo, había muerto un amigó muy íntimo y muy querido. Desde su muerte, lo mismo en mi casa que fuera de mi casa, yo había soñado con él. Unas veces me lo imaginaba todavía con vida; otras, como que volvía del mundo de las sombras para confortarme, y siempre me lo representaba hermoso, plácido y feliz, sin que jamás relacionase su imagen con nada que se pareciese al temor o al dolor. La noche aquella hice alto para pasarla en un mesón solitario de una extensa paramera. Después de mirar desde la ventana de mi dormitorio hacia el desierto de nieve sobre el que brillaba la luna, me senté al amor del fuego para escribir una carta. Hasta aquel momento, yo había guardado un secreto absoluto de que soñaba todas las noches con aquel amigo que había perdido. Pero en la carta que entonces escribí dejé constancia de ese detalle, agregando que sentía gran interés en comprobar si el ser que era objeto de mis sueños seguía siéndome fiel, cansado como estaba, en aquel lugar tan apartado. Pues bien: no fue así. Al desembarazarme de mi secreto perdí la amada imagen de mis imaginaciones. En dieciséis años que van transcurridos, sólo una vez mis sueños lo han contemplado. Fue en Italia, y me desperté (o creí despertarme) oyendo con toda claridad en mis oídos la voz cuyo timbre recordaba muy bien y conversando con ella. Cuando la imagen surgió por encima de mi cama y se elevó hacia la bóveda de aquel viejo cuarto, le supliqué que me contestase a una pregunta que yo le había hecho en relación con la vida futura. Aún extendía yo mis manos hacia la imagen que se desvanecía, cuando, en el

profundo silencio de la noche, oí que junto a la pared de la cerca del jardín hacían sonar una campanilla y una voz llamaba a todos los buenos cristianos para que rezasen por las almas de los muertos, porque era la víspera del día de Difuntos.

Pero volvamos al Acebo. Cuando me desperté al día siguiente, la helada era terrible y el cielo encapotado amenazaba con más nieve. Una vez que despaché mi desayuno, acerqué mi silla al sitio de antes, y como el fuego me atraía mucho más que el panorama exterior, porque yo estaba sentado en la penumbra, reanudé mis recuerdos de los mesones.

Buena posada era aquella de Wiltshire en la que me hospedé una vez, en los tiempos de la fuerte cerveza de Wiltshire, antes que todas las cervezas se hiciesen amargas. Se hallaba situada en los bordes de la llanura de Salisbury, y el viento de medianoche que sacudía mi ventana llegaba gimiendo desde Stonehenge. Había en aquel mesón un parásito (que creo era un druida conservado de milagro, y que aún debe de seguir allí); tenía una larga cabellera blanca y ojos azules de mirada dura que parecían estar siempre mirando a lo lejos; decía haber sido pastor, y se hubiera dicho que acechaba en todo instante que apareciese por la línea del horizonte algún fantasmal rebaño de ovejas que innumerables edades atrás habían sido comidas como carne. Aquel hombre sostenía que nadie era capaz de contar dos veces las piedras de Stonehenge y de coincidir las dos veces en la misma cantidad; sostenía también que cuantos las contasen tres veces nueve veces, y después de esto se colocasen en el centro de ellas y dijesen: «¡Me atrevo!», veían una espantosa aparición y caían muertos de repente. Afirmaba haber visto una avutarda (sospecho que debió de conocer en sus tiempos el ave Dido) de la manera siguiente: Hallábase en la llanura al caer de un día de fines de otoño, y percibió confusamente, avanzando delante de él con saltos curiosos y caprichosos, una cosa que al principio supuso que sería la capota de un calesín que había caído de algún vehículo; pero luego creyó más bien que era un enano flaco montado en un *pony* pequeñito. Siguió detrás de aquel objeto durante un buen trecho sin acortar distancias; le gritó muchas veces, sin obtener contestación, y lo persiguió por espacio de millas y millas; finalmente lo alcanzó, viendo que se trataba del último ejemplar de avutarda que quedaba en la Gran Bretaña, un ejemplar degenerado y desprovisto de alas, que corría por el suelo. Resuelto a capturarlo o a perecer en la tentativa, se lanzó sobre la avutarda; pero ésta, que había tomado la resolución contraria y no quería dejarse capturar ni que él muriese, lo rechazó, lo dejó atontado, y fue vista por último huyendo en dirección al Oeste. Aquel individuo extraño, que vivía en semejante etapa de la metempsicosis, era quizás un sonámbulo, un fanático o un ladrón; lo cierto es que una noche me desperté y me lo encontré junto a mi cama, en la oscuridad, repitiendo con voz tremebunda el credo de San Atanasio. Al día siguiente pagué la cuenta del mesón y me alejé del condado a toda la velocidad posible.

La historia que se desarrolló en un mesón pequeño de Suiza, estando yo hospedado en él, no tuvo nada de vulgar. Era un mesón muy cómodo, en una aldea

que sólo tenía una calle estrecha y en zigzag, entre montañas; al entrar por la puerta principal, y antes de subir por la gran escalera desnuda que conducía a las habitaciones, había que pasar por el establo de las vacas y entre las mulas, los perros y las aves de corral; los cuartos eran todos de madera sin pintar, enlucir ni empapelar; algo así como cajones en bruto. Fuera del mesón no había sino la calle zigzagueante, una iglesita de juguete con un campanario de color cobrizo, un bosque de pinos, un torrente, nieblas y las laderas de los montes. Ocho semanas antes (era invierno) había desaparecido un joven de aquel mesón; se suponía que algún asunto secreto de amor lo había arrastrado a sentar plaza en el Ejército. Se levantó durante la noche, descolgándose a la calle del pueblo desde el desván en que dormía con otro compañero; lo hizo con tal silencio, que su compañero de desván y de trabajo no oyó nada hasta que lo despertaron por la mañana, preguntándole: «Luis ¿dónde está Enrique?». Lo buscaron por todas partes en vano, y finalmente desistieron de seguir buscando. Pues bien: en la parte exterior del mesón, al igual que ocurría en todas las casas de aquella aldea, había una pila de leña para el fuego; pero la pila del mesón era mucho más alta que las demás, porque se trataba de la casa más rica y de la que consumía mayor cantidad de combustible. Mientras lo buscaban por todas partes, alguien advirtió que un gallo de raza enana, que formaba parte del gallinero del mesón, se apartaba de una manera sorprendente de su camino para subirse a lo alto de la pila de leña, permaneciendo allí horas y horas cacareando, hasta que caía rendido. Pasaron cinco semanas, seis semanas, y aquel terrible gallito, descuidando sus propios menesteres domésticos, vivía encaramado en lo alto de la pila, cacareando hasta saltársele los ojos por el esfuerzo. Alguien se fijó por entonces en que Luis había cobrado un odio violento al terrible gallito, y cierta mujer que una mañana ponía sus paperas al sol, sentada junto a la ventanita de su casa, vio cómo aquel hombre agarraba un trozo de leña y lo lanzaba, acompañándolo de un juramento, contra el gallito, que se desgañitaba con sus quiquiriquíes en lo alto de la pila, matándolo. Al ver aquello, la mujer tuvo una súbita inspiración, se deslizó sin que la vieran hasta la parte posterior de la pila de leña, y como, al igual que todas aquellas mujeres, era una buena trepadora, subió a lo alto y, en cuanto se vio allí, empezó a gritar, mirando hacia el hueco que había en el centro: «¡Prended a Luis, que es el asesino! ¡Tocad a rebato la campana de la iglesia! ¡Aquí está el cadáver!». Aquel día vi yo al asesino, y también lo vi mientras estaba sentado junto al fuego del Acebo, y lo veo igualmente ahora, amarrado con cuerdas, sobre la cama de paja del establo, entre las miradas bonachonas y el aliento humeante de las vacas, mientras venía en su busca la Policía y lo contemplaba asustada la gente del pueblo. Era una bestia torpona, la bestia menos inteligente de todas las del establo, con una cabeza estúpida y una cara maciza, desprovista de todo rastro de sensibilidad; había desfalcado algunos dineritos de su amo, cosa que el joven asesinado sabía, y, para desembarazarse de un posible acusador, había recurrido a tan expeditivo medio. Lo confesó todo al día siguiente, como despreciable cazurro al que ya todo le daba lo

mismo una vez que lo habían atrapado y tenían el propósito de acabar con él. Volví a verlo el día de mi marcha del mesón. En aquel cantón suizo, el verdugo cumple aún su oficio con la espada; yo me encontré al asesino cuando estaba sentado y amarrado, con una venda en los ojos, encima del cadalso de una placita de mercado. Una gran espada (cargada de mercurio en la parte gruesa de la hoja) describió un círculo, igual que una ráfaga de aire o de fuego, y dejó de existir semejante individuo. No me asombré precisamente del modo expeditivo como lo despacharon; me asombré de que quedase sin segar ninguna cabeza en un radio de cincuenta yardas de aquella tremenda segur.

También era un buen mesón aquel de la simpática mesonera y del honrado mesonero en que me hospedé a la sombra del Mont Blanc; uno de sus departamentos tenía las paredes empapeladas con un papel del género zoológico; pero las tiras del mismo no estaban casadas unas con otras con tanta exactitud que no hubiese ocasiones en que un elefante no luciese en su parte posterior las patas y la cola de un tigre, mientras que el león lucía trompa y colmillos retorcidos, y el oso, como si se estuviese derritiendo, tenía partes del cuerpo que le daban semejanza con el leopardo. En ese mesón trabé amistad con algunos norteamericanos que llamaban al Mont Blanc Mount Blank, a excepción de un señor de buen humor que se hallaba en términos de tal intimidad con el monte, que le llamaba familiarmente el «Blank», y que solía decir durante el desayuno: «¡Qué alto parece esta mañana Blank!». Otras veces, por la tarde, y en el patio del mesón, se dejaba decir, como quien tiene muchas dudas: «No sé, no sé si no habrá en nuestra patria, señor, algunos nativos que treparían hasta la cumbre del Blank en un par de horas desde el primer punto de arranque».

Me hospedé una vez, durante quince días, en una posada del norte de Inglaterra, en la que me vi perseguido por el fantasma de un tremendo pastel. Era un pastel de Yorkshire, que parecía un castillo…, un castillo abandonado sin nada dentro; el camarero tenía la obsesión de que era cuestión de etiqueta el colocar el pastel a todas las comidas encima de la mesa. Al cabo de unos días traté yo de insinuar de varias maneras delicadas que consideraba que el pastel había dejado de existir; por ejemplo, vaciaba encima de él los desperdicios del vino que habían quedado en el fondo de los vasos; ponía encima los platillos y las cucharillas, como si se tratase de una canastilla; metía en el pastel las botellas de vino, como si fuese a refrescarlas; pero en vano, porque limpiaban el pastel otra vez y lo ponían delante de nosotros invariablemente. Por último, empezando a dudar de si sería yo víctima de una ilusión fantasmal, y temeroso de que mi salud y mis ánimos decayesen bajo los espantos de un pastel imaginario, corté del mismo un triángulo casi tan grande como el instrumento musical de ese nombre en una orquesta numerosa. La previsión humana habría sido incapaz de prever el resultado que aquello tendría… El hecho es que el camarero recompuso el pastel. Valiéndose de alguna clase de adhesivo de mucha fuerza, ajustó con mucha maña el trozo cortado en su sitio; yo pagué la cuenta y salí

huyendo.

El Acebo se estaba poniendo bastante melancólico. Realicé una expedición exploradora más allá del biombo, y llegué hasta la cuarta ventana. Lo crudo de la temperatura me empujo hacia atrás. Vuelto de nuevo a mis cuarteles de invierno, avivé el fuego y reanudé el recuerdo de las posadas en que yo había estado.

Esta de ahora se hallaba situada en la parte más lejana de Cornwall. Celebrábase en el mesón una gran fiesta anual de los mineros en el momento en que mis compañeros de viaje y yo nos presentamos de noche en medio de una muchedumbre frenética que bailaba ante él a la luz de las antorchas. Habíamos sufrido una rotura del coche, ya oscurecido, en una ciénaga pedregosa distante de allí algunas millas; yo tenía el honor de conducir uno de los caballos desenganchados de la diligencia. Sólo cuando una señora o caballero, al leer estas líneas, se haya hecho cargo de un caballo de gran alzada de una diligencia, con los jaeces colgando junto a sus piernas, y lo conduzca por la brida hasta el centro mismo de un baile provinciano en el que toman parte ciento cincuenta parejas, sólo entonces, decimos, esa señora o caballero se formará una idea adecuada de los pisotones que es capaz de dar un caballo de postas a su conductor. Pero sobre todo y por encima de esto, cuando el caballo de postas se vea en el centro de trescientas personas girando a su alrededor, lo más probable es que recule, o también que largue un par de coces, de una manera incompatible con la dignidad o el respeto a sí mismo de su conductor. Con estas pequeñas desventajas en mi manera de ser, generalmente solemne, me presenté en el mesón, con asombro indecible de los mineros de Cornwall. Estaba lleno, veinte veces lleno, y allí no había lugar sino para el caballo de postas (aunque ya era alguna ventaja el desembarazarse del noble animal). Mientras mis compañeros de viaje y yo discutíamos la manera de pasar la noche y la parte del día siguiente que transcurriría antes que el alegre herrero y el alegre carpintero de coches estuviesen en disposición de salir para la ciénaga y arreglasen el coche, un hombre honrado salió de entre la multitud y nos ofreció un piso desalquilado de dos habitaciones, con cena de huevos con tocino, cerveza y ponche. Lo acompañamos alegres, y nos llevó a una casita limpia de lo más extraño, y en ella fuimos atendidos a satisfacción de todos. Pero la estancia allí tuvo un rasgo nuevo; nuestro huésped era fabricante de sillas, y todas las que nos destinó eran simples armazones, ninguna de las cuales tenía colocado todavía el asiento; de modo, pues, que pasamos la velada como sobre perchas. No fue tampoco ésta la consecuencia más absurda; lo absurdo de veras fue que cuando nos solazábamos durante la cena y soltábamos la risa, lo hacíamos sin acordarnos de lo muy especial de nuestra posición, y el que se reía desaparecía instantáneamente. Yo mismo, doblado en una actitud que hacía imposible el enderezarme por mí mismo, fui extraído de la armazón igual que en una pantomima cómica el payaso que se ha caído dentro de un cubo; esto me ocurrió cinco veces mientras comía los huevos y el tocino a la luz de una vela.

La posada del Acebo empezaba ya a despertar rápidamente en mí un sentimiento

de soledad. Empecé a tener conciencia de que jamás me extraería a mí mismo de allí, si alguien no venía en mi ayuda. Quizá tuviese que permanecer allí una semana, quizá muchas.

Pasé en cierta ocasión una noche en un mesón de una vieja y pintoresca ciudad de la frontera de Gales, a propósito del cual existía cierta historia que encerraba una idea muy especial. En un cuarto de dos camas de aquel mesón se suicidó, envenenándose, el viajero que ocupaba una de las camas, mientras que el que ocupaba la otra, que estaba muy cansado, dormía en la otra ajeno a todo. Desde entonces jamás se usó la cama del suicidio, pero la otra estaba siempre ocupada; la cama fuera de uso seguía en la habitación, vacía, aunque nada había variado en su disposición antigua. Según la historia de que hablo, cuantos dormían en aquella habitación, por muy extraños al lugar que fuesen, aunque viniesen de muy lejos, se levantaban por las mañanas, sin excepción alguna, bajo la impresión de que olía a láudano, y que siempre pensaban en el tema del suicidio; era seguro que el viajero, de cualquier categoría que fuese, haría alguna referencia a ese tema si conversaban con alguien. Esto se fue repitiendo durante años, hasta que por último el mesonero se decidió a desmontar la cama que no se usaba y a quemarla; la armazón, las colgaduras y todo. Según la historia, aquellos extraños fenómenos perdieron intensidad, pero no desaparecieron nunca más. Con muy raras excepciones, la persona que ocupaba aquel cuarto bajaba a la mañana siguiente intentando recordar un sueño que había tenido durante la noche y que se le había olvidado. Al escuchar al viajero, el dueño del mesón, para sacarlo de su perplejidad, le sugería varios asuntos corrientes, aunque sabía muy bien que no había soñado con ninguno de ellos. Pero en el instante en que el mesonero apuntaba la palabra *veneno*, el viajero exclamaba, sobresaltado: «¡Eso es!». Jamás se dio el caso de que el huésped dejase de aceptar aquella indicación, pero no recordaba más del sueño.

Esta historia me hizo pensar en términos generales en los mesones galeses; mesones con mujeres que llevaban sombreros redondos y arpistas de barba blanca (muy venerables, pero sospecho que mixtificados), que tocaban su instrumento fuera de la puerta mientras yo comía. Por una transición natural pasé a pensar en los mesones de las tierras altas, con sus tortas de avena, miel, chuletas de venado, la trucha del lago, el *whisky*, y a veces (puesto que tan a mano y de manera tan tentadora tenían los ingredientes), el *whisky* con miel. En cierta ocasión venía yo hacia el Sur con grandísima prisa desde las tierras altas, con la esperanza de cambiar rápidamente de caballos en un relevo que había en el fondo de un pequeño valle histórico y deshabitado, cuando mis ojos vieron con gran disgusto que el mesonero salía a la carretera con un telescopio y rebuscaba con él en todo el panorama los caballos; estos habían salido a buscarse qué comer, y no se dejaron ver hasta pasadas cuatro horas.

Habiendo yo pensado en la trucha del lago, pasé por rápida asociación a recordar los mesones del Pescador de Caña que hay en Inglaterra (he asistido a innumerables proezas de pescadores de caña tumbado en el fondo de la lancha durante días

estivales enteros, con todo mi empeño perseverante puesto en no hacer nada, y he descubierto que, por lo general, eso resulta tan eficaz para pescar como el mejor cebo y la máxima ciencia); me acordé de los dormitorios de esa clase de mesones, dormitorios agradablemente blancos, limpios, adornados con macetas de flores, desde cuyas ventanas se descubría un panorama de río, balsa, isletas, torres de iglesias en aguja y puentes campesinos; y pensé también en la incomparable Emma de ojos chispeantes y linda sonrisa, que servía a los huéspedes, ¡bendita ella!, con una gracia natural capaz de convertir a Barba Azul.

Mirando al fuego de la chimenea del Acebo, descubrí a continuación, entre los carbones encendidos, los dibujos de una veintena o más de aquellos admirables mesones de postas de Inglaterra que tanto añoramos hoy; se distinguían por ser amplios y confortables, y constituían unos verdaderos monumentos que demostraban de qué manera se someten los ingleses a la rapacidad y a la extorsión. El que quiera ver aquellos edificios viniéndose abajo, que camine desde Basingstoke o incluso desde Windsor, hasta Londres, por el camino de Hounslow, y que saque moralejas de sus restos en decadencia: los establos desmoronándose, peones trashumantes y vagabundos vivaqueando en las construcciones auxiliares; la hierba creciendo en los patios, las habitaciones en las que antaño se hicieron tantos centenares de camas de plumón, alquiladas ahora a irlandeses por la suma de dieciocho peniques a la semana, una pequeña y mal encarada cervecería que sólo ocupaba una parte del mostrador de otros tiempos, las grandes puertas de las caballerizas, quemadas como leña, después de reducida a tarugos una de sus dos ventanas, igual que si hubiese resultado deshecha en lucha con el ferrocarril, y un *bulldog* bajo la alzada, de piernas arqueadas y de humor bonachón, plantado en el umbral de la puerta exterior.

¿Qué cosa más natural que el que yo viese en el fuego de la chimenea las fondas nuevas del ferrocarril en la proximidad de las lamentables estaciones de provincias? Esas fondas en las que no hay más trasiego que el de la corriente de aire frío y de la humedad, en cuyas despensas no hay nada digno de mención fuera del mortero fresco y cuyo negocio se reduce a una orgullosa ficción de equipajes en el vestíbulo.

Pasé a continuación a los mesones de París, con sus bellos departamentos de cuatro habitaciones en lo alto de una escalera de ciento setenta y cinco escalones encerados, con el privilegio de hacer sonar la campanilla durante todo el día, sin ejercer con ello la menor influencia ni en el pensamiento ni en el cuerpo de nadie (fuera del de uno mismo), y con sus comidas no demasiado abundantes en relación con el precio. Pensé después en los mesones provincianos de Francia, con la gran torre de la iglesia dominando el patio, el alegre cascabeleo de los caballos que van y vienen por la calle y relojes de todas las clases imaginables en todas las habitaciones, relojes que nunca marchan bien, a menos que uno se fije en la hora que marcan, cuando por un descuido, y retrasándose o adelantándose doce horas, coinciden con la exacta.

Seguí por los mesones, y a continuación pasé revista a los pobres mesones de

carretera de Italia, en los que encontráis siempre tiradas en el suelo de vuestra antecámara todas las ropas sucias que hay en la casa y que no están en uso; en los que los mosquitos convierten en el verano vuestra cara en un budín de pasas y el frío os la deja amoratada en invierno; en los que os procuráis lo que podéis y os olvidáis de lo que no podéis procuraros; en los que me agradaría volver a verme preparando el té mediante el procedimiento de poner la dosis en un pañuelo y hundir éste en el agua, por falta de tetera. También pasé revista a los mesones de pueblos y ciudades de aquel luminoso país establecidos en viejos palacios y en viejos monasterios, con sus macizas escaleras cuadrangulares, desde las que podéis columbrar por entre un bosque de columnas la bóveda azul de los cielos; con sus majestuosos salones de banquetes y sus inmensos refectorios, con sus laberintos de fantasmales cuartos de dormir y la imprevista visión de espléndidas calles que carecen de toda apariencia de realidad o de posibilidad. Continué por los pequeños mesones cerrados de los distritos en que reina la malaria, con sus sirvientas pálidas y su peculiar olorcillo de locales en que no penetra jamás el aire exterior. Repasé también los inmensos y fantásticos mesones de Venecia, en los que oís el grito del gondolero que pasa por el canal en el momento de doblar una esquina, con el olorcillo de ciertos líquidos que se agarran a un punto especial del puente de vuestra nariz (y que no lo sueltan en todo el tiempo que allí permanecéis), y la gran campana de la catedral de San Marcos cuando da las campanadas de la medianoche.

Me detuve luego un instante en los inquietos mesones de la orilla del Rin, en los que, cuando os acostáis, no importa a qué hora, parece que tocaseis a rebato para que se levante todo el mundo, y en los que, en el comedor general, y al extremo de la larga mesa (que. en el otro extremo ostenta varias torres de Babel hechas de blancos platos superpuestos), un grupo de hombres corpulentos, completamente cubiertos de joyas y de suciedad, que es todo lo que llevan encima, se plantan allí para toda la noche, chocando unos con otros sus copas y cantando canciones del río que corre, del racimo de uvas que crece, del vino del Rin que encandila, de la mujer del Rin que sonríe, bebe, bebe, mi amigo, por aquí, y bebe, bebe, hermano mío, por allá, etcétera. Como es natural, pasé a continuación a otros mesones alemanes, en los que toda clase de viandas tienen idéntico sabor y aroma, y en los que uno se queda desconcertado al ver cómo aparecen en los momentos de la comida en que uno menos lo espera budines calientes y cerezas hervidas, dulces y gruesas. Después de beberme un trago de cerveza centelleante de un jarro de cristal lleno de espuma, y después de dirigir una mirada de agradecimiento a través de las ventanas de las cervecerías estudiantiles de Heidelberg y de otras poblaciones, me lancé a la mar en busca de los mesones de Norteamérica, con sus cuatrocientas camas cada uno y sus ochocientas o novecientas señoras y caballeros que se reúnen todos los días a comer.

Me vi en pie en los bares de esos mesones norteamericanos, tomando mi *cocktail,* mi ponche de cerveza, mi julepe de menta y mi vino con nuez moscada. Volví a escuchar a mi amigo el general (al que sólo conocía desde hacía cinco minutos,

durante los cuales hizo que yo intimase para toda la vida con dos comandantes, los que, a su vez, hicieron que yo intimase para toda la vida con tres coroneles, coroneles que, por su parte, me hicieron como hermano con veintidós paisanos), digo que escuché otra vez a mi amigo el general, que explicaba con todo detalle las condiciones en que se encontraba el establecimiento, «salón de mañana para caballeros, señor; salón de mañana para damas, señor; salón nocturno para caballeros, señor; salón nocturno para damas, señor; salón nocturno común para damas y caballeros, señor; salón de música, señor; salón de lectura, señor; más de cuatrocientos dormitorios, señor; y todo ello planeado y terminado en un plazo de doce meses del calendario, desde el día en que empezó a limpiarse el solar de estorbos, con un costo de quinientos mil dólares, señor». Y vi nuevamente, desde mi punto de vista individual, que cuanto más grande, más lujoso y más dólares había costado el establecimiento, menos a gusto se estaba en él. Sin embargo, bebí otra vez mi ponche de cerveza, mi julepe de menta, mi vino con nuez moscada y mi *cocktail*, con la mejor gana, a la salud de mi amigo el general y de mis amigos los comandantes, coroneles y paisanos todos, sabiendo perfectamente que, por muchas que fuesen las pequeñas pajas que mis ojos con vigas viesen en los de aquéllos, son gentes que pertenecen a un pueblo cariñoso, generoso, de gran corazón e ilustre.

Todo este recorrido lo había hecho en las últimas etapas a paso rápido, con objeto de ahuyentar de mi alma la soledad; pero al llegar a este punto me di por vencido definitivamente y abandoné el tema. ¿Qué hacer? ¿Qué iba a ser de mí? ¿En qué profundidades iba yo a hundirme sumisamente? ¿Y si, a imitación del barón Trenck, buscase yo un ratoncito o una araña y, una vez que los encontrase, entretuviese mi encarcelamiento amaestrándolos? Hasta eso podría resultar peligroso pensando en el futuro. Quizás avanzase tanto en ese empeño, que, cuando la carretera quedase libre de nieve y yo reanudase mi marcha, rompería a llorar y pediría, como aquel preso al que, siendo ya anciano, libertaron de la Bastilla, que me volviesen otra vez al cuarto de las cinco ventanas, diez cortinas y sinuosos dobleces.

Surgió en mi mente una idea desesperada, que habría rechazado en cualquier otra circunstancia, pero a la que, en el apuro en que me encontraba, me aferré con fuerza. ¿No sería yo capaz de dominar mi natural cortedad, que hasta entonces me había mantenido apartado de la mesa, del mesonero y de los comensales que allí pudiera yo encontrar, a fin de entablar relación bajo diversos pretextos con algunos de los huéspedes de la casa, uno a uno, y poder de ese modo conseguir que cada cual me contase o toda su autobiografía o un suceso o capítulo de la misma, para poder engañar así al tiempo perezoso? Primero, procurando sonsacar; después, escuchando, y, por último, recordando lo escuchado y poniéndolo por escrito. ¿No podría, me pregunté a mí mismo, dominar mi temperamento solitario y llevar a cabo ese proyecto? Podría. Lo haría. Lo hice[1].

El limpiabotas

¿Que a qué lugares había ido en sus tiempos?, repitió él cuando yo le formulé esa pregunta. ¡Santo Dios, había estado en todas partes! ¿Y qué había sido? ¡Había sido casi todo lo que se podía ser!

¿Que si había visto mucho? ¡Claro que sí! Si yo hubiese visto una vigésima parte de lo que se había atravesado en su camino, con seguridad, me dijo, que yo diría que había visto mucho. La verdad es que, en su opinión, le resultaría más fácil decir lo que no había visto que lo que había visto. ¡Vaya si había visto cosas!

Y entre todo lo que había tenido delante de sus ojos, ¿cuál era la cosa más curiosa? Bueno, eso no lo sabía él. De momento, le era imposible señalar la cosa más curiosa de cuantas había visto…, como no fuese un unicornio, que vio una vez en cierta feria. Pero ¿y si me contase el hecho de cierto caballerete que no había cumplido todavía los ocho años y que se fugó con una bella mujercita de siete? ¿Me parecería éste un principio curioso? ¡Desde luego que sí! Pues bien: por ahí empezaría, puesto que lo había visto con sus propios y benditos ojos y había limpiado los zapatos que llevaban cuando se fugaron…, zapatos que eran tan pequeños que no pudo meter su mano dentro de ellos.

El padre del señorito Enrique Walmers vivía en casa de los Elmses, allá por la colina de Schooter, a seis o siete millas de Lunnon. Era un caballero de buen humor, bien parecido, que caminaba con la cabeza muy erguida y tenía lo que podríamos llamar fogosidad. Hacía versos, era jinete, corredor, jugador de criquet, bailaba, representaba obras de teatro, y lo hacía todo con la misma perfección. Este caballero sentía un orgullo extraordinario del señorito Enrique, su hijo único; pero no lo echaba a perder tampoco con mimos. Era hombre que sabía mantenerse firme y mirar las cosas a su modo, cosa que todos tenían en cuenta. Por consiguiente, y aunque resultaba un verdadero camarada de aquel muchacho bello y despierto, y veía con gran satisfacción las aficiones del mismo a leer sus libros de cuentos maravillosos, y no se cansaba nunca de oírle decir que su nombre era Norval, ni de que cantase sus canciones infantiles, sabía, no obstante, mantener su autoridad sobre el muchacho, porque un chico es siempre un chico, y ¡ojalá que hubiese más hombres como él!

¿Cómo llegó el limpiabotas a enterarse de todo aquello? Pues veréis: porque era jardinero segundo. Como es natural, era imposible que, siendo jardinero segundo y yendo y viniendo durante el verano por la cespedera, debajo de las ventanas, segando, barriendo, escardando y podando, y esto y lo otro, no se enterase de todas las cosas de la familia. Esto aun sin contar con que el señorito Enrique no se hubiese acercado a él una mañana temprano, preguntándole:

—Cobbs, ¿de qué manera escribirías la palabra «Nora» si te lo preguntasen?

Y acto continuo empezó a grabarla en las tablas de la valla con letras de imprenta.

La verdad es que hasta entonces no se había fijado mucho en aquella pareja de niños; pero resultaba realmente hermoso ver a los dos muñecos pasearse juntos y profundamente enamorados. ¡Y qué valiente era el muchacho! Os digo que si, en uno de sus paseos, hubiesen topado con un león y la niña se hubiese llevado un susto, habría sido él capaz de tirar su sombrerito, arremangarse las mangas de la camisa y atacar a la fiera. En una ocasión se detiene, en compañía de la niña, donde el limpiabotas quitaba con el azadón las hierbas que había entre la grava, y dice en voz alta:

—Cobbs, te quiero.

—¿De veras, señor? Me enorgullece oírlo.

—Pues sí, Cobbs, te quiero. ¿Y sabes por qué te quiero, Cobbs?

—De veras, señorito Enrique, que lo ignoro.

—Pues porque Nora te quiere.

—¿De veras, señor? Eso es muy halagador.

—¿Halagador, dices, Cobbs? El ser querido por Nora vale más que millones de los más puros diamantes.

—Desde luego, señor.

—¿Es cierto que te marchas, Cobbs?

—Sí, señor.

—¿No te gustaría tener otra colocación, Cobbs?

—No pondría ningún inconveniente, con tal que fuese buena.

—Siendo así, Cobbs, serás nuestro jardinero principal cuando nos casemos.

Acto continuo pasa por el suyo el brazo de la niña, que llevaba una capa color azul celeste, y se alejan de allí.

El limpiabotas me aseguraba que era más agradable que un cuadro y tan bello como una obra de teatro el ver a los niños, con su cabellera larga, lustrosa y ensortijada, sus ojos centelleantes y su caminar ligero y esbelto, ir y venir por el jardín profundamente enamorados. El limpiabotas era de opinión de que los pájaros tomaban a los niños por pájaros y que jugueteaban con ellos, cantando para darles gusto. A veces se metían debajo de un tulipero y permanecían sentados, pasándose mutuamente un brazo por el cuello, con las suaves mejillas juntas, leyendo el cuento de *El príncipe y el dragón*, el de *Los encantadores buenos y malos* y el de *La bella hija del rey*. A veces les oía hacer proyectos de que tendrían una casa en el bosque con colmenas y una vaca, para vivir nada más que de leche y miel. En cierta ocasión tropecé con ellos junto al estanque y oí que el señorito Enrique decía:

—Nora adorable, bésame y dime que me quieres con locura, porque, de lo contrario, me tiraré de cabeza al agua.

El limpiabotas no ponía en duda que habría sido capaz de hacerlo. En resumen, el limpiabotas aseguraba que todo aquello parecía despertar en él mismo la sensación de que estaba enamorado, aunque no sabía exactamente de quién.

—Cobbs —dijo el señorito Enrique una tarde en que Cobbs estaba regando las

flores—, este verano, por San Juan, he de ir a visitar a mi abuela, que vive en York.

—¿De veras, señor? Deseo que lo paséis muy bien. También yo iré al Yorkshire cuando salga de esta casa.

—¿Vas a ver a tu abuela, Cobbs?

—No, señor; porque no la tengo.

—¿Que no tienes abuela, Cobbs?

—No, señor.

El muchacho se quedó unos momentos viendo cómo regaba las flores, y luego dijo:

—Me alegraré mucho de ir, Cobbs… También va Nora.

—Entonces, señor —dice Cobbs—, lo pasaréis muy bien teniendo a vuestro lado a vuestra preciosa novia.

—Cobbs —me dice el muchacho, sonrojándose—, yo no consiento nunca bromas a este propósito, cuando puedo evitarlas.

—No lo dije en broma, señor —contesta Cobbs con humildad—. No tuve tal intención.

—Me alegro, Cobbs, porque te quiero, como ya lo sabes, y porque vendrás a vivir con nosotros… ¡Cobbs!

—¿Qué decís, señor?

—¿Qué te figuras que me da mi abuela cuando voy a visitarla?

—No puedo ni imaginármelo, señor.

—Me da un billete de cinco libras del Banco de Inglaterra, Cobbs.

—¡Vaya! —dice Cobbs—. Ésa es una suma enorme de dinero, señorito Enrique.

—¿Verdad, Cobbs, que con esa cantidad puede una persona hacer muchas cosas?

—¡Ya lo creo que sí, señor!

—Cobbs —me dijo el muchacho—, te voy a confiar un secreto. En casa de Nora le han estado gastando bromas a propósito de mí, fingiendo reírse de nuestro compromiso matrimonial…, y tomarlo a chacota, Cobbs.

—Señor —dice Cobbs—, la depravación de la naturaleza humana llega a tales extremos.

El muchacho, exacta imagen en ese momento de su padre, se irguió durante algunos minutos, volviendo su rostro radiante hacia el sol que se ponía, y luego se despidió con un:

—Buenas noches, Cobbs. Voy a entrar en casa.

Le pregunté al limpiabotas por qué iba a dejar en aquel entonces su colocación; pero no supo contestarme con exactitud. Suponía que hubiera podido seguir en aquella casa hasta hoy mismo, si le hubiese parecido bien; pero que entonces era más joven y necesitaba cambiar. Eso es lo que él necesitaba: cambiar. Cuando le anunció sus propósitos de marcharse al señor Walmers, éste le dijo:

—Cobbs, ¿tenéis alguna queja? Os hago esta pregunta porque, si descubro que alguna persona de mi casa tiene verdaderamente motivo de queja, mi deseo es darle

satisfacción, si puedo.

—No, señor —dice Cobbs—; os doy las gracias, y os digo que me encuentro aquí tan a gusto como deseo estarlo en otro sitio. La verdad es que voy a probar fortuna, señor.

Él me contesta:

—¿De veras, Cobbs? Deseo que la tengáis buena.

El limpiabotas podía darme la seguridad de que aún no había encontrado la fortuna, y me la dio llevándose al pelo el descalzador, a manera de saludo apropiado a su oficio actual.

Pues bien: el limpiabotas se marchó de Los Olmos cuando venció el plazo, y el señorito Enrique marchó a York a casa de la anciana; esta señora anciana habría sido capaz de arrancarse los dientes (si los hubiera tenido) para dárselos al niño; tal era la pasión que sentía por él. ¿Y qué se le ocurre entonces a dicho infante (porque infante se le puede llamar sin exageración), sino fugarse de la casa de aquella anciana, en compañía de Nora, con el propósito de dirigirse a Gretna Green para casarse? Sí, señor; el limpiabotas estaba en esta mismísima Posada del Acebo (de la que se había marchado varias veces, pero a la que siempre volvía por un motivo u otro) una tarde de verano en que se detiene a la puerta un coche y bajan de él dos niños. El guarda de la diligencia le dice a nuestro amo:

—No comprendo bien lo que buscan estos niños; pero las palabras del caballerito fueron que lo trajese aquí.

El caballerito desciende del coche y da la mano a su dama para que baje a su vez; luego le da una propina al guarda, y le dice a nuestro amo:

—Queremos pasar aquí la noche. Necesitaremos cuarto de estar y dos dormitorios. ¡Sírvanos chuletas y budín de cerezas para dos!

Y pasa el brazo de la niña, que llevaba una capita de color azul celeste, por el suyo y entra en la casa con más aplomo que Fierabrás.

El limpiabotas deja a mi consideración el que me imagine cuál sería el asombro de cuantos estaban en el establecimiento al ver cómo aquellas dos criaturitas penetraron en el departamento pedido, asombro que fue mayor cuando él, que los había visto sin que lo viesen ellos, explicó al amo su opinión respecto al viaje aquel.

—Cobbs —le dice el amo—, siendo así, no tendré más remedio que marchar yo mismo a York para tranquilizar a sus amigos. De modo que vos no los perderéis de vista y les llevaréis la corriente hasta que yo regrese. Pero, antes de tomar estas medidas, Cobbs, desearía que averiguaseis por ellos mismos si estáis en lo cierto.

—Señor —dice Cobbs—, eso se hará en el acto.

Y el limpiabotas sube al departamento del piso superior y se encuentra al señorito Enrique sentado en un enorme sofá…, enorme en toda ocasión; pero, comparado con el niño, descomunal; estaba secándole las lágrimas a la señorita Nora con su pañuelo. Como es natural, sus pies no llegaban al suelo, y el limpiabotas no encontró frases para expresar lo pequeñísimos que parecían los niños.

—¡Es Cobbs! ¡Es Cobbs! —exclama el señorito Enrique, y corre hacia él y le coge la mano.

La señorita Nora corre también hacia él por el otro lado y se apodera de la otra mano suya, mientras ambos saltan de gozo.

—Os vi, señor, cuando salisteis del coche —dijo Cobbs—. Me pareció que erais vos, porque no podía equivocarme por vuestra estatura y vuestro rostro. ¿Qué objeto perseguís con este viaje?… ¿Matrimonial quizá?

—Cobbs, nos dirigimos a Gretna Green para casarnos —contestó el muchacho—. Nos hemos fugado con este objeto. Nora viene bastante abatida, Cobbs; pero se sentirá feliz ahora que sabemos que tú eres nuestro amigo.

—Gracias, señor, y gracias también a vos, señorita —dijo Cobbs—, por la buena opinión que tenéis de mí. ¿Habéis traído quizás algún equipaje, señor?

Si he de creer al limpiabotas, que me lo asegura bajo su palabra de honor, la dama llevaba una sombrilla, un botellín de sales, una rebanada y media de pan tostado con mantequilla, ocho bolitas de menta y un cepillo para el pelo…, probablemente de muñeca. El caballero llevaba una media docena de varas de cuerda fina, un cuchillo, tres o cuatro hojas de papel de cartas, doblado en tamaño pequeñísimo; una naranja y un cubilete de Chaney, en el que estaba inscrito su nombre.

—¿Cuáles son, señor, con exactitud vuestros proyectos? —dice Cobbs.

—Seguir adelante —contesta el muchacho (el valor de aquel chico era cosa de asombro)— por la mañana y que nos casen el mismo día.

—Perfectamente, señor —dice Cobbs—. ¿Entra, quizás, en vuestros cálculos el que yo os acompañe?

Cuando Cobbs les dijo aquello, los dos niños volvieron a saltar de gozo, exclamando:

—¡Sí, Cobbs, sí!

—Pues bien, señor —les dice Cobbs—: si me disculpáis que me tome la libertad de daros una opinión, he aquí lo que os recomendaría. Yo sé de un caballito que, enganchado a un faetón que yo podría pedir prestado, os llevaría a vos y a la señora Walmers (conduciendo yo, si os parece bien) hasta el fin de vuestro viaje en muy poco tiempo. No tengo completa seguridad, señor, de que este caballito esté libre mañana; pero aunque tuvieseis que esperar hasta pasado mañana a que pudiésemos disponer del mismo, valdría la pena. Por lo que respecta a la pequeña cantidad a que ascienda el gasto que hagáis aquí, no os preocupéis si acaso andáis corto de dinero; yo soy copropietario de este mesón y lo dejaríamos a pagar después.

El limpiabotas me asegura que los niños se pusieron entonces a palmotear, a saltar otra vez de alegría, y le llamaron «¡Buen Cobbs!» y «¡Cobbs querido!»; luego, en un acceso de felicidad de sus confiados corazones, acercaron sus cabezas y se besaron. Entonces Cobbs se creyó el más miserable de los canallas por engañar a aquellos niños.

—¿No deseáis nada de momento, señor? —dijo Cobbs, avergonzado mortalmente

de sí mismo.

El señorito Enrique se cruzó de brazos, adelantó un pie, miró a lo lejos y dijo:

—Querríamos, después de la comida, algunos pasteles, dos manzanas y mermelada. En la comida nos gustaría que nos sirviesen pan tostado y agua. Pero Nora está acostumbrada de siempre a beber medio vasito de vino de grosella con el postre. Y yo también.

—Lo ordenaré en el bar, señor —dijo Cobbs, y se retiró.

En el momento de contármelo se halla el limpiabotas poseído de un sentimiento tan vivo como el que tenía cuando ocurrió el hecho, de que habría preferido arreglar el asunto con el amo del mesón en media docena de asaltos de boxeo que haberse entendido con él para engañar a los niños; deseaba de todo corazón que hubiese en el mundo algún lugar absurdo en el que aquellos dos niños pudiesen contraer un imposible matrimonio y vivir de allí en adelante imposiblemente felices. Pero como esto no podía ser, entró en los proyectos del mesonero y éste se puso en camino de York en el plazo de media hora.

El limpiabotas encuentra extraordinario el cariño que todas las mujeres que había en el mesón, sin exceptuar a ninguna, casadas y solteras, tomaron al niño cuando supieron la historia. Tuvo que verse y desearse para evitar que fuesen corriendo a besar a Enrique. Se encaramaron a toda clase de alturas, a riesgo de matarse, con objeto de contemplarlo a través de un cristal. Para mirar por el ojo de la cerradura formaban de siete en fondo. Se volvieron como locas por el niño y por el coraje que demostraba.

Al anochecer se dirigió el limpiabotas a la habitación de la pareja para ver qué hacían los fugitivos. El caballero se hallaba en el asiento de junto a la ventana y tenía en sus brazos a la dama. Ésta había llorado y se encontraba muy fatigada y medio dormida, apoyando su cabeza en el hombro del muchacho.

—La señora Walmers está cansada, ¿verdad, señor? —dice Cobbs.

—Sí, Cobbs, está cansada; no tiene costumbre de ausentarse de su casa, y otra vez se ha sentido abatida. Dime, Cobbs: ¿sería posible que trajeses una torta de manzana?

—Perdón, señor. ¿Qué es lo que habéis dicho?

—Digo que quizá la reanimase una torta de manzanas de Norfolk, porque le gustan mucho.

El limpiabotas salió en busca de la golosina pedida, y, cuando la trajo, el caballero se la entregó a la dama, se la fue dando a comer con una cuchara y comió él un poco. La dama se hallaba bastante cargada de sueño y algo afligida. Cobbs le preguntó al niño:

—¿Qué os parece, señor, si os trajese una palmatoria con una vela para subir a vuestras habitaciones?

El caballero se mostró conforme. La doncella fue delante de ellos por la escalera principal; seguía la dama, con su capita azul celeste, del brazo de su gallardo caballero; éste la besó en la puerta de la habitación y se retiró a su propio dormitorio,

que el limpiabotas cerró suavemente con llave.

Al desayunarse la pareja (porque habían pedido de víspera que se les sirviese leche y agua endulzadas, pan tostado y jalea de grosella), el limpiabotas se sintió mucho más avergonzado todavía de su manera ruin de engañarlos cuando le preguntaron por el caballito. Verdaderamente que le resultaba intolerable (me lo confesó sin rebozo) mirar a los niños cara a cara y pensar en que él pudiese haber llegado a ser un embustero capaz de semejantes mentiras. Sin embargo, siguió mintiendo como un troyano acerca del caballito. Les dijo que, desgraciadamente, estaba a medio esquilar, y ya comprenderían que no podía ser sacado al aire libre en esa condición, porque quizá sufriesen con ello sus órganos interiores. Pero que acabarían de esquilarlo durante el día, y de esa manera podrían engancharlo al faetón a las ocho de la mañana siguiente. La opinión que tiene el limpiabotas ahora, mientras piensa en ello al hacerme su relato en mi cuarto, es que la señora Walmers empezaba a perder ánimos. Cuando se acostó, no la rizaron el cabello; tampoco parecía capaz de cepillárselo ella misma, y la incomodaba el que le cayese sobre los ojos. Pero no hubo nada capaz de abatir al señorito Enrique. Sentado delante de su tazón del desayuno, cortaba la jalea igual que lo habría hecho su propio padre.

Después del desayuno cree recordar el limpiabotas que los niños se pusieron a dibujar soldaditos; por lo menos, sabe que encontraron muchos de esos dibujos en la chimenea, y que todos estaban dibujados a caballo. En el transcurso de la mañana el señorito Enrique llamó con la campanilla (era realmente maravilloso cómo el muchacho conservaba su aplomo), y preguntó con viveza:

—Cobbs ¿no hay por estos alrededores algún paseo bueno?

—Sí, señor —le contesta Cobbs—. Tenemos el Sendero del Amor.

—Quítate de mi vista, Cobbs —ésa fue la frase que empleó el niño—. Eso es un chiste.

—Perdonad, señor —dice Cobbs—; el Sendero del Amor existe verdaderamente. Es un paseo encantador, y yo me sentiré muy orgulloso de mostrároslo a vos y a la señora Walmers.

—Querida Nora, esto es curioso —dijo el señorito Enrique—. Creo que deberíamos ir a conocer el Sendero del Amor. Ponte el sombrero, amor mío, y Cobbs nos llevará hasta allí.

El limpiabotas deja a mi buen juicio el que calcule si él se sentiría o no un perfecto malvado cuando la joven pareja le dijo, mientras iban caminando a la par, que tenían decidido darle dos mil guineas al año como salario de jardinero principal, teniendo en cuenta cuán leal amigo había sido para ellos. El limpiabotas hubiera deseado en aquel instante que se abriese la tierra y se lo tragase: ¡tan ruin se sentía viendo cómo lo miraban con ojos radiantes y cómo creían en él! Cambió de conversación como pudo, y se los llevó por el Sendero del Amor hasta la pradera cercana al río, donde el señorito Enrique estuvo a punto de ahogarse al querer arrancar un nenúfar para la niña, porque nada le arredraba. Por fin, quedaron rendidos

de cansancio. Era todo tan extraño para ellos, que se fatigaron cuanto podían fatigarse, y se tumbaron en un ribazo cubierto de margaritas, igual que los niños perdidos en el bosque, en este caso perdidos en los prados, y se quedaron dormidos.

El limpiabotas ignora (yo quizá lo sepa, aunque ni una ni otra cosa importa mucho) por qué era cosa de sacarle a un hombre de quicio el ver a los dos lindos niños tumbados en aquel día, claro, silencioso y asoleado, soñando mucho menos cuando estaban dormidos que lo que soñaban cuando estaban despiertos. Pero la verdad es que pensando en uno mismo, en la vida que uno ha llevado desde que estaba en la cuna, en lo poco que uno vale, en que, cuando no pensamos en el ayer, estamos preocupados por el mañana, sin vivir nunca en el hoy, tenía uno que volverse loco.

Pues bien: al fin se despertaron, y cada vez veía el limpiabotas con más claridad una cosa, a saber: que la señora Walmers vacilaba. Cuando el señorito Enrique le pasó el brazo por la cintura, ella dijo «que no la cansase tanto»; y cuando él le contestó: «Nora, amor mío, ¿es que tu Enrique te cansa?», ella le replicó: «Sí, y quiero irme a casa».

La señora Walmers se reanimó un poco después de comer pollo cocido y un budín de pan y manteca al horno; pero el limpiabotas hubiera querido (según me confiesa en secreto) que la niña se hubiese manifestado más sensible a la voz del amor y menos absorta en las grosellas. En cambio, el señorito Enrique seguía estando a la misma altura, y su noble corazón se mostraba tan enamorado como siempre. La señora Walmers empezó a quedarse amodorrada a eso del oscurecer y rompió a llorar. En vista de lo cual se acostó, igual que el día anterior; y el señorito Enrique repitió la escena.

A eso de las once o las doce de la noche regresó el mesonero en una silla de posta en compañía del señor Walmers y de una dama anciana. El señor Walmers parecía al mismo tiempo divertido y muy preocupado, y dijo a nuestra mesonera:

—Os estamos muy agradecidos, señora, por las atenciones que habéis tenido con nuestros niños, y que jamás podremos pagar debidamente. ¿Queréis decirme dónde está mi hijo?

La mesonera contesta:

—Ha sido Cobbs el que ha cuidado del querido niño. ¡Cobbs, condúcelos al cuarenta!

—Cobbs —dice entonces el padre—, me alegro mucho de veros. Ya sabía que estabais aquí.

Y Cobbs le contesta:

—Sí, señor; soy siempre vuestro servidor.

Quizá me haya sorprendido el oírle decir esto al limpiabotas; pero él me asegura que cuando subía por las escaleras le golpeaba el corazón igual que si fuese un martillo. Al abrir la puerta dijo al padre:

—Perdonad, señor; pero me alegraría de que no estuvieseis enojado con el

señorito Enrique, porque es un muchacho espléndido que os honrará y del que estaréis orgulloso.

El limpiabotas me da a entender que si el padre del espléndido muchacho le hubiese contradicho, dado el estado de ánimo audaz en que se encontraba en aquel instante, cree que lo habría agredido, cargando con las consecuencias.

Pero el señor Walmers se limitó a decir:

—No, Cobbs; no, amigo mío. Gracias.

Y al ver la puerta abierta, entró en el cuarto.

El limpiabotas entró también alumbrando con la vela; vio que el señor Walmers se acercaba a la cama, se inclinaba cariñosamente y ponía un beso en la carita dormida. Luego se quedó un instante contemplándola; las dos tienen un asombroso parecido, la suya y la del niño (cuentan que el padre se fugó con la que fue señora Walmers); finalmente, sacude con suavidad el hombro del pequeño.

—Enrique, querido Enrique.

El señorito Enrique se incorpora sobresaltado y le mira. Mira también a Cobbs. Es tan grande el sentimiento del honor que tiene aquel muñeco, que mira a Cobbs para ver si por culpa suya se encuentra éste en dificultades.

—No estoy enfadado, hijo mío. Lo único que quiero es que te vistas y que vengas conmigo a casa.

—Sí, papá.

El señorito Enrique se viste rápidamente. Cuando aún está a medio vestir empieza su pecho a dilatarse, y se dilata más y más cuando se ve al fin en pie y mirando a su padre, mientras éste le mira a él como su sereno retrato.

—Papá —¡qué energía la de aquel hombrecito, y de qué manera dominó su llanto, que pugnaba por estallar!—, por favor, querido papá…, ¿podría yo dar un beso a Nora antes de marchar?

—Puedes hacerlo, hijo mío.

Toma de la mano al señorito Enrique, y el limpiabotas va delante con la luz; llegan al otro dormitorio; la señora anciana se ha sentado junto a la cama, y la pobrecita señora Walmers está profundamente dormida. El padre levanta al niño hasta la almohada, y éste apoya un instante su carita junto a la carita tibia de la pobre e inconsciente niña y la atrae gentilmente hacia sí. Es un cuadro tan conmovedor para las doncellas que están curioseando por la abertura de la puerta, que una de ellas exclama:

—¡Es una vergüenza separarlos!

Pero, según me informa el limpiabotas, la que lo dijo fue siempre mujer de corazón muy sensible. Y con esto no quiso decir nada malo de aquella muchacha ni muchísimo menos.

Y eso es todo, según el limpiabotas. El señor Walmers se marchó en la silla de postas sin soltar la mano de Enrique. La señora anciana y la señora Walmers (apellido que no llevaría nunca, porque mucho después se casó con un capitán y murió en la

India), se marcharon al día siguiente. En resumidas cuentas: el limpiabotas acabó planteándome sus dos puntos de vista, por si yo participaba de ellos: primero, no son muchas las parejas de novios que van a casarse tan inocentes de toda maldad como aquellos dos niños; segundo, quizá resultase una verdadera bendición para muchísimas parejas de novios que van a casarse el que las detuviesen a tiempo en el camino y las volviesen a cada cual a su casa[2].

La cuenta

Cuando llegué a escribir la última palabra del relato anterior, terminándola con un bello rasgo final, como suelo hacer cuando termino todos mis escritos, apenas si podía creer que había permanecido una semana entera bloqueado por la nieve. Me había resultado el tiempo tan ligero, y el Acebo, tan desnudo al principio, me había dado tantas bayas maduras, que ni siquiera me habría dado cuenta de aquel hecho, a no ser por el documento de prueba que tenía encima de la mesa.

La carretera había quedado desembarazada de nieve el día anterior, y el documento en cuestión era la nota de gastos. Ésta daba elocuente testimonio de que yo había comido, bebido, me había calentado y había dormido bajo las ramas cobijadoras del Acebo siete días con sus noches.

El día anterior dejé que el estado de la carretera mejorase durante veinticuatro horas, porque yo necesitaba este margen adicional de tiempo para dar fin a mi tarea. Di orden de que me llevasen a la mesa la nota y de que estuviese dispuesta frente a la puerta una silla de postas, «a las ocho de la noche del día siguiente». Eran esas ocho de la noche del día siguiente cuando yo hebillé mi caja escritorio portátil en su estuche de cuero, pagué la cuenta y me abrigué con mi gabán y mi bufanda. Como es natural, ya no disponía de tiempo para seguir mi viaje hasta la granja en que vi por vez primera a Ángela, a fin de agregar una lágrima convertida en hielo a los carámbanos que sin duda colgaban en ella con abundancia. Lo que tenía que hacer era dirigirme a Liverpool por la carretera más corta que estuviese desembarazada de nieve para reunirme allí con mi equipaje pesado y embarcar. No era poco todo eso, y si quería hacerlo a tiempo, no podía perder ni una hora más.

Me había despedido de todos mis amigos de la Posada del Acebo (y, de momento, casi me había despedido también de mi cortedad). Llevaba un instante en pie en el umbral de la puerta del mesón, contemplando al caballerizo mientras éste daba otra vuelta más a la cuerda con que sujetaba mi maleta a la silla de postas; en ese instante vi que venían camino del Acebo unas luces. Ruedas no se oían, porque la carretera estaba como acolchada con la nieve; pero todos los que estábamos a la puerta del mesón vimos que se acercaban unas luces y que venían a buena velocidad por entre los dos muros que formaba la nieve que había sido amontonada a uno y otro lado de la carretera. La doncella adivinó en el acto de qué se trataba, y gritó al caballerizo:

—Tomás, éstos van a Gretna.

El caballerizo, sabiendo que el sexo femenino huele instintivamente las bodas y todo lo que se refiere con ellas, corrió al patio vociferando:

—¡Fuera los cuatro siguientes!

Toda la casa se puso en seguida en conmoción.

Yo sentía un interés melancólico en ver al hombre feliz que amaba y era amado;

por consiguiente, en lugar de hacer que mi coche se pusiese inmediatamente en marcha, permanecí en la puerta del mesón hasta que los fugitivos detuvieron el suyo enfrente. Saltó a tierra un individuo de mirada brillante, embozado en una capa, y lo hizo con tal ímpetu, que casi me atropelló. Se volvió para disculparse, y ¡por todos los santos!… ¡Era Edwin!

—¡Carlitos! —dijo, retrocediendo—. ¡Por Dios vivo! ¿Qué haces tú aquí?

—Edwin —dije yo retrocediendo—. ¡Por Dios vivo! ¿Qué haces tú aquí?

Y al decirlo me di una palmada en la frente y me sentí cegado por una insoportable llamarada de luz.

Edwin me llevó a toda prisa al saloncito (en el que ardía siempre un fuego lento y no había hurgón en la chimenea); este saloncito era donde los viajeros esperaban mientras se enganchaban los caballos; una vez dentro, cerró la puerta y exclamó:

—¡Carlitos, perdóname!

—Edwin —le contesté—, ¿está eso bien? ¡Amándola como yo la amaba con tal cariño! ¡Cuando mi corazón había hecho tal acopio de aquel amor!

No pude decir más. Al ver lo conmovido que yo estaba, Edwin experimentó una sorpresa desagradable e hizo la observación cruel de que jamás habría creído que yo lo tomase tan a pecho.

Lo miré. No le dirigí más censuras. Pero lo miré.

—Carlitos, mi querido Carlitos —dijo él—, no pienses mal de mí, te lo suplico. Sé de sobra que tienes derecho a conocer todos mis secretos, y, créeme, hasta ahora no tuve ninguno para ti. Odio los tapujos, que son cosa ruin e intolerable para mí; pero yo y mi querida muchacha guardamos el secreto por consideración a ti.

¡Él y su querida muchacha! Me quedé de una pieza.

—¿De modo que habéis guardado el secreto por consideración a mí? —dije, asombrado de que aquella cara que respiraba sinceridad pudiese disimular hasta tal punto.

—Sí; por consideración a ti y a Ángela —me contestó.

Sentí que el cuarto giraba a mi alrededor, tambaleándose, igual que una peonza cansada; me agarré con una mano a un sillón y dije:

—Explicaos, caballero.

—¡Mi querido Carlitos, mi viejo amigo! —replicó Edwin con sus maneras cordiales—. ¡Piénsalo bien! Cuando tus relaciones con Ángela marchaban tan viento en popa, ¿cómo iba yo a ponerte en un trance difícil con el padre, haciéndote sabedor de nuestro compromiso, y después que él rechazó mi petición de mano haciéndote sabedor del propósito secreto que abrigábamos? No cabe duda de que era mucho mejor que tú pudieses decidir honradamente: «Nunca se aconsejó de mí, nunca me lo dijo, nunca dejó escapar en presencia mía una palabra del asunto». No podía yo evitar que Ángela lo sospechase y que me ayudase y favoreciese hasta donde le era posible… ¡Bendita sea, y qué mujercita admirable es, y qué esposa inapreciable será! Sin embargo, ni yo ni Emelina la informamos, lo mismo que a ti, de nada. Y nos

guiamos por idéntica razón. Carlitos; créeme, pues, que lo hemos hecho por esa razón y por ninguna otra del mundo.

Emelina era prima de Ángela. Vivía en casa de ésta. Se había educado con ella. El padre de Ángela era tutor de Emelina y administraba sus bienes.

—Según eso, mi querido Edwin, Emelina está dentro del coche —exclamó, abrazándolo con el mayor afecto.

—Pero, hombre, ¿supones acaso que yo iba a ir a Gretna Green sin ella? —dijo Edwin.

Salimos corriendo, abrí la puerta de la silla de postas, abracé a Emelina y la estreché contra mi corazón. Iba envuelta en una piel blanca suave, que se parecía al panorama de nieve; pero era una mujercita tibia, joven y encantadora. Enganché yo mismo sus caballos guías, di a los novios sendos billetes de cinco libras, los aplaudí cuando arrancó su coche y arranqué a mi vez a toda la velocidad que me fue posible.

No fui a Liverpool, no fui a Norteamérica; me volví derecho a Londres y me casé con Ángela. Jamás le he descubierto a ella el rasgo secreto de mi carácter, ni mis recelos, ni el viaje equivocado a que ellos me llevaron. Cuando ella, ellos, nuestros ocho hijos y los siete suyos (me refiero a los de Edwin y Emelina, cuya hija mayor tiene ya años suficientes para llevar pieles blancas y para mostrar un gran parecido con su madre cuando las lleva) lleguen a leer estas páginas, y como es natural, las leerán, será difícil ya que den conmigo. No importa. No me arredra eso. Una casualidad nacida del ocio me llevó en la Posada del Acebo a asociar los días de las Navidades con un interés humano y también con cierta curiosidad y preocupación por las vidas de aquellas personas que me rodean. Creo que eso no me ha perjudicado nada y que tampoco ha perjudicado a nadie, esté cerca o lejos de mí. Y digo: ¡ojalá el verde Acebo florezca y hunda sus raíces profundamente en tierras inglesas, y ojalá los pájaros del cielo lleven por todo el mundo sus semillas germinadoras!

EL NAUFRAGIO DEL «MARÍA DE ORO»

***The Wreck of the Golden Mary**, 1856*

(Trabajo escrito en colaboración con Wilkie Collins, Adelaide Procter, Harriet Parr, Percy Fitzgerald y el Reverendo James White).

El naufragio

Cuando yo tenía doce años, hacía mi aprendizaje en el mar y tropecé con muchísimos temporales, tanto en el sentido literal como metafórico. Fui siempre de opinión, desde la hora en que pude tener opinión, de que el hombre que sólo sabe una cosa se siente tan aburrido como el que no sabe nada. Por eso, en el transcurso de mi vida, he aprendido todo cuanto he podido; aunque no soy hombre instruido, soy capaz, y lo digo satisfecho, de tomarme un interés comprensivo por muchísimas cosas.

Acaso al leer lo que antecede haya quien suponga que tengo la costumbre de discursear sobre mí. No es así. De la misma manera que si entrase en una habitación en la que hubiese personas extrañas, tendría que ser presentado o presentarme yo mismo, me he tomado la libertad de hacer estas breves observaciones, pura y simplemente para que se sepa quién soy y qué soy. Y ya sólo agregaré a este propósito que me llamo Guillermo Jorge Ravender, que nací en Penrith medio año después que mi padre muriese ahogado y que este segundo día de la actual y bendita semana de Navidad del año 1856 cumplo los cincuenta y seis años.

Cuando empezaron a correr por todas partes los volanderos rumores de que se había descubierto oro en California (cosa que ocurrió, como sabe muchísima gente, antes que se lo descubriese en la colonia británica de Australia), me hallaba yo en las Indias Occidentales dedicado al tráfico entre las islas. Como mandaba una magnífica goleta, de la que era además copropietario, tenía siempre tarea preparada, y la llevaba a cabo. Por eso, lo del oro en California no me interesó.

Pero cuando regresé a Inglaterra se me presentó la cosa tan clara como se os presentaría vuestra propia mano si os la pusieseis cerca de los ojos a la luz del mediodía. Había oro de California en los museos y en las joyerías; y la primera vez que fui a la Bolsa de Comercio me encontré con un amigo (marino como yo) que llevaba colgada de la cadena del reloj una pepita de oro de California. La tuve en mi mano. Se parecía a una nuez pelada, con sus gajos rotos aquí y allí de una manera desigual, y revestidos luego de un baño brillante. En mi vida había visto cosa como aquélla.

Soy un solterón (mi novia era demasiado buena para este mundo y para mí, y

falleció seis semanas antes del día señalado para nuestra boda); por eso, cuando estoy en tierra, vivo en mi casa de Poplar. Cuida de mi casa de Poplar y la tiene como los chorros del oro una mujer anciana que era doncella de mi madre antes que yo naciese. Es una mujer tan bella y recta como la anciana más pintiparada del mundo. Me quiere tanto como si sólo hubiese tenido un hijo en su vida y ese hijo fuese yo. Bien sé, cuando estoy navegando, que ninguna noche descansa su cabeza en la almohada sin antes decir:

—¡Señor misericordioso, bendice y protege a Guillermo Jorge Ravender y devuélvelo salvo a su casa por la gracia de Cristo Nuestro Salvador!

En más de un momento de peligro lo he recordado, y no me ha perjudicado ese recuerdo.

En compañía de esa mujer viví en mi casa de Poplar tranquilamente casi un año después de un largo período de navegar entre las islas y de haber cogido unas fiebres bastante malas (cosa muy rara en mí). Cuando ya me sentí fuerte y animoso, y después de haberme leído de un tirón cuantos libros cayeron en mis manos, me paseaba cierto día por Leadenhall Street, en la City de Londres, pensando otra vez en volver a las Indias Occidentales, cuando me encontré con los que yo llamo Smithick y Watersby, de Liverpool. Al levantar por casualidad mis ojos, que estaban contemplando un cronómetro de barco en un escaparate, vi que se me venía encima, de proa.

No me refiero aquí personalmente ni a Smithick ni a Watersby, ni conozco yo a persona que lleve estos nombres, ni me consta que haya habido en muchos años dos personas que los usasen en aquella casa de Liverpool. En realidad, me refiero a la casa misma, a su dueño; comerciante más entendido y caballero más auténtico no se me acercó jamás.

—Mi querido capitán Ravender —me dijo—, si hay persona en el mundo con la que yo quería encontrarme es con vos. Iba a vuestra casa.

—Es como si estuviese escrito que me habíais de encontrar, ¿no es cierto?

Y, sin más, pasé mi brazo por el suyo y nos fuimos paseando hacia la Bolsa de Comercio; una vez allí, nos paseamos arriba y abajo en su parte de atrás, donde está la Torre del Reloj. Estuvimos paseando más de una hora, porque eran muchas las cosas que tenía que decirme. Había él ideado un proyecto; que consistía en fletar un barco nuevo de su propiedad para tomar carga con destino a los mineros y emigrantes de California y comprar y transportar oro en el viaje de vuelta. No entraré en los detalles de aquel plan, ni tampoco tengo derecho a ello. Me limito a decir que era, sin duda, muy original, muy bien estudiado, muy sólido y lucrativo.

Me lo comunicó con tanta confianza como si yo formase parte de su persona. Y acto continuo me brindó la más espléndida participación de cuantas se me han hecho en un negocio, ni de chico ni de mayor (y creo que tampoco se le ha hecho ofrecimiento igual a ningún capitán de la marina mercante). Y lo terminó con este golpe final:

—Ravender, sabéis muy bien que en aquellas costas y en aquella región la ley tiene una fuerza tan relativa como las condiciones especiales en que allí se vive. Hay tripulaciones de barcos salidos de aquí que, en cuanto tocan tierra en California, desertan de sus puestos; hay tripulaciones de barcos que salen de allí para Inglaterra y que han sido contratadas con sueldos fabulosos, que se han embarcado con el decidido propósito de asesinar al capitán y apoderarse del cargamento de oro; nadie puede fiarse de nadie, y el diablo parece andar suelto. Pues bien: sabéis el concepto que tengo de vos, y sabéis qué no hago sino expresar ese concepto, sin ninguna exageración, cuando os digo que sois casi el único hombre en cuya integridad, discreción y energía… Etcétera, etcétera. No quiero repetir lo que dijo, aunque entonces lo oí, y ahora lo recuerdo con agrado.

A pesar de que, según he dicho ya, me sentía muy inclinado a viajar, no dejaba de abrigar algunas dudas sobre el viaje que se me proponía. Sabía, desde luego y sin que él me lo dijese, que éste se hallaba rodeado de dificultades y peligros característicos, muy superiores a los que presentaban todos los demás viajes. Nadie suponga que me arredraba el afrontarlos; pero, en opinión mía, para afrontar varonilmente los peligros, es indispensable que el hombre haya meditado bien sobre ellos, los conozca y pueda decirse a sí mismo: «Ninguno de esos peligros puede ya cogerme de sorpresa; cual: quiera de ellos que se presente, sabré cuál es la mejor manera de afrontarlo, y lo demás está en unas manos más altas y más grandes, y a ellas me someto…». Ésta ha sido la norma por la que me he guiado para estudiar atentamente (considerándolo como un deber) todos los riesgos en que he tenido que pensar acerca de los temporales, naufragios, incendios a bordo en alta mar y otros de tipo corriente, preparándome en cualquier caso para hacer todo lo que había que hacer y para salvar las vidas confiadas a mi custodia.

Viéndome pensativo, me propuso mi buen amigo que me pasease por allí cuanto quisiese y que más tarde comería con él en su club de Pall Mall. Acepté la invitación y seguí paseándome, como si estuviera en el alcázar del barco, durante dos buenas horas; miraba de cuando en cuando a la veleta, como hubiera podido mirar al horizonte; y de cuando en cuando echaba una ojeada a Cornhill como hubiera podido mirar por encima de la borda.

Durante la comida y durante toda la sobremesa volvimos a hablar de todos los detalles del negocio. Yo le di mi opinión acerca de su proyecto, y mis observaciones le parecieron bien. Le dije que estaba casi decidido, pero no del todo.

—Bien, bien —me dijo—; venid mañana conmigo a Liverpool y os enseñaré el barco *María de Oro*.

Me gustó el nombre (se llamaba María, y era de oro, si por oro se entiende lo bueno); de manera que di ya casi por cerrado el trato cuando le dije que iría a Liverpool. A la mañana siguiente estábamos los dos a bordo del *María de Oro*. Debí imaginarme, por el hecho de que él me invitase a ver el barco, cómo sería éste. Declaro que era la cosa más hermosa que han visto mis ojos.

Revisamos el barco madero a madero y volvimos a la pasarela para desembarcar; en ese instante le tendí la mano a mi amigo, diciéndole:

—Chocadla, y chocadla de corazón. Me hago cargo del mando de este barco y me pondré a su disposición y a la vuestra si consigo que venga de primer oficial Juan Steadiman.

Juan Steadiman había hecho conmigo cuatro viajes. En el primero, salió Juan para China de tercer piloto y volvió de segundo. En los otros tres viajes fue mi primer oficial. En la época del fletamento del *María de Oro* tenía treinta y dos años. Era un hombre activo, alegre, de ojos azules, muy bien plantado y de estatura más bien menos que mediana; nunca se le echaba en falta sin que estuviese a mano, y nunca estorbaba; tenía una cara que le ganaba las simpatías de todos, incluso de los niños, y tenía también la costumbre de ir y venir por el barco cantando alegremente igual que un mirlo y que un marinero perfecto.

Un instante después estábamos metidos en uno de los coches de alquiler de Liverpool, en el que anduvimos de un lado para otro durante más de tres horas en busca de Juan. Hacía apenas un mes que éste había vuelto a casa desde la Tierra de Van Diemen; según yo había oído decir, estaba retozando en Liverpool. Preguntamos por él, entre otros lugares, en dos de las pensiones en que más le agradaba hospedarse, y nos dijeron que había pasado una semana en cada una de ellas; pero que se había marchado primero aquí y luego allí, saliendo finalmente «para descansar en la verga del juanete mayor de la montaña más alta de Gales» (eso era lo que él había dicho en la casa); nadie, pues, supo decirnos dónde podía estar, ni cuándo regresaría. Pero fue cosa extraordinaria el ver cómo todos los rostros se iluminaban en cuanto se daba el nombre del señor Steadiman.

Quedamos abatidos con tan mala suerte, y ya habíamos hecho una virada y puesto la proa en busca de mis amigos, cuando, caminando por las calles, clavé de pronto mis ojos en la persona de Juan, que salía de una tienda de juguetes. Llevaba con él a un niño pequeño y acompañaba hasta su coche a dos señoras extraordinariamente hermosas; más adelante me contó que en su vida había visto a ninguna de aquellas tres personas, pero que les tomó tal simpatía al mirar al interior de la juguetería y ver que le estaban comprando al niño una destartalada arca de Noé, muy inclinada de proa, que entró y pidió a las señoras permiso para obsequiar al niño con un balandro que había en el escaparate y que estaba bastante aceptable, «y esto —les dijo—, para que un chico tan guapo no creciese con una idea tosca de la arquitectura naval».

Nos quedamos aparte hasta que el cochero de las señoras empezó a alejarse, y entonces llamamos a Juan. Cuando nos abordó, le dije con mucha seriedad lo mismo que había dicho ya a mi amigo. Le di, según él me dijo, en el centro mismo del casco. Aquel golpe lo hizo tambalear. Las palabras de Juan Steadiman fueron éstas:

—Capitán Ravender, el que tengáis semejante opinión de mí es un elogio auténtico, y navegaré con vos alrededor del mundo por espacio de veinte años en cuanto icéis bandera, y me mantendré a vuestro lado para siempre.

Ahora sí que tuve yo la sensación de que el negocio estaba hecho y que el *María de Oro* estaba a flote.

Smithick y Watersby eran hombres debajo de cuyos pies no crecía la hierba. Antes de quince días estaban fuera de aquel barco los aparejadores, y nosotros habíamos empezado a tomar carga. Juan estaba siempre a bordo, viendo estibar todo con sus propios ojos; siempre que yo iba al barco, fuese temprano o tarde, estuviese él en la bodega, o sobre cubierta en la escotilla, o arreglando su camarote con grabados de las Rosas Coloradas de Inglaterra, de las Hermosas Puritanas de Escocia o de la Irlandesa del Trébol blanco, era seguro que yo había de oírle cantar igual que un mirlo.

Teníamos espacio para veinte pasajeros, y en cuanto publicamos el anuncio de nuestro viaje, nos encontramos con peticiones de pasaje para veinte veces esa cifra. Al elegir la tripulación, Juan y yo, de consuno, hicimos el apartado y no contratamos sino buenos marineros…, todo lo mejor que pudimos encontrar en aquel puerto. Y de ese modo en un buen barco de la más sólida construcción, propiedad de buenos armadores, bien equipado, con buena oficialidad, con buena tripulación, bueno, en fin, en todos los aspectos, nos despedimos del práctico a las cuatro y cuarto de la tarde del siete de marzo de mil ochocientos cincuenta y uno y nos hicimos a la mar con viento favorable.

No hará falta que diga que yo no había tenido hasta entonces tiempo disponible para trabar relaciones íntimas con mis pasajeros. La mayoría de ellos se encontraban acostados en sus literas y mareados; sin embargo, cuando fui visitándolos, aconsejándoles lo que más les convenía, convenciéndolos de que era preferible que subiesen a cubierta para que les diese la brisa y levantando sus ánimos con una broma o con una palabra de consuelo, fui conociéndolos desde el primer momento de una manera quizá más amistosa e íntima que si hubiese esperado a relacionarme con ellos en la mesa del comedor.

De momento, sólo quiero detallar de entre mis pasajeros a una mujer joven, lozana y de brillante mirada, que iba a reunirse con su marido en California, y que llevaba con ella a su única hija, niña de tres años, a la que el padre no conocía todavía; a otra mujer joven y tranquila, vestida de luto, unos cinco años más vieja que la anterior (yo le calcularía unos treinta años), que marchaba a reunirse con su hermano, y a un caballero anciano, que se habría parecido mucho a un halcón si no hubiese tenido los ojos tan enfermos y colorados; este caballero no hacía sino hablar por la mañana, al mediodía y a la noche, de los hallazgos de minas de oro. Pero sólo él sabía si el viaje aquel lo hacía pensando en cavar la tierra con sus viejos brazos en busca de oro, si sus cálculos eran comprarlo, traficar con ese metal, obtenerlo con trampas o arrebatárselo de cualquier manera a los demás. El únicamente sabía su secreto.

Estas tres personas y la niña fueron las primeras en recobrarse del mareo. La niña era encantadora y me tomó afecto, aunque no tengo más remedio que confesar que al

escribir en sus libritos los nombres de Juan Steadiman y el mío, figurábamos él como capitán y yo como primer oficial.

Era un espectáculo hermoso el verla con Juan, y daba gloria ver a Juan con ella. Pocas personas de las que veían a Juan jugando con la niña al escondite alrededor del mástil habrían creído posible que fuese el mismo hombre que en cierta ocasión empuñó una barra de hierro y mató con ella a un malayo y un maltés en el momento en que éstos se deslizaban con el cuchillo en la mano por las escaleras del camarote, a bordo de la barca *Vieja Inglaterra* (estando el capitán enfermo en su litera), frente al cabo Saugar. Y, sin embargo, era el mismo. Era capaz de repetir la hazaña con media docena de individuos como aquéllos, si se viese de espaldas a la amurada. La joven se llamaba señora de Atherfield; la mujer enlutada era la señorita Coleshaw, y el nombre del caballero anciano era el de Rarx.

Como la niña tenía una gran cantidad de brillantes cabellos rubios ensortijados formando marco a su cara, y como su nombre era Lucía, Steadiman la bautizó Lucía de Oro. Teníamos, pues, la Lucía de Oro y la *María de Oro*. Juan repetía tantas veces esta idea cuando él y la niña jugaban sobre cubierta, que yo creo que esta última llegó a pensar que el barco era un ser vivo, una hermana o compañera suya, que se dirigía al mismo lugar que ella. Le gustaba estar cerca del timón, y muchas veces, cuando hacía buen tiempo, he permanecido yo en pie junto al timonel sólo por oír hablar a la niña, que, sentada cerca de mis pies, mantenía conversación con el barco. Me imagino que no ha habido jamás una niña que jugase con una muñeca semejante; y, sin embargo, ella había convertido al *María de Oro* en una muñeca, y tenía la costumbre de vestirla atando cintajos y otros pequeños aderezos elegantes a las cabillas, y nadie tocaba esos adornos, si no era para evitar que se los llevase el viento.

Como es natural, tomé bajo mi protección a las dos mujeres jóvenes, y les daba el tratamiento de «querida mía», cosa a la que no ponían reparo, sabiendo que obraba así movido de un espíritu paternal y protector. En la mesa les señalé los lugares junto al mío, colocando a la señora Atherfield a mi derecha y a la señorita Coleshaw a mi izquierda; pedí a la soltera que nos sirviese ella el desayuno, y a la casada, que nos sirviese el té. De igual modo le dije a mi mayordomo negro en presencia de las dos:

—Tomás Snow, estas dos señoras son igualmente las dueñas de esta casa y vos debéis obedecer sus órdenes por igual.

Tomás, al oírlo, se echó a reír, y todos se rieron también.

En cuanto al señor Rarx, no daba gusto mirarle, ni hablarle, ni estar en su compañía; no había modo de evitar que cualquiera echase de ver que se trataba de una persona de carácter sórdido y egoísta y de que con los años no había hecho sino ladearse cada vez más de la línea recta. No es que su comportamiento con nosotros no fuese de lo mejor que podía ser, igual que el de todos los demás; porque allí no había disputas, ni en la parte de proa ni en la parte de popa. Sólo quiero decir que no era el hombre que uno habría elegido para compañero de mesa. De haber tenido que decidir en ese sentido, es muy posible que uno hubiese torcido el rumbo, saliéndose

algunos puntos de la propia ruta, para decir: «¡No; ése, no!».

Pero había en la conducta del señor Rarx una curiosa contradicción, y es el asombroso interés que le inspiraba la niña. A juzgar por su aspecto y maneras, parecía, y yo podría agregar que era, en efecto, el hombre de quien menos se podía esperar que se tomase interés por un niño ni por ningún ser humano. Sin embargo, llegó hasta vivir en la inquietud cuando la niña permanecía mucho tiempo sobre cubierta, lejos de su mirada. Siempre estaba con miedo de que se cayese por la borda, o por una escotilla, o de que, al maniobrar el barco, le cayese encima un motón, o cualquier otro objeto de los aparejos, o cuando no, que se lastimase de un modo u otro. Solía mirarla y palparla igual que si se tratase de un objeto precioso para él. Se preocupaba en todo momento de la salud de la niña y suplicaba a todas horas a la madre que tuviese mucho cuidado con ella. Lo más curioso del caso era que la niña no le quería, que solía apartarse de él para que no la tocase, y que, sólo a fuerza de mimos de otras personas, se conseguía que le diese la mano. Creo que todos cuantos estábamos a bordo hicimos más de una vez esta observación y que ninguno lo entendíamos. Sin embargo, el hecho era evidente, y Juan Steadiman dijo más de una vez, cuando el señor Rarx no podía oírle, que si la *María de Oro* sentía alguna ternura hacia el buen anciano que llevaba en su regazo, por fuerza había de sentir amargos celos de la Lucía de Oro.

Antes de seguir adelante con mi narración quiero decir que nuestro buque era una barca de trescientas toneladas, con una tripulación de dieciocho hombres, un segundo oficial, además de Juan; un carpintero, un armero o herrero y dos aprendices (uno de ellos era un pobre muchachito escocés). Disponíamos de tres botes: el bote grande, capaz para veinticinco hombres; la escampavía, capaz de llevar quince, y el bote de marejada, en el que cabían diez. Yo registré la capacidad de aquellos botes de acuerdo con el número de personas que realmente cabían en ellos.

Como es natural, tuvimos nuestros momentos de mal tiempo y de vientos de proa; pero en conjunto navegamos durante sesenta días todo lo bien que podía esperar una persona razonable. Pasado ese tiempo empecé a anotar en mi *Diario* y en el cuaderno de bitácora del buque dos observaciones: primera, que encontrábamos una cantidad extraordinaria y asombrosa de témpanos; segunda, que las noches eran también extraordinariamente lóbregas, a pesar de los hielos.

Durante cinco días y medio, nos pareció completamente inútil y sin objeto el variar la ruta del barco para salir del espacio ocupado por los témpanos. Yo rumbeaba cuanto podía hacia el Sur; pero llegó un momento en que nos vimos cercados por el hielo. La señora Atherfield, que se hallaba sobre cubierta cerca de mí, contemplando durante algún tiempo con expresión de temor los grandes témpanos que nos rodeaban, dijo cuchicheando:

—¡Oh capitán Ravender! Parece como si la tierra firme se hubiese convertido en hielo y se hubiese hecho pedazos. Yo le contesté, riendo:

—No me sorprende, querida mía, que lo parezca a vuestros ojos inexpertos.

Pero la verdad era que yo no había visto hasta entonces ni una vigésima parte de aquella cantidad, y que, para ser sincero, pensaba aproxi*madame*nte lo mismo que ella.

Sin embargo, a las dos de la tarde del sexto día; es decir, cuando llevábamos sesenta y seis días de navegación, Juan Steadiman, que había subido a la cofa, gritó desde allí que el mar estaba limpio por la parte de proa. Antes de las cuatro se levantó una fuerte brisa de popa, y para la hora del crepúsculo nos vimos en aguas abiertas. Entonces la brisa refrescó hasta convertirse en un ventarrón, y como el *María de Oro* era barco muy marinero, marchamos durante toda la noche empujados alegremente por el viento.

Yo pensaba que era imposible tener una noche tan lóbrega mientras el sol, la luna y las estrellas no desapareciesen del firmamento y dejase de existir el tiempo; pero la lobreguez anterior parecía casi una luz, comparada con la que se nos echó encima. Era tan profunda la oscuridad, que resultaba doloroso y deprimente el querer penetrarla con la mirada; era como el mirar, sin un solo rayo de luz, a un vendaje negro y apretado que nos pusiesen todo lo cerca de los ojos que era posible poner sin tocarlos. Yo puse dobles vigías, y permanecí con Juan en la proa, juntos los dos, sin abandonar aquel lugar en toda la noche. Sin embargo, para saber que lo tenía a mi lado cuando él callaba, era preciso que extendiese yo el brazo y lo tocase; estaba tan ajeno a su proximidad como si él estuviese profundamente dormido en su camarote. Más que mirar, lo que hacíamos todos nosotros era escuchar con los ojos y los oídos en su máxima tensión.

A la mañana siguiente observé que el mercurio del barómetro, que había subido con firmeza desde que salimos del campo de témpanos, permanecía sin subir ni bajar. Salvo uno o dos días, yo había realizado muy buenas observaciones diarias desde nuestra salida; tomé al mediodía la altura solar, y comprobé que estábamos a los 58 grados de latitud Sur, y a los 60 grados de longitud Oeste, frente a las costas de Nueva Zelanda del Sur; es decir, en las proximidades del cabo de Hornos. Aquel día era el sesenta y siete de nuestra navegación. Se hizo con todo cuidado el cálculo de la estima del rumbo. El barco se comportaba admirablemente, todos los que llevábamos a bordo de la tripulación eran todo lo expertos, eficaces y animosos que se puede pedir.

Se presentó otra noche tan lóbrega como las anteriores, y era la octava que yo permanecía sobre cubierta. Durante el día sólo había dormido muy poco rato, permaneciendo casi siempre junto al timón, y muchas veces haciéndome cargo del mismo cuando cruzábamos los campos de hielo. Pocos serán, fuera de los que han pasado por ese trance, los que sean capaces de imaginarse la dificultad y el dolor que produce el mantener los ojos abiertos (físicamente abiertos) en tales circunstancias y en semejante oscuridad. Ésta los hiere y los ciega. Se ven dibujos y relámpagos en medio de la lobreguez, igual que si los ojos se os hubiesen salido de las órbitas para volverse a miraros. Durante el turno de medianoche, Juan Steadiman, que se

encontraba fresco y despierto (porque yo le había obligado siempre a descansar de día), me dijo:

—Capitán Ravender, os ruego que vayáis a descansar a vuestro camarote. Casi no podéis teneros en pie y vuestra voz es cada vez más débil, señor. Id al camarote y descansad un poco. Ya os llamaré si oigo chirriar alguna garrucha.

Yo le contesté:

—¡Bien, bien, Juan! Esperemos hasta el turno de la una y luego hablaremos de ello.

Hacía un instante que yo había mandado que me alumbrasen con una de las linternas del barco, para saber qué hora de la noche era por mi reloj, y vi que eran las doce y veinte minutos.

Cinco minutos antes de la una, gritó Juan al muchacho que trajese otra vez la linterna; cuando le dije qué hora era, me suplicó e instó a que me fuese al camarote, diciéndome:

—Capitán Ravender, no hay novedad; no podemos consentir que permanezcáis en vela ni una sola hora más; y os ruego respetuosa, pero enérgicamente, que bajéis a vuestro camarote.

El final de aquello fue que yo me conformé, quedando entendido que, si no subía espontáneamente a la cubierta antes de tres horas, deberían llamarme sin falta. Una vez hecho este arreglo, lo dejé todo a cargo de Juan, pero más tarde lo llamé para hacerle una pregunta. Yo había ido a mirar el barómetro, y había visto que el mercurio seguía exactamente en la misma situación; subí por la escalera de la cámara para echar un último vistazo a todo (si es que se puede emplear esta frase refiriéndose a una oscuridad como aquélla); saqué la impresión de que, al romper y partir en dos el oleaje la proa del *María de Oro*, sonaba como a hueco; esto me sorprendió como cosa bastante fuera de lo corriente. Fue entonces cuando, en pie junto al antepecho del alcázar en el lado de estribor, hice que viniese Juan y le pedí que escuchase. Lo hizo con la mayor atención. Se volvió hacia mí y me dijo:

—Tranquilizaos, capitán Revender, lleváis demasiado tiempo sin descansar, y la novedad que observáis es únicamente obra de vuestros oídos.

Eso fue también lo que me pareció entonces, y también me lo parece ahora, aunque no pueda en este mundo tener la certeza absoluta de si era o no cierto.

Cuando dejé todo a cargo de Juan Steadiman, el barco seguía avanzando a gran velocidad por el agua. El viento soplaba siempre de popa. Aunque el barco avanzaba mucho, iba con las velas orzadas y no llevaba más lona que la que podía soportar fácilmente. Todo marchaba como la seda y nada se resentía. Reinaba una ligera marejadilla, pero ni las olas eran altas ni revueltas.

Me retiré a descansar, listo para todo, según decimos los marinos. Esto quiere decir que no me quité la ropa…, ni siquiera el capote, aunque me descalcé, porque tenía los pies hinchados de tanto estar sobre cubierta. Había en mi camarote una lamparita colgante encendida. Al mirarla antes de cerrar los ojos, pensé que estaba yo

tan fatigado de la oscuridad, y tan inquieto de tanta negrura, que habría sido capaz de dormirme aún mejor en medio de un millón de mecheros de gas llameantes. Fue lo último que pensé antes de caer dormido, fuera de que me dominaba por encima de todo el pensamiento de que no iba a poder conciliar el sueño.

Soñé que me veía otra vez de regreso en Penrith, y que intentaba dar la vuelta a la iglesia, ésta había cambiado mucho de forma desde la última vez que la había visto, y estaba partida de un modo muy extraño de la mitad abajo del campanario. Yo no sé por qué me empeñaba en dar la vuelta a la iglesia; pero lo cierto es que ponía en ello el mismo empeño que si me fuese la vida en llevarlo a cabo. Realmente, creo que era así en mi pesadilla. Pero, por más que hacía, me era imposible darla. Seguía yo en mis intentos, cuando, de pronto, choqué con la iglesia de un modo violento y me vi lanzado de mi litera contra el costado del buque. Pero mucho más que el golpe de la madera me hirió el terrible coro de alaridos y de gritos desesperados; entre el estrépito de materiales que se rompían y estallaban, y el golpear y precipitarse de una pesada corriente de agua (sonidos todos que yo sabía muy bien lo que significaban), me abrí camino por la cubierta. No era esto cosa fácil, porque el barco escoraba de una manera espantosa y voltejeaba de modo furioso.

Al dirigirme hacia la proa no podía ver a los hombres de la tripulación, pero les oía recoger velas desordenadamente. Yo llevaba en la mano mi bocina, y después de darles órdenes y animarlos en aquella tarea hasta que estuvo acabada, llamé primero a Juan Steadiman, y después a mi segundo oficial, Guillermo Rames. Ambos respondieron con voz clara y firme.

Pues bien: yo los había ejercitado a ellos, y a toda mi tripulación (según acostumbro con todos los que navegan conmigo), a que, en momentos de una crisis inesperada, ocupase cada cual determinado puesto y aguardase mis órdenes. Al ver que todo el mundo escuchaba mis voces de mando, y que yo oía las suyas cuando me contestaban, comprendí, entre todos los ruidos del barco y del mar, y todos los llantos de los pasajeros en los camarotes, que íbamos a disponer de algún tiempo.

—¿Estáis listo, Rames?

—¡Lo estoy, señor!

—Entonces, enciende, por amor de Dios.

Un instante después, él y otro hombre tenían encendidas luces azules, y tanto el barco como todo lo que había a bordo parecía estar encerrado en una neblina de luz, bajo una inmensa cúpula negra.

La luz brillaba a tanta altura, que pude ver el inmenso témpano con el que habíamos chocado, hendido en lo alto y de mitad para abajo exactamente como la iglesia de Penrith de mis sueños. En el mismo momento vi los hombres del último relevo que corrían de un lado al otro por la cubierta; vi cómo la señora Atherfield y la señorita Coleshaw eran zarandeadas por el movimiento del barco en lo alto de la escalera de cámara, cuando se esforzaban por sacar del interior a la niña; vi que los mástiles iban a ceder por efecto del choque y del golpear del barco; vi la horrenda

brecha abierta en el lado de estribor, que abarcaba la mitad de la largura del buque, y que el casco y las cuadernas estallaban; vi que la escampavía se hallaba inutilizada y convertida en un montón de maderas destrozadas; y vi que todos los ojos se hallaban fijos en mí. Creo que si hubiesen sido diez mil los ojos que me miraban, habría sido capaz de verlos a todos con la expresión distinta que cada uno de ellos tenía. Y todo en un instante. Pero meditad en qué instante era aquél.

Vi que los hombres de la tripulación, sin dejar de mirarme, se colocaron cada cual en el puesto que tenía señalado, como hombres buenos y leales. Si el barco no se hubiese enderezado, muy poco hubieran podido hacer allí ni en ninguna parte, como no fuese morir (y con esto no quiero decir que sea poca cosa para un hombre el morir en su puesto), sino que era poco lo que habrían podido hacer para salvar a los pasajeros y para salvarse ellos. Por suerte, la violencia del golpe con que de manera tan brusca fuimos a dar contra el témpano fatal, igual que si hubiese sido nuestro punto de destino y no el de nuestra ruina, batió y aplastó de tal manera a nuestro barco que en el mismo instante se apartó y se enderezó. No necesité que el carpintero me dijese que el barco se estaba llenando de agua y hundiéndose; lo veía y lo oía. Di a Rames la orden de echar al agua el bote grande y el bote de marejada, y yo mismo envié a los hombres cada cual a su obligación. Ninguno de ellos se quedó atrás ni se adelantó a su compañero. Entonces dije en voz baja a Juan Steadiman:

—Juan, yo me quedaré en la pasarela hasta que vea a todo el mundo a salvo. Vos ocuparéis el puesto de honor siguiente y seréis el penúltimo en abandonar el barco. Haced subir a los pasajeros y ponedlos en fila detrás de mí; llevad, además, a los botes toda la cantidad de provisiones y de agua que sea posible. Virad a proa, Juan, y veréis que no tenemos un instante que perder.

Mis nobles compañeros bajaron los botes al agua con más orden y tranquilidad que lo que yo he visto hacer con cualquier clase de mar; cuando los hubieron lanzado al agua, dos o tres hombres que estaban más próximos, sujetándose al barco y subiendo y bajando con el empuje de las aguas, gritaron, dirigiéndose a mí:

—Capitán Ravender, si nos sucede algo malo y lográis salvarnos, acordaos de que permanecimos a vuestro lado hasta el fin.

—Todos permaneceremos, si Dios quiere, unos junto a otros una vez en tierra, muchachos —les dije yo—. Manteneos valerosamente y sed cariñosos con las mujeres.

Las mujeres nos dieron el ejemplo. Temblaban mucho, pero se mantuvieron serenas y calladas.

—Capitán Ravender —dijo la señora Atherfield—, besadme y que Dios os bendiga en el cielo, hombre de corazón.

—Querida mía —le dije—, esas palabras son para mí más consoladoras que un bote salvavidas.

Mantuve en mis brazos a la niña hasta que ella estuvo en el bote, y luego la besé y se la entregué salva a la madre. Entonces dije a los que estaban ya en el bote:

—Muchachos, vosotros tenéis ya vuestra carga, falto yo, pero no iré todavía, apartad el bote del barco y manteneos a alguna distancia.

Aquél era el bote grande. Uno de los que iban en él era el anciano señor Rarx, que fue el único pasajero que se comportó malamente desde que ocurrió el choque. Algunos dieron muestras de un poco de excitación, cosa que no era de extrañar y que tampoco era muy censurable; pero él empezó a lamentarse y a alborotar de una manera que resultaba peligrosa para los demás que le oían, porque la cobardía y el egoísmo son siempre contagiosos. Su grito incesante era el de que no consentiría que lo separasen de la niña, que no veía por parte alguna a la niña y que él y la niña tenían que ir juntos. Llegó incluso a pretender quitarme de los brazos a la criatura, empeñado en guardarla en los suyos. Cuando llegó a este punto le dije:

—Señor Rarx, tengo en el bolsillo una pistola cargada; si no os apartáis de la pasarela y permanecéis completamente tranquilo, os meteré un balazo en el corazón, si es que lo tenéis.

Él me contestó:

—Capitán Ravender, vos no cometeréis un asesinato.

—No, caballero, no asesinaré a cuarenta y cuatro personas por daros gusto a vos, pero os pegaré un balazo para salvarlas.

Después de esto permaneció tranquilo, temblando y un poco apartado, hasta que grité su nombre para que transbordase.

Una vez que se apartó el bote grande, el de marejada no tardó en verse lleno. Sólo quedábamos a bordo del *María de Oro* Juan Mullion, el hombre que se había encargado de mantener encendidas las luces azules (y que había ido encendiendo una con la llama de la anterior antes que ésta se apagase, con la misma tranquilidad que si hubiera estado en una iluminación), Juan Steadiman y yo. Hice embarcar apresuradamente a estos dos últimos en el bote de marejada, les grité que lo apartasen y esperé con el corazón agradecido y aliviado a que volviese el barco grande a recogerme si podía. Miré mi reloj, y a la luz que aún ardía, vi que eran las dos y diez minutos. Los del bote largo no perdieron tiempo; en cuanto estuvo lo bastante cerca, salté a él y grité a los hombres:

—¡Con toda el alma, muchachos, que el barco se tambalea!

No estábamos a una pulgada más allá de los bordes del remolino interior que formó al hundirse, cuando, a la luz azul que Juan Mullion mantenía encendida en la proa del bote de marejada, vimos que el buque cabeceaba y se hundía en el mar verticalmente de proa. La niña gritó, llorando desconsoladamente:

—¡Oh *María de Oro*! ¡Miradla! ¡Salvadla! ¡Salvad a la pobre *María de Oro*!

Luego acabó de agotarse la luz y pareció que la negra cúpula se desplomaba sobre nosotros.

Yo supongo que, si hubiéramos estado en pie en la cima de una montaña y hubiésemos visto hundirse todo el resto del mundo a nuestro alrededor, no habríamos sentido un dolor y una soledad mayores que las que experimentamos cuando nos

dimos cuenta de que nos encontrábamos solos en el ancho Océano y que el hermoso barco en el que casi todos nosotros dormíamos tranquilamente aún no hacía media hora había desaparecido para siempre. En nuestro bote reinaba un terrible silencio, y los remeros y el timonel se hallaban acometidos de una especie de perlesía tal, que yo me daba cuenta de que a duras penas conseguían mantenerlo frente al mar. Entonces les hablé de este modo:

—¡Que todos los aquí presentes den gracias a Dios por habernos salvado!

Todos, hasta la niña, contestaron a una:

—¡Gracias sean dadas a Dios!

Entonces recé el padrenuestro, y toda la tripulación lo repitió con un murmullo solemne. Después de esto, lancé el grito de «¡Alegremente, marineros, alegremente!». Y pude comprobar que desde aquel instante manejaban el bote como lo manejan los buenos marineros.

El bote de marejada encendió entonces otra bengala azul para indicarnos su posición; nos dirigimos hacia él y nos colocamos tan cerca de su costado como juzgamos prudente. Nos arreglamos, con mucho trabajo y dificultad, para acercarnos un bote a otro lo suficiente para dividir entre nosotros las bengalas (aunque de nada sirvieron después de aquella noche, porque el agua del mar las echó a perder) y para lanzar de un bote al otro una cuerda de remolque. Permanecimos juntos durante toda la noche, aunque a veces tuvimos que soltar la cuerda de remolque, recogiéndola otra vez, quedando todos abrumados de fatiga y deseando que amaneciese…; pero la noche se alargaba de tal manera que el anciano señor Rarx se puso a gritar, no obstante el miedo que yo le inspiraba:

—¡El mundo está próximo a su fin, y el sol no volverá a levantarse nunca más!

Cuando alboreó el día, vi que estábamos todos amontonados de una manera lamentable. La lancha tenía hundida en el agua una gran parte de su quilla, porque, según pude ver al hacer un recuento, éramos treinta y una personas; es decir, seis más de la cuenta. En la lancha de marejada iban catorce en total, de modo que llevaban por lo menos un exceso de cuatro. La primera cosa que hice fue pasar yo al timón (del que me encargué de allí en adelante) y hacer que la señora Atherfield, su niña y la señorita Coleshaw fuesen a sentarse cerca de mí. En cuanto al anciano señor Rarx, hice que pasase a la proa, todo lo más lejos de nosotros que fue posible. Coloqué cerca de mí a algunos de los tripulantes mejores, para que si yo caía rendido de fatiga hubiese siempre un hombre hábil dispuesto a hacerse cargo del timón.

Conforme se fue levantando el sol se fue también calmando el mar, aunque el cielo estaba nuboso y movido; hablamos a los del otro bote, para saber qué comida y bebida llevaban, a fin de transbordarles de nuestros propios aprovisionamientos. Yo llevaba en mis bolsillos una brújula, un pequeño telescopio, una pistola de dos cañones, un cuchillo, cerillas y un encendedor. Casi todos mis hombres disponían de cuchillos, y algunos llevaban cierta provisión de tabaco, no faltando quienes llevaban también su pipa. Disponíamos de un cubilete y de una cuchara de hierro. Por lo que

respecta a las provisiones, llevaba en mi bote dos sacos de bizcocho, un trozo de carne cruda de buey, otro de tocino, una bolsa de café, tostado, pero sin moler (que supongo fue embarcado en la lancha por equivocación, confundiéndolo con otra cosa), dos barriles pequeños de agua y cosa de medio galón de ron en un barrilito. El bote de marejada disponía de una cantidad de ron mayor que la nuestra, y, siendo menos los que habían de beber, nos pasó, según cálculo, otro cuarto de galón que echamos en nuestro barrilito. En cambio, nosotros les entregamos tres puñados dobles de café, atados en un pañuelo; nos informaron de que contaban además con un saco de bizcocho, un trozo de carne de buey, un barril pequeño de agua, una caja de limones y un queso holandés.

Invertimos mucho tiempo en realizar estos intercambios, y no los hicimos sin correr ellos y nosotros algún peligro, porque el mar estaba lo suficientemente movido y resultaba muy peligroso el acercar nuestros botes. En el pañuelo que nos había servido para atar el café, envié yo a Juan Steadiman (que llevaba una brújula del barco) un papel escrito a lápiz que arranqué de mi libro de notas, explicándole la ruta que me proponía seguir con la esperanza de llegar a tierra o de tropezar con algún barco que nos recogiese; digo con la esperanza, aunque era muy poca la que yo tenía de salvarnos por uno de esos dos medios. A continuación le grité, de forma que todos pudieran oírme, que si nos era posible, los dos botes nos salvaríamos o pereceríamos juntos; pero que, si el tiempo nos apartaba y no conseguíamos reunirnos otra vez, acompañarían a los del bote de marejada nuestras oraciones y nuestras bendiciones, solicitando por nuestra parte las suyas. A continuación les lanzamos tres vítores, que ellos nos devolvieron, y pude ver cómo las cabezas de los hombres se inclinaban, en uno y otro bote, al volver a empuñar los remos.

Todas estas disposiciones habían ocupado ventajosamente para todos la atención general, aunque (según acabo de expresar en la última sentencia del párrafo anterior) les invadió a continuación un sentimiento de dolor. Acto continuo expliqué en breves frases a mis compañeros de viaje la escasez de alimentos con que contábamos para sostener nuestras vidas si conseguíamos mantenernos a flote, y la rigurosa necesidad en que nos encontrábamos de distribuirlos de la manera más brutal. Todos sin excepción contestaron que se atendrían a la ración que yo creyese oportuno señalar, fuese cual fuese.

Hicimos una balanza valiéndonos de un trozo delgado de chapa de hierro y de algún cordel, y dispuse para pesas una cantidad de los botones más pesados que teníamos, y que yo calculé harían poco más de dos onzas. Desde aquel momento hasta el fin, fue ésa la ración de alimento sólido que se sirvió a cada persona diariamente; a esto agregué un grano de café, y en ocasiones medio para el desayuno, cuando el tiempo era muy bueno. Eso fue todo el alimento de que dispusimos, aparte de media pinta de agua por cabeza y día, y en ocasiones, cuando teníamos frío y nos sentíamos débiles, una cucharada de ron servido en un trago. Sé muy bien que se puede demostrar con razones que el ron es un veneno, pero también sé que en el caso

aquel, como en otros parecidos que he leído en los libros y que son numerosos, no hay palabras bastantes para describir el alivio y el reánimo que proporciona. Tampoco me cabe la menor duda de que fue el ron el que salvó las vidas de más de la mitad de nosotros. He dicho que señalé como ración diaria de agua la cantidad de media pinta, pero debo decir que algunos días repartí menos y otros más; esto fue debido a que llovió mucho y recogimos en una lona extendida toda el agua que pudimos.

Así fue como nosotros, náufragos, subimos y bajamos al compás de las olas en aquella época tempestuosa del año y en aquella región tempestuosa del mundo. No es mi propósito relatar, si puedo evitarlo, ciertos detalles de nuestra dolorosa situación que han sido ya mejor contados en muchas narraciones de esta clase con las que yo no puedo competir. Haré observar únicamente en pocas palabras y de pasada que, durante días y días y noches y noches, hicimos valladar con nuestras espaldas para evitar que las olas inundasen el bote; que una parte de nosotros se hallaba constantemente ocupada en achicar el agua, y que pronto quedaron inutilizados todos los sombreros y gorras de que disponíamos, a pesar de remendarlos cincuenta veces, porque eran las únicas vasijas de que disponíamos para llevar a cabo semejante tarea; que mientras tanto, otra parte estaba tumbada en el fondo del bote y una tercera remaba; y que no tardamos en ser todo furúnculos, ampollas y harapos.

El otro bote constituía para todos nosotros una fuente de tan gran ansiedad, que yo solía preguntarme si, suponiendo que nos salvásemos, llegaría un momento en que los supervivientes de aquél sintiesen indiferencia por la suerte de los supervivientes de éste.

Siempre que el tiempo lo permitía echábamos un cable de remolque, aunque esto no ocurría con frecuencia, y sólo Aquel cuya bondad lo permitió para que fuese nuestro consuelo sabe cómo fue posible que una y otra embarcación se mantuviesen a la vista. Jamás olvidaré la ansiedad con que, siempre que amanecía, oteábamos a nuestro alrededor, buscando al otro bote. En cierta ocasión nos perdimos de vista durante setenta y dos horas; Nosotros dábamos por seguro que se habían ido a pique, y ellos por su parte creyeron lo mismo de nosotros. La alegría que unos y otros experimentamos cuando volvimos a vernos tuvo algo de divino; la gente de un bote olvidaba sus propios sufrimientos y vertía lágrimas de felicidad y de simpatía por la que iba embarcada en el otro.

Hasta ahora no he tocado la parte que yo llamaría individual o personal de mi narración, y el incidente que acabo de relatar me coloca en el buen camino. La paciencia y la buena disposición de todos en nuestra lancha era maravillosa. No me sorprendió en las mujeres, porque todos los hombres nacidos de mujer saben cómo éstas se mantienen a la altura debida cuando los hombres se dejan abatir; pero confieso que la conducta de algunos hombres me sorprendió un poco. Me atrevo a decir que lo corriente, cuando se reúnen treinta y una personas en momentos de prosperidad, es que haya dos o tres de ellas de temperamento inseguro.

Sabía también que entre mis propios tripulantes tenía más de uno de carácter

rudo, y precisamente los había elegido para el bote grande a fin de tenerlos bajo mi vigilancia. Pero su situación angustiosa los suavizó y supieron mostrarse tan atentos con las señoras, y tan compasivos con la niña, como hubiera podido ser el mejor o por lo menos el mejor de los hombres que íbamos allí. Apenas si tuve motivo de queja. El personal que descansaba tendido en el fondo del bote solía dejar escapar gemidos cuando dormía, y con frecuencia vi a hombres que, mientras remaban, estaban en su sitio mirando con ojos turbios al mar, gemían y se lamentaban; no me refiero a un hombre solo, claro está, sino que eso les ocurría alguna vez a casi todos ellos. Si yo no conseguía que la mirada mía se cruzase con la suya, aquel hombre seguía gimiendo incansable de una manera tristísima; pero, en cuanto nuestros ojos se encontraban, se reanimaba y dejaba de lamentarse.

Casi siempre experimenté la impresión de que el hombre aquel gemía sin darse cuenta, y que creía más bien que estaba canturreando una canción.

El frío y las mojaduras nos hicieron sufrir mucho más que el hambre. Nos arreglamos siempre de manera que la niña estuviese abrigada; pero dudo mucho de que ninguno de nosotros haya pasado cinco minutos seguidos sin sentir frío; causaba tristeza el escuchar los temblores y el castañeteo de dientes. La niña lloró al principio la pérdida de su compañera de juegos, *María de Oro*; pero después fue muy raro oírla gimotear. Cuando el estado del mar lo permitía, uno u otro la levantaba en brazos para que buscase por la superficie del mar el bote de Juan Steadiman. Aún estoy viendo los cabellos de oro y la carita inocente, que se interponían entre mi vista y las nubes volanderas igual que un ángel que fuese a remontar el vuelo.

El segundo día, a eso del anochecer, la señora Atherfield, al intentar dormir a la pequeña Lucía, le cantó una canción. Su voz era dulce y melodiosa, y cuando acabó de cantar, nuestra gente se levantó y le pidió que cantase otra canción. Así lo hizo, y cuando oscureció terminó cantando el *Himno del Anochecer*. Desde aquel día, siempre que era posible dejarse oír por encima del ruido del mar y del viento, y mientras aquella señora pudo hacerlo, nada reanimaba tanto a los náufragos como el oírla cantar a la hora del crepúsculo vespertino. Cantaba siempre, y terminaba con el *Himno del Anochecer*. Casi siempre repetíamos a coro el último verso, y llorábamos después, aunque no de angustia. Siempre que el tiempo lo permitía, rezábamos también en común una plegaria por la mañana y por la noche.

Llevábamos navegando en el bote doce noches y once días, cuando el anciano señor Rarx comenzó a delirar, gritándome que arrojase por la borda el oro que llevábamos, porque de otro modo nos hundiríamos y pereceríamos todos. La niña descaecía en los últimos días, y ése era el gran motivo del desvarío del anciano. Una y otra vez me chilló desde su puesto que diese a la niña toda la carne que quedaba, y todo el ron, para salvarla a toda costa, porque de otro modo pereceríamos todos. La niña permanecía en brazos de su madre junto a mis pies. Casi siempre acariciaba con una de sus manecitas el cuello o la barbilla de su madre. Yo venía vigilando la flaqueza de la manecita, y comprendí que se acercaba el fin.

Los alaridos del anciano formaban contraste tan grande con el amor y la resignación de la madre, que acabé gritándole con voz airada que se callase inmediatamente, porque si no daría orden de que le diesen un golpe en la cabeza y lo tirasen al mar. Desde ese momento se calló; la niña murió con gran sosiego una hora después; todos los que íbamos en el bote nos dimos cuenta de lo que había ocurrido, al ver que la madre estallaba en lamentos por vez primera desde el día del naufragio; aunque menuda de cuerpo y delicada, aquella mujer poseía una gran fortaleza y constancia de ánimo. El anciano señor Rarx se volvió desde aquel instante ingobernable, hizo pedazos los harapos que cubrían su cuerpo, rompiendo en imprecaciones furiosas, y gritándome que si yo hubiese arrojado por la borda el oro que llevábamos (¡siempre dándole vueltas al oro!) quizás hubiera salvado a la niña. Luego exclamó con voz terrible:

—Todos nos iremos al fondo del mar, y al infierno, porque nuestros pecados nos echarán a pique, desde que no llevamos ya con nosotros a la inocente niña.

De esta manera nos enteramos con asombro de que si aquel viejo miserable se había tomado interés por la vida de la niña tan querida para todos nosotros era porque abrigaba la esperanza supersticiosa de que su influencia lo salvaría a él. El herrero o armero, que iba sentado cerca del anciano, juzgó aquello intolerable. Agarró al viejo por el cuello y lo tiró debajo del banco de los remeros, donde permaneció tranquilo durante horas y horas de allí en adelante.

Durante la decimotercera noche, la señorita Coleshaw, apoyada en mis rodillas, mientras yo manejaba el timón, consoló y reanimó a la pobre madre. Ésta sostenía en su regazo a la criaturita muerta, que estaba envuelta en un chaquetón mío. Durante toda la noche me sentí turbado pensando en que ninguno de nosotros tenía un libro de rezos, y en que yo recordaba de memoria muy pocas de las frases exactas del servicio de entierros. Cuando ya, en pleno día, me puse en pie, comprendieron todos lo que iba a tener lugar; me fijé en que mis pobres compañeros de naufragio hicieron mención de descubrirse, aunque sus cabezas llevaban ya mucho tiempo completamente desnudas frente al firmamento y al mar. Éste se hallaba movido por olas de fondo; pero, aparte de esto, la mañana era buena, y anchos campos de luz coronaban las olas del lado del Oriente. Yo no dije más que esto:

—Yo soy la resurrección y la vida, dijo el Señor. Resucitó a la hija de Jairo el gobernador y aseguró que no estaba muerta, sino dormida. Resucitó al hijo de la viuda. Resucitó, él mismo en persona y fue visto por muchos. Él amaba a los niños, y dijo: «¡Dejad que ellos se acerquen a Mí y no los rechacéis, porque de ellos es el Reino de los Cielos!». En el nombre suyo, entreguémosla a su bondad misericordiosa.

Con estas palabras arrimé mi áspero rostro con suavidad a la plácida frente y enterré a Lucía de Oro en la misma sepultura que la *María de Oro*.

Me proponía relatar el final de esta querida niña, pero he omitido en su lugar exacto una cosa, que voy a contar ahora. Ajusta aquí tan bien como en cualquier otro momento.

Previendo que, si el bote aguantaba el tiempo tormentoso, había de llegar un instante, y esto ocurriría pronto, en que no dispondríamos ni siquiera de un bocado de alimento que llevar a la boca, había meditado con frecuencia en un grave problema. Aunque desde muchos años antes estaba yo plenamente convencido de que los casos en que unos seres humanos reducidos a la última necesidad se han alimentado con la carne de sus compañeros son rarísimos, y muy pocas veces, o nunca, han tenido lugar cuando las personas en peligro, por terrible que fuese su necesidad, han sido entrenadas en una moderada tolerancia y dominio de sí mismos; digo que, a pesar de que estaba tranquilo ante ese temor, dudé si en aquellos casos, que eran los más corrientes, no sería un daño y un peligro el hacer caso omiso de tal posibilidad, fingiendo no pensar en ella.

No me sentí seguro de que algunos cerebros, al debilitarse cada vez más con el ayuno y la intemperie, no pensaran secretamente en tan terrorífica posibilidad, llegando ésta, a fuerza de agrandarla con las meditaciones, a ejercer una peligrosa atracción. No era aquélla una idea nueva en mí, porque había meditado sobre ella como consecuencia de mis lecturas. Sin embargo, en aquella ocasión se me presentó con mayor fuerza que nunca, cosa muy natural, y al cuarto día resolví sacar a la luz aquel confuso temor que, más o menos oscuramente, se escondía en los cerebros de cuantos allí estábamos. Por eso, y como recurso para entretener el tiempo y reanimar la esperanza, les hice como mejor pude un resumen del viaje de más de tres mil millas hecho por Bligh en un bote descubierto, después del motín ocurrido en el *Bounty*, y de la manera asombrosa como se salvó la tripulación que lo acompañaba. Escucharon todo el relato con el mayor interés; lo acabé diciéndoles que, en opinión mía, el detalle más sublime de toda la historia era que Bligh, que no tenía nada de sensiblero, había anotado solemnemente en su *Diario* que él tenía la seguridad y la certeza de que en ninguna circunstancia en que llegase a encontrarse aquel grupo de hombres desnutridos, que habían pasado por todos los dolores del hambre, hubieran sido capaces de comerse unos a otros. No puedo describir el evidente alivio que se propagó por todo el bote, y las lágrimas que asomaron a los ojos de todos. Desde aquel momento estaba yo convencido como el mismo Bligh de que no existía tal peligro entre nosotros. Aquel fantasma, por lo menos, no nos persiguió.

Una de las cosas que experimentó Bligh fue que, cuando los ánimos de la gente del bote estaban más deprimidos, no había nada mejor para reanimarlos que oír contar una historia a uno de ellos. Al decir esto a mis hombres, vi que despertó la atención general lo mismo que había despertado la mía, porque a mí no se me había ocurrido pensar en ello hasta que les hice el sumario del viaje de Bligh. Esto ocurrió un día después de aquel en que la señora Atherfield cantó por vez primera para nosotros. Hice, pues, la proposición de que, siempre que el tiempo lo permitiese, contaríamos una historia dos horas después de la comida (yo repartía siempre a la una la ración de que antes he hablado, y por eso la llamaba con ese nombre) y tendríamos nuestra sesión de canto a la hora del ocaso. Mi proposición fue recibida con una

alegre satisfacción que reanimó mi corazón; no creo exagerar cuando digo que todos esperábamos durante las veinticuatro horas aquellos dos períodos con positivo gusto, y que no había nadie que no disfrutase con ellos. Aunque físicamente parecíamos espectros, nuestras imaginaciones no perecieron igual que la gordura que cubría nuestros huesos. Cuando ya habíamos perdido ésta, la música y las aventuras, dos de los dones más grandes de la Providencia al género humano, seguían siendo nuestro encanto.

Después del segundo día tuvimos casi siempre el viento en contra, y a duras penas conseguimos durante muchos días no vernos arrastrados. Soportamos todas las variedades de mal tiempo: lluvia, granizo, nieve, viento, niebla, truenos y rayos. Pero las embarcaciones siguieron resistiendo en los mares tempestuosos, y nosotros, seres perecederos, subíamos y bajábamos al ritmo de las olas.

Dieciséis noches y quince días, veinte noches y diecinueve días, veinticuatro noches y veintitrés días. Así pasaba el tiempo. Aunque yo sabía que nuestros avances, o nuestro no avanzar, tenían que ser descorazonadores, nunca los engañé en los cálculos que hacía. En primer lugar, tenía la sensación de que nos encontrábamos demasiado cerca de la eternidad para andarnos con engaños; en segundo lugar, si yo caía rendido, o moría, el hombre que me sucediese en el puesto tenía que saber con exactitud cómo estaban las cosas al hacerse él cargo. Cuando les informaba al mediodía de lo que yo calculaba que habíamos avanzado, o retrocedido, recibían por lo general mis noticias con ánimo tranquilo y resignado, demostrándome siempre gratitud. No era cosa extraordinaria que uno u otro rompiese de pronto a llorar ruidosamente a cualquier hora del día; pero una vez desahogado, quedábase más tranquilo que antes. Yo había presenciado este mismo espectáculo en una casa donde estaban de duelo.

Durante todo aquel tiempo, el anciano señor Rarx, había sufrido sus accesos de delirio, en los que me gritaba que tirase el oro al mar (¡siempre el oro!) y me llenaba de censuras por no haber salvado a la niña; pero ya habíamos llegado al extremo de carecer en absoluto de alimentos, no quedándonos sino el café para repartir de cuando en cuando algunos granos; empezó, pues, a sentirse demasiado débil, y permaneció callado de allí en adelante. La señora Atherfield y la señorita Coleshaw permanecían quietas, con un brazo encima de mis rodillas y la cabeza apoyada en el brazo. Jamás se quejaron. Hasta la muerte de su hijita, la señora Atherfield se había arreglado el pelo todos los días; me fijé muy especialmente en que lo hacía momentos antes de ponerse a cantar al anochecer, cuando todos ponían en ellas los ojos. Pero ya no se peinó después de la muerte de su hija querida; sus cabellos habrían estado ya enmarañados, sucios y húmedos; si la señorita Coleshaw no hubiese tenido cuidado de ellos cuando ya no era sino la sombra de sí misma, y en ocasiones se los alisaba con sus manos flacas y sin fuerza.

Ya no teníamos tampoco el recurso de contar una historia; pero cierto día, más o menos por esas fechas, volví a pensar en la superstición del señor Rarx relativa a

Lucía de Oro, y les dije que nada se escapaba a los ojos de Dios, aunque los ojos de los hombres dejasen de ver muchas cosas.

Hubo un tiempo en que todos nosotros fuimos niños; nuestros piececitos se pasearon en tierra por verdes bosques; nuestras manecitas infantiles recogieron flores en jardines en los que cantaban los pájaros. Para la inmensa inteligencia de nuestro Creador no han dejado del todo de ser los niños de aquel entonces. Aquellas inocentes criaturas comparecerán delante de él y rogarán por nosotros. También cobrará vida lo mejor que fuimos en los tiempos de nuestra generosa juventud, y también irá con nosotros. La parte más pura de nuestras vidas no nos abandonará en el paso hacia el que todos nosotros nos vamos deslizando sin sentir. Lo que entonces fuimos tendrá tanta realidad ante Él como lo que somos ahora.

Estos pensamientos no los confortaron a ellos menos que a mí, y la señorita Coleshaw, acercando más mi oreja a sus labios, dijo:

—Capitán Ravender, yo marchaba a casarme con un hombre que ha perdido el honor y que está hundido, pero al que yo amaba tiernamente cuando era honrado y bueno. Parece que vuestras palabras hubiesen brotado de mi pobre corazón —y oprimió mi mano contra su pecho, sonriendo.

Veintisiete noches y veintiséis días. No nos faltaba agua de lluvia, pero no teníamos otra cosa. Y aun entonces, no se dio el caso de que yo me volviese a mirar a una cara desadormecida cualquiera, sin que ésta hiciese un esfuerzo por mostrarse reanimada. ¡Qué cosa más asombrosa resulta, en los momentos de peligro y en presencia de la muerte, dos caras que se iluminan mutuamente mirándose! Me han contado que en los grandes barcos nuevos se transmiten las órdenes por telégrafo eléctrico. Yo admiro tanto como cualquiera todo lo que es maquinaria, y me siento tan agradecido a ella por todos los beneficios que nos proporciona como puede sentirse cualquier otro hombre. Pero jamás la máquina podrá sustituir al rostro del hombre, detrás del cual hay un alma cuando anima a otro hombre a ser valeroso y leal. No se hagan nunca pruebas con máquinas para ese objeto, porque fallarán como una paja quebradiza.

Empecé a observar en mí mismo ciertos cambios que no me gustaron. Tales alteraciones me intranquilizaron mucho. Veía con frecuencia en los aires sobre nuestra lancha a Lucía de Oro. Veíala también sentada a mi lado. Veía veinte veces al día al *María de Oro* hundiéndose de la misma manera que se había hundido. Y, sin embargo, el mar se me aparecía, no como mar, sino como llanuras y regiones extraordinariamente montañosas que se movían, presentando un aspecto que no ha sido visto jamás por ojo humano. Creí que había llegado el momento de decir mis últimas palabras referentes a Juan Steadiman, por si quedaba alguna boca que pudiese repetirlas en los oídos de los seres vivientes. Dije que Juan me había contado (en efecto, me lo dijo sobre cubierta) que había dado el grito de «¡Rompiente a proa!» en el instante mismo en que las percibió, y que había intentado apartar el barco, pero que chocó antes de poder hacerlo. (Casi me atrevo a decir que fue su grito el que dio

origen a mi pesadilla). Dije que las circunstancias habían sido imprevisibles, saliéndose de todas las precauciones humanas; que aunque yo hubiese ido a cargo del buque en aquel instante habría ocurrido la pérdida del buque; que no había que hacer cargos a Juan, que desde el principio hasta el fin habría cumplido con su deber de una manera noble, como quien era. Traté de escribir todo esto en mi cuaderno de notas, pero no pude trazar las palabras, a pesar de que sabía perfectamente cuáles eran las que yo quería escribir. Llegado a este punto, sus manos, a pesar de que había muerto hacía tanto tiempo, me acostaron suavemente en el fondo del bote, y ella y Lucía de Oro me mecieron para que me durmiese.

Todo lo que sigue fue escrito por Juan Steadiman, primer oficial.

El vigésimo sexto día desde el hundimiento del *María de Oro*, yo, Juan Steadiman, me hallaba sentado en mi lugar, a popa del bote de marejada, quedándome apenas conocimiento suficiente para manejar el timón (es decir mirando por encima de la borda del bote con ojos muy abiertos y doloridos, pero con cerebro profundamente dormido y lleno de pesadillas), cuando me despertó de pronto con un sobresalto nuestro segundo oficial, don Guillermo Rames.

—Dejad que os releve un rato —me dijo—. Y mirad a proa hacia el bote largo. La última vez que se alzó sobre la cresta de una ola, me pareció distinguir una señal.

Trocamos nuestros puestos con mucha torpeza y lentitud, porque ambos estábamos débiles y atontados por la humedad, el frío y el hambre. Esperé algún tiempo, mirando las altas olas que se alzaban del lado de proa hasta que una de ellas levantase en su cresta al bote largo, al mismo tiempo que otros nos levantaban a nosotros. Por último, aquél apareció en alto muy a la vista nuestra; en efecto: por encima del bote alzaban como señal un trapo de yo no sé qué, atado a un remo, y lo agitaban en su borda.

—¿Qué significa eso? —me pregunta Rames, con voz trémula—. ¿Es que hacen señales a algún barco que tienen a la vista?

—¡Silencio, por amor de Dios! —dije yo tapándole la boca con la mano—. Que no os oiga la gente, porque si los alarmamos falsamente con esa señal, se volverán locos. Esperad un poco, hasta que pueda echar una ojeada.

Me mantuve a su lado, porque la idea aquella de que hubiese una vela a la vista me había dado temblores, y aceché otra vez al bote grande. Esta vez vi con toda claridad la señal, y que estaba izada a la altura de medio mástil.

—Rames —le dije—. Es una señal de que se encuentran en grave situación. Ordenad que enfilen a favor de la corriente, y nada más. Es preciso que podamos ponernos cuanto antes al habla con el bote grande.

Me dejé caer en mi puesto anterior, junto a la caña del timón, sin pronunciar una palabra, porque se me clavó como un cuchillo el pensamiento de que algo le había

ocurrido al capitán Ravender. Me consideraría indigno de escribir una línea más de esta declaración si no estuviese resuelto a decir la verdad, toda la verdad, y nada más que la verdad; confieso, pues, con toda franqueza, que ahora, por vez primera, sentí un desmayo en el corazón. Creo que, hasta cierto punto, esta debilidad fue ocasionada por la agotadora influencia de mi anterior ansiedad y dolor.

Nuestras provisiones, si es que puedo dar este nombre a lo que nos quedaba, estaban reducidas a una cáscara de limón y un par de puñados de granos de café. Aparte de las grandes contrariedades que me habían producido la muerte, el peligro y los sufrimientos de mi tripulación y de mis pasajeros, había tenido una pequeña contrariedad completamente mía, que contribuyó a postrarme todavía más, y esta contrariedad fue la muerte de la niña, a la que había tomado gran cariño durante el viaje, un cariño tan grande, que hasta sentí un poco de celos secretos por haber sido ella embarcada en el bote grande cuando se fue a pique el barco, en lugar de haberla embarcado en el mío. Me servía siempre de gran consuelo, y creo que también lo recibían cuantos iban conmigo, después que perdimos de vista al *María de Oro*, el poder contemplar a la Lucía de Oro, cuando, aprovechando el buen tiempo, la levantaban en alto los hombres que iban en el bote grande, como la cosa mejor y más consoladora de que disponían. A la distancia que nosotros veíamos su figura, daba casi la impresión de un pajarillo blanco aleteando en el aire. Sufrimos una cruel desilusión cuando, al amainar otra vez un poco el tiempo, y mirar todos por si veíamos a nuestro pájaro blanco, nos dimos cuenta por vez primera de que mirábamos en vano. Al dar nosotros voces llamando a los del bote grande y ver que el capitán nos señalaba con la mano el mar, nuestros hombres inclinaron sus cabezas, y ese espectáculo resultó para mí un golpe tan rudo y una angustia del corazón tan aguda como no recuerdo haberla sufrido en toda mi vida.

Menciono únicamente estas cosas para exponer cómo desmayé un poco al principio, poseído del recelo de que habíamos perdido al capitán, pero esto fue debido a que yo había pasado por una cantidad de contrariedades de toda clase como pocas veces tocan en suerte a un solo hombre.

Bebí un trago de agua para que me ayudase a aclarar mi garganta, y estaba ya preparado para aguantar el choque de lo peor, cuando oí que nos gritaban (¡pobre gente, y qué débil sonaba su voz!).

—¡Eh, los del bote de marejada!

Miré y vi a nuestros compañeros de infortunio balanceándose en su bote delante de nosotros; no tan cerca que pudiésemos distinguir las facciones de ninguno, pero sí lo bastante para, mediante esfuerzos violentos para el estado en que nos encontrábamos, hacer oír nuestras voces en los intervalos en que el viento amainaba algo.

Contesté al grito, esperé un poco, y al no volver a oír nada, grité el nombre del capitán.

La voz que contestó no parecía la suya; las palabras que nos llegaron fueron éstas:

—¡Necesitamos a bordo al primer oficial!

Todos los hombres de mi tripulación comprendieron tan bien como yo lo que aquello significaba. Sólo podía existir una razón para que yo, primer oficial, pudiera ser requerido a bordo del bote grande. Corrió por nuestra lancha un gemido, mis hombres se miraron los unos a los otros tristemente y exclamaron entre dientes:

—¡Ha muerto el capitán!

Les impuse silencio, diciéndoles que no se adelantasen a las malas noticias en la situación a que habíamos llegado. Después grité a los del bote grande, dándoles a entender que me disponía a pasar a su bordo en cuanto me lo consintiese el tiempo. Hice una pausa para tomar todo el aliento que me fue posible, y les grité con toda la fuerza de mis pulmones, formulándoles la terrible pregunta:

—¿Ha muerto el capitán?

Las negras siluetas de tres o cuatro hombres de la popa del bote grande se agacharon como si mirasen al fondo del mismo luego de oír mi voz. Los perdimos de vista durante un momento; luego reaparecieron, y entre todos levantaron en alto por los pies a un hombre, que me contestó con las benditas palabras (esperanza muy débil, pero que llegó muy hondo a gentes que se hallaban en situación tan desesperada como la nuestra):

—¡Todavía no!

No hay palabras (o por lo menos, un hombre como yo no es capaz de encontrarlas) para expresar el alivio que yo y todos cuantos se encontraban conmigo experimentaron al saber que nuestro capitán no estaba completamente perdido para nosotros, aunque no se hallase en condiciones de ocupar su puesto. Hice cuanto estuvo en mi mano para reanimar a mis hombres, diciéndolos que era un buen síntoma el que no fuese nuestra desgracia tan grande como lo que habíamos temido; a continuación transmití las instrucciones que creí conveniente a Guillermo Rames, que iba a quedar en lugar mío al mando del bote, cuando yo me hiciese cargo del otro. Después de esto ya no quedaba por hacer otra cosa sino esperar la oportunidad de que amainase el viento, a la caída de la tarde, con el consiguiente apaciguamiento del mar, que permitiría a nuestras debilitadas tripulaciones colocar los dos botes uno junto a otro sin correr peligros injustificados; es decir, sin que nos viésemos obligados a realizar esfuerzos extraordinarios de energía y de habilidad. Días y días de hambre habían agotado en nosotros una y otra.

Al atardecer amainó súbitamente el viento; pero el mar, que llevaba tanto tiempo profundamente alborotado, tardó muchas horas en mostrar señales de calma. Brillaba la luna, el firmamento se hallaba maravillosamente limpio, y según mis cálculos no andaríamos muy lejos de la medianoche cuando el oleaje largo, lento, regular del Océano, que se iba calmando, acabó por desaparecer; yo tomé la responsabilidad de acortar distancias entre los dos botes.

Acaso fue una ilusión de mi mente; pero me pareció que jamás, ni en ninguna parte, había visto brillar la luna con tal intensidad, blancura y luz fantasmal, ni en el

mar ni en la tierra, como brillaba aquella noche mientras nuestro bote se acercaba al de nuestros compañeros de desgracia. Cuando ya no había entre nosotros mayor distancia que un largo de lancha, y la blanca luz se derramó fría y nítida sobre todos nuestros rostros, ambas tripulaciones detuvieron los remos con un gran escalofrío, y se miraron por encima de las bordas, aterrados al verse por vez primera los unos a los otros.

—¿Se han perdido algunas vidas entre vosotros? —pregunté en medio de aquel silencio espantoso.

Los hombres del bote grande se agruparon igual que un rebaño al escuchar mi voz.

—Hasta ahora, ninguna, gracias a Dios, salvo la niña —contestó uno de ellos.

Al oír aquella voz, todos mis hombres se apelotonaron como lo habían hecho los del bote grande. Sentí miedo de permitir que durase ni un momento más de lo preciso el horror producido por aquel primer encuentro de la gente de los dos botes a corta distancia, después de los tremendos cambios que el agua, el frío y el hambre habían causado; por eso, sin dar tiempo a que se cambiasen más preguntas y respuestas, ordené a las dos tripulaciones que colocasen los botes el uno junto al otro. Cuando me puse en pie y entregué la caña del timón a Rames, todos mis pobres compañeros alzaron sus pálidos rostros con gesto de súplica hacia mí, y dijeron:

—No nos abandonéis, señor; no nos abandonéis.

Yo les contesté:

—Os dejo bajo el mando y guía de don Guillermo Rames, que es un marinero tan bueno como yo y un hombre tan leal y cariñoso como el que más. Cumplid con vuestro deber a su lado, del mismo modo que lo habéis cumplido conmigo, y acordaos hasta el fin de que mientras hay vida hay esperanza. ¡Que Dios os bendiga y os ayude a todos!

Dichas estas palabras, hice acopio de toda la energía que me quedaba; me agarré a los dos brazos que se me tendían, y de esa manera pasé desde la popa de un bote a la popa del otro.

—Mirad dónde pisáis, señor —me susurró uno de los hombres que me habían ayudado a pasar al bote grande.

Aquello me hizo mirar al fondo. Vi a mis pies tres cuerpos muy juntos; la luz de la luna caía sobre ellos en franjas ondulantes por los huecos que había entre los hombres que estaban en pie o sentados a un nivel más alto. El primer rostro que distinguí fue el de la señorita Coleshaw; tenía los ojos muy abiertos y clavados en mí. Parecía conservar todavía sus sentidos, cual si intentase hablar, porque abría y cerraba alternativamente los labios, aunque no conseguí oír ni una sola palabra pronunciada por ella. Descansaba en su hombro la cabeza de la señora Atherfield. Creo que la madre de nuestra pequeña Lucía de Oro debía de estar soñando con la hija que había perdido, porque una débil sonrisa rizaba la blanca quietud de su rostro en el momento en que la vi levantarlo con los ojos cerrados en un sueño de paz hacia los cielos.

Después de mirar a las dos mujeres, seguí buscando con la vista durante unos instantes y vi la cabeza del capitán descansando en el regazo de la madre de Lucía de Oro y una de las manos de ésta apoyada cariñosamente en la mejilla de aquél; allí yacía el capitán, en el que jamás, hasta aquel instante desdichado, habíamos buscado en vano ayuda y guía; allí yacía agotado hasta el último instante en servicio nuestro y mirando por nosotros el hombre mejor y más valeroso de todos nosotros. Deslicé cuidadosamente mi mano por entre su ropa y la apoyé sobre su corazón; sentí un poquito de calor encima; pero mi mano, aterida por el frío, fue incapaz de advertir ni siquiera el más débil latido.

Los dos hombres que estaban conmigo en la proa advirtieron lo que yo hacía; sabían que yo quería al capitán igual que a un hermano; supongo que vieron que mi rostro expresaba una angustia mayor que la que yo creía; perdieron por completo el dominio de sí mismos, y rompieron en gemidos lastimeros, y en lamentaciones sollozantes acerca del capitán. Uno de ellos apartó entonces de los pies de éste una chaquetilla, y vi que los tenía descalzos, a excepción de un calcetín empapado en agua, destrozado y adherido a uno de ellos. Cuando el barco chocó con el témpano de hielo, el capitán había corrido a cubierta dejándose en el camarote las botas. Durante toda la travesía en el bote sus pies no habían tenido protección alguna ¡y nadie se fijó en ello hasta que cayó sin fuerzas! Mientras el capitán pudo mantener abiertos los ojos, su mirada bastó para reanimar a los hombres y para confortar y sostener a las mujeres. No hubo en el bote criatura viviente que no sintiese, de una manera u otra, mientras fue capaz de sentir, la buena influencia de aquel hombre valeroso.

Todos habían oído cómo una y otra vez elogiaba a los demás por lo que a él únicamente debía atribuirse el mérito; ensalzaba al uno por su paciencia, daba gracias al otro por su ayuda, cuando la paciencia y la ayuda procedían en su mayor y mejor parte, real y verdaderamente, tan sólo de él. Todo esto y mucho más oí barbotar confusamente de los labios de todos los hombres mientras se inclinaban, sollozando y llorando, sobre su capitán, envolviéndole los fríos pies con toda ternura y calor en la chaquetilla. Me llegó al alma tener que poner fin a aquella escena; pero yo sabía que si aquel ambiente de lamentaciones seguía adelante, se perdería para siempre toda probabilidad de mantener encendidas las últimas chispas de esperanza y de energía entre los tripulantes del bote.

Envié, pues, a cada cual a su puesto, les dirigí algunas frases animadoras a los hombres de proa prometiéndoles servir así que amaneciese todo lo que yo me atreviese a repartir del resto de comestibles que quedaban; grité a Rames, que se había hecho cargo del otro bote, que se mantuviese tan cerca de nosotros como lo permitiese la seguridad; envolví a las dos pobres mujeres enfermas en sus ropas y abrigos lo más apretadamente que pude; y, al mismo tiempo que pronunciaba en secreto una plegaria para que Dios me guiase de la mejor manera en las tremendas responsabilidades que ahora tenía sobre mis espaldas, ocupé el puesto que había dejado vacante el capitán en el timón del bote grande.

Y éste es el relato completo y verdadero, hecho de la mejor manera que me ha sido posible, de cómo llegué a hacerme cargo de los pasajeros y de la tripulación del *María de Oro*, después del naufragio de este buque, en la mañana del vigésimo séptimo día, a contar desde la noche en que chocó con el témpano de hielo y se hundió en el mar[3].

LOS PELIGROS DE ALGUNOS PRISIONEROS INGLESES

The Perils of Certain English Prisoners, *1857*

(Trabajo escrito en colaboración con Wilkie Collins).

CAPITULO PRIMERO

La Isla de La Plata

Fue en el año del Señor de 1744, cuando yo, que respondo en la lista al nombre de Gill Davis, y que en aquel entonces tenía el honor de ser marinero de la Armada Real, estaba apoyado sobre la amurada del falucho armado *Cristóbal Colón*, en aguas sudamericanas, frente a las costas de Mosquito.

Antes de seguir adelante, quiero decir que mi esposa me hace notar que no existe en el Santoral cristiano el nombre de Gill, y que ella está convencida de que el que me dieron en el bautismo con que me cristianaron, etcétera, fue el de Gilberto. Ella está segura de no equivocarse, pero yo jamás oí semejante cosa. Fui un niño del Hospicio, recogido sabe Dios dónde, y siempre estuve creído de que mi nombre de pila era Gill. Es cierto que me llamaban Gills cuando estuve empleado en Snorridge Bottom, entre Chatham y Maidstone; mi empleo consistía en espantar a los pájaros; pero esto nada tiene que ver con el bautismo en el que yo fui hecho cristiano, etcétera, y en el que alguien hizo en mi nombre una cantidad de promesas, alguien que después me dejó solo para que yo las cumpliese; me imagino que ese alguien sería sin duda el bedel de la iglesia. Pero si entonces me llamaban Gills, era porque mis carrillos o mofletes (*gills*) eran en aquel entonces ásperos como una lima.

Al llegar a este punto, y antes de seguir adelante, mi esposa me obliga a detenerme, riéndose como sabe reírse siempre y amenazándome con la pluma de ave con que está escribiendo. Esta acción suya me trae el recuerdo al fijarme en su mano y en los anillos que luce en ella… ¡Bueno! ¡No lo diré! Ya vendrá el momento oportuno dentro de este relato. Pero siempre me resulta extraño, cuando me fijo en esta mano tranquila y cuando la veo (conste que la veo y la he visto infinidad de veces) acariciando a los hijos y a los nietos dormidos, se me ocurre pensar que cuando la sangre y el honor hervían… ¡Basta! ¡No lo diré! ¡De momento al menos!… Borra todo eso.

Pero ella no lo borra, y hace muy bien; porque hemos empezado por hacer un convenio de que se pondría por escrito todo y de que nada de lo que se haya puesto por escrito será borrado. Yo tengo la gran desgracia de no saber leer ni escribir; por eso hago de palabra el relato auténtico y fiel de estas aventuras, y mi esposa lo escribe, tomándolo palabra por palabra.

Digo que estaba recostado sobre la amurada del falucho *Cristóbal Colón*, en aguas sudamericanas, frente a las costas de Mosquito, y que yo era súbdito de su graciosa majestad el rey Jorge de Inglaterra y marino de la Armada Real.

En climas como aquéllos se trabaja mucho. Yo no hacía nada. Pensaba en el

pastor (¿sería mi padre?) de las colinas próximas a Snorridge Bottom, con su largo cayado y un burdo abrigo blanco que llevaba encima todo el año, hiciese el tiempo que hiciese; aquel pastor me permitía que pasase la noche en un rincón de su choza y que fuese con él y con su rebaño durante el día cuando yo no tenía otra cosa que hacer; me daba una parte tan escasa de sus víveres y era tan generoso con su cayado, que huí de él (me imagino que eso era lo que él estaba deseando) para ser aporreado por todo el mundo mejor que serlo en Snorridge Bottom. Llevaba ya en total veintinueve años recibiendo golpes de todo el mundo el día aquel en que digo que estaba yo contemplando las aguas azules y brillantes de los mares sudamericanos. Podría decir que estaba contemplando al pastor; viéndolo en un estado mitad de vigilia y mitad de sueño, con los ojos entornados; él, con su rebaño de ovejas y sus dos perros, parecía irse alejando del costado del barco, hasta la lejanía de las aguas azules, perdiéndose en el cielo del horizonte.

—Fíjate cómo sale del agua poco a poco —dijo cerca de mí una voz.

Yo estaba tan ensimismado en mis pensamientos, que me desperté con un sobresalto, aunque aquella voz era para mí tan poco extraña como la de Enrique Charker, mi camarada.

—¿Qué es lo que sale poco a poco del agua? —pregunté a mi camarada.

—¿Qué? —me contestó—. La isla.

—¿La isla? —contesté volviendo mis ojos hacia ella—. Cierto. Me había olvidado de la isla.

—¿Que te habías olvidado del puerto adonde vamos? ¿No es esto gracioso?

—Sí, es gracioso —contesté.

—No es ésa la palabra exacta —dijo él rumiando lentamente su pensamiento—. ¿Verdad, Gill?

Siempre tenía que hacer una observación como ésta, y rara vez hacía otra. En cuanto llevaba una cosa hasta un punto negativo, se quedaba satisfecho. Era uno de los hombres mejores, y, en cierto sentido, uno de los que menos hablaban de sí mismos. Yo le encuentro mérito a esto, porque, además de que sabía leer y escribir lo mismo que un cabo de mar, siempre tenía en el pensamiento una idea magnífica. Esa idea era el Deber. Por vida mía, que si bien siento por el saber una admiración superior a todo, no creo que hubiese podido sacar de todos los libros del mundo una idea mejor, aunque se los hubiese aprendido al pie de la letra y aunque hubiese sido el más inteligente de los estudiantes.

Mi camarada y yo habíamos estado acuartelados en Jamaica, y desde allí nos habían destacado a la colonia británica de Belice, que queda al oeste y al norte de las costas de Mosquito. Belice estaba muy alarmada por la existencia de una banda sanguinaria de piratas (en aquellos mares del Caribe había siempre más piratas que los necesarios), y como burlaban a nuestros cruceros ingleses metiéndose en caletas por entre bajíos lejanos, tomando incluso tierra cuando se veían muy perseguidos, el gobernador de Belice tenía órdenes de la metrópoli de mantener a lo largo de las

playas una aguda vigilancia. Pues bien: una vez al año iba desde Port Royal, en Jamaica, hasta la isla, un falucho armado, que llevaba a bordo toda clase de artículos necesarios para comer, beber, vestir y para otros varios usos; a bordo de ese falucho iba yo cuando tocamos en Belice, y en el mismo me hallaba en aquel instante, recostado en la amurada.

La isla se hallaba habitada por una colonia inglesa muy corta en número. Se le había puesto el nombre de Isla de La Plata. La razón de llamarla así era que la colonia inglesa poseía y explotaba una mina de plata en tierra firme, en Honduras, y se servía de la isla como de un lugar seguro y cómodo para almacenar en él la plata extraída, hasta que llegaba el falucho y se la llevaba. El mineral era conducido desde la mina hasta la costa a lomos de mulas, guiadas por indios amigos y escoltadas por hombres blancos; desde la costa era transportada hasta la isla de La Plata en canoas de isleños, cuando hacía buen tiempo; desde la isla era conducida a Jamaica una vez al año a bordo del falucho armado, según he dicho ya, y desde Jamaica, como es natural, se distribuía por el mundo.

Poco trabajo costará explicar cómo llegué a encontrarme a bordo del falucho armado. En Belice habían sido nombrados veinticuatro marineros para que, al mando de un teniente que se llamaba Linderwood, se dirigiese a la isla de La Plata, para ayudar a los barcos y marineros estacionados allí en la persecución de los piratas. La isla era considerada como un buen puesto de observación contra éstos, lo mismo por mar que por tierra; ni barco pirata, ni siquiera bote de barco pirata, había sido visto por ninguno de nosotros, pero se había hablado tanto de ellos, que se envió el refuerzo pedido. Yo era uno de los de aquel destacamento, que comprendía, además, a un cabo y a un sargento. El cabo era Charker, y el sargento se llamaba Drooce. Éste era el suboficial más tiránico de todos cuantos estaban al servicio de su majestad.

Poco después de cambiar yo las palabras que anteceden con Charker, se echó encima la noche. En pocos minutos se apagaron los colores brillantes y maravillosos que cubrían el firmamento y el mar; todas las estrellas del firmamento parecieron ponerse a brillar al mismo tiempo, mirándose a sí mismas en el mar unas por encima del hombro de las otras, por millones. A la mañana siguiente echamos el anda frente a la isla. Veíase una abrigada caleta detrás de un pequeño arrecife; veíase la playa arenosa; veíanse cocoteros de tallo recto, muy alto, completamente desnudo, y en la cima las ramas, que daban la impresión de magníficas plumas verdes, veíanse todos los objetos que es corriente ver en aquellas latitudes, y que no me voy a poner a describir, porque tengo otra cosa en qué ocuparme.

Como es natural, nuestra llegada fue celebrada con grandes festejos. Se izaron todas las banderas que había en el pueblo, dispararon salvas todos los cañones y no quedó nadie en la población que no acudiese a contemplarnos. Uno de esos indígenas a los que llaman mestizos, y que son mitad negros y mitad indios, había salido mar afuera, más allá del arrecife a fin de pilotamos; después que echamos el anda permaneció a bordo. El nombre de aquel mestizo era Rey Jorge Cristiano, y mostró

un cariño por todos los hombres de la tripulación mucho mayor que el de cualquier habitante de la isla. Por mi parte debo decir que, si yo hubiese sido el capitán del *Cristóbal Colón*, aquel día de nuestra llegada, en lugar de ser un simple marinero, habría tirado de un puntapié por encima de la borda al mar al tal Rey Jorge Cristiano (que tenía tanto de cristiano como de rey o de Jorge) sin yo saber exactamente por qué, salvo que era aquello lo que había que hacer.

Pero es justo que confiese también que no me encontraba de un humor muy agradable aquella mañana en que me tocó estar de centinela en la caleta de la isla de La Plata. Yo había llevado una vida dura, y la de los ingleses que vivían en la isla resultaba demasiado fácil y demasiado alegre para que me agradase a mí. «¡Muy bonito! —pensaba para mí—. ¡Buenos estudiantes y buenos vividores! Podéis leer todo lo que gustáis, podéis escribir cuanto queréis, podéis comer y beber a vuestras anchas, y gastar lo que se os antoje, y hacer lo que os plazca, pero ¡qué poco os acordáis del pobre e ignorante marinero raso de la Armada Real! Sin embargo, a mí me parece que resulta muy duro que vosotros os llevéis todos los medios peniques, y yo todos los puntapiés; vosotros todo lo suave, y yo todo lo áspero; vosotros el aceite, y yo todo el vinagre».

Esto será todo lo envidioso que se quiera, aparte de que es un puro disparate; pero eso es lo que yo pensaba. Me cargó aquello tanto, que, al ver que una dama inglesa, joven y hermosa, subía a bordo, gruñí entre dientes:

—¡Vaya! ¡Estoy-seguro de que tienes novio!

¡Como si con tenerlo me causase a mí una nueva ofensa!

Era hermana del capitán de nuestro falucho, el cual llevaba algún tiempo enfermo, y se había agravado tanto, que se impuso la necesidad de trasladarlo a tierra. La joven era hija de un oficial del ejército, había ido a la isla acompañando a su hermana, que estaba casada con uno de los propietarios de la mina de plata, y que tenía tres hijos. Era fácil ver que la joven aquella venía a ser la luz y el alma de la isla. Después de mirarla bien, refunfuñé entre dientes, en un estado de ánimo peor aún que antes:

—¡Que me maten si ese novio tuyo, sea quien sea, no tiene ya toda mi antipatía!

Mi oficial, el teniente Linderwood, se hallaba tan enfermo como el capitán del falucho, y también iba a ser desembarcado. Ambos eran jóvenes más o menos de mi edad, a los que no había sentado bien el clima de las Indias Occidentales. Hasta eso lo tomé a mal. Pensé que yo era mucho más apto que ellos para el trabajo, y que si todos recibiésemos nuestro merecido, yo ocuparía el puesto de ambos. (Puede suponerse qué oficial de marina habría sido yo, que no era capaz de leer una orden escrita. En cuanto a mis conocimientos para ejercer el mando del falucho…, ¡Dios me valga! ¡En menos de un cuarto de hora lo habría echado a pique!).

Pues con todo, así pensaba yo. Una vez que desembarcamos los hombres del destacamento, y que se nos dio suelta, me paseé por el pueblo en compañía de Charker, haciendo observaciones que estaban animadas del mismo espíritu.

Era una población muy bonita, dispuesta en todo mitad a lo sudamericano y mitad a lo inglés, lo que le daba una apariencia muy simpática, porque parecía un trocito de patria que había sido astillado de ésta, quedándose a flote y marchando mar adelante, pero adaptándose a las circunstancias conforme iba al garete. Las chozas de los mestizos, que eran hasta veinticinco, se hallaban desparramadas por la playa, a la izquierda del fondeadero. A la izquierda se levantaba una especie de edificio cuartel, con un asta de bandera en que ondeaba al mismo tiempo una bandera sudamericana y una inglesa; a ese edificio se acogía toda la reducida colonia inglesa si las circunstancias lo imponían. El edificio formaba un cuadro amurallado, que tenía en su centro una especie de parque, y éste, a su vez, un bloque a un nivel más bajo como para depósito de pólvora; este bloque se hallaba rodeado de un pequeño parapeto cuadrado, y se bajaba hasta su puerta por algunos escalones.

Charker y yo nos quedamos mirando desde la puerta exterior, que no tenía centinelas, y yo le dije a mi camarada, refiriéndome al pequeño bloque que parecía un almacén de pólvora:

—Ahí es donde guardan la plata.

Y Charker me contestó después de pensarlo bien:

—La plata y el oro, ¿no te parece, Gill?

Y en aquel mismo instante, la joven y bella inglesa que de tan mal humor me había puesto miró desde una puerta, o desde una ventana, no lo sé bien, pero miró, y estaba a la sombra de un toldo. En cuanto nos vio de uniforme, salió con tal prontitud que aún no había acabado de ponerse su ancho sombrero mejicano de paja plateada cuando nosotros le hacíamos el saludo.

—¿Os agradaría entrar y ver el edificio? —nos preguntó—. Es bastante curioso.

Dimos las gracias a la joven y le dijimos que no queríamos molestar; pero ella nos contestó que no podía ser molestia para la hija de un militar inglés el mostrar a unos soldados ingleses cómo vivían sus paisanos y paisanas en un lugar tan alejado de Inglaterra; en su consecuencia, volvimos a hacerle el saludo y entramos. Nos pusimos a la sombra, y nos mostró (porque era tan afable como hermosa) de qué manera vivían las distintas familias, cada cual en su casa, pero con una casa común para almacenes, una sala común de lectura, otra para las veladas musicales y los bailes y otra para la iglesia; nos dijo que tenían otras casas en un terreno más elevado al que llamaban la Colina de Vigía, en las que vivían durante la época más calurosa.

Hemos hecho conducir allá arriba a vuestro oficial —dijo—, y también a mi hermano, para que respiren aires mejores. Los pocos ingleses que aquí estamos nos hallamos en la actualidad repartidos aquí y allá, pero de ese número hay que descontar los que están constantemente viajando de aquí a la mina, de la mina aquí o que residen en ella.

Yo pensé: «Él está en uno de esos grupos, y me gustaría que alguien le cortase la cabeza».

—Algunas de nuestras mujeres casadas residen durante casi medio año en este

lugar, y hacen vida de viudas con sus hijos —agregó ella.

—¿Son muchos los niños que hay aquí, señora?

—Diecisiete. Las mujeres casadas son tres, y hay otras ocho como yo.

Ella quería decir solteras; porque ocho mujeres como ella (una sola mujer como ella) no había en el mundo.

—Si agregamos a las mujeres y los niños unos treinta ingleses de varias categorías, tendremos el total de la pequeña colonia que hay en esta isla —siguió diciendo—. No hago entrar en ese número a los marineros, porque éstos son cosa aparte. Ni tampoco incluyo, por la misma razón, a los soldados.

Al referirse a los soldados nos dirigió una amable sonrisa.

—Tampoco incluís a los mestizos, señora —dije yo.

—No.

—Con vuestro permiso, y si no lo tomáis a mal, señora —dije yo—, ¿son gente que merece confianza?

—Completa. Nosotros los tratamos a todos con gran cariño, y ellos se nos muestran muy agradecidos.

—¿De veras, señora? Pero, decidme: ¿y ese Rey Jorge Cristiano?

—Ése nos quiere muchísimo. Sería capaz de dejarse matar por nosotros.

Yo se lo creí; porque, según he podido observar dentro de mi ignorancia, aquella joven era, como suelen ser las mujeres muy hermosas, muy serena, y esa serenidad contribuía a dar mucho peso a sus palabras.

Nos señaló después la construcción que parecía un depósito de pólvora, explicándonos de qué manera se traía la plata de la mina y cómo la transportaban desde la tierra firme y la almacenaban allí. Nos dijo que el *Cristóbal Colón* tendría un cargamento valioso, porque la producción de aquel año había sido muy abundante y de una calidad mejor que la corriente; y porque llevaría, además, una caja de piedras preciosas.

Después de curiosear por todas partes, y cuando empezábamos a mostrarnos algo cortos, por miedo a causar molestias, nos dejó a cargo de una joven nacida en Inglaterra, pero que se había criado en la Indias Occidentales y que le servía de doncella. Esta joven era viuda de un suboficial de un regimiento de línea. Se había casado y enviudado en San Vicente, y sólo mediaron unos meses entre ambos acontecimientos. Era una mujercita de algún desparpajo, menuda de pie y de figura, pero bien parecida, y con una naricita respingona. Me dije entonces que era del tipo de mujeres que parecen invitaros a que las beséis, pero que os sueltan una bofetada si aceptáis su invitación.

No pude saber al principio cómo se llamaba, porque cuando me lo dijo, contestando a una pregunta mía, le entendí algo así como Belltott, y no me sonaba bien. Pero cuando ya adquirimos confianza (y eso ocurrió mientras Charker y yo bebíamos una sangría de caña de azúcar, que ella preparó de una manera excelente), me enteré de que su nombre de pila era Isabel, y que el apellido del suboficial difunto

era Tott. El nombre de Isabel lo habían abreviado, reduciéndolo a Bel; y como era una linda mujercita que parecía un juguete (en mi vida he visto otra que pareciese tan de juguete), le pusieron el nombre juguetón de Belltott. Y en la isla no la conocían con otro nombre.

Hasta el señor comisario Pordage (¡y ése sí que era un hombre serio!) la trataba oficialmente de señora Belltott. Pero de este señor comisario hablaré luego.

El capitán del falucho se llamaba Maryon, de modo que no era novedad alguna el que la señora Belltott nos dijese que la hermosa joven inglesa, soltera, se llamaba la señorita Maryon. Lo nuevo del caso fue que su nombre de pila era también Marion, Mariana Maryon. ¡La de veces que habré yo repasado esos dos nombres en mi pensamiento, igual que si formasen un verso! ¡Muchas, muchísimas!

Consumimos como buenos toda la bebida que se nos sirvió, y después nos despedimos, regresando a la playa. El tiempo era hermoso; el viento, escaso, igual, suave; la isla, un cuadro; el mar, un cuadro; el cielo, un cuadro. Hay en aquellas latitudes dos estaciones lluviosas al año. La una empieza más o menos hacia San Juan; la otra, una quincena después de la sanmiguelada. Estábamos entonces a primeros de agosto, de modo que había pasado ya del todo la primera de esas estaciones; toda la vegetación se hallaba en la plenitud de su lozanía y en lo mejor de su belleza.

—Lo pasan muy bien aquí —le dije a Charker, poniéndome otra vez de mal humor—. Esto es mucho mejor que la vida del soldado raso.

Habíamos ido a la playa con intención de charlar amistosamente con la tripulación del barco, que se hallaba acampada allí en barracas; nos acercábamos ya, caminando por la arena, a sus cuarteles, cuando vemos que el Rey Jorge Cristiano se acercaba desde el desembarcadero a trote de lobo, gritando:

—¡Eh, soo… dao!

Aquel bárbaro piloto mestizo quería decir soldado. He dicho ya que soy hombre sin instrucción, y pido al lector se muestre comprensivo si observa que soy hombre de prejuicios. Confieso que tengo uno. Quizá sea razonable, o quizá sea injusto; pero la verdad es que jamás me gustó nada de lo indígena, como no tuviese la forma de las ostras.

Por eso, cuando el Rey Jorge Cristiano, que me resultaba además individualmente antipático a la vista, vino al trote por la arena, glogloteando: «¡Eh soo… dao!», me entraron unos locos impulsos de dispararle un golpe de mi derecha. Sin duda alguna que lo habría hecho, si aquello no me hubiese expuesto a una reprimenda.

—¡Eh soo… dao! —dijo—. Mal asunto.

—¿Qué es lo que estás diciendo? —le grité.

—¡Eh soo… dao! —dijo él—. Barco hacer agua.

—¿Que el barco hace agua? —le pregunté yo.

—Sí —me contestó con un movimiento brusco de la cabeza, que parecía le había sido arrancada por un golpe de hipo, que es como accionan aquellos salvajes.

Miré a Charker, y tanto éste como yo oímos el ruido de las bombas que funcionaban a bordo del falucho, y vimos la señal que habían izado, y que significaba: «¡A bordo todos! ¡Se necesitan brazos de los que están en tierra!».

En un abrir y cerrar de ojos, echaron a correr por la orilla del agua algunos de los hombres que estaban con permiso, y el destacamento de marineros que había sido enviado para hacer frente a los piratas zarpaba ya en dos lanchas en dirección al falucho.

—¡Cuánto que lo siente el Rey Jorge Cristiano! —dice entonces aquel vagabundo de mestizo—. Rey Jorge Cristiano llorar como los ingleses.

Su manera de llorar al estilo de los ingleses consistió en meterse por los ojos los negros nudillos de sus dedos, ladrar como un perro y revolcarse de espaldas en la arena. Había que contenerse para no darle de puntapiés, pero yo grité a Charker la voz de mando:

—¡A paso ligero, Enrique!

Corrimos hasta la orilla del agua, y llegamos a borde del falucho.

No se sabe cómo, se le había abierto una brecha tal, que las bombas no conseguían agotar el agua; y entre el miedo de que se fuese al fondo en la caleta y el de que, aunque no se hundiese, se echasen a perder los suministros que traíamos para la colonia, si seguía subiendo el nivel del agua, reinaba a bordo una gran confusión. Así estábamos, cuando se oyó que llamaba desde la playa el capitán Maryon. Se había hecho llevar hasta allí en una hamaca, y tenía muy mal aspecto; pero insistió en que lo colocasen en pie; vi que salía de la orilla en un bote, sentado muy erguido en la cámara de popa, como si se encontrase perfectamente de salud.

Se realizó un rápido consejo y el capitán Maryon tomó en seguida la decisión de que debíamos poner todos inmediatamente manos a la obra para sacar primero el cargamento, y que, una vez hecho esto, era preciso sacar del falucho los cañones y demás materiales pesados, para llevarlo luego a remolque hasta encallarlo en la playa, carenarlo allí y cerrar la grieta. Se nos pasó lista (los del destacamento contra los piratas se ofrecieron voluntarios), se nos dividió en turnos, señalando tantas horas de trabajo y tantas de descanso, y nos pusimos a la tarea con toda nuestra energía. Al Rey Jorge Cristiano se le puso en el mismo grupo del que yo formaba parte (porque él lo solicitó), y empezó a trabajar con la misma voluntad que todos. A decir verdad, se puso a trabajar con tanto entusiasmo, que subió en mi buena opinión casi con tanta rapidez como el agua subía dentro del barco; y ésta aumentaba de nivel cada vez más de prisa.

El comisario señor Pordage guardaba en una caja esmaltada en colores negros y rojo, como esas en que se guarda en las casas el azúcar de cuadradillo, cierto documento, mediante el cual uno de los jefes de los mestizos, después de emborracharse y de hacer en el mismo algunos garabatos con tinta, había dado a los ingleses posesión legal de la isla. Por tener en su poder la caja aquella, obtuvo el señor Pordage su título de comisario.

También se le daba trato de cónsul, y él se llamaba a sí mismo el *Gobierno*.

Era un caballero anciano, muy tieso, muy altivo, sin una onza de grasa en el cuerpo, de carácter muy irritable y de color de piel muy amarillento. La comisada señora Pordage, considerando la diferencia de sexo, se le parecía muchísimo. El comisario señor Pordage llamaba a veces vicecomisario, y a veces cónsul delegado, al señor Kitten, un caballero de corta estatura, de aspecto juvenil, calvo, botánico y mineralogista, relacionado también con la mina (aunque todos lo estaban allí, en mayor o menor grado). En alguna ocasión se refirió también al señor Kitten, llamándolo *Subgobierno*.

Con los preparativos que se hacían para carenar el buque, empezó la playa a presentar un cuadro de gran animación, porque el cargamento, la arboladura, las jarcias y los toneles de agua estaban esparcidos aquí y allá; y con las velas y demás utensilios que podían plantarse en tierra y sujetarse, habíamos empezado a construir residencias provisionales para la gente de a bordo; en medio de ese ajetreo, se presenta, dando muestras de gran agitación, el comisario Pordage, y pregunta por el capitán Maryon. El capitán, enfermo como estaba, había hecho colgar su hamaca entre dos árboles, para poder dirigirlo todo desde allí; levantó la cabeza y contestó por sí mismo.

—Capitán Maryon —grita el comisario señor Pordage—, esto que hacéis no es una cosa oficial. Esto se sale de las normas.

—Señor —le dice el capitán—, ya dispuse todo para que el escribiente y el sobrecargo os comunicasen lo que ocurre, y os pidiesen la ayuda que pudieseis prestar, si es que podíais prestar alguna. Estoy muy seguro de que habrán cumplido debidamente con esos trámites.

—Capitán Maryon —le replica el comisario señor Pordage—, no ha mediado correspondencia escrita. No se han cruzado documentos, no se han registrado memorándums, no han quedado en los registros oficiales entradas y contrapartidas. Esto es una indecencia. Os conmino, señor, a que suspendáis todo hasta que se hayan hecho los trámites debidos, o de lo contrario intervendrá el Gobierno.

—Señor —dice el capitán Maryon, acalorándose un poco y mirando desde su hamaca—, entre que intervenga el Gobierno, o que mi barco se vaya al fondo, prefiero tener que hacer frente a lo primero.

—¿De veras, señor? —grita el comisario señor Pordage.

—De verdad —contesta el capitán Maryon, tumbándose de nuevo.

—Señor Kitten —dice el comisario—, mandad en el acto que me traigan mi levita diplomática.

En aquel momento vestía un traje de hilo; pero el señor Kitten salió corriendo a cumplir personalmente el encargo, y se trajo a la playa la levita diplomática, que era de paño azul, galoneada de oro, y con una corona en los botones.

—Señor Kitten —dijo Pordage—, os ordeno que, en vuestra calidad de vicecomisario y de cónsul delegado de esta isla, preguntéis al capitán Maryon, del

falucho *Cristóbal Cólon*, si va a obligarme a que me ponga esta levita.

—Señor Pordage —replicó el capitán Maryon, mirando otra vez desde su hamaca—, como os oigo perfectamente, os contestaré sin molestar a ese caballero. Me dolería muchísimo que os tomaseis la molestia de vestiros con esa levita, que os dará demasiado calor, y que lo hicieseis por culpa mía; pero si lo hacéis por gusto vuestro, podéis ponérosla con los faldones delante, con el forro hacia afuera, metiendo los pies por las mangas o sacando la cabeza de entre los faldones.

—Perfectamente, capitán Maryon —dice Pordage, con un arrebato furioso—. Perfectamente, señor. ¡Caigan las consecuencias sobre vuestra cabeza! ¡Señor Kitten, puesto que hemos llegado a tales extremos, ayudadme a ponérmela!

Una vez que hubo dado esa orden, se largó de allí metido en su levita y nos hizo tomar los nombres a todos; supe más adelante que el señor Kitten había escrito al dictado rimeros y rimeros de papel, yéndose en ello tiempo y dinero incalculable antes que estuviese acabado…, y que acabó, por último, perdiéndose todo.

Sin embargo, nosotros proseguimos alegremente nuestro trabajo, y el *Cristóbal Colón*, varado en la arena, parecía un pez enorme fuera del agua. Hallándose en aquel estado, se celebró un banquete, baile o función (o las tres cosas a la vez, para hablar con más propiedad) en honor del barco, de la tripulación de éste y de los demás forasteros. Creo que en aquella reunión conocí a todos los habitantes de la isla, sin dejar uno. Sólo me fijé de una manera especial en unos cuantos, pero experimenté un verdadero placer en ver a los niños en aquel rinconcito del mundo; los había de todas las edades y eran cal todos muy lindos (como suelen serlo casi todos los niños). Pregunté quién era una señora anciana muy hermosa, de ojos muy negros y cabellos blancos. Me dijeron que era la señora Venning, y me informaron de que Francis Fisher, una linda muñeca, era su hija casada. Parecía esta última una niña, aunque a sus faldas se agarraba una copia pequeñita de ella misma; su marido acababa de regresar de la mina y se mostraba muy orgulloso de su mujer. Formaban en conjunto una pareja muy bien parecida, pero no me gustaron.

Yo estaba malhumorado, y conversando con Charker no hacía sino sacarles faltas a todos. Le dije que la señora Venning era una orgullosa; que la señora Fisher era una chicuela frágil y tonta. Y este caballero, ¿qué me parecía? Sí, no estaba mal. ¿Y aquella señora?

Sí, no estaba mal. ¿Y qué otra cosa se podía esperar que fuesen (le pregunté a Charker), habiéndose criado en semejante clima, entre unas noches tropicales de clara luna, escuchando el tañir de instrumentos de música, viendo inclinarse ante ellos los grandes árboles, alumbrándose con lámparas de suave luz, entre el centelleo de los cocuyos, las flores y pájaros de vivos colores creados para recreo de sus ojos, las bebidas deliciosas al alcance de sus labios, las frutas deliciosas al alcance de sus manos y ellos y ellas bailando y diciéndose ternezas en una atmósfera perfumada, mientras el mar, rompiendo con suavidad en el arrecife, formaba un agradable coro?

—¿Que ellos y ellas son tipos magníficos, Enrique? —le dije a Charker—. ¡En

efecto! ¡Claro que sí! ¡Muñecos y muñecas! ¡Muñecos y muñecas! No son del tejido fuerte, para todo uso, que se produce en la vida de los soldados rasos de la Armada Real.

Sin embargo, no podía negar que eran gente muy hospitalaria, y que nos daban un trato extraordinariamente bueno. Asistíamos al festejo todos nosotros, y la señora Belltott no pudo atender a tantas parejas de baile como se le ofrecían, aunque no dejó de bailar en toda la noche. Por su parte, los marineros (fuesen de la tripulación del *Cristóbal Colón* o del destacamento contra los piratas) eran capaces de tomar de pareja para el baile a otro marinero, a la luna, a las estrellas, a los árboles, al paisaje, a todo. No simpaticé mucho con el oficial principal de aquel destacamento, hombre de ojos brillantes, cara morena y cuerpo ágil. No me hizo ninguna gracia su manera de comportarse cuando vino, trayendo de su brazo a la señorita Maryon, hasta donde estábamos nosotros, y ella le dijo:

—¡Oh capitán Carton, éstos son dos amigos míos! Y él contestó:

—¿De veras? ¿Estos dos marineros? —se refería a Charker y a mí.

—A ellos me refiero —dijo la señorita Maryon—. He sido la primera en enseñar a estos amigos míos todas las maravillas de la isla de La Plata.

El oficial nos miró sonriente, y dijo:

—Tenéis suerte, muchachos. Yo estaría dispuesto a que me rebajasen de grado, y a que me pasasen a proa mañana mismo, con tal de tener una guía como esta señorita para volver a subir. Tenéis suerte, muchachos.

Nosotros hicimos el saludo, y, cuando él y la señorita se alejaron bailando un vals, dije yo:

—¡Bueno estás tú para hablar de estar de suerte! ¡Puedes irte al diablo!

El comisario señor Pordage y la comisaria se exhibieron entre la concurrencia en aquella fiesta, igual que un rey y una reina de una Gran Bretaña mucho mayor que la actual Gran Bretaña. Sólo dos detalles de aquella noche de fiesta me produjeron suficiente impresión por separado. Uno fue éste: Cierto individuo llamado Tomás Packer, de nuestro destacamento de marinos, mozo alborotado y poco sereno (aunque era hijo de un respetable constructor de buques de Portsmouth Yard) bastante instruido y que había recibido una buena educación, se me acercó, después de una serie de bailes, me agarró del codo, me llevó aparte y me dijo, entre juramentos airados:

—¡Gill Davis, quiera Dios que el sargento Drooce no muera un día a mis manos!

Yo sabía que el tal sargento Drooce se había mostrado especialmente riguroso con aquel hombre, y sabía también lo arrebatado que era éste; por eso le dije:

—¡Tonterías! ¡No me hables a mí de ese modo! Si hay en el destacamento un hombre al que nadie podrá jamás llamar asesino, ese hombre y Tomás Packer son uno y el mismo.

Tomás se enjugó la cabeza, porque la tenía empapada de frío sudor, y dijo:

—Ojalá que así sea; pero no puedo responder de mi cuando me trata con el

despotismo que acaba de hacerlo delante de una mujer. Te lo repito, Gill, y ten muy en cuenta mis palabras. Mal lo va a pasar el sargento Drooce si alguna vez entramos juntos en combate, y se ve en la necesidad de esperar que yo lo salve. Si llega semejante momento, que rece una oración, porque todo habrá acabado para él, y estará ya en su lecho de muerte. ¡No olvides mis palabras!

Me acordé de ellas, y antes que pasase mucho tiempo, como podrá verse luego.

El otro detalle que llamó mi atención en aquel baile fueron la alegría y el afecto que demostró el Rey Jorge Cristiano. El ingenuo gozo de que el piloto mestizo estaba poseído, y la imposibilidad que tenía de demostrar adecuadamente a todos los miembros de la pequeña colonia, y muy especialmente a los niños y a las mujeres, todo el cariño que hacia ellos y ellas sentía, y la certeza de que les sería fiel en vida y en muerte, en la hora actual, en el futuro y siempre, me produjeron gran impresión. Aquella noche, cuando me acosté por fin para dormir, pensé que si existía hombre, entre los mestizos y entre los no mestizos, que merecía y que contaba con la confianza de todos, en un grado que podríamos calificar de completamente infantil y dulcemente bello, ese hombre era el piloto mestizo, el Rey Jorge Cristiano.

Acaso esto explique el que yo soñase con él. Se pegó a mi sueño diagonalmente, y no hubo manera de que lo echase fuera. Revoloteaba a mi alrededor, bailaba en torno mío, se asomaba a curiosear por encima de mi hamaca, aunque me desperté cincuenta veces y quedé amodorrado después de aquellos sueños. Por último, cuando abrí los ojos, lo vi en su propio ser, mirando hacia el interior desde el lado abierto de la pequeña choza oscura. Ésta había sido hecha de ramas, y la hamaca de Charker estaba colgada dentro, al lado de la mía.

—¡Soo… dao! —exclamó el mestizo, como croando suavemente—. ¡Eh!

—¡Hola! —exclamé yo, incorporándome sobresaltado—. ¿Cómo? Pero ¿estáis ahí?

—¡Sííí! —me contestó—. El Rey Jorge Cristiano tiene noticias.

—¿Cuáles son?

—¡Andan por ahí los piratas!

Me bastó un segundo para saltar al suelo. Y lo mismo hizo Charker. Sabíamos que el capitán Carton, que era quien estaba al mando de los buques, vigilaba constantemente la tierra firme en espera de una señal secreta, aunque, como es natural, no sabíamos cuál era ésta.

El Rey Jorge Cristiano se esfumó aun antes que nosotros pisáramos el suelo. Pero ya estaba pasando en voz baja de choza en choza la orden de que saliesen todos silenciosamente fuera. Teníamos la seguridad de que el ágil bárbaro había descubierto la verdad o algo que le andaba muy cerca. En un espacio situado entre los árboles que se alzaban detrás del campamento, que ocupábamos los forasteros, tanto marinos como del ejército, había un lugar bien oculto y resguardado, en el que guardábamos las provisiones del día y preparábamos la comida. La consigna que se dio fue la de reunirse allí. La orden fue dada rápidamente (por lo menos en nuestro grupo), y la dio

el sargento Drooce, que era hombre muy capaz desde el punto de vista militar, aunque fuese un déspota. Se nos ordenó que nos dejásemos caer uno a uno y en silencio en aquel lugar, detrás de los árboles. Y mientras nos reuníamos allí, también se iban reuniendo los marineros. Yo calculo que antes de diez minutos estábamos todos, salvo los hombres que montaban siempre la guardia en la playa.

Esta playa, que distinguíamos por entre los árboles, presentaba un aspecto igual que durante las horas más calurosas del día. La guardia estaba a la sombra del casco del falucho, y no se advertía otro movimiento que el apagado vaivén de las olas del mar. En las horas de gran calor se suspendía siempre el trabajo hasta que el sol perdía fuerza y se levantaba la brisa del mar; de modo, pues, que, mientras nosotros estábamos de fiesta, el aspecto de aquel lugar no había sufrido cambio alguno. Conviene saber que estábamos de asueto, siendo el primer día que descansábamos desde aquel en que dio principio nuestro duro trabajo. El baile de la noche anterior había sido celebrado con motivo de haberse reparado la avería y acabado de carenar el barco. Lo peor del trabajo estaba hecho, y al día siguiente íbamos a acometer la tarea de poner a flote al *Cristóbal Colón*.

Estábamos, pues, reunidos en aquel sitio los marinos armados. Los del destacamento de persecución de los piratas se hallaban juntos en otro lado. Los de la tripulación del *Cristóbal Colón* habían formado en sitio aparte. Los oficiales se colocaron en el medio de los tres grupos y hablaron de manera que todos les oyesen. El capitán Carton era quien estaba al mando de todos, y tenía un catalejo en la mano.

—¡Muchachos! —dijo el capitán Carton—. Tengo que haceros saber, para vuestra satisfacción: Primero, que al abrigo de una pequeña ensenada de la costa, y ocultos por el tupido ramaje de los árboles apretados, hay diez botes de piratas, bien tripulados y armados. Segundo, que saldrán seguramente de su escondite esta noche cuando se levante la luna, para emprender una expedición de saqueo y de asesinatos en algún lugar de la tierra firme. Tercero (¡que no aplauda nadie!), que nosotros saldremos en su persecución, y que si logramos darles alcance, libraremos de ellos al mundo, con la ayuda de Dios.

Nadie habló, que yo le oyese, y nadie se movió, que yo lo viese. Pero se percibía una especie de vibración, como si todos contestasen y diesen su conformidad con lo mejor de la sangre que corría por sus venas.

—Señor —dijo el capitán Maryon—, con vuestra venia, me ofrezco voluntario con mis botes para esa operación. Mi gente se ofrece voluntaria, hasta el último grumete.

—En el nombre y en servicio de su majestad —contesta el otro llevándose la mano al sombrero en forma de saludo—, acepto con placer vuestra ayuda. Teniente Linderwood, ¿cómo dividiréis a vuestra gente?

Yo sentí vergüenza, y quiero que se escriba con la letra más grande y más clara posible, sentí vergüenza en mi alma y en mi corazón por lo que había pensado de

aquellos oficiales, el capitán Maryon y el teniente Linderwood, cuando los vi en aquel lugar. El espíritu había vencido en aquellos dos caballeros a la enfermedad (a pesar de que yo sabía que ésta era grave), lo mismo que San Jorge venció al dragón. El dolor y la debilidad, la necesidad de sosiego y la necesidad de descanso, ocupaban tan poco lugar en sus almas como el temor. Quiero expresar ahora lo que sentí en aquel instante para que mi esposa lo escriba; y lo que sentí fue esto: «¡Oh pareja de compañeros valerosos contra los que yo había refunfuñado tanto! Estoy seguro de que, si os encontraseis a punto de muerte, retrasaríais ésta para levantaros y hacer cuanto pudieseis, y sería tan grande vuestra modestia que, al volver de nuevo a tumbaros para morir, ni siquiera diríais: "Fui yo quien lo hizo"».

Aquello me confortó; sí, me confortó.

Pero volvamos al punto en que íbamos. El capitán Carton le dice al teniente Linderwood:

—Señor, ¿cómo dividiréis a vuestra gente? Porque no hay sitio para todos; además, es necesario dejar aquí algunos hombres.

Hubo su poco de discusión sobre ese punto. Se decidió por último dejar en la isla ocho hombres de la Armada y cuatro tripulantes, además de los dos grumetes. Pensando que los mestizos amigos no necesitarían, en caso de peligro, otra cosa que el verse mandados (aunque, a decir verdad, nadie preveía allí peligro alguno), los oficiales fueron de opinión de que se dejase a los dos clases, el sargento Drooce y el cabo Charker. Éstos quedaron profundamente defraudados, lo mismo que yo…; pero la desilusión desapareció pronto. Los soldados rasos echamos a suertes, y yo saqué «Isla». Lo mismo le ocurrió a Tomás Packer. Y a otros cuatro más sin graduación alguna.

Arreglados estos detalles, se dieron instrucciones verbales a todos los soldados y marinos para que se mantuviese un secreto absoluto acerca de la expedición, con objeto de que no cundiese la alarma entre las mujeres y los niños, y para ahorrarse las inoportunidades de nuevos voluntarios. Todos volverían a reunirse en aquel mismo lugar a la hora del ocaso. Mientras tanto, disimularían, adoptando sus maneras habituales y dedicándose a sus tareas corrientes. Cuatro viejos marineros de confianza, mandados por un oficial, quedaron encargados de cuidar de las armas y municiones y de que todo estuviese a punto para ser empleado tan rápida y calladamente como fuese posible.

El piloto mestizo se había hallado presente en todo, por si eran necesarios sus servicios, y había asegurado, más bien quinientas veces que una, al oficial de mando, que Rey Jorge Cristiano no se pondría al lado de los soo… daos y cuidaría de las hermosas mujeres y de los hermosos niños. Se le hicieron algunas preguntas relacionadas con la operación de echar al agua los botes, y más concretamente, si no habría a la otra parte de la isla algún lugar a propósito para embarcar, cosa que hubiera preferido el capitán Carton, para luego costear y salir en diagonal hacia la tierra firme. Pero Rey Jorge Cristiano le contestó:

—¡No, no y no! Os lo he dicho ya diez veces. ¡No, no y no! Todo arrecifes, todo rocas, todos al agua, todos ahogados.

Y al decir esto, braceaba como nadador que se ha vuelto loco, se tiraba de espaldas al suelo seco y chapurreaba de una manera incoherente y afanosa hasta quedarse sin aliento realizando, en una palabra, una verdadera filigrana de actor.

Se puso el sol, después de un día que pareció larguísimo, y fue dada la orden de reunirse. Como es natural, se pasó lista, y todos estuvieron en su puesto. No era todavía noche cerrada, y se acababa justamente de pasar lista, cuando llegó el comisario señor Pordage luciendo su levita diplomática.

—Capitán Carton, señor, ¿qué significa esto? —preguntó.

—Esto, señor comisario, es una expedición contra los piratas. Es una expedición secreta, de modo que tendréis a bien no decir nada a nadie.

El capitán Carton lo trataba con mucha sequedad.

—Señor —dijo el comisario Pardage—, espero que no se llevará a cabo ningún innecesario derramamiento de sangre.

—Así lo espero, señor —contestó el oficial.

—No me basta con eso, señor —gritó el comisario Pordage, excitándose—. Capitán Carton, tened presentes estas instrucciones. El Gobierno os conmina a que tratéis al enemigo con mucha delicadeza, consideración, clemencia y tolerancia.

—Señor —le contestó el capitán Carton—, yo soy un oficial inglés, tengo bajo mi mando a soldados ingleses, y creo que no es probable que deje defraudadas las justas esperanzas del Gobierno. Pero creo que ya estaréis enterado de que estos criminales que militan bajo la bandera negra han despojado a nuestros compatriotas de sus riquezas, les han quemado sus casas, los han asesinado bárbaramente a ellos y a sus niños y han hecho algo peor que asesinar a sus mujeres y a sus hijas.

—Quizá lo sepa, capitán Carton, y quizá no lo sepa —contestó Pordage, acompañando sus palabras con un digno vaivén de la mano—. No es costumbre que el Gobierno diga lo que piensa.

—Importa poco, señor Pordage, que sea o no costumbre. Seguro de que he recibido mi mando por consentimiento divino, y que no lo he recibido de manos del diablo, lo ejercitaré seguramente procurando evitar todo sufrimiento innecesario, y con toda la posible rapidez, generosa de ejecución, para raer a esas gentes de la faz de la Tierra. Y permitidme que os aconseje que os retiréis a vuestra casa, resguardándoos del aire de la noche.

Y ya no volvió el oficial a dirigir una sola palabra al comisario, y se apartó de él para ir con sus hombres. El comisario se abotonó su levita hasta el cuello y dijo:

—Señor Kitten, acompañadme.

Jadeó, estuvo a punto de atragantarse, y se alejó de allí.

Para entonces era noche cerrada, y además oscurísima. Pocas veces, o nunca, he visto una noche más oscura, ni siquiera tan oscura. La luna no había de salir hasta la una de la madrugada, y eran poco más de las nueve cuando nuestros hombres se

tumbaron en el sitio donde estaban reunidos. Se había hecho la ficción de que tenían que descabezar el sueño, pero todos sabían que era imposible conciliarlo en tales circunstancias. Aunque todos estaban muy serenos, reinaba, sin embargo, entre la gente cierto desasosiego. Es algo así como lo que yo he observado entre los que presencian las carreras de caballos cuando ha sonado ya la campana para que los jinetes monten a caballo y la carrera que va a correrse es de las que tienen grandes premios.

A las diez se hicieron a la mar; se largaba cada vez un bote solo; le seguía otro con cinco minutos de intervalo; y ambos aguardaban con los remos horizontales hasta que llegaba el siguiente. El piloto mestizo, paleando sin hacer el menor ruido en su pequeña y extraña canoa, iba delante de todos, para sacarlos con seguridad fuera de los arrecifes. Sólo una vez se dejó ver una luz, y fue la mano misma del oficial de mando la que la manejó. En el momento de embarcar fui yo quien encendió la lámpara sorda que había de llevar a él, y de mi mano la tomó cuando ya estaba embarcado. Llevaban con ellos bengalas y otros artefactos por el estilo, pero se envolvieron en la oscuridad igual que un asesinato.

La expedición se alejó con asombroso silencio, y no tardó en regresar bailoteando de alegría Rey Jorge Cristiano.

—¡Ea, soo… daos! —exclamó en medio de convulsiones de un género bastante antipático—. Rey Jorge Cristiano está muy alegre, señor. Los piratas serán destrozados. ¡Ea! ¡Ea! Yo le contesté al caníbal aquel:

—Por muy alegre que estés, cierra la boca y no alborotes, ni bailes la giga, ni te des palmadas por ello en las rodillas, porque no te lo aguanto.

En ese momento estaba yo de centinela; los doce que quedábamos nos habíamos dividido en cuatro relevos de a tres, y de tres horas de guardia. Fui relevado a las doce. Un poco antes de esa hora, yo había dado el alto a alguien, y se presentaron allí la señorita Maryon y la señora Belltott.

—Buen Davis —me preguntó la señorita Maryon—, ¿qué pasa? ¿Dónde está mi hermano?

La puse al corriente de lo que ocurría, diciéndole dónde se encontraba su hermano.

—¡Que Dios le ayude! —exclamó entrecruzando sus manos y mirando a lo alto. (Estaba frente a mí, muy cerca, y ni que decir tiene que resultaba encantadora)—. ¡Pero si no se ha restablecido aún, si no está bastante fuerte para una lucha como ésa!

—Si lo hubieseis visto, señorita —le dije—, como lo he visto yo cuando se adelantó a ofrecerse voluntario, habríais comprendido que tiene en su espíritu fortaleza suficiente para cualquier lucha. Ese espíritu, señorita, llevará a su cuerpo allá donde lo llame el deber. Lo conducirá siempre a una vida con honor, o a una muerte valerosa.

—¡Que Dios os bendiga! —exclamó poniendo la mano en mi brazo—. Lo sé. ¡Que Dios os bendiga!

La señora Belltott me sorprendió porque temblaba y no decía una palabra. Aún seguía mirando al mar y escuchando, después que llegó el relevo. Como la noche seguía muy oscura, les pedí permiso para acompañarlas de vuelta a su casa. No tengo más remedio que hacer ahora una confesión que parecerá muy extraña. Después de despedirme de ellas, me tumbé de cara en la playa, y lloré por vez primera desde los tiempos aquellos en que asustaba a los pájaros en Snorridge Bottom, pensando en que yo no era sino un soldado raso, pobre, ignorante, de baja posición.

Fue sólo cosa de medio minuto. Un hombre puede perder alguna vez el dominio de sí mismo, y aquello sólo duró medio minuto. Me levanté del suelo y me dirigí a mi choza; me tumbé en la hamaca, y caí dormido con las pestañas aún húmedas, y el corazón traspasado de dolor. Exactamente igual que cuando yo era muchacho, y me habían tratado peor que de costumbre.

Dormí profundamente (como lo haría cualquier muchacho en semejantes circunstancias), pero mi corazón siguió tan dolorido durante el sueño como al dormirme. Me desperté, porque oí estas palabras: «Es un hombre muy resuelto». Había saltado de la hamaca, había empuñado mi mosquete de chispa, y estaba en pie en tierra, repitiendo yo mismo las palabras: «Es un hombre muy resuelto». Pero lo curioso del caso era que parecía que las repetía como si se las hubiese oído a alguien y me hubiese sobresaltado muchísimo al escucharlas.

En cuanto desperté del todo, salí de la choza y me dirigí a donde estaba el puesto de guardia. Charker me dio el alto:

—¿Quién vive?

—Un amigo.

—¿No eres Gill? —preguntó, echándose el fusil al hombro.

—Gil soy —contesté.

—Y ¿qué diablos andas haciendo fuera de tu hamaca?

—Hacía demasiado calor para dormir —le contesté—. ¿No hay novedad?

—¿Si hay novedad? —dijo Charker—. No, no, todo va por aquí bastante bien. ¿Por qué había de haber novedad? Lo que necesitamos saber es lo que les haya podido ocurrir a los botes. Fuera de los guiños de los coyuyos, y de los chapoteos de algunos animales grandes que se tiran al agua, no ocurre aquí nada que le aparte a uno el pensamiento de lo que haya podido ocurrir a los botes.

La luna brillaba sobre el mar. Haría media hora que se había levantado. Mientras Charker hablaba, vuelto de cara hacia el mar, yo, que miraba hacia tierra, le puse de pronto la mano sobre el pecho, y le dije:

—No te muevas. No te muevas. No levantes la voz. ¿No viste aquí la cara de un maltés?

—No. ¿Qué quieres decir? —me preguntó, con ojos de asombro.

—¿Ni has visto tampoco la cara de un inglés, tuerto y con un parche que le cruza la nariz?

—No… Pero ¿qué te pasa? ¿A qué viene todo eso?

Yo los había visto a los dos, asomando las caras por detrás de un tronco de cocotero, cuando les dio en ellas la luz de la luna. También había visto al piloto mestizo, apoyado con una mano en el tronco, que tiraba de ellos hacia atrás, y los metía en la sombra espesa. Yo había visto relampaguear y brillar las hojas de sus machetes, igual que reflejos de la luz de la luna en las aguas que la brisa hubiese arrastrado a tierra con su soplo, moviéndolos entre los árboles. Yo había visto todo aquello en un instante. Y en un instante vi también (como le habría ocurrido a cualquiera), que aquella expedición que los piratas iban a hacer sobre la tierra firme era nada más que una añagaza y una simulación; que se había echado aquel cebo a los botes para que se ausentasen de la isla, dejándola sin protección; en algún lugar secreto de la otra vertiente; que Rey Jorge Cristiano era un traidor e hipócrita, y un condenado rufián.

En ese mismo instante pensé que Charker era un hombre valeroso, pero de comprensión poco rápida y que el sargento Drooce, hombre de mucho mejor criterio, se hallaba cerca de allí. Me limité a decir a Charker:

—Me temo que nos ha traicionado. Vuélvete completamente de espaldas a la luna que brilla sobre el mar, y apunta al tronco del cocotero, que en esa forma quedará frente por frente de ti a la altura del corazón de un hombre. ¿Estás ya preparado?

—Lo estoy —dijo Charker, girando instantáneamente, y colocándose en posición, siempre con la serenidad de sus nervios de acero—; y el estar listo no es igual que estar desprevenido. ¿Es cierto eso, Gill?

En pocos segundos me presenté en la choza del sargento Drooce. Éste se encontraba profundamente dormido, y como tenía el sueño pesado, tuve que zarandearlo para que se despertase. Saltó instantáneamente de su hamaca, y se abalanzó sobre mí igual que un tigre. Lo era, en efecto, salvo en que en su momento de mayor acaloramiento sabía tan bien como cualquier hombre lo que se hacía.

Tuve que luchar de firme con él para que se le aclarase por completo la cabeza, y en un momento de respiro, durante nuestra lucha, le dije jadeante:

—¡Sargento, soy Gill Davis! ¡Nos han traicionado! ¡Hay piratas en la isla!

Estas últimas palabras le aclararon por completo el entendimiento, y me soltó. Yo aproveché para decirle:

—Hace un instante he visto dos.

Y le conté lo mismo que había contado a Enrique Charker.

Su cabeza de soldado, a pesar de sus tendencias tiránicas, lo vio todo claro en un momento. No malgastó palabras, ni siquiera en mostrar sorpresa, y dijo:

—Ordena a la guardia que se retire silenciosamente al interior del fuerte —llamaban fuerte a las construcciones que he descrito antes, porque formaban un cuadrilátero cerrado, aunque nada tenía de recinto fortificado—. Después de eso, te diriges al fuerte todo lo rápido que te permitan tus piernas, haces levantar de la cama a todo el mundo, y cierras el portal de entrada. Yo me encargo de conducir hasta allí a todos los que se encuentran actualmente en la Colina del Vigía. Si acaso nos cercan a

nosotros antes de que podamos reunirnos en el fuerte, deberás hacer una salida, y abrirnos camino si eso es posible. La consigna para nuestros hombres será ésta: «¡Las mujeres y los niños!».

Se precipitó fuera, igual que el fuego empujado por el viento corre sobre las cañas secas. Dio la alarma a los siete hombres que estaban descansando, y aun antes que estuviesen completamente despiertos, salió corriendo con ellos. Yo transmití las órdenes a Charker y corrí al fuerte como no he corrido jamás en toda mi vida; jamás, ni siquiera en sueños.

La puerta de entrada no se hallaba cerrada, ni tampoco los cierres que tenía eran fuertes, porque consistían en una doble tranca de madera, una cadena poco resistente y una mala cerradura. Eché estos cierres todo lo bien que era posible a una sola persona, y corrí inmediatamente a la parte del edificio en donde vivía la señorita Maryon. La llamé por su nombre a voz en grito hasta que contestó. A continuación hice lo mismo con los nombres que yo conocía: señora Macey (la hermana casada de la señorita Maryon), señor Macey, señora Venning, señor y señora Fisher, e incluso al señor y a la señora Pordage. Acto continuo grité: «Caballeros todos, arriba y a defender este lugar. Hemos caído en una emboscada. Los piratas han desembarcado. ¡Nos atacan!».

Al oír la palabra terrible de ¡piratas! estallaron en todos los lugares del edificio gritos y chillidos, porque aquellos criminales habían cometido en aquellos mares atrocidades tan grandes que no es posible ponerlas por escrito, y que a duras penas podría una persona imaginárselas. Se vio correr de ventana a ventana las velas encendidas, y con ellas corrieron los gritos, haciendo que los hombres, las mujeres y los niños bajaran volando a la plaza cuadrada del interior. También entonces me sorprendió la gran cantidad de cosas que es posible ver de una sola ojeada. Vi instantáneamente que la señora Macey venía hacia mí, llevando juntos a sus tres hijos. Vi que el señor Pordage, presa del mayor terror, intentaba en vano vestirse su levita diplomática; y que el señor Kitten ataba respetuosamente su propio pañuelo encima del gorro de dormir de la señora Pordage. Vi que la señora Belltott corría dando chillidos, que se acurrucaba en el suelo junto a mí, sé tapaba la cara con las manos, y quedaba reducida a un montón tembloroso de ropas. Pero lo que advertí con la mayor de las satisfacciones fue la mirada resuelta con que acudieron armados con las armas de que disponían aquellos hombres de la mina a los que yo había tomado por caballeros delicados. Todos ellos demostraban una serenidad y una resolución tan grandes como las que yo pudiera poner en defender mi vida…, sí, mi vida y mi alma, si era preciso jugarse ambas.

Como el personaje principal era el señor Macey, le puse al corriente de que los tres hombres de la guardia no tardarían en llegar a la puerta de entrada, si es que no se encontraban ya allí; le dije también que el sargento Drooce y los otros siete hombres habían ido para volver al fuerte con las personas que se hallaban fuera. A continuación le insté, por lo que más quisiera, a que no se fiase de ningún mestizo, y,

sobre todo, a que si Rey Jorge Cristiano se le ponía al alcance de la mano aprovechase la ocasión para mandarlo al otro mundo.

—Seguiré vuestro consejo al pie de la letra, Davis —dijo—. ¿Qué más?

Mi respuesta fue:

—Creo, señor, que debo aconsejaros que ordenéis se saquen de las casas los muebles pesados y los troncos de árboles que puedan transportarse, para levantar con ellos una barricada por la parte interior de la puerta.

—Tampoco eso está mal —dijo—. ¿Queréis verlo hecho?

—Ayudaré con mucho gusto en la tarea —le contesté—, mientras mi superior, el sargento Drooce, no me dé otras órdenes.

Me dio un fuerte apretón de manos, nombró a algunos de sus compañeros para que me ayudasen, y él se fue corriendo a preparar armas y municiones. ¡Era un caballero digno, rápido, valeroso, tesonero y expeditivo!

Uno de sus niños pequeños era sordomudo. La señorita Maryon se dedicó desde el primer instante a atender, calmar y vestir a los niños, porque los pobrecitos se vieron sacados súbitamente de sus camas; procuró hacerles creer que todo aquello era cosa de juego, y consiguió que algunos empezasen incluso a reír alegremente. Yo había estado trabajando de firme con los demás en la construcción de la barricada, y había levantado un buen parapeto dentro del túnel de entrada. Drooce y sus siete hombres habían regresado, acompañados por la gente que se hallaba en la Colina del Vigía, habiéndose puesto inmediatamente todos a trabajar con nosotros; pero yo no había hablado una sola palabra a Drooce, ni éste me había hablado a mí, porque ambos estábamos demasiado atareados. Estaba ya terminado el parapeto; de pronto vi que la señorita Maryon se hallaba junto a mí, llevando a un niño en sus brazos. Sus negros cabellos se hallaban sujetos en torno a su cabeza con una cinta. Los tenía muy abundantes, y ahora que se los había colocado de cualquier manera parecían aún más brillantes y más hermosos que cuando los llevaba cuidadosamente arreglados. Estaba muy pálida, pero extraordinariamente serena y tranquila.

—Mi bueno y querido Davis —dijo—, he buscado esta ocasión para hablaros unas palabras.

Me volví inmediatamente hacia ella. Creo que si me hubiesen pegado un balazo de mosquete en el corazón, y ella se hubiese encontrado cerca, me habría vuelto a mirarla antes de caer muerto.

—Esta linda criaturita —me dijo besando a la niña que tenía en brazos, y que jugueteaba con sus cabellos queriendo despeinarla—, no oirá lo que hablemos, porque no puede oír nada. Es tal la fe que tengo en vos, y tan grande mi confianza, que quiero me hagáis una promesa.

—¿Qué promesa, señorita?

—Quiero que me prometáis que si nos vencen, y veis seguro que voy a caer prisionera, me mataréis.

—Señorita, yo no estaré vivo para poder hacerlo. Antes habré muerto en defensa

vuestra. Para poner mano sobre vos, tendrán que pasar por encima de mi cadáver.

—Pero si estáis con vida, soldado valeroso, me mataréis. —¡Cómo me miró!— Y si no podéis salvarme viva de los piratas, me salvaréis muerta. Decidme que sí.

¿Qué hacer? Le dije que, en efecto, cumpliría con su mandato, en el caso de fallar todo lo demás. Entonces ella tomó en las suyas mi mano…, mi mano ruda y callosa… y se la llevó a los labios. La puso también en los de la niña, y la niña me la besó. Creo que desde aquel momento hasta el fin de la lucha tuve dentro de mí la energía de media docena de hombres.

Durante todo ese tiempo, el comisario señor Pordage andaba empeñado en redactar una proclama dirigida a los piratas para que depusiesen las armas y se marchasen de la isla; mientras pedía pluma y tintero con ese objeto, todos lo zarandeaban y tropezaban con él. También la señora Pordage manifestó curiosas ideas acerca de la británica respetabilidad de su gorro de dormir (que tenía tantos volantes superpuestos como si fuese una alcachofa blanca); por nada del mundo quería quitárselo, y se irritó mucho cuando las otras mujeres, que iban y venían llevando cosas de un lado a otro, se lo aplastaron; en una palabra, dio tanto trabajo como su marido. Pero al llegar el momento de formar en filas para defender el lugar, fueron echados a un lado sin ceremonia alguna. Colocamos a los niños y a las mujeres dentro de la pequeña trinchera que rodeaba el depósito de la plaza (temimos dejarlos en alguno de aquellos edificios poco sólidos, que podían ser incendiados) y lo arreglamos todo de la mejor manera posible. En cuestión de cantidad, no andábamos mal de espadas y machetes de calidad pasable. Fueron sacados todos. También disponíamos aproxi*madame*nte de una veintena de mosquetes de repuesto. Fueron también sacados. Con gran asombro mío, la menuda señora Fisher, que me había producido la impresión de que era una muñeca o un bebé, no solamente se mostró muy activa en aquella tarea, sino que se ofreció como voluntaria para cargar ella misma todas las armas de repuesto.

—Sé perfectamente cómo hay que hacerlo —dijo alegremente, sin el más pequeño temblor en la voz.

—Soy hija de un soldado y hermana de un marino, y también conozco esos menesteres —dijo la señorita Maryon, de la misma manera que la otra.

Aquellas dos hermosas y delicadas jóvenes se dedicaron, detrás de nosotros, con gran firmeza y afán, a manejar los fusiles, probando los pedernales, examinando los gatillos, y dando órdenes a otras mujeres para que fuesen pasándoles de mano en mano la pólvora y las balas; todo ello con la misma sangre fría que el mejor de los soldados veteranos.

El sargento Drooce había traído la noticia de que los piratas eran muy fuertes en número…; según su cálculo, pasaban del centenar…, y que no habían acabado aún de desembarcar; los había visto en muy buena posición al otro lado de la Colina del Vigía, esperando evidentemente que llegase el resto de la expedición. Era aquel el primer descanso que teníamos desde el momento de darse la alarma, y el sargento

daba estas noticias al señor Macey, que gritó de pronto:

—¡La señal! ¡Nadie ha pensado en la señal!

Nosotros no sabíamos que existiese ninguna señal, de manera que no podíamos haber pensado en ella.

—¿A qué señal os referís, señor? —preguntó el sargento Drooce, clavando una mirada penetrante en su interlocutor.

—En la Colina del Vigía hay una pila de leña. Si hubiese modo de prenderle fuego (cosa que no se hizo nunca hasta ahora) constituiría una señal de que estamos en peligro para las gentes de tierra firme.

Charker gritó en el acto:

—Sargento Droóce, encargadme de esa misión. Que vengan los dos hombres que esta noche hicieron la guardia conmigo; y prenderé fuego a la leña, si esto es posible.

—Y si no es posible, cabo… —le interrumpe Macey.

—¡Mirad a estas mujeres y a estos niños, caballero! —contesta Charker—. Preferiría arder yo mismo, antes que dejar de intentar esa posibilidad de salvarlos.

Estalló de nuestras bocas un ¡hurra! (sin cuidarnos de sus consecuencias), se le agregaron sus dos hombres, se le abrió la puerta, y Charker se deslizó fuera. Yo fui del grupo que abrió y cerró la puerta; en cuanto regresé a mi sitio, oí que la señorita Maryon decía a mis espaldas en voz baja:

—Davis, ¿queréis examinar esta pólvora? Creo que no está buena.

Volví la cabeza. ¡Otra vez estaba allí la mano de Rey Jorge Cristiano, y de nuevo nos encontrábamos traicionados! ¡Habían llevado agua del mar hasta el depósito de pólvora, estropeándola absolutamente toda!

—Un momento —dijo el sargento Drooce, cuando se lo conté, sin que esto le hiciese mover un solo músculo de la cara—: Mira la que tienes en tu saquito, muchacho. ¡Tú también, Tom Packer, maldito seas, mira la pólvora de tu saquito! Vosotros, marineros todos, examinad vuestro saquito.

También el astuto salvaje había manipulado en ellos, de una manera u otra; todos los cartuchos estaban inservibles.

—¡Vaya! —dijo el sargento—. Examinad los cartuchos que tenéis puestos en los mosquetes. Esos están bien, ¿verdad?

Sí; ésos al menos estaban bien.

—Muchachos y caballeros todos —dijo el sargento—; este asunto va a dilucidarse al arma blanca. ¡Mejor que mejor!

Se llevó a las narices un pellizco de polvo de rapé, y se irguió, cuadrado de hombros y ancho de pecho, a la luz de la luna…, que ahora brillaba plenamente…, tan sereno como si estuviese esperando el comienzo de una partida de juego. Permaneció en silencio, lo mismo que todos nosotros, durante algo así como media hora. En ese intervalo de tiempo observé yo, por los cuchicheos que se cruzaban entre la gente, lo poco que nos preocupaba la plata a nosotros que no éramos sus dueños, y lo mucho que pensaban en ella las personas a quienes pertenecía.

Al cabo de media hora, los que se hallaban de centinela en la puerta anunciaron que Charker y sus dos compañeros venían de retirada hacia nosotros, perseguidos por una docena de piratas.

—¡Que se haga una salida! ¡Que salga el grupo que defiende la puerta de entrada, al mando de Gill Davis, y que los traiga al interior! —dijo el sargento—. ¡Ea, como los buenos!

No tardamos mucho, y nos vinimos con los perseguidos. Pero Charker, agarrándose a mi cuello, para caer a mis pies en cuanto la puerta volvió a quedar cerrada, me dijo:

—¡Déjame aquí! No me lleves donde están las mujeres y los niños, Gill. Es mejor que no vean la muerte hasta que no tengan más remedio que verla. Demasiado pronto ocurrirá esto.

—¡Enrique! —le contesté, levantándole la cabeza—. ¡Camarada!

Estaba lleno de tajos por todas partes. El primer grupo de piratas que desembarcó tuvo buen cuidado de apoderarse de la señal; Charker tenía todo el pelo quemado, y la cara ennegrecida con el hollín que despedía una antorcha.

No se quejó del dolor, limitándose a decir con una sonrisa:

—Adiós, viejo camarada. Llegó la hora de mi muerte, y la muerte no es la vida, ¿verdad que no, Gill?

Después de ayudar a poner a un lado su pobre cadáver, regresé a mi puesto. El sargento Drooce me miró, con las cejas un poco levantadas. Yo le contesté que sí con la cabeza, y él entonces ordenó:

—¡Todos aquí, soldados y caballeros! Sobra uno en la línea.

Los piratas se hallaban ya tan cerca para entonces, que los más avanzados se habían detenido delante de la puerta. Fueron llegando muchos más, haciendo gran estrépito y vociferando. Cuando calculamos por el barullo que ya habían llegado todos, lanzamos tres vítores al estilo inglés. Los pobrecitos niños nos hicieron coro; se hallaban tan convencidos de que todo era cosa de juego, que disfrutaban con el barullo, y durante el silencio que se produjo a continuación les oímos palmotear. Nos habíamos formado de la siguiente manera, empezando por la retaguardia. La señora Venning, teniendo en sus brazos a su nieta, se hallaba sentada en los escalones de la pequeña trinchera cuadrada que rodeaba el depósito de la plata, animando y dando órdenes a las mujeres y a los niños, como pudiera hacerlo en el momento más feliz y despreocupado de su vida. Venía a continuación una línea de hombres armados, bajo el mando del señor Macey, que cubría toda la anchura de la plaza, mirando hacia el interior y volviendo las espaldas a la puerta de entrada, con objeto de no perder de vista los muros y evitar que nos atacasen por sorpresa. Había a continuación un espacio de ocho a diez pies de fondo, en el que se habían colocado las armas de repuesto y en donde la señorita Maryon y la señora Fisher, con las manos y las ropas ennegrecidas por la pólvora estropeada, trabajaban de rodillas, sujetando cuchillos, bayonetas viejas, y puntas de lanza, a las bocas de los inservibles mosquetes. Venía a

continuación otra segunda línea de hombres armados, bajo el mando del sargento Drooce, formados también a todo lo ancho de la plaza, pero de cara a la puerta. A continuación estaba el parapeto que habíamos hecho, con una brecha en zigzag por la que yo y mi pequeño grupo nos retiraríamos cuando ya no pudiéramos resistir más en la puerta de entrada. Sabíamos todos que nos sería imposible sostenemos mucho tiempo, y que nuestra única esperanza estribaba en que el personal de los botes advirtiese a tiempo la añagaza, y regresase.

Fui enviado hacia la puerta, junto con mis hombres. Por un agujero pude ver la muchedumbre de piratas. Había entre ellos malayos, holandeses, malteses, griegos, mestizos y negros ingleses escapados de presidio de las islas de las Indias Occidentales; entre estos últimos, descubrí al individuo tuerto y con la nariz cruzada con un parche. Había también algunos portugueses, y uno que otro español. El capitán era portugués, un hombrecito con grandes pendientes de aro en las orejas y con la cabeza cubierta por un sombrero de anchas alas; llevaba también ceñido alrededor de los hombros un chal grande y llamativo. Todos ellos iban fuertemente armados, pero como si marchasen al abordaje, con lanzas, espadas, machetes y hachas. Vi que llevaban una buena cantidad de pistolas, pero que no tenían ni siquiera un fusil. Esto me hizo comprender que ellos habían pensado que un tiroteo largo de mosquetería hubiera podido oírse desde tierra firme; comprendí también que no pegarían fuego al fuerte para quemarnos vivos por esa misma razón de que las llamas serían vistas desde el continente; sabido es que uno de los recursos favoritos que tienen los piratas para apoderarse de un lugar es el de prenderle fuego. Busqué entre los asaltantes al Rey Jorge Cristiano; de haberlo visto, y si no me equivoco mucho, le habría metido en la cabeza todo el plomo de mi cartucho; pero no se le veía por parte alguna.

Un portugués que parecía un demonio loco, o que estaba loco furioso o borracho furioso…, aunque todos parecían una cosa y otra…, se adelantó con la bandera negra, y la agitó un par de veces, después de lo cual el capitán portugués gritó en un inglés estridente:

—¡Oíd! ¡Estúpidos ingleses! ¡Abrid la puerta! ¡Rendíos! Como nosotros permanecimos callados en nuestro sitio, dijo algo que yo no comprendí a sus hombres, y acto continuo, el bandido inglés tuerto y con un parche (que se había adelantado cuando el portugués empezó a hablar), repitió sus palabras en buen inglés. Lo que dijo fue esto: «Muchachos de la bandera negra, esto hay que hacerlo de prisa. Apoderaos de cuantos prisioneros podáis. Si no se entregan matad a los niños para que cedan. ¡Adelante!». Acto seguido se abalanzaron hacia la puerta, y antes de medio minuto la empezaron a deshacer a golpes y hachazos.

Nosotros los acometimos por las brechas y agujeros, y derribamos a un buen número; pero hubiera bastado con el peso suyo para que se llevasen por delante la puerta, aunque hubiesen estado desarmados. No tardé en ver a mi lado al sargento Drooce, que nos formó a los seis que salimos con vida de aquella refriega; a mi lado

estaba Tomás Packer; el sargento nos dio órdenes de que cuando los piratas penetrasen en el túnel de entrada nos retirásemos tres pasos y les lanzásemos una descarga a corta distancia.

—Acto seguido los recibiréis a la bayoneta, resguardados por el parapeto, y que cada uno de vosotros ensarte por lo menos en su bayoneta a uno de esos malditos escarabajos.

Los detuvimos con nuestra descarga, a pesar de lo ligera que fue, y los detuvimos también en el parapeto. Sin embargo, treparon por encima de él como un enjambre de demonios, porque, real y verdaderamente, tenían más de demonios que de hombres…; y acto seguido nos trabamos en un cuerpo a cuerpo.

Manejamos nuestros mosquetes como mazas, y golpeamos a diestro y siniestro; aun en semejantes momentos, aquellas dos mujeres, siempre a mis espaldas, seguían serenas y preparadas para entregarnos armas de repuesto. Una cantidad de malteses y de malayos se habían lanzado contra mí, y de no haber sido porque la señorita Maryon me puso en la mano una espada de ancha hoja, mi vida habría acabado allí. ¿Eso fue todo lo que hizo? No. Por tres veces vi que una mata de cabellos negros sujetos por una cinta y un vestido blanco se interponía, bajo mi brazo derecho levantado, con peligro de que éste aniquilase a la portadora del vestido blanco, y las tres veces uno de los integrantes del grupo enemigo cayó muerto al suelo.

También Drooce estaba armado con un espadón, e hizo con él tales hazañas que se oyó un griterío en media docena de lenguas, de ¡matad a ese sargento!; yo lo comprendí, porque el grito fue dado en primer lugar en inglés, y repetido después en otras lenguas. Unos momentos antes había recibido yo un corte grave en mi brazo izquierdo; no me habría dado cuenta, a pesar de todo, aunque tuve la impresión de que me habían dado un golpe fuerte, de no haber empezado a sentirme débil, y si la sangre no me hubiese salpicado por todas partes; pero en ese mismo instante, vi que la señorita Maryon rasgaba su vestido y se ponía a vendarme el brazo ayudada por la señora Fisher. Llamaron a Tomás Packer, que se batía a mi lado, gritándole que me defendiese durante un momento mientras ellas me vendaban, porque de otra manera me desangraría mientras me defendía. Tom interrumpió inmediatamente su zafarrancho, y obedeció con un buen sable en la mano.

En aquel mismo instante (en situaciones como aquélla parece que todas las cosas ocurren en el mismo instante) se abalanzaron media docena de piratas entre grandes alaridos contra el sargento Drooce. El sargento retrocedió hasta quedar de espaldas a la pared, cortó para siempre uno de aquellos alaridos con un golpe terrible, y aguardó a los demás, con cara tan asombrosamente impertérrita, que sus atacantes se detuvieron y se le quedaron mirando. Tomás Packer gritó entonces:

—¡Míralo! ¡Yo podría libertarlo! ¡Gill! ¿No te dije que te acordases de mis palabras?

Yo supliqué a Tomás Packer en el nombre de Dios, con toda la fuerza que me permitía mi debilidad, que acudiese en ayuda del sargento. Tomás me contestó

sombrío e indeciso:

—Lo odio con todo mi corazón. Pero es un valiente —luego gritó—: ¡sargento Drooce, sargento Drooce! ¡Decidme que fuisteis demasiado severo conmigo, y que lo lamentáis!

Sin apartar sus ojos de sus atacantes, porque esto habría equivalido a una muerte instantánea, el sargento contestó:

—No. No lo diré.

—¡Sargento Drooce! —gritó Tomás en un acceso de angustia—. He jurado que no os libraría de la muerte si eso estaba en mi mano, y que os dejaría morir. Decidme que me habéis tratado con excesiva dureza y que lo lamentáis, y daré por nulo el juramento.

Uno de los del grupo atacante abrió de un tajo la calva cabeza del sargento. Éste le devolvió el golpe tumbándolo muerto.

—Escúchame —dijo el sargento, jadeante y a la espera de verse atacado por otro —, no lo haré. No lo haré. Si no eres lo bastante hombre para luchar por un camarada que necesita ayuda, por el solo hecho de ser camarada, me iré al otro mundo y tu acción me hará aparecer mejor.

Tomás se abalanzó sobre los atacantes, y libertó al sargento. Ambos se abrieron camino por entre otro grupo de piratas, haciéndolos huir, viniendo luego hacia donde yo estaba; en ese momento empecé de nuevo a tener conciencia, con una alegría indecible, de que yo llevaba una espada en la mano.

Apenas se habían reunido con nosotros, cuando, por encima de los demás ruidos, oí un alarido tremendo de voces de mujer. Vi también a la señorita Maryon que, con una expresión de cara totalmente nueva en ella, tapaba con sus dos manos los ojos de la señora Fisher. Miré hacia el depósito de plata, y vi a la señora Venning, erguida en lo alto de los escalones de la trinchera, con su cabellera blanca y sus ojos negros, esconder detrás de ella a la niña de su hija, cubriéndola con los pliegues de su ropa, dar una bofetada con la otra mano a un pirata, y caer al suelo herida por el pistoletazo de éste.

Volvió a repetirse aquel alarido, y hubo un abalanzarse terrible y confuso de mujeres en medio de la lucha. Un momento después cayó desde arriba sobre mí algo que pensé que sería el muro. Era un gran grupo de mestizos que habían saltado desde el mismo; cuatro hombres se agarraron a mis piernas como serpientes, y uno de los que lo hicieron a mi pierna izquierda era el Rey Jorge Cristiano.

—Eh, so… dao —gritó—, Rey Jorge Cristiano se alegra mucho de haceros prisionero. ¡Cuánto tiempo llevaba Rey Jorge Cristiano esperando apoderarse del so… dao! ¡Eh, eh!

¿Qué podía hacer yo con veinticinco hombres encima de mí, sino dejarme atar de pies y manos? Atado de esa manera quedé. Todo había terminado…, los botes no regresaban…, todo estaba perdido. Cuando me tuvieron bien atado, me colocaron en pie contra la pared, y el presidiario tuerto inglés se acercó a echarme un vistazo con el

capitán portugués, y me dijo:

—¡Aquí tenemos al hombre valeroso! Si hubieseis dormido anoche más profundamente, habríais dormido vuestra más profunda última noche, hombre valeroso.

El capitán portugués se rió fríamente, y me golpeó, como si trazara la señal de la cruz en un arbolito con el que estuviera jugando; me dio con la parte plana de la hoja de su machete, primero en la frente, luego en el pecho, y en el brazo que tenía herido. Yo le miré a la cara con firmeza, sin bajar los ojos ante su mirada (me siento feliz recordándolo); pero cuando se marcharon de allí, caí al suelo, y allí quedé tendido.

El sol estaba ya alto en el cielo cuándo me despertaron diciéndome que marchase hacia la playa para embarcarme. Me dolían todos los miembros y articulaciones, y al principio no recordaba bien lo ocurrido; pero no tardé en recordarlo todo. Los muertos yacían desparramados por toda la playa, los piratas estaban enterrando los cadáveres de los suyos, y llevándose a los heridos en parihuelas improvisadas hasta la otra vertiente de la isla. En cuanto a nosotros, los prisioneros, algunos botes de los piratas habían llegado bordeando la isla, hasta la ensenada habitual, para llevarnos de allí. Cuando llegué a la playa, pensé que quedábamos unos pocos desdichados; esto era otra prueba de que habíamos combatido bien, y de que habíamos producido muchas pérdidas al enemigo.

El capitán portugués había hecho embarcar a las mujeres en el bote que mandaba él mismo, y cuando llegué a la orilla del mar éste acababa de apartarse de tierra. La señorita Maryon se hallaba sentada a un lado del capitán portugués; me dirigió una rápida mirada, en la que había un valor tan sereno, una compasión y una confianza tan grandes como los que tenía hacía cosa de una hora. Al otro lado del capitán se hallaba la pobrecita Fisher llorando por la muerte de su hija y de su madre. Me tiraron al mismo bote en que iban Drooce, Packer, con los marineros de nuestro grupo; habíamos perdido dos de éstos, además de Charker, mi querido y valeroso camarada. Bajo los rayos abrasadores del sol, hicimos todos una travesía melancólica hasta el Continente. Desembarcamos en un lugar solitario y nos pasaron revista sobre la arena de la playa. Hallábanse con nosotros el señor y la señora Macey con sus hijos, el señor y la señora Pordage, el señor Kitten, el señor Fisher y la señora Belltott. En total éramos sólo catorce hombres, quince mujeres, siete niños. Éramos todo lo que quedaba de aquella colonia de ingleses que la noche anterior se habían acostado, felices y ajenos a todo recelo, en la isla de La Plata[4].

[Dickens no escribió el segundo capítulo y es omitido en esta edición. En él los prisioneros en primer lugar rescatan el tesoro abandonado en la Isla y luego logran escaparse de los Piratas.]

CAPITULO III

Las almadías en el río

Conseguimos mantenernos a flote toda aquella noche, y como la corriente que nos arrastraba era fuerte, logramos deslizarnos hasta muy abajo en el río. Pero descubrimos que la noche era peligrosa para navegar, por los rabiones y remolinos; en su consecuencia, resolvimos al día siguiente que todos los días, a la hora del ocaso, nos acercaríamos a la orilla, para desembarcar y acampar en tierra. Como no sabíamos que los piratas dispusiesen de botes, allá en la prisión de los bosques, nos deteníamos a descansar en la ribera opuesta del río, a fin de tener siempre entre nuestro sueño y nuestros perseguidores la anchura del río.

Estábamos convencidos de que si los piratas conocían algún atajo a campo traviesa hasta la desembocadura de aquel río, subirían por éste en gran número y que nos volverían a prender para matarnos, si podían; pero que, si no era así, y que si el río no pasaba por alguno de sus establecimientos secretos, quizá podríamos escapar.

Cuando digo que decidimos esto o lo otro, no quiero decir que planeásemos nada con la seguridad de lo que pudiera ocurrirnos una hora después. Eran tantas las cosas que nos habían sucedido en una noche, y tan grandes los cambios que de una manera violenta y súbita había sufrido la vida de muchos de nosotros, que acabamos por acostumbrarnos mejor a la incertidumbre en poco tiempo, que lo que suelen acostumbrarse la mayoría de las gentes en el transcurso de sus vidas.

Las dificultades en que nos vimos pronto, debido a las desviaciones y a las corrientes entrecortadas del río, nos hicieron ver, con tanta claridad y amplitud, como el sol del mediodía, que era muy probable que pereciésemos ahogados (aun sin tener en cuenta la posibilidad de que los piratas volviesen a apoderarse de nosotros). Pero todos nosotros trabajamos de firme en dirigir las almadías, bajo el mando de los marineros (aunque yo opino que jamás habríamos logrado con nuestra propia habilidad el evitar que volcasen); también trabajamos de firme en reparar los defectos, debidos a la rapidez con que las habíamos construido, defectos que el agua descubrió muy pronto. Nos resignamos humildemente a ir al fondo del río, si tal era la voluntad de nuestro Padre que está en los Cielos; pero resolvimos también humildemente poner a contribución todo lo mejor que había en nosotros.

Seguimos, pues, nuestro viaje, deslizándonos con la corriente. Ésta nos arrastró primero hacia una orilla, luego hacia otra; nos ladeó, nos hizo girar en sus remolinos, pero siguió llevándonos adelante; unas veces con excesiva lentitud, otras con demasiada rapidez, pero seguía llevándonos adelante.

Mi pequeño sordomudo dormía ahora mucho, cosa que también les ocurría a

todos los demás niños. Era muy poca la molestia que daban a nadie. Me produjeron la impresión de que todos ellos empezaban a parecerse los unos a los otros, no sólo en la tranquilidad de sus maneras, sino también en las facciones. El movimiento de la almadía era casi siempre igualmente monótono; el paisaje era también monótono, como también el suave murmullo de la corriente y del roce del agua; todo esto amodorraba a los niños, como pudiera hacerlo el canturreo monótono de la misma canción. Idénticas cosas producían efectos idénticos en las personas mayores, a pesar de que trabajaban rudamente, presas de la mayor ansiedad. Los días se parecían de tal manera unos a otros, que por mi parte perdí pronto la cuenta de los mismos, y solía preguntar a la señorita Maryon, pongo por caso, si era el tercero o el cuarto día. La señorita Maryon llevaba un libro de notas y un lápiz, encargándose de redactar el libro de a bordo; es decir, que llevaba un pequeño Diario, bien redactado, del tiempo y de las distancias que nuestros marineros calculaban que llevábamos recorridas al llegar cada noche.

De este modo, como digo, nos mantuvimos a flote y avanzamos río abajo. Durante el día, y todos los días, agua, bosques y cielo; durante todo el día, y cada día, el constante vigilar de las dos orillas del río y un otear en cada recodo y vuelta por si descubríamos indicio alguno de botes de piratas o de residencias de piratas. De este modo, como digo, nos mantuvimos a flote y nos deslizamos río abajo. Pasaban los días insensiblemente, hasta el punto de que apenas podía yo creer a mis oídos cuando pregunté:

—¿Cuántos días llevamos, señorita?

Y ella me contestó:

—Siete.

Como es natural, la levita diplomática del señor Pordage se hallaba ya en un estado tal como no lo había estado jamás hasta entonces. Entre el barro del río, el agua del río, el sol, el rocío, los rasguños de los arbustos y de los bosquecillos, le colgaba por todas partes en harapos descoloridos igual que una aljofifa. El sol había trastornado un poco al señor Pordage. Le dio por sacar brillo constantemente a un determinado botón, que a duras penas se sostenía en su puño izquierdo, y por pedir recado de escribir. Supongo que el hombre aquel pidió en veinticuatro horas más de mil veces plumas, tinta, papel, balduque y lacre. Se le había metido en la cabeza que jamás saldríamos de aquel río si antes no poníamos nuestra firma en una solicitud reglamentaria; cuanto mayor empeño poníamos en hacer navegar a nuestras almadías, con más seriedad nos conminaba a que, si las tocábamos, lo hiciésemos a nuestro propio riesgo, y con más energía bramaba pidiendo recado de escribir.

También la señora Pordage se obstinó en llevar su gorro de dormir. Dudo de que hubiese nadie excepto nosotros, que llevábamos día a día la cuenta de la transformación de aquella prenda, que fuese capaz entonces de decir para qué servía. Se había quedado tan pelado y en jirones, que casi no la dejaba ver. Estaba tan sucio, que no creo que ningún espectador fuese capaz de decir si era un trozó de materia

vegetal extraído de un pantano, si se componía de hierbajos sacados del río o si era la almohadilla de carga de algún mozo de cuerda inglés. Sin embargo, aquella desdichada anciana se hallaba convencida de que su gorro de noche no era solamente de una gran distinción, sino que era la prenda que correctamente debía llevar en tales circunstancias. Se consideraba realmente superior a las restantes señoras, que no disponían de gorro de dormir, y que se veían obligadas a atarse los cabellos como podían. Era asombroso ver cómo hacía sentir esa superioridad suya.

No sé a qué se parecía aquella señora, sentada con su bendito gorro de dormir sobre un tronco de árbol, en la parte exterior de la choza o camarote de nuestra almadía. De no haber sido por su continente majestuoso, yo le habría encontrado bastante parecido con una de aquellas adivinadoras de uno de tantos libros como solían exhibirse en los escaparates de las librerías cuando yo era niño. ¡Dios me valga! La verdad es que no existe en el mundo cuadro comparable al que ofrecía cuando dormitaba amodorrada, con la cabeza envuelta en aquel puñado de trapos. No se hablaba sino con tres de sus compañeras de infortunio, porque algunas de ellas se habían atrevido a pasar por delante de ella cuando entraban o salían de aquella choza lamentable y otras no se habían presentado a ofrecerle sus respetos o cosa por el estilo. Y allí seguía, sentada, solemne y de gala, con su esposo, sentado también en el mismo leño y dándonos órdenes de que dejásemos que la almadía se hundiera, pero que le trajésemos su recado de escribir.

En ocasiones bastante frecuentes, nuestro avance río abajo no tenía nada de silencioso, entre el barullo que armaba el comisario señor Pordage y los gritos del sargento Drooce en la popa (gritos que en ocasiones Tomás Packer no podía aguantar en silencio). Sin embargo, no podía ponerse en duda que era de gran importancia el que nadie pudiese oírnos desde los bosques y las riberas. Con toda seguridad que nos andaban buscando y que podían apresarnos de nuevo en cualquier momento. Era la nuestra una situación angustiosa, una situación verdaderamente muy angustiosa.

La séptima noche de nuestro viaje en la almadía atracamos, como era habitual, a la orilla del río contraria a aquella de la que habíamos huido, y lo hicimos en el lugar más oscuro que pudimos encontrar. Poco tardamos en plantar nuestro pequeño campamento; cenamos, y los niños se quedaron dormidos. Se puso la guardia y se tomaron todas las disposiciones para pasar la noche con seguridad. ¡Qué noche más estrellada, qué cielo tan azul y qué lobreguez en los lugares sombreados junto a la orilla del gran río!

Desde la noche del ataque aquellas dos mujeres, la señorita Maryon y la señora Fisher, se habían mantenido siempre cerca de mí. El señor Fisher, que trabajaba de modo incansable en las tareas de la almadía, me había dicho:

—Mi querida mujercita, que se ha quedado sin su hija, os ha tomado tal afecto, Davis, y vos sois un compañero tan cariñoso y al mismo tiempo tan valiente, que de verdad que se quita un peso de encima sabiendo que se halla bajo vuestra protección.

(He repetido lo de valiente, porque todas las personas de nuestro grupo habían

adoptado ese calificativo que me dio el inglés tuerto y porque en esta ocasión lo empleó el señor Fisher, únicamente por esto).

Yo le dije:

—Vuestra esposa tiene alguien que la cuida mejor que yo, puesto que es la señorita Maryon quien se ha hecho cargo de ella; pero podéis estar seguro de que seré para las dos un guardián fiel y leal.

Él me contestó:

—Confío en ello, Davis, y ojalá que toda la plata de nuestra querida isla fuese vuestra.

Como he dicho, la séptima noche, estrellada, plantamos nuestro campamento, cenamos, pusimos nuestras guardias, y los niños se durmieron. Resultaba una escena solemne y hermosa en aquellos parajes agrestes y solitarios, el ver cómo todas las noches se arrodillaban antes de acostarse, bajo el manto brillante del firmamento, y rezaban sus breves oraciones en los regazos de las mujeres. Cuando las inocentes criaturas se ponían en pie, nosotros murmurábamos todos a una: «¡Amén!».

Porque, a pesar de que no habíamos oído lo que ellos rezaban, teníamos la certeza de que nos resultaría de ello un bien a todos.

En ese momento, como es muy natural, aquellas pobres madres del grupo que habían visto muertos a sus hijos derramaban abundantes lágrimas. Me pareció que si bien la escena les hacía llorar, parecía servirles también de consuelo; pero, esté yo en lo cierto o me equivoque, el hecho es que lloraban mucho. Aquella séptima noche, la señora Fisher lloró tanto por la hija querida que había perdido, que acabó durmiéndose entre lágrimas. Yo les preparaba a las dos mujeres la mejor cama que me era posible; dormía la señora Fisher en su pequeño lecho de hojas y otros objetos por el estilo, y la señorita Maryon, que le había echado la ropa encima, se mantenía a su lado, con la mano de aquella señora en la suya. Las estrellas las miraban desde el cielo. Yo velaba por ellas.

—¡Davis! —dijo de pronto la señorita Maryon. (No voy a describir su voz, porque me sería imposible, aunque lo intentase).

—Estoy aquí, señora.

—El ruido de las aguas parece indicar que el río viene crecido esta noche.

—En opinión de todos nosotros, señorita, nos estamos acercando al mar.

—¿Creéis ahora que podremos salvarnos?

—De verdad, señorita, que ahora sí lo creo.

Yo siempre había dicho que lo creía; pero allá en mi interior estaba dudoso.

—¡Qué alegría la vuestra, mi buen Davis, cuando veáis de nuevo a Inglaterra!

He de hacer otra confesión que quizá parezca extraordinaria. Cuando ella pronunció estas palabras, sentí un ahogo en la garganta; las estrellas hacia las que dirigí la mirada me producían la sensación de que se quebraban en chispas, que éstas llovían sobre mi cara y me quemaban.

—Inglaterra, señorita, no es para mí gran cosa; poco más que un nombre.

—¿Cómo es posible que diga eso un inglés tan verdadero como vos? ¿Es que no estáis bien esta noche, Davis?

Esto lo dijo con gran afecto y cambiando rápidamente el tono de la voz.

—Estoy muy bien, señorita.

—¿Lo decís de verdad? Vuestra voz suena en mis oídos como si estuviese alterada.

—No, señorita; me siento más fuerte que nunca. Pero Inglaterra no significa nada para mí.

La señorita Maryon permaneció callada tan largo rato que creí que había renunciado a hablar conmigo por el momento.

Pero no era así, porque al rato me dijo con voz clara y limpia:

—No, buen amigo; no debéis decir que Inglaterra no significa nada para vos. Todavía será mucho, sí… Lo será todo para vos. Tenéis que llevar, de vuelta a Inglaterra, el buen nombre que habéis ganado aquí y la gratitud, el afecto y el respeto a que os habéis hecho acreedor. Y debéis hacer a alguna buena muchacha inglesa muy feliz y muy orgullosa casándoos con ella; ya llegará día en que yo la conozca y haga que se sienta más feliz y más orgullosa, relatándole qué nobles servicios prestó su marido cuando estuvo en Sudamérica y qué noble amistad me demostró a mí.

Aunque me dijo estas afectuosas palabras adoptando un tono alegre, su voz estaba impregnada de compasión. Yo me callé. Parecerá también otra confesión más sorprendente el que diga que toda aquella noche me la pasé caminando de un lado para otro, al alcance de su llamada, sintiéndome un hombre desgraciado y censurándome sin cesar. «Eres un hombre tan ignorante como el que más; eres un hombre tan oscuro como el que más; eres un hombre tan pobre como el que más; no eres mejor que el barro que pisan tus pies». Así es como pasé el tiempo increpándome hasta el amanecer.

Con el día llegó el trabajo cotidiano. Yo no sé qué habría sido de mí sin el trabajo. Otra vez subimos a las almadías a la hora de siempre y otra vez avanzamos río abajo. Éste era más ancho y estaba más limpio de obstáculos, pareciendo como que corría con mayor velocidad. Fue aquél uno de los días en que Drooce permaneció tranquilo; en cuanto al señor Pordage, además de mustio, se había quedado casi sin voz; avanzamos mucho e hicimos poco ruido.

En la proa de la balsa iba siempre un marinero de vigía muy despierto. De pronto, cuando mayor era el calor del día, dormitaban los niños, y hasta los árboles y los cañaverales parecían amodorrados; el vigía…, que era Short, extendió la mano y exclamó con gran precaución:

—¡Cuidado! ¡Se oyen voces enfrente!…

En cuanto pudimos dominar nuestra almadía, la sostuvimos contra la corriente, y la otra hizo lo propio. EL señor Macey, el señor Fisher y yo mismo, no oímos nada al principio; a pesar de ello, los dos marineros que iban en nuestra almadía afirmaron que oían voces y ruido de remos. Sin embargo, después de un breve silencio,

convinimos todos en el pensamiento de que, en efecto, oíamos ruido de voces y chapoteo de remos. Pero en aquellas latitudes se oyen los ruidos desde gran distancia; además, el río formaba delante de nosotros un gran recodo, y no se veía nada fuera de las aguas y de las riberas iguales a las que nuestra mirada anhelante había visto por espacio de ocho días (ocho días que para nuestra sensibilidad hubieran sido lo mismo ochenta).

Pronto llegamos a tomar la resolución de desembarcar a un hombre para que éste se escabullese por el bosque a fin de descubrir quiénes eran los que se acercaban y dar aviso a las almadías. Éstas se mantendrían, entretanto, en el centro del río. El hombre que se encargaría de la exploración sería desembarcado de una de las almadías en vez de tirarse al agua y ganar a nado la orilla, porque con lo primero se ganaba tiempo. La almadía, después de dejarlo en la orilla, volvería a situarse en el centro del río, junto a la otra, de la mejor manera que pudiese, hasta que el explorador hiciese las señales. En caso de peligro, este hombre se las arreglaría como pudiese hasta que fuese posible reembarcarlo sin peligro. Yo me ofrecí voluntario.

Sabíamos que las voces y los remos tenían que avanzar con lentitud a contra corriente; y nuestros marineros sabían, por la configuración de la corriente de las aguas, al abrigo de qué orilla iban a llegar. En su consecuencia, me desembarcaron en la orilla conveniente. La almadía, después de dejarme en tierra, se apartó sin dificultad río adentro y yo me metí en el bosque.

El calor era espantoso y el abrirse paso suponía toda clase de fatigas. Tanto mejor para mí, porque yo necesitaba luchar con algo. Acerté el camino en línea recta para salvar el recodo del río y volví a salir a la orilla otra vez; me escondí y esperé. Ahora sí que oía con claridad el chapoteo de los remos, pero ya no se oían las voces.

El ruido de los remos llegaba rítmicamente hasta mi escondite. Me pareció que su compás era éste:

—¡Rey… Jor… ge…! ¡Rey… Jor… ge! ¡Rey… Jor… ge…! —así una y otra vez, con un compás idéntico.

Tuve tiempo también para decidir que, si se trataba de los piratas, podría lanzarme al agua y llegar a nado hasta la almadía (salvo que me pegasen un tiro), a pesar de mi herida; lo haría una vez que diese la alarma y ocuparía mi puesto de antes junto a la señorita Maryon.

¡Rey… Jor… ge…! ¡Rey… Jor… ge…! ¡Rey… Jor… ge…! —más cerca ahora, ya muy cerca.

Examiné el ramaje que me rodeaba para ver dónde corría menos peligro si me lanzaban una lluvia de balas; me volví también para examinar la huella que había dejado al abrirme camino. Estaba ya preparado y completamente listo para lo que viniere.

—¡Rey… Jor… ge…! ¡Rey… Jor… ge…! ¡Rey… Jor… ge…! ¡Rey… Jor… ge…!

«Aquí están», me dije.

—¿Quiénes eran? ¿Eran los bárbaros piratas, escoria de todas las naciones, mandados por hombres como aquel mono de portugués repugnante y el presidiario inglés tuerto, con la cara cruzada por una cicatriz, al que yo hubiera debido rebanarle su criminal cabeza? ¿Eran los hombres más malvados del mundo, elegidos para llevar a cabo las hazañas más crueles y más atroces que lo han manchado jamás? ¿Era la muchedumbre ululante, asesina, enloquecida, borracha, de demonios que, enarbolando la bandera negra, nos había vencido gracias a su número y a la traición? No. ¡Eran ingleses que tripulaban botes ingleses! ¡Hombres con chaquetillas azules y guerreras encarnadas…, marinos a los que yo conocía y marinos que conocían a los de nuestras almadías! En el timón del bote primero venía el capitán Carton, resuelto y anhelante. En el timón del bote segundo, el capitán Maryon, valeroso y audaz. En el timón del tercer bote, un viejo marinero, en cuyo rostro, que parecía el mascarón de proa de un barco, estaba tallada la resolución vigilante. Todos los hombres iban armados de pies a cabeza con dos o tres armas. Todos los hombres, entregados cada cual a su tarea, poniendo en su decisión el corazón y el alma entera. Todos los hombres, oteando cualquier rastro de amigó o de enemigo y ardiendo en ser los primeros en prestar socorro o tomar venganza. Todos los hombres, con el rostro encendido, así que me vieron a mí, el compatriota suyo al que sabían prisionero, me saludaron con vítores mientras el bote del capitán Carton venía hacia la orilla y me tomaba a bordo.

En seguida les informé:

—¡Todos salvados, señor! Todos bien y seguros, aquí cerca.

¡Dios me valga… y Dios les valga a ellos! ¡Qué vítores recibí! Mientras me pasaban de los brazos del uno a los del otro hasta la proa del bote me sentí desfallecer. Unos me daban palmadas en la espalda, otros me agarraban de alguna manera en el momento de pasar a su lado.

—¡Ánimo, mi valiente muchacho! —dijo el capitán Carton, dándome palmadas en el hombro como a un amigo y ofreciéndome un frasco—. Llévate esto a los labios y te volverá el color a ellos. Y ahora, muchachos, ¡adelante!

Las orillas pasaban volando a ambos lados de nosotros igual que si fuésemos arrastrados por la corriente del río más impetuoso; y así era, en efecto, porque aquellos hombres iban arrastrados por el caudal de su entusiasmo y de su alegría. Las orillas volaban a ambos lados, y vimos ya las almadías; las orillas volaban a ambos lados, y nos colocamos junto a las almadías.

En ese momento se detuvieron las orillas; hubo un clamoreo de risas y de llantos, de besos y de apretones de manos, de levantar en alto a los niños y de colocarlos otra vez en el suelo; en una palabra: una furia precipitada de alegría que enterneció a todos y ablandó todos los corazones.

Yo me había fijado desde el principio en que el bote del capitán Carton tenía en su interior un dispositivo curioso y completamente nuevo. Era éste una especie de pequeña glorieta hecha de flores, dispuesta detrás del capitán, entre éste y el timón.

No solamente entraban flores en la confección de aquel pequeño emparrado, digámoslo así; estaba también adornado de un modo singular, porque algunos de los tripulantes se habían quitado las cintas y hebillas de sus sombreros y las habían colocado entre las flores; otros habían confeccionado con sus pañuelos festones y banderolas, colgándolas también allí; otros habían puesto aquí y allá pequeños adornos de cristal y fragmentos brillantes de medallones y cajas de tabaco con flores; de modo que a la luz del sol todo ello resultaba un dispositivo alegre y lleno de vida.

Pero no llegué a comprender por qué ni para qué estaba allí.

Pasados los primeros momentos de aturdimiento, el capitán Carton dio la orden de desembarcar. Pero su bote, en el que sólo habían quedado dos remeros, partió inmediatamente en cuanto hubo desembarcado su tripulación, y se mantuvo a unas cuantas yardas de distancia de la orilla. Mientras estaba allí, y los dos remeros maniobraban suavemente con los remos para impedir que lo desviase la corriente del río, me sentí atraído por la vista de aquella pequeña glorieta. Pero ninguno de los tripulantes quiso decirme nada, salvo que se trataba de un capricho del capitán.

Este último, en pie y rodeado por las mujeres y los niños, y éstos a su vez por todos los hombres que formaban un círculo exterior, y estaban con el oído atento, empezó a contar de qué manera la expedición, engañada por los informes equivocados, había andado toda aquella noche fatal a la caza de los botes ligeros de los piratas, persiguiéndolos también al día siguiente sin recelar hasta muchas horas después que el grueso de los piratas se había retirado en la oscuridad al empezar la persecución, dirigiéndose a toda velocidad a la isla.

Siguió contando que los expedicionarios, suponiendo que tenían delante a todo el grupo de botes armados, fueron llevados con añagazas hacia aguas de poco fondo y encallaron: pero no sin tomar venganza en los dos botes que habían servido para el engaño, apoderándose de ellos al abordaje y enviándolos al fondo del mar con cuantos iban con ellos. Contó también que la expedición, al sentir temor de lo que verdaderamente había ocurrido, consiguió poner nuevamente a flote sus botes, después de grandes esfuerzos y de perder otras cuatro mareas, y regresó a la isla, encontrándose con que el falucho había sido barrenado y el tesoro había desaparecido. Contó que mi oficial, el teniente Linderwood, había sido dejado en la isla con todas las fuerzas que se pudieron traer a toda prisa del Continente, y que los tres botes que teníamos ante nuestra vista fueron tripulados y armados, y se hicieron a la mar, explorando costas y caletas en busca de noticias sobre nuestro paradero. Contó todo lo que antecede, en pie y de cara al río; y, mientras él hablaba, la pequeña glorieta de flores flotaba envuelta en los rayos del sol ante los ojos de todos los allí reunidos.

Apoyándose en el hombro del capitán Carton, entre éste y la señorita Maryon, se hallaba la señora Fisher, con la cabeza caída sobre el brazo. Sin levantarla, y cuando el capitán acabó de referir lo que antecede, le preguntó si no habían encontrado a su madre. El capitán le contestó, bondadoso:

—¡Consolaos! Su cuerpo descansa bajo los cocoteros de la bahía.

—Y a mi niña, capitán Carton, ¿la habéis encontrado también? ¿Descansa también mi corazón junto a mi madre?

—No —dijo el capitán—. Vuestra preciosa niña duerme bajo una capa de flores.

La voz del capitán temblaba, pero había en ella algo que sorprendió a cuantos le escuchaban. En el instante mismo, surgió de la glorieta de flores, que había en el bote del capitán, la linda muchachita, palmoteando y alargando sus brazos, al mismo tiempo que decía:

—¡Papá querido! ¡Querida mamá! No me mataron, me salvé; voy a besaros a los dos. ¡Soldados buenos y cariñosos, llevadme hasta ellos!

Estoy seguro de que ninguno de cuantos presenciaron aquella escena la han olvidado ni la olvidarán jamás. La niña había estado quietecita donde la puso su valerosa abuela, que le cuchicheó al oído:

—¡Querida, me ocurra lo que me ocurra, tú no te muevas!

Se quedó, pues, inmóvil hasta que los piratas abandonaron el fuerte; entonces se escabulló fuera de la trinchera y se fue a casa de su madre; allí se la encontró el capitán dormida en la cama de su madre y único ser vivo que quedaba en la isla. Desde que la tomó en sus brazos no hubo fuerza humana que la indujese a separarse del capitán, y éste se la trajo en su expedición; los tripulantes fueron quienes construyeron para ella la glorieta de flores. Aquellos hombres ofrecían ahora un espectáculo notable. Daba gloria ver la alegría de las mujeres; la de las que habían perdido a sus propios hijos era sagrada y divina; pero el entusiasmo que se desató entre la tripulación del capitán Carton, cuando su niña mimada fue devuelta a los padres, resultó cosa de asombro por la ternura que supieron demostrar en medio de su rudeza. Mientras la niña permaneció en brazos del capitán, echándole unas veces a éste los brazos al cuello y colgándose otras del de su padre o del de su madre o de algunas personas que se acercaron para besarla, la tripulación del bote cambiaba entre sí apretones de manos, hacía ondear en el aire sus sombreros, se reía, cantaba, lloraba, bailaba (todo entre ellos mismos, sin necesidad de que se entremetiese nadie más) de una manera que es imposible describir.

Llevados del exceso de su alegría, el timonel y otro tripulante, ambos hombres de cara curtida y cabello entrecano, que habían demostrado ser los más entusiastas de todos, se agarraron el uno al otro, se sujetaron mutuamente la cabeza con el brazo y empezaron a darse puñetazos con toda su energía.

Una vez que descansamos y comimos (¡con qué placer recibimos algunas de las cosas confortables que para comer y beber traían en los botes!) reanudamos el viaje río abajo, las almadías, los botes y todo. Yo me dije a mí mismo que ya nuestro viaje era muy distinto del que habíamos hecho hasta entonces; por consiguiente, ocupé el lugar y sitio que me correspondía entre los soldados camaradas míos.

Pero al hacer alto, con objeto de pasar la noche, vi que la señorita Maryon había hablado acerca de mí al capitán Carton, porque éste se vino derecho hacia donde yo

estaba y me dijo:

—Mi valiente muchacho, habéis sido en todo este tiempo quien ha escoltado a la señorita Maryon; seguid, pues, siendo su guardián. Nadie deberá sustituiros en el honor y el placer de proteger a esta señorita.

Le di las gracias con las frases más oportunas que encontré por el honor que me hacía, y aquella noche ocupé mi puesto anterior, vigilando el lugar en que ella dormía. Vi que el capitán Carton salía al aire libre más de una vez durante la noche, y andaba de un lado para otro, a fin de cerciorarse de que no ocurría novedad. Al llegar a este punto, tengo que hacer una confesión extraña, y ésta es que vi al capitán con el corazón dolorido. Sí; mi corazón estaba dolorido, profundamente dolorido, viendo al capitán Carton.

Durante el día ocupé ese mismo puesto en el bote del capitán Carton. Tenía asignado un sitio especial, detrás de la señorita Maryon, y fueron únicamente las manos de esta señorita las que cuidaron de mi herida. (Hace ya muchísimos años que ésta curó. Pero en todo ese tiempo tampoco la tocaron otras manos). El señor Pordage se mantenía bastante tranquilo, porque tenía pluma y tinta; empezó a recobrar un poco sus sentidos. Sentados en el segundo bote, se paseaba casi todo el día redactando documentos con el señor Kittin; por regla general, siempre que hacíamos alto, entregaba alguna protesta sobre una u otra cosa. Pero el capitán no hacía caso de aquellos papeles, y se les dio a éstos tan poca importancia, que, cuando alguien quería encender la pipa, decía: —¡Juanito, pásame una de esas protestas!

Por lo que respecta a la señora Pordage, ésta seguía con su gorro de noche en la cabeza, y no se trataba con ninguna de las señoras, por la ofensa que le habían hecho al no dirigirse al capitán Carton a ella para rescatarla de un modo oficial y por separado. Para no volver a hablar ya del señor Pordage y decir cuanto sé acerca de él, sépase que, una vez en la isla, recibió grandes felicitaciones por su comportamiento en aquellos difíciles momentos, y que murió de ictericia, siendo gobernador y caballero comendador de la orden del Baño.

La fiebre del sargento Drooce había descendido. Tomás Packer (el único hombre capaz de sacar de sus casillas al sargento) se hallaba hospitalizado a bordo de la almadía, y la señora Belltott, tan vivaracha como antes (aunque los ánimos de aquella mujercita no respondían a las apariencias en los momentos de peligro) hizo de enfermera principal bajo la dirección de este último. Antes que llegásemos a la costa de Mosquito, ya corría entre nuestros hombres la broma de que, en lugar de señora Belltott, la llamaríamos pronto señora de Tomás Packer.

Cuando llegamos a la costa nos proporcionaron botes de los que emplean los indígenas, para que sustituyésemos con ellos a las almadías; remamos, costeando la tierra firme; en un clima tan hermoso como aquél, y en tan hermosas aguas, los días eran como una cosa, de encantamiento. ¡Ay, pero corrían más veloces que la corriente del mar y de los ríos, y no había marea que los volviese ya a la colonia en que debíamos dejar a las personas de la isla de La Plata! Había orden de que los marinos

regresásemos desde allí a Belice.

El capitán Carton llevaba junto a sí, dentro del bote, una curiosa espingarda española; cierto día le dijo a la señorita Maryon que era el mejor de todos los fusiles, y acto continuo volvió la cabeza hacia mí y dijo:

—Gill Davis, cargadla con un par de balines, por si se nos presenta oportunidad de demostrar la bondad de esta arma.

Yo procedí entonces a disparar la carga que ya llevaba; volví a cargarla con balines de acuerdo con sus órdenes, colocándola luego a los pies del capitán, de manera que pudiese echarle mano rápidamente.

El penúltimo día de nuestro viaje fue sumamente caluroso. Empezamos a remar desde muy temprano; pero a medida que avanzaba el día, fue calentándose la atmósfera, y al mediodía el calor resultaba muy difícil de soportar, si se tiene en cuenta que iban entre nosotros mujeres y niños. Así las cosas, descubrimos una caleta o abra muy linda, en la que podíamos disponer de sombra cerrada junto a un gran bosque de árboles. El capitán dio, en vista de esto, la señal a los otros botes para que siguiesen al suyo y reposásemos un rato.

Los hombres que estaban libres desembarcaron y se tumbaron a la sombra; pero se les ordenó por prudencia que no se alejasen y que no se perdiesen de vista. Los demás se quedaron al remo, sesteando. En todos los botes se habían acondicionado toldos de un material u otro, y los pasajeros encontraron mayor frescor quedándose a su sombra, hasta donde lo consentía el espacio, tumbados entre la tupida vegetación. Estaban, pues, los pasajeros embarcados, y la mayor parte dormían. Yo conservé mi puesto detrás de la señorita Maryon; ésta se hallaba sentada en el bote, a la derecha del capitán Carton, y tenía a su vez a la derecha a la señora Fisher. El capitán tenía sentada en sus rodillas a la hijita de esta última. El capitán y las dos mujeres hablaban de los piratas, pero en voz baja; en parte, porque en un momento de descanso y de calor como aquél es natural hablar en voz baja, y en parte, porque la niña se había dormido.

Creo que ya antes he dicho, para que mi señora lo pusiese por escrito, que el capitán Carton era hombre con vista de lince. Me lanzó de improviso una mirada de soslayo, que parecía querer decir: «Cuidado…, no os mováis… Estoy viendo algo». Entregó la niña en brazos de su madre. Era tan expresiva y fácil de entender su mirada, que le obedecí sin mirar a derecha ni a izquierda, ni aun siquiera con el rabillo del ojo; no cambié en manera alguna de actitud. El capitán siguió hablando con la misma dulzura y despreocupación; pero empezó a maniobrar con la espingarda española. Descansaba con los brazos encima de las rodillas y dejaba caer un poco hacia adelante la cabeza, como si no pudiera más con el calor.

—Habían preparado muy bien sus planes —dijo el capitán, echando mano a la espingarda y colocándola encima de sus rodillas, al mismo tiempo que miraba perezosamente el taraceado de la caja del arma—; los habían preparado con grandísima astucia. Las autoridades locales, corrompidas o equivocadas, fueron

fáciles víctimas del engaño —como quien no quiere la cosa, pasó perezosamente la mano izquierda por el cañón del arma; pero advertí, con el aliento en suspenso que ocultaba con la derecha el acto de levantar el gatillo—. Fueron engañadas fácilmente y nos dieron la orden de hacernos a la mar, cayendo de ese modo en la trampa. Pero mi propósito, en cuanto a operaciones futuras… —en un abrir y cerrar de ojos se echó la espingarda al hombro, apuntó, y disparó.

Todos se sobresaltaron; innumerables ecos respondieron al estampido de la descarga; de los bosques se levantó una nube de pájaros de colores brillantes y huyó volando; cayeron al suelo un puñado de hojas desparramadas en el lugar donde había hecho blanco la descarga; se oyó crujido de ramas; un cuerpo ágil, pero pesado, saltó en el aire y cayó hacia adelante, de cabeza, yendo a parar al fango de la orilla.

—¿Qué es eso? —exclama el capitán Maryon desde su bote.

Todos callamos, menos los ecos, que se iban repitiendo cada vez más lejos.

—Un traidor y un espía —contesta el capitán Carton, entregándome la espingarda a fin de que la vuelva a cargar—. Creo que el otro nombre que tiene esa bestia es el de Rey Jorge Cristiano.

El tiro le había dado en el corazón. Algunos de los nuestros corrieron hasta el lugar donde había caído, y lo sacaron del barrizal chorreando fango y agua por la cara; pero ésta ya no volvió a moverse ni se moverá hasta el fin de los tiempos.

—Dejadlo colgado de ese árbol —gritó el capitán Carton, y en el mismo instante los remeros de su bote avanzaron, saltando él a tierra—. Pero antes registremos este bosque. ¡Todo el mundo a su sitio! ¡Los botes fuera del alcance del fuego de fusilería!

La maniobra fue rápida, bien calculada y bien realizada, aunque sufrimos una desilusión. Allí no había piratas; sólo se descubrió al espía. Supusimos que los piratas, viéndose sin posibilidad de volver a prendernos, y calculando que la consecuencia de nuestra fuga sería un gran ataque contra ellos, salieron de las ruinas del bosque, se refugiaron en su barco con el tesoro y dejaron al espía, a fin de que recogiese todas las noticias que pudiese. Poco antes del atardecer volvimos a ponernos en marcha, dejando al Rey Jorge Cristiano colgado del árbol, muy solo, y con los rojos rayos del sol formando sobre su negro rostro un crepúsculo mortuorio.

Al siguiente día llegamos a la colonia de la costa de Mosquito, a la que nos dirigíamos. Permanecimos en ella siete días descansando; recibimos grandes elogios y fuimos tratados espléndidamente; nosotros, los marinos, teníamos orden de salir de Town-Gate a las cinco de la mañana.

Para entonces se había reunido ya con nosotros nuestro oficial. Cuando fuimos a salir por las puertas del recinto fortificado se había reunido allí toda la población; al frente de ésta se hallaban los que habían sido nuestros compañeros de prisión y todos los marineros.

—¡Davis! —dijo el teniente Linderwood—. Dad un paso al frente, amigo mío.

Salí de las filas y se me acercaron la señorita Maryon y el capitán Carton.

—Querido Davis —dijo la señorita Maryon, mientras le corrían lágrimas

abundantes por las mejillas—, vuestros amigos agradecidos, al despedirse de vos muy contra su voluntad, quieren que, además de que conservéis la seguridad de que os recordarán con un cariño que nada podrá disminuir, os llevéis esta bolsa de dinero…, que estamos seguros apreciaréis más por el profundo afecto y gratitud con que os la ofrecen que por su contenido; aunque también esperamos que os sea de alguna utilidad más adelante.

Contesté que aceptaba agradecido el afecto y el cariño, pero no el dinero. El capitán Carton me miró con gran atención, dio un paso atrás y se alejó. Yo le hice el saludo cuando dio el paso atrás, para agradecerle aquella delicadeza.

—No, señorita —dije—, creo que si aceptase el dinero me destrozaría el corazón. Pero, si os dignaseis entregar a un hombre tan ignorante y ordinario como yo cualquier pequeño objeto que vos hayáis usado…, un trocito de cinta, por ejemplo…

Se quitó un anillo del dedo, y me lo puso en la mano, apoyando la suya en la mía, mientras me hablaba de esta manera:

—Los caballeros valerosos de antaño (y no hubo entre ellos ninguno más valeroso y de naturaleza más noble que vos) aceptaban esta clase de regalos de las damas, y realizaban todas sus hazañas pensando en éstas. Si vos queréis, hacer las vuestras por mí, pensaré con orgullo en que sigo teniendo una participación en la vida de un hombre valiente y generoso.

Por segunda vez en mi vida, volvió a besarme la mano. Yo, por primera vez, reuní mi valor y le besé la suya; até el anillo a mi pecho, y retrocedí a mi lugar.

Salió entonces por la puerta del recinto una litera a caballo; dentro de ella iba el sargento Drooce; salió luego otra litera a caballo, que llevaba dentro a la señora Belltott; acto continuo, el teniente Linderwood dio la orden de «¡paso ligero!», y, entre aclamaciones y gritos, salimos todos; dirigiéndonos por la llanura despejada hacia el sereno horizonte azul, igual que si fuésemos en línea recta hacia el cielo.

Con agregar aquí que el plan de los piratas quedó reducido a la nada, porque el barco pirata que iba cargado con el tesoro se vio atacado vigorosamente por uno de los cruceros de su majestad, entre las isletas de las Indias Occidentales, siendo rápidamente abordado y conquistado, y que nadie sospechó entre los piratas lo que ocurría hasta que cayeron muertos las tres cuartas partes de ellos, y la otra tercera parte se vio presa y encadenada, recobrándose el tesoro, habré llegado a la última y extraña confesión que me queda por hacer.

Esa confesión es como sigue. Yo sabía muy bien que entre mi persona y la señorita Maryon mediaba una distancia inmensa e imposible de llenar; yo sabía muy bien que tenía los mismos títulos para ser su compañero que para ser el compañero de un ángel; yo sabía muy bien que ella estaba a una altura tan grande sobre mí como lo está el firmamento sobre mi cabeza; y, sin embargo, la amaba. No podría decir de dónde nació en mi corazón de hombre vulgar tamaño atrevimiento, ni si ha ocurrido antes o después el que un hombre tan ignorante y tan oscuro como yo levantase sus desdichados pensamientos a tan grandes alturas, sabiendo muy bien todo lo

presuntuosos y de imposible realización que eran; sin embargo, sufrí tanto como pudiera haber sufrido siendo un caballero. Sufrí angustias de agonía; sí, angustias de agonía. Sufrí de una manera terrible, y durante mucho tiempo. Pero recordé las últimas palabras que me había dicho, y supe mantenerme digno de ellas. Si no hubiera sido por aquellas palabras de cariño, creo que me habría dejado arrebatar por la desesperación y la temeridad.

Cuando me entierren, hallarán sobre mi corazón el anillo, y me enterrarán con él. Soy ya hombre entrado en años, pero soy todavía fuerte y ágil. Fui propuesto para un ascenso, y se hizo todo cuando fue posible hacer para recompensarme; pero se interpuso en mi camino mi absoluta ignorancia, y me vi tan incapaz de aprender que jamás pude adquirir ninguna instrucción, aunque lo intenté.

Permanecí largos años en el servicio militar, y me conduje en él debidamente, mereciendo el respeto de todos; hoy mismo siento cariño por la milicia.

Aquel dolor que sufrí en otro tiempo se ha suavizado ya en la actualidad, mientras dicto a mi esposa este relato para que lo ponga por escrito; en este momento soy todo lo feliz que puede ser un hombre en esta bella residencia campestre del almirante *sir* Jorge Carton, barón, etcétera. Fue mi misma señora Carton la que me buscó, realizando pesquisas por muchísimas millas de este ancho mundo, y me encontró herido en el hospital, trayéndome a su casa. Es mi señora Carton la que pone por escrito mis palabras. Mi señora Carton era la señorita Maryon entonces. En este momento en que termino lo que tenía que contar, veo que mi esposa deja caer sus cabellos grises sobre la cara y se inclina un poco más sobre la mesa; yo le doy frecuentemente las gracias por la ternura que de esa manera demuestra con las penas y preocupaciones pasadas de este pobre, viejo, leal y humilde soldado.

ENTRADA EN SOCIEDAD

***Going into Society**, 1858*

En una de las épocas desgraciadas la casa fue ocupada por un empresario de espectáculos. Fue inscrito como ocupante de la misma en los libros de la parroquia del tiempo en que alquiló la casa, y, por tanto, no hacía falta andarse en investigaciones para dar con su nombre. Más trabajo costó dar con su persona; había llevado una vida vagabunda, y las gentes formales lo habían perdido de vista, y las que se jactaban de ser personas respetables sentían rubor de confesar que hubiesen tenido nunca relación con él. Finalmente, y entre las tierras pantanosas que se extienden al nivel del río en torno a Deptford y las huertas próximas, fue encontrado, fumando una pipa a la puerta de una barraca de madera sobre ruedas, un personaje de pelo entrecano, vestido de pana y con el rostro tan curtido por toda clase de temperaturas y de atmósferas, que daba la impresión con las arrugas de su cara de tenerla tatuada. La barraca de madera se hallaba instalada, con sus avíos corrientes para pasar el invierno, cerca de la desembocadura de un arroyo fangoso; si el hombre entrecano echaba humo de su pipa, también lo echaba todo cuanto había a su alrededor: el río brumoso, los pantanos cubiertos de niebla, las huertas envueltas en vaho. Entre aquella colección de fumadores, el tubo de la chimenea de la barraca de madera sobre ruedas no se quedaba atrás, porque fumaba su pipa con los demás en plan de buena compañera.

Al preguntarle si había sido él quien tomó en arriendo la casa que se alquilaba, el hombre vestido de pana y de cabellos entrecanos pareció sorprenderse, y contestó que sí. Según eso, se llamaba Magsman, ¿verdad? En efecto, así se llamaba, Toby Magsman…, aunque su nombre verdadero de pila era el de Roberto; pero desde niño lo llamaron con el de Toby. ¿Es que tenían que decir algo contra Toby Magsman? Si alguien sospechaba algo malo, que lo dijese.

Podía estar seguro de que no existía sospecha semejante. Lo que ocurría era que se estaban llevando a cabo ciertas investigaciones relacionadas con la casa. ¿Tendría inconveniente en decir por qué se marchó de ella?

Absolutamente ninguno. ¿Por qué iba a tenerlo? Se marchó de ella cuando se quedó sin el Enano.

—¿Sin el Enano?

El señor Magsman repitió, haciendo hincapié y deliberadamente:

—Sin el Enano.

¿Sería compatible con las inclinaciones y conveniencias del señor Magsman el entrar, por favor, en unos cuantos detalles?

El señor Magsman entró en los detalles siguientes:

Para empezar, la cosa ocurrió hace muchísimo tiempo; antes que desapareciesen las loterías y otras muchas cosas. El señor Magsman andaba a la busca de un buen local, vio la casa aquella y se dijo a sí mismo: «Serás mía, si has de ser de alguien. Si es posible conseguirte con dinero, serás mía».

Los habitantes de las casas próximas protestaron y elevaron quejas; pero el señor Magsman no concebía qué necesitaban para estar conformes. El espectáculo era una cosa encantadora. En la primera parte, se exhibía el lienzo que representaba al gigante, con calzas a la española y gorguera; era tan alto como la mitad de la altura de la casa, y se levantaba con una cuerda y una polea sujeta a una madera del techo, de manera que le quedaba la cabeza a la altura del arco de la boca del escenario. Venía luego el lienzo que representaba a la dama albina, vestida correctamente de uniforme y exhibiendo su cabellera blanca al Ejército y a la Marina. Venía después el lienzo que representaba a un piel roja cortándole el cuero cabelludo a un miembro extranjero a su raza. Venía después el lienzo que representaba a un hijo de un estanciero británico de los trópicos con dos serpientes boas enroscadas a su cuerpo (todo en pintura, porque jamás tuvimos ni al niño ni a las serpientes boas). De igual manera, exhibíamos el lienzo que representaba el asno salvaje de las praderas (vuelvo a repetir que jamás tuvimos asnos salvajes, ni los hubiéramos aceptado aunque nos los regalasen). Y, por último, teníamos el lienzo que representaba al Enano, y que se parecía muchísimo al original, haciendo ciertas concesiones; veíase también en ese cuadro al rey Jorge IV tan lleno de asombro al ver al Enano, que hubiera sido imposible que su majestad lo manifestase mayor en la realidad, a pesar de toda su cortesía y de toda su intrepidez. La fachada de la casa se hallaba tan cubierta de lienzos pintados, que no dejaba pasar por aquel lado ni la más ligera chispa de luz del día. Sobre la puerta frontera y las ventanas de la sala habíamos colocado un rótulo de quince pies de largo por dos de alto en el que se leía: «Espectáculos de Magsman». El pasillo era una glorieta hecha de bayeta verde y de plantas. Un organillo funcionaba allí sin cesar. Y si hablamos de respetabilidad, decidme qué hay de respetable si tres peniques la entrada no lo son.

Pero el número fuerte en aquel entonces era el Enano, que bien valía el dinero que se pagaba por verlo. Estaba anunciado con el nombre de *Comandante Tpschollki, de la Brigada Imperial Bulgraderiana*. Nadie era capaz de pronunciar semejante nombre, pero jamás nos propusimos que nadie lo pronunciase. La gente lo alteraba por lo regular, y leía Chopshi. Entre los del arte lo llamaban Chops; en parte por la misma razón, y en parte porque, si alguna vez tuvo un apellido auténticamente suyo (cosa muy dudosa), ese apellido era el de Stakes.

Era un hombre mucho más pequeño que lo corriente, desde luego: aunque tampoco era tan pequeño como hacíamos ver, pero presentadme si podéis un enano tal y como debe ser. Era verdaderamente un hombre mucho más pequeño que lo corriente, pero con una cabezota mucho mayor que lo corriente. Lo que dentro de

aquella cabezota había, únicamente lo sabía el Enano mismo (dando por supuesto que en alguna ocasión hiciese inventarío, cosa muy complicada hasta para el interesado).

¡Simpático hombrecito como jamás lo hubo! Lleno de ingenio, pero nada orgulloso. Cuando viajaba en compañía del Bebé Pintojo, lo cuidaba igual que una madre, a pesar de que sabía que, si él era un enano auténtico, las manchas del Bebé eran artificiales. Jamás se le oyó aplicar un mal calificativo al Gigante. En cambio sí que se permitía la libertad de emplear *palabras gruesas* cuando hablaba de la *Mujer Gorda* de Norfolk; pero esto era por rivalidades del arte; cuando una mujer desdeña el arte de un hombre, dando su preferencia a un Piel Roja, es natural que aquél no sea dueño de sus acciones.

La verdad es que el Enano andaba siempre enamorado; esto les ocurre a todos los fenómenos de la Humanidad. Y andaba siempre enamorado de alguna mujer muy corpulenta; jamás he conocido a un enano que se enamorase de una mujer pequeña. Esto contribuye a que sigan conservándose como una cosa rara y curiosa.

Dentro de su cabezota tenía una idea, que seguramente encerraba su sentido, porque de otra manera no habría estado en su cabezota. Esa idea era la de que tenía derecho a determinados bienes. Por nada del mundo hubiera firmado ningún documento. Le había enseñado a escribir el mozo sin brazos, que se ganaba la vida escribiendo con los dedos de los pies (era un verdadero maestro en el arte, y enseñó a escribir a veintenas de artistas); pero Chops se habría dejado morir de hambre antes que ganarse un trozo de pan firmando un documento. Esto es tanto más curioso, cuanto que no tenía el Enano bien alguno, ni esperanza de tenerlo, fuera de su casa y un platillo. Cuando digo su casa, me refiero al cajón, pintado y distribuido por fuera igual que una casa de seis habitaciones; solía meterse dentro de ese cajón, luciendo en su dedo índice un anillo con un brillante (por lo menos daba el pego), haciendo sonar luego una campanilla desde la ventana de lo que el público creía ser el salón de la casa. Y cuando digo platillo, me refiero al que sacaba al final de todos los números para hacer una colecta. Yo le enseñé el estribillo que tenía que emplear en esas ocasiones:

—Señoras y caballeros: el hombrecito dará ahora tres vueltas alrededor de la pista, y se retirará detrás del telón.

Siempre que en su vida particular decía alguna cosa importante, terminaba de hablar con estas palabras, y eran también éstas la fórmula de despedida que empleaba conmigo al despedirse por la noche para ir a dormir.

Tenía un alma delicada, creo yo; lo que se dice un alma poética. Cuando se sentaba encima del organillo y empezaba a dar vueltas a la manivela, era cuando con más fuerza se le presentaban esas ideas de que había de ser rico. Al rato de sentir en todo su cuerpo la vibración de la música, solía gritar:

—Toby, tengo la sensación de que la riqueza viene a mí… ¡Dale de firme a la manivela! ¡Toby, yo he de ser un hombre riquísimo! Tengo la sensación de que dentro de mí resuena el tintineo de la Casa de la Moneda, y que me estoy hinchando hasta

convertirme en el Banco de Inglaterra.

¡Tal es la influencia de la música en las almas poéticas! Hay que tener en cuenta que el Enano no sentía entusiasmo por otra música que no fuese la del organillo; al contrario, odiaba todas las demás.

Se hallaba también poseído de un resquemor constante contra el público, cosa que podréis observar en muchos de los fenómenos que se ganan la vida divirtiéndolos. Lo que más le irritaba, a propósito de su trabajo, era que éste lo apartaba de la vida social. Solía decirme constantemente:

—Toby, mi ambición es entrar en la vida de sociedad. La maldición de esta dependencia mía del público consiste en que me mantiene fuera de la vida social. Esto no significa nada para una bestia inferior como el Piel Roja; ese individuo no tiene condiciones para alternar en sociedad. Nada significa tampoco para el Bebé Pintojo, porque tampoco reúne condiciones para alternar en sociedad… Pero yo sí.

Nadie sabía en qué se gastaba Chops su dinero. Tenía un buen salario, que se le pagaba sobre el tambor todos los sábados, cuando se llamaba por lista a toda la compañía; además de recibir lo necesario para hincar el diente (porque era un tragaldabas, como lo son todos los enanos). El platillo le rendía también sus pequeños beneficios en monedas de medio penique, que solía guardar durante la semana atadas en un pañuelo.

Sin embargo, siempre estaba sin blanca. No era posible que lo gastase, como se supuso en un tiempo, con la Mujer Gorda de Norfolk; porque la buena razón dice que si sentís animosidad contra el Piel Roja, hasta el punto de hacer rechinar los dientes en su propia cara, y de conteneros apenas para no insultarle en voz alta mientras aquél está ejecutando su danza guerrera…, digo que la buena razón dice que no es posible en tales circunstancias que os privéis de vuestro dinero para que el Piel Roja viva en el seno del lujo.

Este misterio se aclaró cierto día de la manera más inesperada en las carreras de caballos de Egham. El público se mostraba reacio a entrar en nuestro teatro; Chops hacía sonar su campanillita por la ventana de su sala, y me hacía muchas muecas por encima del hombro; estaba arrodillado, y las piernas le salían por la puerta posterior (porque no era posible meterlo dentro de su casa sin que antes se arrodillase, y la habitación era incapaz de contener las piernas del Enano); digo que me hacía muecas burlonas, diciendo:

—¿Por qué diablos no entrarán? ¡Vaya publiquito que tenéis!

En ese instante, un individuo de la multitud levanta en alto una paloma mensajera y grita:

—Por si hay aquí alguien que tenga un billete; acaba de jugarse la lotería, y el premio gordo ha correspondido al número tres, siete, cuarenta y dos; ¡tres, siete, cuarenta y dos!

Yo estaba enviando en mi interior a aquel hombre a todos los demonios, porque de aquella manera apartaba de mi teatro la atención del público (el público se interesa

en todo momento por cualquier cosa, menos por lo que se le ofrece dentro del teatro; y si lo dudáis, reunid a la gente con una finalidad cualquiera, sea la que sea, y cuando ya estén todos reunidos dentro del local enviad dos personas con orden de que lleguen retrasadas, y ya veréis cómo la concurrencia toda se fija mucho más en aquéllos dos rezagados que en vos); digo que no me hacía ninguna gracia que aquel hombre distrajese a la concurrencia, y que no le dedicaba en mi interior nada que se pareciese a una bendición; de pronto, veo que Chops tira desde su ventana la campanilla a una vieja, se levanta, da un puntapié al cajón poniendo a la vista del público todo su secreto, se agarra a las piernas y me dice:

—Toby, llévame al vagón y viérteme encima un cubo de agua, si no quieres verme muerto, porque acabo de entrar en posesión de mis riquezas.

Doce mil y algunos centenares más de libras esterlinas era lo que le correspondió a Chops. Había comprado medio billete para la lotería del premio gordo de veinticinco mil libras esterlinas, y era éste el número que había salido. El primer uso que hizo de su riqueza fue retar al Piel Roja a una pelea en la que él iría armado de una aguja envenenada, y el Piel Roja de un mazo; se cruzaría una apuesta de quinientas libras esterlinas; pero nadie quiso arriesgar semejante cantidad de libras en favor del Piel Roja, y la cosa no pasó adelante.

El Enano pasó una semana como enloquecido, en un estado de ánimo tal que yo creo que de haberle dejado que hiciese funcionar el organillo nada más que dos minutos, habría estallado; nos cuidamos de que no se acercase al organillo, y el señor Chops recobró su aplomo, y se condujo con todos de una manera liberal y espléndida. Después de esto, envió a buscar a cierto joven conocido suyo, de buena presencia y que estaba de taquillero en un cajón de apuestas mutuas (un muchacho educado muy bien; su padre había sido uno de los hombres más eminentes en el negocio de cuadras de alquiler y pensión de caballos, pero tuvo un resbalón, porque pintó a un viejo caballo tordillo, convirtiéndolo en bayo lustroso, y vendiéndolo como animal de pura raza); el señor Chops habló de esta manera al taquillero, que decía llamarse Normandy, aunque esto era mentira:

—Normandy, voy a hacer vida social. ¿Quieres venir conmigo?

Normandy contestó:

—¿Debo entender con eso, señor Chops, que *cargaréis* con todos los gastos que ocasione la empresa?

—Exactamente —contestó el señor Chops—. Y además de eso, os señalaré una renta principesca.

El taquillero levantó al señor Chops y lo puso en pie encima de una silla para darle un apretón de manos, y le contestó en verso, con unos ojos que parecían estar cuajados de lágrimas:

Tengo mi bote en las playas,
tengo mi barca en el mar.

No pido mejor pasar,
pero iré a donde tú vayas.

Y partieron para hacer vida social en un calesín tirado por cuatro caballos tordillos, luciendo ellos chaquetillas de seda. Tomaron habitaciones en Pall Mall, Londres, y empezaron a brillar.

Al año siguiente, y cuando yo estaba en la temporada de otoño haciendo la feria de San Bartolomé, llegó un lacayo, hecho un cromo de cordones blancos y botas altas, trayéndome una nota; me puse la ropa nueva y me dirigí a Pall Mall, la noche que en la nota se me indicaba. Los caballeros habían terminado de comer y estaban bebiendo vino; me pareció que los ojos del señor Chops le brillaban en su cabezota más de lo conveniente. Los allí reunidos eran tres, y yo conocía perfectamente al tercero. La última vez que lo había visto, iba vestido con una túnica romana blanca, y llevaba en la cabeza una mitra de obispo cubierta con una piel de leopardo; tocaba malísimamente el clarinete en una banda de un circo de fieras.

Este caballero simuló que no me conocía, y el señor Chops dijo:

—Caballeros, he aquí a un viejo amigo de mis tiempos de antaño.

Normandy me miró a través de su monóculo y dijo:

—Magsman, encantado de veros.

Pero yo juraría que no le hice ninguna gracia. Para ponerse a altura conveniente junto a la mesa, el señor Chops se había hecho colocar la silla encima de un trono (muy parecido al de Jorge IV en el lienzo de mis espectáculos), pero a mí no me pareció que Chops reinase allí desde ningún punto de vista, porque aquellos caballeros mandaban igual que emperadores. Iban vestidos al estilo del Primero de Mayo, es decir, con lujo espléndido; en cuanto a vinos, aquellos caballeros nadaban en los de mejor calidad.

Me serví de todas las botellas, primeramente por separado (para decir que había probado de todo), luego mezclando juntos todos los vinos (para poder decir a qué sabían aquéllos), y por último los probé mitad y mitad, y después dos y uno. En conjunto, pasé una noche agradable, más bien con cierta tendencia a embarullar las ideas, hasta que me pareció de buena educación ponerme en pie y decir:

—Señor Chops, aun los amigos mejores tienen que despedirse; os doy las gracias por la variedad de caldos extranjeros que con tal esplendidez nos habéis servido, os miro a través de esta copa de vino tinto, y me despido.

El señor Chops contestó:

—Magsman, si queréis levantarme sobre vuestro brazo derecho, y llevarme hasta la puerta de calle, os despediré personalmente.

Le contesté que no podía consentir que se tomase semejante molestia; pero él insistió, y yo lo levanté de su trono. Apestaba a vino de Madera, y mientras lo llevaba escaleras abajo no pude menos de pensar que lo que yo llevaba a cuestas era una gran botella de vino, con un tapón bastante feo y desproporcionado.

Lo dejé sobre la esterilla del vestíbulo, y él se me agarró al cuello de la chaqueta para cuchichearme desde muy cerca:

—Magsman, no soy feliz.

—¿Qué es lo que os molesta, señor Chops?

—Me tratan mal, esos hombres no se muestran agradecidos. Cuando me niego a beber más champaña me colocan encima de la repisa de la chimenea, y cuando no quiero darles dinero, me cogen y me encierran en un armario.

—Mandadlos con viento fresco, señor Chops.

—No puedo. Hemos entrado en la vida social juntos, ¿y qué diría la sociedad?

—Pues salíos de la sociedad —le respondí.

—No puedo. No sabéis lo que estáis diciendo. Una vez que habéis entrado en sociedad, os está prohibido salir de ella.

—Entonces, señor Chops, y disculpad mi franqueza —fue lo que sentencié, moviendo gravemente mi cabeza—, creo que fue una verdadera lástima que se os ocurriese entrar en sociedad.

El señor Chops movió enérgicamente aquella su cabezota profunda, y siguió en sus movimientos largo rato; se dio en ella media docena de palmadas, demostrando hallarse más en sí de lo que yo creía. Luego dijo: una buena persona, pero no lo entendéis. Buenas noches y marchaos. Magsman, el hombrecito dará ahora tres vueltas a la pista, y se retirará después detrás del telón.

La última visión que de él tuve fue cuando, reducido al límite de la insensibilidad, se esforzaba por subir una a una las escaleras, gateando. Eran demasiado altas para él, aun en el caso de que hubiese estado en su sano juicio; pero no quiso dejarse ayudar.

Poco después de aquello, leí en el periódico la noticia de que el señor Chops iba a ser presentado en la corte. La noticia impresa decía así: «Se recordará —me he fijado que esa frase suele emplearse en la Prensa con toda seguridad en todas aquellas ocasiones en las que nadie recuerda una cosa— que el señor Chops es aquella persona de pequeña estatura, cuyo éxito brillante en la última lotería oficial atrajo tanto la atención». «Así es la vida», me dije a mí mismo. ¡Ha conseguido asombrar a Jorge IV!

Con motivo de aquel suceso hice pintar de nuevo el lienzo, representando al Enano con una bolsa de dinero en la mano y en actitud de ofrecérsela a Jorge IV; una dama ataviada con plumas de avestruz mostraba haberse enamorado del señor Chops, que vestía muy correctamente peluca voluminosa, espada y zapatos con hebilla.

Tomé en alquiler la casa que ha dado motivo a estas averiguaciones (aunque no al honor de ser presentado) e hice funcionar durante trece meses los espectáculos de Magsman, unas veces con un número, otras con otro y en ocasiones sin nada de particular, pero siempre con los grandes lienzos pintados en la fachada. Cierta noche en que habíamos terminado ya la última sección, a la que asistió muy escasa concurrencia, porque diluviaba, me hallaba yo fumando una pipa en la parte de atrás, junto con el joven que escribe con los dedos de los pies y al que yo había contratado

por un mes (aunque no cobraba sino sobre el papel), y en esto oigo que llaman con el pie a la puerta de la calle. Yo le digo a mi acompañante:

—Vaya, ¿qué ocurre?

Mi acompañante se frota las cejas con los dedos de los pies y responde:

—No puedo imaginármelo, señor Magsman.

Y es que era un mozo incapaz de imaginarse nada y muy aburrido como acompañante.

Como el ruido seguía, dejé a un lado mí pipa, cogí una vela y fui a abrir la puerta. Miré a la calle, pero no vi nada, ni me di cuenta de la presencia de nadie, hasta que me volví rápidamente, porque alguien se había metido en el pasillo pasando por entre mis piernas. ¡Y allí estaba el señor Chops!

—Magsman —me dijo—, contratadme en las condiciones de antes y disponed de mí; sí os conviene, decid: ¡hecho!

Yo estaba aturdido, pero dije:

—¡Hecho, señor!

—¡Hecho, rehecho y tres veces hecho! —dijo él—. ¿Hay en esta casa algo de cenar?

Recordando aquellas espléndidas variedades de caldos extranjeros que nos echamos al coleto en Pall Mall, sentí vergüenza de ofrecerle salchichas frías y ginebra con agua; pero él aceptó ambas cosas y se sirvió de ellas copiosamente, sirviéndole de mesa una silla y sentándose él en un taburete igual que antaño. Yo seguía sin comprender nada.

Sólo después que hizo una limpieza completa de las salchichas (que eran de carne de vacuno y, sí no me equivoco en mis cálculos, pesarían dos libras y cuarto) la sabiduría que aquel hombrecito encerraba dentro de sí empezó a exteriorizarse igual que el sudor.

—Magsman —me dijo—, ¡fijaos en mí! ¡Tenéis delante de vos a una persona que entró en la vida social y ha salido de ella!

—¡Oh señor Chops! ¿Estáis, pues, fuera de la sociedad? ¿Cómo lograsteis salir, señor?

—Por liquidación total —contestó.

Nadie se puede figurar una expresión de sabiduría como la que se leía en su cabezota, cuando pronunció aquellas tres palabras.

—Magsman, amigo mío, voy a comunicaros un descubrimiento que he realizado y que es de gran valor; a mí me costó doce mil quinientas libras; quizás os sea de provecho en la vida. El secreto que quiero comunicaros es que lo malo no es precisamente el que una persona entre en la sociedad, sino que la sociedad se meta en esa persona.

La sociedad está toda ella compuesta de enanos.

Como no comprendí del todo bien lo que el Enano quería decir, moví sentenciosamente la cabeza, adopté una expresión profunda y contesté:

—Estáis en lo cierto, señor Chops.

—Magsman —dijo él, dándome un pellizco en la pierna—, la sociedad se metió dentro de mí, hasta hacerse con el último penique de mis riquezas.

Me sentí palidecer, y aunque soy por naturaleza suelto de lengua, apenas pude balbucir:

—¿Dónde está Normandy?

—Se fugó. Con la vajilla de plata —dijo el señor Chops.

—¿Y el otro? —refiriéndome al que conocí con la mitra de obispo.

—Se fugó. Con las joyas —dijo el señor Chops.

Me senté y me quedé mirándole, mientras él, en pie, me miraba también.

—Magsman —dijo, y me pareció que crecía en sabiduría a medida que hablaba con mayor dureza—, la sociedad, tomada en bloque, está toda ella compuesta de enanos. En la corte de Saint James no hacían sino representar mi papel de antaño…: todos daban tres veces la vuelta a la pista con sus antiguos trajes de corte y sus riquezas. Fuera de allí, lo que hacían todos era hacer sonar sus campanillas desde el interior de sus ficciones engañosas. Y en todas partes, el platillo iba y venía. Magsman, el platillo es una institución universal.

Me di cuenta, como comprenderéis, de que sus desgracias le habían agriado el carácter, y sentí pena por el señor Chops.

—En cuanto a las Mujeres Gordas —siguió diciendo y se dio un tremendo cabezazo contra la pared—, existen en la sociedad en número crecidísimo, y mucho peores que el modelo que conocemos. La de aquí era una ofensa al buen gusto; despertaba el desdén; tenía su propio castigo en la forma de un Piel Roja —al llegar a este punto se dio otro cabezazo tremendo contra la pared—. Pero aquellas otras de la sociedad, Magsman, aquellas otras son unas indignas mercenarias. Exponed en casa chales de Cachemira, comprad pulseras, distribuidlas junto con bellos abanicos y otros objetos preciosos por vuestras habitaciones, haced correr la voz de que regaláis todo aquello como si fuera agua a cuantas acudan a admirarlo, y las Mujeres Gordas que no se exhiben en el circo por un tanto acudirán de todos los puntos de la brújula y se agolparán a vuestro alrededor, quien quiera que seáis. Os agujerearán el corazón, Magsman, hasta dejároslo como una espumadera. Y cuando no tengáis ya nada que dar, se os reirán en la cara, y os abandonarán para que los buitres monden vuestros huesos, igual que si uno fuese (y bien merece serlo) el asno salvaje de las praderas.

Al llegar a este punto dio con la cabeza un golpe en la pared mucho más fuerte que los anteriores, y cayó desplomado.

Pensé que se había matado. Su cabeza era tan pesada, y el golpe había sido tan fuerte, que cayó como una piedra; la salchichería que llevaba dentro debió de sufrir una conmoción inmensa, y yo lo di por muerto. Pero no tardó, a fuerza de cuidados, en volver en sí; se sentó en el suelo y me habló con una mirada que rebosaba

sabiduría, si alguna vez hubo mirada sabia:

—¡Magsman! Entre las dos situaciones por las que ha pasado vuestro desdichado amigo, la diferencia más palpable es ésta —extendió hacia mí su pequeña mano, y en ese momento sus lágrimas rodaron hasta su bigote (era un honor para Chops el haber intentado de todas las maneras que le creciese el bigote, aunque el fracaso sea cosa propia de los seres humanos)—. Cuando yo me hallaba todavía fuera de la sociedad, me pagaban poco porque me dejase ver. Desde que entré en la sociedad tuve que pagar mucho por dejarme ver.

Aunque no fuese por necesidad, prefiero la primera alternativa. Mañana sin falta me anunciaréis por medio de la bocina, al estilo de antaño.

Desde ese momento volvió a su vida de artista con la misma facilidad que si jamás la hubiese abandonado. Pero tuvimos cuidado de que no cayese en su manos el organillo, y jamás hicimos alusión alguna a sus riquezas cuando había otras personas delante. Su sabiduría fue creciendo día a día; sus opiniones eran luminosas, desconcertantes, asombrosas; y a medida que su sabiduría iba creciendo, iba también aumentando de volumen su cabezota, como por efecto de aquélla.

Se condujo perfectamente por espacio de nueve semanas, atrayendo concurrencia abundante. Al final de este período, y cuando ya su cabeza era cosa digna de verse, manifestó cierta noche, después de acabada la última sección y cerradas ya las puertas, el deseo de disfrutar de un poco de música.

—Señor Chops —le dije, porque yo no le apeaba jamás el tratamiento; que los demás lo hiciesen, bueno; pero yo no lo hubiera hecho por nada del mundo—. Señor Chops, ¿estáis seguro de que vuestro estado físico y moral es como para sentaros al organillo?

Su contestación fue:

—Toby, cuando volvamos a encontrárnosla en nuestra gira, la perdonaré a ella y al Piel Roja. Yo estoy bien.

Empecé, temeroso y temblando, a dar vueltas a la manivela; él permaneció sentado igual que un cordero. Creo que hasta el día de mi muerte estaré viendo cómo su cabezota fue creciendo de volumen mientras escuchaba música sentado. De ahí deduciréis la fuerza que tendrían sus pensamientos. Permaneció callado mientras fui tocando todas las piezas del organillo; al final, dijo con tranquila sonrisa:

—Toby, el hombrecito dará ahora tres vueltas a la pista y se retirará detrás del telón.

Cuando fuimos a despertarlo por la mañana, nos encontrarnos con que había entrado en una sociedad mucho más distinguida que la mía y la de Pali Mall. Yo le hice unos funerales tan decentes como me fue posible, presidí el duelo e hice que desfilase a la cabeza del cortejo, en forma de estandarte, el lienzo de su visita a Jorge IV. Pero la concurrencia al teatro decayó tanto desde que murió el señor Chops, que en cuanto quedamos solos Jarber y yo, éste daba señales de hallarse desconcertado de modo lamentable. Era evidente que se había olvidado de preguntar fechas; además, y

a pesar de haberse dado importancia refiriéndose a la serle de sus hallazgos, era evidente y cierto que había agotado por el momento sus reservas. Yo, en prueba de la gratitud colectiva, me creí obligado a sacarlo de aquel bache haciéndole una sugestión oportuna. Le invité, pues, a tomar el té otra vez allí mismo el próximo lunes, día trece, y que hiciese entretanto las averiguaciones necesarias para reducir a la nada la objeción del señor Trottle.

Me besó galantemente la mano, pronunció un cuidado discurso dándome las gracias y se despidió. Yo me abstuve durante el resto de la semana de dar ánimos a Trottle, evitando que hablase para nada de la casa. Sospeché que él, por su parte, andaba haciendo averiguaciones, pero no le pregunté nada.

La tarde del lunes, día trece, acudió el pobre y simpático Jarber con toda puntualidad. Daba pena ver el espectáculo que ofrecía de cansancio, debilidad y aflicción. Me bastó una ojeada para convencerme de que la cuestión de las fechas se había decidido en contra suya, que el señor Magsman no había sido el último inquilino de la casa y que era preciso seguir averiguaciones para dar con la razón de que se encontrase desocupada.

—No hay palabras lo bastante expresivas para describir todo lo que yo he pasado —dijo Jarber—. ¡Oh Sofonisba, he iniciado otra serie de descubrimientos! Aceptad las últimas dos historias como otras tantas ofrendas depositadas en vuestro santuario; y no me censuréis por haber dejado vuestra curiosidad insatisfecha hasta que hayáis oído la número tres.

Daba la número tres la impresión de ser un manuscrito breve, y así se lo dije. Jarber me explicó que por aquella vez íbamos a escuchar algo de poesía. En el transcurso de sus investigaciones había entrado en la Biblioteca Circulante, a fin de buscar informes sobre un tema de importancia. Los empleados de la biblioteca sabían tan sólo, a propósito de la casa, que una mujer emparentada con el último inquilino de la misma les había enviado, poco tiempo después de que éste abandonó aquella residencia, un pequeño poema manuscrito que, según decía, trataba de ciertos hechos que habían ocurrido en aquel lugar; agregando que deseaba que el propietario de la biblioteca lo publicase. La carta no traía la dirección de la remitente; el propietario de la biblioteca había guardado el manuscrito con el propósito de devolvérselo si acaso venía a pedirlo, porque no entraba en sus actividades la publicación de poemas. La aludida mujer no lo reclamó jamás; pero se lo había dejado a Jarber, ante la insistencia de éste, para que me lo leyese.

Toqué la campanilla para que acudiese Trottle antes que aquél empezase la lectura; decidí que se hallase presente, como un buen remedio contra su obstinación. Con gran sorpresa mía, acudió Marga, y me dijo que Trottle había salido sin decir adónde iba. Tuve instantáneamente una fuerte corazonada de que se trataba de una de sus antiguas mañas, y aquel salir por la tarde, sin decir nada, no era otra cosa que… ir de galanteo.

Me dominé, en atención a mi visitante, dije a Marga que se retirase, sofoqué mi

indignación y me preparé, con toda la cortesía imaginable, a escuchar a Jarber.

LA CASA EMBRUJADA[5]

***The Haunted House**, 1859*

(Trabajo escrito en colaboración con Wilkie Collins, Elizabeth Gaskell, Adelaide Procter, George Sala y Hesba Stretton).

CAPÍTULO PRIMERO

Las personas mortales que había en la casa

Yo no trabe conocimiento con la casa que sirve de tema a esta historia de Navidad en ninguna de esas circunstancias que son de rigor en los lugares embrujados, ni en el ambiente convencional que suele rodear a las historias de fantasmas. La vi a la luz del día, cuando daba en ella el sol. Ni el viento, ni la lluvia, ni el rayo, ni el trueno, ni otros fenómenos temerosos y fuera de lo corriente contribuyeron a realzar su importancia. Más aun: yo venía de la estación del ferrocarril; la casa no distaba más de una milla de la estación del ferrocarril; y mientras me detuve fuera de la casa y me volví para mirar el camino que había recorrido, pude ver como el tren de mercancías se deslizaba con suavidad a lo largo de su terraplén, por el fondo del valle. No diré que todo era completamente vulgar, porque dudo que haya nada completamente vulgar, aunque parezca tal a las gentes completamente vulgares… y aquí es donde entra en juego mi vanidad; pero sí que respondo de que cualquiera habría visto la casa de la misma manera que yo la vi, cualquier hermosa mañana de otoño.

El que yo fuese a parar a esa casa ocurrió como sigue.

Yo iba del Norte en dirección a Londres, con el propósito de detenerme en el camino para echar un vistazo a la casa en cuestión. Mi estado de salud exigía que residiese una temporada en el campo; y un amigo mío que estaba enterado de esa necesidad, y que daba la casualidad que había pasado en coche por delante de la casa, me había escrito para indicarme que le parecía un lugar apropiado. Tomé el tren a medianoche y me quedé dormido; me puse a mirar por la ventanilla a la brillante aurora boreal que iluminaba el cielo; volví a quedarme dormido, y cuando me desperté ya la noche había desaparecido, y yo me quedé en la sensación que es corriente en mí de que no había pegado ojo. A propósito de esto, me avergüenza tener que decir que creo que habría sido capaz de comprometerme a demostrarlo poniendo de testigo al hombre que viajaba enfrente de mí. A ese hombre que viajaba enfrente le ocurrió lo que les ocurre a todos los que viajan enfrente de uno: que tienen más piernas que las que les corresponden, y que todas ellas son demasiado largas. Además de comportarse de esta manera tan poco razonable (que era la que únicamente se podía esperar de él), iba armado de lápiz y cuaderno de notas, y se había pasado el tiempo con el oído alerta y tomando notas. En principio me pareció que aquellas molestas notas se referían a los saltos y traqueteos del vagón. Y me habría resignado a que las tomase, suponiendo en términos generales que sería algún ingeniero civil, si cuando se ponía a escuchar no hubiese clavado siempre la vista en algo que parecía estar encima mismo de mi cabeza. Era un caballero de ojos saltones, y sus manejos se

me hicieron insoportables.

La mañana era fría y apagada (el sol no había aparecido todavía por el horizonte), y cuando ya me cansé de contemplar las luces cada vez más pálidas de los hornos de la región del hierro, y la cortina de humo pesado que se interponía simultáneamente entre las estrellas y yo, y entre el día y yo, me volví hacia mi compañero de viaje y le dije:

—Perdonad, caballero, ¿es que veis en mí algo de particular?

Lo cierto es que parecía estar copiando (con una minuciosidad que ya era excesiva) o mi gorra de viaje, o mis cabellos.

El caballero de los ojos saltones apartó sus ojos de detrás de mí, y lo hizo como si la parte trasera del vagón se hallase a cien millas de distancia, y me contestó con una altiva mirada de compasión hacia mi insignificancia:

—¿Algo de particular en vos, caballero?… ¡B***!

—¿B***? ¡Caballero! —exclamé, acalorándome.

—No tengo nada que ver con vos, caballero —contestó mi compañero de viaje—. Por favor, dejadme escuchar… ¡O***!

Esta vocal la pronunció después de una pausa, y la anotó en su cuaderno.

Me alarmé al principio, porque viajar con un loco en un expreso y carecer de comunicación con el guarda del tren es una situación seria. Pero se me ocurrió pensar, y ello me sirvió de consuelo, que quizá aquel caballero fuese lo que se llama popularmente un *médium*; es decir un miembro de cierta secta, por algunos de cuyos miembros siento yo mucho respeto, pero en los que no creo. Iba a preguntárselo, pero él me quitó la palabra de la boca.

—Tendréis que perdonarme —dijo con desdén el caballero—, si por vivir con un adelanto grandísimo en relación con el común de los mortales, no tomo en cuenta lo que me decís. He pasado la noche, y en la actualidad paso todo mi tiempo, en intercambio espiritual.

—¡Oh! —exclamé con un poco de retintín.

—Las conferencias de esta noche —siguió diciendo el caballero, hojeando su libro de notas—, empezaron con este mensaje: «Las malas comunicaciones echan a perder las buenas mandas».

—Eso está bien —dije—; pero ¿es todo comunicación de aquéllos?

—Original en lo comunicado por espíritus —me contestó.

No pude hacer otra cosa que repetir mi ¡O! burlón, y suplicar que me transmitiese la última comunicación de éstos.

—«Un pájaro en la mano» —dijo el caballero, leyendo con gran solemnidad su última anotación—, «vale más que dos en el Bosco».

—Soy de la misma opinión —contesté—, pero ¿no será más bien en el bosque?

—El mensaje decía Bosco —replicó el caballero.

Me informó después que el espíritu de Sócrates le había hecho esta revelación especial, en el transcurso de la noche. «Amigo mío, espero estaréis muy bien. En este

vagón viajan dos personas. ¿Qué tal estáis? Aquí somos diecisiete mil cuatrocientos setenta y nueve espíritus, pero vos no podéis verlos. Aquí está Pitágoras. No se le ha concedido autorización para decirlo, pero espera que os agradará el viajar». También intervino Galileo, con esta científica información: «Me alegra veros, *amico, Come sta*? Cuando haga bastante frío se helará el agua. *Addio*!». También ocurrieron durante la noche los siguientes fenómenos. El obispo Butler había insistido en deletrear su nombre, «Bubler», pero en castigo de aquella ofensa a la ortografía y a la buena educación fue despedido, considerándosele fuera de sus casillas. Juan Milton (aunque se sospechó que se trataba de una mixtificación deliberada) negó ser el autor de *El paraíso perdido*, y presentó como autores del poema, en colaboración, a dos caballeros desconocidos, llamados, respectivamente, Grungers y Scadgingtone. El príncipe Arturo, sobrino del rey Juan de Inglaterra, habló de sí mismo diciendo que se encontraba bastante cómodo en el séptimo círculo, donde estaba aprendiendo a pintar sobre terciopelo, teniendo por maestros a la señora Trimmer y a la reina María de Escocia.

Si llegan estas líneas a los ojos del caballero que me favoreció con estas revelaciones, espero me disculpará el que le confiese que ellas despertaron mi impaciencia, comparándolas con el orden magnífico del universo, y el espectáculo del sol que aparecía por el horizonte. En una palabra, me molestaron tanto que me alegré infinito de poder bajar del tren en la próxima estación, y de cambiar estas vaguedades y confusiones por el aire libre de los cielos.

Para entonces se había puesto una mañana magnífica. Caminando sobre las hojas que habían caído ya de los árboles dorados, pardos y bermejos; contemplando a mi alrededor las maravillas de la Creación, y meditando en las leyes constantes, inmutables y armónicas por que se rige, ¡qué pobrísima ocupación de viaje me pareció la intercomunicación espiritual del caballero aquel! En ese profano estado de espíritu llegué a la vista de la casa, y me detuve a examinarla atentamente.

Era una casa solitaria, que se alzaba en un jardín lamentablemente abandonado; el jardín consistía en un terreno cuadrado, bastante igual, de unos dos acres de extensión. La casa era de los tiempos de Jorge II, más o menos: todo lo rígida, fría, de líneas convencionales, y de tan mal gusto como pudiera desear el más fiel admirador del cuarteto entero de Jorges. Se hallaba deshabitada, pero haría cosa de uno o dos años que había sido reparada malamente para hacerla habitable; digo malamente, porque se trataba de unas reparaciones a la ligera, y ya la pintura y el revoco empezaban a desprenderse, a pesar de que los colores tenían todavía viveza. Una tabla, alisada de un lado, y colgada por encima de la cerca del jardín, rezaba así: «Se alquila en condiciones razonables, bien amueblada». Los árboles cerraban y sombreaban la casa con exceso; había especialmente seis grandes álamos delante de las ventanas de la fachada principal que resultaban demasiado melancólicos, y que habían sido plantados en un sitio muy mal elegido.

Saltaba a la vista que era aquélla una casa que nadie quería, una casa esquivada

por los agentes de la aldea hacia cuyo emplazamiento atraía mi atención la aguja de la torre de una iglesia que se alzaba a cosa de media milla. La consecuencia natural que se sacaba de tal apartamiento era que la casa tenía fama de estar embrujada.

El período que para mí tiene más solemnidad en las veinticuatro horas del día y de la noche es el de las primeras horas de la mañana. Es frecuente que durante el verano me levante a una hora muy temprana, y me dirija a mi habitación de trabajo para llevar a cabo antes de almorzar la tarea de un día entero; en tales momentos me impresionan profundamente la quietud y la soledad que reina en torno mío. Aparte de que hay algo de espantoso en el espectáculo de las caras que no son familiares cuando están dormidas; en saber que aquellas personas que nos son más queridas y a las que nosotros somos más queridos se encuentran en un estado de completa inconsciencia acerca de nosotros, en un estado de insensibilidad que viene a ser como un anticipo del misterioso estado definitivo hacia el que todos avanzamos. Así, ver la vida en suspenso, los hilos de ayer rotos, la silla desocupada, el libro cerrado, la tarea abandonada y sin terminar, son otras tantas imágenes de la Muerte. La tranquilidad de la hora es la tranquilidad de la Muerte. Los colores y el frío de esa hora despiertan el mismo recuerdo. Incluso cierto aire de más nuevos que toman los objetos de la casa que nos son familiares, cuando surgen por la mañana entre las sombras de la noche, tiene su contrapartida en el hecho de que la expresión de madurez o de vejez de la persona toma al morir su expresión de otros tiempos. Por último, esa hora me trae la imagen de mi padre, tal como se me apareció a esa hora del día. Mi padre vivía y gozaba de buena salud; tampoco mi visión tuvo consecuencia alguna; pero el hecho es que lo vi a la luz del día, sentado de espaldas a mí en una silla que había junto a mi cama. Apoyaba su cabeza en la mano, y no pude ver bien si estaba dormido o estaba afligido. Asombrado de verlo allí, me incorporé en la cama, cambié de posición, saqué medio cuerpo, lo estuve contemplando. Como no se movía, le hablé varias veces. Al ver que seguía sin moverse, me alarmé, le puse la mano encima del hombro. Eso creí yo, porque la verdad es que allí no había nada.

Por estas razones y por otras cuya exposición sería menos fácil y menos breve, las primeras horas de la mañana me resultan las más fantasmales de todas. A primeras horas de la mañana, cualquier casa está para mí más o menos embrujada; y si la casa es efectivamente frecuentada por fantasmas, es en ese momento cuando mayor relieve alcanza conmigo su embrujo.

Caminé hacía la aldea, meditando en el abandono de aquella casa, y me encontré con que el dueño del pequeño mesón estaba enarenando el escalón de la puerta de su establecimiento. Pedí el desayuno, y llevé la conversación al tema de la casa, preguntándole:

—¿Está embrujada?

El mesonero me miró, movió la cabeza, y contestó:

—Yo no digo nada.

—Entonces es que, en efecto, hay en ella fantasmas.

—Mirad —exclamó el mesonero, en un desahogo de franqueza que tenía algo de desesperado—, yo no dormiría en ella.

—¿Por qué no?

—Veréis; yo dormiría en ella si quisiese oír tintinear todas las campanillas de llamada de la casa… sin que las moviese ninguna mano; sí quisiese oír dar portazos a todas las puertas… sin que nadie las empujase; si quisiese oír ruidos de pasos por todas partes… sin ver pie alguno. Entonces sí.

—¿Pero no hay ninguna aparición?

El mesonero volvió a mirarme; reapareció en su rostro el gesto desesperado, y llamó a su mozo de cuadras:

—¡Ikey!

Al conjuro de este grito surgió un joven de hombros cuadrados, cara redonda y rubicunda, pelo corto descolorido, boca de expresión alegre, nariz respingona, chaleco a franjas encarnadas con grandes mangas y con botones de nácar; que parecía que iba creciendo sobre su cuerpo, y que a ese paso llegaría a taparle la cabeza y a cubrirle las botas. El mesonero le dijo:

—Este caballero desea saber si en Los Álamos se deja ver alguna aparición.

—Una mujer encapuchada, con un pájaro —contestó Ikey, que no parecía haber bebido.

—¿Con un pájaro? ¿Qué pájaro?

—Con una lechuza.

—Una mujer encapuchada, con una lechuza. ¡Vaya, vaya! ¿La habéis visto?

—Yo vi la lechuza.

—¿Y a la mujer no la visteis nunca?

—Con la claridad que a la lechuza, no; pero siempre van juntas.

—¿Hay alguien que haya visto a la mujer con tanta claridad como a la lechuza?

—¡Vaya si la han visto! ¡Muchísimos!

—Alguien, concretamente.

—¿Alguien? ¡Muchísimos!

—¿La ha visto, pongo por caso, el dueño de ese comercio que abre en este momento su local?

—¿Perkins? Pero, señor mío, Perkins no pasaría por nada del mundo cerca de semejante lugar. Perkins no es persona lista, ¿qué va a serlo?, pero su falta de juicio no llega a tanto —comentó el joven, con expresión de no querer cometer una injusticia.

El mesonero, por su parte, dijo entre dientes que suponía que Perkins sabría lo que se hacía.

—¿Quién es…, o quién fue en vida la mujer encapuchada de la lechuza? ¿Lo sabéis?

—Pues veréis —dijo Ikey, levantando con una mano su gorra, mientras se rascaba la cabeza con la otra—: así en términos generales dicen que fue asesinada, y que

mientras se cometió el crimen la lechuza lanzaba sus hucheos.

Éste fue el breve resumen de los hechos que pude saber, salvo que un joven, todo lo valeroso y entero que puede ser un joven, se vio acometido de un ataque al ver a la mujer encapuchada. También me dijeron que cierto personaje que respondía a la vaga descripción de un individuo de aguante, una especie de vagabundo, tuerto, que respondía al nombre de Joby, menos cuando se le decía que se llamaba Greenwood, porque entonces contestaba: «¿qué más da? Y aunque lo fuera, meteos vos en lo vuestro»; el tan individuo, digo, había visto a la dama encapuchada cinco o seis veces. Pero no me fue posible interrogar personalmente a esos testigos; porque el primero de ellos se encontraba en California, y el último, según frase de Ikey, que confirmó el mesonero, en Cualquierparte.

Ahora bien: aunque a mí me inspiran un silencio callado y solemne los misterios, cuando entre ellos y nuestra existencia actual se interpone el cambio máximo y la gran prueba a que se ven sometidas todas las cosas vivientes; y aunque no tengo la audacia de afirmar que sé en ese aspecto cuanto se puede saber, no me es posible conciliar los portazos, tintineos, crujidos de tablas, y otras menudencias por el estilo, con la belleza majestuosa y la analogía que a todo alcanza de las normas divinas; como tampoco me había sido posible un poco antes uncir la comunicación espiritual de mi compañero de viaje al carro del sol naciente. Además, yo había vivido ya en dos casas embrujadas…, ambas en el extranjero. En una de éstas, un palacio italiano que tenía fama de estar malamente embrujado, y que estuvo desalquilado dos veces consecutivas por esa causa, viví ocho meses con la mayor tranquilidad y agrado, a pesar de que tenía una veintena de misteriosos dormitorios, que no usaban nunca, y de que poseía, en una gran habitación en la que yo acostumbraba sentarme para leer, infinidad de oportunidades; y de que la habitación contigua a aquélla en que yo dormía mostraba grandes pretensiones en punto a fantasmas. Todo esto se lo expuse amablemente al mesonero. Y en cuanto a lo de que esta casa de ahora tenía muy muy mala reputación, le dije que ¿por qué?

Eran muchas las cosas que tenían mala reputación sin motivo alguno; costaba poco poner mala fama; yo estaba convencido de que, si él, y yo insistiésemos en andar por el pueblo cuchicheando que tal o cual calderero, mal encarado y borracho, se había vendido al diablo, acabaría la gente por tenerlo en sospecha de que, en efecto, había realizado aquella transacción comercial. Pero no tengo más remedio que confesar que todas estas buenas razones no surtieron efecto alguno en el ánimo del mesonero, constituyendo aquél el fracaso mayor de toda mi vida.

Para no insistir más en esta parte de mi historia, diré que lo de la casa embrujada se convirtió para mí en cuestión de amor propio, y que estaba medio decidido a alquilarla. En su consecuencia, obtuve, una vez desayunado, las llaves de manos del cuñado de Perkins (un fabricante de látigos y arneses, que está encargado también del Correo, y vive sometido a una esposa de lo más tiránica, perteneciente a la secta archiseparatista del Pequeño Emanuel), y me encaminé a la casa, acompañado del

mesonero y de Ikey.

Su interior, según me lo esperaba, era de una tristeza extraordinaria. Las sombras de los tupidos árboles, que iban cambiando lentamente de lugar, estaban animadas de un movimiento de oleaje que producía el más profundo abatimiento. La casa se hallaba mal situada, estaba mal construida, mal planeada, y mal acondicionada. Era húmeda, no estaba exenta de carcoma en las maderas, olía a ratas, y venía a ser la lóbrega víctima de esa ruina indescriptible que se apodera de las obras de la mano del hombre cuando no se utilizan en beneficio de éste. Las cocinas y las despensas eran demasiado amplias, y demasiado lejos unas de otras. En los pisos superiores y en los sótanos veíanse grandes pasillos que no servían para nada, y que eran como desiertos con algunos trozos fértiles representados por habitaciones; cerca de la base de la escalera exterior, bajo la doble hilera de campanillas de llamada, había un antiguo pozo mohoso cubierto por una vegetación verde, lo mismo que una trampa asesina. Una de aquellas campanillas tenía una inscripción sobre fondo negro que decía con letras blancas: «Señorito B***.» Me dijeron que era ésta la campanilla que más solía tintinear.

—¿Quién fue el señorito B***? —pregunté—. ¿Se sabe lo que hacía mientras la lechuza hucheaba?

—Tocaba la campanilla —dijo Ikey.

Me sorprendió bastante la rapidez y destreza con que este joven tiró su gorra de piel a la campanilla, e hizo tintinear ésta. Era un timbre el de la campanilla muy chillón y desagradable, resultando su sonido muy antipático. Las demás campanillas tenían inscripciones que respondían a los nombres de los cuartos hasta donde llegaban sus alambres; por ejemplo «cuarto de retratos», «habitación doble», «cuarto del reloj», y otras por el estilo. Siguiendo hasta su origen el alambre de la campanilla del señorito B***, descubrí que este joven caballero había estado instalado en una habitación subalterna de tercera clase, de forma triangular, debajo mismo del desván; tenía esta pequeña habitación una chimenea rinconera, y si el señorito B*** fue capaz alguna vez de calentarse en ella, es que era extraordinariamente pequeño; la repisa de la chimenea rinconera daba la impresión de una escalera piramidal para que el Pulgarcito alcanzase al techo. El empapelado de una de las paredes de la habitación se había desprendido, cayendo al suelo con fragmentos del revoco adheridos al papel, y casi cerraba el paso delante de la puerta. Según parece, el señorito B***, en su forma fantasmal, tenía una tendencia irremediable a arrancar el empapelado. Ni el mesonero ni Ikey pudieron aventurar razón alguna que explicase semejante tontería del fantasma.

No hice otros descubrimientos, fuera de que la casa tenía un desván inmenso en lo más alto. Se hallaba amueblada regularmente, pero sin abundancia. Una parte del moblaje, digamos un tercio, era tan viejo como la casa; el resto de los muebles pertenecía a distintos períodos no anteriores a los últimos cincuenta años. Para tratar del alquiler de la casa me dijeron que me las entendiese con un vendedor de maíz

instalado en la plaza del mercado de la cabeza del departamento. Fui a verlo aquel mismo día, y la arrendé por seis meses.

Me trasladé a la casa exactamente a mediados de octubre, en compañía de una hermana mía soltera (me arriesgo a decir que tenía treinta y ocho años, porque es una mujer hermosísima, inteligente y simpática). Llevamos con nosotros a mi caballerizo, que era sordo, a mi perro sabueso *Turco*, a dos criadas, y a una muchachita para todo servicio. Tengo razones para hacer constar aquí, con referencia a esta última (una huérfana sacada del Orfanato de la Asociación de San Lorenzo), que constituyó un error fatal y un compromiso desastroso el haberla tomado a nuestro servicio.

Cuando tomamos posesión de la casa iba declinando prematuramente el año, caían en abundancia las hojas secas, el día se presentaba crudo y frío, y la lobreguez de las habitaciones producía un efecto de lo más deprimente. La cocinera (mujer simpática, pero de muy cortos alcances), rompió en sollozos al ver la cocina, y pidió que se le permitiese enviar su reloj de plata a una hermana suya (2 Tuppintock's Gardens, Loggs's Walk. Clapham Rise), por si le ocurría algún percance como consecuencia de la humedad. Streaker, la doncella, simuló buen humor, pero era la mártir por excelencia. La chica para todo, que no había vivido jamás en el campo, fue la única que sintió placer, y lo preparó todo para sembrar en el jardín, de la parte de fuera de la ventana del fregadero, una bellota con la idea de criar un roble.

Antes que oscureciese, tuvimos que pasar por todas las miserias naturales (en un sentido contrario al de lo sobrenatural) que eran propias de la situación en que nos encontrábamos. Desde los sótanos subían, igual que el humo, informes llenos de desánimo con los que podían formarse volúmenes enteros; otros informes parecidos bajaban de las habitaciones del piso superior. No había rodillo para aplastar la masa, no había salamandra (cosa que no me sorprendió, porque no sé lo que es); no había en la casa absolutamente nada, y lo que había estaba roto; parece que sus últimos moradores habían vivido como cerdos. ¿Qué se había propuesto el propietario? Entre todas estas angustias, la muchacha para todo se mostraba alegre y ejemplar. Pero no habían pasado cuatro horas después de oscurecido cuando ya habíamos entrado por la huella de lo sobrenatural; la muchacha en cuestión había visto «unos ojos», y se hallaba presa de un ataque de histerismo.

Mi hermana y yo habíamos convenido en guardar lo de los fantasmas estrictamente entre nosotros dos solos; yo tenía la impresión, y sigo teniéndola, de que cuando Ikey nos ayudó a descargar el carro, no le dejé en ningún momento solo con las mujeres, ni con nadie del personal. Sin embargo, como digo, la muchacha para todo había visto «unos ojos» (jamás se le pudo sacar otra explicación); esto ocurrió antes de las nueve, y para cuando dieron las diez se le habían aplicado compresas de vinagre en cantidad suficiente para poner en conserva un buen salmón.

Dejo que el público sensato juzgue cuál sería mi estado de ánimo cuando, hallándome en estas circunstancias, empezó a eso de las diez y media la campanilla del señorito B*** a repicar de una manera furiosa, y *Turco* a ladrar hasta que toda la

casa resonó con el eco de sus lamentos.

¡Ojalá no vuelva jamás a encontrarme en un estado de ánimo tan poco cristiano como el que viví por espacio de algunas semanas, con referencia a la memoria del señorito B***! Ignoro si su campanilla era tocada por ratas, ratoncillos, murciélagos, por el viento, o por cualquier otra vibración accidental o si unas veces era producida por una causa, otras por otra, y en algún momento, por un golpe; lo cierto es que repicaba dos noches de cada tres, hasta que concebí la idea feliz de retorcerle el cuello al señorito B***; en otras palabras, de arrancar su campanilla, silenciando al caballerito para siempre. Así al menos lo creía yo, según toda razón.

Pero ya para entonces la muchachita de que he hablado había desarrollado unas facultades tales y tan perfeccionadas para la catalepsia, que nos resultó un ejemplo brillante de esa enfermedad tan molesta. En las ocasiones que menos venía a cuento se quedaba rígida, lo mismo que un Guy Fawkes dotado de razón. Yo razonaba con la servidumbre de una manera muy clara; les hacía observar que había pintado el cuarto del señorito B*** y que había arrancado el papel; que también había quitado la campanilla de dicho caballerito y desmontado el alambre de llamada. ¿Eran ellos capaces de suponer que aquel condenado muchacho había vivido y muerto para comportarse de una manera que, de vivir en nuestro actual imperfecto estado de existencia, lo habría puesto en el trance de saber lo que era una vara de abedul? ¿Podían también suponer que un simple ser viviente, tal como yo, era capaz de contrarrestar y de limitar con medios tan deleznables los poderes de los espíritus desencarnados de los muertos o de cualquiera otra clase de espíritus? Yo solía mostrarme enfático y convincente en mis argumentos, por no decir condescendiente: pero, cuando estaba en lo mejor, mis razones se venían abajo porque la muchachita para todo se ponía de pronto rígida desde las puntas de los dedos de los pies hasta la cabeza, y formaba entre nosotros el mismo contraste que una estatua de piedra de la parroquia.

Por su parte, la doncella Streaker estaba dotada de una cualidad desconcertante. No puedo decir si sería porque era una mujer de temperamento naturalmente linfático, o si le ocurría otra cosa; pero el hecho es que aquella joven se convertía en una máquina destiladora para la producción de la cantidad más abundante y más transparente de lágrimas que yo he visto. Además de estas características, las lágrimas de la doncella tenían una peculiar fuerza para sostenerse sin caer, como si colgasen de las mejillas y de la nariz. En esta forma, moviendo mansa y lamentablemente la cabeza, la doncella no decía una palabra, y su silencio me empujaba más que el admirable Crichton hubiera podido hacerlo a una disputa verbal por una bolsa de dinero. La cocinera también me cubría de confusión lo mismo que si me tapase con una manta, cerrando de una manera tajante la sesión con sus protestas de que aquel río Ouse estaba acabando con ella, repitiendo lastimeramente sus últimas voluntades con relación a su reloj de plata.

Por lo que se refiere a nuestra vida nocturna, baste decir que reinaba entre

nosotros una epidemia de recelos y de temor, y que no hay debajo del cielo contagio como éste. ¿Dama encapuchada? Si hubiésemos de creer a los relatos, vivíamos en un verdadero convento de damas encapuchadas. ¿Ruidos? Dada la epidemia que reinaba en los sótanos, yo mismo llegué a permanecer en la triste sala, con el oído atento, hasta acabar oyendo tantos y tan extraños ruidos, que me habrían helado la sangre si no me la hubiese reanimado lanzándome a realizar averiguaciones. Probad a hacer esto mismo cuando estéis en la cama en lo más cerrado de la noche; probad a hacer esto mismo cuando estéis sentados cómodamente junto a la chimenea en lo más abierto de la noche. Veréis cómo sois capaces de llenar una casa cualquiera de ruidos, si os empeñáis en ello, hasta que oigáis uno por cada fibra de vuestro sistema nervioso.

Insisto; reinaba entre nosotros una epidemia de recelos y de temor, y no hay cosa tan contagiosa bajo la capa del cielo. Las mujeres (con la nariz en un estado de excoriación crónica de tanto oler sales) se hallaban siempre cebadas y cargadas como para un desmayo y dispuestas a dispersarse en cualquier momento como el gatillo de pelo de las pistolas. Las dos de mayor edad enviaban a la muchacha para todo a los mandados que consideraban de mayor riesgo, y ella se encargaba de que mereciesen para siempre este calificativo, volviendo de ellos en estado de catalepsia. Cuantas veces la cocinera o la doncella subían después de oscurecido al piso de encima del cuarto en que nosotros estábamos, teníamos la certeza de que no tardaríamos en escuchar un golpe en el techo, encima de nuestras cabezas; era tan continuo este fenómeno, que parecía que anduviese por la casa un púgil sin más ocupación que la de aplicar un directo que derribase al suelo a cualquier miembro del personal de servicio que se cruzase con él.

Era inútil cualquier cosa que se hiciese. Era inútil que se mostrase uno mismo asustado por una lechuza auténtica, mostrando a continuación al animal. Era inútil poner de manifiesto, dando de pronto un manotazo discordante en el piano, que *Turco* ladraba siempre que oía esta clase de notas y combinaciones. Era inútil portarse con las campanillas igual que un Radamanto, arrancando inexorablemente y silenciando para siempre a la desdichada que se permitía tintinear sin permiso. Era inútil que se encendiese fuego en las chimeneas, que se introdujesen antorchas encendidas dentro del pozo, que me abalanzase furiosamente dentro de los cuartos y lugares sospechosos. Cambiamos de criadas, pero no mejoró nada. Las nuevas salieron huyendo, vino un tercer equipo, y todo siguió igual. Por último, nuestro plan de vida doméstica quedó tan desorganizado y tan mal, que una noche le dije lleno de desánimo a mi hermana:

—Patri, empiezo a perder toda esperanza de que consigamos retener aquí al personal, y soy de opinión de que debemos darnos por vencidos.

Mi hermana es una mujer enormemente animosa, y contestó:

—No, Juan, no te des por vencido. No te dejes apabullar. Podemos seguir otra táctica.

—¿Qué táctica es ésa? —le pregunté.

—Juan —me contestó—, si hemos de conseguir que no nos echen de esta casa, y no hay razón alguna visible a abandonarla, es preciso que nos sirvamos nosotros mismos y que nos hagamos cargo de la casa por completo y de una manera exclusiva.

—Pero ¿qué hacemos con la servidumbre? —dije yo.

—Pasémonos sin ella —contestó valerosamente mi hermana.

Yo, al igual de muchísima gente de mi posición, no había pensado nunca en la posibilidad de vivir sin estos fieles obstáculos. Aquella idea me resultó tan nueva cuando me la sugirió mi hermana, que di señales de encontrarme muy perplejo.

—Sabemos que vienen a esta casa dispuestas a dejarse asustar y a contagiarse el susto unas a otras, y sabemos que, cuando llega el momento, lo hacen así —contestó mí hermana.

—Hay una excepción única: Bottles —hice notar en tono reflexivo. Bottles era el caballerizo sordo. Lo mantuve a mi servicio, y sigo manteniéndolo, como a un fenómeno de gruñonería como no hay otro igual en Inglaterra.

—Desde luego, Juan —contestó mi hermana—; Bottles es una excepción. ¿Qué prueba esta excepción? Bottles no habla con nadie, ni oye lo que nadie le diga como no le grite con toda la fuerza de sus pulmones. ¿Ha dado Bottles alguna vez la alarma, o se ha dejado alarmar por alguien? ¡Nunca!

Esto era completamente cierto; el individuo en cuestión se había retirado a dormir todas las noches, a las diez, en la cama que tenía en el desván de la cochera, sin más compañía que un aventador y un cubo de agua. Yo había grabado en mi cerebro, como cosa muy digna de ser recordada, que si me hubiese presentado después de esa hora delante de Bottles sin advertirle previamente, habría recibido de modo instantáneo sobre mí el cubo de agua, y a través de mí las puntas del aventador. Tampoco dio Bottles señal de preocuparse en absoluto por ninguno de nuestros ruidosos sobresaltos. Hombre imperturbable y mudo, seguía cenando mientras la doncella caía ante sus ojos en un desmayo, y la muchachita para todo se convertía en mármol; quizá Bottles aprovechaba el momento para meterse en la boca otra patata, o para beneficiarse de la angustia general sirviéndose del pastel de carne.

—Exceptúo, pues, a Bottles —siguió diciendo mí hermana—. Y considerando, Juan, que la casa es demasiado espaciosa, y quizá demasiado solitaria para que podamos hacernos cargo de ella Bottles, tú y yo, propongo que busquemos entre nuestros amigos cierto número bien seleccionado de los más dignos de confianza y mejor dispuestos; que formemos aquí durante tres meses una sociedad; que nos sirvamos cada cual a sí mismo y unos a otros; que vivamos alegremente y en buena armonía, y que veamos lo que ocurre.

Quedé tan encantado con mi hermana, que la besé en aquel mismo instante, y acepté su proyecto con el mayor entusiasmo.

Nos hallábamos entonces en la tercera semana de noviembre; pero pusimos manos a la obra con tal energía, y nos vimos tan bien secundados por los amigos en

quienes habíamos confiado, que faltaba aún una semana para terminar el mes y ya todos habían acudido alegremente y estábamos reunidos en la casa embrujada.

Al llegar a este punto, quiero hacer mención de dos pequeñas alteraciones que tuvieron lugar cuando todavía vivíamos solos mí hermana y yo. Se me ocurrió que quizá no era improbable que *Turco* ladrase por la noche dentro de la casa, debido en parte a que sentía ansias de salir al exterior; en vista de eso lo dejé en su casilla, pero sin sujetarlo con la cadena; advertí muy seriamente a toda la aldea que quienquiera que se pusiese al alcance de mi perro podía tener por seguro que no escaparía sin un desgarrón en el cuello. Me hice después el encontradizo con Ikey y le pregunté si entendía de escopetas. Me contestó:

—Sí, señor, sé distinguir una buena escopeta cuando la tengo a la vista.

Entonces le pedí que me hiciese el favor de llegarse hasta la casa para echar un vistazo a la mía.

—Es un arma certera, señor —dijo Ikey después de examinar el rifle de dos cañones que yo había comprado algunos años antes en Nueva York—. Ésta no engaña, señor.

—Ikey —le dije—, no se lo cuentes a nadie; pero he visto algo en esta casa.

—¿De veras, señor? —cuchicheó, abriendo ojos ansiosos—. ¿La dama encapuchada, señor?

—No te asustes —le dije—, era un bulto que se parecía bastante a ti.

—¡Santo Dios!

—Ikey —le dije, acompañando mis palabras con un caluroso apretón de manos, casi casi con cariño—, si hay algo de verdad en estas historias de aparecidos, el servicio mayor que puedo hacerte es el de disparar contra ese bulto. Te prometo, por Dios y toda su corte, que si vuelvo a verlo le dispararé con este rifle.

El joven me dio las gracias, y se despidió con cierta precipitación, después de rehusar una copa de licor. Yo le comuniqué mi secreto, quizá porque en ningún momento me olvidé por completo de la forma en que había lanzado su gorra contra la campanilla; porque en otra ocasión había visto, no lejos de la campanilla, algo que se parecía mucho a una gorra de piel, y esto había ocurrido cierta noche en que la campanilla rompió a tintinear; y, finalmente, porque me había fijado en que lo fantasmal llegaba a su cúspide cuantas veces él acudía después de anochecido a reanimar a la servidumbre. No quiero ser injusto con Ikey. Él sentía miedo de la casa, y estaba convencido de que la visitaban fantasmas; sin embargo, siempre que se le presentaba una oportunidad, se conducía como si no los hubiese. Esto mismísimo le ocurría a la muchachita para todo servicio. Iba y venía por la casa dominada de un terror auténtico y, sin embargo, mentía de una manera monstruosa y deliberada, era la inventora de muchas de las alarmas de que luego contagiaba a las demás y era también la que producía muchos de los ruidos que oíamos. Yo no había perdido de vista a los dos, y lo había comprobado. No me toca a mí el dar una explicación de semejante absurdo; me limito a hacer notar que se trata de un fenómeno con el que

están familiarizados todos los hombres inteligentes que lo han estudiado honradamente desde el punto de vista médico, legal o de otra clase de investigación; que está probado que es éste un estado de ánimo tan real como cualquier otro que han tratado los observadores; y que, siempre que surge una cuestión de esta clase, hay que sospechar, antes y por encima de nada, que existe ese fenómeno, siendo preciso indagar cuidadosamente y separándolo de todos los demás.

Pero volvamos a nuestra reunión. Lo primero que hicimos al vernos congregados allí fue echar a suertes los dormitorios.

Hecho esto, y después que toda la concurrencia examinó minuciosamente uno por uno los dormitorios y toda la casa, distribuimos las distintas tareas igual que si formásemos una tribu de gitanos o un grupo de excursionistas en yate, una partida de cazadores o una tripulación de náufragos. A continuación les relaté todos los rumores que corrían a propósito de la dama encapuchada, la de la lechuza y del señorito B***, con todos los demás todavía más desconcertantes, que habían corrido durante el tiempo que vivíamos allí, y que hablaban de no sé qué ridículo espectro del sexo femenino que se había paseado por la casa llevando una fantasmal mesa redonda; y también de un garañón impalpable, al que nadie había sido capaz de echar mano. Estoy verdaderamente convencido de que nuestra gente de escaleras abajo se había comunicado entre sí algunas de estas fantasías de un modo morboso, sin comunicárselas por medio de palabras.

A continuación nos dijimos unos a otros muy seriamente que tuviésemos en cuenta que no estábamos allí para que nadie nos engañase, ni para engañar a nadie (cosa que considerábamos idéntica, en resumidas cuentas); que, poseídos de un serio sentimiento de responsabilidad, nos mantendríamos estrictamente leales unos a otros, sin apartarnos un ápice de la verdad. Quedó convenido que, si alguien oía de noche ruidos extraños y deseaba averiguar en qué consistían, llamaría a mi puerta; por último, que la víspera del día de Reyes, es decir, la última noche de la época pascual, daríamos a conocer, en bien de todos, nuestras experiencias individuales desde la hora misma en que nos habíamos reunido en la casa embrujada; y que hasta ese momento no nos preocuparíamos para nada del asunto, a menos que nos obligase a romper el silencio alguna provocación extraordinaria.

Formábamos aquella reunión las siguientes personas, cuyos caracteres voy a describir:

En primer lugar, y lo digo para hacernos de una vez a un lado mi hermana y yo, estábamos nosotros dos. Al echar a suertes, le tocó a mi hermana su propia habitación, y a mí la del señorito B***. Venía después nuestro primo hermano Juan Herschel, al que habían puesto ese nombre en memoria del que fue gran astrónomo y, a mi entender, el hombre más hábil que aplicó el ojo a un telescopio. Estaba con él su mujer, una mujercita encantadora con la que había contraído matrimonio durante la primavera anterior. A mí me pareció que en circunstancias como aquéllas había sido una imprudencia llevarla, porque no sabe nadie las consecuencias que en un estado

como el suyo puede tener una alarma; pero me imagino que él sabía mejor que nadie lo que se hacía, y no tengo más remedio que decir que si ella hubiese sido mi mujer, por nada del mundo habría dejado lejos de mí una cara tan encantadora y tan simpática como aquélla. Les tocó en suertes el cuarto del Reloj. La habitación doble le correspondió a Alfredo Starling, un joven extraordinariamente simpático, de veintiocho años, por el que siento el mayor agrado; esta habitación doble solía ser la mía, y era conocida con ese nombre porque había en el interior de la misma un cuarto de tocador con dos ventanas grandísimas y muy molestas, que, a pesar de todo cuanto hice para calzarlas, seguían estremeciéndose, hiciese el tiempo que hiciese y soplase o no soplase el viento. Alfredo era un mozo que simulaba ser un libertino, pero que en realidad era demasiado bueno y razonable para serlo; con seguridad que ya se habría distinguido para entonces de alguna manera, de no haber tenido la desgracia de que su padre le dejase una pequeña renta de doscientas libras al año, lo que le dio base para que su única ocupación en la vida fuese la de gastar seiscientas. Abrigo, sin embargo, la esperanza de que su banquero quiebre algún día, o de que se meta en alguna de esas especulaciones en las que se garantiza un dividendo de 20 por 100; estoy convencido de que bastaría que se arruinase, para hacer su fortuna. Belinda Battes, amiga íntima de mi hermana, muchacha muy intelectual, simpática y encantadora, sacó el cuarto de Pintura. Es una mujer que tiene extraordinario talento para la poesía, combinado con una auténtica seriedad propia de los negocios y que «está metida» (para emplear la frase de Alfredo) en la defensa de la Mujer, de los derechos de la Mujer, de los agravios de la Mujer y de todo cuanto se refiere a la mujer con letra mayúscula, y de lo que no es, pero debiera ser, o de lo que es, pero no debiera ser.

—¡Todo eso es digno del mayor elogio, querida, y ojalá Dios te lo conceda! —le cuchicheé la primera noche al despedirme de ella en la puerta del cuarto de Pintura—; pero no lo exageres, y por lo que se refiere, querida, a la gran necesidad que existe de que se abran a la Mujer más vías de acceso a las carreras y ocupaciones que las que nuestra civilización le tiene asignada hasta ahora, no ataques a los hombres desdichados, ni siquiera a los que a primera vista se atraviesan en tu camino, como si fueran los tiranos naturales de vuestro sexo; créeme, Belinda, ellos se gastan a veces sus sueldos entre las esposas y las hijas, las hermanas, las madres, las tías y las abuelas; la verdad es que la representación no se reduce exclusivamente al Lobo y Caperucita Roja, sino que existen otros papeles; pero veo que me aparto del asunto.

Como acabo de decir, Belinda ocupó el cuarto de Pintura. Sólo nos quedaban otras tres habitaciones: la del Rincón, la del Aparador y la del Jardín. Mi viejo amigo Juanito Governor colgó su hamaca, para usar sus palabras, en el cuarto del Rincón. Para mí fue Juanito siempre el marino más guapo de todos los que han navegado. Actualmente tiene el cabello cano, pero sigue tan buen mozo como lo era hace un cuarto de siglo; mejor dicho, sigue mejor que entonces. Es un hombre fornido, alegre, bien plantado y ancho de hombros, de sonrisa franca, negros ojos brillantes y cejas

negras abundantes. Me acuerdo de cuando todo eso estaba coronado por unos cabellos más negros, y me parece que lucen aún más enmarcados en plata. Juanito ha viajado por todos los lugares en que ondea la bandera inglesa, y he tropezado con viejos camaradas suyos destacados en el Mediterráneo y al otro lado del Atlántico, que, al mencionar yo casualmente su nombre, han adoptado una expresión radiante y alegre, exclamando:

—¿Cómo? ¿Conocéis a Juanito Governor? Entonces conocéis al rey de los hombres.

¡Ése es Juanito! Es un oficial de Marina tan inconfundible que, aunque os lo encontraseis en el momento en que salía de la choza de nieve de los esquimales y cubierto con una piel de foca, surgiría en vuestro cerebro una vaga idea de que iba vestido de riguroso uniforme naval.

Hubo un tiempo en que Juanito puso su franca mirada en mi hermana; pero acabó por casarse con otra mujer a la que condujo a Sudamérica, donde falleció. De esto hace doce años o más. Al venir a nuestra casa embrujada se trajo con él un barrilito de novillo salado; porque está completamente convencido de que el novillo salado preparado por otras manos que no sean las suyas es pura carroña. Siempre que va a Londres, sin excepción, lleva en su maletín una cantidad de esta clase de carne dentro de su maletín. Se nos había brindado asimismo a traer en su compañía a un tal Nat Beaver, viejo camarada suyo, capitán de un buque mercante. El señor Beaver, de cuerpo y rostro macizos y como de una pieza, y que producían la impresión de estar hechos de un bloque, demostró ser un hombre inteligente, con un mundo de experiencias marinas dentro de su persona y con un gran sentido práctico. De cuando en cuando, y por momentos, se observaba en él un curioso nerviosismo, que parecía ser consecuencia de alguna vieja enfermedad; pero se le pasaba en seguida. Le tocó el cuarto del Aparador, próximo al del señor Undery, amigo y procurador mío; éste acudió en su calidad de aficionado «para ver lo que había en el asunto», según dijo; es un hombre que juega al *whist* mejor que todo el Colegio de Abogados, desde la tapa roja de su lista de miembros hasta la contratapa final del mismo color.

Fueron aquéllos los días más felices de mi vida, y creo que ésa fue la opinión predominante entre nosotros. Juanito Governor, hombre siempre de recursos maravillosos, era el cocinero jefe, y preparó algunos de los más sabrosos platos que he comido en mi vida, incluyendo entre ellos algunas salsas incomparables. Mi hermana era la encargada de los postres de cocina y de los dulces. Starling y yo éramos los segundos de a bordo del cocinero, por riguroso turno, y en algunas ocasiones excepcionales el cocinero jefe «presionaba» al señor Beaver. Disfrutamos de una gran cantidad de deportes y ejercicios al aire libre, pero no se nos pasó por alto nada para la vida en el interior; jamás hubo entre nosotros mal humor ni choques, y nuestras veladas eran tan encantadoras que ellas sí que nos proporcionaban una razón fundada para mostrarnos reacios a retirarnos a dormir.

Tuvimos al principio algunas alarmas nocturnas. La primera noche vino a

despertarme Juanito, llevando en la mano una estupenda linterna de barco, que parecía como las agallas de algún monstruo de los abismos, y me dijo que «iba a la bolilla del palo mayor», para echar abajo la veleta. La noche era tormentosa, y yo se lo censuré; pero Juanito me llamó la atención y me hizo observar que hacía un ruido que parecía un grito de desesperación, y me dijo que pronto daría alguien el grito de «¡Ah del fantasma!», si no lo había dado ya. Y allá nos fuimos, acompañados del señor Beaver, hasta lo alto de la casa, donde apenas podía sostenerme contra el viento; una vez allí, Juanito, seguido del señor Beaver, trepó hasta lo alto de la cúpula, un par de decenas de pies por encima de las chimeneas, y se sostuvo sin nada sólido en que apoyarse, arrancando a golpes la veleta; de tal manera se entusiasmaron con el viento y la altura, que creí que ya no volvían a bajar. Otra noche repitieron la excursión, echando abajo un capuchón de chimenea. Otra, cortaron un trozo de cañería de conducción de agua que sollozaba y glogloteaba. Otra, descubrieron yo no sé qué. En varias ocasiones se descolgaron con la mayor serenidad y simultáneamente de sus ventanas, sirviéndose de sus cobertores como de cuerdas, para comprobar algo misterioso que habían visto en el jardín.

Todos cumplieron el compromiso contraído de no decir una palabra. Lo único que supimos era que, anduviesen o no los fantasmas por algún cuarto, nadie se sentía afectado por ello.

CAPÍTULO II

*El fantasma en el cuarto del señorito B****

Al instalarme en la buhardilla triangular que tan alta reputación había alcanzado pensé como es natural en el señorito B***. Las hipótesis que yo hacía acerca del mismo eran inseguras y múltiples. ¿Se llamaría Benjamín, Bisiesto (por haber nacido en un año de esa clase), Bartolomé, Bill? ¿Pertenecía la inicial a su apellido, y sería éste Baxter, Black, Brown, Barker, Buggins, Baker, Bird? ¿Sería acaso un inclusero, y lo habían bautizado simplemente con la B de bastardo? ¿O quizá por ser un muchacho valerosísimo le habían puesto la B de británico o de Bull? ¿Y no podría ser que estuviese íntimamente emparentado con una ilustre dama que alegró los días de mi niñez, y en ese caso llevaría en sus venas la sangre de la distinguida señora Bunch?

Mucho fue lo que me atormenté con tan inútiles reflexiones. Apliqué también la letra misteriosa al físico y a las ocupaciones del difunto. ¿Calzaría Botas, sería un Botijo, le gustarían las Bibliotecas, sería un hábil Boxeador, aficionado a Bañarse en cualquiera de los Balnearios de Bognor, Bangor, Bournemouth, Brighton o Broadstairs, Brincando al agua como una Bola de Billar? Como se ve, la letra B adquirió desde el principio para mí caracteres de fantasma que ronda.

No tardé en comprobar que ni por casualidad soñaba yo con el señorito B*** ni con nada que tuviese relación con él. Pero, en cuanto despertaba a cualquier hora de la noche que fuese, mis pensamientos iban hacia él y se paseaban por sus huellas, intentando unir su inicial a alguna cosa que encajase bien y la asentase de una vez.

Así fue como por espacio de seis noches me rompí la cabeza en el cuarto del señorito B***, hasta que comencé a caer en la cuenta de que las cosas empezaban a torcerse.

La primera aparición se me presentó a una hora temprana de la mañana, cuando apenas clareaba. Me estaba afeitando frente al espejo, cuando descubrí de pronto, con asombro y consternación, que a quien yo afeitaba no era a mí, que soy un cincuentón, sino a un muchacho. ¡Al señorito B***, por lo visto!

Me estremecí, y miré por encima de mi hombro; allí no se veía nada. Volví a mirar al espejo y distinguí claramente los rasgos y la expresión de un niño que se estaba afeitando, pero no para desembarazarse de la barba, sino para hacerse con una. Completamente turbado, di varias vueltas por la habitación, y volví a colocarme frente al espejo, decidido a mantener firme mi pulso y a dar fin a la tarea interrumpida. Abrí los ojos (que había cerrado mientras hacía esfuerzos por recobrar mi serenidad) y vi en el espejo, mirándome fijamente, los ojos de un joven de unos

veinticuatro o veinticinco años. Aterrado por aquella clase nueva de fantasmas, cerré los míos para serenarme otra vez, mediante un gran esfuerzo. Los abrí de nuevo, y vi en el espejo, afeitándose una mejilla, a mi padre, que llevaba mucho tiempo muerto. Más aún: acabé viendo en el espejo a mi abuelo, al que yo no había conocido en vida.

Quedé, como es natural, muy afectado por tan notables apariciones, pero decidí guardar el secreto hasta que llegase el momento señalado para que cada cual hiciese sus revelaciones. Agitado por una multitud de extraños pensamientos, me retiré aquella noche a mi habitación, preparado a cualquier nueva experiencia del género fantasmal. No fue inútil mi preparación; desperté a eso de las dos de la madrugada después de dormir con sueño intranquilo. ¡Y qué sensación no sería la que experimenté al ver que compartía el sueño con el esqueleto del señorito B***! Di un salto, y el esqueleto hizo lo propio. Entonces oí una voz lastimera que decía:

—¿Dónde estoy? ¿Qué ha sido de mí?

Miré en la dirección de donde venía la voz y descubrí el fantasma del señorito B***.

El joven espectro vestía de un modo anticuado; mejor dicho, no iba vestido, sino metido en una funda de burda mezclilla, que resultaba aún más horrible por los botones de metal brillante. Me fijé en que esos botones formaban doble hilera encima de los hombros del fantasma, y parecían descender por sus espaldas. Llevaba una gorguera alrededor del cuello. Tenía la mano derecha apoyada en el estómago, y vi que estaba manchada de tinta; relacionando esa acción de llevarse la mano al estómago con algunos débiles lunares de la cara y su expresión general de quien siente náuseas, saqué la conclusión de que el tal fantasma tenía que ser de un muchacho demasiado acostumbrado a tomar purgas fuertes.

—¿Dónde estoy? —dijo el espectro con voz patética—. ¿Por qué nací yo en los días del calomelanos y por qué me dan a mí calomelanos en tal cantidad?

Le contesté con interés muy sincero que, en Dios y en mi ánima, no lo sabía. Entonces el fantasma dijo:

—¿Dónde está mi hermanita y dónde está mi mujercita angelical y dónde está el muchacho con el que acostumbraba ir a la escuela?

Supliqué al fantasma que no se afligiese y, sobre todo, que cobrase ánimos en lo referente a la pérdida del muchacho con el que iba a la escuela. Le hice notar que, según toda probabilidad humana, resultaría, cuando se diese con el paradero de aquel chico, que se había maleado. Le aduje mi ejemplo, diciéndole que varios muchachos con los que yo había ido a la escuela me dieron chasco cuando tropecé con ellos al correr de los arios. Le manifesté mi humilde opinión de que aquel muchacho no fue luego lo que prometía; que era un personaje mítico, una ilusión y una añagaza. Le referí que la última vez que yo me encontré con e había sido en un banquete; que estaba resguardado por el muro de una corbata blanca, que no supo decir sino vaguedades sobre todos los temas posibles y que su capacidad de aburrimiento silencioso había sido absolutamente gigantesca. Le conté que, fundándose en haber

estado nosotros juntos en Old Doylance, se invitó a sí mismo a almorzar conmigo, lo cual constituía una gravísima falta de corrección social; que yo, aireando el débil rescoldo de mi fe en los muchachos de Doylance, lo había recibido en mi casa; que demostró ser un terrible vagabundo de nuestro planeta, que perseguía a la raza de Adán con unas ideas fantásticas relacionadas con el dinero y con una proposición para que el Banco de Inglaterra imprimiese y lanzase a la circulación, bajo la pena de ser abolido, Dios sabe cuántos miles de millones de billetes de diez libras y seis peniques.

El fantasma me escuchó en silencio, mirándome fijamente, y cuando acabé de hablar me apostrofó, diciendo:

—¡Barbero!

—¿Barbero? —repetí, porque yo no ejerzo esa profesión.

—Barbero —dijo el fantasma— condenado a afeitar toda una serle de clientes en constante mutación: primero a mí…, luego a un joven…, luego a vos mismo tal cual sois…, luego a vuestro padre… y por fin a vuestro abuelo; condenado también a dormir todas las noches en compañía de un esqueleto y a despertaros todas las mañanas en su compañía.

Me estremecí al escuchar tan triste vaticinio.

—¡Barbero! ¡Persígueme!

Aun antes que pronunciase estas palabras había tenido yo barruntos de que me hallaba sometido a un encantamiento que me obligaría a perseguir al fantasma. Lo hice inmediatamente y salí del cuarto del señorito B***.

Es sabido por muchas personas que las brujas solían confesar que se veían obligadas a emprender de noche largos y fatigosos viajes; no hay duda que no decían sino la verdad (sobre todo si se tiene en cuenta que en las preguntas que se les hacían iba implícita la contestación y que los instrumentos del tormento estaban siempre listos y a mano). Yo afirmo que mientras estuve instalado en el cuarto del señorito B*** el fantasma que rondaba en él me obligó a realizar expediciones de tanta duración y tanta emoción como cualquiera de las que hacían las brujas. Desde luego, que no me presentaron a ningún anciano mal vestido que luciese cuernos y cola de macho cabrío (algo que resultaba un intermedio entre el dios Pan y un ropavejero) que presidiese recepciones rutinarias tan estúpidas como las que se celebran en la vida real y menos decentes; pero paso a tratar de otras cosas que parecían tener un sentido más hondo.

Con la conciencia de quien dice la verdad y confiado en que seré creído, declaro sin titubeos que seguí al fantasma; la primera vez, montado en un palo de escoba y después en un caballito de balancín. Estoy dispuesto a jurar a qué olía la pintura del animal, sobre todo cuando lo calentaba y reavivaba la pintura. Más tarde seguí al fantasma en un coche de alquiler, artefacto éste con cuyo olor característico no está familiarizada la generación actual, pero que yo estoy dispuesto a jurar que venía a ser una combinación del olor a cuadra, del olor a perro con sarna y del de unos fuelles

viejísimos. (Sobre estos extremos, apelo a las generaciones para que confirmen mi aserto). Perseguí al fantasma montado en un burrito sin cabeza o por lo menos en un burrito tan interesado en su estómago que siempre tenía la cabeza agachada haciendo investigaciones en aquél; lo perseguí montado en caballitos, nacidos *ex profeso* para tirar coces; lo perseguí en tíosvivos, y en columpios de ferias y, por último, lo perseguí en un simón (otro artefacto olvidado, en el que el viajero se tumbaba y se arropaba con el cochero).

Para no molestar al lector con el relato detallado de todos mis viajes en persecución del fantasma del señorito B***, viajes que fueron más largos y más llenos de maravillas que los de Simbad *el Marino*, me limitaré a una de mis experiencias, por la que se podrán juzgar las demás.

Yo me encontraba maravillosamente cambiado. Era yo y no era yo. Me daba cuenta de algo que llevaba en mi interior, que ha sido durante toda mi vida idéntico y que pude comprobar que jamás se alteraba en todas las fases y andanzas de mi vida, a pesar de lo cual yo no era el mismo que se había acostado en el cuarto del señorito B***. Yo tenía la más tersa de las caras y las más cortas de las piernas; había incorporado en mí a otro ser igual que yo, que también tenía la más tersa de las caras y las más cortas de las piernas, lo había llevado detrás de una puerta y estaba haciéndole una proposición de la índole más asombrosa.

Esta proposición consistía en que teníamos que instalar un serrallo.

El otro ser parecido a mí daba su conformidad calurosamente. Ni él ni yo teníamos idea de la respetabilidad. El tener un serrallo era una costumbre oriental; lo tenía el califa Harún Al-raschid (¡permitidme que una vez más emplee el nombre depravado, porque está impregnado de dulces recuerdos!), y esa costumbre era altamente laudable y muy digna de ser imitada.

—¡Sí! Instalaremos un serrallo —exclamó el otro ser dando un salto.

Si decidimos guardar el secreto para que no se enterase la señorita Griffin no fue porque nos asaltase la más pequeña duda acerca del carácter meritorio de esa institución oriental que nosotros nos proponíamos importar. Lo hicimos porque sabíamos bien que la señorita Griffin estaba desprovista de simpatías humanas y era incapaz de apreciar la grandeza del gran Harún. Conservando, pues, el asunto envuelto en un misterio impenetrable, confiémoslo a la señorita Bule.

Éramos diez los que vivíamos en el establecimiento que la señorita Griffin tenía en Hampstead; ocho mujeres y dos caballeros. La señorita Bule, que, según mis cálculos, habría alcanzado ya la madura edad de ocho o nueve años, era la que marcaba pautas en sociedad. Yo le expuse el asunto en el transcurso del día y la invité a que fuese ella la Favorita.

La señorita Bule, después de forcejear con la desconfianza tan natural de su sexo adorable y que tanto encanto le presta, se declaró halagada con aquella idea, pero quiso saber qué destino se le iba a dar a la señorita Pipson. Dijo la señorita Bule que, en su calidad de amiga de la Pipson, no podía disimular ante ella misma ni ante los

otros el hecho de que la Pipson no era una mujer del montón (se decía que la señorita Bule había jurado a la otra damita una amistad total y recíproca, sin secretos entre ellas, hasta la muerte, y que lo había jurado poniendo la mano sobre el devocionario y las lecciones completas, obra en dos volúmenes con estuche y cerradura.

Ahora bien: como la señorita Pipson tenía el cabello ensortijado y los ojos azules (así me representaba yo a los seres mortales y femeninos a los que se aplicaba el nombre de Bellas) le contesté rápidamente que consideraba a la señorita Pipson como una Bella Circasiana.

—¿Y qué se deduce de eso? —preguntó, pensativa, la señorita Bule.

Le contesté que la engatusaría un mercader, que éste me la presentaría cubierta con un velo y que yo la compraría para esclava.

(El otro ser igual a mí ocupaba ya el segundo puesto del Estado correspondiente a un varón, y había quedado designado Gran Visir. Después protestó contra esta manera de disponer las cosas, pero a fuerza de tirones de pelo cedió).

—¿Tendré que estar celosa? —preguntó la señorita Bule, bajando los ojos.

—No, Zobeida —contesté—; tú serás siempre la sultana favorita; el primer lugar de mi corazón y de mi trono será siempre para ti.

Una vez que recibió esta seguridad, la señorita Bule consintió en proponer la idea a sus siete hermosas compañeras. En el transcurso del mismo día pensé que podíamos confiar en un alma sonriente y bondadosa que respondía al nombre de Tabby; era el galopín de la casa, al que no se le daba más importancia que a un mueble y que andaba siempre con algún tizne más o menos grande en la cara. En consecuencia, después de cenar le puse a la señorita Bule un papelito en la mano dándole a conocer mi pensamiento, insistiendo en que el tizne de la cara venía a ser como depositado allí por el dedo de la Providencia, indicándonos que Tabby debía representar el personaje de Mesrour, el célebre jefe de los negros del harén.

Surgieron dificultades en la formación del deseado serrallo, lo mismo que surgen en todas las combinaciones. El otro ser descubrió su carácter bajuno; al verse derrotado en sus aspiraciones al trono, simuló tener escrúpulos de conciencia sobre el acto de prosternarse ante el califa; se negaba a darme el título de Comendador de los Creyentes; hablaba de mí con desdén y ligereza, dándome el calificativo de *tipo*; aseguró que él, es decir, el otro, «no jugaba»… ¡Qué palabra! ¡Jugar!… Mostrándose además rudo y ofensivo. Sin embargo, aquella ruindad cayó por los suelos ante la indignación general del serrallo unido, y yo fui bendecido con las sonrisas de ocho de las más lindas hijas de los hombres.

Estas sonrisas sólo podían serme dedicadas cuando la señorita Griffin miraba hacia otro lado, y aun entonces de un modo muy disimulado, porque entre los fieles del Profeta existía la leyenda de que la tal señorita era capaz de ver por medio de un pequeño círculo de adorno que llevaba en el centro del dibujo del chal con que se cubría las espaldas. Pero todos los días, después de comer, permanecíamos reunidos una hora; entonces la Favorita y el resto del harén real competían en quién de ellas

entretendría mejor en sus ocios al serenísimo Harún mientras descansaba de los cuidados del Estado (cuidados que, como en casi todos los asuntos públicos, eran de naturaleza aritmética, y porque, sumando, el Comendador de los Creyentes era un tremendo chapucero).

El fiel Mesrour, jefe de los negros del harén, permanecía siempre de servicio en tales ocasiones (aunque, por lo general, la señorita Griffin hacía sonar la campanilla llamando en ese mismo tiempo a aquel funcionario con gran vehemencia); pero no supo nunca desempeñar su cargo de un modo que estuviese a la altura de su reputación histórica. En primer lugar, no se podía explicar de una manera completamente satisfactoria el que colocase una escoba en el diván del califa, aun en los momentos en que Harún llevaba en sus hombros el rojo manto de la ira (es decir, la pelliza de la señorita Pipson); de todos modos, lo pasábamos momentáneamente por alto. En segundo lugar, la manera que tenía de estallar en alegres exclamaciones, tales como «¡Qué preciosas estáis!» no tenía nada ni de oriental ni de respetuosa. En tercer lugar, cuando insistíamos de un modo firme en que dijese «¡Bismillah!», él siempre decía «¡Aleluya!». Este funcionario, desdichado de su clase, era en conjunto demasiado bonachón, abría siempre un palmo de boca, expresaba su aprobación de un modo absurdamente exagerado, y hasta llegó a abrazar simultáneamente a la esclava, a la Favorita y al califa con ocasión de la compra de la Bella Circasiana en la suma de quinientas mil bolsas de oro, precio que resultaba baratísimo. (Entre paréntesis, permítaseme que diga ¡Dios proteja a Mesrour, y ojalá que el cariño de los hijos y de las hijas le haya suavizado de entonces acá muchos días duros!).

La señorita Griffin era una mujer modelo de pulcritud de conducta; yo no sé qué habría pensado la virtuosa dama si hubiese sabido, cuando nos hacía desfilar de dos en dos por Hampstead Road, que iba caminando con su paso majestuoso a la cabeza de la poligamia y del mahometismo. Creo que la causa principal de que guardásemos nuestro secreto era la alegría misteriosa y terrible que nos inspiraba ver a la señorita Griffin en tal estado de inconsciencia; creo que prevalecía entre nosotros un sentimiento acre de que el saber nosotros lo que ignoraba la señorita Griffin (que sabía todo cuanto podía aprenderse en los libros) nos confería un poder terrible. El secreto fue guardado maravillosamente, aunque estuvo una vez al borde de verse traicionado por sí solo. El peligro y la escapatoria ocurrieron un día de domingo. Nos hallábamos los diez colocados en fila en un lugar muy visible de la galería de la iglesia; la señorita Griffin estaba enfrente (como todos los domingos, haciendo el anuncio de su establecimiento de una manera nada terrenal) cuando se leyó la descripción de Salomón en la plenitud de su gloria doméstica. En el instante en que se hizo alusión de aquella manera a ese monarca, mi conciencia me susurró: «¡Y tú como el Harún!». El sacerdote oficiante tenía un defecto en la vista, y esto ayudó a mi conciencia para que se dijese que estaba leyendo personalmente para mí. Me sonrojé vivamente y acompañaron al sonrojo unos terribles sudores. El Gran Visir estaba más muerto que vivo, y todo el serrallo enrojeció igual que si el sol del ocaso

de Bagdad brillase directamente sobre sus encantadores rostros. En un momento de tan portentosa solemnidad se puso en pie la temible Griffin y miró tristemente a los hijos del Islam. Mi impresión personal en ese momento fue la de que la Iglesia y el Estado habían entrado en una conspiración con la señorita Griffin para exponernos a la vergüenza y que iban a vestirnos a todos con sábanas blancas para exhibirnos en el centro de la nave lateral. Pero el sentido de la rectitud era en la señorita Griffin tan occidental (si se me permite este calificativo, por oposición a las ideas orientales), que la única sospecha que tuvo fue que alguien estaba comiendo manzanas, y de ese modo nos salvamos todos.

Ya he dicho que el serrallo estaba unido. La verdad es que en la única cuestión en que sus inapreciables moradoras se hallaban divididas era en si el Conservador de los Creyentes debía atreverse a ejercitar el derecho de besarlas en aquel santuario del palacio. Zobeida afirmó que ella por su parte tenía el derecho de favorita a arañar, y la Bella Circasiana ocultó su cara, como medio defensivo dentro de un talego de balleta que estaba destinado corrientemente a guardar los libros. Por otro lado, una joven y esbelta antílope, de belleza extraordinaria, procedente de las ricas llanuras de Camden Town (de donde la habían traído los mercaderes en la caravana semestral que cruzaba el desierto intermedio, después de las vacaciones) sostenía opiniones más liberales; pero concretando que el único beneficiario había de ser aquel perro e hijo de perro: el Gran Visir…, que no tenía derecho alguno y estaba fuera de la cuestión. Se salvó esta dificultad mediante una transacción, nombrando comisionada a una esclava muy joven. Se la colocó encima de un escabel y recibió oficialmente en sus mejillas los saludos que el serenísimo Harún dedicaba a las demás sultanas, y fue recompensada con parte del tesoro que tenían las damas del harén.

Y de pronto, cuando me encontraba en el pleno goce de felicidad, me encontré en una grave dificultad. Empecé a pensar en mi madre. ¿Qué diría ella si me viese llegar por las vacaciones de verano con ocho de las más bellas hijas de los hombres, pero a las que no esperaba? Pasé de allí a pensar en el número de camas que reuníamos en nuestra casa, en los ingresos de mi padre, en el panadero, y mi abatimiento se duplicó. El serrallo y el malicioso Visir, adivinando la causa de la aflicción de su señor, hicieron todo lo posible para aumentarla. Hicieron profesión de fe, de su fidelidad sin límites y declararon que vivirían y morirían a su lado. Estas protestas de fidelidad me llevaron al punto máximo de mis angustias; me quedé horas enteras por la noche sin poder conciliar el sueño, dándole vueltas con el pensamiento a mi terrible desdicha. En el colmo de mi desesperación, creo que habría aprovechado la primera oportunidad de caer de rodillas ante la señorita Griffin, confesándole mi semejanza con Salomón y rogándole me castigase con las leyes de mi país a las que había faltado; pero de pronto se abrió ante mí una escapatoria inesperada.

Caminábamos cierto día de dos en dos, con los corazones velados de tristeza; el Visir había recibido como siempre órdenes de fijarse en el muchacho de la casilla de peaje, para que, si (como ocurría siempre) se atrevía a fijar sus ojos profanos en las

bellezas del harén, lo hiciera estrangular aquella misma noche. Nuestra tristeza procedía de que la gacela cometió un acto incalificable que sumió al Estado en la desgracia. Aquella coqueta, basándose en que el día anterior había sido su cumpleaños y que le habían sido enviados inmensos tesoros en una canasta para que lo celebrase, afirmaciones ambas sin base alguna, había invitado en secreto, pero con la mayor insistencia, a treinta y cinco príncipes y princesas, para que acudiesen a un baile con cena, haciendo constar la coletilla de que «no deberían venir a recogerlos hasta la medianoche». Esta loca fantasía de la gacela trajo como consecuencia la llegada desconcertante de una gran concurrencia vestida de gala, en diversa clase de vehículos y bajo la guarda de diversas personas que las fueron dejando en los escalones de la puerta de la señorita Griffin poseídas de las más altas esperanzas, y que tuvieron que marcharse en seguida derramando lágrimas. Cuando empezaron a oírse los dos golpes de llamada de los que acudían a la ceremonia, la gacela se retiró a un ático de la parte posterior y se cerró con llave; a medida que se repetían las llegadas de invitados, el desconcierto de la señorita Griffin llegó a tales extremos que la vieron arañarse la cara. A la capitulación final de la culpable siguió el encierro de ésta en el cuarto ropero, castigada a pan y agua; y además la señorita Griffin nos dio a todos una conferencia de duración vengativa, en la que empleó expresiones como éstas: primero, «creo que estabais todos en el complot»; segundo, «sois todos tan malos unos como otros»; tercero, «sois un hatajo de granujillas».

Dados estos hechos, se comprenderá que aquel día caminásemos tristes; yo, sobre todo, con el peso de mis responsabilidades musulmanas sobre mi conciencia, me sentía muy abatido; así las cosas, se acercó un desconocido a la señorita Griffin, y después de pasear un poco a su lado, hablándole, me miró a mí. ¿No sería un ministro de la ley? Suponiendo que había llegado mi hora, eché en el acto a correr, animado de una vaga idea de marchar a Egipto.

El serrallo entero empezó a gritar al verme huir a todo lo que daban mis piernas (yo tenía la impresión de que el camino más corto para las Pirámides era doblar hacia la izquierda en la primera esquina, torciendo luego por la taberna). La señorita Griffin me llamó entre chillidos, el desleal Visir, me persiguió y el muchacho de la casilla de peaje me acorraló en un rincón, igual que a una oveja, y me cortó la retirada. Cuando me echaron mano y me volvieron a filas, no me regañó nadie; la señorita Griffin se limitó a decir con una afabilidad asombrosa:

—¡Qué raro! ¿Por qué echaste a correr cuando te miró el caballero?

Aunque me hubiese quedado aliento para contestar, creo que no lo habría hecho; como no me había quedado, no contesté, desde luego. La señorita Griffin y el hombre desconocido me colocaron entre ambos y me condujeron con cierta solemnidad al Palacio; pero no me conducían como a un reo, y esto lo advertí yo en seguida con asombro.

Cuando llegamos, nos dirigimos, nosotros solos, a una habitación, y la señorita Griffin llamó en su ayuda a Mesrour, el jefe de la Guardia Negra del harén. Hablaron

a Mesrour al oído y empezó a verter lágrimas. Entonces este oficial me dijo, volviéndose hacia mí:

—¡Que Dios te guarde, encanto! Tu papá se halla muy enfermo.

Yo pregunté, con el corazón palpitante:

—¿Está muy mal?

—¡Que Dios te consuele, cordero! —dijo el buen Mesrour, arrodillándose para que yo pudiese reclinar mi cabeza en su hombro—. Tu papá ha muerto.

Al oír aquellas palabras, Harún Al-raschid huyó; el serrallo desapareció; ya no volví a ver jamás desde aquel instante a ninguna de las ocho de las más bellas hijas de los hombres.

Fui llevado a mi casa y en ella me encontré, además de la Muerte, con las Deudas, y se celebró una subasta. Un poder desconocido para mí y al que se llama vagamente *El Comercio*, miró con desdén a mi camita; para formar con ella un lote hubo que agregarle un cubo para el carbón, un asador y una jaula de pájaros, y todo ello se vendió, como suelen decir, por una copla. Eso oí comentar, y me pregunté qué copla sería aquélla y qué tristeza daría cantarla.

Después de esto, me enviaron a una escuela grande, fría, desnuda, para niños mayores; todo lo de comer y vestir era allí pesado y amazacotado, sin ser nunca suficiente; todos, grandes y pequeños, eran allí crueles; los muchachos estaban enterados de todo el asunto de la subasta, aun antes que yo llegase, y me preguntaban por qué precio me habían subastado a mí, y quién fue mi comprador; y me gritaban:

—¡Se va, a la una; se va, a las dos; se fue!

Yo me guardé bien de decir ni aun por lo bajo a nadie que había sido Harún y que había tenido un serrallo; sabía que si hubiese contado mis reveses me hubieran dado de tal manera la tabarra, que me habría visto obligado a ahogarme en el estanque fangoso que había cerca del terreno de juego y que tenía el color de la cerveza.

¡Ay de mí, ay de mí! Amigos míos, desde que ocupé el cuarto del muchacho, no lo frecuentó otro fantasma que el de mi propia niñez, el espectro de mi propia inocencia, el espíritu de mi fe etérea. Muchas veces he perseguido al fantasma; pero jamás logré alcanzarlo con estos andares; de hombre, jamás estas mis manos de hombre consiguieron tocarlo, jamás este mi corazón de hombre consiguió contenerlo dentro de sí en toda su pureza. Y aquí me tenéis, bregando, con toda la alegría y reconocimiento posibles, con mi destino que me tiene condenado a afeitar en el espejo a una serie de clientes que se suceden constantemente y a acostarme y levantarme con el esqueleto que me fue dado para compañero mientras viva.

CAPÍTULO III

El fantasma del cuarto del rincón

Se había fijado en que el señor Governor iba poniéndose nervioso a medida que llegaba su turno de hablar; pero nos sorprendió de pronto a todos cuando se levantó con aspecto serio y pidió permiso para ser él quien hablase detrás de mí, aunque antes de contar su cuento prodigioso quería cambiar conmigo unas palabras. Le fue otorgado generosamente ese favor, porque su popularidad era inmensa, y salimos juntos al vestíbulo.

—Viejo camarada de navegación —me dijo el señor Governor—, desde que subí a bordo de este viejo casco me han perseguido día y noche los espíritus.

—¿Cuál de ellos, Juanito?

El señor Governor me dio una palmada encima del hombro y mantuvo allí su mano, diciéndome:

—Un fantasma que tenía forma de mujer.

—¡Ah, vamos! Tú como siempre. No conseguirás sobreponerte a eso ni aunque vivas cien años.

—No hables así, porque te lo digo muy en serio. Durante toda la noche me ha perseguido una sola figura. Y esa misma figura me ha tenido durante todo el día tan atontolinado en la cocina, que me sorprende a mí mismo que no os haya envenenado a todos. Pero no se trata de imaginaciones. ¿Querrías conocer a esa figura de mujer que me ha perseguido?

—Me gustaría muchísimo.

—Pues aquí la tienes —dijo Juanito. Y me presentó a mi hermana, que había venido tras de nosotros calladamente.

—¿De veras? —exclamé yo—. Si es así, querida Patri, no hará falta que te pregunte si también a ti te han perseguido fantasmas.

—No me han dejado tranquila un momento —me contestó.

El efecto que produjimos al reaparecer los tres juntos ante los demás y al presentar yo a mi hermana como el fantasma del cuarto del Rincón y a Juanito como el fantasma del cuarto de mi hermana, fue triunfal; un digno coronamiento de la noche. El señor Beaver, especialmente, se mostró tan complacido, que declaró casi en seguida «que un poco más y se ponía a bailar una gija escocesa». El señor Governor le suministró inmediatamente aquel poco que le faltaba, brindándose a que el baile fuese de dos; y, dicho y hecho, empezaron una de punta y tacón, pie sobre la hebilla, doble arrastre de pies, deslizamientos de tacones y ejecución de los pasos más variados con piernas vibratorias, como no se vio hasta entonces ni se volverá a ver.

Aplaudimos y nos reímos hasta casi caer desmayados; entonces Starling, para no quedarse atrás, nos brindó unos ejercicios de saltos más modernos, al estilo del baile de zuecos de Lancashire; creo sinceramente que jamás se ha bailado un número de danza tan largo; el pataleo de sus pies parecía el ruido de una locomotora cruzando túneles, trincheras y campo abierto; mas no sólo eso, sino infinidad de cosas que jamás habríamos sospechado de no habernos dicho él mismo qué eran. Antes de separarnos aquella noche, se decidió que de la boda de mi hermana y el señor Governor hiciésemos una prolongación de nuestro período de tres meses de estancia en la Casa Embrujada. Se nombró dama de honor a Belinda, y a Starling se le dio el papel de padrino.

En una palabra: vivimos en aquella casa hasta completar el plazo del alquiler, y no nos vimos perseguidos por más fantasmas desagradables que los de nuestras imaginaciones y recuerdos. La esposa de mi primo, movida del gran amor que sentía por su esposo y de la gratitud que despertaba en ella la gran transformación que su amor había operado en su interior, nos había contado, por boca de aquél, su propia historia; tengo la seguridad de que eso no restó nada a las simpatías que sentíamos nosotros por ella, y aumentó aún más nuestro respeto.

De modo, pues, que, antes que hubiese terminado el mes más corto del año, nos dirigimos todos cierta mañana a la iglesia del campanario en aguja, como si no fuera a ocurrir nada de extraordinario, y se celebró el matrimonio de ambos del modo más razonable. No quiero que se me escape el mencionar que Belinda y Alfredo Starling demostraron encontrarse en un estado de ánimo bastante melancólico durante la ceremonia, y que con posterioridad a estos hechos se han comprometido el uno con la otra para casarse en la misma iglesia. En opinión mía han hecho ambos una cosa conveniente, y su matrimonio resultará muy bien en unos tiempos como los que corremos. Alfredo está necesitado de un poco de poesía, y a ella le hace falta un poco de prosa; la unión de la poesía y la prosa es una de las bodas más felices que creo puede hacerse para bien del linaje humano.

Y para terminar, saqué de la Casa Embrujada esta jaculatoria de Navidad que dirijo con todo el afecto de mi corazón a mis lectores: ¡Usemos, pero no abusemos, de la gran virtud de la fe! ¡Usemos esa fe de la mejor manera, creyendo en el gran libro navideño del Nuevo Testamento y creyendo los unos en los otros!

UN MENSAJE QUE LLEGA DEL MAR

A Message from the Sea*, 1860*

(Trabajo escrito en colaboración con Wilkie Collins, Robert Buchanan, Charles Allston Collins, Amelia Edwards y Harriet Parr).

CAPÍTULO PRIMERO

LA ALDEA

—¡Y que es un lugar extraordinario y tan lindo como el más lindo que he visto en todos los días de mi vida! —dijo el capitán Jorgan, alzando la vista para contemplarlo.

Muy atrás tenía que echar el capitán Jorgan la cabeza para contemplar la aldea, porque ésta se hallaba edificada en la cima de una colina escarpada y de mucha altura. No entraba en ella la carretera, no entraban en ella vehículos de ruedas, no había en ella una vara de terreno llano. Desde la playa del mar hasta lo más alto de la colina subían dos hileras irregulares de casas enjalbegadas, frente a frente las unas de las otras, zigzagueando de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, igual que si fuesen los lados de una larga sucesión de escaleras quebradas; se subía a la aldea y se bajaba de la aldea por los peldaños intermedios que tendrían unos seis pies de anchura y que estaban construidos con piedras puntiagudas e irregulares.

Aquí florecían en toda su integridad las antiguas albardas, abandonadas ya en casi todos los lugares de Inglaterra como uno de los artefactos de su infancia. Hileras de caballos y burros con albardas subían lentamente por los peldaños de aquellas escaleras, transportando pescado, carbón y todas las demás mercancías que se desembarcaban en el muelle de la flota danzarina de los botes de la aldea y de dos o tres pequeños barcos de cabotaje.

Cuando las bestias subían cargadas o bajaban sin carga se las perdía de vista de trecho en trecho entre las flotantes nubes de humo de la aldea, y parecían surgir de nuevo a la superficie mucho más lejos, en planos más elevados que las bestias que venían detrás. No había en la aldea dos casas que fuesen iguales, ni por sus chimeneas, tamaños, formas, puertas, ventanas, aleros triangulares, tejados, ni nada. Los costados de aquellas escaleras vibraban con la música de las aguas que corrían claras y brillantes.

Los escalones vibraban con la música del pataleo de los caballos y burros albardados y con las voces de los pescadores que les instaban a subir, voces que se mezclaban con las de sus mujeres y de sus numerosos hijos. El muelle vibraba con la música del oleaje, con el chirriar de los cabrestantes, de los molinetes y del tremolar airoso de las velas y de las pequeñas grímpolas. Las rocas, ásperas y blanqueadas por el mar, con que estaba construido el muelle, y las rocas, más blancas aún, esparcidas por la costa, adquirían un color pardo con las redes puestas a secar en ellas. Las colinas, de un color marrón rojizo, cubiertas de tupido boscaje hasta el borde mismo del mar, reflejaban sus formas suaves y bellas en la más azul de las aguas, bajo el

claro cielo de un día sin nubes del mes de noviembre, en el North Devonshire. La aldea misma se hallaba tan sumergida en el follaje otoñal, desde las casas que lindaban con el muelle hasta la curva más alta de la escalera que llegaba a la cima, que le daba a uno la sensación de que surgía de un nido de pájaros y de que era un pájaro trepador maravilloso (como lo era en efecto). Hablando de pájaros diremos que tampoco se echaba de menos en aquel lugar la música de éstos; porque en las superficies altas andaba muy atareado el bando de grajos, mientras las gaviotas aleteaban en el aire, pescando, por la bahía, y el activo y menudo petirrojo movía la cola entre los grandes bloques de piedra y los círculos de hierro del rompeolas, ajeno a todo miedo en la fe de sus ascendientes y en los niños del bosque.

Y ocurrió que el capitán Jorgan, que estaba sentado y balanceándose en el muro del muelle, se dio una palmada en el muslo, como suelen hacerlo ciertos hombres cuando se sienten satisfechos, y como él lo hacía siempre que lo estaba, y dijo:

—¡Y que es un lugar extraordinario y tan lindo como el más lindo que he visto en todos los días de mi vida!

* * *

El capitán Jorgan no había cruzado la aldea, sino que tiró colina abajo por un sendero que bajaba serpenteando, y lo hizo para echar un vistazo preliminar al pueblo desde el nivel de lo que constituía su elemento natural. Muchas eran las cosas y los pueblos que él había visto y los había almacenado en su aguda inteligencia y vigorosa memoria. Había nacido el capitán Jorgan en Norteamérica, en la Nueva Inglaterra, pero era un ciudadano del mundo y reunía en sí muchas de las cualidades mejor es de la mayor parte de los mejores países de éste.

Sentarse en cualquier lugar, vestido con su larga y amplia chaqueta azul, sin trabar conversación con todas las personas que se hallaban al alcance de su voz, constituía para el capitán Jorgan una imposibilidad absoluta. Por eso el capitán se puso a conversar con los pescadores, haciéndoles preguntas de hombre entendido acerca de la pesca, de las mareas, de las corrientes, de la fuerza de éstas más allá de tal o cual punta de tierra y del punto de mira o referencia por el que uno tenía que guiarse cuando entraba en el pequeño puerto y otras profundas cuestiones náuticas. Entre los hombres con quienes el capitán tuvo un intercambio de ideas figuraba un joven que, como suele decirse, le entró por el ojo derecho; era un joven pescador de veintidós o veintitrés años, vestido con la burda ropa marinera de su embarcación; de cara morena, cabellos negros ensortijados y lustrosos, mirar modesto bajo el ala de su sombrero sueste y maneras francas, pero sencillas y recatadas, que le parecieron al capitán extraordinariamente simpáticas:

«Apostaría mil dólares —pensó para sí el capitán— a que vuestro padre fue un hombre honrado».

—¿Sois ya por casualidad casado? —preguntó el capitán, al poco rato de

conversación con su nuevo conocido.

—Todavía no.

—¿Os vais a casar? —preguntó el capitán.

—Así lo espero.

La penetrante mirada del capitán siguió los más leves movimientos de aquellos ojos negros, y recorrió la más leve inclinación del sombrero sueste. Por último, el capitán se palmeó ambos muslos y se dijo para sí:

«En mi vida he conocido persona tan buena. Con seguridad que su novia está mirando por encima del muro».

Había, en efecto, una lindísima muchacha que miraba por encima del muro desde la pequeña plataforma de una casita con enredaderas fucsias, y, desde luego no parecía que la presencia del joven pescador en medio del panorama le quitase a éste lo que para ella tenía de asoleado y de esperanzados

El capitán Jorgan, que se había echado hacia atrás para soltar una carcajada en la que vibraba la cordial bondad que se regocija con la felicidad inocente de los demás, se había vuelto a echar hacia adelante e iba a iniciar un nuevo tema de conversación, cuando vio que por las últimas escaleras de piedra bajaba un hombre, al que llamó con el grito de:

—¡Eh, Tom Pettifer!

Tom Pettifer contestó alegremente y descendió en rápida carrera hasta el muelle.

—¿Qué, nos da miedo coger una insolación en Inglaterra en el mes de noviembre, Tom? ¿Acaso por eso llevas tu sombrero tropical, con una gruesa capa de brea por fuera y forro de papel por dentro en un lugar como éste? —preguntó el capitán, examinando al recién llegado.

—Señor, el exceso de precauciones nunca es malo —contestó Tom.

—¡Exceso de precauciones! —repitió el capitán echándose a reír—. Con ese cacharro de sombrero puedes defenderte de una insolación en un témpano de hielo. Bueno, y ¿qué has descifrado en la estafeta de Correos?

—Eso: la estafeta de Correos, señor.

—¿Cómo que la estafeta de Correos? —preguntó el capitán.

—El nombre, señor. El nombre es quien atiende en la estafeta de Correos.

—¡Qué coincidencia! —dijo el capitán—. Ha sido un buen acierto. ¡Enséñame dónde está! Adiós por ahora, camaradas. Esta tarde, antes de marcharme, vendré y nos veremos otra vez.

Esto lo dijo para todos cuantos estaban allí, pero especialmente para el joven pescador; y por eso se dieron todos por enterados, pero especialmente el joven pescador. «¡Ése sí que es un marino!», SÍ dijeron unos a otros, mirando al capitán que se alejaba. En efecto, lo era; el marino que llevaba dentro hablaba en voz alta, que aun cuando su vestimenta no tenía nada de marinera, exceptuando tan sólo su color, porque consistía en un traje de dibujo y modelo de playa (de mangas demasiado largas y pantalones demasiado cortos, desajustados por todas partes), que se

terminaba por el lado de la tierra en un par de botas altas, y por arriba por un sombrero rígido, de copa alta, que ningún mortal sería capaz de llevar puesto en el mar, soplase el viento que soplase; a pesar de todo esto, decimos, habría bastado echar una ojeada a su rostro, astuto y curtido, o a su mano, fuerte y morena, para decir en el acto cuál era la profesión del capitán. Por el contrario, el señor Pettifer, hombre limpio y regordete, de bigote encrespado, y al que no le faltaba un detalle marinero en la chaqueta, los zapatos y demás prendas de vestir, tenía, yendo al lado del capitán Jorgan, tanta apariencia de marinero como de serpiente de mar.

Ambos treparon pueblo arriba hasta muy alto; la subida presentaba los más arbitrarios zigzagueos y retorcimientos; por ejemplo, la casa del zapatero remendón se cruzaba en mitad de la escalera, de modo que para llevar un camino razonable habría que haberla atravesado de parte a parte, llevándose también por delante al zapatero que trabajaba sentado entre dos ventanitas, por una de las cuales miraba microscópicamente la formación geológica de aquella parte del Devonshire, mientras que por la otra contemplaba telescópicamente el mar abierto. Treparon, pues, ambos pueblo arriba, y se detuvieron delante de una casita de aspecto extraño que tenía un rótulo que decía: «Señora Raybrock, Pañera», y otro que decía «Estafeta de Correos». Corría por delante de ella un regato de agua susurrante, y se salvaba éste, por el puentecito de unas tablas.

—El rótulo está aquí, desde luego —dijo el capitán Jorgan—. Puedes entrar si gustas, Tomás.

Abrió el capitán la puerta y entró en un local pequeño y raro, de unos seis pies de altura, con una gran variedad de vigas y de bultos en el techo; además de la ventana principal, que daba a la escalera de piedra, tenía una ventanita cegata, de una sola hoja, que curioseaba, mirando desde un ángulo saliente, en el panorama del océano encendido de sol, parpadeando ante su brillantez.

—¿Cómo estáis, señora? —dijo el capitán—. Me alegro mucho de conoceros. He venido desde muy lejos con ese objeto.

—¿De veras, señor? Si es así, yo también me alegro mucho de veros, aunque desde Adán a la fecha, no tengo referencias sobre vos.

La anciana bien parecida, bajita, regordeta, de ojos negros y vivos, perfectamente limpia y arreglada en su persona, en el centro de una habitación en la que todo era limpio y arreglado, contemplaba al capitán con sonriente curiosidad.

—Pero ¿cómo? —agregó casi en seguida, y sus manos se movieron levemente, como si fuera a retorcérselas—. Sois marino, señor, y eso basta para que seáis cordialmente recibido.

—Gracias, señora —dijo el capitán—. No sé qué es lo que me saca en seguida a la superficie la sal del mar, pero el hecho es que todos parecen descubrirla inmediatamente en la copa de mi sombrero y en el cuello de mi chaqueta. Sí, señora: ésa es mi profesión.

—Y también la de este otro caballero —dijo la señora Raybrock.

—Os diré, señora —exclamó el capitán dirigiendo una mirada burlona al aludido—, por esta noche acertáis, si el ir una noche al mar basta para hacerlo a uno marinero. Es mi mayordomo, señora: Tom Pettifer se llama; en el transcurso de su vida ha hecho casi de todo (hubo un tiempo en que os habría comprado las sillas y las mesas, si hubieseis querido vendérselas), pero ahora es mi mayordomo. Me llamo Jorgan, soy propietario de un barco, mando el mío y los de mis socios, y vengo dedicándome a esto desde hace veinticinco años. Por seguir la costumbre, me llaman capitán Jorgan, pero tengo de capitán tanto como vos, señora, y que Dios os bendiga.

—¿Queréis pasar a mi sala, señor, y sentaros? —dijo la señora Raybrock.

—Eso era exactamente lo que yo iba a proponerme, señora… Vos delante.

Después de esta contestación, y rogando a Tomás que cuidase la tienda, el capitán Jorgan siguió a la señora Raybrock, entrando en un cuartito que daba a la parte de atrás, y que estaba adornado con diversas plantas en tiestos, bandejas de té, viejas teteras de porcelana, y cuencos para ponche; era al mismo tiempo la salita particular de la familia Raybrock y el despacho interior de la estafeta de correos de la aldea de Steepways.

—Y ahora —dijo el capitán—, no tiene para vos un comino de importancia, señora, el que os diga dónde nací, fuera de que… —en aquel instante cayó sobre la cara del capitán la sombra de alguien que entraba en el cuarto; el capitán se interrumpió para echarse hacia atrás, palmearse ambos muslos, y exclamar—: ¡No he visto en mi vida cosa igual! ¡Aquí me lo encuentro otra vez! ¿Cómo estáis?

Estas palabras se referían al joven que le había entrado por el ojo derecho al capitán Jorgan allá abajo, en el muelle. Para que todo estuviese completo, el joven venía acompañado por su novia, que era la misma joven a la que el capitán había descubierto mirando por encima de la pared. Novia más linda que aquélla no hubiera podido el sol iluminar con sus rayos en aquel día luminoso. Estaba realmente encantadora; en pie ante el capitán, con sus rosados labios entreabiertos por la sorpresa, sus ojos oscuros un poco más abiertos que de ordinario por la misma causa, el respirar algo más apresurado, debido a la subida (y quizá a cierta misteriosa prisa y agitación junto a la puerta de la salita, en la que el capitán vio la cara de la joven totalmente eclipsada de momento por el sombrero sueste; eso fue lo que hizo que el capitán se sintiese en la obligación moral de palmearse otra vez ambas piernas. La joven vestía con gran sencillez, sin más adorno que el de una flor otoñal que llevaba en el pecho. No lucía sombrero ni cofia, sino simplemente un pañuelo, doblado en cuatro hacia atrás, sobre la cabeza, para defenderse del sol, siguiendo una costumbre que se observa a veces en algunas de las regiones más alegres de Inglaterra, y también de Italia, y que constituye probablemente la primera moda de adorno de la cabeza que se usó en el mundo cuando las mujeres dejaron de adornársela con hierbas y hojas.

—En mi país —dijo el capitán, levantándose para cederle su silla, y acercándola diestramente a otra en que por fuerza tenía que sentarse el joven pescador—, en mi

país, diríamos que ésta es una belleza de primera clase del Devonshire.

Cuando la franqueza de maneras resulta ofensiva, es porque se trata de una franqueza forzada o fingida; porque puede haber tanta afectación intolerable en la llaneza como en la finura dengosa. Todo cuanto el capitán decía y hacía le brotaba honradamente de su carácter; y éste era sincero y bondadoso; por consiguiente, cuando echó a la joven esta pequeña flor y la subrayó con uno o dos centelleos de su mirada de buen conocedor («yo entiendo de esto, y digo que no hay quien lo mejore»), logró establecer con la familia una confianza delicada acerca de aquel tema.

—Le estaba diciendo a vuestra digna madre —prosiguió el capitán, dirigiéndose al joven, después de haberse presentado a sí mismo por su nombre y ocupación—, le estaba diciendo a vuestra madre (¡cuánto os parecéis a ella!) que no tenía importancia alguna dónde había nacido yo, fuera de que me crié en una región de preguntones, donde los bebés, en cuanto asoman a este mundo, preguntan a sus madres: «Vamos a ver cuántos años podéis tener, y qué nombre pensáis ponerme». —El capitán se dio otra palmada en la pierna—. Y siendo esto así, me disculparéis que os pregunte si vuestro nombre es Alfredo.

—En efecto, señor, Alfredo me llamo —contestó el joven.

—No soy un adivino —siguió diciendo el capitán—; no me toméis por tal, porque os desengañaré inmediatamente. Tampoco penséis, os lo ruego, que aun cuando vengo de ese país de los niños preguntones, os hago preguntas por el gusto de hacerlas. No es así. ¿Hubo en vuestra familia alguien que se hizo a la mar?

—Mi hermano mayor, Hugo —contestó el joven. Lo dijo con voz alterada y más baja, dirigiendo una mirada a su madre; ésta alzó precipitadamente las manos, y las juntó sobre su bata negra, mirando ansiosamente al visitante.

—¡No! ¡Por amor de Dios, no penséis eso! —dijo el capitán solemnemente—. No os traigo buenas noticias suyas.

Reinó el silencio, y la madre se volvió de cara al fuego, interponiendo su mano entre éste y los ojos. El pescador joven apuntó ligeramente, hacia la ventana, y el capitán, que miró en aquella dirección, vio a una viuda joven, sentada junto a una ventana, al otro lado del jardincito; estaba dedicada a la costura, mientras dormía en su regazo un niño pequeño. No se interrumpió el silencio hasta que el capitán preguntó a Alfredo:

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Se hizo a la mar para su último viaje hará más de tres años.

—Tengo entendido que el barco chocó con algún arrecife o roca —dijo el capitán — y que se ahogó toda la tripulación, ¿es así?

—Así es.

—¡Vaya! —dijo el capitán tras un corto silencio—. Cualquier día me puede ocurrir a mí lo mismo. Dios tiene los mares en el hueco de su mano. Todos nosotros acabaremos chocando en cualquier sitio y hundiéndonos. En aquel momento, nuestro

consuelo y el que podemos dar a los demás consiste en haber cumplido con nuestro deber. Apostaría cualquier cosa a que vuestro hermano lo cumplió.

—¡Lo cumplió, en efecto! —contestó el joven pescador—. Si hubo hombre que en todo momento se esforzó lealmente por cumplir con su deber, fue mi hermano. No era hombre de inteligencia rápida (nada de eso), pero sí era un hombre leal, fiel y justo. Nosotros éramos hijos de un pequeño comerciante de este condado, señor; nada más que eso; pero nuestro padre era tan celoso da su buen nombre, como si se tratara de un rey.

—Creo que bastante más que si se tratara de un rey, teniendo en cuenta cómo han solido portarse por lo general esos señores —dijo el capitán—, pero os he interrumpido.

—Mi hermano pensaba que si nuestro padre nos legó un buen nombre, nosotros debíamos mantenerlo limpio y leal.

—Vuestro hermano estaba en lo justo —dijo el capitán—; y no podíais haceros cargo de una herencia mejor. Pero he vuelto a interrumpirte.

—No; porque no tengo nada más que decir. Nosotros sabemos que Hugo vivió a la altura de su buen nombre, y tenemos la certeza de que murió estando a la altura del mismo. Ahora soy yo quien debe cuidar de ese nombre. Nada más.

—¡Bien dicho! —exclamó el capitán—. Bien dicho, joven. Por lo que se refiere a la muerte de vuestro hermano —para entonces el capitán había soltado ya la mano que antes estrechó en la suya; permanecía sentado con sus manazas morenas abiertas y apoyadas en sus rodillas, y de ese modo siguió hablando—: por lo que se refiere a la muerte de vuestro hermano, acaso tenga algunos datos que daros; aunque quizá no, porque no estoy seguro, ni mucho menos. ¿Podemos charlar un momento a solas?

El joven se levantó; pero no sin que antes la mirada rápida del capitán hubiese advertido que, al volverse la linda novia hacia la ventana para saludar a la joven viuda con un movimiento de cabeza y un vaivén de la mano, la joven viuda le mostró el trabajo de costura que estaba haciendo, sonriéndole al mismo tiempo con una expresión de conformidad y de agrado. Por eso el capitán dijo, una vez que estuvo en pie:

—¿Qué es lo que hace ella ahora?

—¿Qué está haciendo Margarita, Cati? —preguntó el joven pescador; uno de sus brazos pareció haberse perdido por alguna parte.

Como la única contestación que dio Cati fue sonrojarse, el capitán, que se hallaba en pie, se encogió todo lo que le fue posible, y exclamó dándose una palmada en la pierna:

—En mi país llamaríamos a eso el equipo de boda. ¡Así! Ése es el nombre que le daríamos, por vida mía.

Parece como si aquello hubiese traspasado también la atención del capitán hacia otra cosa; porque su risa fue corta, y agregó en tono muy afectuoso:

—Resulta muy bonito, amigo mío, ver cómo esa joven, que tiene en el regazo a

su hijo huérfano de padre, dedica sus pensamientos a vuestra casa y a vuestra felicidad. Resulta muy bonito, amigo mío, y es además una prueba de buen corazón, ¡ojalá que vuestra boda sea más afortunada que la suya, y que le sirva también de consuelo a ella! ¡Ojalá que el sol bendito os vea a todos otra vez juntos y felices, en posesión siempre de un buen nombre, cuando yo haya dejado desde mucho tiempo atrás de surcar el gran campo de sal que jamás se siembra!

Cati contestó con gran interés:

—¡Oh señor! ¡Os doy las gracias con todo mi corazón! —y le envió, con ademán ingenuo y amante, un beso con la mano; aunque quizá estuviese destinado en parte al joven pescador, porque en aquel momento tenía este último abierta la puerta de la salita para que saliese por ella el capitán.

CAPÍTULO II

EL DINERO

—Las escaleras son muy estrechas, señor —dijo Alfredo Raybrock al capitán Jorgan.

—Igual que las escaleras del camarote lo han sido en muchos viajes —contestó el capitán.

—Son además peligrosas para la cabeza.

—Si mi cabeza no es capaz de cuidar de sí misma después de todos los golpes que se ha dado por el mundo, no merece que nadie se cuide de ella —contestó el capitán con tanta despreocupación como si nada tuviese que ver con ella.

Se trasladaron, pues, al dormitorio del joven pescador, que era tan limpio y estaba tan bien cuidado como la tienda y la sala de la planta baja; aunque era muy pequeño, con una ventana corrediza, y un techo frenológico que delataba todas las particularidades del tejado de la casa. Una vez dentro, el capitán se sentó a los pies de la cama, y contemplando la terrible calumnia contra Cati que adornaba la pared, fruto sin duda de algún acuarelista ambulante, de quien el capitán sintió secreta admiración porque había estudiado el arte del retrato en los mascarones de proa, indicó al joven que se sentase en la silla de mimbre que había al otro lado de la mesita redonda. Hecho esto, el capitán metió la mano en el hondo bolsillo interior de su largo chaquetón azul, y sacó de él una licorera, cuadrada y fuerte; no era una botella grande, sino una de esas que pueden verse en el botiquín de cualquier barco. El capitán Jorgan colocó la botella encima de la mesa sin quitar su mano de la misma, y habló como sigue:

—Durante el último viaje que hice con rumbo hacia casa —dijo el capitán—, y he venido hasta aquí en cuanto lo he terminado, tropecé frente al cabo de Hornos con un tiempo que aun en aquellos lugares se da con poca frecuencia tan malo. Son muchas las veces que he doblado ese cabo tormentoso; creo que me encontré allí por vez primera en las mismísimas tormentas que le arrancaron al diablo los cuernos[6] y la cola, lo que dio ocasión a que de los cuernos se hiciesen mondadientes para los capataces de las plantaciones de mi país; si por casualidad viajáis muy hacia el Sur, o lo bastante hacia el Oeste, veréis a esos capataces mondándose los dientes con ellos, mientras sus látigos, fabricados de la cola del diablo, azotan con dureza. En este último viaje, en el que mi punto de destino era Liverpool, viniendo de Sudamérica, os digo, joven amigo, que soplaba de firme. ¡Soplaba si había que soplar! No a medias o para hacer que hacemos. ¡Soplaba a todo lo que hay que soplar! No llegó el viento a levantar el barco del agua y arrastrarlo hasta el firmamento, aunque hubo momentos que me lo temí, pero sí que me arrastró completamente fuera de mi ruta; cuando al fin

se calmó el viento, fue para caer en una calma chicha, y noche y día, día y noche, una fuerte corriente marina me arrastró en una misma dirección; yo me dejaba llevar, llevar, y llevar, fuera de todas las rutas y derrotas conocidas de los barcos, y seguía desviándome, y desviándome. A un hombre que tiene a su cargo las vidas de otros hombres le corresponde no descansar, y hacerse en todo momento dueño de la situación. Yo no descansé un instante, y por eso sabía muy bien los peligros que podían amenazarnos, y las precauciones que había que tomar (especialmente cuando, en medio de la calma chicha, me ponía a contemplar por encima de la borda la corriente fortísima que me arrastraba). En una palabra, el mar nos arrastraba en línea recta contra una isla. En el mapa no se veían islas por allá; de modo que el estar en semejantes lugares era, para una isla, asunto de mala educación; no hago hincapié en esto de la mala, educación; pero, sea como sea, la isla estaba allí. Gracias a Dios, yo estaba tan bien preparado para recibir a la isla, como la isla para recibirme a mí. Yo mismo fui quien la distinguió desde la cofa, y me desvié a tiempo de ella lo suficiente para no chocar. Di orden de que se arriase y se tripulase un bote, y yo mismo embarqué en él para explorar la isla. Antes de llegar a ella había unos arrecifes, y flotando en un rincón, dentro de la superficie tranquila que se formaba al resguardo de aquéllos, distinguíase un montón de algas; enredada entre las algas hallé esta botella.

Al llegar a este punto, el capitán retiró un instante su mano de la botella, a fin de que el joven pescador pudiera contemplarla con mirada interrogativa. Luego volvió a colocar sobre ella la mano y prosiguió:

—Si alguna vez caéis, y hasta si no caéis, en algún lugar solitario, servíos bien de vuestros ojos y del catalejo; la cosa más pequeña puede resultar de utilidad para vos, o encerrar algún dato o alguna advertencia de la que podáis sacar partido. Gracias a esa norma, de conducta distinguí yo esta botella. La recogí, contorneé la isla con el bote, atraqué, y desembarqué con una parte de la tripulación del bote; íbamos armados. Nos encontramos con que toda la vegetación de la isla había sido consumida por el fuego (mi opinión es que debía de ser muy rala y pobre, aun en las mejores circunstancias). Cuando avanzábamos cauta y dificultosamente por las cenizas pulverizadas, uno de mis hombres se hundió de pronto en la tierra hasta el pecho. Palideció, y dijo: «Camaradas, sacadme a toda prisa, porque mis pies están sobre un montón de huesos». Pronto lo sacamos de allí, y entonces excavamos aquel sitio, encontrándonos con que aquel hombre estaba en lo cierto, y que sus pies habían estado pisando huesos. Más aún, huesos humanos; aunque no podría yo decir si pertenecían a uno, dos, o tres hombres; se hallaban en parte calcinados entre cenizas, y yo sé muy poco de anatomía humana. Recorrimos toda la isla, pero nada encontramos, fuera de lo ya dicho; sin embargo, desde el lado opuesto al que habíamos desembarcado descubrimos una gran extensión de tierra que yo pude identificar; de acuerdo con este dato (para no daros aquí todo mi libro de derrota) varié mi rumbo. Al verme de nuevo a bordo, abrí la botella; ésta se hallaba, como

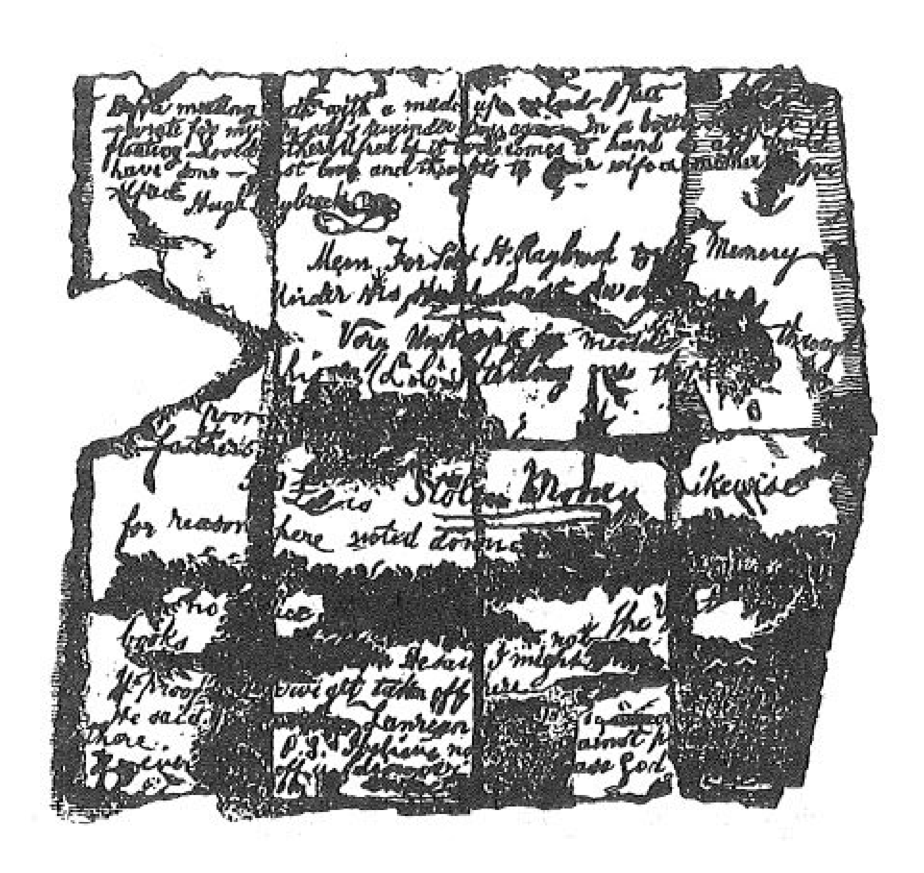
podéis verlo, cerrada con tela impermeable y un corcho de cristal. En el interior —y el capitán acompasó sus actos a sus palabras— me encontré con este papel doblado y arrugado. En la parte externa del papel doblado se leen, como veis, estas palabras; «Si alguien encuentra este papel, se le ruega solemnemente por un muerto que lo entregue sin leer a Alfredo Raybrock, Steepways, North Devon, Inglaterra». Era un encargo sagrado —dijo el capitán, dando fin a su relato—, y hélo ya cumplido, Alfredo Raybrock.

—¡Es letra de mi pobre hermano!

—Me lo imagino —dijo el capitán Jorgan—. Mientras que vos leéis el documento, yo echaré un vistazo desde esta ventanita.

—¡De ninguna manera, señor! Me ofenderíais con ello. Nos ofenderíais a todos nosotros. Mi hermano no podía imaginar que el documento fuese a caer en unas manos como las vuestras.

Volvió el capitán a sentarse al pie de la cama, y el joven desdobló con mano trémula el papel, extendiéndolo sobre la mesa. El arrugado papel estaba ya sobado y arrugado antes de escribir en él, y fue sobado y arrugado después de escrito; tenía, pues, borrones y manchas, la tinta se había corrido y debilitado en algunos sitios, de modo que faltaban muchas palabras. Lo que el capitán y el joven pescador consiguieron descifrar juntos, después de mucho repaso y alisamiento de los dobleces del papel fue esto:



A medida que el joven pescador fue viendo con mayor claridad el escrito, mostróse más y más agitado. Lo había estado leyendo por encima del hombro del capitán, pero ahora lo puso encima de la mesa; volvió a dejarse caer en su asiento, se

inclinó sobre la mesa y ocultó su rostro entre las manos.

—¿Cómo es eso? —le instó el capitán—. No os dejéis abatir. ¡Animo y portaos como un hombre!

—Comprendo que soy egoísta, pero ¿qué voy a hacer, qué voy a hacer? —exclamó el joven presa de la mayor desesperación, dando en el suelo con su bota de pescador.

—¿Que qué vais a hacer? —contestó el capitán—. ¡Cualquier cosa! Yo me iría al pequeño rompeolas que hay allá abajo, y daría un tirón a uno de los roñosos aros de hierro con que está reforzado y lo arrancaría de raíz, o me arrancaría del tirón los dientes; cualquier cosa menos estar inactivo. ¡No hacer nada! —suspiró el capitán—. Cualquier idiota o cobarde es capaz de eso, de no hacer nada; pero de nada no sale nada…, como dice, según tengo oído, no sé qué escritor latino —esto lo expresó el capitán con indecible desdén—, como si Adán no lo hubiese descubierto mucho antes de poner nombres a los animales.

A pesar de sus palabras de ánimo, el capitán veía que existía alguna razón mayor, que él desconocía, para la aflicción del joven. Por eso lo miró con curiosidad afectuosa, y siguió diciendo:

—¡Ea, ea! Soltad lo que tenéis dentro. ¿De qué se trata, muchacho?

—Ya habéis visto qué hermosa es —dijo el joven alzando por un instante la mirada, todo sonrojado y con el cabello revuelto.

—¿Pero es Que algún hombre se ha atrevido a decir que no es hermosa? —replicóle el capitán—. Si es así, id y dadle de firme.

El joven tuvo que reírse nerviosamente a pesar de sí mismo, y dijo:

—No se trata de eso, no se trata de eso.

—¿De qué se trata, entonces? —preguntó el capitán en tono más conciliador.

El joven pescador se serenó tristemente para replicar al capitán de qué se trataba, y empezó a decir:

—Íbamos a casamos el próximo lunes en ocho…

—¿Íbamos? —le interrumpió el capitán Jorgan. ¿Y nos casaremos, eh?

El joven Raybrock movió negativamente la cabeza, y señaló en el papel con el dedo las palabras «quinientas libras del pobre padre».

—¡Adelante! —dijo el capitán—. Quinientas libras, ¿y qué?

—Ese dinero —prosiguió el joven pescador, entrando con la mayor seriedad en su explicación, que el capitán escuchaba con seriedad por lo menos igual—, era todo el que poseía mi padre. Sus deudas al morir no superaban a los recursos que dejó para pagarlas; aparte de eso, había conseguido ahorrar únicamente quinientas libras.

—Quinientas libras —repitió el capitán—. ¿Sí?

—Muchos años antes de morir había apartado expresamente ese dinero para dejárselo a mi madre…, para señalárselo como legado a ella…, no sé si me explico.

—¡Adelante!

—Una vez en su vida lo había arriesgado mi padre (y lo dejó relatado por escrito),

pero decidió no volver a arriesgarlo jamás.

—No tenía fibra de especulador —exclamó el capitán—. No era hombre como para vivir en mi patria. ¡Adelante!

—Mi madre no tocó nunca ese dinero. Iba a tocarlo ahora, esta semana en que vamos a entrar, para comprarme una hermosa participación en la pesquería que tenemos aquí cerca, a fin de que tuviese algo con que empezar mi vida con Cati.

El rostro del capitán se ensombreció, y no hacía sino pasarse la mano morena por sus cabellos ralos, como quien está desconcertado.

—El padre de Cati sólo tiene lo justo para vivir, aun dentro de la sobriedad con que lo hacemos aquí. Desempeña el cargo de mayordomo o administrador de los derechos del terrateniente, que aquí son escasos, de modo que le producen poco. En otros tiempos vivió con más holgura, y no es posible consentir que Cati se case para pasar miserias y fatigas.

El capitán seguía, alisándose su escaso pelo, sin dejar de mirar al joven pescador.

—Estoy tan seguro como de que ahora luce el sol en el cielo que mi padre no creía que nadie se sintiese perjudicado a propósito de este dinero, y que no había que hacer ninguna restitución. Pero, después de esta solemne advertencia que hace mi hermano desde su tumba, previniéndome de que se trata de dinero robado —dijo el joven Raybrock, haciendo un esfuerzo para pronunciar esas palabras—, ¿cómo dudarlo? ¿Puedo yo ni siquiera tocarlo?

—En cuanto a que pueda haber duda, no estoy tan seguro —hizo notar el capitán—. En cuanto a lo de tocarlo…, en efecto, creo que no debéis tocarlo.

—Ahí tenéis —dijo el joven Raybrock— la razón de mi dolor. Pensad en Cati. Pensad en lo que tengo que decirle.

Al llegar a esto, volvió a darle otro vuelco el corazón, y se puso otra vez a dar golpecitos con la bota en el suelo. Pero esto duró poco; y no tardó en seguir hablando con voz serena, pero resuelta.

Hace un instante me habéis dicho algunas palabras valerosas, capitán Jorgan, y no habrán sido dichas en vano. Es preciso que yo haga algo. Lo que tengo que hacer, antes que nada, es sacar en limpio el texto de este papel, actuando en favor del «buen nombre» que no tiene sino a mí para que lo enderece o lo mantenga en su justo concepto. Y precisamente por ese «buen nombre», y por la memoria de mi padre, no hay que hablar ni una palabra de ese escrito a mi madre, a Cati, ni a persona humana. ¿Estáis de acuerdo con lo que digo?

—Ignoro lo que pensarán de nosotros abajo —dijo el capitán—; pero, desde luego, no puedo oponerme. Ahora bien: con respecto a poner en claro el texto, ¿cómo os vais a arreglar?

Los dos, como, por un impulso común, se inclinaron de nuevo sobre el papel, e intentaron descifrar cuidadosamente todo el escrito.

—Veo que aquí parece decir, si no faltase nada: «Pregunta, entre los ancianos que viven allí, por…», por alguien. ¿Iréis a este pueblo casi con seguridad, no es eso? —

dijo el capitán, meditando, con el dedo puesto en el nombre del pueblo.

—¡Sí! Y el señor Tregarthen es de Cornualles, y… ¡claro está!…, procede de Lanrean.

—¿De veras? —dijo tranquilamente el capitán—. Como no lo conozco, ¿me queréis decir quién es?

—El señor Tregarthen es el padre de Cati.

—¡Ya, ya! —exclamó el capitán—. Eso es hablar. Entonces, Tregarthen tiene que conocer este pueblo de Lanrean, ¿no es así?

—Sin género de duda que lo conoce. Muchas veces le he oído nombrarlo como lugar de su nacimiento. Lo conoce muy bien.

—¡Esperad un instante! —dijo el capitán—. Aquí necesitamos poner un nombre. Podríais preguntar a Tregarthen (y si vos no, yo sí), los nombres de los ancianos que él recuerde que andaban en esas excavaciones, ¿estamos?

—Puedo ir ahora mismo a su casita, y preguntárselo.

—Llevadme con vos —dijo el capitán, poniéndose en pie con un aplomo que tenía mucho de tranquila fe en sí mismo—; pero antes hablemos una palabra más. Yo estoy más hecho a los golpes que vos, y he corrido más mundo que vos. He dispuesto de toda mi vida a bordo de los barcos para pulir mi inteligencia a fuerza de ácidos y refregones, lo mismo que los estuches de bronce de los instrumentos náuticos. Os acompañaré a esta expedición. Y como ni vos ni yo vivimos de puras palabras, venga esa mano vuestra a esta mano mía, y con esto hemos hablado ambos.

Con aquel cordial apretón de manos, tomó el capitán Jorgan el mando de la expedición. Empezó por volver a doblar el papel exactamente como estaba antes, lo metió de nuevo en la botella, puso el corcho, y encima del corcho la tela embreada, y se lo entregó todo al Joven Raybrock. Acto continuo salió por delante escaleras abajo.

Pero le resultó más difícil navegar en la planta baja que en el piso de arriba. En el instante mismo en que pusieron los pies en el saloncito, la mirada femenina descubrió que algo malo ocurría. Cati exclamó, corriendo asustada al encuentro de su novio:

—¿Qué ocurre, Alfredo?

Y la señora Raybrock preguntó impetuosa al capitán:

—¡Santo Dios! ¿Qué le habéis hecho a mi hijo para que haya cambiado de esa manera en un Instante?

La joven viuda, que estaba allí, con su labor en el brazo, empezó por mostrarse tan emocionada que asustó a la niña pequeña que llevaba de la mano, y ésta escondió la cara entre los pliegues de la falda de su madre, y empezó a llorar. El capitán, consciente de que era el responsable de todo aquel trastorno doméstico, contempló su obra con cara de culpabilidad compungida, y miró al joven pescador como pidiéndole que acudiese en ayuda suya.

—Cati, encanto —dijo el joven Raybrock—, Cati, amor mío, necesito ir a Laurean hoy mismo, y no sé si tendré que ir aún más lejos ni adonde. Peor aún…, es preciso, Cati, que aplacemos nuestra boda, y no sé hasta cuándo.

Cati se le quedó mirando fijamente, indecisa entre la duda, el asombro, y la ira, y lo apartó de sí con la mano.

—¿Aplazar? ¿Aplazar la boda? —exclamó la señora Raybrock—. ¿Y qué tienes que ir a Lanrean? Y ¿por qué razón, en nombre de Dios?

—Madre querida, no os puedo decir la razón, porque el decirlo sería una cosa deshonrosa e irrespetuosa.

—¿Deshonrosa e irrespetuosa? —contestó la señora—. ¿Y no lo es el des trozar el corazón de la prometida propia, y también el corazón de su madre, por guardar los secretos y seguir los consejos de un malvado forastero? ¿Por qué se os ocurrió venir? —exclamó apostrofando al inocente capitán—. ¿Quién os llamó? ¿De dónde vinisteis? ¿Por qué no os quedasteis en el desdichado lugar en donde vivís, sea el que sea, en vez de venir a turbar la paz de una gente inocente como nosotros?

—Y ¿qué os hice yo jamás, señor capitán, duro de corazón y cruel, para que vinieseis y me trataseis de este modo? —sollozó la pobre Cati.

Y ambas rompieron a llorar desconsoladas, mientras el capitán no podía hacer otra cosa que mirar a las dos, agarrándose a sí mismo por el cuello de la chaqueta.

—Margarita —exclamó el pobre pescador, puesto de hinojos a los pies de Cati, en tanto que ésta se cubría la cara con ambas manos para no ver al traidor, aunque no dejase ni un instante de mirarlo por entre los dedos entreabiertos—, Margarita, ¡tú, que tanto has sufrido y con tanta resignación, y que eres siempre tan cuidadosa y llena de consideraciones! ¡Por favor, ponte de mi parte! ¡Hazlo por amor del pobre Hugo!

No rogó en vano a la buena de Margarita.

—Lo haré, Alfredo —le contestó su cuñada—. Voy a hacerlo. ¡Ojalá que este caballero no hubiera venido jamás! —al oírlo, el capitán apretó aún más el cuello de su chaqueta—. Pero, a pesar de todo, me pongo de tu parte. Estoy segura de que tenéis alguna razón fuerte y suficiente para lo que hacéis, por raro que parezca; y hasta para no dar esa razón, por extraño que sea también. Tú, Cati querida, estás obligada a pensar más que nadie eso que digo, porque el verdadero amor lo cree todo, lo soporta todo, y se entrega confiado a todo. Y vos, madre querida, estáis en la obligación de pensarlo también, porque sabéis que Dios os ha concedido hijos buenos, cuya palabra valió siempre tanto como un juramento, y que fueron educados en un sentido del honor tan estricto como el de cualquier caballero del país. Estoy tan segura, madre, de que no debéis dudar de la palabra de vuestro hijo vivo, como de que no debéis dudar de la de vuestro hijo muerto; y por amor al muerto querido, salgo en defensa del vivo querido.

—Después de todo eso —intervino con entusiasmo el capitán—, yo digo que, aparte de que vuestras opiniones sean o no para mí halagüeñas, sois Una joven de sentido, de corazón y de sentimiento; y que preferiría teneros en la hora de peligro a mi lado, antes que a una buena mitad de los hombres que me han tocado en suerte en esa clase de situaciones, para bien o para mal.

Margarita no devolvió al capitán sus cumplidos, ni pareció corresponder con su buena opinión a la buena opinión de aquél; se dedicó a consolar a Cati, y a la que el lunes en ocho debía ser la madre política de aquélla, no tardando en volver el saloncito a su anterior tranquilidad,

—Cati, amor mío —dijo el joven pescador—, no tengo más remedio que dirigirme a ver a tu padre, para suplicarle que confíe en mí, a pesar de este desdichado cambio y de este misterio, y para pedirle al mismo tiempo algunos datos referentes a Laurean. ¿Quieres venir conmigo a tu casa? ¿Quieres acompañarme, Cati?

Cati no respondió una palabra, pero se puso en pie sollozando, llevándose a los ojos el extremo del sencillo atavío de su cabeza. El capitán Jorgan salió en pos de los enamorados, muy tristemente, deteniéndose en la tienda para dar unas órdenes al señor Pettifer.

—¡Escucha, Tom! —dijo el capitán en voz baja—. Aquí hay tarea para ti. ¡A ver si me alegras un poco a esa anciana que queda abatida y desconsolada! ¡A ver si los alegras a todos!

El señor Pettifer contestó con un vivo gesto de inteligencia, se revistió en el acto de su cara de mayordomo, y con su paso tranquilo y animoso de mayordomo entró en el saloncito; el capitán tuvo la satisfacción de ver, a través de la puerta de cristales, cómo tomaba a la niña en brazos (sin que ésta pusiese inconvenientes), y cómo se inclinaba hacia la señora Raybrock, dirigiéndole palabras consoladoras. Y el capitán pensó, mientras iba en pos de los enamorados:

—No me imagino qué es lo que puede decirle, como no sea que esto pasará pronto, que hay gentes que son así al principio, o que al final redundará todo en provecho suyo.

No tuvo que caminar mucho detrás de los novios, porque desde allí hasta la casita del padre de Cati sólo había que balar un corto trecho por la escalera de piedra. Piro por pequeña que fuese la distancia, le bastó al capitán para comprender que se estaba convirtiendo rápidamente en el Ogro de aquel lugar; porque no había comadre que estuviese trabajando en la puerta de su casa, o pescador que subiese o bajase, que, al ver al joven Raybrock con semblante cariacontecido, y a la pequeña Cati llorando, no lo asaetear se con una mirada recelosa e indignada, considerando al forastero como responsable de semejante e inaudito espectáculo. Por consiguiente, cuando llegaron al jardincito de Tregarthen (que formaba la plataforma desde la que Cati miraba por encima del muro cuando la vio el capitán), éste se detuvo junto a la puerta, acercándose y alejándose, mientras Cati corría a ocultar las lágrimas en su cuarto, y Alfredo hablaba con el padre, al que encontraron trabajando en el jardín. Era hombre algo valetudinario, aunque no se le podía llamar viejo; su rostro era sumamente agradable, y su expresión la de quien arregla todo de la mejor manera. Empezó la conversación con mucha alegría y buen humor, que pronto se volvió recelo e ira. Ése fue el momento que eligió el capitán para entrar en el jardín y mezclarse en la

conversación.

—Buenos días, señor —dijo—, ¿cómo estáis?

—Éste es el caballero con quien tengo que ir —dijo el joven pescador a Tregarthen.

—¿Sí? —contestó el padre de Cati, examinando al desdichado capitán con una mirada de extremada antipatía—. No os oculto que me es imposible deciros que me alegro de veros.

—No —dijo el capitán—, no me extraña, y para decir la verdad, parece ser ésa la opinión de todas las gentes de por acá. Pero no os precipitéis; es posible que no tardéis en tener mejor concepto de mí.

—¡Así lo espero! —dijo el señor Tregarthen.

—Pues yo lo aspiro, y aún más, estoy convencido de ello…, aunque vos no lo estéis —dijo el capitán, con mucha tranquilidad—. Veamos, señor Tregarthen, no querréis entrar conmigo en un intercambio de frases desconfiadas, ya que aunque quisieseis, no podríais, por que yo no os seguiría. Vos y yo tenemos suficientes años para formar juicios por las apariencias y la superficie de las cosas; y si todavía no habéis vivido lo suficiente para descubrir el daño y la injusticia que hay en esa clase de juicios, sois de veras un hombre afortunado.

El padre de Cati pareció sentirse empequeñecido ante esta observación, y contestó:

—Señor, tengo años suficientes para estar profundamente convencido de eso.

—Si es así —dijo el capitán, suavizado—, he apuntado bien, sin saberlo. Veamos, pues, Tregarthen; tenéis ahí al novio de vuestra hija única, y me tenéis aquí a mí, que soy quien conoce su secreto. Os respondo de que se trata de un secreto justificado, que no ha sido obra suya, pero que está obligado a guardar. Yo quiero ayudarle a salir del mismo, y con ese objeto os suplico que nos favorezcáis con dos o tres nombres de personas de edad que residan en Lanrean. Y al mismo tiempo que saco mi cuaderno de notas y mi lápiz para escribir los nombres, os ruego que os fijéis en que esto que hay escrito a la cabeza de su primera página es mi nombre y dirección, a saber: Silas Jonás Jorgan, Salem, Massachusetts, Estados Unidos. Si alguna vez se os mete en la cabeza pasar por allí cualquier mañana, me alegraré de poderos dar la bienvenida. Vamos a ver ahora. ¿Cuáles son esos nombres?

—Había un anciano —dijo Tregarthen—, que se llamaba David Polreath. Quizá haya muerto.

—Bien —dijo alegremente el capitán—, si Polreath está muerto y sepultado, y puede servirnos en algo, no le importará que lo desenterremos. De todos modos, ya está escrito aquí Polreath.

—Había otro que se llamaba Penrewen. Ignoro su nombre de pila.

—No se os dé nada por su nombre de pila —dijo el capitán—; Penrewen, sin más.

—Había otro que se llamaba Juan Tredgear.

—Y que es un nombre que suena muy bien —dijo el capitán—, Juan Tredgear

queda inscrito.

—Y no recuerdo a ningún otro, fuera de Parvis.

—Conozco a cierto individuo de la familia Parvis —dijo el capitán—. Tenía un almacén de comestibles en la ciudad de Nueva York, y realizó una linda utilidad reduciendo su casa a cenizas. Sea como sea, ya está su nombre. David Polreath, sin nombre de pila; Penrewen, Juan Tredgear y el bueno de Arson Parvis.

—No recuerdo de momento a ningún otro.

—Gracias —dijo el capitán—. De modo, pues, Tregarthen, que, confiando en que aún habéis de formar buena opinión de mí, igual que la *Bella Flor del Devonshire*, vuestra hija, os doy mi mano, señor, y también los buenos días.

El joven Raybrock le siguió lleno de desconsuelo; porque cuando miró hacia la ventana no estaba en ella Cati, ni cuando cerró la puerta estaba Cati en el jardín, ni al trepar escaleras arriba hacia su casa vio a Cati en la parte de abajo contemplándolo.

—Y ahora escuchadme —dijo el capitán—. No voy a entrar en vuestra casa, porque mi presencia no es en la actualidad como para promover la armonía en vuestra familia. Vais allí y coméis, que yo mientras tanto comeré en mi hotelito. Citémonos para las dos de la tarde, hora en que me encontraréis a la puerta del mismo fumando un cigarro y tomando si sol. Decid a Tom Pettifer que se considere en comisión de servicio, y que cuide de vuestra gente hasta que regresemos; después veréis cómo ha sabido ya hacerse útil a vuestra gente y cómo se ha ganado las simpatías de todos.

Todo se hizo puntualmente como había indicado el capitán Jorgan. El joven pescador apareció a las dos con su mochila a la espalda; y a las dos en punto, el capitán sacudía la última ceniza de su cigarro.

—Permitidme que lleve vuestro equipaje, capitán Jorgan. Puedo agregarlo fácilmente al mío.

—Gracias —dijo el capitán—. Lo llevaré yo mismo, porque todo mi equipaje es un peine.

Treparon hacia lo alto, hasta salir fuera del pueblo, y se detuvieron en la cima, entre los árboles y los helechos, a fin de tomar resuello y para contemplar el mar magnifico que tenían a sus pies. De pronto, se dio el capitán una palmada en el muslo y exclamó:

—¡En mi vida he visto cosa mejor hecha! —y acto continuo, echó a correr.

La causa de esta brusca fuga del capitán era la pequeña Cati, que se encontraba entre los árboles. El capitán se perdió de vista, y esperó; luego se le ocurrió entretener el tiempo con otro cigarro. Lo encendió, se lo fumó y siguió perdido de vista y esperando. Por último, retrocedió disimuladamente hasta ver a los novios, que, agarradlos del brazo y con las cabezas tocándose, avanzaban lentamente por entre los árboles. Era la hora dorada de la tarde, y el capitán se dijo: «¡Sol de oro, mar de oro, velas de oro, hojas da oro, juventud de oro…; todo, en fin, de oro!».

Sin embargo, el capitán juzgó necesario dar un grito a su compañero antes de volver a perderse de vista. Pocos momentos después, éste se reunió con él y

empezaron el viaje.

—Esa joven de la niña sin padre —dijo el capitán Jorgan, cuando marchaban ya al paso— no lanzó sus palabras inútilmente; pero la verdad es que las palabras honradas y sinceras no se pierden nunca. Y ahora que os alejo de esa tierna mujercita que ama, confía y espera, tengo la sensación de ser aquel personaje que pintan con la boca torcida con risa burlona, las piernas muy ajustadas, la nariz larga, con una pluma en el sombrero y con las guías de los bigotes que le llegan cada vez más hasta los ojos, conforme comete mayores maldades.

El joven pescador no sabía nada de Mefistófeles; pero se sonrió cuando el capitán se dobló de medio cuerpo y se palmeó el muslo, siguiendo luego su camino en medio de la mejor camaradería (2).

CAPÍTULO III

LA RESTITUCIÓN

El capitán Jorgan, que se había levantado y salido a la calle desde muy temprano, había sometido a toda la aldea a un amistoso interrogatorio, y regresaba ya al Escudo del Rey Arturo, sin haber adelantado nada con el trabajo que se había tomado, cuando advirtió que el joven pescador avanzaba hacia él en compañía de una persona desconocida. Le bastó al capitán echar una ojeada al desconocido para llegar a la conclusión de que éste no podía ser otro que el navegante; estaba ya a punto de lanzar el grito de llamada a su camarada de profesión, pero aquellos dos hombres permanecían quietos y callados mirándole, y él, por su parte, se quedó quieto y callado mirándolos intrigado.

—¿Cómo es eso? —exclamó cuando rompió por fin el silencio—. Los dos os parecéis. ¡Qué parecidos sois los dos! ¿Qué significa esto?

Ninguno de los dos hombres que el capitán tenía delante de él pronunció una sola palabra hasta que el hermano navegante agarró la mano derecha del capitán y el hermano pescador le agarró la mano izquierda. Si en alguna ocasión durante toda su vida recibió el capitán todos los apretones de manos que podía recibir, fue entonces.

Y cuando terminaron los apretones de manos, hablaron el navegante y el pescador, uno cada vez, los dos a un tiempo, dos docenas de hermanos a un tiempo, o al menos así le pareció al capitán, que había caído en el mayor asombro y desconcierto; por último, y gradualmente, pudo enterarse del salvamento de Hugo Raybrock, descubriendo asimismo el hecho de que la persona a la que hacía referencia el documento medio borrado era el mismo Tregarthen.

—¿Recordáis, querido capitán Jorgan —dijo Alfredo—, que este señor vivió antes en Lanrean? Cati y su padre fueron a vivir a Steepways después que Hugo se hizo a la mar para su último viaje.

—¡Vaya, vaya! —exclamó el capitán, tomando aliento—. Ahora sí que me habéis echado un cabo. ¿De modo que este hermano vuestro no conoce ni de nombre a la que va a ser su cuñada?

—Jamás la he visto, ni oí hablar de ella.

—¡Vaya, vaya, vaya! —exclamó el capitán—. ¿Por qué entonces no regresamos todos juntos (el papel, quién lo escribió, todos) y ponemos a Tregarthen en el secreto que antes le ocultamos?

—¡Claro está que no podemos hacer sino eso! —dijo Alfredo—. Es necesario que cumplamos de un extremo a otro con nuestro deber.

—No hay duda alguna —contestó el capitán—. Dadme cada uno de vosotros un

abrazo y decidamos ahora mismo todos los detalles.

Y mientras el olvidado desayuno se enfriaba dentro del mesón, el capitán y los dos hermanos decidieron su plan de acción, paseando de arriba abajo por el áspero páramo azotado por un viento fuerte.

Este plan de acción consistió en dirigirse a Barnstaple por el medio más rápido que tuviesen a mano, y, una vez allí, revisar los libros y papeles de su padre, que se hallaba al cuidado de un abogado; eso mismo era lo que Hugo se había propuesto llevar a cabo si regresaba a Inglaterra. Decidieron también que, saliesen o no saliesen ilustrados como consecuencia de aquel examen, regresarían a Steepways e irían directamente a visitar al señor Tregarthen para contarle todo lo que sabían, ver lo que resultaba y obrar en consecuencia. Y, por último, que cuando llegasen entrarían en el pueblo tomando toda clase de precauciones para evitar que nadie reconociese por casualidad a Hugo; y que le quedaría encomendada al capitán la tarea de preparar a su esposa y a su madre para la resurrección de aquél.

—Debéis tener en cuenta —dijo el capitán Jorgan a propósito de este último asunto— que es preciso obrar con tiento, porque las grandes alegrías son tan peligrosas como los grandes disgustos, y quizá más, porque en este nuestro mundo redondo suelen ser menos corrientes y, por consiguiente, menos esperadas. Además, yo deseo reivindicar mi nombre en el concepto de estas señoras, y devolveros a vuestro hogar de la manera más brillante y más afortunada; de modo, pues, que no vayamos a echar a perder esta posibilidad de éxito.

Ambos hermanos elogiaron altamente al capitán por su afectuoso interés y previsión.

—¡Un momento! —dijo el capitán, deteniéndose en seco, y mirando primero a un hermano y luego a otro, mientras aparecía alrededor de sus dos ojos una colección completamente nueva de arrugas que parecían las jarcias de un barco—. Vos creéis que sois de inteligencia algo lenta, ¿verdad? —esta pregunta se la hizo al mayor de los dos hermanos.

—En efecto, soy de inteligencia muy lenta —contestó el honrado Hugo.

—Bien —contestó el capitán—, pues yo os aseguro que, si no estoy equivocado, soy de inteligencia bastante aguda. Ahora bien: un hombre de inteligencia tarda no sirve para un negocio rápido, ¿verdad?

Esto les pareció evidente a los dos.

—En cuanto a vos —dijo el capitán, volviéndose hacia el hermano menor—, estáis un poco enamorado, ¿no es cierto?

—Un poco, no, capitán Jorgan.

—Mucho o poco, lo cierto es que estáis preocupado, ¿verdad?

Era imposible negarlo.

—Pues bien: ¿no es cierto que el hombre preocupado no es bueno para un negocio que exige rapidez? —preguntó el capitán.

También esto lo vieron todos claro.

—Vamos a ver —prosiguió el capitán—: yo no estoy enamorado, he cruzado el Océano muchas veces a buen paso, y desearía llevar adelante y hasta el final este negocio vuestro y darle un bonito remate. ¿Debo intentarlo? ¿Me lo queréis confiar a mí?

Los dos hermanos se manifestaron encantados, y le dieron las gracias cordialmente.

—Muy bien —dijo el capitán sacando su reloj—. En este momento son las ocho y media de la mañana del viernes. Voy a anotarlo, y calcularemos el número de horas que habremos estado ausentes cuando volvamos a entrar en la estafeta de correos de vuestra madre. ¡Ya está! Hecha la anotación, sigamos adelante.

Siguieron adelante a ten buen paso que, antes que el abogado de Barnstaple abriese a la mañana siguiente su despacho, ya estaba el capitán sentado y silbando en el escalón de la puerta, a la espera de que el escribiente llegase con la llave y la abriese. Pero no fue el escribiente quien llegó, sino el amo, con el que el capitán fraternizó desde el primer momento hasta el punto de dejarlo completamente confuso.

Como el abogado conocía personalmente a ambos hermanos, Hugo y Alfredo, no hubo dificultad alguna para examinar los papeles del padre de éstos, que tenía a su cuidado. Se trataba principalmente de cartas antiguas y de cuentas de caja, mediante las cuales el capitán dejó establecido con toda claridad y antes del mediodía (dando pruebas de una agudeza y de una agilidad que excedieron con mucho a las del abogado) los siguientes detalles:

Que cierto individuo llamado Lorenzo Clissold había tomado en préstamo del difunto la suma de quinientas libras, en una época en que éste tenía en la ciudad de Barnstaple un próspero comercio, siendo aún joven; que se había comprometido por escrito, al recibir el préstamo, a emplearlo en llevar adelante un negocio mediante el cual esperaba lograr su independencia; porque, en aquella época, era tan sólo escribiente en la casa de Dringworth Hermanos, América Square, Londres; que el dinero fue prestado por un período fijo; pero, que, al vencer el plazo, el negocio de Clissold había fracasado, y éste se encontraba sin medios para pagar la deuda; que, en vista de esto, había dirigido una carta a su acreedor en términos poco convincentes, solicitando de una manera vaga un plazo mayor; que el acreedor se había negado, manifestando que no podía conceder una moratoria; que entonces Clissold pagó la deuda, acompañando el envío del dinero con una carta airada en la que aseguraba haber tenido que pedirlo prestado a un pariente suyo para salvarse de la ruina; que, al acusar recibo, Raybrock había prevenido a Clissold que no tratase de pedirle nuevamente dinero prestado, porque no pensaba volver a arriesgarlo nunca.

El capitán dijo delante del abogado que era preciso no hablar una sola palabra a propósito de los descubrimientos hechos; pero, una vez reintegrados los documentos a la caja, cuando él y sus dos compañeros se hallaban ya lejos del despacho, su pierna derecha sufrió las consecuencias y exclamó:

—Hasta ahora este viaje ha empezado con viento bueno y próspero. ¿No veis que

todo concuerda con esa respetuosa confianza en su padre que ha mantenido el miembro de inteligencia tarda de la familia Raybrock?

Si los hermanos lo habían visto o no lo habían visto antes, el hecho es que lo vieron ahora; y no porque el capitán les diese mucho tiempo para que meditasen a sus anchas en la marcha de las cosas, porque los metió inmediatamente y a toda prisa otra vez en un calesín y se pusieron en camino en dirección a Steepways. Aunque la tarde empezaba apenas a declinar cuando llegaron a la aldea, y era pleno día, no tuvieron dificultad alguna en llegar sin que nadie reparase en ellos hasta la casita de Tregarthen, gracias a que enmascararon al marinero desaparecido y a que subieron pueblo arriba, más bien que descender pueblo abajo. Cati no apareció por allí, y sorprendieron a Tregarthen sentado y escribiendo junto al balcón de su cuartito.

—Me alegro mucho de veros, señor —dijo el capitán dándole de inmediato un apretón de manos, sin darle tiempo a desembarazarse de la pluma—. ¿Cómo estáis, señor? Os dije que no tardaríais en pensar mejor de mí, y os felicito porque ha llegado el momento de que lo hagáis.

Al llegar a este punto, el capitán, vio a Tomás Pettifer, ocupado en preparar no sé qué comida junto al hogar.

—Ese hombre —dijo el capitán dándose un golpe en el muslo— ha nacido mayordomo, y no debió desempeñar otro cargo en toda su vida. Sigue donde estás, Tomasito, y procura ser útil.

Y ahora, Tregarthen, voy a sentarme en una silla.

En su consecuencia, el capitán acercó una y siguió diciendo:

—Conocéis, señor, al miembro enamorado de la familia Raybrock, aquí presente. No conocéis a este otro miembro, de inteligencia tarda, de la misma familia. Pero la verdad es que son hermanos. Hugo vuelve otra vez a la vida; ahí lo tenéis. Y ahora, amigo mío, escuchad. No hace falta deciros que naufragó, pero sí es preciso que sepáis, porque tiene miga, que naufragó en compañía de otro hombre, y que el nombre de este otro era Lorenzo Clissold.

Al oír este nombre, el señor Tregarthen experimentó un sobresalto y cambió de color.

—¿Qué pasa? —dijo el capitán.

—Ese hombre fue compañero mío de oficina hace treinta…; no, hace treinta y cinco años.

—Así es —dijo el capitán, siguiendo en el acto la pista—; en la firma Dringworth Hermanos, América Square, London City.

Volvió Tregarthen a sobresaltarse, hizo con la cabeza un signo afirmativo y dijo:

—En esa misma casa.

—Pues bien —prosiguió el capitán—: entre estos dos náufragos surgió un problema referente a una suma redonda de quinientas, libras.

Una vez más se sobresaltó y cambió de color Tregarthen. Y una vez más dijo el capitán:

—¿Qué pasa?

Como Tregarthen se limitó a contestar: «Proseguid, por favor», el capitán relató, con toda claridad y sin rodeos, las cosas que hizo Clissold en la Isla desierta, tal como él las había compendiado en su imaginación oyendo al navegante. Mientras hacía su relato el capitán, el señor Tregarthen daba muestras de gran agitación; hasta que exclamó:

—Clissold fue el hombre que me arruinó. Yo lo he venido sospechando durante muchos años, y ahora tengo esa certeza.

—Y ¿cómo podéis saberlo? —dijo el capitán, arrimando aún más su silla a Tregarthen y dándole un golpe con la mano abierta en el hombro.

—Cuando éramos compañeros de trabajo en aquella firma londinense —contestó Tregarthen—, una de mis obligaciones consistía en anotar en determinado libro las sumas de dinero recibidas durante el día por la firma y entregadas después a los banqueros. Cierto día memorable, un miércoles, la fecha negra de mi vida, anoté entre otras cantidades una entrega de quinientas libras esterlinas.

—Empiezo a comprenderlo —dijo el capitán—. Proseguid.

—Clissold, por su parte, tenía entre otras la obligación de copiar de esté libro un memorándum de las cantidades que el empleado que tenía, ese cargo entregaba en el Banco. Mi obligación era entregar el dinero a Clissold; Clissold, a su vez, lo entregaba al otro empleado, junto con el memorándum escrito de su puño y letra. Aquel miércoles anoté yo una cantidad de quinientas libras cobradas. Entregué esa suma, junto con todas las restantes del día, a Clissold. El día aquel tuve la completa seguridad de haberlo hecho, y desde entonces he tenido siempre esa misma certeza. Se descubrió posteriormente que aquel día faltó del talego del dinero, del memorándum de Clissold y de las anotaciones hechas en mi libro una suma de quinientas libras esterlinas. Interrogado Clissold, sostuvo con absoluta claridad y declaró terminantemente que no deseaba otra cosa sino «que se confrontase con el libro de Tregarthen». Se examinó mi libro y se vio que faltaba la anotación de quinientas libras.

—Y ¿cómo es eso, si vos mismo hicisteis la entrada? —preguntó el capitán.

Tregarthen siguió diciendo:

—Fui interrogado. ¿Había anotado yo aquella cantidad? Desde luego que sí. La casa exhibió mi libro, y allí faltaba esa anotación No pude negar que aquél era mi libro; no pude negar que aquélla era mi letra. Estaba seguro de que alguien había cometido allí una falsificación; pero la escritura era asombrosamente igual a la mía, y yo no podía acusar a nadie de la casa. Se me exigió que devolviese aquel dinero. Yo entregué la cantidad, y abandoné la casa con el corazón destrozado, antes que seguir en ella (suponiendo que eso pudiera ser) con una negra sombra de recelo flotando siempre sobre mí. Regresé al pueblo de mi nacimiento, Lanrean, y permanecí en ese lugar desempeñando el cargo de escribiente en una mina, hasta que me nombraron para el que ocupo en la actualidad.

—Recuerdo bien —dijo el capitán— que yo os dije que, si no sabíais por experiencia el daño que se puede hacer con juicios basados en apariencias engañosas, erais un hombre afortunado. Esto os lastimó; ahora comprendo la razón, y lo lamento.

—Así es —dijo Tregarthen—. Yo estuve siempre, como es natural, seguro de mi propia inocencia; esta seguridad ha constituido para mí un alivio y un dolor. Sospeché siempre de Clissold, casi hasta el punto de abrigar una completa certeza; pero solamente ahora se ven confirmadas mis sospechas. Por el bien de mi hija y por mí mismo he guardado siempre dentro de mi corazón este asunto, que ha sido el único secreto-de mi vida, y he creído durante mucho tiempo que moriría conmigo.

—Mi buen señor —dijo con acento cordial el capitán—, este asunto creo yo que interesa y que interesará únicamente durante mucho tiempo a los vivos y no a los muertos. Aquí tenéis, pues, a nuestros dos honrados amigos: el Raybrock enamorado y el Raybrock de inteligencia tarda. Aquí están, de acuerdo los dos en un punto, a propósito del cual yo estoy a su lado aunque hubiera que dar la vuelta al mundo por el Ecuador y de Norte a Sur, y aunque hubiera que atravesarlo desde la más profunda de vuestras minas de Cornualles hasta la China. Este punto es el siguiente: Ellos no emplearán jamás esa suma de dinero de que tanto se ha hablado, y que debe seros restituida. Estos dos hermanos, el enamorado y el torpón, os harán entrega mañana de ese dinero porque os pertenece y lo harán en memoria de su padre. Haceos cargo de él, tranquilizad sus almas y la mía y dad fin a este negocio que ha sido tan desdichado.

Tregarthen cogió la mano del capitán y luego estrechó la de los dos jóvenes, pero contestó por último y de una manera rotunda que no. Dijo que ya veía que ellos le creían, y se alegraba por eso, quedando con el alma tranquila; pero que no existían pruebas, y que el dinero debía quedar en las manos en que estaba. Todos tomaron el asunto con la mayor gravedad, y la gravedad en los hombres, cuando son honrados y sinceros, es tan impresionante, que el señor Pettifer dejó sus guisos y dio muestras de estar conmovido.

—De modo que venimos a parar —dijo el capitán—, igual que el abogado en cuyo despacho estuvimos esta mañana pudiera hacerlo, en simples pruebas, ¿verdad? De modo que debemos quedamos con el dinero, ¿no es eso? ¿Cómo? De lo dicho y hecho por Clissold, y de las manifestaciones que acabáis de hacemos, se deduce sin gran dificultad la certeza de que se realizó una clara falsificación de vuestra escritura, y que el autor fue aquel individuo demasiado avispado que era ya grasa y cenizas cuándo yo lo conocí; y que luego se colocó la hoja falsificada en vuestro libro, arrancando de éste la hoja verdadera y auténtica. ¿Quedó en aquel entonces destruida la hoja verdadera y auténtica? No; según dijo Clissold estando borracho, la metió en una rendija que había en su propio pupitre, porque vos os presentasteis en la oficina sin darle tiempo a quemarla, y con posterioridad no tuvo ocasión de recuperarla. Esperad un momento. ¿Dónde está ahora ese pupitre? ¿Creéis probable que esté todavía en América Square, London City?

Tregarthen movió negativamente la cabeza.

—Hace ya muchos años que la casa no se halla establecida en ese lugar. Oí decir, y lo leí, que se trasladó a un local mucho más amplio y con otra instalación. ¡Sufren cambios tan rápidos las cosas en nuestro tiempo!

—Eso creéis vos —replicó el capitán, compadecido—; pero antes que habléis de ese asunto debéis tratar conmigo. Veamos. Ese pupitre, esa hoja de papel…, esa hoja de papel, ese pupitre —dijo capitán rumiando, paseando y mirando, completamente abstraído, en el interior del sombrero del señor Pettifer, entre otras cosas—. Ese pupitre, esa hoja de papel…, esa hoja de papel, ¡ese pupitre! —prosiguió, meditando y paseando por el cuarto—, yo daría…

Pero no dio nada, y en cambio cogió el sombrero de su mayordomo y miró a su interior, igual que si saliese en ese instante de la iglesia. Después de esto, volvió a pasear y volvió a decir:

—Ese pupitre que pertenecía a este casa de Dringworth Hermanos América Square, London City…

El señor Pettifer, que seguía extrañamente conmovido, y que al oír al capitán se emocionó todavía más, se interpuso delante de ésta cuando retrocedía de espaldas por el cuarto, y le habló de esta manera:

—Capitán Jorgan, he estado queriendo llamar vuestra atención, sin conseguirlo. Me pesa interrumpir al capitán Jorgan, pero no tengo más remedio. Yo sé algo acerca de esa casa.

El capitán se detuvo en seco y le miró (siempre con el sombrero del señor Pettifer debajo del brazo).

—¿No sabéis —siguió diciendo el mayordomo— que estuve un tiempo en el negocio de compraventa, capitán Jorgan?

—Lo que yo sabía —dijo el capitán— es que fracasaste en esa profesión, y en la mitad de todas las profesiones que existen, Tom.

—No tanto como eso, capitán Jorgan, aunque es cierto que fracasé en el negocio de compraventa. Yo estaba asociado en él con mi hermano. Hubo en la casa Dringworth Hermanos una venta de muebles viejos de oficina cuando la casa se trasladó de América Square, y mi hermano y yo nos quedamos con todo. Y me atrevo a asegurar, señor, que el único regalo que yo he recibido en mi vida de mi hermano y de ningún otro pariente (porque, por lo general, lo que mis parientes han hecho ha sido quitarme y no darme) fue una mesa vieja que tenía una grieta. Si la mesa hubiese tenido algún valor, mi hermano no me la habría entregado cuando deshicimos la sociedad.

—Y ¿dónde está ahora esa mesa? —preguntó el capitán.

—Pues bien, capitán Jorgan —contestó el mayordomo—: de fijo no os lo podría decir; pero la última vez que la vi (la última vez que zarpamos de Inglaterra) se hallaba en Wapping, en casa de una simpática señora, y la tal mesa estaba acompañada de un baúl mío que se quedó para responder de una facturita impagada.

Pero el capitán, en lugar de escuchar extático a su camarero, como lo hacían los demás allí presentes, pareció que salía otra vez de la iglesia, a juzgar por su actitud con el sombrero del señor Pettifer. Y después de mirar un momento a su interior, alzó una cara extraordinariamente emocionada y memorable, diciendo:

—Veamos, Tom: cuando vinimos a este lugar, lo primero que hice fue hablarte de que eres por naturaleza muy propenso a las insolaciones.

—Es cierto que me dijisteis eso, señor.

—A ver, amigo mío, el de inteligencia tarda —exclamó el capitán—: prestadme vuestro brazo, porque de otro modo voy a hundirme de espaldas en los guisos cocineriles de este bendito camarero. Veamos, Tom —prosiguió, una vez que recibió la ayuda solicitada—: bajo tu juramento de camarero de un buque, ¿no será más bien que desguazaste aquella mesa para con sus tablas hacer otra mejor… o algo por el estilo?

—Por mi fe de camarero que es así, señor —contestó el aludido.

—Pues bien: amigos todos por una providencia divina —exclamó el capitán radiante de gozo—, por esa providencia divina que metió en la cabeza de Tom Pettifer la preocupación de defender su cabeza contra el brillante sol…, éste forró su sombrero con la hoja original que Tregarthen escribió de su puño y letra…, ¡aquí está!

Y el capitán, sin preocuparse de que estropeaba por completo el sombrero favorito de Tom Pettifer, puso ante sus ojos la hoja del libro, muy ajada, pero legible todavía, y se dio en ambas piernas tan tremendas palmadas que las oyeron desde muy lejos en la bahía, sin que nadie supiese explicarse el fenómeno.

—Son las cinco y cuarto de la tarde —dijo el capitán, sacando el reloj—, y con esto se cumplen en total las treinta y tres horas y un cuarto, ¡que ya es bonita travesía!

No hace falta decir que todos se quedaron embargados de gozo y de triunfo; que en aquel mismo instante le fue entregado el dinero a Tregarthen; que en aquel mismo instante se lo entregó Tregarthen a su hija; que el capitán se comprometió a presentares en casa de Dringworth Hermanos, para que el buen nombre del viejo empleado del que ya no se acordaban quedas en el lugar que se merecía; que entró Cati, y que casi la deshicieron a abrazos, y que volvió a señalarse la boda para la misma fecha. Ni hace falta tampoco decir que Cati y el joven pescador fueron a la estafeta de correos a fin de preparar el terreno para la llegada del capitán, presentándolo como al más grande de los hombres y al que todos debían su suerte; ni que luego se retiraron respetuosamente para dejarle toda la costa familiar libre.

Lo único que nos queda por decir es la manera que el capitán tuvo de aprovecharse de esta circunstancia.

Profundamente satisfecho de la misión que se le había encomendado, y poniendo en ella todo su corazón, levantó el pestillo del saloncito de la estafeta de correos en el que estaban la señora Raybrock y la joven viuda y dijo:

—¿Puedo pasar?

—¡Naturalmente que sí, capitán Jorgan! —contestó la anciana—. Tenéis motivos para entrar y salir de ella con toda libertad, aunque no hayáis sido tratado en ella demasiado bien por alguien que debió haber sabido mejor lo que se hacía. Perdonadme.

—Nada de pedir perdones, porque no os lo consentiré —dijo el capitán—. ¿Cómo voy a consentíroslo?

Dicho y hecho, el capitán se había sentado ya en una silla cerca de la chimenea, entre las dos mujeres.

—Aunque, si digo la verdad, en toda mi vida me sentí tan amargado. Habría sido capaz de negarme el saludo a mí mismo. Algo parecido a lo que hizo aquel comerciante de mi país, allá en el Oeste, quien, por haberse dejado arrebatar una puja en una subasta, se dijo a sí mismo: «Escucha: te voy a dar lo que te mereces. ¡No te voy a volver a dirigir la palabra!». Y nunca más volvió a hablar consigo mismo; se agregó a una colonia de ostras, y tradujo al lenguaje de éstas la tabla de multiplicar…; y no es fantasía, porque es un hecho comprobado. Quien lo dude, que se lo pregunte a la primera ostra que se le ponga por delante, y ya verá cómo no tiene el valor de contestarle que no es cierto.

Levantó a la niña del regazo de su madre y la colocó sobre sus rodillas.

—Ya veis cómo no se asusta ahora de mí. Conoce que me gustan los niños. Yo también tengo una niña, y a veces le canto canciones.

—¿Qué canciones le cantáis? —preguntó Margarita.

—Una que no tiene nada de larga, amiga mía. Veréis:

Silas Jorgan, el capitán,
toca muy bien el rataplán.

Y ahí acaba la canción. Otras veces le cuento historias…, historias de marineros a los que se suponía muertos y que eran salvados cuando ya se había perdido toda esperanza —el capitán, empezó a cantar, aunque abstraído, su canción…

Silas Jorgan, el capitán,
toca muy bien el rataplán.

y lo repitió, sin apartar los ojos del fuego, al mismo tiempo que bailaba a la niña en sus rodillas; porque se daba cuenta de que Margarita había suspendido su labor—. Sí, invento historias y se las cuento a mi niña. Historias de naufragios en islas desiertas, y de largos retrasos en regresar a los países civilizados. Es precisamente cuando cuenta historias de esta clase cuando… Silas Jorgan, el capitán…, toca muy bien el rataplán.

No había en la habitación más luz que la del fuego de la chimenea. Las sombras

de la noche envolvían la aldea, y las estrellas empezaban una tras otra a asomarse al firmamento, lo mismo que las casas de la aldea se asomaban una tras otra a curiosear por entre el follaje. El capitán se dio cuenta de que Margarita tenía sus ojos fijos en él, y juzgó que la discreción le obligaba a no apartar sus ojos del fuego.

—Sí, yo las invento —dijo el capitán—. Invento historias de hermanos a quienes la bondadosa mano de la Providencia reunió otra vez…, de hijos devueltos a sus madres, de padres que resurgen de las profundidades del mar para juntarse con niñas parecidas a ésta.

Margarita había puesto su mano en el brazo del capitán, y éste no tuvo ya más remedio que volverse hacia ella. Un instante después, su mano se acercó implorante a su pecho, y Margarita se arrodilló ante el capitán…, sosteniendo a la madre, que también se había arrodillado.

—¿Qué pasa? —exclamó el capitán—. ¿Qué pasa?

Silas Jorgan, el capitán,
toca muy bien el rataplán.

Pero no pudo resistir a sus miradas y a sus lágrimas, y aunque la canción era corta, no pudo terminarla.

—Señora Margarita, habéis soportado valerosamente la desgracia. ¿Seriáis capaz de soportar con el mismo valor la buena suerte, en el caso de que ésta se os presentase?

—¡Creo que sí! ¡Con qué gratitud, humildad y anhelo confío en que sí!

—Pues bien, querida mía —dijo el capitán—: es posible que se haya presentado ya… No os asustéis… Él está…, ¿diré la palabra?…

—¿Vivo?

—¡Eso es!

Tampoco fue capaz el capitán de aguantar el peso de las expresiones de fervorosa gratitud que ellas dirigieron al cielo, y sacó sin rebozo alguno del bolsillo su pañuelo para secarse los ojos.

—No está más lejos de aquí —siguió diciendo— que mi propio país. Más aún, no dista de aquí más que su propia patria… La verdad, no se encuentra a distancia mayor que Falmouth. Y, a lo mejor, aún más cerca. Sí, y si yo supiera que sois capaces de aguantar bien la emoción, y no tuviese que hacer más que dar un silbido…

La misión del capitán estaba cumplida. Algo como una tromba entró en el cuarto, y toda la familia se encontró reunida de nuevo.

Aquélla era una magnífica ocasión para que Tom Pettifer apareciese con un vaso de agua fría, y apareció, en efecto, ofreciéndoselo a las señoras; y al mismo tiempo les dirigió palabras confortadoras, y les arregló la ropa, lo mismo que si hubiesen sido pasajeras que cruzaban el canal. La fuerza de las palmadas que el capitán se dio en los muslos cuando vio cómo el señor Pettifer cumplía con estos menesteres de su

profesión de camarero de mar, sólo él mismo podría apreciarla en toda su plenitud, porque es seguro que se los dejó negros y amoratados, y debieron de dolerle de una manera tremenda.

No pudo quedarse para la boda, porque tenía que atender a varias citas, y éstas eran a la distancia irreconciliable de unas cuatro mil millas. Por eso, a la mañana siguiente, toda la aldea le acompañó entre vítores hasta el terreno llano de lo alto de la colina, y allí tuvo que cambiar apretones de manos con todo el censo de su población, invitando a todos, sin excepción, a que fuesen a visitarle y a pasar algunos meses con él en Salem, Massachusetts, Estados Unidos. Y en el mismo lugar en que había contemplado aquel cuadrito dorado de los novios despidiéndose, y desde el que contemplaba aquella mañana otro cuadró dorado de un panorama de años dorados, la pequeña Cati le echo los brazos al cuello, le estampó un beso en las dos bronceadas mejillas y, a la vista de todos, apoyó su linda carita en aquel pecho batido por las tormentas…, porque sentía vergüenza de haber aplicado adjetivos duros a un capitán tan noble.

Y allí también saludó el capitán por tres veces, las últimas, levantando su sombrero por encima de la cabeza; y allí vieron su figura por última vez, cuando se alejaba en compañía de Tom Pettifer, con las manos metidas en los bolsillos. Y allí, antes que la tierra se suavizase con las hojas caídas de otros tres veranos, un niñito sonrosado dio sus primeros pasos inseguros hasta los brazos de una madre joven… Y aquel bebé pescador se llamaba Jorgan Raybrock.

LOS TERRENOS DE TOM TIDDLER

Tom Tiddler's Ground, *1861*

(Trabajo escrito en colaboración con Wilkie Collins, Charles Allston Collins, Amelia Edwards y John Harwood).

CAPÍTULO PRIMERO

Recogiendo hollín y cenizas

Y ¿por qué se llaman los terrenos de Tom Tiddler? —preguntó el Viajero.

—Porque éste desparrama por él las monedas de medio penique para los vagabundos y otras gentes por el estilo —contestó el mesonero—, y como es natural, ellos las recogen. Y como esto lo hace en tierra que es suya (que es suya, como os digo, y que antes fue de sus mayores) equivale a considerar las monedas de medio penique como si fuesen oro y plata y a acariciar un poco entre los dedos su derecho de propiedad; en resumidas cuentas: que viene a ser una copia del conocido juego de niños. Y le va muy bien —prosiguió el mesonero, acompañando las palabras con su ademán favorito de inclinarse un poco para mirar por encima de la mesa hacia la abertura de la ventana, debajo de la persiana que se encontraba medio corrida hacia abajo—. Por lo menos, ésa ha sido la opinión de muchos caballeros que han saboreado las chuletas y el té en esta misma humilde sala.

El viajero estaba saboreando las chuletas y el té en aquella humilde sala, y el tiro del mesonero iba disparado de soslayo hacia él.

—¿Y le llamáis el ermitaño? —preguntó el Viajero.

—Así le llaman —contestó el mesonero, eludiendo responsabilidades—; ése es el concepto en que lo tienen.

—¿Qué es un ermitaño? —preguntó el Viajero.

—¿Que qué es un ermitaño? —repitió el mesonero pasándose las manos por la barbilla.

—Sí, ¿qué es?

El mesonero volvió a inclinarse para abarcar mejor lo que se veía por la abertura de debajo de la persiana, y no contestó, dando a entender con su expresión de angustia que no estaba acostumbrado a definiciones.

—Os voy a decir lo que supongo que es un ermitaño —dijo el Viajero—. Un ermitaño es una cosa puerca y odiosa.

—El señor Mopes es un puerco; sobre eso no puede haber duda.

—De un orgullo intolerable.

—Hay, en efecto, quien dice que el señor Mopes siente una gran vanidad de la vida que lleva —contestó el mesonero, como haciendo otra concesión.

—Un caso repelente, desagradable y perezoso de trastrueque de las leyes de la Naturaleza —dijo el Viajero—; yo, si tropezase con un caso así, mirando por el mundo trabajador que Dios ha hecho y por la salud del mismo, tanto física como moral, condenaría al individuo a trabajar en el molino carcelario que se mueve a

fuerza de pies (si podía salirme con mi idea), lo mismo si encontraba al ermitaño sobre una columna que metido dentro de un agujero; ya estuviese en el campo de Tomás Tiddler, en el del Papa de Roma, en el de un faquir hindú o en el de cualquiera.

—No entro en lo de condenar al señor Mopes a trabajar en ese molino —dijo el mesonero moviendo con gran seriedad la cabeza—. Porque no cabe duda de que es propietario de fincas rústicas.

—¿A qué distancia de aquí estará ese campo de Tomás Tiddler? —preguntó el Viajero.

—Calculad cinco millas —contestó el mesonero.

—Bien; pues cuando acabe mi almuerzo saldré para allí —dijo el Viajero—. Vine aquí precisamente esta mañana para descubrir dónde estaba eso y para hacer una visita al lugar.

—Son muchos los que lo hacen —hizo notar el mesonero.

Esta conversación tuvo lugar durante la canícula de un año no lejano, entre los agradables valles y arroyos trucheros de un verde condado inglés. No importa el nombre del condado. Baste decir que en él se puede cazar con escopeta, montear, pescar, cruzar carreteras romanas cubiertas de hierba desde hace mucho tiempo, abrir tumbas antiguas, contemplar muchas millas cuadradas de tierra ricamente cultivada y mantener conversaciones propias de una Arcadia con unas atrevidas gentes campesinas, orgullo de Inglaterra, que os informarán (si es que lo deseáis) de cómo puede vivir pastorilmente una familia con nueve chelines por semana.

El señor Viajero estaba almorzando en el pequeño saloncito enarenado de la casa de bebidas de la aldea de Peal of Bells, llevando ya en sus zapatos el rocío y el polvo de un paseo matinal…, un paseo matinal por carretera, prados y bosquecillos del que había salido salpicado generosamente de tallitos de hierba, pedacitos de heno fresco y de hojas nuevas y viejas, amén de otros regalos no menos olorosos de la lozanía y exuberancia del verano. La ventana por cuya abertura concentraba el mesonero su mirada en el vacío tenía medio bajada la persiana porque en la calle del pueblo hacía una mañana calurosa y brillante. La calle del pueblo era como la mayor parte de las calles de aldea: ancha para la altura de sus casas, silenciosa para su anchura y soñolienta en el más alto grado. Sus casitas tranquilísimas que tenían los postigos de ventana más anchos que se puede imaginar (para poner a cubierto del exterior un nada, con tanto recelo como si estuviese dentro la Casa de la Moneda o el Banco de Inglaterra), se habían congregado de modo tan súbito frente a la casa del médico, que la chapa de bronce y los tres pisos de ésta se alzaban entre aquellas otras con tanto relieve y contraste como la persona misma del médico, con su traje de paño fino, entre las blusas obreras de sus enfermos.

También las casas de residencias familiares parecían haberse dirigido a la Justicia con idéntica falta de reflexión; porque una veintena más o menos de pabellones construidos de rasilla y revoco se apretujaban de una manera confusa alrededor de la

casa de ladrillo rojo del señor fiscal, la de los deslumbrantes escalones de la puerta de calle y del terrorífico limpiabarros, que parecía estarles presentando toda clase de edictos de lanzamiento. Eran tales casitas de apariencia tan variada como otros tantos trabajadores del campo: de hombros cuadrados, de cuello asarmentado, tuertos, de ojos saltones, bizcos, patizambos, de rodillas dobladas, reumáticos valetudinarios. Algunas de las casas de los pequeños comerciantes; por ejemplo: la del dueño de la tienda de loza y porcelana y la del fabricante de arreos para animales, tenían una ventana como ojo de cíclope en el centro de la pared en que el tejado forma triángulo, a una o dos pulgadas de su vértice, y esa ventana hacía pensar en que algún olvidado aprendiz rural tendría la costumbre de meterse dentro horizontalmente cuando se retiraba a dormir, retorciéndose lo mismo que un gusano.

Las tierras que rodeaban al pueblo eran espléndidas en su abundancia, mientras que la aldea era tan magra y tan escasa de todo, que cualquiera podría pensar en que esta última había sembrado y plantado todo cuanto poseía, para convertirlo en cosechas. Así se explicaría el que las tiendecitas estuviesen desprovistas de todo, el que los puestos y cajones destinados para mercado no tuviesen nada y en que el anticuado mesón y su patio, sobre cuyo portal no se había borrado todavía la ominosa inscripción de «Oficinas de recaudación», como dando a entender cuál era la última cosa de que podía desprenderse la pobreza, estuviesen también completamente vacíos. Ésta era quizá la explicación de que abandonase la aldea resueltamente un perro vagabundo, cuya figura se iba empequeñeciendo a lo lejos, allá donde se veían unos postes blancos y una ciénaga; y explicaría también su conducta en la hipótesis de que iba a recurrir al suicidio para convertirse en abono y llegar así a ser parcialmente propietario de nabos y otros tubérculos.

Una vez que el señor Viajero dio fin a su almuerzo y pagó la modesta cuenta, fue caminando hasta el extremo límite de Peal of Bells, y, orientado allí por el dedo índice del mesonero, que le señalaba el camino, se dirigió hacia la ermita en ruinas del ermitaño señor Mopes.

Este señor Mopes, a fuerza de dejar que se desmoronase todo a su alrededor, gracias también a su costumbre de vestirse con una manta y un cilicio, de embadurnarse de hollín, grasa y otras porquerías, había llegado a adquirir gran renombre en toda aquella región…, un renombre muchísimo mayor que el que habría conseguido si su profesión hubiese sido la de un cristiano corriente y moliente o la de un honrado hotentote. Había llegado hasta los periódicos de Londres con su manta, su cilicio, su hollín y su grasa. Resultaba curioso descubrir, como lo descubrió el señor Viajero cuando se detuvo en esta granja o en aquella otra casita de campo, para orientarse de nuevo; resultaba curioso, decimos, comprobar la exactitud con que el morboso Mopes había contado con las debilidades de sus convecinos para que éstos lo rodeasen de una aureola. Se decía de él toda clase de cosas: que había dado muerte en un arrebato de celos a su bella prometida, y que estaba haciendo penitencia de su pecado; que había hecho un voto en el momento de angustia; que el voto lo había

hecho bajo la influencia de un accidente fatal que sufrió; que, si había hecho el voto, fue movido de un sentimiento religioso; que lo hizo en un momento de borrachera; que fue una desilusión lo que lo arrastró a hacer el voto; que no había hecho jamás ningún voto, pero que fue arrastrado a su vida actual por la posesión de un secreto terrible y poderoso; que era enormemente rico, que era un sabio enormemente caritativo, que era un sabio profundo, que veía espíritus, que conocía y era capaz de realizar toda clase de maravillas. Aseguraban unos que el señor Mopes salía todas las noches, y que los aterrados caminantes se tropezaban con él en las oscuras carreteras; otros afirmaban que no salía jamás; éstos sabían que su penitencia llegaba ya a su término; los de más allá poseían datos ciertos de que su reclusión no obedecía a ninguna penitencia, y que no acabaría sino con su vida. Ni siquiera fue posible obtener datos concordantes entre quienes debían estar informados, de haberlo querido estar, acerca de hechos tan sencillos como la edad que tenía y el tiempo que su manta y su cilicio llevaban plagados de miseria. Se le atribuían todas las edades posibles entre los veinticinco y los sesenta años; se aseguraba que llevaba de ermitaño siete, doce, veinte, treinta años; aunque, en conjunto, parece que era la cifra de veinte la favorita.

—¡Vaya, vaya! —dijo el señor Viajero—. Veamos, por lo menos, cómo es en la realidad viva este ermitaño.

Y el señor Viajero siguió adelante y adelante su camino, hasta llegar a los terrenos de Tomás Tiddler.

Eran esos terrenos un rincón al que se llegaba por un rústico sendero, rincón que el genio de Mopes había desbaratado como si hubiese nacido emperador o conquistador. Su objeto central consistía en una casona bastante buena, pero en la que el sorprendente genio de Mopes había suprimido hacía mucho tiempo todos los cristales de las ventanas, procediendo después a suprimirlas todas por el procedimiento de clavar por fuera en ellas de parte a parte unos troncos de árbol rudamente cortados. En el patio de la leña, que tenía un palmo de materias vegetales en descomposición y toda clase de desperdicios, los edificios accesorios habían perdido el bálago de todas las estaciones del año, y los tablones y viguetas se habían hundido y podrido. Los hielos y humedades del invierno y los colores del estío habían alabeado los restos que aún quedaban, hasta el punto de que no había pie derecho ni madero que conservase la posición que le correspondía; todo se había retorcido y desviado del propósito primitivo, lo mismo que su propietario, y como él se había degradado y degenerado. En este hogar del zángano, detrás de la cerca en ruinas, desperdigándose entre las ortigas y los hierbajos, veíanse los últimos restos de algunos almiares, que poco a poco se habían podrido y hundido, hasta tomar el aspecto de montones de cera podrida o de esponjas sucias. Los terrenos de Tomás Tiddler podían incluso exhibir las ruinas de sus aguas, porque había en ellos un estanque fangoso, dentro del cual había caído uno o dos árboles (un tronco blanduzco y algunas ramas lo cruzaban de parte a parte); esto, agregado a la acumulación de

hierbas que estancaban y a su materia negra en descomposición, con toda su suciedad y mal olor; resultaba casi un consuelo, si se piensa en que sólo aquella agua era capaz de reflejar la ignominia de semejante lugar, sin que pareciese infectada por tan baja misión.

El señor Viajero miró a su alrededor por todos los terrenos de Tomás Tiddler, hasta que sus ojos tropezaron con un oscuro calderero que estaba tumbado entre las hierbas y el césped exuberante, a la sombra de la casona. Tenía en el suelo, junto a él, un cayado, y descansaba su cabeza en un pequeño zurrón. La mirada del calderero se cruzó con la del señor Viajero, pero no levantó la cabeza, sino que se limitó a hundir un poco la barbilla (porque estaba tumbado de espaldas) para poder verlo mejor.

—Buenos días —dijo el señor Viajero.

—Buenos días, si son de vuestro gusto —contestó el calderero.

—¿No son acaso del vuestro? Hace un día muy hermoso.

—Me da lo mismo un tiempo que otro —contestó el calderero bostezando. El señor Viajero se había acercado hasta donde aquél estaba y se le quedó mirando desde su altura.

—Éste es un sitio muy curioso —dijo el señor Viajero.

—Sí; así lo creo —fue la contestación del calderero—. Lo llaman los terrenos de Tomás Tiddler.

—¿Conocéis bien el lugar?

—Hoy es la primera vez que lo veo —dijo el calderero, bostezando otra vez—, y no tengo ningún interés en volver a verlo. Hace un rato anduvo por aquí un individuo que me dijo cómo lo llamaban.

Si queréis ver al mismo Tomás, tenéis que entrar por esa puerta —y acompañó sus palabras indicando con un leve movimiento de la barbilla una ruin puerta cochera desvencijada a un lado de la casa.

—¿Habéis visto vos a Tomás?

—No, y tampoco tengo ningún interés en verlo. Hombres sucios los puedo ver en todas partes.

—Según eso que decís, no vive en la casa misma, ¿verdad? —dijo el señor Viajero contemplando otra vez la casa.

—El hombre que estuvo hace un rato aquí —contestó el calderero algo irritado— me dijo: «Este lugar en que estáis tumbado, compañero, son los terrenos de Tomás Tiddler, y si queréis ver a Tomás debéis entrar por esa puerta cochera». Como aquel hombre salía precisamente por esa puerta supongo que sabría lo que se decía.

—Desde luego —fue el comentario del señor Viajero.

—Aunque quizá fuese un embustero —exclamó el calderero, y lo luminoso de semejante ocurrencia actuó como una sacudida eléctrica, obligándole a levantar la cabeza cosa de una pulgada—. El individuo ese que marchó de aquí hace un rato me contó algunas extrañas paparruchas a propósito de esta casa de Tomás. Me dijo… ese individuo que se marchó hace un rato…: «Cuando Tomás cerró la casa, compañero,

para someterse a la tortura, quedaron las camas hechas y arregladas, como si fueran a ocuparlas otras tantas personas. Pues bien: si das ahora un paseo por los dormitorios verás cómo las ropas de cama destrozadas se alzan y bajan como el oleaje del mar. Y ¿quién alza y baja las ropas como el oleaje del mar? ¡Las ratas que hay debajo!». Eso me dijo.

—¡Lástima que yo no haya podido hablar con ese hombre! —exclamó el señor Viajero.

—Con seguridad que le habría agradado mucho más que hablaseis vos con él que no yo —gruñó el calderero—, porque el individuo tenía fuelle para rato.

El calderero cerró lúgubremente los ojos, como si el recuerdo aquél le desagradase. El señor Viajero, juzgando que el calderero era hombre de poco fuelle y que ya no podría sacar de él nuevos datos, se encaminó hacia la puerta cochera.

Girando sobre sus goznes herrumbrosos, la puerta le abrió paso a un patio, en el que únicamente se distinguía un pabellón accesorio, contiguo a la casa en ruinas, que tenía una ventana con maderos en forma de barrotes. El señor Viajero observó una gran cantidad de pisadas recientes al pie de aquella ventana, y como ésta era baja y no tenía cristales, se animó a curiosear entre los maderos. Y, en efecto, se presentó delante de su vista un ermitaño vivo y auténtico, y por su imagen pudo juzgar cómo serían los ermitaños auténticos muertos.

Se hallaba tirado en el suelo sobre un lecho de hollín y de cenizas, frente al hogar roñoso de una chimenea. En la oscura cocina, o cuarto de fregar, o lo que aquel antro hubiese sido primitivamente, sólo había una mesa con una variedad de botellas viejas encima. Una rata las hizo tintinear moviéndose entre ellas; luego saltó de la mesa al suelo, y al correr hacia su agujero pasó por encima del ermitaño vivo y auténtico; de no haberlo hecho, no habría sido cosa tan fácil distinguir a éste en el agujero suyo. Al sentir en la cara el cosquilleo de la rata, el propietario de los terrenos de Tomás Tiddler abrió los ojos, vio al señor Viajero, experimentó un sobresalto y se lanzó hacia la ventana.

«¡Vaya! —pensó el señor Viajero, apartándose uno o dos pasos de los barrotes—. Esto es una mezcla de cárcel, manicomio, prisión de deudores insolventes en sus momentos peores, deshollinador, pocero con el Noble Salvaje. ¡Linda familia la del ermitaño! ¡Vaya que sí!».

El señor Viajero pensó esto mientras se enfrentaba en silencio con la figura manchada de hollín y vestida con manta y cilicio (porque eso era todo lo que llevaba encima), de cabellos desgreñados y ojos desorbitados. Al observar que aquellos ojos lo miraban con evidente curiosidad para ver el efecto que producían, pensó también el señor Viajero: «¡Vanidad, vanidad y vanidad! ¡Verdaderamente, todo es vanidad!».

—¿Cómo os llamáis, señor, y de dónde venís? —preguntó el ermitaño señor Mopes, con aire de autoridad, pero expresándose como persona que ha ido a la escuela.

El señor viajero contestó a las preguntas.

—¿De modo, señor, que habéis venido exclusivamente para verme a mí?

—Así es. Oí hablar de vos y vine a veros… Sé que os agrada que os vean.

El señor Viajero dejó caer estas palabras al desgaire, pero calculadamente, para adelantarse a una simulación de molestia o de protesta que veía venir de entre la grasa y mugre de aquella cara. Produjeron el efecto que buscaba.

—¿De modo que sabéis que me gusta que me vean? —dijo el ermitaño, después de un momento de silencio, soltando las manos de los barrotes a los que antes se había agarrado y sentándose en el antepecho de la ventana, con las piernas desnudas y los pies descalzos en cuclillas.

El señor Viajero miró a su alrededor buscando algo adonde sentarse; sólo vio un tronco de árbol que había en un rincón y lo acercó a la ventana. Sentóse ostentosamente y contestó:

—Así es.

Se miraron ambos, y ambos parecieron hacer un esfuerzo para calibrarse mutuamente.

—Entonces habéis venido a preguntarme por qué llevo esta vida —dijo el ermitaño, poniendo ceño de tormenta—. Ésa es una cosa que yo no se la cuento a ningún ser humano. No permito que se me interrogue sobre ese particular.

—No seré yo, desde luego, quien os lo pregunte, porque no tengo el menor deseo de saberlo —dijo el señor Viajero.

—Sois un hombre rudo —dijo el ermitaño señor Mopes.

—Y vos también —dijo el señor Viajero.

El ermitaño, que estaba por lo visto acostumbrado a imponerse a sus visitantes con la novedad de su suciedad y de la manta y el cilicio, se quedó mirando fijamente al que tenía delante; se hallaba algo desconcertado y sorprendido, igual que si le hubiesen apuntado con una escopeta certera y ésta hubiese fallado.

—Entonces, ¿cómo es que habéis venido aquí? —preguntó después de una pausa.

—Por vida mía —dijo el señor Viajero—, hace nada más que unos momentos que me obligaron a que yo mismo me hiciese esa misma pregunta…, y quien me obligó fue precisamente un calderero.

Y como al decir esto mirase hacia la puerta cochera, el ermitaño miró también en aquella misma dirección.

—Sí; está tumbado de espaldas al sol ahí fuera —dijo el señor Viajero como si le hubiesen preguntado por aquel hombre—; pero no entrará; dice (y en verdad que es una observación razonable): «¿Para qué voy a entrar? Hombres sucios los puedo ver en cualquier parte».

—Sois un insolente. Retiraos de los edificios de mi propiedad. ¡Marchaos de aquí! —exclamó el ermitaño con tono imperioso e irritado.

—¡Vamos, vamos! —contestó el señor Viajero, imperturbable—. Eso ya es pasarse de la raya. ¿O es que vais a decir que sois limpio? Mirad, por favor, vuestras piernas. Y en cuanto a que estoy en vuestra casa…, se halla ésta en un estado

demasiado vergonzoso para que podáis alegar ningún derecho de propiedad ni de nada.

El ermitaño saltó del antepecho de la ventana y se tiró sobre el lecho de hollín y de cenizas. El señor Viajero, sin perderle de vista, prosiguió:

—No me marcho; no son modos ésos para que os desembaracéis de mí. Lo mejor que podéis hacer es acercaros y reanudar la conversación.

—No hablaré —dijo el ermitaño dándose media vuelta para presentar las espaldas a la ventana.

—Entonces hablaré yo —dijo el señor Viajero—. ¿Por qué os habéis de molestar porque yo no sienta curiosidad por conocer las razones que os han movido a llevar esta vida extraordinariamente absurda e indecorosa? Cuando veo a un hombre desaseado, nada puede obligarme moralmente a que sienta ansiedad por saber cómo le dio por la suciedad.

Al cabo de un corto silencio, el ermitaño volvió a incorporarse de un salto y volvió a acercarse a los barrotes de la ventana.

—¡Cómo! ¿Aún no os habéis marchado? —exclamó fingiendo que creía que ya no estaba allí el señor Viajero.

—Ni pienso marcharme —contestó el señor Viajero—. Tengo el propósito de pasar aquí este día de verano.

—Y ¿cómo os atrevéis, señor, a penetrar en mi casa? —empezó a decir el ermitaño; pero el señor Viajero le interrumpió:

—Sabéis muy bien que está mal que habléis de vuestra casa. Yo no puedo consentir que se dignifique este lugar llamándolo casa.

—¿Cómo os atrevéis —dijo el ermitaño, sacudiendo los barrotes de la ventana—, a traspasar mi puerta para venir a echarme en cara que soy un sucio?

—¡Dios me valga! —contestó el otro sin la menor alteración—. ¿Es que pretendéis decir que sois una persona limpia? Permitidme otra vez que os vuelva a llamar la atención sobre el estado de vuestras piernas. Rascaos donde queráis, con cualquier cosa, y luego venid a decirme que estáis limpio. La verdad es, señor Mopes, que no sólo sois una cosa nauseabunda…

—¿Una cosa nauseabunda? —repitió con furia el ermitaño.

—Y ¿qué viene a ser un lugar que se encuentra en tan indecoroso estado de abandono sino una indecencia? ¿Qué es un hombre que vive en el indecoroso estado de abandono que vos vivís sino una indecencia? Y como vos sabéis muy bien que no podéis pasar sin tener un auditorio, vuestro auditorio es también una indecencia. Atraéis a vuestro alrededor a los más despreciables vagabundos y merodeadores de diez millas a la redonda, exhibiéndoos ante ellos con esa manta indecorosa, echándoles monedas de cobre y dándoles a beber de esas jarras y botellas cubiertas de suciedad que estoy viendo desde aquí (¡ya hace falta que tengan estómago para beber de ellas!), y, en una palabra —agregó el señor Viajero haciendo un resumen del tema con tranquilidad y muy a sus anchas—, que sois una indecencia, que este cuchitril es

otra indecencia, que el auditorio sin el que vos no podéis pasar es otra indecencia, y que no se trata únicamente de una indecencia local, porque el saber que pueda existir en el mundo civilizado semejante indecencia a estas alturas constituye otra indecencia.

—¿Queréis marcharos de aquí? Os advierto que guardo al alcance de mi mano una escopeta —dijo el ermitaño.

—¡Puaf!

—Os aseguro que la tengo.

—Bien: ¿os he dicho yo acaso que no la tenéis? Y en cuanto a lo de marcharme, ¿no os he dicho ya que no me marcho? Me habéis hecho olvidar lo que os iba diciendo. ¡Ya caigo! Os decía que vuestra conducta constituye una indecencia. Pero además, es la tontería y la debilidad mayor que se puede imaginar.

—¿Que es una debilidad? —repitió el ermitaño.

—Una debilidad —contestó el señor Viajero con el mismo aire tranquilo y sentencioso de antes.

—¿Que yo soy débil, grandísimo idiota? —exclamó el ermitaño—. ¿Yo, que me he sostenido en mi propósito y en mis ayunos y que he dormido en esa cama que veis durante todos estos años?

—Cuanto más sean los años, más débil habéis sido —le replicó el señor Viajero —. Aunque los años que lleváis en esta vida no son tantos como dice la gente o como dejáis que crean que son. La costra que recubre vuestra cara, señor Mopes, es gruesa y negra, pero por lo que veo de vos a través de la misma sois todavía un mozo joven.

—Tengo entendido que al idiota incongruente lo llaman lunático, ¿no es así? —preguntó el ermitaño.

—Algo así debe de ser —contestó el señor Viajero.

—¿Hablo yo acaso como un lunático?

—Uno de nosotros dos tiene que ser muy sospechoso de estar lunático, lo esté o no lo esté. O es el lunático el hombre limpio y decorosamente vestido, o lo es el hombre sucio e indecorosamente vestido. Yo me abstengo de decir cuál de los dos es el lunático.

—¿Sí? Pues escuchad, oso pagado de sí mismo —dijo el ermitaño—. No transcurre un solo día sin que las conversaciones que aquí tengo me confirmen en mis propósitos; no pasa un día sin que todo cuanto escucho y veo aquí me demuestre lo acertado y justificado que estoy en mantenerme en mi propósito.

El señor Viajero, cómodamente sentado en el tarugo de madera, sacó una pipa y se puso a llenarla tranquilamente. Después, y mirando al firmamento veraniego, exclamó:

—Es cosa que causa asombro el que un hombre, aunque esté detrás de unos barrotes y se vista con manta y cilicio, me venga diciendo que lo que él ve, un día tras otro, de la vida y condición de los hombres, de las mujeres y de los niños, es capaz en modo alguno de inducirle a creer que el reñir con su propia naturaleza social sea otra

cosa que la más desdichada de las simplezas… y no voy hasta decir que de renunciar a toda clase de decoro humano, porque ése es un caso extremo; sí, causa asombro que todo aquello pueda convencerlo de que le es posible separarse de sus semejantes y de las costumbres de sus semejantes, sin convertirse en un espectáculo degradante, en un espectáculo como para dar gusto al diablo (y quizás a los monos). ¡Causa asombro, repito! —el señor Viajero empezó a fumar su pipa—. Repito, causa asombro tan disparatada temeridad…, aun viéndola en un hombre que tiene encima una o dos pulgadas de porquería… y que está detrás de unos barrotes… vestido con una manta y un pincho.

El ermitaño dirigió una mirada irresoluta, y se retiró a su hollín y a sus cenizas; volvió a levantarse y se acercó a los barrotes; miró otra vez irresoluto al señor Viajero, y, finalmente, dijo con irritación:

—No me agrada el tabaco.

—Y a mí no me agrada la suciedad —contestó el señor Viajero—; el tabaco es un excelente desinfectante. Los dos saldremos ganando con que yo fume mi pipa. Es mi propósito permanecer aquí sentado durante todo este día de verano hasta que el bendito sol veraniego esté a punto de hundirse por el horizonte, para haceros ver qué pobre diablo sois y para hacéroslo ver por la boca de cualquier transeúnte que acierte a entrar por vuestra puerta.

—¿Qué queréis decir con eso? —preguntó el ermitaño con expresión furiosa.

—Esto nada más; que allí está la puerta cochera, que vos estáis ahí y que yo estoy aquí; quiero decir que estoy seguro de que es moralmente imposible que ninguna persona que entre casualmente por esa puerta venga del punto de la brújula que venga, tenga la experiencia que tenga, ya sea de primera mano, ya porque se lo hayan contado otras personas, pueda condenarme a mí y daros la razón a vos.

—Sois un héroe arrogante y jactancioso —dijo el ermitaño—. Os tenéis por un hombre profundamente sabio.

—¡Bah! —replicó el señor Viajero, fumando tranquilamente—. No se precisa mucha sabiduría para saber que todos los hombres deben hacer una vida activa y que todos los que componemos el género humano dependemos los unos de los otros.

—Contáis seguramente con compinches que están ahí fuera esperando —dijo el ermitaño—. A mí no me engaña esa jactanciosa confianza que demostráis en las gentes que puedan llegar casualmente.

—Esa desconfianza demuestra depravación, y es propia del estado en que vivís —contestó el visitante, levantando compasivamente los párpados—. Es inevitable.

—¿Me queréis decir entonces que no tenéis compinches? —No quiero deciros sino lo que os he dicho. Y lo que os he dicho es que constituye una imposibilidad moral que ningún hijo o hija de Adán sea capaz de presentarse aquí, donde yo tengo ahora mis pies, ni en ningún otro lugar que pisen los pies humanos y de renegar de las normas sanas de las cuales depende nuestra vida.

—Y esas normas son, según vos… —exclamó, burlón, el ermitaño.

—Esas normas son las que señaló la Providencia divina —contestó el señor Viajero—, y ellas nos obligan a no estar tumbados y a lavarnos la cara, a realizar nuestro trabajo gregario, a actuar y reaccionar los unos sobre los otros, dejando únicamente a los idiotas y a los paralíticos que se queden parpadeando en un rincón. ¡Ea! —exclamó, hablando con la puerta cochera—. ¡Ábrete, Sésamo! ¡Déjate ver ante sus ojos y lleva el dolor a su corazón! ¡No me importa que venga quien venga, porque yo sé lo que ha de resultar de todo!

Al decir esto, giró un poco en su tarugo de madera volviéndose hacía la puerta; y el señor Mopes, el ermitaño, después de dos o tres ridículos saltitos de indecisión, de la ventana a su cama y de su cama a la ventana, se resignó a soportar lo que era imposible evitar; se hizo un ovillo en el antepecho de la ventana y se quedó mirando hacia afuera con expresión de ansiedad y agarrado a los barrotes[8].

CAPÍTULO II

Acercando a la ventana a la señorita Kimmeens

Para entonces estaba declinando el día; se abrió nuevamente la puerta y, al mismo tiempo que un raudal de luz dorada del sol en el ocaso, que se proyectaba incluso sobre tos barrotes del antro de aquel ser lleno de hollín, entró una niña pequeña, una niña pequeña de cabellos hermosos y brillantes. Cubría su cabeza con un sencillo sombrero de paja, llevaba en la mano una llave de puerta de calle y avanzó hacia el señor Viajero como si se alegrase de encontrarlo y fuese a hacerle alguna confidencia infantil; pero distinguió la figura del hombre que estaba detrás de los barrotes y retrocedió aterrorizada.

—No te asustes, encanto —dijo el señor Viajero, agarrándola de la mano.

—¡Ese hombre no me gusta! —suplicó la niña retrocediendo—; es horrible.

—Tampoco a mí me gusta —dijo el señor Viajero.

—¿Quién lo ha metido ahí? —preguntó la niña pequeña—. ¿Es que muerde?

—No; no hace sino ladrar. ¿No te sientes con fuerzas para mirarlo, encanto? —dijo esto porque la niña se tapaba los ojos.

—¡Oh, no! —replicó la niña—. Me resulta insoportable mirarlo.

El señor Viajero volvió la cabeza hacia el amigo suyo de detrás de los barrotes, como si le preguntase qué tal le parecía aquella demostración de su éxito; a continuación se llevó a la niña fuera del portal; éste se hallaba todavía abierto; permaneció hablándole durante media hora y en medio del calor acariciante del sol.

Volvió al cabo, dando ánimo a la niña y llevándola agarrada con sus dos manecitas a su brazo; le puso sobre la cabeza su mano protectora, alisó sus lindos cabellos y habló de este modo al amigo de detrás de los barrotes:

—El colegio que tiene la señorita Pupford para seis niñas de cortos años es un colegio compendioso, un colegio en miniatura, un colegio por completo de bolsillo. La señorita Pupford, la ayudanta de la señorita Pupford, que habla con acento parisiense; la cocinera de la señorita Pupford, y la doncella de la señorita Pupford, forman lo que esta señorita llama el personal educativo y doméstico de su colegio liliputiense.

La señorita Pupford es una de las personas más simpáticas de su sexo; se deduce forzosamente de esta afirmación que dicha señorita es mujer de carácter dulce, y que no se recataría de confesar que posee una gran dosis sentimental, si juzgase que esta condición es compatible con sus deberes para con los padres. Como opina que no es así, la señorita Pupford oculta el hecho hasta donde le es posible, cosa que muchas veces, ¡Dios la bendiga por ello!, no puede hacer.

La ayudanta de la señorita Pupford, que habla con acento parisiense, puede ser considerada como mujer hasta cierto punto intuitiva, porque en su vida tuvo ocasión de hablar con un parisiense, y tampoco salió nunca de Inglaterra, excepto en una excursión de placer que hizo en el barco *El Alegre*, en las aguas no jurisdiccionales que suben y bajan con las mareas, dos millas mar adentro de Margate. Aun bajo circunstancias geográficas tan favorables para el aprendizaje del idioma francés en su máxima dulzura y pureza, la ayudanta de la señorita Pupford no aprovechó del todo sus oportunidades; por un lado; el barco de placer *El Alegre* quiso responder con tanta energía a su nombre durante la excursión hecha por aquella señorita, que ésta se vio obligada a permanecer tendida en el fondo del barco y puesta en salmuera (como si la salasen para uso de la Marina), y viéndose al mismo tiempo sometida a un gran susto mental, dolores físicos angustiosos y a desarreglos de las prendas almidonadas.

Ni los hombres ni las alumnas del colegio saben en qué época se juntaron por vez primera la señorita Pupford y su ayudanta; pero fue hace muchísimo tiempo. Entre las alumnas se ha establecido la creencia de que la una y la otra fueron juntas a la escuela, aunque esta suposición resultaba difícil y audaz, porque difícil y audaz era el imaginarse a la señorita Pupford sin mitones, sin pechera y sin un trocito de alambre de oro entre sus dientes delanteros, así como también sin unos golpecitos dados con la borla de los polvos en su carita limpia y en su nariz. A decir verdad, cuando la señorita Pupford da una pequeña conferencia acerca de la mitología de los equivocados paganos (no dándose nunca por enterada de la existencia de Cupido), y cuenta cómo surgió Minerva, perfectamente equipada, del cerebro de Júpiter, parece como si estuviera diciendo: «Así es como yo vine al mundo, sabiendo todo lo que hay que saber del Pinnock, Mangnall, las tablas y el manejo de las esferas terrestres».

Sea como sea, lo cierto es que la señorita Pupford y su ayudanta son muy viejas amigas. Las alumnas llegan incluso a creer que, después que ellas están acostumbradas, y cuando las dos amigas se quedan en un saloncito silencioso, se hablan la una a la otra por sus nombres de pila. Y esta creencia nace de que en cierta ocasión y durante una tarde de truenos, cuando la señorita Pupford se desmayó inopinadamente, su ayudanta corrió hacia ella gritándole: «¡Mi querida Eufemia!», cosa jamás oída ni antes ni después, porque siempre la trata de señorita Pupford. Eufemia es el nombre de pila de la señorita Pupford que figura (sin fecha de nacimiento) en la labor de muestra que está colgada en el vestíbulo del colegio, y en la que se ven dos pavos reales, con un susto mortal, porque cierto texto alemán sale de una casita y anda cuesta abajo persiguiéndolos; ellos se apartan para esconder sus siluetas detrás de dos inmensos tallos de habichuelas que crecen en sendos tiestos.

También existe entre las alumnas una vaga noción de que la señorita Pupford estuvo en tiempos enamorada, y de que el objeto de sus amores circula todavía por el globo terráqueo; que es un personaje público de gran categoría, y que la ayudanta de la señorita Pupford está al corriente de ese asunto. Se basan en que en varias ocasiones, estando la señorita Pupford leyendo por la tarde el periódico con su

pequeño monóculo de oro (porque tiene que leerlo en el instante mismo en que el muchacho se lo trae, pues éste vuelve para llevárselo al cabo de una hora con malintencionada puntualidad), en ese momento, decimos, se le ha visto dar señales de emoción, y decir a su ayudanta: ¡G***! Al oír esto, la ayudanta ha ido junto a la señorita Pupford, y la señorita Pupford le ha señalado con su monóculo en el periódico a G***, y acto continuo la asistenta ha leído lo que allí se decía de G***, dando muestras de simpatía. Este asunto de G*** estimuló de tal manera durante algún tiempo la curiosidad de las alumnas, que, en cierta ocasión, prestándose las circunstancias favorables a una salida audaz, cierta alumna atrevida logró apoderarse del periódico, y lo recorrió desde el principio hasta el fin buscando lo referente a G***, que la señorita Pupford había descubierto allí hacía menos de diez minutos. Pero no hubo modo de encontrar un apellido que empezase con G*** como no fuese el de un reo condenado a la pena capital y que acababa de ser ejecutado dando pruebas hasta el final de una gran osadía; no era posible suponer que la señorita Pupford hubiese estado jamás enamorada de él. Además, era imposible que estuviesen siempre ahorcándolo. Y además, no pasó un mes sin que apareciese de nuevo con vida en el periódico.

Después de mirarlo bien todo, las alumnas sospechan que G*** es un caballero anciano, pequeño y gordinflón, que usa unas botitas que parecen de lacre negro y que le llegan hasta las rodillas; la señorita Linx, alumna observadora y aguda, al ir a Tunbridge Wells acompañada de la señorita Pupford para pasar las vacaciones, trajo a la vuelta la noticia (particular y confidencial), de haber visto a ese personaje acercarse a la señorita Pupford en el paseo haciendo cabriolas, y de haberle descubierto en el momento en que daba un estrujón a la mano de la señorita Pupford, oyéndole pronunciar las palabras: «¡Oh cruel Eufemia, siempre tuyo!», o algo por el estilo. La señorita Linx apuntó la idea de que quizás aquel caballero fuese la Cámara de los Comunes, la Bolsa, el Diario de Sesiones, o las Modas; esto explicaría que apareciese con tanta frecuencia en los periódicos. Pero las demás alumnas objetaron, como no podía menos de ser, que ninguna de esas notabilidades empezaba con la letra G.

En otras ocasiones, que las alumnas acechaban cuidadosamente y comprendían muy bien, la señorita Pupford comunicaba con expresión misteriosa a su ayudanta que el periódico de la mañana traía noticias de particular emoción. Era que la señorita Pupford había descubierto en las secciones de nacimientos y bodas el nombre de alguna antigua alumna. Cuando tal ocurre, aparecen invariablemente en los ojos tiernos y pequeños de la señorita Pupford lágrimas de sentimiento; entonces las alumnas, seguras de que su propia categoría ha logrado destacar (aunque la señorita Pupford no lo menciona nunca) se sienten animosas, convencidas de que también ellas están destinadas a cosas grandes.

La ayudanta de la señorita Pupford, que habla con acento parisiense, es más fornida que aquella señorita, aunque también de contextura diminuta, acicalada y

metódica; al cabo de largos años de contemplar, admirar e imitar a la señorita Pupford, se ha vuelto como ella. Tiene bastante talento para dibujar a lápiz, y su gran devoción a la señorita Pupford la impulsó una vez a dibujar el retrato de esta dama; las alumnas descubrieron y aplaudieron tan instantáneamente el parecido, que se mandó grabar sobre piedra, a cinco chelines. Con seguridad que la piedra en la que quedó grabada aquella imagen de la señorita Pupford fue la más suave y blanda que jamás se arrancó de una cantera. La silueta de su simpática naricita se presenta tan borrosa que quienes desconocen la obra de arte se suelen quedar muy perplejos sobre la dirección que lleva la nariz, y se palpan, muy perplejos, la suya. Como en el retrato está la señorita Pupford representada con expresión de abatimiento, junto a una ventana abierta, mirando pensativa a una pecera con peces dorados, las alumnas han sacado la consecuencia de que la pecera le fue regalada por el señor G***, que se la envió con una guirnalda de flores del alma, y que la artista ha representado a la señorita Pupford esperando al obsequiante en cierta ocasión memorable en que éste se retrasó.

Especial interés para las alumnas tenía la proximidad de las vacaciones del último verano, porque se sabía que la señorita Pupford estaba invitada dos días después de la boda de una antigua alumna. Siendo imposible ocultar el hecho, debido a los grandes preparativos que se estaban realizando en materia de vestidos, la señorita Pupford lo dio a conocer públicamente. Pero pensando en los padres de las niñas, hizo el anuncio con un aire de cariñosa melancolía, como si el casarse fuese más bien una calamidad (y lo ha sido en algunos casos excepcionales). Siguió pues, la señorita Pupford con sus preparativos, envuelta en un aire de suave resignación y compasión; en todo ese tiempo, no había alumna que subiese al piso de arriba, o que bajase de éste, sin que curiosease a la puerta del dormitorio de, la señorita Pupford (cuando ésta se hallaba ausente), regresando con algún dato sorprendente relacionado con el sombrero de aquélla. Estos grandes preparativos quedaron terminados el día anterior al de las vacaciones; entonces, y por mediación de la señorita ayudanta, se dirigió a la señorita Pupford una súplica unánime de las alumnas para que se dignase comparecer con todo su esplendor. La señorita Pupford aceptó, ofreciendo un espectáculo encantador. Aunque la mayor de las alumnas no había cumplido apenas trece años, todas y cada una de las seis se enteraron en dos minutos del tamaño, dibujo, color, precio y calidad de todas las prendas que llevaba la señorita Pupford.

Con tan delicada presentación se iniciaron las vacaciones. Cinco de las seis alumnas besaron a la pequeña Cati Kimmeens veinte *veces* cada una (en total cien besos, porque disfrutaba de gran popularidad), y marcharon a sus respectivas casas. La señorita CatiKimmeens quedó en el colegio, porque sus parientes y amigos se hallaban todos en la India. Esta señorita Cati Kimmeens es una niña firme y animosa; tiene además hoyuelos y es un encanto.

Llegó, pues, el gran día de la boda; la señorita Pupford, tan emocionada como pudiera estarlo cualquier novia (¡G***! pensó la señorita Cati Kimmeens), se marchó

en el coche que habían enviado a buscarla, ofreciendo un espectáculo magnífico. Pero no fue la señorita Pupford la única que se marchó; en compañía suya fue la señorita ayudanta, para realizar una visita obligada a un anciano tío suyo. La señorita Cati Kimmeens se dijo para sí que no era posible que este venerable caballero viviese en la galería de la iglesia en que iba a realizarse la boda, y, sin embargo, la ayudanta de la señorita Pupford había dado a entender que ella también iba al mismo lugar. No se sabía en cambio adónde iba la cocinera, si bien ésta había dado a entender a la señorita Kimmeens que se veía en la obligación de emprender, bastante a pesar suyo, una peregrinación para cumplir en ella con ciertos requisitos piadosos que exigían cambiase las cintas de su mejor gorro por unas nuevas, procurándose cordones para sus zapatos.

—Ya veis —dijo la doncella cuando se fueron todas las damas—, que no quedamos en la casa sino vos y yo, señorita Kimmeens.

—Nadie más —dijo la señorita Cati Kimmeens, moviendo con un poco de tristeza sus bucles—. ¡Nadie!

—¿No querréis que se marche también vuestra pobre Bella, verdad que no? —dijo la moza (que se llamaba Bella).

—No —contestó la pequeña señorita Kimmeens.

—Vuestra pobre Bella no tiene más remedio que quedarse aquí con vos, le guste o no le guste.

—¿Es que no os gusta? —preguntó Cati.

—Sois un amor, señorita, y constituiría una falta de cariño por parte de Bella el que hiciese objeciones. Pero la verdad es que mi cuñado ha llegado por el correo de esta mañana malamente enfermo, y vuestra pobre Bella le tiene un gran afecto, sin contar con que también se trata de la hermana a la que más quiero.

—¿Está muy enfermo? —preguntó la pequeña Cati.

—Ésos son los temores que tiene vuestra pobre Bella, señorita Kimmeens —contestó la doncella, llevándose el delantal a los ojos—. Es cierto que sólo se trata de su estómago, pero pudiera ser que el mal subiese, y el doctor dice que, si sube, no responde de lo que ocurra.

Al decir esto, la doncella se dejó llevar de tal manera por la emoción, que Cati le administró el único remedio que tenía en su mano: un beso.

—Si no hubiese sido por dejar descontenta a la cocinera, querida señorita Kimmeens —dijo la doncella—, vuestra Bella le habría pedido que se quedase a haceros compañía; porque la cocinera es una compañera muy agradable; mucho más que vuestra pobre Bella.

—¡Pero, sí sois muy simpática, Bella!

—Eso es lo que vuestra Bella querría ser —contestó la doncella—; pero sabe perfectamente que no está en su mano serlo el día de hoy.

La doncella, poseída de este abatimiento convencido, dejó escapar un suspiro, movió enérgicamente la cabeza, y luego la inclinó a un lado.

—¡Qué fácil me habría sido dejar desilusionada a la cocinera! Pero no hubiera estado bien —prosiguió con expresión abstraída y contemplativa—. Yo habría podido entonces ir a visitar a mi cuñado, pasar en su casa la mayor parte del día, y regresar mucho antes de lo que hubiesen hecho la señorita y su ayudanta por la noche, sin que ninguna de las dos tuviera por qué enterarse.

Y no lo digo porque la señorita Pupford fuese a poner ningún inconveniente, sino porque como es tan sensible, quizá se llevase un disgusto. Con todo y con eso, vuestra pobre Bella se ve obligada a pasar el día con vos, que sois un encanto y un amor, pero que no equivaléis a la libertad —dijo la doncella excitándose.

—Bella —dijo la pequeña Cati después de un corto silencio.

—A vuestra pobre Bella debéis tratarla de Bella mía, querida encanto —le suplicó la doncella.

—Dadlo por dicho, Bella mía.

—¡Sois un corazón comprensivo! —dijo la doncella.

—Si no os importa dejarme sola, a mí no me importa quedarme sola. No tengo miedo de quedarme sin nadie más en la casa. Y no debéis sentir preocupación, porque yo tendría mucho cuidado y no tocaría nada.

—¡Oh! En cuanto a no tocar nada, bien sabe vuestra Bella que puede tener confianza en vos, que sois tan formal y tan dócil, y un verdadero encanto, si no es tomarme una libertad —exclamó la doncella, haciéndose toda mieles—. Si no tuviese unos cabellos tan brillantes, la señorita Kimmeens sería la cabeza más vieja de esta casa; eso es lo que decimos yo y la cocinera. Pero no, no os abandonaré, no vayáis a pensar que vuestra querida Bella ha sido poco amable.

—Si sois mi querida Bella, debéis ir —contestó la niña.

—¿Que debo ir? —dijo la doncella levantándose más bien alegre que otra cosa—. Lo que debe ser, es preciso que sea, señorita Kimmeens. Vuestra pobre Bella seguirá este principio, aunque a pesar suyo. Pero, que se marche o que se quede, conste que vuestra Pobre Bella os quiere mucho, señorita Kimmeens.

El hecho es que no se quedó, sino que se marchó, porque la pobre Bella, tan animosa ya que casi se sentía optimista en la cuestión de la enfermedad de su cuñado, salió de la casa antes de cinco minutos, con atavíos que parecían dispuestos expresamente para alguna gran festividad. ¡Cómo es de inconstante este mundo efímero, y qué cortos de vista somos nosotros los pobres mortales! Cuando la puerta de la calle se cerró de un golpe y una sacudida, la señorita Kimmeens tuvo la impresión de que era aquélla una puerta muy pesada, que la encerraba en las soledades de la casa. Pero, como ya hemos dicho, la señorita Kimmeens era de un carácter resuelto y metódico; al encontrarse sola, empezó a planear la manera de pasar aquel largo día de verano que tenía por delante.

Para empezar, pensó en recorrer toda la casa, a fin de adquirir la seguridad de que no se había escondido debajo de las camas, ni dentro de alguno de los aparadores, ningún individuo vestido con gran chaquetón y empuñando en la mano un cuchillo de

trinchar. No hizo esto porque la hubiese perturbado jamás la imagen de ningún individuo de gran chaquetón y cuchillo de trinchar; parece como si semejante imagen hubiese adquirido existencia por la sacudida y el golpe de la gran puerta de la calle que resonó por toda la casa solitaria. Miró, pues, la señorita Kimmeens debajo de las cinco camas vacías de las cinco alumnas que se habían ido de vacaciones, miró también debajo de su propia cama, y de las de la señorita Pupford y de la ayudanta de la señorita Pupford. Una vez hecho esto, y cuando estaba pasando revista a los armarios, surgió en su cabeza juvenil este desagradable pensamiento: «¡Qué susto me llevaría si encontrase a alguien enmascarado, como Guy Fawkes, escondido y muy tieso en un rincón, simulando estar muerto!». Sin embargo, una vez que la señorita Kimmeens terminó su inspección sin haber hecho ningún descubrimiento desagradable de esta clase, se sentó muy modosamente a hacer labores, y empezó a coser y coser a toda prisa.

No tardó en resultarle pesado el silencio que reinaba a su alrededor; contribuyó a aumentar esa sensación deprimente el absurdo de que, cuanto más profundo era el silencio, más ruidos se oían. El que hacían su propia aguja y el hilo de la misma cuando pespunteaba, resonaba en sus oídos con más fuerza que el que hacían cosiendo a un tiempo, en una tarde de emulación general, las seis alumnas, la señorita Pupford, y la ayudante de ésta.

Por otra parte, el reloj de la clase se portó como no se había portado nunca; se lisió de alguna manera, a pesar de lo cual persistió en andar con todo el ímpetu y todo lo ruidosamente que podía; la consecuencia de semejante conducta fue que, entre minuto y minuto, presa de la mayor confusión, se estremecía y lanzaba sus tictacs en todas direcciones sin parecer prestar atención a su trabajo normal. Acaso se alarmaron las escaleras al oírlo; fuese como fuese, la realidad es que empezaron a crujir de una manera fuera de lo corriente, lo que hizo que empezasen a sentirse estallidos en los muebles; la pobrecita señorita Kimmeens, poco satisfecha del aspecto furtivo que tomaban las cosas en general, empezó a cantar mientras cosía; pero no fue su propia voz la que oyó; era la voz de otra persona que quería hacerse pasar por Cati, y que cantaba de una manera desmayada, sin espíritu; como no consiguió arreglar las cosas cantando, volvió a callarse.

Al rato advirtió que su labor resultaba un fracaso completo; entonces la señorita Cati Kimmeens la plegó con gran cuidado, la metió en su caja, y dejó aquella clase de trabajo. Pensó en si se pondría a leer; pero no; el libro, que resultaba tan delicioso cuando tenía cerca a alguien a quien ella quería, para poder mirarle cuando levantaba los ojos de la página impresa, le resultaba ahora más desmayado que su propio canto. Colocó el libro en su anaquel lo mismo que había colocado las labores en su caja, y, como era preciso hacer algo, pensó la niña: «Arreglaré mi cuarto».

Cati compartía el cuarto con la mayor amiga suya de entre las cinco alumnas; ¿por qué ese miedo que sentía rondar al acercarse a la cama de su amiguita? Lo cierto es que lo tenía. Alrededor de las cortinas blancas inocentes de la camita había una

atmósfera furtiva, y hasta le pareció distinguir debajo del cobertor ciertos oscuros indicios de que yacía debajo una niña muerta. Entonces comenzó a sentir gran necesidad de compañía de otras personas, gran necesidad de tener delante un rostro humano, y se manifestó en la facilidad con que adquirían los muebles un extraño parecido exagerado con seres humanos. Vio en un rincón una silla cuyo ceño amenazador delataba una irritación horrible; por entre dos ventanas le hacía muecas amenazadoras una cómoda de aspecto maligno. No podía encontrar alivio escapando de esos monstruos y mirándose en el espejo, porque su propia imagen le decía: «¿Pero cómo? ¿Estás sola en esta casa? ¡Qué mirada de susto tienes!». Y el fondo del espejo le parecía también la cuenca vacía de un ojo enorme.

El día iba arrastrándose, y arrastraba también con él muy lentamente por la cabellera a Cati, hasta que llegó la hora de comer. En la despensa había buenas provisiones, pero al marcharse las cinco alumnas, la señorita Pupford, la ayudanta de ésta, la cocinera y la doncella, aquellas provisiones habían perdido lo que les daba sabor y aroma deliciosos. ¿Qué objeto tenía el colocar simétricamente el mantel para que comiese una sola persona que desde primeras horas de la mañana se había ido haciendo cada vez más pequeña, en tanto que la casa solitaria se había hecho por momentos más y más grande? Hasta la misma bendición le salió mal porque, ¿dónde estaban «nosotros» y el alimento que ahora recibimos y por el que damos las gracias? Por eso la señorita Kimmeens no estaba con humor de dar gracias, y comió de una manera muy desaliñada, engullendo más bien que comiendo, por el estilo de los animales inferiores, para no decir más concretamente de los cerdos.

Pero no fue esto el cambio peor experimentado por aquella criaturita alegre y cariñosa por naturaleza, conforme avanzaba el día solitario. Empezó a volverse cavilosa y recelosa. Descubrió que se cometían con ella toda clase de injusticias y de ofensas. Cuantas personas conocía resultaron manchadas por sus solitarios pensamientos y se volvieron malas.

Bien estaba que su papá, viudo y en la India, la enviase a Inglaterra para que recibiese educación, y bien estaba que pagase anualmente una buena cantidad de dinero a la señorita Pupford, y que escribiese cartitas encantadoras a su queridísima nena; pero ¿qué le importaba a él que su hija estuviese sola, mientras él disfrutaba de la mañana a la noche de la compañía de otras personas, cosa de la que Cati no dudaba? Después de todo, ¿no la habría enviado a Inglaterra, para quitársela de encima? Eso es lo que le parecía… Eso es lo que le parecía hoy, porque hasta entonces no se le había ocurrido ni en sueños semejante cosa.

En cuanto a la antigua alumna que se casaba… Esto de casarse era en ella una vanidad y un egoísmo insoportables; era una muchacha muy vanidosa, y todo su afán consistía en airear su boda; lo probable es que se tratase de una chica que no tenía nada de hermosa; y aunque lo fuese (cosa que la señorita Kimmeens negaba ahora en redondo), ¿qué necesidad tenía de casarse? Y aunque se casase, ¿qué necesidad tenía de invitar a su boda a la señorita Pupford? Por lo que se refiere a esta señorita, era

demasiado vieja para concurrir a ninguna boda; debía darse cuenta de esto. Lo mejor que podía hacer era atender a su negocio. Cati la había encontrado simpática por la mañana, pero la verdad es que no era simpática. Era una vieja estúpida. G*** era otro viejo y estúpido. Y lo mismo la ayudanta de la señorita Pupford. Todos juntos eran unos vejestorios estúpidos.

No quedaron ahí las cosas, porque se le hizo evidente que en todo aquello no había sino un complot. Se habían dicho las unas a las otras: «No os preocupéis de Cati; os marcháis, y yo también me marcharé, y que se las arregle Cati como pueda. ¿Quién se preocupa de ella?». Desde luego, tenía razón en esto último; ¿quién se preocupaba de ella, pobre niña solitaria contra la que todos se conjuraban y trazaban planes? ¡Nadie, nadie! Al llegar a este punto, Cati sollozó.

Siempre había sido la niña mimada de toda la casa, y ella a su vez quería a sus cinco compañeras con toda la ternura y el afecto ingenuo de una niña; pero ahora, sus cinco compañeras aparecían revestidas de feos colores, y envueltas por primera vez en una nube tétrica. Todas ellas se encontraban en ese momento en sus casas, muy mimadas, llevadas a todas partes, echadas a perder y convertidas en unas niñas antipáticas, que para nada se acordaban de ella. Ahora caía en la cuenta del astuto egoísmo de todas ellas cuando al regresar le contaban siempre, fingiendo confianza y amistad, toda clase de detalles acerca de los lugares en que habían estado, de lo que habían hecho y visto, y por qué le decían con tanta frecuencia: «¡Si hubiésemos tenido allí con nosotras a nuestra pequeña Cati!». ¡Sí, sí!

¡Mucho se acordaban! Al regresar al colegio después de las vacaciones, estaban acostumbradas a que saliese a recibirlas Cati, diciendo que ir a donde Cati estaba era lo mismo que ir a otro lugar suyo. Muy bien, pero ¿por qué entonces se marchaban? Si lo decían de veras, ¿por qué se marchaban? ¡A ver qué respondían a esto! Pero no lo decían de corazón, y no podían contestar nada; no decían la verdad, y las personas que no dicen la verdad son odiosas. La próxima vez que regresasen tendrían una recepción muy distinta; las esquivaría y les daría de lado.

Y mientras ella estaba allí solitaria dando vuelta a la idea de lo desconsideradamente que la trataban, y de cómo se encontraba mucho mejor que las personas que no estaban solitarias, el almuerzo de boda seguía su curso (¡cómo no!), ¡con su antipático gran pastel de boda, sus ridículas flores de azahar, la vanidosa novia, el feísimo novio, las damas de honor sin corazón, y la señorita Pupford bien pegada a la mesa! Aquella gente creía que se estaba divirtiendo, pero llegaría el día en que comprendiesen lo absurdo de aquella manera de pensar. ¡Que se diviertan mucho, porque dentro de pocos años todos habrán muerto! Este consuelo religioso la confortaba. Le resultaba tan consolador este pensamiento, que la pequeña Cati Kimmeens saltó de pronto de la silla en que había estado sentada rumiando todas estas cosas en un rincón, y exclamó: «Pero ¿cómo? ¡Todos estos pensamientos envidiosos no son míos! ¡Esta ruin criatura no soy yo! ¡Que venga alguien en mí ayuda! ¡Un ser tan débil como yo y abandonado a sí mismo tiene que malearse! ¡Que

venga alguien en mi ayuda!».

—La señorita Kimmeens no se dedicaba a la filosofía, señor —dijo el señor Viajero, presentándola delante de la ventana de los barrotes, mientras le alisaba la brillante cabellera—, pero yo me doy cuenta de que había en sus palabras cierto matiz filosófico, lo mismo que en la acción que siguió a las palabras rápidamente. Esa acción la empujó a salir de aquella soledad que no iba con su naturaleza, y a buscar fuera de casa una sana simpatía, otorgando la suya y recibiendo la de los demás. Sus pasos la trajeron perdida hasta esta puerta, por pura casualidad, como un oportuno contraste con vos. La niña, señor, salió de su soledad. Si tenéis la cordura suficiente para aprender de una niña (cosa que yo pongo en duda, porque para ello se requiere una cordura mayor que la que parece poseer una persona que se halla en vuestra situación), lo mejor que podéis hacer es imitarla, y salir también…, salir de esa desmoralizadora ratonera en que vivís.

CAPÍTULO III

Presentando al calderero

Era ya la hora del ocaso. El ermitaño se había dirigido media hora antes a su lecho de cenizas, y estaba tumbado en él, con su manta y su pincho, vuelto de espaldas a la ventana, sin preocuparse para nada del llamamiento que el señor Viajero le había dirigido.

Todo cuanto se había hablado en el transcurso de las dos últimas horas, había sido con el acompañamiento del martilleo del calderero, que se había puesto a trabajar en el arreglo de una olla o cacerola de algún aldeano, y seguía vivamente en su tarea del lado de afuera de la casa. Viendo que no cesaba aquella música, el señor Viajero tuvo la idea de cruzar nuevamente algunas palabras con aquel hombre. Por eso, llevando de la mano a la señorita Kimmeens (con la que parecía hallarse ya en términos de la mayor amistad) salió por la puerta cochera y se dirigió al lugar en que el calderero se hallaba trabajando y sentado sobre un retazo de césped que había en el lado opuesto del camino, con su maletín de herramientas abierto, y su pequeña hoguera humeando.

—Me alegra veros ocupado —dijo el señor Viajero.

—Y yo me alegro de estarlo —contestó el calderero, levantando la vista después de dar los toques finales a su trabajo—. Pero ¿por qué razón os alegra?

—Porque cuando os hablé esta mañana me parecisteis poco amigo del trabajo.

—Es que entonces estaba asqueado —dijo el calderero.

—¿Os referís a que os disgustaba el tiempo hermoso?

—¿El tiempo hermoso? —repitió el calderero, mirando con asombro.

—Me dijisteis que os tenía sin cuidado que hiciese buen tiempo, y yo pensé…

—¡Ajajá! ¿Qué iba a ser de mí, si no me diese lo mismo cualquier clase de tiempo que haga? Nosotros tenemos que tomar el tiempo tal como viene, sacando del mismo el mejor partido posible.

En todos los tiempos hay algo de bueno. Si hoy no resulta bueno para mi trabajo, lo resultará para el de otro hombre, y eso redundará mañana en beneficio del mío. Todos tenemos que vivir.

—Por favor, venga esa mano —dijo el señor Viajero.

—Cuidado, señor —le advirtió el calderero, al alargarle la mano, sorprendido—; porque ese negro destiñe.

—Me alegro —dijo el señor Viajero—. Llevo largas horas junto a otro negro que no destiñe.

—¿Os referís a Tomás?

—Sí.

—Pues bien —dijo el calderero, soplando el polvo que había quedado en la vasija que estaba componiendo y que quedó ya lista—. ¿No es como para asquear a un cerdo, si ese hombre pudiese comprenderlo?

—Si pudiese comprenderlo —contestó el otro sonriente—, lo más probable es que no fuese un cerdo.

—Ahí disteis en el clavo —replicó el calderero—. ¿Qué me decís, pues, de Tomás?

—La verdad, muy poca cosa.

—Queréis decir que nada, señor —dijo el calderero, recogiendo sus herramientas.

—Esa contestación es mejor y responde, lo reconozco espontáneamente, a lo que yo quería decir. Por lo que veo, debió de ser él la causa de que esta mañana os sintieseis asqueado.

—Pues a ver, señor —dijo el calderero, poniéndose en pie, y enjugándose enérgicamente la cara con una esquina de su negro delantal—; juzgad vos mismo. La noche pasada se me presentó un trabajo que debía hacerlo durante la noche, y yo trabajé toda ella. Eso no tiene importancia. Pero esta mañana vengo por este camino, buscando un sitio asoleado y blando donde dormir, y me encuentro con toda esta desolación y ruina. Yo he vivido en medio de la desolación y de la ruina; conozco a muchas personas que se ven obligadas a vivir durante mucho tiempo en medio de la desolación y de la ruina; cuando se me presenta este espectáculo, me siento en el suelo y me dejo llevar de la compasión. Estando así sale por esa puerta ese pesado del que os hablé, y empieza a soltar baba lo mismo que un gusano de seda a propósito del asno (y que me perdone el que tengo en mi casa), que ha causado toda esta desolación y ruina por su gusto. Me cuenta que eligió por su propia voluntad el andar harapiento, desnudo y mugriento, tomando como máscara y cosa de circo lo que constituye la auténtica desgracia de miles y miles de personas. Fue ese hecho intolerable, absurdo y sin sentido común lo que me asqueó. ¡Estoy asqueado y avergonzado!

—¿Por qué no venís y le echáis un vistazo? —dijo el señor Viajero, dando unas palmadas en la espalda al calderero.

—¡De ninguna manera, señor! —contestó—. No quiero halagar su vanidad contemplándolo.

—Está dormido.

—¿Estáis seguro de que está dormido? —preguntó el calderero, con aire reacio, al mismo tiempo que se echaba a la espalda el maletín de herramientas.

—Seguro.

—Entonces voy a echarle una ojeada, pero sólo durante unos segundos —dijo el calderero—, y sólo por daros gusto; pero ni un momento más.

Volvieron los tres, cruzando el camino, y a la luz desfalleciente del crepúsculo que penetraba por la puerta, que la niña mantuvo abierta, lo vieron con bastante claridad a través de los barrotes de la ventana, tumbado en su cama.

—¿Lo veis? —preguntó el señor Viajero.

—Sí —contestó el calderero—; está mucho peor que lo que yo me imaginé.

El señor Viajero le dijo entonces al oído y en pocas palabras lo que había hecho desde por la mañana; y acabó preguntando al calderero qué pensaba de todo aquello.

—Pienso que habéis malgastado un día con él —le contestó, apartándose de la ventana.

—Eso creo yo también, aunque ese día no ha sido perdido para mí. ¿Vais por casualidad del lado de Peal of Bells?

—Es precisamente mi camino, señor —dijo el calderero.

—Pues os invito a cenar allí. Y como esta señorita me ha enterado de que su punto de destino se encuentra a unos tres cuartos de milla en la misma dirección, la dejaremos al pasar, y nos tomaremos el tiempo suficiente para hacerle compañía en la puerta de su jardín hasta que regrese a casa su querida Bella.

El señor Viajero, la niña y el calderero fueron caminando en amistosa compañía en aquel atardecer agradablemente perfumado; para dar por terminado el tema, el calderero dejó sentada la moraleja de que, según decía él en su oficio, lo mejor que se podía hacer con el metal que se había estropeado por falta de uso era dejar que acabase de echarse a perder, cuanto antes mejor, teniendo en cuenta lo mucho que sufría el metal bueno por el uso excesivo en tareas rudas.

EL EQUIPAJE DE ALGUIEN

Somebody's Luggage*, 1862*

Lo deja hasta que envíe a buscarlo

El autor de estas humildes líneas es camarero, procede de una familia de camareros, cinco hermanos suyos son actualmente camareros, y también lo es su única hermana; por eso desearía decir aquí algunas palabras con referencia a su profesión; en primer lugar tiene el gusto de ofrecer de una manera muy amistosa la dedicatoria a José el muy respetado camarero en jefe del café de Slamjam, Londres, E. C., porque no existe un individuo que merezca de manera más eminente el nombre de hombre, ni que sea digno por sus pensamientos y por su corazón de cualquier honor, ya se le considere en su aspecto de camarero o ya se le considere en el de ser humano.

Por si existe en la mente del público (que se encuentra expuesta a confusiones en muchas materias) cualquier idea equivocada respecto a lo que significa y abarca el término de camarero, deseo ofrecer una explicación con estas humildes líneas. Es posible que no estén todos enterados de que las personas conocidas con el nombre de extras, como ocurre en la Taberna Masónica, o en la de Londres, o en la de Albión y en otras, no es un camarero. De esta clase de ayudantes pueden tomarse a montones cuando se dan banquetes públicos (y cualquiera los conocerá por la manera que tienen de jadear cuando están sirviendo y de retirar las botellas cuando no están aún ni por la mitad); pero esos tales no son camareros. Porque no es posible abandonar el trabajo de sastre, o el de zapatero, o el de chamarilero, o el de verdulero, o el de vendedor de periódicos ilustrados, o el de ropavejero, no es posible, digo, dar de lado poco antes del mediodía o de la noche, porque sí o por puro gusto, el oficio que uno tiene de toda la vida para meterse a camarero. Acaso creáis que no podéis hacerlo, pero la verdad es que no podéis; acaso lleguéis hasta afirmar que lo estáis haciendo, pero la verdad es que no lo hacéis. Ni siquiera os será posible abandonar el cargo de ayuda de cámara de un caballero, porque lleváis una temporada de incompatibilidad con los cocineros (y dicho sea de paso casi siempre van unidos el cocinar y la incompatibilidad), y meteros a camarero. Es cosa comprobada que los mismos caballeritos que aguantan mansamente ciertas cosas en su casa, no las toleran fuera de ella, en el Slamjam, por ejemplo, o en cualquier otro establecimiento. ¿Qué hemos de pensar entonces acerca del auténtico camarero? Que hay que haber sido educado para ese oficio. Que hay que haber nacido camarero.

Y vos, bella lectora (si pertenecéis al sexo adorable), ¿queréis saber hasta qué punto habéis nacido para camarera? Si es así, aprended en lo que la experiencia de su propia vida ha enseñado a un camarero que tiene hoy sesenta y un años de edad.

Os llevaron, aun antes que vuestra inteligencia, que se hallaba en el alba, fuese capaz de albergar en su interior otra cosa que el vacío, os llevaron, digo, subrepticiamente a una despensa contigua a los Comedores Cívicos y Generales Almirante Nelson, para recibir allí a escondidas el sano sustento de que se

enorgullecen y jactan las mujeres británicas.

Vuestra madre casó con vuestro padre (que también fue camarero) en el más profundo secreto; porque una camarera de la que se sabe que está casada es capaz de traer la ruina al mejor de los establecimientos. Pasa en eso lo mismo que con las actrices. De ahí la necesidad de que os metiesen de contrabando en la despensa, y para mayor pena aún, que os metiese una abuela descontenta. Y allí tomasteis vuestro primer alimento, impregnado de los aromas combinados del asado y del cocido, de la sopa, del gas y de las cervezas. Mientras tanto, vuestra abuela descontenta se hallaba al lado, dispuesta a tomaros en brazos cuando llamaban a vuestra madre y ésta tenía que dejaros; el chal de vuestra abuela se hallaba siempre a punto para ahogar vuestro llanto natural; vuestra alma inocente se veía rodeada de antipáticas vinagreras, platos sucios, tapaderas de fuentes y salsa fría; y vuestra madre, en lugar de calmaros con canciones de cuna, pedía por el tubo de comunicación platos de ternera y de cerdo. Así las cosas, tuvieron que destetaros prematuramente. Vuestra regañona abuela, cada vez más regañona a medida que asimilabais menos el alimento, tomó entonces la costumbre de zarandearos hasta que vuestro organismo se arrequesonaba y dejabais de asimilar por completo el alimento. Finalmente, ya no fueron necesarios sus servicios, y ojalá que esto hubiese ocurrido mucho antes. Cuando empezaron a aparecer uno tras otro hermanitos vuestros, vuestra madre se retiró de la profesión, se quitó su lindo vestido (antes había sido doncella), y sus bellos rizos negros (que antes llevaba sueltos), y se dedicó a perseguir por las noches a vuestro padre, permaneciendo al acecho del mismo, hiciese el tiempo que hiciese, en el sucio patio al que da la puerta trasera del Antiguo Cubo Real de la Basura (bautizado así, según se dice, por Jorge IV), en el que vuestro padre era camarero en jefe. Pero el Cubo de la Basura marchaba ya para entonces cuesta abajo, y vuestro padre sacaba poco, fuera de lo que sacaba en líquidos. Las visitas de vuestra madre tenían una finalidad de administración doméstica, y os llevaban a vos para que llamaseis a vuestro padre silbando.

Éste salía algunas veces, aunque por lo general no salía. Saliese o no saliese, todo lo de su vida que no guardaba relación directa con su oficio de camarero se mantenía en el más absoluto secreto; vuestra madre se conformaba con ese secreto absoluto, y vos y vuestra madre, convertidos en secretos absolutos, ibais y veníais por el patio, y ni aun sometidos a tormento habríais confesado que conocíais a vuestro padre o que vuestro padre tenía otro nombre que el de Dick (que no era el suyo, aunque nadie lo conoció nunca por otro), ni hijos, parientes, amigos o conocidos.

Fue quizás esta atracción de lo misterioso, combinada con el hecho de que vuestro padre disponía de un departamento húmedo, con una pila de fregar, y toda clase de olores, y un secadero de platos, y otro secadero de botellas, y tres ventanas que no hacían juego entre sí ni con nada, y por las que no entraba la luz del día, lo que os convenció desde niño de que os criabais para ser con el tiempo camarero; y lo mismo les ocurrió a los demás hermanos vuestros, y hasta a vuestra hermana. Todos y

cada uno de vosotros estabais convencidos de que habíais nacido para ser camareros. A estas alturas de vuestra carrera, ¿qué clase de sentimientos iban a ser los vuestros al ver que vuestro padre venía a plena luz del día a vuestra casa (acto de completa locura en un camarero) y se acostaba en su cama (o por lo menos, en la de vuestra madre y la de la familia) asegurando que le dolían los ojos horriblemente? Como los médicos no sirvieron de nada, vuestro padre expiró, después de un día y una noche repitiendo, cuando los relámpagos de clara razón y el recuerdo del negocio, iluminaban su ser: «Dos y dos son cinco. Y tres, son seis peniques». Fue enterrado en la fosa común del cementerio más cercano, y lo acompañaron hasta su tumba todos los camareros antiguos que pudieron zafarse de la tarea matinal de limpiar los vasos (en total, uno solo): y este vuestro acongojado servidor, adornado con una corbata blanca, fue aceptado, por razones de benevolencia, en el local teatral y de cenas llamado Jorge y La Parrilla. Allí viví alimentándome con las sobras que quedaban en los platos (que muchas veces, seguramente que por descuido, se hallaban empapadas en mostaza) y con las escurriduras de los vasos (que raras veces pasaban de ser unas gotas y limón), quedándome por la noche dormido en pie hasta que me despertaba una bofetada y dando brillo de día a todo el ajuar y mensaje del local. La cama era el serrín; el cobertor, la ceniza de los cigarros. Allí llegué a la virilidad, y a ser el camarero que soy; pero tuve que ocultar muchas veces debajo del elegante blanco corbatín (o para hablar con exactitud, más abajo del corbatín y un poco a la izquierda) un corazón angustiado; aprendí los rudimentos de las primeras letras, siendo mi maestro un extra llamado Bishops, de profesión lavaplatos, y fui cultivando poco a poco mi inteligencia, empleando la tiza para mis escritos en la parte interior del cajón rinconero, hasta que me fue posible servirme del tintero (en los momentos en que nadie lo usaba).

Desearía decir aquí algunas frases respetuosas en favor de una profesión que ha sido desde hace tanto tiempo la mía y la de mi familia, y que suele despertar muy escasamente el interés del público. Son pocos los que nos comprenden. Muy pocos. No se nos tiene la suficiente consideración. No se nos tiene suficiente consideración cuando nos mostramos, por ejemplo, un poco decaídos y distraídos; cuando sentimos lo que pudiera decirse indiferencia o apatía. Imaginaos cuál sería vuestro propio estado de espíritu si fueseis un individuo de una enorme familia, cuyos miembros todos, a excepción de vos, anduviesen siempre ansiosos y con prisa. Imaginaos que os atracasen de carne con toda regularidad a ciertas horas intempestivas, como la una de la tarde y las nueve de la noche, y que, cuanto más os hubiesen atracado a vos, con mayor voracidad llegasen los demás. Imaginaos que vuestra obligación consistiese, cuando más metido estabais en vuestra propia digestión, en mostrar interés personal y simpatía siempre renovada hacia un centenar de caballeros (dejémoslo en ciento, para desarrollar el argumento) que no pensasen en otra cosa que en la grasa, la gordura, la salsa y la mantequilla derretida, y en haceros preguntas sobre una tajada de esto, o una fuente de lo otro…, y cada uno de ellos actuando como si no existiese en el

mundo nadie más que él, vos y la lista de platos. Y después de eso, mirad lo que se exige de vos. No podéis faltar nunca del establecimiento, porque en caso contrario sospechan que estáis prestando vuestros servicios regularmente en todas partes. «¿Qué es eso, Cristóbal, que he oído decir sobre el tren de excursionistas que ha quedado hecho pedazos?». «¿Qué tal marchan en el teatro de la Opera, Cristóbal?». «Cristóbal, ¿queréis decirme con exactitud qué es lo que ocurre en ese asunto del Banco de Yorkshire?». Y, por ese estilo, un gabinete de ministros me da más trabajo que a la reina. En cuanto a lord Palmerston, la relación constante y fatigosa que han establecido entre él y yo durante algunos años merece que me señalen una pensión.

Y no digamos nada de lo hipócritas que nos obligan a ser, y de las mentiras (supongo que inocentes) que nos hacen tragar. ¿Por qué ha de suponerse que un hombre de ocupación sedentaria como es el camarero tiene que ser un buen juez en cuestión de caballos e interesarse de una manera tremenda por el entrenamiento de estos animales y por las carreras? Sin embargo, perderíamos la mitad de nuestros pequeños ingresos sí no adquiriésemos esos gustos deportivos. Y lo mismo ocurre (¡por inconcebible que parezca!) con el cultivo del campo. Y con la caza con escopeta. En mi fuero interno, y cuando llegan los meses de agosto, septiembre y octubre, me siento avergonzado de cómo tengo que hacer creer que me intereso por si la perdiz blanca tiene ya fuerza en el ala (¡mucho se me da a mí de las alas, ni de las patas de pavo, cuando están crudas!), si las perdices rojas abundan o no entre los nabos, si los faisanes están en celo o dejan de estarlo o por cualquier cosa de que me hablen. Pues con todo eso, me veréis a mí, o a cualquier otro camarero de mí categoría, apoyado en la parte interior de la caja e inclinándome hacia un caballero que tiene la bolsa en la mano y la factura delante, discutir con él en tono confidencial acerca de esos puntos, como si sólo de ellos dependiera la felicidad de toda mi vida.

He hablado de nuestros pequeños ingresos. ¡Aquí tenemos el punto menos razonable de todos! ¡Aquí es donde mayor injusticia se comete con nosotros! Ignoro si será porque siempre llevamos el bolsillo derecho del pantalón atiborrado de cambios, o porque guardamos tantas monedas de medio penique en los faldones del frac, o si se trata simplemente de un defecto propio de la naturaleza humana (cosa que me resisto a creer), ¿qué significa esa fábula permanente de que los camareros en jefe son ricos? ¿Cómo entró en circulación semejante fábula? ¿Quién fue el primero que la lanzó y en qué hecho se basa tan desvergonzada afirmación? ¡Salid al frente, calumniador, y señalad al público en apoyo del dañino cuchicheo algún testamento hecho por un camarero y que esté archivado en el Colegio de Abogados! Pero esto que digo es tan voz corriente (especialmente entre los más agarrados y que menos propina dan) que en vano será querer negarlo; y, por nuestro prestigio, nos vemos obligados a llevar erguidas nuestras cabezas, como si fuésemos a entrar en un negocio, cuando lo más probable es que entremos en una sociedad benéfica. Frecuentaba el Slamjam un individuo cicatero (antes que quien esto escribe abandonase aquel establecimiento, por una cuestión de si servía o no el té a su

personal auxiliar, cobrándoselo a él, cosa que aquel roña llevó a sus últimas consecuencias). El tal individuo, que jamás se alargaba más allá de los tres peniques y que casi tantas veces como llegaba a tres se quedaba un penique más abajo, se empeñó en presentar falsamente al que esto escribe como un gran acaparador de consolidados, un gran capitalista que prestaba dinero sobre hipotecas.

Hubo quien le oyó explayarse con nuestros clientes alegando que el que esto escribe había puesto miles de libras a interés en destilerías y cervecerías.

—¿Qué es eso, Cristóbal? —solía decir, cuando un momento antes había llegado en su cicatería hasta lo más bajo—. Conque buscando local para abrir un negocio, ¿eh? De modo que no encontráis un traspaso de suficiente importancia para invertir vuestros ahorros, ¿eh?

Esta falsa fama ha subido a precipicios de calumnia tan de vértigo, que hasta el tan conocido y grandemente respetado Viejo Carlos, que fue durante largos años un personaje eminente en el West Country Hotel, y al que algunos consideraban como el patriarca de los camareros, tuvo que pasar por esa calumnia durante tantos años, que su propia esposa (porque, aunque nadie la conocía, tenía una esposa anciana) llegó a creerlo. Después que lo condujeron al sepulcro a hombros de seis camareros seleccionados, con otros seis de relevo, y otros seis haciendo de plañideros, y todos ellos marchando al paso bajo una lluvia torrencial, sin que ninguno de los ojos que los miraban permaneciese seco, aunque la concurrencia sólo cedía en número a la de un entierro de persona real, se registró su despensa y se revolvieron sus habitaciones buscando las riquezas que ocultaba, y no se halló nada. ¿Cómo iban a encontrarlas si no tenía nada, fuera de su última recogida mensual de bastones, paraguas y pañuelos de bolsillo, que no había vendido todavía, aunque durante toda su vida liquidó puntualmente los objetos recogidos durante el mes? Pero es tal la fuerza de ese libelo universal, que la viuda del Viejo Carlos espera que pronto den con las riquezas suyas. (En la actualidad está asilada en las Casas de Caridad de la Cork Cutters Company, en la carretera de Blue Anchor. La han visto sentada a la puerta de una de ellas, con un gorro limpio y en un sillón Windsor, el lunes pasado). Más aún: antes que cayese víctima del terrible dardo, cuando le hicieron un retrato al óleo, de tamaño natural, pagado por suscripción entre los habituales del West Country, para colgarlo en la chimenea del café, no faltó quien sostuvo que, como accesorios del retrato, debían verse por la ventana el Banco de Inglaterra y encima de la mesa una caja de caudales. Y así habría pasado a la posteridad, de no haber intervenido gentes más razonables que propusieron que estuviese con una botella y un sacacorchos en actitud de descorchar, y se salieron con la suya.

Y después de todo esto, voy a pasar al tema de este escrito. Trataré de la cuestión particular, después de haber tratado de generalidades, y de haberlo hecho, según creo, sin ofensa para nadie, diciendo las cosas que creí obligación mía el decir en un país libre como el nuestro, y que ha sido siempre dueño de los mares. En un momento trascendental de mi vida, en que me hallaba en situación de despido; es decir, que

había dado aviso de que me marchaba de una casa que no quiero nombrar (y no quiero hacerle la publicidad porque la cuestión que provocó mi despido fue la de señalar un sueldo fijo a los camareros, costumbre eminentemente antiinglesa que merece algo más que el calificativo de disparatada y ruin), digo, pues, que en una crisis tan trascendental, estando yo despedido de una casa demasiado ruin para que yo la nombre, y cuando no había entrado todavía en otra, en la que desde entonces tengo el honor de trabajar en la categoría de camarero en jefe, me hallaba yo buscando colocación. Entonces fue cuando alguien me hizo proposiciones en nombre del establecimiento, y entré en un nuevo campo de actividades.

El negocio nuestro es de alojamiento y de salón de café. No servimos comidas en general, ni lo deseamos. Por eso, cuando vienen algunos casualmente a comer, les servimos de manera que no vuelvan otra vez. Tenemos también salones reservados y familiares; pero nuestro principal negocio es el salón de café. Yo, la guía y el recado de escribir ocupamos un lugar reservado, un lugar separado y uno o dos escalones en alto, en un extremo del café, al estilo antiguo, como yo digo. El estilo antiguo consiste para mí en que para todo cuanto necesitéis, hasta una oblea, no tengáis más remedio que depender única y exclusivamente del camarero en jefe. Tenéis que colocaros en sus manos igual que un niño recién nacido. Ésa es la única manera de poder administrar un negocio sin que lo contagien los vicios continentales. (No hará falta agregar que, si no era suficiente el inglés, y había que chapurrear en otros idiomas, era preferible que las familias y los caballeros fuesen con la música a otra parte).

Al entrar yo en funciones en esta casa, que se regía por principios justos, advertí que debajo de la cama de la habitación número 24 B (situada al final de un tramo de escalera, y que solía dedicarse corrientemente a las gentes sencillas) había un montón de cosas en un rincón. Pregunté en el transcurso del día a la doncella principal:

—¿Qué son esas cosas que hay en el veinticuatro B?

A lo que ella me contestó sin darle importancia:

—El equipaje de alguien.

La miré con cierta severidad, y volví a preguntar:

—¿El equipaje de quién?

Ella me contestó esquivando mi mirada:

—¡Santo Dios! ¿Cómo voy a saberlo?

Es preciso decir aquí que se trataba de una mujer algo descarada, pero conocedora de su oficio.

El camarero jefe, o debe ser cabeza, o será cola. O sabe ocupar un extremo de la escala social, o de lo contrario ocupará el otro extremo. No puede en modo alguno estar en la mitad de esa escala; no puede estar en ningún sitio que no sean sus extremos.

En aquella trascendental circunstancia de que hablo, hice conocer con tal claridad mi decisión a la señora Pratchett, que desde aquel instante y para siempre quebranté

en ella todo espíritu de rebeldía hacia mí. No se me trate de falto de lógica por el hecho de que llamase a la tal doncella señora Pratchett, después de haber dicho que ninguna camarera puede estar casada. Ruego respetuosamente a los lectores que se fijen en que la señora Pratchett no era camarera, sino doncella. Pues bien: las camareras pueden ser casadas; y cuando se trata de la camarera principal, ésta suele generalmente serlo…, o lo dice.

Una cosa y otra vienen a ser lo mismo, porque expresan lo que constituye la norma general. (N. B. La señora Pratchett se encuentra actualmente en Australia, a donde puede escribírsele con la dirección de «The Bush»). Después de haberle bajado los humos a la señora Pratchett hasta donde se hacía indispensable para la felicidad futura de ambas partes, le rogué que se explicase.

—Vamos a ver —le dije para animarla un poco—, ¿quién es ese alguien?

—Os lo aseguro por lo más sagrado de mi honor, señor Cristóbal, que no tengo ni la más remota idea —contesta la señora Pratchett.

De no haber sido por la forma que tuvo que ajustar las cintas de su gorro, yo lo habría puesto en duda; pero en punto a firmeza de afirmación, no se diferenciaba la de esa señora de una declaración jurada.

—Según eso, no lo habéis conocido —seguí preguntando.

—Ni lo ha conocido criado alguno de esta casa —dijo la señora Pratchett, cerrando los ojos como si acabara de tragarse una píldora de tamaño extraordinario, cosa que dio una gran fuerza a su negativa—. Desde hace cinco años, época en que ese alguien dejó su equipaje, ha cambiado todo el personal, señor Cristóbal. Los informes de la señorita Martín confirmaron fuertemente lo anterior. Así había ocurrido real y verdaderamente. La señora Martin es la joven que lo mismo sirve en el bar que redacta las facturas; y aunque más preparada que lo que a mí me habría agradado, teniendo en cuenta el cargo que ocupaba, se conduce perfectamente.

Nuevas investigaciones me llevaron al descubrimiento de que aquel equipaje tenía que responder de una factura que ascendía a dos libras y seis peniques. El equipaje llevaba más de seis años debajo de la cama del cuarto número 24 B. La cama es de cuatro columnas, con muchas colgaduras y puntillas antiguas. En cierta ocasión dije yo que aquella cama estaba relacionada con alguien más alto que el 24 B, y recuerdo que mis oyentes de aquel entonces se echaron a reír.

Ignoro por qué (¿sabemos nosotros alguna vez el porqué?); pero el hecho es que aquel equipaje me tuvo preocupado. Empecé a preguntarme quién sería aquel señor Alguien, y qué sería lo que le había ocurrido. No llegaba a comprender satisfactoriamente por qué razón dejó tanto equipaje para responder de una factura tan pequeña. Uno o dos días después hice sacar del cuarto el equipaje, lo revisé y vi que consistía en los siguientes artículos: una maleta negra, un talego negro, una carpeta, una caja de aseo, un paquete envuelto en papel de estraza, una caja de sombreros y un paraguas, sujeto con una correa a un bastón. Todo aquello estaba lleno de polvo. Hice que nuestro mozo de equipajes lo sacase de debajo de la cama y

del cuarto; aunque es hombre que por lo común suele revolcarse en el polvo (nada en el polvo desde la mañana hasta la noche, y lleva un chaleco ceñido y con manguitos negros para esa clase de trabajos), tuvo que estornudar, y para suavizar la aspereza de su garganta hubo que refrescársela con un vaso de la bebida de Allsopp.

De tal manera me obsesionó el equipaje, que, en lugar de hacer que lo volviesen a su sitio después de bien desempolvado, y de haberle pasado un trapo húmedo (antes de esta operación estaba completamente cubierto de plumas, hasta el punto de haceros creer que iba a convertirse en una gallina que no tardaría en poner huevos), digo que en lugar de hacerlo volver a su sitio, hice que lo llevasen a una de las habitaciones que yo tenía reservadas en los sótanos. De tiempo en tiempo me quedaba largos ratos contemplándolo, hasta que me forjé la fantasía de que unas veces se agigantaba y otras se achicaba, de que avanzaba hacia mí y volvía a retroceder, realizando las más extrañas transformaciones, como si estuviese borracho. Esto duró muchas semanas (aunque dijese meses no exageraría), hasta que cierto día le pregunté a la señorita Martin por los detalles de aquella cuenta que subía en total a dos libras, dieciséis chelines y seis peniques. Fue tan amable que se prestó a hacer una copia de los libros, porque era anterior a su entrada en la casa. He aquí esa copia:

CAFE.
1856 Núm. 4 L. Ch. P.
Feb. 2. — Pluma y papel 0 0 6
Oporto Negus 0 2 0
Ídem 0 2 0
Pluma y papel 0 0 6
Un vaso roto 0 2 6
Aguardiente 0 2 0
Pluma y papel 0 0 6
Tostada de anchoas 0 2 6
Pluma y papel 0 0 6
Cama 0 3 0
Feb. 3. — Pluma y papel 0 0 6
Desayuno
0 0 2 6
—Jamón asado 0 2 0
—Huevos 0 1 0
—Berros 0 1 0
—Camarone 0 1 0
Pluma y papel 0 0 6
Papel secante 0 0 6
Mensajero ida y vuelta a Pa
ter-Noster Row . . . 0 1 6

Ídem, sin respuesta 0 1 6
Coñac 2 chelines, chuleta cerdo
picante 2 chelines . . . 0 4 0
Pluma y Papel 0 1 0.
Mensajero Albermarle Street y
vuelta 0 1 0
Ídem con retraso, sin respuesta 0 1 6
Salero roto 0 3 6
Copa grande de Orange Brandy 0 1 6
Comida, sopa, pescado, carne y ave
0 0 7 6
Botella cerveza negra East India 0 8 6
Pluma y papel 0 0 0
TOTAL 2 16 6

NOTA. Enero 1, 1857. Se marchó después de comer, dando órdenes de que se tuviese listo el equipaje para cuando viniese a buscarlo. No volvió.

Lejos de proyectar alguna luz sobre el asunto, me pareció que la factura aquélla, si se me permite esta manera de expresar mis dudas, lo envolvía en un halo más fantástico. Tratando el asunto con la propietaria de la casa, me dijo que en vida del propietario se había anunciado que aquel equipaje sería vendido después de tal o cual fecha para cobro de deuda, sí nadie lo reclamaba entretanto. (Puedo decir aquí que la propietaria lleva cuatro años de viuda. El propietario tenía una de esas constituciones físicas desgraciadas en que el alcohol se vuelve agua, y va subiendo de nivel dentro de la infortunada víctima).

Al ver que yo volvía a tratar del asunto, unas veces con la propietaria, y otras con diferentes personas, acabó aquélla por decirme un día (quizá lo dijo al principio en broma o quizás en serio, o quizá medio en broma y medio en serio, la cosa no tiene importancia):

—Cristóbal, voy a haceros una hermosa proposición.

(Si llegan estas líneas a sus ojos —unos ojos encantadoramente azules—, le ruego que no tome a mal el que haga constar que, si yo hubiese sido ocho o diez años más joven, le habría correspondido de igual manera; es decir, le habría hecho una proposición. No me toca a mí el calificarla de hermosa).

—Cristóbal, voy a haceros una hermosa proposición. —Decid cuál, señora.

—Veamos, Cristóbal. Repasa los artículos que componen el equipaje del desconocido. Me consta que te lo sabes de memoria.

—Una maleta negra, señora; un talego negro, un pupitre, una caja de aseo, un paquete envuelto en papel de estraza, una caja de sombreros y un paraguas atado con correas a un bastón.

—Todos están tal cual su propietario los dejó. No se ha abierto nada, no se ha

revuelto nada.

—Exacto, señora. Todo bajo llave, menos el paquete envuelto en papel de estraza, que está lacrado.

La propietaria estaba apoyada en el pupitre de la señora Martin, junto a la ventana del bar, y tamborileaba en el libro abierto que había encima (claro está que tiene una mano muy bien formada), al mismo tiempo que mueve la cabeza y se ríe.

—Vamos a ver, Cristóbal —dice—. Tú me pagas la factura del desconocido y te quedas con su equipaje.

La idea me agradó bastante desde el primer momento, pero dije, como si me volviese atrás:

—Acaso no valga ese dinero.

—Es una lotería —contesta la propietaria, cruzándose de brazos encima del libro (no son únicamente sus manos las que están bien formadas; esta observación se extiende hasta sus brazos)—. ¿No arriesgarás dos libras, dieciséis chelines y seis peniques en la lotería? ¡Ea, aquí todos sacan premios! —exclama la propietaria, riéndose y moviendo nuevamente la cabeza—. Tienes que ganar forzosamente. Aun cuando pierdas, saldrás ganando. En esta lotería todo son premios. Aunque saquéis un cartón en blanco, caballeros deportistas, recordad que seguiréis teniendo derecho a una maleta negra, un talego negro, un pupitre, una caja de aseo, una hoja de papel de estraza, una caja de sombreros y un paraguas atado con correas a un bastón.

Para terminar, la señorita Martin empezó a engatusarme; lo mismo hizo la señora Pratchett, la propietaria me lagoteaba desde el primer momento, y todas las mujeres que había en la casa se dedicaron a engatusarme, de manera que si hubiesen sido dieciséis libras con dos chelines en lugar de dos libras con dieciséis chelines, me habría parecido aquello una ganga. ¿Qué puede hacer uno entre tantas zalamerías?

Pagué, pues, el dinero al contado y se armó entre todas las mujeres un gran jolgorio. Pero yo me tomé el desquite, diciéndoles:

—Soy de la familia de los Barba Azul, voy a abrir el equipaje del desconocido, muy a solas y en la Cámara Secreta, sin que ojos de mujer vean su contenido.

Esto no quiere decir que yo tuviese la firmeza de mantener mi palabra y que no hubiese en la apertura del equipaje ningún ojo de mujer presente, y si los hubo, cuántos fueron. De lo que ahora se trata es del equipaje del desconocido; nada tienen que ver aquí ni los ojos, ni siquiera las narices de nadie.

Lo que a mí me sigue interesando más, en relación con aquel equipaje, es la cantidad extraordinaria de papel de escribir que en él había y que estaba lleno por completo de escritura. Y no era papel nuestro; es decir, el papel que se cargó en cuenta, porque nosotros lo conocemos; por lo que se ve, ese papel se lo llevó al marcharse. Estos escritos suyos los había metido dondequiera, por todos los accesorios y en el paquete de su equipaje. Había cuartillas escritas en la caja de aseo, cuartillas escritas entre sus avíos de afeitar, cuartillas escritas en su caja de sombreros y hasta dobladas y metidas dentro de las varillas de su paraguas.

Las ropas escasas que había dejado no eran de mala clase. Su estuche de aseo era barato, sin una partícula de plata en los tapones y con las botellas vacías; igual que pequeñas casillas de perro, y el polvo para la dentadura estaba esparcido por todas partes, como si por una equivocación hubiese creído que todas las rendijas de aquellos avíos eran divisiones entre diente y diente. Vendí las ropas bastante bien a un ropavejero establecido no lejos de Saint Clement Danes, en el Strand (el mismo al que suelen vender los oficiales del ejército sus uniformes cuando se ven en un aprieto por deudas de honor, a juzgar por las guerreras y charreteras que dan variedad al escaparate colocadas de espaldas al público). El mismo comerciante me compró en un lote la maleta, el talego, el pupitre, el estuche de aseo, la caja de sombreros, el paraguas, la correa y el bastón. Al hacerle notar yo que estos artículos no me parecían apropiados a su especialidad, me contestó:

—Tampoco concuerda con mi especialidad una abuela, señor Cristóbal; pero si alguien me trae aquí a una abuela y me la ofrece algo más barata con el precio a que yo podré venderla con buena suerte, una vez que la haya limpiado y dándole la vuelta… ¡Se la compro!

Con estas ventas me reembolsé de lo que había pagado; es decir, me reembolsé con algún exceso, porque me dejaron un beneficio bastante bueno. Me quedaron, por consiguiente, los escritos, y son precisamente éstos los que quiero someter a la ingenua atención del lector.

Deseo hacerlo sin más tardanza, por esta razón: Es preciso que los escritos salgan al primer plano de la atención antes que yo proceda a relatar los sufrimientos mentales de que fui víctima a consecuencia de los mismos y antes de seguir el curso de la horripilante historia con una exposición de la catástrofe asombrosa y emocionante, tan conmovedora en sí como inesperada desde cualquier punto de vista, que coronó el hueco y llenó hasta rebosar la copa de lo inesperado. Por eso vienen ahora inmediatamente esos escritos. Una sola palabra para hacer su presentación, y pongo de lado mi pluma (sin pretensiones, según creo) hasta que vuelva a tomarla en mis manos para trazar la melancólica secuela de una inteligencia que seguramente llevaba algo dentro.

El autor escribía con muchos borrones y una letra endiablada. Sin preocuparse de la tinta, la malgastaba en toda clase de objetos indignos de ella: en sus ropas, en el pupitre, en su sombrero, en el mango de su cepillo de dientes, en su paraguas. En la alfombra del café, junto a la mesa número cuatro, se encontró tinta en abundancia, y había también dos manchones en la cama donde no descansaba. Consultando la factura que he reproducido por entero, se verá que en la mañana del día tres de febrero del año mil ochocientos cincuenta y seis pidió nada menos que cinco servicios de pluma y papel. Fuese cual fuese el acto deplorable de irreprimible condición al que inmoló esos materiales que se le sirvieron en el bar, no cabe duda de que el hecho fatal se cometió en la cama y que mucho después quedaban todavía pruebas demasiado evidentes en la funda de la almohada.

Ninguno de sus escritos tenía encabezamiento. ¿Cómo iba a poner encabezamientos sin tener cabeza y dónde estaba la cabeza del escritor cuando se le ocurrieron semejantes cosas? Por eso yo he titulado los escritos en este lugar con los nombres de los artículos del equipaje en que los encontré. En algunos casos, como, por ejemplo, en el de sus botas, parece que su propósito hubiese sido esconderlo, para de ese modo envolver su estilo en una mayor oscuridad. Pero sus botas formaban un par, y no hay dos escritos suyos que puedan reclamar el calificativo de parejos.

Sus botas

—Pues bien, *monsieur* Mutuel: ¿qué es lo que sé, qué es lo que puedo decir? Os aseguro que él se da a sí mismo el nombre de *monsieur* El Inglés.

—Perdón, pero eso me parece imposible —contestó *monsieur* Mutuel.

Era éste un caballero anciano, con gafas, oliendo a rapé, cargado de hombros, con zapatos de fieltro y un gorro de tela con visera puntiaguda, ancha levita azul, cuyos faldones le llegaban hasta el talón; ancha chorrera blanca y limpia de camisa, y corbata haciendo juego, quiero decir que el color de su ropa interior era blanco los domingos, pero que se iba oscureciendo poco a poco durante la semana.

—Os digo, mi querida *madame* Bouclet, que me parece imposible —repitió *monsieur* Mutuel, y su cara simpática, del color de la cáscara de nuez, adquirió más aún este color al sonreír y parpadear mirando al brillante sol de la mañana.

—¿Cómo? —y acompañó la palabra con un ligero grito de molestia y muchísimos vaivenes de cabeza—. ¡No es ningún imposible que seáis un cerdo! —replicó *madame* Bouclet, mujercita rechoncha de unos treinta y cinco años—. Mirad… Ved aquí… Leed: «En el segundo piso *monsieur* El Inglés». ¿Dice o no dice esto?

—Eso dice —contestó *monsieur* Mutuel.

—Bien. Continuad entonces con vuestro paseo de la mañana. ¡Fuera de aquí! —y *madame* Bouclet lo despidió chasqueando con viveza los dedos.

Monsieur Mutuel daba su paseo matinal por la más amplia mancha que formaba el sol en una vieja y apagada ciudad fortificada de Francia. Y daba ese paseo con las manos cruzadas detrás de la espalda y sin soltar nunca de una de ellas un paraguas que parecía su propia imagen; en la otra mano llevaba la caja de rapé. Así, y con el paso torpón de un elefante (animal que se viste en realidad en la peor fábrica de pantalones que surte al mundo zoológico, y que parecía habérsela recomendado a *monsieur* Mutuel), el anciano caballero se asoleaba siempre que hacía sol… y asoleaba, como es natural, al mismo tiempo una cintita roja en el ojal de la solapa. ¿No era acaso un francés de vieja cepa?

Al oír que una persona del sexo angelical le ordenaba que siguiese su paseo y se largase de allí, *monsieur* Mutuel se rió con su risa de cáscara de nuez, se quitó la gorra a todo lo que daba su brazo, con la mano en que tenía la caja de rapé, siguió sin ponérsela hasta bastante después de haberse separado de la señora Bouclet, continuó con su paseo matinal y se largó como hombre galante que era.

La prueba documental a la que *madame* Bouclet remitió a *monsieur* Mutuel era la lista de sus inquilinos, bellamente escrita por su sobrino y tenedor de libros, que tenía la pluma de un ángel, lista que estaba expuesta junto a la puerta de entrada para que pudiese verla la Policía: «En el segundo piso, *monsieur* El Inglés, propietario». Eso

decía; la cosa no podía estar más clara.

Madame Bouclet fue subrayando la línea con el dedo índice, como si fuera a asegurarse y a afirmarse en el castañeteo con que había despedido a *monsieur* Mutuel; después colocó su mano derecha sobre la cadera, como si ya nada fuese capaz de hacerla deshacer aquel castañeteo, y avanzó lentamente por la plaza para echar un vistazo a las ventanas del señor El Inglés. Y como este digno señor estaba en aquel instante mirando por la ventana, *madame* Bouclet lo saludó amablemente con la cabeza, miró a la derecha y luego a la izquierda, como queriendo explicarle por qué se encontraba allí, se quedó pensando como quien se ha encontrado con alguien que no esperaba estuviese allí y volvió a entrar por la puerta de su casa. *Madame* Bouclet alquilaba toda su casa, que daba a la plaza, por cuartos o pisos amueblados, y vivía en la parte posterior, que daba al patio, en compañía de su marido *monsieur* Bouclet (un gran jugador de billar), del negocio de fabricación de cerveza que había heredado, de varias gallinas, dos carros, un sobrino, un perro pequeño en una perrera grande, una parra, una oficina, cuatro caballos, una hermana casada (con participación en la cervecería), el marido y dos niños de la misma, un loro, un tambor (que tocaba el niño de la hermana casada), dos soldados alojados oficialmente gran cantidad de palomas, un pífano (que el sobrino tocaba maravillosamente), varias criadas y supernumerarias, una atmósfera impregnada constantemente de olor a café y a sopa, una hilera terrible de rocas artificiales y de precipicios de madera que tenían por lo menos cuatro pies de altura, una fuente pequeña y media docena de grandes girasoles.

Ahora bien: cuando el Inglés alquiló aquel departamento amueblado dio su nombre correcto letra por letra: *Langley*. Pero como tenía la costumbre británica de no abrir mucho la boca, fuera de las comidas, estando en país extranjero, los de la cervecería no sacaron en limpio sino que se trataba de un inglés.

Y se quedó en señor Inglés.

—¡No vi nunca gente igual! —masculló entre dientes el señor Inglés, mirando por la ventana—. ¡No la vi en toda mi vida!

En esto llevaba bastante razón, porque no había salido jamás hasta entonces de su propio país…, de su bella islita, de su estrecha islita, de su brillante islita, de su peleadora islita, llena de toda clase de méritos; pero que no encerraba en sí a todo el redondo mundo.

—Estos hombres no tienen de soldados ni… —eso se lo dijo el señor Inglés recorriendo con la vista la plaza, salpicada aquí y allá de militares, y no acabó la frase porque no encontró un remate lo bastante enérgico.

También esto era correcto (desde el punto de vista de lo que él conocía); porque si bien había en aquella ciudad y en la región circundante una gran aglomeración de soldados, de haber querido celebrar un gran desfile y exhibición militar con todos, habría sido inútil buscar entre ellos un soldado que se estuviese dentro de su corbatín o que anduviese renqueando por culpa de sus zapatos apretados, o que no pudiese servirse de sus miembros por culpa de las correas y de los botones, o al que se le

hubiese dejado, a fuerza de discurrir inconveniente, completamente inútil para valerse en los pequeños menesteres de la vida. Todo lo que por allí se veía era un enjambre de hombres vivos, ágiles, activos, ajetreados, mañosos, excéntricos, juguetones, capaces de actuar con habilidad en cualquier cosa, desde cercar una ciudad hasta hacer una sopa, desde manejar los grandes cañones hasta darle al hilo y a la aguja, desde repartir mandobles con el espadón hasta partir en rajas menudas una cebolla, desde hacer la guerra hasta hacer una tortilla.

¡Qué enjambre! Todo era bullir de soldados, desde la plaza Mayor, debajo mismo de los ojos del señor Inglés, donde algunas torponas escuadras de la última quinta marcaban el paso de ganso (algunos de los miembros de esas escuadras se hallaban aún, en cuanto a su vestimenta, en estado de crisálida de campesino, por lo que hacía a sus blusas, y de mariposas militares, por lo que hacía a sus pantalones de reglamento); todo era bullir de soldados desde la plaza Mayor hasta fuera de las fortificaciones, y por millas y millas de carreteras polvorientas. Sobre los taludes cubiertos de hierba de las fortificaciones de la ciudad se ensayaban durante todo el día clarines y cornetas; y en los rincones secos de las trincheras redoblaban durante todo el día los tambores. Todas las mañanas salían corriendo los soldados de los grandes cuarteles a los enarenados terrenos del gimnasio que había al lado y saltaban por encima del caballo de madera o se colgaban de las anillas, se sostenían boca abajo en las paralelas y se precipitaban desde plataformas de madera, entre chapoteos, centelleos y zambullidas de soldados. En todos los ángulos de las murallas, en todos los cuerpos de guardia, en todas las puertas de la ciudad, en todas las garitas, en todos los puentes levadizos, en todos los fosos y en todas las presas para inundarlos, soldados, soldados, soldados. Y como la ciudad era casi toda ella murallas, cuerpos de guardias, puertas, garitas, puentes levadizos, fosos y presas, podía decirse que casi toda ella eran soldados.

¡Qué hubiera sido sin los soldados de la ciudad soñolienta si aun con ellos se había dormido tan excesivamente, que hasta sus ecos estaban roncos de sueño y sus barrotes defensivos, cerraduras, cerrojos y cadenas estaban todos comidos de la herrumbre y sus fosos llenos de agua estancada! La ciudad había permanecido durmiendo, y el polvo, la roña y el moho se habían asentado en sus amodorrados arsenales y polvorines y la hierba había crecido en sus calles silenciosas, desde los días en que Vauban la fortificó de una Manera tan desconcertante que el mirar sus fortificaciones era como recibir un golpe en la cabeza, porque el profano quedaba atontado y caía en estertores bajo el choque de su incomprensibilidad. Así había quedado desde los días en que Vauban dio forma corpórea en ella a todos los sustantivos y adjetivos del arte de la fortificación militar, y no se conformó con retorceros para entrar y retorceros para salir, a la derecha, a la izquierda, enfrente, aquí debajo, allí encima, por lo oscuro, por lo sucio, por la puerta, por el paraje abovedado, por el camino cubierto, por el camino seco, por el camino mojado, por el rastrillo, por el puente levadizo, por la compuerta, por la torre baja, por el agujero del

muro, por la batería pesada; y no se conformó con esto, decimos, sino que se dio una zambullida de fortificación por debajo del terreno de los alrededores, para salir a la superficie a tres o cuatro millas de distancia, levantando montes y baterías incomprensibles entre los campos tranquilos de achicoria y de remolacha.

Únicamente, en los días de mercado, saltaba súbitamente de la cama a su plaza Mayor. En esos días, algún encantador amigo golpeaba con su varita en las piedras de la plaza Mayor y brotaban instantáneamente las más animadas barracas y cajones, asientos y puestos, y el runruneo y el estira y afloja de los compradores y vendedores que regateaban, de centenares de lenguas hablando al mismo tiempo, entre una mezcolanza agradable de colores…, gorras blancas, blusas azules, hortalizas verdes…, hasta que, por último, pareció llegar con gran prisa el caballero reservado para la aventura y todos los vaubanistas despertaron de golpe. Y llegaran luego por largas avenidas de árboles que cruzan terrenos bajos traqueteando en carros tirados por borricos encaperuzados de blanco, en carretas y en galeras, en cochecitos y en calesines o a pie con la carretilla y la carga… Y llegaron por las compuertas, los canales y los fosos, en botecillos de proas puntiagudas… Llegaron los campesinos y campesinas en rebaños y multitudes, trayendo sus artículos para vender. Y veíanse expuestos a la venta, aquí botas y zapatos, allí dulces y ropas, y más acá (a la fresca sombra de la Casa Consistorial) podíais comprar leche, crema, mantequilla y queso; en aquel otro lado, frutas, cebollas, zanahorias y todo lo necesario para la sopa; en este otro sitio se vendían aves, flores y cerdos gruñidores; más allá, azadas, hachas, palas y hocinos para los trabajos de la granja; por este otro sitio, grandes montones de pan, y muy cerca, los cereales de los silos en sacos, y muñecas para niños, y más allá, estaba el vendedor de pasteles que anunciaba su mercancía a fuerza de redobles de tambor. ¡Cuidado con el trompeterío que se oye!

Aquí, dentro de la plaza Mayor, magnífica en un coche descubierto, seguido de tres lacayos lujosamente ataviados que tocan trompas, tambores y platillos, ha pasado la *Hija del Médico* luciendo cadenas de oro y pendientes macizos del mismo metal, con sombrero de plumas azules, resguardada de la admiración del sol por dos enormes sombrillas de rosas artificiales… ¡Viene guiada por motivos filantrópicos a recetar esa pequeña y agradable dosis de una medicina que ha curado ya a millares de enfermos! ¡Esa pequeña y agradable dosis que receta la ilustre hija de un ilustre médico, cura igual el dolor de muelas que el dolor de oídos, el de cabeza, el de corazón, el de estómago, la debilidad, la nerviosidad, los ataques, los desmayos, la fiebre, las tercianas, todo! El tratamiento es el siguiente (os lo explica la *Hija del Médico*, propietaria del espléndido cortejo que estáis admirando mientras la trompeta, el tambor y los platillos confirman en ráfagas de arrebato lo que ella dijo): «El primer día, después de tomar la dosis pequeña y agradable, no observaréis nada de particular, salvo una armoniosa sensación de gozo indescriptible e irresistible; el segundo día os sentiréis tan asombrosamente mejor, que llegaréis a pensar si os han cambiado por otro; el tercer día, os veréis libres por completo de vuestra enfermedad, cualquiera

que ésta sea y por largo tiempo que la hayáis padecido, y saldréis en busca de la *Hija del Médico* para arrojaros a sus pies, besar la orla de sus vestidos y comprar todas las dosis pequeñas y agradables que podáis conseguir, aunque tengáis que vender todos los objetos de vuestra propiedad; pero ya no la encontraréis. Se habrá marchado en busca de hierbas a las Pirámides de Egipto, y entonces, aunque estéis curados, os desesperaréis». De este modo lleva adelante su negocio (y lo lleva con gran animación) la *Hija del Médico*, y de este modo continúan el comprar, vender, y la mezcolanza de lenguas y colores, hasta que el sol descendente, dejando a la *Hija del Médico* a la sombra de los altos tejados, le advierte que es tiempo de que salga con su carruaje hacia el Oeste, y pone brillos y resplandores de despedida en el magnífico tiro de caballos y en los metales de su trompetería.

El encantador da ahora con su varita mágica en las piedras de la plaza Mayor y desaparecen las barracas, los asientos y los puestos de venta; se esfuman las mercancías, y con éstas las carretillas, borricos, carritos pequeños, carretas y todos los demás objetos sobre ruedas y sobre pies, excepto los perezosos barrenderos que con carros desvencijados y caballos esqueléticos limpian la basura con ayuda de las arrulladoras palomas de la ciudad, con el buche más lleno todavía que en los días en que no hay mercado. Todavía falta una hora o dos antes que llegue el ocaso del día otoñal; el paseante que marcha al azar fuera de la puerta de la ciudad y del puente levadizo, de la poterna y del doble foso, puede ver cómo el último carro encapotado de blanco va achicándose a lo lejos en la avenida que forman las sombras de los árboles que se alargan, o el último bote campesino, movido por los remos de una mujer del mercado que marcha de regreso a su casa, formando una mancha negra sobre el canal largo, lento, estrecho, de tintes rojizos, que se extiende entre el paseante y el molinero.

Al contemplar la espuma que el remo parte en dos y la vegetación que se cierra sobre la estela del bote, puede sentirse bastante seguro de que el descanso perezoso de las aguas no se verá turbado hasta el próximo día de mercado.

Como no era uno de los días en que la plaza Mayor se despierta y salta de la cama éste en que el señor Inglés miraba a los jóvenes soldados que ensayaban en ella el paso de ganso, sus pensamientos tomaron libremente un giro militar. Y el señor Inglés se dijo:

—Estos hombres están alojados oficialmente en todas partes. ¡Qué ridículo resulta verlos encender el fuego de la cocina en las casas en que se alojan, poner a hervir sus cacerolas, cuidar de los niños y mecer las cunas de la casa; lavar las verduras y procurar hacerse útiles en toda clase de menesteres que no tienen nada de militar! ¡En mi vida he visto hombres como éstos; no los he visto en mi vida!

También en esto decía completa verdad. ¿No estaba allí el soldado Valentín, en su misma casa, haciendo de doncella, ayuda de cámara, cocinero, camarero y niñera en la familia de su capitán, *monsieur* de la Cour, limpiando los suelos, haciendo las camas, haciendo la compra, ayudando a vestir al capitán, arreglando las comidas,

sazonando las ensaladas y vistiendo al niño, todo con igual alegría? Y, dejando éste a un lado, porque servía lealmente a su jefe, ¿no estaba allí el soldado Hipólito, alojado doscientas yardas más allá, en casa de la perfumista, y que cuando no estaba de servicio se prestaba a atender la tienda mientras la linda perfumista salía a charlar con una vecina, o a lo que fuese, y el soldado vendía alegremente jabón, sin quitarse del cinto el machete? ¿No estaba allí Emilio, alojado en casa del relojero, que no salía del taller en toda la noche, dando cuerda a los relojes en mangas de camisa? ¿No estaba allí Eugenio, alojado en casa del hojalatero, y que con la pipa en la boca y de rodillas en el suelo cultivaba una pequeña huerta de cuatro pies cuadrados que tenía aquél en el patiecillo de detrás del taller, arrancando los frutos de la tierra con el sudor de su frente? Y para no multiplicar los ejemplos, ¿no estaba allí Bautista, alojado en casa del pobre aguador, no estaba digo en aquel mismo instante sentado en la acera al sol, con las piernas marciales abiertas en ancho compás, teniendo entre ellas uno de dos cubos de reserva del aguador, pintándolo por fuera de verde brillante y por dentro de rojo vivo, con gran delicia y orgullo del corazón del aguador, que venía cruzando la plaza desde la fuente, enyugado y cargado con dos cubos? O, para no ir más lejos de la casa del barbero, que estaba en la puerta de al lado, ¿no estaba allí el cabo Teófilo…?

—No; en este momento no está, aunque de todos modos está la niña —dijo el señor Inglés, mirando desde su ventana hacia la barbería.

En los escalones de la puerta del barbero estaba una niña pequeña como una muñeca mirando hacia la plaza. Era casi un bebé, ataviada como estaba con el apretado gorrito blanco que los niños pequeños de Francia llevan (como los niños de los cuadros holandeses) y vestida con una blusa azul de tela casera, sin más forma que la que le daba el estar atada alrededor de su gordezuela garganta. Por eso, pues, como la niña era pequeña y rolliza parecía, mirada por detrás, que la hubiesen cortado por la cintura de su estatura natural y que le hubiesen plantado limpiamente la cabeza encima.

—Sin embargo, ahí está la niña.

A juzgar por la forma en que la manecita llena de hoyuelos se frotaba los ojos, éstos habían estado cerrados en una siestecita y acababan de abrirse otra vez. Pero miraban con tanta atención hacia la plaza, que no tuvo más remedio el señor Inglés que mirar en la misma dirección.

—¡Oh! —exclamó—. Ya me parecía. Allí está el cabo.

En aquel instante el cabo, que dirigía frases vivas de instrucción a la escuadra que mandaba, se volvió de cara; era un hombre esbelto, de unos treinta años, quizá un poquitín por debajo de la estatura media, pero muy bien formado.

No había nada de impropio ni de atravesado en la persona del cabo. Era un cabo ágil y vivaracho, un perfecto cabo, desde los negros ojos, que centelleaban bajo el expresivo gorro militar, hasta sus flamantes polainas blancas. Era la viva imagen y representación de un cabo del ejército de su país, en la línea de sus hombros, en la

línea de su cintura, en la anchura de sus pantalones bombachos y en la estrechez de la pierna al llegar al tobillo.

El señor Inglés miraba, la niña miraba, el cabo miraba (pero miraba a sus hombres), hasta que terminó pocos minutos después la instrucción, y en ese instante se secó la rociada militar y desapareció, hasta el punto de que el señor Inglés se dijo a sí mismo:

—¡Por San Jorge, mirad eso!

Era que el cabo se fue, bailando y con los brazos abiertos, hacia la barbería, agarró a la niña, la levantó y mantuvo sobre su cabeza en la actitud de un pájaro que vuela, volvió a bajarla al suelo, la besó y desapareció con ella en el interior de la casa del barbero.

Ahora bien: el señor Inglés se hallaba peleando con su pecadora, desobediente y desheredada hija, y también en su caso había una niña de por medio. ¿No fue también su hija una niña, no la había él hecho volar sobre su cabeza lo mismo que el cabo estaba haciendo con ésta de aquí?

—¡Es un idiota! —dijo el señor Inglés y cerró la ventana. Pero no es tan fácil como cerrar las ventanas de madera y cristales, cerrar las ventanas de la casa de la Memoria y las ventanas de la casa de Compasión. Aquéllas se abren cuando menos se espera, y traquetean durante la noche; no hay más remedio que clavarlas. El señor Inglés había intentado clavarlas, pero no había metido bastante a fondo los clavos. Y de ahí que pasase una velada bastante incómoda y una noche peor.

¿Era un hombre de temperamento natural bondadoso? No; tenía muy poco de simpático, porque confundía la simpatía con la debilidad. ¿Se dejaba llevar por arrebatos de ira cuando estaba contrariado? Muchísimo, y era además enormemente exagerado. ¿Caviloso? Extraordinariamente. ¿Vengativo?

Entendámonos. Había tenido, en efecto, torvos pensamientos de maldecir formalmente a su hija, tal como había visto hacerlo en escena. Pero recordando que el auténtico cielo está algo más lejos que el fingido que hay cerca de la gran araña luminosa del teatro, renunció a ello.

Y con objeto de alejarse de su hija para todo el resto de su vida, se marchó al extranjero. Y en el extranjero estaba.

Allá en el fondo, si al señor Inglés le sentaba tan mal que el cabo tuviese tanto cariño a la pequeña Bebelle, la niña de la barbería, era por esta razón. En un momento desafortunado no había podido contenerse y exclamó: «¡Vaya estúpido! Después de todo, no es su padre». Estas palabras llevaban un agudo aguijón que se le clavó de pronto, poniéndolo de un humor todavía más irritable. Por eso había tratado con énfasis cordial de idiota al cabo, que estaba ajeno a todo, y había tomado la decisión de no volver a pensar en semejante saltimbanqui.

Pero el caso es que no tuvo modo de desembarazarse de tal cabo. Ni aunque hubiese conocido las fibras más delicadas del alma del señor Inglés (en lugar de no tener ni la más remota idea sobre tal señor), y aunque hubiese sido el cabo más terco

del gran ejército de Francia (en lugar de ser el más amable), no habría conseguido meterse tan de rondón y con resolución tan inquebrantable en el centro mismo de los pensamientos de dicho señor. Y no sólo en el pensamiento; también parecía tenerlo siempre delante de los ojos. Para ver al cabo con la pequeña Bebelle no tenía el señor Inglés más que asomarse a la ventana. Sí salía de paseo, allí estaba el cabo paseando con la pequeña Bebelle.

Si regresaba, asqueado, a casa, el cabo y Bebelle se le habían adelantado. Si se asomaba a primera hora de la mañana a las ventanas de la parte posterior, allí estaba el cabo en el patio trasero de la barbería, lavando, peinando y cepillando a Bebelle. Si corría a refugiarse en sus ventanas delanteras, el cabo salía con su almuerzo a la plaza Mayor, y allí lo compartía con Bebelle. Siempre el cabo, y siempre Bebelle. Jamás Bebelle sin el cabo.

Aunque lo leía muy bien, el señor Inglés no estaba fuerte en el idioma francés como medio oral de comunicación. Sucede con los idiomas como con las personas, que cuando se las conoce únicamente de vista, es fácil equivocarse con ellas; antes de poder afirmar que se conoce a una persona o a un idioma hay que tener con ellos relación verbal.

Por esta razón, el señor Inglés tuvo que prepararse antes de resolverse a cambiar impresiones con *madame* Bouclet a propósito de aquel cabo y de aquella Bebelle. Pero el señor Inglés aprovechó la ocasión de que *madame* Bouclet se asomase una mañana al cuarto para disculparse, ¡santo Dios!, porque se hallaba angustiada debido a que el fabricante de lámparas no había devuelto la que ella le había entregado para reparar, cosa que no tenía nada de extraño porque todo el mundo protestaba indignado contra dicho fabricante.

—*Madame*, esa niña…

—Perdón, *monsieur*. Esa lámpara.

—No, no, esa niña pequeña.

—¡Pero, perdón! —exclamó *madame* Bouclet, echando el anzuelo en busca de una solución aclaratoria—, ¿es que puede una encender a una niña pequeña, o enviarla a que la arreglen?

—Digo, esa niña pequeña de casa del barbero.

—¡Ah! —exclamó *Madame* Bouclet, como quien ha enganchado de pronto la idea con su caña de pescar—. ¿La pequeña Bebelle? ¡Sí, sí, sí! ¿Y su amigo el cabo? ¡Ya caigo, ya caigo! Es muy simpático, ¿verdad que sí?

—¿Pero él no es…?

—¡De ninguna manera; de ninguna manera! ¡No tiene ningún parentesco con ella, absolutamente ninguno!

—Pero entonces, ¿él…?

—¡Exactamente! —exclamó *madame* Bouclet—; tenéis razón, *monsieur*. ¡Qué simpático es! Cuanto menos parentesco, más simpático es lo que hace. Exactamente lo que decíais.

—¿Es ella…?

—¿Hija del barbero? —*madame* Bouclet dio otro tirón a su hábil cañita de pescar —. ¡Ni mucho menos, ni mucho menos! Es hija de…, en una palabra, de nadie.

—¿Según eso, la esposa del barbero…?

—¡Indiscutiblemente! Lo que decís. La esposa del barbero recibe un pequeño estipendio para criarla. Tanto por mes. Claro que es muy poco, porque aquí todos somos gente pobre.

—*Madame*, vos no sois pobre.

—En cuanto a inquilinos, no lo soy —replicó *madame* Bouclet, con una sonriente y graciosa inclinación de cabeza—. En todo lo demás, así, así.

—Me halagáis, *madame*.

—*Monsieur*, sois vos quien me hacéis un honor viviendo aquí.

Ciertos lamentables jadeos del señor Inglés denotaban que intentaba seguir la conversación acerca del tema, pero que tropezaba con dificultades; *madame* Bouclet lo observó atentamente, y tiró nuevamente de su delicada caña de pescar, y lo hizo con éxito triunfal.

—¡De ninguna manera, *monsieur*, de ninguna manera! La esposa del barbero no trata mal a la niña, sino que es algo descuidada. Es mujer de poca salud, y se pasa el día sentada mirando por la ventana. Por eso, cuando el cabo llegó por primera vez a la casa, la pobrecita Bebelle estaba muy abandonada.

—Es un curioso… —empezó a decir el señor Inglés.

—¿Nombre? ¿Ese de Bebelle? También tenéis razón en esto, *monsieur*. Pero la verdad es que viene a ser un arreglo cariñoso de Gabriela.

—¿De modo, pues, que la niña es un simple capricho del cabo? —dijo el señor Inglés con voz gruñona y de menosprecio.

—¿Y qué queréis? —contestó *madame* Bouclet encogiéndose de hombros con expresión de disculpa—. Uno tiene que querer a alguien. La naturaleza humana es débil.

—Endiabladamente débil —masculló el señor Inglés en su propio idioma.

—Y como el cabo se encuentra alojado en casa del barbero, donde permanecerá probablemente mucho tiempo, porque se halla al servicio del general —prosiguió *madame* Bouclet—, viendo que la pobre niña sin padres necesitaba amor, y encontrándose él mismo necesitado también de amor…, ¡ahí tenéis explicado todo!

El señor Inglés aceptó esta interpretación del asunto con indolente bondad, y cuando volvió a estar solo se dijo a sí mismo con expresión ofendida: «¡La cosa no tendría importancia si estas gentes no fuesen tan sentimentales!».

En las afueras de la ciudad había un cementerio; ocurrió, para mal de la fama de los vaubaneses, en su aspecto sentimental, que el señor Inglés fue aquella misma tarde a dar un paseo por allí. Había, desde luego, en el cementerio cosas maravillosas (desde el punto de vista del señor Inglés), y con toda seguridad que no se habría encontrado en toda Inglaterra nada que pudiera compararse con ellas. Sin hablar de

los caprichosos florilegios de corazones, y de cruces de madera y de hierro plantados por todo el lugar, y dándole un aspecto muy parecido al de un campo de fuegos artificiales del que podía esperarse después de oscurecido la más brillante exhibición pirotécnica, había sobre las tumbas tantas coronas con cintas que decían: «A mi madre», «A mi hija», «A mi padre», «A mi hermano», «A mi hermana», «A mi amigo», y todas esas coronas se hallaban en etapas muy distintas de ruina y abandono, desde la corona puesta el día anterior, con sus colores vivos y sus abalorios brillantes aún, hasta la del año pasado, que ya no era sino un manojo lamentable de paja podrida. Había infinidad de jardincitos y de grutas construidas encima de las tumbas, de acuerdo con los gustos más variados, adornados con plantas, conchas y figuras de yeso, jarros de porcelana, y toda clase de cachivaches. Había infinidad de ofrendas recordatorias colgadas, que ni aun examinándolas muy de cerca parecían otra cosa que bandejitas redondas, en las que estaban pintados con colores chillones los retratos de damas y caballeros que lucían pañuelos desproporcionados; estaban inclinados, en un estado del más irreprochable duelo y de la más profunda aflicción, sobre una urna de lo más lujoso y de lo más arquitectónico.

Muchísimas viudas, al morir sus maridos, habían hecho grabar sus nombres en las tumbas de éstos dejando en blanco el espacio destinado a la fecha de su propia partida de este mundo lamentable; y muchísimos maridos supervivientes habían dedicado idéntico homenaje a sus esposas difuntas. ¡Cuántos de unos y otros se habían casado otra vez hacía ya mucho tiempo! En una palabra, veíanse en aquel lugar muchísimas cosas que tenían que parecerle simples frivolidades a un extranjero, fuera del detalle de que hasta la más ligera flor de papel encima del más pobre montón de tierra permanecía allí como cosa sagrada hasta pudrirse, sin que ninguna mano ruda la tocase.

—Aquí no se advierte nada que recuerde la solemnidad de la Muerte —iba ya a decir el señor Inglés, cuando esta última idea le llegó al corazón con su ternura, y entonces siguió su camino sin hacer ningún comentario. Pero a modo de compensación, y cuando ya estaba bastante lejos de la puerta del cementerio, insistió —: Pero estas gentes, son muy sentimentales.

Al volver hacia su casa pasó por cerca del campo del gimnasio militar, y se cruzó con el cabo, que estaba dando locuazmente instrucciones a los jóvenes soldados para adiestrarlos en la manera de saltar por encima de los ríos rápidos y profundos en su camino hacia la gloria, valiéndose de una cuerda; y para animarlos a empezar, se lanzó él mismo hábilmente desde una plataforma, volando por los aires en una distancia de un par de centenares de pies. Y también se cruzó el señor Inglés con la pequeña Bebelle, encaramada en un punto alto (probablemente por las manos cuidadosas del cabo), y mirando con sus ojazos todos aquellos manejos, igual que un pájaro curioso de plumaje azul y blanco.

«Si esta niña muriese —pensó el señor Inglés al volver las espaldas para seguir su camino— (y estoy por decir que ese hombre se lo tiene bien merecido, por hacer el

idiota hasta ese punto), me imagino que lo veríamos colocando una corona y una bandejita en ese fantástico cementerio».

Sin embargo, al cabo de un par de mañanas de mirar desde muy temprano por la ventana, el señor Inglés bajó a la plaza en momentos en que el cabo y Bebelle se paseaban por allí, y saludando al cabo con el sombrero (hazaña inmensa), le dio los buenos días.

—Buenos días, *monsieur*.

—Es bastante linda esa niña que tenéis —dijo el señor Inglés, tomando a la niña la barbilla con la mano, y mirando en el fondo de aquellos ojos azules asombrado.

—*Monsieur*, es una niña muy linda —contestó el cabo, haciendo hincapié en su cortés corrección de la frase de su interlocutor.

—¿Y es buena también? —dijo el señor Inglés.

—Es muy buena, la pobrecita.

—¡Vaya! —el señor Inglés se inclinó, y le dio, no sin cierta cortedad, unas palmaditas en la mejilla, como si tuviese la sensación de haberse excedido en su actitud conciliadora—. ¿Y qué medalla es ésa que llevas colgada de tu cuello, nena?

Como Bebelle mostró por toda contestación el puño regordete de su mano derecha, el cabo ofreció sus servicios como intérprete.

—Bebelle, *monsieur* te pregunta qué es esto.

—Es una medalla de la Santísima Virgen —dijo Bebelle.

—¿Y quién te la dio? —preguntó el señor Inglés.

—Teófilo.

—¿Y quién es Teófilo?

Bebelle rompió a reír, alegre y cordialmente, palmoteó con sus manos regordetas y dio con sus piececitos en las piedras del pavimento de la plaza.

—¡No conoce a Teófilo! ¡Pues entonces no conoce a nadie! ¡No conoce nada!

Luego, dándose cuenta de una pequeña incongruencia en sus maneras, Bebelle agarró con su mano derecha una pierna de los pantalones bombachos del cabo, y apoyando su carita contra ella, la besó.

—¿Sois *monsieur* Teófilo, verdad? —dijo el señor Inglés al cabo.

—Sí, soy yo, *monsieur*.

—Permitidme.

El señor Inglés le dio un cordial apretón de manos y se alejó. Pero tomó muy a mal que *monsieur* Mutuel, que se paseaba por su trozo de plaza asoleado, y con el que tropezó al alejarse, le hubiese saludado quitándose la gorra con expresión aprobatoria. Y mascculló en su propio idioma, al devolver el saludo: «¿Qué pasa, cara de color de nuez? ¿Qué os importa esto a vos?».

El señor Inglés siguió durante muchas semanas pasando sus veladas intranquilo y sus noches aún peor por sus veladas, comprobando en todo momento que aquellas ventanas de que antes hemos hablado, las de las casas de la Memoria y de la Compasión, traqueteaban después de oscurecido, porque las había clavado de un

modo muy imperfecto. Y también durante muchas semanas fue relacionándose más y más con el cabo y con Bebelle. Es decir, cogía a Bebelle por la barbilla y al cabo de la mano, ofrecía monedas a ella y cigarros a él, llegando incluso a dar y aceptar tabaco para llenar la pipa, y besando a Bebelle. Pero siempre hizo esto como avergonzado, y siempre tomó a mal el que *monsieur* Mutuel, paseándose al sol, reparase en aquellos detalles. Cuando esto ocurría, el señor Inglés gruñía siempre en su propio idioma: «¡Ya estás ahí otra vez, cara de color de cáscara de nuez! ¿Qué te importa esto a ti?».

En una palabra, que la vida del señor Inglés se resumía en buscar al cabo y a la pequeña Bebelle, y en molestarse porque el anciano *monsieur* Mutuel se fijaba en él. La única variación que hubo en este género de vida fue el incendio que se produjo en la ciudad cierta noche en que soplaba muy fuerte el viento; las gentes se pasaban los cubos de agua de mano en mano (y el señor Inglés rindió servicios muy útiles en esa tarea), y los tambores redoblaban. De pronto, desapareció el cabo.

Poco más tarde, y también de pronto, desapareció Bebelle.

El señor Inglés la había visto pocos días después de la desaparición del cabo; iba muy mal en cuanto a limpieza y peinado; no habló cuando el señor Inglés le dirigió la palabra, pero dio muestras de asustarse y se escapó corriendo. Pareció como que hubiese huido realmente de la ciudad. La gran plaza, vista desde las ventanas del señor Inglés, parecía desnuda y desierta.

Siempre con sus maneras vergonzosas y llenas de cortedad, el señor Inglés no hizo pregunta alguna, pero acechó desde sus ventanas de la fachada delantera y desde las de la fachada posterior; se paseó por la plaza, curioseó desde la calle en el interior de la barbería, e hizo esto y otras muchas cosas simulando silbar y tararear una canción como quien no ha perdido nada; hasta que una tarde, cuando el lugar en que *monsieur* Mutuel daba sus paseos al sol se hallaba ya en sombra, he aquí que este señor, saliéndose de todas las normas y de todos los precedentes y en momentos en que no tenía derecho alguno a exhibir de puertas afuera su cintita encarnada, avanza hacia el señor Inglés quitándose el gorro cuando aún está a doce pasos de distancia.

El señor Inglés inició su protesta entre dientes, llegando a decir: «Pero qué diablos…». Pero se interrumpió bruscamente.

—¡Qué pena, señor, qué pena! ¡Ha sido una desgracia y una pena!

Eso fue lo que dijo el anciano *monsieur* Mutuel, moviendo tristemente su cabeza blanca.

—Pero ¿qué diabl…, quiero decir, qué significa eso, *monsieur* Mutuel?

—Nuestro cabo, ¡nuestro querido cabo!

—¿Qué le ha ocurrido?

—¿No os habéis enterado?

—No.

—Fue en el incendio. ¡Era tan valeroso, y tan dispuesto a todo! ¡Sí, era demasiado valeroso, y demasiado dispuesto a todo!

—¡Que el diablo cargue con vos! —dijo con impaciencia el Inglés—; perdón, quería decir…, no estoy habituado a hablar en francés… ¿Queréis seguir, por favor?

—Fue una viga que se cayó…

—¡Santo Dios! —exclamó el Inglés—. ¿No fue un soldado el muerto?

—No. Fue un cabo, el que conocíamos, nuestro querido cabo. Tenía el cariño de todos sus camaradas; la ceremonia fúnebre fue conmovedora…, desgarradora, señor Inglés, veo lágrimas en vuestros ojos.

—Eso no es asunto…

—Señor Inglés, vuestra emoción merece todos mis respetos. Os saludo con mi más profunda consideración. No quiero ser un obstáculo a las expansiones de vuestro noble corazón.

Monsieur Mutuel, que era un caballero hasta el último hilo de su ya oscura ropa interior, y bajo cuya mano arrugada se convertía en un objeto caballeresco hasta el último grano del cuarto de onza del rapé de pobre calidad de su cajita de hojalata… *Monsieur* Mutuel siguió adelante, con la gorra en la mano.

—¡Qué lejos estaba yo de pensarlo cuando recorría el cementerio!… ¡Iré allí! —exclamó el señor Inglés, después de unos minutos de paseo, y de mucho sonarse las narices.

Se fue derecho al cementerio; cuando cruzó la puerta de entrada, se detuvo, pensando en si debería preguntar al guardián la dirección para encontrar la tumba. Pero se hallaba menos que nunca de humor para hacer preguntas, y pensó: «Ya la conoceré por algún detalle».

Avanzó caminando suavemente en busca de la tumba del cabo, siguiendo primero un camino, luego otro, mirando con gran atención por entre las cruces, los corazones, las columnas, los obeliscos, y las losas funerarias, en busca de un lugar removido recientemente. Se desconcertó ahora pensando en el gran número de muertos que había en el cementerio (en su visita anterior no le parecieron ni la décima parte de los que ahora veía); después de caminar y de buscar durante un rato, se dijo, al descubrir un nuevo panorama de tumbas: «Casi empiezo a pensar que se ha muerto todo el mundo, excepto yo».

Pero no todos estaban muertos; tendida en el suelo y durmiendo había una niña que estaba viva. El señor Inglés había encontrado sobre la tumba del cabo un detalle por el que distinguirla, y ese detalle era Bebelle.

Los camaradas del soldado muerto habían dispuesto con tal amor el lugar en que aquél descansaba, que su tumba estaba ya convertida en un limpio jardín. Sobre el césped verde de ese jardín estaba durmiendo Bebelle, tocándolo con su mejilla. Sobre el césped estaba plantada una pequeña cruz de madera, sencilla y sin pintar; el bracito de la niña se ceñía a la crucecita, de igual manera que se había ceñido tantas veces al cuello del cabo. Encima de la cruz habían colocado una banderita (la bandera de Francia), y una guirnalda de laurel.

El señor Inglés se quitó el sombrero, y permaneció un rato en silencio. Después,

volviendo a cubrirse la cabeza, puso una rodilla en tierra, se inclinó, y alzó con cuidado en sus brazos a la niña, despertándola:

—¡Bebelle, mi pequeña!

Bebelle abrió los ojos, en los que las lágrimas estaban todavía húmedas, y se asustó al principio; pero, viendo de quién se trataba, dejó que él la levantase en sus brazos, sin apartar los ojos un instante.

—No debes permanecer aquí, mi pequeña. Es preciso que vengas conmigo.

—No, no. No puedo dejar a Teófilo, necesito estar junto al bueno y querido Teófilo.

—Iremos a buscarlo, Bebelle. Iremos a buscarlo a Inglaterra. Iremos a buscarlo a casa de mi hija, Bebelle.

—¿Es que lo encontraremos allí?

—Encontraremos allí la mejor parte suya. Ven conmigo, pobre niña abandonada. ¡Pongo por testigo al cielo, de que acepto agradecido este legado! —dijo el señor Inglés en voz baja, y, antes de ponerse en pie, tocó en su mano el césped a la altura del pecho del amable cabo.

La niña había hecho aquel largo camino sin ayuda de nadie, y no tardó en volver a dormirse, transfiriendo su abrazo al cuello del señor Inglés. Éste contempló los zapatos gastados de la niña, sus pies llagados, su rostro fatigado, y quedó convencido de que había hecho aquel viaje todos los días.

Iba ya a abandonar la tumba con Bebelle dormida en sus brazos, pero se detuvo, miró con ansiedad al sitio en que estaba enterrado el cabo, miró también con ansiedad a las otras tumbas cercanas, y se dijo titubeando: «Es una costumbre inocente de este pueblo. Me está pareciendo que voy a hacer con gusto lo mismo, ahora que nadie me ve».

Cuidando de no despertar a Bebelle, se dirigió al local en qué se vendían aquellas pequeñas muestras del recuerdo, y compró dos coronas. Una, azul y blanca y con letras de plata brillante, decía: «A mi amigo»; otra de colores menos llamativos, rojo, blanco y amarillo, decía: «A mi amigo». Volvió con ambas coronas hasta la tumba, y puso otra vez una rodilla en tierra, tocó los labios de la niña con la corona más llamativa, y guiando la mano de Bebelle la colgó de la cruz; a continuación colgó su propia corona en el mismo lugar. Después de todo, aquellas coronas no desentonaban con el jardincito. A mi amigo. A mi amigo.

El señor Inglés tomó muy a mal el que, cuando miró desde la esquina de la calle a la plaza Mayor, llevando a Bebelle en sus brazos, estuviese allí el anciano Mutuel aireando su cintita roja. Se tomó un sinfín de trabajos para no tropezar con el digno caballero, y dedicó un tiempo y una astucia sorprendentes a meterse en sus habitaciones igual que si fuese perseguido por la justicia. Llegó por fin sin contratiempo a ellas, arregló a Bebelle, procurando atenerse con la mayor exactitud al recuerdo de lo que había visto hacer tantas veces en ese sentido al pobre cabo, y después de darle de comer y de beber, la acostó en su propia cama. A continuación

bajó disimuladamente a la barbería, y después de una corta entrevista con la esposa del barbero, y de echar mano a la bolsa y de la tarjeta de visitas, regresó a sus habitaciones con toda la vestimenta personal de Bebelle encerrada dentro de un hato muy pequeño que se perdía debajo de su brazo.

Como no se compaginaba con sus costumbres y su carácter el llevarse de allí a Bebelle de un modo solemne, ni el recibir felicitaciones o cumplidos por lo que hacía, consagró el día siguiente a sacar de la casa con habilidad y en secreto sus dos maletas, conduciéndose en todo como si fuera a fugarse, salvo en el detalle de pagar en la ciudad las pocas deudas que tenía, y en escribir una carta que pensaba dejar para *madame* Bouclet, incluyendo una suma de dinero que la compensaba por no haberle dado aviso con tiempo. A medianoche pasaría un tren, y en él se llevaría a Bebelle para buscar a Teófilo en Inglaterra y en donde estuviese su hija, a la que había perdonado.

A medianoche, luciendo la luna en el cielo, el señor Inglés salió subrepticiamente de sus habitaciones igual que un asesino inofensivo, llevando sobre su pecho a Bebelle en lugar de llevar un puñal. La plaza Mayor estaba en silencio, las calles siempre tranquilas estaban en silencio; los cafés, cerrados; sus bolas de billar, amontonadas e inmóviles; amodorradas las guardias y centinelas que estaban de servicio aquí y allí; hasta el insaciable apetito de los cobradores de impuestos de consumos se había calmado por algún tiempo a fuerza de sueño.

El señor Inglés dejó a sus espaldas la plaza, dejó atrás las calles, dejó atrás la ciudad habitada por los paisanos, y avanzó cuesta abajo por entre las fortificaciones de Vauban, que la rodeaban por todas partes. La sombra del primer paso abovedado y de la primera poterna cayó sobre él y quedó luego atrás; la sombra del segundo paso abovedado y de la segunda poterna cayó sobre él y quedó atrás; a sus pisadas huecas, al pasar el primer puente levadizo, siguieron otras de sonido más suave; a sus pisadas huecas, al pasar el segundo puente levadizo, siguieron otras de sonido más suave; al ir dejando atrás uno a uno los fosos de agua estancada, y al salir a lugares en que corrían las aguas, y en donde la luz de la luna brillaba, las sombras oscuras, los sonidos huecos y las corrientes dañinamente reprimidas de su alma fueron dominadas y quedaron en libertad. ¡Mirad, vosotros, Vaubans de vuestros propios corazones, que los rodeáis de triples murallas y fosos, de cerrojos, cadenas, barrotes y puentes levadizos! ¡Demoled esas fortificaciones, arrasadlas hasta el nivel del polvo que lo ha de absorber todo, antes que llegue la noche en la que nadie podrá trabajar!

Todo marchó admirablemente, se metió en un vagón vacío del tren, para poder acostar a Bebelle en el asiento, junto a él, como si la acostase en un sofá, cubriéndola de pies a cabeza con su capa. Acababa de colocarse, él también, para que todo quedase a punto, y acababa de recostarse en su asiento contemplándolo todo con gran satisfacción, cuando se dio cuenta de una extraña aparición en la ventanilla abierta del vagón…, una extraña aparición de cierta cajita fantasmal de hojalata que flotaba en la luz de la luna, y se quedaba allí en suspenso.

El señor Inglés se echó hacia adelante y sacó la cabeza por la ventanilla. ¡Allá abajo, entre los carriles, las ruedas y las cenizas de la locomotora, estaba *monsieur* Mutuel con su cintita roja y todo lo demás!

—Perdonadme, señor Inglés —dijo *monsieur* Mutuel alargando la cajita de rapé a todo lo que daba su brazo, porque el coche era muy alto y él muy bajo—; si vuestra mano tan generosa tiene la bondad de tomar una dedada en el momento de despedirnos, yo veneraré por siempre esta cajita.

El señor Inglés alargó el brazo fuera de la ventanilla antes de complacerle y (sin preguntar al anciano qué diablos le importaba a él) le dio un fuerte apretón de manos y de repente dijo:

—¡Adiós! ¡Que Dios os bendiga!

—¡Y que Dios os bendiga a vos, señor Inglés! —exclamó *madame* Bouclet, que también estaba entre los carriles, las ruedas y las cenizas—. ¡Y que Dios os dé como bendición la felicidad de la niña que habéis tomado bajo vuestra protección! ¡Y que Dios os bendiga en vuestra propia hija al llegar a vuestra casa! ¡Y que Dios os bendiga en vuestros propios recuerdos del pasado! ¡Y recibid esto de mi parte!

El señor Inglés tuvo apenas tiempo para tomar de mano de aquella señora el ramo de flores; el tren volaba ya cruzando la noche. El papel en que el ramo estaba envuelto llevaba esta valerosa inscripción (obra sin duda del sobrino, que tenía una letra de ángel): «Homenaje al amigo de la desamparada».

—¡No es mala gente, Bebelle! —dijo el señor Inglés, apartando un poco la capa de la cara dormida de la niña, para poder darle un beso—. Pero son tan…

Tan *sentimental* se sintió en aquel momento, que no pudo pronunciar esta palabra, y remató la frase únicamente con un sollozo, viajando durante varias millas a través de la luz de la luna, con la mano puesta delante de los ojos[9].

EL PAQUETE ENVUELTO EN PAPEL DE ESTRAZA

Pongámoslo por escrito antes de iniciar la primera arrancada, para que luego no andemos con dimes ni diretes.

Mis obras son muy conocidas. Soy un joven que se dedica al Arte. Habéis visto mis obras muchas veces, aunque me atrevo a apostar cincuenta mil contra uno a que no me habéis visto a mí. ¿Que no necesitáis verme? ¿Que os interesan mis obras y no yo? No lo digáis con tanto aplomo. Esperad un poco.

Esto que escribo lo examina un amigo mío pendolista de billetes, muy versado en literatura. Soy un joven que se dedica al Arte…, a las Bellas Artes. Habéis visto mis obras muchísimas veces, habéis sentido curiosidad por saber quién soy, y creéis que me conocéis. Pues bien, y que os sirva de norma segura: no me habéis visto jamás, no me veis jamás, y no me veréis jamás. Creo que hablo con claridad… y esto es lo que me deja turulato.

Si hay personaje público menospreciado, ése soy yo.

Cierto filósofo (cierto o incierto) ha hecho la observación de que el mundo no sabe nada de sus más grandes hombres. Si hubiese vuelto sus ojos hacia mí, lo habría afirmado de un modo todavía más rotundo. Podía haber dicho que, mientras el mundo sabe algo de aquellos hombres que en apariencia avanzan y triunfan, no sabe nada de los que realmente avanzan y no triunfan. Es el mismo pensamiento puesto en otra forma… y eso es lo que me vuelve turulato.

No es que sea yo el único que es víctima de una injusticia, sino que yo siento más vivamente las ofensas que se me hacen que las que se hacen a otra persona. Dedicándome, como ya he dicho, a las Bellas Artes, y no a la Filantropía, lo reconozco de lleno. En cuanto a los que me acompañan en la ofensa, aseguro que somos bastantes. ¿Quiénes son aquéllos a quienes aprobáis todos los días en las torturas de vuestros exámenes de competencia? ¿Aprobáis a los afortunados candidatos cuyas cabezas e hígados habéis trastornado para toda la vida? No, no aprobáis a ésos. A quienes aprobáis es a los empollones y a los que se han aprendido las contestaciones escritas por sus preparadores. Si el principio en que os basáis es correcto, ¿por qué no salís mañana por la mañana llevando sobre cojines las llaves de vuestras ciudades, con acompañamiento de músicos, banderas ondeando al viento, y leéis de rodillas solicitudes dirigidas a los empollones y a los que se saben de memoria las respuestas escritas, suplicándoles que se hagan cargo de esas llaves y que os gobiernen? Pues si volvemos la vista a vuestras empresas públicas de toda clase, a vuestros balances financieros y a vuestros presupuestos, ¡no sabe poco el público, a ciencia cierta, sobre quiénes son los que verdaderamente hacen todo eso! ¿Son vuestros aristócratas y vuestros ilustrísimos hombres de auténtica valía? Sí, lo mismo que un ganso es un ave de primera clase. Pero tened en cuenta esto que voy a

decir acerca del ganso; digo que si no lo cebáis, sufriréis una desilusión con el sabor natural de su carne.

¿Creéis acaso que yo estoy agriado porque no soy popular? Vamos a suponer que lo soy. Supongamos que mis obras atraen infaliblemente. Supongamos que arrastran de una manera invariable al público, lo mismo cuando se exhiben a la luz del día que con luz artificial. ¿Creéis que por eso se guardarán en alguna colección? No, no se guardan; no se guardan en ninguna colección. ¿Que se registra su derecho de propiedad? No, ni siquiera eso se registra. ¿Pero irán a parar a alguna parte? Otro error, muchas veces no van a parar a ninguna parte.

Diréis: «Amigo mío, sea como sea, estáis regañón». Os contesto que ya me he presentado como personaje público sobre quien recae un injusto menosprecio, lo cual explica plenamente el que se arrequesone la leche de esa nuez de coco.

Quienes están familiarizados con Londres saben que existe un lugar en el lado del río Támesis en que se encuentra Surrey, llamado el Obelisco, o, más generalmente, el Obstáculo. Los que no están familiarizados con Londres lo saben también, desde el momento en que acabo de nombrarlos. Mi casa no cae lejos de ese lugar. Yo soy un joven de tan buen contentar que permanezco tumbado en la cama hasta que se hace absolutamente necesario levantarse y ganar algún dinero, hecho lo cual me tumbo otra vez hasta que lo he gastado.

En una de estas ocasiones en que tuve que echarme a la calle pensando en la comida, me encontré, ya anochecido, paseando por la carretera de Waterloo, en compañía de un amigo y compañero de hospedaje, que trabaja en la profesión de instalador de gas. Es un compañero excelente, ha trabajado en los teatros, y tiene algo de teatral; su ambición es presentarse en el personaje de Otelo; no sé si será porque sale siempre de su trabajo ordinario con la cara y las manos más o menos ennegrecidas.

—Tomás —me dice él—, ¡qué atmósfera de misterio os rodea!

—Sí, señor Click —los demás de la casa suelen llamarlo generalmente por su nombre y apellido, porque vive en el primero, ventana a la calle, con las habitaciones alfombradas, y los muebles suyos, muebles que si no son de caoba son una imitación que puede pasar por tal—, sí, señor Click, hay un misterio en torno mío.

—Y que, por lo visto, os trae abatido, ¿no es así? —me pregunta, mirándome de soslayo.

—Sí, señor Click, ese misterio está acompañado de determinados detalles que producen abatimiento —contesto dejando escapar un suspiro.

—¿Os da también un puntito de misantropía, verdad? —dice él—. Pues veréis, y hacedme caso. Sí yo fuese vos, me lo quitaría de encima.

—Y yo también, si fuese vos, señor Click; pero, si vos fueseis yo, no os lo quitaríais.

—¡Hola! Eso que decís tiene miga.

Seguimos paseando, y un poco más allá reanudó el tema tocándome con el dedo

en el pecho.

—Mirad, Tomás; me parece, empleando las palabras del poeta que escribió el drama nacional de El Extranjero, que tenéis ahí una pena silenciosa.

—La tengo, señor Click.

—Tomás, yo espero —y bajó la voz en tono amistoso— que no se tratará de falsificación de moneda ni asalto con rotura, ¿verdad?

—No, señor Click. No paséis cuidado.

—¿Y tampoco será falsifi…? —el señor Click se contuvo, y agregó—: Quiero decir contrahacer algo, por ejemplo.

—No, señor Click, yo trabajo honradamente en la profesión artística, en las Bellas Artes, y no puedo decir nada más.

—¡Ah! ¿Estamos entonces bajo una especie de estrella maligna? ¿Bajo una especie de dañino sortilegio? ¿Bajo una especie de destino lúgubre? ¿Hay un cáncer que roe en secreto vuestras partes vitales, según yo deduzco? —preguntó el señor Click, contemplándome con cierta admiración.

Le dije al señor Click que, puesto a concretar, había algo de eso; y me pareció que se mostraba bastante orgulloso de mí.

Nuestra conversación nos llevó hasta un numeroso grupo de gente, que pugnaba en su mayor parte por conseguir colocarse en primera fila para ver algo que había en la acera; este algo resultó ser varios dibujos ejecutados con tiza de diversos colores sobre las losas; los dibujos estaban iluminados por dos velas, embutidas en una base de barro. Los temas de los dibujos eran: la cabeza y el cuello de un salmón fresco, que el dibujante había recibido poco antes de la pescadería; una noche de luna en el mar (dentro de un círculo); caza muerta; siluetas; cabeza de un ermitaño canoso en devota contemplación; cabeza de un perro pachón fumando en pipa; y un querubín, con las carnes enrosquilladas como las de un niño, y que volaba horizontalmente contra el viento para ir a cumplir una misión.

Yo encontré que aquellos trabajos estaban hechos de una manera exquisita.

De rodillas, y a un lado de su exposición, había un hombre desaseado, de apariencia modesta, que temblaba de frío horriblemente (aunque no hacía, ni mucho menos, frío); estaba ocupado en este momento en limpiar la luna del polvo de la tiza, soplando en ella, en entonar el perfil de la parte posterior de la cabeza del ermitaño con un pedacito de cuero, y en dar mayor grosor al perfil de una o dos letras de lo escrito. Me he olvidado de mencionar que los rótulos formaban parte de la composición, y que, a mi entender, también las letras estaban dibujadas de un modo exquisito; decían, en fina letra redondilla, lo que sigue: «La obra más noble de Dios es un hombre honrado. 1 2 3 4 5 6 7 8 9 0. £, ch, p. Se solicita humildemente un empleo en una oficina. Honrad a la reina. El hambre es 0 9 8 7 6 5 4 3 2 1 una espina dolorosa. ¡Zis zas, plis plas, tiroliro, li la! Astronomía y matemáticas. Hago esto para dar de comer a mi familia».

Corrió por la multitud un rumor de admiración ante la extraordinaria belleza de

aquellas obras. El artista, una vez acabados los retoques (y después de estropear los dibujos retocados), se sentó en la acera, con las rodillas levantadas hasta casi tocarle la barbilla; y empezaron a sonar en el suelo los tintineos de monedas de medio penique.

—¡Qué pena da ver a un hombre de ese talento venido tan a menos! ¿No os parece? —me dijo uno de la multitud.

—¡Con lo que ese hombre podría hacer en pintura de coches o decorado de casas! —contestó otro hombre, recogiendo la observación de aquél, en vista de que yo no me daba por enterado.

—Pero si escribe (dejando aparte lo demás) ¡mejor que el lord canciller! —dijo otro.

—Escribe mejor. Y lo digo porque conozco su escritura. El canciller no habría ganado escribiendo para mantener a su familia.

Una mujer alabó entonces lo sedoso de los cabellos del ermitaño, y otra, amiga de la primera, dijo que las agallas del salmón estaban que parecía que respiraban. A continuación, un caballero campesino ya entrado en años se adelantó y preguntó al artista modesto cómo ejecutaba su trabajo. Y el hombre modesto sacó de sus bolsillos algunos paquetitos de colores envueltos en papel de estraza, y se los mostró. Y luego, un borrico de cara rubicunda, cabello blondo y gafas, le preguntó si la cabeza del ermitaño era un retrato del natural. Y a esto contestó el hombre modesto, dirigiendo al preguntón una mirada lastimera, que hasta cierto punto era un recuerdo de la cabeza de su padre. Esto arrancó a un muchacho este ladrido:

—¿Y el perro pachón que fuma en pipa es vuestra madre?

Pero un simpático carpintero que iba cargado con la cesta de herramientas, lo echó inmediatamente de allí.

A cada nueva pregunta u observación, la multitud se echaba hacia adelante con mayor interés, y dejaba caer los medios peniques en mayor abundancia; el hombre modesto los recogía también con mayor mansedumbre. Por último, se adelantó otro caballero de alguna edad, y le entregó al artista su tarjeta, para que se presentase al día siguiente en su escritorio a fin de hacer algunas copias. Acompañó la tarjeta con seis peniques, y el artista dio pruebas de profundo agradecimiento; antes de guardar la tarjeta en el sombrero la leyó varias veces a la luz de las velas para grabar bien la dirección en su memoria, por si se le perdía aquélla. La muchedumbre siguió con profundo interés este último incidente, y un hombre que estaba en la segunda fila, y que hablaba con voz ronca, le gruñó al artista:

—¡Ya tenéis una oportunidad en la vida! ¿Verdad que sí? El artista le contestó (aunque oliscando con muestras de pesimismo):

—Me alegraré de que así sea.

A esto contestó un coro general de «Ya habéis salido de apuros», y los medios peniques empezaron a caer cada vez en menor cantidad.

Sentí que me tiraban del brazo, y poco después el señor Click y yo nos

encontrábamos solos en la esquina del próximo cruce.

—Pero, Tomás, ¡qué expresión de cara más horrenda se os ha puesto! —dijo el señor Click.

—¿Que se me ha puesto? —dije.

—¿Que si se os ha puesto? —contestó él—. ¡Si parecía que estabais pidiendo su sangre!

—¿La sangre de quién?

—Del artista.

—¿Del artista? —repetí.

Y rompí a reír frenéticamente, como un loco, con una risa lúgubre, incoherente, desagradable. Tengo la sensación de que mi risa era así. Lo sé.

El señor Click se me quedó mirando como asustado, pero no dijo nada hasta que llegamos a la otra calle. Entonces se paró en seco, y me dijo, agitando con gran excitación su dedo índice:

—Tomás, creo indispensable deciros lo que siento. No me gustan los hombres envidiosos. Ya he identificado el cáncer que os roe las entrañas, Tomás. Es la envidia.

—¿De veras? —le dije.

—Sí, es la envidia —me contestó—. ¡Cuidado con la envidia, Tomás! Es el monstruo de ojos verdes que jamás ayudó a sacar partido de las horas radiantes, sino todo lo contrario. A mí me asustan los hombres envidiosos, Tomás. Confieso que me inspira miedo el hombre envidioso cuando lo es tanto como vos. Mientras contemplabais las obras de aquel rival vuestro bien dotado, y mientras escuchabais los elogios que de él hacía la gente, vuestra cara tomó una expresión de malevolencia aterradora. Tomás, yo había oído hablar de las envidias que reinan entre los que practican las Bellas Artes, pero jamás creí que pudiera llegar hasta donde llega la vuestra. Os deseo buena suerte, pero me veo obligado a despedirme de vos. Y si un día os encontráis en apuros por haber acuchillado (o dado garrote) a otro hermano en el arte (y yo creo que llegaréis a eso), no me citéis como testigo de vuestra buena conducta, Tomás, porque no tendría más remedio que perjudicar vuestra causa.

El señor Click se despidió de mí con estas palabras, y rompimos nuestras relaciones.

Me enamoré. Ella se llamaba Enriqueta. Venciendo mi manera comodona de ser, me levanté muchas veces de la cama para seguirla. También ella vivía en los alrededores del Obstáculo, y yo abrigué la ardiente esperanza de que no se interpusiese nadie en el camino de nuestra unión.

Decir que Enriqueta era voluble es lo mismo que decir que era mujer. Decir que trabajaba de sombrerera equivale a expresar que el gusto que sentía por el adorno de su persona era la condición predominante en ella.

Aceptó que yo la acompañase. Permítaseme hacerle la justicia de manifestar que me aceptó a prueba.

—No estoy —me dijo Enriqueta— todavía dispuesta a miraros bajo otra luz,

Tomás, que la de amigo; y como amiga acepto pasear en vuestra compañía, en la confianza de que quizá de ello deriven más tiernos sentimientos.

Paseamos juntos.

Bajo la influencia de las seducciones de Enriqueta, empecé a levantarme de la cama todos los días. Seguí mi profesión con una habilidad desconocida antes en mí, y quienes están familiarizados con las calles de Londres tuvieron por fuerza que observar que había en ellas una cantidad mayor de obras de arte. Pero ¡callemos! ¡Todavía no ha llegado el momento!

Cierto anochecido del mes de octubre me paseaba con Enriqueta, gozando de la fresca brisa que airea el puente de Vauxhall. Al cabo de algunas vueltas, durante las cuales Enriqueta bostezaba con frecuencia (tan inseparable de la naturaleza femenina es el amor a lo bullicioso), ella me dijo:

—Vayamos a casa pasando por Grosvenor Place, Piccadilly y Waterloo, lugares (lo digo para que lo sepan los forasteros y los extranjeros) muy conocidos de Londres, y el último de ellos un puente.

—No. Por Piccadilly, no. Enriqueta —le contesté.

—¿Y por qué precisamente no ha de ser por Piccadilly? —dijo ella.

¿Podía yo decirle la verdad? ¿Podía yo exteriorizar los lúgubres presentimientos que me ensombrecían? ¿Podría hacérselo entender? No.

—No me gusta Piccadilly, Enriqueta.

—Pero a mí, sí —contestó—. Como está ya oscuro, las largas filas de los faroles encendidos de Piccadilly hacen un efecto muy hermoso. Yo, al menos, pasaré por Piccadilly.

Fuimos, como es natural. La temperatura de la noche era agradable, y las calles rebosaban de gente. Sin llegar a fría, ni a húmeda, la noche invitaba a moverse. Permítaseme que haga notar, sombríamente, que era una noche ideal PARA EL NEGOCIO.

Cuando pasábamos a lo largo del muro del jardín del Palacio Real, en dirección a Grosvenor Square, murmuró Enriqueta:

—¡Quién fuera reina!

—¿Para qué, Enriqueta?

—Para poder hacer de ti un personaje —dijo, al mismo tiempo que cruzaba ambas manos sobre mi brazo y volvía la cabeza hacia otro lado.

Juzgando por esto que aquellos sentimientos más tiernos de que había hablado en otra ocasión empezaban a manifestarse, adapté mi conducta a esa creencia. Y de ese modo feliz llegamos hasta la odiosa calle de Piccadilly. A su derecha hay una hilera de árboles, la verja del Green Park y un ancho espacio de acera que da mucho de sí.

—¡Vaya! —exclamó de pronto Enriqueta—. ¡Ha ocurrido un accidente!

Miré hacia la izquierda y dije:

—¿Dónde, Enriqueta?

—¡Ahí no, estúpido! —contestó ella—. Allí, junto a la verja del parque, donde se

amontona la gente. ¡Oh, no; no ha sido un accidente! Es que se exhibe algo allí. ¿Qué objeto tienen esas velas encendidas?

Se refería a las dos velas encendidas que se veían oscilar a poca altura del suelo, por entre las piernas de la concurrencia. Eran dos velas puestas en el suelo.

—¡Vamos hasta allí! —exclamó Enriqueta, tirando de mí y cruzando a saltitos la calle; yo tiraba en sentido contrario, pero en vano—. ¡Veamos qué es!

Eran, también ahora, dibujos sobre la acera. Parte central, el monte Vesubio lanzando lava (en un círculo), y en su base cuatro particiones ovaladas, representando un barco en una tormenta, una pierna de carnero acompañada de dos cohombros, un campo de mieses doradas con la casita del propietario al fondo y un cuchillo y un tenedor de tamaño natural; encima de la división central, un racimo de uvas, y por encima de todo un arco iris. Todo estaba ejecutado, a mi modo de ver, de una manera exquisita.

El hombre que cuidaba de todas aquellas obras de arte era, si se exceptúa su pobre vestimenta, completamente distinto del otro personaje. Todo su aspecto y sus maneras denotaban vivacidad. Aunque su ropa estaba raída, demostraba a la muchedumbre que la pobreza no había abatido su espíritu, ni ponía nota alguna de sonrojo en su honrado esfuerzo por sacar algún provecho de su talento. Los rótulos escritos que formaban parte de su obra se hallaban también concebidos en un tono amistoso. En ellos se expresaban los siguientes sentimientos: «Quien ha escrito esto es pobre, pero no desespera. Hace un llamamiento 1 2 3 4 5 6 7 8 9 0 al público £ ch. p. británico. ¡Gloria a nuestro valeroso ejército! ¡Y también 0 9 8 7 6 5 4 3 2 1 a nuestra heroica marina! ¡BRITANICOS, EN MARCHA; el A B C D E F G que esto ha escrito agradecería un trabajo conveniente HACIA VUESTRA PATRIA! ¡HURRA!». A mí me pareció que aquellos escritos estaban hechos en conjunto de una manera exquisita.

Pero aquel hombre, lo mismo que el otro, aunque parecía trabajar con gran ahínco manejando papeles de estraza y difuminos, no hacía otra cosa que dar un poco más de grosor al perfil de ésta o de aquella otra letra, soplar el polvillo de tiza de encima del arco iris o suavizar la línea exterior de la pierna de carnero. A pesar de que realizaba estos menesteres con la mayor desenvoltura, me pareció a mí que lo hacía con tal torpeza, y que echaba de tal manera a perder el dibujo donde ponía la mano, que cuando empezó a manipular en el humo color morado de la lejana casita del propietario del campo de mieses doradas (un humo de una suavidad admirable) grité sin darme cuenta:

—Dejad estar eso, ¿queréis?

—¡Vaya! —dijo el individuo que tenía a mi lado entre la multitud, apartándome de él con un violento codazo—. ¿Por qué no enviasteis un telegrama? Si hubiésemos sabido que ibais a venir, habríamos dispuesto para vos un trabajo mejor hecho. ¿Qué? ¿Tenéis la pretensión de saber cómo se hace ese trabajo mejor que su autor? ¿Habéis hecho ya vuestro testamento? Porque sois demasiado inteligente para vivir mucho tiempo.

El hombre que retocaba los dibujos artísticos me miró con un guiño, y dijo a mi interlocutor:

—No tratéis con dureza a ese caballero, señor; quizá sea él también un artista. Y en ese caso, sentirá hacia mí un afecto de camarada cuando yo… —y conforme iba hablando acompañaba la acción a la palabra, y entre retoque y retoque daba una alegre palmadita, yendo y viniendo constantemente de un lado al otro de la pintura—, cuando yo suavizo el color de mis uvas…, aclaro el amarillo de mi arco iris…, refuerzo la letra I de británicos…, doy unas pinceladas de amarillo a mis cohombros…, esbozo otro pedacito de grasa en mi pierna de carnero…, agrego el zigzagueo de otro relámpago a mi barco en peligro…

Y parecía hacer todo aquello con tanta limpieza, y tan al desgaire, que los medios peniques empezaron a llover.

—¡Gracias, público generoso, gracias! —decía el profesor—. Con eso me estimuláis a que haga obras de mayor alcance. Todavía ha de figurar mi nombre en el catálogo de los pintores británicos. Si encuentro ayuda, llegaré a cosas mucho más perfectas. Llegaré con toda seguridad.

—Vos no mejoraréis jamás ese racimo de uvas —dijo Enriqueta—. ¡Qué uvas, Tomás, qué uvas!

—¿Mejorar eso, señora mía? Confío en que llegue el momento de que yo no pinte otra cosa que esos ojos luminosos y esa boca, copiados del natural.

—Tomás, ¿se te ha ocurrido a ti eso alguna vez? Pero llevará mucho tiempo el pintarla con esa perfección —contestó Enriqueta, sonrojándose.

El joven, retocando con elegancia las uvas, dijo:

—Estuve aprendiendo a pintarlas, señorita, en las bodegas de España y Portugal, durante mucho tiempo y dos años más.

Estallaron risas entre la concurrencia; otro individuo que se había abierto paso hasta colocarse a mi lado, me dijo:

—Es, además, un mozo simpático, ¿verdad que sí?

—¡Y qué ojos tiene! —exclamó Enriqueta en voz baja.

—¡Si no los tuviera no pintaría eso! —contestó mi vecino.

—Si no los tuviera muy buenos no habría podido pintar a aquel hombre —prosiguió el individuo.

No sé cómo, se había impuesto a todos como autoridad en la materia, y todos miraron a su dedo índice cuando apuntó hacia el Vesubio.

—Para conseguir ese efecto en medio de una iluminación, general habría que tener muy buenos ojos; pero conseguirlo con dos cabos de vela…, ¡es como para quedarse ciego!

Y aquel impostor, fingiendo no oír lo que se decía, me miraba ahora y me guiñaba con los dos ojos, como si el esfuerzo que tenía que hacer fuese excesivo; luego se echó hacia atrás el pelo, que llevaba muy largo, como para refrescar su frente. Yo le estaba viendo hacer, cuando Enriqueta me cuchicheó:

—¡Tomás, pero qué cara más horrible se te ha puesto! —y me sacó de allí tirándome del brazo.

Recordando las palabras del señor Click, contesté lleno de confusión:

—¿Qué quieres decir con que se me ha puesto cara horrible?

—¡Santo Dios! —dijo Enriqueta—. ¡Si parecía que estuvieses pidiendo su sangre!

Iba ya a contestarle: «¡Sí, por dos peniques me la bebería… de su nariz!», pero me contuve y me callé.

Regresamos a casa en silencio. A cada paso que dábamos en el camino, la marea de sentimientos más dulces iba bajando a veinte millas por hora. Adaptando mi conducta al reflujo, como la había adaptado al flujo, dejé caer mi brazo a lo largo del cuerpo, de modo que le fuese difícil agarrarse a él, y me despedí de ella con un buenas noches tan frío, que no creo salirme de los límites de la verdad diciendo que eran como una escofina.

En el transcurso del siguiente día recibí el siguiente documento:

«Enriqueta informa a Tomás que se le han abierto los ojos para conocerlo. No puedo menos de desearos buena suerte, pero entre el pasear y nosotros se ha abierto un abismo. Un hombre que tan dañina envidia siente de quienes le son superiores (¡oh cómo lo mirasteis!) no puede llevar jamás, jamás, a

Enriqueta.

P. D. - Al altar».

Después de recibir esta carta, y dejándome llevar de mi carácter comodón, me acosté para una semana. Y durante todo ese tiempo se vio Londres privado del fruto de mi labor. Cuando la reanudé, supe que Enriqueta se había casado con el artista de Piccadilly.

¿Dije con el artista? ¡Oh palabras crueles, que expresan un irritante vacío y una burla amarga! Yo…, yo…, yo… soy el artista. Yo era el auténtico artista de Piccadilly, yo era el verdadero artista de la carretera de Waterloo, yo soy único artista de todos esos trabajos artísticos que despiertan de día y de noche vuestra admiración. Yo los hago y los vendo. El individuo de los paquetitos de tiza y de los difuminos, el que retoca los perfiles gruesos de las letras y suaviza la tonalidad del salmón, el hombre a quien elogiáis, el hombre a quien dais vuestro dinero no hace sino alquilarme (¡y no me caigo muerto al confesarlo!) esas obras de arte, y no pone más que los cabos de vela.

Ésa es la suerte del genio en un país comercial. Yo soy el hombre que castañetea de frío, yo no soy quien se hace el simpático, yo no soy el que pide empleo en una oficina; yo no hago más que idear y ejecutar el trabajo. Por eso no me veis jamás; creéis que me estáis viendo a mí, cuando en realidad estáis viendo a otro, y ese otro es un simple tipo comercial. El que vimos el señor Click y yo en la carretera de

Waterloo no es capaz de escribir sino una sola palabra y ésta porque se la enseñé yo: la palabra *multiplicación*, que le veréis escribir en sentido inverso, porque no sabe escribirla del modo normal. El que vimos Enriqueta y yo junto a la verja del Green Park no sabe hacer otra cosa que borronear las dos extremidades del arco iris con el puño de la camisa y un difumino (y eso cuando le exigen que ejecute alguna de sus habilidades a la vista del público); pero aunque le fuese en ello la vida sería incapaz de pintar el arco iris, como la luna, el pez, el volcán, el naufragio, el carnero, el ermitaño o cualquier otro de esos temas tan celebrados.

Para terminar como empecé: si hay algún personaje público menospreciado, ése soy yo. Y por muy a menudo que hayáis visto, estéis viendo o veáis en adelante mis obras, apuesto cincuenta mil contra una a que no me veréis jamás a mí, como no sea que os fijéis, cuando las velas se hayan consumido y el tipo comercial se haya marchado, en un joven mal vestido que borra con gran empeño los últimos restos de las pinturas para que nadie pueda rehacerlas. Ese soy yo[10].

SU MARAVILLOSO FINAL

Ya se habrá comprendido a estas horas que yo vendí los escritos anteriores. Por el hecho de aparecer impresos en estas páginas habrá ya deducido el lector (¿se me permite agregar «el simpático lector»?) que se los vendí a uno que jamás hasta ahora[11]…

Habiendo colocado los manuscritos en muy buenas condiciones (¿no podía decirse, cuando inicié negociaciones con este periódico, que me ponía en manos de otro que…?[12]) reanudé mis ocupaciones habituales. Pero no tardé en descubrir que la paz del espíritu había huido de una cabeza de la que el tiempo sólo se había llevado el pelo hasta entonces, dejando dentro de ella una cavidad serena.

Sería inútil querer disimularlo; la cabeza a la que aludo es la mía.

Sí, la intranquilidad se posó en aquella cabeza, como las alas negras del pájaro de la fábula…, al que identificarán con seguridad todos los individuos de sano juicio. Si no es así, el tiempo apremia de tal manera, que me es imposible entrar en más detalles. El pensamiento de que es inevitable que estos escritos vayan a salir ahora en letras de molde, y que acaso viva él todavía y caigan en sus manos, pesa sobre mi desalentado ser como la Bruja de la Noche. Perdí la elasticidad de mis buenos ánimos fue inútil que recurriese a la botella, lo mismo a la del vino que a la de medicinas. A ambas recurrí y su efecto sobre mi organismo fue de abatimiento y descaecimiento.

Hallándome, cierta mañana del último noviembre, en este estado de depresión, en el que había caído desde que empecé a revolver en mi cabeza qué era lo que yo podría decirle a él, al desconocido, si éste aparecía en el café y pedía una reparación, sufrí un vuelco del corazón que parecía haberme sido dado al unísono por las manos del Destino y de la conciencia. Me encontraba solo en el café, y acababa de atizar el fuego hasta convertirlo en una llama; me había quedado de espaldas a la chimenea, para ver si el calor penetraba hasta mi interior y ejercía un efecto calmante sobre la voz interna, cuando se me presentó delante un joven cubierto con una gorra; su expresión era inteligente, aunque necesitaba un buen corte de pelo.

—¿Sois el señor Cristóbal, el camarero en jefe?

—El mismo.

El joven apartó de delante de los ojos el cabello que le obstaculizaba la visión, sacó del pecho un paquete y, entregándomelo, dijo con una mirada radiante (¿o me lo figuré yo?) fija en mí:

—Las pruebas.

Aunque me daba en las narices el olorcillo de los faldones de mi frac chamuscándose en el fuego, no tuve fuerzas para retirarlos. El joven puso el paquete en mis manos vacilantes, y repitió con cortesía (quiero ser justo con él):

—Las pruebas A. D. A,

Y, sin más, se retiró.

¿A. D. A.? ¿Antes *De* Abrir? ¿Sería esto lo que significaban las iniciales? ¿O querrían decir Audaz, Desvergonzado, Atrevido?

Abrí el paquete, y me encontré con que se trataba de los anteriores manuscritos, impresos ya tal cual el lector (¿se me permite que diga el inteligente lector?) los está leyendo. Era en vano que una voz me cuchichease que A. D. A. (es decir, «Alrededor Del Año») no podía anular las pruebas. Las pruebas. ¡Qué palabras más apropiadas! ¡Las pruebas de que yo había vendido los manuscritos!

Mis angustias crecían día a día. Yo no había pensado en el riesgo que corría, y en que daba mi nombre audazmente a los cuatro vientos, hasta que la cosa estuvo hecha y los escritos en la imprenta. Me era imposible devolver el dinero, deshacer el trato y evitar que se publicasen. Mi familia se hallaba en situación necesitada, las Navidades estaban encima, no era posible dejar abandonados a un hermano en un hospital y a una hermana con reuma. Y no eran únicamente los *en* y los *con* los que habían disminuido los recursos de un camarero sin ayudas de nadie; también eran bastante los *sin*. Un hermano sin empleo, otro hermano sin dinero para hacer frente a un vencimiento, otro más sin juicio y otro sin nada a qué agarrarse en Nueva York (dos hermanos distintos, aunque parezca que se trata de uno solo); y entre todos ellos me habían puesto en un aprieto, hasta que pudiese desenvolverme. Mis meditaciones tomaban cada vez un cariz más negro, pensando constantemente en las pruebas, y en que cuando se acercase aún más la Navidad, y éstas se publicasen, no tendría yo ni un solo instante de seguridad, porque podía presentárseme en el café y exigir sus derechos a la faz del día y del país.

Y ahora se acerca rápidamente la impresionante e inesperada catástrofe sobre la que llamé vagamente la atención del lector (¿agregaré que del lector de gran preparación intelectual?) en mis primeras observaciones.

Nos hallábamos todavía en el mes de noviembre, pero hacía tiempo ya que habían dejado de oírse los últimos ecos de los Guy Fawkes. Nuestros negocios andaban flojos, varias muescas por debajo de la marca corriente; y, como es natural, también andaba floja la venta de vinos. Tan flojo andaba todo, que llegó un día en que los ocupantes de las camas números 26, 27, 28 y 31, hecha su comida de las seis de la tarde, y después de dormitar frente a sendas pintas de vino, se marcharon en sus respectivos coches de alquiler a sus respectivos trenes correos nocturnos, quedando nuestra casa sin huésped alguno.

Yo había llevado el periódico de la tarde a la mesa número 8 (que es abrigada y la más preferida de todas), después de lo cual, absorto en todos los asuntos del día, había caído en un sueñecito. Fui despertado por la conocida voz de «¡Camarero!», y al contestar yo «¡Señor!», me encontré con un caballero en pie junto a la mesa número 4. Tenga la amabilidad el lector (¿se me permitirá agregar «el lector perspicaz»?) de fijarse en el número de la mesa del caballero… *la mesa número 4.*

Tenía en la mano uno de esos nuevos sacos de mano con garras y que no se hunden (de los que soy enemigo, porque, hablando de venirse abajo, no veo por qué se ha de sostener uno rígido, siendo así que vuestros padres antes que vos se vinieron abajo), y me dijo:

—Quiero cenar, camarero. Esta noche dormiré aquí.

—Muy bien, señor. ¿Qué deseáis que se os sirva?

—Sopa, un poco de bacalao, salsa de ostras y una ración de ave.

—Seréis servido, señor.

Toqué la campanilla para llamar a la doncella; y la señora Pratchett entró de acuerdo con la costumbre, llevando muy seria una palmatoria con la vela encendida, como si fuese la primera persona de un largo cortejo público cuyos miembros restantes no se veían.

Mientras tanto, el caballero se había acercado a la chimenea, colocándose delante del fuego y apoyando la frente en la repisa de aquélla (que es baja, con lo que su actitud parecía la de un chico jugando *A la una, andaba la mula*), y dejó escapar en esa postura un suspiro tremendo. Sus cabellos eran largos y de color bastante claro; cuando apoyó la frente en la repisa de la chimenea, le cayeron sobre los ojos como plumón pulverulento; después, cuando dio media vuelta y levantó de nuevo la cabeza, le cayeron como plumón pulverulento encima de las orejas. Esto le dio un aspecto selvático, parecido al de un brezal cuando sopla sobre él una ráfaga de viento.

—¡Ah! ¡Es la doncella! —se veía que andaba revolviendo algo en su mente—. ¡Claro que sí! Desde luego. No subiré ahora al cuarto si me hacéis el favor de llevar mi saco de mano. Me basta por ahora con saber el número de mi habitación. ¿Podéis darme el veinticuatro B?

¡Oh conciencia, que víbora astuta eres!

La señora Pratchett le reservó la habitación que pedía, y se llevó a ella el saco de mano. Entonces el huésped volvió a colocarse delante del fuego, y se dedicó a morderse las uñas.

—¡Camarero! —entre palabra y palabra se daba un mordisco—. Dadme —mordisco— pluma y papel; y dentro de cinco minutos —mordisco— enviadme por favor —mordisco— un —mordisco— mensajero.

Sin hacer caso de que se enfriaba la sopa, escribió y despachó seis notas antes de tocar la comida. Tres eran para la City; tres para el West-End. Las cartas de la City estaban destinadas a Cornhill, Ludgate Hill, y Farringdon Street. Las cartas para West-End eran para Great Marlboroush Street. New Burlington Street y Piccadilly. En todos estos sitios negaron sistemáticamente que estuviesen los destinatarios, y el mensajero regresó sin contestación alguna. Nuestro muchacho de la puerta vino a notificarme el resultado, y me cuchicheó:

—Todos libreros,

Pero para entonces, ya el huésped había dado cuenta de la cena y de la botella de vino. Después de esto (¡compárese el hecho con los detalles de la factura que he dado

anteriormente en toda su extensión!) tiró con el codo, en un momento de agitación, un plato de bizcochos fuera de la mesa (aunque sin rotura), y pidió aguardiente con agua hirviendo.

Convencido yo de que se trataba del desconocido en persona, rompí a sudar con la máxima intensidad. Cuando el desconocido entró en calor, gracias al estimulante del que acabo de hablar, volvió a pedir pluma y papel, y pasó las dos horas siguientes en llenar cuartillas que, cuando estuvieron escritas, tiró al fuego. A continuación subió a su cuarto, acompañado por la señora Pratchett. Esta señora (que estaba enterada de mis emociones) me contó al bajar que le había visto mirar por todos los rincones de los pasillos y de la escalera, como si buscase su equipaje, y que, cuando ella se volvió, en el momento en que cerraba la puerta del cuarto 24 B, lo vio que, después de quitarse la chaqueta, se metía debajo de la cama, lo mismo que un deshollinador por la chimenea antes de aplicar la maquinaria.

Paso por alto los horrores de aquella noche. El siguiente día hubo en nuestra parte de Londres una gran niebla, hasta el punto de que fue indispensable encender las luces de gas del café. Estábamos todavía solos; por muy febriles que fuesen mis palabras, no representarían lo fantástico del aspecto del huésped cuando se sentó ante la mesa número 4, con la agravante de que el contador del gas parecía estar descompuesto.

Después de dar órdenes para la comida, se marchó y permaneció fuera durante casi dos horas. A su regreso preguntó si había llegado alguna contestación a sus cartas; al contestarle con una rotunda negativa, pidió en el acto una sopa de buey muy salpimentada, pimentón y aguardiente de naranja.

Convencido yo de que se acercaba el momento de la lucha mortal, quise estar a su misma altura, y para ello decidí tomar todo lo que él tomase. Detrás de mi mampara, pero sin perderlo de vista por encima de la cortina, ataqué en consecuencia la sopa de buey, el pimentón y el aguardiente de naranja. Más tarde, cuando él dijo «aguardiente de naranja», yo dije lo mismo por lo bajo a Jorge, mi segundo ayudante (porque el primero estaba ausente o con permiso), que es quien actúa de intermediario mío con el bar.

El desconocido paseó constantemente por el café durante todo aquel horrible día. Muchas veces se acercaba a mi mampara, y entonces su mirada examinaba el interior de ésta, buscando evidentemente en ella algún rastro de su equipaje. Dieron las seis y media, y le puse la mesa. Pidió una botella de cerveza vieja negra. Mandé pedir para mí lo mismo. Él se bebió su botella. Yo me bebí la mía, vaso a vaso, al compás suyo (hasta donde me lo permitían mis obligaciones). Para final, pidió café y un vasito de licor. Yo finalicé también con café y un vasito de licor. Él se amodorró. Yo me amodorré. Por último se oyó el «¡Camarero!», y pidió la cuenta. Era el momento indicado para que ambos nos agarrásemos en la lucha mortal.

Rápido como la saeta lanzada del arco, yo había tomado mi resolución; en otras palabras, le había dado forma a martillazos entre nueve y nueve. Esa decisión mía

consistía en ser yo el primero que abriese la conversación, reconociendo plenamente lo hecho y ofreciéndome a cualquier arreglo gradual dentro de mis posibilidades.

Él pagó su cuenta (con una propina decorosa) y mientras tanto sus ojos buscaban por todas partes algún rastro de su equipaje. Una sola vez se cruzaron nuestras miradas, con la brillante fijeza del bien conocido basilisco. (Creo correcto el aplicarle esta comparación, ¿no es cierto?). Había llegado el momento decisivo.

Con mano regularmente firme, pero con humildad, puse ante él las pruebas.

—¡Santo Dios! ¿Qué es esto? ¡Impreso! —exclamó, poniéndose en pie de un salto y agarrándose los cabellos.

—Señor —contesté con voz serena, haciendo una inclinación—, reconozco humildemente que he sido yo el causante desafortunado de este hecho. Pero confío, señor, en que cuando os haya explicado las circunstancias, y la inocencia de mis propósitos…

Con gran asombro mío, me cortó la palabra cogiéndome entre sus dos brazos y apretándome contra su esternón; confieso que mi cara (y en especial mi nariz) sufrieron alguna molestia pasajera porque llevaba su chaqueta abotonada hasta arriba con botones de una dureza extraordinaria.

—¡Ajajá! —exclamó, soltando el abrazo con una risa desatinada y estrujándome la mano—. ¿Cómo os llamáis, bienhechor mío?

—Me llamo Cristóbal, señor; espero que, como tal, cuando hayáis oído mis expli… —yo estaba encogido y sin saber qué decir para justificarme.

—¡Impresos! —exclama de nuevo, revolviendo las pruebas una y otra vez como si se estuviese bañando en ellas—. ¡Impresos! ¡Oh filántropo Cristóbal! Todo es poco para recompensaros… ¿Qué cantidad de dinero os parecería razonable?

Yo había dado un paso atrás, porque de otro modo lo habría pasado otra vez mal con sus botones.

—Señor, os aseguro que estoy ya bien pagado, y que…

—¡De ninguna manera, Cristóbal! ¡No habléis así! ¿Qué cantidad de dinero os parecería aceptable, Cristóbal? ¿Os conformaríais con veinte libras, Cristóbal?

Por grande que fuese mi sorpresa, encontré como es natural palabras para decir:

—Señor, que yo sepa no hay hombre nacido con mayor cantidad de agua que la normal en el cerebro que no considere aceptable la cantidad de veinte libras. Pero, aunque os esté muy agradecido, señor —dije esto porque había sacado del bolsillo las veinte libras en dos billetes de Banco y me las había metido en la mano a la fuerza—; aunque os esté muy agradecido, desearía saber, si no es una indiscreción, de qué manera me he hecho acreedor a esta liberalidad.

—Pues bien, Cristóbal mío —me dice—; sabréis que desde mi niñez he estado trabajando sin descanso y sin fruto por ver mis escritos impresos. Sabréis, Cristóbal, que todos los libreros vivos (y algunos ya difuntos) se han pegado a imprimir mis obras. Sabréis, Cristóbal que he escrito resmas de papel que jamás se imprimieron. Pero que no tendré más remedio que leéroslas a vos, mi amigo y hermano. ¿Tenéis de

cuando en cuando algún día de vacación?

Viendo el gran peligro que se me venía encima, tuve la presencia de ánimo suficiente para contestar:

—¡Jamás! —y para hacerlo más rotundo, agregué—: ¡Jamás lo he tenido ni tendré, desde la cuna hasta el sepulcro!

—Bien —dice él, sin acordarse más del asunto, y glogloteando de risa otra vez frente a sus pruebas—. ¡Al fin me veo en letras de molde! ¡Por fin se ve realizado el primer vuelo de la ambición que brotó en la pobre cabaña de mi padre! El cuenco de oro —prosiguió exaltado—, golpeado por la mano mágica, ha emitido una nota firme y perfecta. ¿Cuándo ocurrió esto, Cristóbal mío?

—¿Cuándo ocurrió el qué, señor?

—Esto, el verme en letra impresa —y alargó el brazo con las pruebas en la mano para admirarlas.

Una vez que le di cuenta detallada del asunto, me estrujó de nuevo la mano, y dijo:

—Querido Cristóbal, acaso os produzca satisfacción el saber que sois un instrumento en las manos del Destino. Porque lo sois, en efecto.

Un acceso pasajero de melancolía me hizo devolverle el apretón de manos y decirle:

—Acaso lo somos todos.

—No me refiero a eso —contestó—. Mi observación no tiene tanto alcance; me circunscribo a mi caso especial. Fijaos bien, Cristóbal. Desesperanzado de desembarazarme, hiciese lo que hiciese directamente, de ninguno de los manuscritos que había en mi equipaje (todos los cuales volvían siempre a mis manos, los enviase donde los enviase), hará cosa, de siete años lo dejé aquí; fue una jugada desesperada para ver si mis demasiado fieles manuscritos no volvían ya a mis manos o para que alguna persona con menos mala suerte que yo lograse hacerlos conocer del mundo. ¿Seguís lo que os digo, Cristóbal?

—Perfectamente, señor.

Lo seguí hasta el punto de pensar que no andaba muy bien de la cabeza, y que el aguardiente de naranja, el aguardiente hirviendo y la cerveza negra añeja combinadas empezaban a hacer sentir sus efectos. (La cerveza negra añeja se sube pronto a la cabeza y se adapta mejor a los bebedores habituales).

—Corrieron los años y mis escritos dormían en el polvo. Un buen día, el Destino, eligiendo entre todo el género humano a la persona que había de servirle de agente, os envió aquí, Cristóbal ¡y de pronto estalla la botella y el gigante queda libre!

Después de decir esto, enmarañó sus cabellos y se alzó sobre las puntas de los pies.

—Cristóbal mío —dijo volviendo en sí y poseído de una gran nerviosidad—, tenemos que pasar la noche en vela. Tengo que corregir estas pruebas para la imprenta. Llenad todos los tinteros y traedme varias plumas nuevas.

Durante toda la noche se salpicó de tinta y salpicó las pruebas, hasta el punto de que, cuando el dios Sol le advirtió que era hora de marcharse (en un carro tirado por cuatro caballos), habrían sido pocas las personas capaces de decir cuáles eran las pruebas, quién era él y cuáles los borrones. Sus últimas instrucciones fueron que corriese a las oficinas de este periódico para entregar sus correcciones. Así lo hice. Lo más probable es que no aparezcan impresas, porque me di cuenta de que traían de la imprenta Beaufort un mensaje, mientras yo ponía por escrito este último episodio, que el viejo personal del establecimiento era incapaz de descifrar lo que querían decir. Visto lo cual, cierto caballero de los allí presentes, cuyo nombre no quiero puntualizar y del cual bastará decir que, puesto que vivimos asentados en la ancha base de una isla ceñida por las olas, que, ya lo miramos a la luz de[13]…, se echó a reír y tiró las correcciones al fuego.

LAS HABITACIONES DE LA SEÑORA LIRRIPER

***Mrs Lirriper's Lodgings**, 1863*

(Trabajo escrito en colaboración con Elizabeth Gaskell, Andrew Halliday, Edmund Yates, Amelia Edwards, Charles Allston Collins, Rosa Mulholland, Henry Spicer y Hesba Stretton).

CAPÍTULO PRIMERO

Cómo llevaba su negocio la señora Lirriper

No me cabe en la cabeza, querida, que no fuese una mujer, sola y necesitada de ganarse la vida, la primera persona que se molestó en alquilar habitaciones amuebladas; perdonad lo de *querida*, pero se me ha ocurrido con toda naturalidad, ahora que estoy en mi cuartito, deseando abrir mi alma a todas aquellas personas en las que puedo confiar; yo me quedaría muy satisfecha si pudiese confiar en todo el género humano, lo digo de verdad, pero no es éste el caso; porque basta que pongáis en la ventana el papel de «Habitaciones amuebladas» para que, si dejáis encima de la repisa de la chimenea vuestro reloj, tengáis que despediros de él, si se os ocurre volveros de espaldas durante un segundo, por muy caballerescas que sean las maneras de la persona que entra a preguntar; y no resulta una salvaguardia el que se trate de persona de vuestro propio sexo; yo tengo de ello una prueba para saberlo, en forma de tenacillas para el azúcar, porque la señora en cuestión (y que era una mujer guapísima) me pidió que le trajese un vaso de agua, alegando que iba a *librar* lo que resultó a la inversa, pues quedó encerrada en la Comisaría de Policía.

Mi dirección es Norfolk Street, número 81, Strand, situado a mitad de camino, entre la City y St. James, a menos de cinco minutos a pie de los lugares principales de diversiones públicas. Tengo alquilada esta casa desde hace muchos años, como pueden testimoniarlo los libros de impuestos de la parroquia. ¡Ojalá que el propietario se diese por enterado del caso tan bien como yo lo estoy!; pero no hay cuidado; ni aunque le fuese en ello la vida se gastaría medía libra en pintura ni sería capaz de hacer poner en el tejado una teja, aunque se lo pidieseis de rodillas.

Querida, no habréis visto anunciado nunca Norfolk Street, número 81, Strand, en la Guía de ferrocarriles de Bradshaw, y con la bendición de Dios no lo veréis jamás. Hay quienes no creen rebajarse barajando de esa manera sus nombres y llegan hasta a poner un retrato de la casa, que no se le parece en nada, con un borrón en cada ventana y un coche de cuatro caballos a la puerta; pero lo que está bien para la señorita Wozenham, calle abajo, en la otra acera, no está bien para mí; la señorita Wozenham tiene sus opiniones y yo tengo las mías, aunque si llega el caso de rebajar tarifas, como puede probarse bajo juramento ante el juez, diga «si la señora Lirriper os pide dieciocho chelines por semana, yo os lo dejo por quince y seis peniques»; pero eso queda entre vos y vuestra conciencia, suponiendo para el caso que os llamaseis Wozenham, cosa que yo sé perfectamente que no es así, pues en caso contrario desmereceríais mucho en mi opinión, y en cuanto a lo de dormitorios aireados y portero de servicio permanente durante la noche, cuanto menos se hable,

mejor, porque los dormitorios están mal ventilados y el portero es un trasto.

Hace cuarenta años que el pobre Lirriper y yo nos casamos en la iglesia de St. Clemens Danes, en la que tengo yo ahora un reclinatorio muy agradable, con otras personas de calidad, y mi cojín propio, porque me gusta que el servicio religioso de la tarde no esté muy concurrido. Mi pobre Lirriper era un hombre hermoso, de mirada alegre y voz tan dulce como un instrumento musical fabricado de acero y de miel; pero fue siempre hombre de vida alegre, porque trabajaba de viajante de comercio y viajaba precisamente por una ruta infestada de hornos de cal, o como él me decía: «Ema, querida mía, es una ruta seca, en la que tengo que matar el polvo durante todo el día y la mitad de la noche con ésta o con cualquier bebida, y esto me agota». Esto fue causa de que se llevase por delante muchísimas cosas y de que estuviese a punto de atropellar la casilla del cobrador de peajes cierta noche en que tiraba del coche un terrible caballo que no podía estarse quieto un solo momento; y si no se llevó la casilla por delante fue porque era de noche, la puerta estaba cerrada, se enganchó como es natural la rueda y mi pobre Lirriper y su calesín quedaron hechos trizas, y ya no habló él nunca más. Era un hombre esbelto y además de carácter jovial y temperamento bondadoso; pero aunque fuese posible reproducir su figura, no habría medio de hacer lo mismo con la dulzura de su voz, y por eso creo yo como regla general que a las fotografías les falta dulzura y que el retratado da la impresión de un campo recién arado.

Mi pobre Lirriper se hallaba alcanzado de cuentas con el mundo; lo enterramos en la iglesia de Hatfield, en Hertfordshire, no porque fuese aquél el lugar de su nacimiento, sino porque le tiraba mucho. El Escudo de los Salisbury, hostería a donde fuimos después de casarnos y en la que pasamos la quincena más feliz que se pueda imaginar; yo fui visitando uno a uno a los acreedores y les dije:

—Caballeros, estoy enterada de que no soy responsable de las deudas de mi difunto esposo; pero deseo pagarlas, porque soy una esposa fiel y tengo en gran aprecio su buen nombre. Voy a dedicarme, caballeros, al negocio de habitaciones amuebladas, y si prospero en él, esta mi mano derecha pagará hasta el último ardite de las deudas de mi difunto esposo, por el amor que le tuve.

Me llevó mucho tiempo el hacerlo, pero las pagué; aquellos caballeros me ofrendaron ese jarro de plata para crema que está, de mí para ustedes, entre la cama y el colchón que hay en mi cuarto del piso superior (porque de no estar allí le habrían salido piernas, tantas veces como he puesto el cartelito de «Habitaciones amuebladas»); el jarro tiene esta inscripción: «A la señora Lirriper, en prueba de respeto agradecido por su honrada conducta». Al recibir este obsequio me dio un vuelco el corazón, porque era excesivo para mi sensibilidad; hasta que el señor Betley, que, en aquel entonces me alquilaba los salones y era muy aficionado a chistes, me dijo:

—Alegraos, señora Lirriper; esto debe produciros la impresión de que estáis en el día de vuestro bautismo, y que esos señores son los padrinos y las madrinas que han

prometido por vos.

Esto me serenó, y no tengo reparo en confesaros, querida, que puse en un cestito un bocadillo y un trago de jerez, y bajé del coche junto al cementerio de Hatfield; una vez allí besé mi mano y lo deposité todo sobre la tumba de mi esposo, poseída de una especie de amor orgulloso y envanecido, aunque tuvo que pasar tanto tiempo hasta que dejé limpio su nombre, que ya mi anillo de bodas estaba gastado y liso cuando lo puse sobre el césped verde y ondulante.

Soy ahora una mujer anciana; ha desaparecido mi belleza; pero, querida, soy la misma que está encima del calientaplatos, y decían que era igual a mí en un tiempo en que una se gastaba dos guineas en un marco de marfil y en que no siempre se salía bien en la fotografía, lo que os obligaba a tener mucho cuidado de dónde la colocabais después, porque los que la veían se ponían colorados y pasaban un mal rato haciendo cábalas sobre si sería cualquiera otra persona; en una ocasión, cierto caballero que había invertido un dinero en el negocio del lúpulo, vino por la mañana a pagar su renta y a presentarme sus respetos, porque vivía en el segundo piso; ese caballero descolgó la fotografía de su clavo y se la metió en el bolsillo interior de la chaqueta (¿no hará falta explicar con qué idea, verdad?), «para sacar la licencia matrimonial», dijo, refiriéndose a la retratada, pero le faltaba a su voz la dulzura, y yo no se lo consentí; para que deduzcáis lo que él pensaba os diré que dijo, mirando al retrato: «¡Háblame, Ema!», lo cual era un disparate, desde luego; pero al mismo tiempo un tributo al gran parecido; yo misma pienso que era igual a mí cuando yo era joven y usaba aquella clase de corsés.

Pero de lo que yo quería ocuparme era de las habitaciones amuebladas, porque con seguridad que no tengo más remedio que saber mucho de ese negocio, después de haberme dedicado a él durante tanto tiempo, pues cuando perdí a mi pobre Lirriper fue en los comienzos del segundo año de mi vida matrimonial, y me establecí inmediatamente después en Islington, y de allí me trasladé a este lugar, o sea que he tenido dos casas en treinta y ocho años, durante los cuales he sufrido algunas pérdidas y he sacado mucho en experiencia.

Después de las instalaciones, lo que más trabajo da son las mujeres solteras, porque os cargan más aún que lo que yo llamo los Cristianos Errantes; es un misterio que agradecería me explicase alguien, si por milagro tuviese explicación, por qué esas mozas vagabundean por la tierra en busca de rótulos de alquiler de habitaciones amuebladas, y luego entran, examinan las habitaciones, discuten de precios, siendo así que no las necesitan ni sueñan con alquilarlas, porque ya tienen las suyas. Es asombroso que las tales mujeres vivan tantos años y estén tan lozanas; pero me imagino que ese trabajo resulta sano por el ejercicio físico a que obliga el llamar a tantas puertas, ir de casa en casa, subir y bajar escaleras durante todo el día, haciéndose las muy remilgadas y puntuales, despidiéndose después de mirar sus relojes y decir,

—¿Podríais reservarme las habitaciones hasta veinte minutos después de las once

de pasado mañana por la mañana, y, suponiendo que mi amiga de provincias lo juzgase indispensable, pondríais una pequeña cama de hierro en el cuartito de encima de las escaleras?

En aquel entonces, querida, yo era nueva en el oficio, y solía pensarlo muy bien antes de hacer ninguna promesa, tomándome la preocupación de hacer cálculos y pasándome berrinches cuando me fallaban las inquilinas; ahora contesto:

—¡Desde luego, contad con ella!

Segura de que se trata de una Cristiana Errante que ya no volverá a dar señales de vida; ya hoy conozco de vista a la mayor parte de esas Cristianas Errantes y ellas me conocen a mí, porque todas esas individuas que se recorren Londres en ese concepto tienen la costumbre de pasar dos veces al año; lo curioso del caso es que, cuando se trata de familia, los hijos heredan esa condición; pero, aunque no fuese así, en cuanto oigo hablar de la amiga de provincias, hago un ademán aprobatorio con la cabeza y me digo para mis adentros: «¡Ya tenemos aquí una Cristiana Errante!».

Aunque no podría yo decir con exactitud si se trata (según he oído decir) de personas que tienen pequeñas propiedades, gustan de tener una ocupación permanente y un frecuente cambio de escenario.

Había empezado a decir que las mujeres constituyen vuestro primero y último tormento, porque son como los dientes, que nacen con convulsiones y no dejan de atormentarnos desde que se abren paso en las encías hasta que os los arrancáis, por duro que esto os parezca, aunque no haya más remedio que hacerlo y comprarse dentadura artificial. En cuestión de criadas digo, de cada diez, nueve, aun cuando sean voluntariosas, serán también muchachas de cara sucia, y, como es natural, a los inquilinos no les agrada que estas distinguidas personas se les presenten con un tizón en la nariz o con una mancha negra en la frente. Para mí es un misterio que no consigo descifrar cómo se las arreglan para tiznarse; por ejemplo: en el caso de la muchacha más voluntariosa que entró jamás a servir. Venía medio muerta de hambre la pobrecita; pero era tan voluntariosa, que yo la bauticé *Sofía la Trabajadora*; desde la mañana temprano hasta últimas horas de la noche se la veía de rodillas fregando los suelos, siempre alegre y sonriente y siempre con la cara tiznada. Yo le decía:

—Vamos a ver, Sofía, muchacha, elige un día determinado para limpiar las estufas, mantén tu cara a una distancia prudencial del betún y no te peines con el fondo de las sartenes; no andes tampoco arreglando el pabilo de las velas, y tienes que comprender que no puedes seguir con esos tiznones.

Pero allí estaba siempre la mancha negra en su nariz, y como ésta era respingona y ancha, parecía jactarse de ello; esto provocó una queja de un caballero muy formal y además excelente inquilino, que se desayunaba en casa y pagaba por semanas, pero que era un poco quisquilloso y tenía derecho también al cuarto de estar siempre que lo necesitaba. Las palabras de este caballero fueron:

—Señora Lirriper, he llegado hasta el punto de admitir que los negros son hombres como nosotros y hermanos, pero sólo en su forma natural y cuando no

pueden volverse blancos lavándose.

En vista de eso dediqué a la pobre Sofía a otros trabajos, prohibiéndole que saliese a abrir la puerta o acudiese cuando algún inquilino tocaba la campanilla; pero era tan desdichadamente trabajadora, que no hubo modo de impedir que, en cuanto tintineaba una campanilla de llamada, no subiese volando por las escaleras de la cocina. Yo le dije por fin:

—¡Sofía, Sofía, por amor de Dios! ¿De dónde sale todo ese negro?

Y la pobre mujercita trabajadora rompió a llorar viéndome tan enojada, y me contestó:

—Es que, como me crié tan abandonada de todos, me empapé de negrura, y debe de ser que ahora me sale a la cara.

Y como le siguió saliendo a la pobrecita y era ése su único defecto, acabé diciéndole:

—En serio, Sofía, ¿qué te parece si te diese medios para trasladarte a Nueva Gales del Sur, donde quizá nadie reparase en tu negrura?

No me arrepentí jamás de dinero tan bien gastado, porque en el viaje se casó con el cocinero del barco (que era mulato) y se llevaron bien y vivieron felices; según mis noticias y en aquel nuevo estado social, nadie advirtió su propensión a la negrura hasta el día de su muerte.

La señorita Wozenham sabe mejor que nadie (me refiero a la que vive calle abajo, en la acera de enfrente) cómo pudo hacer compatible con sus sentimientos de dama respetable (que no lo es) el engatusar para que dejase mi servicio a Mariana Perkinsop, porque yo no sé ni quiero saber cómo se forman las convicciones de esa señora sobre ninguna cuestión.

El hecho es que Mariana Perkinsop, con la que yo me porté admirablemente, aunque ella se portó muy feamente conmigo, valía su peso en oro para intimidar a los inquilinos sin hacer que se marchasen; mientras estuvo Mariana, miraron más en tocar sus campanillas que mientras tuve a ninguna otra doncella o señora, lo que constituye un gran triunfo si se tiene en cuenta que Mariana era bizca y un talego de huesos; pero conseguía esos resultados por la firmeza con que los trataba, a pesar de que su padre flojeó y quebró en el negocio de cerdos. Esta apariencia de respetabilidad que Mariana tenía en su persona y lo estricta que era en su carácter fueron las condiciones que dominaron a cierto caballero de té y mucho azúcar, el más cargante de cuantos he tenido que tratar; Mariana pesaba todas las mañanas en una balanza el té y el azúcar y consiguió que se volviese más dulce que un cordero; según me dijeron más adelante, pasaba cierto día la señorita Wozenham por delante de mi casa y vio que Mariana tomaba la leche a un lechero que solía tratar con la mayor desenvoltura (no quiero pensar de él otra cosa peor) a todas las muchachas de aquella calle; la señorita Wozenham lo vio junto a Mariana en una actitud que parecía haberse quedado helado como la estatua que hay en Charingcross; vio en el acto el valor que tenía Mariana para el negocio de alquiler de habitaciones amuebladas, y llegó a

ofrecerle hasta una libra por trimestre más; por eso Mariana, sin que entre nosotros hubiese habido una palabra, me dijo:

—Señora Lirriper, procurad buscar en un mes otra criada, a contar del día de hoy, porque yo he buscado ya otra casa.

Esto me lastimó mucho, y se lo dije, y ella entonces me lastimó más, dando a entender que, como su padre había flojeado y quebrado en el negocio del cerdo, le había abierto el camino a ella.

Querida, os aseguro que resulta un quebradero de cabeza el saber qué clase de muchachas hay que preferir para el servicio; si son vivarachas las rinden de tanto subir escaleras a fuerza de llamarlas con las campanillas, y si son perezosas sois vos las que cargáis con las quejas; si son de ojos alegres, les hacen el amor; si son elegantes en el vestir, se prueban los sombreros de vuestras inquilinas; si aficionadas a la música, no conseguiréis que dejen de prestar atención a los organillos y a las orugas; y tengan como tengan la cabeza, la tendrán siempre asomada a la ventana. Además, lo que a los caballeros les gusta en las muchachas de servicio no les gusta a las señoras, lo cual trae una cantidad de disgustos para todos; es preciso, además, contar con el genio, aunque creo que no serán muchas las que tengan el de Carolina Maxey. Carolina era una muchacha bien parecida y ojinegra, y muy gentil a costa vuestra cuando estallaba y empezaba a atropellar por todo, como ocurrió, por primera y última vez, con un matrimonio de recién casados que vino a visitar Londres y que se instaló en el primer piso; la dama era muy orgullosa y supusimos que le molestaba la linda cara de Carolina, porque la suya no tenía nada de tal; el hecho es que trató malamente a Carolina, aunque esto no le sirviese de excusa a la muchacha para lo que hizo. Una tarde veo que baja Carolina a la cocina, colorada de indignación, y me dice:

—Señora Lirriper, la mujer esa del primero me ha ofendido de una manera intolerable.

Yo le contesto:

—Carolina, moderad vuestro genio.

Carolina me suelta con risa escalofriante:

—¿Que domine mi genio? Voy a daros gusto, señora Lirriper. ¡Maldita sea! ¡Va a saber esa fulana el genio que yo me gasto!

Cuando la oí decir eso me supuse que me habrían derribado hasta el centro de la tierra con una pluma. Carolina se desmelena, estalla en chillidos y corre escaleras arriba; yo la sigo a todo lo que daban de sí mis piernas temblorosas; pero antes que yo entrase en la habitación, ella había dado un empujón a la mesa, y el mantel con la vajilla de porcelana rosa y blanca rodaba estrepitosamente por el suelo, mientras la pareja de recién casados caía de espaldas sobre la rejilla de la chimenea: el marido con la pala, las tenazas y una fuente de pepinos encima (por suerte estábamos en verano).

—Carolina, tranquilizaos —le digo yo.

Pero ella me arranca de la cabeza mi gorro y lo rasga con los dientes al cruzarse conmigo, luego se abalanza sobre la recién casada, la convierte en un manojo de cintas, la agarra de las dos orejas y golpea su cabeza contra la alfombra. La agredida gritaba:

—¡Que me mata!

Los policías que acuden corriendo por toda la calle; las ventanas de la casa de la señorita Wozenham que se levantan (imaginaos mis sentimientos cuando me enteré de ello); la señorita Wozenham que grita desde su balcón con lágrimas de cocodrilo:

—¡Seguramente que la señora Lirriper ha pasado a alguien una factura tan exagerada, que lo ha sacado de quicio…! La asesinarán. Lo dije siempre… ¡Señor policía, salvadla!

Cuatro policías fueron los que acudieron, y Carolina, parapetada detrás de una cómoda, ataca con el hurgón, y después, una vez desarmada, inicia un combate de boxeo con los dos puños, unas veces en el suelo, otras levantada, otras en el suelo… ¡En fin, algo espantoso! Pero pude conseguir que no maltratasen a la pobre muchacha y que no le tirasen del pelo cuando consiguieron dominarla; por eso les dije:

—¡Caballeros guardias, acordaos, por favor, de que el sexo de esa mujer es el de vuestras madres, hermanas y novias, y Dios las bendiga lo mismo que a vosotros!

Carolina, sentada en el suelo, esposada y apoyada en el zócalo, jadeaba, mientras los guardias, con sus guerreras hechas jirones, la miraban; todo lo que ella pudo decir fue:

—Señora Lirriper, lamento mucho haberos agredido, porque sois una buena mujer con sentimientos de madre.

Esto me hizo pensar en que yo había sentido con gran frecuencia deseos de ser madre, y en cuáles serían los sentimientos de mi corazón de haber sido la madre de aquella muchacha. Resultó, al llegar a la Comisaría, que Carolina había sido ya anteriormente actora de otras escenas parecidas; la enviaron a la cárcel, y cuando le llegó el momento de salir, fui corriendo al anochecer hasta la puerta de la cárcel, llevando un trozo de jalea en mi cestito para fortalecerla un poco, a fin de que pudiese hacer de nuevo frente al mundo; me encontré allí con una madre muy bien vestida que esperaba a su hijo, que se había maleado por juntarse con malas compañías; era un muchacho muy terco y que llevaba sin atar los zapatos. Cuando salió Carolina, le dije:

—Carolina, venid conmigo y sentémonos debajo del muro en un lugar apartado para que comáis una cosilla que os he traído y que os sentará bien.

Ella me echó los brazos al cuello y me contestó, sollozando:

—¡Oh, y por qué no habréis sido vos madre, habiendo por ahí las madres que hay!

Medio minuto después empieza a reírse, y me dice: —¿De veras que os hice añicos el gorro?

Yo le contesté:

—Claro que sí, Carolina.

Entonces ella se ríe otra vez y me dice, dándome unas palmaditas cariñosas en la mejilla:

—Pero ¿por qué lleváis unos gorros viejos tan raros, corazón? Si no hubieseis gastado unos gorros viejos tan raros, creo que ni aun en aquel momento habría sido capaz de hacer lo que hice.

¡Imaginaos qué muchacha! No hubo medio de que dijese a qué pensaba dedicarse; todo lo que contestó fue que se portaría bien; nos despedimos; ella se mostró muy agradecida y me besó las manos, y yo no he vuelto a verla ni a oír hablar de ella, salvo que he creído siempre que fue Carolina quien me envió un gorro muy elegante que me trajo un sábado por la noche, de manera anónima y dentro de un cestillo de tela impermeable un impertinente chiquillo, un monicaco de zapatos sucios que se quedó en los limpios escalones silbando y tocando el arpa sobre la verja con un palo de jugar al aro.

No tengo palabras bastantes para expresar, querida, hasta qué punto está una expuesta a sospechas poco caritativas cuando se dedica al negocio de alquilar habitaciones amuebladas; pero yo no llegué nunca a extremos deshonrosos como el de tener doble juego de llaves, ni siquiera la creo capaz de semejante cosa a la señorita Wozenham, la de la acera de enfrente, calle abajo, o, por lo menos, deseo sinceramente que no se encuentre en ese caso, aunque, por otra parte, no cabe duda que el dinero viene siempre de alguna parte, y no hay tampoco razón para suponer que Bradshaws pusiese el anuncio por amor, aunque esté muy borroso. Es una calamidad que lastima los sentimientos el que los inquilinos tengan abiertas con tanta amplitud sus almas a la idea de que vos queréis abusar de ellos y que la cierren tan apretadamente a la de que son ellos los que tratan de abusar de vos; pero como suele decirme el comandante Jackman:

—Yo, señora Lirriper, conozco los caminos de este nuestro mundo redondo, y uno de ellos es ése, aquí y en todas partes.

Son muchos los pequeños encrespamientos de mi alma que el comandante ha conseguido alisar, porque es hombre prudente, que ha visto mucho.

¡Ay querida, querida! Han pasado trece años, aunque parece que fue ayer, desde el día en que, estando yo sentada y con las gafas caladas junto a la ventana abierta del saloncito frontero, cierto atardecer del mes de agosto (porque en aquel entonces estaban los saloncitos sin alquilar), leyendo el periódico del día anterior (porque, sí bien veo mal de cerca, veo magníficamente de lejos), cuando oigo venir a toda prisa por la calzada, calle arriba, a un caballero poseído de tremenda indignación y poniendo de vuelta y media a alguien:

—¡Por San Jorge! —gritó, blandiendo su bastón—. Yo quiero ir a la casa de la señora Lirriper. ¿Dónde está la casa de la señora Lirriper?

En ese instante se dio media vuelta, me vio, y dándome un sombrerazo, como si yo fuera una reina, me pregunta:

—Perdonad mi entremetimiento, señora; por favor, ¿podéis decirme en qué número de esta calle reside una señora muy conocida y respetada que se llama la señora Lirriper?

Un poco emocionada, y debo decir que también complacida, me quité los anteojos, le hice una cortesía y contesté:

—La señora Lirriper es esta humilde servidora vuestra, señor.

—¡Asombroso! —exclama él—. ¡Os pido mil perdones! Señora, ¿puedo suplicaros que tengáis la bondad de ordenar a uno de vuestros criados que venga a abrir la puerta a un caballero que busca habitaciones amuebladas y que se llama Jackman?

Yo no había oído jamás ese apellido, pero no creo volver a tropezar con otro caballero más cortés, porque me habló de la siguiente manera:

—Señora, me produce una sensación de pena el que hayáis venido vos misma a abrir la puerta a una persona de tan pocos merecimientos como Jaimito Jackman. Vos primero, señora. Yo jamás paso antes que una dama.

Entra luego en los salones, husmea ruidosamente y dice:

—¡Vaya! ¡Esto sí que son salones! No cajones rancios, sino salones, y sin olor a sacos de carbón.

Pues bien, querida: como algún enemigo de nuestra ciudad había comentado siempre hay en ella olor a sacos de carbón, y de dejar que corriese tal observación, se podrían retraer los que desean alquilar habitaciones amuebladas, le contesté al comandante, con cortesía, pero con firmeza, que sin duda estaba hablando de Arundel, Surrey o Howard, pero no de Norfolk, y él me contestó:

—Estoy hablando de la casa Wozenham, la de más abajo, no podéis tener una idea de lo que es la casa Wozenham… Señora, aquello es un enorme saco de carbón, y la señorita Wozenham tiene los principios y los modales de una cargadora de carbón… Señora, por la forma en que la he oído expresarse haciendo referencia a vos, veo que no sabe cómo se ha conducido conmigo, veo que tampoco sabe lo que es un caballero… Señora, mi apellido es Jackman, y si necesitáis, fuera de lo que he dicho, alguna otra referencia acerca de mí, dirigiros al Banco de Inglaterra… Supongo que lo conoceréis.

Así fue como el comandante alquiló los salones, siendo hasta ahora el mismo simpático inquilino, exacto en todas sus cosas, si bien irregular en el pago, sí bien esto se compensa con que me sirve de protección, y en ocasiones se brinda a llenar las hojas de las contribuciones y las listas de los jurados; hasta en una ocasión agarró por el cuello a un joven que se llevaba, escondido debajo de la capa, el reloj del cuarto de estar; y otra vez se subió al antedespacho del tejado y apagó, con sus propias manos y mantas, la chimenea de la cocina, y más tarde, durante las declaraciones delante de los magistrados, pronunció un elocuente alegato contra la Parroquia y eximió de sus ataques a la bomba. En una palabra, que es siempre un caballero, aunque apasionado.

Desde luego, lo que hizo la señorita Wozenham reteniéndole las maletas y el paraguas, aunque dentro de los derechos que le concede la ley, no fue propio de un espíritu generoso; yo no me habría rebajado a tal cosa, porque el comandante es tan caballero que, a pesar de no ser ni mucho menos hombre de elevada estatura, casi lo parece cuando se ha vestido con la chorrera, el frac y el sombrero de alas curvadas hacia dentro; no puedo deciros, querida, concretamente en qué cuerpo sirvió, si fue en la Milicia territorial, o fuera de Inglaterra, porque jamás oí en sus labios el título de comandante hablando de sí mismo, sino que siempre que hablaba de sí decía simplemente «Jaimito Jackman»; y en cierta ocasión, poco después de su llegada a casa, creyendo que era deber mío informarle de que la señorita Wozenham había hecho correr la voz de que no era comandante, me permití agregar «aunque lo sois»; su contestación fue ésta: «Señora, si no soy mayor, es decir comandante, tampoco soy menor, y ya es bastante por hoy la ofensa». No puede negarse que esto era la pura verdad, ni tampoco puede negarse su manera militar de cuidar sus botas, que, después de cepillárselas, quitándoles únicamente el polvo, se hacía llevar todas las mañanas en un plato limpio al gabinete delantero para lustrarlas con una pequeña esponja, un platillo y saliva, en menos que canta un gallo, en cuanto terminaba de desayunarse; y es también verdad que era tan limpio, que jamás ensuciaba su ropa interior, muy cuidada, y que se distinguía más por su calidad que por su abundancia, siendo no menos cuidadoso de sus bigotes, lo que, según mi mejor entender, se los arreglaba al mismo tiempo y eran tan negros y brillantes como sus botas, mientras que tenía el pelo de la cabeza de un color blanco encantador.

Tres años llevaba el comandante viviendo en los gabinetes, cuando en una mañana de los primeros días del mes de febrero (poco antes de reanudar sus sesiones el Parlamento, y cuando podíais pensar que una cantidad de impostores se preparaba a alquilar cualquier cosa que encontrasen a mano), un caballero y una señora de provincias vinieron a ver el segundo piso; recuerdo perfectamente que yo había estado mirando por la ventana y siguiendo sus pasos mientras iban buscando por toda la calle balcones con los albaranes anunciadores de que se alquilaban. Caía una fuerte nevizna. No distinguí perfectamente la cara del caballero, aunque también parecía hermoso; pero la señora era una joven muy linda y delicada; daba la impresión de que no hubieran debido sacarla del hotel Adelphi, que queda más o menos a un cuarto de milla de distancia, y aunque el tiempo hubiese sido menos crudo que lo que era. Pues bien, querida: yo me había visto obligada a encarecer en cinco chelines por semana el segundo piso, para compensarme de la pérdida que había sufrido porque el inquilino se había fugado, vestido de etiqueta como si se dirigiese a una comida de gala, en lo que obró con gran astucia haciéndome sospechar mucho de que tuviese que ver algo con el Parlamento; por eso, cuando el caballero se ofreció a alquilarme el piso por tres meses seguros, pagando adelantado, y con facultad de renovar por seis meses más, le contesté que no estaba segura de si me había o no comprometido ya con otros señores, pero que bajaría al piso inferior para revisar mis papeles, si ellos querían

tomar asiento un instante. Se sentaron, y yo bajé a la habitación del comandante; había empezado ya a consultarle en muchas cosas, lo cual era para mí una bendición; por su manera de silbar siseando conocí que estaba dando lustre a sus botas, momento éste en que por lo general no gustaba de que nadie entrase en su cuarto; sin embargo, me dijo afectuosamente:

—Señora, si sois vos, pasad.

Entré y le conté todo.

—Pues bien, señora —me dijo el comandante rascándose la nariz. En aquel momento creí que se la rascaba con la esponja negra, pero lo hacía únicamente con el nudillo, porque era hombre siempre limpio y habilidoso en el manejo de los dedos.

—Pues bien, señora, ¿os alegraría recibir el dinero?

Tuve la delicadeza de contestarle que «sí» con excesiva espontaneidad; observé que las mejillas del comandante se coloreaban un poco más, y advertí cierta irregularidad que no quiero detallar en una parte que no quiero nombrar.

—Opino, señora —dijo el comandante—, que cuando se os ofrece dinero…, cuando se os ofrece dinero, señora Lirriper, debéis tomarlo; ¿qué obstáculo hay, señora, para que aceptéis el que se os ofrece en el piso de arriba?

—La verdad es que no veo obstáculo alguno, señor; pero me ha parecido bien consultaros antes.

—Creo, señora, que habéis dicho que se trata de unos recién casados, ¿no es así? —dice el comandante. Yo le contesté:

—Sí… Evidentemente. En efecto, la joven señora me dijo de un modo casual que no llevaba muchos meses de casada.

El comandante se rascó de nuevo la nariz, y movió una y otra vez con un movimiento circular el barniz dentro del platillo, sirviéndose de su esponjita, y se puso a silbar, siseando, durante algunos momentos. Luego preguntó:

—¿Os parece que hacéis un buen negocio, señora?

—Sí, señor, desde luego es un buen negocio.

—Pongamos que renueven el contrato por otros seis meses. ¿Os causaría un gran perjuicio, señora, si… entonces llegaba a ocurrir lo peor? —dijo el comandante.

—Pues la verdad, que no lo sé —le contesté yo—. Depende de las circunstancias. ¿Tenéis, señor, alguna objeción que hacer?

—¿Yo? —exclama el comandante—. ¿Objeción yo, Jaimito Jackman? Señora Lirriper, cerrad el trato.

Subí, pues, y acepté; vinieron al día siguiente, que era sábado, y el comandante tuvo la amabilidad de redactar una especie de memorándum de contrato con una hermosa letra redondilla y con fórmulas que a mí me parecieron tener tanto de legales como de militares; el señor Edson lo firmó el lunes siguiente, y el comandante fue a saludar el martes a dicho caballero, quien le devolvió la visita el miércoles, entablándose entre los gabinetes y el segundo piso las mejores relaciones de amistad.

Habían pasado los tres meses y seguíamos sin que se hiciese la menor mención

del nuevo pago; entramos en el mes de mayo, y entonces parece que el señor Edson se vio obligado a emprender un viaje de negocios a la isla de Man; este viaje le cayó de sorpresa a la linda mujercita; por mi parte, aunque ésta es una opinión puramente mía, no creo que esa isla lleve a ninguna parte en ningún momento, pero eso es cuestión de opiniones. Dio la noticia tan de sopetón, que el viaje era para el día siguiente; la pobre mujercita lloró horriblemente, y yo lloré también cuando la vi en la fría acera, con un viento crudo del Oeste (porque aquel año llegó la primavera con mucho retraso), dándole un último adiós; sus hermosos y brillantes cabellos flotaban al viento, estaba abrazada a su cuello, mientras él le decía: «Vamos, vamos, vamos. Déjame ya marchar, Mariquita». Para entonces era evidente que el acontecimiento que el comandante había tenido la amabilidad de decir que por su parte no había objeción a que ocurriese en la casa, ocurriría en ella; yo se lo dije a la mujercita, después de haberse marchado aquel hombre, y mientras le ayudaba a subir las escaleras. Lo que le dije fue esto:

—Pronto, tendréis, hermosa, otros a quien cuidar, debéis pensar en ello.

No llegó carta de aquel hombre cuando debía haber llegado, y hasta el mismo cartero se compadecía de la mujercita cuando bajaba corriendo a la puerta, una mañana tras otra, sin que él le trajese carta; sin embargo, parece como si los carteros debieran ser insensibles a fuerza de cargar con todas las molestias que ocasionan las cartas de los demás, sin tener ninguna de las satisfacciones que ellas proporcionan, y hacer esto entre el barro y el calabobos más veces que con buen tiempo, cobrando salarios más propios de la Pequeña Bretaña que de la Grande. Por último, cierta mañana, cuando ya ella no se hallaba en situación de bajar corriendo a la puerta, me dice el cartero, con expresión tan satisfecha en su rostro, que casi me hizo enamorarme de aquel hombre tapado con su capote de uniforme, aunque estaba chorreando:

—He venido esta mañana a vuestra casa antes que a ninguna de la calle, porque aquí traigo la carta esperada para la señora Edson.

Subí al dormitorio de esta señora a una velocidad mayor que nunca; cuando ella vio la carta, se sentó en la cama, la besó, la abrió y la leyó de un tirón, y de pronto se quedó como atónita, diciéndome al mismo tiempo que levantaba hacía mi cara sus grandes ojazos:

—Es muy corta, ¡oh señora Lirriper, es muy corta!

Yo le contesto:

—Mi querida señora Edson, estad segura de que vuestro marido no tenía en ese instante tanto tiempo para escribir con mayor extensión.

—¡Claro está, claro está! —me dice ella, se tapa la cara con ambas manos y se vuelve hacia el otro lado de la cama.

Yo cerré con mucha suavidad la puerta del comandante, y cuando éste, que tenía puestas en su cocinilla holandesa las delgadas lonchas de tocino, me vio entrar, se levantó de su silla y me hizo sentar en el sofá.

—¡Chitón! —me dijo—. Veo que os ocurre algo. No habléis. Tomaos el tiempo necesario.

Yo le dije:

—Señor comandante, me temo que en el piso de arriba ocurre una cosa cruel.

Él me contesta:

—Yo venía temiendo eso mismo… Tomaos tiempo.

Pero acto continuo, el comandante, obrando del modo más contrario a sus palabras, rompe en un tremendo estallido de ira, y exclama:

—¡Jamás me perdonaré, señora, el que yo, Jaimito Jackman, no hubiese visto con claridad todo el asunto la mañana aquella…, que no hubiese subido al piso de arriba cuando tenía en la mano la esponja de las botas, y que no se la hubiese hecho tragar al individuo aquel; dejándolo ahogado en aquel mismo sitio!

El comandante y yo convinimos, una vez serenados, en que todo lo que podíamos hacer de momento era fingir que no sospechábamos nada y valernos de todos los medios a nuestro alcance para que la pobre joven estuviese tranquila; no sé lo que yo habría hecho sin el comandante cuando corrió entre los hombres de los organillos la voz de que no queríamos barullo; el comandante entabló contra ellos una guerra tan desesperada, que jamás habría yo creído, si no lo hubiese visto, que ningún caballero fuese capaz, como él lo fue, de tirarles los hierros de la chimenea, los bastones, jarros de agua, carbones y las patatas que estaba comiendo (incluso en alguna ocasión, el sombrero que llevaba puesto), soltando al mismo tiempo una cantidad tal de palabras insultantes en idiomas extranjeros, que los hombres del organillo se quedaron con el manubrio a mitad de camino, rígidos como la Fea Durmiente (porque no puedo compararlos con la Bella).

Cada vez que veía ahora acercarse al cartero, me entraban tales miedos, que resultaba para mí un verdadero alivio el verlo pasar de largo; pero diez o quince días después, vuelve a decirme:

—Aquí hay una carta para la señora Edson. ¿Qué tal se encuentra?

—Está muy bien, cartero, pero no lo bastante para levantarse a una hora tan temprana como se levantaba antes —lo cual era una verdad como el Evangelio.

Llevé la carta al cuarto del comandante, que se estaba desayunando, y le dije llena de vacilación:

—Comandante, yo no tengo ánimos para subírsela.

—Tiene aspecto de ser una carta canallesca —dijo el comandante.

—No tengo ánimos, comandante —repetí temblorosa—, para subírsela.

Después de algunos momentos en que pareció perdido en meditaciones, el comandante alzó la cabeza como si le hubiese ocurrido alguna idea nueva y provechosa:

—Señora Lirriper, no me perdonaré nunca el que yo, Jaimito Jackman, no hubiese subido aquella mañana cuando tenía en la mano la esponja del calzado… y se la hubiese hecho tragar…, hasta ahogarlo y dejarlo muerto en el acto.

—Comandante —dije un poco apresuradamente—, no lo hicisteis, y fue una suerte, porque con ello no habrías hecho ningún bien, y me parece que vuestra esponja está mucho mejor empleada en vuestras honradas botas.

Entramos, pues, en razones, y planeamos el que yo diese unos golpes en la puerta del dormitorio de la joven y depositase la carta en la esterilla de la parte de afuera, acechando desde el descansillo superior para ver lo que ocurría. No hubo nunca granadas, obuses o cohetes que inspirasen mayor terror que el que a mí me inspiró aquella espantosa carta cuando la subí al segundo piso.

Un instante después que ella la hubo abierto, resonó en toda la casa un chillido terrible, y me la encontré caída en el suelo como si estuviese muerta.

No me preocupé, querida, de ver el aspecto que tenía la carta, tirada abierta junto a ella, porque no tuve tiempo para eso.

Todo cuanto tuve necesidad de llevarle a la pobre joven, lo subió el comandante con sus propias manos, además de correr hasta la farmacia en busca de cosas que no teníamos en la casa y de trabar la más furiosa de sus muchas escaramuzas con un aparato musical que reproducía el salón de baile de yo no sé qué país, con gentes que entraban y salían bailando el vals y poniendo los ojos en blanco por unas puertas de muelle. Cuando, después de largo rato, vi que volvía en sí, me deslicé hasta el descansillo de la escalera, y cuando la oí llorar, entré y le dije alegremente:

—Señora Edson, no os encontráis bien, lo cual no me extraña —haciéndome como si no hubiese entrado antes en el cuarto.

No puedo decir si ella lo creyó o no, y aunque pudiese, no tendría importancia; el hecho es que permanecí a su lado por espacio de varias horas, hasta que ella (Dios me valga siempre) me dijo que iba a esforzarse en descansar, porque le dolía la cabeza.

—Comandante —le dije cuchicheando, al mismo tiempo que me asomaba al salón—, os ruego y suplico que no salgáis de casa.

El comandante me contesta cuchicheando:

—Señora, estad segura de que no haré semejante cosa. ¿Cómo sigue la señora Edson?

Yo le contesto:

—Comandante, sólo el Señor que está encima de todos nosotros sabe los pensamientos embravecidos que arden en su pobre alma. La he dejado sentada junto a su ventana. Yo voy a sentarme junto a la mía.

Vino la tarde y vino el anochecer. Norfolk es una calle encantadora donde vivir (a condición de que no vayáis más abajo de mi casa); pero aquel anochecer veraniego en que estaba sucia de polvo y de papeles viejos, en que los niños escapados de sus casas jugaban en ella, en que la envolvía una especie de calma arenosa y de horno, y en que el tañido de las campanas de la iglesia resonaba por la vecindad, estaba un poco triste; desde aquel entonces y a esa hora yo no la veré jamás sin recordar aquel triste atardecer de junio en que la desamparada joven se hallaba sentada junto a la ventana abierta de la esquina del segundo piso, y yo en la ventana abierta de la esquina del

tercero (la otra esquina). Un sentimiento de compasión, un algo más sabio y mejor con mucho que yo misma, me había impulsado, cuando aún era de día, a estar con el sombrero y el chal puestos; cuando cayeron las sombras de la noche y subió la marea, pude ver a la joven varias veces (sacando la cabeza y mirando hacia su ventana, que estaba debajo), que se asomaba un poco y miraba hacia la calle. Acababa de oscurecer, cuando la vi ya en la calle.

Era tal el miedo que tenía de perderla de vista que, aun ahora casi se me corta el aliento cuando lo cuento; corrí escaleras abajo más de prisa que nunca en mi vida; al pasar por delante de la puerta del comandante llamé en ella con unos golpes y salí a la calle. Ya había desaparecido. Corrí con igual velocidad calle abajo, y cuando llegué a la esquina de Howard Street, vi que la joven la había doblado, y estaba algo más adelante. Marchaba en dirección al Oeste. ¡Cómo se me enterneció de gratitud el corazón viéndola!

La joven desconocía por completo a Londres y había salido muy pocas veces fuera de casa, como no fuese para airearse un poco en nuestra misma calle, en la que había trabado relación con dos o tres niños pequeños, hijos de vecinos de la calle; junto con ellos había estado varias veces al final de la misma contemplando el río. Me di cuenta de que marchaba al azar, pero que seguía las calles secundarias mientras podía caminar por ellas; después se metió en el Strand. Pero, siempre que llegaba a una esquina, observaba yo que volvía la cabeza en la misma dirección, y esa dirección era siempre la del río.

Fueron acaso la oscuridad y la quietud del Adelphi las que le hicieron meterse dentro, aunque lo hizo con toda naturalidad, como si hubiese salido de casa para ir a ese sitio, cosa que quizá fuese así. Marchó derecha hacia la terraza, siguió por ella, miró a los carriles del ferrocarril; muchas veces me he despertado yo en mi cama desde entonces, presa de horror, viendo lo que ella hacía aquella noche. La soledad del muelle que había debajo y la profundidad que allí tenían las aguas, parecieron responder a lo que deseaba. Miró por todas partes, como si buscase el camino para bajar, y tomó uno (no sé si el verdadero o el equivocado, porque yo no había estado en aquel sitio hasta entonces, ni he vuelto después), y la seguí.

Lo notable del caso es que en todo aquel tiempo no volvió nunca la cabeza para mirar hacia atrás. Sin embargo, su manera de caminar sufrió un gran cambio; hasta ese momento había caminado con paso rápido pero seguro, y con los brazos cruzados delante; pero, cuando llegó a los arcos oscuros y tristes, echó a correr de una manera desatinada, con los brazos abiertos de par en par, como si fuesen alas y ella volase hacia su muerte.

Habíamos llegado al muelle. Ella se detuvo. Yo me detuve. Vi que sus manos manipulaban en las cintas del sombrero; eché a correr, me interpuse entre ella y el borde del muelle y la sujeté por la cintura con ambas manos. Me di cuenta de que podía haberme arrastrado al agua, donde yo me habría ahogado, pero estoy segura de que no la habría soltado.

Hasta aquel momento cruzaban por mi mente los pensamientos más confusos, y no tenía una idea ni siquiera aproximada de lo que iba a decirle; pero en el instante en que toqué su cintura surgieron las palabras como por encantamiento, y le hablé con mi voz natural, con mis sentidos despiertos y casi con el mismo ritmo de mi respiración normal.

—¡Señora Edson, querida mía, tened cuidado! —le dije—. ¿Cómo es posible que os hayáis extraviado y venido a parar a un sitio tan peligroso como éste? Para venir aquí, habéis tenido que pasar por las calles más enrevesadas de Londres. No me extraña que os hayáis perdido; pero ¡venir a parar aquí precisamente! Yo creía que no venía nadie a este lugar, fuera de cuando vengo yo a encargar el carbón acompañada por el comandante que vive en la sala y que viene a fumar su cigarro.

Dije esto porque vi al lado al bendito comandante haciendo como que fumaba.

—¡Ajajá! ¡Ejem! —carraspeó el comandante.

—¡Dios me valga! ¡Aquí está él! —exclamé.

—¡Hola! ¿Quién anda por ahí? —dijo el comandante con voz de mando.

—¡Esto es como para dejarla a una con la boca abierta! ¿Es que no nos conocéis comandante Jackman?

—¡Hola! —contesta el comandante—. ¿Quién es el que llama a Jaimito Jackman?

Jadeaba mucho más y actuaba con mucha menos naturalidad de lo que yo me habría imaginado.

—Comandante, aquí está la señora Edson —digo yo—. Salió de paseo para refrescar su pobre cabeza, que le dolía mucho, perdió su camino y se extravió. ¡Dios sabe adónde habría ido a parar de no haber dado la casualidad de que yo viniese hasta aquí para depositar un pedido en el buzón de cartas de mi carbonero y de no haber venido vos a fumaros vuestro cigarro como de costumbre!

Luego le hablé de ella:

—La verdad es, querida, que no estáis bien para alejaron tanto de casa sin mí… Comandante, estoy segura de que vuestro brazo será muy bien aceptado, y que ella puede apoyarse en él todo lo que guste.

Por fin, ¡gracias al Altísimo!, estábamos uno a cada lado de ella.

Castañeteaba de frío, y siguió temblando hasta que yo la acosté en su cama; permaneció en ella, agarrándome de la mano hasta las primeras horas de la mañana, gimiendo constantemente: «¡Oh, qué pecado, qué pecado, qué pecado!», por último hice como que se me doblaba la cabeza y se apoderaba de mí un sueño profundo; entonces oí cómo la pobre joven daba gracias a Dios de una manera tan conmovedora y tan humilde, por haberle evitado que se quitase la vida en un acceso de locura, que creo habría sido capaz de que mis ojos se deshiciesen en lágrimas sobre la colcha, al comprender que ya no había peligro de que volviese a cometer ese acto.

Como podíamos y queríamos permitirnos ese lujo, el comandante y yo trazamos al siguiente día y mientras ella, abrumada de fatiga, dormía profundamente, trazamos, digo, nuestros pequeños planes; por eso, en cuanto me fue posible hacerlo sin

violencia, le dije:

—Señora Edson, querida mía, cuando el señor Edson me pagó la renta para estos seis meses más…

Ella sufrió un sobresalto y clavó en mí sus grandes ojazos, pero yo seguí hablando, mientras le daba a la aguja.

—No tengo la seguridad de no haberme equivocado al poner la fecha del recibo. ¿Me permitiríais que le echase un vistazo?

Ella apoyó su mano helada sobre la mía, y me miró hasta el fondo del alma de tal manera que no tuve más remedio que levantar la vista de mi labor, pero había tomado la precaución de ponerme las gafas.

—No tengo ese recibo —me dijo.

—¡Ah! Entonces se lo guardó él —dije sin darle importancia—. La cosa no vale la pena. Un recibo no es más que un recibo.

Desde aquel día, la joven me agarraba de la mano siempre que yo la tenía libre, cosa que por lo general sólo ocurría cuando yo le leía algo; como es natural, ella y yo teníamos que preparar nuestras pequeñas labores de costura, y ninguna de las dos teníamos gran práctica en esa clase de prendas pequeñas, aunque, bien mirado, todavía me siento orgullosa de la parte que yo hice. Aunque ella escuchaba con gran atención todo cuanto yo le leía, siempre creí observar que, después de las enseñanzas que se nos dieron en la Montaña, prestaba la mayor atención a todo cuanto se refería a la cariñosa compasión que Él sintió hacia nosotras, las pobres mujeres, a la narración de Su joven vida y a cómo Su Madre estaba orgullosa de Él y atesoraba sus enseñanzas en su corazón. Había en sus ojos una expresión de gratitud que jamás, jamás, jamás se borrará de los míos hasta que se cierren en mi último sueño; cuando yo la miraba de improviso sin que ella se diese cuenta, descubría siempre aquella mirada, y muchísimas veces me ofrecía su boca temblorosa para que se la besase, más que como una persona mayor, como una niña pequeña y tierna que ha tenido un gran disgusto.

Una vez le tembló con tal fuerza su pobre boca, y las lágrimas corrieron con tal rapidez por sus mejillas, que pensé que me iba a hacer la confesión de todas sus desdichas. Por eso cogí sus dos manos en la mía y le dije:

—No, querida mía; ahora no; lo mejor que podéis hacer es no intentar contármelo ahora. Esperad a que lleguen tiempos mejores, cuando hayáis salido de esta situación vuestra y estéis fuerte. Entonces me contaréis todo cuanto queráis. ¿Estamos de acuerdo?

Con nuestras manos todavía juntas, ella dijo que sí muchas veces con la cabeza; luego levantó mis manos, se las llevó a sus labios primero y después a su corazón.

—Una sola palabra, querida —dije—. ¿Hay alguien?

Ella me miró preguntándome: «¿Alguien?».

—Sí, alguien a quien yo pueda ir a visitar.

Ella negó con la cabeza.

—¿No hay nadie a quien quisierais que yo trajese aquí? Ella movió negativamente la cabeza.

—No es que yo necesite de nadie, querida mía. Aquello puede considerarse para siempre como muerta y enterrada.

No habría pasado más de una semana (porque esto ocurrió en el tiempo en que casi siempre estábamos juntas); me hallaba yo al lado de su cama, y me incliné para aplicar el oído hasta cerca de sus labios, buscando unas veces el ruido de su respiración y buscando otras en su rostro algún signo de vida. Por último se produjo de un modo solemne, no súbitamente, sino como una lucecita pálida y débil que asomó poco a poco a su cara.

Me dijo algo que no llegó a articular en un sonido; pero vi en sus labios que me preguntaba: «¿Me muero?».

Yo le contesté:

—¡Pobrecita mía, creo que sí!

Comprendí no sé cómo que deseaba que le cambiase de posición su mano derecha, sin fuerzas ya; se la cogí y la coloqué sobre su pecho, a continuación doblé la otra mano encima, y ella rezó ferviente plegaria, que yo acompañé, pobre de mí, aunque no la dijo con palabras ni yo tampoco hablé. Acto continuo, le traje al bebé, envuelto en sus ropitas, desde el sitio en que estaba acostado, y le dije:

—Querida mía, esto lo ha enviado Dios a una anciana que no tiene hijos. Yo cuidaré de él.

Los labios trémulos se alzaron por última vez hacia mi cara, y yo se los besé con todo cariño.

—Sí, querida mía —le dije—. ¡Yo y el comandante! ¡Con ayuda de Dios!

No sé cómo expresarme con exactitud; pero vi que su alma se iluminaba y saltaba hacia arriba, liberándose del cuerpo y volando en aquella última mirada agradecida.

Y ahí tenéis, querida, cómo y por qué fue el bautizarlo con el nombre de Jaimito, igual que su padrino el comandante, poniéndole el apellido Lirriper, que es el mío; no hubo jamás en una casa de habitaciones amuebladas niño tan querido ni cosa que la alegrase tanto, ni compañero de juegos con su abuela como lo fue Jaimito en esta casa conmigo. Siempre bueno y obediente a lo que se le decía (por regla general), era un calmante para nuestro humor, y nos hacía en todo la vida más agradable, fuera de aquella ocasión en que, siendo ya de suficiente edad, dejó caer su gorra por la verja del sótano de la señorita Wozenham; no quisieron subírsela, y el niño tuvo tal disgusto que yo me puse mi mejor sombrero, los guantes y la sombrilla, y me fui con el niño de la mano hasta llegar allí y decirle:

—Señorita Wozenham, muy lejos estaba yo de pensar que entraría algún día en vuestra casa, pero si no se devuelve en el acto la gorra de mi nieto, las leyes de este país relativas a la propiedad de sus súbditos sentenciarán por fin entre vos y yo, cueste lo que cueste.

La señorita Wozenham, con una mueca de burla que me dio la impresión (no

tengo más remedio que decirlo) de que confirmaba la sospecha de las dobles llaves (aunque pudiera ser una equivocación mía, y si existe alguna duda sobre ello, dejemos, como es de derecho, que esa señorita se beneficie de ella totalmente), tiró de la campanilla y dijo:

—Juanita, ¿ha caído al sótano una gorra vieja de un chico vagabundo?

Yo entonces le dije:

—Señorita Wozenham, antes que vuestra doncella conteste a esa pregunta, me permitiréis que os diga en vuestra propia cara que mí nieto no es un niño vagabundo, ni tiene la costumbre de usar gorras viejas.

—Para que sepáis —proseguí— no estoy muy segura, señorita Wozenham, de que la gorra de mi nieto no sea bastante más nueva que vuestro gorro.

Esto fue un arrebato mío y una gran ofensa para ella, porque su gorro estaba confeccionado de puntilla de lo más barata, hecha a máquina, lavada y con roturas además; pero lo hice porque desde el primer momento me había sacado de quicio con su impertinencia. Entonces la señorita Wozenham, toda colorada, pregunta:

—Juanita, ya oísteis lo que os pregunté: ¿ha caído al sótano la gorra de algún niño?

—Sí, señora —contesta Juanita—. Creo que he visto allá abajo en el suelo alguna basura de esa clase. La señorita Wozenham le dice entonces:

—Si es así, acompañad hasta la puerta a estas visitas y luego tiradles desde abajo esta porquería que yo no quiero en mi casa.

Pero el muchacho, que en todo ese tiempo había sido todo ojos para mirar a la señorita Wozenham, frunce su ceño, hace un mohín con su boquita, abre muy ancho el compás de sus piernas regordetas, hace girar uno sobre otro como un molinillo de café sus puños llenos de hoyuelos, y le dice:

—¡Mala con mi abuelita, yo también malo con vos!

Entonces la señorita Wozenham nos mira de arriba abajo burlonamente a mí y al pequeño, y exclama:

—¡Claro que no! ¿Éste un niño de la calle? ¡Claro que no lo es!

Yo entonces rompo a reír, y le digo:

—Señorita Wozenham, si esto que ha hecho el niño no os encanta, no os envidio vuestros sentimientos, y os doy las buenas noches. Jaimito, ven con tu abuelita.

Y seguí del mejor humor, aunque nos tiraron la gorra como sí la hubiesen tenido de tapón del caño del agua, y seguí riéndome por todo el camino hasta llegar a casa, por la gracia que me había hecho el diablillo del chico.

¡Las millas y millas que el comandante y yo habremos caminado con Jaimito a la hora del ocaso, entre dos luces, no podrían contarse! Jaimito guiando en el coche desde el pescante (que era el pupitre guarnecido de metal que tiene el comandante sobre la mesa), yo dentro del coche, en mi sillón, y el comandante detrás, haciendo de guarda y tocando maravillosamente un cuerno de papel de estraza. Os aseguro, querida, que, a veces, después de dar algunas cabezadas en mi asiento del interior del

coche, al abrir los ojos, todavía amodorrada, junto a las llamas de la chimenea, y oír cómo guiaba aquel encanto de niño, y cómo el comandante tocaba el cuerno desde la parte de atrás del coche, avisando que tuviesen preparado el nuevo tiro de caballos para cuando llegásemos al mesón, casi he llegado a creer que íbamos por la carretera del Norte, que tan bien conocía mi pobre Lirriper. Y después, cuando el niño y el mayor, ambos muy arropados, echaban pie a tierra, y caminaban de un lado a otro pateando con fuerza para entrar en calor, y bebiendo vasos de cerveza de las cajas de fósforos de la repisa de la chimenea, era de ver al comandante disfrutando tanto como el niño; el espectáculo valía por la escena de cualquier obra de teatro, cuando el cochero abre la portezuela para mirar al interior y dice:

—Ya hemos terminado la etapa… ¿Hemos pasado miedo, señora anciana?

Pero lo que yo sentí, y no hay palabras para describir, el día en que se nos perdió el niño, sólo puede compararse con lo que sintió el comandante, que no lo pasó mucho mejor. Se extravió, en efecto, cuando tenía cinco años de edad, a las once de la mañana, y no volvimos a saber nada de él hasta las nueve y media de la noche, cuando ya el comandante se había presentado en la Redacción del *Times* para poner un anuncio (que apareció al día siguiente, cuando ya hacía veinticuatro horas que había sido encontrado); yo guardo ese anuncio con mucho cuidado en el cajón del espliego, como el primer relato impreso de su vida. Conforme avanzaba el día, más alocada me encontraba yo, y lo mismo le ocurría al comandante, contribuyendo a empeorar nuestra situación el ver con qué tranquilidad lo tomaba la Policía; porque, dentro de su cortesía y de sus atenciones, se empeñaba en no querer admitir la suposición de que había sido robado por alguien.

El sargento, que acudió a consolarme, sin conseguirlo, era uno de los guardias que acudieron a mi casa cuando el incidente de Carolina al que antes he hecho mención, y aludió a éste con sus primeras palabras, diciéndome:

—Casi siempre los encontramos, abuela. No paséis cuidado, abuela; todo se arreglará tan bien como mi nariz cuando me la arrancó la muchacha aquella de vuestro segundo piso. Casi siempre los encontramos, porque a la gente no le interesan por lo general los que yo pudiera llamar niños de segunda mano. Recibiréis al niño.

Yo enlacé mis manos en actitud de súplica, me las retorcí, volví a enlazarlas y exclamé:

—¡Pero, querido señor, es que se trata de un niño tan extraordinario!…

A lo que el sargento me contestó:

—Sí, casi todos son extraordinarios, y también los encontramos. Lo que de veras interesa saber es cuánto valían sus ropas.

Yo le dije:

—Sus ropas no valían mucho, porque sólo llevaba encima la que le ponemos para que juegue. ¡Pero el niño, el niño querido!

Entonces el sargento agrega:

—Perfectamente, abuela. Se os devolverá el niño, y aunque hubiese llevado las

ropas mejores, todo lo peor que le podría pasar es que nos lo encontrásemos en algún camino extraviado, sin más ropa que una hoja de col y tiritando de frío.

Estas palabras del sargento me traspasaron el corazón como puñaladas; el comandante y yo corrimos durante todo el día de un lado para otro como frenéticos, hasta que el comandante, que regresaba de su entrevista con el director del *Times*, entra corriendo, presa del mayor histerismo, en mi cuartito, me estruja las manos, se enjuga las lágrimas y me dice:

—¡Alegría, alegría!… Cuando yo iba a entrar en casa, subía la escalinata un oficial vestido de paisano… ¡Tranquilizaos!… ¡Han encontrado a Jaimito!

Yo me desvanecí. Cuando recobré el conocimiento, me eché a los pies del oficial vestido de paisano y le besé las piernas; él, que tenía bigotes negros, parecía estar haciendo un tranquilo inventario mental de todo el mobiliario de mi cuartito. Yo le dije:

—¡Bendito seáis, señor! ¿Dónde está mi encanto?

Y él me contestó:

—En la Comisaría de Kennington.

Iba yo a caer redonda como una piedra a sus pies, imaginándome a aquel inocente encerrado en una celda con asesinos, pero él agregó:

—Fue siguiendo al mono.

Creí que hablaba en jerga, y le dije:

—¡Por el amor de una abuela, explicadme a qué mono fue siguiendo!

Y él me contestó:

—A ese mono de la gorra a franjas sujeta debajo de la barbilla con una cinta, pero que no se le tiene. A ese mono que se exhibe de tiros largos en los cruces, encima de una mesa redonda y que sólo a regañadientes saca su sable.

Entonces fue cuando le comprendí, dándole las gracias efusivamente: fuimos en coche a Kennington, yo, el comandante y el oficial, y allí nos encontramos a nuestro niño acostado muy a sus anchas delante de un hermoso fuego; se había dormido tocando un acordeón pequeño que no llegaba ni al tamaño de una plancha, que le habían dejado allí mismo y que parece se lo quitaron a un muchacho que lo había robado.

Querida, el sistema que comenzó a usar el comandante para enseñar al chico o, mejor dicho, para perfeccionar sus conocimientos cuando era aún tan pequeño, que, para verlo o cuando estaba al otro lado de la mesa, había que mirar por debajo de ésta y no por encima (tenía el mismo pelo claro de su madre, formándole magníficos bucles) es cosa que debería llegar a conocimiento del Trono, de los lores y de los Comunes, porque podría valerle al comandante algún ascenso, que bien se lo merece, y no le vendría mal en cuestión de libras, chelines y peniques (hablando entre amigas). Cuando el comandante dio principio a sus enseñanzas, me dijo:

—Señora, voy a hacer de nuestro chico un calculista.

—Comandante —le contesté—, me aterráis; podríais hacer al muchacho un

perjuicio permanente que no os perdonaríais nunca vos mismo.

—Señora —me dijo él—. Después del remordimiento que me persigue por no haber ahogado al canalla aquél cuando yo tenía en mi mano la esponja de dar lustre a las botas…

—¡Ya estamos!… —le interrumpí—. ¡Ojalá que vuestra conciencia no necesite de esponjas para hablaros!

—Digo que, después de ese remordimiento, el mayor que podría tener mi corazón —y se dio un golpecito encima— sería el ver que no se cultivaba esa delicada inteligencia desde primera hora. Pero fijaos, señora —me dice el comandante, levantando el dedo índice—; me refiero a que se la cultive siguiendo la norma de que la enseñanza constituya para el niño un entretenimiento.

—Comandante —le contesto—, quiero ser sincera con vos, y os advierto que si veo que el niño pierde alguna vez el apetito, comprenderé que la culpa la tienen los cálculos, y los cortaré instantáneamente. Y que si se le suben a la cabeza, o le dan de un modo u otro frío al estómago, o llevan a algo que se parezca a flojedad de sus piernas, tomaré la misma resolución.

Pero, comandante, vos sabéis mucho, habéis visto mucho, queréis al niño y sois su padrino, de modo que si tenéis confianza en vuestro método, ponedlo en práctica.

—Habéis hablado, señora, como Emma Lirriper que sois. Todo lo que os pido es que nos otorguéis a mí y a mi ahijado una o dos semanas de tiempo para prepararos una sorpresa y que me permitáis traer y llevar algunos utensilios de la cocina, en momentos en que no los necesiten allí.

—¿De la cocina decís, comandante?

Se lo dije como si recelase que pensaba cocer al chico.

—De la cocina —insiste el comandante, y se sonríe, se expansiona y da la sensación de que ha crecido.

Di las órdenes necesarias; el comandante y mi querido muchacho se solían encerrar durante media hora, y jamás pude oír otra cosa durante esos momentos sino que hablaban y se reían, y que Jaimito palmoteaba y cantaba ciertos números, de modo que pensé: «Hasta ahora no le ha perjudicado en nada». Por mucho que me fijé en mi encanto de niño, no pude descubrir por parte alguna señal de que hubiese sufrido ningún daño, lo que me causó un gran alivio. Hasta que un buen día me trae Jaimito una tarjeta en la que el comandante había escrito en broma, con la mejor de sus letras: «Los señores Jaimito Jackman (le habíamos puesto también el apellido del comandante) tienen el honor de invitar a la señora Lirriper al Instituto Jackman, situado en el salón delantero, a las cinco de esta tarde, puntualidad militar, para presenciar algunos ligeros ejercicios de aritmética elemental». Y ya me creeréis que a las cinco en punto estaba yo allí, en el salón frontero; el comandante estaba detrás de la mesa plegable, con las dos hojas de ésta levantadas, y una gran cantidad de utensilios de cocina colocados en ella con mucha limpieza sobre viejos periódicos, y mi muñeco estaba encima de una silla, con sus mejillas que parecían una rosa y sus

ojos centelleantes como dos montones de brillantes.

—Y ahora, abuela, os estáis ahí sentada y no manoseéis a la gente —dijo el renacuajo con su lengua de trapo, porque había visto con todos sus diamantes que le iba a dar un achuchón.

—Perfectamente, señor —le contesté—. Yo en tan buena compañía no hago sino obedecer.

Y me siento en el sillón que me habían preparado, temblándome los brazos.

Pero imaginaos mi admiración cuando el comandante, actuando casi con tanta rapidez como un prestidigitador, va poniendo delante los utensilios que va nombrando, y dice:

—Tres sartenes, una plancha italiana, una campanilla, un tenedor para tostar, un rallador de nuez moscada, cuatro coberteras, una caja de especias, dos hueveras y una tabla de cortar carne, ¿cuántos son?

Imaginaos también mi admiración cuando el muñeco contesta al instante:

—Quince: escribo el cinco y llevo la tabla de cortar carne.

Y luego palmotea, da una zapateta y baila en su silla.

—Pues bien, querida; con la misma exactitud y facilidad asombrosa suman el niño y el comandante las mesas, sillas, sofás, cuadros, guardafuegos, hurgones y tenazas, ellos, yo, el gato, los ojos que la señorita Wozenham tiene en la cabeza; y siempre que termina de hacer una suma, mi *Rosas frescas y brillantes* palmotea, da una zapateta y baila en la silla.

¡Qué orgulloso estaba el comandante!

—¡Vaya inteligencia la de este chico! —me decía, tapándose la boca con la mano.

—¡Resta! —grita Jaimito.

—Vamos allá —dice el comandante.

Tenemos aquí un tenedor para tostar, una patata cruda, dos coberteras, una huevera, una cuchara de madera, dos pinchos y queremos restar de ellos con fines comerciales una parrilla, un jarrito de encurtidos, dos limones, un pimentero, una trampa de cucarachas y un manillar de cómoda. ¿Cuánto nos queda?

El tenedor para tostar.

—¿Y en cifras?

—¡Uno! —grita Jaimito.

—¡Vaya un muchacho! —me dice el comandante ocultando la boca detrás de la mano. Luego prosigue:

—Vamos a entrar ahora en la regla elemental siguiente…, que se llama…

—¡Tiplicación! —grita Jaimito con su lengua de trapo.

—Exacto —dice el comandante.

Pues bien, querida; si yo me pusiese a explicar en detalle cómo multiplicaron catorce trozos de leña por dos jengibres y una aguja de mechar, y dividieron casi todos los objetos que había encima de la mesa por el calentador de la plancha italiana y un candelero de dormitorio, quedándoles un limón de resto, me marearía como me

mareé en aquel entonces. Dije, pues:

—Profesor Jackman, si me perdonáis que me dirija a la presidencia creo que hemos llegado a un punto de la exhibición en que se hace indispensable que yo dé un fuerte beso a ese joven alumno

Al oír eso me grita Jaimito desde su silla:

—Abuelita, abrid los brazos y me tiraré hasta ahí de un salto.

Le abrí los brazos, del mismo modo que abrí mi corazón dolorido a su pobre madre que estaba muriéndose, y el chico dio el salto y nos quedamos abrazados durante largo rato. Y el comandante, más hueco que un pavo real, me dice ocultando la boca con la mano:

—No hace falta que se lo digáis, señora (y no hacía falta que se lo dijese, en efecto, porque el comandante lo decía en voz alta): ¡Vaya chico!

Así es como fue creciendo Jaimito; iba a la escuela diurna, pero seguía el comandante dándole también lecciones; y en verano éramos tan felices como los días eran largos, mientras que en invierno éramos tan felices como los días eran cortos; y parecía como si el cielo bendijese nuestro negocio de habitaciones amuebladas, porque se alquilaban por sí mismas y las habríamos alquilado aunque tuviéramos doble número de habitaciones.

Pero un día, con gran dolor y muy contra mi voluntad, le dije al comandante:

—Comandante, ya sabéis lo que os voy a decir. Nuestro muchacho necesita ir a un internado.

Me dio tristeza ver cómo se le alargó la cara al comandante y compadecí a aquella buena alma con todo mi corazón.

—Sí, comandante —le dije—; aunque tenga tantas simpatías entre los inquilinos como las tenéis vos y aunque para vos y para mí sea lo que vos y yo solos sabemos, lo que os digo está en el curso de las cosas, la vida está hecha de separaciones y debemos separarnos de nuestro ídolo.

Aunque yo hablaba valerosamente, lo cierto es que estaba viendo dos comandantes y media docena de chimeneas, y que sentí desgarrárseme el alma cuando vi que el pobre comandante colocaba una de sus limpias botas encima del salva-fuegos, apoyaba el codo en la rodilla y la cabeza en la mano y se mecía suavemente.

—Pero —le dije, carraspeando, para aclarar la garganta— lo habéis preparado tan bien… Habéis sido un preceptor tan excelente…, que no tendrá que pasar por las primeras chinchorrerías de la enseñanza. Y es, además, tan inteligente, que no tardará en abrirse camino hasta la primera fila.

—Es un muchacho —dijo el mayor, después de oliscar con disimulo— como no hay otro igual en toda la superficie de la tierra.

—Es cierto, comandante, y no debemos nosotros, por egoísmo nuestro, impedir que pueda llegar a ser una gloria y un orgullo a dondequiera que vaya, o quizá que llegue a ser un hombre ilustre, ¿no es cierto, comandante? Cuando yo acabe mis días

irán a él todos mis ahorritos (porque en el mundo no hay para mí otra cosa sino él), y debemos esforzarnos para que llegue a ser un hombre instruido y bueno, ¿no es cierto, comandante?

—Señora —dijo el comandante, levantándose—, Jaime Jackman, por lo que veo, se está volviendo un egoistón mucho mayor de lo que yo mismo me daba cuenta, y lo estáis avergonzando. Tenéis completa razón, señora. No se os puede negar ni quitar un ápice de razón… Si me lo permitís, voy a dar un paseo.

Después de marcharse el comandante, y como Jaimito estaba en casa, hice venir al niño a mi cuartito, lo puse en pie junto a mi silla, acaricié con mis manos aquellos bucles que eran iguales que los de su madre, y le hablé con gran seriedad y ternura. Y, después de recordarle que había cumplido ya sus diez años y de decirle acerca de abrirse camino en la vida más o menos las mismas cosas que había dicho el comandante, le anuncié cómo teníamos que separarnos; y al llegar a este punto no tuve más remedio que detenerme, porque vi de pronto temblar unos labios, y esto me llevó a otra escena de los tiempos pasados. Pero el muchacho reunió toda su voluntad y no tardó en dominarse, y me dijo, haciendo un ademán de conformidad por entre sus lágrimas:

—Comprendo, abuelita. Ya sé que no hay más remedio, abuelita… Seguid, abuelita, y no tengáis miedo de mí.

Y cuando yo le hube dicho todo cuanto se me ocurrió, volvió hacia mí su cara serena y alegre y me habló de este modo, aunque con alguna que otra vacilación:

—Ya veréis, abuelita, cómo sabré ser hombre, haciendo cuanto os resulte agradable y os demuestre mi amor…, y si no llego a ser lo que esperáis de mí, confío en que será… porque habré muerto.

Y dicho esto, se sentó junto a mí, y yo le hablé de la escuela que me había sido recomendada, dónde se hallaba establecida, cuántos alumnos tenía, a cuántos juegos me habían dicho que jugaban y el tiempo que duraban las vacaciones, a todo lo cual atendió el muchacho con alegría y comprensión. Y, por último, dijo:

—Y ahora, abuelita querida, permitidme que me arrodille en este mismo lugar en el que he tenido costumbre de rezar mis oraciones, que incline por un instante mi cara sobre vuestra bata y que llore, porque vos habéis sido para mí más que un padre…, más que una madre…, más que las hermanas y los hermanos.

Y lloró, y yo lloré también, y ambos nos sentimos más aliviados.

Desde allí en adelante supo ser fiel a su promesa; mostróse siempre jovial y dispuesto, y cuando el comandante y yo lo llevamos al Lincolnshire fue el más alegre de la partida (aunque esto era lo más natural del mundo); pero la verdad es que no nos volvió el ánimo al cuerpo hasta que, al llegar al último adiós, dijo con mirada anhelante:

—¿Verdad, abuelita, que no creéis que yo no estoy pesaroso de separarme? Y cuando le contesté:

—¡Dios me libre, querido!

Él dijo:

—Me alegra mucho oírlo —y echó a correr, desapareciendo de nuestra vista.

Pero, desde que el muchacho se marchó de la casa, el comandante cayó en un estado de amodorramiento. Todos los huéspedes se fijaron en que el comandante estaba amodorrado. No daba siquiera la impresión de ser un hombre alto, y todo lo más que hacía era dar brillo a sus botas con un lejano resto de interés.

Una tarde vino el comandante a mi cuartito para tomar el té con una tostada y manteca y leer la carta de Jaimito que acababa de llegar después del mediodía (y la trajo el mismo cartero, que hacía idéntico recorrido y empezaba a ser hombre entrado en años).

Al ver que la carta lo reanimaba un poco, le dije al comandante:

—Comandante, no quiero veros abatido.

El comandante movió a un lado y a otro la cabeza y dijo con un profundo suspiro:

—Señora, Jaime Jackman es un vejestorio más egoistón de lo que yo me creí.

—El abatimiento no es como para quitarle a uno años de encima, comandante.

—Mi querida señora —me dijo él—, ¿hay alguna manera de rejuvenecer?

Viendo que el comandante me ganaba por ese lado la partida, me desvié hacia otro.

—¡Trece años! ¡Treee… ce años! En estos trece años que habéis vivido en mis salones, ¿cuántos huéspedes han ido y venido en esta casa?

—¡Vaya si han ido y venido infinidad de ellos! —dijo el comandante, animándose.

—Y a mí me parece que vos habéis tenido trato familiar con todos ellos, ¿no es cierto?

—Por regla general, querida señora (aunque todas las reglas tienen sus excepciones), me han honrado con su amistad y no pocas veces con su confianza.

Al ver cómo el comandante volvía a inclinar su blanca cabeza, se atusaba sus negros bigotes y recaía en su abatimiento, surgió en mi mollera (si se me permite la palabra) un pensamiento que, por lo visto, andaba de un lado para otro buscando amo, y le dije como al desgaire (porque a un hombre abatido no se le puede atacar de frente):

—Las paredes de mi casa de huéspedes dirían no pocas cosas si encontrasen la manera de decirlas.

El comandante no se movió ni dijo una palabra; pero yo vi, querida, que prestaba atención con sus hombros… Sí, con sus hombros… a lo que yo decía. El hecho es que vi la impresión que habían producido mis palabras en sus hombros.

—Nuestro querido muchacho era muy aficionado a los libros de historia —proseguí, como si sólo hablase para mí misma—. Tengo la seguridad de que esta casa; es decir, su hogar, podría escribir una o dos historias para que él las leyese un día u otro.

Los hombros del comandante se hundieron primero, luego trazaron una curva, y

la cabeza de aquél surgió de entre el cuello de su camisa. La cabeza del comandante surgió del cuello de su camisa con una energía como yo no le había visto desde que Jaimito había marchado a la escuela.

—Mi querida señora —dijo el comandante—, es indudable que yo he celebrado muchos cambios de reminiscencias con vuestros inquilinos en los intervalos de nuestras amistosas partidas de naipes, y además, mientras tomábamos lo que en los tiempos de mi juventud (en los días de la inexperiencia juvenil de Jaime Jackman se llamaba la copa) en amistosa compañía.

Yo entonces (confieso que lo hice con la más astuta y profunda de las intenciones) llegué a decir:

—¡Ojalá que nuestro querido muchacho hubiese podido escuchar estas conversaciones!

—¿Habláis en serio, señora? —pregunta el comandante, sobresaltándose y volviéndose hacia mí por completo.

—¿Por qué no, comandante?

—Señora —me contesta, doblando una de sus bocamangas—, las escribiré para que él las lea.

—¡Eso ya es hablar! —exclamé palmoteando complacida—. ¡Ahora es cuando lleváis camino de salir de vuestro abatimiento, comandante!

—Desde ahora hasta mis vacaciones…; quiero decir, hasta las vacaciones del querido muchacho —siguió diciendo el comandante, al mismo tiempo que doblaba la otra bocamanga— se puede hacer mucho en ese sentido.

—Comandante, sois un hombre inteligente, habéis visto muchas cosas y no dudo de que lo haréis.

—Empezaré mañana —dijo él, y me pareció en aquel momento de una estatura tan elevada como nunca.

Antes de tres días mi querido comandante era otro hombre, y al cumplirse una semana había vuelto a ser el mismo de antes: escribía, escribía y escribía, arañando con su pluma lo mismo que las ratas detrás de un artesonado de madera; yo ignoro si tenía mucho fundamento para lo que escribía o si se limitaba a fantasear; pero ahí están sus escritos, en la división de cristal del lado izquierdo de ese pequeño armario de libros que tenéis cerca de vos, a vuestras espaldas[14].

CAPÍTULO VII

De cómo los salones agregaron unas cuantas palabras

Tengo el honor de presentarme a mí mismo con el apellido de Jackman. Tengo a orgullosa suerte el pasar a la posteridad por mediación del muchacho más extraordinario que ha vivido jamás (se llama Jaimito Jackman Lirriper) y de mi dignísima y altamente respetada amiga la señora Emma Lirriper, de Norfolk Street, número 81, Strand, en el condado de Middlesex, en el Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda.

No soy yo quien debe expresar el extraordinario entusiasmo con que recibimos a nuestro querido y eminentemente notable muchacho, con ocasión de sus primeras vacaciones de Navidad. Baste decir que cuando entró corriendo en la casa, portador de dos espléndidos premios (en Aritmética y en Conducta ejemplar), la señora Lirriper y yo lo besamos emocionados, e inmediatamente nos dirigimos con él al teatro, donde vimos los tres una representación admirable.

Ni es tampoco para rendir homenaje a las virtudes de la mujer mejor de su sexo honrado y bueno (y de aquí en adelante, por deferencia a su modestia y a su mérito, me limitaré a designar a esa persona con las iniciales de E. L.), por lo que agrego estas cuartillas al fajo de papeles que nuestro muchacho, notable en grado máximo, ha leído, manifestándose encantado con ellos antes de volver a colocarlos en la misma división de cristal, a mano izquierda de la librería de la señora Lirriper.

Ni lo hago tampoco para hablar a la fuerza del viejo Jaime Jackman, individuo raro, anticuado y oscuro, que vivió en tiempos, para vergüenza suya, en casa de la señora Wozenham, y ha vivido después durante mucho tiempo (para honra suya) en la casa de huéspedes de la señora Lirriper. Si yo pudiera hacerme conscientemente culpable de esta acción de mal gusto, sería sin duda un exceso de mi parte, ahora que ese apellido lo lleva Jaimito Jackman Lirriper.

No; si tomo mi humilde pluma es para dejar constancia modesta de nuestro extraordinario y sorprendente muchacho, presentando lo que mi pobre entendimiento juzga una ligera y deliciosa pintura de la inteligencia de aquél. Ese cuadro puede quizás interesarle cuando sea hombre.

El primer día de Navidad que pasamos juntos fue el más delicioso de cuantos habíamos celebrado los tres en compañía. Jaimito no calló ni durante cinco minutos, salvo el tiempo que pasamos en la iglesia. No cesó de hablar mientras estuvimos sentados al amor de la lumbre, no cesó de hablar mientras caminábamos hacia la iglesia, volvió a seguir hablando cuando nos sentamos otra vez al amor del fuego; siguió hablando de una manera incesante durante la comida, aunque él la convirtió en

algo así tan extraordinario como su misma persona. Una primavera de felicidad fluía y fluía de su corazón fresco y juvenil, y fertilizaba (si se me permite una imagen tan atrevida) a mi muy estimada amiga y a J*** J***, que es quien esto escribe.

Éramos únicamente los tres. Cenamos en el cuartito de mi apreciada amiga, y nuestra fiesta resultó perfecta. Pero en aquella casa era todo siempre perfecto en cuanto a limpieza, orden y comodidad. Terminada la cena, nuestro muchacho fue sin decir nada al viejo taburete que tenía en otros tiempos, junto a las rodillas de mi estimada amiga, y allí, con las castañas calientes y el vaso de jerez oscuro (¡vino excelente, a decir verdad!), sirviéndole de mesa una silla, su cara oscurecía el frescor de las manzanas que había en el frutero.

Hablamos de estos garabatos míos, que Jaimito se había leído para entonces de cabo a rabo, y hablando del asunto, mi estimada amiga, mientras acariciaba los bucles de Jaimito, hizo esta observación:

—Y como tú también perteneces a la casa, Jaimito, y con mucha más razón que los huéspedes, porque has nacido en ella, opino que tu historia debería agregarse un día cualquiera de éstos a la de las demás.

Los ojos de Jaimito relampaguearon al oír esto, y dijo:

—También a mí me lo parece, abuelita.

A continuación se puso a mirar al fuego; poco después empezó a reír como si estuviese en vena de confidencias con la lumbre, y, por fin, plegando sus brazos sobre el regazo de mi estimada amiga y alzando hacia ella su cara iluminada, dijo:

—Abuelita, ¿queréis escuchar la historia de un muchacho?

—¡Mejor que ninguna! —contestó mi estimada amiga.

—¿Os agradaría a vos, padrino?

—¡Mejor que ninguna! —contesté yo.

—Pues, entonces, voy a contaros una —dijo Jaimito.

Acto seguido, nuestro indiscutiblemente muchacho se dio a sí mismo un abrazo y volvió a reírse con risa musical, porque le hizo gracia la perspectiva de presentársenos en este nuevo aspecto. A continuación, volvió a mirar al fuego, como si nuevamente cambiase confidencias con él, y empezó de esta manera:

—En los tiempos de Maricastaña, cuando los cerdos bebían vino y los monos masticaban tabaco, lo cual no ha ocurrido en vuestro tiempo ni ocurre en el mío, pero esto no importa…

—¡Corazón mío! ¿Es que no rige bien hoy tu cabeza? —exclamó mi estimada amiga.

—Esto es poesía, abuelita —le contestó Jaime, rompiendo a reír a carcajadas—. Así es como empezamos en la escuela los relatos.

—Comandante, me había dado un vuelco el corazón —dijo mi estimada amiga abanicándose con un plato—. Pensé que no regía su cabeza.

—Pues bien, en aquel tiempo extraordinario, abuelita y padrino, hubo un niño…, que no era yo, como es natural.

—No eras tú, claro está —dijo mi respetable amiga—; no eras tú. Comandante, ya lo habéis oído, no era él.

—No era él, claro —dije yo.

—El niño fue a un colegio en Rutlandshire…

—¿Y por qué no a Lincolnshire? —pregunta mi respetable amiga.

—¿Por qué no, querida abuelita? Pues porque quien va al, colegio en Lincolnshire soy yo, ¿no es así?

—¡Naturalmente que sí! —dice mi respetable amiga—. Y no se trata de Jaimito, ya lo sabéis, comandante.

—No se trata, no —dije yo.

—Pues bien —siguió diciendo nuestro muchacho, dándose otro abrazo muy a gusto y riéndose alegremente (también ahora como cambiando impresiones con el fuego) antes de volver a levantar su vista hacia la cara de la señora Lirriper—: sucedió que el chico se enamoró de una manera tremenda de la hija del dueño del colegio, que era la criatura más hermosa que se vio jamás en este mundo, porque tenía ojos oscuros y los cabellos también oscuros y espléndidamente rizados y su voz era deliciosa; para decirlo de una vez, toda ella era encantadora y se llamaba Serafina.

—¿Cómo se llama la hija del dueño de tu colegio, Jaimito? —pregunta mi respetable amiga.

—¡Mariquita! —contestó Jaimito, apuntando hacia su abuela con el dedo índice —. ¡Ya está! ¡Os pesqué en falta! ¡Ajajá!

Después que el niño y mi respetable amiga se hubieron reído juntos y se hubieron abrazado, nuestro reconocidamente notable muchacho reanudó su relato con gran delicia:

—Pues como iba diciendo, el muchacho la quería y pensaba mucho en ella, soñaba con ella, le regalaba naranjas y nueces, y le habría regalado perlas y brillantes si hubiese podido comprarlos con su dinero de bolsillo, pero no podía. Y, entre tanto, su padre… ¡Su padre era un hombre molesto! Se pasaba el tiempo teniendo a los muchachos a raya, examinándolos una vez al mes, dándoles lecciones sobre toda clase de temas y sobre toda clase de tiempos, porque sabía de todo, por haberlo aprendido en los libros. Y sucedió que aquel muchacho…

—¿Tenía nombre y apellido? —pregunta mi respetable amiga.

—No los tenía, abuelita. ¡Ja, ja!

—¡Ya está otra vez!… ¡Os pillé otra vez!

Después de esto volvieron los dos a reírse y abrazarse, y el muchacho prosiguió:

—Y sucedió que aquel muchacho tenía un amigo en la misma escuela; era, poco más o menos, de su misma edad, y el nombre de ese amigo (porque el amigo sí que tenía nombre y apellido) era… a ver si me acuerdo…, era Bobbo.

—¿No sería Bob[15]? —dice mi respetable amiga.

—¡Claro que no! —dice Jaimito—. ¿Qué es lo que os ha hecho pensar eso, abuelita? ¡Pues bien! Sucedió que su amigo era el más inteligente, valeroso, bien

parecido y espléndido de cuantos amigos han existido y que se enamoró de la hermana de Serafina y la hermana de Serafina se enamoró de él, de modo que todos vivían felices.

—Alma mía, y ¡qué súbitamente se enamoraron! —dice mi respetable amiga.

—Digo, pues, que vivían felices —repitió el muchacho, riéndose cordialmente—, y que Bobbo y aquel muchacho salieron juntos a caballo a buscar fortuna (consiguiendo sus caballos en parte de regalo y en parte comprándolos); quiero decir que entre los dos habían ahorrado siete chelines y cuatro peniques; pero, como los dos caballos eran de raza árabe, valían mucho más, pero el vendedor les dijo que se conformaba con aquello para hacerles un favor. Y sucedió que los dos muchachos hicieron fortuna y regresaron al galope a la escuela, con sus bolsillos llenos de tanto oro, que les bastaba para toda la vida. Entonces hicieron sonar la campanilla de los «padres y visitas» (no la de la puerta posterior), y cuando acudieron a la llamada de la campanilla, dieron la voz de «¡Haceos cuenta que hay escarlatina! ¡Todos los niños a sus casas para un período de tiempo indeterminado!». Todo el mundo los vitoreó, ellos besaron a Serafina y a su hermana (cada cual a su amor, y de ninguna manera al amor del otro), y dieron orden de que fuese inmediatamente encerrado el hombre molesto.

—¡Pobrecito! —dijo mi respetable amiga.

—Que fuese encerrado inmediatamente, abuela —repitió Jaimito, esforzándose por mostrar un rostro severo, pero estallando en carcajadas—, y que no se le diese de comer otra cosa que lo que comían los muchachos, debiendo beber por fuerza todos los días medio barril de la cerveza que les daba a ellos. Y sucedió que todos estaban tan contentos, que pusieron en libertad al hombre molesto, y él también se puso contento.

—Me alegra saber que lo pusieron en libertad, porque no había hecho otra cosa que cumplir con su deber —dice mi respetable amiga.

—Sí, pero ¿no es cierto que él también se había pasado de la raya? —gritó Jaimito—. Y sucedió entonces que el muchacho montó en su caballo, tomó en sus brazos a su novia, y se alejó al trotecito, y al trotecito siguió y siguió, hasta llegar a cierto sitio en que vivían una abuelita y un padrino…, que no sois vosotros, claro está.

—Claro está que no —dijimos los dos a una.

—Y al llegar allí los recibieron con grandes festejos, y él llenó el aparador y el armario de libras de oro, y vertió oro sobre su abuelita y su padrino, porque ambos eran las personas más cariñosas y más queridas que han vivido en este mundo. Y sucedió que estando sentados entre el oro que les llegaba hasta las rodillas, llamaron a la puerta de la calle, y apareció con gran sorpresa de todos Bobbo, a caballo también, con su novia en brazos, y venía a decir que alquilaría, pagando el doble de renta y a perpetuidad, todas las habitaciones amuebladas que no necesitasen el muchacho, su abuela y su padrino, y que vivirían todos juntos y felices. Y así fue, y su felicidad no

tuvo fin.

—¿Y no se pelearon entre ellos? —preguntó mi respetable amiga, al sentarse Jaimito sobre su regazo y ponerse a acariciarla.

—¡No, ninguno de ellos se peleó jamás!

—¿Y no acabaron de gastar todo el dinero?

—¡No, ninguno de ellos hubiera podido gastárselo todo jamás!

—¿Y ninguno de ellos envejeció?

—¡No, ninguno de ellos envejeció después de aquello jamás!

—¿Y ninguno de ellos llegó a morirse?

—¡Oh, no y no y no, abuelita! —exclamó nuestro querido muchacho, reclinando su mejilla sobre el pecho de mi respetable amiga, y apretándose más contra ella—. Ninguno de ellos murió jamás.

—¡Ay comandante, comandante, que esta historia deja pequeñas a todas las nuestras! —exclama mi respetable amiga, mirándome con una sonrisa bondadosa—. Finalicemos aquí con la historia del muchacho, comandante, porque la historia del muchacho es la mejor que se ha contado jamás.

Obedeciendo a esta solicitud de la mejor de las mujeres, he copiado aquí con toda exactitud de que he sido capaz, unida a mis buenas intenciones, esta historia, firmándola con mi nombre,

J. Jackman.

(En los salones. Casa de la señora Lirriper).

LA HERENCIA DE LA SEÑORA LIRRIPER

***Mrs Lirriper's Legacy**, 1864*

(Trabajo escrito en colaboración con Elizabeth Gaskell, Andrew Halliday, Edmund Yates, Amelia Edwards, Charles Allston Collins, Rosa Mulholland, Henry Spicer y Hesba Stretton).

CAPÍTULO PRIMERO

La señora Lirriper cuenta cómo vivió en adelante, y cómo pasó al continente

¡Oh, y qué agradable es dejarme caer en mi sillón, querida, aunque llegue un poco jadeante a fuerza de subir y bajar escaleras! Los constructores de casas tendrían que justificar por qué todas las escaleras de las cocinas son esquinadas; no creo que ellos hayan entendido ni entiendan jamás su profesión, porque de otro modo no se explicaría eso, ni el que las casas no tengan más comodidades y menos corrientes de aire; también tendrían que explicar por qué hacen el revoco demasiado grueso, cosa que yo estoy convencida que mantiene la humedad; y en cuanto a los sombreretes de las chimeneas, creo que los colocan a ojo, lo mismo que los sombreros en una fiesta, y que no saben del efecto que esos sombreretes producirán en el humo más de lo que yo sé, y lo que yo sé es que casi siempre lo echan para abajo y se os mete en la garganta en línea recta, o lo hacen retorcerse antes que salga fuera. Y lo que yo digo, hablando de lo que me parecen esas nuevas chimeneas de metal que tienen toda clase de formas (en la casa de huéspedes de la señorita Wozenham, calle abajo, en la acera de enfrente, hay toda una hilera de esas chimeneas de que hablo), es que lo único que hacen es dar al humo una serie de formas artificiales para que lo veáis antes de tragarlo; yo prefiero tragar el de mi casa al natural, porque el olor es el mismo, sin contar con que es una jactancia el colocar en lo alto de vuestra casa unos distintivos para mostrar a las gentes las formas en que os tragáis el humo.

Aquí me tenéis, pues, querida, en mi sillón, en mi cuartito tranquilo de mi propia casa de habitaciones amuebladas, Norfolk Street, número 81, Strand, Londres, situada a mitad de camino entre la City y St. James…, si es que alguna cosa está donde estuvo en otro tiempo, desde que surgen por todas partes estos hoteles que se aplican a sí mismos el calificativo de Sociedad Limitada, pero a los que el comandante Jackman califica de ilimitados, son hoteles que terminan en un asta de bandera cuando ya no pueden subir más arriba, pero lo que yo digo es que me den a mí un hostelero o una hostelera de cara sanota cuando llego al término de un viaje, en lugar de darme en las narices con una chapa de bronce que tiene un número electrificado que sale de ella en relieve, cosa que de ninguna manera, y en el orden natural, puede alegrarse de verme llegar; y además, que no quiero que me icen a los pisos de esos hoteles igual que izan la melaza en los diques, dejándome dentro de un cajón pidiendo socorro por medio de los más ingeniosos instrumentos, pero pidiendo socorro en vano; de modo, pues, querida, que estando aquí, no necesito decir que sigo en el negocio de las habitaciones amuebladas, y que espero morir en el mismo, para

que, si le agrada al clero, empiecen a rezar por mí en la iglesia de Saint Clement's Danes, y terminen el oficio de difuntos en el cementerio de Hatfield, cuando esté ya tendida otra vez, ceniza junto a las cenizas y polvo junto al polvo de mi propio Lirriper.

Tampoco encontraréis ninguna novedad, querida, en que os cuente que el comandante sigue siendo de los salones un objeto tan indispensable como el techo de la casa, y que Jaimito es el mejor y el más alegre de los muchachos, no habiéndole nosotros contado nunca la cruel historia de cómo su pobre, linda y joven madre, la señora Edson, quedó abandonada en el segundo piso y murió en mis brazos; él está convencido de que yo soy su abuela auténtica, y que él es huérfano, aunque es verdaderamente maravilloso ver cómo, desde que se aficionó a la mecánica, construyen él y el comandante locomotoras sirviéndose de sombrillas, ollas de hierro rotas y carretes de algodón, locomotoras que se salen de la línea, y se caen de la mesa abajo, hiriéndose los viajeros casi de la misma manera que ocurre en la realidad. Y cuando yo le digo al comandante: «Comandante, ¿no hay manera de que nos pongáis en comunicación con la guardia?». El comandante me contesta muy gruñón: «No, señora, eso no debe hacerse». Y cuando le digo: «¿Por qué no?», el comandante replica: «Éste es asunto entre nosotros, que pertenecemos a la profesión ferroviaria, señora, y nuestro amigo el ilustre vicepresidente del Ministerio de Comercio». ¿Queréis creerme, querida, que el comandante escribió a Jaimito, que estaba en el colegio, a fin de consultarle sobre la contestación que debía darme, para obtener por lo menos del empleado esta contestación que no tenía nada de satisfactoria? Y lo hizo porque cuando empezamos con el modelo pequeño y con el magnífico y perfecto sistema de señales (hermoso y magnífico, porque funcionaba por lo general tal mal como el auténtico), al preguntarle yo, riéndome: «¿Y qué empleo se me reserva a mí en esta empresa, caballeros?». Jaimito me abrazó y besó, y me contestó bailando: «Abuelita, vos seréis el público que viaja», y en consecuencia cargaron sobre mí todas las molestias que bien les pareció, y yo sigo sentada y refunfuñando en mi sillón.

Querida mía, no me atreveré a decir si una persona mayor y tan inteligente como el comandante no puede dedicar a una empresa cualquiera la mitad de su corazón y de su inteligencia (aunque sea cosa de juego), sino que tiene por fuerza que consagrarse a ella con toda su alma; no sé, digo, si será o no será así, pero lo cierto es que el comandante deja a Jaimito muy atrás con su manera seria y convencida de hacer las cosas como gerente del Gran Ramal Unido Lirriper y Gran Línea del Salón Jackman de Norfolk. Cuando lo bautizaron de esta manera, dijo mi Jaimito con ojos relampagueantes: «Es preciso que le pongamos un nombre que llene la boca, abuelita, porque de otro modo nuestro querido público de viajeros no se quedará con la boca abierta» (y al decir esto el muy canallita me besó).

El público compró en vista de esto las acciones (diez a nueve peniques, y acto continuo, una vez gastado ese dinero, doce de preferencia a un chelín y seis

peniques), todas firmadas por Jaimito y respaldadas por el comandante; una cosa tan bien hecha que valía el dinero que costaron mejor que algunas acciones por las que pagué en mis tiempos. Durante las mismas vacaciones se construyó, montó, abrió al tráfico, inició excursiones, tuvo choques, calderas reventadas, y toda clase de accidentes y de molestias aquella línea; todo de la manera más normal, correcta y bonita. Hacían un gran honor al sentido de responsabilidad del comandante sus maneras militares de ejercer el cargo de jefe de estación, querida mía, dando salida al tren descendente con retraso, y haciendo tintinear una de esas campanitas que podéis comprar junto con unos cubitos de carbón eligiéndolos en la bandeja que lleva el buhonero colgada del cuello; pero cuando veo por la noche al comandante redactando el estado mensual que envía Jaimito al colegio con la situación del Material Rodante y de Vía y Obras (todo ello guardado encima del armarlo del mismo comandante, y desempolvado por él todas las mañanas antes de lustrar las botas) observo en él la mayor preocupación y un ceño tan terrible como no es posible imaginarlo mayor; aunque, a decir verdad, el comandante no hace nada a medias, como puede verse por la alegría con que sale de casa en compañía de Jaimito, cuando lo tiene a su lado, y van a hacer mediciones, con una cadena y una cinta de medir a fin de introducir yo no sé qué mejoras en la abadía de Westminster, y como si estuviesen revolviendo de arriba abajo las calles de acuerdo con una ley del Parlamento (como ha de ocurrir, si Dios lo quiere, cuando Jaimito se dedique a esa profesión).

Hablando de mi pobre Lirriper, me he acordado de un hermano suyo más joven que él, que es doctor, aunque no sé doctor en qué, porque es difícil decirlo, como no sea en bebidas; Josué Lirriper, que así se llama, no sabe nada de música, de física, ni siquiera de leyes, y se pasa la vida recibiendo citaciones del Tribunal de justicia del condado, y órdenes de detención que él elude, hasta el punto de que (cierta vez que lo detuvieron en el pasillo de esta misma casa) se había puesto el sombrero del comandante, escondiéndose detrás de un paraguas abierto, y enrollándose en el felpudo de la puerta, además de calarse unas gafas; en esa forma dijo llamarse *sir* Johnson Jones, K. C. B. y dio como domicilio suyo el cuartel de los Guardias a caballo. En aquella ocasión no hacía sino un minuto que había entrado en la casa, porque la muchacha que le abrió lo dejó pasar hasta el felpudo; desde allí me envió un papel arrugado que más que una nota parecía una de esas pajuelas que venden para encender las velas, y en ella me daba a elegir entre ponerle en la mano treinta chelines o levantarse en el acto la tapa de los sesos, esperando contestación inmediata. Me dio tal vuelco el corazón viendo ya los sesos de quien era carne y sangre de mi marido Lirriper esparcidos encima del hule nuevo, que, aunque indigno de que se le socorriese, salí a preguntarle con qué cantidad se conformaría para prometerme de una vez y para toda la vida no hacer cosa semejante; pero me lo encontré en poder de dos caballeros que, de no haberse anunciado como agentes de la ley, habría yo tomado por comerciantes en plumas para colchones, de tan acolchados como iban.

—¡Sacad vuestras cadenas, caballero! —dice Josué al más pequeño de los dos, que era el que llevaba el mayor sombrero—. ¡Remachad mis esposas!

Figuraos cuáles serían mis sentimientos imaginándomelo desfilando por Norfolk Streed entre ruido de hierros y la señorita Wozenham mirando desde la ventana de su casa.

—¡Caballeros —les dije temblando y a punto de desmayarme—, tened la bondad de conducirlo a las habitaciones del comandante Jackman!

Lo condujeron, pues, a los salones, y así que el comandante descubre su propio sombrero de alas curvadas en la cabeza de Josué Lirriper, sombrero que éste había cogido de la percha del pasillo para disfrazarse y pasar por un militar, monta en cólera tan terrible que se le arranca de la cabeza, y de una patada lo tira hasta el techo, donde quedó la marca hasta mucho tiempo después.

—Comandante —le digo yo—, serenaos, y decidme lo que debo hacer con este Josué, hermano menor del difunto Lirriper mío.

Y el comandante me contesta:

—Señora, os aconsejo que le deis habitación y comida en una fábrica de pólvora, ofreciendo al propietario un buen obsequio para cuando estalle y vuele por los aires.

Yo le digo:

—Comandante, como cristiano que sois, no es posible que lo digáis en serio.

—¡Por Dios, que me sale del corazón! —me contesta.

La verdad es que el señor Jackman, además de ser hombre demasiado colérico para su estatura, tiene en muy mal concepto a Josué, por las malas partidas que me ha jugado anteriormente, aun sin contar con las libertades que ya otras veces se ha tomado con sus prendas de vestir. Cuando Josué oye este diálogo nuestro, se vuelve hacia el hombre más pequeño, el del sombrero más grande, y le dice:

—¡Ea, señor! Conducidme a mi desdichada mazmorra. ¿Está ya preparado mi lecho de paja mohosa?

¡Querida mía! Al presentármelo en mi imaginación vestido casi completamente con candados, como aquel Barón de Trenck de uno de los libros de Jaimito, me sentí tan sobrecogida, que rompí a llorar y le dije al comandante:

—Comandante, tomad mis llaves y arreglad la cuenta con estos señores, porque de lo contrario no tendré día tranquilo en mi vida.

No era la primera vez que hacía lo mismo, ni fue la última, pero con todo y con eso no puedo olvidar que Josué Lirriper tiene buenos sentimientos, y los demuestra por la aflicción que le acomete cuando no puede llevar luto por su hermano. Durante muchos y largos años he dejado yo de llevar ni luto de viuda, para no llamar la atención, pero lo que me conmueve en Josué, sin que yo lo pueda remediar, es el que me escriba: «Con una sola libra esterlina podré vestir de luto decentemente por mi hermano queridísimo. Cuando él murió, juré que vestiría siempre de negro en memoria suya, pero ¡ay! que el hombre es muy miope, porque ¿cómo puede cumplir ese voto quien se encuentra sin blanca?». Dice mucho de la fuerza de esos

sentimientos el que, cuando falleció mi pobre Lirriper, no tendría su hermano menor ni siquiera siete años, a pesar de lo cual se han mantenido siempre vivos en él. Es sabido que en todos nosotros hay algo de bueno (aunque no se sabe dónde está en algunos eso que todos tenemos de bueno); pero, aunque no fue nada decoroso lo que hizo Josué recurriendo a los sentimientos de mi querido niño, a poco de ir éste al colegio y escribiéndole una carta a Lincolnshire en la que le pedía su dinero de bolsillo a vuelta de correo (y lo obtuvo), sin embargo, él es el hermano menor de mi pobre Lirriper, y si no hubiera sido por eso no hubiera podido pagar la cuenta que había hecho en la hostería de El Escudo de Salisbury. Cuando su cariño lo impulsó a pasar quince días en el cementerio de Hartfield, y no se habría entregado a la bebida si no hubiese encontrado allí mala compañía. Por eso, si el comandante le hubiese jugado una mala pasada con la bomba de jardín que se hizo llevar a sus habitaciones sin yo saberlo, creo que yo lo habría sentido mucho, y que habría habido palabras entre el comandante y yo. Por consiguiente, querida, aunque no lo lamenté quizá tanto como debiera, le dio por equivocación un susto con ella al señor Buffle, en un momento de arrebato (aunque en casa de la señorita Wozenham, calle abajo, se diesen torcidas interpretaciones al hecho, atribuyéndolo a que no estábamos en situación de hacer frente en otros aspectos a dicho señor Buffle, que era cobrador de contribuciones). Y no sé decir si Josué Lirriper llegará a prosperar en la vida, pero he de decir que vino a mi teatro particular para representar el papel de un bandido, sin que luego los empresarios le hiciesen ninguna oferta.

Y a propósito del señor Buffle, tenemos en él un ejemplo de que hasta en las personas que menos se espera hay algo de bueno; no puede negarse que las maneras del señor Buffle cuando estaba en el ejercicio de sus funciones no tenían nada de simpáticas. Cobrar es una cosa, y otra dirigir por todas partes miradas como de quien recela que se sacan a altas horas de la noche las cosas por una puerta secreta; cobrar las contribuciones es cosa que no podéis evitar, pero sospechar mal de un acto voluntario. Se debe asimismo tener una cierta consideración hacia el comandante; era natural que a un hombre tan irritable como él no le hiciese gracia que le hablasen sin quitarse la pluma de la boca, y aunque yo no pueda decir que a mí me ofenda el que, dentro de mi casa, permanezca una persona cubierta con un sombrero de copa baja y alas anchas, más que con otro tipo de sombrero, comprendo, sin embargo, la actitud del comandante; aparte de que éste, sin malicia ni propósito de venganza, es hombre que se cobra las cuentas atrasadas, como lo hizo siempre con Josué Lirriper. Por eso el comandante, que se la tenía guardada al señor Buffle, aprovechó la ocasión y me dio un gran disgusto. El señor Buffle llama a la puerta con sus dos golpes secos de costumbre, y el comandante se abalanza hacia la misma.

—El cobrador de contribuciones que viene a cobrar dos trimestres —dice el señor Buffle.

—Está preparado el importe —dice el comandante, y lo hace pasar a mi cuartito. Pero el señor Buffle, como tenía por costumbre, examina todo recelosamente.

Entonces el comandante se acalora y le pregunta:

—¿Veis acaso algún fantasma, señor?

—¿Un fantasma? No, señor —dice el señor Buffle, y el comandante insiste:

—Es que os he visto que mirabais como si buscaseis un fantasma bajo el techo de mi respetable amiga. Cuando encontréis a ese ser sobrenatural, tened la bondad de mostrármelo.

El señor Buffle se le queda mirando muy fijo, y luego me saluda con un movimiento de cabeza. El comandante se sulfura, y, haciendo la presentación con una mano, dice:

—La señora Lirriper, caballero.

El señor Buffle dice entonces:

—Mucho gusto en conocerla.

El comandante hace su propia presentación:

—¡Ejem! Jaime Jackman, señor.

El otro contesta:

—Tenía el honor de conoceros ya de vista.

El comandante, moviendo a un lado y otro la cabeza, como acometido de una furia insistente, se expresa de este modo:

—Jaime Jackman, señor, os presenta a su estimada amiga, a una dama cuyo nombre es señora Emma Lirriper, de Norfolk Street, número ochenta y uno, Strand, Londres, condado de Middlesex, del Reino Unido de Inglaterra e Irlanda, y en una ocasión así, caballero, Jaime Jackman se permite quitaros el sombrero de la cabeza —el señor Buffle mira su sombrero, que el comandante ha dejado caer al suelo, lo recoge y vuelve a ponérselo. El comandante, rojo de indignación y mirándole fijamente a la cara, le dice—: Caballero, el cobrador ha llamado para cobrar dos trimestres de contribuciones de buena educación.

Me creeréis si os digo que con las mismas el comandante tiró otra vez al suelo el sombrero del señor Buffle. Éste, muy enojado y con la pluma en la boca, empieza a decir:

—Yo os aseguro…

Pero el comandante, ya en el colmo de la furia, le dice:

—Quitaos el bocado, señor, o, por todo el condenado sistema de contribuciones de este país, y por todas las cifras de la Deuda Pública, que voy a saltar sobre vuestras espaldas y os voy a jinetear como si fuerais un caballo.

Estoy convencida de que lo habría hecho, porque tenía abiertas ya sus cortas piernas para saltar desde donde estaba. El señor Buffle, sin la pluma en la boca, exclama:

—Esto es una agresión, y haré que se os aplique la ley.

A lo que contesta el comandante:

—Señor, si sois un hombre de honor, vuestro cobrador o quienquiera que venga en vuestro nombre para exigir el pago de una contribución de honor, podrá cobrarla

en el acto y sin regateos si pregunta por el comandante Jackman, que vive en los salones de la casa amueblada de la señora Lirriper.

Cuando el comandante se quedó mirando fijamente al señor Buffle, después de pronunciar aquellas palabras tan intencionadas, yo, querida mía, abrí jadeante la boca, como si hubiera tomado una cucharadita de carbonato de amoníaco en una copita de agua y exclamé:

—¡Por favor, señores, os suplico que la cosa no siga adelante!

Pero no conseguí otra cosa del comandante sino que siguiese dando resoplidos hasta mucho después que se marchó el señor Buffle. Pero no hay palabras en el diccionario para expresar cómo se me revolvió toda la masa de mi sangre cuando al día siguiente veo que el comandante se pone muy elegante y se pasea calle arriba y calle abajo canturreando, con el sombrero casi tapándole un ojo. El señor Buffle tenía que continuar su cobranza por allí. Como medida de precaución, dejé la puerta de la calle entreabierta, y me coloqué detrás de las persianas del comandante con el chal echado sobre los hombros, resuelta, en el instante que viese peligro, a salir a la calle, corriendo y gritando, hasta que me faltase la voz, echarme al cuello del comandante y aferrarme al mismo con todas mis fuerzas, hasta conseguir que los sujetasen a los dos.

No llevaría un cuarto de hora detrás de las persianas cuando vi llegar al señor Buffle con sus libros de cobranza en la mano. También el comandante lo había visto; canturreó más fuerte, y se dirigió hacia él. Se encontraron delante de la verja del sótano. El comandante extiende el brazo a todo lo que da de sí, con el sombrero en la mano y dice:

—Sois el señor Buffle, ¿no es así?

El señor Buffle extiende también el brazo a todo lo que da de sí, con el sombrero en la mano, y dice:

—Así me llaman.

Entonces el comandante pregunta:

—¿No tenéis nada que mandarme, señor Buffle? Y éste contesta:

—Nada, señor.

Y sin más, querida mía, ambos se saludan con una profunda inclinación y se va cada cual por su lado. Desde entonces, siempre que el señor Buffle andaba de cobranzas, ambos se encontraban delante de la verja, y se hacían una gran inclinación, haciéndome recordar a Hamlet y al otro caballero vestido de negro cuando van a matarse (aunque me habría gustado que este último se hubiese mostrado más noble y menos cortés, y no hubiese empleado el veneno).

La familia del señor Buffle no gozaba de simpatías en aquella vecindad, porque es natural que cuando uno tiene casa puesta no sienta simpatía hacia los cobradores de contribuciones; la gente decía además que la señora Buffle no debía darse tanto tono con su faetón de un solo caballo, especialmente habiéndolo conseguido por malos medios, gracias a las contribuciones. A mí me pareció una acción poco

caritativa. Pero lo cierto es que no gozaban de simpatías, y que, además, la familia vivía en la discordia, porque el padre y la madre trataban con gran dureza a la señorita Buffle, y el uno al otro, porque aquélla estaba enamorada del joven empleado de su padre, y la gente afirmaba que o se moría tísica o se metería en un convento, porque estaba delgadísima, había perdido el apetito, y siempre que ella salía, acechaban a la vuelta de la esquina dos caballeros con tirillas blancas alrededor del cuello y unos ropones negros que parecían delantales. Ésa era la opinión de las gentes acerca del señor Buffle, cuando cierta noche me desperté entre una algarabía espantosa y un gran olor a quemado. Fui a la ventana de mi dormitorio y vi que toda la calle era una pura claridad de incendio. Por suerte, teníamos en aquel entonces dos departamentos vacíos, y antes que me pudiese echar encima algunas ropas oí que el comandante daba grandes golpes en las puertas del ático y despertaba a todos gritando:

—¡Vestíos! ¡Hay un incendio! ¡No os alarméis! ¡Fuego! ¡Serenidad! ¡No pasa nada! ¡Fuego!

Todo ello con voces tremendas. Cuando abrí la puerta de mi dormitorio, el comandante entró dando tumbos y me agarró en sus brazos.

—¡Comandante! —le dije sin aliento—. ¿Dónde es el fuego?

—No lo sé, mi queridísima señora —me contestó—. ¡Fuego! ¡Jaime Jackman os defenderá hasta dar por vos la última gota de su sangre! ¡Fuego! ¡Cómo disfrutaría el querido muchacho si estuviese en casa! ¡Fuego!

En conjunto estaba muy sereno y animoso, salvo que no podía pronunciar una sola frase sin hacerme estremecer a continuación hasta el tuétano, gritando: ¡Fuego! Corrimos al cuarto de estar, de la planta baja, y nos asomamos a la ventana: el comandante llama a un pilluelo descarado, que pasaba cerca corriendo:

—¿Dónde es?… ¡Fuego!

El pilluelo contesta sin detenerse:

—¡Vaya juerga! El viejo Buffle que ha pegado fuego a su casa para que no se descubra que falseaba las contribuciones. ¡Hurra! ¡Fuego!

Sufrí una gran emoción con el espectáculo de las chispas que volaban, del humo que venía calle abajo, el crepitar de las llamas, el siseo del agua, el golpeteo de las bombas, los hachazos, los cristales rotos, los aldabonazos, el gritar, el llorar el correr de las gentes. El comandante me dice:

—No os asustéis, señora… ¡Fuego! No existe motivo para alarmarse… ¡Fuego! No abráis la puerta de calle hasta que yo vuelva… ¡Fuego! Voy a llegarme hasta allá por si puedo prestar algún servicio… ¡Fuego! Estáis serena y tranquila, ¿verdad que sí?… ¡Fuego, fuego, fuego!

Fue inútil que yo intentase retenerlo a mi lado diciéndole que lo atropellarían las bombas…, que se iba a matar con aquel esfuerzo excesivo…, que se le mojarían los pies entre el agua sucia y la porquería…, que lo aplastarían los techos cuando se hundiesen. Pero estaba entusiasmado y se largó corriendo detrás del pilluelo a todo lo

que le daba el resuello, mientras que yo y las muchachas nos agolpábamos en las ventanas del salón contemplando las tremendas llamas que subían por encima de las casas de enfrente, porque la del señor Buffle estaba a la vuelta de la esquina. Y de pronto vemos que un grupo de gente viene corriendo en línea recta hacia la puerta de nuestra casa, y aparece luego el comandante, como dirigiendo con gran actividad el cotarro, seguido de otras personas, y a continuación, en un sillón parecido al que se suele llevar a Guy Fawkes…, ¡el señor Buffle envuelto en una manta!

Querida mía, he aquí que el comandante ordena que suban al señor Buffle por las escaleras de la puerta de calle, y que lo coloquen en el sofá, y acto continuo, él y todos los demás, sin decir una sola palabra, echan a correr y se alejan a toda velocidad, produciéndonos el efecto de una visión irreal, salvo que han dejado allí al señor Buffle, que presenta un aspecto espantoso, envuelto en su manta y mirando a su alrededor con ojos desorbitados. En un abrir y cerrar de ojos vuelven todos a hacer irrupción trayendo en otra manta a la señora Buffle, y, una vez metida en casa y colocada en el sofá, vuelven a echar a correr, y regresan con la señorita Buffle envuelta en otra manta, y vuelta a meterla en casa y colocarla en el sofá, y vuelta a salir corriendo y a regresar a toda prisa con el joven empleado del señor Buffle envuelto en otra manta…; pero este último agarrado al cuello de dos hombres que lo traen en vilo por las piernas, haciendo recordar el cuadro aquel de un desgraciado individuo que ha perdido el combate (pero que no sé si perdió también la silla), y con los pelos como si le hubiesen estado dando tirones. Cuando los cuatro estuvieron en fila, el comandante se frota las manos y me cuchichea con toda la aspereza de voz que puede reunir:

—¡Cómo habría disfrutado de este espectáculo nuestro querido niño si estuviese en casa!

Querida mía, les preparamos té caliente, pan tostado y aguardiente mezclado con agua hirviendo y un poco de nuez moscada. Al principio estaban como asustados y abatidos, pero cuando se tranquilizaron, mostráronse muy comunicativos. Las primeras palabras que pronunció el señor Buffle fueron para llamarle su salvador y el mejor de sus amigos, y para decirle:

—Mi queridísimo señor, permitidme que os presente a la señora Buffle.

Y también ésta lo llamó su salvador y el mejor de sus amigos, y se entregó a las efusiones de afecto que le permitió la manta. Lo mismo hizo la señorita Buffle. El joven empleado del señor Buffle parecía un poco mal de la cabeza, y no cesaba de gemir:

—¡Robina ha quedado reducida a cenizas, Robina ha quedado reducida a cenizas!

Esto resultaba todavía más conmovedor porque lo habían envuelto en la manta de modo que parecía sacar la cabeza de un estuche de violonchelo. El señor Buffle dijo, por último:

—¡Robina, háblale!

Y la señora Buffle agregó:

—¡Jorque querido!

Esta actitud de los padres habría producido en el joven un síncope a no ser porque el comandante le estaba dando de beber en aquel instante coñac con agua, y, debido a la nuez moscada, se le agarró a la garganta, y le obligó a toser. Cuando el joven dominó su tos, el señor Buffle se apoyó contra su señora de un modo que parecían dos líos de ropa, y permaneció de ese modo unos momentos como hablando confidencialmente, y a continuación, con lágrimas en los ojos (que el comandante se apresuró a enjugar), dijo:

—No hemos sido una familia unida; seámoslo después de este peligro; tómala, Jorge.

El joven no pudo alargar su mano lo suficiente para tomar lo que se le ofrecía, pero las frases que dijo, aunque como de quien no cree todavía lo que está oyendo, fueron muy hermosas. Y no creo que yo haya hecho jamás un refrigerio más agradable que el té que tomamos todos juntos después de una ligera siesta; la señorita Buffle hizo el té con gran delicadeza, al estilo de Roma, que antes solían representar en el teatro de Covent Garden; la familia entera se mostró muy simpática, y lo ha seguido siendo desde aquella noche en que el comandante, colocado al pie de la escala de salvamento, los fue reclamando para él a medida que bajaban, a excepción del joven, que se tiró de cabeza, lo cual explica su actitud posterior. Y, si bien yo no digo que, si nos ciñésemos estrictamente a las mantas, caeríamos menos en el vicio de pensar mal los unos de los otros, afirmo, sin embargo, que si nos mantuviésemos los unos más cerca de los otros, nos comprenderíamos mejor.

Fijémonos, por ejemplo, en la casa de la señorita Wozenham, calle abajo, en la acera de enfrente. Durante varios años abrigué lo que tengo que volver a llamar, y llamaré siempre, la costumbre sistemática de rebajar las tarifas que tenía dicha señorita, así como también la falta de parecido que tenía su casa con la que estaba representada en su anuncio de la Guía Bradshaw, porque en el anuncio tenía más ventanas, y se veía además un roble que nadie vio jamás en Norfolk Street, como tampoco vio nadie un carruaje tirado por cuatro caballos en la puerta de la casa Wozenham. Esta situación de ánimo mía siguió exacerbándose cada vez más hasta la misma tarde del mes de enero, en que una de mis muchachas, Sarita Rairyganoo (de la que sospecho que es de origen irlandés, aunque su familia fingiese que de Cambridge), porque de otro modo no se habría fugado con un albañil de la secta de Limerick, casándose en chancletas y sin esperar a que se le pasase el amoratado de un ojo, con todos los invitados, catorce en total, en el techo del vehículo, y un pobre caballo tirando con todas sus fuerzas, digo que hasta la tarde del mes de enero último, cuando Salita entró armando un estrépito horrible en mi cuarto, y pegó un salto que acaso pueda llamarse de Cambridge, y acaso no, y dijo:

—¡Hurra, señora! ¡La señorita Wozenham ha cerrado!

Pues bien, querida mía: cuando me eché a la cara y a mi conciencia el hecho de que Salita pudo tener razón para creer que yo podía alegrarme de la ruina de un

semejante mío, rompí a llorar, caí de espaldas en mi asiento y exclamé:

—¡Siento vergüenza de mí misma!

Pues bien: me puse a preparar el té, pero no lo conseguí a fuerza de pensar en la señorita Wozenham y en su aflicción. Hacía muy mala noche; me fui a la ventana de la parte delantera y miré hacia el lado de la casa de la señorita Wozenham, calle abajo, procurando distinguirla lo mejor que pude entre la niebla que era de lo más triste que se puede imaginar, sin que se viese una sola luz. Acabé por decirme a mí misma: «Con esto no se adelanta nada», y me eché encima mi sombrero y mi chal más viejos, no queriendo que en un momento como aquél me viese la señorita Wozenham con mis mejores prendas para que no le recordase mi mejor situación; y sin más pensarlo, héteme que voy a casa de la señorita Wozenham y llamo.

—¿Está en casa la señorita Wozenham? —pregunto, al mismo tiempo que volvía de lado la cabeza al abrirse la puerta.

Y entonces observé que era la señorita Wozenham en persona la que me había abierto; la pobre estaba triste y abatida, con los ojos hinchadísimos de haber llorado.

—Señorita Wozenham —le digo—, hace ya varios años que hubo entre nosotras dos una pequeña escena desagradable a propósito de la gorra de mi nieto que había caído al sótano.

Yo olvidé ya eso, y confío en que vos también habréis hecho lo propio.

Ella, sorprendida, me contestó:

—Sí, señora Lirriper; también yo lo he olvidado.

Yo le dije:

—Entonces, querida, me gustaría pasar y hablar con vos algunas palabras.

Al oír que la llamo querida, la señorita Wozenham rompe a llorar de la manera más desconsolada, y entonces un señor anciano y no del todo falto de sensibilidad, que pudiera estar mejor afeitado, con un gorro de noche en la cabeza, y encima del gorro un sombrero, de lo que se disculpó diciendo que estaba con paperas, como también se disculpó de estar escribiendo a su señora sobre un fuelle que le servía de pupitre, asomó desde el salón posterior y dijo:

—Esta señora necesita unas palabras de consuelo —y volvió a meterse dentro.

Pude, pues, decir, con toda sinceridad:

—¿Que necesita unas palabras de consuelo, señor? Pues las tendrá.

La señorita Wozenham y yo pasamos al salón delantero, alumbradas por una vela lastimosa que parecía que había estado llorando, y chisporroteaba, y le digo:

—Vamos a ver, querida. Contádmelo todo.

Ella se retuerce las manos y me contesta:

—¡Oh señora Lirriper! Ese hombre se ha incautado de todo lo mío, y no tengo en el mundo un amigo que pueda ayudarme con un chelín.

Poca importancia tiene lo que una mujer habladora como yo le dijo o dejó de decirle; pero lo que os aseguro, querida mía, es que habría dado yo treinta chelines por llevármela a tomar el té conmigo, pero no me atreví pensando en el comandante.

Ahora bien: yo sabía que podía tirar del comandante como de un hilo y liármelo al dedo en muchos asuntos, y quizá también en éste, si me empeñaba en ello, pero él y yo habíamos hablado tantas veces entre nosotros ofensivamente de la señorita Wozenham, que me dio vergüenza; además, la señorita Wozenham lo había ofendido en su orgullo, mientras que a mí no; y también sentía cortedad pensando en que aquello le pareciese mal a la muchacha Sarita Rairyganoo. Por eso le dije:

—Querida mía, si queréis ofrecerme una taza de té para aclararme este lío de cabeza que tengo, me daré cuenta mejor de vuestros asuntos.

Y tomamos el té, y hablamos de los negocios, y después de todo, sólo se trataba de cuarenta libras, y… ¡Pues sí! Esa señorita es una persona tan industriosa y honrada como la que más, y me ha devuelto ya la mitad del dinero, ¿y para qué decir más, sobre todo si no viene a cuento? Porque lo importante del asunto es que cuando ella estaba besándome las manos, reteniéndolas entre las suyas, volviéndomelas a besar y echándome toda clase de bendiciones, sentí de pronto alegría y le dije:

—Pero ¡qué zanquigansa he sido, querida mía, en tomaros por una persona tan diferente de lo que sois!

Y ella me contestó:

—¡Y también yo, qué equivocada estaba respecto a vos!

Y yo le digo:

—¡Animo, por lo que más queráis, y decidme qué es lo que pensabais de mí!

Y ella exclama:

—Yo pensaba que a vos os tenía sin cuidado la vida de quien, como yo, vivía al día, mientras que vos nadabais en la abundancia.

Rompí a reír a borbotones (lo que me sentó muy bien, porque llevaba medio ahogándome mucho rato):

—Fijaos en mi cuerpo, querida, y decidme si creéis posible que, aunque estuviese en medio de la abundancia, podría nadar con ella. Esta salida mía lo coronó todo. Nos pusimos las dos tan alegres como dos grillas (si es que las grillas son alegres, que yo no lo sé), y me fui para mi bendita casa todo lo feliz y agradecida que se puede ser y estar.

Pero antes de poner fin a este asunto, ¿queréis creer que yo tenía incluso del comandante un concepto equivocado? Sí; porque he aquí que al día siguiente por la tarde entra aquél en mi cuartito con su sombrero bien cepillado en la mano y empieza a decirme:

—Mi queridísima señora… —y baja la cabeza hasta la boca del sombrero como si estuviese en la iglesia.

Yo seguía sentada y hecha un lío; él entonces levanta la cara de su sombrero y empieza otra vez:

—Mi estimada y querida señora… —y otra vez mete la cara en el sombrero.

—Comandante —le grito yo, asustada—, ¿es que le ha ocurrido algo a nuestro querido muchacho?

—¡De ninguna manera! —me contesta—. Lo que ocurre es que la señorita Wozenham ha estado aquí esta mañana a presentarme sus disculpas, y, ¡por Dios vivo!, que estoy sin poder volver de mi pesadumbre de lo que me ha contado.

—¡Vaya, vaya, comandante! —le contesté—. ¿De modo que no sabéis aún que anoche tuve miedo de vos, y que no os creía ni la mitad de bueno de lo que sois? Salid, pues, de la iglesia y perdonadme como buen amigo, que ya no volveré a hacerlo.

Juzgad, querida, si pude pensar ni pensé yo nunca mal del comandante. ¡Y qué caso más conmovedor el de la señorita Wozenham haciendo tanto en favor de su padre con sus pequeños ingresos y sus pérdidas, y manteniendo también a su hermano al que se le habían reblandecido los sesos estudiando matemáticas, y al que tenía limpio como los chorros del oro en las tres habitaciones de atrás, haciendo creer a los inquilinos que las tenía destinadas a depósito de leña, costándole el tal hermano una pierna entera de carnero cada vez que le llevaba provisiones!

Pues bien, querida mía, si os sentís inclinada a favorecerme con vuestra atención, voy a hablaron de mi testamento, del que quise tratar desde el primer momento, pero las cosas se enzarzan unas con otras. Estábamos en el mes de junio, y era la víspera de la canícula cuando mi muchacha Winifreda Madgers (pertenecía a la secta llamada Hermanos de Plymouth, y el hermano que se casó con ella fue bien librado, porque no ha entrado jamás mujer más limpia en casa alguna, viniendo más adelante a visitarme con dos Hermanos de Plymouth, mellizos), digo que era la víspera de la canícula cuando Winifreda Madgers entra y me dice:

—Un caballero del consulado desea hablar particularmente con la señora Lirriper.

Para que lo sepáis, querida, se me metió en la cabeza que se trataba de los consolidados que tenía en el Banco con el que planeaba yo un asuntillo para mi Jaimito, y por eso le contesté:

—Que pase.

Entró el caballero, que vestía de negro y tenía el pelo cortado demasiado al rape en opinión mía, diciéndome con mucha cortesía:

—¿La señora Lirriper?

—Soy yo. Tomad asiento —le contesté.

—Vengo de parte del cónsul francés —me dijo.

—Me di cuenta en seguida de que no se trataba del Banco de Inglaterra.

—Hemos recibido de la alcaldía de Sens una comunicación que voy a tener el honor de leer. ¿Entiende el francés la señora Lirriper?

—¡De ninguna manera, señor! —le contesto—. La señora Lirriper no entiende nada por el estilo.

—No importa —me contesta el caballero—. Yo lo traduciré.

Y mi buen caballero, después de leer algo de no sé qué Departamento y de una *Mería* (y que Dios me perdone, porque hasta que el comandante regresó a casa estuve en la creencia de que se trataba de la Virgen María, y estaba hecha un completo lío,

porque no acertaba a imaginarme qué podía tener que ver dicha joven señora con todo aquello), tradujo una gran cantidad de cosas con el mayor trabajo y dificultad y todo podía resumirse en esto: Que un inglés que no sabía quién era se estaba muriendo en la población de Sens, Francia; que había perdido la palabra y el movimiento; que tenía en su habitación un reloj de oro y una bolsa que contenía tanto o cuanto dinero, y un baúl con tales y cuales ropas, pero que no le habían encontrado pasaporte ni papeles, fuera de un paquete de cartas que había encima de la mesa, en cuyo rey de corazones había escrito por detrás con lápiz: «A las autoridades. Cuando yo haya fallecido, que se envíe, por favor, todo cuanto queda a la señora Lirriper, Norfolk Street, número 81, Strand, Londres». Cuando el caballero me explicó todo aquello, y que por cierto me pareció redactado mucho más metódicamente que lo que yo creía que podían hacerlo los franceses (porque aún no conocía entonces a esa nación), me puso el documento en la mano. Con lo que ya podéis imaginaros, que no adelanté gran cosa, salvo cerciorarme de que estaba escrito en un papel que parecía de tienda de comestibles, y que tenía muchos sellos con águilas.

—¿Cree la señora Lirriper que sabe quién es su desdichado compatriota? —me preguntó el caballero.

¡Imaginaos, querida, el barullo en que me puso el oírme hablar de compatriotas! Por eso le dije:

—Perdonad, caballero, pero ¿querríais hablarme con el lenguaje más sencillo posible?

—Me refiero a ese desdichado inglés que está a punto de morir; a ese vuestro angustiado compatriota —dijo el caballero.

—Gracias, señor. Ahora os comprendo. Pues bien, no tengo la más remota idea de quién pueda ser.

—¿No tiene la señora Lirriper hijos, sobrinos, ahijados, amigos, o conocidos de ninguna clase en Francia?

—Que yo sepa de fijo —le contesté—, no tengo ningún pariente ni amigo; y hasta donde puedo recordar, tampoco conocidos.

—Perdonad, señora. ¿No admitís *locataires*? —me dijo el caballero.

¿Me creeréis, querida amiga, si os digo que pensé que me ofrecía alguna cosa… acaso rapé o qué sé yo… y que hice una pequeña inclinación de cabeza? y le contesté:

—No, gracias. No tengo esa costumbre.

El caballero se me quedó mirando perplejo, y me dijo entonces:

—*Locataires*…, inquilinos de vuestras habitaciones.

—¡Oh! —exclamé riendo—. ¡Hombre de Dios! ¡Claro que sí!

—¿No podría tratarse de algún antiguo inquilino? —me dijo el caballero—. Quizá de algún inquilino al que perdonasteis la renta. ¿Habéis perdonado la renta a algún inquilino?

—¡Ejem! ¡Claro que sí! Pero os aseguro que no recuerdo de ningún caballero

cuyas señas coincidan con las de éste, y que esté en ese caso.

En una palabra, querida, que no conseguimos sacar nada en limpio, y que el caballero tomó nota de cuanto yo le dije y se marchó. Pero me dejó el papel, porque llevaba dos copias, y cuando regresó a casa el comandante, se lo entregué, diciéndole:

—Comandante, aquí tenéis el *Almanaque del Viejo Moore*, con un jeroglífico completo, por si gustáis descifrarlo.

Le costó al comandante leer aquello más tiempo del que yo habría creído, a juzgar por la facundia de que solía dar muestras cuando se encaraba con los organilleros, pero al fin lo acabó de leer y se quedó mirándome con asombro.

—Comandante, ¿os habéis quedado de una pieza? —le dije.

—Señora —me contestó—, Jaime Jackman ha recibido un golpe que lo ha dejado sin aliento.

Pues bien, el comandante había salido a tomar algunos datos relativos a ferrocarriles y vapores, porque nuestro muchacho llegaba al día siguiente para empezar sus vacaciones de verano, y estábamos preparándole algo que le gustase y que fuese para él un cambio. Por eso, mientras el comandante permanecía allí mirándome, se me ocurrió decirle:

—Comandante, quisiera que fueseis y consultaseis en alguno de vuestros libros y mapas por dónde cae esa población de Sens, en Francia.

El comandante salió de su ensimismamiento, fue a los salones, anduvo removiendo un poco sus cosas, volvió y me dijo:

—Sens, mi queridísima señora, está a setenta y tantas millas al sur de París.

Yo exclamé entonces, haciendo lo que puedo llamar verdaderamente un esfuerzo desesperado.

—Comandante, iremos allí con nuestro bendito muchacho.

Si alguna vez se salió el comandante de sus casillas fue ante la idea de aquel viaje. Anduvo todo el día como el hombre salvaje de los bosques, después de leer en los periódicos un anuncio en el que se le informaba de algo que le favorecía. A la mañana siguiente, horas antes que Jaimito pudiese llegar, ya estaba el comandante en la calle, preparado para decirle a gritos que nos íbamos todos a Francia. Como os podréis imaginar, el joven de las mejillas de rosa se puso tan desatinado como el comandante, y a tal punto llegaron que yo les dije:

—Si seguís portándoos como dos chiquillos traviesos, tendré que haceros meter a los dos en la cama.

Entonces se pusieron a limpiar el catalejo del comandante para ver Francia con él, y después salieron a la calle y compraron una bolsa de cuero con un cierre de resorte, para que Jaimito la llevase colgada de la cintura, con el dinero dentro como un pequeño Fortunato con su bolsa.

De no haber dado mi palabra, despertando sus esperanzas, dudo de sí habría sido capaz de llevar adelante la empresa, pero era ya demasiado tarde. De modo, pues, que al segundo día después del de la canícula salimos por el correo de la mañana.

Cuando llegamos al mar, que yo sólo había visto una vez en mi vida, y eso cuando el pobre Lirriper me hacía la corte, se apoderó de mí un sentimiento de seriedad, al sentir su frescor, y ver su profundidad y su anchura; al pensar en que había seguido desde entonces con su oleaje, y que seguiría siempre con el mismo, siendo muy pocos los que damos importancia a eso, me sentí muy seria. Pero me sentí también feliz, y lo mismo les ocurrió a Jaimito y al comandante, y el movimiento no fue mucho en conjunto, aunque a mí me flotaba el cerebro y parecía hundírseme; pero no por eso dejé de observar que el interior de los extranjeros es mucho más hueco que el de los ingleses, produciendo ruidos mucho mayores cuando se mareaban.

Pero, querida, lo azul y lo alegre y los vivos colores de todo, y hasta las garitas pintadas a franjas de los centinelas, y los tambores brillantes y redoblantes, y los soldaditos con sus casacas y sus limpias polainas, y todo cuanto vimos al llegar al continente, me produjo yo no sé qué sensación; algo así como si me hubiesen quitado el peso de la atmósfera. Y en cuanto a las comidas, ¡Dios me valga!, con un cocinero y dos mujeres ayudantas no podría yo darlas al doble de aquel precio; y nada de mujeres jóvenes que os sirven haciéndose las ofendidas, y os miran fijamente a la cara, refunfuñando, y respondiendo al favor que hacéis a la casa con votos por que se os atragante la comida. Todo lo contrario. Todos se muestran lo más corteses, cordiales y atentos; y todo es magnífico, salvo que Jaime Jackman se echaba al cuerpo los vasos de vino de un solo trago, y yo estaba viendo que de un momento a otro rodaba debajo de la mesa.

También era un verdadero encanto la manera como hablaba el francés. Había que recurrir a él con mucha frecuencia, porque en cuanto alguien me hablaba una palabra, yo decía: «Mi no comprender; ser muy amable, pero es inútil… ¡A ver, comandante!». Y entonces éste les soltaba una admirable parrafada, aunque, por lo visto, lo único que le faltaba al francés de Jaime Jackman era que él no solía comprender una sola palabra de lo que le decían, de modo que no servía prácticamente para nada, aunque en otros conceptos lo hablase con tanta perfección como uno del país. Y en cuanto a la fluidez del lenguaje del comandante, juzgo, comparando el francés con el inglés, que hubiera podido tener una mayor variedad de vocablos, aunque tengo que confesar que si yo no lo hubiese conocido ya, lo hubiera tomado por un francés nativo, al ver de qué manera preguntaba la hora a un caballero de aspecto militar que llevaba una capa gris.

Antes de seguir viaje para ir a hacer averiguaciones acerca de mi legado, teníamos que pasar un día entero en París, y dejo a vuestro criterio, querida mía, el pensar qué día fue aquél para Jaimito, el comandante, su telescopio y yo; y también para el joven que acechaba a la puerta de la fonda (aunque muy cortés) y que nos acompañó para mostrarnos todo lo digno de verse. A todo lo largo del viaje por ferrocarril hasta París, Jaimito y el comandante me tuvieron con el alma en un hilo, porque se agachaban en los andenes para inspeccionar las locomotoras por debajo de

sus estómagos mecánicos, y se escurrían por todas partes en busca de mejoras que introducían en el Gran Ramal Unido del Salón; pero cuando salimos a recorrer las calles brillantes, en una mañana luminosa, dejaron como un mal negocio todas sus mejoras de Londres, y no pensaron sino en París. El joven guía me dijo:

—¿Hablará inglés, no?

Y yo le contesté:

—Hacedlo, joven, si podéis, que os lo agradeceré.

Pero al cabo de media hora de hablar inglés, cuando yo ya creí que el hombre se había vuelto loco y me había vuelto loca a mí, le dije:

—Tened la amabilidad de volver a hablar francés.

Sabía que así, por lo menos, no pasaría las angustias de esforzarme por comprenderle, lo cual, después de todo, era un alivio. Y no porque yo comprendiese mucho menos que los demás, porque me fijé en que después que el guía nos había hecho una larga descripción y yo le preguntaba a Jaimito:

—¿Qué ha dicho, Jaimito? —éste le miraba con ojos rencorosos y decía:

—¡Es tan lindamente confuso!

Y que cuando había repetido extensamente la explicación y yo le preguntaba:

—¿De qué ha tratado, Jaimito? —éste me decía:

—Abuelita, ha dicho que este edificio fue reparado el año mil setecientos cuatro.

Dónde adquiriría el joven acechador sus hábitos de acecho no puedo, como se comprenderá, saberlo; pero fue verdaderamente maravillosa la manera que tuvo de marcharse a la vuelta de una esquina mientras nosotros almorzábamos, para volver a presentarse en el instante mismo en que engullíamos el último bocado; y lo mismo ocurrió en la cena, y durante la noche, a la puerta del teatro, en el portal de la hostería, y a la puerta de las tiendas cuando entramos a comprar algunas cosillas, mostrando siempre una tendencia a escupir.

De París sólo puedo deciros, querida, que es población y campo al mismo tiempo, y piedra labrada, y calles largas de casas altas, y jardines, fuentes, estatuas, árboles y oro, y soldados corpulentísimos, y soldados pequeñísimos, y las más simpáticas niñeras con cofias blancas jugando a la comba con los bebés más regordetes, vestidos con capitas sencillas, y es, además, manteles limpios puestos en todas partes para comer, y gentes sentadas al aire libre fumando y bebiendo a sorbitos durante todo el día, y pequeñas obras de teatro ejecutadas al aire libre para la gente menuda, y todas las tiendas un local espacioso y elegante, y todo el mundo con cara de tomar todo lo de este mundo a juego. Y en cuanto a las luces, después de anochecido, brillan en lo alto, y abajo, a lo largo de las calles, delante, detrás, y alrededor, que es un encanto, y los teatros llenos de gente, y por todas partes una multitud de gente de todas clases. Y la única cosa que me resultó antipática fue el que lo mismo cuando vais a pagar vuestro billete de ferrocarril, que cuando cambiáis vuestro dinero en la casa de cambio, que cuando sacáis vuestro billete para el teatro, la dama o el caballero que os atiende está enjaulado (me imagino que por orden del Gobierno) detrás de gruesos

barrotes de hierro que tiene mayor apariencia de Jardín Zoológico que de país libre.

Es natural que cuando, después de todo aquel ajetreo, di aquella noche con mis preciosos huesos en la cama, y mi picarón de nieto vino a besarme, y me preguntó:

—¿Qué os parece, abuelita, este París encantador?

Yo le contesté:

—Jaimito, tengo la impresión de que están quemando en mi cabeza unos magníficos fuegos artificiales.

Por eso nos resultó al día siguiente muy agradable y confortador el campo, cuando seguimos viaje para averiguar el asunto de mi legado, y yo descansé y me alivié mucho.

Y hétenos por fin y a la postre, querida mía, en Sens, que es una población pequeña y muy linda, con una catedral flanqueada por dos grandes torres, por cuyas aspilleras entran y salen los cuervos, y con otra torre, encima de una de aquéllas, que da la impresión de un púlpito de piedra. En ese púlpito, mientras los pájaros revoloteaban más abajo, vi que cuando yo estaba descansando en la hostería, me hacían señales con un espejo; yo me dije que debía de ser Jaimito, y así era, en efecto. Mirando aquella torre desde el balcón de la hostería, se me ocurrió la idea de que podía bajar volando un ángel hasta el púlpito para predicar desde allí a los hombres que fuesen buenos; pero estaba muy lejos de imaginarme que, sin él saberlo, Jaimito estaba llamando a alguien que estaba en la población.

La hostería se hallaba situada en un lugar encantador, querida; debajo mismo de las dos torres, cuyas sombras se proyectaban y se movían como sobre la esfera de un reloj de sol, mientras la gente de la región circunvecina entraba y salía del patio en carros y cabriolés con toldos y otros vehículos por el estilo, y se desarrollaba enfrente de la catedral un mercado, todo ello parecía una pintura, y resultaba de lo más extraño. El comandante y yo convinimos en que, resultase lo que resultase de mi legado, aquél era el lugar indicado para pasar nuestras vacaciones; y también convinimos en que no había que cortar la alegría de nuestro muchacho aquella noche llevándolo a ver al inglés, si éste se encontraba con vida aún, sino que iríamos nosotros dos solos. Debo deciros que el comandante no se creyó con aliento para subir a la altura que Jaimito había escalado, y que lo dejó a cargo del guía, regresando a la hostería.

Por la tarde, una vez que Jaimito salió con dirección al río, en compañía del guía, el comandante se dirigió a la alcaldía, y volvió al rato acompañado por un militar que llevaba espada, espuelas, sombrero de tres picos, correa amarilla terciada, y tiros largos que debían embarazarle. El comandante me dijo:

—Queridísima señora, el inglés continúa en el mismo estado. Este caballero nos llevará a donde se encuentra.

El militar me saludó quitándose el sombrero de tres picos, y entonces me fijé en que tenía la parte delantera de la cabeza afeitada al estilo de Napoleón Bonaparte, aunque no se le parecía.

Salimos por la puerta del patio, cruzamos por delante de las grandes puertas de la catedral, y seguimos por una calle estrecha que se llamaba la calle Alta, en la que se veía a la gente sentada a la puerta de sus tiendas conversando, mientras os muchachos jugaban. El militar marchaba delante de nosotros, y nos detuvimos frente a una tocinería, que ostentaba en el escaparate una estatuita de un cerdo sentado y tieso a la puerta de una casa por la que asomaba su cabeza un asno.

Cuando el asno vio al militar, salió muy manso a la calle, dio media vuelta, y se volvió a meter, haciendo resonar sus patas en el pasillo, hasta que entró en un patio posterior. Libre ya la costa de enemigos, nos llevó nuestro acompañante al comandante y a mí por la escalera general hasta el segundo piso, donde nos hizo pasar a la habitación que daba a la calle; la habitación estaba desnuda, tenía el piso de baldosines rojos, y las persianas exteriores estaban corridas como para que el interior quedase a oscuras. Cuando el militar abrió las persianas, descubrí por la ventana la torre en que había visto a Jaimito; se iba poniendo oscura, a medida que el sol bajaba en el horizonte. Me volví hacia la cama, adosada a la pared, en que yacía el inglés.

Seguramente que había enfermado de alguna fiebre cerebral; se le había caído todo el cabello, y tenía junto a su cabeza unos paños húmedos doblados. Lo contemplé atentamente tal como estaba allí, consumido y con los ojos cerrados, y dije al comandante:

—En mi vida he visto esa cara.

También el comandante lo examinó con gran atención y dijo:

—Jamás vi esta cara hasta este momento.

Al explicar el comandante al militar lo que acabábamos de decir, este señor se encogió de hombros y le mostró la carta de la baraja en la que estaba escrito lo del legado en favor mío. La escritura había sido hecha con mano temblorosa y en la cama, y me resultó tan desconocida como la cara. Lo mismo le ocurrió al comandante.

Aunque se encontraba solo, el pobre enfermo se hallaba todo lo bien cuidado que era posible, y en aquel instante no se habría dado por enterado de la presencia de nadie que hubiese velado junto a él. Hice que el comandante dijese al militar que no nos marcharíamos todavía de la población, y que yo volvería a aquel cuarto al día siguiente, para quedarme un rato junto a su cama. Pero insistí en que se lo repitiese…, y para dar fuerza a mis palabras moví la cabeza con mayor energía… «Los dos concordamos en que nunca habíamos visto esta cara».

Le contamos aquella noche a nuestro muchacho lo que ocurría, estando sentados en el balcón y a la luz de las estrellas, y quedó muy sorprendido. Repasó en su imaginación las historias de algunos de nuestros antiguos huéspedes que nosotros le habíamos relatado, preguntando si no podía ser este o aquel inquilino Ninguno de ellos pareció posible, y el muchacho se acostó.

A la mañana siguiente, y precisamente en el momento de desayunarnos, llegó con su tintineo metálico el militar, y nos informó de que el médico deducía por algunos

síntomas que acaso el enfermo volviese en sí antes que llegase el momento fatal. Dije, pues, al comandante y a Jaimito:

—Vosotros dos, como buenos muchachos, os vais por ahí y procuráis pasarlo de la mejor manera posible, que yo cogeré mi *Libro de rezos* y me sentaré junto a la cama del enfermo.

Fui, pues, y permanecí sentada durante algunas horas; de cuando en cuando leía una plegaria por aquella pobre alma. Hasta muy avanzado el día no movió las manos.

Había permanecido en una inmovilidad tan absoluta, que me di cuenta en el instante mismo que la movió. Me quité las gafas, dejé el libro, me levanté y me quedé mirándolo. Primero movió una mano, luego las dos, como quien tantea en la oscuridad. Aún después de mucho rato de tener abiertos los ojos, estaban éstos cubiertos como con una película, y seguía tanteando con las manos como si buscase salir a la luz. Poco a poco se le fue aclarando la vista, y entonces cesó el movimiento de sus manos. Vio el techo, vio las paredes, me vio a mí. Pero a medida que a él se le aclaraba la vista, se me aclaraba a mí también, y cuando nos miramos por fin los dos a la cara, yo me eché hacia atrás y exclamé con gran indignación:

—¡Oh, sois vos, hombre malvado, hombre malvado! ¡Vuestro crimen os ha alcanzado al fin!

Porque en el instante mismo en que la vida brilló en sus ojos, lo conocí. Era el señor Edson, el padre de Jaimito, el que de modo tan cruel había abandonado a la madre soltera de éste, que había muerto en mis brazos, ¡pobrecita!, dejándome a Jaimito.

—¡Sois vos, hombre cruel y malvado! ¡Sois vos, reo de la más negra traición!

Con la escasa fuerza que le quedaba en el cuerpo intentó volverse para ocultar el rostro. Dejó caer el brazo fuera de la cama, y con el brazo se inclinó la cabeza, y se me ofreció aniquilado en cuerpo y alma. ¡Jamás se ha visto bajo el sol cuadro más lamentable!

—¡Dios bendito! —exclamé llorando—, ¡enséñame lo que debo decir a este mortal destrozado! ¡Yo no soy sino una pobre pecadora, y no soy yo la que ha de juzgar!

Al levantar los ojos para mirar el cielo, raso y brillante, vi la torre tan alta desde la que Jaimito, por encima del vuelo de los pájaros, había estado mirando a esta misma ventana; y desde allí parecían mirarme los ojos de aquella pobrecita madre con la misma mirada en que su alma se iluminó y salió del cuerpo. Me arrodillé junto a la cama y le dije:

—¡Oh hombre! ¡Oh hombre! Si vuestro corazón está desgarrado y estáis verdaderamente arrepentido de lo que hicisteis, Nuestro Salvador se apiadará todavía de vos.

Al inclinar yo mi cara hasta tocar la cama, su débil mano consiguió justamente moverse hasta tocarme. Yo creo que aquello significaba su arrepentimiento. Intentó agarrarme de la ropa, y mantener la presión, pero sus dedos estaban demasiado

débiles para cerrarse.

Lo incorporé sobre las almohadas y le dije:

—¿Me oís?

Sus ojos parecieron decir que sí.

—¿Me conocéis?

Esta vez los ojos parecieron decir que sí más claramente.

—No he venido sola. Me acompaña el comandante. ¿Os acordáis de él?

Sí. Quiero decir que contestó afirmativamente, con los ojos, lo mismo que antes.

—Pero hay alguien más, además del comandante y yo. Mi nieto, el ahijado del comandante, ha venido también. ¿Me oís? Mi nieto.

Los dedos hicieron otro esfuerzo para agarrarse a mi manga, pero sólo consiguieron reptar un poco y cayeron sin fuerza. ¿Sabéis quién es mi nieto?

—Sí.

—Yo me compadecí y le tomé cariño a su madre desamparada. Cuando su madre estaba a punto de morir, le dije: «Querida mía, Dios envía este hijo a una mujer que no los tiene». Ha sido desde entonces mí orgullo y mi gozo. Lo guíe-ro lo mismo que si hubiese mamado en mis pechos. ¿Queréis ver a mi nieto antes de morir?

—Sí.

—Cuando yo termine de hablar dadme de alguna manera a entender que me habéis comprendido perfectamente. Lo hemos criado sin que se entere de la historia de su nacimiento. La ignora. No recela nada. Sí lo traigo aquí, al lado de vuestra cama, vendrá creído de que sois para él un perfecto extraño. El hacer que él ignore que existe en el mundo semejante maldad y miseria es más de lo que yo puedo hacer; pero sí que he evitado que supiese que esa maldad y esa miseria estuvieron muy cerca de su cuna inocente, y sigo evitándolo, y lo evitaré por amor a su madre, y por amor a él.

Me hizo comprender que había entendido perfectamente mis palabras, y empezaron a correr de sus ojos las lágrimas.

—Y ahora, descansad, y lo veréis a él.

Le hice traer un poco de vino y de coñac, y arreglé bien su cama. Pero empecé a sentirme turbada por el temor de que Jaimito y el comandante tardasen demasiado en acudir. Entre mis ajetreos y mis pensamientos, no había oído pasos en la escalera, y sufrí un sobresalto al ver que el comandante se detenía en seco en mitad de la habitación; y era que su mirada se había cruzado con la del enfermo, y entonces lo había reconocido, lo mismo que me había ocurrido a mí poco antes.

El rostro del comandante expresó ira, horror, repugnancia, y no sé cuantas cosas más. Por eso me acerqué a él y lo conduje junto a la cama, y cuando junté mis manos y las levanté al cielo, el comandante hizo lo propio. Y yo recé:

—¡Oh Señor! ¡Vos conocéis todos los sufrimientos y dolores de aquella pobre criatura que ahora está con Vos, sufrimientos y dolores que nosotros presenciamos! ¡Si este hombre está verdaderamente arrepentido, nosotros dos os imploramos, Señor,

humildemente, que tengáis compasión de él!

El comandante contesta ¡amén! y yo le cuchicheo poco después:

—Querido amigo, id en busca de nuestro querido muchacho.

El comandante, tan inteligente como para haberlo comprendido todo, aun sin que yo hubiese pronunciado una sola palabra, se marchó, y volvió con el muchacho.

No olvidaré jamás, jamás, la cara sonrosada y alegre de nuestro muchacho, a los pies de la cama, mirando a su desconocido padre. ¡Qué grande era en ese momento el parecido que tenía con su joven y querida madre!

—Jaimito —le dije—, he descubierto todo lo referente a este pobre caballero que se encuentra tan enfermo; en efecto, se hospedó hace tiempo en nuestra vieja casa. Como desea ver todo lo que hay aquí de ella, he mandado a buscarte.

—¡Pobre señor! —exclama Jaimito adelantándose y tocando con gran delicadeza una de las manos del enfermo—. Siento el corazón enternecido de compasión hacia él. ¡Pobre, pobre señor!

Aquellos ojos que iban a cerrarse muy pronto se volvieron hacia mí, y yo no estaba tan segura de mi fortaleza como para aguantar su mirada.

—Encanto mío, en la historia secreta de este ser, que es uno de nuestros semejantes, y que yace ahí igual que todos nosotros, los mejores y los peores, hemos de vernos algún día, existe una razón que me hace creer que le causaría una gran tranquilidad de espíritu en su última hora el que tú te acercases y apoyases tu mejilla contra su frente diciéndole: «¡Que Dios os perdone!».

—¡Oh, abuelita! —exclama Jaimito de todo corazón—, ¡yo no soy digno de eso!

Pero el muchacho se inclinó e hizo todo cuanto yo le pedía. Entonces los dedos vacilantes del enfermo hicieron un esfuerzo para coger por fin una de mis mangas, y creo que intentaba besármela cuando le sobrevino la muerte.

¡Y ya está, querida mía! Ahí tenéis la historia completa de mi legado, y si llega a seros agradable valdrá diez veces más que el trabajo que me he tomado en escribirla.

Acaso imaginéis que nos predispuso en contra de la pequeña ciudad francesa de Sens, pero no fue así. Descubrí que cuantas veces alzaba mi vista hacia la elevada torre que se levantaba en lo alto de la otra, volvían a mi memoria los días en que aquella simpática joven de hermosos cabellos rubios confiaba en mí igual que en una madre, y ese recuerdo daba a mi alma una paz que no me es posible describir. Todos cuantos vivían en la hostería, hasta las palomas del patio, se hicieron amigos de Jaimito y del comandante; acostumbraban salir con ellos de excursión a todas partes y en toda clase de vehículos tirados por alborotados caballos de carricoches (con cabezales y sin ellos; con barro por toda pintura y con cuerdas en lugar de arneses); cada nuevo amigo vestido de azul igual que los carniceros, y cada nuevo caballo se encabritaba sobre sus patas traseras como si fuese a devorar y acabar con todos los demás caballos, y todos los que disponían de un látigo lo hacían chasquear a más y mejor, dando la impresión de que eran otros tantos escolares con su diploma de honor. En cuanto al comandante, os diré, querida mía, que se pasaba la mayor parte

del tiempo con un vaso en una mano y una botella de vino en la otra, y que en cuanto descubría a alguien con un vaso en la mano, fuese quien fuese (el militar de tiros largos, los criados del hotel cuando cenaban en el patio, la gente del pueblo cuando charlaba sentada en un banco, o la gente del campo cuando emprendía el viaje de regreso después del mercado), allá se iba el comandante, a chocar su vaso con los vasos de los demás, gritando: «¡Hola! ¡Viva éste o viva el otro!», como si éste y el otro estuviesen a su lado. Aunque yo no puedo dar por completo mi aprobación a esta conducta del comandante. ¡Qué le vamos a hacer! Las costumbres del mundo son las costumbres, y cada país tiene las suyas, y en cuanto a que bailase en plena plaza con una señora que tiene una barbería, mi opinión es que el comandante estuvo acertado en bailar todo cuanto pudo, resistiendo con una energía de la que yo no lo creía capaz, a pesar de que yo estaba intranquila hasta cierto punto por la impresión que daban de barricada los gritos lanzados por los demás bailarines y por el resto de la concurrencia, hasta que al preguntar yo:

—¿Qué es lo que gritan siempre, Jaimito?

Él me contestó:

—Lo que gritan, abuelita, es «¡Bravo por el militar inglés! ¡Bravo por el militar inglés!».

Lo que resultaba muy agradable para mis sentimientos de inglesa, quedando lo de militar inglés como el nombre con el que todos conocieron de allí en adelante a Jaime Jackman.

Todas las noches, a la misma hora, nos sentábamos los tres en la galería del hotel que da al final del patio, contemplando cómo se iba extinguiendo en las altas torres la duz dorada y de color de rosa del sol, y viendo cómo esas torres iban cambiando con sus sombras el aspecto de todas las cosas. ¿Y qué os parece que hacíamos en esos momentos? Querida mía, Jaimito había tenido la ocurrencia de traerse algunas de aquellas historias que había escrito el comandante, contando las vidas de los antiguos inquilinos de Norfolk Street, número 81, y acostumbraba sacarlas, diciendo:

—¡Hola, abuelita! ¡Hola, padrino! Voy a leer alguna más. Aunque las escribisteis para mí, padrino, estoy seguro de que no me censuraréis por leérselas a la abuelita, ¿verdad que no?

—No, mi querido muchacho —contestaba el comandante—. Todo cuanto tenemos le pertenece a ella, incluso nosotros mismos.

—Suyos por siempre y afectísimos y devotos J. Jackman, y J. Jackman Lirriper —exclama el pequeño picarón dándome un beso muy fuerte—. Muy bien entonces, padrino; incluiré estas historias como parte del legado de la abuelita. Se las dejaré a ella. ¿Qué decís a esto, padrino?

—¡Hip, hip, hurra! —contesta el comandante.

—Muy bien entonces —exclama Jaimito todo entusiasmado—. ¡Viva el militar inglés! ¡Viva la señora Lirriper! ¡Viva Jaimito Jackman Lirriper! ¡Viva el legado! Y ahora, abuelita, cuidado; cuidado, padrino. Voy a leer, y voy a hacer otra cosa más. La

última noche de nuestras vacaciones en este lugar, cuando ya lo tengamos todo preparado y estemos a punto de marcharnos; pondré como remate de todo una cosa mía.

—No dejéis de hacerlo, caballerito —le contesto yo*.

LAS RECETAS DEL DOCTOR MARIGOLD

***Doctor Marigold's Prescriptions**, 1865*

CAPÍTULO PRIMERO

PARA SER TOMADA INMEDIATAMENTE

Soy un buhonero, y mi padre se llamaba Llermo Marigold. En vida suya hubo quien supuso que su verdadero nombre era Guillermo, pero mi padre insistió siempre en que no, en que era Llermo. Sobre esta cuestión yo me limito a enfocar el problema de esta manera: Si en un país libre no se permite a un hombre saber cuál es su pro pio nombre, ¿qué se le permitirá en un país en que reine la esclavitud? En cuanto a resolver el problema recurriendo al Registro civil, Llermo Marigold vino al mundo mucho antes que naciesen los registros civiles… y salió de él también antes que éstos llegasen. Por lo demás, aunque hubiesen llegado antes que él, eran cosa que se salía de su negocio.

Yo nací en plena carretera de la Reina, aunque en aquel entonces no reinaba una reina, sino un rey. Cuando tuvo lugar este suceso en un bosque público, mi padre fue en busca de un médico; éste era un caballero muy bondadoso y no quiso aceptar otros honorarios que una bandeja para el té; en su consecuencia, y por impulso de gratitud y de atención hacia él, me bautizaron con el nombre de Doctor, y aquí me tienen. El Doctor Marigold.

Soy en la actualidad hombre de mediana edad, más bien fornido, con pantalones de pana, polainas y chaleco con mangas. Los cordones con que se sujeta por detrás se saltan siempre, los arregle uno como los arregle, igual que cuerdas de violín. Si habéis estado en un teatro, habréis visto que los violinistas aprietan la clavija del violín después de escuchar su sonido, como si les estuviese cuchicheando en secreto que cree que está descompuesta, y más tarde habréis oído cómo salta la cuerda. Exactamente igual le ocurre a mi chaleco hasta donde un chaleco y un vio En pueden compararse el uno con el otro.

Soy aficionado a los sombreros blancos, y me gusta rodearme el cuello con chales amplios y cómodos. Mi posición favorita es la de estar sentado. En cuestión de joyería, si hay algo que me guste son los botones de nácar. Y ahí me tenéis retratado de cuerpo entero.

Al deciros que el médico aceptó una bandeja de té, ya adivinaréis que mi padre había sido buhonero antes que yo. Así es. Buhonero fue. La bandeja era muy linda. Tenía pintada una dama muy corpulenta que subía por un camino engravillado y ondulante, para ir a una iglesita que se veía en lo alto de una colina. También andaban por allí dos gansos con las mismas intenciones. Cuando digo que era una dama muy corpulenta, no quiero decir precisamente que era ancha de cuerpo, sino que en punto a gruesa caía por debajo de mis gustos, aunque en punto a alta los sobrepasaba;

porque de altura y esbeltez estaba… a la altura mía.

He visto con mucha frecuencia aquella bandeja, después de haber sido yo la causa inocente y sonriente (o más probablemente chillona) de que el médico la tuviese sobre una mesa y apoyada contra la pared del consultorio. Siempre que mi padre y mi madre andaban por esa parte del país, acostumbraba yo asomar la cabeza (que, según tengo oído decir a mi madre, estaba en aquel entonces cubierta de tirabuzones rubios, aunque en la actualidad no la distinguiríais de una escoba hasta que llegaseis al mango y os encontraseis con que no era yo); digo que acostumbraba asomar la cabeza por la puerta del doctor, y que éste se alegraba siempre de verme, y me decía:

—¡Ajá, hermano de profesión! Pasad, pequeño Doctor en Medicina. ¿Cómo andan esas aficiones vuestras a las monedas de seis peniques?

Nadie puede vivir eternamente, ya lo veréis, ni tampoco pudieron lograrlo mi padre y mi madre. Si no os largáis con toda vuestra persona cuando os ha llegado la hora, es probable que tengáis que largaras parcialmente, y se puede apostar dos contra uno a que la que se largará será vuestra cabeza. Mi padre fue poco a poco perdiendo la suya, y lo mismo le ocurrió a mi madre. Era la suya una locura inofensiva, pero que sacaba de quicio a la familia en cuya casa los puse de pensión. El anciano matrimonio, aunque retirado del oficio, pensaba única y exclusivamente en su negocio de buhoneros, y vendían todo lo de la casa. En cuanto ponían los manteles, empezaba mi padre a manipular con los platos y las fuentes, como hacemos en nuestro negocio cuando exhibimos la loza para que ofrezcan un precio; pero había perdido la agilidad y el tacto, y casi siempre se le caían al suelo y los rompía. Por su parte, mi anciana madre estaba habituada a sentarse en el carro para ir dando uno a uno los géneros al viejo, que los vendía desde el estribo; pues bien: eso mismo hacía con todos los utensilios y objetos propiedad de la familia, y entre el viejo y la vieja se pasaban el día vendiéndolos con la imaginación. Y finalmente, estando el viejo postrado en cama en el mismo cuarto que la vieja, y después de permanecer en silencio durante dos días con sus noches, empezó a gritar al estilo de sus buenos tiempos, con la misma facilidad de palabra:

¡Vamos a ver, mis simpáticos concurrentes todos!… Se reunió el Club de los ruiseñores… en el mesón de Las Tijeras y la Col… ¡Oh, qué espléndido coro de cantores…, si tuvieran oreja, gusto y voz!… Vamos a ver, mis simpáticos concurrentes todos, se saca a subasta un modelo en buen uso de buhonero viejo y cansado, sin un diente en la boca y con un dolor distinto en cada hueso; un buhonero tan al natural, que sería bueno si no fuese mejor, que sería malo si no fuese peor, y que está tan nuevo como si estuviese del todo gastado. ¡Haced una oferta por el modelo en buen uso del buhonero viejo y cansado, que bebió en su tiempo con señoras una cantidad de té pólvora como para hacer volar la tapa del caldero de una lavandera hasta tantos miles de millas más allá de la luna tan seguro como cero más cero es nada, dividido por la deuda nacional, llevo nada para la beneficencia, bajo tres y subo dos! Vamos a ver, corazones de roble y hombres de paja: ¿qué decís de mi

lote? Dos chelines, un chelín, diez peniques, ocho peniques, seis peniques, cuatro peniques. ¿Dos peniques? ¿Quién dijo dos peniques? ¿Aquel caballero del sombrero de espantapájaros? A mí mismo me da vergüenza que haya alguien como ese caballero del sombrero de espantapájaros. De verdad que me duele en el alma la falta de espíritu público de ese caballero. Pues bien: voy a decir lo que voy a hacer por vosotros. ¡Ea! Agrego al lote un modelo en buen uso de vieja que se casó con el viejo buhonero hace tantísimos años. ¡Por mi honor que la boda se celebró en el Arca de Noé antes que el Unicornio pudiera meterse en ella para impedir las amonestaciones silbando una canción con su cuerno! ¡Vamos a ver! ¡Oído al parche! ¿Cuánto ofrecéis por los dos? Oíd lo que voy a hacer con vosotros. No os guardo rencor porque seáis tan cortos. ¡Ea! Si me hacéis una oferta que haga un poco de honor a vuestra población, agregaré al lote, sin ningún recargo, un calentador de cama, y os daré en préstamo para toda la vida un tenedor para tostar pan. ¡Vamos a ver! ¿Qué decís después de tan espléndido ofrecimiento? Ofreced dos libras, treinta chelines al menos, una libra, ofreced diez chelines, ofreced cinco, ofreced dos y seis peniques… ¿Dos y tres peniques dicen por allí? Pues no. No os entregaré semejante lote por dos chelines y tres peniques. Preferiría regalároslo, si fueseis lo bastante bonitos. ¡A ver! ¡Señora mía! ¡Meted al viejo y a la vieja en el carro, enganchad el caballo, lleváoslos lejos de aquí y enterradlos!

Tales fueron las últimas palabras de Llermo Marigold, padre mío, y los llevaron juntos, a él y a su mujer, mi madre, el mismo día, de lo que puedo estar enterado, porque fui tras ellos en el cortejo.

Mi padre había sido en sus tiempos uno de los más simpáticos buhoneros, como lo demostraron sus últimas palabras. Pero yo lo he superado. No lo digo por alabarme, sino porque lo han reconocido todos cuantos han tenido la posibilidad de compararnos. Yo he trabajado por perfeccionarme. Me he medido con otros oradores públicos (miembros del Parlamento, oradores de mitin, oradores de púlpito, doctores en leyes) y, cuando me han parecido buenos, he tomado de ellos un poquito de, imaginación, y cuando los he encontrado malos, me he despreocupado de ellos. Y ahora voy a decir una cosa. Antes de bajar a mi tumba quiero declarar que de todas las profesiones con las que se es injusto en la Gran Bretaña, la de charlatán de feria es la que mayores injusticias recibe. ¿Por qué no hemos de tener nosotros nuestro diploma? ¿Por qué no hemos de disfrutar de determinados privilegios? ¿Por qué se nos obliga a sacar una patente de buhoneros, cuando no se obliga a ello a los charlatanes políticos? ¿Qué diferencia va de ellos a nosotros? Aparte de que nosotros seamos charlabaratos y ellos charlacaros, no veo nada en que no los aventajemos.

¡Vamos a cuentas! Estamos en período electoral. Yo estoy encaramado en el estribo de mi coche en la plaza del mercado, y no es un sábado por la noche. Saco a subasta un lote variado. Y digo:

—Vamos a ver, votantes libres e independientes: voy a daros una oportunidad como no la habéis tenido desde que nacisteis, ni aun antes que nacieseis. Vais a ver lo

que quiero hacer por vosotros. Aquí tenéis una navaja de afeitar que os apurará la barba más que la Junta de Tutores; aquí tenéis una plancha que vale lo que pesa en oro; aquí tenéis una sartén artificialmente embebida de esencia de bisteques hasta el punto de que con sólo que pongáis a freír en ella pan y en ella mojéis, podréis atiborraros de carne para el resto de vuestras vidas; aquí tenéis un auténtico cronómetro de tapas de plata tan maciza que os servirá, cuando regreséis tarde a casa, para llamar a vuestra puerta y despertar a vuestra mujer y a vuestra familia, dejando intacta la aldaba para el cartero; y aquí tenéis media docena de platos soperos para que toquéis con ellos los platillos si vuestro bebé se muestra rebelde. ¡Esperad! Todavía agregaré otro artículo, y éste de regalo, que será un rodillo para amasar; y si vuestro bebé es capaz de metérselo en la boca cuando le quieren brotar los dientes, y se frota con él las encías, le saldrán aquéllos dobles, y en un acceso de risa, como si le estuviesen haciendo cosquillas. ¡Esperad aún! Todavía agregaré al lote otro artículo, porque no me gustan vuestras caras, porque las tenéis de que no vais a comprar nada como no pierda yo en la operación, y porque prefiero perder a no recoger esta noche ningún dinero, y este artículo será un espejo, para que podáis miraros en él y ver lo feos que parecéis cuando no hacéis oferta alguna. ¿Qué decís ahora? ¡Ea! ¿Daréis una libra por todo? No la daréis, porque no la tenéis. ¿Daréis diez chelines? No los daréis, porque debéis más al tendero que os fía. Pues bien: os voy a decir lo que voy a hacer con vosotros. Lo amontonaré todo en el estribo de mi carro…, ¡ya está!…, navaja de afeitar, plancha, sartén, cronómetro, platos, rodillo y espejo…, y lleváoslo todo por cuatro chelines… ¡Y encima os daré seis peniques por la molestia!

Ése soy yo, el Charlabarato. Pero el lunes por la mañana llega a la misma plaza del Mercado el Charlacaro, sube a su tribuna (su carro), ¿y qué es lo que dice? Empieza igual que yo:

—Vamos a ver, votantes libres e independientes: voy a daros una oportunidad como no la habéis tenido desde que nacisteis, y esa oportunidad es la de que podáis enviarme al Parlamento. Vais a ver lo que quiero hacer por vos otros. Fomentaré los intereses de esta magnífica población por encima del resto del mundo civilizado e incivilizado. Haré que se activen los ferrocarriles vuestros y pondré obstáculos a los de vuestros competidores. Colocaré a vuestros hijos en Correos. Haré que la nación sea todo mieles para vosotros. Haré que Europa tenga puestos sus ojos en vosotros. Os traigo la prosperidad universal, la carne hasta hartaros, los trigales dorados, los hogares alegres y grandes ovaciones que os saldrán del fondo de vuestros corazones, todo en un lote, y ese lote soy yo. ¿Me queréis aceptar tal como os digo? ¿Que no? Pues, bien: voy a deciros lo que voy a hacer con vosotros. ¡Oíd! Pondré en el lote todo cuanto me pidáis. ¡Ahí lo tenéis! Presupuesto eclesiástico, nada de presupuesto eclesiástico, aumento del impuesto sobre la cerveza, abolición del impuesto sobre la cerveza, instrucción universal hasta en los grados superiores, o ignorancia universal hasta en los grados ínfimos, abolición del castigo de azotes en el ejército, o una docena de vapuleos todos los meses del año a cada soldado raso por turno, los

Perjuicios al hombre o los Derechos a la mujer… No tenéis sino decir por cuál de las dos cosas optáis, se toma o se deja, yo seré siempre de vuestra misma opinión, y os lleváis el lote al precio que queráis vosotros. ¡Nada más que eso! ¿Que no estáis dispuestos a llevároslo? Vais a ver lo que voy a hacer por vosotros. ¡Ea! Sois unos votantes tan libres e independientes, y yo estoy tan orgulloso de vosotros…; sois un electorado tan noble y tan ilustrado, y yo ambiciono de tal manera el honor de ser vuestro representante, meta suprema hacia la que puede levantar su vuelo la inteligencia humana…, que os voy a decir lo que voy a hacer con vosotros: os abriré gratis, de par en par, todas las casas de bebidas con que cuenta vuestra magnífica población. ¿Os satisface esto? ¿No? Con todo y con eso, ¿no cargaréis con el lote? Pues bien: antes que enganche el caballo y me marche de aquí con mi carro para hacer ese mismo ofrecimiento a la ciudad magnífica más cercana que encuentre, voy a deciros lo que haré. Tomad el lote, y tiraré a la arrebatiña por las calles de vuestra magnífica ciudad dos mil libras esterlinas. ¿Que no es bastante? Pues vamos a ver, y no pasaré de esto que os voy a decir. Tiraré dos mil quinientas. Que, ¿seguís no queriendo el lote? ¡Señora! Enganchad el caballo… No; esperad un segundo… No querría tener que volveros las espaldas por una minucia… Subiré hasta dos mil setecientas cincuenta libias. ¡Ya está! Haceos cargo del lote en las condiciones que os plazca, y yo iré contando mientras tanto en el estribo del coche dos mil setecientas cincuenta libras, para que sean tiradas a la arrebatiña por las calles de vuestra magnífica ciudad. ¿Qué decís? ¡Vamos! No se os ofrecerá ocasión mejor, y quizá la tengáis peor. ¿Lo tomáis? ¡Hurra! ¡Hecho, y el puesto del Parlamento es mío!

Estos charlacaros adulan al pueblo de un modo vergonzoso, cosa que no hacemos los charlabaratos. Le decimos nuestra verdad sobre él en su misma cara; nos repugna cortejarlo. Y en cuanto a audacia para exagerar el valor de lo que ofrecemos, los charlacaros nos dejan tamañitos. En nuestra profesión de charlabaratos es verdad corriente la de que no existe, para gastar saliva en elogios, ningún artículo como una escopeta, salvo un par de gafas. Yo he discurseado muchas veces más de un cuarto de hora acerca de una escopeta, y hubiera seguido hablando sin tasa sobre el mismo tema. Pero cuando me vanaglorio sobre lo que un cuarto de hora cerca de una escopeta es capaz de hacer y el número de piezas de caza que he echado abajo, no llego ni a la mitad de lo que hacen los charlacaros cuando pronuncian discursos en elogio de sus escopetas…, de los grandes escopetas que los envían a esa tarea. Además, yo trabajo en el negocio para mí mismo; yo no me planto en la plaza del Mercado obedeciendo órdenes de otro. Más aún, mis escopetas no saben lo que yo estoy diciendo en elogio suyo, y los escopetas suyos sí que lo saben, y a todos ellos debiera darles asco y vergüenza.

Éstas son algunas de las razones que tengo para declarar que se cometen injusticias en Inglaterra pon la profesión de charlabaratos, y para acalorarme cuando oigo hablar de que ésos hacen como que nos miran de arriba abajo.

Yo hice el amor a mi mujer desde el estribo del carro. Es auténtico. Era una joven

de Suffolk, y fue en la plaza del Mercado de Ipswich, frente al almacén del vendedor de maíz. Me había fijado en ella el sábado anterior y la encontré muy bien. Me sentí atraído, y me dije para mis adentros: «Si ese lote no está comprometido, me quedaré con él». Al siguiente sábado planté mi carro en el mismo sitio; yo estaba muy en vena y hacía reír constantemente a mi auditorio, despachando rápidamente la mercancía. Finalmente, saco del bolsillo de mi chaleco un lote pequeñito, envuelto en papel de seda, miro hacia la ventana en que ella estaba y planteo el asunto de esta manera:

—Y aquí tenéis ahora, lozanas mocitas casaderas de Inglaterra, un artículo, el último de la venta de esta tarde, que os ofrezco solamente a vosotras, encantadores budincitos de Suffolk que estáis reventando de hermosura, y no aceptaré de hombre oferta alguna, aunque me quiera pagar mil libras. ¿Que de qué se trata? Pues bien: vais a saberlo. Es un artículo de oro de ley, sin rotura alguna, aunque tiene en el centro un agujero y es más fuerte que cualquiera de cuantos grilletes se han forjado jamás, aunque es más pequeño que cualquiera de mis diez dedos. ¿Por qué diez solamente? Porque cuando mis padres me entregaron mis bienes, y eso es una verdad como un templo, me dieron doce sábanas, doce servilletas, doce manteles, doce cuchillos, doce tenedores, doce cucharas y doce cucharillas; pero en mi juego de dedos pusieron dos de menos, y desde entonces no ha habido manera de completarlos. Y ¿qué otra cosa es? Atención, que os lo voy a decir. Es una sortija de oro macizo, envuelta en papel de plata para papillotes, que yo con mis propias manos quité de los rizos de la siempre hermosa dama de Threadneedle Street, en la City de Londres; no os lo diría si no tuviese aquí mismo el documento que lo demuestra a quien quiera verlo, porque de otro modo quizá no me lo creyeseis, aun diciéndolo yo. Y ¿qué más es? Es un anillo de compromiso. Y os voy a decir lo que voy a hacer con él. No voy a vender es te lote por dinero; pero sí que me propongo dárselo a la primera de vosotras que se ría, y mañana por la mañana, cuando el reloj esté dando las nueve en punto, le haré una visita y la sacaré a dar un paseo, a fin de arreglar lo de las amonestaciones.

¡Y la que se rió fue ella, y yo hice que le subiesen el anillo! A la mañana siguiente, cuando fui a visitarla, exclamó:

—¡Santo Dios! ¿Pero sois vos, y lo dijisteis en serio?

Y yo le contesté:

—Soy yo, soy vuestro para siempre, y lo dije siempre en serio.

Y así es como nos casamos después de leídas las tres amonestaciones, lo cual, dicho sea de paso, es una costumbre muy a lo charlabarato, y que demuestra hasta qué punto nuestras normas se han infiltrado en la sociedad.

No era mala como mujer, pero sí que tenía mal genio. Si hubiese sido capaz de liquidar ese artículo perdiendo algo en él, no la hubiera cambiado por ninguna otra mujer de Inglaterra. Ni tampoco la cambié, porque vivimos juntos hasta que murió; es decir, trece años. Y ahora, mis lores, damas y gentileshombres, voy a haceros partícipes de un secreto, aunque no lo creáis. Trece años de mal genio en un palacio

habrían sido suficientes para poner a prueba vuestras peores cualidades; pero trece años de mal genio en un carro habrían puesto a prueba lo mejor de vosotros. Y es que, dentro de un carro se vive tan cerca uno de otro… Miles de parejas que viven entre vosotros en casa de cinco y seis tramos de escaleras de altura, con la suavidad del aceite sobre una piedra de afilar, acabarían en el Tribunal de divorcios si viviesen en un carro. No me atreveré a afirmar si el traqueteo de éste empeora las cosas; pero el hecho es que el carro se convierte en vuestra casa y se pega a uno. La violencia dentro de un carro es violentísima y los choques de palabras durísimos.

Y ¡qué bien hubiéramos podido vivir! Un carro espacioso, con la mercancía voluminosa colgada de la parte de afuera, la cama colgada debajo, como hamaca, si se pernoctaba en la carretera; una olla de hierro y una cafetera, una estufa para el tiempo frío, una chimenea para el humo, un estante suspendido y un armario, un perro y un caballo, ¿qué más necesita uno? Os apartáis hacia un trozo de campo cubierto de césped, a la vera de un camino verde, o junto a la carretera misma, maneáis vuestro caballo y lo echáis a pacer, encendéis fuego sobre las cenizas de los últimos que acamparon allí, cocináis vuestro guisado y no quisierais ser el hijo del emperador de Francia. Pero ¿adónde vamos a parar si lleváis dentro del carro a una persona de mal genio, que os lanza palabras molestas y los objetos más duros que tiene a mano? A ver qué calificativo le dais.

Mi perro barruntaba tan bien como yo cuándo ella estaba de malas. Antes que ella estallase, el perro daba un alarido y se escapaba. Cómo el perro lo barruntaba, ha sido siempre un misterio para mí; pero, seguro y cierto de lo que iba a ocurrir, se despertaba, aunque estuviese profundamente dormido, daba un alarido y se fugaba. En tales momentos, yo me hubiera cambiado por él.

Lo peor del caso fue que nos había nacido una hija, y que yo adoro los niños, Cuando le acometía la furia, mi mujer pegaba a la niña. Esto llegó a ser un espectáculo tan desagradable, cuando la niña tenía cuatro o cinco años, que muchas veces fui caminando con el látigo al hombro, a la par de la cabeza del caballo, sollozando y llorando con más fuerza que la misma pequeña Sofía. ¿Cómo iba yo a evitar que la pegase? Intentar semejante cosa dentro de un carro y con una mujer de tan mal genio, no se podía hacer sin entablar una lucha. Y entonces la pobre niña se llevaba un susto mayor todavía, y, por lo general, salía con algún golpe, sin contar con que su madre se quejaba de lo ocurrido a las primeras personas con quienes nos tropezábamos en el camino, y en seguida corría por todas partes la voz de que «Ese canalla de charlabarato ha pegado a su mujer».

Y ¡qué magnífica chiquilla era la pequeña Sofía! Aunque su pobre padre podía hacer poco en favor suyo, ella creció llena de devoción hacia él. Tenía una abundante y magnífica cabellera, negra y brillante, esponjada alrededor de su cabeza en rizos naturales. Pensándolo ahora, me resulta completamente increíble que no me hubiese vuelto loco furioso al ver a la chica escapar de su madre delante del carro, y que ésta la perseguía, la agarraba de los cabellos, la tiraba al suelo y la pegaba.

¡Qué magnífica chiquilla era! Tengo razón para decirlo.

—Padre querido, no os preocupéis la próxima vez que vuelva a ocurrir. Si no grito, será que no me hace mucho daño —solía decirme en voz baja, con la cara aún roja y los brillantes ojos húmedos todavía—. Y aunque grite, es que lo hago únicamente para que madre me suelte y se marche.

¡Las cosas que le he visto soportar a la valerosa pequeña sin dejar escapar un gemido…, para que yo no sufriese!

Sin embargo, su madre cuidaba mucho de ella en otros aspectos. Sus ropas estaban siempre limpias y bien arregladas, y su madre no se cansaba de trabajar en ellas. Tales son las contradicciones de la vida. Creo que la causa de que Sofía, enfermase de fiebres malignas fue que acampamos en la región pantanosa con tiempo insano; el hecho es que enfermó, y que desde ese momento se apartó para siempre de su madre, no habiendo nada capaz de convencerla de que se dejase tocar por las manos de ésta. Cuando intentaba tocarla, la acometían escalofríos y exclamaba:

—¡No, no, no!

Escondía su cara junto a mi hombro y se aferraba con más fuerza a mi cuello.

El negocio de los charlabaratos pasó por la época peor que yo había conocido, debido a yo no sé cuántas causas (sin contar con los ferrocarriles, que espero que acabaran por destrozarlo definitivamente), y yo me encontraba sin dinero. Y en esa mala racha, una noche en que Sofía estaba muy mal, debió de ocurrir que estábamos sin dinero para comprar comida y bebida, porque sólo así se comprende que yo instalase mi carro donde lo instalé.

No pude conseguir que mi hija querida se acostase o se soltase de mí, y, desde luego, no tuve corazón para intentarlo; por eso, pues, salí al estribo del coche con ella agarrada a mi cuello. Toda la concurrencia se echó a reír al vernos, y un idiota (¡qué rabia le tomé!) hizo la oferta:

¡Dos peniques por ella!

Sintiendo que mi corazón era como un objeto muy pesado al extremo de una cuerda a punto de romperse del todo, les dije:

—Vamos a ver, hatajo de zoquetes y palurdos, os advierto que os voy a sacar dinero del bolsillo como por arte de magia; pero va a ser para claros por él mucho más de lo que vale, hasta el punto da que, de aquí en adelante, saldréis siempre con el importe de lo que habéis cobrado el sábado en el bolsillo, con la esperanza de tropezar conmigo; pero ya no volveréis jamás a conseguirlo. ¿Y sabéis por qué? Porque me he hecho rico vendiendo mi mercancía por un setenta y cinco por ciento menos de lo que he pagado por ella y debido a mis riquezas voy a entrar la semana próxima en la Cámara de los Lores, con el título de duque del Barato y marqués del Charlatanato. Vamos a ver, echad por esa boca lo que queréis esta noche, y lo tendréis. Pero, antes de nada, ¿queréis saber por qué tengo colgada de mi cuello a esta chiquilla? ¿Que no queréis saberlo? Pues lo sabréis. Es un Hada. Anuncia la buena ventura. Sabe susurrarme al oído todo lo que necesito saber acerca de vosotros y si

vais a comprar un lote o vais a dejar de comprarlo. Por ejemplo: ¿quiere alguno de vosotros una sierra? No; ella me dice que no la queréis, porque sois demasiado torpes para usarla. De no ser por eso, aquí tengo una sierra que sería una bendición de toda la vida para un hombre habilidoso, a cuatro chelines, a tres con seis, a tres, a dos con seis, a dos, y hasta a dieciocho peniques. Pero ninguno de vosotros la conseguirá a ningún precio, porque todo el mundo sabe que sois tan torpes que venderla sería tanto como cometer un homicidio. La misma objeción se aplica a estas tres garlopas, que tampoco os entregaré aunque ofrezcáis precio por ellas. Voy a preguntarle a ella qué es lo que os interesa.

Entonces yo le dije al oído a mi hija:

—Tienes la cabeza ardiendo, amor mío, y tengo miedo de que te esté doliendo mucho.

Ella me contestó, sin abrir sus cargados ojos:

—Sólo me duele un poquito, padre. —¡Oh! Esta adivinadora me dice que os haría falta un libro de agenda. ¿Por qué no lo dijisteis? Aquí lo tenéis. Miradlo bien. Doscientas páginas superfinas, planchadas al calor, entretejidas en alambre…, y si no me lo creéis, contadlas… Con líneas y columnas para anotar vuestros gastos, un lápiz de pluma eterna para que los anotéis, un cortaplumas de dos hojas para que podáis raspar lo anotado, un libro con tablas de calcular para que podáis saber vuestras rentas y un taburete de campamento para que os sentéis en tanto que estáis entregados a esa tarea. ¡Esperad! Y además, un paraguas para defenderos de la luz de la luna si alguna vez se os ocurre dedicaron a esa ocupación en una noche negra como la pez. Y no voy a preguntaros que me digáis cuánto ofrecéis por el lote, sino todo lo menos que podéis dar por él. ¿Cuánto es lo menos que estáis pensando pagar? No os dé vergüenza decirlo, porque mi adivina lo sabe ya. (En ese momento, haciendo como que cuchicheaba al oído de la niña, la besé y ella me besó). ¿Cómo es eso? Me dice que pensáis ofrecer por ello nada más que tres chelines y tres peniques. No lo hubiera creído, ni aun tratándose de vosotros, si ella no me lo hubiera dicho. ¡Tres y tres peniques! ¡Y va en el lote un juego de tablas impresas para calcular vuestros ingresos durante cuarenta mil años! Y con un ingreso de cuarenta mil años a la vista refunfuñáis por tres chelines y seis penique. Pues bien: ¿queréis saber lo que pienso de vosotros? Siento tal desprecio por los tres peniques, que prefiero quedarme con los tres chelines. Ya está. ¡Por tres chelines, tres chelines, tres chelines! Se fue. Entregádselo a ese hombre afortunado.

Nadie había hecho oferta alguna; todos se miraban y se sonreían unos a otros, mientras yo acariciaba la cara de Sofía y le preguntaba si se sentía débil o mareada:

—Sólo un poco, padre. Pronto pasará.

Apartándome entonces de sus ojos hermosos y sufridos, que se habían abierto para mirarme, y no viendo a la luz de mi candil otra cosa que sonrisas burlonas, seguí diciendo en mi estilo de charlabarato:

—¿Donde está el carnicero? —mis ojos entristecidos acababan de distinguir en la

parte exterior del grupo formado por la multitud a un grueso carnicero y joven—. Dice la adivinadora que la buena suerte le corresponde al carnicero. ¿Dónde está ese hombre?

Todos se apresuraron a empujar al carnicero, que se había puesto colorado, y lo sacaron al frente; el griterío y las risas eran ensordecedores, y el carnicero se creyó obligado a meter la mano en el bolsillo y hacerse cargo del lote. La concurrencia, cuyo interés se había despertado de este modo, se cree obligada a comprar el lote, cuatro veces de cada seis. A continuación pusimos otro a la venta, como contrapartida del anterior y lo vendimos seis peniques más barato, detalle este que surte siempre gran efecto entre el público. A continuación entramos a vender gafas. No es esta mercancía muy provechosa, pero me calé un par de ellas e hice como que veía la rebaja que el ministro de la Tesorería iba a hacer en los impuestos. Lo que estaba haciendo en su casa la novia de aquel joven de la bufanda; vi también la cena que habían tenido aquella noche los obispos y otras muchas cosas más, que raras veces dejan de interesar y levantar el ánimo de las gentes, y cuanto de mejor humor se ponían, mejores eran sus ofertas. A continuación pasamos al lote para señoras: la tetera, el bote del té, la azucarera de cristal, media docena de cucharillas y el cuenco del ponche…, aprovechándome de excusas parecidas a las anteriores para echar un vistazo y decir algunas palabras a mi pobre niña.

Cuando el segundo lote para señoras los tenía pendientes de mi boca, sentí que la niña se incorporaba un poquito sobre mi hombro y que miraba hacia la calle oscura.



... sentí que la niña se incorporaba un poquito...

—¿Qué es lo que te preocupa, encanto?

—No me preocupa nada, padre. Estoy muy tranquila; pero estoy viendo allá enfrente un lindo cementerio.

—Sí, querida,

—Besadme dos veces, querido padre, y ponedme a descansar sobre el césped tan suave y tan verde de aquel cementerio.

Yo retrocedí tambaleándome al interior del carro, mientras ella descansaba su cabeza sobre un hombro, y le dije a su madre:

—¡Rápido! ¡Cerrad la puerta! ¡Que ninguno de esos que se ríen la vea! ¡Ya no volverás nunca a agarrar a mi pequeña Sofía por los cabellos, porque ha volado lejos de ti!

Quizá, estas palabras fueron más duras de lo que yo quise; pero desde entonces mi mujer cayó en el ensimismamiento y se pasaba horas y horas sentada dentro del carro o caminando a la par de éste, con los brazos cruzados y mirando al suelo. Cuando le acometían los accesos de ira (y esto ocurría con mucha menos frecuencia que antes), su mal genio tomaba nuevas formas, y se daba golpes a sí misma, hasta el punto de tener yo que sujetarla. No mejoró, a pesar de que le hacía beber algo de cuando en cuando; por espacio de algunos años, y mientras yo caminaba carretera

adelante a la par de la cabeza del viejo caballo, solía preguntarme si circularían por las carreteras muchos carros cargados con tanta tristeza como la mía, a pesar de que era considerado como el rey de los charlabaratos. Nuestras vidas siguieron con esa tristeza hasta cierta noche de verano en que, al entrar en Exeter, viniendo del extremo oeste de Inglaterra, vi a una mujer golpeando cruelmente a un niño, que gritaba:

—¡No me peguéis! ¡Oh madre, madre, madre!

Al oírlo, mi mujer se tapó las orejas, echó a correr como loca, y al día siguiente apareció ahogada en el río.

Ya no quedábamos dentro del carro más que yo y mi perro; éste aprendió a dar un ladrido breve cuando el público no hacía ofertas, y daba otro ladrido, acompañado de un movimiento afirmativo de la cabeza, cuando yo le preguntaba:

—¿Quién ofreció media corona? ¿Sois vos, caballero, el que ofreció media corona?

Mi perro llegó a alcanzar una popularidad inmensa, y no hay quien me quite de la cabeza que aprendió solo a ladrar a cualquier persona de la multitud que hacía ofertas tan bajas como seis peniques. Pero con todo eso se fue haciendo muy viejo, y cierta noche, cuando yo tenía convulsionados de risa a los habitantes de York con la venta de gafas, el perro se sintió acometida de una convulsión en el estribo mismo del carro, junto a mí, y cayó víctima de ella.

Como soy hombre naturalmente tierno, sentí desde entonces terriblemente mi soledad. Me sobreponía a esos sentimientos mientras estaba vendiendo, porque tenía que mantener en alto mi fama (sin mencionar la necesidad en que estaba de mantenerme a mí mismo); pero cuando estaba a solas, podían más que yo y me dominaban. Esto suele ocurrir con frecuencia a los personajes públicos. Nos ve la gente en nuestro estribo, y daría cualquier cosa Por encontrarse en nuestro lugar. Nos ve fuera de nuestro estribo, y sería capaz de agregar algún dinero para no quedarse con el lote. Así estaba yo cuando trabé relación con un gigante. De no haber sido por la tristeza de mi soledad, acaso no me habría rebajado a entablar conversación con él. Entre los que recorremos el país, existe la norma de trazar una línea divisoria entre el que se disfraza y el que no se disfraza. Consideramos de un nivel inferior al nuestro a todo aquel hombre que no se siente con fuerzas para ganarse la vida sin disfraz alguno. Este gigante, cuando se exhibía ante el público, lo hacía vestido de romano.

Era un joven torpón, cosa que yo atribuyo a la distancia que había entre sus extremidades. Su cabeza era pequeña, y el contenido de su cabeza más pequeño todavía; los ojos y las rodillas eran débiles, y cuando uno lo contemplaba atentamente recibía la sensación de que su peso era demasiado grande para sus articulaciones y para su inteligencia. Sin embargo, era un joven simpático, aunque tímido (su madre lo había alquilado y se había gastado el dinero); tratábamos relación cuando él, para aliviar a su caballo, marchaba caminando por la carretera en dirección a otra feria. Lo llamaban Rinaldo di Velasco, aunque su verdadero nombre era Pickleson.

Este gigante, alias Pickleson, me confió bajo el sello del secreto que, además que

él ira una caiga para sí mismo, su vida se había convertido en una carga para él debido a la crueldad de su amo con una hijastra que era sordomuda. La madre de esta hijastra había muerto; nadie en el mundo se interesaba por ella y recibía un trato muy duro. Viajaba con el carromato de su amo porque éste no sabía dónde dejarla, y el gigante, alias Pickleson, llegó hasta creer que el amo había hecho varias tentativas para que ella se extraviase. Era el gigante un joven tan torpón, que invirtió yo no sé cuánto tiempo en contarme esta historia; pero, a fuerza de tiempo, logró pasar por su defectuosa circulación hasta su extremidad superior.

Cuando oí de boca del gigante, alias Pickleson, este relato y supe además que la pobre muchacha tenía una hermosa cabellera negra, y que con frecuencia la tiraban del pelo y la pegaban, se me nublaron los ojos hasta el punto de que ya no distinguía al gigante. Después de enjugármelos, le di seis peniques (porque lo tenían tan corto de dinero como era largo de estar tura), y él lo invirtió en dos vasos de a tres peniques de ginebra con agua, que lo alegraron tanto que se puso a cantar la canción cómica favorita de *¿Hace frío, temblón tembladera*? Era éste un número popular que su amo había procurado inútilmente hacerle olvidar como impropio de un romano.

Su amo se llamaba Mim; era un hombre muy rudo, y yo lo conocía lo bastante para hablar con él. Fui a la feria aquella como simple particular, dejando el carro fuera de la población, y mientras estaban dando las representaciones, anduve por la parte trasera de los carromatos, hasta que, por último, tropecé con la pobre chica sordomuda, que estaba dormitando apoyada en la rueda fangosa de un carro. A primera vista, casi me pareció como que se hubiese escapado de un circo de fieras; pero, mirándola mejor, me produjo una impresión más favorable, y pensé que, si estuviese tratada con más es mero y cariño, se parecería a mi hija. Tenía los mismos años que habría te nido la mía de no haber caído la cabeza de ésta sin vida aquella noche desgraciada sobre mi hombro.

Para no andar con rodeos, hablé confidencialmente con Mim cuando éste hacía sonar el batintín fuera de la barraca, entre dos exhibiciones de Pickleson, y le planteé el asunto de esta manera:

—Esa muchacha es una carga para vos. ¿Cuánto queréis por ella?

Mim era un hombre que no hablaba sino lanzando terribles juramentos. Suprimiendo esta parte de su contestación, que es con mucho la más larga; queda de aquélla lo siguiente:

—Unos tirantes.

—Pues bien —le dije—; escucha lo que voy a hacer por ti. Te voy a traer media docena de los mejores tirantes que tengo en el carro y luego me la llevaré conmigo.

Mim contesta (siempre feroz):

—Lo creeré cuando tenga en mi mano los tirantes, y sólo entonces.

Me di toda la prisa que pude para que no tuviese tiempo de arrepentirse, y quedó cerrado el trato. Esto le produjo a Pickleson tal consuelo en su alma, que salió por la puertecita dé atrás, al estilo de una serpiente, y en el momento de nuestra marcha nos

cantó por lo bajo entre las ruedas el ¿Hace frío, temblón tembladera?

Cuando Sofía y yo empezamos a viajar juntos en el carro, tuvimos días felices. La puse inmediatamente el nombre de Sofía, para establecer entre ella y yo cierta actitud de padre a hija. Pronto descubrimos la manera de entendernos, gracias a la bondad divina, y entonces supo ella que yo me proponía su bien y que sería cariñoso con ella. No tardó mucho en cobrarme un afecto maravilloso. No tenéis idea de lo que representa el que haya alguien que sienta por vos un afecto maravilloso, si no os habéis sentido abrumados y vencidos por los sentimientos de soledad que según he dicho me dominaron un tiempo.

Si me hubieseis visto procurando enseñar a Sofía, os habríais reído…, o lo contrario…, porque todo depende de vuestra disposición natural. Al principio encontré una ayuda, que no os imaginaréis cuál fue: las piedras miliarias de la carretera. Compré unos alfabetos compuestos de letras grandes talladas Por separado, en trozos de hueso; para decirle que íbamos a Windsor, le daba estas letras en ese orden, y después, a cada milla, le mostraba otra vez esas mismas letras en ese mismo orden, y apuntaba hacia el sitio real. Otra vez le di las letras del nombre carro, y luego escribí esa palabra con tiza encima del mismo carro. Otras veces fue el nombre de Doctor Marigold, y me colgué del chaleco otra inscripción igual. Las gentes con las que nos cruzábamos se quedaban mirando sorprendidas, y se reían; pero ¿qué me importaba a mí si ella había comprendido la idea? Sofía la comprendió después de mucha paciencia y esfuerzos; pero luego todo marchó como la seda. Al principio tenía tendencia a aplicarme a mí la palabra carro y a creer que el carro era el sitio real; pero esto desapareció muy pronto.

Teníamos también para entendernos ciertos signos, cuyo número era de muchos centenares. En ocasiones se me quedaba mirando, y meditaba profundamente para cambiar ideas conmigo acerca de algún tema nuevo de cómo se las arreglaría para preguntarme lo que quería que yo le explicase?), y en esos momentos tomaba un parecido tan grande (o se me imaginaba a mí; ¿qué más da?) con mi hija, agregándole los años transcurridos, que yo casi llegaba a creer que lo era en efecto, y que procuraba contarme en qué lugar del cielo había estado y lo que había visto desde aquella noche desgraciada en que voló de este mundo. Ahora que nadie corría tras ella para arrastrarla por su brillante cabellera negra, se le había puesto la cara linda, iba peinada y había en sus miradas algo enternecedor que convertía el carro en un lugar de paz y de calma, que no tenía nada de melancólico. (N. B., en el lenguaje de los charlabaratos solemos llamarle *alegría limonera*, calificativo que arranca una carcajada).

Fue realmente maravillosa la manera que tuvo de aprender a entenderme con sólo que la mirase. Cuando yo ven día de noche, ella permanecía sentada en el interior del carro sin que la viesen desde fuera, me clavaba en los ojos su mirada llena de viveza, y me ofrecía inmediatamente el artículo o los artículos exactos que yo quería. Entonces palmoteaba, y lloraba de gozo. En cuanto a mí, viéndola tan alegre, y

recordando lo que era la primera vez que la vi, hambrienta, vapuleada y cubierta de harapos, dormida y recostada contra la rueda fangosa del carro, adquiría tal seguridad en mí mismo que mi reputación se fue haciendo cada vez mayor. Llegué a incluir en mi testamento un legado de cinco libras para Pickleson (poniéndola nombre de El Gigante Viajero de Mim, alias Pickleson).

Esta felicidad reinó dentro del carro hasta que ella tuvo dieciséis años. Por aquel entonces empecé yo a sospechar que no había cumplido con todas mis obligaciones para con ella, y que era necesario que recibiese una educación mejor que la que yo podía proporcionarla. Cuando empecé a explicarle mis pensamientos, hubo muchas lágrimas por ambas partes; pero lo que está bien está bien, y no valen lágrimas ni risas para tergiversarlo.

Puse, pues, en la mía una de sus manos, y me dirigí en su compañía al Instituto de Sordomudos de Londres. Cuando el caballero salió a ver lo que queríamos, le dije:

—Voy a deciros, señor, lo que haré con vos. No soy más que un charlabarato, pero, sin embargo, he ahorrado algo en los últimos años para los malos tiempos. Esta joven es mi única hija adoptiva, y no hay seguramente en vuestro establecimiento otra más sorda ni más muda. Enseñadle todo lo que se le puede enseñar en el más breve espacio de tiempo; decid cuánto va a costarme, pues soy quien pagará ese dinero. No os regatearé, señor, ni un solo ardite, sino que entregaré el dinero ahora y aquí mismo, agregándole además muy contento una libra de propina. ¡Ya está!

El caballero se sonrió, contestándome:

—Muy bien; pero antes he de empezar por ver lo que sabe ya. ¿Cómo os arregláis para comunicaros con ella?

—Se lo hice ver, y ella puso por escrito con letra de imprenta muchos nombres de cosas, etcétera; y mantuvimos entre los dos; es decir, entre Sofía y yo una alegre conversación relativa a cierta pequeña historia de un libro que le mostró, el caballero aquel, y que ella supo leer.

—Es un caso extraordinario —dijo el caballero—. ¿Es posible que no haya tenido otro maestro que vos?

—Yo he sido su único maestro, señor —le contesté—. Aparte de ella misma.

—Entonces es que sois una persona inteligente y buena —me dijo el caballero, y sus palabras me sonaron con mayor agrado que todas las que había escuchado hasta entonces.

El caballero se lo dijo también a Sofía y ésta le besó las manos, palmoteó, y rompió a llorar de contento.

Cuatro entrevistas tuvimos con aquel señor; cuando me tomó el nombre y me preguntó cómo diablos era que me habían puesto de nombre Doctor, resultó que él era sobrino, por parte de la hermana, del mismísimo doctor de quien yo había tomado el nombre. Esto contribuyó a establecer más confianza entre los dos, y me dijo:

—Vamos a ver, Marigold, decidme que más queréis que aprenda vuestra hija adoptiva.

—Yo quisiera, señor, que, teniendo en cuenta sus impedimentos, llegue a establecer con el mundo un contacto tan completo como sea posible, y que pueda, por consiguiente, leer todo lo escrito con absoluta facilidad y placer.

—Mi querido colega —exclama con gran convicción el caballero, abriendo de par en par sus ojos—, ¡ni yo mismo puedo hacer eso!

—Comprendí el chiste, le correspondí con una risa (porque sé por experiencia lo corto que uno se queda sin ella) y rectifiqué mis palabras en consecuencia.

—¿Qué os proponéis hacer de ella más adelante? —pregunta el caballero mirándome con cierta vacilación—. ¿Pensáis que siga acompañándoos en vuestros recorridos?

—Dentro del carro, señor, nada más que dentro del carro. Comprendedme; ella llevará dentro del carro una vida particular. Jamás se me ocurrirá exhibir ante el público sus imperfecciones. No lo haría por todo el dinero del mundo,

El caballero hizo con la cabeza un ademán que parecía de aprobación, y preguntó:

—¿Podéis pasaros sin ella dos años?

—Si es para su bien, desde luego, señor.

—Hay otra dificultad —dice el caballero, volviéndose hacia ella—; ¿podrá ella pasarse dos años alejada de vos?

Ignoro si esta dificultad era mayor en sí misma (porque la anterior era bastante dura para mí), pero lo cierto es que costó mayor trabajo el vencerla. Sin embargo, se logró por último conformarla, y quedó convenida nuestra separación.

No quiero decir de qué manera nos llegó a ella y a mí al alma cuando tuvo lugar la despedida y yo me despedí de ella en la puerta durante un atardecer oscuro. Lo que sé es esto; que acordándome de aquella noche, no podré pasar nunca por delante de aquella institución sin sentir el corazón dolorido y sin que se me atragante la saliva; y que no me sería posible poner a la venta a la vista de la misma mis mejores lotes con mi alegría habitual (no, ni siquiera la escopeta, ni siquiera unas gafas), ni aunque me diesen de premio en la Secretaría de Estado quinientas libras, agregando encima el honor de colocar después mis piernas bajo sus mesas de caoba.

La soledad que entonces reinó en el carro no era, sin embargo, la de otros tiempos, porque tenía puesto plazo, aunque al mirar hacia adelante mereciese muy largo; y también porque siempre que me sentía abatido podía pensar que ella me pertenecía a mí y yo a ella. Haciendo siempre planes para cuando regresase, compré a los pocos meses otro carro, ¿y qué os parece que proyecté hacer en él? Voy a decíroslo. Planeé equiparlo con anaqueles y con libros para que ella leyese, y colocar dentro un asiento donde yo me sentase para verla leer, pensando mientras tanto que yo había sido su primer maestro.

Sin precipitarme demasiado en este trabajo, hice que se instalase todo de manera práctica bajo mi propia dirección: aquí su cama en una cabina con cortinas, allí su mesa de lectura, más allá su mesa de escribir, y por todas partes sus libros en hileras y más hileras, con ilustraciones y sin ellas, encuadernados y sin encuadernar, con

cantos dorados y con cantos sencillos, conforme pude hacerme con ellos en lotes por todo el país, en el Norte y en el Sur, en el Oeste y en el Este, con tiempo favorable y con tiempo desfavorable, aquí, allí y donde menos se piensa, más allá de las colinas, y en los lugares más lejanos. Cuando tuve casi todos los libros que podía contener cómodamente el carro, se me ocurrió un nuevo plan, que, conforme se fue realizando, ocupó mi tiempo y mi atención muchísimo, y me ayudó a pasar los dos años.

Sin ser de carácter avaro, me agrada ser yo el propietario de las cosas. No quisiera, por ejemplo, ir a medias con vos en mi carro de Charlabarato. No porque recele de vos, sino porque me agrada más saber que es sólo mío. De igual manera, es muy probable, que a vos os agradase más saber que es mío. De igual manera, es muy probable que a vos os agradase más el saber que es vuestro. Pues bien: empezó a infiltrárseme en el alma una especie de celos, al pensar en que todos aquellos libros habrían sido leídos ya por otras personas mucho antes que los leyese Sofía. Este hecho parecía como que las despojaba de la propiedad de los mismos. Así es como llegué a plantearme esta pregunta: «¿No podría yo hacer para ella expresamente un libro nuevo, que ella fuese la primera en leer?».

Este pensamiento me agradó; y como yo no fui jamás hombre que dejase dormir un pensamiento (en el negocio del charlabarato no se puede prosperar si no se despierta a toda la familia de pensamientos que lleváis en la cabeza y si no se les queman los gorros de dormir), puse manos a la obra, Teniendo en cuenta que yo viajaba tanto por el país, y que tendría que descubrir en un sitio un personaje literario del que sacar partido, y en otro sitio otro por el estilo, a medida que se presentaban las oportunidades, me decidí por el plan de que el tal libro fuese un lote general variado…, como el de la navaja, la plancha, el cronómetro, los platos de comida, el rodillo de amasar y el espejo… y que no lo ofrecería como único artículo personal, al estilo de las gafas o de la escopeta. Llegado que hube a esta decisión, pasé a otra, que también vais a saber.

Muchas veces había yo lamentado el que ella no me hubiese oído perorar en el estribo del carro, y que no le fuese posible escuchar lo que yo hablaba. No es que yo sea vanidoso, pero a ninguno le gusta meter su propia luz debajo de un cajón. ¿De qué sirve una reputación, si no podéis hacer que comprenda la razón en que se basa vuestra fama la persona a quien más desearíais hacerla apreciar? Escuchad ahora mi oferta. ¿No vale eso seis peniques, cinco, cuatro, tres, dos, un penique, medio, un ardite? No, no lo vale. No vale ni un ardite. Perfectamente; estamos de acuerdo. Decidí por ello dar comienzo a su libro con un relato que se refiriese a mí mismo. De esa manera, al leer en el mismo algunas muestras de lo que yo hablaba encima del estribo, podría ella formarse una idea de mis méritos en ese lugar. Tenía la certeza de que era imposible que yo me hiciese justicia a mí mismo. Un hombre no puede dar con palabras una idea de cómo son sus ojos (yo, por lo menos, no sé hacerlo), ni tampoco puede dar con palabras una idea de su voz, ni del timbre de su charla, ni de la rapidez de su acción, ni de la picardía general de su discurso. Pero sí puede poner

por escrito los giros de su charla, cuando se trata de un orador público (yo he oído incluso que éstos ponen muchas veces por escrito lo que luego van a decir de palabra).

Pues bien: tomada esta resolución, se presenta a renglón seguido la de darle un título al libro. ¿Cómo di yo forma a fuerza de martillo a este hierro al rojo? De esta manera. Lo que mayor dificultad tuve en explicarle a ella fue por qué yo me llamaba Doctor, siendo así que no lo era. A pesar de todo el trabajo que me tomé, estaba convencido de que no había logrado llevar correctamente esa idea a su inteligencia. Confiado en los progresos que realizarla en aquel espacio de dos años, pensé que podía confiar en que lo comprendería cuando lo leyese escrito de mi propia mano. Cuando llegase el caso —pensé—, le soltaría un chiste y observaría si ella captaba el sentido del mismo, porque de ese modo podría ver con seguridad si lo comprendía. Hablamos descubierto el error en que estábamos, cuando ella me pidió que le recetase algo, pues se imaginaba que yo era un doctor, desde el punto de vista médico; por eso pensé: «Si yo le pongo a este libro el título de *Las recetas*, y si ella percibe la idea de que mis recetas están encaminadas únicamente a su solaz e interés (para hacerla reír de un modo agradable, o para hacerla llorar de un modo agradable), eso constituirá para ambos una prueba deliciosa de que hemos superado aquella dificultad».

La cosa resultó de una manera absolutamente perfecta. Cuando ella vio el libro, tal como yo se lo presenté, terminado (impreso y encuadernado), encima de su mesa, dentro del carro, y leyó el título *Las recetas del doctor Marigold*, me miró un instante con asombro, luego pasó rápidamente las hojas, y por último se echó a reír de una manera encantadora, hizo como que se tomaba el pulso, movió la cabeza, y luego simuló leer con la mayor atención sus páginas, me envió un beso con el libro, y se lo puso en el pecho con ambas manos. ¡En mi vida experimenté un placer mayor!

Pero no nos anticipemos. (Esta expresión la he sacado de una gran cantidad de novelas que compré para ella. Jamás abrí las páginas de una sola, y he abierto las de muchas, sin encontrarme con que el autor decía: «Pero no nos anticipemos». Al leer eso, me he preguntado siempre por qué, si no quería anticiparse, se anticipó, o quién le pidió que lo hiciese). Digo, pues, no nos anticipemos. El tal libro me llevó todo el tiempo de que podía disponer después de mi trabajo. No fue cosa de juego el reunir en un lote variado general todos los demás artículos, pero ¿y cuando llegué al mío propio? ¡Sí, señor! Jamás hubiera creído lo que tuve que emborronar, y ligar, ni la paciencia que exigió todo aquello. Es lo mismo que ocurre cuando uno habla desde el estribo del carro. El público no tiene la más remota idea.

Pero el libro quedó por fin hecho, el plazo de dos años siguió el mismo camino que los años precedentes. ¿Quién es el que sabe adónde fueron todos? El carro nuevo estaba terminado…, amarillo por fuera, realzado con bermellón y con aplicaciones de bronce…, se enganchó al mismo el caballo viejo, mientras que otro nuevo y un muchacho atendían al carro del Charlabarato. Me limpié y compuse, y fui a buscarla. Era un día frio, pero alegre; las chimeneas de los carros humeaban, éstos se instalaron

en un sitio apartado de un solar, frente a Wadsworth; podéis verlos desde el Ferrocarril del Sudoeste, cuando no circulan por la carretera. (Mirad desde la ventanilla de la derecha del vagón en el trayecto descendente).

—Marigold —me dice el caballero con un cordial apretón de manos—, me alegro mucho de veros.

—Pues yo, señor —contesté—, tengo mis dudas de que os alegréis de verme ni la mitad de lo que yo me alegro de veros a vos.

—¿Qué, Marigold, nos ha parecido largo el tiempo?

—Mirándolo bien, el plazo no es muy largo, pero…

—¡Qué sorpresa, mi buen colega!

¡Vaya si fue sorpresa! Se había hecho una mujer lindísima, muy inteligente, llena de expresión. Entonces sí que comprendí que era verdaderamente lo que habría sido mi hija, porque de otra manera, al verla en pie y tranquila junto a la puerta, no la habría reconocido.

—Estáis emocionado —me dice el caballero con acento cariñoso.

—Señor, es que veo que no soy sino un hombre rudo con chaleco de mangas.

—Pues yo —dice el caballero—, veo que fuisteis vos el que la levantó desde su miseria y su rebajamiento, poniéndola en comunicación con sus semejantes. Pero ¿por qué hablamos nosotros dos solos, siendo así que podemos conversar perfectamente con ella? Habladle de la manera que lo hacíais.

—¡Es que soy un hombre rudo de chaleco con mangas, señor —le dije—, y ella es una mujer encantadora, y está ahí en la puerta completamente tranquila!

—Probad a que se mueva haciéndole vuestra señal de otros tiempos —dijo el caballero.

¡Lo habían concertado todo entre los dos para darme una sorpresa agradable! Cuando le hice la señal de otros tiempos, ella corrió a echarse a mis pies, se arrodilló levantando hacia mí sus manos y derramando lágrimas de amor y de gozo; cuando la agarré de las manos y la levanté del suelo, me echó los brazos alrededor del cuello, y permaneció así; y yo no sé cuántas tonterías hice, hasta que los tres nos sentamos a charlar sin voz, como si el mundo todo estuviese revestido para nosotros de algo suave y agradable.

Y ahora voy a deciros lo que voy a hacer con vos. Voy a ofreceros un lote variado general, es decir, el libro de Sofía, que jamás lo ha leído nadie sino yo, aumentado y completado por mí, después de haberlo leído ella por vez primera; son en total cuarenta y ocho páginas impresas, noventa y seis columnas, impreso por Whiting, por otro nombre Beauford House, tirado con máquina de vapor, papel de la mejor calidad, hermosas tapas verdes, plegado como la ropa limpia cuando viene de la planchadora, y cosido de una manera tan exquisita, que mirado tan sólo como obra de aguja, es superior al trabajo de muestra de una costurera sometida a un examen de selección, para pasar hambre, delante de los comisarios del Servicio Civil… ¿Y por cuánto lo ofrezco? ¿Os pido por él ocho libras? Menos. ¿Seis libras? Menos. ¿Cuatro? Pues

bien, aunque os parezca mentira, ésa es la cantidad. ¡Cuatro libras!

Sólo el cosido vale eso y la mitad. Son cuarenta y ocho páginas originales, noventa y seis columnas originales, todo por cuatro libras. ¿Queréis más por ese dinero? Pues aún os doy más. Tres páginas completas de anuncios de interés palpitante os agrego gratis. Leedlas y creedlas. ¿Más todavía? Pues ahí van mis mejores votos por que tengáis unas felices Navidades y unos felices Años Nuevos, por vuestra larga vida y por vuestra auténtica prosperidad. Valen veinte libras si os los entregan tal como yo los envío. ¡Recordadlo! Aquí tenéis además una receta final, agregada a todo el resto, «para tomar durante toda la vida», que os contará cómo se quebró el carro, y dónde terminó la jornada. ¿Os parecen muchas cuatro libras? ¿Seguís creyendo que son demasiadas? ¡Ea!, entonces os voy a decir una cosa. Dad pronto por todo cuatro peniques, y no se lo contéis a nadie.

CAPÍTULO II

EL JUICIO POR ASESINATO PARA TOMARLO CON UN GRANO DE SAL

***The Trial for Murder**, 1865*

(Trabajo escrito en colaboración con Charles Allston Collins).

He observado, aun entre las personas de inteligencia y de cultura superiores, una falta general de valor para dar a conocer a los demás sus propias experiencias psicológicas, siempre que éstas han sido de índole extraña. Casi todos los hombres temen que lo que ellos pueden relatar sobre ese tema no encontrará paralelo ni eco en la vida interna del oyente, y que es posible que desconfíen o que se rían de lo que cuentan. Un viajero honrado que cree haber visto algún animal extraordinario que tiene parecido con la serpiente de mar no se recataría de contarlo; pero si ese mismo viajero ha tenido algún presentimiento especial, algún impulso, alguna extravagancia del pensamiento, visión (o lo que se llama visión), sueño, o cualquier otra impresión mental extraordinaria, vacilaría mucho antes de darla a conocer. Yo atribuyo a esta reserva gran parte de la oscuridad que envuelve a estos problemas. No es habitual que comuniquemos nuestras experiencias de estos asuntos subjetivos como lo hacemos con nuestras experiencias de la realidad objetiva. La consecuencia de tal estado de cosas es que el archivo general de experiencias sobre estos asuntos parece excepcional, y lo es realmente, por lo miserablemente imperfecto.

No pretendo con lo que voy a relatar sentar una teoría, ni oponerme a otra, o salir en defensa de ninguna. Conozco la historia del librero de Berlín, he estudiado el caso de la mujer del difunto astrónomo real, tal como la cuenta *sir* David Brewster, y he seguido los más nimios detalles de un caso mucho más notable de ilusión espectral ocurrido dentro del círculo particular de amigos míos. Acaso sea necesario dejar constancia, con relación a este último, de que la paciente (una señora) no estaba ni lo más remotamente emparentada conmigo. Cualquier hipótesis equivocada acerca de este punto podría sugerir una explicación de una parte de mi propio caso (sólo de una parte), que no tendría fundamento alguno. No es posible relacionarlo con ninguna particularidad desarrollada en mí por herencia, ni he tenido nunca con anterioridad ninguna experiencia parecida, ni desde entonces he vuelto a tener ninguna otra del mismo género.

No tiene importancia alguna el número grande o pequeño de años que hace que se cometió en Inglaterra cierto asesinato que atrajo en gran manera la atención. Es

mucho lo que oímos hablar de asesinos a medida que van subiendo, uno tras otro, a su atroz altura en el cadalso, y si estuviese en mi mano, yo sepultaría el recuerdo de aquel bestia de hombre de la misma manera que su cadáver fue sepultado en el presidio de Newgate. Me abstengo deliberadamente de dar ningún dato directo que individualice al criminal.

Al principio de ser descubierto el crimen, no recayó sospecha alguna sobre el hombre que más adelante fue juzgado por el mismo, aunque acaso debiera decir, porque no puedo precisar demasiado los hechos, que en ninguna parte se dio a conocer públicamente que recayese ninguna sospecha sobre él. Como en aquel entonces no se le nombró para nada en los periódicos, es evidentemente imposible que diesen ninguna descripción del mismo. Es esencial que se tenga bien presente este hecho.

Al desdoblar, mientras me desayunaba, el periódico de la mañana que contenía el relato del primer descubrimiento, me pareció profundamente interesante, y lo leí con la mayor atención. Lo leí dos veces, y quizá tres. Se descubrió el crimen en un dormitorio, y cuando dejé el periódico encima de la mesa, tuve la sensación de un relámpago…, de una corriente súbita…, de un torrente…, no sé cómo llamarlo, ni encuentro palabra para describirlo satisfactoriamente…, en donde vi pasar por mi dormitorio aquel otro dormitorio, lo mismo que un cuadro pintado de un modo imposible en un río que corre. Aunque cruzó en un instante, lo vi con toda claridad y detalle; y con la misma claridad y detalle, y con una sensación de ver las cosas en relieve, observé que el cadáver no estaba encima de la cama.

No fue en un lugar romántico donde tuve aquella sensación tan curiosa, sino en unas habitaciones amuebladas, muy próximas a la esquina de Saint James Street. Me era completamente desconocido. En aquel instante me hallaba yo sentado en el sillón, y acompañó a la sensación un estremecimiento especial que hizo mover el sillón de la posición en que estaba. (Pero debe tenerse en cuenta que el sillón se movía fácilmente sobre ruedecitas). Fui a una de las ventanas (la habitación tiene dos, y se encuentra en un segundo piso) para que descansaran mis pupilas con la visión del movimiento que reinaba abajo, en Piccadilly. Era una luminosa mañana de otoño, y la calle centelleaba llena de alegría. Soplaba viento fuerte. En el momento en que yo estaba mirando, trajo arrastrando desde el Parque una gran cantidad de hojas secas, que una ráfaga arremolinó y levantó formando una espiral. Al deshacerse la espiral y dispersarse las hojas, vi en la acera de enfrente a dos hombres que caminaban en dirección de Oeste a Este. Caminaban el uno detrás del otro. El que iba delante miraba muchas veces hacia atrás por encima del hombro. El segundo, le seguía a una distancia de unos treinta pasos, amenazándole con la mano derecha levantada.

En primer lugar, lo extraño y lo serio de aquel gesto de amenaza, en un sitio tan público, me llamó la atención; y en segundo lugar, el detalle aún más extraño de que nadie reparase en ello. Ambos hombres seguían su camino entre los demás transeúntes con una suavidad que parecía estar reñida hasta con la acción de caminar

sobre la acera; y ninguno de los transeúntes que yo alcazaba a ver les abría paso, ni los tocaba, ni se fijaba en ellos. Al cruzar delante de mis ventanas, ambos levantaron su vista y me miraron fijamente. Vi sus dos caras con toda claridad, y me quedó la seguridad de que los reconocería dondequiera que los viese. No porque hubiese observado en ninguno de los dos rostros nada de extraordinario, salvo que el hombre que iba delante tenía un aspecto extraordinariamente repulsivo, y de que la cara del que le seguía era del color de la cera sin purificar.

Soy un solterón, y no hay en mi casa más personal que mi ayuda de cámara y su esposa. Estoy empleado en la sucursal de un Banco, y ojalá que mis obligaciones como jefe de un departamento fuesen de tan poca monta como por lo general se cree. Aquel otoño, y cuando más necesidad tenía de un cambio en mi vida, me obligaron a permanecer en la ciudad. No estaba enfermo, pero tampoco me sentía bien. El lector debe tener máxima cuenta, dentro de lo razonable de aquel estado de desaliento en que yo me encontraba, que la monotonía de mi vida ejercía sobre mí espíritu un efecto deprimente, además de que yo era hasta cierto punto un dispéptico. Un afamado médico me asegura que no hay por qué hacer mayor hincapié en el verdadero estado de mi salud por aquel entonces, y lo que acabo de decir lo he copiado de la contestación que él dio por escrito a una consulta mía.

A medida que fueron desenmarañándose los detalles del asesinato, éste ejerció una fuerza de atracción cada vez mayor en el interés del público, pero yo me desinteresé del asunto, procurando enterarme todo lo menos posible de sus detalles, en medio de aquella excitación general. Supe, sí, que se había pronunciado un veredicto de asesinato voluntario contra el sospechoso de haberlo cometido, y que éste había sido encerrado en Newgate para el juicio público. Me enteré también de que este juicio habla sido aplazado hasta el período siguiente de sesiones del Tribunal central de lo criminal, y que esta resolución se había tomado alegando el prejuicio público contra el acusado y la escasez de tiempo para preparar su defensa. Acaso supe también, si bien creo que no, la fecha en que empezarían a celebrarse las sesiones públicas de ese Tribunal.

Mi cuarto de estar, el dormitorio, y el cuarto de vestir, se hallan en el mismo piso. Este último cuarto no tiene comunicación sino pasando por el dormitorio; aunque, a decir verdad, existe en el mismo una puerta por la que tuvo en tiempos comunicación con la escalera; pero se halla cortado el paso, desde hace varios años, por una parte de las instalaciones de mi cuarto de baño. Desde que se hicieron éstas, se clavó la puerta y se tapó, aplicando encima una lona.

Me hallaba yo cierta noche, a una hora bastante avanzada, en pie en mi dormitorio, dando órdenes a mi criado antes de acostarme. Estaba yo de cara a la única puerta de posible comunicación con el cuarto de vestir, y esa puerta se hallaba cerrada. Mi criado estaba de espaldas a la misma. Mientras yo le hablaba, vi que se abría la puerta, y que un hombre asomaba a ella, y me hacía señal, con gran interés y misterio, de que fuese hacia él. Aquel hombre era el mismo de los dos que yo vi

cruzar por Piccadilly; era el que iba detrás y tenía la cara del color de la cera no purificada.

La figura retrocedió después de hacerme señas, y cerró la puerta. En el tiempo justo que se necesitaba para cruzar mi dormitorio, abrí la puerta del cuarto de vestir, y miré dentro. Tenía yo todavía en la mano una vela encendida. En mi interior no esperaba ver aquella figura dentro del cuarto de vestir; en efecto, no estaba allí.

Dándome cuenta del asombro de mi criado, me volví hacia él y le dije:

—Derrick, ¿me creeríais si os dijese que, estando como estoy sereno, me imaginé ver un…?

Como en ese instante apoyé mi mano en el pecho de mi criado, éste tuvo un súbito sobresalto que le hizo temblar violentamente, y exclamó:

—¡Oh Dios! ¡Sí, señor, sí! ¡Un hombre muerto llamando por señas!

Ahora bien: yo no creo que Juan Derrick, criado leal y afectuoso mío durante más de veinte años, tuviese de ninguna manera la impresión de haber visto aquella figura, hasta que yo le puse la mano en el pecho. Fue tan sorprendente el cambio que se observó en él en se instante de tocarlo que estoy plenamente convencido de que recibió de mí, y de una manera oculta y desconocida, aquella impresión, en el preciso momento.

Pedí a Juan Derrick que trajese coñac, le di un trago, y yo mismo bebí con gusto otro. No le hablé ni una sola palabra de los hechos que habían precedido al fenómeno de aquella noche. Meditando en éste, tuve la certidumbre absoluta de que yo no había visto la cara aquella con anterioridad, salvo cuando la vi en Piccadilly. Comparando la expresión que tenía en el momento de llamarme por señas en la puerta con la del momento en que me miró desde la calle cuando yo estaba en la ventana, llegué a la conclusión de que en la primera vez que la vi se esforzó por hacer que quedase grabada en mi memoria, y que la segunda vez tuvo desde el primer momento la seguridad de que yo la recordé instantáneamente.

No pasé muy a gusto aquella noche, si bien sentía en mi interior la certidumbre, difícil de explicar, de que no volvería aquella visión. A eso del amanecer caí en un profundo sueño, del que me despertó Juan Derrick presentándose junto a mi cama con un papel en la mano.

Según parece, el tal papel había dado motivo a un gran altercado que tuvieron en la puerta mi criado y el que lo traía. Era una citación, para que formase yo parte de un Jurado que funcionaría en las próximas sesiones del Tribunal central de lo criminal que se celebrarían en Old Bailey. Juan Derrick sabía bien que jamás había sido yo nombrado miembro de semejante Jurado. Creía él (y aun hoy no estoy seguro de si estaba o no en lo cierto), que esa clase de jurados solía elegirse por lo regular entre personas de situación menos distinguida que la mía, y por eso se negó al principio a recibir el documento.

El hombre que lo llevó había tomado el asunto con mucha calma, diciendo que le tenía sin cuidado que yo me presentase o no me presentase; que allí quedaba la

citación, y que lo que yo hiciese lo haría a mi propio riesgo, y no al suyo.

Estuve un par de días indeciso entre si debía responder a la citación, o no darme por enterado de la misma. A decir verdad, en esta actitud mía no tenía yo conciencia de que influyesen atracciones o prejuicios misteriosos en un sentido o en otro. Estoy tan seguro de ello como de todas las afirmaciones que dejo aquí estampadas. Finalmente, decidí acudir, considerándolo como una ruptura de la monotonía de mi vida.

La mañana en que estaba citado fue una mañana cruda del mes de noviembre. Piccadilly estaba envuelto en densa niebla oscura, que se convertía en una cosa completamente negra y molesta en alto grado al este de Temple Bar. Los pasillos y las escaleras del edificio del Tribunal lucían su plena iluminación de gas, y lo mismo ocurría en la sala. Creo que no supe que aquel día había de celebrarse la vista de la causa contra el asesino hasta que los funcionarios me llevaron a la sala vieja, y vi que se hallaba atestada de gente. Creo también que yo ignoraba en cuál de las dos salas me correspondería actuar hasta que fui llevado con gran dificultad a la sala vieja. No quiero, sin embargo, que se tome esto como una afirmación terminante, porque yo mismo no creo estar completamente seguro sobre este punto.

Tomé asiento en el lugar que correspondía a los jurados de servicio, y contemplé la sala todo lo que mejor pude a través de la niebla y el vaho de su pesada atmósfera. Me fijé en que los negros vapores colgaban en la parte de afuera de las grandes ventanas igual que cortinas oscuras, y en que el ruido de las ruedas de los carruajes parecía amortiguado por la paja o serrín con que se había acolchado la calle; de la muchedumbre allí reunida subía un sordo rumor, rasgado de cuando en cuando por un agudo silbido, o por una llamada más ruidosa que la conversación general. Entraron poco después los jueces, que eran dos, y ocuparon sus asientos. El runruneo de la sala se apagó de una manera impresionante, cuando se dio la orden de que el asesino fuese traído al banquillo. Apareció allí, y en el instante mismo reconocí en él al hombre que caminaba delante por Piccadilly.

No sé si, de haberme llamado al leer la lista en aquel instante, habría sido yo capaz de contestar en voz perceptible. Pero nombraron antes que a mí a siete u ocho jurados, y para cuando llegó mi turno pude contestar:

—¡Presente!

Y ahora, préstese atención a lo que voy a decir. En el momento de entrar yo al espacio reservado a los jurados, el preso, que observaba todo con gran atención, pero sin dar señales de estar preocupado, experimentó una excitación violenta, y llamó por señas a su procurador. Era tan evidente el deseo del acusado de rechazar mi nombramiento, que dio lugar a un compás de espera, durante el cual el abogado, con la mano apoyada en la barra, cuchicheó con su defendido moviendo negativamente la cabeza. Supe más adelante de boca de este caballero que las primeras palabras que le dijo el preso, lleno de susto, fueron:

—¡Rechazad a ese hombre a toda costa!

Pero como no le dio razón alguna para hacerlo, y reconoció que no me conocía ni de nombre hasta que cantaron el mío, no dio semejante paso.

Por las razones que acabo de exponer, porque deseo evitar el dar nueva celebridad insana al nombre de aquel asesino, y también porque un relato detallado de la prolongada vista no es en modo alguno indispensable para mi narración, me limitaré exclusivamente a los incidentes que se produjeron en el transcurso de los diez días con sus noches durante los cuales nosotros, los miembros del Jurado, tuvimos que permanecer reunidos, y que tengan influencia directa en mi propia y curiosa experiencia personal. En ésta, y no en la persona del asesino, busco yo interesar al lector. Es hacia ésta, y no hacia una página del calendario de Newgate, hacia la que suplico su atención.

Fui elegido presidente del Jurado. En la segunda mañana de la vista de la causa, cuando llevaban dos horas desfilando los testigos (oí dar la hora en los relojes de la iglesia), se me ocurrió echar un vistazo por encima a los demás jurados, y encontré una dificultad inexplicable en contarlos. Hice varias veces el recuento, y siempre tropezaba con la misma dificultad. Para decirlo de una vez, siempre me resultaba uno de más.

Toqué con mi mano al compañero más próximo al lugar en que me encontraba, y le dije en voz baja:

—Tened la bondad de recontarnos.

Mi petición le sorprendió, pero volvió la cabeza e hizo el recuento, exclamando de pronto:

—¿Pero cómo? ¡Si somos trece! Pero no, no es posible. No. Somos doce.

Según los recuentos que hice aquel día, éramos los justos contados en detalle, pero tomados en bloque éramos siempre uno más. No es que hubiese allí una visión, una figura que originase aquel error; sin embargo, yo tenía un barrunto interior de que con toda seguridad iba a presentarse la figura aquella.

Nos alojaron a los miembros del Jurado en la Taberna de Londres. Dormíamos todos en un gran salón y en camas a igual distancia unas de otras; un funcionario cuidaba constantemente de nosotros velando por nuestra seguridad. No veo razón alguna para no dar aquí el verdadero nombre de ese funcionario. Era un hombre inteligente, muy cortés y atento, y muy respetado en la City (noticia ésta que me fue muy agradable). Físicamente era de apariencia simpática, ojos bondadosos, bigote negro envidiable y voz delicada y sonora. Se llamaba señor Harker.

Por la noche, al acostarnos nosotros, el señor Harker cruzaba su cama delante de la puerta. Al llegar la noche del segundo día, y no sentir yo deseos de ir a la cama, viendo al señor Harker sentado en la suya, me acerqué y me senté a su lado, ofreciéndole una dedada de rapé. Al tocar la cajita, el señor Harker me tocó a mí, y en el acto recorrió todo su cuerpo un estremecimiento, y preguntó:

—¿Quién es ése?

Siguiendo la dirección de los ojos del señor Harker y mirando por el salón, vi de

nuevo la figura que yo esperaba…, la del segundo de los hombres que había cruzado por Piccadilly abajo. Me levanté y di unos cuantos pasos; luego me detuve, y me volví a mirar al señor Harker. Estaba muy despreocupado, riéndose; y me dijo en tono de broma:

—Por un momento creí que teníamos un jurado más, el número trece, aunque sin cama. Pero ya comprendo que fue la luz de la luna lo que me equivocó.

Sin revelar nada al señor Harker, lo invité a que viniese paseando conmigo hasta el otro extremo del salón y entre tanto vigilé lo que hacía aquella figura. Se detenía unos instantes junto a la cabecera de la cama de los once jurados compañeros míos. Iba siempre a colocarse en el lado derecho de la cama, y pasaba siempre de una cama a otra cruzando el pie. A juzgar por la expresión de su cabeza, no hacía nada más sino mirar con fijeza a cada una de las figuras yacentes. No se fijó en mí, ni en mi cama, que era la más próxima a la del señor Harker. Pareció como si hubiese desaparecido por el lugar en que penetraba dentro del salón la luz de la luna, formando un tramo de una escalera aérea.

A la mañana siguiente, cuando nos desayunamos, resultó que todos los allí presentes habían soñado con la víctima, a excepción de mí y del señor Harker.

Para entonces estaba yo tan convencido de que el segundo de los hombres que cruzaron por Piccadilly era el asesinado (es un modo de hablar), como si me lo hubiese dicho él mismo. Pero también esto tuvo lugar de una manera para la cual no estaba yo preparado.

El quinto día de la vista, cuando el fiscal estaba a punto de dar por terminada su intervención, se exhibió como prueba una miniatura del asesinado, cuya falta fue advertida en el dormitorio cuando se descubrió el crimen; esa miniatura fue encontrada con posterioridad en un sitio en el que se había visto hacer excavaciones al asesino.

Una vez que la tal miniatura fue reconocida por el testigo al que estaban interrogando, fue entregada a los jueces, y después pasó de manos de éstos para ser inspeccionada por los miembros del Jurado. En el momento en que un funcionario con toga negra cruzaba por la sala en dirección hacia mí, la figura del segundo hombre que había cruzado por Piccadilly surgió impetuosamente de entre la concurrencia, agarró la miniatura de manos del oficial, y me la dio con sus propias manos, diciendo al mismo tiempo con voz profunda y hueca (antes que yo pudiese examinar la miniatura, que estaba encerrada en un guardapelo): «Entonces era yo más jo_ ven, y no tenía la cara exangüe».

La figura fue interponiéndose primero entre yo y el jurado al que entregué la miniatura, y después entre todos los demás, a medida que ésta pasaba de mano en mano, hasta que volvió a poder mío. Sin embargo, ninguno de ellos la vio.

Como es natural, desde el primer momento discutíamos en la mesa, y por regla general siempre que nos tenían encerrados bajo la custodia del señor Harker, todo lo ocurrido en la vista durante el día. Aquel quinto día, como había terminado la

intervención del fiscal, y teníamos ante nuestra vista una visión completa de aquel aspecto de la cuestión, nuestra discusión fue más animada y más seria. Formaba parte del Jurado un sacristán (el más amazacotado idiota que he visto en mi vida), y este individuo oponía a las pruebas más evidentes una serie de Objeciones absurdas; dos fofos parásitos parroquiales se ponían siempre de su lado; estos tres personajes habían sido insaculados en un distrito en que reinaban siempre de tal manera las fiebres, que más que en el banco del Jurado debieran haber estado en el banquillo para responder de quinientos asesinatos suyos por negligencia suya. Cuando estos malignos cabezotas gritaban más, que solía ser hacia medianoche, momento en el que ya algunos de nosotros nos preparábamos para acostarnos, vi otra vez al asesinado. Estaba erguido detrás de ellos con expresión de desagrado, y me hacía señas a mí. Fui hacia aquellos tres individuos, me metí en su conversación y la figura se retiró inmediatamente. Fue ésta la primera de una serie de apariciones separadas, que tuvieron por escenario el gran salón en que estábamos confinados. En cuanto un grupo de jurados juntaba sus cabezas, veía yo entre ellas la del hombre asesinado. Siempre que de la comparación de notas hechas por los distintos jurados surgía algo contrario a él, me llamaba de una manera solemne e irresistible para que me acercase.

Téngase presente que yo no había visto nunca la visión en la sala hasta que en el transcurso de la sesión del quinto día se exhibió la miniatura. Cuando se entró en la presentación de testigos y pruebas de descargo, ocurrieron tres incidentes, Mencionaré en primer lugar dos de ellos. La visión permanecía para entonces constantemente en la sala, pero no se dirigía nunca a mí, sino que lo hacía siempre a la persona que estaba declarando en aquel momento. Por ejemplo: se encontró el cadáver del asesinado con un tajo que le seccionaba la garganta de parte a parte. Cuando el defensor inició la presentación de pruebas como base de su defensa, alguien apuntó que acaso el muerto se había dado él mismo aquel tajo. En el instante de decir esto, la figura, mostrando el cuello en la terrible situación descrita (y que ella misma había mantenido oculto hasta ahora), se irguió a un lado del declarante, accionando tan pronto con la mano derecha como con la izquierda, como si se estuviese seccionando la garganta, dándole a entender con gran energía la imposibilidad de que él mismo hubiera podido infligirse herida semejante con ninguna de las dos manos. Otro ejemplo: un testigo que había de declarar sobre la condición moral del acusado. Era una mujer, y dijo que era el hombre más bondadoso del mundo. En aquel instante la figura se plantó delante de ella, la miró fijamente a la cara y extendió el brazo señalando con el índice la siniestra expresión de la cara del acusado.

El tercer incidente que tengo que agregar me impresionó de una manera profunda, y fue el más destacado y sorprendente. Yo no adelanto ninguna teoría sobre el particular. Me limito a narrarlo fielmente, dejando constancia del mismo. Aunque la aparición no se hacía visible a las personas aquellas a quienes se dirigía, el acercarse a ellas iba seguido invariablemente de un estremecimiento y turbación de las mismas.

Me pareció como si unas leyes a las que yo no me veía sujeto le impidiesen manifestarse por completo a los demás; pero que, a pesar de todo, podía ensombrecer de una manera invisible, sin palabras, misteriosamente, sus inteligencias.

Cuando el primer defensor apuntó la hipótesis del suicidio, y la figura se irguió a un lado del docto caballero, haciendo mención de aserrar, como para cortarse el cuello, la voz de dicho abogado experimentó una vacilación, perdió durante algunos segundos el hilo de su ingenioso razonamiento, se enjugó la frente con el pañuelo y se puso muy pálido, Cuando la testigo de la condición moral del acusado se vio enfrentada por la aparición, sus ojos siguieron sin duda alguna la dirección del dedo índice de aquélla, y se detuvieron, en medio de una gran inseguridad y turbación, en la cara del acusado.

Bastará con dos ejemplos adicionales. El octavo día de la vista, después de la interrupción que se nacía todos los días a primera hora de la tarde para descansar unos minutos y tomar algún refrigerio, regresé a la sala con los demás jurados, un poco antes que hiciesen acto de presencia los jueces. En pie en el espacio reservado a los jurados, miré a mi alrededor, y me pareció que la figura no estaba allí; pero al levantar casualmente la vista hacia la galería, la vi inclinada hacia adelante, apoyándose en una mujer muy bien vestida, como para comprobar si los jueces habían vuelto o no a sus asientos. Casi en seguida, aquella mujer lanzó un chillido, se desmayó, y tuvo que ser sacada de la sala. Lo mismo le ocurrió al venerable, inteligente y calmoso juez que presidía la vista de la causa. Cuando ésta llegó a su término y él se preparó y preparó sus papeles para resumirla, el asesinado, entrando por la puerta de los jueces, avanzó hasta el pupitre de su señoría y miró con gran avidez por encima de su hombro las hojas en que aquél tenía sus notas, a medida que las iba volviendo, De pronto, la cara de su señoría sufrió un cambio; su mano se detuvo, el estremecimiento que yo conocía muy bien recorrió su cuerpo y balbució:

—Caballeros, perdonadme unos momentos. Esta atmósfera viciada ha hecho que me sienta como ahogado —y no se recobró hasta beber un vaso de agua.

A través de la monotonía de seis de aquellos diez días interminables, con los mismos jueces y ayudantes suyos en la presidencia, el mismo asesino en el banquillo, los mismos abogados en la mesa, las mismas reflexiones de preguntas y respuestas elevándose hacia el techo de la sala, el mismo rasguear de la pluma del juez, los mismos ujieres entrando y saliendo, las mismas luces encendidas a la misma hora, cuando ya no se disponía de la luz natural, la misma cortina de niebla en la parte de fuera de las grandes ventanas cuando el día cataba brumoso, el mismo tamborileo y gotear de la lluvia cuando estaba lluvioso, las mismas huellas de los pies de los carceleros y del preso, un día tras otro, sobre la capa de serrín, las mismas llaves cerrando y abriendo las mismas macizas puertas…, a través de toda la fatigosa monotonía que llego a producirme la sensación de estar presidiendo el Jurado durante un período larguísimo de tiempo, haciendo a Piccadilly contemporáneo de Babilonia, el hombre asesinado no perdió ante mis ojos nada de la claridad de su imagen, ni fue

para mí su figura menos visible que las de todas las demás personas.

No debo omitir, porque se trata de un hecho real, que no vi jamás que la aparición a la cual vengo llamando el hombre asesinado mirase al asesino. Yo me preguntaba con insistencia: «¿Por qué no le mira?». Pero el hecho es que nunca le miró.

Tampoco me miró a mí desde que fue presentada la miniatura, hasta los últimos minutos de la vista de la causa. Nos retiramos para deliberar a las diez menos siete minutos de la noche. El idiota del miembro de la Junta parroquial y sus dos parásitos pos dieron tanto trabajo, que nos vimos obligados a volver por dos veces a la sala para pedir que se nos leyesen de nuevo algunos extractos de las notas del juez. Nueve de nosotros no teníamos la más pequeña duda acerca de aquellos pasajes; creo que tampoco la tenía nadie de los que se encontraban en la sala; precisamente por esa razón las ponían en tela de juicio aquellos tres badulaques, porque su propósito era únicamente el de entorpecer. Por último prevaleció nuestra opinión, y el Jurado regresó a la sala a las doce y diez minutos.

En aquel momento el hombre asesinado se erguía enfrente mismo de la del Jurado, al otro extremo de la sala, Al colocarme en mi sitio, su mirada se clavó en mí con profunda atención; parecía satisfecho, y agitó poco a poco un gran velo gris que llevaba por vez primera al brazo, sobre la cabeza y enmarcando toda su figura, En el momento en que di el veredicto de «culpable», el velo cayó, desapareció todo. El lugar donde él estaba quedó vacío.

El asesino, cuando el juez le preguntó, según es costumbre, si tenía que manifestar algo antes que se le impusiese la pena de muerte, farfulló confusamente algo que los periódicos principales de la mañana del día siguiente describieron como «algunas frases vagas, incoherentes y apenas perceptibles, en las que pareció lamentarse de no haber sido juzgado con imparcialidad, porque el presidente del Jurado estaba predispuesto en contra suya». La notable declaración que hizo, en realidad, fue ésta:

—Señoría, yo sabía que estaba condenado desde que el presidente del Jurado entró en la tribuna, Señoría, estaba seguro de que él no consentiría que yo fuese absuelto, porque, aun antes que me metiesen en la cárcel, llegó, yo no sé cómo, durante la noche hasta cerca de mi cama, me despertó y me rodeó el cuello con un dogal.

CAPÍTULO III

PARA TOMARLO DURANTE TODA LA VIDA

Yo estaba tan satisfecho y tan orgulloso como un perrillo faldero con el hocico sombreado con lápiz de plomo para presentarse en una fiesta nocturna y la cola con rizos extras artificiales. ¡Tan completo había sido el éxito de mi plan en todos sus detalles! Aquella nueva vida en común sobrepasaba a todo cuanto habíamos esperado conseguir. La alegría, y el contento iban en nosotros mientras giraban las ruedas de nuestros dos carros, y se detuvieron al mismo tiempo que nosotros cuando los dos carros cesaron de rodar.

Pero yo labia dejado algo fuera de mis cálculos. ¿Qué es lo que yo había calculado? Para ayudaros a que lo adivinéis diré una cifra. ¡Ea! Adivinad y acertad. ¿Cero? No. ¿Nueve? No. ¿Ocho? No. ¿Siete? No. ¿Seis? No. ¿Cinco? No. ¿Cuatro? No. ¿Tres? No. ¿Dos? No. ¿Uno? No. Y ahora vais a ver lo que hago yo con vosotros. Nombraré otra clase de cifra completamente diferente. ¡Vamos a ver! «¿Qué me preguntáis, se trata de algo mortal?». No, no se trata de nada mortal. Con recursos como ése se os acorrala en un rincón, y entonces no podéis por menos que adivinar que se trata de algo inmortal. Eso es lo que ocurre. ¿Por qué no lo dijisteis antes?

Sí, yo había dejado fuera de mis cálculos una figura inmortal. No era, la de un hombre ni la de una mujer, sino la de una criatura. ¿Niña o niño? Niño, «Yo —dice el gorrión— con mi arco y mi flecha». Y ahora creo que lo habréis comprendido.

Nos encontrábamos en Lancaster; yo había hecho durante dos noches un negocio más que regular (aunque honradamente no puedo recomendar al público aquel como público fácil) en la plaza abierta que hay hacia el final de la calle en que se levantan El Escudo Real y el hotel Real del Señor Sly. Sucedió que el gigante ambulante de Mim, alias Pickleson, estaba en aquel entonces probando suerte en la misma ciudad. Para entonces había adoptado un atuendo elegante. Nada de carromato. Para ver a Pickleson en la sala de subastas se pasaba por una alcoba de bayeta verde. Un cartelón impreso que decía: «Suspendidas las entradas gratuitas, sin más excepción que las de la prensa libre, orgullo máximo de un país ilustrado. Tarifa especial, por acuerdo privado, para las escuelas. No hay nada que pueda sonrojar las mejillas de la juventud ni desagradar al más exigente».

A pesar de este cartelón Mim lanzaba los más horribles y terroríficos juramentos desde su taquilla de percal rosado, viendo lo reacio que se mostraba el público. Había repartido por las tiendas prospectos de mano redactados en forma muy seria, asegurando que era totalmente imposible llegar a una exacta comprensión de la historia de David, sin ver antes al gigante Pickleson.

Fui al salón de subastas en cuestión y me lo encontré completamente vacío de todo lo que no fuese el eco y la humedad, con la única excepción de Pickleson ataviado con una tela de droguete encarnada. Aquello era lo que yo buscaba, porque iba con la intención de tener unas palabras confidenciales y secretas con él. Éstas fueron:

—Pickleson. Como os soy deudor de una gran felicidad, os dejo en mi testamento una manda de cinco libras; pero, para evitar engorros, aquí tenéis cuatro libras y media, que a vos os harán el mismo servicio, y demos de ese modo por realizada la transacción.

Pickleson, que hasta oír aquellas palabras, presentaba la abatida expresión de una cerilla romana que no hay manera de encender, se alegró hasta su más alta extremidad y me dio las gracias de una manera que equivalía en él a la elocuencia parlamentaria. Agregó además que, como ya no atraía gente en su Papel de romano, Mim le había propuesto que adoptase el de un gigante indio convertido gracias a las explicaciones de la Hija del Lechero. Pero como Pickleson no estaba enterado del librito que lleva por título el nombre de esa joven, y no quería mezclar camelos con sus ideales formales, rehusó, lo que dio ocasión a que hubiese entre ellos palabras agresivas y a que Mim cortase al desdichado joven el suministro de cerveza; mientras celebrábamos la entrevista, se vio confirmado todo aquello por los feroces ladridos que lanzaba Mim en la planta baja, metido en su taquilla, ladridos que hacían estremecer al gigante igual que una hoja.

Pero lo que de las palabras del gigante ambulante, alias Pickleson, hace al caso es lo siguiente:

—Doctor Marigold —cito sus palabras aunque sin la esperanza de que reflejen toda la flojedad del gigante—. ¿Quién es ese joven desconocido que merodea, alrededor de vuestros carros?

—¿El joven desconocido? —le contesto, creyendo que hablaba de ella y que la languidez de su circulación sanguínea le había hecho equivocar el artículo.

—Doctor —me contesta él con un patetismo capaz de arrancar lágrimas al hombre más varonil—, yo soy débil; pero no tanto que no comprenda el alcance de mis palabras. Las repito, Doctor. El joven desconocido.

Se puso entonces en claro que Pickleson, para estirar las piernas (aunque no lo necesitaban), tenía que salir de cuando en cuando en los momentos en que no podían verlo gratis; es decir, a altas horas de la noche, más bien cerca ya del alba, y que con tal motivo había visto en dos ocasiones y en aquella misma ciudad de Lancaster, en la que yo sólo llevaba dos noches, a ese joven desconocido que rondaba alrededor de mis carros.

Esta noticia me puso fuera de mí. Yo no podía prever, ni tampoco lo puede prever el lector, lo que significaba en cuanto a sus detalles; pero me puso fuera de mí. De todos modos, hice ver a Pickleson que no le daba importancia, y me despedí de él, aconsejándole que gastase su legado en fortalecerse y en mantenerse siempre fiel a su

religión. Al llegar la mañana, me puse en acecho para descubrir al joven desconocido, y lo que es más, lo vi. Era un joven bien vestido y de buena apariencia. Iba y venía muy cerca de los carros mirándolos como quien está al cuidado de ellos; poco después de amanecer dio media vuelta y se marchó. Yo lo llamé con un grito, pero él no se dio por enterado ni se volvió, ni dio la menor señal de haberlo oído.

Una o dos horas después salimos de Lancaster en dirección a Carlisle. A la mañana siguiente al alborear el día, volví a ponerme en acecho, pero el joven no apareció. Al otro día repetí la operación, y allí estaba el joven. Le di otro grito, pero tampoco esta vez mostró señal alguna de que le hubiese producido el menor efecto. Entonces surgió en mi cabeza una idea. Movido por ella lo estuve mirando de distintas maneras y en distintos momentos que no hace falta entrar a detallar, acabando por descubrir que el joven desconocido era sordomudo.

Aquel descubrimiento me conmovió hasta lo más profundo de mi ser, porque yo sabía que una parte del colegio en que ella había estado se hallaba dedicado a la enseñanza da varones (algunos de familias ricas), y yo pensé para mis adentros:

«¿Qué va a ser de mí si ella le corresponde? ¿En qué va a parar todo lo que yo he trabajado y proyectado para ella?».

Debo confesar mi egoísmo; me puse a trabajar para poner las cosas en claro, animado de la esperanza de que ella no le correspondiese. La casualidad me hizo presenciar una reunión que tuvieron los dos al aire libre y de la, que yo fui testigo, escondido detrás de un abeto sin que ellos lo supiesen.

Fue una entrevista emocionante para las tres partes interesadas. Yo comprendía tan bien como ellos hasta la última sílaba de lo que hablaban. Oí con mis ojos, que habían llegado a ser tan rápidos y exactos en la conversación con sordomudos, como lo eran mis oídos en la conversación con personas que vocalizan. El joven iba a marchar a la China como empleado de una casa comercial, como lo había hecho antes que él su padre. Se hallaba en situación de poder mantener una esposa y quería que ella se casase con él y lo acompañase al punto de destino. Ella insistía en que no. Él le preguntó si no le amaba. Sí; le amaba de, todo corazón; pero le era imposible defraudar las esperanzas de un padre querido, bueno, noble, generoso y yo no sé cuántas cosas más, y ese padre era yo, el Charlabarato de chaleco con mangas, y ella no se apartaría del padre, ¡al que Dios bendiga!, aunque se le desgarrase el alma. Luego lloré amargamente, y esto hizo que yo tomase mi resolución.

Mientras no supe de cierto que ella correspondía al amor del joven, sentí casi rencor contra Pickleson, pensando que podía felicitarse de haber cobrado su manda. Pensaba muchas veces que si no hubiese sido por aquel gigante tan simple, yo no andaría quebrándome la cabeza y atormentándome el alma a propósito de aquel joven. Pero, desde que supe que ella le amaba (es decir, desde que la vi llorar por él) variaron las cosas. En el acto me reconcilié mentalmente con Pickleson y me puse con toda mi alma a realizar lo que correspondía para bien de todos.

Para cuando tomé esta resolución ya Sofía se había apartado del joven (porque yo

necesité algunos minutos para reunir todas mis energías), y el joven, por su parte, estaba apoyado en otro abeto, porque esos árboles formaban allí un bosquecillo; tenía la cara descansando encima del brazo. Yo le toqué en la espalda, Al levantar la cabeza y verme, dijo en el lenguaje de los sordomudos.

—No os enojéis,

—No estoy enojado, joven. Soy vuestro amigo; acompañadme.

Lo dejé al pie de los escalones del carro-biblioteca y subí yo solo a éste. Sofía se estaba enjugando los ojos.

—Estabas llorando, hija mía…

—Sí, padre.

—¿Por qué?

—Un dolor de cabeza.

—¿De cabeza o de corazón?

—He dicho de cabeza, padre.

—Doctor Marigold dará la receta para ese dolor de cabeza.

Sofía cogió mi libro titulado de recetas, y me lo mostró con sonrisa forzada; pero al ver que yo me mantenía callado y serio, volvió a dejarlo donde estaba y me miró con ojos muy atentos.

—No está ahí la receta, Sofía,

—¿Dónde está, pues?

—Aquí, hija mía.

Entonces hice pasar a su joven esposo, puse su mano en la de él y no les dije otras palabras que éstas:

—Ultima receta del doctor Marigold, Para tomarlo durante toda la vida. Dicho esto, me largué de allí.

Cuando llegó el día de la boda me puse por primera y última vez en todos los días de mi vida un *frac* (azul, con botones metálicos) e hice con mi propia mano la entrega de Sofía. No hubo en la ceremonia más que nosotros tres y el caballero que la había educado a ella durante dos años. Di el banquete de boda para cuatro cubiertos en el carro-biblioteca. Pastel de pichones, pierna de cerdo adobada, un par de pollos y una cantidad conveniente de verduras y frutas variadas. Bebida de lo mejor de todo. Les hice un discurso, el caballero nos hizo otro, soltamos nuestros chistes y todo marchó igual que un cohete.

En el curso de aquella fiesta le dije a Sofía que pensaba conservar el carro-biblioteca para vivienda mía cuando no estuviese haciendo mis recorridos y que le guardaría todos sus libros tal como estaban, hasta que regresase para reclamarlos. Partió, pues, para la China en compañía de su joven esposo, y fue la nuestra una despedida dolorosa y llena de pesar; destiné a otro servicio al muchacho que yo tenía y volví a recorrer las carreteras, solitario, con mi látigo al hombro; caminando a la par de la cabeza del caballo lo mismo que en mis tiempos antiguos, antes que muriese mi hija y mi mujer.

Sofía me escribió muchas cartas y yo se las escribí a ella. Hacia finales del primer año, me envió una con letra insegura, que decía: «Queridísimo padre: Aún no hace una semana que he tenido una niña encantadora; pero me encuentro tan bien que me han dado permiso para escribiros estas líneas. Padre, el mejor y más querido, confío en que mi hija no sea sordomuda, pero todavía no puedo saberlo». Cuando le contesté, hice en mi carta una alusión a esa circunstancia, pero como Sofía no me contestó nunca a esa pregunta, me pareció que la respuesta sería triste, y no volví jamás a insistir.

Durante largo tiempo mantuvimos correspondencia con toda regularidad; pero posteriormente ya no fue así, porque el marido de Sofía fue trasladado a otro lugar y yo andaba siempre de aquí para allá. Pero ambos pensábamos el uno en el otro, y de esto estaba yo bien seguro, con cartas o sin cartas.

Habían transcurrido cinco años y algunos meses desde que Sofía se había marchado. Yo seguía siendo el rey de los charlabaratos y mi popularidad era mayor que nunca. Esto me había valido un otoño de primera clase, y el día 23 de diciembre del año 1864 me encontré en Uxbridge Middlesiex con que había vendido todo cuanto llevaba. En vista de lo cual emprendí camino de regreso a Londres con mi viejo caballo, sin carga y alegre, para pasar la Nochebuena y la Navidad a solas junto a la estufa del carro-biblioteca, pensando comprar luego una nueva provisión de toda clase de mercancías para venderlas y convertirlas en dinero.

Soy un excelente cocinero y voy a deciros lo que preparé para mi cena de Nochebuena en el carro-biblioteca: preparé un budín de bistec para uno, con dos riñones, una docena de ostras y un par de setas para completar el guiso. Con todo eso se prepara un budín como para que quien lo come lo vea todo de color de rosa, menos los dos botones inferiores de su chaleco. Después de saborear aquel Plato y de levantar los manteles, puse la lámpara a muy poca luz y me senté al amor de la lumbre, viendo cómo sus reflejos brillaban en el lomo de los libros de Sofía.

Los libros de Sofía evocaron con tal viveza su imagen, que me pareció estar viendo con toda claridad su querido rostro; luego me quedé un poco traspuesto, junto al fuego. Acaso sea ésta la razón de que durante mi siestecita me pareciese que Sofía estaba a grandes apretones, formando un solo grupo, sin conseguir dominar aquella primera emoción. Y cuando empezamos a dominarla y vi que la niña hablaba, alegre, rápida, emocionada y activa a su madre, empleando los mismos signos que yo le había enseñado a ésta, por mis mejillas rodaron en abundancia lágrimas de felicidad, que tenían algo de compasión.

EL EMPALME FERROVIARIO DE MUGBY

***Mugby Junction**, 1866*

(Trabajo escrito en colaboración con Andrew Halliday, Hesba Stretton, Charles Allston Collins y Amelia Edwards)

CAPÍTULO PRIMERO

BARBOX HERMANOS

I

—¡Conductor! ¿Qué estación es ésta?

—El Empalme de Mugby, señor.

—¡Sí que es lugar ventoso!

—Casi todo el año, señor.

—¡Y parece de lo más desapacible!

—Casi siempre lo es, señor.

—¿Sigue la noche lluviosa?

—Diluvia, señor.

—Abrid la portezuela, voy a bajar al andén.

—Disponéis, señor, sólo de tres minutos —dijo el conductor, reluciente de gotas de agua y mirando la esfera llorosa de su reloj a la luz de su linterna mientras el viajero bajaba del tren.

—Me parece que dispongo de más…, porque no sigo el viaje.

—Creí que llevabais billete para más lejos.

—*Lo* llevo, pero sacrificaré lo que me sobra. Quiero mi equipaje.

—Tened la bondad de acompañarme al furgón e indicadme cuál es y procurad verlo en seguida, señor, porque no tenemos un instante que perder.

El conductor corrió hacia el furgón de equipaje, y el viajero corrió detrás del conductor. Éste se metió dentro, y el viajero miró dentro, sin meterse.

—Aquellas dos grandes maletas negras que hay en el rincón alumbrado ahora por vuestra linterna. Ésas son las mías.

—¿A nombre de quién, señor?

—Barbox Hermanos.

—Haceos a un lado, por favor. Una, dos. ¡Listo!

La linterna ondea. Las luces de señales que hay más adelante cambian de color. La locomotora lanza un chillido. Se fue el tren.

—Empalme de Mugby, a las tres pasadas de una madrugada tempestuosa. ¡Perfectamente! —dijo el viajero embozándose bien la garganta, utilizando sus dos manos, con la bufanda de lana.

Hablaba consigo mismo. No había nadie más a quien hablar. Es posible que aunque hubiese habido alguien más con quien hablar, hubiese preferido hablar consigo mismo. Al hablar consigo mismo, hablaba con un hombre que andaría cinco años por debajo o por encima de los cincuenta y que tenía, prematuramente los cabellos grises, igual que fuego que nadie se ha cuidado de atizar; un hombre de hábitos reflexivos; porte de la cabeza, caviloso, y voz interior, reprimida; un hombre que mostraba muchos síntomas de haber vivido mucho tiempo solitario.

Permaneció en el triste andén sin que nadie, salvo la lluvia y el viento, reparase en

su persona. Estos dos asaltantes al acecho se precipitaron sobre él.

—Muy bien —dijo el hombre, cediendo al ataque—. Poco significa para mí hacia qué punto vuelvo la cara.

Y por eso, en el Empalme de Mugby, A las tres de una madrugada tempestuosa, el viajero se dirigió hacia donde el tiempo lo empujaba.

Y, al decir esto, no queremos decir que el viajero no pudiese hacer alto donde quisiese, porque al llegar al extremo de la marquesina (que en el Empalme de Mugby es de gran extensión) y dirigir su vista hacia la lóbrega noche por la que pasaba la tormenta, abriéndose violento camino con sus alas animadas de un espíritu todavía más lóbrego, se encaró con ella y caminó con tanta energía en la dirección difícil como había caminado en la dirección más cómoda. De esta manera, y con paso firme, el viajero paseó arriba y abajo, arriba y abajo, arriba y abajo sin buscar nada, pero encontrándolo.

Este Empalme de Mugby es en las negras horas de las cuatro y veinte un lugar repleto de siluetas sombrías. Misteriosos trenes de mercancías, cubiertos con toldos mortuorios y que se deslizan como inmensos y fantásticos cortejos fúnebres, alejándose con sensación de culpabilidad de la presencia de unos cuantos faroles encendidos, igual que si la carga que llevan hubiese llegado a un término de destino sigiloso e ilegal. Medias millas de carbón que avanzan al modo de los detectives, siguiendo cuando los perseguidos avanzan, deteniéndose cuando ellos se detienen, retrocediendo cuando ellos retroceden. Lluvia de brasas encendidas sobre el suelo, a lo largo de esta negra avenida y a lo largo de la otra, como si estuviesen atizando las hogueras del tormento; y todo ello acompañado de alaridos, gruñidos y rozamientos que hacen retemblar el tímpano, como si los atormentados estuviesen en el punto culminante de su tortura. Jaulas con barrotes de hierro llenas de ganado, vacuno que brama irritado, mirando a un lado y a otro del vagón, con las cabezas bajas y los cuernos enredados unos con otros, los ojos helados de espanto, lo mismo que las bocas, porque éstas dejan caer de los labios largos carámbanos (o que parecen serlo). El aire cruzado de idiomas desconocidos, conspirando en letras rojas, verdes y blancas. Un terremoto, acompañado del trueno y del relámpago que pasa directo hacia Londres. Y, de pronto, tranquilidad absoluta, roña por todas partes; el viento y la lluvia dueños de todo; los faroles apagados; el Empalme de Mugby muerto y diluido en la noche, con el manto sobre su cabeza, igual que César.

Y mientras que el trasnochado viajero caminaba arriba y abajo, marchaba a su lado un tren fantasmal perdido en la oscuridad, y ese tren era el de la vida. Saliese de cualquier profunda trinchera intangible o de cualquier negro túnel, allí estaba ese tren, sin que nadie lo llamase y sin que nadie lo anunciase, abalanzándose subrepticiamente sobre él, y perdiéndose luego en la oscuridad. Y junto al tren caminaba un niño que careció de niñez y no conoció a sus padres, y con el niño, un joven amargado por el sentimiento de su falta de apellido, e inseparable del niño y del joven, un hombre que, durante los mejores años de su vida, había bregado por fuerza

en un trabajo que le repugnaba y que le pesaba, en unión de un amigo desagradecido, arrastrando con él a una mujer a la que adoró un tiempo. Y en compañía de ese hombre-joven-niño iban entre rechinamientos y súbitos tirones, pesadas y viejas inquietudes, negras meditaciones enormes y confusas desilusiones, años monótonos y una larga línea trepidante de las discordias de una vida solitaria y desdichada.

—¿Son vuestras, señor?

El viajero replegó su mirada desde las desolaciones que estaba contemplando y retrocedió uno o dos pasos por efecto de lo inesperado de la pregunta o quizá por lo apropiado de la misma a sus pensamientos.

—¡Oh! Mis pensamientos estaban lejos de aquí. Sí, sí. Aquellas dos maletas son mías. ¿Sois mozo de cuerda?

—Cuando me pagan lo que a un mozo de cuerda, sí. Pero soy el *Faroles*.

El viajero lo miró algo confuso.

—¿Quién dijisteis que sois?

—El *Faroles*, señor —y le enseñó un trapo pringoso que tenía en la mano, como explicación más completa.

—Comprendo, comprendo. ¿Hay en este pueblo algún hotel o mesón?

—Aquí, exactamente, no, señor. En la estación sí que hay un despacho de comidas ligeras pero… —El *Faroles*, con expresión muy seria, imprimió a su cabeza un balanceo que quería decir a las claras…—: «Pero es una suerte para vos que a estas horas no esté abierto».

—Veo que no seríais capaz de recomendármelo, aunque no estuviese cerrado, ¿no es verdad?

—Veréis, señor; si…

—¿Si lo estuviese?

—Si lo estuviese, yo, que estoy a sueldo de la Compañía, no debo dar mi opinión sobre ninguno de los servicios de la misma, como no sea sobre el aceite y las torcidas para los faroles —contestó en tono confidencial el *Faroles*—; pero hablando como hombre, ni a mí padre, si viviese, le recomendaría que entrase a ver qué tal lo trataban en el restaurante. Hablando como hombre, no lo haría.

El viajero hizo con la cabeza un movimiento de aprobación convencida, y dijo:

—Supongo que podré alojarme en la población. Habrá una población aquí, ¿no es cierto?

El viajero, aunque comparado con otros, era de los que no salen del país, había pasado, como otros muchos, llevado en las alas del vapor y en las mareas de hierro, por aquel empalme ferroviario, sin haber desembarcado en aquella playa, si se nos permite la expresión.

—Desde luego, señor; hay aquí un poblado, lo bastante grande por lo menos para que podáis alojaros; pero —prosiguió, al mismo tiempo que seguía la dirección de los ojos del viajero, que miró a su equipaje—, a estas horas de la noche todo está muerto aquí. Es la hora de menor movimiento. Casi me atrevería a decir que es nuestra hora

más muerta y enterrada.

—¿No hay por aquí ningún mozo de cuerda?

—Veréis, señor —contestó el *Faroles*, volviendo a adoptar su tono confidencial —; los mozos suelen marcharse al mismo tiempo que el gas. Eso es lo que ocurre. Por lo que imagino, seguramente que no os vieron bajar del tren, porque lo hicisteis al extremo del andén. Pero es posible que lo tengamos aquí dentro de unos doce minutos.

—¿Que tengamos aquí a quién?

—Al de las tres cuarenta y dos, señor. Se desvía a un apartadero para dejar pasar al ascendente X y luego recupera todo lo que puede —al decir esto, el *Faroles* adoptó un aire de gran vaguedad.

—Creo que no comprendo esos manejos.

—Creo que no los comprenderá nadie, señor. Es un tren de los llamados *Parlamentarios*, señor. Ya sabéis que los *Parlamentarios* o los *Excursionistas*…

—¿Os referís a los trenes de excursiones?

—A ésos me refiero… A los *Parlamentarios* y a los *Excursionistas* se los mete a cada momento en un apartadero. Pero cuando uno de esos trenes ve que le dejan la vía libre, pita y sale del mismo, y pita luego a todo lo que puede dar de sí.

De nuevo, el *Faroles* adoptó un aire de hombre pleno de optimismo que siempre espera lo mejor. Explicó a continuación que, como los mozos de cuerda tenían que hallarse presentes a la llegada del *parlamentario* en cuestión, aparecerían al mismo tiempo que se encendiese el gas; mientras tanto, si no le molestaba demasiado al caballero el olor del farol de aceite y quería aceptar el calor de su cuartito…

Como para entonces el caballero estaba casi helado, aceptó inmediatamente el ofrecimiento.

Era una reducida casilla que, por su olor hacía pensar en un barco ballenero; pero ardía en el roñoso emparrillado de su chimenea un fuego brillante y había sobre una tarima de madera una cantidad de faroles preparados y encendidos, dispuestos para ser colocados en los vagones. Formaban una brillante exhibición, y a su luz y calor había que atribuir el que aquella casilla gozase de gran popularidad, como lo atestiguan las huellas dejadas por muchos pantalones de pana en el banco que había cerca del fuego y muchas manchas redondas y de tiznones dejadas en la pared de detrás del banco por muchas espaldas cubiertas de pana. En varios estantes sucios estaban colocados cierta cantidad de faroles y latas de aceite, además de una fragante colección de lo que pudieran llamarse los pañuelos de toda la familia de los faroles.

Barbox Hermanos (que así llamaremos al viajero, aceptando como bueno lo que decía su equipaje) se sentó en el banco y se calentó al fuego sus manos desenguantadas; se fijó de pronto en una mesita de tablas, con grandes manchones de tinta, que quedaba junto a su codo. Sobre la mesa veíanse algunos trozos de papel ordinario y una antiquísima pluma de acero reducida a la más extrema condición.

Después del vistazo a los papeles, se volvió de una manera involuntaria hacia su

huésped y le preguntó con cierta aspereza;

—¿Cómo es eso? ¿Sois acaso poeta?

El *Faroles* no tenía, desde luego, el aspecto que convencionalmente se supone a los poetas, y en aquel momento se frotaba modestamente la nariz, gruesa, con un pañuelo tan pringoso de aceite, que daba la impresión de estar frotando un farol. Era un hombre enjuto, de la misma edad, más o menos que Barbox Hermanos; todos los rasgos de su cara daban la curiosa impresión de estar levantados hacia arriba, como si sus cabellos estuviesen tirando de la piel. Su cutis presentaba una transparencia y un brillo característicos, causados probablemente por la continua aplicación de sustancias oleaginosas; y como sus atrayentes cabellos estaban cortados casi al rape, y eran cerdosos y tiesos, como si a su vez tirase de ellos algún imán invisible, la coronilla de la cabeza del Faroles se parecía bastante a la parte superior de la mecha de un farol.

—Desde luego, que eso no debe importarme a mí —agregó Barbox Hermanos—. Ha sido una impertinencia mía. Sed lo que queráis.

—Hay personas que son a veces lo que no quieren ser —dijo el Faroles, como disculpándose.

—Nadie sabe eso mejor que yo —suspiró el otro—. Durante toda mi vida he sido lo que no hubiera querido ser.

—Cuando empecé, señor, a componer cancioncillas cómicas… —insinuó el *Faroles*.

Barbox Hermanos lo miró con expresión de gran menosprecio.

—Digo que cuando empecé a componer cancioncillas cómicas…, y lo que es aún más duro…, a cantar las que componía, iba en aquel tiempo a contrapelo, sí, señor —agregó el *Faroles*.

Como en aquel instante brilló en los ojos del *Faroles* algo que no tenía el brillo del aceite precisamente, Barbox Hermanos apartó un poco desconcertado los ojos, miró al fuego y puso el pie encima del guardafuegos. Al cabo de una breve pausa, le preguntó, con aspereza aún, pero en tono mucho más suave:

—Si no queríais hacerlo, ¿por qué las compusisteis? ¿Dónde las cantabais? ¿Fue en la taberna?

—Fue junto a una cama —dio como curiosa respuesta el *Faroles*.

Y mientras el viajero lo miraba como pidiendo una explicación, el Empalme de Mugby se sobresaltó de súbito, tembló violentamente, y abrió los ojos de su gas. *Faroles* anunció excitado:

—El *Parlamentario* llega. Unas veces puede correr más que otras; pero, por vida mía que esta noche se ha presentado pronto.

El rótulo «Barbox Hermanos», pintado en letras blancas sobre dos fondos negros, daba tumbos poco después por la calle silenciosa sobre una carretilla; su propietario, después de temblar de frío en la acera por espacio de media hora, tiempo que el mozo de cuerda Pasó haciendo sonar la aldaba de la puerta del mesón, despertando primero

a todo el pueblo y por último al mesón, se metió tanteando en la pesada atmósfera de la casa cerrada totalmente, y por último se metió a oscuras entre las sábanas de una cama que parecía había sido enfriada ex profeso para él la última vez que la hicieron.

II

—¿Me recordáis, Young Jackson?

—Y ¿qué voy yo a recordar si no os recordase a vos? Sois el primero de mis recuerdos. Fuisteis vos quien me dijo que ése era mi nombre. Fuisteis vos quien me informasteis de que en cada día veinte de diciembre tenía mi vida un aniversario de penitencia que se llama cumpleaños. Y ¡cuánto más verdad era esto último que lo primero que me dijisteis!

—¿A qué me parezco, Young Jackson?

—Para mí sois durante todo el año una maldición; eso sois para mí, mujer de rasgos duros, labios delgados, dominadora, mujer impasible de rostro cubierto con una máscara de cera. Sois para mí como el diablo; y sobre todo cuando me enseñáis religión, porque me hacéis aborrecerla.

—¿Me recordáis, señor Young Jackson?

Esta pregunta la hacía otra voz y desde otra dirección.

—Y con mucha gratitud, señor. Fuisteis en mi vida el rayo de esperanza y la ambición de prosperar. Cuando asistía a vuestras lecciones, estaba convencido de que llegaría a ser un gran sanador de enfermedades, y casi me sentía feliz, a pesar de que seguía viviendo en la pensión de aquella horrible máscara, y comía y bebía en silencio y cohibido por la presencia diaria de aquella mujer delante de mí. Lo mismo que había estado todos, todos, todos los días mientras asistí al colegio, y desde los tiempos más lejanos que recuerdo.

—Y ¿qué os parezco yo, señor Young Jackson?

—Sois para mí un ser superior. Sois como la Naturaleza que empieza a hacerse conocer de sí misma. Os vuelvo a escuchar en el silencio respetuoso de la multitud de jóvenes iluminados por la fuerza de vuestra persona y de vuestro saber, y sois vos quien hace que se agolpen a mis ojos las únicas lágrimas de alegría que han aparecido en ellos.

—¿Me recordáis, señor Young Jackson?

Esta pregunta la hace una voz desagradable desde otra dirección completamente distinta.

—Demasiado bien; Hicisteis vuestra fantasmal aparición cierto día en mi vida, y me anunciasteis que el curso de ésta iba a cambiar súbita y radicalmente. Me mostrasteis cuál era mi puesto en la galera de Barbox Hermanos. Cuándo habían vivido éstos, si es que vivieron alguna vez, no lo supe nunca; porque cuando me encorvé sobre el remo no quedaba de ellos sino el nombre. Me anunciasteis lo que tenía que hacer y lo que se me pagaría; y seguisteis anunciándome, con intervalo de años, cuándo iba a entrar de apoderado, cuándo iba a llegar a ser socio, y cuándo dueño absoluto de la Casa. Nada más sé de vos, ni de mí.

—Y ¿qué os parezco yo, señor Young Jackson?

—A veces pienso en si seréis mi padre. Si lo sois, os habéis portado con la dureza y frialdad suficientes para tener en mí un hijo agradecido. Veo vuestra figura pequeña, vuestro ceñido traje oscuro y vuestra tupida peluca oscura; pero vos también lleváis hasta la muerte vuestra máscara de cera. Ni por casualidad os la habéis quitado nunca, ni por casualidad se os ha caído nunca, y eso es todo lo que sé de vos.

Todo este diálogo lo sostuvo el viajero, hablando consigo mismo a la mañana siguiente, mientras miraba por la ventana, del mismo modo que habló consigo mismo la noche anterior en el Empalme. Y de la misma manera que allí, en la oscuridad, parecía con sus cabellos prematuramente grises una hoguera que se había dejado apagar, ahora, a la luz del sol, con los cabellos de un gris todavía más ceniciento, parecía una hoguera que el sol había apagado.

La firma Barbox Hermanos debió de ser algún retoño o rama irregular de alguna Notaría pública o Casa de cambios. Debió de conquistar una reputación usurera antes de los tiempos de Young Jackson, y esa fama quedóle como cosa permanente a la casa y a él. Y de la misma manera que llegó insensiblemente a ser dueño del oscuro antro en un rincón de un patio-plazoleta que arrancaba de Lombard Street, en cuyas tétricas ventanas se interpuso durante muchos años, entre él y el cielo, la placa Barbox Hermanos, de la misma manera se encontró insensiblemente convertido en un personaje del que todos recelaban, al que había que atar corto y firme en toda transacción que con él se realizaba, un hombre cuya palabra no tenía ningún valor sin el documento firmado que la atestiguase, y contra quien todos aquellos que negociaban con él montaban abiertamente centinelas y guardianes.

Esa fama se la había ganado sin que hubiese hecho nada para merecerla. Era como si el primitivo Barbox se hubiese tendido en el suelo de las oficinas, hubiese hecho llevar allí a Young Jackson mientras estaba dormido, y hubiese realizado una metempsicosis y cambio de personalidad con él. Y lo que la vida llevada en sus primeros años había empezado, se completó con el descubrimiento de esté hecho, ayudado a su vez por el engaño de que lo hizo víctima la única mujer a quien amó en su vida, y por el del único amigo que tuvo, porque ambos huyeron de su lado para casarse. Entonces el viajero se encogió, se rebajó hasta meterse dentro de Barbox, y ya no volvió a levantar ni su cabeza ni su corazón.

Hasta que un día dio un gran paso en favor de su liberación. Rompió el remo sobre el que durante tanto tiempo había estado encorvado, abrió una vía de agua, y hundió la galera. Evitó que se fuese retirando poco a poco de él una antigua corriente rutinaria de negocios, tomando la iniciativa y retirándose él mismo. Con medios suficientes para vivir (aunque no excesivos, mirándolo bien) borró la firma Barbox Hermanos de las páginas de la *Guía Comercial* y de la faz de la tierra, conservando únicamente su nombre sobre dos maletas.

—Para andar por el mundo se necesita un nombre, para que la gente lo recuerde —explicó el viajero desde la ventana del mesón a la calle Mayor de Mugby—. Este

nombre es por lo menos auténtico, mientras que el de Young Jackson… Sin contar con que se presta a que hagan con el mismo un chiste, llamándome Viejo Jackson en vez de Joven Jackson.

Se puso el sombrero y salió a la calle, a tiempo de ver que cruzaba por la acera de enfrente un hombre vestido de pana; llevaba la comida en un paquetito que podría haber sido mayor sin que lo culpasen de glotón, y se alejaba camino del Empalme.

—Es *Faroles* —dijo Barbox Hermanos—. Y a propósito…

Resulta ridículo, desde luego, que un hombre tan serio, tan encerrado dentro de sí mismo, y que aún no hacía tres días que se había emancipado de una rutina fatigosa, se quedase allí en la calle rascándose la barbilla, pensando ensimismado en las cancioncillas cómicas.

—¿Junto a la cama? —dijo Barbox Hermanos con impaciencia—. ¿Que las canta junto a la cama? Y ¿por qué junto a la cama, si no se retira a dormir borracho? Se retirará así, no me extrañaría. Pero eso a mí no me importa. Vamos a ver. Empalme de Mugby, empalme de Mugby. ¿Adónde iré luego? Lo mismo que anoche me dio por apearme aquí, después de haber tenido un sueño inquieto en el vagón, puedo ir desde aquí a donde me dé la gana. ¿Pero adonde? Voy a ver el Empalme a la luz del día. No tengo prisa, y quizá encuentre más aceptable el espectáculo de una línea de las que aquí se juntan.

Eran muchas las líneas. Contemplándolas desde un puente, cerca del Empalme, parecía como si las compañías ferroviarias que allí coincidían hubiesen preparado una gran Exposición Industrial del trabajo de unas inmensas arañas de tierra que hilaban carriles de hierro. La vista se perdía entre los extraordinarios cruces y curvas con que se entrelazaban las diferentes líneas. Además, algunas de éstas parecían, arrancar con el ímpetu de quien no se va a parar en quinientas millas, y de pronto se detenían en una insignificante barrera, o se metían dentro de unos talleres. Otras, como individuos borrachos, avanzaban durante un corto trecho muy rectas y de pronto se encorvaban sobre sí mismas y volvían atrás. Otras estaban abarrotadas de vagones de carbón; otras, bloqueadas con vagones cargados de barriles; otras, atracadas de vagones de balasto; otras parecían destinadas exclusivamente a unos objetos con ruedas que parecían carretes enormes de hierro; otras, en cambio, estaban limpias y brillantes, y otras tan llenas de hierros mohosos, cenizas y carretillas inútiles para el servicio (parecidas a quienes las manejan cuando están en huelga) que la confusión no tenía principio, medio, ni fin.

Barbox Hermanos permanecía perplejo en el puente, pasándose la mano por las líneas que las arrugas marcaban en su frente y que se iban multiplicando conforme miraba hacia el panorama que tenía a sus pies, en la misma proporción que las líneas del ferrocarril se multiplicaban al verse fotografiadas en aquella placa sensitiva. Se oyó de pronto un lejano repique de campanas y estridores de silbatos. Cabezas de hombres, que parecían cabezas de cachorros, asomaron a las puertas de unas cajas que se veían allá abajo, y volvieron a meterse otra vez, A continuación, unas enormes

hojas de navajas de madera, en lo alto de unos postes, empezaron a afeitar la atmósfera. Acto continuo, varias locomotoras, en distintas direcciones, empezaron a lanzar alaridos y a dar señales de agitación. Más tarde, avanzó un tren a lo largo de una avenida. A éste siguieron dos que no entraron en la estación, sino que se detuvieron antes de llegar a ella. Surgieron pedazos de trenes; complicóse con ellos un caballo forcejeante; por último, las locomotoras se repartieron los pedazos de trenes, y se alejaron a gran velocidad arrastrándolo todo.

—Con esto no he aclarado más cuál ha de ser mi próximo viaje. No tengo prisa. No es preciso que me resuelva hoy, ni mañana, ni pasado mañana. Voy a dar un paseo.

Sucedió no sé cómo (quizá fue un propósito deliberado suyo) que el paseo tomó la dirección del andén en el que había bajado del tren, y de la casilla de *Faroles*. Pero *Faroles* no estaba en su casilla. Fuera de que un par de hombres vestidos de pana se habían encajado en una de las huellas que había en la pared junto a la chimenea de *Faroles*, la habitación estaba vacía. Al retroceder para salir nuevamente de la estación, comprendió la causa da aquel vacío, porque vio a *Faroles* en la línea ferroviaria de enfrente, caminando por encima de los vagones d; un tren, haciéndose cargo de los tocayos suyos que un ayudante le tiraba desde el suelo.

—Está ocupado. Me imagino que esta mañana no dispondrá de mucho tiempo para componer ni para cantar cancioncillas cómicas.

Su paseo se prolongó ahora en dirección al campo, manteniéndose muy cerca de una gran línea de ferrocarril, y dentro del fácil panorama de otras.

—Casi estoy tentado de decidir la cuestión desde aquí —dijo mirando a su alrededor—. Me bastará que diga: «Saldré por aquella línea, por ésta, o por la otra, y seguiré adelante sin apartarme de la misma». Los carriles se van separando aquí de la confusión general, y siguen su camino.

Subió por la cuesta suave de una colina durante un trecho, y llegó a unas cuantas casitas de campo. Mirando a su alrededor con la cautela de un hombre que en toda su vida no había mirado hasta entonces lo que pasaba en torno suyo, vio cómo seis u ocho muchachos salían alegres, en tropel y dando gritos, de una de las casitas, y se dispersaban. Pero no lo hicieron sin antes volver todos la cara al llegar a la puertecita del jardín, para enviar con sus manos sendos besos a una cara que asomaba en la ventana superior; una ventana que, aunque superior, era poco elevada, porque la casita sólo tenía un piso de una sola habitación encima de la planta baja.

Nada de particular tenía el que los niños hiciesen aquello; pero sí lo tenía el que enviasen besos a una cara que estaba en posición horizontal sobre el antepecho de la ventana abierta, mirando hacia ellos, y que lo hiciesen en apariencia solamente a una cara. Barbox Hermanos miró otra vez hacia la ventana, y sólo pudo ver un rostro muy delicado, aunque muy alegre, que apoyaba una de sus mejillas en el antepecho. Era el rostro delicado y sonríen, te de una joven o de una mujer. Estaba enmarcado en una larga cabellera oscura y lustrosa atada con una cinta o malla azul claro, que le pasaba

por debajo de la barbilla.

Barbox Hermanos siguió paseando, volvió sobre sus pasos, cruzó de nuevo por delante de la ventana, y levantó con timidez la vista hacia ella. Todo seguía igual. Se alejó por un camino que subía serpenteando hasta la cima de la colina (porque de otro modo habría tenido que emprender el descenso de la misma), y sin perder de vista las casitas; siguió otro camino en curva por el que tenía que salir otra vez a la carretera principal, pasando forzosamente otra vez por delante de las casitas. El rostro seguía apoyado en el antepecho de la ventana, pero no tan inclinado hacia el paseante. Ahora se veían también dos finas manos, que accionaban como si estuviesen tocando algún instrumento de música; pero que, sin embargo, no producían ningún sonido que llegase a los oídos del que miraba.

—El Empalme de Mugby debe de ser el lugar más chiflado de Inglaterra —dijo Barbox Hermanos siguiendo su paseo colina abajo—. Lo primero que aquí me encuentro es a un farolero del ferrocarril que compone cancioncillas cómicas para cantarlas junto a su cama. Lo segundo que aquí encuentro es una cara y dos manos que tocan un instrumento de música que no se oye.

Era aquél un día hermoso y claro de principios del mes de noviembre, la atmósfera era limpia y vigorizadora, y el panorama lucía los más bellos colores. En la plazoleta junto a Lombard Street, en la City de Londres, los colores dominantes habían sido pocos y sombríos. En ocasiones, y cuando el tiempo era por todas partes esplendoroso, los moradores de aquellos antros disfrutaban de un par de días de color sal y pimienta, pero por lo general el color de su atmósfera era el de la pizarra y el polvo de rapé.

Tanto disfrutó con aquel paseo, que lo repitió al día siguiente. Llegó a la casita a una hora más temprana, y pudo oír cómo los niños cantaban en el piso de arriba muy a compás, marcando el tiempo con palmadas.

—Tampoco ahora se oye ningún instrumento de música —dijo, escuchando desde la esquina—, y, sin embargo, he visto al llegar que las manos parecían estar tocando alguno, lo mismo que ayer. ¿Qué es lo que cantan los niños? Me imagino, Santo Dios, que no están cantando la tabla de multiplicar.

Y, sin embargo, eso era lo que cantaban poseídos de una infinita alegría. La cara misteriosa tenía una voz, que era la que en determinados momentos daba el tono, o hacía que los niños no desentonasen. Esa voz era de una deliciosa y alegre musicalidad. Cesó por último el canto rítmico, y le sucedió un murmullo de voces juveniles, y a continuación cantaron una corta canción que el paseante pudo poner en claro que se refería al mes en que estaban del año, y al trabajo que durante el mismo ejecutaban los labradores en los campos y en las granjas. Se oyó a continuación bullicio de piececitos, y los niños salieron en tropel y gritando, lo mismo que el día anterior. También ahora, igual que ayer, se volvieron todos en la puerta del jardín, y enviaron besos con sus manos…, sin duda alguna a la cara del antepecho de la ventana, aunque Barbox Hermanos no la veía desde el lugar desventajoso que

ocupaba en la esquina.

Pero, cuando los niños se dispersaron, separó a un pequeño que se había quedado rezagado (un niño de cara morena y de cabellos blondos) y le dijo:

—Acércate, pequeño, y dime: ¿De quién es esa casa?

El niño extendió delante de sus ojos un bracito moreno, mitad como avergonzado, y mitad como si se aprestase a la defensa, y dijo desde detrás de su antebrazo:

—De Febe.

—Y ¿quién es Febe? —preguntó Barbox Hermanos, sintiéndose tan embarazado para seguir el diálogo como pudiera estarlo el niño.

Éste contestó:

—¿Quién va a ser? ¡Febe!

El pequeño pero agudo observador había inspeccionado atentamente a su interrogador, tomándole su medida moral. Bajó su guardia, y casi tomó un tono de superioridad, como si hubiese descubierto que era una persona poco habituada al arte de la buena conversación.

—Febe —dijo el niño—, no puede ser más que Febe. ¿Es que puede ser otra persona?

—No, me imagino que no.

—Entonces, ¿por qué me lo preguntasteis? —contestó el niño.

Juzgando prudente variar de terreno, Barbox Hermanos tomó una nueva posición.

—Y ¿qué es lo que hacéis allí? Me refiero en aquel cuarto de allá arriba que tiene la ventana abierta. ¿Qué es lo que hacéis allí?

—Cuela —dijo el niño.

—¿Qué?

—Cu-e-la —insistió el niño en voz más alta, alargando la palabra con gran énfasis y sin quitar la vista de su interlocutor, como diciéndole: «¿De qué os sirve el ser tan mayor, si sois tan burro que no me comprendéis?»

—¡Ah, ya! Escuela, escuela —dijo Barbox Hermanos—. Sí, sí. Y Febe es quien os enseña, ¿no es eso?

El niño hizo una señal afirmativa con la cabeza.

—¡Eres un buen chico!

—¿Lo tendisteis ya? —dijo el niño.

—Sí, lo he entendido. ¿Qué harías tú con dos peniques, si yo te los diera?

—Gastarlos.

La contundencia y rapidez de la respuesta lo dejaron a Barbox Hermanos tambaleando, sacó como púgil derrengado los dos peniques, y se retiró poseído de un sentimiento de humillación.

Pero, al ver en el antepecho de la ventana, cuando cruzó por delante de la casita, la cara de siempre, hizo como que se daba por enterado de su presencia con un gesto que no era ni una inclinación de cabeza, ni una inclinación de cintura, ni quitarse el sombrero de la cabeza, sino que constituía una desconfiada transacción, o lucha entre

las tres cosas. Los Ojos de la cara apoyada en la ventana parecieron divertidos o alegres, o ambas cosas a la Vez, al mismo tiempo que sus labios pronunciaban modestamente estas palabras:

—Buenos días tengáis, señor.

—Estoy viendo que tendré que quedarme durante algún tiempo en el Empalme de Mugby —dijo Barbox Hermanos con mucha gravedad, cuando en su camino de regreso volvió a detenerse para contemplar las líneas de ferrocarril en el punto en que éstas se desviaban en distintas direcciones con toda tranquilidad—. No acabo de resolverme todavía qué línea del ferrocarril tomaré. No tendré más remedio que familiarizarme un poco con el Empalme antes de decidirme por una o por otra.

Anunció, pues, en el mesón que «se quedaba por el momento», y de nuevo cultivó sus relaciones con el Empalme aquella noche, la mañana siguiente, y la noche y la mañana que siguieron a aquélla. Iba a la estación, se mezclaba con la gente que allí había, miraba en torno suyo hacia todas las líneas de ferrocarril, y empezaba a interesarse por las llegadas y las salidas de los trenes.

Al principio, solía meter la cabeza para mirar al interior del cuartito de *Faroles*, pero *Faroles* no estaba nunca allí. Por lo general, encontraba una o dos parejas de hombres vestidos de pana, inclinados hacia el fuego, atentos a una navaja, en ocasiones, y a un trozo de pan y otro de carne; pero cuando él preguntaba: «¿Dónde está *Faroles*?», la respuesta era de que estaba «al otro lado de la línea» o que no era aquél su turno, o, en este último caso, el presentarle a otro *Faroles* que no era el suyo.

Sin embargo, no tenía ahora un empeño tan tenaz en ver a *Faroles*, y no le importaba aquella desilusión. Tampoco se entregaba a un estudio tan intenso del Empalme de Mugby como para que olvidase el ejercicio físico. Todo lo contrario, todos los días se daba un paseo, y ese paseo era siempre el mismo. Pero el tiempo volvió a entrar de nuevo en lluvias y en frío, y la ventana no estaba nunca abierta.

III

Al cabo de algunos días, volvió a reinar una racha de tiempo claro y seguro, propio del otoño. Era sábado. La ventana estaba abierta, y ya los niños se habían marchado. Esto no tiene nada de sorprendente, porque Barbox Hermanos había estado pacientemente al acecho, en la esquina, esperando a que se marchasen.

—Buenos días —dijo a la cara, descubriéndose por completo esta vez, y quedándose con el sombrero en la mano.

—Buenos días tengáis, señor.

—Cuánto me alegro de que tengáis un hermoso cielo al que poder mirar.

—Gracias, señor, sois muy amable.

—Estáis inválida, según me temo, ¿verdad?

—No, señor, disfruto de buena salud.

—¿Pero no estáis siempre allí tendida en la cama?

—Eso sí, estoy siempre acostada, porque no puedo sentarme; pero no estoy inválida.

Los ojos sonrientes parecían gozar con aquella gran equivocación.

—Podéis pasar, señor, si no os sirve de molestia. Desde esta ventana se disfruta de un espléndido panorama. Y os convenceréis de que no estoy en modo alguno enferma…, si es que habéis tenido la bondad de interesaros en ello.

Eso lo dijo para animarlo, porque él permanecía irresoluto, aunque con un evidente deseo de entrar, ya con la mano indecisa en el pestillo de la puerta del jardín. Animado por ello, entró.

El cuarto de arriba era muy limpio y blanco, con el techo de poca altura. Su único morador yacía en una cama turca que colocaba su cara al mismo nivel de la ventana. También la cama turca era blanca, y como su sencillo vestido o bata era de color azul pálido, lo mismo que la cinta con que se sujetaba el cabello, ofrecía un aspecto etéreo, lo mismo que una fantástica aparición entre nubes. Barbox Hermanos se dio cuenta de que ella había adivinado instintivamente que él era un hombre taciturno y abatido habitualmente… El que se hubiese establecido de modo tan fácil esa comprensión mutua le dio nuevos ánimos, y se sintió tranquilo.

Sin embargo, cuando dio la mano a la joven y colocó una silla para sentarse junto a su cama, se hallaba poseído de una desmañada cortedad, y empezó a decir, con muy poca facilidad de palabra:

—Ahora me doy cuenta de lo que hacéis con vuestra mano; porque viéndoos desde el camino de ahí fuera» pensé que estabais tocando algún instrumento.

La joven estaba atareada haciendo encaje de bolillos con gran habilidad y destreza. Tenía sobre el pecho la almohadilla de labor; los rápidos movimientos y cambios de manos que ejecutaba al trabajar, eran los que habían equivocado al

visitante.

—Es curioso —contestó ella con una luminosa sonrisa—. Yo misma, mientras trabajo, me imagino muchas veces que estoy ejecutando alguna canción.

—¿Tenéis algunos conocimientos musicales?

Ella movió negativamente la cabeza.

—Creo que si tuviese algún instrumento sería capaz de tocar en él algunas canciones, con tal que lo pudiese manejar tan bien como la almohadilla de mi encaje de bolillos. Pero acaso no sea más que un engaño mío. De todos modos, es cosa que no la sabré jamás.

—Tenéis una voz muy armoniosa. Perdonadme, pero os he oído cantar.

—¿Con los niños? —contestó sonrojándose un poco—. ¡Oh, sí! Canto con mis queridos niños, si a eso se le puede llamar cantar.

Barbox Hermanos miró a los dos banquitos que había en el cuarto, y aventuró la hipótesis de que era muy aficionada a los niños y que conocía nuevos métodos de enseñanza.

—Sí, me gustan mucho los niños, pero en cuanto a enseñanza, no sé nada, aparte del interés que siento por esa tarea, y del agrado que me produce cuando veo que los niños aprenden —dijo la joven, moviendo otra vez negativa mente la cabeza—. Quizá el haber estado escuchando a mis pequeños discípulos cuando cantaban alguna de sus lecciones os ha equivocado de tal manera que me habéis tomado por una gran educadora. ¡Claro! ¡Ya me lo imaginaba! Pues no; lo único que he hecho es leer algo y oír hablar de ese sistema. Me pareció tan bonito y tan agradable, y que con él se trata a los niños como alegres petirrojos que son, que lo adopté a mi manera. No será necesario decir que mi manera de aplicarlo es en escala pequeñísima, señor —agregó, echando una ojeada a los banquitos y en torno a la habitación.

Durante todo ese tiempo sus manos habían seguido atareadas haciendo bolillos. Como no cesaban en esa tarea, y como el tintineo y el juego de los palillos era una especie de sustituto de la conversación, Barbox Hermanos aprovechó esa oportunidad para observarla. Calculó que tendría treinta años. El encanto que emanaba de aquella cara transparente y de sus grandes y alegres ojos oscuros consistía, no en su resignación pasiva, sino en su actividad y en su perfecta alegría. Hasta sus atareadas manos, que teniendo únicamente en cuenta su delgadez habrían podido despertar compasión, cumplían su trabajo con un ánimo gozoso que convertía todo sentimiento de compasión en injustificada suposición de superioridad, y en una impertinencia.

El visitante vio los ojos de ella en el momento en que se alzaban hacia los suyos, y desvió éstos hacia el panorama, diciendo:

—¡Realmente maravilloso!

—Espléndido, sí, señor. Algunas veces he sentido el capricho de que me gustaría poder sentarme en la cama una sola vez, únicamente para ver cómo resulta visto con la cabeza levantada. Pero esto no era sino un capricho tonto al que no había que dar ánimos. No es posible que el paisaje resulte para nadie más encantador que lo que me

parece a mí.

Mientras hablaba, sus ojos estaban vueltos hacia el panorama, con admiración maravillada y gozosa. No se advertía en ellos el más leve rastro de que les faltase algo.

—Y esas líneas de ferrocarril, con sus borbotones de humo y de vapor que cambian de lugar con tanta rapidez, animan para mí el panorama —prosiguió la joven —. Pienso en todas las personas que pueden trasladarse al lugar que desean, para sus negocios, o para su placer; me acuerdo de que esas humaredas me hacen señas diciéndome que mientras yo miro, ellas avanzan; y esto alegra el paisaje poniendo en él una gran concurrencia, cuando yo quiero compañía. Hay, además, el gran Empalme. Yo no lo veo porque me lo oculta el pie de la colina, pero sí que lo oigo con mucha frecuencia, y sé en todo momento que está ahí abajo. Parece como si me pusiese en relación, en cierto modo, con no sé cuántos lugares y cosas que no veré jamás.

Barbox Hermanos se sintió como empequeñecido por la idea de que acaso lo había puesto ya a él en relación con algo que jamás había visto, y dijo con cortedad:

—Así es.

—De modo, pues, señor —prosiguió Febe—, que no soy, como creísteis, una inválida, y que me encuentro muy bien.

—Tenéis una disposición de ánimo feliz —dijo Barbox Hermanos (quizá con un ligero dejo de excusa para la suya propia).

—¡Ah si conocierais a mi padre! —contestó ella—. ¡El suyo sí que es un carácter envidiable!… ¡No os preocupéis, señor! —esto lo dijo porque el carácter reservado de Barbox Hermanos había mostrado alarma al oír pasos en las escaleras, porque le molestaba la idea de que lo tomasen por un intruso impertinente—. Es mi padre que llega.

Se abrió la puerta, y el padre se detuvo en ella.

—Pero ¿cómo? ¡Si es *Faroles*! —exclamó Barbox Hermanos, poniéndose en pie, sorprendido—. ¿Cómo estáis, *Faroles*?

A lo que éste contestó:

—¡Si es el caballero que no va a ninguna parte! ¿Cómo estáis, señor?

Se dieron un apretón de manos, con gran admiración y sorpresa de la hija de *Faroles*.

—Desde aquella noche he ido para ver si os encontraba una media docena de veces —dijo Barbox Hermanos—, pero nunca estabais allí.

—Eso me han dicho, señor, eso me han dicho —contestó *Faroles*—. Y como os han visto tantas veces en el Empalme, sin que hayáis tomado ningún tren, han empezado a conoceros entre nosotros como el caballero que no va a ninguna parte. Supongo que no os molestará el que yo, en un momento de sorpresa, os haya llamado con ese nombre, ¿verdad que no, señor?

—De ninguna manera. Es para mí un nombre tan bueno como cualquier otro que

pudierais ponerme. Pero ¿me permitís que os haga una pregunta ahí, en ese rincón?

Faroles consintió en que lo apartase de junto a la cama de su hija, tirándole de uno de los botones de su chaqueta de pana.

—¿Es junto a esa cama donde cantáis vuestras canciones?

Faroles dijo que sí con la cabeza.

El caballero que no iba a ninguna parte le dio una palmada en la espalda, y ambos se volvieron hacia la cama.

—Te aseguro, querida —dijo entonces *Faroles* a su hija, mirándola primero a ella y luego a su visitante—, que me produce tal asombro el encontrarte ya en relaciones con este caballero, que no tendré más remedio que (si él me lo disculpa), hacer una ronda.

El señor *Faroles* hizo entonces una demostración de lo que quería decir con estas palabras, sacando del bolsillo su pañuelo pringoso enrollado en forma de bola, embadurnándose cuidadosamente de aceite desde detrás de su oreja derecha, por la parte inferior, y luego carrillo arriba, pasando por la frente, y bajando por el carrillo izquierdo hasta detrás de la oreja de ese lado. Después de este manejo se quedó satisfechísimo y dijo a modo de excusa:

—Es una costumbre que tengo cuando me emociono de una manera especial por cualquier cosa, y la verdad es, señor, que encontrarme con que ya conocíais a Febe me ha puesto en tal estado de confusión, que…, que me está pareciendo, si me lo permitís, que voy a hacer otra ronda.

Y la hizo dando señales de quedar muy aliviado con ella.

Estaban los dos hombres en pie al lado de la cama turca, y la mujer trabajaba en su encaje de bolillos. Barbox Hermanos, todavía con cierta cortedad y vergüenza, dijo:

—Me ha contado vuestra hija que nunca se sienta.

—No, señor, jamás se ha sentado. Veréis, su madre (que falleció cuando la niña tenía un año y dos meses de edad) sufría unos ataques muy malos, pero como no me dijo jamás que estaba expuesta a esos ataques, no hubo manera de prevenirlos. Por eso dejó un día caer a la niña, y ocurrió esto.

—Hizo muy mal en casarse con vos sin confesaros su enfermedad —dijo Barbox Hermanos, frunciendo el ceño.

—¿Qué queréis que os diga, señor? —dijo *Faroles* tratando de defender a la que había muerto hacía ya tanto tiempo—. Febe y yo hemos hablado mucho del caso, y ¡que Dios nos valga! Son tantos entre nosotros los enfermos, irnos con ataques, otros con desarreglos de una u otra clase, que si todos los declarásemos antes de casarnos, la mayor parte de nosotros no se casaría nunca.

—¿Y no sería acaso lo mejor?

—En este caso, no, señor —dijo Febe, dando la mano a su padre.

—No, en este caso, no, señor —confirmó el padre, dándole unas palmaditas entre las suyas.

—Me habéis dado una lección —contestó Barbox Hermanos sonrojándose—: Debo de parecer tan torpe, que no hará falta en modo alguno que yo confiese esa flaqueza mía. Desearía que me hablaseis algo más de vosotros. Pero no sé cómo pedíroslo, porque me doy cuenta de que soy hombre de modales rígidos, de que hay en mí algo de torpeza desalentadora; pero la verdad es que lo desearía.

—Lo haremos de todo, corazón, señor —contestó *Faroles* alegremente por los dos—. Y para empezar, y con objeto de que sepáis cómo me llamo…

—¡No sigáis! —le interrumpió el visitante con un leve sonrojo—. ¿Qué importancia tiene vuestro nombre? A mí me basta con el de *Faroles*. Y me agrada. Es expresivo y luminoso. ¿Para qué quiero más?

—Pues sí, señor —replicó *Faroles*—. En el Empalme no me suelen llamar generalmente por otro; pero pensé que, puesto que estabais aquí como un primera clase individual, con carácter privado, quizá querríais…

El visitante apartó aquel pensamiento con un vaivén de la mano, y *Faroles* agradeció la prueba de confianza haciendo otra ronda.

—Doy por sentado que sois hombre que trabaja mucho —dijo Barbox Hermanos, cuando el trayecto de la ronda apareció más sucio que lo que estaba antes de empezarla.

Faroles comenzó diciendo:

—No es demasiado…

Pero su hija le interrumpió.

—Sí, señor; trabaja muchísimo. Catorce, quince y hasta dieciocho horas al día. En ocasiones ha hecho jornadas de veinticuatro horas.

—Y vos —dijo Barbox Hermanos—, entre vuestra escuela y vuestro encaje de bolillos, Febe…

—Pero dar lecciones es para mí un placer —le interrumpió ella, abriendo mucho los ojos, como si le sorprendiese verlo tan obtuso—. Empecé a dar clases cuando era todavía una niña, porque con eso me procuraba la compañía de otros niños, ¿comprendéis? Eso no era trabajo. Sigo con ello, porque de ese modo tengo niños a mi alrededor. Eso no es trabajo. Lo hago por gusto, no como trabajo. En cuanto a mi encaje de bolillos —sus activas manos se habían detenido, como si necesitase de toda su alegre atención para concentrarla en el razonamiento, pero al pronunciar esa palabra volvieron a ponerse otra vez en movimiento—; trabajo al compás de mis pensamientos, cuando pienso, y al de mis canciones cuando tarareo alguna, y eso no es trabajar. Vos mismo, señor, creísteis que estábamos cantando. Y eso es para mí, música.

—Sí —exclamó *Faroles* radiante—, todo es música para ella, señor.

—Por lo menos, eso es para mí mi padre —dijo Febe, apuntándole gozosa con el índice—. Hay en mi padre más música que en una banda entera.

—¡Vaya, vaya, querida mía! Eso es muy propio de una hija, pero la verdad es que me estás adulando —protestó él, aunque relampagueando de alegría.

—No, señor, os aseguro que no, no lo adulo. Si oyeseis cantar a mi padre, comprenderíais que no lo adulo. Pero no le oiréis jamás cantar, porque nunca canta a nadie más que a mí. Por muy cansado que esté, siempre que regresa a casa me canta. Hace mucho tiempo, cuando yo no era sino una pobre muñequita rota y tendida en esta cama, solía cantarme ya. Más aún, acostumbraba componer canciones arreglando la letra con cualquiera de las bromas que habían mediado entre nosotros. Más aún, hoy mismo sigue haciéndolo. ¡Oh padre! El caballero ha querido saber lo que sois, y se lo diré. Señor, mi padre es poeta.

—No quisiera que este caballero saliese de aquí con esa opinión de tu padre, querida mía —observó *Faroles*, poniéndose serio durante un momento—, porque acaso creyese que yo siento inclinación a encararme con las estrellas para preguntarles melancólicamente qué les pasa. No soy capaz de hacerlo, querida mía, en parte por no perder el tiempo, y en parte por no tomarme esa clase de libertades.

—Mi padre —prosiguió Febe, poniendo en su punto lo que había dicho—, mira siempre el lado brillante y bueno de las cosas. Hace un momento me dijisteis, caballero, que yo tenía una feliz disposición de ánimo. ¿Cómo podría ser de otra manera?

—Muy bien, querida, y ¿cómo podría ser yo de otra manera? —le contestó *Faroles* argumentando con ella—. Haceos vos mismo esta pregunta, señor. Miradla a ella. Siempre está como la veis ahora. Siempre trabajando… y después de todo, trabajando para ganarse muy pocos chelines a la semana…, siempre está contenta, siempre llena de vivacidad, siempre interesada en las cosas de los demás. Acabo de decir que siempre está tal cual ahora la veis. Con una diferencia, sin embargo, que viene a ser lo mismo. Porque, si es un domingo de los que a mí me toca libre, y las campanas han repicado desde por la mañana, yo escucho las oraciones y las acciones de gracias que ella lee de la manera más enternecedora, y luego me canta los himnos sagrados…, tan por lo bajo, señor, que no se la oye desde fuera de esta habitación…, con unas notas que a mí me parece que vinieran del cielo y volvieran a él.

Acaso fuese por una simple asociación de ideas, suscitada por estas palabras con la quietud sagrada de aquel momento, o acaso fuese porque recordaban la presencia del Redentor junto al lecho de los enfermos; lo cierto es que aquellos dedos tan diestros se detuvieron en la almohadilla de bolillos, y se agarraron alrededor del cuello de *Faroles* cuando éste se inclinó. El visitante pudo advertir sin dificultad que tanto el padre como la hija estaban dotados de una gran sensibilidad; pero que ambos, en lugar de exhibirla, procuraban recatarla por amor al otro; y la segunda naturaleza venía a ser en ellos una alegría intuitiva o adquirida. Unos momentos después, *Faroles* hacía otra ronda, mientras sus cómicos rasgos de cara irradiaban felicidad; y los rientes ojos de Febe (que eran como dos manchas brillantes debajo de sus pestañas) miraban alternativamente al padre, a su labor, y a Barbox Hermanos. Y de pronto dijo con gran animación:

—Cuando mi padre os cuenta que yo me intereso mucho por los demás, aun por

aquellos que nada saben de mí…, cosa que, dicho sea de paso, os dije yo también…, conviene que sepáis la razón. Todo es obra de mi padre.

—¡Eso no es cierto!

—No le hagáis caso, señor, porque ésa es la verdad. Él me cuenta todo cuanto ve durante sus horas de trabajo. No tenéis idea de la cantidad de datos que recoge todos los días para traérmelos a mí. Se fija en los coches, me explica de qué manera visten las señoras…, y eso para que yo esté al corriente de las modas. Si asoma al interior de los vagones de viajeros y me cuenta luego cuántas parejas de enamorados iban, y cuántos recién casados hacían su viaje de bodas…, y eso para que yo esté enterada de todo. Arrambla con los periódicos y los libros olvidados…, y lo hace para que yo tenga siempre mucho que leer. Me trae la noticia de los enfermos que se ponen en viaje en busca de curación…, para que yo lo sepa todo. En una palabra, y como os decía, me trae la noticia de cuanto ve o averigua durante sus horas de trabajo, y ya os imaginaréis lo mucho que ve y averigua.

—En cuanto a recoger periódicos y libros, querida mía —dijo *Faroles*—, es evidente que no me cabe en ello mérito alguno, porque no es ésa misión mía. Lo que pasa, señor, es esto: los conductores de tren vienen y me dicen: «¡Hola, *Faroles*! He recogido este periódico para vuestra hija. ¿Sigue siempre en el mismo sitio?…» Otras veces es el jefe de mozos que me grita: «¡Venid acá y cargad con esto! Son dos volúmenes para vuestra hija. ¿Sigue siempre en el mismo sitio?». Y precisamente por esto me producen mayor satisfacción. Si mi hija tuviese en una caja mil libras, no se preocuparían de ella; pero sabiendo que está como está…, pues por eso, ¿comprendéis? —y *Faroles* se apresuró a agregar—: como no tiene esas mil libras en una caja, se acuerdan de ella. Y en cuanto a las parejas de enamorados, casados o sin casar, es natural que yo traiga a casa las pocas noticias que puedo recoger acerca de ellos, teniendo en cuenta que no hay en todo este pueblo una pareja que no venga espontáneamente a contarle sus cosas a Febe.

La joven alzó triunfalmente sus ojos hacia Barbox Hermanos y dijo:

—Eso sí que es verdad, señor. De haber podido yo levantarme e ir a la iglesia, yo no sé de cuántas bodas habría sido madrina. Pero, de haber ocurrido eso, es posible que algunas de las mozas enamoradas hubiesen tenido celos de mí, cosa que ahora no puede ocurrir; y mi almohada no habría estado tan dispuesta siempre a que la metan debajo el pedazo de pastel de boda, como lo está de esta manera.

Y al decir esto, volvió su cara con un suspiro hacia la almohada y dirigió una sonrisa a su padre.

La llegada de una muchachita, que era la mayor de las alumnas, hizo comprender a Barbox Hermanos que ésa era la criada de la casita, y que venía para trabajar activamente, porque se traía un cubo capaz de taparla a ella, y una escoba que la triplicaba en altura. Se levantó, pues, Barbox Hermanos, pidió permiso para retirarse, y se retiró, diciendo que, si Febe no se oponía, volvería otra vez.

Había mascullado que vendría «si se le ofrecía ocasión en sus paseos».

Seguramente que sus paseos ofrecían magníficas ocasiones para que volviese, porque regresó con el intervalo de un solo día.

—Seguramente que pensasteis que ya no me volveríais a ver jamás —le dijo a Febe en el momento de estrechar su mano y de sentarse junto a la cama.

—Y ¿por qué lo creéis? —fue la sorprendida respuesta.

—Supuse que recelaríais naturalmente de mí.

—¿Decís que naturalmente? ¿Es que habéis inspirado desconfianza hasta ese punto?

—Creo estar justificado contestando que sí. Pero quizá yo también he sido desconfiado. Sea lo que sea, no importa ya. En mi visita anterior hablábamos del Empalme. Desde anteayer he pasado muchas horas contemplándolo.

—¿Habrá que llamaros ya el caballero que va a Alguna Parte? —preguntó sonriente.

—Desde luego que sí: a Alguna Parte; pero no sé aún qué parte es. No sois capaz de adivinar desde dónde vengo viajando. ¿Queréis que os lo diga? Desde que nací vengo viajando.

Las manos de Febe cesaron de trabajar, y se quedó mirándolo con asombro incrédulo.

—Sí —dijo Barbox Hermanos, que no se sentía muy a gusto en la silla—, desde que nací. Soy para, mí mismo un libro ininteligible, cuyos primeros capítulos han sido arrancados, y arrojadas sus hojas. Mi niñez careció de la gracia de la niñez, mi juventud no tuvo el encanto de la juventud.

Y ¿qué puede esperarse de unos comienzos tan lamentables?

En ese momento la mirada de Barbox Hermanos tropezó con la de Febe, y algo pareció removerse dentro de su corazón que le hizo cuchichear:

—Y esta cama, ¿fue acaso un lugar de gracias para la niñez y de encanto para la juventud, como para que quien las ha pasado en ella lo tomase alegremente? ¡Qué vergüenza, qué vergüenza!

Pero Barbox Hermanos se dominó, y, haciendo como que sentía alguna dificultad para tragar, prosiguió:

—El sentirme agraviado por esto que digo constituye en mí una enfermedad. No sé ni cómo he llegado a hablar de ello. Quizá sea porque en otro tiempo deposité mi confianza en una persona de vuestro sexo, y lo hice equivocadamente, porque me traicionó amargamente. Todo yo no soy otra cosa que una sensación de injusticias cometidas conmigo.

Las manos de la joven reanudaron tranquila y lentamente su trabajo. Barbox Hermanos la miró y vio que los ojos de ella seguían pensativos la marcha de las manos. En vista de lo cual, prosiguió:

—Viajo desde que nací, porque el día de mi nacimiento ha estado siempre para mí lleno de terrores. Como el primer cumpleaños que voy a celebrar con libertad será dentro de cinco o de seis semanas, viajo para dejar a los que le precedieron muy atrás

de mí, y para ver si consigo aplastar ese día (o por lo menos quitarlo de mi vista) amontonando nuevos objetos de interés sobre él.

Como Barbox Hermanos se detuvo, ella lo miró, pero se limitó a mover la cabeza como quien no sabe qué pensar. Aquél prosiguió agarrándose a su frase anterior, como si se encerrara en ésta alguna fuerza de propia defensa:

—Esto resulta incomprensible a una persona de vuestra feliz disposición de ánimo. Ya lo sabía, y me felicito de ello. Sin embargo, ya sabréis por vuestro padre que me detuve en el Empalme de Mugby durante este viaje mío, que no pienso interrumpir ya durante todos los días que me queden de vida, porque he desechado ya todo propósito de establecer un hogar fijo. La gran cantidad de ramificaciones del Empalme me dejó vacilante, no sabiendo hacia dónde dirigirme desde aquí.

Y todavía no lo he decidido, porque sigo perplejo entre tantas vías de ferrocarril. ¿Qué pensáis que me propongo hacer? ¿Cuántas líneas de ferrocarril de las que arrancan de este Empalme podéis ver desde vuestra ventana?

La joven miró muy interesada desde la ventana, y contestó:

—Siete.

—Siete —repitió Barbox Hermanos contemplándola con sonrisa triste—. Pues bien: por lo pronto, apartaré todas las demás, y luego iré afinando esas siete hasta dejarlas reducidas a una sola (la que mayores alicientes me ofrezca), y marcharé por ella.

—Y ¿cómo sabréis, señor, cuál es la que os ofrece mayores alicientes? —preguntóle ella, recorriendo el panorama con sus ojos luminosos.

—¡Veréis! —dijo Barbox Hermanos con otra sonrisa triste, pero hablando con mucha mayor soltura—. Lo sabré de esta manera. Donde vuestro padre se las arregla para recoger todos los días tantas noticias con un buen fin, quizá pueda yo recoger de cuando en cuando alguna con una finalidad sin importancia. Es preciso que el caballero que no va a ninguna parte se dé a conocer todavía más en el Empalme. Seguirá explorándolo hasta que pueda incorporar a alguna de las vías el interés de algo que haya visto, oído o descubierto en el punto de arranque de todas. De modo, pues, que su elección de vía la decidirá la elección que haga entre sus descubrimientos.

Sin dejar de darle a las manos, Febe volvió a contemplar el panorama, como si ahora encerrase algo que antes no contenía, y se rió como si encontrase en el mismo un nuevo deleite. Barbox Hermanos prosiguió:

—Pero, puesto que he llegado tan lejos, no debo olvidarme de pediros un favor. Quiero que me ayudéis en este expediente mío. Deseo traeros las noticias que recoja en las cabezas de las siete líneas que miráis desde vuestra cama, para comparar lo que hemos visto respectivamente. ¿Cuento con ello? Suelen decir que dos cabezas valen más que una sola. Yo diría que eso depende probablemente de la calidad de las cabezas. Pero estoy completamente seguro, aunque nos conozcamos de fecha reciente, que vuestra cabeza y la de vuestro padre han descubierto cosas mucho

mejores que las que yo he descubierto en toda mi vida.

Ella le alargó su simpática mano derecha, perfectamente encantada con su proposición, y le dio las gracias con gran interés y gratitud.

—¡Perfectamente! —dijo Barbox Hermanos—. Otro favor más tengo que pediros, ya que hemos llegado a esto. ¿Queréis cerrar los ojos?

Ella los cerró, entre risas juguetonas por lo extraño de la petición.

—Mantenedlos así —dijo Barbox Hermanos yendo con mucho tiento hasta la puerta y volviendo luego junto a la cama—. Tened en cuenta qué habéis empeñado vuestra palabra de honor de no abrirlos hasta que yo os diga que podéis hacerlo.

—Sí, bajo mi palabra de honor.

—Perfectamente… ¿Puedo quitaros un momento vuestra almohadilla de bolillos?

Llena de curiosidad, y sin dejar de reír, apartó las manos de la almohadilla, y él se la quitó.

—Decidme. ¿Visteis las bocanadas de humo y de vapor que lanzó en la vía número siete ayer por la mañana el tren rápido?

—¿La que pasa por detrás de los olmos y de la aguja de la iglesia?

—Esa misma —dijo Barbox Hermanos, mirando hacia allí.

—Sí. Las vi deshacerse.

—¿Y no hubo nada de particular en su lenguaje?

—No —contestó ella alegremente,

—Nada elogioso para mí, desde luego, porque yo iba en ese tren. Iba (no abráis los ojos) a traer esto para vos desde la ciudad industriosa. No abulta ni la mitad que vuestra almohadilla de bolsillo, y puede colocarse con comodidad y sin que resulte pesado en el lugar de ésta. Estas pequeñas teclas son como las de un piano, y se le da con la mano izquierda el aire que necesita. ¡Que podáis ejecutar en ese instrumento melodías deliciosas, querida! ¡Y ya podéis abrir los ojos, que yo me marcho! ¡Adiós!

Con sus maneras desmañadas de siempre, salió y cerró tras sí la puerta, y sólo tuvo tiempo de ver el éxtasis con que ella tomaba entre sus manos el regalo, lo apretaba contra su pecho y lo acariciaba. Aquella visión relámpago alegró su corazón, pero también lo entristeció. De ese modo, si su juventud hubiese florecido siguiendo su curso natural, habría la joven acariciado contra su pecho la adormecedora música de la voz de su propio hijo.

CAPÍTULO II

BARBOX HERMANOS Y COMPAÑÍA

Con la mejor disposición y el más serio interés dio principio el caballero que no iba a ninguna parte, al día siguiente mismo, a sus averiguaciones en el arranque de las siete líneas. En esta crónica veraz se recogen en su lugar debido los resultados de sus averiguaciones, tal cual él y Febe las pusieron después por escrito con buena letra. Pero les llevó mucho más tiempo el re unirlas que el que les llevará jamás el releerlas. Esto es probablemente lo que ocurre con la mayor parte de los libros, con excepción de algunos altamente beneficiosos (para la posteridad), que los grandes genios poéticos que desdeñan escribir en prosa escriben «en algunos momentos de ocio».

Hay que reconocer, desde luego, que Barbox Hermanos no se dio ninguna prisa. Como había puesto su corazón en aquel trabajo voluntario, se recreó en el mismo. Había que agregar a esto el gozo (gozo auténtico para él) de sentarse algunas veces junto a la cama de Febe, escuchando a ésta conforme iba arrancando cada vez mayores discursos a su instrumento de música, y conforme su gusto natural y oído finísimo mejoraba cada día sus primeros descubrimientos. Además de constituir esto un placer, era también una ocupación, y le llevó muchas horas en el transcurso de varias semanas. Y de todo ello resultó que su temido cumpleaños se le echó encima sin que se hubiese vuelto a preocupar de él.

El problema se hizo más apremiante por la circunstancia impensada de que en las entrevistas celebradas (a las que el señor *Faroles* asistió muy pocas veces, aunque radiante de felicidad) no sacó de sus investigaciones ayuda alguna acerca de la línea férrea que debía elegir. Vinculaba algún hecho de interés a esta línea o a la otra, pero no sabía luego deducir de ello razones para dar la preferencia a ninguna. Por eso el día que celebraron la última reunión, se hallaba este punto exactamente igual que al principio.

—Pero, señor —le hizo notar Febe—, después de todo sólo tenemos seis líneas. ¿Es que la séptima está muda?

—¿La séptima línea? —dijo Barbox Hermanos, rascándose la barbilla—. Ésa, como sabréis, es la que yo seguí cuando fui a comprar vuestro pequeño regalo. Ésa es precisamente la historia de la línea séptima, Febe.

—Y ¿no querríais volver a tomar esa línea, señor? —le preguntó ella, vacilante.

—No tengo el menor inconveniente; después de todo, es una gran línea.

—Me gustaría que la tomaseis —contestó Febe con sonrisa persuasiva— por amor a vuestro regalito, que será para mí tan querido. Me gustaría que la tomaseis, porque esa línea de ferrocarril ya no será para mí nunca igual que las demás. Me

gustaría que la tomaseis en recuerdo del gran bien que me habéis hecho, de la nueva felicidad que me habéis traído. Si me dejáis junto a esa vía por la que viajasteis cuando tuvisteis conmigo esta gran generosidad —y al hablar Febe hacía resonar una nota en sordina—, experimentaré la sensación, siempre que mire desde mi ventana, de que ella os conducirá a un fin próspero y que os traerá de vuelta algún día,

—Pues se hará, querida mía; eso es lo que se hará.

Y el caballero que no iba a ninguna parte sacó, por fin, billete para Alguna Parte, y su destino fue la gran ciudad industriosa.

Tanto tiempo se había quedado en el Empalme que, cuando lo abandonó, era ya el día dieciocho de diciembre. Al sentarse en el tren, pensó para sus adentros:

«¡Ya era hora de que me pusiese de veras en camino! Sólo un día completo me separa de aquel del que voy huyendo. Seguiré viaje mañana hacia el país montañoso. Iré a Gales».

Algún trabajo le costó convencerse de que sacaría ventajas indudables de la nueva ocupación que tendrían sus sentidos en las montañas brumosas, en los torrentes crecidos, en la lluvia, el frío, la costa salvaje y las carreteras accidentadas. Pero no lo veía tan claro como hubiera querido. ¿No sentiría ahora la pobre chica, a pesar de su nuevo recurso, la música, un sentimiento de soledad (al principio por lo menos) que no había sentido antes? ¿Vería estas bocanadas de vapor y de humo que estaba viendo ahora él mismo, sentado en el vagón y pensando en ella? ¿Se nublaría la cara de la joven con una expresión pensativa, a medida que esas bocanadas desapareciesen en las lejanías del panorama que ella veía desde la ventana? ¿No habría corregido ella de una manera inconsciente el antiguo descontento que sentía hacia el género de vida que llevaba él, cuando le dijo que le había hecho a ella un gran bien, haciéndole pensar que acaso un hombre puede ser un gran sanador, si se lo propone, aunque no sea un gran médico? Estas y otras meditaciones parecidas se interponían entre Barbox Hermanos y el cuadro que se pintaba de Gales.

Tenía también en su interior esa triste sensación de vacío que sigue a toda separación del objeto que nos interesa, y a todo cese de una ocupación agradable; este sentimiento, completamente nuevo para él, lo intranquilizaba. Más aún: al perder el Empalme de Mugby, había vuelto a encontrarse a sí mismo, y el haber vivido últimamente mejor acompañado no le inclinaba a enamorarse más de su propia persona.

Pero con seguridad que la gran ciudad industriosa no estaba ya lejos. El estrépito y traqueteo que venía experimentando el tren, y el verse envuelto en una multitud de ecos nuevos, no podía significar sino que se acercaba a la gran estación. No significaba nada menos que eso. Y después de algunos tormentosos relampagueos de ciudad, que tomaron la• forma de rápidas apariciones de grandes bloques de casas de ladrillo encarnado, de altas chimeneas de ladrillo encarnado, de visiones de arcos de ferrocarril de ladrillo encarnado, de lenguas de fuego, de grandes masas de humo, de cañadas en forma de canal y de montes de carbón…, el trueno se detuvo al final de su

viaje.

Barbox Hermanos, después de haber visto sus maletas a salvo en el hotel que había elegido, y después de enterarse de la hora de la comida, salió a dar un paseo por las atareadas calles. Empezó a sospechar que el Empalme de Mugby tenía muchísimas ramificaciones, visibles e invisibles, y que le había ligado a un sinfín de caminos secundarios. Poco tiempo antes habría paseado por aquellas calles ciego y ensimismado, mientras que ahora tenía ojos y pensamientos para el mundo exterior. Cómo vivía, amaba y moría el innumerable pueblo de trabajadores; qué maravilloso resultaba clasificarlos por su diverso entrenamiento de la vista y de las manos, por las delicadas diferencias de la vista y del tacto, que establecían entre ellos categorías y subcategorías para producir un todo completo en el que se combinaban sus cerebros y sus músculos, aunque eso todo fuese un simple artículo barato destinado al uso o a la comodidad de la vida ordinaria; la satisfacción que producía el saber que ese reunir ellos una multitud de esfuerzos, y ese contribuir /con sus distintas habilidades conducentes a una finalidad civilizadora, no los degradaba, tal como fue moda un tiempo sostener por algunos recelosos ejemplares efímeros de humanidad, sino que engendraba entre ellos el respeto de sí mismos y un deseo modesto de saber mucho más de lo que sabían (lo que se evidenciaba en primer lugar por la manera cortés y el porte digno con que le contestaban cuando él los detenía para hacerles alguna pregunta; y en segundo lugar, en los anuncios que se veían por las paredes de sus centros populares de estudio y de diversión); estas meditaciones, y otras muchas por el estilo, hicieron que aquel paseo fuese para él memorable, y que empezase a pensar:

«Yo también soy una partícula de un gran conjunto, y si quiero ser útil a mí mismo y a los demás, o ser feliz, debo aunar mi interés a ese interés total, y sacar mi felicidad del conjunto».

Aunque había llegado al término de su viaje por tren a eso del mediodía, prolongó tan insensiblemente sus paseos por la ciudad, de un lado para otro, que ya los faroleros estaban dedicados a su tarea en las calles y las tiendas centelleaban de luz. Esto le hizo recordar que debía regresar a su alojamiento; estaba ya a punto de hacerlo, cuando sintió dentro de su mano otra manecita muy pequeña, y oyó una vocecita que le dijo:

—¡Oh señor, por favor! ¡Me ha extraviado!

Miró hacia el suelo, y vio a una niña pequeña y de cabellos rubios.

—¡Sí, me he perdido, señor, me he perdido! —dijo confirmando sus palabras con un ademán muy serio de su cabecita.

Barbox Hermanos, muy sorprendido, miró en torno suyo en busca de ayuda, no halló ninguna, y dijo, inclinándose para hablar a la niña:

—¿Dónde vives, hija mía?

—No sé dónde vivo —contestó—. Me he perdido,

—¿Cómo te llamas?

—Mariquita.

—¿Y tu otro nombre?

La contestación fue rápida, pero ininteligible.

Barbox Hermanos intentó imitar el sonido, tal cual había creído escucharlo a la niña, y se aventuró a decir:

—Trivits.

—¡Oh, no! —dijo la niña, moviendo negativamente la cabeza—. Nada de eso.

—Repítelo, pequeña.

Aquello no parecía conducir a ninguna parte, porque esta vez el sonido fue completamente distinto.

Barbox se aventuró a preguntar:

—¿Paddens?

—¡Oh, no! —dijo la niña—. Nada de eso.

—Veamos otra vez, querida.

No se adelantaba nada, porque esta vez el apellido se alargó a cuatro sílabas.

—¿Será quizá Tappitarver? —dijo Barbox Hermanos, frotándose la cabeza con el sombrero, completamente desconcertado.

—¡No, no es eso! —afirmó tranquilamente la niña.

Una nueva tentativa para pronunciar el desdichado apellido con gran minuciosidad y esfuerzo extraordinario, acabó dilatándolo hasta las ocho sílabas.

—¡Niña, creo que lo mejor que podemos hacer es renunciar! —dijo Barbox Hermanos con expresión desesperadamente resignada.

—Pero yo estoy perdida —dijo la niña, metiendo aún más su manecita dentro de la de aquél—. ¿No me abandonaréis, verdad?

Si hubo jamás un hombre completamente desconcertado entre la compasión por un lado, y una resolución rayana en la imbecilidad por otro, ese hombre fue Barbox Hermanos.

—¡Perdida! —repetía mirando, a la niña—. Yo sí que estoy perdido. Y ¿qué debo hacer?

—¿Dónde vivís? —preguntó la niña alzando ansiosamente su vista hacia él.

—Por allí —contestó, señalando de una manera vaga en dirección a su hotel.

—¿No sería mejor que fuésemos allí? —dijo la niña.

—Verdaderamente que yo también creo que es lo mejor que podemos hacer —contestó.

Se pusieron en camino, agarrados de la mano. Barbox Hermanos, comparándose con su pequeña acompañante, experimentaba la torpe sensación de que hubiese crecido de pronto hasta convertirse en un absurdo gigante. Ella, en cambio, muy orgullosa dentro de su minúscula opinión por haberlo sacado de tan limpia manera de su no saber qué hacer.

—¿Comeremos cuando lleguemos allí, verdad? —dijo Mariquita.

—Sí —contesto él—; sí, supongo que sí.

—¿Coméis con apetito? —preguntó la niña.

—Sí, bien mirado, creo que sí —contestó Barbox Hermanos.

—Yo como con apetito —dijo Mariquita—. ¿Tenéis hermanos y hermanas?

—Yo no, ¿y tú?

—Los míos han muerto.

—¡Oh! —dijo Barbox Hermanos.

Poseído de aquella absurda sensación de pesadez de alma y de cuerpo que lo abrumaba, no habría sabido cómo proseguir la conversación más allá de este monosílabo, pero la niña estaba siempre preparada para acudir en su ayuda.

—Y ¿qué vais a hacer para divertirme después de comer? —le preguntó revolviendo mimosamente la manecita dentro de la de Barbox Hermanos.

—Por vida mía, Mariquita —exclamó éste, totalmente desconcertado— que no tengo la menor idea.

—Entonces, yo os lo diré —dijo Mariquita—. ¿Tenéis en casa naipes?

—¡Muchísimos! —contestó Barbox Hermanos con acento jactancioso.

—Muy bien. Entonces yo construiré casas, y vos veréis cómo las construyo. Pero no tenéis que soplar.

—¡Claro que no! —contestó Barbox Hermanos—. ¡De ninguna manera! Nada de soplar. Soplar es una cosa mal hecha.

Barbox Hermanos se lisonjeó, convencido de que no lo estaba haciendo mal para un monstruo y un idiota como era él; pero la niña, que había advertido instantáneamente la torpeza de sus intentos para adaptarse a su nivel, echó completamente por tierra aquella lisonjera opinión de sí mismo, diciéndole, compasiva:

—¡Qué hombre más raro sois!

Después de tan melancólico fracaso, Barbox Hermanos se sintió a cada minuto que pasaba más grande y más pesado de cuerpo, y más débil de inteligencia; y se dio por vencido en aquel empeño imposible. No hubo jamás gigante que se sometiese con mayor mansedumbre a que el irresistible Pulgarcito lo pasease en triunfo, como Barbox Hermanos a que Mariquita lo llevase como a un esclavo.

—¿Sabéis muchos cuentos? —le preguntó la niña.

Barbox se vio reducido a la humillación de tener que contestar:

—No.

—¡Pero, entonces, sois un tonto! ¿Verdad?

Barbox tuvo que pasar por la humillación de contestar:

—Sí.

—¿Os gustaría que yo os contase uno? Pero ha de ser con la condición de que os lo aprendáis de memoria, para que podáis luego contárselo a alguien.

Barbox Hermanos aseguró que no habría cosa que le proporcionase satisfacción mayor que el que le enseñasen un cuento, y que pondría humildemente de su parte cuanto pudiese para retenerlo en la memoria.

Entonces Mariquita, moviendo otra vez su mano dentro de la de aquél, como para

dar a entender que iban a divertirse, comenzó a contar una larguísima novela, en la que los párrafos más divertidos empezaban más o menos así: «Y entonces el hada», o «Y entonces el muchacho», o «Y la tarta aquella tenía cuatro varas de circunferencia y dos cuartas de gruesa». El interés del cuento estribaba en la intervención de aquella hada para castigar al muchacho por su glotonería. El hada había fabricado con este objeto aquella tarta, y el muchacho se atracaba de ella hasta no poder más, y sus carrillos se hinchaban, se hinchaban y se hinchaban. Había numerosos detalles complementarios, pero el interés principal culminaba en que el muchacho se comía toda la tarta y a continuación reventaba.

Era de verdad un espectáculo admirable el de Barbox Hermanos, con expresión muy atenta en la cara y con la oreja muy inclinada hacia el suelo, escuchando atentamente, a pesar de los encontronazos que sufría en las aceras de la atareada ciudad, pero no queriendo perder el más insignificante incidente del poema, por miedo a que, cuando lo examinasen algo más tarde, lo suspendiesen.

De ese modo llegaron al hotel. Una vez allí tuvo que decir en el bar, y lo dijo con bastante cortedad:

—Me he encontrado a esta niñita.

Todo el personal de la hostería acudió a ver a la niña. Nadie la conocía. Nadie supo, descifrar su nombre, cuando ella lo pronunció, salvo una doncella que aseguró que era Constantinopla…, que naturalmente no era.

—Cenaré con mi amiguita en una habitación reservada —dijo Barbox Hermanos a los dueños del hotel—, y espero qué tengáis la bondad de avisar a la Policía que la linda niña está aquí. Me imagino que con toda seguridad acudirán muy pronto a dar cuenta de su desaparición, si no lo han hecho ya. Ven conmigo, Mariquita,

Mariquita fue con él, completamente serena y desenvuelta; pero, como el subir las escaleras le resultó bastante difícil, la subió en vilo Barbox Hermanos. La comida fue un éxito trascendental; y durante ella fue espectáculo digno de verse la timidez con que Barbox Hermanos, dirigido por Mariquita, cortó en menudos trozos la carne para ésta y aprendió a regar el plato con salsa, generosamente y con pulso seguro.

—Y ahora —dijo Mariquita—, mientras estamos cenando, sed bueno y contadme el cuento que os he enseñado,

Con temblores de aspirante que se examina para unas oposiciones del Estado, y con gran inseguridad, no sólo respecto a la época en que la tarta apareció en la Historia, sino también acerca de las dimensiones de aquella realidad indiscutible, Barbox Hermanos dio comienzo entre tropezones; pero, gracias a los alientos que le dieron, salió muy airoso. En la manera de remedar la hinchazón de los carrillos y el apetito del muchacho se observaba falta de ímpetu, y el hada de Barbox Hermanos resultó bastante modosita, cosa que hay que atribuir a un secreto deseo de justificarla. Pero, en conjunto, y como primer ensayo inseguro de un monstruo bondadoso, pudo pasar.

—Os dije que fueseis bueno —dijo Mariquita—, y lo sois, ¿verdad que sí?

—Así lo espero —contestó Barbox Hermanos.

Llegó a tal extremo su deseo de ser agradable, que Mariquita, sentada sobre una plataforma de almohadones de sofá, encima de una silla colocada a la mano derecha de Barbox, le dio para animarle un par de golpecitos en la cara con la concavidad grasienta de su cuchara, obsequiándolo también con un galante beso. Pero al ponerse en pie encima de la silla con objeto de otorgarle esta última recompensa, perdió el equilibrio y cayó hacia adelante entre los platos, arrancando a Barbox Hermanos, mientras la sacaba del trance, esta exclamación:

—¡Santos ángeles del Cielo! ¡Creí que habíamos caído al fuego, Mariquita!

—¡Qué cobardes sois! ¿Verdad que sí? —dijo Mariquita una vez vuelta a colocarse en su sitio.

—Sí, soy bastante nervioso —contestó—. ¡Vaya! ¡No hagas eso, Mariquita! No juegues con tu cuchara, porque te vas a caer a un lado de la silla. Y tío levantes las piernas cuando te rías, Mariquita, porque te vas a caer al suelo por encima del respaldo. ¡Vamos, Mariquita, Mariquita! —exclamó Barbox Hermanos dejándose llevar casi de la desesperación—. Estamos rodeados de peligros.

La verdad es que no vio otra manera de salvar a Mariquita de las simas que abrían sus bocas para engullirla que proponerle, una vez terminada la cena, que tomase asiento en un taburete bajo; a lo que la niña contestó:

—Me sentaré, si os sentáis vos también.

Como se imponía ante todo la tranquilidad de espíritu, Barbox Hermanos pidió al camarero que apartase la mesa, trajese un paquete de naipes, un par de taburetes y un biombo; luego se encerró con Mariquita detrás del biombo, delante de la chimenea, formando un abrigado recinto dentro de la habitación. Entonces ofreció Barbox Hermanos el más bello cuadro, sentado en su taburete, con una garrafa de una pinta colocada encima de la alfombra, contemplando cómo Mariquita se desenvolvía con éxito en sus construcciones, y llegando él hasta ponerse amoratado a fuerza de contener el aliento, para no derribar la casa de un soplo.

—Me estáis mirando muy fijamente. ¿Por qué lo hacéis? —preguntó Mariquita en un paréntesis, entre casa y casa.

Sorprendido en un hecho tan vergonzoso, Barbox Hermanos se sintió obligado a reconocerlo y a disculparse:

—En efecto: creo que te estaba mirando con bastante rudeza, Mariquita.

—Y ¿por qué me miráis tan fijamente? —preguntó Mariquita.

—Pues la verdad —murmuró Barbox Hermanos entre dientes—, que no caigo… No lo sé, Mariquita.

—Pues si hacéis las cosas sin saber por qué, debéis de ser seguramente un simple, ¿no es así? —dijo Mariquita.

A pesar de esta reprimenda, Barbox Hermanos siguió mirando a la niña con gran atención, cuando ella inclinó su cabeza sobre el castillo de naipes y sus abundantes rizos le sombrearon la cara.

Y pensó: «Es imposible que yo haya visto antes de ahora a esta linda niña. ¿Habré soñado con ella? ¿Habrá sido en algún sueño doloroso?».

No consiguió aclarar sus ideas, y por eso entró él también en el negocio de la construcción, como peón bajo las órdenes de Mariquita, y construyeron casas de tres, de cuatro y hasta de cinco pisos.

—Escuchad, ¿sabéis quién va a venir? —preguntó Mariquita, frotándose los ojos después de tomar el té.

Barbox se lanzó a adivinar:

—¿El camarero?

—No —dijo Mariquita—; el barrendero. Me está entrando sueño.

¡He aquí otra dificultad para Barbox Hermanos!

—No creo que vengan a buscarme esta noche —dijo Mariquita—. ¿Qué os parece?

También él creyó que no vendrían. Pasó un cuarto de hora; el barrendero no solamente anunció su llegada, sino que llegó efectivamente, y hubo que recurrir a la doncella constantinopolitana, la cual tomó alegremente a su cargo el que la niña durmiese en una habitación cómoda y sana, que ella misma compartiría.

—Hacedme el favor de tener gran cuidado con que no se caiga de la cama —dijo Barbox Hermanos, asaltado por un nuevo temor.

Pero le hizo tanta gracia a Mariquita, que sintió la necesidad de pasarle los bracitos por el cuello, sentado como estaba en el taburete recogiendo los naipes, y acunarlo, poniendo sobre su hombro su gordezuela barbilla.

—Oh, ¡qué cobarde sois! ¿Verdad? —dijo Mariquita—. ¿Es que vos os caéis de la cama?

—Generalmente, no, Mariquita;

—Ni yo tampoco.

Después de esto y para que no se desanimase, Mariquita le hizo un par de caricias tranquilizadoras; a continuación entregó su confiada y minúscula manecita para que se hundiese en las profundidades de la mano de la doncella constantinopolitana, y se alejó corriendo, chachareando y sin el menor rastro de preocupación.

Barbox Hermanos la siguió con la mirada. Hizo que quitasen el biombo y que volviesen a colocar en su sitio la mesa y las sillas, y continuó siguiéndola con la mirada. Paseó por el cuarto durante media hora.

—Es una criaturita encantadora, pero hay algo más. Tiene una vocecita que roba el corazón, pero hay algo más. Esas cosas han influido mucho, pero hay algo más. ¿Por qué tengo la impresión de que conozco a esta niña? ¿Cuál es el recuerdo que despertó vagamente en mí cuando me tocó en la calle, y cuando yo, al mirar hacia el suelo, vi que levantaba sus ojos hacia, mí?

—¡Señor Jackson!

Se volvió sobresaltado hacia la dirección de donde venía el sonido de la voz sumisa, y tuvo la respuesta en la figura que se hallaba en pie en el umbral de la

puerta.

—¡Oh señor Jackson, no os mostréis severo conmigo! Os suplico que pronunciéis una palabra de aliento para mí.

—Sois la madre de Mariquita.

—Sí.

Sí. Mariquita misma podría con el tiempo venir a parar en esto. Exactamente igual que os es posible ver lo que fue la rosa teniendo delante sus hojas marchitas; de la misma manera que podéis ver en las ramas desnudas por el invierno cuál fue su follaje umbroso de los días veraniegos; de esa misma manera podríanse acaso seguir las huellas de Mariquita, en una mujer gastada por las preocupaciones, y con los cabellos grises, como esta que Jackson tenía delante. Tenía delante de sí las cenizas de una hoguera muerta que en otro tiempo había llameado esplendorosa. Aquélla era la mujer que él había amado. Aquélla era la mujer que él había perdido. Había sido tan grande la constancia con que su imaginación había conservado su figura, y de tal manera se había conservado en ella a pesar del tiempo, que ahora, al ver cómo la mano inexorable de éste la había maltratado, su alma se sintió llena de compasión y de asombro.

La condujo a una silla, y él permaneció en pie, apoyado en un ángulo de la repisa de la chimenea, descansando la cabeza en la mano, y con la cara medio vuelta hacia otro lado.

—¿Me visteis acaso en la calle, y fuisteis vos misma la que me señaló a vuestra niña? —preguntó.

—Sí.

—¿Ha sido entonces la criaturita cómplice en el engaño?

—No ha habido engaño. Yo le dije: «Hemos perdido nuestro camino, y tengo que procurar orientarme yo sola. Ve y acércate a aquel caballero, y dile que te has extraviado. Más tarde vendré yo a buscarte». ¿Es que no os habéis fijado en lo niña que es?

—Es niña, pero tiene mucha seguridad en sí misma.

—Quizá por lo mismo que es tan niña.

Después de un corto silencio, el señor Jackson preguntó:

—¿Para qué habéis hecho esto?

—¿Y me lo preguntáis vos, señor Jackson? Lo hice con la esperanza de que vieseis en mi inocente hija algo que ablandase vuestro corazón hacia mí No solamente hacia mí, sino hacia, mi esposo.

El señor Jackson se volvió bruscamente, y se alejó hasta el extremo opuesto de la habitación. Luego regresó con paso más lento, y volvió a adoptar su anterior actitud diciendo:

—Tenía entendido que emigrasteis a Norteamérica.

—Así es; pero la vida no nos trató bien en aquel país, y regresamos.

—¿Vivís en esta ciudad?

—Sí. Doy aquí lecciones diarias de música. Mi marido es tenedor de libros.

—¿Sois, y perdonadme la pregunta, pobres?

—Ganamos lo suficiente para nuestras necesidades. No nace de ahí nuestra angustia. Mi marida está muy, muy enfermo de una enfermedad crónica. No se curará nunca…

—Serenaos. Si necesitáis para ello la palabra confortadora de que antes hablasteis, yo os la doy. No puedo olvidar aquellos tiempos, Beatriz.

—¡Que Dios os bendiga! —contestó ella rompiendo a llorar, y le alargó su mano temblorosa.

—Tranquilizaos. Yo no podría estar tranquilo si vos no lo estáis; el veros llorar me desconsuela como no soy capaz de explicarme. Habladme con toda libertad. Confiad en mí.

La mujer escondió su cara detrás de su velo, y al cabo de un corto espacio de tiempo habló con tranquilidad. Su voz tenía el mismo timbre que la de Mariquita.

—No es que el sufrimiento físico haya en modo alguno trastornado la razón de mi marido; os aseguro que no se trata de eso. Pero, en medio de su debilidad, y del conocimiento que tiene de que se halla incurablemente enfermo, no puede sobreponerse a la obsesión de una idea, y esta idea hace presa en él, amarga todos los momentos de su vida dolorosa y cortará ésta.

Al ver que ella se detenía, el señor Jackson volvió a decirle:

—Habladme con toda libertad. Confiad en mí.

—Antes de esta niña querida hemos tenido cinco hijos, y todos ellos reposan en sus pequeños sepulcros. Mi marido cree que se fueron marchitando hasta morir bajo los efectos de una maldición, y que esa maldición acabará con esta hija lo mismo que con las demás.

—¿Bajo qué maldición?

—Tanto él como yo tenemos sobre nuestra conciencia la mala acción que os hicimos, y yo sé que, si me encontrara tan enferma como mi marido, es muy posible que sufriera en mi alma lo mismo que él. Es éste el peso que le abruma constantemente: «Creo, Beatriz, que yo fui el único amigo que quiso tener en el mundo el señor Jackson, a pesar de que era mucho más joven que él. Cuanto mayor influencia iba él adquiriendo en la casa, más me iba haciendo progresar a mí, y nadie sino yo gozaba de su confianza personal. Me interpuse entre él y tú, y le arrebaté tu persona. Tú y yo obramos con el mayor secreto, y el golpe que recibió lo encontró totalmente desprevenido. Las angustias que nuestro acto debió de producir a un hombre tan reservado debieron de ser terribles, y la ira que despertó, implacable. Seguramente que maldijo a nuestras pobres y lindas florecillas, y éstas se agostaron».

—Y vos, Beatriz, ¿qué decís? —preguntó cuando ella dejó de hablar, y se produjo entre ambos un silencio.

—Hasta hace unas pocas semanas tuve miedo de vos y creí que no perdonaríais jamás, jamás.

—Decís que hasta hace unas pocas semanas —repitió él—. ¿Y habéis cambiado de opinión acerca de mí en estas pocas semanas?

—Sí.

—¿Por qué razones?

—Estaba yo comprando algunas piezas de música en una tienda de esta ciudad, y de pronto, con gran terror mío, entrasteis vos. Yo me eché el velo sobre la cara y permanecí al fondo de la tienda donde estaba oscuro, y oí cómo decíais que queríais comprar un instrumento de música para una joven que estaba impedida en la cama. Había tal bondad en vuestra voz y en vuestras maneras, demostrasteis tan gran interés en la elección del instrumento, y os lo llevasteis vos mismo con tal ternura, cuidado y placer, que comprendí entonces que erais un hombre de corazón bondadoso. ¡Oh señor Jackson, señor Jackson, si hubieseis podido sentir en lugar mío la reparadora lluvia de lágrimas que corrió por mis mejillas!

¿Estaría Febe en aquel instante tocando el instrumento allá lejos en su cama? Al señor Jackson le pareció estarla oyendo.

—Pregunté en la tienda dónde vivíais, pero no pude obtener informes. Yo os había oído decir que regresabais al punto de partida vuestro por el próximo tren, pero no dijisteis a qué población. En vista de eso, decidí hacer acto de presencia en la estación, más o menos a aquella misma hora del día, siempre que me fuese posible hacerlo entre lección y lección, por si tenía la suerte de veros otra vez. Muchas han sido las veces que fui, pero no volví a veros hasta hoy. Ibais por la calle hablando entre dientes, pero la expresión serena de vuestro rostro me dio valor para enviaros a mi hija. Cuando vi que os agachabais para hablarle con ternura rogué a Dios que me perdonase por haber atraído el dolor sobre vuestra persona, Ahora os suplico que me perdonéis, y que perdonéis a mi marido. Yo era muy joven, él era joven también, y en la audacia ignorante de esa edad, no nos damos cuenta de nuestra conducta con las personas que se han educado con mayor disciplina. ¡Qué hombre tan generoso sois! ¡Qué hombre tan bueno! ¡Levantarme de este modo del suelo, y no echarme en cara el crimen que cometí contra vos! —lo decía porque él no había consentido que ella permaneciese de rodillas y la consolaba, igual que hubiera podido hacer un padre cariñoso con una hija extraviada—. ¡Gracias, que Dios os bendiga; gracias!

El señor Jackson sólo habló después de permanecer un rato mirando a la calle, con la cortina de la ventana apartada a un lado. Entonces se limitó a preguntar:

—¿Está dormida Mariquita?

—Sí. Cuando entré en el hotel, vi que subía al piso de arriba, y yo misma la acosté.

—Dejádmela hasta mañana, Beatriz, y escribid vuestra dirección en esta hoja de mi libro de notas. Mañana por la tarde os la devolveré a vos… y a su padre.

* * *

—¡Hola! —gritó Mariquita, asomando su carita alegre y llena de desparpajo por la puerta, a la mañana siguiente y cuando el desayuno estaba preparado—. Pensé que habían venido a buscarme anoche.

—Así fue, Mariquita, pero yo pedí permiso para tenerte conmigo aquí durante el día, y para llevarte a tu casa al anochecer.

—¡Por vida mía que estáis muy frío! ¿Verdad? —dijo Mariquita.

Sin embargo, aquella idea debió de ser del agrado de la niña, porque agregó:

—Me imagino que estoy obligada a daros un beso, a pesar de lo frío que estáis.

Dado y recibido el beso, se sentaron a desayunar con muchas ganas de conversación.

—Claro está que tendréis que divertirme —dijo Mariquita.

—¡Claro que sí! —contestó Barbox Hermanos.

Encantada con las perspectivas que se le presentaban, Mariquita creyó indispensable dejar en el plato su trozo de tostada, cruzar una de sus gordezuelas rodillitas encima de la otra, y darse una palmada con la mano derecha en la mano izquierda, como quien se dispone a entrar en acción. Y después de esto, encogiéndose hasta el punto de convertirse en un simple montoncito de arrugas de gordura, preguntó muy mimosa:

—Y ¿qué es lo que vamos a hacer, mi querido viejecito?

—Pues verás —dijo Barbox Hermanos—. Estaba pensando…, pero, dime, ¿te gustan los caballos, Mariquita?

—Me gustan los *ponys* —contestó la niña—, especialmente cuando tienen las colas largas. Pero los caballos demasiado grandes, no, ¿sabéis?

—Pues bien, Mariquita —prosiguió Barbox Hermanos, con acento de quien hace una confidencia grave y misteriosa adaptada a la importancia de la consulta—, vi ayer en las paredes unos carteles de dos *ponys* de colas largas, y con todo el cuerpo con manchas…

—¡No, no, no! —exclamó Mariquita, extasiada con el deseo de retrasar los detalles encantadores—. ¡No es posible que sean con manchas por todo el cuerpo!

—Sí, con manchas por todo el cuerpo, y esos *ponys* saltan pasando por unos aros…

—¡No, no, no! —exclamó Mariquita igual que antes—. ¡Nunca saltan por unos aros!

—Sí, éstos sí. ¡Te aseguro que saltan! Y además se comen una tarta, adornados con delantales…

—¡Los *ponys* comiendo tarta con delantal! —exclamó Mariquita—. Veo que sois un gran cuentista, ¿no es así?

—Te doy mi palabra de honor… Y además disparan escopetas.

Mariquita no conseguía comprender cómo los *ponys* podían emplear su energía en disparar armas de fuego.

—Y pensaba yo —prosiguió aquel dechado de hombres—, que si tú y yo fuésemos al circo en el que se exhiben esos *ponys*, nos sentaría muy bien a los dos.

—¿Queréis decir con eso que nos divertiríamos? —preguntó Mariquita—. ¡Qué frases más largas empleáis!

Queriendo disculparse por haberse salido de su curso, contestó Barbox:

—Sí, quise decir que nos divertiríamos. Es eso exactamente lo que quiero decir. Existen en ese circo otras muchas maravillas además de los *ponys*, y las veremos todas. Damas y caballeros con trajes adornados de lentejuelas, elefantes, leones y tigres.

Mariquita se quedó mirando a la tetera, y respingó un poco la nariz como si se sintiera algo intranquila.

—Claro está que no saldrán de sus jaulas, ¿verdad? —hizo notar como quien dice una verdad evidente.

—¿Los elefantes, leones y tigres? ¡No, querida, no!

—¡Desde luego que no! —dijo Mariquita—. Y desde luego también que no se asusta nadie de que los *ponys* peguen un tiro a ninguna persona.

—¡Ni muchísimo menos!

—¡Claro, claro, ni muchísimo menos! —dijo Mariquita.

—También estaba yo pensando —prosiguió Barbox—, que si fuésemos hasta una tienda de juguetes para mirar y elegir una muñeca…

—¿Vestida? —exclamó Mariquita palmoteando—. No, no, no; vestida no puede ser.

—Con todo el equipo y además con una casa, y con todos los utensilios necesarios para la misma.

Mariquita dejó escapar un gritito, y pareció a punto de caer en un desmayo de felicidad; se apoyó en el respaldo de la silla, y exclamó lánguidamente;

—¡Sois un verdadero encanto! Acercaos para que os acaricie, porque si no tendré que acercarme yo.

El espléndido programa fue cumplido con el máximo rigor de la ley. Como era esencial que la compra de la muñeca fuese el primer número (porque de no hacerlo así esta damita se perdería el espectáculo de los *ponys*) se empezó por la excursión a la tienda de juguetes.

Mariquita, dentro de la mágica tienda, con una muñeca tan grande como ella en cada brazo, y un bello surtido de otras veinte más ante ella encima del mostrador, presentaba verdaderamente un espectáculo de indecisión, incompatible con la felicidad absoluta; pero esta nubecilla pasó. El encantador modelo sobre el que más veces se había detenido su elección, y al que más veces había rechazado, pero por el que se decidió al fin, era de ascendencia circasiana, y poseía toda la valerosa belleza compatible con una extremada debilidad de boca, combinada con una pelliza de seda azul celeste y bombachos de raso color de rosa, completado todo con un sombrero de terciopelo negro, modelo que esta bella extranjera en nuestras costas norteñas parecía

haber copiado de los retratos de la difunta duquesa de Kent. El nombre que esta distinguida forastera se trajo de las tierras asoleadas bajo un cielo brillante fue el de señorita Melluka (bajo la fe de Mariquita); y lo costoso del equipo de su casa, sacado del arcón de Barbox, puede deducirse de estos dos hechos: sus cucharillas de plata eran tan grandes como el hurgón de su cocina, y las proporciones de su reloj superaban a las de su sartén.

La señorita Melluka tuvo la gentileza de expresar que el circo habla sido de su completo agrado, y lo mismo hizo Mariquita, porque los *ponys* eran en efecto manchados, y cuando hicieron fuego no derribaron a nadie, en tanto que la fiereza de los animales salvajes pareció quedar en humo, porque, verdaderamente, lo echaban en grandes cantidades por sus bocas. Espectáculo digno de verse fue también el de Barbox completamente absorto en lo que veía mientras se realizaron aquellos hechos encantadores; y no fue menos digno de que lo contemplasen durante la comida cuando brindó por la señorita Melluka, sujeta rígidamente encima de la silla frente por frente de Mariquita (porque la linda circasiana no podía doblar su espina dorsal) y cuando llegó incluso a convencer al camarero de que le ayudase a llevar a cabo con el debido decoro la magnífica idea común.

Para terminar el día, hubo la agradable emoción de trasladar a la señorita Melluka con todo su guardarropa y todas sus riquezas, en compañía de Mariquita, al interior de un calesín que debía conducirlos a casa. Pero, para entonces, Mariquita no había podido resistir con los ojos despiertos aquel cúmulo de felicidades, y se había retirado con su conciencia al paraíso maravilloso de un sueño infantil.

—Duerme, Mariquita, duerme; por lo menos, de esta cama no podrás caerte con facilidad —dijo Barbox Hermanos, cuando sintió que ella dejaba caer la cabeza sobre su hombro.

No decimos nada de la hoja de papel que sacó crujiente de su bolsillo, y que dobló y metió con mucho cuidado dentro del pecho del vestidito de Mariquita. Barbox Hermanos no dijo nada acerca de ese papel, y tampoco lo diremos nosotros. El coche los condujo a un modesto suburbio de una gran ciudad industriosa, y se detuvo frente al patio delantero de una casita. Barbox Hermanos susurró al cochero:

—No despertéis a la niña. Yo la llevaré dormida como está.

Haciendo un saludo a la luz que salió a recibirle al umbral de la puerta, y que estaba sostenida por la madre de Mariquita, el portador de ésta entró con la madre y la hija en un cuarto de la planta baja. Allí, tendido sobre un sofá, yacía un hombre enfermo, muy demacrado, que se cubrió los ojos con su mano descarnada.

—Tresham —dijo Barbox con voz cariñosa—, os devuelvo a Mariquita, profundamente dormida. Dadme vuestra mano, y decidme que os encontráis mejor.

El enfermo alargó su mano derecha, inclinó la cabeza sobre la mano que oprimió la suya, y la besó:

—¡Gracias, gracias! Ya puedo decir que estoy bien y que me siento feliz.

—Eso es portarse como un valiente —dijo Barbox—. Tengo un capricho,

Tresham… ¿Podéis hacerme sitio aquí mismo a vuestro lado?

Al decir estas palabras se sentó en el sofá, acariciando la mejilla superior, gordezuela y amelocotonada de la cabecita recostada sobre su hombro.

—Tengo un capricho, Tresham (me estoy haciendo un viejo solterón, y ya sabéis que los viejos solterones suelen a veces tener caprichos), y es el de no entregar a Mariquita, ya que la encontré, a nadie más que a vos. ¿Queréis, pues, recibirla de mí?

Cuando el padre extendió sus brazos para recibir a la niña, los dos hombres se miraron a los ojos.

—¿La queréis mucho, Tresham?

—La quiero tanto que no tengo palabras para decirlo.

—¡Que Dios la bendiga! —prosiguió, volviendo sus ojos hacia aquella carita tranquila, mientras hablaba para ella—. No es mucho, Mariquita, que un hombre ciego y pecador invoque una bendición sobre algo que vale mucho más que él, como lo es esta niña; lo extraordinario sería (extraordinario porque indicaría un cerebro cruel y un alma criminal), que pudiese ser tan malvado que invocase sobre ella una maldición. Sería preferible para él que se atase una piedra de molino alrededor del cuello y que lo arrojasen al mar más profundo. ¡Vive y prospera, mi hermosa niña! —le dio un beso—. ¡Vive y crece, y llega a ser con el tiempo madre de otros niños que sean como los ángeles que ven la cara del Padre!

Volvió a besarla, se la entregó delicadamente a sus padres, y se retiró.

Pero no se marchó a Gales. No, no fue jamás a Gales. Lo primero que hizo fue salir a darse otro paseo por la ciudad, contemplando a la gente en sus trabajos, en sus juegos, aquí, allí, en todas partes, ¿y dónde no? Porque ahora era ya Barbox Hermanos y Compañía, y en la firma antes solitaria había dado él entrada a millares de socios.

Se retiró por fin a su habitación del hotel; en pie delante del fuego, se confortaba con un vaso de bebida caliente que había colocado encima de la repisa de la chimenea; de pronto oyó dar la hora a los relojes de la ciudad, consultó el suyo, y vio que había transcurrido ya la velada, y que estaban dando las doce, Al guardar otra vez su reloj, vio su propia imagen reflejada en el espejo de la repisa de la chimenea, y dijo, sonriente:

—¡Vaya! Ya has entrado en tu cumpleaños. Tienes muy buen aspecto, te deseo que cumplas muchos y muy felices.

Era la primara vez que se felicitaba a sí mismo de aquella manera, y al advertirlo, exclamó;

—¡Por Júpiter! Esto cambia por completo el problema de huir del pro pió cumpleaños de uno. Es preciso que se lo explique a Febe. Además, aquí tengo una larga historia que contarle, y que ha surgido de la línea férrea que no tenía historia alguna. En lugar de ir adelante, volveré sobre mis pasos. Ahora mismo voy a volver por el ascendente X de *Faroles*.

Regresó al Empalme de Mugby; para decirlo de una vez, se afirmó en el

Empalme de Mugby. Era el sitio que le convenía para vivir, y para alegrar la vida de Febe, era el sitio que le convenía para vivir, y para que Febe aprendiese música con Beatriz. Era el lugar que le convenía para vivir, y para llevarse con él de cuando en cuando a Mariquita. Era el lugar que le convenía para vivir, y para alternar a voluntad con toda clase de lugares y personas agradables. Se afincó, pues, allí, y como su casa se alzaba en un lugar elevado, podemos decir de él para terminar, expresándonos como quizá se habría expresado Mariquita (sin irreverencia):

Erase un Viejo Barbox;
vivía en un collado,
vive allí todavía,
si es que no se ha marchado[17].

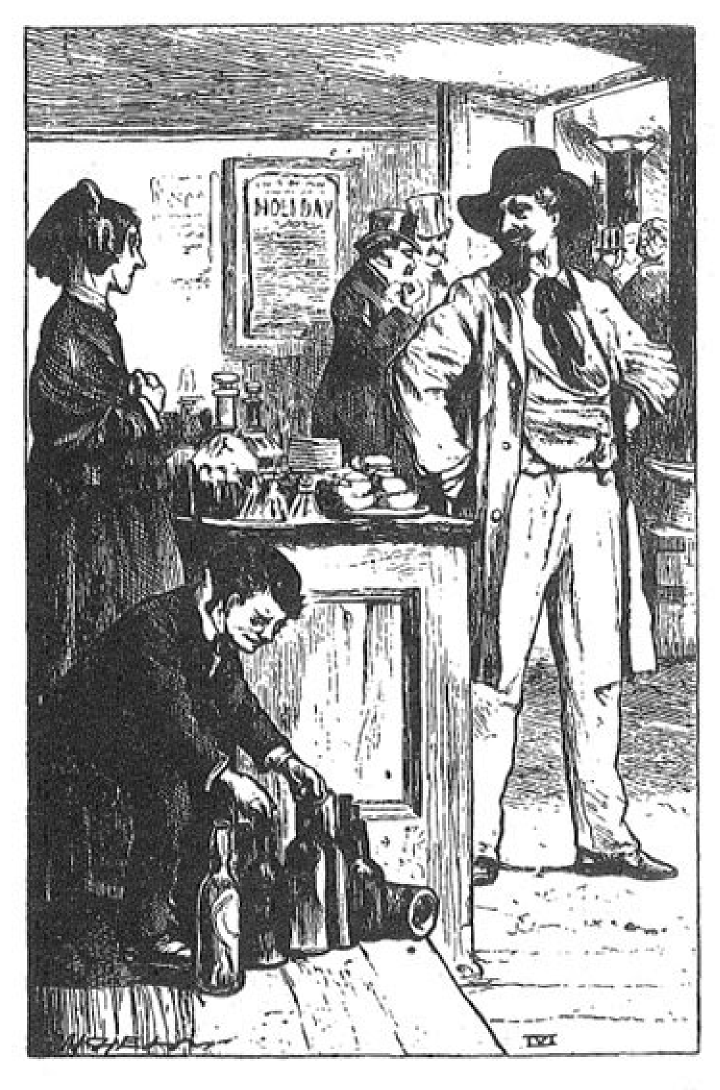
CAPÍTULO III

LÍNEA PRINCIPAL. — EL MUCHACHO DE MUGBY

Soy el muchacho, de Mugby. Más o menos eso es lo que soy.

¿No sabéis lo que quiero decir? ¡Qué lástima! Creo, sin embargo, que lo sabéis, creo que debéis de saberlo. Veamos. Soy el muchacho que sirve en la cantina del Empalme de Mugby, y el gran orgullo mío consiste en que de esa cantina no ha salido nadie satisfecho.

La próxima vez que os bajéis en el Empalme de Mugby con muy poco tiempo disponible, y con ganas de beber algo, pedirle que os sirva a un muchacho que se halla en un rincón de la cantina de la línea descendente del Empalme de Mugby, en el cruce de veintisiete corrientes de aire (las he contado mientras cepillaban en veintisiete sentidos el pelo de los viajeros de primera clase), detrás de una trinchera de botellas, rodeado de vasos, limitado al Norte por la cerveza, a regular distancia por la derecha de un objeto metálico que hace a veces de tetera, y a veces de sopera (según la mayor o menor energía con que se revuelve su contenido, que es siempre a base de lo mismo), separado del viajero por una barrera de rancios bizcochos puestos en montón encima del mostrador, y por último, expuesto lateralmente a las irritadas miradas de la patrona; pedidle que os sirva, digo, a un muchacho que ocupa esa situación; fijaos bien en cómo hace como que no os oye, en que parece como si estuviera ensimismado, examinando la línea a través de un medio transparente compuesto de vuestro cuerpo y de vuestra cabeza, y en que no os sirve mientras no os salgáis de vuestras casillas. Pues bien; ese muchacho soy yo.



Pues bien: ese muchacho soy yo.

¡Qué cosa más divertida es aquello! En Mugby somos un establecimiento modelo, sí… señor. Las demás cantinas de estación envían a Mugby, para que las pulamos, a las jóvenes camareras que no han llegado a la perfección. Nuestra patrona se encarga de ello. Algunas de esas jóvenes son unas corderas cuando son nuevas en el negocio. ¡Pero, ah! Pronto nuestra encargada les quita lo que tienen de corderas. Yo mismo, cuando me estrené en este negocio, era muy mansito. Pero pronto me quitó nuestra encargada mi mansedumbre.

¡Qué cosa más divertida y agradable es aquello! Yo creo que somos nosotros, los de las cantinas de estación, los únicos ferroviarios que ocupamos un puesto orgullosamente independiente. Tenemos, por ejemplo, al vendedor de periódicos… mi ilustre amigo, si me permite que le dé este título…, el que atiende el puesto de libros y revistas de Smith. Se halla tan lejos éste de permitirse las bromas que gastamos en la cantina, como de atreverse a saltar a una locomotora que tiene el vapor a plena presión, ponerla en marcha y guiarla él solo, a una velocidad de correo directo. Si el vendedor de periódicos del puesto de libros de la estación se atreviese a imitar mis desplantes, no acabaría de recibir coscorrones de los viajeros de primera, segunda y tercera de punta a punta del tren.

Y lo mismo digo de los mozos de equipajes, de los guardas, de los taquilleras, y subiendo la escala, del secretario, gerente de tráfico o presidente de la Compañía. No hay ni uno solo entre ellos que se encuentre en el noble pie de independencia que nosotros. Decidme: ¿habéis sorprendido a alguno de ellos, en el momento en que los habéis necesitado, haciendo como que estaban mirando a la línea a través de un medio transparente compuesto de vuestra cabeza y de vuestro cuerpo? Me parece que no.

¡Tendríais que ver nuestro salón de ondulación del Empalme de Mugby! Se entra a él por una puerta que hay detrás del mostrador, y que siempre está medio abierta; es el salón en que nuestras jóvenes camareras y nuestra encargada se dan bandolina en el cabello. Tendríais que verlas metidas en faena, entre tren y tren, dale que dale, dándose bandolina, como si se estuviesen ungiendo para el combate. Y cuando funciona el telégrafo, ¡tendríais que ver cómo respingan todas a una la nariz en son de burla, como si ese gesto fuese parte del funcionamiento de la maquinaria eléctrica de Cooke y Wheatstone! ¡Tendríais que oír cómo da la voz nuestra encargada! "¡Ahí viene la Fiera por su ración!». ¡Y tendríais que ver cómo cruzan indignadas la línea, pasando de la ascendente a la descendente y empiezan a colocar en los platos la rancia pastelería, y a meter los bocadillos de serrín debajo de las campanas de cristal, y a sacar el jerez…!, ¡ja, ja, ja!…, para que reparéis vuestras fuerzas.

Únicamente en esta Isla de los Valientes y en esta Tierra de los Libres (me refiero, naturalmente, a la Gran Bretaña) es el servicio de cantina de las estaciones un descalabro tan eficaz, tan saludable y tan fortificante para el público. Se ha dado el caso de un extranjero que, habiendo pedido cortésmente, quitándose el sombrero, a una de nuestras jóvenes camareras y a la encargada «un vasito de coñac», sin que se diesen por enteradas de otra manera que contemplando la línea todas ellas a través de su cuerpo, iba ya a optar por servirse él mismo, iba como es costumbre, según parece, en su propio país. Pero entonces nuestra encargada, con el pelo casi desbandolinado de ira, y echando chispas por los ojos, voló hacia él, le arrancó de la mano la garrafa y le dijo:

—¡Ponedla en su sitio! ¡No permito semejante cosa!

El extranjero palideció, echó el cuerpo hacia atrás con los dos brazos extendidos hacia adelante, las manos juntas, y los hombros levantados, y exclamó:

—¡Pero que esto sea posible! ¡Que sea posible que la administración de los ferrocarriles emplee a estas desdeñosas jóvenes y a esa vieja, no sólo para que envenenen a los viajeros, sino para que además los insulten! ¡Santo Dios! ¿Cómo puede ocurrir esto? ¿O es que los ingleses son esclavos e idiotas?

En otra ocasión un alegre y despierto norteamericano probó el serrín y lo escupió, probó el jerez y lo escupió, probó inútilmente a restaurar su cuerpo agotado con escocés del bueno, no sin que tuviese que pasar en todo ese tiempo por un buen toque a los cabellos con bandolina y una buena contemplación de la línea a través de su cuerpo; cuando ya sonaba la campana de salida del tren y él pagaba la cuenta a la

encargada, le dijo a ésta en voz muy alta y con el mejor humor:

—Os voy a decir, señora, lo que es esto. ¡Cosa de risa! ¡Eso es! ¡Y me río! He tenido ocasión de ver muchas cosas, porque vengo del otro lado sin límite del Océano atlántico, y he viajado de parte a parte de este otro mundo limitado, por Jerusalén y el Oriente, y por Francia, Italia y toda la vieja Europa, y ahora voy camino de la más importante ciudad de Europa; pero no he visto jamás una combinación como la que formáis vos, vuestras jóvenes camareras, vuestras comidas y vuestras bebidas. ¡Por Dios eterno que no la he visto hasta ahora! ¡Que me lleven todos los diablos hasta lo más profundo del infierno, si no he encontrado la octava maravilla de la Creación, al tropezar con vos, con vuestras jóvenes camareras, vuestras comidas y vuestras bebidas, a menos que esté en un país en el que todos sus habitantes están completamente chiflados! De modo que ya sabéis… ¡Cosa de risa, señora! ¡Eso es! ¡Y me río!

Y se fue al tren, pateando y apretándose las caderas de risa por todo el andén.

Yo creo que fue aquel altercado con el extranjero lo que dio a nuestra encargada la idea de pasar a Francia, para establecer una comparación entre el arte de servir en las fondas de estación, tal cual lo practican en el país de los comedores de ranas y el que impera en la Isla de los Valientes y Tierra de los Libres (repito que, al decir esto, me refiero a la Gran Bretaña). Nuestras jóvenes camareras, las señoritas Whiff, Piff y Sniff, se opusieron unánimes a que hiciese ese viaje; porque, como le decían todas y cada una de nuestras señoritas, es cosa sabida de un extremó a otro de la Tierra que, fuera de Inglaterra, no se sabe nada de nada, pero sobre todo de negocios. «¿Para qué, pues, habéis de tomaros molestia alguna con objeto de demostrar lo que está ya demostrado?». Pero nuestra encargada (que en todas sus cosas le gusta llevar la contraria) se emperró en sus trece y sacó un pase de ida y vuelta por el ferrocarril del Sudeste para viajar, si así le acomodase, hasta Marsella.

Sniff es el marido de la señora Sniff, y es un individuo insignificante. Tiene a su cargo el departamento del serrín en el cuarto de atrás, y cuando nos vemos muy apurados, lo ponemos detrás del mostrador con el sacacorchos. Pero no lo hacemos sino cuando no tenemos más remedio, porque su manera de conducirse con el público es repugnantemente servil. No sé cómo la señora Sniff pudo rebajarse hasta casarse con él; me imagino que él sí que lo sabe, y que desearía no saberlo, porque lleva una vida perra. La señora Sniff no lo trataría peor si fuese uno del público. Y por el mismo estilo, las señoritas Whiff y Piff, poniéndose a tono con la señorita Sniff, lo empujan de un lado a otro al marido de ésta última cuando se le permite salir a descorchar, y le arrebatan las cosas de las manos cuando él, en su servilismo, va a entregarlas al público; y le cortan la palabra cuando, en su bajeza de reptil, se dispone a contestar a alguna pregunta del público; y le arrancan más lágrimas que la mostaza cuando se pasa el día poniendo capas de serrín en los bocadillos (aunque no es mostaza fuerte). En cierta ocasión en que Sniff llegó al acto repugnante de estirarse para alcanzar el cacharro de la leche a fin de servir a un bebé, pude ver cómo nuestra

encargada, fuera de sí de rabia, lo agarró por los dos hombros y lo tiró dando vueltas como un trompo al cuarto de la ondulación y la bandolina.

Pero ¡qué distinta de su marido es la señora Sniff! ¡No hay otra como ella! ¡No hay otra como ella, ya lo veréis, para hacerse la distraída y mirar a otro lado, cuando vos la miráis a ella! Es la que lleva el chalequito muy ceñido con una hebilla, y puños de encaje en las muñecas, que acostumbra tener apoyadas en el borde del mostrador, y que se los alisa mientras el público echa espuma. Esto de alisarse los puños y mirar hacia otro lado mientras el público echa espuma es el último detalle de perfección que se les enseña a las jóvenes camareras cuando vienen a Mugby para que nuestra encargada les dé el pulimento final; y quien se lo enseña es la señora Sniff.

Cuando nuestra encargada emprendió su viaje al extranjero, quedó la señora Sniff a cargo de todo. ¡De qué manera más espléndida supo tener a raya al público! Desde que estoy aquí no he visto nunca dar tantas tazas de té sin leche al público que lo quería con ella, ni tantas tazas de té con leche dadas a gentes que lo querían sin ella.

Y cuando echaban espumarajos, la señora Sniff decía;

—Pues entonces, lo mejor que podéis hacer es, señores, cambiar vosotros mismos de tazas y todos tan contentos.

Aquello fue la juerga más deliciosa. Le tomé más gusto que nunca al negocio de la cantina de la estación de ferrocarril, y me alegré muchísimo de haber entrado tan joven en el mismo.

Nuestra encargada regresó de su viaje. Corrió entre las jóvenes camareras la noticia, que llegó hasta a mí por las rendijas del cuarto de ondular, que traía horrores que contar, si es que tan despreciables revelaciones merecen ese nombre. Se despertó la curiosidad. La excitación espoleaba a todos. La expectación se había puesto de puntillas. Y por último se anunció que en la noche de menos movimiento de la semana, y en la hora de menos movimiento de esa noche, entre tren y tren, nuestra encargada nos expondría sus impresiones en el cuarto de ondular acerca del arte de servir al público en las cantinas de ferrocarril.

El cuarto quedó arreglado con mucho gusto para el acto. La mesa y el espejo de ondular fueron escondidos en un rincón, se colocó un sillón encima de una caja de embalaje, como plataforma de la encargada, y junto a la plataforma una mesa con un vaso de agua (¡nada de jerez, muchas gracias!).

Y como estábamos en el otoño, dos de las alumnas adornaron la pared con malvarrosas y dalias formando tres dibujos distintos. Uno de ellos decía: «¡Ojalá que Albión no aprenda nunca!»; otro, «¡Abajo el público!», y otro, «Derechos de los empleados de cantinas de estación». La impresión que producía el conjunto era bellísima, y correspondía a la belleza de los sentimientos que allí reinaban.

En el ceño de nuestra encargada estaba inscrita la palabra *severidad*, cuando subió a la fatal plataforma (lo cual, desde luego, no constituía una novedad). Las señoritas Whiff y Piff se sentaron a sus pies. Cualquier mediano observador habría visto en la frente de la encargada tres sillas de la sala de espera; en ellas tomaron asiento las

alumnas. Y detrás, si el observador era minucioso, habría distinguido a un muchacho. A mí.

Nuestra encargada, miró lúgubremente a su alrededor, y preguntó:

—¿Dónde está Sniff?

—Me pareció preferible —contestó la señora Sniff— no permitirle la entrada. ¡Es tan burro!

—Desde luego —asintió la encargada—; pero ¿no es por eso mismo de desear que se le den unas lecciones?

—Ése no adelanta por mucho que se le enseñe —contestó la señora Sniff.

—A pesar de todo —prosiguió la encargada—, hacedle venir, Ecequiel.

Lo llamé. La aparición de aquel individuo tan bajuno fue acogida con muestras de desaprobación por todos lados, porque traía en la mano su sacacorchos. Él alegó «la fuerza de la costumbre».

—¡La fuerza! —contestó la señora Sniff—. Por amor de Dios, no nos vengas hablando de fuerza. ¡Vamos, quédate donde estás, de espaldas a la pared, y no abras la boca!

Es un ser huero que sonríe, y siguió sonriendo de la misma manera que sonríe al público siempre que se le da una oportunidad (no se le puede menospreciar más con palabras); permaneció en pie junto a la puerta, con la parte de detrás de la cabeza pegada a la pared, lo mismo que si estuviera esperando a que viniese alguien a tomarle la talla para el ejército.

—Señoras —dijo nuestra encargada—, yo no entraría a revelaros las cosas repugnantes que os voy a contar de no ser con la esperanza de que ellas harán que seáis todavía más implacables en el ejercicio del poder de que gozamos en un país constitucional y en que seáis todavía más fieles a la consigna que tengo delante de mis ojos —la consigna estaba a sus espaldas, pero sonaba mejor el párrafo de esta manera—: «¡Ojalá que Albión no aprenda nunca!».

Al decir esto, las discípulas que habían hecho el lema mostraron su admiración por él y gritaron. «¡Bravo, bravo, bravo!». Sniff, al unirse al coro, logró atraer sobre sí todas las miradas ceñudas.

—La bajeza de los franceses —prosiguió la encargada—, demostrada en el carácter servil de su servicio de cantinas de estación, iguala, si no sobrepasa, a todo cuanto se nos ha dicho de la bajeza del célebre Bonaparte.

Las señoritas Whiff y Piff y yo hicimos una profunda inspiración, que equivalía a decir: «Nos lo imaginábamos». Como parece que a las señoritas Whiff y Piff les molestó que hiciese mi inspiración al unísono con ellas, yo, para molestarlas más, reincidí.

—¿Me creeréis —dijo la encargada echando chispas por los ojos— que en cuanto puse el pie en aquellas playas traidoras…?

En ese momento, Sniff debió de volverse loco de espanto o quizá se puso a pensar en voz alta, y dijo:

—Los pies. En plural, porque tenéis dos.

La manera que tuvo de alebrarse, al ver que todas las miradas se volvían despectivas hacia él, además del sentimiento de su propia ruindad, fueron castigo suficiente para un reptil como aquél. En medio de un silencio, que resultaba más impresionante por el respingar de narices femeninas que lo impregnaba, nuestra encargada prosiguió:

—¿Me creeréis si os digo que, no bien desembarqué —y subrayó esta última palabra con una mirada asesina a Sniff—, en aquellas playas traidoras, cuando fui conducida a una fonda de estación en la que había…, y no lo toméis a exageración…, cosas que verdaderamente podían comerse…?

Del pecho de todas las mujeres salió un gemido sordo. Y yo no solamente me hice el honor de asociarme al mismo, sino que lo prolongué más que ellas. La encargada agregó:

—En la que había no solamente cosas comestibles que comer, sino cosas bebestibles que beber.

Se alzó un murmullo que fue subiendo de tono hasta hacerse casi chillido. La señorita Piff, trémula de indignación, gritó:

—Nombres.

—Los daré —dijo nuestra encargada—. Había pollos asados, fríos y calientes; había ternera asada humeante, rodeada de patatas doradas; había sopa caliente…, ¿me creeréis?…, sin nada de amargo en ella, y no era pura harina para ahogar al consumidor; había una serie variada de fiambres realzados con gelatinas; había ensalada; había, ¡fijaos bien!, pasteles frescos y bien esponjosos; había, botellas y garrafas de un buen vinillo puro; las botellas y garrafas eran de todos los tamaños, como para todos los bolsillos. La misma odiosa afirmación puede aplicarse al coñac; y todo estaba puesto sobre el mostrador, de manera que cualquiera pudiese servirse por sí mismo.

Los labios de la encargada temblaban de tal manera, que la señora Sniff, aunque no menos temblequeante que ella, se levantó y le puso en ellos el vaso de agua.

—Ésta —prosiguió la encargada— fue mi primera experiencia anticonstitucional. ¡Ojalá hubiera sido la última y la peor! Pero no. A medida que fui avanzando en aquel país esclavizado e ignorante, su aspecto se fue haciendo más hediondo. No será necesario que explique yo a esta asamblea los ingredientes que entran en la composición de un bocadillo inglés y la forma en que éste se confecciona, ¿verdad?

Una carcajada universal acogió estas palabras, salvo por parte de Sniff, que, en su calidad de cortador de bocadillos, movió la cabeza en un estado de máximo abatimiento, y volvió a apoyarla en la pared.

—Pues bien —dijo nuestra encargada, con las ventanas de la nariz dilatadas—: Tomad un pan tierno, crujiente, largo, de buena corteza, fabricado de harina blanca de la mejor calidad. Cortadlo a lo largo por en medio. Meted en el centro una buena loncha de jamón que se ajuste perfectamente al pan. Sujetadlo todo por el centro con

una bonita cinta. Agregad en una de las extremidades una funda de limpio papel blanco para agarrar por ella el bocadillo. ¡Y ahí tenéis ante vuestra vista la repugnante imagen del bocadillo universal francés de los bares de estación de ferrocarril!

Todos lanzaron una exclamación de: «¡Qué ignominia!», menos Sniff, que se acarició el estómago con la mano.

—No necesitaré explicar a esta asamblea de qué consta y cómo se equipa por lo general en Inglaterra una cantina de estación de ferrocarril, ¿verdad que no?

No, no y risas, salvo Sniff, que movió de nuevo tristemente la cabeza contra la pared. Nuestra encargada prosiguió:

—¿Qué os parecería que lo decorásemos todo con colgaduras elegantes, con muebles forrados de cómodo terciopelo, con numerosas mesitas, con camareros ágiles y llenos de vivacidad, con toda clase de comodidades, con un ambiente de limpieza y de buen gusto que atrajese al público y que le hiciese creer a la *fiera* que ella se lo merece todo?

Ira desdeñosa de parte de todas las señoras. La señora Sniff, con síntomas de que necesitaría que alguien la sostuviese, y todos los demás, con síntomas de no querer hacerlo. La encargada, presa del más terrible furor, dijo:

—Tres veces, nada menos que tres veces, tuve que ser testigo de estos hechos vergonzosos, sólo desde la costa a París, y eso sin contar las estaciones de Hazebrouck, Arras y Amiéns. Pero queda lo peor. Vamos a ver: ¿qué diríais de una persona que hiciese en Inglaterra la proposición de que se tuviesen a la venta, en lugares como nuestro Empalme modelo de Mugby, unas lindas canastillas, conteniendo cada una comida fría surtida y postre para uno, a precio fijo, que el viajero podría llevarse, para consumir a su comodidad el contenido dentro de un vagón, entregando después el envase vacío a cincuenta o un centenar de millas de la estación en que lo compró?

No hubo acuerdo sobre el calificativo que habría que aplicar a semejante persona. ¿Revolucionario, ateo, vivales (eso lo llamé yo), antiinglés? La señorita Piff se quedó la última y resumió su penetrante opinión en el siguiente chillido:

—¡Un maniático dañino!

—Hago mía —dijo la encargada— la marca de infamia que ha puesto sobre dicha persona, la justa indignación de mi amiga, la señorita Piff. Un maniático dañino. Pues sabed que en el simpático suelo de Francia ha brotado ese maniático dañino, y que su dañina locura se manifestó sin limitaciones en esa misma parte de mi viaje.

Observé que el señor Sniff se frotaba las manos y que la señora Sniff tenía clavados en él sus ojos. Pero no les dediqué mayor atención, debido al estado de excitación en que se encontraban las camareras jóvenes, y a que me sentí obligado a dar un alarido para excitarlas aún más.

—No quiero explayarme acerca de lo que vi en mi viaje al sur de París —prosiguió la encargada con tono patético—. La tarea sería demasiado odiosa. Imaginaos esto. Imaginaos que cuando el tren marcha a toda velocidad va pasando un

guardia por todo el tren preguntando cuántos son los que desean comer. Imaginaos que telegrafía a la estación en que ha de hacer alto el tren el número de cubiertos que hay que tener preparados. Imaginaos que se han dispuesto los cubiertos para todos y que la mesa está ya puesta con toda elegancia. Imaginaos una comida encantadora en un salón encantador, y que el cocinero jefe, preocupado de que cada plato sea presentado con los máximos honores, cuida de todo, ataviado con su gorro y su chaquetilla blanca. ¡Imaginaos a la *fiera* en un viaje de seiscientas millas, a gran velocidad y con toda puntualidad, convencida de que tiene derecho a todas esas cosas!

A coro y con gran brío:

—¡Darle semejante ocasión a la *fiera*!

Me fijé en que Sniff se acariciaba otra vez el estómago y que levantaba una pierna. Pero tampoco ahora le presté mayor atención, porque *me* creí llamado a estimular el sentimiento público. Y, además, porque aquello era una juerga.

—En resumen —dijo la encargada—, que el servicio de fonda de los ferrocarriles franceses puede describirse así: Primero, cosas *comestibles* para comer, y cosas *bebestibles* para beber.

Un ronco gemido de las jóvenes, que yo prolongué.

—Segundo, comodidad y hasta elegancia.

Otro ronco gemido de las jóvenes, que yo prolongué.

—Tercero, precios moderados.

Esta vez el ronco gemido fue mío, y lo prolongaron las jóvenes.

—Cuarto (y sobre esto pido vuestra más airada simpatía), servicio atento, buenos modos corrientes; más aún, cortesía.

Tanto las jóvenes como yo dimos muestras de habernos vuelto locos de atar. La encargada, con toda la mofa y desprecio de que era capaz, prosiguió:

—Después de lo que os he contado, y para terminar, no puedo presentaros un cuadro más completo de aquella despreciable nación, sino asegurándoos que serían incapaces allí de regirse por nuestras costumbres constitucionales y nuestra noble independencia tal como la practicamos en el Empalme de Mugby, ni siquiera durante un mes, y que en cuanto viesen lo nuestro, nos harían dar media vuelta a la derecha, e implantarían otro sistema en nuestras cantinas de estación; y quizá no se tomarían ese tiempo, porque no creo que tuviesen el buen gusto de pasar dos días por nuestro sistema.

El tumulto, que iba tomando cada vez mayor volumen, se cortó de pronto. Sniff, arrastrado por su temperamento servil, había estirado las piernas, cada vez más encantado, y en ese instante lo vimos todos agitando su sacacorchos por encima de la cabeza. Y en ese instante, también la señora Sniff, que no le había perdido un momento de vista, como el obelisco de la fábula, cayó sobre su víctima. Nuestra encargada los siguió fuera, y se oyeron gritos en el departamento del serrín.

Venid a la cantina de la línea descendente del Empalme, sin dar a entender que

me conocéis, y yo os señalaré, por encima del hombro, con mi dedo pulgar derecho, quién es nuestra encargada, y quiénes son las señoras Sniff y las señoritas Whiff y Piff. Pero no habrá modo de que veáis al señor Sniff, porque desapareció aquella noche. No sé si murió hecho pedazos; queda aquí solamente su sacacorchos, como testigo del servilismo de su temperamento.

CAPÍTULO IV

LÍNEA SECUNDARIA NÚMERO I. —EL GUARDAVÍA

—¡Eh! ¡El de allá abajo!

Cuando oyó una voz llamándole de ese modo, se hallaba en la puerta de su casilla, y tenía en la mano una bandera enrollada alrededor de un palo corto. Viendo la naturaleza del terreno, cualquiera habría pensado que aquel hombre no dudaría un momento sobre la dirección que traía la voz; pero, en vez de mirar donde yo estaba, en lo alto de una escarpada trinchera, casi encima de su cabeza, miró a lo lejos, por la línea del ferrocarril. Había algo fuera de lo corriente en la manera que tuvo de hacer esto, aunque yo no habría sabido decir el qué. Pero algo había, y por eso llamó mi atención, a pesar de que su figura aparecía escorzada y sombreada, allá en el fondo de la profunda trinchera del ferrocarril, y de que yo estaba en lo alto, y muy por encima de él, tan embebecido en el resplandor de un sol rabioso, que tuve que hacer pantalla a mis ojos con las manos antes de poder distinguirlo.

—¡Eh! ¡El de abajo!

Después de mirar a los lejos en la vía, se volvió otra vez, levantó los ojos, y me vio.

—¿Hay por aquí algún sendero por el que yo pueda bajar hasta ahí para hablar con vos?

Me miró sin contestarme, y yo le miré desde mi altura sin apremiarle a que contestase en seguida a mi ociosa pregunta. Y de pronto se sintió en el aire y en la tierra una confusa vibración, que se trocó casi en seguida en violento traqueteo rítmico, y en un vendaval que avanzaba con fuerza impetuosa obligándome a echarme hacia atrás por temor a que su fuerza me arrastrase al fondo de la trinchera. Cuando se disipó la humareda en que el tren rápido que acababa de pasar me envolvió, y éste se alejaba por el horizonte, miré de nuevo hacia abajo y vi que el hombre aquel volvía a enrollar la bandera que había exhibido mientras pasaba el tren.

Volví a repetir mi pregunta. Después de una pausa, durante la cual pareció estarme examinando con atención concentrada, me hizo señal con la bandera enrollada, apuntando hacia un lugar que distaría unas doscientas o trescientas varas, y que estaba al mismo nivel. Yo le grité:

—¡Perfectamente! —y me dirigí hacia allá.

A fuerza de examinar los alrededores, descubrí un áspero sendero de escalones que descendía en zigzag, y bajé por él.

La trinchera tenía mucha profundidad, y era extraordinariamente escarpada. Era un corte hecho en piedra pegajosa, y a medida que yo iba bajando, ésta se volvía más

húmeda y escurridiza. Por estas razones tuve tiempo suficiente para recordar que, al señalarme el camino, lo había hecho con una extraña expresión de contrariedad, y como a la fuerza.

Cuando bajé por el camino en zigzag lo suficiente para verlo de nuevo, me fijé en que se hallaba en el centro de la vía por donde acababa de pasar el tren, en actitud de estar esperando que yo apareciese. Tenía la barbilla apoyada en la mano izquierda, la mano derecha cruzada sobre el pecho y el codo izquierdo descansando en ella.

Todo en su actitud denotaba una expectación y vigilancia tan intensas, que me detuve un momento, perplejo.

Reanudé el descenso, y salí al nivel del ferrocarril; al acercarme a él vi que se trataba de un hombre de color cetrino oscuro, de barba negra y cejas espesas. Su casilla estaba situada en el lugar más solitario y triste que jamás he visto. A ambos lados de la casilla, se alzaba un muro de piedra no labrada que rezumaba agua, y que cortaba por todas partes el horizonte dejando ver únicamente una faja de cielo. La perspectiva única que por un lado se ofrecía a la vista era una prolongación retorcida de la gran trinchera; por el otro lado era más corta, y terminaba en una triste luz roja, y en la boca, todavía más triste, de un lóbrego túnel, cuya maciza arquitectura tenía un aspecto bárbaro, deprimente y repulsivo. Era tan escasa la cantidad de luz del sol que penetraba en aquel lugar, que olía a moho y a sepulcro; y era tal la corriente de aire frío que circulaba, que me dio escalofríos, como si hubiese salido del mundo normal.

Antes que aquel hombre se moviese, estaba yo tan cerca de él que hubiera podido tocarle con la mano. Ni aun entonces apartó su mirada fija en mí, pero dio un paso atrás y levantó la mano.

Era aquél un sitio muy solitario para que lo ocupase un hombre (me dije), y desde que dirigí hacia él mi vista desde lo alto, había atraído poderosamente mi atención. Me imaginaba que sería fenómeno muy raro el que llegase por allí alguna visita; sería una rareza, pero me imaginaba que no sería una rareza mal recibida. En mí no vería seguramente sino a un hombre que durante toda su vida se había desenvuelto dentro de límites muy estrechos, y que, al verse libre, sentía un interés nuevo en aquella clase de grandes obras. Con ese objeto le hablé, aunque no estoy ni con mucho seguro de los términos en que me expresé, porque, además de que no dispongo de facilidad para iniciar una conversación, observaba en aquel hombre un algo que me imponía respeto.

Dirigió una mirada muy rara hacia la luz roja que había en la boca del túnel, y revisó con atención el espacio circundante, como observando que allí faltaba algo. A continuación me miró a mí.

¿Era tal vez que aquella luz se hallaba también a cargo suyo? ¿O no era así?

Me contestó en voz baja:

—¿Es que no sabéis que sí?

Intentando yo leer en aquellos ojos que miraban con tal fijeza, y en aquella cara

melancólica, cruzó por mi mente el pensamiento monstruoso de que estaba hablando con un espectro y no con un hombre. De entonces acá he llegado a suponer si no estaría su cerebro enfermo.

A mi vez, di un paso atrás; pero al hacerlo, descubrí en sus ojos cierto temor oscuro de mí, Esto bastó para que desapareciese aquel monstruoso pensamiento.

—Me miráis como si tuvieseis miedo de mí —le dije con una sonrisa forzada.

—Es que tenía la duda de si os había visto ya antes de ahora —me contestó.

—¿Dónde?

Apuntó hacia la luz roja a la que había estado mirando antes.

—¿Allí? —le dije yo.

Sin apartar de mí su intensa mirada, me contestó (pero con voz opaca):

—Sí.

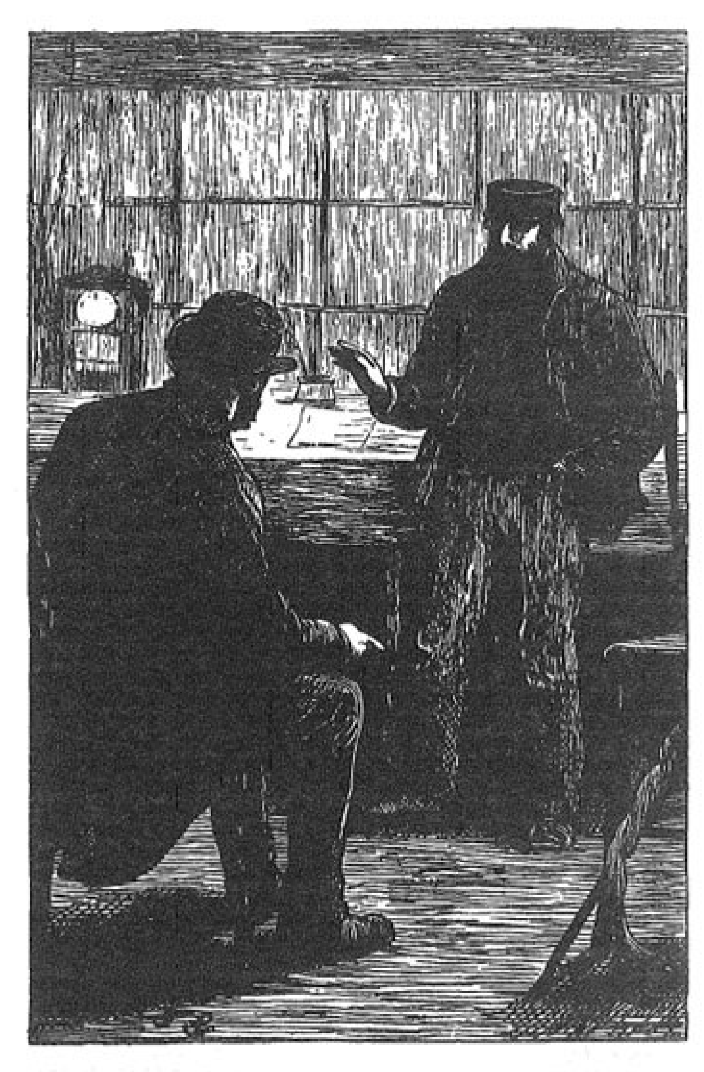
—Pero, buen hombre, ¿qué iba a hacer yo allí? Sea como sea, podéis jurar que no estuve nunca en ese sitio.

—Sí, creo que podría —contestó—. Sí; estoy seguro de que podría.

Sus maneras, al igual que las mías, se iban haciendo más confiadas. Contestó a mis observaciones con rapidez, y con palabras bien calculadas. ¿Tenía mucho trabajo allí? Sí; es decir, sus responsabilidades eran grandes, pero lo único que se le exigía eran exactitud y vigilancia; en cuanto a trabajo manual, a esfuerzo físico, éste era casi nulo. Se reducía a cambiar aquella señal, a tener a punto aquellas luces, a mover de cuando en cuando esta palanca.

Por lo que hace a las horas largas y solitarias a las que yo concedía tanta importancia, todo lo que él podía decirme era que la rutina de su vida había tomado aquella forma, y que había acabado por acostumbrarse. Había aprendido aquí un idioma, si es que se puede llamar aprender un idioma a conocerlo de vista, y haberse trazado uno mismo, de una manera rudimentaria, las reglas de su pronunciación. Había estudiado también las fracciones y los decimales, rozando inclusive un poco el álgebra; pero era, y había sido desde niño, poco fuerte en los cálculos.

¿Era forzoso que estuviese constantemente, durante las horas de servicio, en aquella corriente de aire húmedo, o le estaba permitido subir desde el fondo de aquellos altos muros de piedra a tomar el sol? Eso dependía de las circunstancias, me dijo. En ciertas épocas había en la línea menos movimiento que en otras; y lo mismo podía decirse de determinadas horas del día y de la noche. Cuando hacía buen tiempo, aprovechaba en efecto ciertos momentos para elevarse desde aquellas sombrías hondonadas a planos un poco más altos; pero el alivio era menor del que podía suponerse, porque estaba entonces con el alma en un hilo, pendiente, mucho más que de ordinario, de su timbre eléctrico.



Me condujo a su casilla, en la que había fuego…

Me condujo a su casilla, en la que había fuego, una mesa con un libro oficial en el que tenía que hacer determinados asientos, y un aparato de electricidad, con su esfera, frente y agujas, además del pequeño timbre al que antes se había referido. Al manifestarle que confiaba en que disculpase mi observación de que era hombre que había recibido una buena educación, acaso (si me permitía que lo agregase sin que se diese por ofendido) superior a su posición económica, me hizo notar que no era raro que se observasen entre grandes conjuntos de hombres algunas rarezas de esa clase; que él había oído decir que se daban casos así en los asilos, en las fuerzas de Policía, y hasta en ese último recurso de los desesperados, el ejército; y por propia experiencia sabía que no faltaban tampoco, hasta cierto punto, entre el numerosísimo personal de los grandes ferrocarriles. Durante su juventud había sido estudiante» de filosofía natural, y había asistido a conferencias sobre esta materia (no sabía él si yo le creería, viéndolo en aquella choza… A él mismo se le hacía difícil de creerlo). Pero le dio por hacer locuras, malbarató sus oportunidades, se hundió, y ya no volvió a levantarse. No se quejaba contra nadie. Él mismo se había preparado la cama en que ahora tenía que descansar. Era demasiado tarde para hacerse otra.

Todo esto que yo condenso aquí, lo dijo él en tono muy tranquilo, mirando unas

veces al fuego y otras a mí. De cuando en cuando interponía entre sus frases la palabra «señor», especialmente cuando hablaba de su juventud…, como para darme a entender que él quería que yo no lo tomase sino por lo que era allí. Varias veces se vio interrumpido por el timbre, y tuvo que descifrar telegramas, y enviar las respuestas. En una ocasión tuvo que salir fuera, y desplegar la banderita al paso del tren, dando al mismo tiempo una comunicación verbal al maquinista. Me fijé en que era hombre muy vigilante y de una extraordinaria exactitud en el cumplimiento de sus obligaciones, cortando instantáneamente la palabra, y no reanudando el uso de la misma hasta que había hecho lo que tenía que hacer.

En una palabra, yo habría calificado aquel hombre como el más eficaz para el empleo que desempeñaba, a no ser porque, por dos veces y mientras estaba hablando, había cambiado de color, y vuelto la cara hacia el timbre del telégrafo cuando éste no sonaba, había abierto la puerta de la casilla (que estaba cerrada para que no entrase la malsana humedad) y se puso a mirar hacia la luz roja que había cerca de la boca del túnel. En ambas ocasiones regresó a su lugar junto al fuego con aquella expresión inexplicable que ya había observado en él (sin lograr explicármela) cuando estábamos a mucha distancia el uno del otro.

Cuando me puse en pie para marcharme, le dije;

—Casi me hacéis creer que he estado hablando con un hombre satisfecho de su suerte.

Creo que tendré que confesar que lo hice para darle pie a que hablase.

—Creo que solía estarlo —me contestó, hablando con la voz opaca en que se había expresado al principio—. Pero ahora estoy desconcertado, señor; estoy desconcertado.

De haberle sido posible, creo que habría dado por no habladas estas palabras. Sin embargo, ya habían salido de su boca, y me aferré inmediatamente a ellas.

—Y ¿qué os desconcierta? ¿De qué viene vuestra turbación?

—Es muy difícil de explicarlo, señor, Es muy, muy difícil de explicarlo. Si venís alguna otra vez por aquí, procuraré contároslo.

—Tengo precisamente esa intención. Decidme, ¿cuándo queréis que os haga otra visita?

—Salgo del trabajo a primera hora de mañana, y lo volveré a tomar a las diez de la noche, señor.

—Vendré entonces a las once.

Me dio las gracias y salió de la casilla conmigo; allí me dijo con su característica voz opaca:

—Os mostraré mi luz blanca, señor, hasta que hayáis encontrado el sendero que conduce a lo alto. ¡Pero no me deis ninguna voz cuando lo hayáis encontrado! ¡Ni tampoco me deis ninguna voz cuando hayáis llegado a lo alto!

Parece como si su manera de hablar me hubiese hecho sentir un frío todavía mayor, pero me limité a decir:

—Muy bien,

—¡Y cuando bajéis mañana por la noche, no me llaméis tampoco! Y ahora, permitidme una última pregunta de despedida. ¿Por qué gritasteis esta noche «¡Eh! ¡El de allá abajo!»?

—¡Cualquiera lo sabe! —contesté—. Grité algo para que…

—No digáis que gritasteis algo para que… Gritasteis precisamente esas palabras. Las conozco muy bien.

—Conforme con que fueron esas mismas palabras. Las dije, sin duda, porque os vi en el fondo de la trinchera.

—¿Nada más que por eso?

—Y ¿por qué otra razón las iba yo a decir?

—¿No experimentasteis el sentimiento de que surgían de vos como si os las pusiesen en la lengua de un modo extraordinario?

—No.

Me dio las buenas noches y mantuvo en alto su linterna. Yo caminé por el lado de afuera de la línea descendente (dominado por una desagradable sensación de que se me venía encima un tren) hasta que di con el sendero. Resultó éste más fácil de escalar que de bajar, y llegué sin el menor inconveniente a mi mesón.

Puntual a mi cita, ponía yo mi pie en el primer escalón del zigzag la noche siguiente, en el momento mismo en que los relojes lejanos daban las once.

Él me esperaba al pie, con la luz encendida. Cuando estuvimos cerca, le dije:

—Ya veis que no os he llamado. ¿Puedo ahora hablar?

—¡Naturalmente que sí, señor!

—Pues bien, buenas noches, y aquí está mi mano.

—Buenas noches, y aquí está la mía.

Y, sin más, caminamos el uno al lado del otro, hasta llegar a su casilla, entramos en ésta, cerramos la puerta y nos sentamos junto al fuego. Así que estuvimos sentados, él se inclinó hacia adelante, y empezó a decir, hablando con un tono que era poco más que un cuchicheo:

—He formado el propósito de no da ros ocasión a preguntarme dos veces de qué procede mi turbación. Anoche os tomé por otra persona, y eso es lo que me trae desconcertado.

—¿El haber cometido esa equivocación?

—No. Ese otro por quien os tomé.

—Y ¿quién es él?

—Lo ignoro.

—¿Muy parecido a mí?

—Lo ignoro. Jamás le vi la cara. Siempre camina cubriéndose la cara con el brazo derecho, mientras agita la mano derecha…, en un vaivén violento. De este modo.

Seguí su accionar con la vista; era la manera de accionar de un brazo que hace ademanes con violencia, casi con la máxima furia e ímpetu, como diciendo: «¡Por

amor de Dios, apartaos!».

—Una noche de luna —dijo el hombre—, me encontraba aquí, sentado, cuando oí una voz que gritaba: «¡Eh! ¡El de allá abajo!». Me puse en pie de un salto, miré desde la puerta y vi a ese alguien en pie junto a la luz roja de cerca del túnel, accionando tal como ahora lo he hecho yo. Parecía ronco de tanto gritar: «¡Cuidado! ¡Cuidado!» y también: «¡Eh! ¡El de allá abajo! ¡Cuidado!». Cogí mi farol, lo hice girar para que alumbrase con luz roja, y corrí hacia aquel individuo, gritando: «¿Qué ocurre? ¿Ha sucedido algo? ¿Dónde?». La figura de que hablo estaba justamente del lado de afuera de la negrura del túnel. Me acerqué, me aproximé tanto a él, que me quedé sorprendido al ver que no apartaba de la cara la manga de su brazo. Me fui derecho a él, alargué mi mano para tirarle de la manga, y ya no estaba allí.

—¿Se metió en el túnel? —pregunté.

—No, porque yo me metí corriendo dentro hasta unas quinientas yardas. Me detuve, alcé mi farol por encima de la cabeza, leí las cifras de las distancias, vi las manchas de humedad que corrían por los muros y que goteaban desde el techo en arco. Volví a salir más a la carrera de lo que había entrado (porque sentía en mi interior una verdadera repugnancia hacia aquel lugar), examiné los alrededores de la luz roja, alumbrándolos con mi propio farol de ese color, trepé por la escalera de hierro a la galería que hay en lo alto, bajé otra vez, y corrí a mi casilla.

Y telegrafié en ambas direcciones de la línea: «Han dado una alarma. ¿Ocurre algo?». De uno y otro lado me llegó la misma contestación: «No ocurre novedad».

Haciéndome el insensible al contacto de un dedo helado que me iba dibujando la espina dorsal, le di razones para demostrarle que aquella visión no era sino un engaño del sentido de la vista; y que semejantes visiones, producidas por alguna enfermedad de los delicados nervios que rigen el funcionamiento de los ojos, habían ocurrido con frecuencia a ciertos enfermos; algunos de éstas habían llegado inclusive a darse cuenta de la naturaleza de su padecimiento, por medio de experimentos realizados por ellos mismos. Y agregué:

—En cuanto a ese grito imaginario, no tenéis sino escuchar por un instante al viento, que, mientras nosotros conversamos en voz baja, sopla por esta cañada artificial, y al concierto de arpa que levanta en los alambres del telégrafo.

Después de permanecer escuchando algún tiempo, me contestó que todo eso estaba muy bien, y que él tenía motivos para saber mucho del viento y de los alambres, porque pasaba con frecuencia allí, solo y vigilante, las largas noches invernales. Pero quería hacerme saber que aún no había acabado su relato.

Le pedí que me disculpase, y él agregó lentamente estas palabras, tocándome el brazo:

—Seis horas después de esa aparición de que hablo, ocurrió en esta línea el memorable accidente que ya conocéis, y antes de diez horas eran sacados del túnel y depositados en el lugar en que estaba la visión aquella los muertos y los heridos.

Me corrió por todo el cuerpo un desagradable escalofrío, pero hice todo cuanto

pude para dominarme. Le contesté que no se podía dudar de que se trataba de una notable coincidencia, que por fuerza tenía que impresionarle profundamente. Pero era indudable que a veces ocurrían coincidencias extraordinarias, y que era preciso tenerlas en cuenta al tratar de semejante asunto.

Y como vi que se disponía a replicarme con mi misma observación, agregué que los hombres de buen sentido no concedían gran importancia a esas coincidencias en los cálculos que hacían en la vida corriente.

De nuevo me hizo notar que aún no había terminado.

Y de nuevo le pedí que me perdonase por haberme dejado llevar a interrumpirle.

—De eso que os he contado, hace ya un año —me dijo, apoyando otra vez su mano en mi brazo, y mirando por encima de su hombro con ojos sin expresión—. Pasaron seis o siete meses, y ya me había recobrado de mi sorpresa y de mi desagradable impresión, cuando cierta mañana, en el momento de rayar el día, estando yo en la puerta, miré hacia la luz roja, y vi de nuevo al espectro.

Se calló, y me miró fijamente.

—¿Gritó?

—No. Permaneció en silencio.

—¿Accionó con el brazo?

—No. Se apoyó contra la columna de la luz, cubriéndose la cara con ambas manos. Así.

Una vez más seguí su acción con la mirada. Parecía como si estuviese de duelo. Una actitud idéntica he visto yo en muchas estatuas de las que decoran las tumbas.

—¿Fuisteis hacia él?

—Me metí en la casilla, y me senté. En parte para concentrar mis pensamientos y en parte porque casi me había desmayado. Cuando volví a salir a la puerta, había amanecido, y el fantasma había desaparecido.

—¿Y no ocurrió nada? ¿No ocurrió nada esta vez?

Me tocó en el brazo dos o tres veces con su dedo índice, acompañando esa acción con sendos y lúgubres movimientos afirmativos de cabeza.

—Aquel mismo día, al salir un tren del túnel, vi en la ventana de un coche que daba al lado mío una confusión de brazos y de cabezas, y algo que gesticulaba. Tuve el tiempo justo de hacer al conductor de la locomotora la señal de «¡Deteneos!». El maquinista cortó el vapor e hizo funcionar el freno, y el tren se detuvo a ciento cincuenta varas o más de aquí. Corrí a alcanzar el tren, y antes de llegar oí chillidos y gritos terribles. Una hermosa joven había muerto instantáneamente en uno de los compartimientos. La trajeron aquí, y la depositaron en el suelo, ahí, entre nosotros dos.

Retiré involuntariamente mi silla, mirando primero a las tablas que él indicaba y mirándolo luego a él.

—La verdad, señor. La verdad. Os lo cuento tal y como ocurrió.

No se me ocurría nada que decir en ningún sentido, y tenía la boca muy seca. El

viento y los alambres del telégrafo se hicieron eco de la historia con un largo gemido quejumbroso. Mi interlocutor prosiguió:

—Pues bien, señor: Fijaos en esto, y juzgad si tengo razón para que mi alma se halle conturbada. El espectro se me volvió a aparecer hace una semana, Y desde entonces ha seguido apareciéndose allí a ratos, y con súbitas intermitencias.

—¿Junto a la luz?

—Junto a la luz de *Peligro*.

—Y ¿qué es lo que aparenta hacer?

Mi interlocutor repitió con mayor excitación y vehemencia que antes, si eso es posible, las mismas gesticulaciones de «¡Por amor de Dios, salid fuera de la vía!».

Y siguió diciendo:

—No puedo vivir desde entonces en paz, ni puedo dormir. Oigo que repite con voz angustiada durante varios minutos: «¡Eh! ¡El de allá abajo! ¡Cuidado! ¡Cuidado!». Y me hace señas agitando la mano. Y hace sonar mi timbre…

Aquello me abrió los ojos:

—¿Hizo sonar ayer por la tarde vuestro timbre mientras yo estaba aquí? ¿Fue cuando salisteis a la puerta?

—Dos veces.

—¡Ya veis cómo es vuestra imaginación la que os induce a engaño! Yo tenía los ojos fijos en el timbre; tenía los oídos a la escucha de si el timbre tocaba, y con tanta seguridad como que estoy vivo os aseguro que en esas dos ocasiones no sonó el timbre. No sonó. Sonó, sí, cuando lo hizo funcionar, como es normal dentro de los fenómenos físicos, la estación que comunicaba con vos.

Él movió la cabeza de un lado a otro:

—En cuanto a eso, señor, hasta ahora no he sufrido la menor equivocación. No he confundido jamás el tintineo del timbre del espectro con el de las veces en que lo ha hecho funcionar la mano del hombre. El vibrar del timbre producido por el espectro es un fenómeno extraño que no se parece a nada, y yo no he dicho que la campanillita del timbre se moviese a la vista. No me extraña que vos no oyeseis el tintineo; pero yo sí que lo oí.

—Y cuando salisteis a mirar, ¿estaba allí el espectro?

—Estaba allí.

—¿En ambas ocasiones?

—En ambas ocasiones —repitió con gran firmeza.

—¿Queréis venir a la puerta conmigo, y mirar si está ahora?

Se mordió el labio inferior, como si lo hiciese contra su voluntad, pero se levantó. Yo abrí la puerta y me quedé en el escalón, mientras él se quedaba en el umbral. Allí estaba la luz de *Peligro*. Allí estaba la triste boca del túnel. Allí estaban los muros de piedra, altos y húmedos, de la trinchera del ferrocarril. Y por encima de ellos, las estrellas.

—¿Lo veis? —le pregunté, fijándome con gran cuidado en su cara. Miraba con

ojos saltones y como extraviados, aunque quizá no mucho más que lo que estaban los míos cuando miré hacia el mismo lugar, poseído de ansiedad.

—No —dijo—; no está allí.

—Estamos de acuerdo los dos.

Volvimos a entrar en la casilla, cerramos la puerta, y nos sentamos donde antes estábamos. Meditaba yo en la manera de mejorar todavía más aquella ventaja que había tomado sobre él, si ventaja podía llamársele, cuando el guardavía reanudó la conversación con toda naturalidad, como dando por sentado que entre nosotros no podía existir diferencia alguna sobre la realidad de los hechos, lo que me colocó en una situación por demás insostenible.

—Ya habréis comprendido con toda claridad, señor —dijo—, que lo que a mí me trae conturbado de manera tan terrible es la pregunta de «¿Qué es lo que quiere decir el espectro?».

Le contesté que no estaba seguro de comprenderlo yo mismo por completo.

—¿Contra qué peligro previene su advertencia? —dijo, pensativo, con los ojos puestos en el fuego, y levantándolos sólo raras veces hacia mí—. ¿De qué peligro se trata? ¿De qué peligro? Con seguridad que en alguna parte de la línea amenaza algún peligro. Ocurrirá alguna gran desgracia. Después de lo ocurrido en las ocasiones anteriores, no puede dudarse de que esta tercera vez ocurrirá también. Pero ese constante aparecérseme es una cosa cruel. ¿Qué puedo hacer yo?

Sacó el pañuelo y se enjugó los goterones de sudor que le corrían de la frente febril. Y luego prosiguió, enjugándose las palmas de sus manos:

—Si telegrafío en ambos sentidos de la línea anunciando peligro, no puedo dar una explicación. Me metería en un berenjenal, y no adelantaría nada. Pensarían que estoy loco. He aquí como pasarían las cosas… Telegrama: «Peligro. Tened cuidado». Contestación: «¿Qué peligro? ¿Dónde?». Telegrama: «Lo ignoro, pero ¡por amor de Dios, tened cuidado!». Me quitarían el puesto. ¿Qué otra cosa iban a hacer?

Daba una pena inmensa la angustia de su alma. Era la tortura mental de un hombre de conciencia, al que abruma de un modo intolerable una responsabilidad incomprensible de la cual dependían vidas humanas.

—¿Por qué, cuando apareció por vez primera en pie, bajo la luz de *Peligro*, no me dijo en qué lugar iba a ocurrir el accidente…, si es que éste era inevitable? —prosiguió el guardavía, echándose hacia atrás los negros cabellos, en un movimiento de las manos que recorrían sus sienes de adelante hacia atrás, delatando una angustia máxima y febril—. ¿Por qué no decirme cómo podía ser evitado…, si es que podía serlo? Y cuando se me apareció por segunda vez, ¿por qué no me dijo: «Esa mujer va a morir, que se quede en su casa»? Si en ambas ocasiones se me apareció únicamente para demostrarme que sus advertencias eran verdaderas, y para prepararme de ese modo para la tercera, ¿por qué no advertirme ahora con toda claridad? ¡Y aparecérseme a mí, Señor! ¡A un pobre guardavía de un puesto solitario como éste! ¿Por qué no se le aparece a alguien que tenga autoridad para que le crean, y que

disponga de poderes para actuar?

Al ver al desdichado en semejante estado de ánimo, me pareció que todo lo que yo podía hacer, en bien suyo y por la seguridad del público, era serenar su ánimo. Por lo tanto, prescindiendo de toda discusión acerca de la realidad o irrealidad de las apariciones, le expuse que quienquiera que estuviese atento a cumplir con sus obligaciones debía hacerlo a conciencia; que debía por lo menos servirle de consuelo el saber cuál era su obligación, aunque no supiese la verdad de aquellas condenadas apariciones. Y en este sentido tuve mucho mayor éxito que con mis razonamientos para sacarle de su error. Se tranquilizó; a medida que avanzaba la noche, las obligaciones inherentes a su cargo fueron exigiendo cada vez más su atención; me despedí de él a las dos de la madrugada. Me había ofrecido a pasar en su compañía toda la noche, pero no quiso oír hablar de semejante cosa.

No veo razones para ocultar el hecho de que, a medida que yo subía por el sendero en escalones, me volví más de una vez para mirar hacia la luz roja; que no me inspiró ninguna simpatía esa luz; que aquella noche si hubiese tenido que poner mi cama debajo de ella, no habría dormido ni medio bien. Ni me agradaban tampoco las dos secuelas de las apariciones; el accidente ferroviario y la muerte de la mujer. No veo tampoco razón para ocultarlo.

Pero lo que me preocupaba sobre todo era el pensamiento de lo que yo debía hacer, puesto que me habían hecho depositario de aquella revelación. Yo había tenido ocasión de comprobar que el guardavía era hombre inteligente, despierto, esforzado y exacto en el cumplimiento de su deber, pero ¿durante cuánto tiempo seguiría, siéndolo si se prolongaba aquella angustia suya? Aunque el cargo que desempeñaba era muy secundario, su responsabilidad era, sin embargo, muy grande. ¿Me gustaría, a mí, por ejemplo, que mi vida dependiese de que aquel hombre continuase o no cumpliendo con precisión sus deberes?

Incapaz de dominar el sentimiento de que sería obrar de un modo algo desleal el comunicar a sus superiores, dentro de la Compañía de ferrocarriles, lo que él me había confiado, sin antes hablarle con toda franqueza proponiéndole una norma intermedia de conducta, decidí por último ofrecerme a acompañarlo (guardando mientras tanto el Secreto) para que lo examinase el médico mejor de que tuviésemos noticia por aquellos lugares, ateniéndonos luego a su opinión. Según dijo, cambiaría de horario a la noche siguiente y estaría libre una o dos horas después que amaneciese, para entrar de nuevo en servicio después de la puesta del sol. Y yo me había citado con él en consecuencia.

La noche siguiente hizo un tiempo muy agradable, y salí desde primera hora de paseo con intención de disfrutarlo. Aún no se había acabado de hundir el sol en el horizonte, y yo cruzaba un sendero por un campo próximo a lo alto de la gran trinchera. Llevaba el propósito de seguir camino adelante durante media hora, e invertir otra media en el camino de regreso, para dirigirme luego a la casilla del guardavía.

Antes de seguir en mi paseo, me acerqué al borde de la trinchera y miré mecánicamente al fondo, desde el mismo sitio que ocupaba cuando lo vi por vez primera. Imposible describir el estremecimiento que se apoderó de mí cuando distinguí, cerca de la boca del túnel, la figura de un hombre que se tapaba la cara con la manga del brazo izquierdo, mientras agitaba furiosamente el brazo derecho.

El horror indecible que se apoderó de mí desapareció en el acto; me di cuenta en seguida de que se trataba, en efecto, de un hombre, y que tenía a poca distancia de él a otro grupo de personas, ante quienes parecía estar reproduciendo las gesticulaciones del aparecido. Aún no había sido encendida la luz de *Peligro*. Había junto a la columna de esa luz una casilla muy pequeña, completamente desconocida para mí, construida con algunos postes de madera y una lona embreada. No abultaba más que una cama.

Bajé por el camino en escalones a toda la velocidad que me fue posible, dominado por el sentimiento de que algo malo había ocurrido. Cruzó por mi imaginación, como un relámpago, un temeroso remordimiento de que había ocurrido alguna equivocación fatal desde que yo me separé de aquel hombre sin haber dado ningún paso para que enviasen a alguien que lo vigilase o rectificase lo hecho por él.

—¿Qué ocurre? —pregunté a aquellos hombres.

—Un tren mató esta mañana al guardavía, señor.

—¿Al hombre que tenía su puesto en esa casilla?

—Al mismo, señor.

—¿Será al guardavía que yo conozco?

—Si tratabais con él lo reconoceréis sin duda, porque ha conservado la cara completamente serena —me dijo el que hablaba por los demás, descubriendo su cabeza y levantando una punta de la lona embreada.

—¡Oh! Y ¿cómo pudo ocurrir esto, cómo pudo ocurrir esto? —pregunté, mirando primeramente a unos y luego a otros, cuando volvió a cerrarse la pequeña casilla.

—Lo atropelló una máquina, señor. No había en Inglaterra hombre más conocedor de sus obligaciones. Pero, no se sabe por qué razón, marchaba por la vía, dentro de la trinchera. Era ya de día. Había apagado la luz, y llevaba la linterna en la mano. Estaba vuelto de espaldas a la máquina cuando ésta salió del túnel, lo derribó y destrozó. Ahí tenéis al conductor de la máquina, que nos estaba explicando de qué manera ocurrió el accidente. Explícaselo a este caballero, Tomás.

El hombre, que vestía un burdo traje negro, volvió al sitio en que estaba antes, junto a la boca del túnel, y dijo:

—Al salir, dentro del túnel, de la curva que éste forma, vi al guardavía al final de aquél; lo vi como si lo estuviese mirando por un cristal de los que muestran los objetos en perspectiva. No había tiempo suficiente para frenar y yo sabía, además, que era hombre muy cuidadoso. Al ver que no parecía hacer caso del silbato, cerré éste, y me puse a gritarle con todas mis fuerzas cuando nos echábamos encima de él.

—¿Qué le gritasteis?

—Le grité: “¡Eh! ¡El de allá abajo!

«¡Cuidado! ¡Cuidado! ¡Por amor de Dios, apartaos!».

Me sobresalté.

—Fue un momento terrible, señor… No dejé un momento de gritarle. Me tapé la cara con este brazo para no ver, y con este otro estuve avisando hasta el último instante; pero todo fue inútil.

Sin alargar el relato para hacer resaltar unas circunstancias más que otras, permítaseme subrayar la coincidencia de que la advertencia del maquinista al desdichado guardavía no solamente encerraba las palabras que este último me había dicho una vez y otra que le obsesionaban, sino también las que yo, no él, había agregado, y esto únicamente de un modo mental, y los ademanes del brazo que aquél había imitado.

SIN SALIDA

***No Thoroughfare**, 1867*

OBERTURA

Año y día del mes: noviembre trece de 1835. Hora de Londres, según el gran reloj de la catedral de San Pablo: las diez de la noche. Todas las iglesias de menor importancia de Londres se desgañitan por sus gargantas metálicas. Algunas empiezan de una manera petulante, adelantándose a la solemne campana de la catedral; otras se retrasan, y tocan cuando aquélla ha dado ya tres, cuatro, media docena de campanadas; pero todas concuerdan lo suficiente para dejar una resonancia en el aire, como si el padre alado que devora a sus hijos hubiese dado, al volar por encima de la ciudad, un sonoro golpe con su guadaña gigantesca.

Y ¿cuál es ese reloj más retrasado que todos los demás, y más próximo a nuestro oído, que se quedó esta noche tan atrás que ha, dado sólo las campanadas? Es el de la Inclusa. Hubo un tiempo en que a los expósitos se los recibía sin hacer preguntas, en una cuna, junto a la puerta de entrada. Pero en la actualidad se hacen preguntas respecto a los niños expósitos, y se recibe a éstos, como haciendo un favor, de manos de las madres que renuncian a sus hijos para siempre.

La luna está en lo alto del cielo, y la noche es buena, con ligeras nubecillas en el cielo. Pero el día no ha tenido nada de agradable, porque las calles están negras de barro y fango, espesado con las gotas de una niebla cerrada. La dama cubierta con un velo que ronda por los alrededores de la puerta trasera de la Inclusa necesita ir esta noche bien calzada.

Va de un lado para otro, evitando la parada de coches de alquiler, y deteniéndose con frecuencia a la sombra del extremo de la pared occidental, pero vuelta siempre de cara hacia la puerta. De la misma manera que tiene por encima de ella la pureza del cielo iluminado de luna, y debajo de ella las contaminaciones del pavimento, podía quizá dividírsela también a ella, desde el punto de vista de su alma, en dos mitades de luminosidad y de baldón. Y lo mismo que sus pisadas, en el ir y venir, forman un laberinto en el fango, también las huellas de su vida se han confundido formando una maraña intrincada e imposible de desenredar.

Se abre la puerta trasera de la Inclusa y sale de ella una mujer joven. La señora que pasea fuera se aparta a un lado, mira atentamente, ve que la puerta ha vuelto a cerrarse sin ruido desde el interior, y echa a andar detrás de la joven.

Han cruzado ya dos o tres calles en silencio, y la mujer, que ha seguido muy de cerca a la joven, alarga de pronto el brazo y toca a ésta con la mano. La joven se detiene y se vuelve a mirar sobresaltada.

—Anoche me tocasteis, y cuando volví la cabeza no me hablasteis. ¿Por qué me seguís como un fantasma silencioso?

—No fue que yo no quisiese hablaros, sino que no pude hacerlo cuando lo intenté —contestó la señora en voz baja.

—¿Qué es lo que pretendéis de mí? Yo no os he hecho nunca daño alguno.

—Nunca, es cierto.

—¿Os conozco acaso?

—No.

—¿Qué queréis entonces de mí?

—Aquí tenéis, dentro de este papel, dos guineas. Aceptad mi modesto obsequio y os lo diré.

La joven, que es honrada y bien parecida, se sonroja y contesta:

—En esa gran institución a la que pertenezco no hay nadie, persona mayor o criatura pequeña, que no hable bien de Sarita. ¿Tendrían de mí esa buena opinión si yo fuese persona que se dejase comprar?

—No es mi propósito compraros; sólo quiero recompensaros muy modestamente.

Sarita, con firmeza pero con cortesía, cierra y aparta la mano que le ofrece el regalo, y contesta:

—Estáis muy equivocada, señora, si creéis que haré por dinero, y no por bondad, cualquier cosa en la que pueda serviros. ¿Qué es lo que deseáis?

—Sois una de las enfermeras y cuidadoras del Asilo; os he visto salir del mismo esta noche y anoche.

—Sí, lo soy; me llamo Sarita.

—Hay en vuestra cara una expresión de paciencia y de agrado que me da pie para creer que los niños pequeños han de aficionarse pronto a vos.

—¡Dios los bendiga! Así es.

La señora alza su velo y muestra un rostro no más viejo que el de la enfermera. Es un rostro de expresión mucho más refinada e inteligente que el de ésta, pero desatinado y con huellas de sufrimiento.

—Soy la desdichada madre de un bebé que fue entregado hace poco a vuestros cuidados. Deseo haceros una súplica.

Con un respeto instintivo a la muestra de confianza que le ha dado al levantarse el velo, Sarita (que en todas sus cosas es mujer sencilla y espontánea) vuelve a bajárselo, y empieza a llorar.

—¿Queréis escuchar mi súplica? —insta la dama—. ¿Verdad que no os mostraréis sorda al ruego angustiado de una suplicante desconsolada como yo?

—¡Santo Dios, Santo Dios! —exclama Sarita llorando—. ¿Qué debo contestar? ¿Qué puedo contestar? No habléis de súplicas. Las súplicas hay que dirigírselas al Buen Padre de todos, y no a las enfermeras y otras personas por el estilo. Además, yo sólo he de permanecer en mi cargo medio año más, mientras se adiestra otra joven. Voy a contraer matrimonio. Ni anoche, ni esta noche me tocaba salir; pero Ricardo, el joven con quien voy a casarme, está enfermo, y yo ayudo a su madre y a su hermana en la tarea de velarlo. ¡No lo toméis así, no lo toméis así!

—¡Oh Sarita buena, Sarita querida! —gime la dama, agarrándose suplicante a su vestido—. Ya que vos vivís esperanzada y yo desesperada; ya que se abre ante

vuestros ojos una vida hermosa, que no podrá jamás abrirse para mí; ya que vos podéis aspirar a ser una esposa respetada, y una madre orgullosa; ya que vos sois una mujer que vive y ama, y tenéis que morir…, ¡atended por amor de Dios a mi loca petición!

—¡Ay, pobre, pobre, pobre de mí! —exclama Sarita, culminando su desesperación en el pronombre—. ¿Qué puedo hacer? ¡Ved como os aprovecháis de mis propias palabras contra mí! Os digo que me voy a casar, y os lo digo precisamente para que veáis que es cierto que dejo mi cargo, y que por eso no me será posible serviros, pobrecita señora, y me contestáis que es una crueldad el que yo me case y no os ayude… Eso no está bien. ¿Verdad que no está bien, pobre señora?

—¡Sarita, querida mía, escuchadme! Mi súplica no os compromete a nada para el futuro, porque se refiere al pasado, y os la puedo decir en dos palabras.

—¡Ay de mí, que esto va de mal en peor, si es que no me equivoco acerca de esas dos palabras a que os referís! —exclama Sarita,

—No os equivocáis. ¿Qué nombre y qué apellido han dado a mi pobre niño? Es lo único que deseo que me digáis. He leído algo acerca de las normas que se siguen en el Asilo. Ha sido bautizado en la capilla, y registrado en el libro con algún nombre y apellido. Lo recibieron en el Asilo el lunes durante las primeras horas de la noche. ¿Qué nombres le han puesto?

De no haberla sostenido Sarita, la dama, llevada por la ansiedad de su súplica, se habría dejado caer de rodillas en el suelo fangoso de la calle lateral hacia la que ambas se habían desviado, una calle solitaria y sin salida, que terminaba en los oscuros jardines del Asilo.

—¡No hagáis eso, no hagáis eso! Habéis conseguido que empiece a ablandarme. Dejad que os mire otra vez a ese lindo rostro. Poned en mis manos las dos vuestras, Y ahora, prometedme que jamás me pediréis nada más que estas dos palabras.

—¡Jamás, jamás!

—Y que, si os las digo, no haréis nunca mal empleo de ellas.

—¡Jamás, jamás!

—Gualterio Wilding.

La dama apoya la cara en el pecho de la enfermera, la aprieta contra sí en un estrecho abrazo, murmura una bendición y pronuncia estas palabras:

—¡Besadle de mi parte!

Y desapareció.

* * *

Año y día del mes: el primer domingo de octubre de 1847. La hora de Londres por el gran reloj de San Pablo: una y media de la tarde. El reloj de la Inclusa va hoy de acuerdo con el de la catedral. Han terminado los oficios religiosos en la capilla, y los niños recogidos están comiendo.

Según suele ocurrir de manera corriente, son muchos los que ven comer a los niños. Dos o tres administradores, familias enteras de la congregación, otros grupos más pequeños de ambos sexos y personas solas de distintas categorías. Un brillante sol de otoño da de lleno sobre los niños; las ventanas de pesados marcos, a través de las cuales brilla, y las paredes de artesonado sobre las que los rayos del sol se reflejan, son exactamente iguales que las que vemos en los dibujos de Hogarth. La atracción principal es el refectorio de las niñas (con las que están mezclados los niños más pequeños). Unas limpias mujeres se deslizan silenciosas alrededor de las mesas en las que reinan el orden y el silencio; los visitantes van y vienen, o se detienen según su capricho; no es raro que se oigan, entre cuchicheos, algunos comentarios sobre la cara de aquel niño o niña que hace el número tantos a partir de tal o cual ventana; muchas de esas caras tienen rasgos, que merecen atraer la atención. Algunos de los visitantes ajenos a la casa son ya habituales, hasta el punto de que han establecido cierta relación con los ocupantes de determinados asientos o de determinadas mesas y hacen alto en esos lugares para inclinarse y decir algunas palabras. Esta amabilidad no desmerece nada porque digamos que se detienen donde algo los atrae personalmente. A pesar de la insignificancia de estos incidentes, ellos contribuyen a poner una nota agradable en la monotonía de los salones, largos y espaciosos, y en la doble línea de caras.

Entre esos visitantes se mueve una señora que lleva la cara cubierta con un velo, y que está acompañada. Se diría que ni la curiosidad ni la comodidad la han llevado hasta entonces a ese lugar. Parece como que se hallara algo conturbada por aquel espectáculo, y marcha a lo largo de las mesas con paso vacilante y maneras inseguras. Llega por fin al refectorio de los niños, que gozan de mucha menor popularidad que las niñas, hasta el punto de que no hay allí ningún visitante cuando la señora se pone a mirar desde el umbral de la puerta.

Pero junto al umbral y del lado de dentro, precisamente, se halla una señora anciana que lo vigila todo; parece una especie de encargada o administradora. La señora le hace algunas preguntas corrientes:

—¿Cuántos niños hay? ¿A qué edad los suelen dedicar a un oficio fuera del Asilo? ¿Se da con frecuencia el caso de niños aficionados al mar?

De ese modo va haciendo la dama otras preguntas en tono cada vez más bajo, hasta que llega a ésta:

—¿Cuál de los niños es Gualterio Wilding?

La matrona mueve negativamente la cabeza. Aquello va contra las reglas.

—¿Sabéis cuál es Walterio Wilding?

La matrona siente con tal viveza la atención con que los ojos de la dama están clavados en su cara, que mantiene los suyos propios fijos en el suelo, para que no la traicionen al mirar en dirección al niño por quien la otra pregunta.

—Yo sé quién es Walter Wilding, pero no me corresponde a mí, señora, dar nombres a los visitantes.

—Pero podríais mostrármelo sin pronunciar ninguna palabra.

La mano de la dama se acerca disimuladamente a la mano de la matrona. Una pausa y un silencio. La matrona, sin que parezca que habla con la dama, dice:

—Voy a recorrer las mesas. Seguidme con la mirada. Me detendré a hablar con un niño, pero ése no es el que os interesa. En cambio, el niño sobre el que yo pondré mi mano es Walter Wilding. No me habléis más, y apartaos un poco.

La dama obedece la indicación rápidamente, entra en la sala y mira a su alrededor. Al cabo de unos momentos, la matrona, con el aire de seriedad propio de su cargo, camina por la línea de mesas empezando por la izquierda. Recorre toda la fila, y luego vuelve por la parte interior. Dirige una mirada disimulada hacia la visitante, se detiene, se inclina hacia adelante y habla. El muchacho al que dirige la palabra levanta la cabeza y contesta. Al desgaire y con simpatía, la matrona apoya su mano, mientras escucha, sobre el hombro del niño que está a la derecha del otro. Para que la visitante pueda verlo bien, conserva al contestar la mano sobre el hombro del niño y antes de marcharse le da dos o tres palmaditas. Termina su inspección de las mesas sin tocar a ningún otro, y sale del largo comedor por la puerta contraria.

Se ha terminado la comida, y entonces la dama recorre por la parte exterior la línea de mesas empezando por el lado izquierdo, llega hasta el final, se vuelve y hace el recorrido de vuelta por la parte interior. Por suerte para ella, han entrado otras personas, y se han distribuido por el comedor. Ella alza su velo, se inclina hacia el niño al que palmeó la matrona y le pregunta cuántos años tiene.

—Tengo doce, señora —le contesta clavando su mirada brillante en los ojos de la dama.

—¿Estás bien y eres feliz?

—Sí, señora.

—¿Tomarías de mi mano estos dulces?

—Si tenéis la bondad de dármelos.

La dama se inclina profundamente con este objeto, y al hacerlo toca la cara del niño con su frente y con sus cabellos. Después de esto, baja otra vez el velo, sigue su camino y sale del comedor sin volver la cabeza hacia atrás.

ACTO I

SE LEVANTA EL TELÓN

Un patio de la City de Londres, que era callejón sin salida para vehículos y viandantes. Un patio o plazoleta que arrancaba de una calle en cuesta, resbaladiza y ondulante, que iba desde Tower Street hasta la orilla de Middlesex del río Támesis; allí es donde está la casa de negocios de Wilding y Compañía, comerciantes de vinos. Probablemente, como jocoso reconocimiento de las dificultades que ofrecía esta vía de acceso, se daba al punto más próximo al extremo de la misma en que se podía entrar en el río (si el caminante tenía mal olfato) el apodo de Escalinata Rompecrismas. Y a la plazoleta misma se la conocía de antiguo con el apodo de La Esquina del Inválido.

Muchos años antes del 1861 había dejado la gente de ir a embarcar en la Escalera Rompecrismas, y los barqueros de prestar servicio en ella. La pequeña plataforma fangosa se había ido hundiendo en el río por un lento proceso de suicidio, y todo lo que quedaba de las glorias pasadas de la Escalera Rompecrismas eran dos o tres raigones de postes y una argolla de amarre de hierro todo mohoso. Es cierto que muy de tarde en tarde atracaba a este lugar alguna gabarra cargada de carbón, y que algunos laboriosos descargadores parecían surgir como del fango, entregaban el cargamento por aquellos alrededores, desatracaban la gabarra y desaparecían; pero en la mayor parte del tiempo, el único comercio que se hacía por la Escalinata Rompecrismas lo originaba el transporte de barricas y botellas, unas veces llenas y otras vacías, unas veces procedentes de los señores Wilding y Compañía, comerciantes de vinos, y otras dirigidas a ellos.

Pero incluso este tráfico era intermitente, y durante las tres cuartas partes de sus pleamares aquel indecoroso, sucio y pardusco río se acercaba solitario a lamer y golpear la mohosa argolla de atraque, igual que si hubiese oído hablar de los Dux y del Adriático, y quisiese contraer matrimonio con el gran mantenedor de su inmundicia, el muy ilustre señor alcalde.

A unas doscientas cincuenta varas hacia la derecha, en la cuesta arriba de la colina, de enfrente (subiendo desde el terreno bajo de la Escalinata Rompecrismas), se hallaba la Esquina del Inválido. Toda La Esquina del Inválido pertenecía a los señores Wilding y Compañía, comerciantes de vinos. Sus bodegas horadaban el terreno por debajo, y su casa lo dominaba por encima. A decir verdad, aquélla había sido una gran casona en los tiempos en que los comerciantes vivían dentro de la City, y tenían sobre sus puertas una solemne marquesina sin sostén visible, como los tornavoces de los púlpitos antiguos. Tenía también cierto número de estrechas aberturas que hacían de ventanas, y que estaban distribuidas por su seria fachada de ladrillo como para darle una fealdad simétrica. En lo alto del tejado, se alzaba una cúpula con una campana.

—El hombre que a los veinticinco años puede calarse el sombrero y decir que ese sombrero cubre la cabeza del dueño de esta finca y del negoció que se realiza dentro de esta finca, puede, señor Bintrey, creo yo, mostrarse profundamente agradecido, sin llegar a jactancioso. No sé cuál será vuestra opinión, pero a mí al menos así me lo parece.

De esta manera se expresaba don Gualterio Wilding hablando con su abogado en su propio escritorio; y para acompañar la acción a la palabra, cogió el sombrero de la percha en que estaba, se lo puso y después volvió a colgarlo, para no sobrepasar su modestia natural.

Eton Gualterio Wilding era hombre inocente, franco en sus palabras y juvenil, de cutis extraordinariamente sonrosado y blanco, y de tipo un poco demasiado corpulento para su juventud, aunque de buena estatura. Tenía los cabellos oscuros y rizados, y los ojos alegres, simpáticos y azules. Era hombre extraordinariamente comunicativo; su locuacidad brotaba como manantial incontenible de su satisfacción y de su gratitud. En cambio, el señor Bintrey era hombre cauto, con ojillos pequeños y parpadeantes, incrustados en una cabeza voluminosa y calva; el señor Bintrey disfrutaba, sin dejarlo ver, pero de una manera intensa, con la comicidad de cuanto suponía franqueza de lengua, de mano o de corazón.

—Sí; sí, ¡ja, ja! —dijo el señor Bintrey.

Había encima de la mesa una botella, dos vasos de vino y un plato de galletas.

—¿Os agrada este oporto añejo de cuarenta y cinco años? —preguntó el señor Wilding.

—¿Si me agrada? —repitió el señor Bintrey—. ¡Bastante, señor, bastante!

—Es del rincón mejor de la sección de cuarenta y cinco años de nuestras bodegas —dijo el señor Wilding.

—Muchas gracias, señor —dijo el señor Bintrey—. Es un vino de lo mejor.

Volvió a reírse, mientras levantaba el vaso y miraba al trasluz del mismo, de lo ridículo que era convidar con un vino semejante.

—Y me parece, señor Bintrey —dijo Wilding disfrutando de un modo infantil con tratar de negocios—, que ya lo hemos dejado todo arreglado.

—Todo está arreglado —contestó Bintrey.

—Nos hemos asegurado un socio…

—Nos hemos asegurado un socio —repitió Bintrey.

—Hemos puesto un anuncio pidiendo una ama de llaves…

—Hemos puesto un anuncio pidiendo una ama de llaves —dijo Bintrey— y que «se dirija personalmente a La Esquina del Inválido, Great Tower Street, de diez a doce…», saldrá mañana, dicho sea de paso.

—Se han liquidado todos los negocios de mi querida madre…

—Liquidados todos —dijo Bintrey.

—Se han pagado todos los débitos.

—Se han pagado todos los débitos —dijo Bintrey, con una risa glogloteante, que

obedecía probablemente al detalle cómico de que habían sido pagados sin el menor regateo.

—Sólo con nombrar a mi querida madre difunta pierdo todavía mi entereza, señor Bintrey —prosiguió el señor Wilding, enjugándose con el pañuelo los ojos cuajados de lágrimas—. Ya sabéis cuánto la amaba; vos, que erais su abogado, sabéis cuánto me amaba ella a mí. El amor que nos teníamos era el mayor que puede existir entre una madre y un hijo. Desde el día en que me recogió no hemos tenido un solo disgusto ni se interrumpió por un momento nuestra felicidad. ¡Trece años en total! ¡Trece años al cuidado de mi madre y ocho de hijo reconocido confidencialmente! ¡Ya sabéis la historia, señor Bintrey! ¿Quién sino vos va a saberla?

El señor Wilding, mientras hacía estos comentarios, sollozó y se enjugó las lágrimas, sin intentar en modo alguno disimularlo.

El señor Bintrey paladeó el oporto que tan cómico le resultaba, y dijo después:

—Conozco la historia.

—Mi difunta y querida madre, señor Bintrey —prosiguió el comerciante de vinos —, fue objeto de un gravísimo engaño, y sufrió cruelmente. Pero mi difunta y querida madre no abrió jamás los labios, que tenía sellados acerca de este tema. Sólo Dios sabe quién la burló y en qué circunstancias. Mi difunta madre jamás traicionó el nombre de quien la había traicionado a ella.

El señor Bintrey volvió a paladear su vino, y contestó:

—Había tomado esa resolución, y supo permanecer tranquila —el guiño divertido que hizo al decir esto, parecía agregar con claridad esta otra coletilla—: Y en eso vos no estaréis jamás a su altura.

—Honrarás a tu padre y a tu madre, para que sean largos tus días sobre la tierra —dijo el señor Wilding, sollozando, al recitar esta parte de los mandamientos—. Cuando yo estaba en la Inclusa, señor Bintrey, me encontraba en tales apuros para cumplir este mandamiento, que me entró el recelo de si mis días sobre la tierra serían cortos. Pero más adelante llegué a honrar a mi madre desde lo más profundo de mi corazón, y ahora honro y reverencio su memoria —Wilding, jadeando todavía con la misma inocencia y sin ocultar sus lágrimas, prosiguió—: Durante siete años felices, mi madre me colocó bajo contrato con mis antecesores en el negocio, Pebbleson Nephew. Su afectuosa previsión me hizo entrar también de aprendiz en la. Compañía de Cosecheros de Vino, y me estableció a su debido tiempo como vinatero independiente; realizó, en fin, todo lo que hubiera podido desear la mejor de las madres. Cuando llegué a la mayoría de edad, me hizo cesión de la parte que ella había heredado de este negocio; ella también compró más adelante con su dinero todo el negocio de Pebbleson Nephew, y pintó el rótulo de Wilding y Compañía; me dejó después todo cuanto poseía, menos el anillo de duelo que lleváis. ¡Y, sin embargo, ha dejado de existir! —exclamó con un nuevo estallido de sincero afecto—. Hará poco más de medio año que vino a esta plazuela para leer con sus propios ojos sobre la puerta el rótulo de «Wilding y Compañía, Vinateros». ¡Y, sin embargo, ha dejado de

existir!

—Es triste, pero eso es lo que nos espera a todos, señor Wilding. Todos dejamos de existir en un momento u otro —comentó el señor Bintrey, y dando un suspiro de placer, sometió al vino de Oporto añejo de cuarenta y cinco años a esa condición universal.

—Pues bien, señor Bintrey —prosiguió Wilding, guardándose el pañuelo y pasándose las yemas de los dedos por sus párpados—: ahora que no me es ya posible dar mis pruebas de amor y de respeto a la madre querida hacia la que mi corazón se sintió misteriosamente atraído por la Naturaleza desde la primera vez que, como una señora extraña, me habló un domingo en que yo estaba sentado a la mesa en la Inclusa, puedo por lo menos dar pruebas de que no me avergüenzo de ser un expósito, y de que yo, que no he conocido nunca a mi padre, quiero ser para todos mis empleados como un padre —el señor Wilding, entusiasmándose con su propia locuacidad, prosiguió—: Por consiguiente, quiero tener un ama de llaves muy buena que gobierne esta casa-habitación de Wilding y Compañía, Vinateros, Esquina del Inválido, de manera que pueda yo hacer que en ella reinen en parte las antiguas relaciones que había entre dueños y empleados. Quiero, pues, vivir en el mismo lugar en que gano mi dinero. Quiero sentarme todos los días a la cabecera de la mesa en que los empleados míos comerán juntos, comiendo yo del mismo asado y de los mismos guisos, y beber de la misma cerveza, que ellos. Quiero que mis empleados puedan aposentarse bajo el mismo techo que yo; quiero que podamos, uno y todos… Os pido perdón, señor Bintrey, pero es que me he acordado de pronto de aquella antigua canción, y os agradeceré mucho que me acompañéis hasta la bomba.

El señor Bintrey, alarmado por la excesiva rubicundez de su cliente, no perdió un instante y lo condujo hasta el patio. Fue cosa fácil, porque el escritorio donde ambos estaban hablando daba a ese patio, por un costado de la casa-habitación. Una vez allí, el procurador, obedeciendo a una señal de su cliente, dio a la bomba con energía, y éste se lavó con ambas manos la cara y bebió un buen trago de agua; después de tomar estos medicamentos, declaró que se sentía mucho mejor. Cuando regresaron al escritorio, y mientras el señor Wilding se secaba en una toalla circular que había detrás de una puerta interior, el señor Bintrey le dijo:

—No os dejéis llevar demasiado de vuestros buenos sentimientos.

—No; no me dejaré emocionar —contestó el señor Wilding, mirando por entre la toalla—. No me dejaré llevar por la emoción. ¿Es que me he mostrado confuso en mis razonamientos?

—De ninguna manera. Habéis razonado con toda claridad.

—¿Dónde habíamos quedado, señor Bintrey?

—Estabais hablando…; pero yo, en vuestro caso, no volvería a emocionarme reanudando tan pronto el tema.

—Tendré buen cuidado. Tendré buen cuidado. ¿Dónde estábamos cuando se me ocurrió aquella canción, señor Bintrey?

—Estábamos en el asado, el guisado y la cerveza —contestó el hombre de leyes apuntándole el tema por su cuenta—. En que viviríais bajo el mismo techo…, en que unos y todos…

—¡Ya! Y en que unos y todos acabaríamos cantando juntos…

—¿Sabéis que yo en vuestro caso me abstendría verdaderamente de dejar que mis buenos sentimientos me emocionasen? —aconsejó de nuevo el hombre de leyes con ansiedad—. Probad otra vez el remedio de la bomba.

—En este momento, no; en este momento, no. Pues bien, señor Bintrey: uno y todos formando una especie de familia. Veréis, señor Bintrey: yo no pude llevar en mi niñez la clase de vida individual que han llevado, más o menos, otros muchos individuos en la suya. Una vez que salí de la niñez, viví do-minado por la idea de mi difunta y querida madre. Perdida ésta, me veo con mayores aptitudes para ser una persona de un conjunto que para vivir aislado y por mí mismo. Ser eso que digo, y cumplir al mismo tiempo con mis deberes hacia las personas que dependen de mí, ligándolas a mí; es una cosa que tiene un aspecto patriarcal y agradable. No sé cómo os parecerá a vos, señor Bintrey, paro yo lo veo de ese modo.

—Yo no tengo en este caso importancia alguna; sois vos el que la tiene toda —contestó Bintrey—. Por consiguiente, es de poca importancia lo que a mí me parezca o no me parezca.

—A mí —dijo radiante el señor Wilding— se me representa como una cosa optimista, útil y encantadora.

—¿Sabéis —apuntó de nuevo el hombre de leyes— que yo en vuestro caso no me emo…?

—No, no me voy a emocionar. Además, tenemos a Hændel,

—¿A quién? —preguntó Bintrey.

—A Hændel, Mozart, Haydn, Kent, Purcell, al doctor Arne, a Greene, Mendelssohn. Me sé de memoria los coros de los himnos de la colección de la capilla de la Inclusa. ¿Por qué no hemos de aprendérnoslos todos juntos?

—¿Quiénes habrían de aprendérselos, todos juntos? —preguntó el hombre de leyes, con bastante sequedad.

—El dueño y sus empleados.

—¡Ah, vamos! —contestó Bintrey, dulcificado, porque había creído que la contestación sería «el abogado y su cliente»—. Ése es otro asunto.

—¿Cómo va a ser otro asunto, señor Bintrey? Es el mismo. Es una parte del lazo que ha de unimos. Formaremos un coro en alguna iglesia tranquila que esté cerca de esta plazoleta, y después de haber cantado, juntos y satisfechos, un domingo, regresaremos a casa y almorzaremos, juntos y satisfechos también. Lo que yo me propongo de todo corazón en la actualidad es poner este sistema en práctica sin mayor dilación, de manera que mi nuevo socio lo encuentre ya funcionando al entrar en la sociedad.

—¡Que tenga un gran éxito! —exclámó Bintrey levantándose—. ¡Que prospere

vuestro plan! ¿Creéis, pues, que José Ladle querrá participar en Hændel, Mozart, Haydn, Kent, Purcell, el doctor Arne, Greene y Mendelssohn?

—Espero que sí.

—¡Ojalá que todos se aprovechen del plan! —contestó Bintrey con gran cordialidad—. Adiós, señor.

Se dieron un apretón de manos y se separaron. Después de esto (y después de llamar en la puerta con los nudillos, pidiendo permiso), entró a visitar al señor Wilding, por la puerta de comunicación que separaba el despacho particular de este señor y el de sus escribientes, el jefe de bodegas de Wilding y Compañía, Vinateros, que antes había sido jefe de bodegas de Pebbleson

Nephew. Era el Juan Ladle de que habían hablado. Hombre lento y grave, de la clase de los carros pesados de la arquitectura humana, vestido con traje de pana de cordoncillo y delantal vinolento, que parecía ser una mezcla de felpudo y de piel de rinoceronte.

—Deseo hablaros a propósito de ese proyecto de vivir aquí como en pensión, mi joven amo Wilding —dijo.

—¿Qué tenéis que decir, José?

—Hablando por mí mismo, mi joven amo, y yo no he hablado ni hablo jamás por otra persona, os diré que no deseo ni comer ni aposentarme aquí. Pero si vos tenéis el gusto de darme de comer y aposentarme, sea. Yo soy para la comida tan poco exigente como cualquiera. Para mí no es lo importante dónde como, sino qué es lo que como. Ni siquiera importa esto para mí tanto como la cantidad que como. Y ¿hemos de vivir en la casa todos, mi joven amo? ¿Los otros dos bodegueros, los tres repartidores, los dos aprendices y los peones?

—Sí; y espero que seremos todos una familia bien unida, José.

—¡Ah! —contestó José—. ¡Ojalá que lo sean!

—¿Que lo sean? Diréis más bien que lo seamos, José.

José Ladle movió negativamente la cabeza, y contestó:

—No contéis conmigo para ello, mi joven amo; no, con los años que tengo y con la clase de vida a que me he acostumbrado. Se lo tengo dicho muchas veces a Pebbleson Nephew, y siempre que me dijeron: «José, mirad el asunto con rostro más alegre», yo les contestaba: «Caballeros, todo eso está muy bien para vosotros, que estáis acostumbrados a injerir vuestro vino en el cuerpo por el conducto jovial de vuestro gaznate; vosotros podéis mirarlo con rostro más alegre; pero yo estoy acostumbrado a injerir mi vino por los poros de la piel; el vino tomado por ese conducto obra de distinta manera: deprime. Una cosa es, caballeros, echarse los vasos al cuerpo en un comedor con el acompañamiento de un ¡hip, hurra! y la canción de ¡*Qué alegres compañeros somos todos!* y otra cosa es el que se os meta el vino dentro por los poros, en una bodega oscura, baja de techo y en una atmósfera de moho y humedad. Es la misma diferencia que hay entre las burbujas y los vapores». Eso fue lo que le dije a Pebbleson Nephew. Y eso digo ahora. Durante toda mi vida he sido

bodeguero y he vivido con el pensamiento concentrado en mi trabajo. ¿Cuáles han sido las consecuencias? Soy un hombre de ideas tan confusas como el que más (no encontraréis a otro hombre más embotado que yo), ni encontraréis a otro que me iguale en melancolía. ¿Me vais a cantar aquello de llenad bien vuestros vasos, que no se pierda gota, que e] vino los cuidados hace olvidar y emboba?…

Sí. Es posible que sí. Pero probad a llenaros vos mismo de vino en un subterráneo y por todos vuestros poros aunque no tengáis gana.

—Siento mucho oíros hablar de ese modo, José. Yo había llegado incluso a pensar que os reuniríais con nosotros para formar en la casa una clase de canto.

—¿Yo, señor? No, no, mi joven amo, no daré ocasión a que sorprendáis a José Ladle echando a perder la armonía. Yo, señor, fuera de mis bodegas, no soy otra cosa que una máquina de comer; pero si creéis que vale la pena de establecer en vuestra casa de negocio eso que decís, bien venido seáis.

—Lo creo, José.

—Pues no digáis una palabra más, señor. Las consignas del negocio son mi ley. ¿Y vais a tomar al joven amo Jorge Vendale como socio en esta vieja casa?

—Así es, José.

—¡Ya veis que son más cambios aún! Pero no volváis a cambiar otra vez el nombre de la firma. No lo hagáis, mi joven amo. Ya es bastante mala suerte el haberlo cambiado por el de vos mismo y compañía. Hubiera sido mucho mejor que continuaseis con el de Pebbleson Nephew para que siguiera siempre con la misma buena suerte. Cuando la suerte viene bien no se la debe cambiar nunca, señor.

—Pues, en eso al menos, os diré que no es mi propósito cambiar otra vez el nombre de la casa, José.

—Me alegro mucho de saberlo, y os doy los buenos días, mi joven amo. Pero hubierais hecho otro tanto de bien dejando el mismo nombre que antes tenía. Habríais hecho otro tanto de bien dejando correr la buena suerte en lugar de atravesaros en su camino —masculló José Ladle entre dientes, en el momento de cerrar la puerta, acompañando sus palabras con movimientos negativos de cabeza.

ENTRA EL AMA DE LLAVES

El comerciante de vinos se hallaba a la mañana siguiente sentado en su comedor, para recibir a las personas que viniesen a ofrecerse para ocupar el puesto vacante en su casa. Era aquélla una habitación antigua revestida de maderas; los paneles estaban adornados con festones de flores tallados; el piso era de roble, la alfombra turca muy gastada, el moblaje de caoba oscura, todo lo cual había, servido y dado lustre en tiempos de Pebbleson Nephew. El gran aparador había contribuido a muchas comidas de negocios dadas por Pebbleson Nephew a sus relaciones, guiado por la norma de disparar el arpón por encima de la borda para pescar ballenas; el espacioso calentador de platos, de tres caras, de Pebbleson Nephew, fabricado ex profeso para ocupar todo el frente de una amplia chimenea, montaba la guardia sobre una frasquera de forma de sarcófago que había contenido en tiempos muchas docenas de vinos de Pebbleson Nephew. Pero el viejo solterón, pequeño y rubicundo, con peluca de coleta, cuyo retrato estaba encima del aparador (retrato en el que era fácil identificar resueltamente a Pebbleson, pero de ninguna manera a Nephew), se hallaba ya en otro sarcófago, y el calentador de platos se había quedado tan frío como él. Y de la misma manera, los grifones de oro y negro que sostenían los candeleros, y que lucían en sus bocas unas bolas negras al extremo de cadenas doradas, daban la impresión de haber perdido en su vejez todo el entusiasmo por jugar a la pelota, y exhibían de una manera doliente sus cadenas como si formasen parte de las investigaciones misioneras y todavía no hubiesen alcanzado la emancipación; sin llegar a ser aún *Grifones y Hermanos*.

Aquella mañana veraniega debía de ser el Colón de las mañanas, porque llegó a descubrir La Esquina del Inválido. El sol y el calor penetraban por las ventanas abiertas y envolvían en luminosidades el retrato de una dama que estaba colgado sobre la repisa de la chimenea y que constituía, con los que hemos descrito, el único adorno de las paredes.

—Mi madre, a los veinticinco años —dijo el señor Wilding hablando consigo mismo, mientras sus ojos seguían entusiasmados la luz del sol que daba en la cara del retrato—. Cuelgo aquí este retrato, a fin de que las visitas puedan admirar a mi madre en toda la lozanía de su juventud y de su belleza. El retrato de mi madre, a los cincuenta, lo tengo colgado en el retiro de mi propio dormitorio como recuerdo sagrado para mí. ¡Oh! ¿Sois vos, Jarvis?

Estas últimas palabras iban dirigidas a un escribiente que había llamado a la puerta con unos golpecitos y que ahora se asomaba mirando al interior.

—Sí, señor. Era simplemente para deciros que han dado las diez y que en el despacho hay varias mujeres.

—¿Qué me decís? ¿Que han venido varias? —dijo el vendedor de vinos,

poniéndose más sonrosado en lo que su cutis tenía de sonrosado y más blanco en lo que tenía de blanco. ¿Tanto como varias? Será entonces mejor que empiece a despachar con ellas antes que se reúnan más. Las recibiré una a una, en el orden en que han llegado, Jarvis.

El señor Wilding se apresuró a atrincherarse en un sillón detrás de la mesa, después de colocar una silla frente por frente, al otro lado, y acometió su tarea con emoción considerable.

Pasó por el doble ataque a que tenía que verse expuesto en una ocasión como aquélla. Entre las mujeres había algunas de la especie corriente de las profundamente antipáticas y otras de la especie corriente de las excesivamente simpáticas. Había viudas piratas que acudían para apoderarse de él y que sujetaban debajo del brazo sus paraguas, como si cada paraguas fuese él y cada una de las que sujetaban el paraguas lo tuviese ya sujeto a él. Había altivas doncellas de buena familia, que conocieron mejores días y que venían armadas con documentos de clérigos que testificaban su teología, lo mismo que si el señor Wilding fuese San Pedro con las llaves. Había simpáticas señoritas solteras que acudían para casarse con él. Había amas de llaves profesionales, parecidas a suboficiales, que le obligaban a leer su hoja de servicios domésticos, en lugar de someterse a sus preguntas. Había inválidas sin fuerza, para las que el salario no era tan importante como las comodidades de un hospital particular. Había mujeres muy sentimentales que rompían a llorar en cuanto les hacía alguna pregunta y a las que tenía que serenar dándoles a beber vasos de agua fría. Algunas de las que acudieron al anuncio iban en pareja, siendo una de ellas altamente prometedora y la otra totalmente incapaz; en este caso la prometedora respondía a todas las preguntas de una manera encantadora, hasta que resultaba que ella no era la solicitante, sino únicamente la amiga de la incapaz, que había brillado por su silencio absoluto y porque daba muestras de sentirse ofendida.

Finalmente, y cuando ya el corazón sencillo del buen vinatero empezaba a desfallecer, entró una solicitante de un género completamente distinto. Era una mujer que tendría quizá cincuenta años, pero que aparentaba ser más joven; su cara era notable por la expresión de plácida alegría, y sus maneras no se distinguían menos por su tranquila expresión de un temperamento ecuánime. En su ropa no habría sido posible introducir ningún cambio que la favoreciese más. Nada tampoco habría podido cambiar en la silenciosa seguridad de sus maneras que redundase en ventaja suya. Y nada podía armonizar mejor con ambas cualidades que su voz cuando contestó a la pregunta:

—¿Qué nombre tendré el gusto de anotar?

—Mi nombre es Sara Goldstraw. Mi marido murió hace muchos años, y no tuvimos familia.

Para obtener una contestación como aquélla, el señor Wilding habría necesitado hacer a las otras media docena de preguntas. Aquella voz sonaba de una manera tan agradable en el oído del señor Wilding mientras escribía la nota, que tardó bastante

en redactarla.

Cuando alzó los ojos, vio que la mirada de la señora Goldstraw había recorrido, como es natural, toda la habitación, y que en ese momento se volvía hacia él desde la repisa de la chimenea. Todo en ella indicaba una franca disposición a dejarse preguntar y a contestar sin rodeos.

—¿Me perdonaréis que os haga algunas preguntas? —dijo el modesto vendedor de vinos.

—¡Naturalmente que sí, señor! De otro modo no habría venido.

—¿Habéis sido antes de ahora ama de llaves?

—Una sola vez; estuve al servicio de la misma señora viuda por espacio de doce años. *Desde* que perdí a mi marido. Era una señora inválida, que falleció hace poco tiempo, y por esa razón me veis vestida de luto.

—No dudo de que os habrá dejado las mejores referencias —dijo el señor Wilding.

—Creo que puedo decir que son inmejorables. Me ha parecido, para ahorrar molestias, que lo mejor que podía hacer era traer escrita la dirección de los abogados de dicha señora, y aquí la tenéis.

Al decir *esto*, dejó una tarjeta encima de la mesa.

—Señora Goldstraw —dijo Wilding, poniendo la tarjeta a un lado—, me recordáis de una manera singular, por vuestros modales y el tono de vuestra voz, a alguien con quien tuve relación en otro tiempo. No me recordáis a una persona determinada, de esto estoy seguro, si bien no puedo concretar mis propios recuerdos; es algo que se refiere al porte general de la persona. Debo agregar que se trate de un recuerdo que me resulta grato y agradable.

Ella se sonrió al contestar:

—Me alegro mucho de que sea por lo menos así, señor.

—Sí —dijo el vinatero, repitiendo pensativo su última frase, echando al mismo tiempo una rápida ojeada a su futura ama de llaves—; se trata de un recuerdo que me resulta grato y agradable. Es todo lo que puedo concretar. La memoria resulta en ocasiones lo mismo que un sueño medio olvidado. Yo no sé qué opinión tendréis vos, señora Goldstraw, pero eso es lo que a mí me parece.

Es probable que la señora Goldstraw viese el problema bajo una luz semejante, porque mostró su tranquilo asentimiento a esa afirmación. El señor Wilding se brindó entonces a ponerse en comunicación directa con los caballeros nombrados en la tarjeta, y que eran una casa de procuradores colegiados. La señora Goldstraw manifestó su agradecida conformidad. Como el Colegio de Abogados no caía lejos de allí, el señor Wilding apuntó la posibilidad de que la señora Goldstraw se pre sentase de nuevo, tres horas más tarde, por ejemplo, y esta señora se comprometió gustosa a ello. Por último, como las averiguaciones del señor Wilding resultaron en extremo satisfactorias, la señora Goldstraw se vio aquella misma tarde aceptada (en condiciones perfectamente ventajosas, que ella misma indicó), y quedó

comprometida a presentarse al día siguiente para ocupar el cargo de ama de llaves en La Esquina del Inválido.

EL AMA DE LLAVES HABLA

La señora Goldstraw llegó al día siguiente para dar comienzo a sus obligaciones domésticas.

Una vez que se instaló en su propia habitación, sin molestar para ello a la servidumbre y sin perder el tiempo, la nueva ama de llaves se hizo anunciar diciendo que esperaba ser honrada con cualquier instrucción que el amo quisiese darla. El comerciante de vinos recibió a la señora Goldstraw en el comedor mismo en que lo había hecho el día anterior; una vez intercambiadas las cortesías preliminares que son de rigor por ambas partes, tomaron asiento para cambiar impresiones sobre la marcha de la casa.

—¿Qué me decís, señor, acerca de las comidas? —dijo la señora Goldstraw—. ¿Tengo que prepararlas para un número grande o pequeño de personas?

—Si consigo llevar a cabo un anticuado proyecto mío —contestó el señor Wilding—, tendréis que proveer de comida a un gran número de personas. Soy un hombre soltero y solo, señora Goldstraw; pero confío en poder vivir con todas las personas que trabajan en mi casa, como si fuesen miembros de mi familia. Hasta que llegue ese momento, sólo tendréis que cuidar de mí y del nuevo socio, al que espero muy en breve. Ignoro cuáles serán las costumbres de mi socio. En cuanto a mí, puedo decir que soy hombre de horas fijas, dotado de un apetito invariable, con el que podéis contar por completo.

—¿Y del desayuno, señor? —preguntó la señora Goldstraw—. ¿Hay algún detalle particular?

Vaciló, y no acabó la frase. Sus ojos se apartaron poco a poco de su amo y miraron hacia la repisa de la chimenea. De haber sido ella un ama de llaves menos buena y experimentada, quizá el señor Wilding se hubiese imaginado que la señora Goldstraw no sabía por dónde empezar.

—La hora de mi desayuno son las ocho —dijo el señor Wilding, volviendo a tomar la palabra—. Una de mis virtudes es la dé que no me cansa nunca el tocino frito, y uno de mis vicios, el de que suelo recelar de la frescura de los huevos —la señora Goldstraw volvió a mirarle, aunque se advertía que su atención estaba dividida entre la repisa de la chimenea de su amo y su amo mismo—. Tomo té —prosiguió el señor Wilding—, y soy quizá un poco nervioso y caprichoso en este aspecto, porque me gusta beberlo transcurrido un tiempo determinado después de estar hecho. Si me lo sirven cuando ha pasado demasiado rato…

El señor Wilding vaciló a su vez, y no acabó la frase. Si su atención no estuviese concentrada en discutir un tema de tan primordial interés para él como era su desayuno, la señora Goldstraw habría podido imaginarse que su amo no sabía por dónde empezar la entrevista.

—Si os lo sirven cuando ha pasado demasiado rato, señor… —dijo el ama de llaves, recogiendo contestemente el hilo perdido por su amo.

—Si me lo sirven cuando ha pasado demasiado rato —repitió mecánicamente el vendedor de vinos, porque su atención se iba alejando cada vez más de su desayuno, y sus ojos se fijaban más y más inquisitivamente en la cara del ama de llaves—. Si mi té…; pero ¡por vida mía, señora Goldstraw!, ¿a qué tono de voz y manera de hablar me recuerdan los vuestros? La impresión que hoy me produce es todavía más fuerte que la que me produjisteis ayer. ¿Qué puede ser?

—¿Qué puede ser? —repitió la señora Goldstraw.

Dijo estas palabras; pero era evidente que, mientras hablaba, su pensamiento estaba en otra parte. El comerciante de vinos, que seguía mirándola inquisitivamente, se fijó en que los ojos del ama de llaves iban una vez más hacia la repisa de la chimenea, que se clavaban en el retrato de su madre colgado allí y lo contemplaban con esa ligera contracción del ceño que acompaña a un esfuerzo casi inconsciente de la memoria. El señor Wilding hizo este comentario:

—Es mi querida madre ya difunta, cuando tenía veinticinco años.

La señora Goldstraw le dio las gracias con un movimiento de cabeza por la molestia que se había tomado al darle aquella explicación acerca del retrato, y dijo, con la frente ya serena, que era el de una dama extraordinariamente hermosa.

El señor Wilding, que había vuelto a caer en su primitiva perplejidad, se esforzó nuevamente por sacar a luz el recuerdo olvidado, que de manera tan íntima, aunque tan indescifrable, estaba asociado con la voz y las maneras de su nueva ama de llaves.

—Perdonadme que os haga una pregunta que nada tiene que ver ni conmigo ni con mi almuerzo —dijo—. ¿Puedo preguntaros si habéis desempeñado alguna vez cargo distinto del de ama de llaves?

—Sí, señor. Yo empecé mi vida como enfermera de la Inclusa.

—¡Ya está! —exclamó el vendedor de vinos, empujando hacia atrás su sillón—. ¡Por Dios vivo! ¡Vuestras maneras me recordaban las de esa clase de mujeres!

La señora Goldstraw lo miró asombrada, cambió de color, se dominó, volvió los ojos al suelo y permaneció callada y quieta.

—¿Qué os pasa? —preguntó el señor Wilding.

—¿Debo entender que estuvisteis en la Inclusa, señor?

—¡Claro que sí! Y no me avergüenzo de confesarlo.

—¿Y llevabais el nombre que lleváis ahora?

—Llevaba el nombre de Gualterio Wilding.

—¿Y la dama…? —la señora Goldstraw se detuvo en seco, dirigiendo al retrato una mirada que ahora era inconfundiblemente de alarma.

—Os referís a mi madre —le interrogó el señor Wilding.

—Vuestra… madre —repitió el ama de llaves, un poco violenta—. ¿Fue ella quien os sacó del Asilo? ¿Qué edad teníais entonces, señor?

—Entre once y doce años. Se trate de una aventura completamente romántica,

señora Goldstraw.

Entonces le contó la historia de la dama que le había hablado cuando estaba comiendo en compañía de los otros muchachos en la Inclusa y de todo lo que siguió a aquel hecho, habiéndolo con su espontaneidad inocente, y agregó:

—Mi pobre madre no me habría descubierto nunca, de no haber sido porque se tropezó con una de las matronas que tuvo piedad de ella. La matrona se ofreció a tocar al muchacho, que se llamaba Gualterio Wilding, mientras daba una vuelta recorriendo las mesas del comedor. De ese modo mi madre me volvió a descubrir, después de haberse separado de mí en las puertas del Asilo cuando yo era un niño recién nacido.

Al escuchar estas palabras, la señora Goldstraw retiró la mano que tenía apoyada en la mesa y la dejó caer con desaliento en su regazo. Permaneció sentada, mirando a su nuevo amo con una cara que se había vuelto mortalmente pálida, y con ojos que expresaba un abatimiento indecible.

—¿Qué significa esa actitud vuestra? —preguntó el comerciante de vinos, y luego exclamó—: ¡Esperad!

¿Hay en tiempos pasados algo más que yo deba asociar a vuestra persona? Recuerdo que mi madre me habló de otra empleada de la Inclusa, a cuya bondad era deudora de gratitud. Una de las enfermeras, a poco de haberse separado ella de mi, recién nacido, le dio el nombre que me habían impuesto en la Institución. ¿Erais vos aquella enfermera?

—¡Que Dios me perdone, señor…, yo era aquella mujer!

—¿Que Dios os perdone?

—Será mejor, señor (si me permitís ese atrevimiento), que volvamos a tratar de mis deberes en la casa —dijo la señora Goldstraw—. Vuestro desayuno es a las ocho. ¿Hacéis almuerzo o coméis al mediodía?

La excesiva rubicundez que el señor Bintrey había observado en el rostro de su cliente empezó a asomar otra vea. El señor Wilding se llevó la mano a la cabeza y dominó cierta momentánea confusión que en ella reinaba, antes de volver a hablar.

—Señora Goldstraw —dijo—, estáis ocultándome algo.

El ama de llaves repitió obstinadamente:

—Por favor, señor, ¿tenéis la bondad de decirme si al mediodía hacéis un almuerzo o una comida?

—No sé qué es lo que hago al mediodía, señora Goldstraw. No puedo entrar en los asuntos de mi casa hasta que sepa por qué lamentáis el acto de bondad que tuvisteis con mi madre, y del que ella me habló siempre con gratitud hasta el fin de su vida. Con vuestro silencio no me hacéis ningún favor; me excitáis, me alarmáis, estáis haciendo que me retumbe el cerebro.

Se llevó otra vez la mano a la cabeza, y el color rubicundo de su cara se avivó en una o dos tonalidades.

—Es duro, señor —dijo el ama de llaves—, tener que decir, cuando acabo de

entrar a vuestro servicio, lo que me puede costar la pérdida de vuestra benevolencia. Termine como quiera este asunto, tened la bondad de acordaros que solamente hablo porque habéis insistido en ello y porque advierto que con mi silencio os alarmo. Cuando yo le dije a aquella pobre señora, cuyo retrato veo ahí, el nombre con el que había sido bautizado su hijo en la Inclusa, olvidé yo misma mi obligación, y me temo que de ello se hayan derivado consecuencias terribles. Os diré la verdad, con la claridad que me sea posible. Unos meses antes del día en que informé a esa señora de cuál era el nombre de su hijo, se había presentado, al establecimiento que nuestra institución tenía en provincias, otra señora (una extranjera), con el propósito de adoptar a uno de nuestros niños. Vino provista de la necesaria autorización; después de examinar a un gran número de niños sin acabar de resolverse, se encaprichó de pronto con uno de los bebés, un niño que estaba a mi cuidado. ¡Por favor, haced un esfuerzo para serenaros; señor! Ya no hay por qué disfrazar las cosas: el niño que la extranjera se llevó era el hijo de esa dama cuyo retrato está colgado en esa pared.

El señor Wilding se puso en pie de un salto y exclamó con vehemencia:

—¡Imposible! ¿Qué es lo que estáis diciendo? ¿Qué absurda historia me estáis contando ahora? ¡Ahí está su retrato! ¿No os he dicho ya que es el retrato de mi madre?

—Cuando esa infortunada señora os retiró de la Inclusa años después —dijo cariñosamente la señora Goldstraw— fue víctima, y vos también, señor, fuisteis víctima de una tremenda equivocación.

El señor Wilding se dejó caer en su silla y exclamó:

—El cuarto gira en torno mío. ¡Ay mi cabeza, mi cabeza!

El ama de llaves se levantó alarmada y abrió las ventanas. Antes que pudiese ir a la puerta para pedir socorro, el estallido de las lágrimas alivió la opresión que al principio parecía casi amenazar su vida. Suplicó por señas a la señora Goldstraw que no lo abandonase. Ella esperó hasta que el paroxismo del llanto se fue calmando por sí solo. Por último, el señor Wilding se recobró, levantó la cabeza y miró al ama de llaves con el airado e irrazonable recelo propio del hombre débil.

—¿Equivocación? —exclamó, repitiendo con acento desatinado la última palabra del ama de llaves—. Y ¿cómo sé yo que no sois vos misma la equivocada?

—No hay esperanza de que yo sea la equivocada, señor. Cuando estéis en un momento mejor para oírlo, os explicaré la razón.

—¡Ahora, ahora mismo!

El tono en que fueron dichas estas palabras dio a entender a la señora Goldstraw que resultaría un acto de cruel bondad el dejarle que se consolase ni un solo momento más con la vana esperanza de que ella pudiera estar en un error. Con unas cuantas palabras más podía quedar todo terminado, y la señora Goldstraw se resolvió a pronunciarlas, diciendo:

—Os he contado ya que el hijo de esa señora cuyo retrato cuelga de la pared fue adoptado siendo muy niño y llevado por una extranjera. Estoy tan segura de lo que

digo como de que me encuentro en este momento sentada aquí, forzada a causaros un disgusto, señor, muy contra mi voluntad y doliéndome a mí misma. Y ahora, seguid adelante, señor, con vuestra imaginación hasta unos tres meses después. Me hallaba yo entonces en el Asilo de Londres esperando llevarme algunos niños al establecimiento que tenemos en provincias. Hubo aquel día una cuestión para poner nombre a un niño, un muchacho que acababa de ser recibido. Por lo general, sacábamos los nombres de la *Guía*. En esa ocasión, uno de los caballeros que administraban el Asilo se hallaba hojeando el registro del establecimiento. Se fijó en que el nombre del niño adoptado (Gualterio Wilding) había sido tachado, por la razón de que nosotros no tendríamos ya que cuidarnos para nada de él. Entonces dijo: «He aquí un nombre disponible. ¿Por qué no dárselo al nuevo niño que hemos recogido hoy?». Se le puso ese nombre y se le bautizó con él. Aquel niño, señor, erais vos.

El comerciante de vinos dejó caer la cabeza sobre su pecho y exclamó, esforzándose desesperadamente por fijar aquella idea en su cerebro:

—¡Yo era aquel niño! ¡Yo era aquel niño!

—Abandoné el empleo que tenía en la Inclusa para contraer matrimonio —prosiguió la señora Goldstraw—, no mucho tiempo después que habíais sido recibido en el mismo. Si tenéis presente esto y sois capaz de discurrir sobre ello, comprenderéis vos mismo cómo ocurrió la equivocación. Transcurrieron de once a doce años sin que la dama que vos habéis creído que era vuestra madre volviese a la Inclusa a buscar a su hijo y a llevárselo a su propia casa. Aquella señora sabía únicamente que a su niño se le había impuesto el nombre de Gualterio Wilding. La matrona que se compadeció de ella no pudo hacer otra cosa que señalar le al único Gualterio Wilding que se conocía en la casa. Yo, que era quien habría podido poner las cosas en su punto, me hallaba muy lejos del Asilo y estaba ajena a todo lo relacionado con él. Era inevitable…, completamente inevitable que se produjese la terrible equivocación. Lo siento por vos, señor, lo siento de corazón. Seguramente que pensaréis, y con razón, que yo vine aquí en mala hora (inocentemente, desde luego) a solicitar el cargo de ama de llaves vuestra. Tengo la sensación de que he cometido una mala acción…, tengo la sensación de que debí haberme dominado mejor. Si yo hubiese sabido ocultaros el efecto que ese retrato y vuestras propias palabras producían en mi alma, no habríais tenido por qué saber lo que ahora sabréis hasta el día de vuestra muerte.

El señor Wilding alzó rápidamente la vista. La honradez innata del hombre se levantó, protestando contra las últimas palabras del ama de llaves. Pareció como si su alma se serenase por el momento y se recobrase del golpe que había recibido.

—¿Queréis decir que, si hubieseis podido, me habríais ocultado todo eso? —exclamó.

—Señor, yo desearía poder decir siempre la verdad al ser preguntada —dijo la señora Goldstraw—. Sé que es preferible para mí no tener un secreto como ése sobre mi conciencia. Pero ¿es mejor para vos? ¿De qué va a serviros ahora?

—¿De qué va a servirme ahora? ¡Santo Dios! Si lo que me habéis contado es cierto…

—¿Os lo habría contado, señor, en la situación en que ahora me encuentro, de no haber sido cierto?

—Perdonadme —dijo el comerciante de vinos—. Tenéis que ser generosa conmigo. Todavía no acabo de convencerme de ese terrible descubrimiento. ¡Era tanto lo que nos queríamos ella y yo! ¡Estaba yo tan encariñado con la idea de ser hijo suyo! Ella, señora Goldstraw, murió en mis brazos…, murió bendiciéndome como sólo una madre puede bendecir a su hijo. ¡Y después de todos los años pasados a su lado, venir a decirme que no era mi madre! ¡Ay de mí! ¡Ay de mí! Ni siquiera sé lo que me digo —exclamó, porque el impulso que antes había hecho para dominarse flaqueó, y acabó desvaneciéndose—. No era de ese terrible dolor…, era de otra cosa de lo que yo pensaba hablar. Sí, sí. Me habéis sorprendido hace un instante; me habéis lastimado. Habéis hablado como si, de haber podido, me hubieseis ocultado esto. No volváis a expresaros más de esa manera. El ocultármelo habría constituido un crimen. Comprendo que os anima una buena intención. No quiero afligiros con mis palabras; sois una mujer de buen corazón. Pero os olvidáis de cuál es en este caso mi situación. Ella me dejó todo cuanto poseía, firmemente convencida de que yo era hijo suyo. Y no soy su hijo. Y he ocupado, y he entrado de una manera inocente en posesión de la herencia que corresponde a otro hombre. ¡Es preciso dar con él! ¿Qué sé yo si no se encontrará en este mismo instante en la miseria, sin un pedazo de pan que llevarse a la boca? Es preciso dar con él. Mi única esperanza de no caer abrumado por el golpe que he recibido consiste en hacer algo que ella habría aprobado. Señora Goldstraw, vos sabéis seguramente más cosas que las que me habéis contado. ¿Quién era la extranjera que adoptó a aquel niño? Seguramente que oísteis su nombre.

—¡Jamás lo oí, señor! Jamás he vuelto a ver ni a oír hablar desde entonces de aquella mujer.

—¿Y no dijo nada cuando se llevó al niño? Rebuscad en vuestra memoria. Seguramente que algo dijo ella.

—Sólo de una cosa me acuerdo, señor. Aquel año hizo muy mal tiempo y enfermaron muchos niños por esa causa. Cuando se llevó al niño, la señora aquella dijo, riendo: «No os preocupéis por su salud. Se criará en un clima mucho mejor que éste, porque me lo llevo a Suiza».

—¿A Suiza? ¿A qué parte de Suiza?

—No lo dijo, señor.

—¡Qué rastro más débil es ése! —exclamó el señor Wilding—. ¡Y ha transcurrido ya un cuarto de siglo desde que se llevaron al niño! ¿Qué puedo hacer yo?

—Espero, señor, que no os molestéis por mi franqueza —dijo la señora Goldstraw—; pero ¿por qué habéis de afligiros pensando en lo que debéis hacer? ¿Qué sabéis vos si él vive todavía? Y, si vive, no es probable que se encuentre en situación

angustiosa. La dama que lo adoptó era mujer de alta categoría; eso saltaba a la vista. Y si no hubiese demostrado arte las autoridades de la Inclusa que disponía de medios para atender al niño, jamás habrían consentido en que se lo llevase. Si yo estuviese en vuestro lugar (y perdonadme, señor, que diga lo que voy a decir), me tranquilizaría pensando que había amado a esa pobre señora cuyo retrato tenéis ahí, que la había amado de corazón como a mi propia madre, y que ella os había amado como a su propio hijo. Todo cuanto ella, os dejó, os lo dejó para corresponder a ese amor. Ese amor fue constante mientras vivió, y estoy segura de que os seguirá acompañando mientras dure vuestra vida. ¿Qué mejor título podéis tener que ése para conservar lo que habéis recibido?

La inconmovible honradez del señor Wilding vio en el acto lo que aquel punto de vista del ama de llaves tenía de falaz, y dijo:

—No me comprendéis. Precisamente porque la amé es por lo que creo un deber…, un deber sagrado…, el hacer justicia a su verdadero hijo. Si éste vive, tengo la obligación de encontrarlo, por él y por mí. Si no me entrego activa e inmediatamente a la tarea de cumplir con lo que mi conciencia me ordena, me derrumbaré bajo el peso de esta terrible prueba. Necesito entrevistarme con mi abogado; necesito que mi abogado entre en acción antes que yo duerma esta noche.

Se acercó a un tubo que había en la pared y llamó desde allí a las oficinas del piso inferior. Luego siguió diciendo:

—Dejadme a solas un momento, señora Goldstraw; más tarde, cuando me haya serenado, estaré en mejores condiciones para que hablemos. Nos llevaremos bien… Espero que nos llevemos bien juntos…, a pesar de lo ocurrido. No es culpa vuestra; ya sé que no es culpa vuestra. ¡Ea, ea! Démonos un apretón de manos y manejad la casa lo mejor que podáis; yo no puedo hablar ahora de ese asunto.

Cuando la señora Goldstraw iba hacia la puerta, ésta se abrió y apareció en ella el señor Jarvis, al que dijo el comerciante de vinos:

—¡Enviad a buscar al señor Bintrey y decidle que lo necesito inmediatamente!

El escribiente suspendió de modo inconsciente la ejecución de la orden, anunciando al señor Vendale y haciendo pasar al nuevo socio de la firma Wilding y Compañía.

—Perdonadme un instante, Jorge Vendale —dijo Wilding—. Tengo que decir unas palabras al señor Jarvis —y repitió—: Enviad a llamar al señor Bintrey inmediatamente.

Antes de salir de la habitación, el señor Jarvis dejó una carta encima de la mesa.

—Creo, señor, que es de nuestros corresponsales de Neuchâtel. Trae el sello postal de Suiza.

ENTRAN EN ESCENA NUEVOS PERSONAJES

Aquellas palabras «sello postal de Suiza», pronunciadas tan a continuación de la referencia hecha a este país por el ama de llaves, aumentaron hasta un punto tal la agitación del señor Wilding, que su nuevo socio no creyó «decoroso hacer como que no la advertía.

—¿Qué ocurre, Wilding? —preguntó precipitadamente, y se detuvo en seco, mirando en tomo suyo como si buscase alguna causa visible de aquel su estado de ánimo.

El comerciante de vinos le alargó la mano, más como quien busca ayuda para saltar algún obstáculo que como expresión de saludo, y le dijo con mirada suplicante:

—Mi querido Jorge Vendale, es tanto lo que ocurre que ya no volveré a ser el mismo. Es imposible que pueda volver a ser el mismo jamás. Porque, en realidad, yo no soy yo.

El nuevo socio, un guapo mozo de cara morena, más o menos de su misma, edad, de mirada resuelta y maneras impulsivas, le contestó con el natural asombro:

—¿Que vos no sois vos?

—Que no soy quien yo me imaginaba ser —contestó Wilding.

—¿Y qué es, por todos los santos del cielo, lo que creíais ser y ya no sois? —fue la contestación que recibió, dicha con alegre espontaneidad y como para despertar la confianza de un hombre que se mostraba más reservado—. Creo que, ahora que somos socios, puedo preguntároslo sin caer en impertinencia.

—¡Eso más! —exclamó Wilding, recostándose en el respaldo de la silla y dirigiendo una mirada extraviada a su interlocutor—. ¡Socios! Yo no tenía derecho a entrar en este negocio, que jamás me estuvo destinado. Mi madre no se propuso nunca que fuese mío. Quiero decir que la madre del otro quiso siempre que fuese suyo…, si con esto digo algo, o si soy todavía alguien.

Después de un corto silencio, su socio se impuso a él con la tranquila confianza de una naturaleza fuerte que quiere prestar honradamente ayuda a otra naturaleza más débil, y le dijo de un modo apremiante:

—¡Vamos, vamos! Si ha ocurrido algo que no debió ocurrir, estoy seguro de que no tenéis en ello parte alguna. No en balde estuve yo en este mismo escritorio con vos por espacio de tres años, con la antigua firma; por eso no puedo dudar de vos. No en balde hemos vivido juntos cuando éramos más jóvenes que ahora… para no conocen». Permitidme que inicie mi entrada en la Sociedad siendo para vos un socio servicial, y rectificando lo que deba rectificarse. ¿Tiene algo que ver esta carta con vuestro asunto?

Wilding se llevó las manos a las sienes, y exclamó:

—¡Qué cabeza la mía! ¡Otra vez lo mismo! Ya me estaba olvidando de la

coincidencia: el sello postal de Suiza.

—Pero ahora que me fijo bien, veo que la carta no ha sido abierta todavía, de manera que no es muy probable que tenga nada que ver —dijo Vendale con serenidad confortadora—. ¿Es particular para vos, o es para ambos?

—Es para los dos.

—¿Qué os parece si la abro y la leo en voz alta, para que la quitemos de en medio?

—Gracias, gracias.

—La carta procede de nuestros amigos los fabricantes de champaña que tienen su casa en Neuchâtel. «Muy señor nuestro: Hemos recibido su atenta del veintiocho último en la que nos informa que ha entrado como socio en esa casa el señor Vendale, por lo que os felicitamos cordialmente. Permitidnos que aprovechemos esta ocasión para recomendaros de un modo especial a don Julio Obenreizer». ¡No puede ser!

Walding lo miró con sorpresa recelosa, y exclamó:

—¿Qué?

—Que no puede ser pronunciar un nombre así. ¡Obenreizer! —contestó su socio sin darle importancia, y siguió leyendo: «para recomendaros de un modo especial a don Julio Obenreizer, de Soho Square, Londres (lado Norte), que será de aquí en adelante nuestro agente acreditado, y que tuvo ya el honor de trabar relación con vuestro señor Vendale en Suiza, de donde es el señor Obenreizer». ¡Claro que sí! ¿En que estaba yo pensando? Ahora lo recuerdo… «El señor Obenreizer viajaba entonces con su sobrina».

—¿Con su qué? —preguntó Wilding porque el señor Vendale había pronunciado confusamente la última palabra.

—«… viajaba entonces con su sobrina…». Sobrina de Obenreizer… —repitió

Vendale recalcando las frases de un modo algo superfluo—. Sobrina de Obenreizer. Tropecé con ellos durante mi primer viaje por Suiza; viajé algo con ellos, y los perdí de vista durante dos años; volví a encontrármelos en el transcurso de mi penúltimo viaje por esa nación, y ya no he vuelto a verlos… Obenreizer… Sobrina de Obenreizer. ¡Claro qué sí! Después de todo, no es un nombre tan absurdo… —y volvió a leer—: «El señor Obenreizer goza de nuestra absoluta confianza, y no dudamos de que sabréis apreciar sus relevantes cualidades. Firmado en regla, *Defresnier et Cie*». ¡Magnífico! Voy a visitar inmediatamente al señor Obenreizer, para dar por liquidado el asunto. Y con esto dejamos aparte el sello postal de Suiza. De modo, pues, mi querido Wilding, que vais a decirme qué es lo que queréis que aparte de vuestro camino, y veré la manera de hacerlo.

El honrado comerciante de vinos estrechó la mano de su socio, encantado y agradecido de que alguien se hiciese cargo de él; y, empezando por declararse de un modo patético como un impostor, contó su historia. Después de meditar un rato, le preguntó su socio:

—¿Y era sin duda por eso por lo que enviabais a buscar a Bintrey cuando yo

llegué?

—Por eso era.

—Es hombre de experiencia, y es además astuto; estoy impaciente por saber lo que opina. Resulta un atrevimiento mío y es además cosa arriesgada que me adelante a él con mi opinión; pero soy incapaz de callarme lo que siento. Desde luego y sin rodeos, no veo las cosas tal como vos las veis. Y en cuanto a lo de que sois un impostor, mi querido Wilding, eso sí que es sencillamente absurdo, porque nadie puede serlo sin ser agente voluntario de un engaño. Es evidente que vos no lo fuisteis jamás. En cuanto a que vuestras riquezas procedan de una señora que estaba convencida de que erais hijo suyo, y a la que por fuerza tuvisteis que creer madre vuestra, porque os lo demostró, quiero qué meditéis en si todo ello no surgió de las relaciones personales que mediaban entre ella y vos. Le tomasteis poco a poco un gran cariño a ella, y ella os lo tomó poco a poco a vos. Tal como yo veo el problema, fue a vos a vos personalmente a quien ella entregó estas riquezas materiales; y fue de ella personalmente de quien las recibisteis.

—Pero es que ella se imaginaba que yo tenía sobre esas riquezas un derecho natural que nunca tuve —objetó Wilding, moviendo negativamente la cabeza.

—No tengo más remedio que reconocer que eso es cierto —contestó el socio de Wilding—. Pero, si ella hubiese hecho seis meses antes de su muerte el descubrimiento que vos habéis hecho ahora, ¿creéis que eso habría borrado los años que habíais vivido juntos, y la ternura que sentíais el uno por el otro, cada vez mayor conforme os ibais conociendo?

—Lo que yo crea no puede cambiar la realidad, como no puede echar abajo el firmamento —dijo Wilding, aferrándose con sencillez pero con energía a los hechos escuetos—. La verdad es que yo entré en posesión de lo que se tenía intención de entregar a otro.

—Quizá ni viva ese otro —dijo Vendale.

—Quizá viva —replicó. Wilding—. Y si vive, ¿no es cierto que yo… inocentemente, desde luego…, le he robado no pocas cosas? ¿No le he robado los años felices de que disfruté en su lugar? ¿No le robé la felicidad exquisita que inundó mi alma cuando esa querida mujer —tendió sus manos hacia el cuadro—, me dijo que ella era mi madre? ¿No le robé todos los cuidados que ella derrochó conmigo? ¿No le he robado el respeto y la veneración que tan orgullosamente yo consagré a su madre? Por eso, Jorge Vendale, es por lo que me hago a mí mismo y os hago a vos esa pregunta de ¿dónde está él? ¿Qué habrá sido, de ese hombre?

—¡Quién lo sabe!

—Estoy obligado a averiguar dónde hay alguien que pueda saberlo. Estoy obligado a investigar y a no cejar un momento en mis investigaciones. Yo voy a mantenerme con lo que produzca mi participación en el negocio (aunque debiera decir su participación) y depositaré todo lo demás para él. Cuando lo encuentre, recurriré quizá a su generosidad; pero le entregaré todo. Se lo entregaré; lo juro. Tan

cierto como que amé y reverencié a su madre —exclamó Wilding enviando un beso reverente con las manos hacia el retrato—. ¡Tan cierto como que amé y reverencié a su madre y tengo todas las razones del mundo para estarle agradecido!

Y volvió a dejarse caer en su silla, lleno de abatimiento. Su socio se levantó de la que él ocupaba, y se puso a su lado, apoyando una mano en su hombro:

—Gualterio, antes de hoy sabía ya que erais un hombre recto, de limpia conciencia y noble corazón. Es para mí una suerte poder caminar en la vida cerca de un hombre tan digno de confianza. Debo estaros agradecido por ello. Empleadme como si fuese vuestro brazo derecho, y confiad en mí hasta la muerte. No forméis mala opinión de mí porque os diga que el sentimiento que en este instante se sobrepone en mí a todos los demás es bastante confuso, y que acaso vos lo calificaríais de falto de razón. A mí me inspiráis una lástima mucho mayor vos y esa dama porque no hayan resultado verdad vuestras supuestas relaciones, que ese hombre desconocido (si es que vivió hasta llegar a ser hombre), porque se haya visto inconscientemente desplazado. Habéis hecho bien en llamar al señor Bintrey.

Mi consejo entero es nada más que una parte del que él os dará. No deis ningún paso precipitado en asunto de tal importancia. Es preciso que el secreto quede estrictamente entre nosotros, porque el airearlo equivaldría a dar pábulo a reclamaciones fraudulentas, a dar alientos a un enjambre de canallas, a dar suelta a un torrente de perjurios y de tramoyas. Y sólo tengo que añadir por ahora, Wilding, que recordéis que me vendisteis una parte de vuestro negocio nada más que para aliviaros de un trabajo superior al estado actual de vuestra salud, y que yo compré esa participación precisamente para trabajar, y que tengo intención de hacerlo.

Con estas palabras, y un apretón de despedida al hombro de su socio como la mejor manera de subrayarlas, Jorge Vendale se dirigió acto seguido a las oficinas, y poco después salió para la dirección en que vivía don Julio Obenreizer.

Al entrar en Soho Square y dirigir sus pasos hacia la parte norte de la plaza, brotó y cubrió su cutis moreno de sol una oleada de calor, que si Wilding hubiese sido mejor observador o hubiese estado menos ensimismado con sus propios problemas, habría descubierto en la cara de su socio cuando éste leyó en voz alta una parte de la carta del corresponsal de Suiza, a la que no dio tanto relieve como al resto de la misma.

Desde hace tiempo, se halla establecida una colonia numerosa de montañeses en el pequeño y plano distrito londinense del Soho. Relojeros suizos, grabadores suizos, joyeros suizos, importadores suizos de cajas de música suizas y de juguetes suizos de varias clases, se mueven allí muy cerca los unos de los otros. Los profesores suizos de música, pintura e idiomas; artesanos suizos consagrados a un oficio; correos y otra clase de servidores suizos que sufren de desocupación crónica; habilidosas lavanderas y planchadoras suizas; suizos de ambos sexos que llevan una vida misteriosa; suizos respetables y suizos no respetables; suizos dignos de la mayor confianza, y suizos que no merecen la menor confianza; todas, estas distintas partículas suizas son atraídas

hacia el mismo centro, en el distrito de Soho. Desaseados restaurantes, cafés y casas amuebladas, platos, y bebidas suizas, servicio religioso suizo —para los domingos, y escuelas suizas— para entre semana; de todo eso hay. Hasta las tabernas inglesas hacen allí un negocio inglés chapurreado; y anuncian en sus escaparates aperitivos y licores suizos y en la mayor parte de las noches del año son el cobijo de escarceos suizos de amor o de animosidad.

Cuando el nuevo socio de Wilding y Compañía llamó a una puerta que ostentaba una chapa de bronce con esta desnuda inscripción: *Obenreizer* (la puerta interior de una casa de rico aspecto, cuya tienda de la planta baja estaba dedicada a la venta de relojes suizos), fue como si entrase en un hogar de Suiza. Una estufa de baldosines blancos, para los fríos del invierno, ocupaba, el hogar de la chimenea en la habitación a que lo pasaron; ésta tenía el piso entarimado de maderas ordinarias que formaban limpios dibujos, y la impresión que producía todo era la de pocos estorbos y mucho fregado; la florida alfombrita cuadrada junto al sofá, la repisa de la chimenea, cubierta de terciopelo y adornada con un voluminoso reloj y jarrones de flores, parecían contrastar con la desnudez general, como si, para obtener el efecto de conjunto, un parisiense hubiese adaptado una granja lechera a las finalidades domésticas.

De una rueda de molino que había debajo del reloj salía un fingido chorro de agua que el visitante se quedó mirando. No llevaría un minuto en su contemplación, cuando el señor Obenreizer, a su mismo lado, lo hizo volver en sí sobresaltado diciéndole en un inglés correcto, aunque un poco forzado:

—¿Cómo estáis? ¡Encantado!

—Perdonadme. No os sentí entrar.

—¡No hay de qué! Sentaos, por favor.

El señor Obenreizer, soltó los brazos del visitante, a cuyos codos se había agarrado levemente, a modo de abrazo, y se sentó también diciendo otra vez, sonriente:

—¿Cómo estáis? ¡Encantado! —y volvió a oprimirle de nuevo los codos.

—No sé si habréis recibido de vuestra casa de Neuchâtel alguna noticia acerca de mí —dijo el señor Vendale, después del intercambio de saludos.

—¡Ah, sí!

—Y en relación con Wilding y Compañía.

—¡Desde luego que sí!

—¿No encontráis sorprendente que sea yo quien venga a visitaros en Londres como socio de Wilding y Compañía, para saludaros en nombre de la casa?

—¡De ninguna manera! ¿Qué es lo que yo solía decir siempre cuando estábamos en lo alto de las montañas? Decía que nosotros lo llamamos inmenso; pero que el mundo es muy pequeño. Tan pequeño es, que uno no puede dejar de encontrarse con las personas. Hay tan pocas personas en el mundo, que siempre están cruzándose y volviéndose a cruzar en sus idas y venidas. Es tan pequeño el mundo, que no hay

manera de escapar a una persona. Y no lo digo porque yo no quiera encontrarme con vos —agregó, tocándole otra vez los codos, con sonrisa propiciatoria.

—Así lo espero, señor Obenreizer.

—Hacedme el favor, mientras estoy en vuestro país, de llamarme míster Obenreizer. Yo mismo me llamo así, porque amo a vuestro país. ¡Quién fuera inglés! Pero ya no puede uno volver a nacer. ¿Y vos? ¿Os habéis dignado entrar en el comercio, a pesar de que descendéis de tan ilustre familia? Seguid, pues, en el mismo. ¿Vinos? ¿Es el comercio de vinos en Inglaterra oficio o profesión? ¿No es una de las Bellas Artes?

—Señor Obenreizer —contestó Vendale, algo desconcertado—, la primera vez que tuve el gusto de viajar en vuestra compañía yo no era más que un jovenzuelo atolondrado, que apenas habla cumplido mi mayoría de edad, y cuando vos, yo y la señorita sobrina vuestra… A propósito, ¿cómo está vuestra sobrina?

—Está bien, gracias.

—… compartimos juntos algunos leves peligros de los glaciares. Si, con una vanidad propia de muchacho, me jacté bastante de mi familia, creo que lo hice como para presentarme a mí mismo. Fue una gran debilidad, y una cosa de muy mal gusto; pero acaso conozcáis nuestro proverbio inglés: «Vivir para ver».

—Le dais demasiada importancia —contestó el suizo—. Y ¡qué diablo! Después de todo, la vuestra era una familia distinguida.

La risa de Jorge Vendale traicionó una ligera molestia, cuando éste con testó:

—Pues bien, la verdad es que yo sentía gran cariño por mis padres, y además cuando hicimos, señor Obenreizer, nuestro primer viaje juntos, yo estaba dominado por la primera sensación del orgullo de haber entrado en posesión de lo que mi padre y mi madre me dejaron. Fue pues aquello, en resumidas cuentas, más bien una juvenil ligereza de expresión y de espontaneidad cordial que de jactancia.

—¡Sí, nada más que una juvenil ligereza de expresión y de espontaneidad cordial! ¡No hubo en ello jactancia! —exclamó Obenreizer—. Os censuráis con demasiado rigor. Por vida mía, que sois tan riguroso con vos como si fueseis el Gobierno y os estuvieseis gravando con impuestos. Además, fui yo quien comenzó. Recuerdo que aquella noche que pasamos en el lago, flotando entre el reflejo de las montañas y de los valles, las rocas y los bosques de pinos, que constituían los más remotos recuerdos de mi vida, tracé un retrato verbal de mi sórdida niñez. De nuestra pobre choza junto a la catarata, que mi madre enseñaba a los viajeros; del cobertizo en el que yo dormía con la vaca; de mi hermanastro idiota, que se pasaba el día sentado a la puerta, cuando no bajaba al desfiladero a pedir limosna, cojeando; de mi hermanastra, que estaba siempre hilando, y que, mientras hilaba, apoyaba su enorme bocio encima de una gran piedra; de que yo era un pobre niño, hambriento y desnudo, de dos o tres años, y ya me golpeaban con mano dura hombres y mujeres, porque era el hijo único del segundo matrimonio de mi padre…, si se trataba, en efecto, de marido y mujer. ¿Qué cosa más natural para vos que el comparar vuestra niñez con la

mía, y decir: «Tenemos ambos la misma edad?; pero cuando a vos os ocurría eso, yo iba sentado en el regazo de mi madre, y nos paseábamos en el coche de mi padre por las lujosas calles de Inglaterra; yo vivía rodeado de comodidades, porque ellos apartaban lejos de mí todo lo que representaba escuálida pobreza». ¡Tales son mis primeros recuerdos, en contraposición a los vuestros!

El señor Obenreizer era un joven de cabellos negros y cutis moreno, por cuya piel atezada no brillaba nunca un resplandor rojo. En momentos en que hubiera aparecido en las mejillas de cualquier otra persona el color de la sangre, en las del señor Obenreizer se observaba apenas un ligero brillo, como si la maquinaria destinada a elevar hasta el rostro la sangre ardiente estuviese funcionando, pero en seco. Era robusto, bien proporcionado de rasgos hermosos.

Es posible que fuesen muchos quienes hiciesen la observación de que se habrían sentido más a gusto en su trato con él, si hubiesen observado algún cambio en la superficie de su cara, aunque no supiesen decir en qué había de consistir ese cambio. Si los labios del señor Obenreizer hubiesen sido más gruesos, y su cuello más delgado, quizá habrían visto satisfechos sus deseos.

El rasgo más particular de Obenreizer consistía en que sus ojos se cubrían de un velo incomprensible, en apariencia por un acto de propia voluntad, y ese velo ocultaba de un modo impenetrable todo síntoma de expresividad, no sólo de esos cuéntalotodo que son los ojos, sino de su rostro en general. Esto no significa que pusiese por completo su atención en la persona con la que estaba hablando, ni siquiera que la contemplase en los sonidos y objetos del momento. Era más bien una manera de estar al acecho de todo cuanto tenía en su propio pensamiento, y de todo lo que sabía o sospechaba que existía en el pensamiento de los demás

A estas alturas de la conversación, los ojos del señor Obenreizer se velaron,

—El objeto de mi visita actual —dijo Vendale—, consiste, no hará falta que os lo diga, en daros la seguridad del sentimiento amistoso de Wilding y Compañía, y de que continuamos teniendo en la misma estima a vuestra casa, y el mismo deseo de serviros. Esperamos poder ofreceros muy en breve nuestra hospitalidad. Todavía no marchan nuestros asuntos internos con normalidad, porque mi socio, el señor Wilding, está reorganizando la parte doméstica de nuestro establecimiento, y reclaman su atención algunos negocios particulares. Tengo entendido que no conocéis al señor Wilding, ¿no es verdad?

El señor Obenreizer no lo conocía.

—Tenéis que venir pronto a hacernos compañía. Mi socio se alegrará de conoceros, y creo poder anunciaros que os felicitaréis de conocerlo. Lleváis poco tiempo establecido en Londres, ¿no es así, señor Obenreizer?

—Acabo de hacerme cargo de esta agencia.

—¿Se ha casado la señorita sobrina vuestra?

—No se ha casado.

Jorge Vendale miró a su alrededor, como si buscase algún indicio de ella.

—¿Ha estado en Londres?

—Está en Londres.

—¿Cuándo y dónde podré tener el honor de hacerme presente a su recuerdo?

El señor Obenreizer apartó su velo y tocando igual que antes a su visitante en los codos, dijo rápidamente:

—Acompañadme al piso de arriba.

Jorge Vendale, bastante emocionado por lo súbito de la entrevista que él había buscado, le siguió escaleras arriba. En un cuarto que daba exactamente encima del que acababa de dejar… y que era también declaradamente suizo…, estaba una joven, sentada junto a una de las tres ventanas, trabajando en un bastidor de bordar; una señora de más edad se hallaba también sentada, con la cara muy cerca de otra estufa de porcelana blanca (aunque era verano, y la estufa no estaba encendida), limpiando unos guantes. La joven lucía una cantidad extraordinaria de cabellos rubios, muy lindamente peinados en tomo a una frente blanca y bastante más redonda que el tipo, corriente en Inglaterra, del mismo modo que su cara pudiera también decirse un poquitín más redonda que el tipo corriente de cara de las jóvenes inglesas, y su cuerpo también ligeramente más redondo que el del tipo medio de muchachas inglesas a los diecinueve años. Se adivinaba en sus miembros libertad y gracia, a pesar de su posición de quietud, y pureza y frescura de color admirables en su cara regordete y en sus ojos vivos de color gris, y todo ello parecía obra del aire de las altas montañas. Aunque en términos generales vestía según la moda inglesa, también asomaba Suiza en su corpiño de fantasía, y acechaba en sus medias de un curioso dibujo a cuadros encarnados, y en su zapatito con hebilla de plata. En cuanto a la señora de más edad, que estaba sentada con los pies muy apartados encima del borde inferior de bronce de la estufa, un manojo de guantes en el halda mientras limpiaba uno que tenía puesto en la mano izquierda, era, en otro concepto, una auténtica personalización suiza: desde lo más ancho de sus espaldas, que parecían un almohadón, pasando por lo macizo de sus respetables piernas (si se me permite la expresión), hasta la cinta de terciopelo rojo atada muy justa alrededor de su garganta, a fin de cortar una tendencia cada vez mayor a la papada; o más arriba todavía, hasta sus grandes pendientes en forma de aro, de oro color cobrizo; o, más arriba todavía, hasta la gasa negra con armazón de alambre que coronaba su cabeza…

—Señorita Margarita —dijo Obenreizer a la joven—, ¿os acordáis de este caballero?

—Creo que sí. ¿No es el señor Vendale? —contestó poniéndose en pie, con sorpresa y algo de turbación.

—Creo que sí —dijo Obenreizer con sequedad—. Permitidme, señor Vendale. *Madame* Dor.

La señora de más edad, que estaba junto a la estufa, con el guante en la mano izquierda, igual que la muestra de la tienda de un guantero, medio se levantó, medio miró por encima de su ancho hombro, se dejó otra vez caer por entero en su asiento, y

siguió frotando. El señor Obenreizer dijo sonriendo:

—*Madame* Dor lleva su amabilidad hasta el punto de conservarse libré de manchas y roturas. *Madame* Dor halaga la debilidad que yo tengo de vivir rodeado de la más absoluta limpieza, y consagra su tiempo a quitarme de encima cualquier mancha o mota.

Madame Dor, con el guante extendido en alto, y sus ojos revisando atentamente la palma del mismo, descubrió en aquel mismo instante una aspereza en el señor Obenreizer, y le frotó con energía. Jorge Vendale se sentó cerca del bastidor de bordar (tomando antes la linda mamo derecha que su llegada había interrumpido en el trabajo) y miró a la cruz de oro que colgaba del cuello y se hundía dentro del corpiño, con algo de la devoción de un peregrino que ha llegado por fin a su relicario. Obenreizer se quedó en pie en el centro de la habitación con los dedos pulgares metidos en los bolsillos del chaleco, y su cara volvió a velarse.

—Señorita Obenreizer —comentó Vendale—, vuestro tío me decía en la planta baja que el mundo es un lugar tan pequeño que las personas no pueden escapar unas de otras. Desde la última vez que os vi, me ha parecido a mí el mundo demasiado grande.

—¿Es que habéis ido muy lejos en vuestros viajes? —preguntó ella.

—No tan lejos, porque lo único que hice fue un viaje a Suiza todos los años; por cierto que me habría gustado (mejor dicho, lo deseé muchas veces), que el mundo no nos proporcionase tantas oportunidades para perdernos de vista durante tanto tiempo. Si ofreciese menos oportunidades, acaso yo habría encontrado antes a mis compañeros de viaje.

La linda Margarita se sonrojó, y miró un poco hacia donde estaba *madame* Dor.

—Pero nos habéis encontrado por fin, señor Vendale, y quizá nos perdáis de vista otra vez.

—Espero que no, y me anima a esperarlo la curiosa coincidencia que me ha permitido encontraros.

—¿Queréis decirme cuál ha sido esa coincidencia?

Jorge Vendale estaba pensando que el leve dejo de su país natal, en la frase y en el tono de voz, resultaba cautivador en la joven, pero en ese instante advirtió de nuevo que ésta miraba de pronto hacia donde estaba *madame* Dor. Creyó advertir en dicha mirada, por relampagueante que fuese, una advertencia de precaución; desde ese momento, Jorge Vendale tuvo en cuenta la presencia de *madame* Dor.

—Consiste en que he entrado de socio en una casa comercial de Londres, a la que hoy mismo ha sido expresamente recomendado el señor Obenreizer; y quien lo recomienda es otra casa de comercio de Suiza en la que ambos tenemos un interés comercial. ¿No os lo ha dicho?

—¡Ah! —exclamó Obenreizer, interviniendo en la conversación, ya sin velo—. No, no se lo había dicho a la señorita Margarita. El mundo es tan pequeño y tan monótono, que vale la pena de que a una sorpresa se le dé un ligero trotecito. Así es,

como él os lo ha dicho, señorita Margarita. Él, que desciende de tan noble familia y que ha sido criado con tal orgullo, se ha dignado dedicarse al comercio. ¡Al comercio! ¡Lo mismo que nosotros, pobres campesinos, que hemos subido desde el arroyo!

Por la linda frente pasó una nube, y la joven bajó los ojos.

—¡Eso es un bien para el comercio! —prosiguió Obenreizer con entusiasmo—. ¡Eso ennoblece al comercio! La desgracia y la vulgaridad del comercio consisten en que cualquier gente de bala extracción (por ejemplo, nosotros, pobres campesinos), podemos dedicarnos al mismo y prosperar en él. ¡Mirad una cosa, mi querido Vendale! —hablaba con gran energía—. El padre de la señorita Margarita, el mayor de mis hermanastros, que nos doblaba en edad a vos y a mí, si hubiese vivido ahora, iba y venía descalzo y casi en harapos, desde aquel maldito desfiladero…, caminaba y caminaba…, para ir hasta un mesón que había en un valle lejano y en el que se alimentaba de lo que echaban de comer a las mulas y a los perros… Allí entró de muchacho para todo… y subió a mozo de cuadras…, luego a camarero…, después a cocinero… y llegó por último a ser el dueño. Como dueño del mesón, me llevó consigo (¿iba a llevar a su hermano el mendigo idiota, o a la monstruosidad de hermana que hilaba?) y me colocó de aprendiz de un famoso relojero, vecino y amigo suyo. Su esposa fallece al dar a luz a la señorita Margarita. ¿Qué es lo que dispone en su testamento, y qué es lo que me dice, cuando muere, siendo su hija medio niña, medio mujer? «Dejo todo a Margarita, menos una cantidad fija anual para ti. Eres joven, pero te hago tutor suyo, porque tú saliste del más humilde y pobre paisanaje lo mismo que yo, y lo mismo que mi mujer; todos nosotros éramos serviles campesinos, y eso no debes olvidarlo». Lo mismo podrían decir la mayor parte de mis compatriotas que comercian ahora en vuestro distrito londinense del Soho. Fueron campesinos; campesinos suizos de muy humilde cuna, y muy pobres. Por eso digo que es una gran cosa para el comercio, y que está muy bien que lo ennoblezcan los caballeros.

Al llegar a este punto, su calor se convirtió en júbilo juguetón, y volvió a tocar con un ligero abrazo los codos del joven comerciante de vinos.

—Yo no opino así —dijo Margarita, con las mejillas sonrojadas, apartando al mismo tiempo del visitante los ojos para mirar hacia otro lado, casi desafiadora—. Yo creo que tanto como los caballeros lo honramos nosotros, los campesinos.

—¡Qué vergüenza, qué vergüenza, señorita Margarita! —dijo Obenreizer—. Habláis como una inglesa orgullosa.

—Hablo con orgullosa sinceridad, y rio soy inglesa, sino que soy hija de un campesino suizo —contestó, reanudando tranquilamente su trabajo.

Había en sus palabras una indicación de que daba por terminado el tema, y el señor Vendale no podía llevarle la contraria. Se limitó a decir con mucho calor:

—Señorita Obenreizer, estoy cordialmente de acuerdo con vos, y ya lo he dicho dentro de esta misma casa, según puede testimoniar el mismo señor Obenreizer.

Pero el señor Obenreizer se abstuvo de hacerlo.

El señor Vendale tenía buena vista y al observar con interés de cuando en cuando a *madame* Dor, advirtió algo en el panorama que ofrecían las anchas espaldas de esta dama. También en su manera de limpiar los guantes descubrió Vendale una mímica considerablemente expresiva. Cuando él hablaba con Margarita, el frotamiento se hacía suave, o se interrumpía del todo, como si escuchase. Cuando Obenreizer acabó su discurso en favor de los campesinos, *madame* Dor frotó con gran energía, como si le aplaudiese. En una o dos ocasiones, al ver que el guante (que ella mantenía siempre un poco por encima de su cara) se volvía en el aire, o que este dedo se inclinaba hacia abajo, o el otro hacia arriba, Vendale sospechó que aquello era como un mensaje telegráfico dirigido a Obenreizer; aunque éste no parecía tomarlo en cuenta, si bien no le volvió nunca la espalda.

También observó Vendale que en la manera que tuvo Margarita de apartar aquel tema de conversación que por dos veces se le había impuesto con objeto de presentarlo a él de un modo desfavorable, había algo de enojo contra su tutor, enojo que ella intentaba dominar, como si sintiese impulsos de encolerizarse, pero los dominase por la influencia del temor. Observó también (aunque esto era cosa sin importancia) que Obenreizer no se acercaba hasta ponerse a la distancia de Margarita que él, Vendale, se había puesto desde el principio; parecía como si entre ellos hubiese límites que no se podían traspasar. En ningún momento le había dirigido tampoco la palabra sin emplear el tratamiento de *señorita*, aunque siempre que lo empleaba parecía hacerlo con un levísimo dejo de burla. Vendale pensó ahora por vez primera que había algo muy especial en aquel hombre, algo que nunca había conseguido definir, y que ahora lo definía como una cierta y sutilísima esencia de burla que escapaba a todo análisis. Experimentó la convicción de que, por lo que se refería a la libre voluntad, era Margarita en cierto sentido una prisionera, si bien se defendía contra aquel hombre y aquella mujer coligados, y se defendía con la energía de su carácter, que no bastaba, sin embargo, para hacerle recobrar la libertad. Esta convicción no le predisponía menos que lo estuvo siempre a querer a la joven. Para decirlo en una palabra, Vendale estaba desesperadamente enamorado de Margarita y completamente resuelto a sacar partido de la oportunidad que por fin se le presentaba.

En aquella visita, se limitó a tocar el tema del placer con que Wilding y Compañía invitarían muy pronto a la señorita Obenreizer a que honrase con su presencia el establecimiento…, que era un edificio antiguo, arreglado en resumidas cuentas para habitación de un solterón… No alargó su visita más de lo que es corriente en tales ocasiones. Al bajar las escaleras, guiado por su huésped, vio el despacho de Obenreizer en la parte de atrás del vestíbulo de entrada; había allí algunos hombres desaseadamente vestidos con prendas exóticas; Obenreizer los apartó a un lado a fin de que Vendale pudiese pasar, y les dijo algunas frases en *patois*.

—Son compatriotas —explicó a Véndate, mientras lo acompañaba hasta la puerta —. Compatriotas pobres. Agradecidos y leales como perros. Adiós. Volveremos a

vemos. ¡Encantado!

Dos toques más, muy leves, en tos codos, lo pusieron en la calle.

Desde allí hasta La Esquina del Inválido flotaron ante los ojos de Jorge Vendale la dulce Margarita junto a su bastidor y las anchas espaldas de *madame* Dor en su ocupación telegráfica. Cuando llegó a la casa de negocio, Wilding estaba encerrado con Bintrey. Como las puertas de la bodega se hallaban abiertas, Vendale encendió una vela que había en un palo hendido, y bajó a dar un paseo por las bodegas. La linda Margarita seguía flotando lealmente ante sus ojos, pero las anchas espaldas de *madame* Dor quedaron de la parte de afuera.

Las bóvedas eran muy espaciosas, y muy antiguas. Cuando el pasado no era el pasado, hubo allí una cripta de piedra; decían algunos que había formado parte de un refectorio monacal; otros, que de una capilla; otros, que de un templo pagano. Lo mismo daba ahora. Que cada cual haga lo que quiera de una columna derrumbada, de un arco roto, y otras cosas por el estilo. El tiempo, que era quien había hecho de esas cosas lo que él quiso, se mostraba indiferente por completo a las disputas.

La atmósfera cerrada, el olor a humedad, el retumbo lejano de las calles que pasaban por encima, cosas que se salían por completo de la rutina de la vida corriente, concordaban bastante bien con la imagen de la linda Margarita defendiéndose contra aquella pareja. Vendale avanzó hasta que, en un ángulo de las bóvedas, vio una luz igual a la que él llevaba.

—¿Cómo, tú por aquí, José?

—No estaría mejor que yo dijese;

«¿Cómo vos por aquí, señor amo Jorge?». Estar aquí es propio de mi trabajo, pero no del vuestro.

—No seas gruñón, José.

—No gruño yo —contestó el bodeguero—. Si alguien gruñe es lo que se me ha metido dentro por los poros; no soy yo. Tened cuidado, amo Jorge, de que no empiece nada a gruñir dentro de vos. Pasad aquí el tiempo suficiente para que esos vapores puedan obrar sobre vuestro cuerpo, y ya veréis si ponen manos a la obra.

José estaba ocupado en aquel momento en meter la cabeza dentro de las divisiones de la bodega, para medir su contenido y hacer cálculos mentales que luego anotaba en un libró de notas que parecía hecho de piel de rinoceronte y constituir un trozo de sí mismo. Dejando en su sitio el rodillo de madera que le había servido para medir el diámetro de dos barricas, hizo las últimas notas, se enderezó, y siguió hablando;

—Se pondrán a la tarea, estad seguro. ¿De modo, pues, amo, que habéis entrado en el negocio con todas las de la ley?

—Con todas las de la ley. ¿Acaso te disgusta, José?

—¡De ninguna manera! ¡Dios me libre! Pero los vapores que llevo dentro hacen la objeción de que sois demasiado Joven. Los dos sois demasiado jóvenes.

—Iremos quitando fuerza a esa objeción a medida que pasen los días, José.

—¡Ay amo Jorge! También yo iré, conforme pasen los días, quitando fuerza a la objeción de que soy demasiado viejo. Por eso no podré ser testigo de cómo mejoráis.

Esta contestación le cosquilleó de tal manera a José Ladle, que le hizo reírse refunfuñando. La repitió, y al volver a decir lo de «cómo mejoráis», volvió a soltar la espita de la carcajada gruñona. Se enderezó de nuevo, y siguió hablando:

—Pero lo que no es cosa de risa, amo Jorge, es que el joven amo Wilding ha hecho una cosa que ha cambiado la suerte. Fijaos en lo que os digo. Ha cambiado la suerte, y ya lo verá a su tiempo. Por algo llevo yo aquí abajo toda mi vida. Por lo que veo aquí abajo, sé cuándo va a llover, cuándo va a clarear, cuándo va a soplar el viento, cuándo va a producirse la calma. Por lo que veo aquí abajo, sé de la misma manera cuándo ha cambiado la buena suerte.

—¿Tiene algo que ver con tus facultades de adivino ese moho del techo? —preguntó Vendale, dirigiendo la luz de su vela hacia una mancha, lóbrega y rugosa, de *hongos* negros, que colgaba de los arcos produciendo un efecto muy desagradable y repulsivo—. Nos hemos hecho famosos por esos hongos que crecen en nuestras bóvedas. ¿Verdad que sí?

—Amo Jorge, eso es cierto, y si me queréis hacer caso, no los toquéis —contestó José Ladle, dando uno o dos pasos para alejarse de allí.

Vendale cogió entonces el rodillo que el otro había dejado encima de las dos barricas, movió ligeramente con él los hongos blanduzcos, y preguntó:

—¿De veras? Y ¿por qué?

—¿Por qué? No es tanto porque los produzcan las tinajas de vino, y os permitan juzgar la clase de vapores que se le meten en el cuerpo a un bodeguero cuando se pasa todos los días de su vida entre ellos, ni tampoco porque cuando llegan a cierta fase de su crecimiento se convierten en larvas, que os caen encima —contestó José Ladle, manteniéndose apartado—. Hay otra razón.

—¿Qué razón es ésa?

—Señor, si yo estuviese en vuestro lugar, no seguiría tocando eso. Os la diré, si salís de ahí; pero antes, fijaos en el color que tiene, amo Jorge.

—Ya lo veo.

—¿Lo habéis visto ya, señor? Entonces, salid de ahí.

José Ladle se alejó con la luz, y Vendale le siguió con la suya. Cuando este último se puso a la par de aquél, y volvían juntos hacia la entrada de la bodega, Vendale miró a su acompañante, y le dijo:

—¿Qué hay, pues, a propósito de ese color?

—¿Se parece a la sangre coagulada, amo Jorge?

—Sí, quizá se parezca bastante.

—Yo creo que se parece más que bastante —farfulló José Ladle, moviendo solemnemente la cabeza.

—Pues bien, pongamos que se parece; pongamos que es exactamente igual. ¿Qué hay con ello?

—Dicen, amo Jorge…

—¿Quiénes son los que lo dicen?

—¿Cómo voy a saberlo yo? —contestó el bodeguero, dando muestras de que le había irritado mucho lo irrazonable de la pregunta—. ¡Ellos! Los que suelen decir todas estas cosas. ¿Cómo voy a saber yo quiénes son ellos, si vos mismo no lo sabéis?

—Tienes razón. Prosigue.

—Dicen que la persona a la que por cualquier casualidad le cae encima del pecho un trozo de esa negra vegetación, morirá con toda seguridad asesinada.

En el momento en que Vendale se detuvo riendo para mirar al bodeguero a los ojos, que éste tenía clavados en su luz mientras pronunció como ensoñando estas últimas palabras, se dio cuenta de pronto que una mano pesada le había golpeado en pleno pecho. Siguiendo instantáneamente con los ojos el movimiento de la mano que le había golpeado (y que era la de su compañero), vio que esa mano había apartado de su pecho una tela de araña o coágulo de hongos que se desprendía lentamente y no había llegado al suelo.

Vendale se volvió por un instante a mirar al bodeguero, casi tan asustado como lo que éste se había vuelto hacia él. Pero un momento después llegaban a la luz del día, al pie de la escalera de la bodega, y antes, que Vendale subiese alegremente aquella escalera, apagó su vela y simultáneamente su temor supersticioso.

WILDING HACE MUTIS

Al día siguiente por la mañana se marchó Wilding solo, después de dejar un mensaje por medio de su escribiente, al que dijo: «Si el señor Vendale pregunta por mí, o si el señor Bintrey viene a visitarme, decidles que he ido a la Inclusa».

Todo cuanto le había dicho su socio, todo cuanto su consultor legal le había instado, siguiendo la misma línea de razonamiento, fue inútil para quebrantar su propio punto de vista. El interés primordial de su vida era ahora encontrar al hombre desconocido cuyo puesto había él usurpado; hacer averiguaciones en el Asilo era evidentemente dar el primer paso hacia el descubrimiento.

De ahí que el comerciante de vinos; marchase ahora hacia la Inclusa.

El aspecto del edificio que le era tan familiar, no le pareció ya el mismo, como tampoco le parecía igual la expresión del retrato que tenía encima de la repisa de la chimenea. El afectuoso recuerdo que le unía al lugar en que había encontrado cobijo su niñez, quedaba roto para siempre. Cuando explicó en la puerta a lo que iba, se sintió poseído de una extraña resistencia interior. Su corazón sangraba mientras estuvo sentado y solitario en la sala de espera, aguardando que acudiese el tesorero de la institución, al que habían ido a llamar. Iniciada la entrevista, necesitó hacer un doloroso esfuerzo para serenarse lo suficiente y explicar la índole del asunto que allí le llevaba.

El tesorero le escuchó con una expresión en su rostro que aseguraba toda la atención necesaria, pero que no prometía nada más.

—Nos vemos obligados a proceder con gran cautela en todas las informaciones que nos piden personas extrañas a la casa.

—A mí no me podéis considerar como un extraño —contestó Wilding con sencillez—. Fui en otro tiempo uno de tantos niños pobres como acogisteis aquí.

El tesorero le contestó cortésmente que era eso lo que le hacía sentir un especial interés por su visitante. Sin embargo, insistió en querer saber los motivos que movían a éste para llevar a cabo su investigación. Wilding, sin andarse con rodeos, le explicó sus razones, y no suprimió nada en su relato.

El tesorero se levantó, y marchó delante de Wilding a la habitación en que se guardaban los registros de aquella Institución, diciéndole:

—Pongo gustosamente a vuestra disposición todos los datos que puedan proporcionar nuestros libros. Me temo que, después del tiempo transcurrido, sean ésos los únicos informes que podamos proporcionaros.

Se consultaron los libros, y se encontró una entrada, que decía lo siguiente:

«Tres de marzo, 1836. Adoptado, y retirado de esta Inclusa, un niño llamado Gualterio Wilding. Nombre y situación de la persona que adopta al niño: doña Juana Ana Miller, viuda. Dirección: Lime-Tree Lodge, Groombridge Wells. Referencias: El

reverendo Juan Harker, Groombridge Wells; y los señores Giles, Jeremie y Giles, banqueros, Lombard Street».

—¿Es eso todo? —preguntó el comerciante en vinos—. ¿No volvisteis a tener ninguna relación posterior con la señora Miller?

—Ninguna; de haberla tenido, habría quedado registrada en este libro.

—¿Puedo copiar esta entrada?

—¡Desde luego! Os veo algo excitado. Permitidme que yo mismo saque la copia.

—Por lo que veo, no *me* queda más camino que el de averiguar dónde vivía la señora Miller, y ver si los informes que me den pueden ayudarme —dijo Wilding, releyendo con tristeza la nota.

—No veo por el momento otro recurso —contestó el tesorero—. Me habría complacido cordialmente poder seros de mayor utilidad.

Con estas palabras de despedida para consolarlo, Wilding siguió adelante en sus investigaciones, comenzadas en la puerta del Asilo. Evidentemente, el primer paso que tenía que dar era el de visitar a los banqueros de Lombard Street. Dos de los socios de la firma se mostraron inaccesibles a las visitas de gente no conocida cuando Wilding intentó verlos. El tercero, después de oponer algunas dificultades inevitables, accedió a permitir que un escribiente examinase el libro mayor marcado con la inicial «M». Se encontró la cuenta de la señora Miller, viuda, de Groombridge Wells. Estaba cruzada por dos largas rayas en tinta ya borrosa; al pie de la página se leía esta nota: «Cuenta cerrada, el 30 de septiembre, 1837».

Demoro, pues, que esta primera etapa de las investigaciones terminaba en un callejón sin salida. Después de enviar una nota a La Esquine, del Inválido para informar a su socio de que era posible que su ausencia se prolongase durante algunas horas, Wilding subió a un tren, e inició la etapa segunda de su jornada: Ir a la residencia de la señora Miller, en Groombridge Wells.

Viajaban en el mismo tren madres e hijos; madres e hijos sallan a recibirse en cada estación; madres e hijos visitaban las tiendas cuando Wilding entraba en ellas a preguntar por Lime-Tree Lodge. Por todas partes se exhibía ante sus ojos, en boda su felicidad y a la luz dichosa del día, la más cercana y más íntima de las relaciones humanas. Por todas partes se le hacía presente la querida ilusión de la que de modo tan cruel había sido despertado…, el recuerdo perdido, que se había esfumado de su memoria como la imagen reflejada en un espejo.

Preguntando aquí, preguntando allí, nadie le daba razón de Lime-Tree Lodge. Al cruzar por delante de la oficina de un agente de fincas, entró, fatigado, y le hizo por última vez la misma pregunta. El agente le señaló en la acera contraria de la calle una tétrica mansión de muchas ventanas, que podía haber sido una fábrica, pero que era en realidad un hotel, y le dijo:

—Lime-Tree Lodge estaba situado ahí hace diez años.

¡La segunda etapa se terminaba allí, y resultaba también un callejón sin salida!

Quedaba todavía una posibilidad. Tenía que buscar aún el dato referente al

sacerdote señor Harker. Como en aquel instante entraron clientes que atrajeron la atención del agente de casas, Wilding marchó calle abajo, entró en una librería, y preguntó si podían darle la dirección actual del reverendo Juan Harker.

El librero no disimuló su desagrado y su asombro, pero no contestó. Wilding insistió en la pregunta.

El librero echó mano en su mostrador a un pequeño y bien presentado volumen de tapas de un color gris pálido, y se lo entregó al visitante, abierto en la cubierta interior. Wilding leyó:

—«Martirio del reverendo Jimn Harker en Nueva Zelandia. Lo relata un antiguo miembro de su rebaño».

Wilding colocó el libro sobre el mostrador, y dijo:

—Os ruego que me perdonéis —acordándose quizá un poco mientras hablaba de su propio martirio actual. El silencioso librero contestó a la disculpa con una inclinación, y Wilding salió a la calle.

Tercera y última etapa, y, por tercera y última vez, un callejón sin salida.

Nada más quedaba por hacer; no había otro remedio que regresar a Londres, derrotado en toda la línea. Durante su viaje de regreso, el comerciante de vinos miraba de cuando en cuando la nota en que estaba copiada la entrada del registro del Asilo. Entre todas las formas de la desesperación, hay una que es quizá la más lamentable de todas, y que es la que se empeña en disfrazarse de esperanza. Wilding iba ya a tirar por la ventana del vagón el inútil pedazo de papel, pero se contuvo, pensando: «Es posible que aún sirva de algo. No me separaré de él mientras viva, y cuando muera, mis albaceas lo encontrarán sellado, junto con mi testamento».

Esta mención del testamento condujo las ideas del comerciante de vinos en otra dirección, sin apartarlas, sin embargo, del tema principal que lo preocupaba. Tenía que hacer testamento en seguida.

Era el señor Bintrey quien había aplicado al caso el calificativo de callejón sin salida. Este perspicaz personaje había repetido lo menos un centenar de veces, en el transcurso de la larga conferencia que sostuvieron a raíz del descubrimiento, acompañando sus palabras con un obstinado movimiento de cabeza:

—Callejón sin salida, señor, callejón sin salida. Estoy convencido de que a estas alturas no hay salida posible de este embrollo, y mi consejo es que sigáis con el alma tranquila en el lugar que ocupáis.

Durante aquella larguísima consulta, se había subido de la bodega una botella de dos litros del oporto añejo de cuarenta y cinco años a fin de que el señor Bintrey humedeciese su gaznate de hombre de leyes; pero cuando con mayor claridad iba viendo el fondo de la botella, con mayor énfasis afirmaba que no veía el fondo del caso; y cada vez que dejaba encima de la mesa el vaso vacío, repetía:

—Señor Wilding, esto es un callejón sin salida. Tranquilizaos y dad gracias a Dios.

Es cierto que la preocupación del honrado comerciante de vinos por hacer

testamento nacía de su profundo sentimiento del deber; es posible, sin embargo (y encajaba perfectamente dentro de su rectitud), que de un modo inconsciente sintiese algún alivio ante la perspectiva de delegar sus propias dificultades en dos hombres que iban a quedar cuando él muriese, Fuese como fuese, siguió con el mayor ardor esta nueva huella de sus pensamientos, y no perdió tiempo en rogar a Jorge Vendale y al señor Bintrey que acudiesen a reunirse con él en La Esquina del Inválido, para recibir sus confidencias.

—Puesto que nos hallamos reunidos los tres a puerta cerrada —dijo el señor Bintrey dirigiéndose oportunamente al nuevo socio—, deseo hacer constar, antes que nuestro amigo (y cliente mío) nos haga partícipes de sus nuevas impresiones, que yo he endosado los consejos que, según el señor Wilding mismo me ha manifestado, le disteis vos. Cualquier hombre sensato mantendría idéntica opinión. Le he dicho que debe mantener a toda costa el secreto. He hablado con la señora Goldstraw, en presencia y en ausencia del señor Wilding, y, si hay que confiar en alguna persona (y es un Si con letras muy grandes), creo que se puede confiar en ella hasta ese punto. He advertido a nuestro querido amigo (y cliente mío), que el ponerse a hacer averiguaciones al buen tuntún sería no solamente despertar al Diablo, en la figura de todos los estafadores que hay en el reino, sino también malbaratar el capital. Ahora bien, señor Vendale: nuestro amigo (y cliente mío) no desea que se malbarate el capital, sino todo lo contrario, desea guardarlo para quien, según él (pero no en mi opinión) es el legítimo propietario, si es que aparece alguna vez ese legítimo propietario. Si aparece, yo habré sufrido un gran error, pero eso no hace al caso. El señor Wilding y yo coincidimos por lo menos en un extremo: no hay que malbaratar el capital. Pues bien: he accedido al deseo manifestado por el señor Wilding de insertar de cuando en cuando un anuncio en los periódicos, invitando con mucha cautela a quien sepa algo acerca de ese niño adoptivo, que fue retirado de la Inclusa, a que acuda a mi despacho; y me he comprometido a que ese anuncio aparezca con regularidad. Según lo que he podido deducir de las palabras de nuestro amigo (y cliente mío), he sido llamado para recibir instrucciones suyas, no para exponer opiniones… Estoy dispuesto a recibir sus instrucciones, y a respetar sus deseos; pero tened a bien tomar nota de que esto no implica que yo las apruebe desde mi punto de vista profesional.

Así se expresó el señor Bintrey, dirigiéndose unas veces al señor Vendale y otras al señor Wilding. Y, sin embargo, a pesar de tomarse interés por su cliente, le divertía tanto la conducta quijotesca de éste, que no podía menos de mirarle de vez en vez con un ligero guiño de sus ojos, como si lo estuviese viendo a la luz de una rareza altamente cómica.

—Nada puede estar más claro —comentó Wilding—. Bien quisiera yo tener mi cabeza tan clara como la vuestra, señor Bintrey.

—Si volvéis a sentir los ruidos de otras veces en la vuestra, suspendámosla… Me refiero a la entrevista —apuntó el abogado dirigiendo a Wilding una mirada de

alarma.

—Nada de eso. Muchas gracias —dijo Wilding—. Lo que yo iba a decir…

—No os emocionéis, señor Wilding —insistió el abogado.

—No; no iba a emocionarme —dijo el comerciante de vinos—. Señores Bintrey y Jorge Vendale: ¿vacilaríais, o tendríais algún inconveniente que oponer a ser mis albaceas testamentarios, o estáis dispuestos, sin más, a serlo?

—Yo acepto —contestó con espontaneidad Vendale.

—Y yo también —contestó el señor Bintrey, no con tanta espontaneidad.

—Os doy las gracias a los dos. Señor Bintrey mis instrucciones para mi última voluntad y testamento son breves y claras. ¿Queréis tomar nota de ellas, por favor? Dejo todos mis bienes, muebles e inmuebles, sin excepción ni reserva, a vosotros dos, mis albaceas y ejecutores conjuntos, con el mandato de que lo entreguen todo al verdadero Walter Wilding cuando éste sea encontrado e identificado, dentro de los dos años a contar del día de mi fallecimiento. De no ser encontrado en ese plazo, deberéis entregarlo todo como una manda de beneficencia a la Inclusa.

—¿Son ésas vuestras instrucciones, señor Wilding? —preguntó el señor Bintrey después de un silencio absoluto, durante el cual nadie se atrevió a mirar a los demás.

—Mis instrucciones completas.

—¿Estáis irrevocablemente decidido a ratificarlas, señor Wilding?

—De un modo absoluto, resuelto y definitivo.

—En vista de eso —dijo el abogado con un encogimiento de hombros—, sólo queda ponerlas en términos técnicos y con fuerza de obligar, firmarlas y rubricarlas. ¿Tiene prisa la cosa? ¿Ha de hacerse con toda velocidad? No vais a moriros por ahora, señor.

—Señor Bintrey —contestó con gravedad el señor Wilding—, no cae dentro de vuestro conocimiento ni del mío la fecha en que voy a morir. Si lo tenéis a bien, yo desearía quitarme cuanto antes este asunto de la cabeza.

—Volvemos a ser el abogado y el cliente —contestó Bintrey, el cual, por una sola vez volvió a ser simpático—. Si al señor Vendale y a vos os acomoda de aquí a ocho días, a esta misma hora y en este mismo lugar… anotaré en mi *Diario* que os reservo esa fecha y hora.

Quedó convenida la cita, y se cumplió a su debido tiempo. El testamento quedó debidamente firmado, sellado, entregado, testificado, y el señor Bintrey se lo llevó para guardarlo en lugar seguro entre los papeles de sus clientes, colocados en las respectivas cajas de hierro, con el nombre de cada cliente escrito en el exterior, en estantes de hierro, en el despacho dé consultas, como si este santuario legal fuese una bóveda sepulcral condensada de clientes.

Tomando las cosas con más entusiasmo de lo que últimamente había sentido, Wilding se dedicó entonces a terminar de dar forma a su proyecto de casa patriarcal, tarea en la que recibió gran ayuda, no sólo de la señora Goldstraw, sino también del señor Vendale (aunque éste abrigaba quizá la secreta idea de ofrecer cuanto antes una

comida a los Obenreizers, tutor y pupila). Sea como sea, el hecho es que en cuanto se creyó que todo funcionaba en debida forma dentro de la casa, se llevó a cabo esa invitación, en la que también estaba incluida *madame* Dor. Si ya para entonces estaba Vendale enamorado hasta la coronilla (y el condicional no indica en este caso ni sombra de duda), la comida aquella lo hundió en el amor diez mil brazas más. Pero, a pesar de todo lo que hizo, no consiguió hablar a solas una sola palabra con la encantadora Margarita. Cuando ese feliz momento parecía ya seguro, surgía infaliblemente Obenreizer con su expresión velada al lado de Vendale, o aparecía delante de sus ojos la ancha espalda de *madame* Dor. Desde el momento en que llagó a la casa, hasta el de la despedida, no hubo modo de ver a esta muda señora de frente, salvo mientras estuvieron sentados a la masa. Pero en cuanto salieron del comedor a la sala, después de haber dado pruebas de un sólido apetito, se volvió otra vez de cara a la pared.

Sí, durante cuatro o cinco horas encantadoras, aunque irritantes, Margarita se dejó oír, Margarita se dejó ver, y hasta alguna vez Margarita se dejó tocar. Cuando hicieron el recorrido de las antiquísimas bodegas, Vendale la condujo de la mano; cuando cantó por la noche en la sala bien alumbrada, y cantó para él, Vendale, en pie junto a ella, tenía en sus manos los guantes que Margarita se había quitado, y hubiera dado por ellos hasta la última gota del oporto añejo de cuarenta y cinco años, aunque éste hubiese sido cuarenta y cinco veces cuarenta y cinco años más viejo, y su precio neto por docena de botellas cuarenta y cinco veces cuarenta y cinco libras más. Y, sin embargo, después que ella se marchó, cuando La Esquina del Inválido se había oscurecido como debajo de la boca de un inmenso apagavelas, Vendale seguía atormentado por inseguridades. ¿Se había dado ella cuenta de que él la admiraba? ¿Se daba cuenta ella de que él la adoraba? ¿Se imaginaba acaso que le había ganado el alma y el corazón? ¿Se preocupaba de él, aunque sólo fuese un poquito? Y que si sí, y que sí no, escala arriba, escala abajo, bemol y sostenido… ¡Pobre corazón azogado de la Humanidad! ¡Pensar que los hombres que desde hace miles de años son ya momias pasaron por los mismos trances, y no encontraron jamás el secreto para aquietarse!

—¿Qué opinión tenéis de Obenreizer, Jorge? —preguntó al día siguiente Wilding a su socio—. Y no os preguntaré qué opinión tenéis de la señorita Obenreizer.

—Pues no sé, ni he sabido nunca qué pensar de ese hombre —contestó Vendale.

—Es hombre bien informado e inteligente —dijo Wilding.

—Inteligente desde luego que sí.

—Buen músico.

Había tocado muy bien el piano, y había cantado muy bien durante toda la noche.

—Sin duda alguna es un buen músico.

—Y conversa bien.

—Sí —dijo Vendale, meditabundo—, y sabe conversar bien. ¿Sabéis, Wilding… que, cuando me pongo a pensar en él, se me ocurre la extraña idea de que no sabe callar bien?

—¿Qué queréis decir con eso? No es un charlatán molesto.

—No es eso lo que quiero decir. Lo que digo es que, cuando calla, no podéis evitar que se despierte en vos un confuso sentimiento de desconfianza hacia él, desconfianza quizá injusta. Fijaos en las personas a las que conocéis y con las que simpatizáis. Fijaos en una cualquiera de aquellas que conocéis y con las que simpatizáis.

—Ya está. Me fijo en vos. ¿Y qué? —dijo Wilding.

—No iba buscando eso, ni me imaginé que pondríais ese ejemplo —contestó riendo Vendale—. Pues, sea. Pensad un momento. Aunque mi interesante cara puede tomar momentáneamente diferentes expresiones, ¿no es cierto que ese sentimiento de aprobación que os inspira se funda principalmente en la expresión que tiene cuando yo estoy callado?

—Creo que sí.

—Y yo también lo creo. Pues bien: cuando Obenreizer habla, en otras palabras, cuando tiene ocasión de mostrarse como él quiere, resulta un hombre bastante aceptable; pero cuando no se le presenta esa oportunidad, resulta bastante inaceptable. Por eso es por lo que yo digo que no sabe guardar bien el silencio. Haciendo desfilar por mi memoria rápidamente los rostros que conozco y que no me inspiran confianza, me siento inclinado a creer, ahora que pienso en el asunto, que ninguno de ellos sabe guardar bien el silencio.

Esta afirmación sobre normas fisonómicas resultaba una novedad para Wilding, y por eso se sintió reacio a admitirla; pero se hizo a sí mismo la pregunta de si la señora Goldstraw guardaba bien el silencio, y recordando que cuando la cara de esa señora se hallaba en reposo invitaba a la confianza, el comerciante de vinos se alegró, como les suele ocurrir a los hombres cuando creen lo que desean creer.

Como Wilding recuperaba muy lentamente sus ánimos o su salud, su socio le recordó aquellos proyectos musicales que tenía en relación con la familia, y que consistían en establecer en la casa una clase de canto, y formar un coro en la iglesia más cercana; quizá lo hizo porque creía que esto le ayudaría a curarse, y quizá pensando también de un modo accesorio en los Obenreizers. Se procedió inmediatamente a establecer la clase de canto, y como había dos o tres hombres entre el personal que poseían ciertos conocimientos musicales y cantaban pasaderamente, no tardó en formarse el coro Fue Wilding su principal maestro y director; acaso abrigaba esperanzas secretas de convertir a sus empleados en otros tantos niños de la Inclusa, por lo que se refiere a la capacidad que éstos tienen de cantar a coro himnos religiosos.

Ahora bien: como los Obenreizers eran músicos consumados, las cosas vinieron por sí solas, y se les pidió que se agregasen a esas dos agrupaciones musicales. Y también vino por su pie el que, al dar su consentimiento él tutor y la pupila, o el tutor en nombre de los dos, la vida de Vendale se convirtió en una esclavitud y un encanto. ¿No era la voz de Margarita la que se derramaba igual que la luz en la oscuridad en la

húmeda iglesia de Christopher-Wren los domingos, cuando se reunían y se agrupaban los muy amados hermanos, veinticinco en total, haciendo vibrar los muros y las columnas como si éstas y aquéllos fuesen partes del corazón de Jorge Vendale? ¿Y no era también entonces cuando *madame* Dor, en un ángulo de su elevado reclinatorio reservado, vuelta de espaldas a todos y a todo, tenía por fuerza que concentrarse alguna vez en el servicio religioso, atendiendo debidamente a éste, al igual de aquel hombre al que los médicos recomendaron que se emborrachase una vez al mes, y que, por miedo a olvidarse de la receta, se emborrachaba todos los días?

Pero los conciertos de los miércoles, organizados para el goce de la familia patriarcal, sobrepasaban incluso a esos seráficos domingos. En esos conciertos, Margarita se sentaba al piano y cantaba en su propio idioma canciones de su país; eran canciones que parecían gritar desde las cumbres de las montañas a Vendale: «¡Álzate por encima de la miserable tierra llana; huye lejos de la muchedumbre; sígueme mientras yo trepo cada vez más arriba y más arriba, hasta diluirme en la lejanía azulada; levántate hasta la cumbre más alta de todas, y ámame allí!».

Y entonces, hasta que terminaba la melodía, el lindo corpiño, las medias a cuadros, y los zapatos con hebillas de plata, lo mismo que la ancha frente y los ojos brillantes, parecían cargados de la agilidad de un auténtico rebeco.

Pero, de una manera distinta, estos cantos de Margarita parecían embelesar más aún que a Vendale mismo a José Ladle. Al principio se negó a estropear las armonías participando en aquellas actividades, y demostrando el desdén más absoluto hacia las escalas musicales y otros ejercicios rudimentarios por el estilo del arte de la música (cosas que no suelen cautivar a los que se limitan a escucharlas); José opinó que todo aquello era un mal negocio, y el conjunto de cantores una jauría de derviches vociferadores. Pero cierto día creyó descubrir indicios de una armonía limpia en una canción de coro, y dio a los dos bodegueros que estaban a sus órdenes vagas esperanzas de que aquel negocio iba a mejorar a fuerza de tiempo. Un himno de Hændel le arrancó palabras todavía más animadoras, aunque le puso el reparo de que con toda seguridad aquel gran músico debió de frecuentar mucho las bodegas extranjeras, porque repetía muchísimas veces la misma cosa; tómese como se quiera, el hecho es que José consideraba esa circunstancia como síntoma seguro de que, de un modo u otro, se le había metido el vino en el cuerpo.

En otra ocasión, la presencia pública del señor Jarvis con una flauta, y de un temporero con el violín, y la ejecución por ambos de un dueto, le produjo tal asombro a José que, únicamente por su propio impulso e ímpetu, se sintió inspirado con las palabras «¡Ana Koar!», y las repitió muchas veces como si estuviese llamando de un modo familiar a alguna señora que se hubiera destacado en la orquesta. Fue éste el tercero y definitivo testimonio dado por él del mérito de sus compañeros, porque, como este dueto se ejecutó en el concierto del miércoles siguiente, y como al dueto siguió la voz de Margarita Obenreizer, Jasé permaneció con la boca abierta, como extático, hasta que ella acabó de cantar; entonces se levantó de su asiento con gran

solemnidad, y después de ejecutar, a modo de prefacio de lo que iba a decir, un saludo doblando el cuerpo, saludo especialmente dirigido al señor Wilding, dio suelta a este sentimiento halagador: «¡Después de lo que he oído, cualquiera se puede ir a gusto a dormir!». No hubo manera de que volviese a rendir con palabras otro homenaje a las facultades musicales de la familia.

Así es como dio comienzo una relación personal especial entre Margarita Obenreizer y José Ladle. Aquélla se rió tan cordialmente al oír el cumplido que éste les dirigió, y se sintió al mismo tiempo tan empequeñecida, que José se atrevió, una vez terminado el concierto, a decirle que, a pesar de su propio atontamiento, no creía haber faltado a nadie. Ella le contestó con simpatía, y José se dobló de cintura en señal de reciprocidad.

—Señorita, vais a volver a traer la buena suerte —dijo José, con otra profunda inclinación—. Personas como vos son las que, al venir a este sitio, pueden volver a traer la buena suerte al negocio.

—¿De veras? ¿Que puedo volver a traer la buena suerte? —contestó Margarita, en su bonito inglés, y con bonita expresión de asombro—. Me temo que no os entiendo. ¡Es que soy muy tonta!

—El joven amo Wilding, señorita, cambió la suerte de este lugar antes de traer de socio al amo Jorge. Yo lo digo, y el tiempo me dará la razón.

¡Pero bendito sea Dios, que con que rengáis a este lugar y cantéis algunas veces a la suerte, ésta tendrá que rendirse! —José le dio estas explicaciones confidenciales, que contribuyeron muy poco a sacarla de su asombro.

Dicho esto, y con gran profusión de doblamientos de cintura, salió José retrocediendo de la habitación. Pero como el bodeguero era una persona distinguida, y como hasta las conquistas involuntarias resultan agradables a la juventud y a la belleza, Margarita, después de otro número, lo buscó alegremente con la mirada, y preguntó a Vendale:

—¿Queréis decirme dónde está mi señor José?

Trajeron a José, hubo mutuos estrechamientos de mano, y esa costumbre se convirtió en una institución.

Otra institución surgió de este modo.

Era José un poco duro de oído. Según él, esto era cosa de los «vapores», y quizá fuese así; pero fuese cual fuese la causa, el efecto se daba en él. En este primer concierto se le vio deslizarse siguiendo la línea de la pared y formando pabellón en su oreja izquierda con la mano, hasta que se abrió camino y tomó asiento en una silla bastante próxima a la cantante; en ese mismo lugar y posición permaneció, hasta el momento de dirigir a sus amigos los músicos aficionados el piropo que antes hemos mencionado. Se pudo observar el miércoles siguiente que José, en su condición de máquina de comer, no funcionaba bien durante la cena, y circuló por la mesa el rumor de que había que atribuirlo a la elevada tensión de sus esperanzas a propósito de los cantos de la señorita Obenreizer, y a sus temores de no conseguir un buen sitio desde

el que poder oírla sin perder una nota ni una sílaba. Este rumor llegó a los oídos del señor Wilding; llevado de su bondad, el comerciante de vinos llamó a José para que se sentase aquella noche en primera fila antes que Margarita empezase a cantar. En noches sucesivas esto llegó a convertirse en institución, porque Margarita, al hacer algunas escalas en el piano, antes de dar comiendo a sus cantos, preguntaba siempre a Vendale:

—¿Queréis decirme dónde está mi señor José?

Vendale entonces traía al bodeguero, y lo sentaba muy cerca. Uno de los ritos de la institución era, después de eso, el que José, en quien estaban centradas todas las miradas, demostrase en su rostro el máximo desdén hacia los esfuerzos de sus amigos los músicos, dando a entender que únicamente confiaba en Margarita, a la que contemplaba de un modo que no se diferenciaba mucho del rinoceronte que solemos ver en las cartillas de lectura, domesticado y sentado en sus patas traseras. Y también formaba parte del rito el que una vez acabado el canto y cuando José estaba aún en pleno éxtasis, algún espíritu animoso de los que estaban detrás gritase:

—¿Qué os parece, José?

Esto era para incitarlo a contestar, y su contestación, que parecía improvisada, era como sigue:

—¡Después de esto, cualquiera se puede ir a gusto a dormir!

Todas estas cosas formaban parte del rito.

Pero estaba escrito que aquellos placeres sencillos y aquellos chistes inocentes de La Esquina del Inválido, no iban a tener larga vida. Por debajo de todas esas actividades había desde el primer momento una cuestión fundamental, de la que tenían conocimiento los miembros todos de la familia patriarcal, pero de la que, por tácito consentimiento, todos evitaban hablar. La salud del señor Wilding marchaba mal.

Es posible que se hubiese recobrado del choque sufrido en lo que era el gran cariño de su vida, y es también posible que se hubiese sobrepuesto a su sentimiento de estar gozando lo que era propiedad de otro; pero ambas cosas reunidas eran demasiado para él. Como persona a la que persiguen fantasmas gemelos, sufrió un profundo abatimiento. Los espectros inseparables tomaban asiento con él a la mesa, comían de su plato, bebían de su vaso, y permanecían toda la noche en pie junto a su cama. Cuando traía a la memoria el amor de su madre supuesta, sufría la sensación de haberlo robado. Si el respeto y el afecto de sus empleados lo reconfortaban un poco, parecíale como si hasta el hacerlos felices fuese un fraude, porque eso habría sido el deber y la satisfacción de aquel hombre desconocido.

Poco a poco, bajo la presión de sus ensimismamientos, su cuerpo se inclinó, sus piernas perdieron elasticidad, sus ojos se levantaron muy rara vez del suelo. Sabía que no le había sido posible impedir la lastimosa equivocación sufrida, pero sabía también que no le era posible rectificarla; pasaban los días y las semanas, y nadie se presentaba a reclamar ni su apellido ni sus posesiones. Un buen día empezó a adquirir

conciencia de que su cabeza padecía en ocasiones una gran confusión. Dejaba de una manera inexplicable de funcionar durante horas enteras y hasta algunas veces durante una noche y un día completos. En cierta ocasión, su memoria se detuvo cuando estaba sentado a la cabecera de la mesa del comedor, y permaneció en la oscuridad hasta el alborear del día siguiente. En otra ocasión cesó en el instante mismo en que marcaba el compás a los cantores, y la recobró estando él y su socio paseando a la luz de la luna en el patio, varias horas después, aquella misma noche. Al volver en sí, preguntó a Vendale (lleno siempre de consideraciones hacia él, sirviéndole de ayuda, y entregado por completo al trabajo), qué había pasado. Vendale se limitó a contestarle:

—No pasa sino que no os encontráis del todo bien.

Wilding buscó una aclaración en las caras de sus empleados; pero éstos la soslayaron diciéndole:

—Nos satisface mucho, señor, el ver que estáis bastante mejor.

Otras veces le decían:

—Tenéis semblante de estar ya muy bien, señor —con lo que no le decían nada.

Llegó un momento, cuando la sociedad llevaba ya funcionando cinco meses, en que Gualterio Wilding tuvo que acostarse; su ama de llaves se convirtió en enfermera suya.

—Puesto que estoy como estoy, ¿os importaría, señora Goldstraw, que os llamase Sarita? —dijo el pobre comerciante de vinos.

—A mí me suena mucho mejor que cualquier otro nombre, señor, y lo prefiero.

—Gracias, Sarita. Creo que estos últimos tiempos he padecido algunos ataques. ¿Es eso verdad, Sarita? No os importe ya decírmelo.

—Es cierto, señor.

—¡Eso me lo explica todo! —comentó Wilding con tranquilidad—. Señorita, el señor Obenreizer suele decir que el mundo es tan pequeño que no debemos extrañarnos de la frecuencia con que volvemos a encontrarnos unas a otras las mismas personas, coincidiendo en diversos lugares, y en diversas etapas de la vida. Pero lo que yo encuentro extraño, Sarita, es que yo haya vuelto, como si dijéramos, a la Inclusa, para morir allí.

Wilding le alargó la mano, y ella Se la tomó cariñosamente.

—Pero no os vais a morir, querido señor Wilding.

—Eso mismo me dijo el señor Bintrey, pero creo que se equivocó. Vuelven a mí de nuevo, Sarita, mis viejos sentimientos de la infancia, aquel silencio y tranquilidad que reinaban cuando solía dormirme.

Después de una pausa, dijo con voz plácida:

—Enfermera, ¿queréis darme un beso?

Era evidente que se creía en el dormitorio de aquellos tiempos.

Lo mismo que acostumbraba Sarita inclinarse para besar a los niños que carecían de padre y de madre, se inclinó ahora sobre ese hombre que no los tenía tampoco, y

posó sus labios en su frente, murmurando:

—¡Que Dios os bendiga!

—¡Que Dios os bendiga! —contestó él en el mismo tono.

Un rato después, abrió sus ojos, consciente de su propia personalidad, y dijo:

—Sarita, no me cambiéis de postura a pesar de lo que voy a deciros; me siento bien tal como estoy. Creo que ha llegado mi hora. No sé qué os parecerá a vos, Sarita, pero…

Permaneció insensible durante algunos minutos; pero volvió a recobrar el conocimiento.

—… no sé lo que os parecerá a vos, Sarita, pero eso es lo que yo creo.

Una vez que dio fin de un modo consciente a la que era su frase favorita, llegó su hora, y murió.

ACTO II

VENDALE HACE EL AMOR

Habían pasado el verano y el otoño. La Navidad y el Año Nuevo estaban al alcance de la mano.

Vendale y Bintrey, testamentarios, honradamente deseosos de cumplir con su deber hacia el muerto, habían mantenido más de una preocupada entrevista para tratar del testamento de Wilding. El abogado declaró desde el primer momento que era una pura imposibilidad el dar ningún paso útil en aquel asunto. Las únicas investigaciones claras que se podían hacer para encontrar al hombre desaparecido habíalas hecho ya el mismo Wilding, y el resultado de las mismas fue la demostración de que el tiempo y la muerte, en colaboración, no habían dejado posibilidad de descubrir ninguna huella del mismo. Para publicar anuncios llamando al que podía reclamar las propiedades dejadas por el difunto, sería preciso dar detalles, y esto era una especie de invitación para que la mitad de los impostores de Inglaterra se presentasen con, la pretensión de ser los verdaderos Gualterios Wilding.

—Si se nos presenta una ocasión de descubrir la pista del desaparecido, la seguiremos. Si no, procederemos a celebrar otra consulta el día del primer aniversario de la muerte de Wilding.

Así opinó Bintrey. Vendale, a pesar de su vivísimo deseo de cumplir la voluntad de su amigo difunto, tuvo que dejar el asunto en suspenso por el momento.

Volviendo de su interés en el pasado para concentrarse en su interés por el futuro, Vendale se vio frente a dudosas perspectivas. Habían transcurrido muchos meses desde su primera visita a Soho Square, y durante todo ese tiempo, había tenido que recurrir al lenguaje de los ojos para expresar a Margarita el amor que sentía por ella, ayudado, en ciertos momentos oportunos, por el lenguaje de las manos.

¿Cuál era el obstáculo que se atravesaba en su camino? Era el mismo inconmovible obstáculo que desde el principio se había interpuesto. Por muy favorables que pareciesen las oportunidades, los esfuerzos de Vendale para hablar a solas con Margarita acababan invariablemente de la misma y única manera. Con los pretextos más insignificantes, y de la forma más inocente posible, tropezaba siempre con Obenreizer.

Con la llegada de los últimos días del Año Viejo se presentó una inesperada posibilidad de pasar una velada con Margarita, y Vendale decidió que ésa sería la ocasión para hablar a solas con ella. Una cariñosa nota de Obenreizer le invitaba a una pequeña fiesta familiar, que se celebraría en Soho Square con ocasión del día de Año Nuevo. La nota decía: «Seremos únicamente cuatro». Pero Vendale se dijo: «Antes que termine la velada, seremos únicamente dos».

El día de Año Nuevo es entre los Ingleses día de Invitar y de ser invitado a comer, no habiendo ese día otra costumbre. Entre los extranjeros, el día de Año Nuevo

constituye la gran ocasión del año para enviar y recibir regalos. A veces resulta posible aclimatar alguna costumbre extranjera. En esta ocasión, Vendale no titubeó en intentarlo. La única dificultad que tuvo fue la de decidir cuál sería su regalo de Año Nuevo a Margarita. Si se arriesgaba a un regalo de valor, el orgullo receloso de la hija de campesinos (de una sensibilidad morbosa por lo que se refería a la desigualdad de posición social entre ella y él), sería atizado en secreto de un modo desfavorable para su persona. La única clase de regalos que se podía confiar que se abriesen camino hasta el corazón de la joven, Inclinándola hacia el donante, eran los que podía comprar la bolsa de un hombre pobre. Resistiéndose con energía a la tentación, que adoptaba la forma de diamantes y de rubíes, Vendale compró un broche de trabajo de filigrana de Génova, el adorno más sencillo y más modesto que pudo encontrar en una joyería.

Cuando Margarita le alargó la mano el día de la comida para darle la bienvenida, él deslizó su regalo en ella, y le dijo:

—Éste es vuestro primer día de Año Nuevo en Inglaterra. ¿Me permitís que contribuya a que se parezca a los días de Año Nuevo que habéis pasado en vuestro país?

Ella le dio las gracias, un poco cortada, mientras contemplaba el estuche, no sabiendo lo que éste contendría. Abrió la caja, y descubriendo la forma rebuscadamente sencilla del pequeño obsequio que le ofrecía Vendale, adivinó en el acto el móvil que le había guiado. Volvió hacia él la cara radian te, y le dijo con la mirada:

—«Confieso que me complace y me halaga».

Jamás había parecido Margarita tan encantadora a los ojos de Vendale como en aquel Instante. Su traje de invierno —¡falda de seda negra con corpiño de terciopelo negro, que se cerraba en el cuello, ciñéndolo suavemente en un pequeño círculo de plumón de cisne!—, realzaba, con toda la fuerza del contraste, la deslumbrante rubicundez de sus cabellos y de su cutis. Sólo cuando ella se apartó para dirigirse hacia donde estaba el espejo, y, quitándose el broche que llevaba, se colocó en lugar de aquél su regalo de Año Nuevo, pudo Vendale apartar de ella su atención lo suficiente para mirar a su alrededor y descubrir la presencia de otras personas en el cuarto. Sintió que las manos de Obenreizer le oprimían afectuosamente los codos. Oyó la voz de Obenreizer dándole las gracias por la atención que había tenido con Margarita. En el tono en que hablaba descubríase un dejo lo más leve posible de burla:

—¡Qué regalo más sencillo, querido señor, y qué muestra más encantadora de tacto!

Después de esto, descubrió por vea primera que había otro invitado, uno solo, además de él. Obenreizer se lo presentó como compatriota y amigo suyo. La edad de este invitado sugería el otoño de la vida humana. En el transcurso de la velada demostró poseer dos cualidades extraordinarias: una, la del silencio; otra, la de vaciar

botellas.

Madame Dor no se encontraba en la habitación. No había tampoco a la vista cubierto alguno en la mesa reservado para ella. Obenreizer dio la explicación diciendo:

—Es que esta buena señora Dor tiene la sencilla costumbre de hacer siempre su comida al mediodía. Después se presentará para disculparse.

Vendale se preguntó para sus adentros si la buena señora Dor había, en esta ocasión, cambiado su ocupación doméstica de limpiar los guantes de Obenreizer por la de preparar la cena de este señor. Desde luego, los platos que allí se sirvieron eran, sin excepción, como obras del arte de cocinar, infinitamente superiores a lo que alcanza ese arte, tosco y rudimentario, en Inglaterra. La comida fue sin disputa perfecta. En cuanto al vino, los ojos del amigo mudo lo contemplaban como en un éxtasis solemne. En ocasiones, y era cuando ponían en la mesa una botella llena, exclamaba:

—¡Oh!

Y, cuando se llevaban una botella vacía, su exclamación era:

—¡Ah!

Estas dos exclamaciones fueron su única aportación a la alegría de la velada.

El silencio es en ocasiones contagioso. Dominados por sus propias preocupaciones, Vendale y Margarita parecían sentir la influencia del amigo mudo. Toda la responsabilidad de mantener la conversación descansaba sobre los hombros de Obenreizer, y éste supo estar valerosamente a la altura de las circunstancias. Habló como inteligente extranjero que abre su corazón, y cantó las alabanzas de Inglaterra. Cuando se agotaban los demás temas de conversación, volvía a este manantial inagotable, y lo hacía correr otra vez tan copioso como siempre. Obenreizer habría sido capaz de dar un brazo, un ojo o una pierna por haber nacido en Inglaterra. Fuera de Inglaterra no existía una institución como la vida de familia, ni nada que se pareciese al hogar, ni se sabía lo que era una mujer hermosa. Que le disculpase su querida Margarita si él atribuía los atractivos que ella tenía a la hipótesis de que en tiempos remotos debió de mezclarse sangre inglesa con la de sus oscuros y desconocidos antepasados.

¡Fijaos en los ingleses, y veréis que son individuos de buena estatura, limpios, llenos y fornidos! ¡Pasad revista a sus ciudades! ¡Qué magnificencia en sus edificios públicos! ¡Qué orden y limpieza admirables en sus calles! ¡Qué admirables sus leyes, que saben combinar el principio eterno de la justicia con el otro, también eterno, de las libras, chelines y peniques, compensando con dinero todos los atropellos civiles, desde el de la ofensa hecha al honor de una persona hasta la inferida a su nariz! ¿Que habéis estropeado a mi hija?… ¡Libras, chelines y peniques!… ¿Que me habéis derribado por tierra de un puñetazo en la cara?… ¡Libras, chelines y peniques! ¿Dónde iría a detenerse la prosperidad de un país así? Obenreizer se proyectaba hacia el futuro, y no alcanzaba a vislumbrar ese fin. El entusiasmo de Obenreizer pidió

permiso para explayarse al estilo inglés en un brindis.

—Hemos terminado ya nuestra modesta cena, está sobre la mesa nuestro postre frugal, y este admirador de Inglaterra, adaptándose a sus costumbres nacionales, va a pronunciar un discurso. ¡Un brindis por los blancos riscos de las costas de Albión, señor Vendale!

¡Por vuestras virtudes nacionales, vuestro clima encantador y vuestras mujeres fascinadoras! ¡Por vuestros llares, por vuestra vida en familia, por vuestro *Habeas Corpus*, y por vuestras restantes instituciones! ¡En una palabra: brindo por Inglaterra! ¡Hip, hip, hip, hurra!

Había apenas acabado Obenreizer de dar la última nota de su vítor por Inglaterra, y había apenas su mudo amigo vaciado la última gota de su vaso, cuando unos modestos golpecitos dados en la puerta de la habitación vinieron a interrumpir la marcha del festín. Entró una criada y se acercó a su amo con una cartita en la mano. Obenreizer la abrió y frunció el ceño; después de leerla con expresión de verdadero desagrado, se la entregó a su compatriota y amigo. Vendale sintió optimismo al observar aquello. ¿Habría encontrado un aliado en aquella modesta cartita? ¿Iba a llegarle por fin la ocasión tan esperada?

—Me temo que no vamos a poderlo remediar —dijo Obenreizer dirigiéndose a su compatriota—. Me temo que vamos a tener que ir allí.

El mudo amigo le devolvió la carta, encogió sus pesados hombros, y se sirvió otro vaso de vino. Sus dedos gordinflones se quedaron acariciando el cuello de la botella. Y no separó la mano sin antes darle un leve apretón de enamorado. Sus ojos saltones miraron turbios, como a través de una neblina, a Vendale y Margarita. El pesado mecanismo de su expresión se movió dificultosamente, y echó fuera una frase entera de un tirón:

—Me está pareciendo que me habría bebido un poco más de vino.

Después de ese esfuerzo, le faltó el aliento; jadeó, y se dirigió hacia la puerta.

Obenreizer habló a Vendale aparentando el mayor desconsuelo:

—Me duele, me confunde y me aflige de una manera extraordinaria. Le ha ocurrido una desgracia a uno de mis compatriotas. Está solo, desconoce el idioma inglés. Yo y este amigo mío no tenemos más remedio que ir a prestarle ayuda. ¿Qué puedo alegar para disculparme? ¿Con qué palabras describir la aflicción que me produce el privarme del honor de vuestra compañía?

Se detuvo, esperando sin duda alguna que Vendale pidiese su sombrero y se retirase. Pero Vendale, descubriendo la oportunidad que al fin se le presentaba, no hizo ni lo uno ni lo otro. Detuvo diestramente el golpe de Obenreizer con sus propias armas.

—No os aflijáis, señor —le dijo—. Esperaré aquí con el mayor placer vuestro regreso.

Margarita SÍ puso muy colorada, y ocultó la cara, volviéndose hacia su bastidor de bordar, que estaba en un rincón, junto a la ventana. Los ojos de Obenreizer se

velaron, y en su boca apareció una sonrisa acerba. Decirle a Vendale que no había probabilidades razonables de que regresasen a tiempo, habría sido correr el riesgo de ofender a un hombre cuya favorable opinión tenía para él una sólida importancia comercial. Aceptando su derrota con la mayor galantería posible, se manifestó tan honrado cómo encantado con la proposición de Vendale «tan espontánea, tan amistosa, ¡y tan inglesa!». Anduvo de un lado para otro, como si estuviese buscando algo que necesitaba, desapareció un instante por las puertas de resorte que ponían en comunicación el comedor con otra habitación, volvió con el sombrero y el abrigo, y asegurando a su invitado que regresaría lo más rápidamente posible, abrazó los codos de Vendale, y desapareció de la escena en compañía de su mudo amigo.

Vendale se dirigió hacia el ángulo de la habitación, junto a la ventana, donde Margarita se había puesto a trabajar en su bordado. ¡Y allí, como si hubiese caído del techo, o hubiese brotado del suelo…, allí, en su actitud de siempre, de cara hacia la estufa…, estaba sentado el obstáculo que no había previsto en la persona de *madame* Dor! Medio se levantó, medio miró por encima de sus anchos hombros a Vendale, y se dejó caer de nuevo en su asiento. ¿Trabajaba? Sí. ¿Limpiaba, como la otra vez, los guantes de Obenreizer? No; zurcía las medias de aquél.

El caso era ya desesperado. Dos reflexiones serias se le presentaron a Vendale. ¿Habría manera de meter a *madame* Dor en la estufa? No cabía en ella. ¿Se podría tratar a *madame* Dor, no como a un ser vivo, sino como a un mueble? ¿Sería posible decidirse a considerar a aquella respetable matrona ni más ni menos que como una cómoda, sobre la que había quedado olvidado un casquete de gasa negra? Sí, era posible. A Vendale sólo le costó un esfuerzo insignificante. Al sentarse en el anticuado banco de la caja de la ventana, cerca de Margarita y de su bastidor, advirtió un ligero movimiento en la cómoda, pero ésta no hizo ningún comentario. No se pierda de vista que los muebles macizos son difíciles de mover de un lado a otro, y de ahí una de sus ventajas…: la de que no hay peligro de volcarlos.

Mucho más callada y mucho más embarazada que de costumbre, perdiendo rápidamente los bellos colores de su cara, poseídos sus dedos de una energía febril, la linda Margarita se inclinó sobre el bastidor, y se puso a trabajar como si en ello le fuese la vida. No menos emocionado que ella, Vendale se dio cuenta de todo lo importante que era el guiarla suavemente hasta la declaración que él anhelaba hacer…, y a otra todavía más dulce que él estaba anhelando escuchar.

No hay que apoderarse nunca por asalto del amor de una mujer, porque cede insensiblemente a una táctica de acercamiento gradual. Se aventura por los rodeos, y presta oídos atentos al cuchicheo. Vendale fue recordándole las veces que habían estado juntos, cuando viajaban por Suiza. Revivieron ambos las impresionéis, y recordaron los incidentes de los felices tiempos pasados. Poco a poco desapareció el embarazo de Margarita. Se sonrió, tomó interés en la conversación, miró a Vendale, fue dejando ociosa la aguja, dio puntos equivocados en su labor. El tono de sus voces se iba haciendo cada vez más bajo, y sus caras se iban acercando mutuamente cada

vez más, mientras hablaban.

—¿Y *madame* Dor? *Madame* Dor se conducía lo mismo que un ángel. No se volvió un momento para mirar; no abrió la boca; siguió zurciendo los calcetines de Obenreizer. Metía la mano izquierda por el calcetín hasta dejarlo tirante, levantaba de cuando en cuando ese brazo a fin de que le diese bien la luz, y hasta hubo momentos (delicados e indescriptibles), en los que parecía que *madame* Dor se hubiese tirado de espaldas, y estuviese contemplando una de sus respetables piernas, alzadas en el aire. A medida que transcurría el tiempo, esos alzamientos se hacían a intervalos más largos. De vez en vez, el casquete de gasa negra se inclinaba hacia delante, se sobresaltaba y volvía a erguirse. Un montoncito de calcetines se escurrió insensiblemente del regazo de *madame* Dor, y quedó en el suelo, inadvertido. Un enorme ovillo de lana siguió a los calcetines, y rodó perezosamente hasta debajo de la mesa. El casquete, de gasa negra hizo una inclinación, cayó hacia adelante, se enderezó, volvió a inclinarse, volvió a caer hacia delante, y ya no se enderezó. Por encima de los cuchicheos de los enamorados se alzó un ruido que era una mezcla del runruneo de un gato enorme, y del cepillado de una tabla blanda; este doble ruido vibró como un zumbido a intervalos acompasados por toda la habitación. La Naturaleza y *madame* Dor se habían aliado para favorecer los intereses de Vendale. La mejor de las mujeres estaba dormida.

Margarita se levantó para detener, no los ronquidos, sino lo que llamaríamos el descanso sonoro de *madame* Dor; pero Vendale le puso la mano encuna del brazo, y con una cariñosa presión la volvió a sentar en su silla, cuchicheando:

—No la despertéis. He estado esperando el momento de contaros un secreto. Permitidme que os lo diga ahora.

Margarita volvió a sentarse. Intentó echar mano a la aguja. Fue inútil; le fallaba la vista; le fallaba la mano; no supo encontrar nada. Y Vendale le habló así:

—Hemos estado hablando de aquellos tiempos felices, cuando nos conocimos e hicimos juntos el primer viaje. Tengo que haceros una confesión. Yo he ocultado algo. Cuando os he hablado de mi primera visita a Suiza, conté todas las impresiones que traje al volver a Inglaterra…, menos una. ¿No adivináis cuál es esa impresión?

Los ojos de Margarita estaban clavar dos en el bastidor; apartó un poco su cara de la de Vendale; en su corpiño ajustado de terciopelo aparecieron síntomas de emoción, justamente alrededor del lugar en que tenía colocado el broche. No contestó. Vendale la apremió sin compasión:

—¿No adivináis cuál es esa impresión que traje de Suiza, y que no os he dicho todavía?

Margarita volvió la cara hacia él, y una débil sonrisa tembló en sus labios.

—¿Es acaso la impresión de las montañas? —preguntó ella con cortedad.

—No; es mucho más preciosa que todo eso.

—¿De los lagos?

—No, porque el recuerdo de los lagos no ha ido haciéndose todos los días más

querido para mí. Los lagos no van unidos a mi felicidad actual, ni a mis esperanzas en el futuro. Margarita, todo lo que hace a la vida digna de vivirse, pende para mí de una palabra de vuestros labios. ¡Margarita, os amo!

Al tomarle Vendale una de sus manos, Margarita inclinó la cabeza; el joven la atrajo hacia sí, y la miró. Por entre sus párpados inclinados hacia el suelo, escapaban lágrimas que iban rodando lentamente por sus mejillas.

—Oh señor Vendale —dijo la joven tristemente—, ¡y cuánto más cariño me habríais demostrado guardando vuestro secreto! ¿Os habéis olvidado de la distancia social que nos separa? ¡No podrá ser jamás, jamás!

—Margarita, entre nosotros sólo puede haber una distancia, y ésa es la que vos misma pongáis. Amor y encanto mío, no hay, en cuanto a la bondad ni a la belleza, posición más elevada que la vuestra. ¡Ea! Decidme en un susurro la palabrita que ha de asegurarme que seréis mi esposa.

La joven suspiró amargamente, y murmuró:

—Pensad en cuál es vuestra familia y en cuál es la mía.

Vendale la atrajo un poco más hacia sí, y dijo:

—Si hacéis hincapié en un obstáculo como ése, no tendré más remedio que pensar una cosa…: que con mis palabras os he ofendido.

—¡Oh, no! —exclamó Margarita con inocencia, sobresaltándose y levantando la vista hacia Vendale.

En el instante mismo de haber salido estas dos palabras de sus labios, comprendió el alcance que se les podía dar. Se le había escapado su confesión sin querer. Un sonrojo encantador cubrió su cara. Hizo un esfuerzo momentáneo para soltarse del abrazo de su enamorado. Alzó hacia él su mirada suplicante. Intentó hablar. Las palabras murieron en sus labios con el beso que Vendale imprimió en ellos.

—¡Dejadme marchar, señor Vendale! —dijo con voz débil.

—Llámame Jorge.

Margarita reclinó su cabeza en el pecho del joven, y por último, dejó escapar hacia él su corazón, bisbiseando:

—¡Jorge!

—Di que me amas.

La joven enlazó cariñosamente sus brazos alrededor del cuello de Jorge, sus labios rozaron tímidamente la mejilla de éste, y murmuró las palabras deliciosas:

—¡Te amo!

Siguió un instante de silencio durante el cual llegó hasta ellos con claridad, por entre el silencio frío de la calle, el abrir y cerrar de la puerta de la casa.

Margarita se puso en pie de un salto, y dijo:

—¡Me voy! ¡Él ha vuelto!

Corrió a su cuarto, y al pasar tocó el hombro de *madame* Dor. *Madame* Dor despertó con un sonoro ronquido, miró primero por encima de un hombro y luego por encima del otro, bajó la vista para examinar su regazo y no vio en él ni medias, ni

ovillo, ni aguja de zurcir. En aquel mismo instante se oyeron en las escaleras pisadas de alguien que subía.

—*Mon Dieu*! —exclamó *madame* Dor como si hablase con la estufa, temblando violentamente.

Vendale recogió las medias y el ovillo, y se los echó todos juntos al regazo por encima del hombro.

—*Mon Dieu*! —dijo *madame* Dor por segunda vez, al observar cómo caía aquel alud de lana sobre su amplio regazo.

Se abrió la puerta, y entró Obenreizer. Una ojeada le bastó para ver que Margarita no estaba allí, lo que le hizo exclamar:

—¡Cómo! ¿No está aquí mi sobrina? ¿No está aquí mi sobrina para atenderos en ausencia mía? Esto es imperdonable. Voy a traerla ahora mismo.

Vendale le detuvo, diciéndole:

—Por favor, no molestéis a la señorita Obenreizer. Veo que habéis regresado sin vuestro amigo.

—Mi amigo se ha quedado para consolar a nuestro afligido compatriota. ¡Qué escena más desgarradora, señor Vendale! Todo lo que había en casa, empeñado, y la familia deshecha en lágrimas. Nos abrazamos todos en silencio. El único que ha conservado su serenidad ha sido mi admirable amigo. En el acto ha mandado comprar una botella de vino.

—¿Señor Obenreizer, puedo hablaros unas palabras en secreto?

—¡Naturalmente que sí! —se volvió hacia *madame* Dor—: Mi buena señora, os estáis cayendo de sueño. El señor Vendale os disculpará.

Madame Dor se levantó e inició su retirada de costadillo desde la estufa hasta la cama. Dejó caer una media. Vendale se inclinó y la levantó, procediendo también a abrir una de las hojas de muelle de la puerta. *Madame* Dor dio un paso, y dejó caer tres medias más. Al ir Vendale a inclinarse para recogerlas, tal como había hecho con la primera, Obenreizer intervino dando abundantes excusas y dirigiendo a dicha señora una mirada de advertencia. *Madame* Dor comprendió el significado de aquella mirada y dejó caer en montón todas las medias, huyendo a continuación, poseída de pánico y arrastrando los pies, de la escena del desastre. Obenreizer cogió con ambas manos la colección completa de medias, y con expresión furiosa, tomando impulso con los brazos, gritó:

—¡Idos!… —y disparó aquel prodigioso manojo, mientras *madame* Dor, después de exclamar «*Mon Dieu*», desaparecía en la habitación contigua, perseguida por una lluvia de medias.

—¿Qué iréis a pensar, señor Vendale, de esta lamentable intromisión de minucias domésticas? Yo, por mi parte, no puedo hacer otra cosa que sonrojarme. Hemos empezado el Año Nuevo todo lo mal que podíamos empezarlo; esta noche se nos ha torcido todo. Por favor, sentaos… y decidme qué queréis tomar. ¿Deseáis que presentemos nuestros más rendidos respetos a otra de vuestras nobles instituciones

inglesas? Yo tengo gran preocupación por aparecer como un hombre alegre y buen compañero. Propongo que tomemos un *grog*.

Vendale, con todos los respetos debidos a tan noble institución, rehusó el *grog*, y dijo:

—Deseo hablaros acerca de un tema que ofrece para mí profundo interés. ¿Habéis observado, señor Obenreizer, que desde el primer momento he sentido una admiración nada corriente hacia vuestra encantadora sobrina?

—Sois muy bondadoso, y os doy las gracias en nombre de ella.

—Acaso hayáis advertido también en los últimos tiempos que esa admiración mía hacia la señorita Obenreizer se ha transformado en un sentimiento más tierno y más profundo…

—¿Queréis que le llamemos amistad, señor Vendale?

—Llamémosle amor…, y estaremos más cerca de la verdad.

El señor Obenreizer dio un respingo que lo levantó de su asiento. En sus mejillas apareció el débil amago de alteración que no llegaba tampoco a ser un cambio de color.

—Sois el tutor de la señorita Obenreizer —siguió diciendo Vendale— y yo os pido que me otorguéis el más grande de todos los favores… Os pido en matrimonio a vuestra sobrina.

Obenreizer se dejó caer de nuevo en su asiento, y dijo:

—Señor Vendale, me dejáis petrificado.

—Esperaré a que os hayáis recobrado de vuestra sorpresa —contestó Vendale.

—Una palabra, antes que me recobre. ¿No habréis dicho nada de esto a mi sobrina?

—Le he abierto todo mi corazón, y tengo motivos para esperar…

—¡Cómo es eso! —le interrumpió Obenreizer—. ¿Que habéis hecho a mi sobrina una proposición de matrimonio, sin antes haberme pedido a mí autorización para cortejarla? —dio un golpe con la mano en la mesa, y por primera vez, desde que Vendale lo trataba, perdió el dominio de sí mismo y exclamó indignado—: ¿Qué manera de portarse es ésta, señor? ¿Cómo podéis justificarla en vuestra calidad de hombre de honor que está hablando con otro hombre de honor?

—Mi única justificación es deciros que se trata de una de nuestras costumbres inglesas —contestó Vendale muy tranquilo—… Vos admiráis nuestras costumbres de Inglaterra. Y yo, por mi parte, señor Obenreizer, no puedo deciros honradamente que lamento lo hecho. Lo que sí puedo aseguraros es que, al dar ese paso, no he intentado cometer ningún acto de menosprecio voluntario hacia vos. Hecha esta aclaración, ¿puedo pediros que me digáis con toda claridad si tenéis que hacer alguna objeción a mi noviazgo?

—Para mí, ofrece esta objeción inmensa: Mi sobrina y vos no sois personas de la misma posición social —contestó Obenreizer—. Mi sobrina es la hija de un pobre campesino; y vos sois el hijo de un caballero. El honor que nos hacéis merece, y

tiene, nuestro más rendido agradecimiento —agregó» adoptando otra vez y de un modo gradual su acostumbrado tono de cortesía. Pero la desigualdad es demasiado patente; el sacrificio es excesivo. Vosotros los ingleses sois gente orgullosa, señor Vendale. He visto lo bastante de este país para comprender que un matrimonio como el que me proponéis sería aquí un hecho escandaloso. Nadie daría la mano a vuestra esposa campesina; y todos vuestros mejores amigos se apartarían de vos.

—Un momento —dijo Vendale, disponiéndose a defender su causa—. Yo, sin gran arrogancia, puedo afirmar que conozco en general a mis compatriotas, y en particular a mis amigos, más que vos. Para justificar mi boda en el criterio de todas aquellas personas cuya opinión puede interesarme, bastaría con la personalidad de mi esposa. Yo no me habría lanzado por nada del mundo, y costase lo que costase, a pedirle que sea mi esposa, si no hubiese tenido la seguridad (fijaos bien, digo la seguridad) de que le ofrezco una posición que ella puede aceptar sin la menor sombra de humillación. ¿Veis en mi boda algún otro obstáculo más? ¿Tenéis alguna objeción personal contra mí?

Obenreizer extendió sus dos manos con un gesto de protesta cortés, y exclamó:

—¡Objeción personal! ¡Querido señor, sólo con preguntármelo me ponéis en un trance doloroso!

—Vos y yo somos hombres de negocios —prosiguió Vendale—, y, como es natural, esperaréis que os demuestre a satisfacción vuestra que dispongo de los medios necesarios para sostener a una mujer. Puedo explicar en dos palabras mi posición pecuniaria. Heredo de mis padres una fortuna de veinte mil libras. En la mitad de esta cantidad tengo únicamente un usufructo, que, si yo falleciese dejando viuda, se ría disfrutado por ésta. Si muero dejando hijos, ese capital se dividirá entre ellos cuando lleguen a la mayoría de edad. La otra mitad de mi fortuna está a mi disposición, y la tengo invertida en el negocio de vinos, que yo confío he de mejorar muchísimo. Con las utilidades que rinde actualmente, no puedo afirmar que me produzca ese capital invertido en el negocio más de mil doscientas libras al año. Agregad a esto el producto de la otra mitad de cuyos intereses tengo el usufructo, y llegaremos actualmente a un ingreso de mil quinientas libras esterlinas. Tengo las mejores perspectivas de que he de aumentarlo muy pronto. Y dicho esto, ¿tenéis que hacerme alguna objeción por razones pecuniarias?

Al verse empujado de esta manera a su última trinchera, Obenreizer se levantó y dio una vuelta de un lado al otro de la habitación. Se advertía con claridad que no se le ocurría de momento qué decir ni qué hacer. Al cabo de un rato de intensa meditación, contestó:

—Antes de dar respuesta a esta última pregunta, os suplico me deis licencia para hablar un momento con la señorita Margarita. Habéis dicho hace un instante unas palabras que perecen dar por sentado que ella corresponde al sentimiento con que vos os dignáis mirarla, ¿es así?

—Tengo la dicha inapreciable de saber que ella me ama —dijo Vendale.

Obenreizer permaneció callado un momento, sus ojos se velaron y se observó de nuevo en sus mejillas un débil asomo de aflujo de sangre.

—Si me perdonáis durante algunos minutos —dijo con ceremoniosa cortesía—, me agradaría poder hablar con mi sobrina —saludó, sin decir más, con una inclinación y salió del cuarto.

Abandonado a sí mismo, los pensamientos de Vendale (como no podía menos, después de aquella parte de su entrevista), se centraron instintivamente en los motivos que pudiera tener Obenreizer. Éste había puesto obstáculos para evitar que Vendale cortejase a su sobrina, y ahora los ponía, para dársela en matrimonio, a pesar de que éste ofrecía ventajas que ni siquiera la habilidad de Obenreizer podía poner en tela de juicio. Todo ello hacía incomprensible su conducta. ¿Qué se proponía? Revolviendo por debajo de la superficie en busca de una respuesta a esta interrogación suya, y recordando que Obenreizer era hombre de su misma edad, más o menos, y que, hablando con exactitud, Margarita no pasaba de ser medio sobrina suya, Vendale se preguntó, con los fáciles celos de un enamorado, si no tendría acaso en Obenreizer un rival que temer, además de un tutor a quien conquistar. Este pensamiento cruzó por su imaginación de una manera casual. La sensación que el beso de Margarita había dejado en sus mejillas le recordó con suave agrado que hasta sus celos constituían en aquel instante una traición a ella.

Pensándolo con mayor detenimiento, se le ocurrió que quizá hubiese motivos personales de otra índole que encerrasen la verdadera explicación de la conducta de Obenreizer. En una casa compuesta de pocas personas, las gracias y la belleza de Margarita constituían preciosos ornamentos, que le daban un atractivo extraordinario y una importancia social única. Eran para Obenreizer una reserva de influencia con que contaba siempre para hacer atractiva su casa, y que podría influir siempre, más o menos, en la próspera marcha de sus propios negocios. ¿Sería Obenreizer hombre como para renunciar a todas estas ventajas, sin conseguir la mayor compensación posible? Era indudable que el parentesco que se establecía entre él y Vendale con aquella boda le ofrecía ventajas apreciables. Pero en Londres eran muchos los centenares de hombres que poseían capitales mucho mayores e influencias mucho más extensas que las de Vendale. ¿Sería posible que aquel hombre abrigase en secreto ambiciones más elevadas que las más grandes perspectivas que pudiera ofrecerle esa alianza que ahora le proponían para su sobrina? Cuando Vendale se estaba haciendo esta pregunta, reapareció Obenreizer… para contestar, o para no contestar a ella, según lo iban a descubrir los acontecimientos.

Cuando Obenreizer volvió a sentarse en su silla, observábase en la expresión de su rostro y en sus maneras un cambio notable. Éstas eran menos firmes, y alrededor de su boca se manifestaban huellas de una emoción reciente que todavía Obenreizer no había conseguido calmar. ¿Era tal vez que había dicho, refiriéndose a Vendale o a él mismo, algo que había despertado las energías de Margarita, colocándolo a él, por vez primera, frente a frente con la resuelta afirmación de la propia voluntad de su

sobrina? Pudiera ser y pudiera no ser. Lo único seguro resultaba esto. El aspecto de Obenreizer parecía el de un hombre que ha tropezado con una repulsa.

—He hablado con mi sobrina —empezó a decir—. Veo, señor Vendale, que ni siquiera vuestra influencia ha podido vendar sus ojos para que dejase de ver los inconvenientes que desde el punto de vista social tiene vuestra proposición.

—¿Queréis decirme si es ése el único resultado de vuestra entrevista con la señorita Obenreizer?

Por entre el velo que cubría los ojos de Obenreizer se abrió paso un relámpago instantáneo, y contestó en tono de irónica sumisión:

—Sois dueño de la situación. Si insistís en que yo lo reconozca, lo hago con esas palabras. Señor Vendale, mi sobrina y yo sólo teníamos hasta ahora una voluntad. Os habéis interpuesto entre nosotros, y su voluntad es ahora vuestra. En mi país, nos damos cuenta de cuándo estamos derrotados, y aceptamos nuestra derrota del mejor grado. Me allano, pues, con el mayor agrado que me es posible, bajo determinadas condiciones. Volvamos a tratar de vuestra posición pecuniaria. Yo tengo que poneros un inconveniente, mi querido señor… Resulta una objeción de lo más asombroso y de lo más audaz, hecha por un hombre como yo a un hombre como vos.

—¿Cuál es?

—Me habéis hecho el honor de pedir la mano de mi sobrina. De momento, y con mis gracias más expresivas y mis mayores respetos, permitidme que decline ese honor.

—¿Por qué?

—Porque no sois lo bastante rico.

Semejante objeción sorprendió completamente a Vendale, cosa que su interlocutor tenía ya prevista; Se quedó, pues, de momento sin saber qué decir.

—Vuestros ingresos ascienden a mil quinientas libras al año —prosiguió Obenreizer—. Si estuviésemos en mi pobre país, yo caería de rodillas ante una renta semejante y diría: «¡Qué fortuna principesca!». En la acaudalada Inglaterra me quedo sentado, tal como estoy ahora, y exclamo: Querido señor, eso no es más que un buen pasar; nada más. Quizá sea suficiente para una mujer de vuestra propia condición, que no necesita dominar los prejuicios sociales; pero no llega ni a la mitad de lo que necesita una mujer que es nada más que una extranjera de familia humilde y que tiene que luchar contra todos vuestros prejuicios sociales. Señor, si mi sobrina se llega a casar con vos, se le hará muy cuesta arriba en los primeros tiempos el ocupar el sitio que le corresponde. Ya sé, ya sé que no es ésa vuestra opinión; pero, a pesar de ello, es la mía, y lo será de un modo inquebrantable. Por el bien de mi sobrina, yo exijo que esa cuesta arriba se suavice hasta donde sea posible. Es de estricta justicia que disponga ella en su favor de todas las ventajas materiales que puedan ayudarla. Decidme, señor Vendale: ¿puede vuestra esposa con vuestras mil quinientas libras anuales tener casa en un barrio elegante, un lacayo para abrir la puerta, un mayordomo para que le sirva la mesa y coche con caballos para salir de paseo? Leo la

respuesta en vuestra cara; vuestra cara está diciendo que no. Perfectamente. Decidme una cosa más, y habré terminado con ello. Examinemos la gran masa de las mujeres educadas, distinguidas y encantadoras de vuestro país. ¿Es o no cierto que la dama que tiene casa en un barrio elefante, un lacayo para abrir la puerta de la misma, un mayordomo que la sirva en la mesa y coche y caballos para andar por las calles, tiene ganados desde el comienzo cuatro escalones en el aprecio de las demás mujeres? ¿Sí o no?

—Concretemos —dijo Vendale—. Vos hacéis de este problema una cuestión de números y condiciones. ¿Cuáles son las vuestras?

—Las mínimas, querido señor, con las que vos podáis proveer a vuestra esposa para que empiece con esos cuatro escalones de ventaja. Doblad vuestros ingresos actuales, porque ni aún con la más rígida economía es posible conseguir esos cuatro escalones con menos dinero. Hace un momento me dijisteis que teníais grandes esperanzas de hacer prosperar vuestra casa de negocio. ¡A la tarea, pues, y conseguid esa prosperidad! A fin de cuentas, yo soy de buen contentar. El día en que me presentéis pruebas claras, que me satisfagan, de que habéis conseguido elevar vuestros ingresos hasta la cifra de tres mil libras al año, pedidme la mano de mi sobrina, y será vuestra.

—¿Puedo preguntaros si habéis expuesto esa opinión a la señorita Obenreizer?

—Desde luego que sí. Aún le queda, allá en su interior, un rinconcito de consideración para mí en el que no mandáis, señor Vendale; y ella acepta esas condiciones mías. Dicho en otras palabras: se somete a dejarse guiar por las previsiones de su tutor en cuanto a bienestar, y por el conocimiento superior que tiene del mundo ese tutor suyo.

Se recostó en el respaldo de su asiento, muy seguro de su posición, en plena posesión de su buen humor.

Al punto a que habían llegado las cosas, parecía ineficaz cualquier afirmación que Vendale pudiera hacer en defensa de sus intereses, por el momento al menos. Se había quedado literalmente sin terreno en el que afirmarse. Ya fuesen las objeciones de Obenreizer fruto auténtico de su criterio acerca del caso, o ya fuesen un simple subterfugio para dar largas a la boda con la esperanza de acabar impidiéndola, en cualquiera de los dos casos resultaba igualmente inútil toda resistencia que ahora presentase Vendale. No tenía otro recurso que el de ceder, imponiendo por su parte las mejores condiciones que podía. Por eso empezó por decir:

—Protesto contra las condiciones que me habéis impuesto.

—Es natural —dijo Obenreizer—; yo también protestaría, seguramente, si estuviese en vuestro lugar.

—Sin embargo, sabed que las acepto —siguió diciendo Vendale—. Pero, en ese caso, me consentiréis que imponga por mi parte dos condiciones. Primera: cuento con que se me permita ver a muestra sobrina.

—¡Ajá! ¿Conque ver a mi sobrina? ¿Para hacer que tenga ella la misma prisa que

vos en casarse? Suponed que yo conteste con un no. ¿Intentaríais quizá entrevistaros con ella sin permiso mío?

—¡Sin duda alguna!

—¡Sois de una franqueza encantadora! ¡Qué exquisitamente inglesa resulta esa actitud! La veréis, señor Vendale, en días determinados que estableceremos de común acuerdo. ¿Qué más?

—La objeción que hicisteis en lo referente a mis ingresos —prosiguió Vendale— me ha cogido completamente de sorpresa. Deseo tener la seguridad de que esa sorpresa no ha de repetirse. El criterio que tenéis actualmente de las condiciones que debo reunir para casarme con vuestra sobrina exige que yo posea una renta de tres mil libras al año. ¿Puedo tener la seguridad, de hoy en adelante, y para siempre, de que no se acrecienten vuestras exigencias a medida que se amplíe vuestro conocimiento de Inglaterra?

—Dicho sin rodeos —contestó Obenreizer—. ¿Es que dudáis de mi palabra?

—¿Es que vos os contentaréis con mi palabra cuando os anuncie que he conseguido ya duplicar mis ingresos? —preguntó Vendale—. Si no me falla la memoria, hace un momento exigíais pruebas terminantes.

—¡Bella jugada, señor Vendale! Reunís la rapidez imaginativa de otros países con la solidez inglesa. Aceptad mis mejores felicitaciones. Aceptad también mi garantía escrita.

Se puso en pie, tomó asiento delante de su carpeta en una mesa lateral, escribió algunas líneas y se las presentó a Vendale, acompañando el acto con una profunda inclinación. El compromiso era absolutamente explícito, y estaba firmado y fechado con la previsión más minuciosa.

—¿Os satisface esa garantía?

—Me satisface.

—Encantado de oíros hablar así. Hemos tenido nuestra pequeña escaramuza. A decir verdad, ambos lo hemos hecho con una habilidad asombrosa. De momento nada queda pendiente entre nosotros. No os guardo rencor. Vos no me lo guardéis tampoco. Ea, señor Vendale, démonos un buen apretón inglés de manos.

Vendale le dio su mano, algo desconcertado por las súbitas transiciones de un humor a otro que mostraba Obenreizer.

Al levantarse para dar por terminada su visita, preguntó:

—¿Cuándo puedo confiar en ver otra vez a la señorita Obenreizer?

—Hacedme el honor de venir mañana de visita, y lo dejaremos resuelto entonces —dijo Obenreizer—. ¡Bebed un grog antes de marcharos! ¿Que no? Bien, bien; reservaremos el grog hasta el momento en que dispongáis de las tres mil libras al año y os halléis en condiciones para casaros. ¡Ajá! ¿Cuándo será eso?

—Hace algunos meses calculé las posibilidades de mi negocio —dijo Vendale—. Si ese cálculo es correcto, pienso que habré duplicado mis ganancias…

—¡Y podréis casaros! —agregó Obenreizer.

—Y podré casarme —repitió Vendale— antes que se cumpla un año a partir de hoy. Buenas noches.

VENDALE REVUELVE LAS COSAS

Al entrar Vendale en su despacho al día siguiente por la mañana, le pareció que la aburrida rutina comercial de La Esquina del Inválido se le presentaba con una cara nueva: ¡Margarita tenía ya un interés en el negocio! Toda la organización que el fallecimiento de Wilding había puesto, en movimiento para inventariar y hacer un cómputo del negocio (balance de cuentas corrientes, cálculo del pasivo, inventario de mercancías y demás) se convertía desde ahora en un mecanismo que indicaba las probabilidades en favor o en contra de una boda rápida. Después de examinar los resultados de esas operaciones, en el estado que le presentó su contable, y de comprobar los cálculos matemáticos que habían hecho los escribientes, dedicó Vendale su atención al recuento de las existencias y envió aviso a los bodegueros para que le presentasen su inventario.

La expresión de la cara del bodeguero principal, en el instante en que asomó la cabeza en el despacho particular del dueño, indicaba que aquella mañana tenía que haber ocurrido algo muy extraordinario. ¡El cachazudo José Ladle se movía con ágil jovialidad! ¡Algo había ocurrido que ponía una nota parecida a la alegría en la cara de José Ladle!

—¿Qué ocurre? —preguntó Vendale—. ¿Pasa algo malo?

—Desearía informaros de una cosa —contestó José—. Señor Vendale, mi joven amo, yo no he querido sentar jamás plaza de profeta.

—Y ¿quién ha dicho lo contrario?

—Por lo que yo sé de la profesión de los profetas —siguió diciendo José—, ninguno de ellos se pasó la mayor parte de su vida en una bodega. Ningún profeta, absorbiese lo que absorbiese por los poros de su cuerpo, se pasó un gran número de años seguidos absorbiendo por ellos vinos desde la mañana hasta la noche. ¿Quise yo sentar plaza de profeta cuando le dije al joven señor Wilding, a propósito del cambio del nombre de la casa, que cualquier día se iba a encontrar con que había cambiado la buena suerte de la misma? No, yo no quise hacerlo. ¿Salió verdad lo que le dije? Salió, sí, señor. En los tiempos de Pebbleson Nephew, mi joven señor Vendale, no se dio jamás el caso de que ocurriese un error en la entrega de mercancías recibidas en estas puertas. Ahora, en cambio, se ha cometido un error; pero tened a bien fijaros que ese error se cometió antes que apareciese por esta casa la señorita Margarita. Por esa razón no supone nada en contra de mi afirmación de que esa señorita nos había vuelto a traer la buena suerte con sus cantos. Leed esto, señor —dijo para terminar José, llamando de una manera especial la atención de Vendale hacia un renglón del inventario, señalando éste con un índice que no parecía estar absorbiendo por sus poros ninguna cosa más destacada que la suciedad—. Es completamente ajeno a mí el darme tono en la casa donde trabajo; pero creo que es una obligación solemne en este

caso el pediros que leáis aquí.

Vendale leyó lo que sigue:

—«Nota referente al champaña de Suiza. En el último envío que se recibió de la firma Defresnier y Compañía se ha descubierto una irregularidad». —Vendale se inclinó para consultar un libro de notas que tenía a su lado, y dijo—: Esto ocurrió en tiempos del señor Wilding. La cosecha del año fue muy buena, y Wilding la compró toda. ¿No se ha vendido bien ese champaña, o qué?

—Yo no digo que no sé haya vendido bien —contestó el bodeguero—. Quizá se haya mareado en las bodegas de nuestros clientes, o quizá haya estallado en sus manos. Yo no digo que a nosotros nos haya ido mal con él.

Vendale siguió leyendo la nota:

—«El número de cajas corresponde a la cifra que figura en los libros. Pero hay seis de ellas que presentan una ligera diferencia de las demás en la marca; las hemos abierto, y hemos visto que contienen vino tinto en lugar de champaña. Suponemos que la causa del error cometido en la remesa dé Neuchâtel se debe a la semejanza de las marcas. Por lo que hemos visto, el error no pasa de seis cajas». ¿Nada más que eso? —exclamó Vendale, tirando con desdén la nota.

La mirada de José Ladle siguió con pena el vuelo del trozo de papel.

—Me alegra que toméis la cosa sin darle importancia, señor —dijo—. Ocurra lo que ocurra, siempre os servirá de satisfacción recordar que no le disteis importancia en el primer momento. Hay veces en que un error lie va a otro. Deja uno caer por descuido en la acera un trozo de cáscara de naranja, viene detrás otro hombre que la pisa también por descuido, y ya tenemos trabajo para el hospital y un individuo inválido para toda su vida. Me alegra, señor, que no toméis la cosa a pechos. En tiempos de Pebbleson Nephew no habríamos tomado las cosas con tanta despreocupación hasta ver en qué paraban. Sin querer darme tono en la casa, mi joven señor Vendale, deseo que salgáis con bien de este asunto. No he querido molestaros, señor —dijo el bodeguero, abriendo la puerta para salir y volviendo a mirar hacia el interior con expresión ominosa antes de cerrarla—. Estoy entontecido y melancólico, os lo aseguro. Pero soy un viejo empleado de Pebbleson Nephew, y os deseo que salgáis con bien de estas seis cajas de vino tinto.

Cuando quedó solo, Vendale se echó a reír y cogió su pluma, pensando: «De todos modos, no estará de más que envíe unas lineas a Defresnier y Compañía antes que se me olvide». E inmediatamente lo hizo en estos términos:

> «Queridos señores: Al hacer nuestro inventario, hemos descubierto una ligera equivocación en el último envío de champaña que nos hicieron. Seis de las cajas contienen vino tinto…, y procedemos a devolverlas. Es cosa por demás sencilla rectificar el error, ya sea enviándonos seis cajas de champaña, si os es posible, o, en caso contrario, acreditándonos en nuestra cuenta el importe que nuestra casa pagó a la vuestra por esas seis cajas (quinientas

libras). Muy atentamente,

Wilding y Compañía».

Una vez que envió esta carta al correo, no volvió ya Vendale a pensar en el asunto. Tenía otros, mucho más importantes, que reclamaban su atención. Ya más avanzado el día, hizo a Obenreizer la visita que el día anterior habían convenido. Señaláronse determinadas noches de la semana, en cuyas veladas se le permitiría visitar a Margarita, aunque siempre en presencia de una tercera persona. Obenreizer insistió, cortés, pero terminantemente, en esta condición. Únicamente accedió a que el mismo Vendale eligiese quién había de ser esa persona. Piado en su pasada experiencia, no titubeó Vendale en decidirse por la excelente señora que zurcía las medias de Obenreizer. Al enterarse de la responsabilidad que se le confiaba, la inteligencia de *madame* Dor saltó súbitamente a una nueva etapa de su desarrollo. Esperó a que Obenreizer dejase de tener los ojos fijos en ella, y entonces hizo un amago de guiño a Vendale.

Iba pasando el tiempo. Las felices veladas junto a Margarita llegaban y pasaban también. Habían transcurrido diez mañanas desde que Vendale había escrito a la casa de Suiza, cuando la contestación apareció encima de su mesa-escritorio, junto con las restantes cartas del día:

«Apreciados señores: Os presentamos nuestras disculpas por el pequeño error sufrido. Lamentamos al propio tiempo tener que comunicaros que la advertencia que nos han hecho de nuestra equivocación nos ha llevado a un hallazgo inesperado. Se trata de un asunto muy serio para vuestra casa y para la nuestra. He aquí los detalles del mismo:

»Como no disponemos de más champaña de la cosecha que os enviamos últimamente, fuimos a tomar las disposiciones necesarias para pasar al crédito de vuestra casa el importe de las seis cajas, según nos indicaban. Al dar este paso, y para cumplir con determinados requisitos requeridos por las normas que seguimos en nuestras operaciones, éstos exigieron que consultásemos el libro de nuestros banqueros, además de nuestro libro mayor. El resultado de esta consulta ha sido la certidumbre moral de que la suma que vuestra casa dice habernos pagado no llegó jamás a la nuestra, y que tenemos la seguridad documental de que dicha suma no fue jamás pagada en la cuenta de nuestros banqueros.

»Es inútil, a estas alturas, molestaros con detalles. Es indudable que el dinero ha sido robado en el camino de vuestra casa a la nuestra. Ciertos detalles que observamos en la manera como ha sido cometido el fraude nos llevan a la conclusión de que el ladrón, ha calculado quizá con la posibilidad de reponer en la cuenta de nuestros banqueros la suma que falta antes que el

cierre de nuestro ejercicio anual haga inevitable el descubrimiento. Dentro del curso normal de las cosas, este cierre de ejercicio no habría ocurrido hasta de aquí a tres meses, y durante ese período nosotros habríamos permanecido en la ignorancia completa del robo, de no haber sido por la carta de vuestra casa.

»Mencionamos este último detalle, porque el mismo os hará comprender que en este caso no tenemos que habérnoslas con un ladrón corriente. Hasta este momento no abrigamos la más ligera sospecha de quién pueda ser ese ladrón. Pero creemos que podréis ayudarnos en nuestro camino hacia el descubrimiento del mismo examinando el recibo (falsificado, desde luego), que sin duda llegaría a su casa como enviado por ésta. Os rogamos tengáis la bondad de examinarlo y ver si se trata, de un recibo escrito por completo a mano o si se trata de un formulario numerado e impreso que sólo requiere ser rellenado con la cantidad. El arreglo de esta cuestión, en apariencia trivial, es, podéis creérnoslo, asunto de importancia vital. Esperando recibir vuestra respuesta, quedamos vuestros con nuestra mayor estima y consideración,

Defresnier y Compañía».

Vendale dejó la carta encima de su mesa y esperó unos momentos para serenarse de los efectos de la fuerte impresión que le había producido. Precisamente cuando mayor importancia tenía para él acrecentar el producto de su negocio, se veía éste amenazado de una pérdida de quinientas libras. Al sacar la llave del bolsillo y abrir la caja de caudales empotrada en la pared, en la que se guardaban los libros y los documentos de la firma, pensó en Margarita.

Todavía se encontraba buscando el recibo falsificado, cuando le sobresaltó la voz de una persona que hablaba a sus espaldas muy cerca de él:

—Mil perdones —dijo la voz—: me temo que vengo en hora molesta para vos.

Vendale se volvió y se encontró cara a cara con el tutor de Margarita. Éste siguió diciendo:

—He entrado para saber si puedo serviros en algo. Mis asuntos me llevan por algunos días a Manchester y Liverpool. ¿No podré acaso hacerlos compatibles con vuestro negocio? Estoy por completo a vuestras órdenes, por si queréis utilizarme en calidad de viajante de la firma de Wilding y Compañía.

—Perdonadme un instante —dijo Vendale—; en seguida hablaremos —se volvió de nuevo y continuó la búsqueda del documento—. Venís en un momento en que todo ofrecimiento de servicios amistosos ha de resultarme excepcionalmente apreciable. Esta mañana he recibido muy malas noticias de Neuchâtel.

—¿Malas noticias de Defresnier y Compañía? —exclamó Obenreizer.

—Sí. Ha sido robado un envío de fondos que nosotros les hicimos, y me encuentro abocado a perder quinientas libras… ¿Qué ha sido eso?

Vendale se volvió bruscamente y recorrió por segunda vez el despacho con la

mirada, descubriendo que había sido tirado al suelo un archivador y que Obenreizer, de rodillas, recogía los documentos.

—Todo ha sido una torpeza mía —dijo Obenreizer—. Esa terrible noticia que me disteis me puso nervioso, di un paso atrás…

No terminó la sentencia por lo afanoso que estaba recogiendo los documentos desparramados.

—No os molestéis —dijo Vendale—. El escribiente lo recogerá todo.

—¡Qué noticia más espantosa la vuestra! —repitió Obenreizer, insistiendo en recoger los legajos—. ¡Qué noticia más espantosa!

—¡Si queréis leer la carta —dijo Vendale—, veréis que no he exagerado nada! Ahí la tenéis abierta encima de mi mesa.

Vendale reanudó su búsqueda, y momentos después daba por fin con el recibo falsificado, que se hallaba extendido en un formulario impreso, numerado y firmado por la razón social suiza. Vendale anotó el número y la fecha. Después de volver a colocar el recibo en su sitio y de cerrar la cámara acorazada, pudo fijarse en Obenreizer, que leía la carta en el nicho de la ventana.

—Acercaos al fuego, porque parece como si estuvierais muerto de frío —dijo Vendale—. Llamaré para que traigan algo más de carbón.

Obenreizer se levantó y se aproximó lentamente a la mesa-escritorio.

—Esto le va a entristecer mucho a Margarita, igual que me entristece a mí —dijo cariñosamente—. ¿Qué os proponéis hacer?

—Estoy en manos de Defresnier y Compañía —contestó Vendale—. Hallándome, como me hallo, en una ignorancia total de las circunstancias del hecho, no puedo hacer otra cosa que lo que ellos me aconsejen. El recibo que acabo de encontrar resulta ser de los impresos y numerados. Según parece, atribuyen una importancia especial a este descubrimiento. Vos, que trabajasteis en Suiza con esa casa, debéis saber por experiencia cuál es su manera de llevar los negocios. ¿Qué os parece que se proponen?

Obenreizer apuntó una explicación, diciendo:

—¿Queréis dejarme ver el recibo?

Vendale, muy sorprendido por el cambio que se advertía en el rostro de Obenreizer, que ya no intentaba disimularlo, preguntó:

—¿Estáis enfermo? Por favor, acercaos al fuego. Parece como si estuvierais dando diente con diente… ¿Os ponéis acaso enfermo?

—De ninguna manera —dijo Obenreizer—. Quizá me he resfriado. Bien pudiera el clima de Inglaterra tener alguna consideración con un admirador de vuestras costumbres. ¿Me permitís echar un vistazo al recibo?

Vendale abrió la cámara acorazada. Obenreizer tomó una silla y la acercó mucho al fuego. Alargó ambas manos para calentarse en él, y cuando Vendale reapareció con el documento en la mano, repitió ansiosamente:

—Permitidme echar un vistazo al recibo.

En ese mismo instante entró en la habitación un mozo trayendo repuesto de carbón. Vendale le dijo que preparase un buen fuego, y el hombre obedeció con desastrosa vivacidad. Al avanzar hacia la chimenea y levantar el cubo del carbón, tropezó con el pie en un pliegue de la alfombra y vertió en la rejilla de la chimenea todo su contenido. El resultado fue apagarse momentáneamente la llama y levantarse una nube de humo amarillo, sin que se viese por parte alguna el fuego que lo producía.

—¡Imbécil! —exclamó Obenreizer entre dientes, clavando en el mozo una mirada que éste recordó durante mucho tiempo después.

—¿Queréis venir al despacho de los escribientes? —preguntó Vendale—. Allí hay una estufa.

—No, no. Esto no tiene importancia.

Vendale le entregó el recibo. Si antes tuvo Obenreizer interés en examinarlo, ahora parecía como si ese interés se hubiese amortiguado de una manera tan súbita y real como el fuego mismo. Se limitó a echar una ojeada al documento, y dijo:

—No; yo no lo entiendo. Siento mucho no poderos ser útil en esta ocasión.

—Escribiré, a Neuchâtel por el correo de esta noche —dijo Vendale, guardando por segunda vez el recibo—. No tenemos más remedio que esperar y ver en qué para esto.

—Por el correo de esta noche, decís —repitió Obenreizer—. Veamos. Recibiréis la respuesta en un plazo de ocho o nueve días. Para entonces estaré ya de vuelta de mi viaje. Si acaso puedo seros de alguna utilidad como viajante de comercio, os ruego que tengáis a bien hacérmelo saber de aquí a entonces. ¿Tendréis la bondad de darme instrucciones escritas? Muchísimas gracias. Esperaré con gran ansiedad la contestación que os envíen de Neuchâtel. ¿Quién sabe? Bien pudiera ser, mi querido amigo, que se tratase, después de todo, de una equivocación. ¡Valor, valor y valor!

Cuando Obenreizer llegó al despacho de Vendale, no parecía tener prisa alguna; en cambio, ahora agarró violentamente el sombrero y se despidió con el aspecto de un hombre que no tuviera momento que perder.

Vendale, ya a solas, paseó pensativo por el despacho.

La impresión que anteriormente tenía de Obenreizer se tambaleó con lo que había visto y oído en la entrevista que acababan de celebrar. Por primera vez estaba dispuesto a poner en tela de juicio si no se había conducido en el caso actual con algo de precipitación y de dureza al juzgar a otro hombre. La sorpresa y el pensar qué manifestó Obenreizer al escuchar la noticia de

Neuchâtel, tenían todos los síntomas de ser sinceros; no eran una cortesía de pura fórmula. No obstante encontrarse el mismo Obenreizer en momentos de preocupación y de sentirse acometido, según todas las apariencias, de un primer ataque insidioso de una enfermedad grave, había hablado y se había conducido como un hombre que lamentaba verdaderamente el desastre de que era víctima su amigo. Vendale había procurado en vano hasta entonces rectificar la primera opinión que tenía del tutor de

Margarita, y lo había intentado por amor a ésta. En este momento formaban un solo bloque todos los instintos generosos del temperamento de Vendale y hacían vacilar las pruebas que hasta entonces parecían irrefutables. «¿Quién sabe? —pensó Vendale —. Quizá me equivoque en la lectura de los sentimientos que expresaba la fisonomía de Obenreizer».

Pasó el tiempo… Las veladas felices en compañía de Margarita llegaron y pasaron también. Ya estaba Vendale en la décima mañana desde la fecha en que había escrito a la casa de Suiza, y otra vez apareció encima de su mesa-escritorio la respuesta con las demás cartas del día.

> «Muy señor mío: Mi socio principal, señor Defresnier, ha tenido que salir para Milán debido a negocios urgentes. En ausencia suya, y con su plena conformidad y autoridad, os escribo de nuevo acerca del tema de la desaparición de las quinientas libras.
>
> »El descubrimiento que habéis hecho de que el recibo falsificado ha sido extendido en uno de nuestros formularios impresos y numerados nos ha causado indecible sorpresa y dolor a mi socio y a mí. En la época en que fue robado vuestro giro, sólo había tres únicas llaves para abrir la caja de caudales en que se guardaban en todo momento nuestros formularios de recibos. Mi socio tenía una de las llaves; yo tenía la otra; la tercera se hallaba en manos de un caballero que ocupaba por aquel entonces en nuestra casa un puesto de confianza, Antes que sospechar de esa persona habríamos pensado en sospechar de uno de nosotros mismos. Sin embargo, desde ahora las sospechas se dirigen hacia él. No puedo decidirme a daros el nombre de esa persona mientras haya una sombra de probabilidad de que pueda resultar inocente de las investigaciones que se están realizando. Perdonadme mi silencio; el motivo que me mueve es noble.
>
> »El giro que ahora debe de tomar nuestra investigación es bastante sencillo. Es preciso comparar la parte manuscrita de vuestro recibo con ciertas muestras de escritura que se hallan en nuestro poder, y eso lo realizarán personas competentes que tenemos a nuestro servicio. No me es posible enviar a usted esas muestras de escritura, por razones de negocio que seguramente aprobaréis cuando las conozcáis. Me veo en la precisión de rogaros que me enviéis ese recibo a Neuchâtel, y, al haceros esta petición, es forzoso que la acompañe de unas frases de advertencia indispensable.
>
> »Tengo razones para temer que si la persona de quien sospechamos es realmente la misma que ha cometido esta falsificación y robo, quizá las circunstancias lo hayan puesto ya en guardia. Está, pues, en vuestras manos la única prueba que hay en contra suya, y moverá cielos y tierra para hacerse con ella y destruirla. Os encarezco con la mayor instancia que no enviéis el recibo por correo. Hacedlo llegar a mis manos, sin perder momento, por una persona

particular, y no elijáis de mensajero sino a alguien que lleve mucho tiempo en vuestra casa de negocio, que esté acostumbrado a viajar y que sea capaz de hablar francés; elegid a un hombre valeroso y honrado y, sobre todas las cosas, a un hombre de quien se pueda estar seguro de que no entablará relaciones con nadie en el camino. No digáis a nadie, absolutamente a nadie, excepto a vuestro mensajero, el giro que ha tomado este asunto. Quizá dependa de que interpretéis de una manera literal el consejo que os doy al final de esta carta el que el recibo llegue sin percances a su destino.

»Sólo tengo que añadir que es de la mayor importancia a estas alturas todo ahorro de tiempo. Han desaparecido más de uno de nuestros formularios de recibos, y es imposible decir los nuevos fraudes que puedan cometerse con ellos si no conseguimos poner la mano en el ladrón.

»Vuestro muy atento servidor,

Rolland
(Por poder de
DEFRESNIER Y COMPAÑÍA)».

¿Quién era el hombre sospechoso? En la posición de Vendale, parecía inútil querer averiguarlo.

¿A quién enviaría a Neuchâtel con el recibo? En La Esquina del Inválido eran muchos los hombres valerosos y honrados. Pero ¿dónde estaba el hombre acostumbrado a viajar por el extranjero, que supiese hablar francés y en el que se pudiese tener la seguridad de que no entablaría relación con ningún otro viajero por el camino? Un solo hombre reunía todas estas exigencias en su propia persona, y ese hombre era Vendale mismo.

Representaba un sacrificio dejar abandonada la casa de negocio; representaba un sacrificio apartarse de Margarita. Pero en las investigaciones pendientes se jugaba la suma de quinientas libras, y en la carta se insistía en que diese una interpretación literal a la carta del señor Rolland. Cuanto más pensaba Vendale en el problema, con mayor claridad se le representaba la verdadera solución, y por eso dijo:

—¡Vamos!

En el momento de guardar bajo llave la carta con el recibo, recordó, por asociación de ideas, a Obenreizer. Contando con él, quizá fuese posible adivinar la identidad de la persona de quien se sospechaba. Quizá Obenreizer supiese algo.

Apenas le había cruzado por la imaginación este pensamiento, cuando se abrió la puerta y entró Obenreizer en el despacho.

—Me dijeron en el Soho Square que esperaban que estuvieseis de *regreso* ayer por la noche —exclamó Vendale saludándolo—. ¿Os ha ido bien por provincias? ¿Os encontráis mejor de salud?

Mil gracias. A Obenreizer le había ido admirablemente bien. Obenreizer se

encontraba infinitamente mejor. ¿Había ya noticias? ¿Se había recibido carta de Neuchâtel?

—Se ha recibido una carta muy sorprendente —contestó Vendale—. El asunto ha tomado un nuevo giro; insisten en la carta en que debo guardar el más profundo secreto con todo el mundo, sin exceptuar a nadie, de los pasos que vamos a dar.

—¿Sin exceptuar a nadie? —repitió Obenreizer; al decir estas palabras, volvió a alejarse pensativo hacia la ventana del otro extremo de la habitación, se entretuvo unos momentos mirando hacia el exterior, y de pronto volvió hacia donde estaba Vendale, agregando—: Con seguridad que se trata de un olvido, porque, de otro modo, ¿cómo no iban a hacer una excepción conmigo?

—Quien escribe es *monsieur* Rolland —dijo Vendale—. Tenéis razón en decir que seguramente se trata de un olvido. Al pronto no se me ocurrió pensarlo. Precisamente cuando entrasteis en el despacho estaba yo deseando poder consultaros. Heme aquí ahora atado por una prohibición terminante, en la que con seguridad no pensaron jamás incluiros a vos. ¡Qué cosa más desagradable!

Los ojos de Obenreizer, nublados como por un velo, se clavaron atentamente en Vendale, y dijo:

—Acaso se trate de algo más que desagradable. Vine precisamente con el propósito no sólo de enterarme de las noticias, sino con el de ofrecerme a vos como mensajero, mediador…; en fin, lo que gustéis. Precisamente, ved cómo son las cosas: he recibido cartas que me obligan a marchar Inmediatamente a Suiza. Mensajes, documentos, de todo, en fin, habría podido yo llevar de vuestra parte a los señores Defresnier y Rolland.

—Sois precisamente el hombre que me hacía falta —replicó Vendale—. Tenía resuelto ya, muy a disgusto, marchar yo mismo a Neuchâtel, porque no daba con ninguna persona capaz de sustituirme en ese viaje. Eso era hace cinco minutos; pero permitid que repase otra vez la carta.

Abrió de nuevo la caja de caudales para retirar la carta. Obenreizer, después de dirigir por todo el despacho una mirada con la que quiso adquirir la seguridad de que estaban solos, avanzó uno o dos pasos, y esperó, midiendo a Vendale con las pupilas. Vendale era el más alto de los dos, y era también, sin lugar a dudas, el más fuerte. Obenreizer se apartó y se arrimó al fuego para calentarse.

Vendale leía, mientras tanto, el último párrafo de la carta, y lo hacía por tercera vez. La advertencia era clara, y había, además, la frase final en la que se insistía en que debía de dar una interpretación literal a lo que se le decía. La mano que conducía a Vendale en la oscuridad tomaba a su cargo semejante responsabilidad únicamente con esa condición. Estaba en tela de juicio una suma de dinero importante; era preciso comprobar una sospecha terrible. ¿Sobre quién recaería la censura si Vendale actuaba bajo su propia iniciativa y ocurría algo que desbaratase la finalidad perseguida? Como hombre de negocios que era, sólo tenía Vendale un camino que seguir. Volvió a encerrar la carta en la caja de caudales, y dijo a Obenreizer:

—Resulta muy enojoso; pero este olvido de *monsieur* Rolland me acarrea un serio inconveniente y me coloca con respecto a vos en una posición absurdamente falsa. ¿Qué voy a hacer? Se trata de un asunto de gran trascendencia y en el que yo actúo en la oscuridad. No tengo más remedio que dejarme guiar, no por el espíritu, sino por la letra de mis instrucciones. Estoy seguro de que me comprenderéis. ¡Con qué alegría habría yo aceptado vuestros servicios, de no encontrarme amarrado de esta manera! Podéis tenerlo por cierto.

—No digáis más —le contestó Obenreizer—. Yo habría hecho exactamente lo mismo si estuviese en vuestro lugar. Mi buen amigo, creed que no me ofende lo que hacéis, y os doy las gracias por vuestra galantería. De todos modos —agregó Obenreizer—, supongo que os pondréis inmediatamente en camino, y por lo menos seremos compañeros de viaje, porque yo también voy a ponerme en camino inmediatamente.

—Sí; marcharé en seguida, y ya comprenderéis que antes tengo que hablar con Margarita.

—¡Desde luego, desde luego! Id a visitarla esta noche. ¡Ea!, y de paso me recogéis a mí para que vayamos juntos a la estación, porque supongo que partiremos por el tren correo nocturno, ¿no es así?

—Así es: por el tren correo nocturno.

Vendale salió en coche para la casa de Soho Square más tarde de lo que tenía calculado. Aquella ausencia súbita ocasionó infinidad de dificultades motivadas por la marcha de los negocios. Una parte muy grande, por desgracia, del tiempo que esperaba dedicar a Margarita tuvo que consagrarla a asuntos de su despacho que era imposible abandonar.

Con gran sorpresa y deleite, Margarita estaba sola en la sala cuando entró Vendale:

—Jorge —le dijo Margarita—, disponemos sólo de unos pocos minutos; pero *madame* Dor ha sido buena conmigo, y podemos pasarlos a solas —la Joven le echó los brazos al cuello y le cuchicheó con gran ansiedad—: ¿Has hecho algo que haya molestado al señor Obenreizer?

—¡Yo! —exclamó Vendale lleno de asombro.

—¡Chitón! —dijo ella—. Quiero decírtelo al oído. ¿Recuerdas la pequeña fotografía tuya que me diste? Esta tarde estaba encima de la repisa de la chimenea. Él la tomó y se quedó contemplándola… Yo vi en el espejo la cara que ponía. ¡Estoy segura de que le has molestado! Es un hombre implacable, vengativo, tan reservado como la tumba. ¡No vayas con él, Jorge! ¡No vayas con él!

—Amor mío —le contestó Vendale—, te estás dejando llevar por imaginaciones que me asustan. Jamás hemos sido Obenreizer y yo mejores amigos que en este momento.

Antes que ninguno de los dos pudiese decir una palabra, retembló el piso de la habitación contigua con el súbito movimiento de un cuerpo pesado. Al temblor siguió

la aparición de *madame* Dor.

—¡Obenreizer! —exclamó esta excelente persona en un susurro, y se dejó caer a plomo en su sitio de siempre, junto a la estufa.

Entró Obenreizer, llevando colgada del hombro una valija de correo.

—¿Estáis listo? —preguntó, dirigiéndose a Vendale—. ¿Puedo cargar con algo vuestro? Vos no lleváis, según veo, maletín. Yo llevo esta valija. Aquí tenéis a disposición vuestra un apartado para los documentos.

—Gracias —dijo Vendale—. Sólo llevo encima un documento de importancia, y estoy obligado a cuidar de él yo mismo. Aquí lo llevo —agregó, palpando el bolsillo del pecho de su chaqueta—, y aquí tiene que permanecer hasta que lleguemos a Neuchâtel.

Cuando él pronunció estas palabras, la mano de Margarita cogió y oprimió significativamente una de las suyas. La Joven miraba a Obenreizer. Antes que Vendale pudiese seguir la dirección de aquella mirada, Obenreizer había girado sobre sus talones y se despedía de *madame* Dor. Luego se volvió hacia Margarita:

—¡*Adieu*, mi encantadora sobrina!

¡Andando hacia Neuchâtel, amigo mío!

Al decir esto dio unas palmaditas a Vendale encima del bolsillo del pecho de su chaqueta, y se adelantó hacia la puerta.

La última mirada de Vendale fue para Margarita, y las últimas palabras de Margarita para él fueron éstas:

—¡No vayas!

ACTO III

EN EL VALLE

Vendale y Obenreizer iniciaron su viaje hacia mediados del mes de febrero. El invierno era crudo, y los viajeros se encontraron con mal tiempo. Tan malo resultó éste para los dos viajeros cuando llegaron a Estrasburgo, que encontraron casi vacías sus hosterías. Los escasos viajeros que había en esta ciudad, procedentes de Inglaterra o de París, y que se dirigían en viaje de negocios hacia el interior de Suiza, regresaban a sus puntos de procedencia.

Muchos de los ferrocarriles de Suiza en los que los turistas viajan hoy con bastante facilidad eran entonces casi o completamente impracticables. Algunos de ellos ni siquiera habían empezado a construirse; otros no se hallaban aún terminados. Los que ya funcionaban tenían anchas soluciones de continuidad en las que había que recurrir a las viejas carreteras, que se cerraban con frecuencia al tráfico durante los inviernos. Algunos tenían en su trayecto puntos débiles en los que las nuevas obras no ofrecían completa seguridad cuando los hielos eran gran des o los deshielos rápidos. La circulación de trenes en esta última clase de ferrocarriles era insegura en los días más crudos del año, dependiendo en algunos del tiempo, y suspendiéndose por completo en otros durante los meses que se consideraban peligrosos.

Circulaban en Estrasburgo mayor cantidad de relatos referentes a las dificultades para seguir viaje que número de viajeros había en la ciudad para contarlos. Muchos de estos relatos resultaban tan fantásticos como suele ser de rigor; pero los que contaban menos maravillas adquirían cierto color de verdad por el hecho de que era indudable que los viajeros regresaban a sus puntos de procedencia. Sin embargo, la carretera hacia Basilea se hallaba abierta, y Vendale no titubeó en modo alguno en su resolución de seguir adelante. La resolución de Obenreizer tenía que ser por fuerza la misma que tomase Vendale, si se tiene en cuenta su situación desesperada. ¡Por fuerza tenía que destruir las pruebas que Vendale llevaba encima, aunque con ellas aniquilase a su portador, porque de lo contrario el aniquilado sería él mismo!

He aquí cuál era la disposición de ánimo mutua de estos dos compañeros de viaje. Obenreizer, acosado sin escape posible por la catástrofe que le originaba la rapidez de acción de Vendale, y viendo que el círculo de su acorralamiento se estrechaba a cada hora que pasaba debido a la energía de éste, lo odiaba con la ferocidad de un animal fiero y astuto de especie inferior. Siempre sintió contra él en su corazón Impulsos instintivos de odio; quizá por aquella antigua animosidad entre el caballero y el campesino; quizá por la lealtad del carácter de Vendale; quizá porque éste era mejor parecido; quizá por el éxito que éste había obtenido con Margarita; quizá, entre todas estas razones, no fuesen las dos últimas las de menor importancia. Ahora veía, además, en él al cazador que le seguía la pista hasta acorralarlo. En cambio, Vendale, luchando siempre con impulsos generosos contra su primera impresión de

desconfianza, sentía ahora la necesidad de oponerse con mayor fuerza a ese sentimiento adverso, diciéndose a sí mismo: «Es el tutor de Margarita; nuestras relaciones son completamente amistosas; es mi compañero de viaje por iniciativa suya, y no puede tener ningún interés bastardo en compartir las incomodidades del mismo».

A estas razones que abogaban en favor de Obenreizer, la casualidad añadió otra más cuando llegaron a Basilea, después de un viaje en el que invirtieron más del doble del tiempo ordinario.

Habían cenado tarde, y se encontraban solos en una habitación de la hostería de aquel lugar cuyas ventanas daban al río Rin, que era en aquel sitio profundo, de corriente rápida, y venía crecido y rugiente. Vendale se tumbó en una meridiana, mientras Obenreizer paseaba por la habitación, deteniéndose unas veces junto a la ventana para contemplar los tortuosos reflejos de las luces de la ciudad en las negras aguas, pensando quizá: «¡Si pudiese tirarlo al río!…», y otras veces reanudando sus paseos sin levantar los ojos del suelo.

«¿Cuál será el sitio mejor para robarlo, si es que puedo? ¿Cuál será el sitio mejor para asesinarlo, si no tengo más remedio?»

Y mientras él paseaba por el cuarto, las aguas del río corrían, corrían y corrían.

Finalmente, el peso de sus meditaciones creció tanto que se le hizo intolerable, y se detuvo; se le ocurrió que convenía llevar al ánimo de su compañero otra carga tan abrumadora como la suya.

—Esta noche retumba el Rin igual que aquella catarata de los tiempos en que yo vivía en el campo. Recordaréis que os hablé una vez de cierta catarata que mi madre solía mostrar a los viajeros. El ruido que producía cambiaba con el tiempo, como ocurre con todas las cataratas, cascadas y corrientes de agua. Cuando yo era aprendiz de relojero, la cascada solía pasarse días enteros repitiéndome: «¿Quién eres tú, bribonzuelo? ¿Quién eres tú, bribonzuelo?». Y recuerdo también que otras veces, cuando el sonido de la cascada era cavernoso y la tormenta venía por el desfiladero, parecía decir: «¡Buum, buum, buum! ¡Dale, dale, dale!». Lo mismo que decía mi madre cuando estaba furiosa…, si es que era mi madre.

—¿Si es que era? —dijo Vendale, incorporándose poco a poco en su sofá—. ¿Si es que era? ¿Por qué lo ponéis en condicional?

—Y ¿qué sé yo? —contestó el otro con displicencia, alzando las manos y dejándolas luego caer inerte—. ¿Qué queréis que os diga? ¿Qué puedo asegurar yo, cuyo nacimiento es cosa tan oscura? Yo era muy niño cuando todo el resto de la familia eran ya hombres y mujeres hechos, y los que se llamaban mis padres eran de edad avanzada.

En casos como el mío, es posible cualquier cosa.

—¿Dudasteis alguna vez…?

—Ya os dije en una ocasión que dudaba de si mis supuestos padres estarían casados —contestó levantando otra vez las manos, como si arrojase lejos un tema de

conversación tan poco provechoso—. Sin embargo, aquí me tenéis, convertido en un ente más de la Creación. ¿Qué? ¿Que no procedo de una familia distinguida? ¿Y eso qué importa?

—Sabéis por lo menos que sois su hijo —dijo Vendale al cabo de un rato de seguirle con la mirada en sus idas y venidas.

—Y ¿cómo lo sé? —replicó bruscamente, deteniéndose para mirarle por encima del hombro—. Vos, sí; vos sois por lo menos inglés. ¿No es verdad? Y ¿cómo lo sabéis?

—Lo sé porque lo que he oído decir en mi infancia.

—¡Ah! De ese modo lo sé yo también,

—Además, lo sé por los primeros recuerdos que conservo de mi vida —agregó Vendale, siguiendo adelante con el pensamiento que no podía hacer retroceder.

—Yo también. Yo sé de mí mismo de esa manera…, si es que os parece convincente.

—¿No os lo parece a vos?

—Tiene que parecerme por fuerza. En este nuestro mundo pequeñito hay cosas que tienen que ser como son. Tienen que ser. He ahí tres palabras breves, pero con más fuerza que toda una cadena de razonamientos.

—Vos y el pobre Wilding nacisteis en el mismo año. Erais casi de la misma edad —dijo Vendale, mirando pensativo a su compañero cuando éste reanudó sus paseos por la habitación.

—Sí; casi de la misma edad.

¿Sería Obenreizer el hombre a quien buscaban? ¿Escondería el misterioso encadenamiento de las cosas un sentido más sutil que lo que él mismo pensaba, en aquella teoría suya de la pequeñez del mundo? ¿Coincidió acaso la revelación de la señora Goldstraw relativa al niño que había sido llevado a Suiza desde el hospicio con la carta que llegó de Suiza presentando a Obenreizer, porque era éste el niño aquel, hecho ya hombre? Bien pudiera ocurrir esto en un mundo en el que hay tales profundidades sin sondear. No resultaban *menos* curiosas las casualidades, o las leyes (llamadlas como queráis), que habían desembocado en la reanudación del antiguo conocimiento que tenía Vendale con Obenreizer, hasta llevarlo a una madurez de intimidad, para conducirlos finalmente juntos a aquella hostería en una noche invernal. Leídos todos esos sucesos a la luz de tales consideraciones, daban la impresión de coherencia en llevar adelante un designio constante e inteligible.

Esos pensamientos que se habían despertado en el cerebro de Vendale continuaban su curso impetuoso mientras sus ojos seguían el ir y venir de Obenreizer por la habitación, y el río seguía corriendo al compás del estribillo:

«¿Cuál será el mejor lugar para robarle, si es que puedo? ¿Cuál será el mejor lugar para asesinarlo, si es que tiene que ser así?».

El secreto del difunto amigo de Vendale no corría peligro en los labios de éste; pero da la misma manera que aquél había fallecido abrumado por su peso, también

Vendale, a quien había sido encomendado, aunque su peso fuese para él más ligero, experimentaba la sensación de aquella carga, y la obligación de seguir cualquier rastro que se le presentase, por muy oscuro que fuese. La pregunta surgió rápida en su interior:

—«¿Le agradaría que fuese aquel hombre el auténtico Wilding? No».

Cualesquiera que fuesen sus razonamientos para combatir el recelo que le inspiraba Obenreizer, se rebelaba ante la posibilidad de colocar semejante sustituto en el lugar de su inocente, franco e infantil socio.

La pregunta surgió rápida en su Interior:

—«¿Le agradaría ver a este hombre enriquecido? No. Ya tenía sobre Margarita bastante poder en su actual condición, y quizá la riqueza se lo diese mayor aún. ¿Le agradaría que este hombre fuese el tutor de Margarita, y que se demostrase que no le unía a ella ningún parentesco, por lejano y enrevesado que fuese? No».

Sin embargo, no era hombre que permitiese que semejantes consideraciones se interpusieran en el camino de su lealtad para con el difunto. Que viese éste que, si pasaban por su imaginación, no dejaban en su alma otro rastro que la conciencia de haber pasado, inclinándolo hacia el cumplimiento de un deber solemne. Y lo vio tan pronto, que mientras su compañero iba y venía por el cuarto, él seguía con mirada exenta de todo malquerer al compañero aquel, que Vendale suponía meditando tristemente en su propio nacimiento, y no en la muerte violenta de otro hombre… Y mucho menos suponía cuál era el hombre al que Obenreizer quería matar.

La carretera que, partiendo de Basilea, se dirigía hacia Neuchâtel, hallábase en mejor estado que el que les habían dicho. El tiempo que había hecho últimamente había contribuido a ponerla en mejor estado. Los que hacían el viaje en caballos y mulas llegaron a la ciudad aquella tarde, después de oscurecido, y las mayores dificultades de que dieron cuenta se reducían a molestias que servían para poner a prueba la paciencia, los arreos, las ruedas, los ejes y las trallas de los látigos. En vista de lo cual los dos viajeros contrataron inmediatamente coche y caballos para seguir viaje al día siguiente, saliendo antes del anochecer.

—¿Acostumbráis cerrar la puerta de vuestra habitación por las noches cuando viajáis? —preguntó Obenreizer, mientras, en pie junto al fuego, se calentaba las manos en la habitación de Vendale, antes de retirarse a la suya.

—No acostumbro. Duermo con sueño demasiado profundo.

—¿Ah, sí? ¡Vaya una suerte! —replicó su compañero, contemplándolo con admiración.

—Poca suerte sería mi buen dormir para el resto de la casa, si tuvieran que despertarme por la mañana desde fuera de la puerta de mi cuarto —contestó Vendale.

—Yo también suelo dejar sin echar la llave de la puerta del mío —dijo Obenreizer —. Sin embargo, yo, como suizo advertido, quiero daros un consejo: Cuando viajéis por mi país, cuidad siempre de colocar vuestros documentos…, y, desde luego, vuestro dinero, debajo de la almohada. Siempre en el mismo sitio.

—No hacéis mucho favor a vuestros compatriotas —exclamó riendo Vendale.

—Mis compatriotas —dijo Obenreizer, dando a su amigo, a modo de buenas noches y de bendición, un leve apretón en los codos—, son, según creo, igual que la mayoría de los mortales. Y la mayoría de los mortales echan mano a lo que tienen al alcance de ella. ¡Adiós! Hasta las cuatro de la mañana.

—Adiós. Hasta las cuatro.

Al verse solo, Vendale apiñó con el hurgón los leños que había en la chimenea, y luego derramó encima las blancas cenizas que había en el hogar, sentándose luego para poner orden en sus pensamientos. Pero éstos bullían todavía acerca del último de los temas tratados, y el ruido de la corriente de las aguas del río contribuía más bien a agitarlos que a calmarlos. Y al dedicarse a meditar, huyó de él el poco sueño que tenía. Juzgó que nada adelantaría acostándose, y se quedó, vestido, junto al fuego. Margarita, Wilding, Obenreizer, el negocio actual en que estaba metido, y otras mil dudas y esperanzas que nada tenían que ver con el mismo, se apoderaron en el acto de su pensamiento. Todo parecía dominarlo, menos el sueño. Lo había perdido, y ya no volvía a él.

Llevaba largo tiempo junto al hogar, meditando y meditando; la vela que le alumbraba se gastó, apagándose su luz. No tenía importancia, porque el fuego de la chimenea alumbraba lo suficiente. Cambió de postura; apoyó un brazo en el respaldo del sillón, y luego la barbilla sobre la mano de aquél, y siguió meditando.

Pero se hallaba sentado entre el fuego y la cama, y como aquél titilaba por efecto de la corriente que levantaban las aguas del río, la sombra agrandada de Vendale se proyectaba tembló, rosa sobre la pared enjalbegada de junto a la cama. La actitud en que Vendale estaba colocado daba a su sombra un aire de persona enlutada que se inclina implorante sobre la cama. Vendale se hallaba contemplando aquel espectáculo; de pronto se sintió turbado por la idea de que aquella sombra se parecía a la de Wilding, y que no era la suya.

Bastaría con un leve cambio de posición para que desapareciese. La cambió, en efecto, esfumándose en el acto aquel producto de su excitada fantasía. Al cambiar de posición se había colocado dentro de la sombra que proyectaba una pequeña rinconera, quedando de ese modo de cara a la puerta.

Tenía la puerta un pestillo de hierro, grande y largo vio que el pestillo se levantaba poco a poco y sin hacer ruido. La puerta se entreabrió, y volvió a cerrarse como empujada por la corriente de aire. Pero vio que el pestillo quedaba sin encajar en su sitio.

Volvió la puerta a abrirse poco a poco hasta que quedó una abertura por la que podía pasar una persona. Permaneció así durante unos momentos, como si desde fuera la mantuviesen fija con mucha cautela. Penetró luego en la habitación la figura de un hombre, con la cara vuelta hacia la cama, y se quedó inmóvil, sin alejarse de la puerta. Hasta que dio un paso hacia adelante y dijo como en un cuchicheo;

—Vendale.

Éste saltó de su asiento, y gritó:

—¿Qué pasa? ¿Quién sois?

Era Obenreizer, y dejó escapar una exclamación de sorpresa al ver que Vendale se abalanzaba sobre él desde una dirección tan inesperada:

—¿No estabais en la cama? —exclamó, agarrándole por ambos hombros con un movimiento instintivo como para luchar—. Entonces, es que algo no dio resultado.

—¿Qué es lo que queréis decir? —le preguntó Vendale, soltándose de la presión de sus manos.

—Decidme antes, ¿no estáis enfermo?

—¿Enfermo? No.

—Es que tuve una pesadilla en la que figurabais vos. ¿Cómo es que os encuentro levantado y vestido?

—Amigo mío, eso mismo puedo preguntaros yo. ¿Cómo es que os encuentro levantado y vestido?

—Acabo de decíroslo. He tenido una pesadilla en la que figurabais vos. Procuré dormirme después, pero no lo conseguí. No me fue posible seguir en donde estaba sin comprobar antes que nada os había pasado. Pero, con todo ello, no me resolvía a venir. He permanecido durante varios minutos en la puerta, vacilando. Parece cosa sencilla burlarse de un sueño, cuando no es uno mismo quien lo ha tenido. ¿Dónde tenéis la vela?

—Se ha consumido.

—En mi habitación tengo una entera. ¿Queréis que la traiga?

—Traedla.

La habitación de Obenreizer estaba muy cerca, y sólo tardó unos momentos en regresar con la vela en la mano. Se arrodilló junto al hogar, y la encendió. Cuando sopló en la brasa para arrancar una ligera llama, Vendale, que estaba en pie mirándole, observó que sus labios estaban lívidos, y que le costaba trabajo entubarlos para soplar.

—Sí —dijo Obenreizer colocando la vela encendida encima de la mesa—, ha sido una mala pesadilla. No tenéis más que mirarme.

Iba descalzo, la camisa de franela encarnada estaba echada hacia atrás mostrando el cuello despechugado, y tenía las mangas recogidas hasta encima de los codos. La única prenda de ropa que llevaba puesta, además de la camisa, eran unos calzoncillos ajustados que le llegaban hasta el tobillo. Observábase en su aspecto un algo de ágil y de salvaje, y sus ojos relampagueaban.

—Soñé que luchaba contra un ladrón, y ya veis que estaba dispuesto para la pelea.

—Dispuesto y armado —le hizo notar Vendale, mirando a su cinturón.

—Siempre que viajo llevo este puñal de viajero —contestó con despreocupación. Desenvainó el puñal hasta la mitad de la hoja, y volviéndolo a envainar, le preguntó —: ¿Y vos no lleváis un arma así?

—Ni ésa ni ninguna.

—¿Ni pistolas? —inquirió Obenreizer, echando una ojeada primero a la mesa y después hacia la almohada, que estaba intacta.

—Tampoco,

—¡Qué confiados sois los ingleses! ¿Tenéis ganas de dormir?

—Desde que os retirasteis antes he intentado dormirme, pero no lo he conseguido.

Tampoco yo, después de aquel mal sueño. Y el fuego da mi chimenea se apagó como vuestra vela. ¿Puedo pasar y sentarme junto a la vuestra? ¡Dos de la madrugada! De aquí a las cuatro queda poco, y no vale la pena de acostarse otra vez.

—Por mi parte, no pienso tomarme ya la molestia de meterme en cama, de modo que, sentaos ahí, y sed bien venido —le dijo Vendale.

Obenreizer regresó a su habitación para arreglar sus ropas, no tardando en volver abrigado con un amplio gabán, y calzado con zapatillas. Ambos tomaron asiento frente a frente en los dos ángulos de la chimenea. En ese intervalo de tiempo cargó Vendale el luego con leña de la canasta que había en el cuarto, y Obenreizer colocó sobre la mesa una botella y una taza que había traído del suyo. Escanció del contenido de la botella en la taza, diciendo:

—Es coñac corriente, de taberna, del que se vende en los mesones, y que no se parece en nada al que vendéis en La Esquina del Inválido. Pero, por desgracia, el que vos traíais se ha terminado. Es una noche fría, una hora fría de la noche, en un país frío, y en una casa fría. Siempre es, de todos modos, mejor que nada. Probadlo.

Vendale tomó la taza y bebió. Luego la devolvió a Obenreizer con un leve escalofrío.

—¿Qué os ha parecido?

—Deja un regusto áspero, y no me agrada.

—Tenéis razón —dijo Obenreizer, probándolo, y separando sus labios con un chasquido—, deja un regusto áspero y no me agrada. ¡Puaf! Pero quema, ¿eh?

Tiró al fuego lo que quedaba en la taza.

Ambos permanecían con un codo apoyado en la mesa, la cabeza recostada en la mano, y contemplando los leños llameantes; Obenreizer, vigilante y callado; Vendale, en cambio, después de algunos sobresaltos y movimientos nerviosos, en uno de los cuales se puso en pie, y miró desatinadamente en torno suyo, cayó en el más extraordinario y confuso de los sueños. Llevaba sus documentos en una especie de cartera o libro de notas de bolsillo, que guardaba en el bolsillo interior de su chaquetón de viaje abotonado; cualesquiera que fuesen sus sueños, en el estado de amodorramiento que se adueñó de él, parecía como que aquellos papeles le importunaban, sacándole de su letargo, pero sin conseguir despertarlo por completo. Se había rezagado en las estepas de Rusia con Margarita (supo que eran las estepas, porque una sombra de persona dio ese nombre al lugar); pero le quedó grabada en el recuerdo la sensación de una mano que le palpaba el pecho, tanteando con suavidad,

mientras él dormía junto al fuego, los bordes del libro de notas. Había naufragado y navegaba en una lancha abierta por el mar, y como había perdido sus ropas, sólo tenía para abrigarse un viejo pedazo de vela; pero una mano reptaba palpando por fuera los restantes bolsillos de la ropa que efectivamente llevaba puesta, buscando papeles, y al no encontrarlos, le dijo que se despertarse. Se encontraba en la antigua bodega abovedada de La Esquina del Inválido, aunque veía en ella real y verdaderamente la cama misma de su cuarto de Basilea; pero Wilding (no muerto, sino vivo, a pesar de que él suponía lo contrario, aunque el verlo vivo no le sorprendió *mucho*) lo zarandeó, cuchicheándole;

—¡Cuidado con ese hombre! ¿No veis que se ha levantado, y está dando vuelta a la almohada? ¿Con qué objeto puede dar vuelta a la almohada, si no es buscando ese documento que tenéis en el pecho? ¡Despertad!

Pero Vendale seguía en su letargo, y soñaba otras cosas.

Vigilante y callado, con el codo apoyado en la mesa, y la cabeza en la mano, su acompañante le dijo por fin:

—¡Vendale! Nos llaman. Son más de las cuatro.

Entonces abrió los ojos, y distinguió, medio vuelta hacia él, la cara cubierta como con un velo de Obenreizer. Éste le dijo:

—Habéis dormido con sueño profundo, efecto, sin duda, de las fatigas de este largo viaje y del frío.

—Ya estoy bien despierto —exclamó Vendale, poniéndose en pie de un salto, pero experimentando una sensación de inseguridad en las piernas—. ¿Y vos no habéis dormido nada?

—Es posible que me haya traspuesto un momento, aunque me parece más bien que me he pasado el tiempo con la mirada fija pacientemente en el suelo. De todos modos, tenemos que lavarnos, desayunamos y salir a la calle. ¡Son más de las cuatro!

Esto fue dicho en tono imperioso, como para despertarlo, porque ya se dejaba ganar de nuevo por la modorra. Mientras realizaba los preparativos del día, y cuando se desayunaban, Vendale estaba virtualmente dormido, y sólo actuaba de una manera mecánica. Únicamente cuando el día estaba ya oscureciendo, tuvo Vendale nociones del viaje más claras que el tintineo de los cascabeles, el frío cortante, el paso adormilado de los caballos, las ceñudas laderas de la colinas, los bosques helados, el hacer alto del coche frente a cierta venta o mesón de la orilla de la carretera, venta en la que cruzaron por un establo para subir a la sala de los viajeros del piso principal. Fuera de estas vagas impresiones, sólo tenía conciencia de que Obenreizer se mantuvo durante todo el día sentado junto a él, y de que le miraba con gran atención.

Pero cuando pudo, por fin, sacudir su atontamiento, ya no estaba Obenreizer a su lado. El coche se había detenido a descansar frente a otra venta o mesón de la carretera; una línea de carros largos y estrechos, cargados con barricas de vino y tirados por caballos que lucían grandes collarones y cabestros azules, se había detenido también con idéntico objeto. Estos carros traían dirección contraria a la de

los viajeros; Obenreizer, que ya no estaba pensativo, sino despierto y alegre, conversaba con el jefe de los carreteros. Mientras Vendale estiraba sus miembros, hacía circular su sangre, y sacudía de sus piernas los restos de su letargo, dando de aquí para allá unas carreras al aire libre vigorizador, la línea de carros se puso en marcha, y todos los carreteros saludaron a Obenreizer al pasar por delante.

—¿Qué gente es ésta? —preguntó Vendale.

—Son nuestros carreteros…, los de Defresnier y Compañía —contestó Obenreizer—. Y esas barricas son las de nuestros vinos.

Obenreizer canturreaba, y encendió un cigarro. Vendale le dijo:

—Creo que durante todo el día he sido para vos un aburrido compañero de viaje. No sé lo que me ha pasado.

—Es que no dormisteis anoche, y un frío como el que hace suele al principio ocasionar algo así como una congestión cerebral —dijo Obenreizer—. Es un fenómeno que he visto con frecuencia. Y con todo eso, me temo que hayamos hecho viaje en balde.

—¿Viaje en balde?

—El socio principal se encuentra en Milán. ¿No sabéis que, si nuestra casa de Neuchâtel es vinatera, la misma es en Milán sedera? Pues, por lo visto, los negocios de la seda apremiaban de momento más que los de vinos, y Defresnier ha sido llamado a Milán. El otro socio, Rolland, está enfermo desde *que Defresnier* salió de viaje, *y los médicos* no le permiten recibir ninguna visita. En Neuchâtel os espera una carta con estas noticias. Me lo ha comunicado el jefe de nuestros carreteros, con el que me habéis visto hablando. Se mostró sorprendido al verme, y me dijo que tenía ese encargo, para dároslo cuándo se cruzase con vos en el camino. ¿Qué pensáis hacer? ¿Regresar?

—Seguir viaje —dijo Vendale.

—¿Seguir viaje?

—Sí, seguir viaje. Cruzar los Alpes y bajar a Milán.

Obenreizer dejó de fumar y se quedó mirando a Vendale; después dio fuertes chupadas a su cigarro, miró carretera adelante, miró carretera atrás, miró hacia abajo a las piedras de la carretera que tenía bajo sus pies.

—El asunto que traigo entre manos es muy serio —dijo Vendale—; acaso haya más formularios, recibos como el mío que han sido mal empleados, para no emplear palabra más fuerte. Me han instado a que no pierda un solo momento, a fin de ayudar a la casa a descubrir al ladrón. No hay fuerza capaz de hacerme retroceder.

—¿No? —exclamó Obenreizer, quitándose el cigarro de la boca para sonreír, y dando la mano a su compañero de viaje—. Si es así, tampoco habrá fuerza capaz de hacerme retroceder a mí. ¡Eh, cochero! ¡Acabad ya! ¡Vamos rápido! Sigamos viaje.

Viajaron durante toda la noche. Había nevado, y la nieve se había derretido parcialmente, de modo que hicieron casi todo el camino a paso de peatón, deteniéndose con mucha frecuencia para *dar respiro* a los caballos salpicados de lodo

y cansados del esfuerzo. Hacía una hora ya que había amanecido del todo cuando el cochero tiró de las riendas a sus caballos delante de la puerta de la hostería de Neuchâtel, después de haber invertido unas veintiocho horas en hacer un trayecto de unas ochenta millas inglesas.

Después de mudarse de ropa y tomar un bocado precipitadamente, marcharon juntos a la casa de Defresnier y Compañía, donde encontraron la carta a que se había referido el jefe de los carreteros, y en la que venían incluidas muestras comparadas de escritura que eran esenciales para descubrir al falsificador. Como Vendale había tomado ya la resolución terminante de seguir viaje sin descansar, el único problema que ahora podía retrasarlos era el decidir por cuál de los pasos cruzarían los Alpes. Los guías y muleteros diferían mucho en sus informes acerca del estado de los pasos del Simplón y de San Gotardo; además, ambos estaban todavía muy lejos para que los viajeros pudiesen aprovechar los informes de quienes los hubiesen atravesado recientemente. Sin contar con que sabían muy bien que bastaba que cayese en el intervalo una nevada para cambiar en el espacio de una hora el estado de los pasos, aunque los informes fuesen exactos. Bien mirado todo, parecía ser el del Simplón el paso que mejores perspectivas ofrecía, y Vendale optó por el mismo. Obenreizer intervino poco o nada en la discusión, y apenas si abrió la boca.

A Ginebra, a Lausana, por las llanas orillas del lago hasta Vevay, luego por el valle que ondulaba entre los espolones de las montañas, para salir por último al valle del Ródano. El traqueteo de las ruedas del coche, avanzando siempre, avanzando de día y de noche, acabó produciéndole la impresión de las ruedas de un gran reloj que marcaba las horas. El tiempo encrudeció, haciéndose tétricamente helado, y ya no varió durante toda la jornada. Vieron las sierras alpinas bajo un cielo encapotado de amarillo sucio; y vieron en las laderas y en las cimas de las estribaciones montañosas más cercanas y más bajas una cantidad de nieve suficiente para manchar, por su contraste, la pureza de los lagos, de los torrentes y de las cataratas, dando a las aldeas un aire descolorido y sucio. Pero no nevaba, ni encontraban nevada la carretera. Entre ellos y el tenebroso firmamento sólo se interponía a veces una neblina blanca que reptaba por el valle, y que se transformaba en partículas de hielo sobre los cabellos y la ropa de los viajeros. Y de día y de noche, siempre el ruido de las ruedas. Y siempre las ruedas girando en el oído de uno de los dos viajeros al compás del estribillo, tomado de aquel otro del río Rin: «Pasó el tiempo de robarlo dejándolo con vida, no tengo más remedio que matarlo».

Llegaron finalmente a la pequeña y miserable población de Brieg, al pie del Simplón. Llegaron ya anochecido, pero aún tuvieron tiempo de ver lo enano que resultaba el trabajo de los hombres y lo enanos que resultaban éstos frente a las montañas inmensas que se levantaban sobre sus cabezas. Debían pasar la noche en aquella población; allí encontrarían calor de fuego, lámpara, cena y vino, y el vocerío de las conferencias de sobremesa, juntamente con guías conductores. En los últimos cuatro días no había cruzado persona viviente por el paso. Más arriba del límite de las

nieves, eran éstas demasiado blandas para un carruaje de ruedas, y no tenían bastante consistencia para los trineos. El cielo amenazaba nieve. El cielo venía amenazando nieve en los últimos días, siendo lo más extraordinario que no hubiese caído ya, aunque se tenía la certeza absoluta de que caería. No había medio de cruzar el paso en vehículos. Sólo quedaba la posibilidad de cruzar en mulas o a pie; pero en uno y otro caso era preciso pagar a los mejores guías la tarifa de peligro, y esto no solamente si salían con bien y los dos viajeros llegaban a la otra vertiente, sino asimismo en el caso de que tuviesen que regresar al punto de partida como medida de seguridad.

Obenreizer no intervino para nada en esta discusión. Permaneció sentado y fumando en silencio al amor de la lumbre hasta que el salón quedó vacío y Vendale le dirigió la palabra explicándole todo.

—¡Bah! Me cargan estos pobres diablos y su clase de negocio —contestó—. Siempre con la misma historia, idéntica hoy a la que contaban cuando yo era un arrapiezo vestido de harapos. ¿Qué es lo que vos y yo necesitamos? Una mochila de montañeros cada uno, y nuestra correspondiente garrota. No necesitamos guía; nosotros mismos podríamos serlo de estos que se llaman guías, y que no nos guiarían a nosotros. Dejemos aquí nuestras maletas, y crucemos el paso juntos. Ya antes de ahora hemos escalado juntos más de una montaña, sin contar con que yo soy montañés, y conozco este paso… ¡Lo llaman paso, cuando es más bien una carretera! … Repito que me lo sé de memoria. Compadezcámonos de estos pobres diablos, y dejémoslos para que puedan guiar a otros viajeros; pero que no se imaginen que van a conseguir retrasarnos fingiendo dificultades para aumentar sus exigencias de dinero. Porque eso es en fin de cuentas lo que buscan.

Vendale se alegró de poder salir de ese modo de las discusiones, cortando el nudo. Era hombre activo, aventurero, inclinado a seguir siempre adelante, y de ahí que esa última consideración de Obenreizer le tocase en lo vivo. Accedió fácilmente. Antes de dos horas tenían comprado todo cuanto necesitaban para su expedición, habían llenado sus mochilas, y estaban entregados al sueño.

Al rayar el alba se encontraron *con* que medio pueblo se había congregado en la estrecha calle para verlos marchar. Los aldeanos conversaban formando grupos; guías y muleteros cuchicheaban aparte, y miraban el cielo; nadie les deseó una buena jornada.

Cuando empezaron la subida, rompió por entre el firmamento cerrado un rayo de sol, y las chapas de las agujas de la iglesia parecieron por un momento de plata.

—¡Buen augurio! —exclamó Vendale a pesar de que el rayo de sol se apagó antes que él acabase su frase)—. Quizá nuestro ejemplo sirva para abrir el paso en esta vertiente.

—No; nadie nos seguirá —replicó Obenreizer mirando primero al cielo y volviendo luego la vista hacia el valle—. De aquí para arriba estaremos completamente solos.

ENCIMA DE LA MONTAÑA

La carretera se encontraba en un estado bastante bueno para caminantes robustos, y a medida que los dos viajeros ganaban altura, el aire se hacía más ligero y más fácil de respirar. Pero el cielo siguió encapotado como venía estándolo en los últimos días. Parecía que la Naturaleza hubiese hecho una pausa. El sentido del oído, no menos que el de la vista, experimentaba perturbaciones por efecto de aquella espera demasiado prolongada, que pendía como una amenaza sin que se supiese de qué amenaza se trataba. El silencio era tan pesado y palpable como las nubes bajas…, mejor dicho, como la nube, porque daba la impresión de que todo el firmamento era una sola nube que lo cubría por completo.

Aunque la cantidad de luz era tristemente difusa, el panorama no resultaba oscurecido. Allá abajo, en el valle del Ródano que dejaban a sus espaldas, podían seguir con la vista el curso del río en todos sus serpenteos, sombrío, solemne y abrumador en su color único de plomo, igual que un desierto sin matices. A lo lejos y muy por encima de sus cabezas, los glaciares y los aludes a punto de caer amenazaban con derrumbarse sobre los lugares por los que los dos viajeros tendrían que pasar sin remedio poco después; a su derecha, muy hondo y muy negro, tenían un espantoso precipicio y un torrente bramador; por cualquier lado que mirasen se levantaban ante su vista montañas inmensas. El panorama gigantesco, al que no alegraba ni un cambiante de luz ni un solitario rayo de sol, se veía, sin embargo, con todos los terribles detalles de su ferocidad.

Los corazones de aquellos dos hombres solitarios quizá se encogiesen un poco, si hubiesen tenido que conquistar su camino durante millas y horas entre una legión de hombres silenciosos e inmóviles…, simplemente de hombres como ellos…, que estuviesen mirándolos con ceño fijo y fruncido. Pero ¿no se achicarían mucho más si esa legión era la de las obras más imponentes de la Naturaleza, cuyo ceño podía trocarse instantáneamente en furia terrible?

Conforme fueron ganando altura, la carretera se iba haciendo más áspera y difícil. Pero el ánimo de Vendale reaccionó conforme subían, viendo que dejaban a sus espaldas ya conquistado un gran trecho de camino. Obenreizer hablaba poco, y avanzaba con una firme resolución. Ambos hombres reunían condiciones de agilidad y de resistencia que los capacitaban para aquella expedición. Si el hombre nacido en la montaña leía en los síntomas del tiempo algo que a su compañero le resultaba incomprensible, se lo guardaba para sí.

—¿Conseguiremos cruzar hoy mismo? —preguntó Vendale.

—No —le contestó su compañero—. Ya veis que la nieve tiene aquí profundidad mucho mayor que la que tenía una legua más abajo. Cuanto más arriba subamos más espesa será la capa de nieve que encontraremos. En este mismo momento, el caminar

tiene algo de parecido con el vadear de un río. ¡Son, además, tan cortos los días! Si llegamos hoy hasta la altura del quinto refugio, y pasamos la noche en el hospicio, podremos darnos por satisfechos.

—¿Y no habrá peligro de que se desate de noche la tormenta y quedemos aislados por la nieve?

—La verdad es que estamos ya rodeados de peligros suficientes como para aconsejar una medida de prudencia: el silencio —dijo Obenreizer, mirando con cautela hacia adelante y hacia arriba—. ¿No habéis oído hablar del puente del Ganther?

—Lo he cruzado en una ocasión.

—¿Durante el verano?

—Sí; durante la estación del turismo.

—Bien; pero la de ahora es una estación muy distinta —había en las palabras de Obenreizer un tono de burla, como si estuviere a punto de perder la compostura—. Vosotros los caballeros turistas de vacaciones sabéis muy poco de lo que es esta época del año, el actual momento, y uno cualquiera de los pasos alpinos.

—Bien —dijo Vendale en tono de buen humor—, pero os tengo a vos de guía, y en vos confío.

—Yo soy vuestro guía, y os guiaré hasta el final de vuestra jornada —dijo Obenreizer—. Ahí, delante de nosotros, tenemos el puente.

Doblaron un recodo y penetraron en un desfiladero desolado y tétrico, en el que la nieve formaba masas profundas a sus pies, masas profundas sobre sus cabezas, masas profundas por todas partes. Mientras hablaba, apuntaba Obenreizer hacia el puente, observando la cara de Vendale con una expresión muy especial en la suya propia.

—Si yo, vuestro guía, os hubiese mandado que os adelantaseis hasta aquel lugar, animándoos a que, una vez allí, pegaseis un par de gritos, habría bastado eso para que se desplomasen sobre vos toneladas y toneladas y toneladas de nieve, que no solamente os habrían matado en el acto, sino que os habrían sepultado a grandes profundidades.

—No lo dudo —dijo Vendale.

—No lo dudéis; pero yo, como guía, no puedo hacer eso. Cruzad, pues, en silencio. Si caminamos como ahora, nuestra indiscreción podría, además de a vos, aplastarme y enterrarme a mí. ¡Sigamos, pues!

La nieve se acumulaba en gran cantidad encima del puente, y era tan enorme la acumulación de la misma en las masas de roca que lo dominaban, que bien podía decirse que se abrían camino por entre un cielo tormentoso de nubes blancas. Obenreizer guió poco a poco, manejando con habilidad su garrota, sondeando con ella a medida que avanzaba, mirando a lo alto, con las espaldas inclinadas, igual que si con ello quisiera oponerse a la simple idea de un derrumbe desde arriba. Vendale le seguía muy de cerca. Se encontraban aún en la mitad de su peligroso camino, cuando se desplomó desde lo alto una poderosa masa, seguida de lo que parecía ser el

estampido del trueno. Obenreizer tapó con su mano la boca de Vendale y le señaló el camino a sus espaldas. Su aspecto había cambiado por completo en un instante. Un alud se había precipitado por encima, hundiéndose en el torrente que había al fondo del abismo.

La aparición de aquellos dos hombres en el mesón solitario, que quedaba poco más adelante de aquel terrible puente, arrancó muchas exclamaciones de asombro a las personas que se hallaban encerradas en la casa.

—Nos quedaremos sólo para descansar —dijo Obenreizer, sacudiendo la nieve de su ropa junto al fuego—. Este caballero tiene gran urgencia por cruzar; explicádselo, Vendale.

—Certísimo; tengo grandísima urgencia. Debo pasar sin remedio.

—Ya lo oís todos, mi amigo tiene grandísima urgencia de cruzar, y no necesitamos ni consejos ni ayuda. Yo, compatriotas míos, soy tan buen guía como cualquiera de vosotros. Dadnos, pues, de comer y de beber.

Esta escena, casi con las mismas palabras, se repitió cuando empezaba a oscurecer, y los dos hombres, después de luchar con energía salvando las dificultades muchísimo mayores de la carretera, llegaron por último al punto en donde tenían calculado pasar la noche. Obenreizer, mientras él y su compañero se despojaban del calzado húmedo, y sacudían la nieve de sus ropas, habló de este modo al personal del hospicio que los rodeaba lleno de asombro, cerca del fuego;

—Amigos todos, es conveniente que cada cual sepa a qué atenerse. Este caballero…

—Tiene gran urgencia en cruzar el paso. Debe por fuerza cruzarlo —exclamó Vendale, quitando a su amigo con una sonrisa la frase de los labios.

—¿Habéis oído?… Tiene verdadera urgencia en cruzar; debe por fuerza cruzar. No queremos consejo ni ayuda. Yo he nacido en la montaña, y actúo de guía. No nos molestéis hablándonos del asunto, y proporcionadnos cena, vino y cama.

El mismo silencio temeroso durante el frío intenso de la noche. Otra vez, al amanecer, ni una sola pincelada de sus rayos para dorar o teñir de rojo la nieve. La misma inacabable soledad de un blanco de muerte; el mismo aire sin una ráfaga; idéntica monótona claridad gris en el firmamento.

—¡Viajeros! —les dijo desde la puerta una voz amiga cuando ya Vendale y Obenreizer estaban en pie, con la mochila a la espalda y la garrota en la mano, igual que el día anterior: ¡Pensadlo! En el transcurso del peligroso camino que tenéis que cruzar existen cinco lugares de refugio a poca distancia el uno del otro; hay una cruz de madera, y a continuación el hospicio. No os salgáis del camino, y si la tormenta se os echa encima, buscad refugio inmediatamente.

—¡Todos estos pobres diablos van a su negocio! —dijo Obenreizer a su amigo, haciendo un desdeñoso saludo de despedida con la mano en dirección a la voz que les hablaba—. ¡Qué manera de apegarse a su negocio! Vosotros los ingleses decís que los suizos somos gente mercenaria, y la verdad es que las apariencias les dan la razón.

Habían repartido entre las dos mochilas los alimentos de que se habían provisto aquella mañana, y que juzgaron prudente llevar. Obenreizer había cargado con el vino; Vendale llevaba el pan, la carne, el queso y un frasco de coñac.

Llevaban ya algún tiempo subiendo y avanzando esforzadamente por la nieve, que en el camino les llegaba hasta más arriba de las rodillas, y cuya profundidad fuera del camino era desconocida. Seguían subiendo y avanzando con esfuerzo por el trecho de camino rodeado de la más tremenda y espantosa desolación, cuando empezó a nevar. Al principio cayeron lenta y verticalmente unos cuantos copos. Al cabo de un rato, los copos se fueron haciendo mucho más densos, y de pronto y sin razón aparente empezaron a girar en espirales de torbellino. Inmediatamente después de este cambio, avanzó sobre ellos un rugiente vendaval de hielo; todos los estrépitos y las fuerzas que hasta aquel momento habían estado aprisionadas se vieron de pronto sueltas.

Tenían cerca una de las tristes galerías por las que atraviesa la carretera en aquel punto peligroso; era una cueva sostenida por arcos muy sólidos. Lograron con grandes esfuerzos meterse dentro, mientras la tormenta rugía furiosa. EL estrépito del viento, el estrépito del agua, el desplome atronador de masas de roca y de nieve que habían perdido el equilibrio, el griterío espantoso que estallaba no solamente en aquella garganta, sino en todas las de la monstruosa cordillera, la oscuridad, que parecía de noche; los remolinos violentos de nieve que al golpearse mutuamente estallaban, se desparramaban y cegaban a los viajeros; la locura furiosa con que todos los elementos de que estaban rodeados parecían acometidos para la tarea de destruir, el rápido cambio de la violencia furiosa a una calma antinatural y el suceder el silencio a las huestes del más terrorífico griterío: todo ello, al borde de un profundo precipicio, era como para helar la sangre, si ya no la hubiese helado el huracán furioso, convertido en un bloque palpable de hielo y de nieve.

Obenreizer se paseaba sin cesar por la galería, e hizo señas a Vendale para que le ayudase a soltar su mochila. Ambos podían prestarse ayuda, pero era imposible que oyesen lo que se decían el uno al otro. Vendale obedeció. Obenreizer sacó de la mochila su botella de vino, escanció alguna cantidad, indicando por señas a Vendale que bebiese aquello, y no el coñac, para calentarse. Obedeció de nuevo Vendale, y pareció que Obenreizer bebía después de él; ambos paseaban el uno junto al otro, unas veces de frente y otras de espalda, sabiendo perfectamente que el quedarse quietos o dormirse equivalía a la muerte.

La nieve iba penetrando en gran cantidad dentro de la galería por la boca superior; es decir, por la que tenían que salir para continuar su camino, si es que lograban salir de allí alguna vez; los peligros mayores habían quedado a sus espaldas. La nieve no tardó en empezar a taponar el arco de salida Una hora más tarde había adquirido tal altura que ya no dejaba paso sino a la mitad de la luz del día que empezaba a reaparecer. Pero, a medida que caía, la nieve se iba helando hasta ponerse muy dura, de modo que era posible pasar por encima. La violencia de aquella

tormenta de las montañas fue cediendo gradualmente hasta quedar reducida a una constante nevada. De cuando en cuando se levantaba el viento con violencia, pero volvía a amainar; y cuando cesaba, caía la nieve en grandes copos.

Es posible que llevasen ya dos horas en su espantosa prisión, cuando Obenreizer se abrió paso hacia el exterior, unas veces reptando a lo largo del montón de nieve, y otras a gatas, con la cabeza agachada y tocando con las espaldas la curva del arco del techo. Vendale le seguía muy de cerca, aunque actuaba sin comprender claramente las razones y sin calcular sus movimientos; porque el letargo que se había apoderado de él en Basilea volvía poco a poco a dominarlo, haciéndose dueño de sus sentidos.

Ignoraba hasta qué punto había llegado, siguiendo a Obenreizer, fuera de la galería o con qué obstáculos había tenido que luchar. Despertó para darse cuenta de que Obenreizer se había echado encima de él y que ambos luchaban desesperadamente encima de la nieve. Recordó en ese despertar que su atacante llevaba un puñal al cinto. Lo buscó a tientas, lo sacó de la vaina, le hirió con él, luchó de nuevo, volvió a golpearlo, se libró de sus manos y se vio en pie haciéndole frente. Obenreizer dijo:

—Os prometí guiaros hasta el final de vuestra jornada, y he cumplido mi promesa. La jornada de vuestra vida finaliza aquí. Nada será capaz de prolongarla. Tal cual estáis, el sueño se apodera otra vez de vos.

—Sois un canalla. ¿Qué me habéis hecho?

—Sois un estúpido. Os he dado un bebedizo. Sois dos veces estúpido, porque ya os lo di otra vez durante el viaje, para ver de qué manera reaccionabais. Sois tres veces estúpido, porque el ladrón y el falsificador soy yo, y dentro de unos momentos os arrebataré de vuestro cuerpo insensible las pruebas contra el ladrón y el falsificador.

El hombre al que se había tendido aquella trampa hizo esfuerzos para alejar de sí su amodorramiento, pero éste lo sujetaba con tal seguridad que, en el momento mismo que oía aquellas palabras, se preguntaba entontecido cuál de ellos dos había resultado herido y de quién era aquella sangre de que la nieve estaba salpicada. Con la lengua torpe y apelmazada, preguntó:

—Y ¿qué os he hecho yo, para que os hayáis convertido en un asesino tan miserable?

—¿Qué me habéis hecho? Habríais traído mi ruina, si no fuera porque habéis llegado al final de vuestra jornada. Vuestra maldita actividad se interpuso entre mi persona y la fecha en que yo había calculado reintegrar el dinero. ¿Qué me habéis hecho? Os habéis cruzado en mi camino, no una, ni dos veces, sino constantemente. ¿Es cierto, sí o no, que yo procuré apartaros de mi ruta desde los primeros momentos? Pero no os dejasteis apartar. Por eso vais a morir aquí.

Vendale intentó coordinar sus pensamientos, intentó coordinar sus palabras, intentó recoger la garrota de contera de hierro que se le había caído de las manos; al no alcanzar a cogerla, intentó seguir su camino, tambaleante, y sin el apoyo de

aquélla. ¡Inútil todo, todo en vano! Tropezó y cayó pesadamente hacia adelante al borde mismo del profundo precipicio.

Entontecido, amodorrado, incapaz de sostenerse sobre sus pies, con un velo cubriéndole la vista, con el sentido del oído amortiguado, hizo, a pesar de todo, un esfuerzo tan vigoroso que logró incorporarse apoyándose en las manos. Vio entonces que su enemigo estaba tranquilamente en pie, contemplándolo, y oyó que le hablaba.

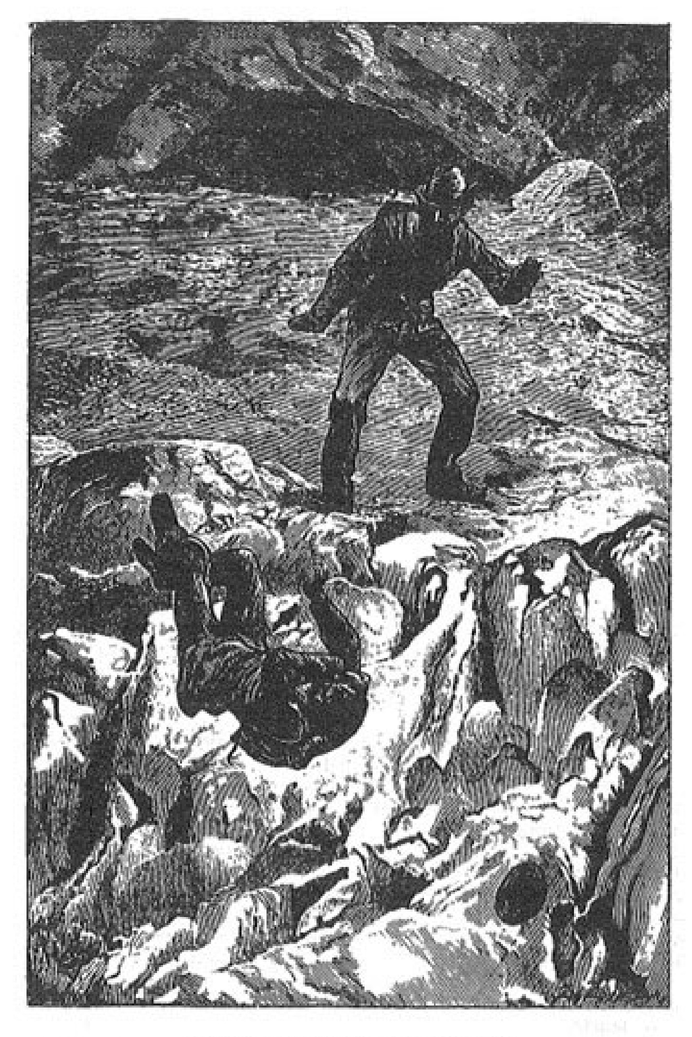
—Me llamáis asesino —dijo Obenreizer con una risa amarga—. El calificativo tiene poca importancia. Pero quiero que sepáis al menos que me he jugado mi vida contra la vuestra, porque me encuentro rodeado de peligros y quizá no consiga salir jamás de este sitio. La tormenta se levanta de nuevo. La nieve forma remolinos. Vengan esos papeles. Cada instante que pasa puede llevarse mi vida.

—¡Deteneos! —gritó Vendale con vos terrible, y se levantó tambaleante al estallar en su interior el último relámpago de energía; se aferró con ambas manos a las del ladrón, que manipulaba en su pecho—. ¡Deteneos! ¡Apartaos de mí! ¡Que Dios guarde a mi Margarita! Por suerte, ella no sabrá jamás de qué manera he muerto. Apartaos de mí, y dejad que os mire a vuestra cara de asesino. ¡Que ella me recuerde… algo… que me queda por decir!

Al ver de qué manera luchaba por recobrar sus sentidos, y dudando de que quizá fuese capaz de concentrar en un instante la energía de una docena de hombres, su adversario se mantuve quieto. Entonces Vendale, mirándolo con ojos desorbitados, le gritó entre balbuceos estas palabras:

—No se dirá que yo he traicionado la misión que me confió el muerto…, padres supuestos…, fortuna mal heredada…, ¡a vuestro cargo queda!

Dejó caer la cabeza sobre el pecho, y se tambaleó como antes, cayendo al borde mismo del precipicio; las manos del ladrón se lanzaron de nuevo, rápidas y activas, hacia su pecho. Vendale hizo un esfuerzo convulsivo para gritar: «¡No!», y con ese mismo esfuerzo hizo rodar su cuerpo hacia el abismo, hundiéndose, lejos del contacto de su enemigo, igual que un fantasma en una espantosa pesadilla.



Hizo rodar su cuerpo hacia el abismo...

* * *

La tormenta volvió a enfurecerse sobre la montaña, y volvió a calmarse. Las voces espantosas de la montaña se apagaron, salió la luna y cayó suave y silenciosa la nieve.

Por las puertas del hospicio salieron dos hombres y dos perrazos. Los hombres miraron con cuidado a su alrededor, y luego alzaron sus ojos al firmamento. Los perros se revolcaron en la nieve, llenaron con ella sus bocas y la levantaron por los aires con sus garras. Uno de los hombres dijo al otro:

—Podemos ya correr la aventura; es posible que los encontremos en uno de los cinco refugios.

Se sujetaron a la espalda sendos canastos; cada cual empuñó una fuerte garrota con punta de hierro; los dos se ciñeron por debajo de los sobacos una cuerda con nudo corredizo, de manera que ambos quedaron sujetos el uno al otro.

De pronto los perros suspendieron sus jugueteos en la nieve, se irguieron sobre sus patas, miraron por la cuesta abajo, en la parte de la carretera que subía del valle hacia el hospicio, husmearon el aire, dieron señales de gran excitación y rompieron al

mismo tiempo en un aullido ruidoso y profundo.

Los dos hombres miraron a las caras de los perros, y los dos perros, con inteligencia igual por lo menos, miraron a las caras de los hombres. Éstos empezaron a gritar:

—¡Ea! ¡Corred en su ayuda! ¡Socorro! ¡A rescatarlos!

Los dos perros saltaron hacia adelante con un ladrido alegre, generoso y sentido.

—¡Dos locos más! —exclamaron los hombres, inmóviles de asombro y oteando el paisaje iluminado por la luna—. ¿Es posible que se hayan puesto en camino con semejante tiempo? Pero ¡si uno de los dos es mujer!

Los dos perros agarraron entre sus dientes a la mujer por los extremos opuestos del vestido, y tiraban de ella hacia arriba. La mujer acariciaba las cabezas de los animales a medida que subían; ella se abría paso por entre la nieve como si estuviese acostumbrada a ese esfuerzo. En cambio, su acompañante, que era un hombre muy voluminoso, daba señales de estar agotado y jadeante.

—¡Queridos guías, queridos amigos de los viajeros! Yo soy de vuestro mismo país. Venimos buscando a dos caballeros que se han lanzado a cruzar el paso, y que debieron llegar esta tarde al hospicio.

—Llegaron, señorita.

—¡Gracias a Dios! ¡Gracias a Dios!

—Por desgracia, reanudaron su camino. Salimos para ver si los encontramos todavía. Nos vimos obligados a esperar a que pasase la tormenta, que ha sido espantosa aquí arriba.

—¡Queridos guías, queridos amigos de los viajeros! Permitidme que vaya con vosotros. ¡Permitidme, por amor de Dios, que vaya con vosotros! Uno de esos caballeros es mi prometido. Lo quiero con todo mi corazón. ¡Oh, cómo lo quiero! Ya veis que no estoy desmayada, ya veis que no estoy fatigada. Soy hija de un campesino. Os demostraré que sé perfectamente sujetarme a vuestras cuerdas. Lo haré con mis propias manos. Juraré mostrarme valerosa y sumisa. Pero dejadme ir con vosotros, dejadme ir con vosotros. Si le ha ocurrido alguna desgracia, mi amor sabrá encontrarlo cuando fracase todo lo demás. ¡Os lo pido de rodillas, amigos queridos de los viajeros! ¡Por el amor que vuestras queridas madres profesaron a vuestros padres!

Aquellos hombres, rudos y buenos, se sintieron conmovidos, y se dijeron el uno al otro:

—Bien mirado, todo lo que dice es cierto. Conoce las cosas de la montaña. Su llegada hasta aquí es un prodigio… Y ¿qué hará este caballero, señorita?

—Mi querido señor José —dijo Margarita, hablándole en su propio idioma—, vos os quedaréis en esta casa, y me esperaréis, ¿no es cierto?

—Si yo supiese cuál de estos dos hombres os ha recomendado que me hagáis esa proposición —gruñó José Ladle, clavando en los dos hombres miradas de indignación—, me pelearía con él por seis peniques, y daría media corona para que la

gastase en medicinas. No, señorita. No me apartaré de vos mientras me quede un resto de energía para seguir a vuestro lado, y si no puedo hacer otra cosa mejor, moriré por vos.

Como dada la hora en que la luna se ponía era de la mayor importancia no perder un instante, y como los perros daban señales de gran desasosiego, los dos hombres tomaron rápidamente su decisión. Cambiaron la cuerda que los unía por otra más larga; el grupo avanzó entonces con sus componentes sujetos los unos a los otros; Margarita marchaba en segundo lugar, y el bodeguero en el último; de esta manera se pusieron en camino hacia los refugios. La distancia real entre esos lugares no significaba nada, porque los cinco, y él hospicio siguiente, se hallaban en un trayecto de dos millas; pero el pavoroso camino había desaparecido bajo una capa de hielo.

Sin desviación alguna llegaron a la galería en que los viajeros habían encontrado refugio. La segunda tormenta de viento y de nieve había vuelto a pasar con tal violencia, que sus huellas desaparecieron. Pero los perros iban *y reñían* con la nariz pegada a la nieve, muy seguros del camino. Sin embargo, los expedicionarios se detuvieron en el último arco, donde la segunda tormenta se había dejado sentir con furia extraordinaria, amontonando una capa profunda de nieve; los perros dieron señales de gran confusión buscando por todas partes algo que parecían haber perdido.

Sabiendo que quedaba a la derecha el gran precipicio, se apartaron demasiado hacia la izquierda, y sólo con infinitos trabajos volvieron al camino por entre el profundo campo de nieve. El guía que iba a la cabeza hizo alto, y estaba orientándose, cuando uno de los perros empezó a apartar la nieve con las patas delante del grupo. El guía se adelantó y se agachó para ver de qué se trataba, suponiendo que pudiera encontrarse alguien debajo de la nieve en aquel lugar; pero vieron que la nieve estaba manchada, y que las manchas eran rojas.

El otro perro se había situado al borde mismo del precipicio y miraba hacia abajo, estirando las patas delanteras para no caer en el abismo; al mismo tiempo temblaba con todos sus miembros. El perro que había descubierto la nieve manchada se juntó a su compañero, y los dos empezaron a correr de un lado para otro, gimiendo y dando muestras de dolor, hasta que se detuvieron al borde mismo, alzaron sus cabezas y aullaron lastimeramente.

—Hay alguien caído en la nieve ahí abajo —dijo Margarita.

—Eso creo yo —dijo el guía que iba delante—. ¡Eh, vosotros dos, los de cola, echaos hacia dentro, para que nosotros podamos asomarnos a mirar!

El segundo guía encendió dos antorchas que llevaba en su canasto, y se las entregó a los dos que iban delante. El guía primero tomó una, Margarita la otra, y ambos miraron hacia abajo, unas veces haciendo sombra a las antorchas, otras moviéndolas a derecha o izquierda, otras levantándolas y otras bajándolas, a medida que la luz de la luna, ya muy baja en el horizonte, luchaba con las sombras oscuras. Un grito desgarrador de Margarita rompió el largo silencio.

—¡Dios Santo! ¡Veo el cuerpo de un hombre en aquella punta que sobresale del

precipicio, allí donde se ve un muro de hielo que domina el torrente!

—¿Dónde, señorita, dónde?

—¡Allí, mirad allí! ¡En aquella pequeña plataforma de hielo que hay debajo de donde están los perros!

El guía jefe, con cara en la que se pintaba el mareo, se echó hacia atrás, y todos guardaron silencio. Pero no todos permanecieron inactivos. Margarita, con dedos ágiles y habilidosos, se había soltado a sí misma y lo había soltado a él de la cuerda en pocos segundos.

—¿Qué lleváis en los canastos? ¿Son éstas vuestras dos únicas cuerdas?

—Son las únicas que tenemos aquí, señorita; pero en el hospicio…

—Si ese hombre vive aún…, el corazón me dice que es mi prometido…, habrá muerto antes que podáis regresar. ¡Queridos guías! ¡Amigos benditos de los viajeros! Miradme. Mirad mis manos. Si ellas tiemblan o fallan, sujetadme a la fuerza. ¡Pero si no me tiembla el pulso y funcionan perfectamente, ayudadme a salvarlo!

Se ató con una cuerda por debajo de los brazos y del pecho, formando con ella una especie de chaleco, hizo nudos al extremo de la misma, puso éste junto al extremo de la otra cuerda, retorció y entrelazó las dos, las ató, puso el pie encima de los nudos, tiró de ellos con toda su fuerza, y se los ofreció a los dos hombres para que, ellos a su vez, tirasen con toda su fuerza.

—Parece inspirada —dijo el uno al otro.

—¡Por amor del Todopoderoso! —exclamó ella—. Vosotros dos sabéis que de cuantos estamos aquí soy yo la que menos pesa. Dadme el coñac y el vino, y bajadme hasta donde está ese hombre. Después corred en busca de ayuda y de una cuerda más fuerte. Ya veis que si me echáis esa cuerda…, fijaos en ésta con que me he ceñido el cuerpo…, podré sujetarla con toda seguridad alrededor de su cuerpo. Vivo o muerto, yo lo subiré o moriré a su lado. Lo amo apasionadamente. ¿Puedo decir más?

Los dos guías se volvieron hacia el acompañante de Margarita, pero éste yacía sin sentido encima de la nieve.

—¡Bajadme hasta donde está él —dijo Margarita, agarrando dos pequeños barrilitos que los guías habían traído, y colgándolos alrededor de su cuerpo—, si no queréis que me destroce yo misma! Soy campesina, y no sé lo que es el mareo ni el miedo; esto no es nada para mí, y lo amo apasionadamente. ¡Bajadme!

—Señorita, señorita, debe de estar expirando si no está ya muerto.

—Moribundo o muerto, la cabeza de mi esposo descansará sobre mi pecho, o me arrojaré y me haré pedazos.

Los guías se sintieron dominados, y accedieron. Adoptando todas las precauciones que su práctica y las circunstancias permitían, la deslizaron desde lo alto, y ella misma fue guiándose por el muro escarpado de hielo; fueron soltando cada vez más, más, y más cuerda, hasta que llegó a sus oídos el grito de Margarita;

—¡Basta!

—¿Es él? ¿Está muerto? —le gritaron asomándose al borde del precipicio.

Ella gritó desde abajo:

—Está sin conocimiento, pero su corazón late. Su corazón late junto al mío.

—¿En qué se apoya?

Volvió a llegar el grito desde el fondo:

—En un reborde de hielo. Este he empezado a deshacerse debajo de su cuerpo, y se deshará debajo del mío. Daos prisa. Si morimos, moriré contenta.

Uno de los dos guías echó a correr con los perros a toda velocidad posible; el otro clavó las antorchas encendidas en la nieve, y se dedicó a hacer volver en sí al inglés. A fuerza de refregarle con nieve y de darle a beber coñac, consiguió que se levantase, aunque deliraba y no se daba cuenta de su situación.

El guía que se quedó de guardia no se apartaba del borde del precipicio, y gritaba hacia abajo constantemente:

—¡Valor! Pronto vendrán. ¿Cómo sigue?

Respondía desde abajo el grito:

—Su corazón late todavía junto al mío, le doy calor con mis brazos. He tirado la cuerda, porque el hielo se deshace debajo de nosotros, y la cuerda me separaría de él; pero no tengo miedo.

La luna se puso detrás de las cimas de las montañas, y todo el abismo se convirtió en tinieblas. Desde arriba gritaban:

—¿Cómo sigue?

Desde abajo contestaban:

—Nos vamos hundiendo cada vez más, pero su corazón late junto al mío.

Finalmente se oyó el anhelante ladrar de los perros, brilló una luz sobre la nieve, señales ambas de que llegaban los socorros. Veinte o treinta hombres, linternas, antorchas, camillas, cuerdas, mantas, leña para encender un gran fuego, estimulantes y confortativos, llegaban a toda prisa. Los perros iban de un hombre a otro, y de un objeto a otro, corriendo luego hasta el borde del abismo, como si suplicaran sin palabras: «¡Daos prisa, daos prisa, daos prisa!».

Lanzaron el grito desde arriba:

—Todo está listo, gracias a Dios… ¿Cómo sigue?

Gritaron desde abajo:

—Seguimos hundiéndonos, y estamos muertos de frío. Ya no siento su corazón junto al mío. Que no baje nadie, para no agregar un peso mayor. Echad únicamente la cuerda.

La hoguera lanzaba ya grandes llamaradas, las antorchas alumbraban con grandes destellos la pared del precipicio, las linternas fueron deslizadas hacia abajo, al mismo tiempo que se dejaba caer una cuerda resistente. Vieron desde arriba cómo la joven rodeaba con la cuerda el cuerpo del hombre, asegurándola perfectamente. En medio de un silencio mortal, llegó desde abajo el grito:

—¡Arriba! ¡Poco a poco!

Y vieron cómo, cuando levantaron en vilo el cuerpo del hombre, se achicó, al

encogerse la figura de Margarita.

No volvieron a gritar, mientras unos colocaban en la camilla al rescatado y otros echaban otra cuerda resistente. Subió otra vez desde abajo, en medio de un silencio mortal, este grito:

—¡Arriba! ¡Con suavidad!

Pero cuando, llegada al borde del precipicio, la levantaron hasta colocarla en seguro, rompieron a gritar, a llorar, dieron gracias al cielo, le besaron los pies, le besaron el vestido, y los perros la acariciaron lamiéndole las manos heladas, y calentando con caras honradas el pecho helado de la joven.

Margarita se arrancó de todos ellos, y se arrojó sobre él en la camilla, poniendo sus dos manos enamoradas sobre el corazón que parecía inmóvil.

ACTO IV

LA CAJA-RELOJ

El bello escenario era Neuchâtel; el bello mes era el de abril; el bello lugar, la oficina del notario; y éste, un anciano sonrosado, cordial, hermoso, primer notario de Neuchâtel, conocidísimo por todos los ámbitos del cantón con el nombre de *maître* Voigt. El notario era un ciudadano popular, tanto profesional como personalmente. Sus innumerables bondades y sus innumerables rarezas lo habían convertido por espacio de muchos años en uno de los personajes más destacados de aquella agradable población suiza. Su larga levita y su gorrito negro eran verdaderas instituciones del lugar; usaba también una caja de rapé que, según creencia popular, no tenía rival en toda Europa en cuestión de tamaño.

En la oficina del notario había otra persona, bastante menos simpática que aquél. Ese hombre era Obenreizer.

El despacho tenía un extraño aire pastoral, que en Inglaterra estaría muy fuera de lugar. Daba a una linda explanada de la parte posterior de la casa, que estaba separada por una cerca de un lindo jardín. Las cabras ramoneaban en el portal, y una vaca no distaba del escribiente arriba de media docena de pies, de modo que casi podía decirse que estaban haciéndose compañía. El despacho de *maître* Voigt consistía en un cuartito barnizado, de paredes artesonadas como las de una habitación de juguete. Según las estaciones del año, asomaban a las ventanas las rosas, los girasoles y las malvarrosas. Durante todo el verano cruzaban zumbando por el despacho de *maître* Voigt las abejas, entrando por una ventana y saliendo por otra, siguiendo con frecuencia este camino durante su trabajo diario, como si pudieran hacer miel con la simpatía de *maître* Voigt. Una voluminosa caja de música, colocada encima de la repisa de la chimenea, dejaba oír con frecuencia la obertura de *Fra Diavolo*, o una selección de *Guillermo Tell*, con una alegría que era preciso detener a la fuerza, cada vez que entraba un cliente, pero que volvía a estallar de manera incontenible en cuanto éste volvía las espaldas.

—¡Ánimo, ánimo, buen amigo! —dijo *maître* Voigt, dando unas palmaditas a Obenreizer en la rodilla, con expresión paternal y confortadora—. Mañana iniciaréis una nueva vida di este despacho mío.

Obenreizer, vestido de luto, y dando muestras de gran humildad, levantó la mano, en la que tenía un pañuelo blanco, y se la llevó a la altura del corazón, diciendo:

—La gratitud está encerrada aquí dentro; pero me faltan palabras para expresarla.

—¡Ta-ta-ta! ¡No me vengáis hablando de agradecimientos!… —exclamó *maître* Voigt—. No puedo soportar el espectáculo de un hombre afligido. Os veo abatido, e instintivamente os tiendo la mano. Sin contar con que no soy aún demasiado viejo para no acordarme de mis días juveniles. Vuestro padre fue quien me envió el primer cliente que tuve. (Se trataba de un pleito por medio acre de viñedo que casi nunca

granaba). ¿Y no debo nada al hijo de vuestro padre? Tengo con él una deuda de atención amistosa, y os la pago a vos. Creo que la cosa está dicha con bastante claridad —agregó *maître* Voigt, muy satisfecho de sí mismo—. Permitidme recompensar mis méritos con un• pellizco de rapé.

Obenreizer bajó la vista, mirando al suelo, como si no se considerara digno siquiera de compartir el rapé del notario.

—Un último favor os pido, señor —dijo cuando levantó los ojos del suelo—. No obréis impulsivamente. Hasta este momento sólo os he dado a conocer mi situación en términos generales. Antes que me admitáis en vuestras; oficinas, permitid que os exponga el pro y el contra de mi caso. Deseo que esta solicitud que dirijo a vuestra benevolencia sea acogida no sólo por vuestro excelente corazón, sino también por vuestra honrada razón. Si lo consigo, podré mantener bien alta mi cabeza frente a mis más encarnizados enemigos, y me labraré una nueva reputación sobre las ruinas de la personalidad que he perdido.

—Como gustéis —dijo *maître* Voigt—. Decís bien, hijo mío. No tardaréis en convertiros en un buen abogado.

—No son muchos los detalles —prosiguió Obenreizer—. Mis quebrantos han empezado con la muerte accidental del que fue compañero de viaje y querido amigo mío, el difunto señor Vendale.

—Eso es, el señor Vendale —repitió el notario—. He oído y leído ese nombre varias veces en el transcurso de los dos últimos meses. Así se llamaba el infortunado caballero inglés que murió de accidente en el Simplón. Fue cuando vos os produjisteis esa cicatriz que tenéis en la mejilla y en el cuello…

—… producida con mi propio cuchillo —dijo Obenreizer palpándose lo que debió de ser una fea herida cuando se la infligieron.

—Eso es, producida con vuestro propio cuchillo —asintió el notario—, cuando os esforzabais por salvarlo. Perfectamente, perfectamente. Fue una noble acción. Vendale. Sí. En estos últimos tiempos he pensado que era una casualidad extraña que yo haya tenido en otros tiempos un cliente de ese mismo nombre.

—¡Es tan pequeño el mundo, señor! —Le contestó Obenreizer.

Sin embargo, tomó nota mentalmente de que el notario había tenido en otro tiempo un cliente de ese mismo apellido.

—Como os estaba diciendo, señor —prosiguió—, con la muerte de ese mi querido compañero de viaje empezaron mis quebrantos. ¿Qué hice luego? Me puse a salvo. Marché a Milán. Fui recibido fríamente por Defresnier y Compañía. ¿Por qué? No me dan ninguna razón. Pregunto: ¿Es que ponen en duda mi honorabilidad? No me contestan. Pregunto: ¿Qué debo pensar? La respuesta que me dan es que «el señor Obenreizer puede pensar lo que guste. Lo que el señor Obenreizer piense o no piense no tiene importancia alguna para Defresnier y Compañía». Eso es todo.

—Perfectamente. Eso es todo —asintió el notario, tomando un gran pellizco de rapé.

—¿Basta con eso, señor?

—No basta con eso —respondió *maître* Voigt—. Los señores Defresnier son conciudadanos míos…, muy respetados, muy apreciados… Pero los propietarios de la casa Defresnier no tienen derecho a arruinar con su silencio la buena reputación de un hombre. Se puede rebatir una afirmación, pero ¿cómo rebatir el silencio?

—Vuestro sentido de la justicia, mi querido protector, ha expuesto en una sola frase la crueldad del caso. Pero ¿creéis que se detienen ahí las cosas? No. ¿Sabéis que se ha seguido de esto?

—Lo sé, mi querido muchacho —contestó el notario moviendo la cabeza con ademán confortador—. Vuestra pupila se os ha insubordinado.

—La palabra insubordinación es demasiado suave —replicó Obenreizer—. Mi pupila se revuelve contra mí, horrorizada. Mi pupila me desafía. Mi pupila esquiva mi autoridad y busca refugio, acompañada por *madame* Dor, en la casa de ese abogado inglés, el señor Bintrey, que contesta a vuestras conminaciones de que se ponga a Marga-rita bajo mi autoridad negándose terminantemente a ello.

—Aunque con posterioridad me haya escrito que vendrá a entrevistarse conmigo —comenta el notario, apartando su gran caja de rapé para buscar la carta de referencia entre los papeles que hay debajo de la misma,

—¿De veras? —contesta Obenreizer, con bastante cortedad—. ¿No es cierto, señor, qué me asisten derechos legales?

—¡Claro que sí, mi pobre muchacho! —contestó el notario—. A todo el mundo lo protege la ley, menos a los criminales.

—Y ¿quién dice que yo soy un criminal? —replicó Obenreizer fuera de sí.

—Nadie. Conservaos sereno, a pesar de las injusticias que con vos se cometen. Si la casa Defresnier os califica de criminal, sabríamos por lo menos qué camino tomar.

Al tiempo que así decía, entregó a Obenreizer la carta de Bintrey, que era muy breve, y que aquél le devolvió después de leerla, diciéndole, ya recobrada su compostura:

—Cuando este abogado inglés asegura que vendrá a entrevistarse con vos, lo que dice es que viene para negar la autoridad que yo tengo sobre mi pupila.

—¿Creéis eso?

—Tengo la completa seguridad. Lo sé. Es hombre obstinado y pleitista. ¿Queréis decirme, mi querido señor, si hay quien pueda disputar mi autoridad de tutor mientras mi pupila no llegue a la mayoría de edad?

—No hay nadie que pueda disputárosla.

—Pues impondré el respeto a esa autoridad. Obligaré a Margarita a que se someta a ella. Porque —dijo Obenreizer, cambiando su airado tono por otro de sumisa gratitud—, os lo debo a vos, señor; os lo debo a vos, que habéis acogido de manera tan confiada a un hombre ofendido, poniéndolo bajo vuestra protección y dándole empleo.

—Tranquilizaos sobre ese extremo —dijo *maître* Voigt. No hablemos por ahora

más de esto, y basta de gracias. Estad aquí mañana por la mañana antes que lleguen los demás escribientes…, entre las siete y las ocho. Me encontraréis en esta habitación; y yo mismo os iniciaré en el trabajo. ¡Y ahora, marchaos, marchaos! Tengo que escribir algunas cartas. No quiero escucha, ros una palabra más.

Despedido con esta cariñosa brusquedad, y satisfecho de la impresión favorable que había producido al anciano, pudo Obenreizer dedicar toda su atención a la nota que había hecho mentalmente de que *maître* Voigt tuvo un cliente que llevaba el apellido de Vendale. Sentado en un banco de la explanada del jardín, se hacía las siguientes reflexiones:

«Tengo motivos para poder decir que ya conozco bien a Inglaterra y jamás he oído allí ese nombre, fuera de… —miró involuntariamente por encima del hombro—, fuera del suyo. ¿Es el mundo tan pequeño que no puedo huir de Vendale ni siquiera cuando está ya muerto? Sus últimas palabras fueron para confesar que había traicionado la confianza del muerto y que había heredado indebidamente una fortuna. Y que yo debía cuidarme de ella. Y que me apartase, a fin de que mi cara no se la hiciese recordar. ¿Porqué mi cara, sino porque esa fortuna me corresponde a mí? Estoy seguro de sus palabras, porque desde aquel instante no han dejado de resonar en mis oídos. ¿Será posible que este viejo idiota guarde entre sus documentos algo que tenga relación con ella? ¿Algo que saque mi fortuna a flote y que me permita echar un borrón sobre su memoria? La noche que hablamos en Basilea, insistió en los primeros recuerdos de mi niñez. ¿Por qué lo dijo sino porque estaba pensando en algo referente a mí?».

Los dos chivos que tenía *maître* Voigt le topaban a Obenreizer con sus cabezas, como si quisiesen arrojarlo de allí, aunque sólo fuese por la manera irrespetuosa de mencionar a su dueño. Obenreizer se puso en pie y abandonó aquel lugar. Pero siguió paseando a solas durante mucho tiempo por la orilla del lago, con la cabeza gacha y sumido en profundos pensamientos.

Al día siguiente, entre las siete y las ocho de la mañana, se presentó en las oficinas. Encontró al notario esperándole, y trabajando en algunos documentos que le habían llegado la noche anterior. Maître Voigt le explicó en frases breves y claras cuál era la rutina de su bufete, y las tareas que quedaban encomendadas al cuidado de Obenreizer. Faltaban aún cinco minutos para las ocho, cuando el notario declaró que ya no tenía más instrucciones que darle.

—Os enseñaré la casa y las oficinas —dijo *maître* Voigt—, pero tengo antes que poner a buen recaudo estos documentos. Como proceden de las autoridades municipales, es preciso tener un cuidado especial con ellos.

Obenreizer vio en el acto la oportunidad que se le presentaba de saber en qué archivo se guardaban los documentos especiales de su nuevo jefe.

—¿No podría ahorraros yo ese trabajo? —preguntó—. Yo colocaré esos documentos en su sitio, si me dais las explicaciones necesarias.

Maître Voigt dejó ver una risita satisfecha; cerró la carpeta dentro de la cual le

habían enviado los documentos, y se la entregó a Obenreizer, diciéndole:

—Probad a hacerlo. Todos mis documentos de importancia se guardan ahí.

Apuntó con el dedo hacia una maciza puerta de roble, reforzada con una clavazón muy tupida, que se veía al otro extremo del despacho. Al acercarse a esa puerta, Obenreizer vio con asombro que no se veía por la parte exterior ningún mecanismo que pudiese servir para abrirla. No tenía pestillo, ni cerradura, ni llave, ni (¡oh colmo de la obstrucción pasiva!) ojo en que meterla.

—¿Tiene acaso esta cámara entrada por otro lado? —preguntó Obenreizer al notario con acento implorante.

—No —contestó *maître* Voigt—. ¡A ver si lo acertáis!

—¿Se entra por alguna ventana?

—Nada de eso. La ventana que tenía fue tapiada. No se puede entrar sino por esa puerta. ¿Os dais por vencido? —exclamó *maître* Voigt con aires de gran triunfador—. Prestad oídos, amigo mío, y decidme si no escucháis dentro algo.

Obenreizer aplicó el oído un momento a la puerta, y se echó atrás sobresaltado exclamando:

—¡Ya sé lo que es! ¡Oí hablar de este sistema cuando era aprendiz de relojero en esa misma población! Por lo que veo, Perrin Hermanos han llegado a dar cima a su famosa caja-reloj… ¡Y vos la habéis adquirido! ¿No es así?

—¡Magnífico! —le contestó *maître* Voigt—. ¡Eso mismo! ¡La caja-reloj! ¡Acertasteis, hijo mío! ¡«Ahí tenéis otra de las que en este pueblo califican de chifladuras del tío Voigt»! ¡Pues vivan las chifladuras! ¡Que se rían los que se salen al fin con la suya! No hay ladrón que pueda robarme las llaves. No hay asaltante de casas que pueda abrir con ganzúa mi caja. No hay fuerza en la tierra como no sea la de un ariete, o la de un barril de pólvora, que sea capaz de mover esa puerta mientras mi pequeño centinela de dentro…, ese querido amigo que no deja de hacer tic-tac-tic-tac… no diga «¡Abrid!». La gruesa puerta obedece al tictac, y el pequeño tictac me obedece a mí. ¡Se me da un pito de todos los ladrones de la cristiandad! —dijo el tío Voigt haciendo castañetear sus dedos.

—¿Podría verlo actuar? —preguntó Obenreizer—. ¡Perdonad mi curiosidad, señor! Ya sabéis que yo fui en tiempos un mediano relojero.

—¡Claro que vais a verlo actuar! —dijo *maître* Voigt—. ¿Qué hora es en este momento? Falta un minuto para las ocho. Esperad, y dentro de un minuto veréis abrirse la puerta por sí sola.

Unos minutos después, como si una mano invisible la hubiese puesto en libertad, la maciza puerta se abrió hacia adentro, suave, lenta, silenciosa, dejando al descubierto una oscura cámara interior, en tres lados de la cual se superponían los estantes desde el suelo hasta el techo. Sobre los estantes, filas y filas de cajas de madera suiza finamente labradas con incrustaciones, con los nombres de los clientes del notario escritos en la parte delantera, casi todos en letras de fantasía coloreadas.

Maître Voigt encendió una cerilla, y pasó con Obenreizer al interior de la cámara,

diciendo con orgullo:

—Vais a ver el reloj. Soy dueño de la más notable rareza europea. Son posas las personas a quienes concedo el privilegio de que la puedan ver. Os lo concedo como a hijo de vuestro buen padre… Vais a ser uno de los pocos a quienes hago el honor de entrar conmigo en la cámara.

—¡Si es un reloj corriente! —exclamó Obenreizer—. ¡Pero no! No es un reloj corriente. Sólo tiene una manecilla.

—¡Ajá, amigo mío! —dijo *maître* Voigt—. No, no es un reloj corriente. Esa manecilla gira por toda la esfera, y según como yo la coloco, regula la hora en que se abrirá la puerta. ¡Ved! La manecilla apunta hacia las ocho…, y ya habéis visto cómo a las ocho se abrió la puerta.

—¿Puede hacerse que se abra más de una vez dentro de las veinticuatro horas? —preguntó Obenreizer.

—¿Más de una vez? —repitió el notario en tono de gran mofa—. ¡Cómo se ve, amigo mío, que no conocéis a Tic-Tac! Este abre la puerta cuantas veces yo se lo pido. Lo único que necesita es que le den instrucciones, y las anota aquí. Mirad debajo de la esfera. Ahí, embutido en la pared, hay una semicircunferencia de hierro, y aquí hay también una manecilla, que se llama el regulador, que se mueve alrededor de la misma, según lo quiera mi mano. Fijaos en que la semicircunferencia de hierro tiene números que me sirven de guía. El número uno significa: «Ábrete una, vez en las veinticuatro horas». El número dos: «Ábrete dos veces»; y así los demás. Todos los días, después de leer mi correspondencia, y cuando puedo ya calcular cuál será el trabajo del día, dispongo el regulador. ¿Os gustaría ver cómo voy a disponerlo ahora? ¿Qué día es hoy? Miércoles. ¡Perfectamente! Hoy es la fiesta de nuestro club de tiro; el trabajo del bufete es poco, y doy a mis empleados media fiesta. Ya no se trabajará en las oficinas después de las tres. Empecemos por colocar en su lugar esta carpeta del Municipio. ¡Ya está! No hay necesidad alguna de que Tic-Tac se moleste abriéndonos la puerta hasta mañana a las ocho. ¡Muy bien! Dejo la manecilla de la esfera en las ocho; llevo la de la semicircunferencia hasta el número uno; cierro la puerta y cerrada permanecerá hasta mañana a las ocho.

La rápida imaginación de Obenreizer vio en el acto la manera de conseguir que el reloj traicionase la confianza de su dueño, poniendo a disposición suya los documentos de éste. En el instante mismo en que el notario iba a cerrar la puerta, gritó:

—¡Espere, señor! Me ha parecido ver algo que se movía entre las cajas, allá en el suelo. ¿Me equivoco?

(Maître Voigt volvió un instante la espalda. Obenreizer lo aprovechó para con mano ágil hacer avanzar la mano del regulador, llevándola hasta el número dos. Si el notario no volvía a examinar la semicircunferencia de acero, la puerta se abriría a las ocho de aquella tarde, lo mismo que a las ocho de la mañana, sin que nadie sino Obenreizer lo supiese).

—No hay nadar —dijo *maître* Voigt—. Hijo mío, vuestras preocupaciones os han alterado los nervios. Debió de ser alguna sombra proyectada por la luz de mi cerilla: ¡Hola! Ya oigo entrar a vuestros compañeros de trabajo en la oficina. ¡Al trabajo, al trabajo! A ver si hoy levantáis el primer escalón que ha de llevaros hasta una nueva posición social.

Y con un amable empujón hizo salir delante de él a Obenreizer, apagó la cerilla, dirigió a su reloj una postrera mirada de complacencia, que pasó sin daño alguno por el regulador, y cerró la puerta de roble.

A las tres de la tarde se cerró la oficina. El notario con todas las personas que éste tenía a su servicio, salvo una, marcharon a presenciar los ejercicios de tiro al blanco. Obenreizer se excusó, diciendo que no estaba de humor para acudir a un festival público. Nadie supo lo que se hizo de él, suponiéndose que se había escabullido para dar un paseo solitario.

Pocos minutos después que fuesen cerradas casa y oficinas, se abrió un bien barnizado ropero del bien barnizado despacho del notario, y salió de su interior Obenreizer. Se dirigió hacia una ventana, abrió los postigos, comprobó que le era posible escapar por el jardín sin ser visto, se retiró de la ventana, y tomó asiento en el sillón del notario. Se encontraba encerrado en la casa, y tenía que esperar cinco horas, hasta que diesen las ocho.

Buscó la manera de entretenerse durante las cinco horas; leyó a ratos los libros y periódicos que había encima de la mesa; a ratos estuvo meditando; y a ratos se paseó por la habitación. Llegó el crepúsculo vespertino. Antes de encender luz, procedió a cerrar los postigos de la ventana. Una vez que encendió la luz, y como ya se iba acercando el instante, permaneció con el reloj en la mano y los ojos fijos en la puerta de roble.

A las ocho, suave, lenta, silenciosa, se abrió la puerta.

Obenreizer leyó, unos después de otros, los rótulos de las filas de cajas archivadoras de la fila delantera. ¡No aparecía por parte alguna el nombre de Vendale! Retiró la hilera exterior, y pasó revista a los rótulos de la interior. Estaba compuesta de cajas archivadoras más viejas y desaseadas. Las cuatro primeras que examinó tenían en los rótulos apellidos franceses y alemanes. El nombre inscrito en la quinta caja estaba casi ilegible. La sacó al cuarto exterior, y la examinó con gran cuidado. Allí estaba, cubierto de manchas de vejez y de polvo, inscrito el apellido de «Vendale».

La llave colgaba de la caja misma con un cordelillo. Abrió la caja, extrajo de ella los cuatro documentos sueltos que contenía, los puso encima de la mesa y empezó a leerlos. No llevarla aún leyendo un minuto, cuando la expresión de ansiedad y de avidez de su rostro se trocó por otra de huraño asombro y desilusión. Pero, después de meditar unos instantes, sacó copias de los documentos. Volvió a meterlos en la caja, volvió a colocar la caja en su sitio, cerró la puerta, apagó la luz y se alejó subrepticiamente de la casa.

Cuando aquellos pasos de asesino y de ladrón se extinguían en el jardín hicieron alto en la parte delantera de la casa los del notario y de alguien que lo acompañaba. Se encendieron las luces de la callejuela, y se vio al notarlo con la llave en la mano.

—Por favor, señor Bintrey —decía el notario—, no paséis por delante de mi casa sin entrar. Hoy es media fiesta en esta población (nuestro concurso de tiro); pero no tardará en llegar mi familia. Qué casualidad más curiosa ha sido el que me hayáis preguntado a mí precisamente por dónde se iba al hotel. Comamos y bebamos, y después iréis allí.

—Gracias, pero no esta noche —dijo Bintrey—. ¿Podré venir a visitaros mañana a las diez?

—Me encanta que sea a una hora tan temprana, tratándose de poner remedio a las injusticias de que es víctima un cliente mío —le contestó el buen notario.

—Sí…, todo eso de las injusticias de que es víctima vuestro cliente está muy bien…; pero… os voy a decir unas palabras al oído.

Cuchicheó algo al oído del notario y se alejó. Cuando el ama de llaves del notario regresó a casa, encontró a éste en la puerta, en pie e inmóvil, con la llave en la mano y la puerta sin abrir.

OBENREIZER CANTA VICTORIA

Hay otro cambio de escena…; esta vez al pie del Simplón, en la vertiente suiza.

En una de las tristes habitaciones del triste y pequeño mesón de Brieg, el señor Bintrey y *maître* Voigt celebran a Mías una entrevista profesional. El señor Bintrey está rebuscando en su cartera de documentos; *maître* Voigt mira entre tanto hacia una puerta cerrada, pintada de oscuro para imitar la caoba, y que comunica con una habitación interior.

—¿No es hora ya de que estuviese aquí? —preguntó el notario, cambiando de posición y dirigiendo la mirada hacia otra puerta situada al otro extremo del cuarto, y pintada de amarillo para imitar la tabla de pino.

—¡Ahí lo tenemos! —exclamó Bintrey, después de escuchar unos momentos.

El camarero abrió la puerta amarilla, y Obenreizer entró en la habitación.

Después de saludar a *maître* Voigt con una cordialidad que pareció producir en éste no poco embarazo, Obenreizer hizo a Bintrey una inclinación de saludo grave y frío, preguntando, al mismo tiempo que tomaba asiento en la silla que el abogado inglés le había indicado:

—¿Por qué razón me han hecho venir de Neuchâtel hasta el pie de esta montaña?

—Tendréis la respuesta cumplida antes que termine nuestra entrevista —contestó Bintrey—. De momento, permitidme que os invite a entrar sin más tardanza en materia. Entre vos, señor Obenreizer, y vuestra sobrina han mediado ciertas cartas. Yo vengo aquí en representación de vuestra sobrina.

—Dicho en otros términos, vos, un abogado, venís a representar a quien quebranta la ley.

—¡Muy bien dicho! —contestó Bintrey—. ¡Qué profesión tan sencilla sería la mía, si todas las personas con quienes tuviese que tratar se pareciesen a vos! En efecto, tal como decís, yo estoy aquí para representar a quien infringe la ley. O, tal como yo lo veo, estoy aquí para llegar a una avenencia entre vos y vuestra sobrina.

—Para que tenga lugar una avenencia es preciso que concurran dos partes —agregó Obenreizer—. Yo me niego en este caso a ser una de ellas. La ley me otorga autoridad para vigilar los actos de mi sobrina hasta que ésta llegue a la mayoría de edad. Todavía no ha llegado ese caso; y por eso reclamo las prerrogativas de mi autoridad.

Al llegar a este punto, trató *maître* Voigt de intervenir; pero el señor Bintrey le hizo callar con indulgencia compasiva en su tono y maneras, como si estuviese imponiendo silencio a su hijo mimado.

—No, mi digno amigo, no habléis una palabra. No os excitéis de un modo innecesario; dejadlo de mi cuenta.

Bintrey se volvió para hablar de nuevo con Obenreizer.

—No encuentro nada comparable a vos, señor Obenreizer, como no sea el granito…, aunque el granito llega a desgastarse con el transcurso del tiempo. En interés de la paz y de la tranquilidad (por vuestra propia dignidad), ablandaos un poco. ¿Por qué no delegáis vuestra autoridad en otra, persona a quien yo conozco, y de quien se puede esperar fundadamente que no perderá jamás de vista a vuestra sobrina, cuidando de ella noche y día?

—Estáis perdiendo vuestro tiempo y el mío —contestó Obenreizer—. Si en el plazo de una semana no se me devuelve a mi sobrina, para colocarla bajo mi autoridad, recurriré a la ley. Si os oponéis a la ley, me apoderaré de ella por la fuerza.

Al decir estas últimas frases se puso en pie. Maître Voigt volvió de nuevo la vista hacia la puerta pintada de oscuro que comunicaba con otra habitación interior.

—Apiadaos de la pobre muchacha —suplicó Bintrey—. ¡Acordaos de lo reciente que aún está la muerte espantosa de su prometido en un accidente! ¿No habrá nada que os conmueva?

—¡Nada!

Bintrey se puso en pie a su vez, y dirigió una mirada a *maître* Voigt. La mano de éste, que se apoyaba en la mesa, empezó a temblar. Sus ojos, como atraídos por una irresistible fascinación, estaban fijos en la puerta aquella. Obenreizer, que lo observaba con recelo, miró también en aquella dirección, y exclamó, volviéndose hacia Bintrey y clavando en éste una mirada penetrante:

—¡Hay alguien detrás de esa puerta escuchando!

—¡Son dos las personas que están escuchando ahí dentro! —le contestó Bintrey.

—¿Quiénes son?

—Ahora lo veréis.

Y, dicho esto, levantó la voz y pronunció una palabra…, una palabra que está en todos los labios y a todas horas del día:

—¡Entrad!

La puerta pintada de oscuro se abrió. Apoyado en el brazo de Margarita, perdida su color atezada del sol, con el brazo derecho vendado y puesto en cabestrillo sobre su pecho, surgió frente al asesino un hombre levantado de entre los muertos… ¡Vendale!

En el silencio que siguió a esta aparición, sólo resonó en el cuarto el gorjeo de un pájaro enjaulado en el patio exterior. Maître Voigt tocó al señor Bintrey, apuntó hacia Obenreizer y le dijo en voz baja:

—¡Miradle!

La sorpresa había paralizado todos los movimientos del organismo de aquel canalla, salvo el de la sangre. El único vestigio de color que le quedó era un trazo purpúreo que señalaba la cicatriz de la herida que su víctima le había hecho en el carrillo y en el cuello. Sin habla, sin respiración, rígido de miembros y de mirada, parecía como si la aparición de Vendale, la muerte a que había condenado a Vendale, lo hubiesen fulminado donde estaba.

—Es preciso que alguien le hable. ¿Debo hacerlo yo? —dijo *maître* Voigt.

Aún en ese instante tuvo empeño Bintrey en hacer callar al notario y tomar él mismo en sus manos la dirección del asunto. Acallando con un gesto a *maître* Voigt, indicó a Margarita y a Vendale que podían retirarse con estas palabras:

—Queda cumplida la finalidad de vuestra aparición. Quizá el que os retiréis contribuya a que el señor Obenreizer se recobre;

Contribuyó, en efecto. Cuando la pareja cruzó bajo el dintel de la puerta, y cerróse ésta, Obenreizer dejó escapar un gran suspiro de alivio. Miró en torno suyo, buscando la silla en la que antes estaba sentado, y se dejó caer en ella.

—¡Dadle tiempo! —suplicó maese Voigt.

—No —dijo Bintrey—, porque no sé el empleo que hará de él, si se lo doy —se volvió de nuevo hacia Obenreizer, y prosiguió—: Por mí (no por vos, tenedlo en cuenta) debo explicar mi aparición en estas negociaciones, y para dejar constancia de todo cuanto se ha hecho por consejo mío, y exclusivamente bajo mi responsabilidad. ¿Estáis en disposición de escucharme?

—Os escucho,

—Acordaos del día en que salisteis con el señor Vendale con destino a Suiza —empezó a decir Bintrey—. Aún no hacía veinticuatro horas que habíais salido de Inglaterra cuando vuestra sobrina cometió un acto de imprudencia que ni siquiera vuestra previsión habría creído posible. Siguió en su viaje a su prometido, sin pedir permiso a nadie y sin otro compañero mejor para protegerla que un bodeguero que trabajaba en la casa del señor Vendale.

—¿Cómo que el seguirme en mi viaje? ¿Cómo pudo ocurrir que fuese un bodeguero la persona que la acompañó?

—Os siguió en vuestro viaje —contestó Bintrey— porque sospechaba que entre vos y el señor Vendale había ocurrido algún choque serio, que se le ocultaba a ella; y porque creía fundadamente que erais capaz de recurrir al crimen para servir vuestros intereses y satisfacer vuestro odio. En cuanto al bodeguero, se trata de una de las personas empleadas en la casa de comercio del señor Vendale a quienes ella recurrió para saber si había ocurrido algo entre su amo y vos (paso que dio no bien volvisteis las espaldas). El único que pudo decirle algo fue el bodeguero. Una superstición absurda, y un accidente vulgar que le había ocurrido a su amo en la bodega de la casa, le hicieron pensar en que su amo estaba en peligro de muerte. Vuestra sobrina le arrancó por sorpresa una confesión que no hizo sino multiplicar por diez los terrores de que ya estaba dominada. Aquel hombre sintió remordimiento por el daño que creía haber hecho, y se brindó espontáneamente a realizar cuanto estuviese en su mano para repararlo, diciéndole: «Señorita, si mi amo está en peligro, yo también estoy obligado a seguir tras él». Esto acabó de decidir a vuestra sobrina a ponerse en camino; y eso fue lo que hizo posible salvar la vida de un hombre. ¿Comprendéis bien todo esto que acabo de deciros?

—Hasta ahora os comprendo,

—La primera noticia que tuve del crimen que habíais cometido —prosiguió Bintrey— me llegó en forma de una carta procedente de vuestra sobrina. Básteos saber que con su amor y con su valentía rescató el cuerpo de vuestra víctima y colaboró en los esfuerzos que se hicieron con posterioridad para volverlo a la vida. Mientras él yacía sin poderse valer en Brieg, bajo sus cuidados, me escribió que acudiese a verlo, Antes de ponerme en camino, informé a *madame* Dor que la señorita Obenreizer se hallaba a salvo y que yo sabía dónde se encontraba. *Madame* Dor, en cambio, me comunicó que se había recibido una carta dirigida a vuestra sobrina, y que provenía de vos, a juzgar por la escritura. Me hice cargo de la misma, y dejé todo arreglado para que me fuesen enviadas todas las demás que pudiesen llegar. En Brieg encontré al señor Vendale ya fuera de peligro, y desde ese momento me consagré a activar la llegada del día del saldo de cuentas con vos. Defresnier y Compañía, obrando por informes secretos que yo les envié, os apartaron como a sospechoso. Una vez que se os desenmascaró de vuestra mentida honradez, había que despojaros de la autoridad que teníais sobre vuestra sobrina. No solamente no sentí escrúpulos, para conseguirlo, de cavar a vuestros pies y en la oscuridad una trampa, sino que experimenté incluso cierta satisfacción profesional en combatiros con vuestras propias armas. Se os ocultó por consejo mío la verdad hasta este momento. Se preparó por consejo mío la trampa en que habéis caído al venir aquí (la razón la conocéis tan bien como yo). No existía más que un solo recurso seguro de quebrantar ese diabólico dominio de vos mismo que os hizo hasta ahora un hombre formidable. Hemos echado mano de ese recurso, y (miradlo como queráis) hemos triunfado.

Ya sólo nos queda por hacer una cosa —terminó diciendo Bintrey, al mismo tiempo que sacaba de su carpeta de documentos dos hojas pequeñas de papel—, y esa cosa es que dejéis en libertad a vuestra sobrina. Sois culpable de un intento de asesinato, y os habéis hecho reo de falsificación y de robo. Tenemos preparadas las pruebas para acusaros de ambos delitos. Ya sabéis, tan bien como yo, que si se os condena por un hecho delictivo, ter-mina vuestra autoridad sobre vuestra sobrina. Yo, personalmente, habría preferido salir de las dificultades por ese camino; pero se me ha apremiado con razonamientos a los que no me es posible resistir, y esta entrevista tiene que terminar, como ya os he dicho, con una avenencia. Firmad estas líneas, renunciando a vuestra autoridad sobre la señorita Obenreizer, y comprometiéndoos a desaparecer para siempre de Inglaterra y de Suiza. Yo, por mi parte, firmaré un documento en el que os garantizo que por nuestra parte nos abstendremos de toda acción ulterior contra vos.

Obenreizer tomó la pluma sin decir nada y firmó la liberación de su sobrina. Una vez que recibió a cambio el documento de garantía, se levantó, pero no abandonó la habitación. Se quedó en pie mirando a *maître* Voigt con un extraño esbozo de sonrisa, mientras relampagueaba en sus ojos velados un resplandor extraño.

—¿A qué esperáis? —le preguntó Bintrey.

Obenreizer apuntó hacia, la puerta color oscuro, y contestó:

—Llamadlos otra vez. Antes de marcharme tengo que decir algo en presencia de los dos.

—Decídmelo a mí —replicó Bintrey—. Me niego a llamarlos.

Obenreizer se volvió hacia maese Voigt:

—¿Recordáis haberme dicho en cierta ocasión que tuvisteis hace tiempo un cliente inglés de apellido Vendale? —le preguntó.

—En efecto, y ¿qué hay con eso? —contestó el notario.

—Maître Voigt, vuestra caja-reloj os ha vendido.

—¿Qué queréis decir?

—Que he leído las cartas y certificados que guardabais en la caja archivadora rotulada con su nombre, y he sacado copias. Las tengo aquí. ¿Hay o no hay motivo para llamarlos?

El notario miraba, presa de impotente asombro, tan pronto a Bintrey como a Obenreizer. De pronto reaccionó, se hizo a un lado con su colega el abogado inglés, y le habló precipitadamente algunas palabras al oído. La cara de Bintrey, después de reflejar al principio el asombro que se pintaba en la de maese Voigt, alteró súbitamente su expresión. Se abalanzó, con la agilidad de un joven, hacia la puerta del cuarto interior, entró en éste, permaneciendo dentro unos instantes, y regresó seguido de Margarita y de Vendale, diciendo:

—Veamos, Obenreizer: os queda por mover una pieza de esta partida. Jugadla.

—Antes de renunciar a mi cargo de tutor de esta joven —dijo Obenreizer—, necesito revelar un secreto que le interesa. No pretendo, al descubrir ese secreto, que ella o cualquier persona aquí presente preste atención y crea bajo mi palabra una historia cualquiera. Tengo en poder mío pruebas escritas, copias de los originales, cuya autenticidad puede atestiguar *maître* Voigt. Como punto de partida, retened en la memoria, y permitid que os llame la atención, hacia una fecha muy lejana: al mes de febrero del año mil ochocientos treinta y seis.

—No olvidéis esa fecha, señor Vendale —dijo Bintrey.

—Mi primera prueba —dijo Obenreizer sacando de su cartera un documento—. Copia de una carta escrita por una señora inglesa (casada) a una hermana suya, viuda. Me reservaré el nombre de la persona que ha escrito la carta, para decirlo al final. Leeré en cambio el nombre de la persona a quien va dirigida. Va dirigida a la señora doña Juana Ana Miller, de Groombridge Wells, Inglaterra.

Vendale se sobresaltó, y abrió la boca para hablar. Bintrey se lo impidió de la misma manera que se lo había impedido a *maître* Voigt. El tenaz abogado dijo:

—No; dejádmelo a mí.

Obenreizer siguió adelante:

—La primera parte de la carta no tiene ningún interés para vosotros. La situación de la persona que la escribía era en aquel momento la siguiente. Llevaba mucho tiempo viviendo en Suiza con su esposo, forzado a hacerlo por razones de salud. Una semana más tarde iban a trasladarse a su nueva residencia junto al lago de Neuchâtel,

y una quincena después contaba con recibir la visita de la señora Miller. Dicho esto, la señora que escribe la carta entra a tratar de un asunto doméstico de importancia. Llevaba muchísimos años sin tener hijos, y ni ella ni su esposo abrigaban ya la esperanza de tenerlos. Ahí es donde empieza la parte importante de la carta. Se sentían muy solos; necesitaban interesarse por algo en la vida; han decidido adoptar un niño. Ésta, pues, es la parte que voy a leeros al pie de la letra.

Dobló la hoja primera de la carta, y leyó como sigue:

> «… ¿Quieres ayudarme, hermana mía, a llevar a cabo este nuevo proyecto nuestro? Puesto que somos ingleses, deseamos adoptar a un niño inglés. Creo que esto puede realizarse en la Inclusa. Los abogados de mi esposo, en Londres, te explicarán de qué manera. Te dejo la elección a ti, con sólo dos condiciones, a saber: que el niño sea de menos de un año de edad y que sea varón. ¿Me perdonarás estas molestias que te doy? Hazlo por mí. ¿Nos traerás a nuestro hijo adoptivo cuando vengas a Neuchâtel con los tuyos propios?
>
> »Necesito agregar una palabra referente a los deseos de mi esposo en este asunto. Quiero ahorrar al niño que nosotros vamos a adoptar por nuestro toda ofensa a su amor propio y todo sentimiento de humillación ante su propia conciencia que pudiera originarle el descubrimiento de su verdadero origen. Llevará el apellido de mi esposo y será educado en la creencia de que es en efecto hijo nuestro. Se tomarán las medidas necesarias para que herede lo que nosotros dejemos, y esto no solamente de acuerdo con lo que disponen en tales casos las leyes inglesas, sino también de acuerdo con las leyes suizas; llevamos tanto tiempo viviendo en este país, que se duda si no deben consideramos como personas *domiciliadas* en Suiza.
>
> »Ya no queda sino tomar las precauciones necesarias para que en la Inclusa pierdan de vista definitivamente al niño. Pues bien: nuestro apellido es muy raro en Inglaterra, y si figuramos en los registros de ese establecimiento como los que han adoptado al niño, existe siempre una posibilidad de algún contratiempo. El apellido de tu marido, en cambio, lo llevan millares de personas; si vosotros consentís en que figure vuestro nombre en la inscripción del registro, no habrá temor alguno de que lleguen a descubrir por ese lado la verdad. Por prescripción de los médicos nos vamos a trasladar a una región de Suiza en la que nada se sabe de nosotros. Según creo, tú vas a tomar niñera nueva al ponerte en viaje para visitarnos. Siendo esto así, se puede hacer correr la voz de que se trata de un hijo mío que viene de Inglaterra al cuidado de mi hermana. De todas las personas de nuestra actual servidumbre, sólo llevamos una a nuestra nueva residencia, mi doncella, en la que puedo confiar. En cuanto a los abogados nuestros en Inglaterra y en Suiza, su profesión exige que guarden los secretos, y por ese lado podemos estar tranquilos. ¡Ahí tienes, pues, cuál es nuestra pequeña conspiración! Escribe a vuelta de correo, amor

mío, y dame la seguridad de que entrarás en ella».

—¿Vais a seguir ocultando el nombre de la persona que ha escrito esa carta? —preguntó Vendale.

—Me lo reservaré hasta el final —contestó Obenreizer—; y voy a leer mi prueba segunda…, que como veréis no es más que un trozo pequeño de papel. Es el memorándum que le fue entregado al abogado suizo a fin de que redactase el documento a que se hace referencia en la carta que acabo de leer, y que dice así: «El día tres de marzo de mil ochocientos treinta y seis ha sido adoptado de la Inclusa de Inglaterra un niño varón que estaba registrado en la institución con el nombre de Gualterio Wilding. Aparece en los registros, como adoptante del niño, la señora doña Juana Ana Mil-ler, viuda, que actúa en nombre de una hermana suya casada que está domiciliada en Suiza». ¡Un momento de paciencia! —dijo Obenreizer al ver que Vendale, soltándose de Bintrey, se ponía en pie sobresaltado—. No seguiré reservándome mucho tiempo el nombre. Dos papeles más, y asunto concluido. ¡Tercera prueba! Un certificado del señor Ganz, que sigue ejerciendo aún su profesión en Neuchâtel. Está fechado en julio de mil ochocientos treinta y ocho. El doctor certifica (podréis leerlo con vuestros propios ojos dentro de un momento): primero, que ha asistido al hijo adoptivo en las enfermedades de su infancia; segundo, que el caballero que había adoptado al niño como suyo había fallecido tres meses antes de la fecha del certificado; tercero, que en la fecha en que estaba redactado, su viuda y la doncella de ésta, llevando con ellas al hijo adoptivo, salían de Neuchâtel con destino a Inglaterra. Agregaré un nuevo eslabón, y mi cadena de pruebas estará completa. La doncella permaneció junto a su señora hasta el fallecimiento de ésta, que tuvo lugar hace unos pocos años. Aquí está su nombre y dirección en Inglaterra…; y ahí tenéis, señor Vendale, la prueba cuarta y última.

—Y ¿por qué os dirigís a mí? —preguntó Vendale en el momento de que Obenreizer tiraba sobre la mesa el papel escrito.

Obenreizer se volvió hacia él, con súbito frenesí triunfal:

—*¡Porque ese hombre sois vos!* Al casarse mi sobrina con vos, se casa con un bastardo, recogido por la caridad pública. Al casarse mi sobrina con vos, se casa con un impostor, sin apellido ni familia, que se ha disfrazado de caballero de rango y de familia distinguida.

—¡Bravo! —exclamó Bintrey—. ¡No habéis podido decirlo mejor, señor Obenreizer! Sólo requiere unas palabras más para redondearlo. Vuestra sobrina se casa, gracias a los esfuerzos que habéis hecho, con un hombre que hereda una hermosa fortuna, con un hombre cuyos orígenes le harán sentirse más orgulloso que nunca de su esposa campesina. Se ha cumplido la última voluntad en la tierra del querido amigo difunto. Hemos encontrado al desaparecido Gualterio Wilding, y, como acaba de decir el señor Obenreizer, ¡ese hombre sois vos!

Esas palabras no las oyó Vendale. En aquel instante sólo tenía sentidos para una

cosa; sólo oía una voz. La mano de Margarita oprimía con fuerza la suya. La voz de Margarita le susurraba:

—¡Jorge, te amo ahora como no te amé nunca!

CAE EL TELÓN

Primero de mayo. Reina el regocijo en La Esquina del Inválido; humea la chimenea, el comedor patriarcal está engalanado de guirnaldas, y la señora Goldstraw, la respetada ama de llaves, se encuentra muy atareada. El joven propietario de La Esquina del Inválido se casa aquella mañana con la que ha de ser su joven esposa, y se casa muy lejos de allí; a saber: en una pequeña población de Suiza llamada Brieg, que se encuentra situada al pie del paso del Simplón en que ella le salvó la vida.

En la pequeña población de Brieg repican alegres las campanas, y ondean gallardetes de parte a parte de la calle. Se oyen disparos de rifle y música de charangas. Debajo de un toldo plantado en la carretera, delante del mesón, se han colocado barricas de vino coronadas de banderines y habrá festín y regocijos para todos. Entre las campanas y las banderas, las colgaduras que lucen todas las ventanas, las explosiones de la pólvora y la vibración de las charangas, la pequeña población de Brieg tiembla toda de emoción, lo mismo que los corazones de las gentes sencillas.

La noche anterior ha sido tormentosa, y las montañas se hallan cubiertas de nieve. Pero hoy luce el sol, el aire es bonancible y puro, y los Alpes son como lejanas cordilleras de nubes blancas sobre un fondo de profundo cielo azul.

Los habitantes de la pequeña población de Brieg, gente primitiva, han levantado de parte a parte de la calle un arco de verde follaje por el que tendrán que pasar triunfalmente los recién casados cuando salgan de la iglesia. En ese lado se lee esta inscripción: EN HONOR Y AMOR DE MARGARITA VENDALE, porque las gentes están orgullosas de ella hasta el desborde del entusiasmo. Este saludo a la novia con su nuevo apellido se ha querido que sea una sorpresa, y para ello se han combinado las cosas de manera que la novia vaya a la iglesia, sin que ella se dé cuenta del motivo, por un tortuoso camino lateral, cosa nada difícil, porque Brieg es una ciudad pequeña y tortuosa.

Todo está ya listo; el cortejo irá y volverá a pie. En la habitación mejor del hotel, adornada de fiesta, se han reunido la novia y el novio, el notario de Neuchâtel, el abogado londinense, *madame* Dor, luciendo inmaculados guantes de su propiedad, aunque no levanta la mano como antes, porque rodea con ambas el cuello de la novia. Para abrazarla, *madame* Dor se ha, vuelto de espaldas a la concurrencia, con lo cual ha seguido fiel a su costumbre hasta el último instante.

—¡Perdóname, hermosa mía, el que alguna vez haya hecho de gata! —dice en tono de súplica *madame* Dor.

—¿De gata? ¿Cómo es eso, *madame* Dor?

—Cuando estaba contratada para estar siempre al acecho de mi linda ratita —fue la explicación que *madame* Dor dio, acompañándola con un sollozo compungido.

—¡Pero si habéis sido nuestra mejor amiga! Jorge, querido mío, díselo a *madame*

Dor. ¿No es cierto que ha sido nuestra mejor amiga?

—¡Pues claro que sí, querida! ¿Qué habría sido de nosotros sin ella?

—¡Qué generosos sois los dos! —exclama *madame* Dor, aceptando aquel consuelo y recayendo en seguida en su cantilena—: ¡Pero lo cierto es que empecé haciendo de gata!

—Sí, mi buena *madame* Dor —le explicó Vendale, acariciándole las mejillas—; pero, como aquella gata del cuento de hadas, erais una mujer auténtica, y la simpatía de vuestro corazón se puso del lado del verdadero amor.

—No deseo privar a *madame* Dor de su parte en los besos —intervino el señor Bintrey reloj en mano—, y tampoco tengo que hacer objeción alguna a que los tres os hayáis retirado a este rincón para enlazaros como las tres Gracias. Me limito a hacer notar que, según creo, es hora ya de que nos pongamos en marcha. ¿Qué opináis sobre todo esto, señor Ladle?

—Que lo veo claro, señor —contestó José con graciosa sonrisa—. Con estas pocas semanas de vivir en la superficie se me ha aclarado por completo la cabeza, señor. Hasta ahora no pasé jamás tanto tiempo encima de la superficie, y me ha hecho muchísimo bien. En La Esquina del Inválido me pasaba demasiado tiempo debajo de ella. Allá arriba, en el Simplón, me vi demasiado por encima de la superficie. Aquí es donde he encontrado el término medio. Y, si alguna vez voy a ponerme alegre en mi vida, pienso que será hoy, con el brindis de “¡Que Dios bendiga a los dos!».

—Y yo voy a hacer lo mismo —dijo Bintrey—. Y ahora, *monsieur* Voigt, supongamos que vos y yo somos dos marselleses, y *allons, marchons*, cogiditos del brazo.

Bajaron a la puerta de calle, donde los demás los estaban aguardando; marcharon tranquilamente hacia la iglesia, y en ésta se celebró la boda. No había terminado aún la ceremonia, cuando vinieron en busca del notario. Este sale y vuelve a entrar para cuando termina, se coloca detrás de Vendale y le toca en la espalda.

—Señor Vendale, salid un momento a la puerta lateral. Id solo. Dejad aquí a vuestra esposa.

En la puerta lateral de la iglesia se encuentra con los dos guías del hospicio del paso del Simplón. Están cubiertos de nieve y rendidos de fatiga. Le dan la enhorabuena, y acto seguido ponen sus anchas manos en el pecho de Vendale, y uno de ellos le dice en voz baja, mientras el otro le mira fijamente:

—Está aquí, señor. Es vuestra camilla. La mismísima.

—¿Que está aquí mi camilla? Y ¿por qué?

—¡Chis! ¡Que no se entere vuestra esposa! El hombre que os acompañaba aquel día…

—¿Qué le ha ocurrido?

El que había hablado mira a su compañero, y éste sigue la explicación. Ambos ponen con gran ansiedad sus manos en el pecho de Vendale.

—Estuvo viviendo algunos días en el primer refugio. El tiempo era unas veces

bueno y otras malo.

—Proseguid.

—Llegó a nuestro hospicio anteayer, y después de haberse repuesto, durmiendo en el suelo delante del fuego, se envolvió en su abrigo y manifestó la firme resolución de seguir viaje antes que oscureciese, para llegar al hospicio siguiente. Sentía un gran temor a esa parte del camino, y creía que aún estaría más peligrosa al día siguiente.

—Proseguid.

—Se puso en camino sin compañía de nadie. Había pasado ya de la galería, cuando un alud… semejante al que cayó a espaldas vuestras en el puente de Ganther…

—¿Lo mató?

—Lo desenterramos asfixiado y destrozado. Ahora bien: queremos deciros una cosa, en atención a vuestra esposa. Lo hemos traído al pueblo en la camilla para enterrarlo aquí. Hemos de subir por la calle del lado de fuera. Es preciso que no lo vea la señora. Cruzar el arco de follaje con la camilla antes que haya cruzado por el mismo la novia sería cosa de mal agüero. Cuando salga el cortejo de la iglesia y siga por la calle principal, nosotros depositaremos la litera en el suelo, en la segunda calle a mano derecha, y nos situaremos delante. No hay tiempo que perder. La novia estará alarmada por vuestra ausencia. ¡Adiós!

Vendale regresa al lado de su novia, y pasa la mano de ésta por su brazo sano. Un cortejo pintoresco los espera junto a la puerta principal de la iglesia. Ocupan su puesto los novios y bajan por la calle principal entre el repique de campanas, las salvas de los fusiles, el ondear de banderas, las músicas, los gritos, las sonrisas y las lágrimas de la población emocionada. Todos se descubren al paso de la novia, le envían besos y la llenan de bendiciones:

—¡Que los Cielos bendigan a la querida muchacha! ¡Cómo desfila en la plenitud de su juventud y de su belleza! ¡Ella le salvó la vida valerosamente!

Al aproximarse al cruce de la segunda calle a la derecha, el novio habla a la novia, llamando su atención hacia las ventanas de la acera contraria. Cuando ya han dejado atrás la segunda calle, le dice:

—No vuelvas la vista, querida, por una razón que *yo me sé*.

Él, en cambio, vuelve la cabeza. Y ve cómo la camilla y los camilleros cruzan sin acompañamiento por debajo del arco, mientras él y Margarita, con su cortejo nupcial, van camino del valle resplandeciente de sol.

FIN DE LOS
«CUENTOS DE NAVIDAD».

Apéndice

FANTASMAS DE NAVIDAD

Me gusta volver a casa por Navidad. A todos nos pasa, o al menos así *debería* ser. Todos regresamos a casa, o deberíamos hacerlo, para disfrutar de unas breves vacaciones —aunque cuanto más largas sean, mejor— desde el enorme internado en el que nos pasamos el día trabajando en nuestras tablas de aritmética. A todos nos conviene tomarnos un respiro, ésa es la verdad. En cuanto a ir de visita, ¿a qué otro sitio podríamos ir si no? ¡Pues junto al árbol de Navidad, para proclamar nuestros buenos deseos al mundo!

Y así partimos lejos, hacia el invierno, a colocar nuestros anhelos junto al árbol. Nos ponemos en camino, y atravesamos llanuras bajas, parajes brumosos, páramos sumergidos en la niebla; subimos largas colinas enroscadas como cavernas oscuras entre las tupidas plantaciones que casi ocultan las estrellas centelleantes; y así continuamos, por amplias mesetas, hasta detenernos, con un silencio repentino, frente a una avenida. La campana junto a la verja resuena profunda y casi espantosa en el aire helado; los batientes de la verja se abren sobre sus goznes y, a medida que nos dirigimos hacia la gran casa, las luces resplandecientes se agrandan en las ventanas, y las hileras de árboles que hay delante parecen retroceder solemnemente hacia ambos lados para permitirnos el paso. Por un momento, aniquila el silencio la rauda carrera de una liebre que a lo largo de todo el día, por intervalos, se ha dedicado a atravesar el blanco tapete nevado; o el estrépito lejano de una manada de ciervos pisoteando la escarcha endurecida. Si pudiésemos, tal vez veríamos sus ojos vigilando entre los helechos, rutilantes como gotas heladas del rocío sobre las hojas; pero están quietos y todo permanece en calma. De este modo, con las luces que se agrandan y los árboles que se retiran ante nosotros y se reúnen de nuevo tras nuestro paso, llegamos a la casa.

Probablemente flota en todo momento un aroma a castañas asadas y a otras cosas buenas, puesto que estamos narrando historias invernales (o para nuestra vergüenza, historias *fantasmales*) alrededor de un fuego navideño, y sólo nos levantaremos para acercarnos más a él y calentarnos. Sin embargo, todo esto carece de importancia.

Llegamos a la casa, una vieja mansión coronada por grandes chimeneas en donde arde la leña ante perros viejos que se arriman al hogar y retratos macabros (algunos de ellos con leyendas igualmente macabras) que miran hoscos y desconfiados desde el entablado de roble de las paredes. Somos gentilhombres de mediana edad y compartimos una generosa cena con nuestros anfitriones y sus invitados. Es Navidad y la casa está repleta de gente. Decidimos retirarnos pronto. La nuestra es una

habitación muy antigua. Cubierta por tapices. Nos desagrada el retrato de un caballero trajeado de verde, que cuelga sobre la chimenea. Grandes vigas negras recorren la techumbre y se ha dispuesto para alojarnos un gran dosel negro que a los pies se ve sustentado por dos grandes figuras negras que parecen sacadas de sendas tumbas de la vieja iglesia del barón, ubicada en los jardines. A pesar de ello, no somos caballeros supersticiosos y nos da lo mismo. ¡Bien! Despachamos a nuestro sirviente, cerramos la puerta con llave y nos sentamos frente al fuego, enfundados en nuestra bata, a meditar sobre multitud de asuntos. Finalmente nos acostamos. ¡Bueno! No podemos dormir. Nos revolvemos una y otra vez sin poder conciliar el sueño. Los rescoldos del fuego arden relampagueantes y hacen parecer la habitación más fantasmagórica si cabe. No podemos evitar escudriñar, por encima de la colcha, las dos figuras negras que sostienen la cama, y sobre todo ese caballero de verde, dotado de un aspecto tan perverso. Parecen avanzar y retirarse en medio de la luz temblorosa, lo cual, a pesar de que no somos en absoluto hombres supersticiosos, no nos resulta nada agradable. ¡Bueno! Nos vamos poniendo más y más nerviosos. Decimos: «Esto es absurdo, pero lo cierto es que no podemos soportarlo; fingiremos estar enfermos y haremos que acuda alguien en nuestra ayuda». ¡Bueno! Precisamente, estábamos a punto de hacerlo, cuando de repente la puerta se abre y entra una joven de una palidez mortecina y largos cabellos rubios que se desliza junto al fuego y toma asiento en la silla que antes habíamos ocupado, frotándose las manos. En ese momento advertimos que sus ropas están mojadas. Tenemos la lengua adherida al paladar y no somos capaces de articular palabra, pero la observamos con detalle. Su ropa está húmeda; su largo cabello está salpicado de barro; va vestida según la moda de hace doscientos años y lleva en el cinto un manojo de llaves herrumbrosas. ¡Bueno! Ella sigue sentada, sin moverse, y es tal el estado en que nos hallamos que ni siquiera somos capaces de desmayarnos. En ese momento, ella se levanta y empieza a probar sus oxidadas llaves en todas y cada una de las cerraduras del dormitorio sin que ninguna sirva. Entonces fija su mirada en el retrato del caballero de verde y exclama, con una voz grave y terrible: «¡Los ciervos lo saben!». A continuación, vuelve a frotarse las manos, pasa junto a la cama y sale por la puerta. Nos ponemos la bata apresuradamente, echamos mano de las pistolas —sin las que nunca salimos de casa— y nos disponemos a seguir a la muchacha, cuando hallamos la puerta cerrada. Giramos la llave y, al asomarnos al oscuro pasillo, no divisamos a nadie. Deambulamos inútilmente en busca de nuestro sirviente. Recorremos la galería hasta que rompe el día para luego volver a nuestra desolada habitación, caer dormidos y ser despertados por nuestro criado (a él nada le aterroriza), que cuando abre la ventana nos revela un sol resplandeciente. ¡Bien! Tomamos un triste desayuno y todo el mundo nos comenta que parecemos indispuestos. Concluido el desayuno, recorremos la casa con nuestro anfitrión y le conducimos hasta el retrato del caballero de verde y en ese momento todo se aclara. Engañó a una joven ama de llaves, conocida por su extraordinaria belleza, quien se ahogó intencionadamente en un

estanque y cuyo cuerpo fue descubierto, pasado ya mucho tiempo, porque los ciervos se negaban a beber de sus aguas. Desde entonces, se rumorea que ella se dedica a deambular por la mansión a medianoche (aunque sobre todo aparece en la habitación del caballero de verde, a fin de no dejar dormir a su inquilino) probando todas las cerraduras con sus llaves oxidadas. ¡Bien! Contamos a nuestro anfitrión cuanto hemos visto y una sombra se cierne sobre su semblante. Nos suplica que guardemos silencio y nosotros obedecemos. Sin embargo, todo lo que hemos contado es cierto y así lo relatamos antes de fallecer (ahora estamos muertos), a muchas personas serias que nos quieren escuchar.

Son innumerables las viejas casas solariegas, con sus pasillos retumbantes, sus sombríos aposentos y sus alas hechizadas que llevan años clausuradas, a través de las cuales podemos divagar, mientras un agradable escalofrío nos recorre la espalda, y toparnos con todo tipo de fantasmas. Aunque —tal vez sea importante recalcarlo— en general éstos se reducen a unos pocos tipos o clases, ya que, debido a la escasa originalidad de los espectros, en su mayoría suelen deambular haciendo rondas previamente fijadas. Resulta habitual también que haya ciertas baldosas de las que sea *imposible* borrar las manchas de sangre que quedaron en tal o cual habitación o descansillo, y que datan de cuando cierto amo malvado, barón, caballero o gentilhombre se suicidó en aquel mismo lugar. Uno puede raspar y raspar, como hace el dueño actual, o pulir y pulir, tal y como lo hiciera su padre, o frotar y frotar, al igual que hizo su abuelo, o intentar hacerlas desaparecer mediante la acción de diversos ácidos, como hizo el bisabuelo, pero la sangre siempre permanecerá ahí —ni más ni menos pálida—, siempre igual. También ocurre que en otras casas encontramos puertas encantadas, que jamás lograremos mantener abiertas mucho tiempo; o bien, una puerta que no hay manera de cerrar; o bien casas donde suena a deshoras el crujido hechizado de una rueca, o golpes de martillo, o pisadas, o un llanto, o un lamento, o un ruido de cascos de caballo, o el arrastrar de cadenas. Tal vez haya un reloj en su torre que al llegar la medianoche dé trece campanadas coincidiendo con la muerte del cabeza de familia. Llegó a suceder que una tal Lady Mary fue de visita a una casa de campo en las tierras altas escocesas y, sintiéndose fatigada por el largo viaje, se retiró pronto a dormir. Al día siguiente, durante el desayuno, comentó inocentemente:

—¡Me resultó extrañísimo que anoche celebraran una fiesta a una hora tan tardía en un lugar tan remoto como éste, y que no me hablaran de ella!

Cuando todos le preguntaron qué quería decir, Lady Mary respondió:

—¡Pues que ha habido alguien que se ha pasado toda la noche dando vueltas y más vueltas con su carruaje bajo mi ventana!

Entonces, el propietario de la casa se puso lívido, al igual que su señora. Por su parte, Charles Macdoodle —de los Macdoodle de toda la vida— conminó a Lady Mary a no decir ni una palabra más sobre el asunto, y todo el mundo guardó silencio. Después del desayuno, Charles Macdoodle contó a Lady Mary que era tradición en

aquella familia que aquel ajetreo de carruajes en el patio presagiase alguna muerte. Así quedó probado cuando, dos meses más tarde, falleció la dueña de la mansión. Lady Mary, quien a la sazón formaba parte de las Damas de Honor de la Corte, contaba a menudo esta historia a la vieja reina Charlotte; y es por esto por lo que el viejo rey se pasaba el día diciendo:

—¿Eh? ¿Cómo? ¿Fantasmas? ¡Ni mentarlos, ni mentarlos!

Y no dejaba de repetirlo una y otra vez hasta que se retiraba a dormir.

El amigo de una persona a quien la mayoría de nosotros conocemos, cuando era todavía un joven estudiante, tuvo un amigo bastante peculiar con el que había llegado a un pacto de lo más macabro: acordaron que si era cierto que el espíritu de una persona es capaz de volver a este mundo tras haberse separado del cuerpo, aquél de los dos que primero muriese habría de aparecerse al otro.

Transcurrido un tiempo, a nuestro amigo se le había olvidado ya aquel trato; ambos jóvenes habían progresado en la vida y habían tomado caminos divergentes, muy alejados entre sí. Sin embargo, una noche, transcurridos muchos años, encontrándose nuestro amigo en el norte de Inglaterra y alojándose por la noche en una posada junto a los páramos de Yorkshire, sucedió que miró fuera de su cama y allí, a la luz de la luna, apoyado junto a un buró próximo a la ventana, vio a su viejo colega de estudios observándole fijamente. Se dirigió solemnemente a la aparición, y ésta le respondió en una especie de susurro, aunque bastante audible:

—No te acerques a mí. Estoy muerto. Heme aquí para cumplir mi promesa. Vengo de otro mundo pero no puedo revelar sus secretos.

En ese momento, la aparición palideció, pareció fundirse con la luz de la luna y se desvaneció.

Cuentan también el caso de la hija del primer ocupante de una casa isabelina, bastante pintoresca, que se hizo relativamente famosa en nuestro barrio. ¿Han oído quizás hablar de ella? ¿No? Pues bien, siendo una bella muchacha de diecisiete años, dio en salir una tarde de verano durante el crepúsculo a recoger flores en el jardín. Pero, de pronto, su padre la vio llegar corriendo a la puerta de la casa. Estaba aterrada y gritaba con desesperación:

—¡Ay, Dios mío, querido padre, me he encontrado conmigo misma!

Él la abrazó, la consoló y le dijo que no se preocupase; probablemente habría sido víctima de algún capricho de su imaginación. Ella entonces le dijo:

—¡Oh, no! Te juro que me encontré conmigo misma cuando caminaba por el paseo. Estaba muy pálida recogiendo flores marchitas, y giraba la cabeza sosteniéndolas en alto.

Aquella misma noche, la muchacha murió. Se comenzó a pintar un cuadro con su historia, si bien nunca fue terminado, y dicen que, aún hoy, el cuadro permanece en algún lugar de la casa, vuelto de cara a la pared.

El tío de mi cuñado volvía a casa a caballo. Era una tarde apacible, y ya estaba anocheciendo. De repente, en una vereda cercana a su propia casa vio a un hombre de

pie frente a él, ocupando el centro mismo de un estrecho paso.

—¿Por qué estará ese hombre de la capa ahí en medio? —pensó—. ¿Acaso pretende que le pase por encima?

Pero la figura no se apartaba. El tío de mi cuñado tuvo una extraña sensación al verle allí en el sendero, tan inmóvil. Sin embargo aflojó el trote y siguió cabalgando en dirección a él. Cuando se halló tan cerca del caminante que casi podía tocarlo con su estribo, el caballo se asustó y entonces la figura se deslizó a lo alto de un terraplén, de una forma rara, poco natural (de hecho se escurrió hacia atrás sin aparentemente usar los pies), y desapareció. El tío de mi cuñado dio un respingo.

—¡Santo Dios! ¡Pero si es mi primo Harry, el de Bombay!

Espoleó al caballo, que de pronto sudaba una barbaridad, y, preguntándose por tan extraño comportamiento, salió disparado hacia la entrada de su casa. Cuando llegó allí vio a la misma figura pasando junto al alargado mirador que hay frente a la sala de estar de la planta baja. Arrojó las bridas a su criado y se precipitó detrás de la figura. Su hermana estaba allí sentada, sola.

—Alice, ¿dónde está mi primo Harry?

—¿Tu primo Harry, John?

—Sí. El de Bombay. Me lo acabo de encontrar en el camino y lo he visto entrar aquí ahora mismo.

Nadie había visto nada, Pero fue en aquella hora exacta, como más tarde se supo, cuando su primo fallecía en la India.

Hubo cierta vieja dama muy sensata que falleció a los noventa y nueve años, y que mantuvo sus facultades hasta el final. Pues bien, esta buena mujer vio con sus propios ojos al famoso Niño Huérfano. Esta es una historia que con cierta frecuencia se ha venido contando de manera incorrecta. He aquí lo que ocurrió en realidad (pues, de hecho, se trata de una historia que ocurrió en nuestra propia familia: la vieja dama era una pariente lejana). Cuando tenía alrededor de cuarenta años, época en la que aún era conocida por su belleza poco común (hay que decir que su amado murió muy joven, razón por la cual ella nunca se casó, aunque recibió numerosas proposiciones al respecto), se trasladó con su hermano, que era comerciante de artículos indios, a una casa que éste había comprado no hacía mucho en Kent. Corría la leyenda de que aquel lugar había sido una vez administrado por el tutor de un niño. Aquel tutor era el segundo heredero de la propiedad, y mató al niño tratándole de manera severa y cruel. La dama no sabía nada de esto. Se dijo que en la habitación de ella había una jaula en la que el tutor solía encerrar al niño. Nunca hubo tal cosa, de hecho. Allí tan sólo había un ropero. Una noche se fue a dormir. A la mañana siguiente cuando entró la doncella, ella le preguntó con toda tranquilidad:

—¿Quién era ese niño tan guapo y de aspecto tan melancólico que ha estado asomándose por el ropero toda la noche?

La muchacha emitió un fuerte chillido y se esfumó al momento. La dama quedó sorprendida. Sin embargo, como era una mujer con una notable fortaleza mental, se

vistió ella misma, bajó al piso inferior y se reunió con su hermano.

—Bien, Walter —dijo—, he de confesarte que no he podido pegar ojo. Una especie de niño de aspecto melancólico, bastante guapo, ha estado importunándome toda la noche y saliendo por el vestidor de mi cuarto, cuya puerta, eso te lo puedo asegurar, no hay alma humana que pueda abrir. ¿Qué clase de truco es éste?

—Me temo que no es ningún truco, Charlotte —respondió él—. Ese niño forma parte de la leyenda de esta casa. Es el Niño Huérfano. ¿Qué es lo que dices que hizo anoche?

—Abría la puerta sigilosamente —dijo ella—, y se asomaba. A veces avanzaba un paso o dos dentro del dormitorio. Entonces yo le llamaba animándole a pasar, y él se encogía con un estremecimiento y se deslizaba dentro del vestidor de nuevo, tras lo cual cerraba la puerta.

—Ese gabinete no comunica con ningún otro lugar de la casa, Charlotte. Está clausurado —dijo su hermano.

Esto era verdad. Hicieron falta dos carpinteros trabajando toda una mañana para conseguir abrir el vestidor y poder así examinarlo. En aquel momento, mi pariente estaba bastante contenta de haber trabado relación con el célebre Niño Huérfano. A pesar de ello, la parte más terrible de la historia es que, posteriormente, también sería avistado sucesivamente por tres de los hijos de su hermano, que acabaron muriendo jóvenes. De vez en cuando alguno de los niños caía enfermo. Y, curiosamente, siempre era doce horas después de volver a casa acalorado diciendo, vaya por Dios, que había estado jugando bajo cierto roble en cierta pradera con un extraño niño… Un niño guapo y de aspecto melancólico, que era muy callado y le hacía señas para que le siguiera. De la fatal experiencia, los padres dedujeron que se trataba del Niño Huérfano y que el destino de los niños quedaba inexorablemente marcado por ese encuentro.



CHARLES DICKENS (Portsmouth, Gran Bretaña 1812 - Londres, 1870). Escritor británico, segundo de los ocho hijos de un funcionario de la Marina. A los doce años, encarcelado el padre por deudas, tuvo que ponerse a trabajar en una fábrica de betún. Su educación fue irregular: aprendió por su cuenta taquigrafía, trabajó en el bufete de un abogado y finalmente fue corresponsal parlamentario de *The Morning Chronicle*. Sus artículos, luego recogidos en *Bosquejos de Boz* (1836-1837), tuvieron un gran éxito y, con la aparición en esos mismos años de *Papeles póstumos del club Pickwick*, Dickens se convirtió en un auténtico fenómeno editorial. Novelas como *Oliver Twist* (1837), *Nicholas Nickleby* (1838-1839) o *Barnaby Rudge* (1841) alcanzaron una enorme popularidad, así como algunas crónicas de viajes, como *Estampas de Italia* (1846). Con *Dombey e hijo* (1846-1848) inicia su época de madurez novelística, de la que son buenos ejemplos *David Copperfield* (1849-1850), su primera novela en primera persona —y su favorita—, en la que elaboró algunos episodios autobiográficos, *Casa desolada* (1852-1853), *La pequeña Dorrit* (1855-1857), *Historia de dos ciudades* (1859) y *Grandes esperanzas* (1860-1861). En 1850 fundó su propia revista, *All the Year Round*, en la que publicó por entregas novelas suyas y de otros escritores, y la serie de *La señora Lirriper* (1863-1864), escrita en colaboración con otros autores, igual que *Una casa en alquiler* (1858). Dickens murió en Londres en 1870.

Notas



[1] La historia de *El caballerizo*, escrita por Wilkie Collins, venía a continuación en la publicación original. <<

[2] Vienen aquí en la publicación original las historias *El posadero, La moza del mesón* y *El padre pensionista*, por Wilkie Collins. <<



[3] Siguen las dos historias tituladas *Cómo se pasaba el tiempo en los botes* y *La liberación*, ambas por Wilkie Collins. <<

[4] En el capítulo II, titulado *La prisión de los bosques*, escrito por Wilkie Collins, se nos cuenta cómo los prisioneros son conducidos por los piratas al interior, conservándolos como rehenes del tesoro que había quedado en la isla. Por fin, escapan en almadías río abajo. <<



[5] El original consta de ocho capítulos. Aquí se reproducen únicamente los que fueron escritos por Dickens. <<

[6] *Horns*, cuernos. <<

[7] Los capítulos tercero y cuarto de esta narración, fueron escritos por Wilkie Collins. Se puede resumir lo más esencial de ellos como sigue: Alfredo Raybrock y el capitán llegaron a la posada de El Escudo del Rey Arturo, en Lanrean, Cornualles, donde Alfredo se encontró con su hermano Hugo, de cuyos labios supo toda la historia del naufragio y del salvamento. Su barco había naufragado cerca del Cabo de Hornos; él y el sobrecargo desembarcaron en una islita. Eran enemigos, y vivieron en dos extremos opuestos de la isla, después de haberse repartido las escasas provisiones. Clissold prendió después fuego a la isla y pereció entre las llamas, pero Hugo Raybrock fue salvado. Antes de llevar a cabo aquel acto de desesperación, Clissold le había confesado que él había robado quinientas libras esterlinas a una firma de Londres de la que era empleado, con objeto de pagar al padre de Raybrock un préstamo por esa cantidad que éste le había hecho; además, realizó una falsificación con objeto de que recayesen las sospechas en el señor Tregarthen, su compañero de oficina. <<



[8] En los cuatro capítulos siguientes, que no fueron escritos por Dickens, entran por la puerta cochera varias personas y cuentan sus historias respectivas. <<



[9] Siguen los capítulos titulados *Su paraguas*, *Su cartera negra*, *Su escritorio* y *Su neceser*, que no fueron escritos por Dickens, salvo una parte del primero. <<

[10] El resto de la frase elogiosa ha sido tachada por los editores. <<

[11] El resto de la frase elogiosa ha sido tachada por los editores. <<

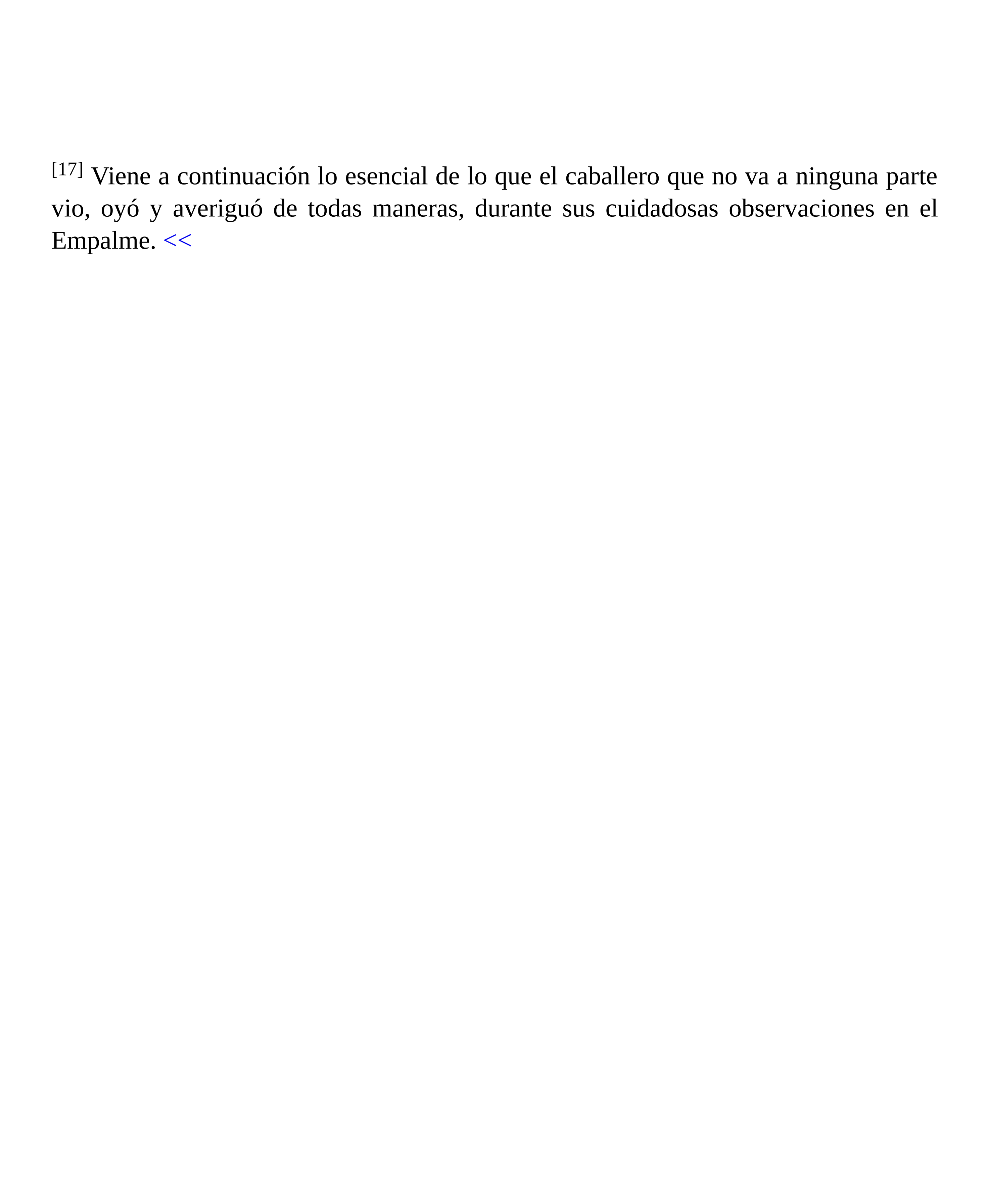
[12] El resto de la frase elogiosa ha sido tachada por los editores. <<

[13] El resto de la frase elogiosa ha sido tachada por los editores. <<

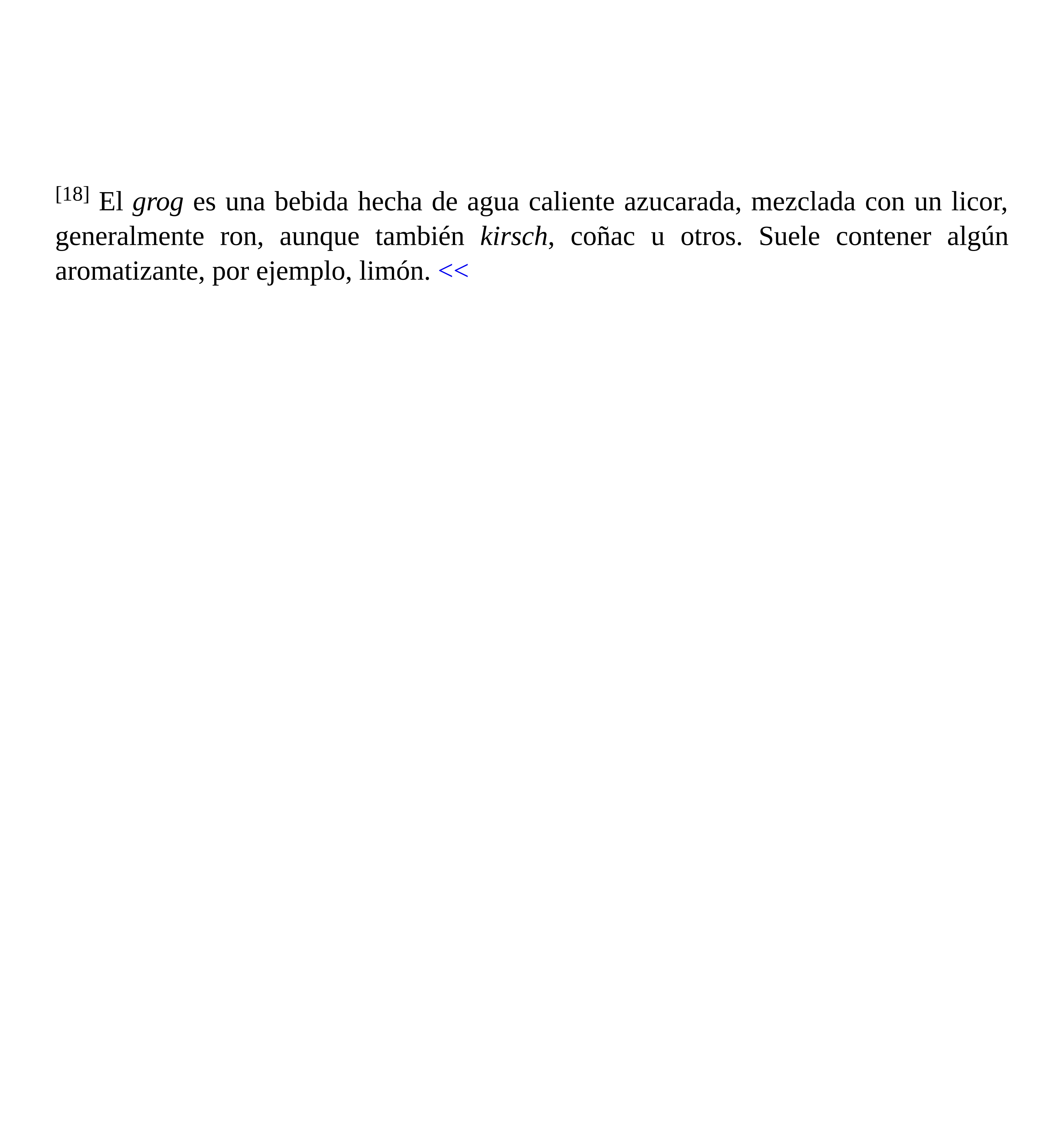
[14] Los capítulos II al VI, inclusive, no fueron escritos por Dickens. <<

[15] Diminutivo de Roberto. <<

[16] Los capítulos I al VI no fueron escritos por Dickens. <<



[17] Viene a continuación lo esencial de lo que el caballero que no va a ninguna parte vio, oyó y averiguó de todas maneras, durante sus cuidadosas observaciones en el Empalme. <<



[18] El *grog* es una bebida hecha de agua caliente azucarada, mezclada con un licor, generalmente ron, aunque también *kirsch*, coñac u otros. Suele contener algún aromatizante, por ejemplo, limón. <<